

COLECCIÓN
DE LOS MEJORES
AUTORES ESPAÑOLES

—
TOMO XL

OBRAS DRAMÁTICAS
DE
DON JOSÉ ZORRILLA

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

OBRAS

DE

D. JOSÉ ZORRILLA

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Y LA SOLA RECONOCIDA POR EL AUTOR

CON SU BIOGRAFIA

Por ILDEFONSO DE OVEJAS

—

TOMO SEGUNDO

—

OBRAS DRAMÁTICAS

—

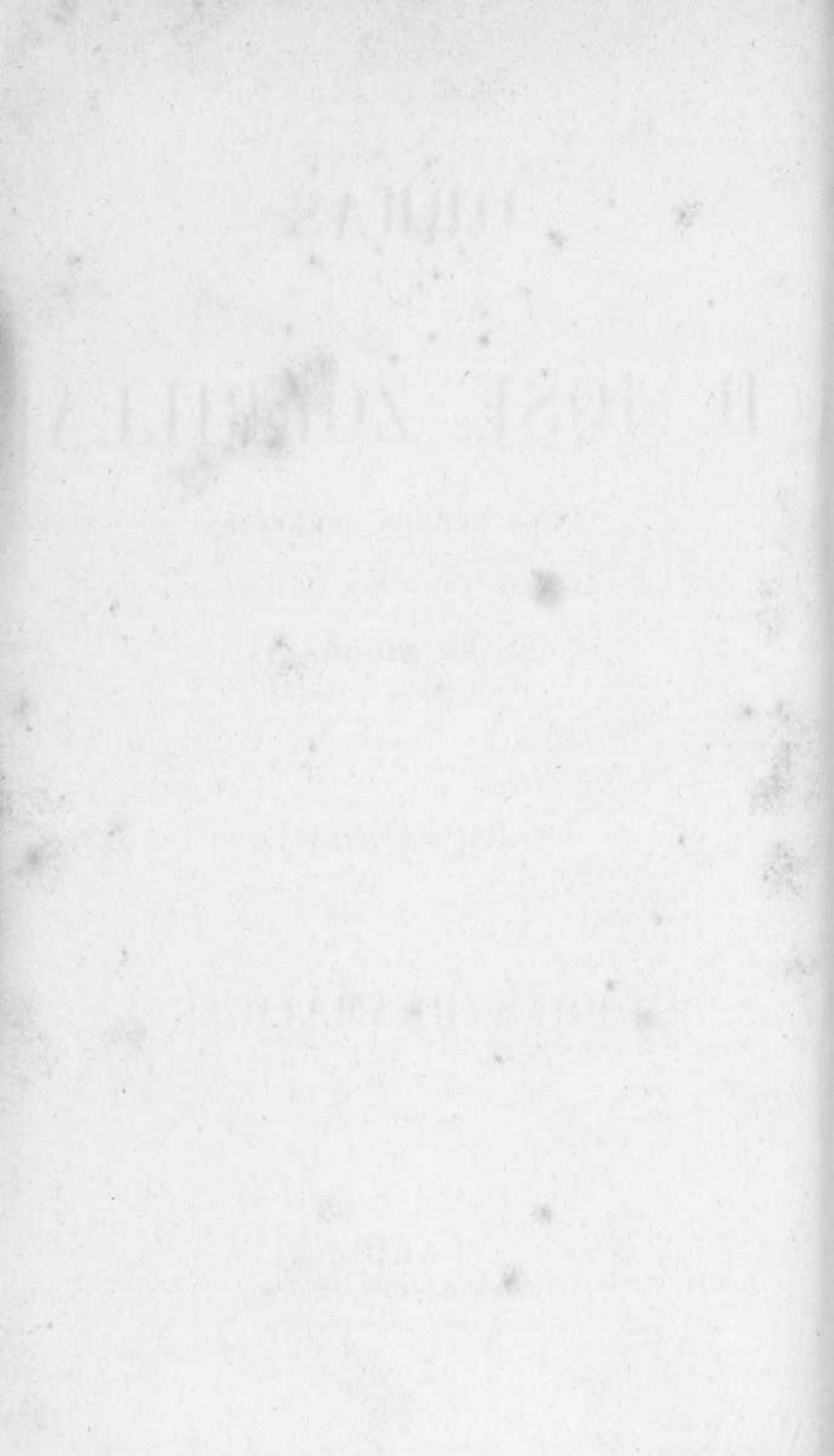
PARÍS

GARNIER HERMANOS, Libreros-Editores
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6



R. 5080

f. 59535
C. 1075796



OBRAS DRAMATICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

VIVIR LOCO Y MORIR MAS,

CAPRICHIO DRAMATICO EN DOS ACTOS (1).

ACTO PRIMERO.

EL PONCHE.

PERSONAS.

PABLO ROMAN.
ALBERTO.
JULIAN.
PEREIRA, portugués.
ANA.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de Pablo Roman, de aspecto casi miserable; una mesa, sillas, papeles, dibujos, y en un caballete un retrato sin concluir. — Unos floretes colgados en la pared.

ALBERTO, SENTADO; ROMAN, EN PIÉ POR LA ESCENA.

Rom., señalando en la mesa una moneda de oro. Es el último doblon.

Alb. Suerte por cierto cruel.

(1) El siguiente capricho, al que realmente no se puede llamar drama, está escrito para una persona determinada y en determinadas circunstancias. El autor espera que atendidas estas el público le acoja benignamente.

Rom. Brindemos juntos con él
A nuestra separacion.

Mañana, lo mismo que hoy,
Traerá sus horas el dia;
Nos queda nuestra alegría
En el alma, Alberto.

Alb. Estoy
De ello penado en estremo.
¿No hay mas remedio, Roman?

Rom. Los dias vienen y van,
Y que no ha de llegar temo
El mio.

Alb. La suerte acaso
Te guarda mejor fortuna.

Rom. Es tardía, es importuna,
Y en impaciencia me abraso.

¡Tantas horas de esperar,
Tantos dias de dolor,
Aguardando otro mejor
Que jamás ha de llegar!

¡Y soñando gloria y nombre
Sentado al dintel de un cielo,
Arrastrarse por el suelo
Bajo la planta del hombre!

No mas, Alberto, por Dios,
Hoy es nuestra despedida:

Tal vez otra en esta vida

Nos hallaremos los dos.

Alb. Roman, ¿y así se abandona
Tanto afan, tanta esperanza?

¿Sin amargura se alcanza
Esa soñada corona?

Trabaja, sufre y espera,
Que en el sufrir y esperar
Está acaso el encontrar
Esa fama venidera.

Rom. Decidido, Alberto, estoy;
De nosotros olvidados,
O famosos ó ignorados,
Bebamos alegres hoy.

Nuestro es el día presente,
De los necios el mañana :
La vida es corta y liviana
Para todos igualmente.

Soñé desde que nací
Esos fantasmas de gloria,
Y hoy no encuentro en mi memoria
Un recuerdo para mí.

Todo en la tierra es vacío ;
La amargura y el placer,
Y mañana, y hoy, y ayer
Presa son del tiempo impío.

Riamos pues y cantemos
El alma de llanto ajena,
Que tal vez la será en pena
El tiempo que no gocemos.

(Un momento de pausa.)

Mira, mil veces pensé
Que solo al cuerpo convida
Con ocio y placer la vida :
Pero al alma ¿para qué?

Este cuerpo es un encierro
Del otro mundo antesala :
Vida el cielo le señala,
Muere y acaba el destierro.

Si el cuerpo no ha de vivir,
Acertado á fé es dejar
Al ánima descansar,
Y al cuerpo inútil morir.

Alb. ¿Y tu entusiasmo, Roman?
¿Tu ambicioso pensamiento?

Rom. Borrándose con el viento,
Las cosas del mundo van.

Ambicion tuve de ser
Grande, y dejar en la historia
Famosa y alta memoria :
Pero eso, Alberto, era ayer.

Hoy hallé mi corazón
Menos osado, mas frío.
Juzgué ese afán desvario,
Y lugar dí á la razón.

Alb. A tu razón estraviada,
Y á tu ambicion no cumplida.

Rom. Y, francamente, esta vida
No creo merezca nada.

El mundo es jaula de locos,
Los mas locos gozan mas ;
Mas son pocos.

Alb. Y ¿no harás
Por ser, Roman, de los pocos?

El mundo será ilusion,
Locura será cual dices,
Mas si hay tristes y hay felices,
Algunos mejores son.

Si el poder y la riqueza,
El orgullo y la hermosura
Son por cierto una locura,
En la locura hay grandeza.

Ese sublime entusiasmo
Que ayer existia en tí,
Hoy ¿no te merece, di,
Nada?

Rom. A lo mas un sarcasmo :
Porque hoy veo mas que ayer,
Y esos fantasmas de oro,
Esos sueños que hoy adoro,
Mañana he de aborrecer.

En fin, yo quiero reir,
Cantar, beber y esperar
El día en que ha de acabar
Nuestra mision de sufrir.

Ese es mi último doblon,
Y hoy es nuestra despedida,
¿: ha de ser en esta vida
De eterna separacion...

Alb. ¡ Ah ! ¿ Estás loco?

Rom. Loco estoy.

Alb. ¿ Eterna ha de ser? ¿ Porqué?

Rom. No hablemos mas : no lo sé ;
Pero un día grande es hoy.

(Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

ALBERTO.

¡ Maldita ambicion de ser
Mas de lo que puede un hombre !
¡ Maldita ambicion de un nombre
Con que no hemos de poder !

Si, ¡ maldita esa locura,
Bastarda pasion impura
De querer ganar la altura
Sin pisar un escalon !

Apagóse su osadía,
Y hoy es un último día...
¡ Ay ! ¡ Para volar tenia
Alas en el corazón !

Y por cierto, él es poeta,
Su alma es como el mundo ;
Mas por no ser el segundo
A la nada se sujeta

ESCENA III.

ALBERTO, ROMAN.

Rom. Pues, señor, ponche tenemos.
Con él la memoria ahoguemos,
Cuando borrachos estemos
En nada hemos de pensar.

¿A qué es ese abatimiento?
Yo quiero verte contento;
Si, al fin, placer y tormento
Con el tiempo han de acabar.

(Llaman á la puerta.)

¡Hola! ¡Otro interlocutor!
Sin duda ha errado el camino.
A la puerta del vecino (Alto.)
Si sois un acréedor.

Jul., dentro. Abre, soy yo.

Rom., abriendo. ¡Tarambana,

Aguardaras á mañana!
Con esa voz de campana
¿Porqué no gritas : ¡abrid!?

Van á traer la ponchera.

Jul. Mas á tiempo no viniera
A descomunal quimera
Contra los moros el Cid.

ESCENA IV.

ROMAN, ALBERTO, JULIAN.

Jul. Y ¿á qué santo es la funcion?

Rom. A mi mudanza de vida.

Jul. Con esa resolucion
La difunta inquisicion
Se diera por bien servida.

Una conversion tamaña
Eco hallará en toda España.

(Riéndose.)

¡Pues debajo del sayal
No será mala cucaña
Este in folio de moral!

Rom. Pero, hombre, ven, oyemé...

Jul. ¿Qué mas tienes que añadir?

Rom. Mira, de hoy mas no seré...

Jul. ¿Pues no lo acabo de oír?
No digas mas. ¿Para qué?

Rom. ¡Loco! Ya no hay poesia
Ni bellas artes en mí.

Alb. ¡Locura es la tal porfía!

Rom. Este es el último dia
Que estemos juntos así.

Jul. ¿Es esa pulla?

Rom. No por cierto.

Jul. ¿Con que me hablas en verdad?

Rom. Sí.

Jul., con énfasis. Ya, si la sociedad

Hoy ya no es mas que un desierto,
El mundo es la soledad.

¿Con que versos y pinceles
Y esperanzas ¡pif! volaron?

Rom. Cabal.

Jul. ¡Ah! Son oropeles.

¡Sin renombre y sin laureles
Cuántos hombres se olvidaron!

Decir que lo pienses bien
Es inútil advertencia,
Tú lo quieres, tú lo ten.

¿Hay ponche? Pues en conciencia
No hay mas que decir amen.

Rom. Pues al ponche. Ya está aquí.

(Un mozo entra la ponchera.)

Jul. ¡O qué campo de batalla
Veo delante de mí!

El ponche es el cielo, sí,
Vida en el ponche se halla.

A esa trasparente llama
Que por las orlas del vaso
Color y calor derrama,
¿Qué corazon no se inflama?

Yo en inspiracion me abraso.

Ese azul vago, flotante,
Remedo del firmamento,
Hace que el poeta cante,
Hace atrevido al amante
Y ahoga el remordimiento.

El hace del tiempo impio
Horas de calma y placer,
Al corazon presta brio,
Y va un hombre á un desafío
Bien seguro de volver.

¡Amigos! al agua penas,
Paraiso es la embriaguez;
Gocemos horas serenas,
Que estas tenemos apenas
Por la postrimera vez.

Rom. Inagotable, fecunda
Soltaste la taravilla :

¡Fraseologia tremebunda!

Jul. Bebamos y ancha Castilla,
Que el universo se hunda.

(Un momento de pausa.)

Aquí noto tu talento,
El mundo vas á dejar
Con nobleza y ardimiento.

Rom. ¿A qué tristeza mostrar
Cuando le dejo contento?

Jul. ¡Famoso! Es cosa hechicera
Dejar la literatura,

Las artes... Ser un cualquiera,
Y entrar en la vida oscura
Por puertas de borrachera.

Rom. Bebamos. Al ponche, Alberto;
No tengas duelo por mí.
Para todos está abierto

Esé porvenir incierto,
Que no vemos desde aquí.

Vendrá tardía ó temprana
Nuestra buena ó mala hora,
Y en esta vida liviana
Si feliz me encuentro ahora
¿Porqué pensar en mañana?

Alb., levantándose de repente, y disponiéndose á beber. Tienes razon;
tú lo quieres,

Y tú quién lo ha de arrostrar
Solamente, Roman, eres,
Y es inútil derramar
Lágrimas en tus placeres.

Bebamos.

Rom. Hablaste al fin
Algo, menos mentecato.

Jul. Hoy es nuestro San Martín.
No queda vaso ni plato
Útil en nuestro confin.

(Se sientan, fuman y beben.)

¿Con que desde hoy nueva vida?
¡Determinacion estrema!
Cuanto mas desconocida
Mas la novedad convida.

Alb. Cada loco con su tema.

Jul. Del disgusto y del placer
Gozamos si es repentino,
Mejor lo nuevo ha de ser;
Por eso, si es del vecino,
Me enamora la muger.

Pues, señor, yo te aconsejo
Que no te vuelvas atrás,
Siempre fastidia lo viejo.

Rom. Te pagaré tu consejo
Dándote ponche de mas.

(Desde aquí debe conocerse el efecto de la embriaguez.)

Segun estás de callado

(A Alberto.)

Te sientes, una de dos,
O enfermo ó enamorado.

Jul. Ayer estubo en el Prado
Con su muger, vive Dios.

¿Qué miserable es, Alberto,
El mundo que vemos!!!

Rom. ¡Oh!

Con que lo hemos descubierto?

Alb. Que era una muger es cierto,
ero muger mia, no.

Jul. Nunca lo creyera en tí,
Fú no eres hoy el de ayer.

(Mirándole á la cara.)

Alb. Pues te engañaste.

Jul. O menti.

Pero hoy como un manequi
Te trae cualquiera muger.

Rom., levantándose con énfasis. ¡Con
que te vas á casar!

Tú vas á prevaricar.
Lo dije, tus disparates
Contigo vendrán á dar
En una casa de orates.

¡Tú te casas!

Alb. Yo me caso.

Rom. y Jul. á carcajadas. ¡Se casa!

Jul., con el vaso en la mano. ¡Salve, oh
sesudo

Marido! Levanta el vaso,
Con un brindis nada escaso
Yo, marido, te saludo.

¡Salud! Piadosos los cielos
Larga sucesion te den;
Continuas fiestas de zelos,
Matrimoniales consuelos
Que se asomen á tu sien.

Rom. Y escribas, matrimonial,
Misantrópica y difusa
Sobre el amor conyugal
Una obra espiritual
A los niños de la inclusa.

(Alberto bebe sin interrupcion.)

Jul. Si, lo mejor que has de hacer
Es emborracharte.

Rom. ¡Bravo!

¡Lo entiendes! Con no atender
Lo que quieras ha de ser.

Jul. El estoicismo alabo.

Pero en conciencia, casarte
Es tremenda necesidad.

Alb. ¿Porqué?

Jul. Tú has de enamorarte.

Alb. ¿Y si lo estoy?

Jul. Es verdad;

Yo no voy á confesarte.

Rom. ¡Lo que es el mundo, Julian!
Es un abismo profundo.

Jul. Hoy es gran día, Roman,
Unos entran en el mundo
Y otros del mundo se van.

Alb. se levanta dando señales de embriaguez. ¡Fanáticos! el amor
No es el fantasma de su sueño,
Del viento azotada flor...

(Risa general.)

Rom. Poeta predicador,
¿Adónde vas con tu empeño?

Jul. Déjale; siga el sermon:

Sigue, inspirado profeta,
Tu noble predicacion;
La fuente de inspiracion
Es el ponche del poeta.

Alb. A vosotros prohibido
Ese sublime placer
Por el Señor os ha sido,

Vosotros no habeis bebido
Al amor de una muger,

En unos ojos de fuego,
En unos labios rosados,
Cuando os miran estasiados,
Cuando al amoroso ruego
Os besan avergonzados.

Vosotros, hombres de tierra,
Poetas sin corazon,
Cantais del amor la guerra,
Sin saber el bien que encierra
En su inquietud la pasion.

Jul. ¡Bravo! ¡bien! mas no dijera
Un sacerdote de amor;
Sublime es la borrachera.

Rom. Otro ataque á la ponchera,
Amante predicador.

Alb. Yo quiero amando vivir
Esclavo en dos ojos bellos,
Sin leer mas porvenir,
Hasta que llegue el morir
Y espire de amor en ellos.

Jul., con una estrepitosa carcajada.
¡Borracho completamente!
Mas borracho que los dos.

Rom. ¡O ponche! tú solamente
Haces que un hombre se ostente
Digno remedo de un Dios.

Jul. Yo la he visto, Alberto, es
Una niña angelical.
¡Oh! Cuando con ella estás,
Vístela blanco cendal
De la cabeza á los piés.

Alb. Si por cierto, y lo merece;
Es un ángel indeciso,
Que en la tierra de improviso
Por vez primera aparece,
Bajando del paraiso.

Delicada como aroma
De retoñado jardin,
Rosada aurora que asoma.....

Jul. Una huri para Mahoma,
Para Cristo un querubin.

Alb. ¡Silencio! no hay mas placer,
Mas realidad que el amor:
No hay en la tierra otro sér
Con el nombre de señor
Mas digno que la muger.

Rom. Sí, una chieuela coqueta,
Insipida y elegante,
A tal locura sujeta
Que la echará de poeta,
Y no habré Dios que la aguante:
O una habladora sin tino
De paseos y de modas,
Que á la mitad del camino
Te mienta un amor divino,
Y te engañe como todas.

Jul. ¡Cuidado que le ha cogido
De medio á medio la mona!

Rom. ¡Y estaba tan comedido!

Jul. La cabeza del marido
Pronostica su corona.

¡O siglo matrimonial,
Siglo de paz y de amores,
Centuria patriarcal,
En que los hombres mejores
Lo suelen hacer mas mal!

Siglo que pasas cantando,
Cantas gimiendo y llorando,
Lloras haciendo piruetas,
En tus horas arrastrando
Un enjambre de poetas:

Hoy se despide de tí
Con solemne borrachera
Un poeta que te diera
Mas versos, que gozo á mí
El alma de una ponchera;

Y no pienses que te deja
Para un hábito endosar,
Que es pereza que le aqueja:
Es porque quiere dejar
Morirse al alma de vieja.

Rom. Por cierto todo es locura
En este mundo vacío;
Sin trabajo y sin ventura,
Pasaré una vida oscura...

(*Julian se rie.*)

¿Te ries? Pues yo me río.

(*A Alberto.*)

Enamorado sublime,
Tú te duermes, ¡vive Dios!

Jul. Otra ponchera le anime.

Rom. ¿No es cierto que tú estás, dime,
Mas borracho que los dos?

Jul. Los fantasmas en tu mente
Bullen de tus amorios:
Alza ¡oh poeta demente!
La matrimónica frente,
Pese á estos tiempos impíos.

Alb. Basta ya, no me aturdaís;
Por mas que ambos me digais
Yo me he de casar al fin.

Jul. ¡Felices los que encontréis
Una muger serafín!

Rom. Para mí todas iguales
Fuentes de placeres son,
Que nos prestan liberales
Un paraiso de males,
Y un infierno de pasion;
Que sea bonita ó fea,
Que sea noble ó villana,
Las amo de buena gana.
¿Qué importa lo que ella sea
Si la he de dejar mañana?

Jul. Yo tengo por las mas bellas
Las de amores de querellas,
Atrevidas españolas...

Rom. ¿Cachetinas de manolas?
¡Pues si me alampo por ellas!
(*Volviéndose á Alberto, que está pen-
sativo.*)

No, señor, no hay que dormir
A pretesto del licor;
Al oído hemos de ir
A predicarte el amor
Hasta que le hayas de oír.

Ese amor como un torrente
Que roe el alma y la mente,
Nunca, Alberto, le encontré:
Ese amor, convéncete,
Es el amor de un demente.

Alb. ¡Pluguiera Dios que algun día
Sintierais esa pasión
Con su insufrible agonía,
Bullendo en el alma impía,
Desgarrando el corazón!

Jul. Lo que bulle, Alberto, en tí
Es el ponche.

Rom. ¡Vive Dios!
¡Amores!

(*Una ruidosa carcajada.*)

Entran en mí,
Por lo menos dos á dos,
Nunca en un amor creí.

Las bellas son inconstantes,
Ingratas y veleidosas,
Las sabidas y elegantes
Son vanas y extravagantes,
Y las feas envidiosas.

Cuando el ron brilla en los ojos
Y hace dos de una ponchera,
La mas fea es hechicera;
Ninguna nos causa enojos
Y es la pasión verdadera.

Bebamos pues, no hay amor.
Jul. Es un fantasma soñado,
Quimérico, engañador.

Rom. La muger entre el vapor
Quiero del ponche abrasado.

Jul. Bien dicho, no hay mas amores
Que el fuego de los licores,
Entusiasta visionario. (*A Alberto.*)

*Alberto, vacilándole las rodillas, dice
con el mas marcado desprecio.* ¡Nunca
brotaron las flores

En asqueroso Calvario!

(*Se arroja sobre una silla completamente
borracho. Julian y Roman ríen á carca-
jadas.*)

Jul. ¡Pesado el ponche le fué!
Borracho está por mi vida.

Rom. Es que en la mente dormida,

La imagen de su querida
No le deja estar en pié.

(*Llaman misteriosamente á la puerta.
Roman mira por la cerradura.*)

¡Chis! ¡Silencio! una muger...
Ocultaos, me interesa...

Una niña portuguesa
A quien dejé antes de ayer.

Jul. y Alb. Abrela.

Rom., empujándolos. Ocultaos.

Jul. Pues;

Y contigo abandonada...

Rom. No repliqueis: es casada,
Su marido es portugués.

(*Se ocultan en la alcoba de la derecha.*)

ESCENA V.

ANA, ROMAN.

Ana, entrando. Bien me hicistes aguardar,
¿Qué significa esta ausencia?

Fáltome ya la paciencia
Y al fin te vengo á buscar.

Una enfermedad creí
Que te agobiara, mas veo
Que lo pasas á deseo
Sin acordarte de mí.

Y ¿ese ponche...? ¿estaban pues
Otros amigos? Veamos...
Proseguid.

Rom. No, lo dejamos
Para concluir despues.

Ana. ¿Cuándo?

Rom. Cuando vos salgais.

Ana. Pues ¿tanto acaso os impido?

Rom. Sí, porque yo me despido,

Y mi marcha retardais.

Ana. ¿Te despides?

Rom. Si por cierto.

Ana. Y ¿adónde vas?

Rom. No lo sé.

Ana. Y ¿hasta ahora...?

Rom. ¿Para qué?

Aun era mi viaje incierto.

Yo no os lo pude advertir...

Ello es obra del destino.

Ana. No te comprendo.

Rom. ¿Hablo en chino?

Mañana voy á partir.

Ana. ¿Pues cómo? ¿Dónde? ¿Porqué?

Rom. Porque me cansa Madrid;

Voy á Valencia del Cid,

Y el cómo, aun yo no lo sé.

Ana. ¡Ingrato! y con tanto amor...

Rom. Nunca, señora, os he amado.

Ana. ¡Infame! ¿no lo has jurado?

Rom. Soy de oficio jurador.

Ana. ¡Ingrato! ¿Tanta pasión
No ha podido hacerte amar?
¿Ni un recuerdo ha de guardar
De mi amor tu corazón?

Yo te amé porque me amabas,
Me lo juraste y mentías,
Si entonces no me querías,
¿Porqué, traidor, me engañabas?
¿Tal juramento olvidaste
Para abandonarme así?
No, mi honra no te di,
Tú, Roman, me la quitaste.

Vuélvemela, que no es tuya,
O dame otra vez tu amor.

Rom. Y ¿quedaremos mejor
Cada uno con la suya?

Ana, con rabia. Oye, un hombre, que de-
testo,

Para casarme buscaron,
A él á la fuerza me ataron,
Pero no bastó con esto.

Ya estaba casada yo,
Cuando en Córdoba te vi,
Todo lo dejé por tí,
Que por tu fortuna, no.

Tú mentiste tu pasión
Con palabras tan de fuego,
Que en ellas se abrasó luego
El amante corazón.

Y cuando el perjurio sí
Me recordó mi marido,
Le dije: Mío no ha sido,
Que otros le dieron por mí.

Entonces era el amor
La pasión que me cegaba,
Pero ahora es...

Rom., sonriendo. Bien, acaba.

Ana. La venganza de mi honor.
De aquí no me he de mover
Sin honor, ó sin venganza;
Veremos adónde alcanza
La venganza en la muger.

Rom. Y si débil tu virtud...

Ana. Virtud no necesité...
Que á un hombre á quien nunca amé
Vendieron mi juventud.

¿No tenía yo derecho
Acaso á sentir jamás
Lo que sienten los demás
Cuando brotó aquí en mi pecho?

Dios puso en el corazón
De amor la violenta llama;
Dijole al crearle « ama, »
Y encerró en él la pasión.

Yo nunca tuve mas de una,
Y á ti te la dió mi estrella;
No quiero tener mas que ella,
Y despues de ella ninguna.

Y pues mía mi honra es,
Consérvala por tu vida,
Porque tal vez te la pida
Con mas ventaja despues.

Rom. Con harta paciencia oí
Tantos insultos, señora,
Y por mi vida que ahora,
No sé qué queréis de mí.

Yo ya no soy el Roman
Que fui, señora, hasta ayer,
Me canso de querer ser
Lo que otros por mí serán.

Que ó porque malo soy yo
Para el mundo, ó porque él
Sea conmigo cruel,
No quiero mas mundo, no.

Hoy le dejo, y con él todo,
Hasta que al fin carcomida
Caiga en su nada la vida...

(Mostrando los vasos.)

Y emprendo el viaje beodo.

En fin, ya no soy poeta,
Ni músico, ni pintor,
Y por el mayor amor
No diera ya una pirueta.

Ni soy el mismo de ayer,
Ni como ayer siento ya,
Con que vuelvo, claro está,
Al marido la muger.

Ana, señalando á los vasos. Si este reme-
dio sabias

Para apagar el amor,
¿Porqué en el alma el dolor
Tanto tiempo mantenias?

¡Imbécil! tú me jurabas
Que iba á matarte tu pena,
Y, de la ficción ajena,
Te creí porque llorabas.

Es una disculpa vana
Ahogar el amor; ¡quimera!
Y agotas una ponchera
Dejando el mundo mañana.

Loco, ¿esa es la suerte impia
Con que te agobia el destino?
¿Es ese el fuego divino
De la noble poesía?

¿Es esa, di, la espresion
De tu mortal amargura,
De esa eterna desventura
Que roe tu corazón?

¡Y mientras lloraba yo
Tú estabas en una orgia!

Rom. Del mundo salir debia.

Ana. Y el mundo te rechazó.

Vosotros sois el veneno
De una vieja sociedad,
Parodias de adversidad,
Carcoma del bien ajeno,

Cieno de una alma viciada,
Que vais mendigando un nombre
Con que á las ojos del hombre
Vestir de oro vuestra nada.

Rom. ¡Tremenda cosa es nacer
En un mundo indiferente
Que ha de tachar de demente
Lo que no ha de comprender!

Ana. El mundo os comprende, sí,
Esa soñada amargura,
Y deja vuestra locura
Por haber tantas así.

Pero, Roman, yo deliro:
¿Me escuchastes? ¡oh! perdon.

(De rodillas.)

Tú estás en mi corazón,
Y en el aire que respiro.

Yo sin tí no he de vivir,
A la ley he de apelar;
Porque las leyes amar
No pueden, no, prohibir.

Tú serás libre conmigo,
Y si no quieres mi amor
Déjame al menos mi honor,
Que yo le tendré contigo.

¡Desdichada!

Rom. ¡Ambas á fé
Somos á cual mas aquí!

(Llaman á la puerta.)

Ana. Roman, Roman, héle ahí.
Por Dios vivo, ayúdame.

(Llaman otra vez.)

Rom. A la otra puerta, que es tarde.

Pereira, dentro. ¡Abrid!

Rom. Perdone por Dios,
Hermano.

Per. ¡Abrid!

Rom. Y van dos.

Idos en paz, Dios os guarde.

Ana. ¡Mi marido! ¡oh, pasion!

Me mata de una estocada.

(Roman la toma de la mano y la esconde en
una alacena que habrá á la izquierda.)

Rom. Aquí. ¡Si es de alma porfiada,
Bajará por el balcón!

(La oculta.)

¡Maldita sea mi estrella!

Hoy lo pierdo todo yo,

Y hoy tal vez porque me amó

Vida y honor pierde ella.

(A Alberto y Julian.)

Salid, ya está el portugués
A la puerta.

Jul. ¡Bravo apuro!

¿Está el pájaro seguro?

Rom. Ya lo veremos despues.

(Vuelven á sentarse y beben.)

Per., dando golpes á la puerta. ¡Abrid,
ó por Dios bendito

Que voy á arrancar la puerta!

(Roman descubre con mucho tiento el
cerrojo.)

Rom. ¡Estúpido! Si está abierta,
¿Porqué nos dais tanto grito?

ESCENA VI.

ANA, OCULTA; ROMAN, JULIAN, ALBERTO
SENTADOS AL VELADOR; PEREIRA, EMOZADO.

Per. ¿Paréceles bien, señores,
Hacer á un hombre aguardar
Del honor mio?

¿Ignorais que andan dolores
Que pudiera bien tomar
Con este frio?

Rom. ¡Delicado viene un hombre!
Podeis decir vuestro nombre,

Y si os place,

Os suplico que os senteis.

Jul. Y que noticias nos deis
Del tiempo que hace.

Per. ¿Teneis en saberlo prisa?
Tal vez pese, ¡voto á Dios!

Mucho mi nombre.

Rom. Casi el oiros da risa.

Por mucho que os pese á vos,
Pareceis hombre

Que arrastrarlo bien podeis.

Per. Que lo arrastro ya lo veis.

Jul. ¡Viven los cielos!

¡Vos padeceis algun mal!

Per. Cierto, y terrible y mortal.

Alb. Con estos hielos

No tiene nada de extraño.

Jul. Pues en ese caso, amigo,

Cuidaos mucho.

Mirad que os puede hacer daño...

Per. ¿El tiempo que estais conmigo

Y el que os escucho?

Jul. Sí por cierto, mas bebed.

Per. Mil gracias, no tengo sed,

Os lo agradezco.

Rom. Decid al fin qué quereis,
Si este favor que me hareis

De vos merezco.

Per., acercándose á Roman. ¡Tengo zelos!

(Risa general.)

Rom.

Por mi vida

Que habeis errado la casa.

Jul. El otro cuarto

Será el de vuestra querida.

Per. Tengo la paciencia escasa.

Jul. ¡Me teneis harto!

Rom. Parece su señoría
Natural de Andalucía,
En lo atrevido.

Jul. O márchese en el momento,
O diga en este aposento
Qué se ha perdido.

Per. ¿No lo habeis adivinado?
Una muger busco aquí
Que entró hace poco.

Jul., riéndose. Ya, desde que habeis lle-
gado,
De veras me convencí
Que estábais loco.

Per., con resolucion. Aquí ha entrado
una muger.

Rom., con frialdad. Todo el cuarto po-
deis ver.

Jul. Vuelvo á decir
Que estais loco de remate.

Alb. Dejad ese disparate,
Ya os podeis ir
A la calle.

Jul. ¿Una querida
Venis á buscar aquí?
Chicos, vamos,
Esto es ya cosa perdida.
El rostro en ponche por mí
Le bañamos.

Alb. ¡Famosa idea por Dios!
Le sacamos entre dos
Muy formalmente,
Y le curamos su mal
Llevándole al hospital
Por demente.

Rom. Ea, ¡fuera!

Jul. ¡Majadero!
¿Venis de cobrar baratos
A hacer papel?

Rom. Idos de aquí, caballero.

Jul. A la cabeza los platos,
Fuera con él.

*(Julian hace ademan de tirar los platos;
Pereira coge la mano de Roman y le aparta
de los demas, diciéndole con rabia:)*

¿Conóceme?

Rom. No por cierto.

Per. Pues oye; si esa muger
Está aquí, y llego á saber
La verdad, date por muerto.

Roman, levantándose. Ya nos podemos
batir,
Que aunque oculta la tuviera,
Solo cadáver saliera:
Sin ella á fé te has de ir.

Per. ¿Eres valiente?

Rom. No sé.

Per. ¿Y te batieras conmigo?

Rom. Nunca evito un enemigo.

Per. ¿Hubieras temor?

Rom. ¿De qué?

Per. Eres niño.

Rom. ¡Vive Dios!
Que aquí mismo lo veamos.
¡Atrás!
(Tomando los floretes.)

Per. Piénsalo.

Rom. Riñamos;
Que muera uno de los dos.
*(Se ponen en guardia. Alberto se pone
entre los dos. Ana quiere salir del escondi-
te y Julian la detiene, apoyándose de
espalda contra la alacena.)*

Jul. Prudencia, señora.

Ana. ¡Cielo!

Jul. Mirad, que es vuestro marido.

Alb. Caballeros, prohibido
Por las leyes está el duelo;
Batios en campo raso.

Rom. Aparta, ó de una estocada...

Alb. ¡Silencio!

Per., tirando el florete. No tiras nada.

Rom. De aquí no has de dar un paso
Sin que me matas ó mueras.

Per. Tienes la sangre caliente,
Eres jóven y valiente,
Como sois los calaveras:
Me marchó, y vuelvo á decir
Que si está aquí esa muger
Dios mismo no ha de valer
Para dejarte vivir.

Jul., al tiempo de marcharse Pereira
Y si él solo hartó no es
Para tan bravo enemigo,
Nos batiremos contigo
Uno tras otro los tres.

ESCENA VII.

ROMAN, JULIAN, ALBERTO; ANA,
ESCONDIDA.

Jul. Humos traia.
Alb. Y los lleva.
Jul. Con ese aire de maton,
Tiene, apuesto, un corazon
Tan blando como una breva.

Rom. ¡Famosa es mi despedida
De este mundo fatigoso,
Nunca me pareció hermoso
Sino al esponer la vida!
Bien, volveremos á ver
Ciertamente á ese maton;
¿Qué arriesgo yo en la funcion?
Nada tengo que perder.

Jul. ¿Otra vez te has de batir?

Rom. Dó quier que nos encontremos.

Jul. Ambos por tí lidiaremos.

Alb. Y acabamos de sufrir.

Rom. ¡Silencio!

(*Abriendo la alacena donde está Ana.*)

Salid, señora;

Vida y honra os defendí,

Y á lo mas, dentro de un hora

Parto muy lejos de aquí.

A veros no volveré;

Suplicoos pues que digais

Donde ocultaros querais,

Que yo os acompañaré.

Ana, llorando. ¡Ay de mí, Roman!

Rom. Dejemos

Suspiros y llantos, Ana;

El sol que saldrá mañana

Juntos los dos no veremos.

Esta casa abandono hoy,

Y el mundo dejo con ella,

Mi dichosa ó mala estrella

Indolente á esperar voy.

Sin amigos... sin amores,

Sin ningun vínculo aquí,

Habrán de pasar por mí

Horas acaso mejores.

(*Pausa de un momento.*)

¿Qué decís? ¿Puedo hacer mas?

El camino equivoqué,

Inútil me confesé,

Y humillado vuelvo atrás.

Alb. Roman, ¿no hay remedio alguno?

Rom. Ninguno encuentro.

Ana, de rodillas. ¡Ah! ¡por Dios!

Rom. Alzad, que me es importuno.

Jul. Si ello, Roman, ha de ser

Y tan á pechos lo quieres,

Tú te sabrás lo que eres,

Y lo que puedes poder.

Rom. Salgamos.

Ana. ¿Y mi marido?

Rom. No temais entre los tres.

Jul. Oscura la noche es

Y lluviosa...

Rom. Se habrá ido.

Ana. De aquí no salimos, no.

Rom. Pues ved lo que habeis de hacer...

Ana. Que no tengo aquí de ser

La que pierda sola yo.

Rom. Ana, si erré mi camino,

¿No es el dolor para mí,

Que mi corazón creí

Lleno de un fuego divino?

Ni esperanza, ni fortuna

Quedó ya en el pensamiento.

Ana. ¡Ni el alma en el pecho siento!

Rom. Vamos, ha dado la una.

(*Apaga las luces, y vanse todos cerrando la puerta por fuera.*)

ACTO II.

UNA MUERTE POR HONOR.

PERSONAS.

PABLO ROMAN.

ALBERTO.

LUISA.

PEREIRA, portugués.

ESCENA PRIMERA.

Un jardín de una posesion de Alberto en Valencia: en el fondo un cenador; á la derecha una pequeña puerta casi obstruida con brezos y maleza: una hora antes de anoecer.

ROMAN.

Tremenda cosa es nacer

Sin poder adivinar

En este revuelto mar

Qué playas hemos de ver:

Tremenda cosa es querer

Lo que en el alma bullir

Sentimos, al percibir

Que es nuestra ánima inmortal,

Puestos en un arenal

Sin saber dónde acudir.

Apenas á luz salimos

Engaños y error probamos,

Donde quiera que miramos

Notamos que nos perdimos.

Una fantasma seguimos

Que solo soñando vemos,

Vacío si la tenemos,

Si la perdemos fortuna:

¡No acertamos cosa alguna,

Por Dios, desde que nacemos!

Fama y gloria codicié

Porque inmortal me sentí

Y cuando cerca la ví,

Que era polvo imaginé.

Del mismo amor blasfemé

Juzguéle sueño distante,

Niño, pobre y vergonzante,

Y hoy que en el alma lo siento,

Conozco por mi tormento

Que es rey, tirano y gigante.

¡Ay! ¿Y soy el mismo yo

Que de esa pasión de ayer

Blasfemé, sin conocer

Que hoy la sentiría? No.

Ya mi alma se abrasó,

Castigo del cielo fué,

Que cuando el alma salvé

De mi ambiciosa inquietud,

Una vida sin virtud
 Alucinado abracé.
 ¡Ay! ¿Porqué nacen tan bellas
 Bajo formas de muger
 Estrellas que han de hacer ver
 El rigor de las estrellas?
 Si nuestra vida está en ellas
 Y allí nuestra eternidad,
 Injusticia es en verdad
 Que viéndolas ¡ay! nosotros,
 Nos dejen para ser de otros
 Miseria y oscuridad.

Alberto amigo, perdon,
 Que cuando tu honor ofendo,
 Que es en mi delirio entiendo
 Mi amor una maldicion.
 Errado habrá el corazon,
 Pero estaba escrito aquí;
 Y hoy, ¡perdon! la adoro, sí;
 Que en mi loco desvario
 Eres tú sola, amor mio,
 Gloria y cielo para mí.

¡Angel de paz y armonía!
 Cuando vinistes al suelo
 ¿Porqué no dejaste al cielo
 El cielo que en ti vivía?
 Pero ya en la tierra impía
 Tus ojos despues de ver,
 ¿Cómo amar otra muger?
 Que si hay ángeles de amor
 Junto al trono del Señor,
 Angel, Luisa, debes ser.

ESCENA II.

ROMAN; ALBERTO, SALIENDO DEL CENADOR.

Rom. ¿Me oiste, Alberto?

Alb. A fé mia,

Que amabas te comprendí.

Rom. Así dije: no creí

Que nadie me escucharía.

Alb. ¿Con que amas?

Rom. Si por cierto

Alb. ¿Sin esperanza, parece?

Rom. Sí, que mi amor no merece

Amor como el suyo, Alberto.

Alb. ¿No merece? ¿porqué así?

Rom. Porque un amor como el mio...

Alb. Sigue...

Rom. Es un amor impío

Hecho solo para mí.

Alb. Menos te comprendo ahora.

¿No es acaso una muger?

Rom. Que no se puede querer,

Y que el corazon adora.

Alb. Pues con ser muger, yo creo

Que hay poder, si ella lo quiere;
 Pues que fuere como fuere
 Nunca la mancha el deseo.

Rom. Si la mancilla: es casada.

Alb. Pues entonces tu razon...

Rom. Vive Dios, el corazon

A la razon tiene atada.

Cuando se ama, ¿cómo ver

Como ello es lo que se adora?

Cuando un hombre se enamora,

No sabe de qué muger:

Porque acaso destinado

Un sér para otro sér nace,

Y su mala estrella hace

Que tarde se hayan hallado.

Yo la amo con frenesí,

Porque nací para ella;

Pero no quiso mi estrella

Que naciera para mí.

Alb. ¿Luego es de otro?

Rom.

Claro está.

Mas quiso la suerte impía

Que el amor la hiciera mia.

Alb. ¿Y te ama?

Rom.

Lo dije ya.

Alb. ¿Y eso lloras?

Rom.

Eso lloro;

Porque el amar y el morir

No se puede en dos partir,

Y yo parto lo que adoro.

Alb. ¿Y habré de saber si es
 Muger de tal condicion...?

Rom. Que se arrastra el corazon

Desesperado á sus piés;

Que es noble, rica y ajena.

Anciano en mi juventud,

Nací pobre, y sin virtud

Que oponer á tanta pena.

Sufri borrasca espantosa

De pasiones encontradas,

Que estuvieron encerradas

En una alma irreligiosa;

Porque mi existencia inquieta

Con impaciencia sufrí,

Y hoy héme gusano aquí,

Con corazon de poeta;

Que el mundo surcando voy

En pos de un ángel muger,

Que es mia, y no la he de ver

Por no ser yo lo que soy.

Alb. ¡Desgraciado! Al fin comprendes

El rigor de tu fortuna,

Y á esa fantasma importuna

Tu misma mano le tiendes.

Mucho, sí, quisiste ser,

Mucho hubiste de dejar,

Que para á mucho llegar,

Mucho es preciso querer.

Y hoy te ves triste, indeciso
En un vacilar eterno,
Con el alma en un infierno,
La vista en un paraíso.

Rom. ¡Un paraíso! y jamás
Habré yo de entrar en él.
¡Un paraíso de hiel!

Alb. Que al fin de apurar habrás.

Rom. ¡Apurarlo! ya lo sé.
Tal tormento se me alcanza
Sin gloria, sin esperanza...

Alb. Sin esperanza, ¿porqué?

Rom. Porque vinimos de encierra
Con un corazón que encierra
La miseria de la tierra,
La ambición de todo un cielo.

¿Porqué no nos dió una estrella
Dios, que en esta oscuridad
Mirando su claridad
Nos guiáramos por ella?

Pero nacer á sufrir,
Sufrir y el término errar,
Llegar el día de amar
Y al tiempo de amar, morir...

Injusto es, Alberto, á fé.

Alb. ¡Desgraciado! loco está:
No piensa en lo que será,
Y ha olvidado lo que fué.)

¿Y hoy el mismo Roman eres
Que no creías ayer
Que el amor á una muger
Mas es pasión que placeres?

Tarde al fin has conocido
Que amor nuestro pecho encierra.

Rom. Tanto esa idea me aterra,
Que quiero no haber nacido.

Alb. Tal vez es tarde, Roman:
Mas á curar ese amor
Tiempo y lágrimas serán
La medicina mejor.

Rom. Lágrimas, Alberto, no;
Las derramé en la niñez:
Vertilas ¡ay! de una vez,
Y ya no las tengo yo.

Cuando el corazón espera,
Lágrimas tal vez derrama;
Cuando ajeno es lo que ama,
No llora, que desespera.

Alb. ¿Tal es en tu corazón
Esa hoguera en que se abrasa?

Rom. De lo imaginable pasa
El fuego de mi pasión.

Alb. ¿Tan violenta?

Rom. Es un volcán.

Alb. ¿Ninguna razón la aquieta?

Rom. ¿Y quién á la mar sujeta?

Alb. ¡Ah! tú eres grande, Roman:
Mas que el amor es la gloria;

Busca gloria y no el amor,
Esa página de error
Borra la de la memoria.

Rom. ¡La gloria! efímero nombre
Cuyo seductor aliño
Deslumbra el alma del niño,
Pero no el alma del hombre.

¿Qué me importa ese laurel,
Si, en llegándole á alcanzar,
Tampoco tengo de hallar
Sino amarguras en él?

El nombre: cualquiera es bueno,
Si todos de muerte igual
Son la sentencia fatal,
Y abrigan dentro veneno.

Alb. Roman, es fuerza vivir,
Y vivir sin esperar;
Que no podemos amar
Lo que es de otro.

Rom. Pues morir.

Alb. Morir, Roman, es no ser,
Y en el no ser, no hay amor:
Otro remedio mejor
A la mano hay que tener.

Rom. ¡Vivir sin amar! mentira.
Dile al ave que no cante,
Dila que el vuelo levante
Sin el aire que respira.

Dile que pare al torrente
Al borde de la cascada;
Dila que quede estancada,
Sobre la peña á la fuente.

Alb., con decision. Roman, no amar es
preciso.

Rom. Sin amar ¿cómo vivir?
Es un infierno sufrir
Con aura de paraíso.

Alb. ¿De vivir no hay mas camino?

Rom. No hay otro.

Alb. Piénsalo bien.

Rom. Ley tan tiránica ¿quién
Dar puede?

Alb. Yo y tu destino.

Rom. ¿Quién eres tú? ¡Vive Dios!

Alb. Imbécil, Alberto soy,
Que entre tí y tu amor estoy,
Y el destino entre los dos.

Rom. ¡Cielos! ¿y yo mismo fui
Quien se lo dije? estoy loco;
Toda mi existencia es poco
Para pagarle ¡ay de mí!

(*Roman desde este momento parece perder
el juicio. Al penúltimo verso de esta
escena cree ver un fantasma; y fijando
los ojos en Alberto, dice aterrado:*)

La muerte avara y cruel
Me hubiera al fin consumido,

Si los días que he vivido
No se los debiera á él.

A él, fantasma furioso
Que entre los dos te levantas
Para abrírnos á tus plantas
Un precipicio espantoso :
Sombra airada que tu huesa
Dejaste por mi tormento.
Si ves en mi pensamiento
El pensamiento que pesa,
Y tu perdón no merezco,
Amigo á quien yo vendí...
¡Alberto! huyamos de aquí...

Alb. ¡Infeliz! te compadezco.

ESCENA III.

ALBERTO.

¡Maldita ambición de ser
Mas de lo que puede un hombre!
¡Maldita ambición de un nombre
Con que no hemos de poder!
Contento, ignorado ayer,
Esperabas otro día,
Y hoy en tu frente sombría
Sentado el abatimiento,
Te saca tu pensamiento
A la odiosa luz del día.
¡Es tarde, esperanza vana!
Tu quimérica pasión
Se apagó en el corazón
En hora ¡por Dios! temprana.
Vino el estéril mañana,
Ya de ilusiones vacío,
Dudó el corazón impío,
Y la esperanza se hundió :
Arroyo que se perdió
Entre las ondas de un río.

(Abre el cenador y sale Luisa.)

ESCENA IV.

LUISA, ALBERTO.

Alb. ¿Le oíste? En su amargura
Él á confesarlo vino :
Amarte fué su destino,
Amarle tú fué locura.

Luisa. Alberto, saben los cielos...

Alb. Mucho los cielos sabrán
Cuando á los que aman dan
El tormento de los celos.

Luisa. ¡Perdón! ¡Alberto! está loco,
Al borde del precipicio.

Alb. Un pequeño sacrificio,
Que los costaba tan poco.

Luisa. Por Dios, tranquilo repara.

Alb. ¡Silencio, digo, perjura!
Tú el amor y él la locura
Me habeis de pagar bien cara.

Luisa. ¡Perjura! ¿mi corazón
A quién diera sino á ti?
¿Tanto en llorar te ofendi
Su terrible situación?

¿No era tu amigo mejor?
¿No te debe su existencia?
Y tenerle en tu presencia
¿No era tu gozo mayor?

Si en compadecerle erré,
Y él puso su amor en mí,
El que amaba pecó, sí,
Mas yo que escuchaba ¿en qué?

Alb. Si le oíste ¿por qué luego
De tí no le rechazaste?

¿En sus ojos no miraste
De amor el osado fuego?

Luisa. Le vi, pero contemplé
Un hondo abismo detrás,
Y un poco que huyera mas,
Faltara á la tierra el pié.

Oí su amoroso ruego,
Mucho de él compadecida,
Que en ello le iba la vida
Y se la arrancara luego.

¿Tengo yo culpa, por Dios,
De que su alma violenta
No pueda vivir contenta
Sino dividida en dos?

Recatada habré de ser
Con él, pero ingrata no,
Que si casada soy yo,
Nací primero muger.

Y nunca he de rechazar
Un corazón desdichado
Que á buscar viene á mi lado
Un sitio donde llorar.

Mucho ofendiste mi honor
Cuando imaginar pudiste
Que el amor que tú me diste
Vendiera por otro amor.

Que si por cariño no,
Ni por otro miramiento,
Por cumplir mi juramento
Tu honor te guardara yo.

Alb. ¡Y él frenético te ama!

Luisa. ¿Qué daño me hará una hoguera
De que no siento siquiera
El resplandor de la llama?

Alb. ¿Con que no le amas?

Luisa.

Por cierto

¿Tú lo pudiste pensar?
¿A quién Luisa habrá de amar
Después de amar á su Alberto?

(Llora.)

Alb. Mi vida, perdonamé,
Que en pensarlo te ofendi;
Los zelos dentro de mí
A sofocar no alcancé.

Tú no sabes, vida mía,
Lo que es amar, para ver
El amor de una muger
Pasar como el sol de un día.

Imaginar que tranquila
Escucha otro nuevo amor
Y en el nuevo adorador
Vierte luz de su pupila.

Porque tus ojos ¡Luisa!
La luz del sol arrancaron,
Dióte ei alba su sonrisa
Y tus ojos alumbraron.
Tus ojos ¡ay! me hechizaron,
¡Hija del cielo español!
Si así alumbró tu arrebol,
¿Cómo sufrir que importuno
Gozar pudiera hombre alguno
Toda la luz de tu sol?

Luisa. ¡Mi esposo!

Alb. ¿Tuyo me llamas?
¡Oh! tuyo, alma mía, si,
Que vida no siento en mí
Sino porque tú me amas.

Luisa. Dulce bálsamo derramas
En mi corazón, Alberto,
Con tus palabras, que cierto
Tú me llamaste perjura,
Y de esa voz la amargura
Acaso me hubiera muerto.

Alb. ¡Hermosa! Porque te adoro,
Porque no vivo sin tí
Todo el veneno sentí
De los zelos.

Luisa. Y ese lloro,
Amor destilado en oro,
Que en tus párpados se mece,
¿Todo mi amor no merece?
¡Oh! tu labio me lo dice...

Alb. Y el corazón te bendice
Cuando mi labio enmudece.

Cuando lloro es porque callo,
Que callo y lágrimas vierto;
Porque á hablarte con acierto
Hartas palabras no hallo.
Inútil es intentallo,
Que si inconstante miro
Apenas hablas te admiro,
Y pueden tal tus razones
Que no hallo reconvenciones,
Te admiro, callo y suspiro.

(Durante la décima anterior Roman ha
cruzado el fondo del teatro, y dice al
tiempo de desaparecer:)

¡Gózala en paz! tuya es.

Para tí tiene ella amor,
Que para mi aterrador
Abre un abismo á sus piés.
Si hay otro mundo despues
Allí he de seguirla en pos,
Que acaso disponga Dios
Que cuando un sér ama aquí
Despues de la muerte allí
Hayan de amarse los dos.

(Al alejarse Roman vuelve Luisa la ca-
beza y queda con los ojos fijos en él.)

Luisa. Héle allí, sobre su frente

Lleva su destino impio,
Su pensamiento sombrío
Bullendo eterno en la mente.
Loco está, pero inocente.

Alb. Y ¿qué mas pude yo hacer!
Le dí mi casa, mi haber,
Le dí oro, independéncia,
Y él en su ciega demencia
Codicia hasta mi muger.

Luisa. De nobles es perdonar;
Pues que todo lo perdió,
Alberto, si te ofendió,
Ensénale tú á olvidar.

Alb. ¿Y lo que él ha de penar?

Luisa. Ese será su castigo.

Alb. Aunque ingrato fué conmigo
Respetaré su dolor,
Que vale tanto el honor
Como la paz de un amigo.

Ya está, Luisa, perdonado.
Tú, amor mío, abrazamé
Y perdona.

Luisa. ¿A tí, de qué?
¿Es delito haberme amado?

ESCENA V.

LUISA.

Ya era tiempo, desdichado,
De conocerte á tí mismo;
De tu indolente egoismo,
De tu avara ceguedad
No es madre la sociedad,
Es la puerta de un abismo.

ESCENA VI.

LUISA, ROMAN.

(Roman vuelve á cruzar la escena y se
queda inmóvil, los brazos cruzados,
mirando á Luisa.)

Luisa. ¿Qué haceis?

Rom. ¿Qué he de hacer! Llorar.

Luisa. ¿Llorar? No alcanzo razon.

Rom. ¡Ah! vuestra conversacion
Os acabo de escuchar,
Y me partió el corazon.

Luisa. Puesto que la habeis oido
Nada os tengo que decir,
Veis que amiga vuestra he sido.

Rom. Los que en tal signo han nacido,
Mas les valiera morir.
Amistad le dais ahora
A un alma que tanto os ama.
Mal con un vaso, señora,
Se apaga devorada
Del vasto incendio la llama.

Nunca los que amor sintieron
En amistad le cambiaron.

Luisa. Pero olvidarle supieron
Cuando inútil le juzgaron.

Rom. Si eso os han dicho, mintieron.
No sabe lo que es amar
Quien reconoce el olvido,
Que amor se puede ocultar,
Mas no se puede olvidar
Cual si nunca hubiera sido.

Luisa. Pues ocultadle en el pecho,
Y nunca mas lo digais.

Rom. Si á amor no tengo derecho,
Mal, señora, me pagais
El daño que me habeis hecho.
Por última vez lo digo,
Te amo, el infierno me fuera
Un paraíso contigo,
Y el infierno mas quisiera
Que el epíteto de amigo.

Luisa. ¿Y qué mas podeis pedir,
Ni qué daros puedo yo,
Si casada he de vivir?

Rom. A quien todo se negó,
¿Qué ha de poder exigir?

Mi tormentosa fortuna
Nada me dejó querer;
Soñé una gloria importuna,
Quimeras alcancé á ver,
Pero realidad ninguna.

Para esto en mi edad temprana
Sueños de flores soñé,
Por ver que esa imagen vana
Un sueño nada mas fué
Al despertarme mañana.

Luisa. ¡Ciego! y ese loco amor
¿No es mas sueño que otro alguno?
Buscad camino mejor.

Rom. A otro cariño mayor
Ya, señora, no hay ninguno.

Luisa. Amad la fama, la gloria.

Rom. ¿Qué le importa á un corazon
Desesperado, en la historia
Dejar por nombre un borron
Una vez de fama y memoria?

Ya sé que el camino erré,
Y que el tiempo que pasó
No ha de volver, ya lo sé;
Pero ya es tarde, y á fé
Que atrás no me vuelva yo.

Luisa. Luego ¿qué pensais?

Rom. Amaros. ¿Y qué habeis de conseguir?

Rom. El placer de idolatraros.

Luisa. ¿Y de eso qué ha de quedaros?

Rom. La esperanza de morir.

Si en el amor no creí

Por necesidad ó altivez,
Ya que una vez lo sentí
La vez primera ¡ay de mí!
Será la postrera vez.

Luisa. (¡Compasion siento por él!
¿No me resuelvo por Dios!)
Hay un medio.

Rom. ¡Suerte cruel!

Luisa. El espacio entre los dos.

Rom., con desesperacion. ¡Para el se-
diento es la hiel!

Luisa. Inútil es vuestro amor
Cuando estoy, Roman, casada.

Rom. ¿Y ese es el medio mejor?

Luisa. Yo no encuentro medio á nada
Cuando en ello va el honor.

Pensad desde este momento
Esa quimera borrar
Del alma y del pensamiento,
Que yo di mi juramento
A mi esposo en el altar.

Rom. (Cerróme toda esperanza
De vivir la avara suerte.)

Luisa. Todo del tiempo se alcanza.

Rom. Si no cede la balanza
Por el lado de la muerte.

Luisa. ¡La muerte!

Rom. ¿Y qué resta ya
A quien todo lo perdió?

Luisa. No, nunca desesperó
El justo.

Rom. ¿Y quién os dirá
Que de esos justos soy yo?

Luisa. (¿Tengo yo, cielos, de ser
Quien de su felicidad
La esperanza he de romper?
Maldita la sociedad
En donde nací muger.)

Rom., echándose á sus piés. ¿Lloras, her-
mosa?

Luisa, con energía. ¿Insensato!
No lloro, que considero
De un marido caballero
Y un galán con él ingrato,
Que el marido es lo primero

ESCENA VII.

ROMAN.

¡Ya mis sueños se apagaron!
 Los fantasmas de la vida
 Uno á uno se borraron
 Y ya nunca volverán.
 ¡Seis meses! Madrid, Valencia,
 En sueños ó realidades
 Como tremenda sentencia
 El alma royendo están.
 ¡Seis meses! en mi memoria
 Han encendido una hoguera,
 Todo un porvenir de gloria
 Está quemándose allí;
 Es muy tarde, sin amores,
 Sin porvenir ni esperanza,
 Esa corona de flores
 Es de espinas para mí.
 Perdí la luz de mis días
 En ilusiones pueriles,
 De mis horas juveniles
 Tengo solo... una pasión;
 Y esa pasión imposible,
 Ese pensamiento eterno
 Me pesa como un infierno
 A plomo en el corazón.
 Partiré lejos, muy lejos,
 Que el sol de mi amarga vida
 Con los últimos reflejos
 Alumbró el cuerpo mortal.
 ¡A Dios, Luisa encantadora!
 ¡A Dios, ofendido amigo!
 Oí la tremenda hora...
 Tocaban á un funeral.

ESCENA VIII.

ROMAN, SENTADO EN ACTITUD DE LA MAS PROFUNDA MEDITACION. — PEREIRA, ENTRANDO POR LA PUERTA FALSA EN TRAJE DE CAMINO. — ES COMPLETAMENTE DE NOCHE.

Per. Salud, amigo.
Rom. ¿Quién va?
Per. Una antigua relación
 Que ya desde otra ocasión
 Reconocida os está.
Rom. ¿Qué queréis?
Per. Pensadlo vos.
Rom. ¿Yo? Por todo un firmamento
 No cambio de pensamiento
 Ni para pensar en Dios.
Per. En mal hora creo á fé
 Que he llegado.
Rom. Sí por cierto.
Per. Ese postigo hallé abierto,

Oí vuestra voz y entré.
Rom. Pues bien, os podéis marchar,
 Porque yo no os quiero oír.
Per. Pues yo os lo quiero decir,
 Y me lo habreis de escuchar.
Rom. Marchaos, digo.
Per. A eso vengo;
 Y en cumpliendo mi mensaje
 Otra vez el mismo viaje,
 Aunque largo, emprender tengo.
Rom. Pues bien, decid ¿qué queréis?
Per. Vengarme.
Rom., *marchándose bruscamente.* ¿Qué
 tengo yo
 Con tu venganza?
Per., *deteniéndole.* ¡Eso no!
 Quedaos, me ayudareis.
Rom., *amenazándole.* Ved que no tengo
 en la vida
 Vinculo que baste alguno...
Per. Pronto no tendrás ninguno
 Que malgastarla te impida.
 Mira, traidor.
(Descubriéndose.)
Rom. ¡Vive Dios!
 ¡Pereira!
Per. Tú mi honor tienes,
 Yo quiero tu alma en rehenes
 Por fianza de los dos:
 Por eso á buscarte vine
 Desde Madrid á Valencia,
 Por él grita mi conciencia
 Que te mate ó te asesine.
Rom. ¡Bueno! en mejor ocasión
 Venir por él no has podido;
 En las manos me has caído
 Y sed tiene el corazón.
 Vamos.
Per. Espera, porque antes
 Una nueva te he de dar,
 Que siempre han de interesar
 Las nuevas á los amantes.
 Era, seis meses hará,
 Una noche oscura, fría,
 La lluvia á mares caía...
Rom. Importuno el hombre está.
Per. Tres hombres, ebrios los tres,
 Que una dama acompañaban,
 Las calles atravesaban...
 Otro venia despues.
 A la incierta luz escasa
 De un farol agonizante
 Se detuvieron delante
 De una miserable casa.
 Salió una vieja al encuentro,
 Y á la falsa voz de « amigo »
 Abrió un estrecho postigo
 Y se cerraron por dentro.

Entonces el embozado,
Apoyado en el porton,
De los que habian entrado
Oyó la conversacion.

¿Sabes lo que se trató?
De engañar una muger;
Yo la acerté á socorrer,
Y á vengarla vengo yo.

Ella te adoraba, si;
Y pues su honor era mio,
A acabar el desafio
He venido solo aquí.

Rom. ¿Me hablas á mí?

Per. La maté.

Rom. ¿Qué me importa?

Per. ¿Por ventura

No la amabas?

Rom. ¿Qué locura!

Nunca tal imaginé.

Per. Luego tú la sedujiste

Tan solo por liviandad?

¿Y ella te amaba?

Rom. Verdad.

Per. ¿Es verdad?

Rom. Ya lo dijiste.

Per. No en balde para encontrarte

Tanto tiempo me afané;

Que me faltara pensé

El tiempo para matarte.

.....
.....
.....
.....

Rom. Si me matas, y ha de ser

Por mano de caballero,

Que lèves despues espero

Un á Lios á una muger.

Per. Si por cierto,

Rom. íralo.

Per. Sobre aquesta cruz de oro.

¿mas?

Rom. No, que la adoro.

Per. Y ¿te corresponde?

Rom. No.

Per. ¡Estúpido! loco estás.

Quando vengo por tu vida,

De tu amante despedida

A hacerme correo vas?

¡Imbécil! la he de decir

Que vives libre, contento,

Y que en veinte años, en ciento,

No habrás de poder morir.

Rom. ¿Porqué, traidor?

Per. Forque así

Hago mas fatal tu estrella,

Tu vida la enfada á ella

Y yo me vengo de tí.

(*Pereira alarga dos espadas á Roman, que toma una. Se batien, Pereira con serenidad, Roman con impetuosa cólera.*)

Per., con solemnidad. ¡Seis meses pienso que hará

Que nos quisimos batir!

(*Viendo que la rabia de Roman crece.*)

¿Quieres matarme?

Rom. O morir.

Per. ¿O morir?

Rom. Tanto me da.

Per. ¿Te herí?

Rom. No sé.

Per. Pues seguir...

Rom. Combate á muerte.

Per., dándole una estocada. ¡Ahí está!

ESCENA ULTIMA.

ROMAN, EN TIERRA; LUISA, ALBERTO,
PEREIRA.

Luisa. ¡Dios mio!

Alb. ¡Un combate aquí!

Per. Señores, un desafio;

Esto era negocio mio,

Pero ya le concluí.

Alb., mirando el cadáver de Roman, con rabia. ¡Oh, le habeis muerto!

¿Y por qué?

Per. Por una deuda anterior.

Luisa. ¿Una deuda?

Alb. ¿Era de honor?

Per. Por el honor le maté.



MAS VALE LLEGAR A TIEMPO

QUE RONDAR UN AÑO,

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

JORNADA PRIMERA.

— De aqui no habeis de salir
O quien sois he de saber.
— Pues mirad cómo ha de ser,
Que yo no lo he de decir.

CALDERON.

PERSONAS.

DON CARLOS.
DON CÉSAR.
DOÑA LEONOR.
INES.
BRIGIDA.
GINÉS.
DOS DESCONOCIDOS.
ALGUACILES, SOLDADOS, etc.

ESCENA PRIMERA.

El Campo del Moro.

DON CARLOS, GINÉS.

Carl. En muy necio desvarío
Tu pensamiento cayó.
¿Cuándo te sacara yo,
Ginés, para un desafío?

Gin. Mucho, señor, me consuela
Haberme engañado así;
Mas recelé cuando os vi
Descender hácia la Tela.

Carl. Depon, Ginés, tal recelo;
Y ten presente de hoy mas
Que no saco yo jamás
Mis criados para un duelo.

Gin. ¡ Señor!...

Carl. Distinto quehacer
A este campo me trae hoy,

Y sabe por fin que estoy
Prendado de una muger.

Que en ello me has de ayudar
Cuando te traigo lo ves;
Pero has de elegir, Ginés,
Entre morir ó callar.

Gin. Señor, dejadme partir,
Porque me habeis injuriado.

Carl. ¡ Ginés...!

Gin. He sido soldado.
Y soy fiel hasta morir;

Y os digo que no es discreto
Secretos depositar
En quien no habeis de fiar
Que sepa guardar secreto.

Carl. Te sobra, Ginés, razon.
De lo que dije te olvida.

Gin. Perdonad, pero en mi vida
Cupo en mi pecho traicion.

Carl. Pues escucha.

Gin. Decid, pues.

Carl. Y por si el tiempo no es largo.
Con mucha atencion te encargo
Que me lo escuches, Ginés.

Mi padre en tenaz manía,
No alcanzo con qué razon,
Con Doña Leonor Giron
En que me case porfia.

Y á quererla yo en verdad,
O á no querer á ninguna,
En abrazar tal fortuna
No hallara dificultad;

Porque es ademas de hermosa
Noble, rica y muy discreta:
Mas no mira ni respeta
El amor ninguna cosa.

Otra pasion tengo aqui
Que el alma entera me abraza,
Y mi linaje y mi casa
Despreció al nacer en mí.

Dos meses há que cobarde
 Citado aquí ocultamente
 Galanteo inútilmente
 A quien has de ver mas tarde.
Gin. Mas si al fin lo he de saber,
 A qué á entonces esperar?
Carl. Porque temo no has de hallar
 Mas, Ginés, que una muger.
Gin. ¿Pues qué mas quereis que vea?
Carl. La muger por quien suspiro,
 Sin mirar, cual yo no miro,
 A quien sea, ó quien no sea.
Gin. ¿Pues en tan indigno objeto
 Habeis puesto vuestro amor
 Que de su nombre, señor,
 Tengais que hacer un secreto?
Carl. Quizá. Pero aunque mi estrella
 si en mi mal lo arregló,
 Tengo en mi conciencia yo
 Que habré de valer mas que ella.
 Amo á una muger oscura.
 Su padre, aunque era un buen hombre,
 Dejéla solo su nombre,
 Su pobreza y la hermosura.
Gin. Y tres mayorazgos son
 Con los que puede alcanzar...
Carl. Lo que yo la pienso dar:
 Mi mano y mi corazón.
Gin. Si tal que decís supiera
 Vuestro padre Don Enrique...
Carl. Calle el necio y no replique,
 Que él callara aunque lo oyera.
 Lo que á tí toca, Ginés,
 En vez de vanos consejos,
 Es acechar desde lejos
 Por dónde se parte Inés.
 Sus pasos has de seguir
 Donde ^{me} hasta saber,
 Porque yo la he de ir á ver,
 Y ella no lo ha de decir.
 Y ahora precaucion será
 El separarnos.
Gin. Si á fé.
Carl. Porque si juntos nos ve
 Sin llegar se tornará...
Gin. Y aunque ya tal precaucion
 Por sí sola no bastara...
Carl. ¿Qué, Ginés?
Gin. La cosa es clara;
 Volved allí.
Carl. Damas son:
 ¡Tan temprano!
Gin. Aun hay estrellas.
 Venid, que pasen dejemos.
Carl. Sí, que despues volveremos
 En cuanto se vayan ellas.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, BRIGIDA, CON MANTOS.

Leon. ¿Dijisteis bien al cochero
 El punto en que ha de aguardar?
Brig. Entre el Soto y la Monclova;
 No temais, que no errará.
Leon. Parece, si no me engaño,
 Que este es el sitio.
Brig. En verdad
 Que no quisiera una linea
 Las señas equivocar.
 Mas ved, allí está la Tela,
 La casa de Campo allá,
 A esta parte la Monclova,
 Aquí la fuente...
Leon. Mirad;
 Pues aun no vino Don César,
 No nos estuviera en mas
 En la orilla de esta fuente
 Un instante descansar.
Brig. Si por cierto, mi Leonor.
 ¿Mas tal vez os sentís mal?
Leon. ¿Qué bien quereis que me sienta
 Estando en este lugar
 Con lo que dentro del pecho
 Tormento al alma me da?
 ¡Pluguiera á Dios que naciera,
 Brigida, en plebeyo hogar,
 Si por ser quien soy me privan
 De cuanto me da solaz!
Brig. ¿Y porqué de una vez todo,
 Mi Leonor, no confesais?
 Que no ha de ser tan tirano
 Vuestro padre y cederá.
Leon. ¡Ceder! Brigida, ni un punto
 Consiente en volver atrás,
 Que una vez que fui á decirlo
 Irritóse, y mas tenaz
 Juróme que ó me casaba
 O me haria profesar.
 Y ¡ay Brigida! si á lo menos
 Don Carlos me amara...
Brig. ¡Bah!
Leon. Casárame por mi vida
 Siquiera por acabar
 De quejas; mas en Don Carlos,
 En vez de darme un galan,
 Como yo sé que le obligan,
 Me dan un tormento mas.
Brig. Busquemos pues algun medio
 Con que poderlo estorbar.
Leon. Nuestros padres lo trataron
 Hace muchos años ya
 De enlazar ambas familias

Por el efimero afan.
Ambos están empeñados,
Y entrambos me han de matar.
Porque yo adoro á mi primo
Don César cada vez mas,
Y estoy á todo resuelta
Antes que sacrificar
Todo el amor de mi vida
A quien no lo ha de estimar.

Brig. Los ímpetus, Leonor,
De la pasion moderad,
Y dejad al tiempo tiempo,
Que tras uno otro vendrá.
La pasion es un escollo,
Mi Leonor, en vuestra edad...
Leon. Pues yo seguiré mi ruta,
O tengo en él de encallar.
Brig. Mirad no rompáis el buque
Y á pique venir lo hagais,
Que llevais, Leonor, en él
El honor.

Leon. Dueña, callad,
Que mugeres como yo
Bien su honor saben guardar,
Y no hay mejor centinela
Que la propia voluntad;
Mas si lo decís ahora
Por el lugar en que estais,
Tened, Brigida, hasta el fin
La paciencia de esperar,
Pues para amores livianos
No os buscara yo en verdad :
Que siendo Leonor Giron
Como quien soy he de obrar,
Y en quien soy, dueña, no cabe
Pequeñez, ni liviandad.

Brig. Señora, si mis palabras
Pudieron en esto errar,
Perdonadlas, porque fueron
Hijas del labio y no mas.
Vuestro padre á mi cuidado
Os tuvo á bien encargar,
Y aunque puedo complaciente
Conceder á vuestra edad
Lo que se debe en justicia,
Los límites sin pasar
De la razon y el honor,
Os juro que volveré
Vuestro honor á vuestro padre
Tan puro como el cristal ;
Porque siendo yo quien soy
Como quien soy he de obrar,
Y en quien soy, Leonor, no cabe
Pequeñez ni liviandad.
Mas allí viene Don César,
Y porque, Leonor, veais,
Que os quiero como á quien sois
Y rencor no sé guardar,

Donde vuestra voz no alcance
Me retiraré.

Leon. Esperad,
Que donde esté Leonor
Habrá su dueña lugar.
Sentaos aquí, y ahora
Ved, dueña, oid, y callad.

ESCENA III.

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR, BRIGIDA

Cés. ¡Tanta fortuna, Leonor!
Recibí vuestro billete,
Y aun me tengo por juguete
De sueño fascinador.
Hoy vengo, mi dulce amor,
Dudando si en este incierto
Desvarío estoy despierto
Para tal felicidad,
Y aun dudo de la verdad.

Leon. Sí, Don César, es muy cierto.
Mas no por ello penseis
Que en igual deslíz los dos
A mí me falto por vos
Ni á vos por mí faltareis,
Que es por honra, y lo vereis,
Don César, por lo que os llamo ;
De vuestro amor al reclamo
No os diera la cita, no.
Que años há que os dije yo,
Primo Don César, que os amo.

Cés. Confuso ademas estoy
Vuestras voces escuchando,
Y de que aun estoy soñando
Mas convenciéndome voy.

Leon. Don César, despertat hoy
A la voz de la razon
Es precisa obligacion
Si como decís me amais.

Cés. Probarélo si me dais
De probároslo ocasion.

Leon. Pues oid y os la daré.
Sabeis (que no es de ignorar),
Que me quieren desposar,
Con pequeña causa, á fé ;
Que á otro que á vos no querré
Sabeis, Don César, tambien,
Y es justo que penseis bien,
Puesto que á otro no he de amar.
Si me podeis desposar
Antes que esposo me den.
Si elegir entre los dos
Dejaran mi voluntad,
Yo no eligiera en verdad,
Don César, á otro que á vos :
Quiérello distinto Dios.

Mi padre airado y violento
Me propone en el momento
O casarme ó profesar;
Si con vos no he de casar
Elijo lo del convento.

Cés. ¡No será, pese á los cielos
Y á la negra estrella mia!
No he de perder en un día
Una vida de desvelos;
Leonor, mi amor y mis zelos
Esos amaños tiranos
Romperán, y de sus manos
Ambos libres quedaremos.

Leon. Tened, Don César, no demos
En obrar como villanos.
Que aunque consiento en quereros,
Y si no á vos á ninguno,
Es pensamiento importuno
Que galan mío he de haceros.

Cés. Leonor, como caballeros
Que somos ambos á dos
Cuerpo á cuerpo...

Leon. No por Dios,
Que aun es mayor disparate
Que consienta yo en que os mate
O á Don Carlos mateis vos.

Cés. A comprenderos, señora,
No atino por vida mia:
Sacadme de esta agonía,
Que por cierto que ya es hora.
A mí os acogéis ahora
Porque casaros pretenden;
De las manos que os ofenden
Yo libraros quiero y mas.
¿Cómo si os volveis atrás
Vuestros deseos se entienden?
Que yo os amo, claro está;
Que os respeto, bien se ve;
Que me amais, pues, yo lo sé,
Dudarlo ofensa será.

Cuando á daros mi amor va
La defensa que pedís,
Que no le mate decís,
Que él me mate no queiréis:
Decid pues qué resolvéis,
Qué otorgais y resistís.

Leon. Que os ciega vuestra pasion
Bien claro, Don Cesar, veo,
Y en ello tiene el deseo
Sobrada satisfaccion.
Mas cobrad vuestra razon,
Que ha falta de claridad,
Y lo que os digo escuchad
Sin que andéis por conjeturas
Con las razones á oscuras
Y á tientas con la verdad.
Pues Don Carlos no me estima,
Don César, como á quien soy;

Pedireis á mi padre hoy
La mano de vuestra prima.

Cés. Y es patente que se exima.

Leon. Entonces idos al juez,
Confesadle sin doblez
De mi padre la injusticia.

Cés. ¿Y si el juez no hace justicia?

Leon. Acabamos de una vez,
Porque es vano imaginar,
Y miente quien lo dijere,
Que yo con quien no me quiere
Tengo nunca de casar.

Si vos lo habeis de escusar
Por escusar la pendencia,
Miradlo en vuestra conciencia,
Que si con vos, César, no,
Desde ahora apelo yo
Del convento á la sentencia.

Cés. Antes que suceda tal
Pierda la vida, Leonor,
Que con vida y sin tu amor
Acertaré á estar muy mal.

Leon. Ved, dueña, si criminal
O liviano hay algo aqui.

Brig. Si guardais rencor asi
Vuestra casa dejaré.

Leon. Me importa que el mundo esté
Bien satisfecho de mi.

Cés. Mas del campo á los extremos
Un hombre hácia aqui se viene.

Leon. Partámonos, que conviene
Que algun encuentro evitemos.

Brig. Ved que llega.

Leon. Pues quedemos
Como estamos sin recelo.

Cés. Bajad sobre el rostro el velo
Y dejémosle pasar.

Leon. ¡Por mi vida que es azar!
¡Carlos!

Cés. Confúndale el cielo.

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR, DON
CARLOS, BRIGIDA.

Carl. (¡Todavía gente aqui!
¿No es Don César el que veo?)

Brig. Que nos examina creo.

(*Ap. á Leonor.*)

Leon. Harto me pesa ¡ay de mí!
Cés. No hará porfía, que es

Hidalgo, y fuera importuno.
Carl. (Sin duda que sobra alguno,
Pues si hay dueña somos tres.)

Cés. (Ello es fuerza que se vaya
Para podernos librar.)

Carl. (De poderme yo quedar
Es fuerza que razon haya.)
Cés. (Pues hemos bien de salir.)
Carl., levantándose. (Yo tengo de quedar
bien.)
Leon., sobresaltada. Don César.
Cés. Quietas esten,
Que yo lo haré.

Leon. Sin reñir.
(*Don César y Don Carlos se van el uno
para el otro.*)

Carl. Don César, muy bien hallado.
Cés. Don Carlos, mejor venido.
Carl. Si me fuera permitido...
Cés. Cuanto os viniere en agrado.
Carl. Si tal no os pesa escuchar,

Pues gozais tanto favor,
Suplicara á vuestro amor
Se dignara despejar.

Cés. Segun como lo decis
Justo preguntaros fuera
Si resuelto en tal manera
A que despeje venis.

Carl. Si tal empeño tomara,
Don César, á cuenta mia
Menos espacio tendria
Y en vez de rogar mandara.

Cés. ¡Don Carlos...!
Carl. Dejad que acabe,

Porque hidalgo con razon
Nunca escusa la ocasion,
Pero dar su razon sabe.
De entender vuestros asuntos,
Don César, no tengo afan :
Porque sabed que en mí van
Discrecion y valor juntos.
Si solo me hallara aqui
Sin ocupacion alguna,
Hubiera á honor y fortuna
Que echárais mano de mí.
Mas pues llegando primero
Vuestro amor logrado habeis,
Confio no impedireis
El mio por ser postrero.
Ved ahora si en tal estado
Os puede mucho importar
Ceder un poco el lugar
A otro menos fortunado.

Cés. En cortesia y valor
Dos veces me habeis vencido.
Carl. Si en algo molesto he sido
Perdonad, que hareis favor.

Cés. (Fortuna fué singular
Que él me ayudara en tal guisa.)
(*A Don Carlos.*) (*A Doña Leonor.*)
A Dios quedad. — (Daos prisa.)

Carl. Él os quiera acompañar.

ESCENA V.

DON CÉSAR, DOÑA LEONOR, BRIGIDA,
QUE SE ALEJAN SIN QUE LLEGUEN A DESAPA-
RECER ENTERAMENTE; GINÉS, LLEGANDO
POR DETRAS A DON CARLOS.

Gin. Ved que es Leonor.

Carl. Mentecato,
¿Qué dices?

Gin. Que los cogí
Descuidados y los vi
A mi sabor muy buen rato,
Y os juro que Leonor es.

Carl. ¿Mientes?

Gin. A fé de soldado.

Carl., volviéndose á Don César. Don
César, muy bien hallado.

Señoras, bésoos los piés.

Leon., á Don César. ¿Qué es esto, primo?

Cés., á Doña Leonor. No sé.

Don Carlos, ¿qué se os ofrece?

Carl. Que nuestro encuentro merece
Mas detenimiento á fé.

Brig., á Doña Leonor. (Nos ha cono-
cido.)

Leon. ¡Cielos!

Cés. Mas claro os explicareis.

Carl. Vos sí que favor me hareis
En sacarme de recelos.

¿Esas damas quiénes son?

Cés. Eso ya es descortesia.

Carl. Pues como antes os decia,
Yo soy hombre de razon.

Y así, Don César, declaro

Que quien son he de saber.

Mirad vos cómo ha de ser,

Que de vos no me separo.

Cés. Pues riñamos, vive Dios,

Que á mí callarlo me importa.

Carl. La contestacion es corta,

Mas tal vez os pese á vos.

(*Ponen mano á los estoques.*)

Leon. ¡Cielos, valedme!

Carl. Teneos,

Que ya mi oido veloz

Recogiéndome esa voz

Ha colmado mis deseos.

(*A Doña Leonor.*)

Hermosa Doña Leonor,

¿Porqué os recelais de mí

Cuando el hallaros aqui

Hoy es á entrambos mejor?

Que es libre y tirano amor

Bien sabeis á lo que veo;

Que en oculto galanteo

Os hallo, Leonor aqui,

Y tal vez podrá por mí
Cumplirse vuestro deseo.

Leon. Pues ya el disimulo es vano
A vuestra penetracion,
Yo soy Leonor de Giron,
(*Alzándose el velo.*)

Que este es Don César es llano.

Mas no es en vos cortesano,
Don Carlos, tanto insistir
El semblante en descubrir
De quien nada deseais,

Que puesto que no me amais
Bien os lo puedo decir.

Nuestras almas no acertaron
A amarse un solo momento,

Lo de nuestro casamiento
Nuestros padres lo trataron;

Mas lo que ellos concertaron
Amor lo desconcertó,

Y pues su razon la erró,
Contra nuestros corazones,

Ellos las satisfacciones
Podrán daros y no yo.

Pero porque no os vayais
Sin satisfaccion alguna,

Yo os diré que por fortuna
A muy buen tiempo llegais :

Es preciso que sepais

Que ayer á mi padre vi;

Dióme á escoger ¡ay de mí!

Vuestra mano ó el convento :

Yo, mejor que el casamiento,

Lo del convento elegí.

Ahora, Don Carlos, mirad

Si en hora tan desdichada

Ceder me importará nada

Un poco de vanidad,

Y á Dios que os guarde.

Carl. Esperad;

Que esas razones sobraron,

Si vuestras almas no hallaron

Medio de amarse un momento,

Y lo de este casamiento

Nuestros padres lo trataron;

Si llevárais en paciencia

Dejarme antes concluir,

No tuviérais que añadir,

Señora, ni una sentencia.

Mientras creyó mi prudencia

Vuestra alma libre de amar,

No me atrevi á contrariar

La voluntad de mi padre,

Mas ya que á quien mal le cuadre

Hay tal vez, dejadme hablar.

En que no me amárais vos,

Y en que yo á vos no os amara,

Acaso aunque nos pesara

Consintiéramos los dos.

Escondiéramos por Dios

Uno al otro nuestro afan;

Y pues nobleza nos dan

Nuestros padres al nacer,

Ni yo amara á otra muger,

Ni vos buscárais galan.

Hubiéramos, Leonor,

Largo tiempo asi vivido;

La muger con el marido,

Pero entrambos sin amor.

Esto no cabe en mi honor

Permitirlo ni pensarlo;

En vos estaba el callarlo,

En mí estaba el inquirirlo;

En vos estaba el sufrirlo,

Pero en mí está el estorbarlo.

Amo á mi padre, le adoro :

Por cumplir su voluntad

Diera hasta mi eternidad,

Mas no el ajeno decoro;

Tendrálo en mí por desdoro,

Pero decidido estoy

A que todo lo sepa hoy,

Que es justo que desde ahora

Os libre de mí, señora,

Por quien sois, y por quien soy.

Al vuestro tambien diré,

Y afirmadlo vos asi,

Que quedais libre de mí,

Y no pregunte el porqué.

Habrá de pesarle á fé,

La ira le asaltará,

Mi padre me ultrajará,

Y ambos tendránlo por mengua,

Pero os juro que mi lengua

Nunca mas os nombrará.

Ved, Don César, si importaba

A estas damas conocer,

Y si el duelo es menester,

Cuando gustáreis se acaba.

Cés. Confieso que no aguardaba

Satisfaccion tan cumplida :

Don Carlos, me dais la vida,

Perdonar debéis mi error.

Carl. Debe á mi lengua, Leonor,

Si en algo anduvo atrevida.

Leon. Tan confusa de atenderos

Me tienen vuestras razones,

Que me faltan espresiones,

Don Carlos, que responderos.

Obligárame á quereros,

Como habeis bien advertido,

Si mi suerte hubiera sido

Por esposo mio tomaros,

Que supiera respetaros,

Don Carlos, como marido.

Pero á Don César queriendo,

Estimo mas lo que haceis...

Carl. Os suplico que escuseis,
Que las horas van corriendo.

Leon. Es cierto, y agradeciendo
Que mancebo tan cortés...

Carl. Bésoos, señora, los piés.
(*Inés, llegando turbada y rápidamente,*
se ampara detrás de los que están en la
escena, y al punto reconoce á Don Car-
los. Poco despues entran dos desconoci-
dos, que se supone venir tras ella.)

Inés. ¡Hidalgos, en caridad!

Leon. ¿Qué es esto?

Brig. ¡Cielos!

Cés. ¡Mirad!

Inés. Socorro... ¡Carlos!

Carl. ¡Inés!

ESCENA VI.

DON CÉSAR Y DOÑA LEONOR, A LA DERECHA, Y A SU LADO BRIGIDA, GINÉS, A LA IZQUIERDA, Y A SU LADO LOS DOS DESCONOCIDOS; EN EL CENTRO INÉS, AMPARADA POR DON CARLOS.

Gin. (¡Ay Ginés! buena la hicimos:
Ya escampa y llovan peñas.)

Brig. Si no nos mienten las señas,
Papel de tercero hicimos.

Leon., á Don César. ¿Inés dijo?

Cés., á Doña Leonor. ¿Qué sé yo?

Todos son secretos hoy.

Carl. (Corrido en verdad estoy.)

Inés. (¡Quién en hombres se fió!)

Carl., á Inés. Y en fin, ¿direis qué es
aquesto?

Inés. Esos hombres me seguian.

Carl., á ellos. Esos hombres ¿qué querian?

Pocas razones, y presto.

Hombre 1º. Esa mozueta bellaca,

Que en mi casa está sirviendo,

Robó unos trastos, y entiendo

Que se huía hácia Aravaca,

Que es su pueblo, y voto á tal...

Carl. Inés, ¿tú criada...?

Inés. No;

Ese villano mintió

Y lo ha fingido muy mal.

Hombres 1º y 2º. ¡Cómo, infame...!

Carl. Callad vos,

Que si no me fuera en mengua

Os arrancara la lengua

De las fáuces á los dos.

Hombre 1º. Dareisme cuenta y sobrada.

Carl. Traigo para los villanos

Satisfaccion en las manos.

Tomad esta bofetada.

(*Dale.*)

Hombre 1º. ¡Tal injuria á mí!

(*Meten mano.*)

Carl., á Inés. Huye, Inés

Que yo la espalda te cubro.

Inés. No me voy si no descubro

Esa dama de quién es.

Leon. ¿Oís, Don César? Le pidió

Satisfaccion.

Cés. Ya lo oí.

Leon. (Que no me amara creí,

Pero que por otra no.)

ESCENA VII.

DON CÉSAR; DON CARLOS Y LOS DESCONOCIDOS RIENDO; ALGUACILES, SOLDADOS, ETC.

Alg. 1º. ¡Dénse al rey!

Otro. Ténganse, digo.

Alg. 1º. Afuera. Ténganse á raya.

Un Escribano. El que reñido no haya

Quédese para testigo.

Carl., á uno de los desconocidos á quien
tiene cogido por la garganta. ¿Con-

migo osábais reñir?

Llevadle, justicia, preso.

Alg. 1º. Ahora trataremos de eso,

Que todos han de venir.

¿Y qué es ello?

Hombre 1º. Esa muger,

Que es, señor, criada mía...

Carl. Esta muger no servia,

Y ya le pueden prender.

Alg. 1º. Todos irán, que sinó

No acaba vuestra malicia.

Carl. Téngase aquí la justicia,

O la haré tenerse yo.

Prended á ese hombre, y vais bien,

Sin ver lo mas que aquí pasa.

Esta dama es de mi casa,

Y yo soy...

(*Acercándose al oido del principal de la*
justicia.)

Alg. 1º. ¡Quietos esten!

Vos con nosotros venid. (*Al hombre 1º.*)

Y vuestra merced perdone. (*A Carlos.*)

Carl. Los derechos que os abone

Al mayordomo decid.

ESCENA VIII.

DON CARLOS, DON CÉSAR,
DOÑA LEONOR, INÉS, BRIGIDA, GINÉS.

Inés, á Don Carlos. Pues hoy os debo el
honor,

Ved en qué os puedo servir.

Carl. ¿Tan sola os habeis de ir?

Inés. Sola he venido, señor.

Leon., á Don Carlos con intencion. Que la guardéis es mejor,
Don Carlos : idos con ella.

Inés, lo mismo. ¡Oh! por mí no hagais querella :

Con esas damas quedad,
Que ir con vos por la ciudad
No está bien á una doncella.
Porque vos, segun parece,
En lo galan, caballero,
Sois mucho para escudero
De quien tan poco merece.
De tal honra desmerece
Mi edad y mi condicion.

Leon. (¡Y que siendo yo Giron
Por otra no me quisiera!)

Don Carlos, dirá cualquiera
Que aquestos despiques son.
Si conoceis á esa dama
Id con ella sin recelos,

Que no ha de servir de zelos
A quien sabeis que no os ama.
Y, si esto no es en disfama
De alguien de los que aquí estamos,
Permitidme que os digamos
Que si estorbaros pudimos...
Suponed lo que decimos,
Don Carlos, cuando callamos.

Carl. Leonor, asuntos de honor
No á las damas son ajenos,
Ni el de esta ha de serlo menos
Por no ser Doña Leonor.

(*A Inés.*)

Señora, hareisme favor.

Inés. Con vos, señor, no he de ir.

Leon. Tiene razon, que ha de oír
La frase que he de acabaros,
Y que por apresuraros
No me dejásteis decir.

(*Con ironia.*)

Nuestras almas no acertaron
A amarse un solo momento :
Lo de nuestro casamiento
Nuestros padres lo trataron.
Mientras mis ojos erraron
Y os creí libre de amar,
No me atreví á contrariar
La voluntad de mi padre.
Mas ya que á quien mal le cuadre
Hay tal vez, dejadme hablar.

En que no me amárais vos,
Y en que yo á vos no os amara,
Acaso aunque nos pesara
Consintiéramos los dos.
Escondiéramos ; por Dios!
Uno al otro nuestro afan ;
Y pues nobleza nos dan
Nuestros padres al nacer,
Ni amárais á otra muger,
Ni yo buscara galan.
Así hubiéramos, señor,
Por largo tiempo vivido ;
Con la muger el marido,
Pero entrambos sin amor.
Esto no cabe en mi honor
Permitirlo ni pensarlo ;
En vos estaba el callarlo ;
En mí estaba el inquirirlo ;
En vos estaba el sufrirlo,
Pero en mí está el estorbarlo.

(*Vase riendo y dando el brazo á Don César ·
Brígida los sigue.*)

Inés, con resentimiento á Don Carlos.

Dos meses há que me amais,
Y el recuerdo no os asombre.
Cuando os pido vuestro nombre,
« Un hidalgo » contestais :
Há dos meses me engañais :
Dos meses que me mentis.
« Un hidalgo » me decís :
Y es bien claro que sois mas.
¡Oh! ¡no lo digais jamás
Si decirmelo sentís!

Mas há dos meses se estrella
En mi honor vuestra pasion ;
Preguntais mi condicion,
Y yo os digo « una doncella. »
Pues ambos por igual huella
Nos buscamos hasta aquí,
Vos recelando de mí,
Yo recatando de vos,
Desengañados los dos,
Me perdisteis y os perdí.

(*Vase Inés y queda Don Carlos como avergonzado, y repara al punto en Ginés, que le contempla.*)

Carl. Fuerza que me pierda hoy es.

¡Cielos! No sé lo que me pasa.

(*A Ginés.*)

Sigue á esa dama, Ginés,
Y no vuelvas á mi casa
Sin que con la suya des.

JORNADA SEGUNDA.

Paréceme que aun la escucho.
Soy, dijo, á mi furor loco,
Para esposa vuestra poco,
Para dama vuestra mucho.

LOPE DE VEGA.

PERSONAS.

EL DUQUE.
DON CARLOS.
DOÑA VIOLANTE.
INÉS.
GINÉS.
UN LACAYO, LA RONDA.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion elegante en casa del duque.

EL DUQUE.

Tambien es tenacidad
De Don Diego y de Leonor.
Negocian puntos de amor
Con una velocidad
Que ya toca en lo importuno.
No creen sino que esta boda,
Porque á ellos les acomoda,
No es incómoda á ninguno.
Carlos jamás tuvo en ella
Inconveniente á mi ver...
Pero le puede tener
Si ve que se le atropella.
Y aunque si ya no le halló
Que le encuentre dificulto,
Tampoco obligarle á bulto
A casarse quiero yo.
Porque ¿qué le contestara,
Si de haberme obedecido
El mal que le haya venido
Con razon me echase en cara?
Mucho me holgara en verdad
En que con Leonor casase;
Yo insistiré en que se case,
Mas no contra voluntad.
¡Hola! A Don Carlos llamadme;
Y entre tanto, pensamientos,
De vuestros locos tormentos,
Un instante relevadme.

(Pausa.)

Y por fin si de su honor
Con una exigencia cruel
Despues de casarle á él
Le contara yo mi amor,
¿No dijera, y con justicia,
A proceder tan injusto
Que por hacer yo mi gusto

Puse en el suyo malicia?
Que yo amo es cierto á fé,
Que él no la ama es evidencia...
Qué he de hacer con mi prudencia
Vive Dios que no lo sé.

ESCENA II.

EL DUQUE, DON CARLOS.

Duque. Ya, hijo mio, te esperaba.
Carl. Yo, padre, os buscaba á vos.
Mas hoy no nos hemos visto:
Dadme las manos, señor,
Duque. Tómalas, hijo, y con ellas
Mi amor y mi bendicion.
Tengo un punto de que hablarte
Que nos importa á los dos.
Carl. Decid, padre, que os escucho.
Duque. Siéntate, y óyeme.
Carl. Estoy.
Duque. Sabes, hijo, que por dicha
(Que así el cielo lo arregló)
Somos nobles de la casa
De los Ponces de Leon,
Y que en bienes de fortuna,
En honra, lustre y valor,
A ninguna otra en Castilla
Nuestra familia cedió.
Carl. Y si hay, padre, quien lo dude,
Nombrádmeme sin temor,
Que ademas de la nobleza
Traigo espada y hombre soy.
Duque. Nadie lo duda, y por esto
El mundo nos ordenó
Ciertas leyes que cumplir
Nos es en obligacion.
Por ejemplo, que casemos
Con damas de tanto honor
Que con su lustre den lustre
A nuestro limpio blason.
Há mucho tiempo, hijo mio,
Que tu boda se trató
Por negocios de familia,
No te importa cuáles son,
Y te buscamos esposa
En la virtuosa Leonor,
Que es la prenda de mas precio
De la casa de Giron.
Que á tu padre tal pluguiera
Callártelo fuera error,
Siendo tu padre el primero
Que en esta boda pensó.
El tiempo y las circunstancias
La hicieron punto de honor:
Pues al mio importa. Sea,
Mas si daña al tu, o, no.

Carl. Antes de que yo os responda
A mí respondedme vos.

¿Me amais, señor?

Duque. Mas que el ciego
Amara si viera al sol.

Carl. Si pesarlo fuera dado,

¿Cuál pesara mas, señor,
Vuestra honra, ó vuestro hijo?

Duque. Hijo y honra... ¿que sé yo?

Carl. ¿Luego igual pesan entrambos?

Duque. Por cierto que es confusion.

(*Reflexionando.*)

La honra, de nuestros bienes

Es sin duda el bien mayor;

Y los hijos... si son buenos,

Nos bendice en ellos Dios.

La honra... tal vez se cobra

Con intriga ó con favor...

Los hijos...

Carl. ¿Qué decís, padre?

Duque. El que una vez se perdió...

Carl. ¿Respondéis, señor, quién pesa
Mas?

Duque. ¡El hijo, vive Dios!

Y á preguntarlo no vuelvas,

Que dos veces tal vez, no.

Carl. Permitid pues que rehuse

La boda con Leonor;

Mas no lo tengais á mengua,

Libertinaje ó baldon,

Que porque tal no pensárais

Desposara al diablo yo:

Mientras que amarme pudiera

Doña Leonor de Giron,

Consentí en sacrificaros

Mi vida sola, señor;

Pero hoy que sé que no alcanza

A amarme su corazon,

Hoy en libertad la dejo;

La mia os atañe á vos.

Duque. La tuya, hijo, como tuya

Toda entera te la doy,

Usala como quien eres,

Como Ponce de Leon.

Carl. Mi libertad tengo en mucho,

Y en mas á quien me la dió,

Porque aun antes de alcanzarla

Era hijo vuestro, señor.

Pero... ¡padre! ¿qué teneis?

Desfallecida la voz,

Los ojos volveis inquietos,

¡Fáltale al rostro el color...!

Duque. Del atormentado pecho

Secretos afanes son,

Y el rubor de alimentarlo

Sale en el rostro y la voz.

Carl. ¡Vos afanes, padre mio!

¡Vos secretos! ¡afan vos!

¡Oh! ¿creisteis mis palabras?

Padre, mi padre, perdon.

Si os ha de causar enojos,

Mirad bien que fué un error,

Y antes, padre, que enojaros

Muriera mil veces yo.

¿Llorais, señor? ¡vive el cielo!

Me partís el corazon.

¿Tanto ha podido ofenderos

El no querer á Leonor?

¡Ah! ¿porqué no me mandásteis

Que no os respondiera no?

Que es para mí sobre todo

Mi padre, despues de Dios.

Duque. Calla, Carlos, que de el pecho

Secretos afanes son,

Y aparte en ellos no tienes

Ni tú ni nadie.

Carl. Señor...

Duque. Mira, Carlos, son hoy tales

Estas dudas en que estoy,

Que me pesa el sí, y me pesa

Que me respondas que no.

Resistirlo mas no puedo,

Que un pensamiento traidor

Me ha asaltado sordamente

Tras el eco de tu voz.

He pensado que si amaras

A otra muger, ó mejor,

O mas bella, ó aun acaso

De mas baja condicion...

Carl. ¡Padre...

Duque. No es que te lo digo,

Es que lo pienso, mas no.

Carlos, hijo mio, dime:

¿Me amas mucho?

Carl. Como Dios

Amar á su Madre puede,

Y como aquella al Señor.

Duque. ¿Defendieras una causa

En que hubiera parte yo

Con justicia?

Carl. ¿Eso dudais?

Contra ley, y sin razon.

Duque. ¿Y si vieras en tu padre

Una falta, la menor,

Mas que el mundo reprochar

Pudiera como un baldon?...!

Carl. Harto contrario no fuera

Todo el mundo á mi furor,

Que un crimen en vuestro rostro

Como virtud viera yo.

Y al que lo mismo no viera

Delante á mí, ¡vive Dios!

Que á estocadas en el pecho

Le buscara el corazon

Y no le valiera el sitio,

Ni la fuerza, ni el valor:

Le matara, y si no fuera
Cuerpo á cuerpo, por traicion;
Porque es para mí en el mundo
Mi padre despues de Dios.

Duque. Carlos, me vuelves la vida :
Dame los brazos.

Carl. Señor,
Vuestro hijo soy ; mas decidme
De vuestro mal la ocasion.

Duque. Pues que, Carlos, tanto me
amas...

Mis duelos vien en amor.

Carl. ¿No es mas, padre? pues ¿ en eso
Vuestro corazon erró?

¿No sois hombre, y no están todos
Sujetos á una pasion?

Duque. Pero tal vez es indigno
De mi pecho tal amor,
Que amo, Carlos, á una perla
Pura, hermosa como el sol,
Pero en el fango del mundo
El cielo me la encerró :
Mas harto, Carlos, te he dicho,
Y de vergüenza me voy,
Que cosas á veces matan
Si se escuchan, hijo, dos.

Carl. ¡Cielo santo! ¿Estoy despierto?

¿Tantas desventuras hoy?

¡Si tras la muerte me voy,
Aun creo el hallarla incierto!
¿En lo mismo que he pecado
A pecar mi padre va?

¡Oh, por Dios que no será :
Fuera de ambos mal contado!)
Padre, señor, un momento :
Un remedio me ha ocurrido
Con que vos sereis servido
En lo de aquel casamiento.

Duque. ¿Un remedio! y ¿qué ocasion...?

Carl. Aguardad y os la dire,

Permitidlo, y partiré
Mañana mismo á Aragon.

Duque. ¿A Aragon quieres partir?

Carl. ¿Allí haciendas no tenemos?

Duque. Mas lo mismo quedaremos.

Carl. Asi se ha de concluir.

Vos á Don Diego direis

Que á mi vuelta he de casarme.

Duque. ¿Y una razon no has de darme...?

Carl. Padre, no la preguntéis.

Harto, señor, os pesara

Si yo la razon os diera.

Duque. Por vergonzosa que fuera

Yo sé que la perdonara.

Carl. No es sino noble é hidalga ;
Mas que la calle otorgad.

Duque. No sé, Carlos, en verdad
Que tanto tu razon valga.

Carl. ¿Hoy en vos mas no peso
Que la honra el hijo quizás?

Pues ved que en mí pesa mas

El honor vuestro que yo

Duque. Tú verás lo que ha de ser,

Que mas no he de importar.

Y no me atrevo á negar

Lo que puedes menester.

Vase.

ESCENA III.

DON CARLOS, DESPUES GINÉS.

Carl. ¡Y en un solo momento,
Con sola una palabra, de mi vida
Robóme la esperanza y el contento!
¿Pero cómo no amarla...
A esa tierna beldad desconocida
Tanto mas adorada
Cuanto mas me parece desdichada?
¡Oh! ¿Porqué nos llamamos
Ponces, Tellos, Abarcas y Girones,
Si á amarrar no alcanzamos
A nuestro alto blason nuestras pasiones?
Mas que mi padre viva,
Que ame, y que goce como grande y rico,
En tanto que en silencio
Yo mi amor á su amor le sacrificio.
Y al fin ¿qué vale todo?
Muger será, ligera y veleidosa,
Que cuando yo la alzara,
Tal vez de que era mía se olvidara
Acordándose ; ay Dios! de que era hermosa.
¡Oh! ; Tal pensando me estremezco y lloro!
Muger al fin... muger, pero la adoro.
¡Hola! A Ginés buscadme.

Gin. Héme aquí ya, señor.

Carl. ¿Qué sabes de ella?

Gin. Seguí traidor su huella,
Mas tal vez conociendo la seguía
De calle en calle y de plazuela en plaza
Atenta y pertinaz iba y venia.

Carl. ¿La hallastes? Si, o no.

Gin. ¡Por vida mía!
¿Pusiérame ante vos si no la hallara?
Hasta la calle fui de *Mira el Río*,
Número cuatro, casa solitaria,
La puerta estrecha y de agujeros llena,
Tras el cubo, señor, de la Almudena.

Carl. (*Dale un bolsillo.*) Gracias, Ginés,
y toma.

Gin. Señor, soldado soy y buen criado,
El oro es de traidores ó cobardes.

Carl. Pues para mí conviene que lo
guardes...

Gin. Mal, señor, se concilia.
¿No estará en vuestras manos mas seguro?

Carl. Yo puedo malgastarlo;
Tócale al mayordomo conservarlo,
Que soy, Ginés, un hijo de familia. (*Vase.*)
Gin. ¿ Dijome mayordomo?
Pages son del oficio; pues lo tomo.

ESCENA IV.

Casa pobre. Es de noche. — Luz.

DONA VIOLANTE, INÉS.

Viol. Estás cabizbaja.
¿Qué tienes, Inés?
Inés. Dó quier que los ojos
Volvais, lo vereis.
¿Qué mas, madre mia,
Pudiera tener?
Viol. Voluntad suprema
De los cielos es.
Inés. Mas propicios, madre,
Nos pudieran ser.
Viol. Respeta á los cielos;
Son justos, Inés.
Tu padre hubo siempre
Entera su fé;
Fué siempre á su pátria
Y á su Dios muy fiel.
Murió defendiendo
Su pátria y su rey,
Y aunque nuestras dichas
Murieron con él,
Los cielos son justos,
Callemos, Inés.
Pero hoy mas que nunca
Parece á mi ver
Que estás tatigada,
Inquieta tal vez.
Inés. (¡Dios mio! ayudadme
Silencio á tener.)
Estais tan enferma,
Y están ya tambien
Nuestras esperanzas
Tan muertas...
Viol. Sí á fé.
Mas hemos llegado
Hasta hoy, ya lo ves,
Y así pasaremos
Un dia, dos, tres,
Un mes y dos meses.
Inés. ¡Ay madre! No sé.
¿Y cuando se pasen
El dia y el mes?
Viol. Entonces...
Inés. **Calladlo:**
No en ello penseis,
Que acaso tan solo
Por vos vive Inés.
Viol. ¡Hija! ¡mi consuelo!

Mi amparo y mi fé...

¿Me amas?

Inés. Me ofende
Que tal preguntéis.
Por vos diera todo
Cuanto puedo ser,
Mi vida, mi alma,
Mi amor ¡ah! tambien.

Viol. ¡Tu amor! — ¿A quién amas?

Inés. Yo... á nadie... tal vez...

Si algun dia amara...
Como á vos, ¿á quién
Quisiera...? y siento
Aun que lo dudeis.

Viol. Si algun dia amaras,
Si fuerza ha de ser
Que ames...

Inés. Madre mia,
Por vos amaré.

Sin vos, ni los cielos
Le bastan á Inés.

(*Ruido como de alguno que llega. Un
embozado se acerca á la puerta.*)

Mas ¡qué ruido...! Un hombre!

¡Qué audaz! ¿Qué quereis?

*El duque, desembozándose y saludando
respetuosamente.* Salvaros, señora,
Si alcanzo á poder.

ESCENA V.

DOÑA VIOLANTE, INÉS; EL DUQUE,
DISFRAZADO.

Viol. Pues decid, señor, ¿qué pasa?
¿Qué repentina ocasion...?

Duque. Trájome mi corazon
A las puertas de esta casa.
Con vos, señora, un instante
Quisiera, si os place, hablar.

Viol. Señor, no puedo alcanzar...

Duque. De un asunto interesante.

Viol. Decid, pues, que os escuchamos.
Duque. (Indeciso estoy á fé,
Y qué decirlas no sé.)

Inés. Señor, atentas estamos.

Duque. Nace á veces un deseo
En un corazon en calma,
Que abrasa, señora, el alma,
Y que no se apaga creo;
Todo entonces es dudar,
No sosegar ni dormir,
No se sabe adónde ir,
Ni se sabe en dónde estar.
No hay regalo en el placer,
Ni las dichas nos agradan,
Pues hoy tanto nos enfadan,
Cuanto halagaron ayer.
Huimos nuestros amigos,

Que al prestarnos sus consuelos
 No son mas en nuestros duelos
 Que impertinentes testigos.
 Y silenciosos y uraños,
 Meditabundos y esquivos,
 En el mundo de los vivos
 Parecemos como estraños.
 Con el pensamiento á solas
 Gozamos una ilusion
 Cual faro que en un peñon
 Alumbra las negras olas ;
 Mas como él incierta, vaga,
 Ya esperanza, ya tormento
 Dentro allá del pensamiento,
 Ya se muestra, ya se apaga.
 Tal vez su sér no ignoramos,
 Mas porque no nos asombre
 Jamás su sér ni su nombre
 A solas nos preguntamos.
 Hasta que llega una vez
 En que á tanto meditarlo
 No querer adivinarlo
 Fuera estrema estupidez.
 Entonces nuestros enojos
 Truécanse en falaz ventura,
 Y refleja una hermosura
 De nuestra alma á nuestros ojos ;
 Y de entonces sin temor
 Nos perdemos en pos de ella :
 Cuanto mas huye es mas bella,
 Que es poderoso el amor.

Viol. Tanto tiempo há que no escucho
 Acento tan cortesano,
 Que pienso que fuera en vano
 Querer escucharle mucho.
 Me habeis hecho recordar
 Tantas pasadas venturas,
 Que apenas por conjeturas
 Os alcanzo á adivinar.
 Una hija tengo, señor ;
 Mas ved en vuestro deslíz
 Que es demasiado infelíz
 Para inspiraros amor.
 No finjais debilidad
 Al través del abandono,
 Que no cambia por un trono
 Su amor y su soledad.

Duque. ¿Qué habeis en mí conocido
 Para una respuesta tal ?
 O me he esplicado muy mal,
 O me habeis mal comprendido.
 Sé la indigencia en que estais,
 La virtud en que vivís ;
 Si os enoja lo que oís,
 A desecharlo bastais.
 Oro tengo, hidalgo soy :
 Si oro noble os bastará,
 Nadie en Castilla podrá

Daros tanto como os doy.

Esto es cieno, ya lo sé,
 Mas por oro, pompa, honor,
 Si un poco me dais de amor
 Bien pagado quedaré.

Viol. ¿Quién sois, que me haceis llorar,
 No de duelo, de placer ?

Duque. No me debéis conocer
 Si no lo habeis de aceptar,
 Que en la esperanza en que estoy,
 Si mi nombre os revelara,
 Que me amárais me pensara
 Nada mas de por quien soy.

Viol. Hablais, señor, de tal modo
 Que no sé qué responderos.

Duque. Pues todo vengo á ofreceros,
 Mirad si os conviene todo.

Inés. (¡ Pobre anciana !) Perdonad,
 Que aunque sé que el vulgo es necio,
 Y sus hablillas desprecio,
 Mi honor me importa, escuchad.
 Yo tengo, bien lo sabeis,
 Una madre por ventura ;
 Ella, señor, mucho cura
 De las prendas que en mí veis.
 Amarla en mí no es virtud
 Si obligacion principal,
 Que fuera pagarla mal
 Su desvelo y su inquietud.

A su ciega voluntad
 Ciega me sacrificara,
 Su vida á Dios le comprara
 Con toda mi eternidad.
 Mas tuve un padre, señor,
 Buen vasallo y buen soldado,
 Que aunque en mi alma ha dejado
 Para ella todo su amor,
 Dejó á mi virtud constancia
 Con que en tan rico tesoro
 Del noble me falta el oro,
 Mas me sobra la arrogancia.
 Si la suerte, la riqueza
 Con mi padre me quitó,
 Yo sé bien que me dejó
 En la sangre la nobleza.
 Pues noble supe nacer,
 Y he vivido sin mancilla,
 Del mismo rey en Castilla
 Barragana no he de ser.

Duque. Con harto respeto of
 Vuestras razones, señora,
 Y no sé en verdad ahora
 A qué traerlas aquí.
 No os he venido á insultar
 Como un avaro á un mendigo ;
 He venido como amigo
 Para recibir á dar.
 He venido porque os amo,

Belle Inés, desde que os vi,
 Pero antes de entrar aquí
 Olvidé cómo me llamo;
 Que amor á todos estiende
 Su ley, y á nadie respeta.

Inés. Pero el pueblo la interpreta,
 Señor, como la comprende.

Sé que hay un amor sublime
 Que arrebató el corazón,
 Que no es inmunda pasión,
 Y de sus leyes se exime.
 Que es una vaga centella
 Del fuego que anima el cielo,
 Y se refleja en el suelo
 Como la luz de una estrella.
 Sé que esa virtud sin nombre
 Solo en el alma nacida,
 Por el autor de la vida
 Es un regalo hecho á el hombre.
 Pero, señor, también sé
 Que esa flor sencilla y blanca,
 El hombre ingrato la arranca
 Y la huella con el pié.

Duque. Pero ved que si la flor
 Se coloca en un altar,
 El que la supo apreciar
 Adoró á su Criador.

Inés. Vos, señor, sois tan galán
 Como yo soy desvalida.
 (¡ Siempre juntos en la vida
 Placer y tormento van!)

Duque. Pensadlo, señoras, bien
 Si lo podeis admitir,
 Que yo del vulgo al decir
 Pondré silencio también.
 Que antes que él sea testigo
 De las dichas de los dos,
 Yo basto á hacerlos á vos
 Igual en todo conmigo.

Viol. ¿ Y dejaréisme ignorar
 A quién debo agradecer... ?

Duque. No me debéis conocer
 Si no lo habeis de aceptar,
 Porque os repito que hoy
 Si mi nombre os revelara,
 Que me amárais me pensara,
 Nada mas que por quien soy.

(*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE, INÉS.

Viol. Suspensa me tiene
 Tal felicidad.

Inés. Madre, madre mía,
 ¡ Qué lucha, qué afán!
 El alma en mil dudas
 Tormento me da.

Viol. ¡ Si al cielo piadoso
 Movió nuestro mal,
 Y el sol nos volviera
 Tranquilo á brillar!
 Inés, ¿ qué dice ese
 Silencio tenaz?
 ¿ Qué piensas? ¿ A ese hombre
 Respuesta darás?

Inés. Madre, madre mía,
 ¡ Qué lucha, qué afán!

Viol. Te salva la honra,
 Te adora y te da
 Cuanto es, cuanto tiene
 Noble y liberal.
 Un punto en el vulgo
 Nos murmurarán,
 En mil conjeturas
 A pe derse irán.
 ¿ Qué importa, si al cabo
 Vendrán á parar
 En que es la fortuna,
 Fortuna y no mas?
 Y ser venturoso
 No es ser criminal.

Inés. Madre, madre mía,
 ¡ Qué lucha, qué afán!
 Mas no. ¡ Qué ventura!
 ¡ Qué felicidad!
 Daros una vida
 De calma y de paz...
 Haceros dichosa,
 Madre, y que jamás
 Nuestra ágría desdicha
 Tengais que llorar.
 Mas yo en ese gozo
 Sin tregua y solaz,
 Tendré mis afanes
 Por fuerza que ahogar.
 Fingiré contento...
 ¡ Contento falaz!
 Madre, madre mía,
 ¡ Qué lucha, qué afán!

Viol. Mas si sientes, hija,
 Secreto pesar,
 Y tanta fortuna
 Recelos te da,
 Tu madre, hija mía,
 Aun puede esperar,
 Que así como vive,
 Por tí vivirá.

Inés. Madre, en lo resuelto
 No quiero pensar:
 Si hoy en vuestra hija
 Vuestra vida está,
 ¿ Qué habreis vida, madre,
 Pudiérais dudar
 Cuando al mismo cielo
 No idolatro mas?

Viol. Inés, hija mía...

Inés. Oh madre, cesad.

Id á vuestro lecho

Reposo á buscar,

Que el sol de mañana

Mas claro saldrá.

Viol. Hija, y ¿qué respuesta...?

Inés. De eso descuidad.

(¡Dios mio, Dios mio!

¡Qué lucha, qué afan!

(Vanse, y un momento despues vuelve

Inés sola.)

¿Hay hoy mas tormentos,

Señor, que apurar?

Inés..., está dicho.

Felices serán,

Te dieron la vida...

La vida les da.

De vida con ambos

La deuda es igual,

A entrambos su deuda

Les he de pagar.

No importa á qué precio

Su calma obtendrán...

No importa por ambos

Que espire de afan.

*(Queda suspensa, como acosada de honda
afliccion interior. Sale Don Carlos al
pañó con precaucion.)*

ESCENA VII.

INÉS, DON CARLOS.

Carl. (En casa de Inés estoy

Por vez última y primera,

Y en tan duro trance que hoy

A echar la suerte postrera

A vida ó á muerte voy...

¡Qué afligida está!)

Inés. (¡Ay de mí!

¡Tras de tan incierto amar

Venir á perderle así...!)

Carl., saliendo. Si basta el llanto á en-
jugar...

Inés, sorprendida. Caballero, idos de
aquí.

Carl. ¿Qué es esto, Inés?

Inés. No lo sé.

Carl. Despedirme.

Inés. Vedlo vos.

Carl. Oyeme, Inés, porque á fé

Que en mi amor...

Inés. No os oiré.

Carl. Mancha no hay.

Inés. Idos con Dios.

Carl. ¿Así te enojas, mi bien?

Zelos á mi ver me pides

Con rigoroso desden.

¿Tú, Inés, así me despides

Cuando á eso vengo tambien?

Inés. ¡Cielos! ¿Tú, Carlos, me dejas...?

Carl. ¿Pues tú misma...?

Inés. Si; es verdad:

Idos pues.

Carl. Ya que me alejas...

Inés. Que no os olga vuestras quejas,
Caballero, en caridad.

(Loca estoy, no sé qué digo.)

Carl. Pero antes que parta, Inés,

De una querella contigo

Satisfaccion á un amigo

Fuerza que recibas es.

Inés. Querellas sin tiempo son,

Y las podeis escusar.

Carl. Pero, Inés, ¿tanta ocasion

Pude esta mañana dar...?

Inés. (Me desgarrá el corazon.)

Carl. ¿Tanto, Inés, te habrá ofendido

Lo que hice solo por tí,

Que tu amor habré perdido?

Inés. ¡Amor! Nunca os lo he tenido.

Cuando os lo dije, mentí.

Carl. Pues si tu amor fué mentira,

¿Cómo la verdad se llama?

Inés. ¿Y vuestro amor qué os inspira,

Si vuestro pecho suspira

Por el amor de otra dama?

Carl. ¿Sin dejarme responder

Empiezas á preguntar?

Dime, Inés, lo que he de hacer.

Inés. Mirad vos cómo ha de ser,

Porque no os quiero escuchar.

Carl. Pues yo lo quiero decir;

Y de grado ó valimiento,

Hoy, Inés, me lo has de oír,

O en este sitio me siento,

Y de aquí no he de salir.

Inés. ¡Caballero, por piedad!

No añadais, no añadais nada.

Carl. Oye.

Inés. ¡Tal tenacidad!

Carl. ¡Horrible, desesperada!

Inés. Hablad bajo en caridad.

Carl. ¿Porqué en voz baja ha de ser?

Lo que aquí decirte puedo

Todos lo pueden saber,

Y no alcanzo á qué tener

A repetírtelo miedo.

Quisome mi padre dar

Otra muger por esposa;

Plúgome en ella encontrar

Otra pasion amorosa

Y no la quise tomar.

Su libertad la volví,

Inés mia, por tu amor.

Inés. ¿Porqué lo has dicho? ¡ay de mí!
Que aun halaba en mi rigor
Mientras infiel te creí.

Carl. ¿Luego injusto y falso fue
Rigor tanto?

Inés. ¡Qué sé yo!

Carl. ¿Luego aun me amas...?

Inés. No lo sé.

Carl. ¿Luego dulce llevaré
Una esperanza...?

Inés. ¡Eso no!

Carl. ¡Con que iré desesperado
Sin que aguarde fin mi pena,
Desoido y desamado,
Inocente, condenado
Por dicha y por culpa ajena!
¡Ah! en no verte consentía
Mientras tu imagen sagrada
Dentro del pecho vivía,
Y en hora mas fortunada
Por tu amor, *Inés*, volvía!

Inés. Don Carlos, ¡oh! no me habéis,
Que en cada palabra vuestra
Un tormento me traéis.
En saber no os empeñéis
Toda la desdicha nuestra.
Que tuve zelos, es cierto;
Que os amo aún, es verdad;
Que os vea mas, es incierto,
Que a un tiempo para mí han muerto
Amor y felicidad.

Carl. ¡El juicio voy á perder!
Cuanto mas cerca me pinto
La oscura puerta tener
Es forzoso deshacer
Las vueltas del laberinto.
Si me amas, ¿porqué me das
Tales tormentos, *Inés*?

Inés. No preguntes.

Carl. ¿Amarás

A otro tal vez?

Inés. ¡Fuerza es

Todo apurarlo!

Carl. No mas.

Si tal antes me dijeras,
Mis querellas excusaras;
Alcancé que errar pudieras,
Pero no que me vendieras,
Inés, ni que me engañaras.

(Pausa.)

¡Con tu silencio, traidora,
Confirmándomelo estás...!

(Marchándose.)

El cielo os guarde, señora.

Inés. ¡Santo Dios! Valedme ahora,
Porque yo no puedo mas.)

(Cae llorando.)

Carl. ¡Interna contienda brava!

¿Quién causó tal confusion?

¿Qué es esto, *Inés* mía? acaba...

Inés. Darte lo que te quitaba,
El alma y el corazón.

(Va á abrazarle, y se detiene.)

No, no. ¿Qué dije? mentí,

Mentí, Carlos, en verdad.

Carl., con abatimiento. ¡Ah! ¿no me
amas?

Inés. Eso sí:

Pero entre ambos puso aquí,

No sé quién, la eternidad.

Idos, Carlos.

Carl. ¡Loco estoy!

¡De amor y de rabia lloro!

Inés. Idos.

Carl. Dime ¡por quien soy!

¿Me amas?

Inés. Si: porque te adoro

Es fuerza me pierdas hoy.

Carl. ¿Y si algun dia...?

Inés. No sé.

Carl. ¿Si libres al fin los dos...?

Inés. ¡Imposible!

Carl. ¿Y no podré...?

Inés. Harto dije.

Carl. ¿Y si tu fé...?

Inés. Te amo, vete.

Carl. A Dios.

Inés. A Dios.

(Vase Carlos.)

¡Madre mia, al fin vencí!

Bien puedes dormir en paz,

Que he vendido mi solaz

Para comprártele á tí.

(Vase.)

ESCENA VIII.

Exterior de la casa de Doña Violante en la calle de
Mira el Rio; una puerta en el fondo. Noche muy
oscura.

DON CARLOS, SALIENDO POR LA PUERTA
DEL FONDO EN EL MISMO MOMENTO DE
MUDAR LA ESCENA. POR EL OTRO LADO Y
POCO DESPUES EL DUQUE.

Carl. ¿Hay confusion mas estraña?

Dice que me tiene amor,

Me despide con rigor,

Y jura que no me engaña.

Cuanto mas ama mas daña,

Y ama como nunca amó;

Todo su amor tengo yo,

Sin embargo huye de mí.

¿Podré amar? dice que sí.

¿Esperar? dice que no.

Si mi padre al fin vencido,

Porque todo podrá ser,

O se cansa de querer,

O deja de ser querido,
Y á mi vuelta ya en olvido
Su amor ó su estirpe echó,
¿No podré, volviendo yo,
Adquirir lo que perdí?
Porque amar, dice que sí...
Y esperar... ¡dice que no!
¿Y si el padre á lo que infiero
Yerra en ello...? ; Vive Dios!
Que ha de ser entre los dos
Mi padre siempre el primero;
Mas si mi infortunio fiero
A compasion la movió,

Lo que á mã padre di yo
No podrá darme él á mi...?
Porque amar, dice que sí...
Y esperar... ¡dice que no!

Duque. La respuesta he de esperar.

Por el oro y la grandeza
Su virtud y su nobleza
A fé que no ha de cambiar.
Mas ¿para qué he de guardar
El oro y nobleza yo?
Ella es claro que otorgó,
Pues virtudes la ofrecí...
Mi muger dirá que sí;
Mi dama dirá que no.
Mas si Carlos (lo sospecho
Por su pronta turbacion)
Una igual inclinacion
Abrigara dentro el pecho,
Cederá en mí su derecho,
No hay dudar, que siempre vió
Virtud en cuanto hice yo.
Mas si no por él, por mí,
Mi muger dirá que sí;
Mi dama dirá que no.
Mas ¿qué miro? ; Santos cielos!
La casa es esta de Inés...
Y aquel hombre allí... ¿quién es?
Pese á mi que tengo zelos.

Carl. ¿Quién será aquel importuno?

¡Oh! ¡si el que me estorba fuera...!

Pié en el dintel no pusiera

Desde el mismo rey ninguno.

Mas se acerca : ¿quién va allá?

Duque. Un hidalgo. Calle haced.

Carl. Véngase vuestra merced,
Que en mi estoque la hallará.

Duque. ¿Quién sois?

Carl. Un hombre.

Duque. ¿Qué haceis?

Carl. Esperar que paseis vos.

Duque. A esa puerta estais por Dios...

Carl. De guardia porque no entreis.

Duque. ¡Esto mas! Por vuestro pecho
El camino he de buscar.

(*Riñen.*)

Carl. Reñid bien, ó vais á dar
En camino bien estrecho.

(*Cae el duque; huye Don Carlos; y por su camino sale Ginés, con quien tropieza.*)

Gin. ¿Téngaos!

Carl. ¿Ginés?

Gin. ¿Quién es?

Carl. Yo soy.

Gin. ¿Y eso era lidiar?

Carl. Dos caballos á ensillar

Vamos al punto, Ginés.

(*Llévale por delante.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE; LA RONDA POR OTRO LADO.

Uno. Por aqui sonaba el ruido.

Otro. ¿Era riña?

El Primero. Y bien reñida.

El Segundo. Alguno perdió la vida.

Un Tercero. Pero allí veo un caido.

Duque. A levantarme ayudad.

El Primero. ¿Os hirieron?

(*Ayúdante.*)

Duque. Nada fué;

Un rasguño, y resbalé.

En esa casa llamad.

JORNADA TERCERA.

Perdona pues que el caballo
Tome otra vez y me vuelva.

MORETO.

PERSONAS.

DON CARLOS.

EL DUQUE.

DON DIEGO.

DON CÉSAR.

DOÑA LEONOR.

DOÑA VIOLANTE.

INÉS.

GINÉS.

CONVIDADOS.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Diego.

DON CÉSAR, DOÑA LEONOR.

Cés. ¿Eso á su padre dijo?

Enredo semejante

Solo un padre creyera por un hijo.

Leon. Y corre por la villa

En romances y fábulas contado,
Entre visos de sátira embozado.

Cés. De ese modo en Madrid, Leonor querida,

Héroes ya de pages y porteros
Se han hecho por nocturnos pendencieros

Leon. No hay cosa mas sabida.

En cada casa de distintos modos

Lo cuentan y celebran,

Pero es lo cierto que lo cuentan todos.

Quién le supone oscuros galanteos

De escondite y escalas de balcones

En que ayuda á tan bajos devaneos

Buscó de espadachines y matones

Quién cuenta no sé qué de unos billetes

Que dió á leer una moza á su vecina,

Y esta á la madre los leyó por zelos.

Cés. Por Dios que la aventura es peregrina.

Leon. Y estas consejas, primo,

Concluyen en achaque de novelas

Con la muerte de un hombre

De quien todos ignoran hasta el nombre.

Cés. Mas yo alcanzo, Leonor, en este cuento

Un viso de verdad y fundamento.

¿Os acordais tal vez de aquella dama

Que hallamos en la Tela?

Leon. Si por cierto.

Cés. ¿Y que luego conocimos

De Carlos á pesar de la cautela?

Leon. Me acuerdo, si.

Cés. ¿Quién sabe

Si esos los cuentos son, y de concierto

Se están ahora en Aragon holgando

Con la supuesta fábula del muerto?

Leon. Ello es cierto que Carlos,

Sea que fundamento en esto hubiera,

Temeroso ó prudente,

Acaso por burlar á la justicia

Abandonó su casa de repente;

Y sea por azar de un amorio,

O de otro encuentro alguno,

Todos convienen sin contrario alguno

En que á un hombre mató en un desafio.

Suponiendo mi padre

Que de escusar la boda son aquestos

Efimeros pretextos,

Arrostrando por todo

De casarnos, Don César, busca modo.

Cés. Por Dios que no lo entiendo

¿Cómo romper le ocurre

Con el duque el antiguo compromiso?

Leon. Eso es sin duda lo que mas le aburre.

Cés. Pero ¿y cómo cambió tan repentino?

Leon. Lo que no la razon hizo la ira,

Que así nos acontece de continuo.

Quando le dije nuestro amor, furioso

Tornóme á amenazar con el convento,

Y al duque iba á pedir que el mismo

Concluyera por fin el casamiento.

Mas cuando de Don Carlos

Entendió la insolencia,

Con el vano rumor de la pendencia

Que sostuvo ante mi por otra dama,

De su ira comprimida

El ahogado volcan reventó en llama.

« De tu palabra, Leonor, te eximo

(Dijo ademas airado) y nada pierdes,

Pues tu esposo desde hoy será tu primo;

De Don Carlos desde hoy mas no te acuerdes.»

Cés. ¿Y vos lo cumplireis?

Leon. ¡Por vida mia!

Que raya la pregunta en osadía,

Primo Don César, y pregunta es esta

Que no merece recibir respuesta.

Cés. Si es que indiscreto anduve

Perdonad, porque á fé, Leonor querida,

Que hay pensamientos que en el alma duran

Cuanto dura nuestra alma y nuestra vida.

Propios son de quien ama los recelos,

Y aunque no hayais á Carlos nunca amado,

Al recordar su nombre decontado

Siento en el alma en rebelion mis zelos,

Pues recuerdos de amor por mas que pase

Veloz el tiempo...

Leon. ¿Concluis, Don César?

Cerrad el labio á tan menguada frase,

Que si tal vez por yerro involuntario

Alcanzara á quererle en algun dia,

Carlos hoy fuera mi mayor contrario :

Porque es preciso que entendaís, Don César,

Que en tales ocasiones

Dentro cobija el ofendido pecho

De una muger iguales dos pasiones;

Y que si pude al seductor reclamo

De un pasado y atento galanteo

Humillar el deseo,

Ya me acordé de que Giron me llamo.

Y aunque broten sin tasa

Rudas pasiones en el pecho amante,

En mí, conmigo misma vacilante

Puede mas el orgullo de mi casa,

Y de Don Carlos, primo, no me acuerdo.

Cés. Me lo atestigua mal ese recuerdo,

Pues quien recuerda, Leonor, se acuerda.

Leon. Mas no se acuerda amante ó veleidosa

Quien una ofensa de su amor recuerda.

Cés. Mas no podrá decir que echó en olvi

El antiguo querer, aunque de un dia...

Leon. Yo recuerdo no mas que me

ofendido;

Y basta de ello ya por vida mia.

ESCENA II.

DON DIEGO, VIEJO; DON CÉSAR, DOÑA LEONOR.

Cés. ¿Cómo, señor, tan temprano?

Diego. Por vos, sobrino, esto y mas.

(*A Leonor.*)

Muy pronto, Leonor, darás

A mi sobrino la mano.

Cés. Permitted que agradecido...

Diego. ¡Oh! Don César, levantad,

Que á pesar mio en verdad

En la boda he consentido,

Pues no ignorais que tenia

Prometida á mi Leonor.

Cés. Mas yo sé tambien, señor,

Que Leonor lo resistia.

Diego. Si, mas ahora mismo voy

A Don Enrique á pedir

Disculpa de concluir

Todos nuestros pactos hoy.

Cés. Mas ved bien...

Diego. Ya va mirada.

Si él es Ponce de Leon,

Yo soy Don Diego Giron,

Y no nos debemos nada.

En este mes sin escusa

Os tenemos que casar,

Que no es decente esperar

Por quien tal honra rehusa.

Cés. Don Diego, aunque ciego adoro

A Leonor, no me pluguiera

Que mi amor manchar pudiera

Por quien sois vuestro decoro.

Diego. Eso á mi cargo dejad,

Que ellos un cuento han hallado

Con que á Carlos han sacado

Há tiempo de la ciudad;

Y enseñarles es preciso

Que, de nosotros señores,

No hemos menester tutores

Que nos otorguen permiso.

Cés. Justo es tal resentimiento,

Y no es decente en verdad

Murmuren en la ciudad

Tanto de este casamiento.

Diego. Teneis, sobrino, razon,

Que me han en mucho ofendido,

Y mal conmigo han cumplido

Esos Ponces de Leon.

Si la boda no querian

Por razon ó veleidad,

¿Porqué de su voluntad

La mudanza no advertian?

Y no dar en recurrir

A inútiles fabulillas

Que al fin no son mas que hablillas

Que al vulgo dan que decir.

Por temor de la justicia

Contar que Carlos huyó

Despues que á un hombre mató,

Es conocida malicia.

Pues si el hecho fuese cierto

Alguien por Dios pareciera

Que cuenta diera ó pidiera

Del matador ó del muerto.

Un portero. El duque Enrique, señor,

Quiere veros.

Diego. Que me place :

Con esta visita me hace

A un tiempo doble favor.

ESCENA III.

DICHOS, EL DUQUE.

Diego. Me habeis cortado el camino,

Que á vuestra casa iba yo.

Duque. Viniera yo mas contino;

Mas, Don Diego, mi destino

De otro modo lo arregló.

(*A Leonor.*)

Bésoos, señora, los piés.

(*A Don Diego.*)

Tal vez os vengo á enojar,

Mas preciso á entrambos es,

Que á poderlo yo escusar

Portárame mas cortés.

Diego, á los criados. Dad sillas, y despejad.

Cés., levantándose. Y si importa que sal-

gamos...

Duque. No : si os place, así quedad.

Diego. Señor Don Enrique, hablad,

Que atentos ó escuchamos.

Duque. Como no ignorais acaso

Que estuve enfermo en el lecho

Así en silencio lo paso.

Diego. ¿Cómo en el lecho?

Duque.

Fué el caso

Una estocada en el pecho.

Diego. Y á no haberlo aqui ignorado

Holgaráramos en cuidalle.

Dispensad...

Duque. Por dispensado.

Diego. ¿Y fué...?

Duque. De poco culdade

Diego. ¿En desafío?

Duque. En la calle.

Diego. ¿Del todo restablecido

Os sentis ya?

Duque. De tal modo,

Que á no haberme interrumpido

Hubiérais por mi sabido

Mi intencion...

Diego. Decido todo.

Duque. No atino si he de enojaros.

Dos cosas vengo á deciros;
Si he con **ellos** de agraviaros
Disculpa vengo á pediros,
O satisfaccion á daros.

Mi hijo, á quien siempre estimé,
En duelo á un hombre mató,
Cómo y dónde, no lo sé;
Cuando mi mal me dejó
Ya en mi casa no le hallé.

Hoy escribe de Aragon.

Ved su carta. (*Saca un papel y lee.*)

« Padre mio,

« Maté á un hombre en ocasion,
« Mas fué en legal desafio,
« Cuerpo á cuerpo, no á traicion.
« Y porque en deshonra mia
« Nada lleguéis á temer,
« Lo hice porque me ofendia,
« Y otra vez le mataria
« Si otra volviera á nacer.
« Maté por una dama,
« Aunque pobre, noble y bella,
« Y aunque el corazon la ama,
« Por mas curar vuestra fama
« Me alejo de vos y de ella. »

(*A Don Diego.*)

Si esto basta me direis,
O si aun es preciso mas.

Diego. Mas claro os explicareis.

Duque. Don Diego, una hija teneis;

Y vos sabeis lo demas.

Si por objeto menor

Mi hijo Don Carlos olvida
La hermosura de Leonor,
Ved que puedo darle vida,
Mas no alcanzo á darle amor
Y como este casamiento
Tampoco á Leonor agrada,
Con mútuo consentimiento
Libre dejaros intento
De la palabra empeñada.
Ved si en algo os ofendi,
Aunque no quise ofenderos,
Que por lo que toca á mí
Ya os dije que vine aquí
Resuelto á satisfaceros.

Diego. Escusada y sin razon,

Don Enrique, en demasia
Fuera tal satisfaccion
Cuando igual declaracion
Haceros me proponia.
Pues la tardanza mirando
Con que andábais en obrar,
Vuestra intencion recelando,
Estaba á Leonor buscando
Marido con quien casar.
En Don César desde ahora

A su esposo podeis ver.

Duque, á Leonor. En hora buena, señora.

Diego. Y haránlo tan sin demora,
Que esta semana ha de ser.

Duque. Pues vinisteis en serviros
De arreglar esto tan bien,
Después de gracias rendiros,
Tengo el honor de deciros
Qué hoy me caso yo tambien.
Mi hijo Don Carlos estoy
En que de Aragon se viene,
Y ámplia licencia le doy
Para que busque desde hoy
La muger que le conviene.
Que no está bien en verdad
Que cuando mi boda ajusto
Con entera libertad,
Oponga á su voluntad
Las cadenas de mi gusto.
Tendré en la doble funcion
Amigos, aunque muy pocos,
Y espero en vuestra atencion...

Leon., aparte á Don César. (Estos Ponce:
de Leon

Creo que se vuelven locos.)

Diego. ¿En ocasion poderosa
Os propuso acaso el rey,
Don Enrique, vuestra esposa?

Duque. La elegi yo por virtuosa,
De amor sujeto á la ley.

Una dama que aunque oscura
Es tan noble como yo;
Y un prodigio de hermosura:
Yo la he dado mi ventura
Por el amor que me dió.

Diego. Participo cordialmente
De vuestra satisfaccion.

Tendré el convite presente,
(*Con intencion.*)

Que con vos eternamente
Soy Don Diego de Giron.

Duque, con indiferencia. Perdonad, y el
cielo os guarde.

Diego. Con el cielo vayais vos,
Y vuestra dicha no tarde.

Duque. Ni á vos la vuestra os aguarde.

A Dios quedad.

Diego. Id con Dios.

(*Vase el duque.*)

¡Vive Dios, que eso acertaran
Esos mezquinos á hacer!
Si pudieran por muger
Alguna esclava tomaran:
¿Y qué á mi blason osaran
Sus blasones enlazar?

(*A Don César y Doña Leonor.*)

¿No es vergüenza contemplar
Una gente tan menguada?

¡Estupenda campanada
Con sus bodas van á dar!
(Vase.)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR.

Cés. ¿Oistes, Leonor, al duque?
Pasmado á mi fé me deja.

Leon. Corrida estoy yo de oírle
Desde que empezó, Don César.

Cés. ¡Que se casa!

Leon. Así lo dijo.

Cés. Por mi vida que es quimera.

Leon. Con una dama aunque humilde
Que no le cede en nobleza.

Cés. Y un prodigio en hermosura.

Leon. Tal para cual será ella.

¡Mezquinos! Así su estirpe
Torpes manchan y desprecian,
Y con sangre de villanos
La sangre de reyes mezclan.

Para eso en bizarras lides

Acrisoló su grandeza

Su generosa progenie,

De estos insultos ajena.

Para eso conquistó pueblos,

Y deslindando las tierras

Los moros que las guardaban

Huyeron de las fronteras.

Para que viendo su sangre

Tinta con sangre plebeya,

Desvelados en sus tumbas

Por quejarse no durmieran.

¡Oh! ¡Sobre ellos caiga un día

Su vilipendio y su mengua!

Cés. Y entrambos en ultrajarse

A un tiempo mismo se empeñan.

¡La carta oisteis de Carlos?

Leon. ¡Ojalá que no la oyera!

Cés. ¿Os pesa, señora mía?

Leon. Tened el labio, Don César.

Cés. Dijeran que esos son zelos.

Leon. Quien lo dijere, mintiera.

La vergüenza de escucharlo

Es lo que en verdad me pesa.

¿No oisteis con qué altivez

Lo afirma la carta mesma

De Don Carlos? « Maté á un hombre, »

Le dice, « por una ofensa,

« Y mil veces le matara

« Si las mil veces naciera. »

Cés. « Matéle por una dama,

« Aunque pobre, noble y bella. »

Leon. Bien haya sus almas nobles,

Que acuden á la pobreza.

Cés. ¡Y á las bodas nos convida!

Leon. Si me matara no fuera.

Cés. ¿No ireis, Leonor?

Leon. No por cierto.

Cés. ¿Y por qué no?

Leon. Por vergüenza.

Cés. Pues yo iría, aunque no fuere
Mas que por burla siquiera.

Leon. Decís bien, que así á lo menos
Reiremos á su cuenta.

Cés. Y á su misma faz mofándose
Reirá la corte entera.

Será placer.

Leon. Y colmado.

Cés. Será venganza.

Leon. Y completa.

Cés. Y á las fábulas del vulgo
Inagotable materia.

Leon. Sí, sí; de solo pensarlo

Gozoso el corazon tiembla.

Será por cierto una burla

El casamiento.

Cés. Gran fiesta,

Asunto al mundo de mofa,

De sátira á los poetas.

Leon. ¡Oh! por Dios que será un día...

Vayamos pronto, Don César.

Cés. A ver los que matan hombres

Por las pobres que son bellas.

Leon. Y el prodigio en hermosura

Que no le cede en nobleza.

ESCENA V

Gabinete en casa del duque. Las doncellas acaban
de vestir á Inés. Un velador con un aderezo.

DOÑA VIOLANTE, SENTADA; INÉS,
DONCELLAS.

Doncella 1ª. Bizarra, señora, estais.

Doncella 2ª. ¡Qué bien os va esa diadema!

Doncella 1ª. En belleza sois estrema.

Bajad un poco.

Inés. ¿Acabais?

Doncella 1ª. Conclui, si os enojais
Con este velo.

Inés. Idos pues.

Doncella 2ª. Severa y rigida es.

Doncella 1ª. *marchándose todas.* (Du
quesa de primer dia.)

Inés. ¡Cuántas galas á porfia,
Cuántos tormentos!

Viol. ¿Inés?

Hermosa en extremo estás.

Inés. Pláceme que os plazca á vos.

Viol. ¡Muy bella!

Inés. ¿Sí?

Viol. Sí, por Dios,

Cual no estuviste jamás.

Inés. Agrádame, madre, mas
Que todo ello vuestro gusto.

Viol. Tu madre soy, y es muy justo;
Pero turba mi contento
El siniestro pensamiento
De que lo hagas á disgusto.

Inés. ¿Qué es disgusto? Errais á fé.
¿De vos, madre, no naci?

Viol. ¿Que asi lo hicieras por mí?
Me pesa porque lo sé,
Mas si enojos...

Inés. ¿Y porqué
Vuestro bien me ha de enojar?
Que hoy por mí vais á encontrar
Vanidad, riqueza, honor.
(Aunque á costa de mi amor
Vuestra paz he de comprar.)
Porque os amo, madre mia,
Mas que á mi misma, y es poco,
Fuera pensamiento loco
Que yo me arrepentiría :
Pues por vos renunciaria
Cuanto tengo y cuanto soy,
Y cada vez, madre, estoy
Mas satisfecha de mí.

Viol. Cuanto mas lo creo así
Menos sintiéndolo voy.
Tanto placer me acibara,
Una duda, un no sé qué...

Inés, no acierto porqué,
Mas si pudiera, llorara.

Si yo, *Inés* mia, alcanzara
Que por mí sola pudieras.....

Inés. Dejad, madre, esas quimeras
Que hijas de la mente son.

Viol. Me acosan el corazon
Como si fueran de veras.
¿Te acuerdas de aquella oscura
Noche en que á tu esposo hirieron?

Inés. Algunos traidores fueron
Que hicieron nuestra ventura.

Viol. Parácame desventura
Con principio tan fatal.

Inés. ¿Hay, madre, capricho tal?

¿Cuanto vuestros ojos ven,
Por mas que sucede bien,
A vos os parece mal?
En mí, madre, cada vez
Es el contento mayor,
Pues mas lejos el dolor
Veo de vuestra vejez.

Parece que otra niñez
Los cielos, madre, nos dan
Segun cambiándonos van
En lujo, pompa y grandeza
De nuestra antigua pobreza
La miseria y el afan.

Pero, madre, á vuestros ojos,
Hechos á la oscuridad,
Ofende la claridad,
Y el sol con sus rayos rojos,
Que así, madre, diera enojos
A uno que en una prision
Hubiera con su afliccion
Pasado una larga vida,
Y tuviera ya guarida
La sombra en su corazon.
Pero cuando luego se hagan
Vuestros ojos á la luz.

Vereis cuán sin inquietud
Sus tornasoles halagan.
Vereis, madre, cómo vagan
Vuestros ojos sin cesar,
Sin cansarse de mirar
La luz que os estorba ahora,
Que esos pesares, señora,
Son restos de aquel pesar.

Viol. Me consuelas, hija mia,
Tan dulcemente.....

Inés. Ya veis
Que atormentaros quereis
Con tan triste fantasia.

Viol. Si es cierta tanta alegría...

Inés. ¿Pues, madre, no lo ha de ser?

¿No lo sabeis comprender
En estas riquezas sumas?
¿Estas joyas y estas plumas
Qué ostentan sino placer?

(*Vase Doña Violante.*)

Mas si de galas tan bellas
Pudiera verse á través,
¿Cuál el corazon de *Inés*
Se encontrara detrás de ellas!
Mas vanas son las querellas,
Pues vida y placer me dan.
De mí reclamando están
Yida, contento y placer;
Está resuelto; — ha de ser.
Muera conmigo mi afan.

Atrás, corazon, atrás :
Ahoga en silencio tu amor :
Ya voy, mundo engañosor,
Que esperando á *Inés* estás ;
Madre mia, vivirás
Sin que alcances de hoy á ver
Entre el fingido placer
De la dama en su opulencia,
La miserable dolencia
Del alma de la muger.
Venid, perlas ostentosas,
A orlar mi marchita frente,
Que hoy he de ser insolente
Envidia de las hermosas.
Tiendan lirios, brotan rosas
Donde he de fijar los piés,

Que justicia ademas es
Que derramen los amores
Oro, pompa, gala y flores...
En el entierro de Inés.

ESCENA VI.

INÉS; EL DUQUE, LUJOSAMENTE VESTIDO.

Duque. Mi querida Inés, mi amor,
Albricias vengo á pedirlos.

Inés. Yo si que debo deciros
Me deis albricias, señor.

Duque. ¿Eso vos? ¡Qué bella estais!
Las albricias de miraros

Si que debiera yo daros.

¿Verdad, Inés, que me amais?

Inés. ¿Pudierais, duque, dudarle
Cuando así bastais á verlo?

Duque. La duda de merecerlo
Me hace dudar de lograrlo.

Mas como no os pese á vos,

Juraros puedo, Inés mia,

Que jamás me ha dado un día

Tan feliz como este Dios.

Todo completo es en él,

Pues mi hijo, Inés, va á llegar,

Y ahora os venia á anunciar

Que esto dice este papel.

(*Muestra un papel.*)

Casi á una legua de aquí

Por su caballo quedó,

El page delante envió

Para anunciármelo á mí.

¡Oh! vos no le conocéis,

Y debéis tener afan;

Es el mozo mas galan

De cuanto mirado habeis.

Y sin que en ello os dé enojos...

Inés. ¿Enojos á mí, señor?

Duque. A la par con vuestro amor

Le quiero mas que á mis ojos.

Inés. Y orgullo debéis tener

Por un hijo tan honrado.

Duque. Con la vida que le he dado

Le diera todo mi sér.

En lo noble á todos pasa:

Prudente con los prudentes,

Valiente con los valientes,

Es el sosten de mi casa.

Vamos pues, que él va á venir

Y os le quiero presentar.

Inés. Y yo me tengo de holgar

En salirle á recibir.

ESCENA VII.

Salon elegante preparado para fiesta.

DON DIEGO, DON CÉSAR, DOÑA LEONOR,
CONVIDADOS, ETC., REPARTIDOS POR LA
ESCENA EN GRUPOS.

Uno. ¡Qué boda tan repentina!

Otro. Ni vista ni adivinada.

Y dicen que ella es divina.

Otro. Pues novia tan peregrina

Le ha valido una estocada.

El Primero. ¿Hablais, Don Tello, en ver-
dad?

El Tercero. Esa fué la enfermedad
Por la que un mes guardó cama.

El Segundo. Ya se dijo en la ciudad
Que rondaba á alguna dama.

(*En otro grupo.*)

Cés. Impaciente estoy á fé

Por verlas, Leonor, salir.

Leon. Y yo, Don César: porque

Con esta ocasion yo sé

Que han de dar bien que reir.

Cés. Y lo hacen como quien son.

Ved con cuánta ostentacion,

Gala y nobleza trajeron.

Diego. Siempre por locos tuvieron

A los Ponces de Leon.

Leon. Mas, vedlos.

(*El duque saliendo por la puerta del
fondo, dando la mano á Inés, y seguido
de pages, dueñas, etc.*)

Duque. Vuestro esperar,

Señores, harto me pesa.

Mil gracias os he de dar.

Véngoos pues á presentar

A mi esposa la duquesa.

Leon., á Don César aparte. ¡Qué es esto,
César! ¿No veis?

Cés., igualmente. Leonor, asombrado
estoy.

Leon. ¿Es burla? (*A Don César.*)

Duque. Merced me hareis

Si un instante concedéis

A mi hijo, que llega hoy.

Inés. ¡Cuánto pesar, madre mia,

Teneis que costar á Inés!

¡Ah! sin vos nunca tendria

Fuerzas en tanta agonía.)

(*Ruido de espuelas, murmullo, y Carlos
dentro.*)

Carl. ¿Dónde está?

Duque. ¡Hijo mio! Él es.

(*Corre hácia la puerta por donde entrará
Don Carlos.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS; DON CARLOS Y GINÉS, EN TRAGE DE CAMINO.

Carl. ¡ Padre mio ! ¿ Es tarde ?

Duque. No.

Nunca es tarde para tí.

Dame los brazos. Así *(Abrazanse.)*

Te quiero, hijo mio, yo.

Carl. ¿ Dó está, señor, vuestra esposa ?
Que quiero sus piés besar.

Duque. Me la hacías olvidar.

Aquí está. — ¡ Ve cuán hermosa !

Carl., retrocediendo. ¡ Cielos, valedme !

Inés. ¡ Ay de mí !

Duque. ¡ Inés ! ¡ Carlos ! ¿ Qué teneis ?

Leon., aparte á Don César ¿ No os lo dije ? Ya vereis.

Duque. ¿ Qué es esto, hijo mio, di ?

Carl. Padre, dejadme volver.

Duque. ¡ Volver, Carlos ! ¡ Vive Dios !

Carl. Que en vuestra casa los dos

A un tiempo no puede ser.

Duque. ¿ Qué te atreves á decir ?

¿ Pues en qué te falté yo ?

Carl. Dejadme.

Duque, cogiéndole de la mano. ¡ Por Dios que no !

Carl. Dejadme, padre, partir.

Duque. ¿ Qué es esto, Inés, vida mia,

En tal punto no dirás ?

Que tú tambien lo sabrás,

Pues él contento venia.

Inés. Señor, que el cielo cayera

Veinte veces sobre mí,

Holgara mejor aquí

Que tal hoy aconteciera.

Duque. ¿ Y entrambos no he de saber,

Inés, Carlos, qué es aquesto ?

¿ Qué decis ?

Carl. ¡ Oh ! me detesto.

Dejadme, padre, volver.

Duque, con energía. ¡ Eso no ! me lo Os mando que lo digais. *[direis.]*

Carl. Señor, cuando lo sepais

Tal vez me maldeciréis.

Duque. Habré de volverme loco.

¡ Cielos santos ! ¿ Qué es aquesto ?

Pero he de saberlo, y presto,

O tengo de valer poco.

Carl. Dejadme, padre, partir.

Duque, á los de afuera. ¡ Hola ! Las puertas cerrad.

(A los que están en la escena.)

De grado ó de voluntad
Don Carlos lo ha de decir.

(Los que están en la escena hacen ademán de marcharse, y el duque los detiene.)

¡ No ! Todos quedad así.

Aunque sea el crimen mayor,

Os juro que por mi honor

Todos lo sabrán aquí.

Carl. Teneos, pues, padre.

Duque. Acaba.

Inés, de rodillas. ¡ Don Carlos, por compasion !

Carl. Vuestra esposa es...

Inés, angustiada. ¡ Oh ! ¡ perdon !

Duque. Acabad.

Carl. La que yo amaba.

Duque. ¡ Cielos santos ! ¡ Sueños son !

Carl., con decision. Ahora dejadme partir,

Y de hoy mas no me esperéis.

Duque, con calma. Es preciso que os quedeis,

Que aun os falta que decir.

(Reflexionando.)

Todo por fin lo alcancé.

En una amante querella

Mató á un hombre... fué por ella....

Pero y el hombre... ¿ quién fué ?

Nunca lo sepa, no, no.

Que lo ignore : está inocente.

Es fuerza que eternamente

Crea que el hombre murió.

(A los circunstancias.)

Dispensadnos si tal hoy

Ante vuestros ojos pasa,

Porque dentro de mi casa

Padre de familias soy.

(A Don Carlos con dignidad.)

Pues ibas por mí á olvidar

Hoy tu amor con tal grandeza,

Vive Dios que mi nobleza

Por menos no ha de quedar.

Da, Carlos, la mano á Inés

Y al templo vamos.

Carlos, á los piés del duque. ¡ Señor !

Voy á espirar de dolor

Y vergüenza á vuestros piés.

Duque. Señores, esta sorpresa

Mi amor á Carlos buscó.

Quien se casa no soy yo.

Carlos, esta es la duquesa.

(A Don Carlos.)

Si cuna ilustre te di

Por ser Ponce de Leon,

Lo grande del corazon

Tambien lo aprendes de mí.

GANAR PERDIENDO.

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

JORNADA PRIMERA.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON PEDRO.
DOÑA ANA.
DOÑA CLARA.
ONATE.
LUISA.
LA JUSTICIA.

La escena es en Toledo (1695).

ESCENA PRIMERA.

Calle, y es de noche.

DOÑA ANA, LUISA.

Ana. Luisa, aquí te he de esperar;
Entra tú mientras en casa,
Y el aderezo de perlas
Dentro de su estuche, saca.

Luisa. ¿Qué, no quiso?

Ana. Todo entero

Lo quiere: ¡ suerte tirana!

Luisa. ¡ Judío!

Ana. Haz lo que te digo.

Luisa. Mas ved, señora...

Ana. Vé, y calla.

(*Entra Luisa.*)

¿Hasta cuándo, suerte injusta,
Habrás de tener esclava
Del deshonor de un hermano
Toda la honra de su hermana?
Ya ni haciendas, ni riquezas,
Ni joyas quedan en casa;
Todo en avarientas manos
Se pierde sin esperanza.

Luisa, saliendo. Aquí está.

(*Llora.*)

Ana. Pues vamos presto.

Luisa. Mas al fuego de esas lágrimas,
Las mias sobre los ojos
Me los anublan y abrasan.
¿Esto mas, señora mia?

Ana. ¡ Ay Luisa! déjame y calla,
Que ya que no me consuelan,
Mi mal aduermen mis lágrimas.
¿Dónde encontraste muger
Tan como yo desdichada?

Un hermano libertino
Tengo por mi mal en casa,
Que juega nuestras haciendas
En vez de beneficiarlas,
Y entre usureros tahures
Deja salud, oro y fama,
Y yo por honor de entrambos
Lloro y abono sus faltas.
Déjame, Luisa, que lllore.

Luisa. ¿ Mas no hemos ya meditado
Ocasión en que Don Pedro
De un error tan ciego salga?

Ana. ¡ Ay Luisa, qué mal entiendes
Lo que son nuestras desgracias!
Con cuanto acertar debemos,
Mas los errores se agravan,
Y á cada paso que huimos
Mas nuestra desdicha avanza.

Luisa. ¿ Y qué, señora...?

Ana. ¿ Conoces,

Luisa, tal vez á esa dama
Que frente á nuestro aposento
Tiene del suyo ventanas?

Luisa. ¿ Doña Clara de Mendoza?

Ana. La misma; esa Doña Clara,
Que cada vez que la miro
Toda se estremece el alma.
Déjame, Luisa, que lllore.

Luisa. No os entiendo: Doña Clara
Dentro su casa, ¿ qué tiene
Con lo que en la nuestra pasa?

Ana. Sábelo ya de una vez,
Que así á lo menos, entrambas
Llorando la misma pena
La haremos menos amarga.
Tiene un gentil caballero
Por hermano Doña Clara,
Cuanto hidalgo generoso,
Que si no miente, me ama.
Esta tarde llegó oculto
A Toledo, y una carta
Que dél recibí esta tarde,
Con sus razones me mata.

Luisa. Decidlo todo, señora,
Que en un hilo tengo el alma.

Ana. Dice que á casarse viene.

Luisa. ¿Y dice con quién se casa?

Ana. ¿Pues si no fuera conmigo
Así decírmelo osara?

Luisa. ¿Y eso es, señora, por Dios,
De vuestro llanto la causa?

Ana. Pues siendo noble, ¿cuál otra
Mas lágrimas me arrancara?

Luisa. Linda respuesta por cierto.
Rico, valiente, que os ama,
Que os libra de vuestro hermano,
Y que al fin con vos se casa.
¡Pues digo, nó sino sueño,
Que el forastero no es nada!

Ana. Sígueme, Luisa, y la lengua
Para mis ofensas ata;
Que siendo quien soy, no puedo
Escucharte tus palabras;
Que si él es tan firme amante
Que de desposarme trata,
Por su mismo amor no quiero
Que al fin me juzgue tan falsa
Que pensé con esta boda
En desempeñar mi casa.

Luisa. Perdonad... mas gente llega.

Ana. Baja el manto, que tapadas...
Mas ¡cielo! él es.

Luisa. ¿Quién?

Ana. Vamos,
Que en hablarle no me holgara.
Antes de que nos conozca
Entremos.

Luisa. Mientras que pasa.

Ana. Si; que si mi hermano vuelve...

Luisa. Pedirá para las ánimas.

ESCENA II.

DON JUAN, DESPUES LUISA, DESPUES
DOÑA ANA.

Juan. Doña Ana tiene un hermano;
Y puesto que yo no sé
Si Doña Ana guarda fe,

O si ha llegado á su mano
La carta que la escribí,
Mi prudencia me aconseja
Que consulte con su reja
Si se ha olvidado de mí.
Si es que ingrata me olvidó,
Disimular es aviso,
Porque á la fin es preciso
Que en ello quede bien yo.
Si me es constante Doña Ana,
Mañana me he de casar;
Mas si me pudo olvidar,
A Milan vuelvo mañana.

(Llama á la reja.)

Luisa. ¿Quién es?

Juan. Un hombre.

Luisa. En mal hora

Habeis llegado; id con Dios.

Juan. Escusad palabras vos;

Llamad á vuestra señora.

Luisa. Desenfado trae el hombre;
No está en casa.

Juan. Vedlo bien.

Luisa. Lo vi: mas decidme quién
Sois.

Juan. Yo no tengo nombre.

Luisa. Buenas noches.

(Hace que cierra.)

Juan. Abreviad,

Y dad aviso á Doña Ana
Que la aguardo en la ventana.

Luisa. ¿Mas quién diré?

Juan. Despachad.

Ana. en la ventana. ¿Quién es?

Juan. ¡Doña Ana!

Ana. ¡Don Juan!

Juan. Si, amor mio, Don Juan es,
Que vuelve á cabo á tus piés
Mas rendido y mas galan.
¿Y tú eres aun...?

Ana. Tu Doña Ana,

Que te idolatra y espera,
Con tu amor mas altanera,
Con tu vuelta mas ufana.

Juan. ¿Dieronte mi carta?

Ana. Sí.

Juan. Tal vez te di en ella enojos.

Ana. Con lágrimas en los ojos
Veinte veces la lei.

Juan. Mi bien, ¿lágrimas por eso?
Mas las últimas serán.

Ana. De mi fortuna, Don Juan,
Afirmarlo fuera escoso.

Juan. ¡La fortuna!

Ana. Bien lo sé

Que nunca se ha de cansar
Contra mí.

Juan. ¿Y porqué dudar?

Ana. No me preguntéis porqué.

Juan. Mas ved que es inadvertencia
Que en vos me arguye malicia
Hacer tamaña injusticia
A mi amor en mi presencia.
Dudar de vuestra fortuna
Cuando os vengo á desposar,
Es de mí propio dudar
En ocasion importuna :
Que si vos me amais á mí
Como yo os adoro á vos,
Uno del otro los dos
Somos la fortuna aquí.

Ana. Nunca, Don Juan, pensé yo
En ello de otra manera;
Dudé de mi suerte fiera,
De vuestra firmeza no.
Porque, Don Juan, yo os amé
Desde el momento en que os ví,
Y de entonces para mí
Todo el mundo sueño fué.
Imaginar que os faltara
Error y vergüenza fuera,
Porque aunque yo lo quisiera,
A olvidaros no acertara.
Pero es cierto que...

Juan. Acabad.

Ana. Que nací en infausta estrella,
Pues tan mal se apareja ella
Con nuestra felicidad.

Juan. Volveíisme el juicio, Doña Ana,
Y... esplicaos, porque aquí
Yo tan solo sé de mí
Que os quiero esposa mañana.
¿Llorais, vive Dios?

Ana. Sí, lloro.

Juan. ¿Pues no os tomo por muger?

Ana. Callad, que no puede ser,
Por lo mismo que os adoro.

Juan. ¿Que no puede ser decís?

¡Voto á Dios y á san Millan!

¿Pues no vengo de Milan

Porque vos me lo pedís?

¿No dejo por vos allá

Honor y engrandecimiento,

Mostrando que el pensamiento

En nada sin vos está?

¿No soy soldado y me alejo

Solo por vos de la guerra?

¿Cuanta fama y gloria encierra

La guerra por vos no dejo?

¿Qué mas por vos pude hacer,

Ni vos de mí qué esperar,

Ni qué mas tengo que dar,

O habeis vos que apetecer?

Llego á Toledo esta tarde

Y aunque por quien soy pudiera

Entrar en faz altanera.

De mí mismo haciendo alarde,
Prudente os busco, Doña Ana,
Azares por evitaros,
Y vengo de noche á hablaros
A través de una ventana.
Y al recibirme contenta
Decís que no puede ser :
Lo que es mandarme volver,
Doña Ana, segun mi cuenta.

Ana. No, Don Juan, que os engañais ;
¿Pues no os mandé yo venir?

Juan. Mas volvéíisme á despedir
Si al recibirme llorais.

Ana. ¿Yo despediros, Don Juan,
Cuando en mal tan inaudito
Mas que nunca os necesito
Por remedio de mi afan?
¿Yo, Don Juan, que instante á instante
Las tardas horas conté,
Y vuestra vuelta esperé
Enamorada y constante?
Dejadme al menos llorar,
Ya que dudásteis de mí.

Juan. Pues si ya me veis aquí,
¿Hay razon para tardar?

Ya que me dais amorosa
Con vuestra fé el corazon,
Mañana mismo es razon
Que paseis á ser mi esposa.

Ana. Tan pronto no podrá ser.

Juan. ¿No basto yo...?

Ana. No, Don Juan.

Juan. Todas, Doña Ana, serán
Inconstancias de muger.

Decid que no me amais ya,

Y acabamos de una vez.

Ana. Al fuego de mi altivez

No toqueis, porque arderá.

Don Juan, os amo, os adoro

Mas que nunca.

Juan. ¡Pese á mí!

Pues entonces, ¿quién aquí

Va por medio?

Ana. Mi decoro.

Juan. ¡Vuestro decoro! ¿Tal vez

En cuanto soy, tengo y valgo,

Qué veis que no sea hidalgo

De valor escaso ó prez?

O en vos sino ¿qué sentís

Que os desdore ó sea en mengua?

Ana. Don Juan, reportad la lengua,

Que hasta en pensarlo mentís.

En mi honor no hay mengua tal,

Ni en mi amor flaqueza alguna;

Pero fuéme la fortuna

Desque nací bien fatal.

Juan. Siempre os conocí tan bella,
Noble, rica, en conclusion.

Ana. Y os dije que no es razon
La injusticia de mi estrella.
Mas, Don Juan, tengo un hermano...

Juan. ¿Porqué calláis?

Ana. No lo sé.
De ello me avergüenzo á fé.

Juan. ¿Os prometió?

Ana. Fuera en vano.

Juan. ¿Acaso resiste audaz
Nuestro amor?

Ana. Inútil fuera.

Juan. ¿Qué es pues?

Ana. En vano quisiera
Decirlo el labio tenaz.

Juan. ¿Doña Ana, os burlais de mí?
Sois bella, libre, me amais,
Y todo al fin lo estorbais,
Y á todo decís que sí.

Ana. Declararlo mas no puedo,
Que en mí sola no depende.

Juan. Si hay alguno que me ofende...

Ana. No le hallárais en Toledo.

Todo mi amor teneis vos.

Juan. ¿En qué pues tardanza cabe?
Vuestro hermano...

Ana. Nada sabe.

Juan. No os entiendo, vive Dios.
Nada sabe vuestro hermano,
Yo os amo y me amais á mí,
Decíme á todo que sí,
Y que os oponéis es llano.
Acabad.

Ana. Es mi secreto.

Juan. ¿Lo guardais?

Ana. Como quien soy.

Juan. Pronto á ayudaros estoy.

Ana. No fuera en verdad discreto.

Juan. ¿En quién mas podreis flar?

Ana. En nadie, Don Juan, á fé.

Juan. Fiádmelo pues.

Ana. No haré,

Que á otro en mí fuera faltar.

Juan. ¿A otro en vos? ¿Y sin mí quién?

Ana. Otro lo sabe, y los cielos.

Juan. (Por Cristo que tengo zelos
Y no los devoro bien.)

¿Luego en otro flais mas?

Ana. ¡No por Dios!

Juan. Mal se concilla.

Ana. Negocios son de familia.

Juan. ¿Mentís, Doña Ana, quizás?

Ana. ¡Don Juan!

Juan. Dejádme que acabe,

Pues que no teneis es llano
Mas familia que un hermano,
Y este hermano nada sabe.
Negocios en conclusion
De familia no teneis,

Con que es claro que quereis
Sostener la dilacion.

Ana. Pensadlo, Don Juan, mejor,
Que mi hermano puede ser
Quien alcance á entorpecer,
Pese á entrambos, nuestro amor.

Juan. ¿Loco estoy? Falsa sirena,
Ya sé que con tal pretesto
Quereis poner tiempo en esto;
¡Mas si es así, norabuena!
Toledo no me ha de ver,
Que de él me parto mañana.

Ana. Don Juan, ved, mirad...

Juan. Doña Ana,

Ved vos de esto qué ha de ser.
A haceros mi esposa vengo,
Y en el punto en que os lo digo
Secretos teneis conmigo;
Y ó yo de saberlos tengo,
O para siempre me voy,
Porque mi propia muger
Conmigo no ha de tener
Secretos, por quien yo soy.

Ana. Ved que no lo soy aún.

Juan. Pero lo fuérais mañana

Si fuera, ingrata Doña Ana,
Nuestra constancia comun.
¡Oh! bien haceis en llorar,
Que eso bien sabeis hacer.
Armas son de la muger
Que huyendo se han de humillar.

(Hace que se va, y vuelve.)

Ana. Pues bien, sabedlo, y tened
De mí duelo á tal oír,
Porque si os lo he de decir,
Me hablais por última vez.
Que os hago tal confesion
Solo por satisfaceros,
Mas en ello agradeceros
No quiere mi corazon.
Mi hermano, Don Juan...

Luisa, dentro. Señora,
Abreviad.

Ana. ¿Qué?

Luisa. Vuestro hermano
Vuelve la calle.

Ana. Es en vano
Tener, Don Juan, mas demora.

Juan. Aguardad.

Ana. No, por m' vida.

Juan. Ved que llega.

Ana. A Dios, Don Juan.

Juan. ¿Sacaréisme de este afan?

Ana. En ocasion mas cumplida.

(Cierran y vanse.)

ESCENA III.

DON JUAN.

¡Hay por Dios tal confusion
 Ni tan estraña muger!
 Hablando la he de perder,
 Pues me da satisfaccion.
 Y si por su confesion
 Bien su inocencia declara...
 ¡Valiera mas que callara
 Si habla por la vez postrera!
 Con que en la misma manera
 Que la pierda es cosa clara.
 No se opone á nuestro amor
 Su hermano, pues nada sabe;
 En ella ni en mí no cabe
 Mengua en lustre ni en honor.
 Otro rival mi valor
 En su amor no ha de admitir;
 Mas cuando vengo á pedir
 De su amor la última prueba,
 Alza, mantiene y renueva
 Cuanto la puede impedir.
 Que me ama, verdad será
 Cuando tan tenaz lo jura;
 Que cuan rica en hermosura
 Es tan libre, claro está;
 Pruebas de amor no me da
 Cuando me huye, bien se ve;
 Dóila mi mano y mi fé,
 Dice que muere por mí...
 Pero me aparta de sí
 Ocultándome el porqué.
 Y por Dios que ó yo deliro,
 O todo es una invencion,
 Que en tan oscura razon
 Escusas tan solo miro.
 Y cuando á sondarla aspiró
 Me confundo en ella mas;
 Satisfarame quizás,
 Mas obvia el inconveniente,
 Y en nuestro amor no consiente
 Su intencion volviendo atrás.

ESCENA IV.

DON JUAN, OÑATE.

Oñ. ¿Qué os haceis ya tan de noche
 Asi en la calle, señor?
 Juan. ¿Qué te importa, necio?
 Oñ. ¿Acaso
 Fiel ademas no soy yo?
 Aun no hace sino unas horas
 Que me confiásteis vos
 De esta venida á Toledo
 Vuestra secreta razon.

Venis contento á casaros,
 Vuestra dama á eso os llamó,
 Y á vuelta de solo un día
 En ese guardacanton
 Os encuentro cabizbajo
 Centinela de un farol.
 Permittedme que os repita
 Que eso me estraña por Dios.
 Mas ya que os soy importuno,
 En vuestra meditacion
 Seguid, que pues sois mi amo
 Yo os obedezco y me voy.
 Juan. No, Oñate, que mas que tu amo
 He sido tu amigo yo,
 Y juntos hemos lidiado
 Siendo soldados los dos.
 Y pues no ignoras el hecho,
 Debes saber la razon,
 Aunque no tienen razones
 Las sinrazones de amor.
 Oñ. Decid pues: ¿tal vez Doña Ana
 Con la ausencia se mudó?
 Juan. Dice que ciega me adora.
 Oñ. ¿Mas escusa la ocasion?
 Juan. Sí por cierto; y á fé, Oñate,
 Que aquí sin mi acuerdo estoy
 Dudando de sus palabras,
 Y temiendo su razon.
 Oñ. Mas su hermano...
 Juan. Nada sabe
 Don Pedro.
 Oñ. Si otro amador
 Os contrasta...
 Juan. Su alma entera
 Me jura que tengo yo.
 Oñ. Mas si una vez el descuido,
 La sorpresa, la ocasion...
 Juan. Oñate, detén la lengua
 Si no has de dar á la voz
 Palabras menos villanas.
 Oñ. Es suponerlo, señor.
 Juan. Tal suponer es osado,
 Y calumniar no es razon.
 Oñ. Y por fin si dais permiso
 Que os lo diga...
 Juan. ¡Voto al sol!
 ¿Y estabas con esa calma
 Gozando en mi confusion?
 Oñ. Como os via...
 Juan. ¡Acaba!
 Oñ. Acabo.
 Juan. Di presto.
 Oñ. Pues á eso voy.
 Luisa es una moza fresca,
 Cariredonda, encarnada,
 Que puede bien ser tomada
 Por de familia tudesca.
 Dió en el vicio de servir

Bajo auspicios de doncella,
Y si no lo dijera ella,
¿Quién lo había de decir?

Juan. Oñate, y en ese cuento
¿Qué tengo que entender yo?

Oñ. Que ella es quien me lo contó

De su boca : estadme atento.

Luisa, que sirve á Doña Ana,
Toda su confianza goza,
Y así es que sabe la moza
La historia de la sultana.

Don Pedro, su lindo hermano,

Jugador de profesion,

Que tiene noble el blason

Pero el corazon villano,

Juega siempre hasta perder,

Bebe siempre hasta ganar,

Y el daño para olvidar

Juega y bebe hasta caer.

Con mañas tan disolutas

Y tan torpes compañías,

Las noches pasa y los días

En apuestas y en disputas;

Y queriendo tal vez mal

A sus deudos y herederos,

Regala á los usureros

Los frutos de su caudal.

Lo suyo no le bastó,

Pues que pierde cuanto gana;

Pidió prestado á su hermana,

Y lo de entrambos perdió.

Despues que ya no halló qué,

En vez de sumiso hermano,

Para su hermana un tirano

Don Pedro en su casa fué.

Algo pudo escatimar

Doña Ana á la suerte cruel;

Mas ella llora, y juega él;

Y á pedir él, ella á dar.

En este estado, señor,

Claro es que Doña Ana atienda

A que, pues no tiene hacienda,

Os sea inútil su amor.

Juan. ¡Inútil ! por Dios que no;

Que si has dicho la verdad,

Con mas brío y ceguedad

La quiero porello yo.

Oñ. Ved si es cierto cuanto digo,

Y si hay mas segura seña,

Que quien sus prendas empeña

Es mi paisano y mi amigo.

Juan. (Efímera es la razon,

Mas concibo cómo humilla

A quien tiene sin mancilla

Nobleza en el corazon.

Muger noble y singular,

Mal por Dios te conocí;

Mas tal he de ser por tí

Que me baste á disculpar.)

¿Oñate?

Oñ. Señor.

Juan. Dos cosas

Secretamente has de hacer.

Oñ. Señalad las que han de ser

Por osadas ó penosas.

Juan. A Doña Ana llegarás

Con cualquier pretesto ó modo,

Y en faz de usurero, todo

Cuanto pida la darás.

Oñ. ¿Mas si á conocerme llega,

No veis que en vos mal arguya?

Juan. El secreto es cosa tuya;

Nada á la industria se niega.

Al mayordomo he de ver

Ahora mismo, y que te apronte

La cantidad á que monte

Cuanto pueda recoger.

Tú como un desconocido,

Y en tu comercio mejor,

Dala cantidad mayor

De la que te haya pedido.

Y á ese tu amigo, discreto

Las usuras pagarás,

Las haciendas librarás,

Y que nos guarde secreto.

¿Comprendiste?

Oñ. Comprendí.

Juan. Para tamañas finezas

Echa mano á mis riquezas,

Aunque me arruines á mí.

ESCENA V.

OÑATE.

Héme aquí ya en un punto

De camarero y mayordomo junto.

¡A cuántos desatinos nos obliga

La locura de amor ! Viven los cielos

Que en favores Don Juan bien estremados

Hoy cambia sus recelos.

Y á partirse dispuesto

El amor de Doña Ana por pretesto

Satisface el orgullo de su casa

Y el fuego del amor en que se abrasa.

Mas pues soy su criado,

Fuerza es obedecerle de contado.

A Doña Ana he de hablar; valga el ingenio;

Mas ella sale... haré el encontradizo,

Y vístase el amor trage postizo.

ESCENA VI.

DOÑA ANA Y LUISA, SALIENDO DE SU CASA
COMO EN LA ESCENA PRIMERA; OÑATE.

Ana. Mira bien si se fué ya,

Y del empeño salgamos.

Luisa. Seguras, señora, vamos,
Que por la esquina se va.

Ana. ¿Muger mas infortunada
Viste, Luisa?

Luisa. A fé que no.

Ana. La suerte conmigo dió
Mas que con otra enconada;
¡Tras un año de esperar
La posesion de su amor,
Por vergüenza del honor
Tenerla que desechar!

Luisa. Dejad para otra ocasion,
Señora, por Dios el llanto.

Ana. Cúbrete bien con el manto,
Y echa la llave al porton.

Oñ. Ellas son; llego Señoras,
Perdonad, y guardéos Dios.

Ana. Asi con él vayais vos,
Que nos importan las horas.

Oñ. A abreviáros las venia,
Que me acaban de informar
Que quisierais empeñar
Prendas de alguna valia.

Luisa. Vaya con Dios el menguado,
Que quien tal dijo mintió.

Oñ. Amigo vuestro soy yo,
Y vengo bien informado.

Y por causas que yo sé,
Para acudiros, señora,
Por eso (*señalando al aderezo que traerá*

Luisa oculo) dentro de un hora
Triple cantidad daré.

Y contad siempre conmigo,
Que es vuestro cuanto poseo,

Y os juro que ser deseo
Mas que traficante amigo. —

Silencio, Luisa. (*Aparte á Luisa.*)

Luisa, aparte á Doña Ana. Dejadle
Hacer, señora.

Ana, á Oñate. Conflío
Que no hareis en daño mio.

Oñ. ¿Temor de mí? desechedle....

Ana. En mi casa pues entrad,
Y el contrato cerraremos.

Oñ. No es menester, que tenemos
Buena fama en la ciudad.

Si os agrada aquí inmediato
El dinero os contaré.

Luisa, aparte á Oñate. Mas...

Oñ., aparte á Luisa. Despues te lo diré.

Ana. Mas firmareis el contrato.

Oñ. Haré cuanto vos mandeis,
Que á vuestro servicio estoy.

Luisa, aparte á Doña Ana. Señora,
fiada voy

En que cuanto quiera hareis.

ESCENA VII.

DON PEDRO, CASI A PUNTO DE EMBRIAGUEZ.

Como hay Dios que he de arrojar
La casa por un balcón.

Los mismos demonios son
Los que allí van á jugar:
Para alcanzar yo á ganar
Tres cornados en conciencia,
Tengo que echar la paciencia,
El ánimo á entretener
Con el calor del beber
O el ruido de una pendencia.

¡Ilusiones me parecen!
Luz de los dados será.

Naipes, dados... ¡voto vá
Que los dados me entorpecen!

¡Cómo las sombras me crecen!
Todo el cuerpo me flaquea;

Y no atino lo que sea,
Que es mi cabeza un castillo.

(*Riéndose.*)

¡Ah! aire tengo en el bolsillo,
Y el aire me bambolea.

(*Vase hácia la ventana de Doña Clara.*)

Demos al amor un poco....

Tiempo, que no hay mas que dar;

Naipes y dados al par
Continuo me hacen el coco.

Jugador, amante y loco

Son hilos de igual madeja.

Si no miento, esta es la reja

Del aposento de Clara. (*Llama.*)

Saca á la noche esa cara,
Y alúmbrame esta calleja.

ESCENA VIII.

DON PEDRO; DOÑA CLARA, EN LA VENTANA.

Clara. A Dios gracias, bien venido.

Ped. Hermosísimo lucero...

Clara. A Dios gracias, caballero,

¿Habeis estado perdido?

Ped. Adorando estuve, Clara,

Tus hechizos.

Clara. Mal se ve,

Quando vende su mercé

Esa adoracion tan cara.

Ped. Cuatro dias sin hablarte

Te estuve deseando hablar.

Clara. ¿De burla estais?

Ped. Por gozar

Doble gusto al encontrarte.

Clara. Caballero, es demasia,

Que importar puede á mi fama

Que volvais á vuestra dama
Con tanta descortesía.

Ped. Amor mio, yo te adoro.
Deja que un amante beso
En tus labios....

Clara. ¡Tal exceso!
Mirad mas por mi decoro.
O mirad que desde luego...

Ped. Clara hermosa, vive Cristo
Que no sé cómo resisto
De tanto amor tanto fuego.

Clara. Parece por vida mia,
Segun lo audaz que venís,
Que el fuego que presumís
Se os apaga con el día.
¿O le soleis ocupar
En dar fuego á vuestro fuego
Turbando el casto sosiego
De las bellas del lugar?

Ped. Convengo, sí, en que hay jugadas
Que son sin disputa bellas,
Mas como pierdo con ellas
Por feas van apuntadas.

Clara. Ved, Don Pedro, qué decis,
Que he de cerrar la ventana.

Ped. Importuna estais, hermana,
Y por demas resistís.

Clara. Vuestra hermana no soy yo;
Ved, Don Pedro, lo que habláis.

Ped. Como tan oscura estais,

Que lo érais me pareció,
Pero á fé, Clara hechicera,
Que primero que olvidarte
Con el mismísimo Marte
A estocadas emprenderia.

Yo, amor mio, estoy sin mí,

Que en mi amorosa agonía

En ti pienso todo el día,

Y en la noche pienso en tí.

En las tinieblas del alma,

En su torva tempestad,

En tu amor y en tu beldad,

Busco luz y busco calma.

Y en tan negra lobreguez,

Siguiendo á tantas tus huellas,

Voy marchando entre botellas

De respetable Jerez.

Y allí en tiernísimos sueños

Deliro acciones navales,

Espantosos temporales

Y enamorados empeños.

Allí tú...

Clara. Quedad con Dios,

Que burla tan insensata

No consiento.

Ped. Oyeme, ingrata.

Clara. El ingrato fuisteis vos.

(*Cierra, y vase.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO, Y POR OTRO LADO DOÑA ANA
Y LUISA.

Ana. Noblemente se portó.

Luisa. Amigo de mi padre es.

Ana. ¡Que á tal punto por mi hermano
Me reduzca!

Luisa. Fiaos de él.

Ya visteis le conocia,
Y del modo que le hablé.

(Rabiando estoy de este préstamo
El secreto por saber.)

Ana. Cortés prometió que cuanto
Precisara busque en él.

Luisa. Y yo que vos admitiera
La propuesta.

Ana. Así lo haré.

¡Mas válganos Dios!

Luisa. ¡Señora!

Ana. ¿No es, Luisa, mi hermano aquel?

Luisa. Sí por Dios.

Ana. De Doña Clara

Las ventanas ronda á fé.

Luisa. ¡Si hubiera llamado en casa!

Ana. Volvamos.

Luisa. Volvamos pues.

(*Al volver atrás se hallan con Don Juan,
que llega por el mismo lado.*)

ESCENA X.

DON PEDRO, EN LA REJA; DOÑA ANA Y
LUISA, EN EL CENTRO; DON JUAN, AL OTRO
LADO.

Juan. Ello es hecho; pronto todo
Remedio á tiempo tendrá.

Ped. Clara, ¿te enojaste ya?

Vuelve á abrir, ó de otro modo...

Ana. Don Juan es este.

Luisa. Si á vernos

Alcanza por buen remedio

Pienso que no hallamos medio

Por donde huir ó valernos.

Juan. ¿Mas qué es esto? ¡Un hombre allí
A mis rejas! Vive Dios

Que le mate; ¡y estas dos

Damas paradas aquí!

Antes que á mí, por quien soy,

Es fuerza que á ellas acuda. (*Llega.*)

Señoras, si os falta ayuda

Y la admitis, hombre soy.

Ana. volviéndose atrás. Tanto favor
agradezco.

A Dios quedad.

Juan. Con Dios id.

Pero no es cuerdo advertid...

Ana. De tal honra desmerezco.

Luisa. Por azar libramos bien.

Ana. ¡Acorrednos, santos cielos!

ESCENA XI.

DON JUAN, DON PEDRO.

Juan. A mi honor da un hombre zelos,
Y es preciso saber quién.

Fuera, hidalgo, de esa calle
Y el rostro á la luz sacad.

Ped. La calle pues me ganad,
Y el rostro importa tapalle.

Juan. Fuera, digo.

Ped. Fuera, vos,
Que aquí calle y dama guardo.

Juan. Calle y dama, ¡pues qué tardo!
He de veros, vive Dios. (Riñen.)

ESCENA XII.

VUELVEN A SALIR DOÑA ANA Y LUISA RE-
CATANDOSE.

Ana. ¡Mi hermano y Don Juan riñendo!
¡Y en frente á la puerta están!

Luisa. Y por esta calle van
Gente y justicia acudiendo:
¡Santo Dios!

ESCENA XIII.

DICHOS, LA JUSTICIA

Uno. Ténganse al rey.
Fuera, digo: ¡eh, caballeros!

Juan. Hasta mataros ó veros (Riñendo.)
Atropello por la ley.

Uno. Estas tapadas miraban
La pendencia.

Otro de Justicia. Dénse pues
A prision, que ellas despues
Nombrarán los que lidiaban.
(Sepáranlos, y Oñate, que llega á Don
Juan, le dice al oído:)

Oñ. Señor, Doña Ana está aquí.

Juan. ¡Cielos!

El Jefe de la ronda. Digan quiénes son.

Ped., cubriendo el rostro. Quien somos
es la ocasion

Tan solo porque reñí;
Con que si digo quién soy,
Lo mas pierdo en la batalla.

Otro. Prendedlos.

Ped. ¡Hola! canalla.

(Emprende con ellos.)

Juan. Ved que á vuestro lado estoy;
Mas despues nuestra pendencia
Seguiremos.

Ped. Dad en ellos.

Dad, que van como camellos.

(Métenlos á cuchilladas.)

Los que huyen. ¡Favor al rey! ¡resis-
tencia!

ESCENA XIV.

DOÑA ANA, LUISA, OÑATE.

Oñ. Señora, alejaos vos
Mientras vueiven.

Ana. ¡Ay de mí!

Oñ. ¿Esta es vuestra casa?

Ana. Sí.

Oñ. Entrad presto, y guardéos Dios.
(Entran, se vuelve Oñate, y cae el telon.)

JORNADA SEGUNDA.

PERSONAS.

DON JUAN.

DON PEDRO.

DOÑA ANA.

DOÑA CLARA.

INÉS, criada.

OÑATE.

EL GOBERNADOR, viejo.

LA JUSTICIA.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Juan.

DOÑA CLARA, INÉS.

Clara. ¡Viste confusion tamaña,
Inés, ni tal desvergüenza!

Por Dios que mas no he de verle
Si de rodillas viniera.

Inés. Señora, tales los mozos
Son hoy en aquesta tierra,

Que son capaces de dar
Á la mas firme vergüenza.

Clara. No parece que favores

Buscaba, sino pendencias,

Como si yo algun soldado

Venido de Flandes fuera.

¡Tal desacato! A fé mia
Que si tarda mi paciencia

En acabarse, los muros
Y las rejas atropella.

Inés. Mas, señora, eso tal vez
Confianzas de amor eran.

Clara. ¡Las confianzas me placen!
Cuando sin freno la lengua,
Sin trabas en el deseo,
Sin medida en la licencia,
Quisieron hacer las manos
Lo que los ojos hicieran.
A fé que airada y corrida
De conocerle me deja.

Inés. Acaso disculpa tiene.

Clara. ¿Disculpa? ¿de dónde haberla?

Inés. ¿Qué sé yo? Mas quien bien quiere
Te hará llorar, dice...

Clara. Cesa,
Y si has de justificarle
Quitate de mi presencia.

Inés. Por vida mia, señora,
Que enojarte no quisiera;
Mas ve...

Clara. ¿Qué?

Inés. En esto de amores...

Clara. Acaba.

Inés. En fin, si supiérais
Lo que yo sé...

Clara. Dilo.

Inés. Siento
Enojarte, y no quisiera
Que apagar sin tiempo el fuego
Fuera en la llama echar leña.

Clara. Despacha pues, ó á mentarlo
Nunca en mi presencia vuelvas.

Inés. Ya te empiezas á enojar.

Clara. Me harás perder la paciencia.
Dilo, ó vete.

Inés. De secreto,
Que es confianza secreta.
Si me empeñas tu palabra
De callarlo...

Clara. Bachillera,
Di, que puesto que me importa
La noticia...

Inés. Estadme atenta.
Don Pedro es bizarro mozo,
Galan, valiente y discreto,
Mas como mozo sujeto
A gozar de cuanto es gozo.
Amigo de sus amigos,
Franco, noble y liberal,
Que hará un milagro, con tal
De que en él tenga testigos.
Ya veis, mozo, libre, rico,
Noble, osado y militar,
¿En qué habia de parar?
¿Comprendíisme, ó no me esplico?

Clara. A fé, *Inés*, que no te entiendo
Tan oscura esplicacion.

• *Inés.* Pues prestad vuestra atencion,
Que todo os lo iré diciendo.
Tan galan como altanero,
Tan feliz como galan,
Puso y con razon su afan
En su estirpe y en su acero.
Cególe su vanidad,
Y embriagóle su grandeza,
Fió mucho en su riqueza,
Y creció su ceguedad.

Clara. Acaba, *Inés*, que tu cuento
Cansándome mucho va.

Inés. Dirélo en fin claro ya
Mas que vuestro entendimiento.
De galan pasó á amador,
De amador á calavera,
Y es fuerza que al fin cayera
El galan en reñidor.
De un empeño en otro empeño,
Y de un lance en otro lance,
Acabó por dar alcance
De cuanto era único dueño.
Perdió su razon mejor,
Que era el oro, y por volver
Al oro ya podeis ver
Que acabó por jugador.

Clara. ¿Y con eso, *Inés*, pretendes
Su osadía disculpar?
Mas con ello has de agravar
Mis enojos.

Inés. Mal lo entiendes.

Clara. ¿Lo entiendo mal?

Inés. Muy mal, si;

Pues bien claro se demuestra
Que cuanto es y cuanto muestra
Lo es y lo muestra por ti.

Clara. ¿Por mí? mengua es en verdad
Que siéndome, *Inés*, infiel,
Ande yo envuelta con él
En lenguas por la ciudad.

Inés. Esa es pues otra razon
Que prueba lo bien que quiere.

Clara. ¿De qué la razon se infiere?

Inés. Infliérese su pasion.

Clara. Me ama y me olvida.

Inés. No á fé;

De apariencias no te asombres,
Que las culpas de los hombres
Siempre tienen un porqué.
Yo sé que desesperado
Vive tan solo por tí.

Clara. ¿Desesperado por mí?
¿Cómo, *Inés*?

Inés. Mas reservado

Lo has, señora, de tener,

Clara. Sí por cierto.

Inés. Pues mirad,
Sin dineros no en verdad
Se enamora á una muger.
Clara. Ten, Inés, la torpe lengua,
Que por Dios que Doña Clara
La lengua audaz arrancara
Al que pensare tal mengua.

Inés. Que yerras también entiendo,
Que si está desesperado
No es sino porque ha jugado
Cinco semanas perdiendo.
¿Y cómo pues te ha de ver
Sin vergüenza ó sin enojos
Cuando la luz de sus ojos
Puesta en ti debe tener?
¿Cómo pues ha de venir
Alegre y fino á su dama
Quien oro perdiendo y fama
Debe callar y sufrir?
(¡Válgame Dios qué torpeza
O qué necia ceguedad!)

Clara. (Cerca va á la lealtad
Quien por ser cobarde empieza.)
Y esa vil disolucion
De Don Pedro, ¿aun es por mi?

Inés. ¿Y quién duda que es así
Con tal desesperacion?
Puesto que te quiere bien
Y es tan noble caballero,
Fuerza es que si lo primero
Quiere, lo demas también.
Su muger te ha de llamar
Segun pienso, mas se aviene
Mal con quien caudal no tiene
El bien del matrimoniar.
Y hé aquí porque despechado
Las noches pasa y los días
En sus torpes compañías
Y en su vicio encenagado.
Y el tumulto y confusion
De tan larga barahunda
Aviva, encona y redunda
En su desesperacion.
Continuo tras recobrar
Para ti cuanto ha tenido,
Juega de tí con olvido
Y tu amor por conquistar.
Por impericia ó por suerte
Juega con tan mala estrella,
Que tal vez va á dar por ella...

Clara. ¿Adónde? acaba.

Inés. A su muerte.

Clara. ¡Su muerte, Inés!

Inés. Ved si os ama
Quien sin duda en su pasion
Juega su reputacion
Por quedar bien con su dama.

Clara. ¡Si cierto fuera...!

Inés. A mi fe
Que él mismo me lo contó.

Clara. ¿Cuándo?

Inés. Hoy.

Clara. ¿Hoy?

Inés. Sí.

Clara. ¿Cómo fué?

Inés. Esperando á hablarle yo.
Que incierta de la imprudencia
Del lance de la ventana,
Fuí á saber esta mañana
La razon de la pendencia.

Clara. Bien está.

Inés. ¿Le perdonais?

Clara. No lo sé.

Inés. Sed menos cruel.

Clara. Busca á Oñate.

Inés. No sé de él. (Sale.)
Vedle aquí.

ESCENA II.

DOÑA CLARA, OÑATE.

Oñ. ¿Qué me mandais?

Clara. Tú eres de Don Juan, mi hermano,
Un antiguo servidor.

Oñ. Hame unido á mi señor
Larga vida.

Clara. Y de tu mano
Lo fia todo.

Oñ. Es así.
La vida le debo y mas.

Clara. ¿Y como á él dispuesto estás,
Oñate, á servirme á mí?

Oñ. Me lo ha dicho muchas veces,
Señora, y así lo haré.

Clara. Y yo te lo pagaré
Por cierto como mereces.

Lo que te voy á encargar
Quiero que en secreto quede.

Oñ. Vuesa merced decir puede.

Clara. Silencio en primer lugar.

Oñ. Hombre soy de tal teson
En serviros, Doña Clara,
Que antes del pecho sacara
Que el secreto, el corazon.

Clara. Pues que todo el favor tienes
De mi hermano, conocer
Debes á los que han de ser
Mayordomos de mis bienes.

Oñ. Sí por cierto.

Clara. También sabes
Que yo tengo mi porcion
Con cabal separacion
De Don Juan.

Oñ. Sí.

Clara. Y que por graves

Razones los administra

Con los suyos á la par.

Oñ. Y con afan singular

Los beneficia y registra.

Clara. Pues bien, tamaño favor

Me has de hacer en acudirme...

Oñ. Ya os dije que es repetirme

La órden de mi señor.

Clara. Pues escúchame. ¿Conoces

A Don Pedro de Aguilar?

Oñ. Tal vez de oírle nombrar,

Por señas solo y por voces.

Clara. La razon yo me la sé,

Mas tú de tal modo harás

Que en secreto le darás

Cuanto pida.

Oñ. Asi lo haré.

Clara. Pero que nunca sospeche

Ni mi hermano ni él de mí.

Oñ. Mas fácil será que así

Del secreto se aproveche.

Clara. Hazlo tú del mejor modo

Sin demora ni disculpa,

Que si alguien de ello te culpa,

Yo te respondo de todo:

Pues completa libertad

Te otorgo en ello.

Oñ. Está bien.

Haré que todos esten

Cual yo á vuestra voluntad.

Clara. (Asi mi amor favorezco

Bajo pretestos de honor.)

Oñ. (Eso tambien es amor,

Y mas con ambas merezco.)

Clara. Mas mi hermano. Sal de aqui,

Y silencio sobre todo.

Oñ. (A fé que es estraño el modo

Con que ambos fian en mí.) (Vase.)

ESCENA III.

DOÑA CLARA, DON JUAN

Juan. El cielo, hermana, te guarde.

Clara. Con él vengas. (¡Qué severo

Trae el rostro!)

Juan. (Probar quiero

Si lo oculta de cobarde.)

Téngote, Clara, que hablar

En asunto que interesa

Que aclaremos. (La sorpresa

Se hizo en su rostro lugar.)

Clara. (¡Cielo santo!) Empezar puedes,

Que atenta, hermano, te escucho.

Juan. Responde, y ve importa mucho

Que bien respondiendote quedes.

¿Sabes lo que es el honor,

Mi Clara, en una muger?

Clara. De cuantas puede tener

Esa es la prenda mejor.

Juan. ¿Si la pierde?

Clara. Se deshonra

Juan. Y el mas leve viso en ella

Confunde, apaga, atropella

La clara luz de la honra.

¿Lo sabes, hermana, bien?

Clara. Asi resuelta lo creo.

Juan. Y asi resuelto deseo

Que no lo olvidés tambien.

Clara. Mas á qué vienen no sé

Preámbulos tan estraños.

Juan. Para el mayor de los daños

La mayor cautela á fé.

Que á los piés de una ventana

Suene en la noche serena

Amorosa cantilena,

Es fineza cortesana.

Que en la dulce soledad

Del lecho oiga una muger

La música, puede ser

Tan solo curiosidad.

Que á la música gentil

Asome acaso al cristal,

Si no es amor criminal

Es vanidad mugeril.

Que un osado mozalbeta

Pida á un billete razon,

No dando contestacion

No trae deshonra el billete.

Mas que al són del instrumento

Abra audaz una ventana,

No es fineza cortesana,

Que es liviano atrevimiento.

Ahora bien, contesta, hermana:

Un hombre á tus rejas vi;

¿Fué acaso ó intento en tí,

Fuiste curiosa ó liviana?

Clara. Que á un rumor vago y pueril

Se abra acaso una ventana

Y asome á escuchar tu hermana,

Vanidad es mugeril.

Que á un osado mozalbeta

Niegue una contestacion,

Es hacer su obligacion

Devolviéndole el billete.

Que á un hidalgo llamamiento

Asomase á una ventana,

Mas que osadia liviana

Es cortés procedimiento:

Que si esposo ha de tener

Que la dé amor, paz y honor,

Fuerza es que le cobre amor

Antes de ser su muger.

Si á favor la oscuridad

En su casa le admitiera,

Deshonra y mancilla fuera,

Fuera mengua y liviandad.
Mas si al escuchar la queja
De su amor pone advertida
Cuanto espone de atrevida,
Prudente tras una reja,
Dime pues, ¿aquí tu hermana
En qué pecara en verdad?
¿Fuera en ella liviandad,
O atención mas cortesana?

Juan. Donde peligra el honor
Sobra la cortesanía.

Clara. No el honor peligraría
Donde hay honra con amor.

Juan. ¿Luego es cierto que ha salido
A la ventana mi hermana?

Clara. Nada he dicho de ventana,
Ni tú me lo has requerido.
Me pusiste una cuestion
Y te he respondido á todo;
Hela yo vuelto á mi modo
Variando la solucion.

Juan. Al fin, contéstame, Clara:
¿Saliste á la reja ó no?

Clara. Si eso te entendiera yo,
A eso, Don Juan, contestara.
Mas todo va en preguntar,
Don Juan, por una ventana,
Y á fé que de buena gana
Te quisiera contestar.
Propónesme una cuestion,
Te respondo otra despues,
Vuelvótela del revés
Y vuelves tú á tu opinion;
Pero como no me esplicas
A lo que he de responder,
Yo al contestar, tú al saber,
Sufres y me mortificas.

Juan. ¿Mas claro lo he de decir?
Anoche en la calle entré
Y á lo lejos escuché
Tus ventanas entreabrir.

Clara. Brava presuncion por cierto.
¿No pudo haber mas ventana
Que se abriera si tu hermana
No hubiera la suya abierto?

Juan. ¿Y qué pretendes que arguya
Cuando á mi casa al llegar
Con un hombre vine á dar
Que me guardaba la tuya?

Clara. Tal vez tu aprension seria.

Juan. ¿Y era tambien mi aprension
Cuando aparte la razon
Contra mí mismo reñía?

Clara. Mas un hombre pudo ser
Que puesto en la calle á acaso
A alguno guardaba el paso,
O tal vez á una muger.

Juan. Por esa pregunto yo.
¿Sabes la muger quién era?
Clara. Muy mal yo de ella supiera
Cuando él dél respondió.

Juan. Mas sin que él cuenta de si
Diera, ¡voto á Belcebú!
¿No sabrás, hermana, tú,
Si á quien guardaba era á tí?

Clara. Yo nada sé.

Juan. Yo sí sé,
Y tú tambien lo sabrás,
Porque ó tú me lo dirás,
O yo decirlo te haré.
Que él solo por tí venta
Lo sé yo bien, vive Dios,
Y así solo entre los dos
No ha de quedar tal porfía.
Honor tengo y hombre soy,
Y contra fuerza y valor
Quien mancha osado mi honor
Tú me lo has de decir hoy.

Clara. Mas aunque por mí viniera,
¿En qué tu honor te manchara?

Juan. ¡Vive Dios que le matara
Si hoy mismo lo conociera!

Clara. Don Juan, demasiado estás
Considera que has nacido
Mi hermano, no mi marido,
Y que eso te está de mas.

Juan. ¡De mas dijiste! ya sé,
Villana, tu torpe mengua,
Que me convence tu lengua
Que el que vino por tí fué.

Clara. Muy mal arguyes, Don Juan.

Juan. Arguya pues mal ó bien,
Hoy mismo me dirás quién
Me causa por tí este afan.

Clara. Piénsalo, hermano, mejor.

Juan. Lo pensé, y me he convencido,
Que hermano, sino marido,
Tengo hermana, y tengo honor.

ESCENA IV.

DON JUAN, OÑATE.

Oñ. El señor gobernador
Quiere veros.

Juan. En mal hora
Llega por Dios. Dile que entre.

ESCENA V.

DON JUAN, EL GOBERNADOR.

Gob. Señor Don Juan de Mendoza,
Dadme mil veces los brazos.

Juan. Y con ellos me dais honra.

¡ Vos en mi casa !

Gob. Sabiendo
Que llegásteis, y en mi propia
Casa rehusáis compañía,
Vengo á veros en estotra.

Juan. Es la casa en que habitó
Mi hermana mientras que sola
Távola mi obligacion
Y las armas españolas.

Gob. De esa manera os escuso.
Dadme otra vez y otra y otra
Esa mano.

Juan. Con la vuestra
Mas fuerza y mas brio cobra.

Gob. Decidme, ¿ con que Don Mendo,
Vuestro padre, de Dios goza ?

Juan. Murió, Don Luis, como noble,
Ganando tumba gloriosa.

Gob. Y á saber que vuestra hermana
Doña Clara aquí tan próxima
Vivia estando en Toledo,
Por obligacion forzosa

Sirviérala yo de hermano ;
Mas tan oculta guardóla
Su recato, que hoy á un tiempo
Supe de entrambas personas.

Ved en qué puedo serviros,
Y tened en la memoria
Que es mi casa vuestra casa.

Juan. Cuánto ese aviso me importa
Os mostraré.

Gob. No por cierto.
Descansad, Don Juan, ahora
De vuestra marcha unos días,
Que ha sido larga y penosa.
Yo volveré á visitaros,
Y en tanto contad con toda
Mi autoridad en Toledo,
Que será vuestra, aunque corta.

Juan. Acaso la necesite.

Gob. Y obtendréisla sin demora.
¿ Llevais acaso algun pleito
Que desenredar ?

Juan. Muy otra
Es mi intencion, mas ya de ella
Os daré parte.

Gob. Y yo ahora
Molestaros no pretendo.

Juan. Mas que molestia me es honra.
Yo he de daros unas cartas.

Gob. Descansad, que es lo que im-
porta,

Que las cartas yo enviaré
Por ellas á mejor hora.
Y pues he de hablar con vos,
Porque aun tengo algunas cosas
Que atañen á vuestro padre

Que deciros de mas monta,
No tardaré en dar la vuelta. (*Vase.*)

Juan. Tal vez este hombre me importa.

ESCENA VI.

DON JUAN, OÑATE.

Juan. ¿ Oñate ?

Oñ. ¿ Qué mandais ?

Juan. Dime, ¿ qué hicisteis
Anoche de la dama ?

Oñ. Aseguréla

En su casa.

Juan. ¿ Y la disteis... ?

Oñ. Todo cuanto pidió : mas la criada
Sagaz me conoció, y aunque es callada,
Y yo de ella respondo, ademas de eso
La he llenado de fábulas el seso,
Y la he desorientado en tal manera
Que nada creo sospechar pudiera.

Juan. Está bien ; mas tú acaso
¿ Conociste al galan con quien reñia ?

Oñ. Imposible seria,
Que á distancia de un paso
Nada se via en noche tan oscura.

Juan. Perdile en el tumulto,
Y con tal desventura,
Que un hora por la calle anduve á bulto
Por ver si me era dado

Concluir de una vez lo comenzado

Oñ. Tal vez yo, señor, sepa
Averiguarlo todo.

Juan. De qué modo me di.

Oñ. Yo me sé el modo,
Si me dejais hacer ; porque ó soy ciego
O á mucho alcanzo y con la vista llevo.

Juan. Espícate mas claro.

Oñ. Ya os acordais, señor, del refran-
cillo :

« Por el hilo se da tras el ovillo. »

Y tengo para mí que en paz sigamos

La pista por el hilo,

Porque temo mas mal del que pensamos.

Juan. ¿ Mas quién así se llega sin aviso ?

Oñ. Muger es.

Juan. Y en el velo misteriosa
La faz esconde.

Oñ. O es menesterosa,
O equivocada viene de preciso.

ESCENA VII.

DON JUAN ; DOÑA ANA, CON MANTO.

Juan. Guárdeos Dios. ¿ Qué se os ofrece,
La silenciosa embozada ?

Ana. Si una muger desolada
Vuestra atencion os merece,
Que una palabra me oigais.

Juan. Hablad.

Ana. Aun no puede ser,
Que no me han de conocer
Donde vos solo no estais.

(Sale Oñate y quedan solos.)

Juan. Servida, señora, os veis :
Decid qué quereis de mí.

Ana. Sepamos antes aquí,
Don Juan, si me conoceis. (Se descubre.)

Juan. ¡ Doña Ana ! Cielos, ¿ qué es esto ?

Ana. Es mi desdicha, Don Juan.

Juan. Hablad pues, que en vuestro afan
Temo algun lance funesto.

Ana. La luz el llanto me arrasa ;
Y atino á la voz muy mal.

En este punto fatal
La justicia está en mi casa.

Juan. ¡ La justicia ! ¿ Y cómo así ?

Ana. Ya es fuerza que os lo declare,
Porque tenga quien me ampare
En mis cuitas. ¡ Ay de mí !

Tengo, Don Juan, un hermano

Para quien nunca bastó

Cuanta riqueza heredó

Ni cuanta adquirió tirano :

Malgastólo en pocos dias,

Sin bastar amago ó ruego

A retraerle del juego

Y de torpes compañias.

Jugó lo suyo y lo ajeno,

Pues yo á mi pesar le di

Cuanto dejáronme á mi,

De insana avaricia lleno.

Y tras tantos sinsabores

Como por su mal pasé,

Mi casa hoy, Don Juan, hallé

Presa de sus acreedores.

De vos me vengo á amparar,

De angustia y lágrimas llena,

Porque á otro que á vos mi pena

No acertara á confiar.

Juan. Doña Ana, con vuestro amor

Hoy me honrais y me ofendeis,

Que acudiendo á mi me haceis

Un favor y un disfavor ;

Mas vuestro intento decid,

Que en todo os he de ayudar.

¿ Quereis, señora, tornar

Sin vuestro hermano á Madrid ?

Ana. Pues quisisteis vuestra mano

Ofrecerme en mi riqueza,

Valedme hoy en mi pobreza,

De mi suerte y de mi hermano.

Pues que por sus culpas hoy

Tan sola y triste me veo,

Acabar es mi deseo

De las penas en que estoy.

Y en último pensamiento,

La vida por concluir,

Yo de aquí no he de salir

Sino para ir á un convento.

Juan. ¿ A un convento ? Loca estais.

Ana. Pues que vos lo presumis...

Juan. Mirad bien lo que decís,

Que hablando conmigo estais.

Ana. Por ser quien sois os lo digo,

Porque quiero en este afan

Teneros sino, Don Juan,

Por amante, por amigo.

Juan. Mas se aviene esa amistad,

Doña Ana, en mi con mi amor.

Ana. Pasion es tal vez menor,

Pero de mayor verdad.

Juan. Por cierto que á comprenderos

Aun bien no alcanzo, Doña Ana,

Mas es diligencia vana,

Que en ello he de complaceros.

Vuestra suerte y vuestra fé

Penetra mi corazon,

Y vuestra honra y condicion

Hoy, Doña Ana, bien se ve.

De aquí no habeis de salir,

Pues aquí os habeis venido

Sin hermano ó sin marido :

De ambos podeis elegir.

Vuestro hermano, pues perdió

Vuestra hacienda, no quereis :

Vuestro marido ya veis

Que me ofrezco á serlo yo.

Ana. Abreviemos de razones,

Don Juan : pues noble nací

No ha de decirse de mí

Que sucumbo á mis pasiones.

En lo que tengo de hacer

Tomé ya resolucion :

Ayudadme mi opinion

Hoy, Don Juan, á defender.

La justicia está en mi casa,

Y yo á la vuestra al subir

Defensa os vine á pedir,

Y no de vergüenza escasa.

Ved en tamaña ocasion

Si lo podeis remediar.

Juan. No, si no habeis de aceptar

Mi mano y mi corazon.

Ana. Harto os dije.

Juan. Nunca á fé

Sin vos he de consentir...

Ana. Dejadme, Don Juan, salir,

Que yo lo remediaré.

Juan. Tened, que al gobernador

Voy en este punto á hablar.

Su respuesta en esperar,

Doña Ana, me hareis favor.
Que si he de daros enojos
No merezco yo en verdad
Sino en vuestra voluntad
Respetar vuestros antojos.
En este mismo aposento
Sola y segura estareis,
Y usar de ese otro podéis,
Si conviene á vuestro intento.
Dios os guarde.

Ana. Os vele á vos.

Juan. (¡Oh! Su paz rescataré.)
(*Vase.*)

Ana. (A olvidar cuánto le amé
Ayudadme, santo Dios.)

ESCENA VIII.

DOÑA ANA.

No, imposible, no será;
No viva ya en él mi amor,
Que aquí en el alma mi honor
Antes que mi amor está.
¿Y cómo no amarle ya
Cuando mas amante asi
Todo lo espondrá por mí?
¡Oh! ¡tan noble he de ser yo!
Que él mi amor espere, no;
Yo muera amándole, sí.
Mas gente llega... ¿Qué escucho?
¡De mi hermano es esa voz!
Inés, dentro. ¿Adónde vais tan veloz?
Pedro, dentro. El asunto importa mucho.
Ana. Con la ira y el temor lucho;
Sin duda viéndome entrar
Viéneme airado á buscar.

ESCENA IX.

ESCONDESE DOÑA ANA, Y SALEN DON PEDRO
É INÉS.

Ped. A Doña Clara advertid
Que la espero.

Inés. Mas decid...

Ped. ¡Idos! ¡Qué estupendo hablar!

ESCENA X.

DON PEDRO, SENTANDOSE EN UN SILLON.

¡Por fin gracias que llegué,
Y por Dios no sin trabajo!
La calle de arriba á abajo
Cuarenta veces crucé.
¿Quién va? — ¡Oiga su mercé! —
Dénse al rey. — Abran aquí...
Guardia en el zaquizamí...

Tanta prisa y confusion
Por tener jurisdiccion
En la hacienda que perdi.

(*Riéndose.*)

¿Qué diablos van á encontrar
En mi casa, ¡voto á Dios!
Si somos á cobrar dos
Y veinte y cinco á gastar?

(*Levantándose.*)

Aquí, amor, me has de ayudar.
Clara llega. Mentiré;
Mi amor la ponderaré;
Cuanto mas resistirá
Mas el tiempo pasará,
Y mejor me salvare.

ESCENA XI.

DOÑA ANA, OCULTA; DON PEDRO,
DOÑA CLARA.

Ped. Mi Clara, mi bien, mi amor,
Bien sé que es temeridad,
Mas no es posible en verdad
Resistir á tanto ardor.
Yo te adoro.

Clara. Bien se ve
Que alevemente mentís:
Si hoy á mi casa venís,
Decid, Don Pedro, porqué.

Ped. (¡Aqui de Dios!) Angel mio,
Porque, ¿qué vida habrá en mí
Cuando están presos en tí
Mi razon y mi albedrío?
Querrás decirme tal vez
Que porque perdido estoy...
¡Oh! nada á negarte voy,
Fuera necia estupidez.

Mas yo te amo : un mundo entero
Concebi para tí poco,
Quise conquistarte loco
En él el lugar primero;
Mas me avergüenzo al decillo.
¿Quién era yo? un hidalguillo
A quien sus padres dejaron
Unas viñas y un castillo
Que los tiempos asolaron.
Yo era noble, era valiente,
Mas dentro del corazon
Hervian eternamente,
Dándome guerra insolente.
Tu amor, Clara, y mi ambicion.
Mi ambicion, Clara, que en mí
Era tu amor y no mas,
Que vivo y espero en tí,
Y por tí solo sentí
No ser principe quizás.

Fuérme adversa la fortuna,
Perdí tiempo, honra y caudal,
Y hoy sin esperanza alguna,
Mas mi ambicion me importuna
Contra mi suerte fatal.

Mas, Clara, yo triunfaré :
¡ Vive Dios! me haré soldado,
Iré al campo y lidiaré,
Y orgulloso tornaré
Mas que nunca enamorado.
Porque pese á la razon,
No es amor una quimera,
Y yo aquí en el corazon
De una infinita pasion
Siento la insaciable hoguera.
A darte mi despedida
Vengo, y espero perder
En la demanda la vida,
O con mi ambicion cumplida
Tengo, Clara, de volver.

Clara. ¡ Oh! ¡ partes!

Ped. Lejos de aquí.

Clara. ¿ Cómo? ¿ Dónde?

Ped. A conquistar

Tu amor ó mi muerte.

Clara. ¿ Así

Piensas, Don Pedro, llegar...?

Ped. Hasta tus piés. (De rodillas.)

Clara. ¡ Ay de mí!

Ped. Vénia otorgadme, señora,
Para partir con valor;
No haya en ello mas demora,
Que el corazon me devora
La hoguera de nuestro amor.

Clara. No, ya es inútil partir,
Don Pedro; quedaos pues,
Que no os he de permitir.....

Ped. Ni yo osar mas que morir
De ventura á vuestros piés.
¡ Oh! ¿ me amais?

Clara. Pensadlo vos.

Ped. ¿ Siempre igual?

Clara. Siempre igual fui.

Ped. Mas dejadme por los dos

Partir.

Clara. Eso no

Ped. (Venci

Por asalto, vive Dios.) (Levantándose.)

(Pausa.)

Clara. Lo habeis fingido muy bien.
¿ Os sentís contento ya?

Ped. (Mi gozo en el pozo está :
¿ A que juega esta tambien?)
No os alcanzo á comprender.

Clara. Bien está : olvidemos esto ;
Que yo os amo es manifiesto.

Ped. ¡ Válgate Dios por muger!

Clara. Pese á vuestra sinrazon,
Yo os amo, Don Pedro, así,
Porque no puedo ¡ ay de mí!
Sujetar mi corazon.
Que un iman incomprendible
Hay, Don Pedro, en el amor
A la razon y al valor
Contrapuesto é invencible,
Y en verdad que sin valer
A menos, os amo ciega,
Que á tanto, Don Pedro, llega
Lo débil en la muger.

¡ Mas cielos!

Ped. ¿ Qué pasa?

Clara. Él es.

Ped. ¿ Quién?

Clara. Mi hermano. Mas ganad
Esa puerta.

Ped. No en verdad,

Que en la calle.....

Clara. ¿ Qué hareis pues?

Ped. La justicia está en mi casa,
Y con ella he de topar

Clara. Aquí os podeis retirar.

(Al gabinete donde está Doña Ana.)

Ped. Cerrado está.

Clara. El tiempo pasa,

Y Don Juan por la escalera
Sube ya.

Ped. Alejaos vos,

Que yo con él...

Clara. No por Dios.

Ped. Id.

Clara. ¡ Don Pedro!

Ped. Salid fuera.

ESCENA XII.

DON JUAN, DON PEDRO; DOÑA ANA,
OCULTA.

Juan, cerrando la puerta. Ya libre la
casa está,
Que el viejo gobernador
Para salir fiador
Consentimiento me da.
Sin duda ocultóse ahí.
Mas ¿ qué miro?

Ped. Guárdeos Dios,
Señor Don Juan.

Juan. ¿ Quién sois vos?
¿ Qué haceis? ¿ Quién os trajo aquí?

Ped. Un hidalgo soy, y espero
De una dama á quién llamais
Hermana.....

Juan. No prosigais,
Y seguidme, caballero.

Ped. ¿Adónde?

Juan. Al campo.

Ped. ¿Y á qué?

Juan. A batirnos.

Ped. ¿La razon?

Juan. ¿No os lo dice el corazon?

Ped. Callado lo siento á fé.

Juan. Ya es demas. Salid conmigo.

Ped. Ya os dije, Don Juan, que no.

Juan. Ved que he de sacaros yo.

Ped. Que de aquí no salgó, digo.

Sé que teneis la justicia

En la calle, y al bajar

Con la justicia he de dar,

Don Juan, por vuestra malicia.

Juan. Mentis, y viven los cielos

Que quien sois he de saber.

Ped. Yo me daré á conocer

Sin que os cause mas desvelos.

Don Pedro de Aguilar soy.

Juan, mirándole. ¡Vos! y anoche con mi
hermana...

Ped. ¿Qué os asombra? En la ventana...

Juan. Ciego de cólera estoy.

(Cierra la puerta y deja la llave en tierra.)

De aquí no hemos de salir

Ambos á dos, Aguilar,

Y aquí no habeis de encontrar

La justicia.

Ped. Por reñir

Nada se pierde. Riñamos. (Riñen.)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DON PEDRO, DON JUAN.

Ana. ¡Teneos!

Juan. ¡Cielos!

Ped. ¡Mi hermana!

(A Don Juan.)

Preciso es que esta mañana

Uno de los dos muramos.

Ana. ¡Favor! ¡Favor!

Juan. Decis bien:

Hasta morir ó matar.

Dentro. ¡Favor al rey!

Juan. ¿Es temblar?

Ped. Eso os pregunto tambien.

(Cae Don Juan, y Don Pedro, abriendo
un balcon, se descuelga.)

Ped. Tal vez por este balcon..

A la puerta he de caer.

ESCENA XIV.

DON JUAN, EN TIERRA; DOÑA ANA, DOÑA
CLARA, LA JUSTICIA.

La Just. Dénse al rey.

Clara. ¡Una muger!

Ana. (Dadme ¡oh Dios! resolucion.)

Clara. ¿Cómo habeis entrado aquí?

Ana. Por mi desgracia impelida.

La Just. Ese hombre yace sin vida:
Que la prendan.

Ana. ¡Ay de mí!

JORNADA TERCERA.

PERSONAS.

DON JUAN.

DON PEDRO.

DOÑA ANA.

DOÑA CLARA.

LUISA.

INÉS.

EL GOBERNADOR.

OÑATE.

LA JUSTICIA.

MAESE JUAN,

HIDALGOS,

SOLDADOS,

PAISANOS,

} jugadores.

ESCENA PRIMERA.

Calle, y es de noche.

OÑATE.

Magnífico enredo:

¡Y en qué ha de parar,

Ni el diablo en Toledo

Tal vez lo sabrá!

Mi amo acuchillado,

Doña Ana en prison;

Su hermano empeñado,

Mayordomo yo.

Mi amo discurriendo

Remedios aquí,

Y todos perdiendo

Quedamos al fin.

Y tanto barajan,

Que todos á igual,

Ni suben ni bajan

Ni se hallan jamás.

Don Juan ha salido

Por primera vez,

Dicen que han venido
A Don Juan á ver,
Y si su impericia
En la conclusion
Mete la justicia
¡La logra por Dios!

ESCENA II.

OÑATE, LUISA.

Luisa. ¿Y ahora, Oñate, qué hay que hacer?

Oñ. ¿Pues soy yo doctor acaso?

Luisa. No anduviste tan de paso
Para echarnos á perder.

Oñ. ¡Yo á perder! mejor dijeras
Que fui quien te echó á ganar.

¿O tú piensas que aquel dar,
Luisa mia, no fué en veras?

Luisa. Que entonces diste ya sé,
Mas pesé á mi condenada

Que ahora no tenemos nada,
Ni encontramos quien nos dé.

Oñ. ¿Y á mí á quejarte venias?
¿Pues he podido hacer mas?

Luisa. No por cierto; ¿mas podrás
Decirme por quién lo hacias?

Oñ. Por las joyas que Doña Ana
Dábame en prendas

Luisa. Oñate,
No acierto cómo se trate
Con maña tan cortesana.

Oñ. Bien está: mas dime tú
Qué piensas hacer de tí.

Luisa. Sentar plaza por ahí
De vireina del Perú.

Vaya una pregunta chusca.

Oñ. Vaya una respuesta necia.

Luisa. En la tormenta mas recia
El peor puerto se busca.

Oñ. En tormentas judiciales
¿Qué puerto hay donde acudir
Si todos han de salir

Por puertas de criminales?

Luisa. La justicia en casa entró,
Mas por yo no sé qué encanto
Llegó otra órden entre tanto,
Y otra vez la abandonó.

Doña Ana... no sé mas de ella.
Don Pedro con mas furor,
Mas que nunca jugador,
Toda la casa atropella.

Oñ. ¿Don Pedro en su casa está?

Luisa. Sí, y encontrándola llena,
La vacia como si ajena
Fuese, y á saco la da.

Oñ. ¿Mas tú...?

Luisa. De su casa me echa,

Pues de su hermana enemigo,
Dice que soy su testigo
Que su conducta le acecha.
Que soy una enredadora,
De su hermana mensajera,
En sus amores tercera,
Vigia y encubridora.
Pero mas que otra razon
A despedirme le obliga
La de no ser yo su amiga
Y tercera en su pasion.

Oñ. ¿Está acaso enamorado?

Luisa. Tal vez, pero eso era poco
Está con sus trampas loco,
Perd do y desesperado.

Oñ. Ten, Luisa, esa lengua de hacha,
Que has comido de su pan.

Luisa. Y él engordó con mi afan,
Y hoy á secas me despacha.

Oñ. ¿Mas Doña Ana...?

Luisa. Tan crúel

Lloro su enemiga estrella,
Y lloro en verdad por ella,

Aunque me alegro por él,
Al partirme esta mañana

Eché mis últimas redes;
Ni clavos en las paredes
Deja su pasion villana.

Oñ. Allí viene.

Luisa. Ya le ves;
Los pasos vino contando
Como si fuera arrastrando
Toda su hacienda en los piés.
No quiero que á verme llegue.
A Dios, Oñate.

Oñ. A Dios, Luisa.

Luisa. Y dile que con mas prisa
El alma de una vez juegue.

ESCENA III.

DON PEDRO; OÑATE, OCULTO.

Ped. Otra vez vuelvo á tentar
El rigor de mi fortuna,
Porque quien mucho importuna
Si no logra ha de cansar.
La aurora no me ha de hallar
Aquí ya de ningun modo,
Pues de quedar en el lodo
De la miseria sumido,
Vale mas haber corrido
La suerte y la audacia en todo
Suerte, madre revoltosa
De los naipes y los dados,
Idolo de los soldados
Y la gente valerosa,
Emperatriz poderosa

Que en opuestos hemisferios
 Minando estados é imperios
 El bajo mundo nivelas
 Y á ningun mortal revelas
 Tus desiguales misterios;
 A tí, luz de los audaces,
 Compañía en la grandeza,
 Esperanza en la pobreza
 Que continuo esperar haces
 A nuestros dias fugaces
 La fortuna que no llega,
 Reina alada, muda y ciega,
 Que á ciegas en todas partes
 Males y bienes repartes,
 Vieja que con todo juega;
 Duelete, madre, de mí,
 Que como á norte y escudo
 En mis congojas acudo
 Por última vez á tí.
 Héme ya á tus piés aquí
 Como orillas de la mar,
 Dispuesto en ella á arrojar
 Cuanto tengo y cuanto soy;
 Porque pienso salvar hoy
 Cuanto valgo, ó naufragar.

ESCENA IV.

DON PEDRO, OÑATE.

Oñ. ¿Señor Don Pedro?
 Ped. ¿Quién es?
 Oñ. Un amigo.
 Ped. Guárdeos Dios;
 Mas nada que hacer con vos
 Tengo, con que hasta despues.
 Oñ. No tan apriesa os vayáis,
 Que algo tendremos que hablar.
 Ped. ¿Traes espada?
 Oñ. ¿Es á lidiar,
 Don Pedro, adonde ahora vais?
 Ped. Voy donde á vos no os importa.
 Oñ. Mas donde os importa á vos
 Vayamos juntos los dos.
 Ped. No, que es jornada bien corta,
 Y es demas la compañía.
 Oñ. Pero podeis topezar,
 É hiciérais bien en llevar
 Quien acudiros podría.
 Ped. Es demasiado ofrecer
 Para pensar en cumplir;
 Ved si me habeis de acudir,
 Porque me voy á caer.
 Oñ. Vamos, pues que vuestro amigo
 Soy há mucho tiempo ya.
 Ped. Pues si sois mucho tiempo há,
 Venid, si os place, conmigo.

Oñ., quitando embozo. Vamos.
 Ped. ¿Ginés?
 Oñ. Ved, señor,
 Si seré buen compañero.
 Ped. Soy, Ginés, un majadero.....
 Vienes al tiempo mejor;
 ¿Traes dineros?
 Oñ. Escusada
 Pregunta. Sí; ¿qué quereis?
 Ped. Ved en lo que estimareis.....
 Oñ. Yo, señor, no estimo nada.
 Dádmela estimada vos
 Cualquier prenda, y despachemos.
 Ped. Tienes razón; hablaremos
 Despues del valor los dos.
 Oñ. Ha de ser grande la puesta.
 Ped. Como que voy á amarrar
 La fortuna, ó á quedar
 Por puertas.
 Oñ. ¿Audacia es esta!
 Ped. Es mi postrera esperanza,
 Y en ella la arriesgo toda.
 Oñ. ¡Bien! con la fortuna, boda,
 Que ó nada ó todo se alcanza.
 Ped. Esta noche la hago mía,
 O la dejo de servir.
 Oñ. Por ella hemos de reñir
 Hasta que despunte el dia.
 Ped. ¿Tal ánimo traes, Ginés?
 Oñ. Por vuestra amistad no mas.
 Ped. No te vuelvas pues atrás.
 Oñ. A no ver que chanza es
 De otro modo respondiera.
 Ped. Mas ve que si pierdo todo.....
 Oñ. ¡Qué diablo! Hablais de modo
 Como si ya se perdiera.
 Delante, señor, marchad,
 Y en mí fiad.
 Ped. Si es así
 Delante voy.
 Oñ. Y por mí
 Cual si fuérais ya jugad.

ESCENA V.

DON JUAN, TRAYENDO A DOÑA ANA CON MANTO; OÑATE.

Juan. ¿Con quién hablabas?
 Oñ. Con él.
 Juan. ¿Pedia oro?
 Oñ. Sí, señor,
 Y cada dia mejor
 Sabemos nuestro papel.
 Mañana al salir la aurora
 Ya en Toledo no estará.
 Juan. ¿Y esta noche?
 Oñ. Queda allá,

Que me espera desde ahora.

Juan. Toma, y aguardadme á mí.

Oñ. ¿A vos, señor?

Juan. Sí por cierto.

Todos tenemos abierto

El mismo camino allí.

Oñ. Mas.....

Juan. Ahí llevas unos dados :

A que yo entre esperarás

Y con ellos jugarás.

Oñ. ¿Son amigos?

Juan. Y probados.

(*Toda esta escena pasa entre Don Juan y*

Oñate : el resto entre Don Juan y Doña

Ana.)

Ana. ¿Quién es ese?

Juan. Un comerciante

Que me empeña alguna vez. (*Vanse.*)

Oñ. ¡Don Juan ha de ir....! Pardiez

Que no lo entiendo. Adelante. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Sala corta en casa de Don Juan.

DOÑA CLARA, INÉS.

Clara. ¿Viste, Inés, á Don Pedro?

Inés. Sí, señora,

Y á Madrid parte al despuntar la aurora.

Clara. ¿A Madrid?

Inés. Eso dijo,

Y halléle en el afan tosco y prolijo

De deshacer la casa.

Clara. ¡Cielos! ¡que esto me pasa!

Que se parta á Madrid y no le vea.

Mas dime, Inés, y al fin consuelo sea

Del alma dolorida,

¿Qué decia de mí á su despedida?

Inés. Fuera la priesa, ó el capricho fuera,

Anduvo descortés en gran manera :

« Decid, dijo, á esa dama

Que esta noche me parto de Toledo,

Que en mi mas nunca piense,

Y la descortesía me dispense,

Que primero soy yo. »

Clara. Traidor, ingrato.

¿Este te dijo, Inés? no lo esperaba ;

Mas á fé que en tan necio desacato

No sabia tal vez de quién hablaba.

Mas yo he de hablarle, Inés, antes que huya,

Y he de minar al fin la astucia suya.

Inés. Ved lo que haceis, señora.

Clara. Ya nada es tiempo de mirar ahora :

Le amo, le adoro, le idolatro ciega,

Y á tal extremo llega

Ya mi pasion, que fuera de camino

A amarle y nada mas me determino.

¿Porqué galan al pié de mis ventanas

En amoroso són me requeria?

¿Porqué en suaves cantigas cortesanas

Con fábulas de amor me enardecia?

¿Pensaba acaso que á su amante queja

Sordo mi corazon, sordo mi oído,

No cruzaba su voz la doble reja

Buscando al corazon adormecido?

¿Pensaba que sus vanos juramentos

El fondo de mi pecho no minaban,

Ni tenian sus tibios pensamientos

Eco con que en los mios resonaban?

¡Por Dios que se engañó! Si sabe ardiente

Fingir su vano amor ¡el insensato!

¡Oh! no sabrá apagar la que imprudente

Inflamó hoguera con osado trato.

¿Inés?

Inés. Señora.

Clara. El manto dame al punto,

Y sigueme.

Inés. Mirad....

Clara. Ya va mirada :

Por honra y miramiento todo junto

Arrostra una muger enamorada.

¿Mas llamaron?

Inés. No sé.

Clara. Mira esa puerta.

Inés. Vuestro hermano, señora.

Clara. ¡Por mi vida que acierta

A acudirme Don Juan en mala hora!

Mas abre, Inés, aprisa,

Y si tarda en salir llévame el manto,

Y de su sueño ó inquietud me avisa. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON JUAN, DOÑA ANA.

Juan. Doña Ana, en mi casa estais,

Y al cuidado de mi hermana

Hasta despues de mañana

Es fuerza permanezcais.

Libre del todo quedais,

Y ó yo poco he de saber,

O presto habrán de volver

Otra vez á vuestra mano

Los bienes que vuestro hermano

Tan solo supo perder.

Ana. Mas decidme antes, Don Juan :

¿Sano estais ya de la herida?

Juan. Doña Ana, no por mi vida

Os paseis tan hondo afan.

Ana. Largo tormento me dan

Los recuerdos de aquel día.

Juan. Segura, señora mia,

En ello podeis vivir ;

Fué un amago de morir

Por el bien que yo queria.

Ana. Mas tuve la culpa yo;
Dejad que al menos la lllore.

Juan. Pues dejadme vos que adore
A quien mi herida causó.
Mas ya que esto se arregló,
Doña Ana, atencion prestad,
Que es ya mucha ceguedad,
Osadia y altiveza,
Acosar vuestra nobleza,
Contra vuestra voluntad.

Ana. Dispuesta, Don Juan, estoy
Vuestra razon á escucharos,
Porque mas que toleraros
Debo respetaros hoy.

Juan. A hablaros de entrambos voy,
Porque en tamaña ocasion
Desigual resolucion
Es preciso que tomemos,
Y entrambos consideremos
Nuestra noble condicion.
Por un impensado azar
En mi casa os sorprendieron;
Culpada, pues os prendieron,
Os hubieron de juzgar.
Al fin os logré salvar
Con empeño y con favor,
Pero otro riesgo mayor
Sin duda vais á correr;
Pues sois hermosa y muger
No os cumple tal guardador.
Si en esta casa os quedais
Peligra vuestra opinion;
Pero hay en esta ocasion
Mas peligro en que salgais;
Donde quiera que vayais,
Que habeis de ir sola es bien llano.
Si os guardais de vuestro hermano,
Pues que tanto os ofendió,
Que otro os ampare que yo
Es pensamiento villano.
Que yo os amo, claro está:
Si me amais, vos lo sabreis;
Y mirad que respondeis,
Que sin duda es tiempo ya:
Puesto que la noche os da
Tiempo, pensadlo mejor,
Que á una parte vuestro honor,
A otra la seguridad,
Es quedar en la ciudad
Lo mejor y lo peor.
Si no me habeis de admitir,
Pues que tanto no merezco,
El amor que yo os ofrezco
Fuerza es, Doña Ana, partir;
Mas no he de dejaros ir
Si no vais con vuestro hermano;
Que esto no quereis, es llano;
Y si esto no ha de llegar,

Fuerza es, Doña Ana, quedar,
Y murmure el vulgo vano.

Ana. Atenta ya os escuché,
Y otorgaros la razon
Es forzosa obligacion,
Pues ambos peligros sé.
Tal decision tomaré
Que nos convenga á los dos,
Y no os estrañeis por Dios,
Que noble, Don Juan, nací,
Y no he de faltarme á mi
Cuando á vos no os faltais vos
Diónos por desgracia el cielo
Una pasion hechicera,
Que un cielo la tierra hiciera
Si infierno no fuera el suelo.
Por ella en tierno desvelo
Los seres amantes van.
Siguiéndose con afan,
Como las sombras al sol,
Como al sol el girasol,
Como al acero el iman;
Mas tal es la incompletiez
De este mundo que habitamos,
Que siempre el bien que gozamos
Es miseria y hediondez.
Amor sentimos tal vez
Que el corazon nos devora,
Y su llama abrasadora
Nos es fuerza sofocar,
Porque no acertó á brotar,
Don Juan, en la mejor hora.
Si viviéramos aún,
Don Juan, en un paraiso,
Para amar no era preciso
Mas que el cariño comun;
Mas para amarse segun
Las leyes en que vivimos
Es fuerza nuestro cariño
Donde pusimos mirar
No lo que fuimos á amar,
Sino lo que amar pudimos.
El amar á una muger
Solo, Don Juan, por su amor
Corriendo el tiempo es peor
Que venirla á aborrecer;
La inconstancia en el querer
Es propia del corazon,
Y si por otra ocasion
Al fin la razon se acaba,
Se ve tarde que sobra
Cuanto antes nó fué pasion.
Puesto que á este amor social,
Para que cobre interés,
Forzoso añadirle es
Otro interés material,
Dó no hay mas que espiritual
Pasion con que se mantenga,

Claro es que no se sostenga
Amor é interés por Dios,
Y que alguno de los dos
A ceder á entrambos venga.
Don Juan, yo he de ser quien soy,
Pues quien soy siendo naci :
Por vos, por él, y por mi,
Busco á mi hermano desde hoy.

Juan. Mas mirad...

Ana. Resuelta estoy.

Juan. Mas tanta tenacidad
Con que habeis sin caridad
Pintado á vuestro capricho
Un amor...

Ana. Si bien no he dicho,
Yo sé que he dicho verdad,
Y esto baste.

Juan. Baste pues.
Y porque no haya demora,
A vuestro hermano, señora,
Que hoy busque preciso es

Ana. Mas tal prisa...

Juan. ; Oh, que despues
No será tiempo!

Ana. Id con Dios.
Ya lo que hacer sabreis vos,
Y no he de pedir os cuenta.

Juan. Y á mi vuelta mas contenta
Será la vida en los dos.

ESCENA VIII.

DOÑA ANA.

¡ Yo sabré amar! y de la negra vida,
Sentada en la ribera,
Yo lloraré de mi pasion perdida
La calma pasajera.
Yo sabré amar, y de mi amante historia
La lastimosa huella
Quedará como rastro en mi memoria
De moribunda estrella.
Lejos de mi la fiesta de ese mundo,
Que osado y maldiciente
La marca del dolor largo y profundo
Buscaría en mi frente.
Yo lloraré en silencio solitaria,
Y en mi postrema hora
No podrá descifrar en mi plegaria
La razon del que llora.

ESCENA IX.

DOÑA ANA, DOÑA CLARA.

Clara. Ya ha salido mi hermano,
Y á favor de la noche tenebrosa
Saldré tambien. ¡ Mas Dios, qué es lo que miro!

Ana. (Doña Clara esta es; ¡ yo no respiro!)

Clara. (¿ Mas no es ella?) Decidme :

¿ Vos de Don Pedro hermana
No sois?

Ana. Yo soy Doña Ana

De Mendoza, señora,
Que á mi hermano tal vez buscando ahora
Al favor me açogi de vuestro hermano.

Clara. ¿ Vos buscais á Don Pedro?

Tanto mejor ; es llano

Que cuando ambas á par le buscaremos
Con mas facilidad le encontraremos.
Inés, el manto, presto.

Ana. Mas mirad que si vuelve
Don Juan ¿ con qué pretexto

Disculpa le dareis de tanta prisa?

Clara. Yo tambien á Don Pedro

Busco, y es diligencia tan precisa
Que saliendo las dos en busca suya
Tornaremos á casa

Antes que á ella Don Juan se restituya.

(Y así cuando Don Juan haga querella,

Pues á su hermana busca,
Yo le diré que importunaba ella.)

Ana. Mas mirad...

Clara. Vamos pronto,
Que antes de media hora...

Ana. Mas reparad, señora..

Clara. Ya va bien reparado.

A Don Pedro busquemos,
Que antes que Don Juan vuelva, volveremos.

(*La ase del brazo y vanse.*)

ESCENA X.

Un figon ; una mesa á cada lado, y otra en el fondo.
En las laterales barajas, en la del centro dados.
A la derecha una puerta, sobre la que se lee :
Paso á la hosteria. Botellas y vasos.

DON PEDRO, OÑATE Y ALGUNOS HIDALGOS
EN LA MESA DEL CENTRO ; SOLDADOS Y GENTE
DEL PUEBLO, EN LAS LATERALES. BEBEN Y
JUEGAN.

(*Mesa primera.*)

Uno. Jugad bien.

Otro. Vais á perder.

El primero. Maese Juan, no haceis nin-
guna.

Maese Juan. Es rigor de mi fortuna.

Uno de los que juegan. ¿ Triunfos son?

Maese Juan. Lo podeis ver.

Bastos son triunfos.

Otro. Jugad.

Maese Juan. Pues perdemos ; voto á Dios!

El Anterior. ¿ Quién ha soltado ese dos?

Maese Juan. Yo lo he soltado; cargad.

(*Mesa segunda.*)

Uno. Tú tienes las cartas dobles.

Otro. Mientes como un escribano.

El Primero. Muestra el juego, abre la mano.

El Segundo. Aquí está.

Un Soldado. Los juegos nobles;

No haya trampas, sino
Tiene esto fin de contado.

Uno de los que no juegan. Téngase, señor soldado.

El Soldado. ¿Quién dice téngase?

El Anterior. Yo.

El Soldado. Mire y calle.

El Anterior. Eso le digo.

El Soldado. Vuesa mercé se sosiegue,
Calle, beba, escuche y juegue,
O apártese acá conmigo.

El Primero. Triunfos son oros.

El Segundo. Ahí van.

El Tercero. Por no tenerlos mayores
Ahi va ese cuatro.

El Cuarto, recogiendo la baza. Señores,
Donde las toman las dan.

El Segundo. Es que no hacen una baza.

El Primero. Toda la noche perdemos.

El Tercero. No tengo prenda.

El Segundo. Juguemos;

Eso no nos embaraza;

Bajo palabra jugad,

Que mañana pagareis.

(*Mesa primera.*)

Uno. *Maese Juan,* ¿cuánto perdelis?

Maese Juan. Cuarenta escudos.

Otro. Cargad.

(*Mesa tercera.*)

Uno, que echa los dados. Vos, Don Pedro.

Ped., apuntando. A la mayor.

El Primero. Juego, diez: (*Tira.*) no vais tan mal.

Juego, seis. (*Tira.*)

El Segundo. Lance fatal:

Pierdo la suerte mejor.

El Primero. Pedid.

Ped. La mayor.

El Primero. Ahí va.

Juego, nueve. (*Al segundo.*) Va por vos;

Juego, siete.

El Segundo. ¡Vive Dios!

Sorda mi fortuna está.

Un Hidalgo. Don Pedro, ¿cuánto perdelis?

Ped. Gano treinta y seis escudos.

El Hidalgo. ¡Gracias á Dios!

Ped. Son desnudos

Los treinta, que debo seis.

Servidme vino.

El Cuarto. Eso sí;

Teneis razon; vino y juego.

El Tercero. Mientras atizan el fuego,
Tirad una vez por mí.

(*Mesa segunda.*)

Uno. Dobles esas cartas son.

Otro. Eso ya es tenacidad.

El Primero. Dobles son.

El Cuarto. Es la verdad.

El Segundo. Mentís vos.

El Cuarto. Tiene razon.

El Primero. Infame, me habeis robado:
Volvedme todo el dinero,
O vive Dios...

El Quinto. ¡Caballero!

El Segundo. Si tocáis solo un cornado,
Os envaso este puñal.

El Primero. Soltad, traidor.

El Cuarto. ¡Vive Cristo

Que fué trampa!

Un Soldado. No lo he visto.

Otro. Dice bien.

Otro. Pues dice mal.

El Primero. Esos escudos me den,
O vive Dios que á estocadas

Los recobre.

El Soldado. Camaradas,

Silencio, quietos estén.

El Segundo. Salid conmigo á la calle.

El Primero. Eso bien.

El Segundo. Vamos.

El Primero. Venid,

Y á ser cortés, voto al Cid,

Que una vez he de enseñalle.

Maese Juan, de una mesa á otra. ¿Qué es eso?

Uno, en la otra mesa. Un poca paciencia
Algo descontentadizo.

Maese Juan. ¿Picóse?

El Otro. Sí.

Maese Juan. Pues mal hizo.

Otro. Lleva con él su sentencia.

(*Mesa tercera.*)

El Segundo. Tened ahí, que gano yo.

Ped. Tiró por mí.

El Segundo. Fué por mí.

Ped. Pues yo el último perdi.

El Segundo. No perdisteis.

Ped. ¿Cómo no?

El Primero. Don Pedro, tiene razon;

Tiré por él.

Ped. Si eso es,

Callo, y pierdo veinte y tres.

¡Vino, muchacho!

El Primero. Diez son.

ESCENA XI.

DICHOS; DON JUAN, CON ANTIFAZ.

(Mesa primera.)

Uno. ¡Gentil talle!

Maese Juan. Audaz á fé.

El Primero. ¿Conocéisle?

Maese Juan. No por cierto;

El semblante trae cubierto.

El Segundo. ¿Quién es ese?

El Tercero. No lo sé.

Juan. (Allí está Don Pedro: llevo:

Y Oñate vino con él.

Bien estudió su papel.)

(Mesa tercera.)

Uno. Por vos va Don Pedro. Juego.

Ped. La mayor.

El Primero. Once.

Ped. Ya es mia.

Juan, llegando. Yo apuntaré contra vos:
La mayor.

El Primero. Doce.

Ped. ¡Por Dios!

¿Su merced nos desafia?

Juan. No, juego como qualquiera:

Fortuna fué si gané.

Ped. Fortuna sin duda fué,

Porque á ser de otra manera...

Juan. ¿Qué fuera?

Ped. ¿Sabeis quién soy?

Juan. Un... Don Pedro de Aguilar;

Mas ved si quereis jugar,

Que esperando juego estoy.

Ped. ¿Sois muy valiente?

Juan. Tal vez;

Mas me ayuda la fortuna,

Y jamás cedió á ninguna

Mi fortuna y mi altivez.

En fin, ¿jugais?

Ped. Descubrios.

Juan. ¿Qué os importa mi disfraz?

Tras este lienzo falaz

Encubro secretos míos.

Ped. Pero quien el rostro encubre,

Traiciones guarda ó temor.

Juan. La traicion del jugador

Con el juego se descubre.

Oñ., á Don Pedro. (Yo á vos, Don Pedro,
os abono;

Jugad.)

Ped. Bien; juguemos pues.

Juan. Que os mantengais fuerza es

Con tan poderoso abono.

Oñ. ¡Bien! Señores, juego nuevo

Yo os sacaré.

Juan. Sea.

Ped. Tirad.

(Mesa segunda.)

Uno. Esas bazas os tomad.

Otro. Y con esta siete llevo.

El Primero. ¿Ganásteis?

El Segundo. Qué, ¿no jugais?

El Primero. No tengo qué.

El Segundo. Norabuena;

Tomad la mitá.

El Primero. Es ajena,

Que otra mitad me ganais. *(Levántanse.)**(Mesa primera.)*

Uno. No juego mas.

Maese Juan. ¿Porqué no?

El Primero. Porque pierdo todo un año.

Maese Juan. ¿Eso mirais? ¿Sois tacaño?

El Primero. ¿Pues nació príncipe yo?

Otro. Jugad.

El Primero. No juego.

Maese Juan. Sea así.

(Levántanse todos, y se acercan á la mesa 3ª, donde están Don Juan, Don Pedro y Oñate.)

El Primero. ¿Es apuesta?

El Segundo. Así parece.

El Tercero. Atendamos.

El Segundo. Lo merece.

El Primero. ¿Va contra Don Pedro?

El Segundo. Sí.

Oñ., tirando con sus dados. Don Pedro,
á vos. Juego, seis.

A vos, el del antifaz.

Juego, diez.

Juan. Gano.

Ped. En verdad,

Brava fortuna teneis.

Oñ., á Don Juan. Juego á vos, once.

Sacais

Bien alto. Don Pedro, á vos.

Juego, siete.

Ped. Voto á Dios

Que sin alma me dejais.

Muchacho, vino.

(Bebe.)

El Primero. Eso es;

Valor, Don Pedro.

Ped. Sigamos.

Oñ. Caballero, á vos.

El Segundo. Veamos.

Oñ. Juego, cinco.

Ped. Es mia.

Oñ., tirando. Tres.

Ped. Por mi vida que es azar.

Juan. ¡Qué suerte mas importuna!

Ped. Ahí va toda mi fortuna

De una vez, por acabar.

Oñ. A vos, caballero: diez.

Ped. ¡Por san Millan!

Oñ. Juego á vos.

Tres.

Ped. ¡Qué suerte, vive Dios!
 No se me ha dado una vez. (*Retirándose.*)
Juan. ¿Qué es eso, no jugais mas?
Ped. Como las barbas no juegue
 No sé ya qué á jugar llegue.
Juan. Vuestra palabra...
Ped. Quizás,
 Si aun mi palabra tuviera,
 ¿Pensais que no la jugara?
Juan. Con ella me contentara,
 Que sé bien que se cumpliera.
Ped. Haced cuenta que la dí
 Y la perdí.
Juan. ¿Mas no habeis
 Prendas?
Ped. Ved las que quereis.
Juan. ¿Las haciendas?
Ped. Las perdí.
Juan. ¿Soldado sois?
Ped. Capitan.
Juan. ¿Las armas?
Ped. Perdilas ya.
Juan. ¿Caballo?
Ped. Jugado va.
Juan. ¿Sueldo del rey?
Ped. No le dan.
El Primero. Probad, Don Pedro, fortuna.
 Veinte escudos presto yo.
El Segundo. Yo diez.
El Tercero. Yo quince.
Ped. Eso no:
 Todo en uno se reuna,
 Y apuntadlo.
El Segundo. Eso es, valor.
Oñ. Juego, diez.
Ped. Ahora sí
 Que vuelve la suerte á mi.
Oñ. Juego, once.
Juan. ¡Es encantador!
El Primero. Don Pedro, imposible á fé
 Me parece.
El Segundo. ¡Qué jugar!
Oñ. Vaya, ¿volveis á apuntar?
El Tercero. Jugad.
Ped. Ya no tengo qué.
Juan. Esa espada.
Ped. Bien, tirad.
Oñ. Vos, hidalgo. Once.
El Segundo. ¡Qué suerte!
Oñ. A vos, Don Pedro. Seis.
Ped. Muerte
 dais; á Dios os quedad.
El Primero. Yo juego con vos: juguemos.
 Seguro en mi suerte estoy.
El Segundo. Yo con vos á apuntar voy.
Ped. Pero no sé qué juguemos.
Juan. ¿Contra todo lo perdido
 No teneis ya qué poner?

¿No teneis casa, muger,
 No sois dueño ni marido?
Ped. Muchacho, vino. No tengo
 Casa, ni muger, ni hogar.
 Una hermana... y...
Un Soldado. ¡A jugar!
Juan. Con vuestra hermana me avengo.
Ped. Reportaos. Voto á Dios
 Que lo que decis mireis.
Juan. Hago porque recobreis
 Lo que habeis perdido vos,
 Y esa puesta os doy de mas.
Ped., marchándose. (¡Una suerte tan se-
 guida!
 ¡Imposible es por mi vida
 Que se sostenga...! ¡Quizás!)
El Primero. Vamos, dejad de pensar
 Y decidios valiente.
Ped. No ha de ser.
El Segundo. ¿Cobardemente
 Os habeis de retirar?
Ped. (¿Mas quién sabe? contra todo
 Arriesgo una prenda yo.)
El Tercero. ¿Habeis de huir?
Ped. (Eso no.
 Y el pagar... Es de otro modo.)
Todos. ¡Bien, Don Pedro!
El Primero. Y yo con vos
 Esta espada jugaré.
El Segundo. Yo estos diamantes.
El Tercero. A fé
 Yo cien escudos.
El Cuarto. Yo dos
El Quinto. Y yo aquesta cruz de plata.
Ped. ¡Venga vino!
Oñ. Vaya en paz
 A vos, el del antifaz.
 Juego, nueve.
Muchos. Bajo data.
Oñ. Vuestras mercedes atiendan.
 Va por ellos. Juego, tres.
Ped. Trampa por los cielos es.
Uno. Los demonios que lo entiendan.
Juan. ¿Cómo trampa, vive Dios!
 (*Pone mano á la espada.*)
Ped. Ténganse aquí.
 (*Echando tambien mano al estoque.*)
Juan. Vuestra hermana
 Perdisteis.
Ped. Es prenda vana.
Juan. Y á estocadas...
Ped. Eso á vos.
Algunos. Paz.
Otros. ¡Fuera!

ESCENA XII.

CUCHILLADAS. OÑATE SE PONE AL LADO DE DON JUAN. ALGUNOS TOMAN PARTIDO POR DON PEDRO. DERRIBAN LAS LUCES Y QUEDA TODO EN CONFUSION. DOÑA ANA Y DOÑA CLARA ASOMAN A LA PUERTA COMO HUYENDO DE ALGUIEN QUE LAS PERSIGUE.

Ana. ¡Cielo! ¿Es aquí?

Clara. La voz de Don Pedro es esa.

Juan, encontrándose en la oscuridad con Doña Clara. ¿Quién aquí se me atravesaba?

Ana. ¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí! Don Pedro.

Ped., hallándose con Doña Ana. ¿Qué es esto? ¿No

Es muger esta que toco?

Ana. ¡Cielo santo!

Ped. ¿Estoy yo loco?

Juan. ¡Ténganse!

Ped. ¡Luz!

Uno. ¿Quién cayó?

Ped. ¡Voto á Dios! Luces aquí.

ESCENA ULTIMA.

EL GOBERNADOR, RONDA Y DICHS.

Gob. Dénse al rey.

Ped. Atrás el rey,

Que primero que su ley

Me importa mi honor á mí.

(*A Doña Clara, á quien tiene asida.*)

¿Quién sois vos?

Gob. Que nadie osado

Mueva el pié. Vos, caballero,

Decid quién sois.

Uno. Un soldado.

Gob. Cada uno el nombre que goza

Diga, que esperando estoy.

Ped. Don Pedro de Aguilar soy.

Juan, descubriendo el rostro. Y yo Don Juan de Mendoza.

Ped. ¡Vos! ¡cómo...! y yo, vive Dios...

Juan. Reportaos, pese á mí,

Que no sé quién está aquí

Ofendido de los dos.

Vuestra hacienda habeis perdido,

Y pues toda en mi poder

Está, yo os la he de volver:

Para esto la he obtenido.

Mas con una condicion.

Ped. Decid.

Juan. Yo tengo una hermana;

Su esposo sereis mañana,

Que peligra su opinion.

(*Don Pedro rie á carcajadas.*)

¿Os reis?

Ped., lo mismo. Ved si me rio.

Gob. ¿La razon?

Ped. Os la diré.

¿Visteis horóscopo á fé

Mas fortunado que el mio?

Jugué y perdi hasta la espada;

Gocé jugando y perdiendo;

Gran vida hice á lo que entiendo,

Y al cabo no pierdo nada.

Mirad si que ria es bien.

(*A Don Juan.*)

Pero yo tengo otra hermana:

Hacedme el favor mañana

De desposarla tambien.

Ana. Asi será, y pues estoy

Tan á tiempo, esta es mi mano.

Clara. Ya que consiente mi hermano,

Yo, Don Pedro, vuestra soy.

Juan. ¿Mas cómo...?

Ped. La esplicacion

Para luego... pese á mí

Que es bizarro.

(*Riéndose.*)

Gob. Y ya de aquí

Que salgamos es razon.

Oñ. Y con esto, á lo que entiendo,

El autor tambien saldrá

Del empeño en que hoy está

Con este Ganar perdiendo.

CADA CUAL CON SU RAZON,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL REY DON FELIPE.
EL MARQUÉS DE VELEZ.
DON PEDRO.
DOÑA ELVIRA.

INÉS.
EL CONDE DON GUILLEN.
UN ALCALDE DE CORTE.
RONDA Y SOLDADOS.

a escena en Madrid. El acto 1º en el jardin de Doña Elvira ; el 2º y 3º en la antesala de su habitacion. La accion empieza el 21 de setiembre de 16.. á las once de la noche, y concluye al dia siguiente á la misma hora.

ACTO PRIMERO.

Noche y jardin de Doña Elvira. — A un lado un asiento de piedra. — En el fondo la casa de Doña Elvira con rejas y balcones, y mas á la derecha una puertecilla que da del jardin á la calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. Decídmeme al menos su nombre.

Elv. No le debéis conocer.

Ped. ¿Y eso no es darme á entender que amais, Elvira, á ese hombre?

Elv. Ya dije que es un secreto.

Ped. Mas si el secreto no sé, ¿Cómo de él me fiaré?

Elv. Por mi palabra sujeto.

Yo os amo, Don Pedro, á vos, Mas creedme, y no os asombre, Os juro á Dios que de ese hombre Necesitamos los dos.

Ped. No lo comprendo, señora; Quién soy yo, dónde he nacido, Quiénes mis padres han sido Estoy ignorando ahora. Vivo desde que nací Acaso á merced ajena, Sin que pudiera mi pena Llegar á costumbre en mí. Siempre (¡inocente quizás!)

Tan negro destino lloro,
Mas cuando sé que os adoro
No necesito yo mas.

Elv. Don Pedro, sin freno vais Buscando mi perdicion.

Ped. ¡Me hareis perder la razon!

Elv. Nada de ese hombre temais.

Ped. ¿Que nada tema decís De un hombre que os enamora,
Cuando estoy viendo, señora,
Que favores le admitís?

Elv. ¡Hay, Don Pedro, tal afán!
¿Pues yo misma no os lo digo?
Puede ese hombre ser mi amigo,
Pero nunca mi galan.

Ped. ¿Y cómo creeros puedo Si sé que os habla de amor?
No dudo de vuestro honor,
Mas tengo á su audacia miedo.
Cuando os contemplo con él,
Elvira, en conversacion,
Me rebosa el corazon
En lugar de sangre hiel.
Vos me lo habeis suplicado
Ante mi puesta de hinojos,
Y aunque es para darme enojos
Con causa os habeis hallado.
Pues tan liviana no os creo
Que, para mentir mejor,
Hiciérais mi propio amor
Segundo en tal devaneo.
Obedezco, lloro, y callo

Sentencias de vuestra boca,
Porque al fin solo le toca
Obedecer al vasallo.

Mas en causa tan sagrada,
Aun siendo mi propio hermano
Echara menos la mano
El gavilan de mi espada.

Elv. Por medio, Don Pedro, estoy
En tan espinoso asunto,
Y os ruego que en él ni un punto
Os olvidéis de quien soy

Ped. Eso solo me contiene,
Y si es fuerza que os lo diga,
Eso tan solo me obliga
A respetar al que viene.
Que os juro que de otro modo,
Si en mi razon me fiara,
En la calle le esperara
Atropellando por todo.

Elv. Bien, pues os vuelvo á advertir
Que en paz á ese hombre dejéis,
Y no mas me preguntéis,
Que no os puedo mas decir.

Ped. Yo mas os preguntaré
Pues tal es vuestra sentencia,
Mas si podré mi paciencia
Tener á raya, no sé.

Elv. Cómo la tenéis mirad,
Que, porque me importa mucho,
Al preveniroslo lucho
Con mi propia voluntad.
Mandároslo no quisiera,
Mas á faltarme él ó vos,
Don Pedro, de entré los dos
Yo no sé á cuál eligiera.

Ped. ¡Loco me habeis de volver!
¿No es, decís, vuestro galan,
Y evitais con tanto afan
Cuanto le puede ofender!
Que me adorais me decís,
Y á vuestro amor siendo fiel,
Comparándome con él,
Que dudais me prevenís.
Decidme si podeis, pues,
¿Es vuestro padre, señora?

Elv. No por cierto.

Ped. ¿Es en mal hora
Hermano?

Elv. No.

Ped. ¿Pues quién es?
¿Debéisle tantos favores,
Vida, hacienda, honor quizás...?

Elv. No le debo á ese hombre mas
Que penas y sinsabores.

Ped. ¿Y le amais?

Elv. No, le respeto.

Ped. ¿Y el respeto solamente
Puede en vos...?

Elv. Andad prudente,
Que tocáis en mi secreto.

Ped. ¡Oh! por cuanto sois y amais
Fiad el secreto en mí,
Que al depositarlo aquí
En un pozo lo enterrais.

Elv. Díjeos, Don Pedro, que no.

Ped. ¡Morir de zelos me hareis!

Elv. De zelos no os acordeis
Mientras os los guarde yo.

Ped. Mas ved que es duro castigo
Para un amante, señora,
Ser por secretos que ignora
De ajenas dichas testigo.
Pensad lo cruel del tormento
De esperar puesto en un potro
Sabiendo que tiene otro
Entrada en vuestro aposento.

Elv. ¿En mi aposento? Eso no;
Reparad que jardin es.

Ped. Para estar á vuestros piés
Por igual lo tengo yo.

Y aun es peor, en verdad,
Que un techo de roble ó piedra,
Un banco de verde hiedra
Y un techo de oscuridad.

Elv. Callad ya, que me ofendeis:

Pues con sospecha tan ruin
¿A solas en mi jardin

Que estais conmigo no veis?

Y si soy quien soy con vos

Con quien á casarme voy,

¿Dejaré de ser quien soy

Con quien odiamos los dos?

Don Pedro, pensadlo bien,

Y no así de zelos loco

Tengais á una dama en poco

Sin razon y sin por quién.

Ped. ¿Sin por quién? ¿Pues y ese hombre
A quien vais á recibir?

Elv. Necio andais en insistir,

Que nunca os diré su nombre.

Y escuchadme en conclusion,

Don Pedro, porque á fé mia

Que es ya larga esta porfia,

Tenga ó no tenga razon.

Yo os amo. ¿Qué mas quereis?

No hubo jamás hombre alguno

Que no me fuera importuno

Desque vos me conoceis.

Si cansado de mi amor

Me dejarais inconstante,

No fuera un claustro bastante

Para enterrar mi dolor.

Por ello en el alma herida,

Olvidando al mismo cielo,

Osara en mi desconsuelo

Atentar contra mi vida.

Mas es, Don Pedro, preciso
Que á ese hombre reciba aqui,
Y ha de ser, Don Pedro, asi
Aunque importe el paraíso.
Mirad si causa tendré
Cuando asi ante vos me humillo.

Ped. Asombrado estoy de oílo,
Y aun no lo comprendo á fé.

Que muriérais me decís

Si yo os dejara de amar:

¿Eso debéis esperar,
Y sin embargo insistís?

Elv. Eso esperar no debía;
Mas ya que desde hoy lo espero,
Espero en Dios, caballero,
Que os arrepintáis un día.

Ped. ¡Mas lloráis...! decidme al fin
El secreto y concluyamos.

Elv. Mirad, Don Pedro, que estamos
A solas en el jardín.

Ped. ¡Oh, tanto dudar me ofende!

¿No puedo ayudaros yo
En ese secreto?

Elv. No,
Que si se aclara se vende.

Ped. ¡Señora!

Elv. Que desconfío

De vos nunca imagíneis;
Quien le venda no seréis,
Seré yo, porque no es mío.

Ped. Una palabra no mas,
Y perdonádmela, Elvira;
¿Desconfianza os inspira
Mi nacimiento quizás?

Elv. Don Pedro, yo en vos no amé
La cuna en que habeis nacido;
Hidalgo os he conocido,
Siempre hidalgo os amaré.
Cuando en mi antigua afliccion
Me hallásteis de amor ajena,
Vos consolábais mi pena
Sin preguntar la razon.
Nada vos sabeis de mí,
Ni de vos nada sé yo;
Puesto que no nos pesó,
Sigamos, Don Pedro, asi
Y retiraos.

Ped. A Dios,
Señora, y ved lo que haceis.

Elv. Lo que he resuelto sabeis

Ped. Dios os guarde.

Elv. Va con vos.

Inés, á Don Pedro guía
Y cierra luego el portal.
(Secreto triste y fatal
Que me pone en la agonía.)

(*Siéntase en el banco ocultando el rostro*

*en sus manos con profunda agitacion,
mientras en el lado opuesto pasa aparte
la segunda escena.)*

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO, DESPUES
INÉS.

Ped. (¡Tan rara contradiccion
No es posible comprender!

Razon deberá tener,
Y muy grande en mi opinion.

Mas yo sabré la razon
Antes de salir de aqui,
Y ambos cumplimos asi,
Pues tengo que en tal aprieto
No vende Elvira un secreto
(Que solo yo sorprendí.)

Inés, con luz. Cuando gustéis.

Ped. Bien está.

(El osado siempre acierta.)
(*A Inés, aparte, tomándola por la mano.*)

Oye, en llegando á la puerta
Con brío un portazo da.

Despideme en voz tan alta

Que se oiga aqui.

Inés. ¿Para qué?

Ped. De esta casa no saldré.

Inés. ¿Eso mas?

Ped. Aun hago falta.

Inés. Es imposible por Dios.

*Ped., mostrando la daga, llevándola
aparte.* Dos recompensas, Inés,

De oro y hierro: elige pues

La que quieras de las dos.

Inés. Mas...

Ped. ¡Silencio!

Inés. Luego...

Ped. Elige.

Si salgo, volveré á entrar.

Inés. Pues mirad que á mi pesar

La necesidad lo exige.

Ped. No temas; desde esa reja
Quiero escuchar solamente.

Inés. ¿No mas?

Ped. No.

Inés. ¿Seréis prudente?

Ped. Mi razon me lo aconseja.

Inés. Pues vamos.

Ped. Salgamos pues,
Que es á mi impaciencia tarde. (*Vanse.*)

Inés, dentro y alto. Buenas noches. Dios
os guarde.

Ped., dentro y alto. Buenas las tengas,

Inés. (*Oyese un portazo.*)

ESCENA III.

VUELVE INÉS AL JARDÍN, Y AL MISMO TIEMPO
ASOMA DON PEDRO POR LA VENTANA DEL
FONDO.

Inés. (Grande empeño acometí;
Con bien me saquen los cielos.)
Ped., en la reja. (De mi honor y de mis
zelos

Pongo la atalaya aquí.)

Elv. ¿Le seguiste?

Inés. Sí, señora.

Elv. ¿Le conociste?

Inés. No sé.

Mas lo que he visto diré,

Que mas no puedo.

Elv. En buen hora.

Inés. Ya de Santiago á la puerta
Os aguardaba, á mi ver,
Con el otro.

Elv. Puede ser.

Inés. Siempre la cara encubierta.

Paréme como esperando,
Vióme, miréle, miró,
Y al punto me conocí,
Mas siguió disimulando.
Vinose á poco hácia mí,
Gané la vuelta á una esquina,
Y él porfiado y yo ladina
Rogó, negué, dió y cedi.
Dijele que en vuestra casa
Ya no estoy, pero que en ella
Tengo amiga la doncella,
Quien me cuenta lo que pasa.
Que atropellando por todo
Si aquí esta noche venia,
Que os hablara dispondria
Tomando á mi cuenta el modo.

Elv. ¿Y le esperas?

Inés. Sí en verdad.

Ped., en la reja. (¿A qué ya aguardar
el resto?

¡Voto á Dios que mas es esto
Que inconstancia liviandad!)

Elv. ¿Y estás segura que es él?

Inés. Gran respeto le mostraba

Su compañero, y llevaba

Lacayo, page y doncel.

¡Oh! rico y gallardo mozo

Es á fé, que se le via

Una cruz de pedrería

Por debajo del embozo.

Elv. (El page... el doncel... ¡la cruz...!

Leales son mis recelos;

Prestadme esta noche, cielos,

Tiento al labio, al alma luz.)

¿Dístele la llave, Inés?

Inés. Sí, señora.

Elv. ¿Y no vendrá
Solo?

Inés. A fé que tal no hará

Si es hidalgo.

Elv. Vete pues.

Inés, marchándose. (Al miedo en esta
ocasion

Debe el tener un testigo.)

Ped. (Lo que no oí como amigo
Oiré como ladron.)

ESCENA IV.

DON PEDRO, EN LA REJA; DOÑA ELVIRA,
EN EL JARDÍN.

Elv. Mi Don Pedro, perdon si misteriosa
Dando á un santo deber rostro liviano
Amiga infiel y amante mentiroso
Tu limpio amor al parecer profano.
Si ora verme pudieras y escucharme,
¡Oh! con harta razon me detestaras;
Mas cuanta mas hallaras para odiarme,
Mayor razon para quererme hallaras.
Tú me creyeras á tu amor perjura,
Y nunca en tu cariño mas constante
En las tinieblas de la noche oscura
Cuanto nuestro liviana, guardo amante.
No lo alcanzas, lo sé, mas siempre ignora
Este secreto que mi honor no infama:
Siempre mi firme corazon te adora
Segura amante ó sospechosa dama.

Ped., en la reja. ¿A qué para venderme,
misteriosa

Dar á esotra pasion rostro liviano?

¿Porqué, si no me amas mentiroso,

Tu amor me velas á mi amor profano?

¡Oh, si pudieras verme y escucharme,

Cómo mi atrevimiento detestaras!

¡Mas, si razon tenias para odiarme,

Medio mejor de despedirme hallaras!

No asi liviana y á tu amor perjura,

Acudiendo á misterios de constante,

En el silencio de la noche oscura

Vendieras al galan con el amante.

¡Ese el secreto fué que ya no ignora

Mi alma ofendida y que tu honor infama!

Perdióte al fin mi amor... pero aun te adora

Segura amante ó sospechosa dama.

Elv. Siento pasos.

Ped. Sin duda de esa puerta

Dióle las llaves.

Elv. ¡Ayudadme, cielos,

Que mi inocencia veis!

Ped. ¡Zelos, alerta,

Que pues sueños no son, ya no sois zelos!

ESCENA V.

DON PEDRO, EN LA REJA; DOÑA ELVIRA, EN EL JARDIN; EL REY Y EL CONDE DON GUILLEN, POR LA PUERTECILLA DEL FONDO. EL REY SE ADELANTA, Y EL CONDE QUEDA GUARDÁNDOLE LA ESPALDA CASI EN EL CENTRO DEL TEATRO.

Rey, á Don Guillen. ¿Es aquí?

Guillen, al rey. Sin duda alguna.

Rey, á Don Guillen. Llamaremos.

Elv. (Ellos son.)

Rey, á Don Guillen. Tantas venturas aduna

Que aun no creo en mi fortuna.

Ped. (Dios me alumbre la razon.)

Elv., al rey. ¿Quién va allá?

Rey, á Doña Elvira. ¿Sois vos, señora?

Elv. ¿Y el de Santiago sois vos?

Rey. ¿Llego tal vez en mal hora?

Elv. No por cierto, esta es la hora.

Rey. ¿Oscura noche por Dios!

Elv. ¿Qué le hace la oscuridad?

(*Se sienta en el banco.*)

Rey. Para sentirnos y hablaros,

Nada: mas hace en verdad

Para veros y adoraros.

Elv. Esquiva tengo la faz.

Rey. Hermosa como un lucero

Os la he visto.

Elv. ¿Dónde?

Rey. En misa.

Y con mas espacio infero

Que he de verla. (*Acercándose con audacia.*)

Elv. ¡Caballero!

Rey. ¿Qué?

Elv. Que amais con mucha prisa.

Rey. ¿Cómo?

Elv. Aun no sabeis quién soy,

Ni yo vos, y ya quereis

Exigir...

Rey, reportándose. No, solo voy

A pedirnos que os nombreis

Por conoceros desde hoy.

Elv., con indiferencia. Llámome Rita Aguilera.

Ped., en la reja. (¿Habrà desvergüenza tal?)

Rey. ¡Pues, Rita, sois hechicera!

Elv. Yo vuestro nombre os pidiera

Si no lo hubiérais á mal.

Rey, con indiferencia. Llámame Juan Benavente,

Hijo de opulento hidalgo

De Segovia.

Elv. (¡Bien lo miente!)

Rey. Hay quien me llama el valiente, Mas poco en el mundo valgo.

Elv. Oh, no he pensado yo asi Al veros.

Rey. ¿Y dónde?

Elv. En misa.

Noble y valiente os creí.

Que por eso os elegi...

Rey, interrumpiéndola. Tambien vos amais de prisa.

Elv. Hablé con el corazon

Algo indiscreta tal vez;

Perdonad...

Rey. No hallo razon;

Palabras sencillas son,

Y es virtud la sencillez.

Por una muger sencilla

Anduve loco poco há.

Lo sabe toda Castilla...

Elv., interrumpiéndole. ¿Qué habeis hecho en nuestra villa

Que tanto os conocen ya?

Rey. ¡Tiene la memoria fiel!

¿Qué quereis! ¿era mi novia!

Elv. (¡No estudió mal su papel!)

¿Con que fuisteis en Segovia

Los amantes de Teruel?

¿Y es muy antigua esa historia?

Rey. No tengo exacta memoria.

Elv. ¡Hermosa sería ella!

Rey. No os igualaba en lo bella.

Elv. Dios os la tenga en la gloria.

Rey. ¿Mas qué nos importa ya?

Eso á mas os probará

Que sé amar.

Elv. Y eso igualmente

Prenda para mí será,

Señor Don Juan Benavente.

(*Doña Elvira deja caer un guante. El rey se baja á recogerle, y la da un beso en la mano.*)

Rey. ¿Qué fué?

Elv. Dejadlo, es el guante.

Rey. Permitid que le levante,

Y en vuestra mano primero

Dulce señal...

(*La besa.*)

Elv. ¡Caballero!

Rey, con autoridad. Tended la mano adelante.

Elv. No será.

Rey. Os le he de poner,

O con él me he de quedar.

Elv. Vos vereis lo que ha de ser,

Mas mucho os vais á obligar

Si eso os atreveis á hacer.

Rey. No hay obligacion penosa

Que yo no emprenda por vos.

Elv. Vedlo bien.
Rey. Sois muy hermosa.
 Y negaros cualquier cosa
 Me fuera en mengua, por Dios.
Elv. ¿Lo prometéis?
Rey. Lo prometo.
Elv. Ved que es muy noble el sugeto.
Rey. ¿Pues qué habrá que hacer con él?
Elv. Nada, firmar un papel
 Y guardar ambos secreto.
Rey. ¿Mas á qué mi firma aquí?
 Si es que os estorba un galan,
 ¿No basta, Rita, que así
 Me lo encomendeis á mí?
Elv. No me basta.
Rey. ¡Hay tal afan!
 Si es que os importa que muera,
 Nombradle, que morirá.
Elv. Morir ¡oh! Dios no lo quiera.
 ¡Por la suya el alma diera!
Rey. ¿Solo un destierro será?
Elv. Mientras sepa que esta aquí
 Ni respiro ni sosiego.
Rey. ¿Le temeis?
Elv. No.
Rey. ¿Le amais?
Elv. Si.
Rey. Y quereis que á vuestro ruego...
Elv. Su amor no os estorba en mí.
Rey. ¿A dos amais? Es traicion.
Elv. No os dé pena esa pasion,
 Que al nacer ya la tenia.
Ped., en la reja. (¡Que tan negra ale-
 vosia
 Cupiera en su corazon!)
Rey. ¿Mas mi firma de qué os vale?
Elv. Si la poneis toda entera,
 Sé que á mi deseo iguale:
 Con ella de Madrid sale,
 Y esa nuestra dicha fuera.
Ped. (¡Oh! sí, de Madrid saldré,
 Mas de tu amor satisfecho
 Vengado á la par iré.
 ¡Tanta cólera no sé
 Cómo me cabe en el pecho!)
Rey. Mas tal porfia en firmar
 Es inútil.
Elv. Pues el guante
 Volvedme, ó voy á llamar,
 Y podeis, Don Juan, temblar
 Que mi gente se levante.
 Prenda por prenda en buen hora;
 Por ese guante un papel.
Rey. (Sin duda que la traidora
 Me conoce...) Mas, señora,
 ¿Qué quereis hacer con él?
Elv. ¿Y qué quereis hacer vos
 Del guante?

Rey. Llevar conmigo
 Una prenda por testigo
 De nuestro amor.
Elv. ¿De los dos?
 Ved que yo á nada me obligo.
Rey. ¿Mas pagareis igualmente
 Con el vuestro mi favor?
Elv. Vivireis eternamente
 De mi memoria señor.
Rey. Sois como bella indulgente.
 Conmigo le llevaré
 Recuerdo de mi fortuna,
 Estará donde yo esté.
Elv. Yo el papel reclamaré
 En hora mas oportuna.
Rey. Dó quier que le reclameis
 Os juro que le obtendreis,
 Mas ved que á cambio de amor.
Elv. ¿No habeis cumplido, señor,
 Y ya que cumpla quereis?
 Sois injusto.
Rey. Amante soy,
 Y los favores que os pido
 En devolveros estoy:
 Que lo que os exijo mido
 Tan solo por lo que os doy.
 Noble naci, y os adoro;
 Cuanto soy, Rita, os ofrezco,
 Cuanto tengo, espada y oro;
 Que aunque tanto no merezco,
 Desde mi nada os imploro.
Elv. ¡Galan estais por demas!
Rey. No es á fé galanteria,
 Sino amor, Rita.
Elv. ¿Eso mas?
Rey. ¿Esto os ofende quizás?
 Por Dios que lo sentiria.
 Mas ya que tanto me honrais,
 Un favor ademas, Rita,
 Es fuerza me concedais.
Elv. Decid lo que deseais.
Rey. Repetiros la visita.
Elv. Para firmar el papel
 Cuando gustáreis venid;
 Mas no cual galan infiel
 Que teme que den tras él
 Las habillitas de Madrid.
 Venid con la luz del sol
 Sin reserva, en claro dia,
 Y no á la luz de un farol,
 Que eso no arguye hidalgua
 En un galan español.
Rey. Así lo haré, descuidad.
Guill. (Tan poca dificultad...
 Pronto rindió su albedrio.)
Ped., en la reja. (Nunca creyera, Dios
 mio,
 Tan torpe infidelidad.)

Rey. Del guante...
 Elv. Dejadlo así,
 Que prenda al cabo será
 Del papel... mas ¡ay de mí!
 (Ruido en la puerta del jardín.)
 Rey. ¿Qué teneis?
 Elv. Si mal no of...
 Rey. Pesárame asaz...
 El marqués entra embozado por la puerta
 falsa. El conde al sentirle dice :
 Guill. ¿Quién va?

ESCENA VI.

DICHOS; EL MARQUÉS, QUE AL ENTRAR DA
 CON DON GUILLEN, Y SE DETIENE A SU
 VOZ.

Marq. (¡Dios me valga! Traición es.
 ¿Habránme visto salir?)
 Ped., quitándose de la ventana. (Por
 Cristo que ya son tres,
 Y tanto no he de sufrir.)
 Guill., al marqués. ¿Quién va?
 Marq., volviéndose. Volveréme pues.
 (Don Pedro al salir á la escena gana la
 puerta del jardín, interponiéndose al
 marqués.)
 Elv., al rey. Sin duda os han descu-
 bierto.
 Rey, á Elvira. Retiraos vos.
 (Vase Elvira.)
 Ped., al marqués. ¿Quién va?
 Marq. (Por Dios que el jardín abierto
 A nuestra deshonra está.)
 Ped., al marqués. Responda quién va,
 ó es muerto.
 Marq., á Don Pedro. Tened, que solo sois
 vos
 Quien aquí ha de responder.
 Ped. Os tengo de conocer
 Mas que os pese, voto á Dios.
 Rey, llegando. Ved de qué manera
 pues,
 Que sino yo estoy demas.
 Ped., poniendo mano á la espada. Echaos
 todos atrás,
 E os acuchillo á los tres.
 Rey, adelantándose. Pues que estoy de
 sobra dije
 A mi vez, ¡atrás, amigo!
 Ped., con ironía. Que sois peor enemigo
 Que galan bien se colige.
 No hay otro medio, señores,
 (Sacando la espada.)
 En las manos los aceros,

Reñid como caballeros
 O moris como traidores.
 (Viénesse Don Pedro á ellos, y el rey se pone
 en guardia.)

Rey. ¡Adelante!
 Ped. Hais de decir
 Quién sois y á qué habeis entrado,
 O por Dios crucificado
 Que no volveis á salir.
 Rey. Caballeros como yo
 No ceden á ningun hombre.
 Ped. Quien no dió á mi voz su nombre,
 El alma á mi estoque dió. (Riñen.)
 Marq. (Terrible apuro por cierto :
 Si les descubro quién soy,
 Mi vida al verdugo doy;
 Si callo, acaso soy muerto...
 Riñamos, que es lo mejor.)
 (Se mete á estocadas.)

ESCENA VII.

EL REY, EL MARQUÉS, DON PEDRO Y
 DON GUILLEN, RIÑENDO; DOÑA ELVIRA
 Y CRIADOS, CON LUCES. — TODOS RECATAN
 EL ROSTRO

Ped., furioso. ¡Aqui luces!
 Rey, á Don Pedro. ¡Mentecato!
 ¿Vais con tan necio arrebato
 A atropellar por su honor?
 Elv., llegando. ¿Tanto tumulto en mi
 casa?
 Ped. Aquí...
 Rey, á Don Pedro. ¡Callaos ahora!
 Vos perdonadnos, señora, (A Doña Elvira.)
 Si esto sin disculpa pasa.
 Por caso afuera reñimos
 Mal pensando unos de otros,
 La ronda dió con nosotros
 Y en el jardín nos metimos.
 La puerta estaba entornada,
 Y aquí cada cual resuelto
 A recatarse, hemos vuelto
 A la pendencia empezada.
 Guill. (Bien las urde el Benavente.)
 Elv. (¡Esa mentira me salva!)
 Ped. (Razon tiene; ya es el alba
 Y aun en la calle no hay gente.)
 Rey, á Don Pedro. Luego podremos re-
 ñir.
 Elv. Si no era mas, id con Dios.
 Rey, á Elvira. Perdonad la ofensa vos
 Y que la faz descubrir
 Ninguno hayamos osado,
 Puesto que el rostro enseñar
 Satisfaccion era dar
 A quien le hemos recatado.

Elv. Vais con perdon y salid.

Marq., que se ha mantenido siempre tras de todos. (¡Bien con la sombra libre!)

Rey, d' Elvira. Quién la puerta abrió y á qué

No sabrá nadie en Madrid.

ESCENA VIII.

Decoracion de calle figurando el esterior de la puerta del jardin de Doña Elvira, y amanece.

EL REY, EL MARQUÉS, DON PEDRO Y DON GUILLEN, SALIENDO.

Ped. En la calle estamos ya,
Y ó quiénes sois me decís
O aquí conmigo reñís.

Rey. Mirad vos cómo será.

Ped. Espada y daga conmigo, (*Desenvaina ambas.*)

Campo con los tres haré.

Marq., poniéndose al lado de Don Pedro.
Dos á dos, con vos seré,

Y despues nuestro enemigo.

Rey, desenvainando. Sea, y partida la calle,

La espada une vez desnuda,
Brazo audaz y lengua muda
Por sí cada cual batalle.

(*Sacan las espadas y riñen, el rey y Don Guillen de un lado, el marqués y Don Pedro de otro.*)

ESCENA IX.

DICHOS; UN ALCALDE DE CORTE CON RONDA Y SOLDADOS.

Alc. Ténganse al rey, caballeros.

Ped. En mal hora habeis llegado.

Alc. Dénse al rey.

Rey, d' Don Pedro. Dése el menguado,
Que al rey no llegan aceros.

Esa es mi espada, tomad. (*Al alcalde.*)

Ped., al rey. Entregádsia de cobarde.

Rey, d' Don Pedro. Volveremos, que no es tarde.

Ped. ¡Sí por Dios!

Rey. No en la ciudad.

Ped. Hoy mismo.

Alc., mirando la espada del rey.

Mas este sello...

¿Quién sois?

Rey, desembazándose. Un hidalgo aquí.

Alc. ¡El rey!

Todos de rodillas, menos el marqués y Don Pedro. ¡El rey!

(*El marqués, que se ha mantenido embozado, al oír nombrar al rey vuelve la espalda; algunos alguaciles le siguen.*)

Marq. ¡Ay de mí! (*Vase.*)

Alc. ¡Perdonad, señor!

Rey. En ello

Cumplís vuestra obligacion.

Ped. ¡Vive Dios!

Rey, d' Don Pedro. ¿Qué murmurais?

Ped. Me pesa que el rey seais,

Que reñia con razon.

Alguacil, trayendo al marqués siempre embozado. Este hombre riñó con vos,

Y al conoceros dió á huir.

Rey, con nobleza. Dejadle, señores, ir,

Que pues no pudo ¡por Dios!

Desembozarle mi espada,

Que muestre la faz no es ley

Quien riño contra su rey

Por conservarla tapada. (*Vase el marqués.*)

Decid que acerquen mi coche; (*A unos.*)

Y yo os aconsejaria (*A todos.*)

Que no contarais de día

Lo que habeis visto de noche.

(*Vase el rey, y todos le siguen con el sombrero en la mano.*)

ESCENA X.

DON GUILLEN, DON PEDRO.

(*Don Guillen lleva á Don Pedro á un lado y le dice con aire triunfante:*)

Guill. Nadie á su rey puede osar

A quien su altura no asombre.

(*Vase Don Guillen, y antes que salga de la escena le toma del brazo Don Pedro, y llevándole aparte le dice con desprecio:*)

Ped. Como él bajara á ser hombre

Yo le saliera á esperar.

ACTO SEGUNDO.

Antesala del cuarto de Doña Elvira, que estará á la izquierda. — A la derecha una puerta que da al esterior, y otra enfrente que da al interior de la casa. — En el fondo un balcón, á cuyo lado derecho se ve otra puerta de celosias que da á un pasadizo cubierto, y al izquierdo una puertecilla secreta por donde está entrando el marqués en el momento de alzarse el telon.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.

La puerta vuelvo á cerrar.

¡Santo Dios, que entre hoy asi

Como un ladrón, quien aquí
 Como dueño puede entrar!
 En mis seis años de ausencia
 Con ella estuve soñando...
 ¡Y estoy, vive Dios, temblando
 De ponerme en su presencia!
 Si ciega tras el placer
 Corriendo, de mí olvidada,
 Me tuviera avergonzada,
 ¡Qué salir á responder!
 ¡Si á los halagos de ese hombre
 Al fin su virtud rendida
 La encontrara envilecida
 Indigna ya de su nombre...!
 ¡Oh, que vileza tamaña
 Quepa en un alma real!
 ¡Que obre villano tan mal
 Todo un monarca de España!
 ¿No debiera estar contento
 Quien me ha robado mi amor,
 Que aun llega á mi propio honor
 Con tan torpe atrevimiento?
 Mas es fuerza que me oculte
 Si al cabo he de obrar con tino,
 No sea que errando el camino
 Mas luego le dificulte.

(*Párase delante del gabinete de Doña Elvira.*)

No, que el rey puede tardar
 Y acudir antes Elvira.

(*Delante de las celostas.*)

A salvo de aquí se mira,
 Pero no sé cómo entrar.
 Este pasadizo... cierto
 Corresponde al corredor...
 Mas el peligro es mayor
 Si el corredor no está abierto.
 (*Delante de la puerta que da al exterior.*)
 Da esta escalera al jardín...
 Mas desde un balcón pudiera
 Verme en el jardín cualquiera,
 Y es vano el secreto al fin...
 ¡Pobre Elvira! ¡Elvira mía!
 ¡Cómo podrás suponer
 Que te venga á sorprender
 Quien á abrazarte venia!
 Pobre niña encantadora,
 Mitad de mi corazón,
 Secretos del cielo son
 Que el hombre imbécil ignora.
 ¡O cuantos años sin verte,
 Hermosa luz de mis ojos,
 Llamé al són de los cerrojos
 Desesperado á la muerte!
 Colmó mi temor por ti
 Mis penas y mis desvelos,
 Pero al fin, ¡viven los cielos!
 Que de vuelta estoy aquí.

Y ¡ay del que pudo á tu honor
 Osar, niña abandonada!
 No me tendrá ya la espada
 El respeto ni el temor;
 Ni me ha de arredrar la ley,
 Que de ira y de zelos loco,
 Tendré por mi honor en poco
 A la justicia y al rey.
 ¡Mas qué digo! ¡loco estoy!
 ¿Yo á mi rey...? ¡mas si es preciso...!
 No, que injuriarme no quiso,
 Pues aun ignora quién soy.

(*Mirando.*)

Alguno viene... es Inés.
 ¡Dueña constante y leal
 Que tan amiga en el mal
 Como en la fortuna es!
 De ella asegurarme quiero;
 Que pues fiel aun la hallo aquí,
 Que ha de hacer tanto por mi
 Como por Elvira infiero.

(*Se retira á un lado.*)

ESCENA II.

EL MARQUÉS, INÉS.

Inés. ¡Jesus! aun no me ha salido
 Del cuerpo el susto de ayer!
 Razon tenia en temer
 De Don Pedro lo atrevido.
 Necia de mí, á quien el miedo
 La voluntad maniató...
 ¿Pero qué pude hacer yo,
 Virgen santa, en tal enredo?
 El solo queria oír;
 ¿Quién se habia de figurar
 Que pudiera otro llegar
 Con intencion de reñir?

(*Pausa.*)

Yo que á Don Pedro cerré
 Motivando la querella,
 ¿Cómo ahora delante de ella
 Sin vergüenza me pondré...?
 «¿Con que así Inés en mi casa
 La lealtad de tantos años
 Hoy con tan torpes amaños
 Desacredita y traspasa?»
 Eso dirá, sí por cierto,
 Y con razon, Doña Elvira...
 Antes de aquella mentira
 Valiera mas haber muerto.

Marq., llegando á ella. Quien se arre-
 piente pecando
 No está lejos del perdón.

Inés, dando un grito. ¡Ay!

Marq.

¡Tente!

Inés.

¡Aparta, vision!

Marq. ¿Inés, estás delirando?

Inés, de rodillas. ¿Dejaste, sombra fatal,
El sepulcro que te encierra,
O estás purgando en la tierra
Tus delitos de mortal?

Marq. Alza, Inés.

Inés. Perdon os pido,
Alma de Don Juan Cisneros.

Marq. ¡Inés!

Inés. Malos caballeros
Ya sé que vos han vendido;
Que vivisteis encerrado,
Que os ahorcaron...

Marq. ¡Calla, Inés!

Inés. Y confieso á vuestros piés
Que contra vos he pecado.

Marq. Inés, vivo estoy á fé;
Alza, que jamás he muerto,
Que es un cuento.

Inés. Será cierto,
¡Mas no me levantaré!

Marq. Alza, Inés, ó ¡vive Dios
(*La coge por el brazo.*)

Que si apuras mi paciencia
Te muestre con evidencia
Que estoy vivo!

Inés. ¡Vivo vos!

Marq. Vivo, sí, veme, yo soy :
Ese azoramiento calma :
Yo soy en cuerpo y en alma
Juan Cisneros.

Inés. ¡Sin mí estoy!
¡Vos el marqués, y vivís!
Por muerto os hemos llorado.

Marq. En vida estuve enterrado.

Inés, retrocediendo. ¿Resucitado venís?

Marq. No temas. — En una torre
Me encerró mi mala suerte,

Y por eso de mi muerte

Falsa la noticia corre.

Zelos de un hombre que pudo

Pusieronme, Inés, allí :

Anoche libre me vi,

Y aunque lo veo, lo dudo.

Inés. ¿Con que vivís, mi señor?

Marq. ¿Y tu ama?

Inés. Por vos suspira

Día y noche... Doña Elvira.

(*Llamando.*)

Marq. No la llames, es mejor.

Inés. ¿Cómo, señor, no querriais

Ver vuestro amor, vuestra perla,

Vuestra vida?

Marq. Es sorprenderla,

Asustarla.

Inés. ¿Dudariais?

Crejera que vuestro gesto

Retrata una desazon

Que os destroza el corazon.

¿Podreis no amarla? ¿Qué es esto,
Señor?

Marq. Anoche soñé

Zeloso con una afrenta.

¿Ese afan que me atormenta

Puedes calmarme?

Inés. No sé.

Marq. Inés, apenas cayeron

Ayer las luces del día

Y en la neblina sombría

Los objetos se envolvieron,

Por la puerta del jardín

Ansioso á veros entraba,

Cuando un hidalgo que estaba

Apostado en un conflujo

Me recibió con su acero;

Quiseme de él recatar,

Y al huírle vine á dar

Con el de otro caballero.

Uno por la puerta entré

De la calle; sé quién es;

A los otros dos, Inés,

Alguno al jardín llamá.

¿Por tí entraron?

Inés. No, señor.

Marq. Luego entraron por Elvira.

Inés. Yo... señor...

Marq. Una mentira

No ha de salvarte mejor.

Con que, Inés, lo cierto, di :

¿Elvira citó á aquel hombre?

Inés. Sí, señor.

Marq. ¿Sabe su nombre?

¡Responde!

Inés. Pienso que sí.

Marq., con autoridad. Pues no hay dentro de esta casa

Con Elvira otra muger,

Que sepas es menester,

Inés, cuanto en ella pasa.

Con que lo que sabes di,

Y lo que piensas excusa,

Porque si luego te acusa

Una mentira, ¡ay de tí!

¿Sabe quién es?

Inés. Sí, lo sabe.

Marq. ¿Y ella al jardín le citó?

Inés. Sí, señor.

Marq. ¿Ella le abrió?

Inés. No, que le di yo la llave.

Marq. ¿Por orden suya?

Inés. Así fué.

Marq. Claro está, ¡viven los cielos!

¡Don Pedro entonces con zelos

Se ocultó!... todo lo sé.

(*Pausa.*)

¿Para esto en una prision
Lloraba yo tantos años?
Tan amargos desengaños
No esperó mi corazon.
¡Necio, miserable viejo,
Que allí por su honor callaba
Mientras su honor le infamaba
Una muger sin consejo!
Y ahora ¡Dios mio! ¿qué hacer?
¿Cómo vivir sin honor,
Sin...

Inés. ¡Eso decis, señor,
Y de Elvira!

Marq. ¿No es muger?
¿Corazon no tiene, di?
¿No puede á ciegas amar?
Quien duerme junto al hogar
Al cabo se abrasa allí.
¿Tú sabes lo que las quejas
Alcanzan de un galanteo
Cuando avivan el deseo
Imposibles de unas rejas?
¿No sabes tú cómo abrasan
Los requiebros de un galan,
Que al corazon siempre van
Si por los oidos pasan?
¿No sabes á una muger
Cuánto tientan en verdad
La noche, la soledad,
Las palabras de placer
Que un labio audaz la prodiga,
Cuando, al jurar que la adora,
La está llamando señora
Y á ser su dama la obliga?
¿No sabes, *Inés*, por fin
En quien con amor delira
El fuego infernal que inspira
La frescura de un jardin?
Tú lo ignoras, mas yo no,
Que mi juventud recuerdo,
Porque el tiempo me hizo cuerdo
Por loco que anduve yo.

Inés. Si no lo hubiérais á mal,
A acordaos me atreviera
Que nunca Elvira quisiera
Sino á un hombre principal.

Marq., con ira. ¿Principal? ¡Por vida
mia
Demasiado principal!
Un galan de sangre real;
¿Mas principal le queria?

Inés. ¡Cómo! ¡el rey!

Marq. Eso le abona.

Inés. ¡Perdon! no supe...

Marq. ¿Ignorabas
Que era á quien la llave dabas
El mismo rey en persona?

Inés. Sí, lo juro...

Marq. Bien está.

Yo sé, *Inés*, que esta mañana
Por esa muger liviana
Segunda vez volverá.
Quiero saber lo que á Elvira
Dice... ¿Me entiendes, *Inés*?

Inés. ¡Oh!

Marq. Lo mando.

Inés. ¿Y cómo pues
Ha de ser?

Marq. El modo mira.
La visita será aquí;
Todo lo quiero escuchar,
Sin que puedan sospechar
Que están delante de mí.

Inés. Pero, si no os ha de ver,
No podeis aquí quedaros,
Pues por fuerza ha de encontraros
Elvira, que ha de volver.

Marq. Yo entré por aquella puerta;
Mas si la tengo cerrada,
No alcanzo, *Inés*, á oír nada,
Y quedar no puede abierta.

Inés. Ocultaros no sé cómo.

Marq. De dos elige un castigo,
O guardas mi honor conmigo,
(*Mete mano á la daga.*)

O...

Inés, aterrada. ¡Cielo santo!

Marq. Hasta el pomo.

Inés. ¡Perdon, señor! (*De rodillas.*)

Marq. Obedece.

Inés. No supe ese hombre al llamar
Cuánto os podia injuriar.

Marq. Tanta indulgencia agradece,
Inés, que á quien torpe abrió
A la deshonra mi puerta,
No advertida, sino muerta
Dehiera dejarla yo.

Inés. Mas...

Marq. ¡Despacha!

Inés. Perdonad.

Solo tengo un aposento
En que ocultaros, y siento...

Marq. ¿Cuál es?

Inés. El mio.

Marq. Guiad.

Inés. Hasta que al salon volver
Podais estareis allí,
Y...

Marq. Adelante, *Inés*, que aquí
Consejos no he menester.

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA; DESPUES INÉS.

Elv. ¡Qué noche tan triste! cual lúgubre
sueño

Que rueda en tinieblas medrosa pasó.
En vano á la reja por verles me empeño,
La sombra callada mis ojos cegó.
Ni un paso, ni un bulto, ni un ¡ay! ni un
gemido

Llegué en las tinieblas á ver ni á escuchar.
Si al duelo volvieron alguno ha caído...
Cualquiera que caiga tendré que llorar.

¿Porqué ese Don Pedro se afana imprudente
Mi triste secreto tenaz en saber? [cente

Sin duda hará un crimen de un hecho ino-
Que herir en la honra podrá á una muger.
Mas ¡ay! Se lo dije, tal es mi secreto.

¿Porqué, si me ama, de mí no fiar?

¿No puede haber nunca sagrado un objeto
Que obligue á una dama á mentir ó á callar?

¿No ve cuánto sufro? ¿no ve cuánto duelo

Me cuestan de ese hombre las citas de amor?

¿No ve que si á medios indignos apelo

Serán mis razones de mucho valor?

Mas ¡ah! que si al cabo descubre su nombre

Por mas que inconstante tal vez me tendrá!

¡Conséjele el cielo, que á mi solo ese hombre

La paz y la vida volverme podrá!

¿Mas cómo tan tarde ninguno parece?

(Llamando.)

¡Inés! tal vez teme mi enojo escitar;

Mas yo la perdono, que no lo merece;

Mandando Don Pedro no hay mas que callar.

(Llamando.)

Inés... ¡dueña!

Inés. ¿Qué mandais?

Elv. ¿Cómo despiertas tan tarde?

¿No ves que es ya día claro?

Inés. Dispensad...

Elv. Las rejas abre,

Que entre el aire.

(Inés abre el balcon, y va hácia la puerta
con intento de volver á salir.)

¿Dónde vas?

¿Tan presto quieres marcharte?

Acábame de vestir,

Aquestos corchetes dame,

Prende bien estos cabellos...

Torpe estás; no sé qué cause

Tanto desamaño en ti;

Cerca de dos horas hace

Que andando estoy por la casa;

¿No me sentistes enantes?

Inés. Señora...

Elv. El jardin anduve

Registrando

Inés. (¡Cristo, valme!)

Elv. ¿Qué hablas?

Inés. Nada.

Elv. Me parece

Que una exclamacion soltaste.

Inés. Yo, señora...

Elv. Inés, despacha,

Y tanto afan no te pases

Por culpa que en tí no estuvo.

Inés. ¡Cómo, señora! del lance

De ayer noche...

Elv. No hay que hablar.

Supongo, Inés, á qué artes

Acudiria Don Pedro.

Inés. ¡Es tan violento!

Elv. Adelante.

Ya sé bien que cuando manda

No es el resistirle fácil.

Inés. Con que al fin perdonareis...

Elv. Ya dije que mas no se hable

De ello; aunque tu indiscrecion

Me puso en extremo trance,

Sé que eres fiel servidora

Y que de necia pecaste.

A otra cosa. Esta mañana

Vendrá.

Inés. ¿Quién?

Elv. ¿Pues no lo sabes?

El rey.

Inés. ¿Con que vos sabiais

Quién era?

Elv. Sí.

Inés. ¿Y liviandades

De tal peso no os espantan?

Quien al rey sus puertas abre

Cuando se muestra embozado

Por una calle adelante,

No por el rey, por el hombre...

Elv., interrumpiéndola. Esa torpe lengua

calle,

Y acuérdesse que á mi casa

Para obedecer la traje.

Inés. Señora...

Elv. ¿Con él de amores

Piensa la necia que trate?

Inés. ¿Pues de qué sino de amor

Pueden tratar los galanes?

¿No le llamais al jardin?

¿Requiebros no le escuchásteis?

¿No os dijo que érais hermosa?

¿No se llevó vuestro guante?

Elv. ¡Cómo!

Inés. Perdonad, mas ya

No pretendo disculparme;

Desde ese balcon velaba

Vuestra honra.

Elv., con indiferencia. Muy bien hace

Servidor que tanto cura

De sus amos... á esta parte
Siento ruido, ve quién entra.

Inés. Es Don Pedro.

Elv. Bien, que pase.

Inés. ¿Pues el rey?

Elv. ¿Qué se la importa?

Obedezca á quien la mande.

Inés. (¡De tanta cita y visita

Con bien el Señor nos saque!

Buena se arma si otra vez

Vuelven todos á encontrarse.)

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. Perdonad si aun una vez
Os soy molesto, señora;

Con mi amor no vengo ahora,

Que vengo con mi altivez.

No hay ya medio entre los dos;

Con las razones que tengo

No me toca ni á mas vengo

Que á despedirme de vos.

Permitidme concluir,

Que no he de ser muy prolijo;

Me dais á elegir, y elijo

Entre huiros y sufrir.

Fuera inconstancia en verdad

Posponerme á cualquier hombre,

Pero al rey... dadla otro nombre

Que no sea liviandad.

Vos me habeis puesto esa ley;

Yo, consultando á mi honor,

No quiero partir mi amor

Ni con hombre, ni con rey.

Elv., con dignidad. ¡Con vuestro amor
no venís

Y sí con vuestra altivez!

Bien: os recibo á mi vez

Con la altivez que exigís.

Yo no sé si contestar

A vuestro amor bien pudiera;

Mas mengua, Don Pedro, fuera

Cuenta á vuestro orgullo dar.

Inconstante me llamais

Si amara tan solo á otro hombre;

Es el rey, y con el nombre

De liviana me injuriais.

Que le amo osado decís,

Que no hay medio entre los dos,

Que os engaño decís vos,

Y yo os digo que mentís.

Vos resistís á mi ley,

Y yo no parto mi amor

Con quien duda de mi honor

Ni por hombre, ni por rey.

Ped. Efugios son de muger,

Pues razon tiene en dudar

Quien pudo ver y escuchar

En vuestro jardin ayer.

Elv. Don Pedro, es empeño vano

Que disculpas demandéis;

Si obré liviana creéis,

Creo que obrásteis villano.

Tiempo bastante os pedi

A poder satisfaceros,

No debisteis esconderos

Para indagar mas de mi.

Y en fin, si culpada estoy,

Disculpadas diera tal vez

Al amor, no á la altivez,

Que altiva por demas soy.

Ped. Pues dadme, señora, alguna,

Cualesquiera que tengais;

Que si al fin os disculpais

Será disculpa oportuna.

Elv. ¿Y quién me la pide ahora,

El orgullo ó el amor?

Ped. El despecho y el dolor,

Si habeis disculpa, señora.

Elv. Pues bien, Don Pedro, os adoro;

Todo fué farsa, mentira.

Ped. ¿Esa es la disculpa, Elvira?

Elv. ¿No veis, Don Pedro, que lloro?

¿Y por quién sino por vos?

Ped., con indiferencia. Toda mi existen-
cia diera

Por una gota siquiera

De ese llanto, vive Dios;

Mas si no me acuerdo mal,

Tambien anoche llorábais,

Y en falso, Elvira, jurábais

Por una disculpa igual.

Elv. ¡Y os juro que no menti!

Ped. ¿Eso mas?

Elv. Es mi secreto.

Ped. ¿De burla me haceis objeto?

Elv. ¡Don Pedro, os mofais de mí!

Ped. ¡Yo mofaros!

Elv. ¿No me amais?

Ped. Hoy no sé qué responder.

Elv. ¿Pero me amábais ayer?

Ped. ¡Oh! sí.

Elv. ¿Y de mí os fiáis?

¿Un secreto haber no puede

Que, siendo, Don Pedro, ajeno,

Baste á hacer que un hombre bueno

Como sospechoso quede?

Enojaros fuera ley

Si amara á un hombre cualquiera;

¿Mas tan tenaz con vos fuera

Por ser querida del rey?

Ped. ¿Mas no fingisteis el nombre
Hablando anoche con él?

¿No pedisteis un papel
Con el destierro de un hombre?

Elv. ¿Y eso no es prueba evidente
De que á vergüenza tenia
Tal galan?

Ped. Es que él fingia
Que era Don Juan Benavente.

Elv. Y es que no ignoraba yo
Que era el rey, antes de entrar.

Ped. ¿Y él no se pudo informar
De vuestra persona?

Elv. No;
Darle noticias no pudo
Ni pariente ni vecino,
Que es, Don Pedro, mi destino
Un misterio ciego y mudo.
En esta casa escondida
Há seis años me veis vos,
Y un solo hombre, Inés y Dios
Sabén á medias mi vida.

Ped. No lo alcanzo á comprender.

Elv. Esperad un dia mas,
Y no os pesara quizás
Lo que os dice una muger.

Ped. Mas el rey...

Elv. Nada temais;
Hoy tan solo ha de venir.

Ped. ¿Y le pensais recibir?

Elv. ¿Eso, Don Pedro, dudais?

Ped. ¡Esto es por demas, señora!

Elv. En que otra vez le reciba
Todo nuestro amor estriba;
Creed á quien os adora.

Ped. (O estoy loco, vive Dios,
O loca se ha vuelto ella...
A no ser que esta querella
Locos nos vuelva á los dos.)

Elv. Don Pedro, en ello me va
Mas que existencia y honor,
Y os juro que no es amor,
Que aquí mi secreto está.

Ped. A lo mismo hemos tornado
Que ayer deciais, señora,
Y sin embargo hasta ahora
Aun no os habeis disculpado.

Elv. ¿Mas satisfaccion quereis?
Pues bien, al rey esperad,
Y que os ponga tolerad
Donde veais y escuchéis.

Ped. Anoche le escuché y vi;
¿Y eso qué hace á nuestro amor?

Elv. Hace, Don Pedro, á mi honor,
Y mi honor me importa á mí.
Anoche por vez primera
Al rey osé recibir;
Hoy que le vuelvo á admitir
Será por la vez postrera.
Testigo fuisteis en una,

Sedlo, Don Pedro, en las dos
Y... haced paciencia por Dios,
Que es un golpe de fortuna.
Dejad que firme el papel,
Que despues que le obtengamos
Todos sin trabas quedamos,
Vos conmigo y yo con él.

Ped., con enfado. ¿Y el papel qué im-
porta aquí?

Elv. Mas que á mí os importa á vos,
A otro hombre mas que á los dos,
Y mas que la vida á mí
Con que si habeis de esconderos
Seguidme, y si no ha de ser,
No puedo, Don Pedro, hacer
Ya mas por satisfaceros.

Ped. ¡No os entiendo, por vida mia!
Mas ya que así os empeñais,
Fuerza es que darne podais
Satisfaccion bien cumplida.
Vamos.

Elv. Tened un momento,
Y ved que os vuelvo á advertir
Que cuanto aquí vais á oír
Es mentira y fingimiento.
Palabras serán de amor,
Escesivas si quereis,
Pero nunca os olvidéis
Que os amo, y que tengo honor.

ESCENA V.

INÉS.

¡Válgame el Cristo de Burgos!
¡Yo puesta en tan duro trance!
Escondido mi señor
En mi propio cuarto, pase;
Pero escondido Don Pedro
Por mi señora... Dios hace
Milagros, y tal vez uno
De este peligro nos salve.
Voy por Don Juan, y Dios quiera
Ayudarnos y ayudarle.

ESCENA VI.

DON PEDRO Y DOÑA ELVIRA, ABRRIENDO
POR DENTRO LAS CELOSIAS, ASOMAN A LA
ESCENA.

Elv. Este escondite, Don Pedro,
Solo por dentro se abre.
Desde aquí ved y escuchad,
Y mirad si os satisface
Quien os llama por testigo
En la causa que acusásteis.

Ped. Basta que vos lo digais,
Que puesto que yo no baste

Tal misterio á comprender,
 Vuestra palabra es bastante.
Elv. Con Dios quedad, que el rey viene.
Ped. Permitid que os acompañe
 Por la escalera.

Elv. Bajad
 Hasta el corredor si os place.
Ped. Cierro aquí, y dadme la mano.
Elv. Tomada, y bajad delante.
 (*Cierran las celosías.*)

ESCENA VII.

AL MOMENTO QUE DON PEDRO CIERRA LAS
 CELOSÍAS, SALEN EL MARQUÉS É INÉS
 POR EL MISMO LADO POR DONDE ENTRARON
 AL RETIRARSE EN LA ESCENA IIª, Y QUE SE
 SUPONE DAR AL INTERIOR DE LA CASA.

Inés. Pronto, entrad, que Doña Elvira
 Puede volver al instante,
 Y desde un balcon he visto
 Cruzar al rey por la calle.

Marq. Bien está, Inés; tú, silencio.
Inés. ¡Por Dios, señor!
Marq. Calla y salte,

Y como adviertas á Elvira
 Que estoy aquí, encomendarte
 Puedes al cielo.

Inés. ¡Que vuelve!
 (*El marqués entra en el gabinete de Doña
 Elvira. Inés se queda de espaldas á la
 puerta en el momento en que vuelve
 Doña Elvira.*)

Cerrad bien. (¡San Pedro, valme!)

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA É INÉS, EN LA ESCENA; DON
 PEDRO, EN LAS CELOSÍAS; EL MARQUÉS,
 EN EL GABINETE.

Elv. Inés.
Inés. Señora.
Elv. Que llaman.
Inés, mirando por el balcon. El mismo.
Elv. ¿El rey?
Inés. Sí.
Elv. Pues abre.
Inés. Señora, ved lo que haceis.
Elv. Obedezca, dueña, y calle.
 (*Vase Inés.*)

¡Dios mio! veis mi inocencia.
 Santa es mi causa, ayudadme.
 (*Ruido en las celosías. Doña Elvira se
 acerca.*)

¿Don Pedro?

Ped., dentro de las celosías. Aquí estoy,
 señora.

Inés, anunciando. Don Juan Benavente.
Elv. Pase.

ESCENA IX.

EL MARQUÉS Y DON PEDRO, OCULTOS; EL
 REY Y DOÑA ELVIRA, EN LA ESCENA.

Rey. Guárdeos Dios, la de Aguilera.

Elv. Señor Don Juan, bien venido.

Rey. ¿Me esperábais?

Elv. Siempre espera

Quien bien quiere.

Rey. Antes viniera,
 Mas...

Elv. Tarde, Don Juan, no ha sido.
 Sentaos.

Rey. Cansado estoy.

Elv. Reposad.

Rey, sentándose. ¡Oh nunca así
 Tan bien hallado me vi!

Elv. ¿Cuántas damas habeis hoy
 Visitado antes que á mi?

Rey. ¿No teneis espejo, Rita?

Elv. ¿Porqué me lo preguntais?

Rey. Porque así me lo acredita

El que con otra creais

Que parto vuestra visita.

Dentro del pecho al amaros

Mueren afectos añejos,

Y dáisme indicios bien claros

De que ó no sabeis miraros,

O no usais vuestros espejos.

Elv. ¡Galantería estremada,
 Don Juan!

Rey. No, por Dios que no.

Elv. ¿Qué sois en la corte?

Rey. Nada.

Elv. Por lisonja tan sobrada
 Cortesano os juzgué yo.

Rey. Y al ver tanta discrecion
 Yo os juzgara una condesa.

¿Os reis?

Elv., riendo. ¡Linda invencion!

¿Una humilde montañesa

De los montes de Leon?

Mucho, Don Juan, me quereis,

O ignorais mucho de España,

Pues tan discreta me haceis

Cuando Aguileras sabeis

Que es familia de montaña.

Rey. No os estrañe eso, señora,

Pues que ignore estraño no es

Vuestro sér y estado agora

Quien ve en vos, y en vos adora,

Un prodigio montañés.

Elv. ¿Por tan bella me juzgais?

Rey. Mas no alcanzara el pincel
De Murillo.

Elv. ¡Ponderais!

Mas si amáisme...

Rey. ¿Eso dudais?

Elv. Pues firmadme este papel.

Rey. (¡Linda flema por mi vida
Tras de tanto desbarrar!)

Pronto quereis ser servida.

Elv. Fué condicion prometida
No volver sino á firmar.

Rey. (¡Oh, pues me apura por Dios!
¡Qué responderla no sé!)

Mas sin ver qué quereis vos

Que firme, no firmaré.

Elv. Es un pacto entre los dos.

Rey. ¿Mas qué nos obliga en él?

Elv. A vos perdonar á un hombre,
Y á mí seros siempre fiel
Por respeto á vuestro nombre
Escrito en este papel.

Rey. (Situacion mas apurada...
Mas... ¡ocurrencia excelente!)

Elv. ¿Firmais?

Rey. Estais empeñada...
(Firmaré Juan Benavente,
Con lo cual no firmo nada.)
Dadme una pluma.

Elv., con coquetaría. ¡Ay de mí!

Rey. ¿Qué?

Elv. Que no hay plumas aquí.

Rey. Que las busquen.

Elv. Es el caso...

Mas ya está.

Rey. ¿Disteis acaso

Con ellas?

Elv. Mucho que sí.

Con ese anillo es igual.

(*El que el rey lleva en el dedo.*)

Rey. (¡Qué diabólica invencion!)

Reparad...

Elv. ¿Vuestro blason

No es ese?

Rey. (¡Lance fatal!)

Elv. Tanto vale en conclusion.

Tomad, no le negareis,

Sobre esta oblea...

(*Toma el papel, le pone una oblea, y se le
da al rey, de manera que no le quede otro
remedio.*)

Rey. Advertid...

Elv. Vamos, ¿en qué os deteneis?

Rey. Mas...

Elv. Fuerza es que eso selleis,

O de mi casa salid.

Pues habeis, Don Juan, venido

Con condicion de firmar,

Cumplidme lo prometido,
Que el precio habeis admitido
De amor por papel trocar.

Rey. Pues prometi, cumpliré,
Que al fin caballero soy.

¿Mas me jurais...?

Elv. ¡Sí, á mi fé!
Nada ignoble os propondré.

Rey. Pues, tomad. (*Sella, y dale el
papel.*)

Elv. Gracias os doy.

Rey, con satisfaccion. Y ahora pues que
yo cumpli,

Rita, que cumplas es ley.

¿Me amas?

Elv. Sin duda que sí.

Rey. ¿Mucho?

Elv. Mucho.

Rey. Cuánto di.

Elv. Cuanto amar pudiera al rey.

Rey. ¿Os burlais?

Elv. Porqué no acierto...

Rey. Mas esperaba de vos.

Elv. ¿Dijeos algun desacierto?

El rey, Don Juan, es de cierto

Primero despues de Dios:

Y si os amo como al rey

No alcanzo de qué os quejais.

Rey. (¡Ya respiro!) ¿Eso estrañais?

No admite igualdad en ley

Con nadie el que vos amais.

Elv. ¡Venis, Don Juan, lisonjero!

Rey, con osadía. Eres bella como el sol,
Tu mirar es hechicero;

Te amo, Rita.

Elv. Caballero,

Sois audaz.

Rey. Soy español.

Dame que esa linda mano

Acaricie, hermosa Rita.

Elv. No será. (¡Dios soberano!

Ped., entreabriendo las celostas. (¡Qué
sea un rey tan villano!

Por los cielos que me irrita.)

Rey, á Elvira. ¿Qué, tu palabra me
niegas?

¿Ser mia no prometiste?

Elv. Noble soy. (*Con orgullo.*)

Rey. Mal voto alegas. (*Con au-
dacia.*)

*Ped., sacando el medio cuerpo por las
celostas.* (¡Oh, leon régio, te perdiste

Si asi con el tigre juegas!)

*Marq., asomando por el gabinete de
Doña Elvira.* (¡Oh, por Cristo que
me infama!)

Ped., viendo al marqués. ¿Mas qué veo?

Marq., viendo á Don Pedro. ¡Voto á Dios!

Tantos hoy contra mi fama!

Ped., saliendo. ¿Con que tres para una dama?

Salid, viejo. *(Al marqués.)*

Marq., con ira. Soy con vos.

ESCENA X.

EL REY, DOÑA ELVIRA, DON PEDRO,
EL MARQUÉS.

(El rey recobra la majestad de su persona, apartando su afectada galantería. Doña Elvira muestra temor, Don Pedro zelos, y el marqués sigue recatando el rostro como en el acto primero.)

Rey, con arrogancia. ¿Quién sois vosotros que dó quier tenaces

Seguís á vuestro rey? ¿Dais al olvido

Que ahuyenta las salvages alimañas

Del soberbio leon ronco el rugido?

¿Me entendéis? Despejad.

Ped., adelantándose con orgullo. Mucho te engañas

Si piensas aterrarme con tus voces.

Si imbéciles reptiles de repente

A la voz del leon huyen veloces,

Atrevida le aguarda la serpiente.

Bajo tu ley nací, nací vasallo,

Mas tambien á su dueño se somete

El orgulloso y lidiador caballo,

Y tira sin embargo á su ginete.

Oyeme ¡oh rey! y mi cuestion decide.

(El rey se cala su sombrero, que habrá dejado sobre el relador en la anterior escena, y sentándose en el sillón, dice con la altivez y majestad que requiere la situacion:)

Rey. Valiente me pareces; ya te escucho;

Habla, y con tiento tus palabras mide;

Que hablando con tu rey te importa mucho.

Ped. No sé quién soy, el nombre con que firmo

No sé, Felipe cuarto, á quién le debo:

Mas ó villano ó real me le confirmo,

Y con audacia y altivez le llevo.

Ignoro todavia por qué mano

De oro y consejos mi porcion recibo;

Mas buenos son, de noble y castellano,

Y humilde yo los obedeceo y vivo.

No conocí ni padres ni parientes,

Que me esquivó el placer desde la cuna;

Solo, he vagado entre diversas gentes

Esto es mi porvenir y mi fortuna.

(Mostrando la espada.)

Llegué un dia de Flandes á esta casa

Que en anónima carta me mostraron

Como un asilo en mi orfandad, y pasa

De años seis que sus puertas me franquearon

Aquí á Elvira encontré, y aquí amé á Elvira.

La adoro ¡oh rey! y voto al firmamento

Que, si no ha sido su pasion mentira,

Su amor con nadie en dividir consiento.

Yo no tengo mas padres, mas hermanos,

Mas ilusion que Elvira, y mas fortuna:

Robármela, es ahogar con necias manos

Al tigre sus cachorros en la cuna.

Ahora bien, pues no tengo otra esperanza,

Ni otra ventura en mi existencia quiero,

Tigre seré que por la selva avanza

Vengador de sus hijos carnicero.

No transijo con rey ni con villano,

Y meditado bien, que yo altanero,

Si noble no nací ni caballero,

Me siento con aliento soberano.

Marq. Basta, mancebo, basta; tu nobleza

Bien la audacia atestigua de tu boca;

Tu causa acaba dó la mía empieza;

Cédeme tu lugar, que á mí me toca.

(Pónese delante del rey, recatando el rostro como hasta aquí.)

(Al rey.) Yo amaba á una muger mas que á mi vida,

Era el único bien que me quedaba,

Luz de mis ojos, para mi perdida;

Presa de la vejez ¿qué me restaba?

Un mancebo, señor, fué sin consejo

El bien á hurtarme que perdido lloro,

La sedujo, le amó, y el pobre viejo

Quedó en su soledad sin su tesoro.

Rey. ¿Sin espada os dejó? ¿qué hicisteis de ella?

Marq. No me atreví con él.

Rey. Cobarde fuísteis.

Marq. No era esquivar por eso la querrela.

Rey. ¿Entonces porqué pues lo consentisteis?

Marq. Porque noble nací.

Rey. ¿Y eso es nobleza?

Marq. Yo ni ultrajado con mi rey me atrevo.

Rey. ¿Mentís, anciano?

Marq., desemozándose. Por mejor certeza,

Doña Ana era mi amor, vos el mancebo.

(El rey se levanta y le mira. Don Pedro pone mano á la daga y Doña Elvira esclama:)

Elv. ¡Padre mio!

Ped. ¡Su padre!

Marq., d Elvira. Aparta. (*A Don Pedro.*) ¡Tente!

(*Al rey.*) Perdonar pude al príncipe, debía; Mas al futuro rey mengua sería Igualar con Don Juan de Benavente.

Rey. ¿Me amenazais?

Marq. No sé, mas escuchadme.

El rey gozó mi amor, y por cubrillo...

¿Que lo diga temeis? mas perdonadme,

Me encerrásteis, señor, en un castillo.

Rey. Basta, marqués; si en el castillo os tuve

Fué por traidor no mas, que vuestra gente

Alzásteis contra mí; mas presto anduve

Y sofoqué la hoguera de repente.

¿Callais? vos el rebelde fuísteis, solo

Lo sabemos los dos bien á conciencia;

Pagarnos fué no mas dolo por dolo,

Por eso fué prision vuestra sentencia.

Marq. Mal lo entendeis; no os pido de Doña Ana

Cuentas aquí, que de mi honor las pido.

Rey, con desprecio. Si hija hubiérais á fé menos liviana

Jamás hubiera por su amor venido.

Marq., avergonzado. ¡Oh, que tenéis razon!

Ped. Yo no soy padre.

Yo tambien de su amor os pido cuenta;

Mirad si me la dais.

Rey. ¡Tal vez te cuadre

Que olvide que soy rey! ¿No te contenta?

Ped. Pláceme, ¡vive Dios! y defendeos.

Rey, sin hacer caso de Don Pedro. Marqués, por el balcon llamad mi gente

Y que os prenda otra vez.

Elv., dando el papel d su padre. Señor, teneos,

Que perdonado estais, sino inocente.

Rey. ¿Qué es eso?

Elv. Su perdon; lo habeis sellado.

Marq. ¡Hija mía!

Elv. Mirad si obré liviana; Tanto á vos por mi padre me he humillado.

Rey, despues de un momento de silencio. Dos partes tiene esa promesa insana;

Os perdono, marqués, cumplo la mia.

(*Don Pedro se adelanta hácia el rey. El rey sin hacerle caso se dirige primero á Doña Elvira.*)

Ped. Que falta ved la de quien no perdona.

Rey, á Doña Elvira. Para cumplir la vuestra os doy un día;

(*A Don Pedro con desprecio.*)

Y á vos... ved quién os presta una corona
(*El rey sale apartando d Don Pedro, y ca el telon.*)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. ¿Yo, Elvira, quedarme aquí?

No, imposible, iré con vos.

Elv. ¿Y eso podemos los dos?

Ped. ¿Con que al cabo huís de mí?

Nada os importa mi amor,

O al rey temeis segun veo.

Elv. ¿Y qué hacer cuando el deseo

Es contrario del honor?

De ese amor no hago querella,

Que sin vos no sé vivir;

¿Mas cómo podeis seguir

Sin disfama á una doncella?

No soy vuestra esposa yo,

Y á mi padre conmigo...

¿Por galan ó por amigo

Creéis que os consienta? No:

Igual ha de ser la ley

De mi honor para los dos,

Y nunca ha de huir con vos,

Quien huyendo va del rey.

Ped. Bien, Elvira; ya os comprendo

Que con el rey compararme

Es con decoro anunciarme

Que vais de Don Pedro huyendo.

Y si es así, hablad, Elvira,

Decídmelo de una vez;

Que hiera mas mi altivez

Que un desaire, una mentira.

Elv. Demente estais, y os perdono Vuestro insulto.

Ped. ¿Lo es quizás?

Elv. ¿No os dije que tengo en mas

Vuestro cariño que un trono?

Mas ya oísteis que tachó

Mi conducta de liviana,

Y fuera mengua mañana

Que lo acreditara yo.

Ped. ¿Y porque él no crea tal

Yo sin vos me quedaré?

Nunca, Elvira; os seguiré,

Que la ley es desigual.

El dudó de vuestra fama,

Robaros quiso el honor,

Y tratais con mas rigor

Que al que os ofende, al que os ama.
Si no me quiere admitir
Vuestro padre como amigo,
Como importuno testigo
Dó quiera os he de seguir.
Y nada por vos me abate;
Iré como vuestro esclavo,
Y si á vuestro padre al cabo
Ofendo así, que me mate.

Elv. Don Pedro, ¿estais delirando?
¿Qué desafueros son estos?
¿Para tan torpes denuestos
Os he dado causa? ¿Cuándo?
¿No os amé como á mi vida?
¿No os dije que al esponderla
De perderos ó perderla
La daba por bien perdida?
¿Mi padre en qué os injurió?
Del rey temiendo el ultraje,
Prepara esta noche el viaje;
¿Puedo impedirselo yo?
¿Contra el rey ha de ponerse?
A quien tan de alto pelea
No es ceder accion tan fea,
Que el huir es defenderse.
Si vuestra suerte importuna
De por medio se metió,
No tengo la culpa yo,
Sino la mala fortuna.

Ped. Pues bien, de hinojos tenaz
Por esposa os pediré.

Elv. Y os lo negarán.

Ped. ¿Porqué?

Elv. La conversacion mudad.

Ped. ¿Escucharla no queréis?

Elv. Dejadla, yo os lo aconsejo

Ped. Pues que os ofende, la dejo;

Mas la razon me direis.
Dadme al fin un desengaño,
¿No me amais ya? hablad, *Elvira*.
Sois muger... ¡Si al aire gira
La veleta, no es extraño!
¡Pero llorais! vive Dios,
De misterios concludid,
Y quién estorba decid
La ventura de los dos.

Elv. ¡No lo preguntéis, Don Pedro,
Que habrá de pesaros mucho!

Ped. No temais, sereno escucho;
De mi suerte no me arredro;
Decidlo.

Elv. Fuera un baldon.

Ped. Acabad.

Elv. Vais á ofenderos.

Ped. ¡Pronto!

Elv., con dignidad, pero sin altanería.

Elvira de Cisneros

Me llamo.

Ped. Teneis razon.
Por mucho amaros quizás
Que os llamábais olvidé
Cisneros y Santa Fé,
Y yo Don Pedro no mas.
¡Teneis razon! ¿cómo osara
Alzarse hasta vos, señora,
Un vagabundo que ignora
El padre que le engendrara?
Nacida en hidalga cuna,
¿Cómo pudiérais tomar
Marido que os ha de dar
Amor en vez de fortuna?
¡Oh, no faltaria alguno
De vuestra raza altanera
Que os casábais que os dijera
Con el hijo de ninguno!
¡Por Dios que teneis razon!
¿Qué importa, al tomar marido,
Si os le dan con apellido,
Que os le den sin corazon?

Elv. ¿Y pensais que yo le tome?
¿Pensásteis que hablé por mi?
No; vuestro amor está aquí,
Y las entrañas me come.
¿Me juzgais tan altanera
Que os negara mi pasion
Por un inútil blason
Que le dan hoy á cualquiera?
¡Mal lo entendisteis, por Dios!
Si corre ya el mundo así,
¿Porqué me culpais á mi?
¿Podeis remediarlo vos?

Ped. Perdon, señora, perdon:
Lo que os he dicho no sé.
Pero es muy amargo á fé
Que tengais tanta razon.
Perdonad, tanto tiempo há
Que no pienso en otra cosa
Que una idea tan odiosa
No cabe en mi mente ya.
Cuando de Flandes volvi, (*Con ternura.*)
Mal curado de mi herida,
Solo por vos esta vida
En conservar consenti.
Cuando acudir á mi Dios
Los médicos me mandaban,
Mis potencias se elevaban
No á los cielos, sino á vos.
Al porvenir me decian
Mirase, y en aquel punto
A vuestro bello trasunto
Mis sentidos atendian.
Si clavados en el cielo
Mis ojos, por un instante
Se inundaba mi semblante
De esperanza y de consuelo,
No era que blanca vision

En su azul me sonreia,
Érais vos, que yo os veia,
Señora, en mi corazon.
¿Os acordais?

Elv. ¡Si me acuerdo...!
Fuera olvidarlo morir;
Mas pienso en el porvenir
Y en su inmensidad me pierdo.
Con tan hermosas visiones
Doré mi vida, y en tanto
Que fué para vos mi llanto,
Para vos mis oraciones.
Mi vida ofrecia á Dios
En inspiracion cristiana,
Mas nunca llegó profana
Hasta los cielos, por vos:
Que hasta el cariño filial
Con el vuestro dividia,
Pues de otro modo creia
Que era emplearle muy mal.
¿Mas quién creyera que ese hombre
Que nos debia salvar,
Nos viniera á condenar
Ante la ley de su nombre?

Ped. ¡Tenéis razon, vive Dios!
Mas pues no soy criminal,
Yo solo en su tribunal
Responderé por los dos.

Elv. ¿Qué estais diciendo?
Ped. Hombre soy
Sin derecho y sin fortuna,
Puede que el rey tenga alguna,
Y á que me la preste voy.
Elv. ¿Eso pensais?
Ped. Eso pienso.
Elv. ¡Por Dios, Don Pedro...!
Ped. Quitad.
Elv. Si es que me amais...
Ped. Sí, en verdad,

Con amor insano, inmenso.
No sé ya sin él vivir,
Mi alma el vuestro necesita;
Por eso á quien me la quita
Se le he pensado pedir.

Elv. Vais á perderos; la ley
Por quien la hace ha de fallar.
Ped. Pues para reñir y amar
Soy tan hombre como el rey
A su alcázar llegaré.

(*El marqués asoma á escuchar.*)

Elv. Y subir no os dejarán.
Ped. Haré frente.
Elv. Y os la harán.
Ped. ¿A mí?
Elv. A vos.
Ped. Le esperaré,
Y una vez ha de salir,
Y sea de día ó de noche,

Salga á pié, á caballo, en coche,
Voto á Dios que me ha de oír.

Elv. Os apartarán.

Ped. ¿Porqué?

Elv. Porque al rey cedais el paso.

Ped. ¡Dios de Dios! en ese caso
Como vil le mataré.

ESCENA II.

EL MARQUÉS SALE DE REPENTE DIRIGIÉNDOSE
A DON PEDRO. ESTE CONTESTA COMO HOM-
BRE RESUELTO A NO CEDER UN PUNTO DE SU
OPINION.

Marq. ¡Regicida!

Ped. Bien está:

Mi único bien es *Elvira*;
Quien contra mi bien conspira,
Vasallo ó rey, morirá.

Marq. ¿Qué estás diciendo, insensato!
El labio insolente cierra;
Quien al rey osa en la tierra
Hace á Dios un desacato.
Y ni es noble ni español
Quien la vida le consiente.

Ped., con ira. Ved que habláis...

Marq., interrumpiéndole. Con un de-
mente

Que escupe sin juicio al sol.
Don Pedro, si á tal ultraje
Fuéreis capaz de atreveros,
Mientras viva Juan Cisneros
Hallareis quien os ataje.
Tal vez me tiembla la mano
Para defender mi honor,
Mas darála harto vigor
El honor del soberano.
Lo dije: si os atreveis
Crimen tamaño á intentar,
Por aquí habeis de pasar
Primero que al rey llegueis.

Ped. Mi espada no tiene punta
Contra vuestro corazon,
Mas guardad vuestra opinion
Cuando nadie os la pregunta.
Y permitidme advertir
Que no sé con qué derecho
Tutor mio os habeis hecho
Y me osais reconvenir.

Marq. Derecho tengo.

Ped. No le hallo.

Marq. ¿No hallais derecho en la ley
Que defender á su rey
Manda á todo buen vasallo?

Ped. ¿Cómo, si sois tan leal,
El rey os llamó traidor?

Marq. A informarse el rey mejor
No me lo llamara tal.

Ped. ¡Mas callásteis!

Marq. Es quien es,
Y era fuerza consentillo.

Ped. Os acordais del castillo
Y al leon besais los piés.

Marq. Bien, Don Pedro; en conclusion
Al rey os mando olvidar,
Ved que os lo puedo mandar
Con razon y sin razon.

Ped. Ya os toleré demasiado,
Que tengo sangre española;
Con una condicion sola
Me daré por obligado.

Marq. Decid.

Ped. Amo á vuestra hija,
Y pues hay quien la deshonra,
Que fie en alguien su honra
Y entre el rey y yo que elija.

Marq. ¡Tanta osadía me estraña!
¿Entre él y vos escoger?
¿Desde cuándo quereis ser
Igual con el rey de España?

Ped. Como ladrón de su honor
De noche el rey ha venido;
Y mas vale un mal marido
Que el mejor galanteador.

Marq. Don Pedro, mientras yo viva
Del rey no ha de ser la dama;
Mas ya que su honra y su fama
En la de su esposo estriba,
Aconsejoos que mireis,
Pues la pretendéis tan vano,
Al ofrecerla la mano
El nombre que la ofreceis.

Ped. ¿Me insultais?

Marq. Una verdad
No es un insulto, por Dios.

Ped. ¿Y quién sois que tanto vos
Jugais con mi vanidad?

Quando, á la corte al venir,
Aquí mi pié dirigieron,
Sin duda que bien supieron
A quien ibais á admitir.
Si eso fué por amistad,
Mi nombre no es un borron;
Y si fué por compasion,
Nada os debo en realidad.
Si soy noble ó soy villano
No lo sé; mas, caballero,
Tanto acosais al cordero
Que os ha de morder la mano.
Yo no me igualo á mi rey;
Mas Dios al crear los hombres
No hizo distincion de nombres
En la igualdad de su ley.

Marq. Pues entendedlo mejor;
Si el rey tan tirano fuera
Que á sus pueblos se atreviera
En conciencia y en honor;
Si para su osada huella
En el rincon mas oscuro
No hubiera un honor seguro
En casada ni en doncella;
Si por odio á sus vasallos
Tanto en ellos se ensañase
Que á su coche les atase
A la par con sus caballos,
Pudieran, sí, todos ellos
Toda su sangre agotar...
Y vos no podeis tocar
Al menor de sus cabellos.

Ped. ¿Luego vos sabeis quién soy?
Decídmelo, pues, al punto.

Marq. No.

Ped., *conteniéndose.* De modo os lo pre-
gunto

Que pruebas de humilde os doy.

Marq. Don Pedro, no os lo diré.

Ped. Mirad que si así el camino
Me cerrais de mi destino,
Cuantos pueda tentaré.

Marq. Todos los podeis tentar.

Ped. Pues á Dios.

Marq. Quedad aquí.

Ped. ¡Es mandar!

Marq. Lo mando, sí.

Ped. ¿Y quién sois para mandar

Marq. Escúchame, pues lo quierés,
Y despues de mis razones
Desprecia mis opiniones,
Insensato, si pudierés.
¿Unas cartas no recibes
En que consejos te dan?

Ped. Sí.

Marq. ¿Y con ellos, di, no van
Los dineros con que vives?

Ped. Sí.

Marq. ¿Y en ocasion alguna
Oro ó carta te faltó?

Ped. Nunca.

Marq. ¿Y á quien tal te dió
Desarále tu fortuna?

Ped. No, por Dios.

Marq. ¿Tendrá derecho
A exigir, por la existencia
Que te guarda, tu obediencia?

Ped. ¿Y quién por mi tanto ha hecho?
¿Quién de mi tanto curó?

Marq. ¿Merece respeto?

Ped. Sí;

¿Mas quién es? ¿dónde está?

Marq. Aquí.
Don Pedro, ese hombre soy yo.

Ped. ¡Vos...! quién soy, decidme pues.

Marq. Imposible.

Ped. Pues mirad

Que secreto por mitad

Callado, secreto es.

Marq. Imposible.

ESCENA III.

DICHOS; INÉS, QUE ENTRA APRESURADA.

Marq., á Inés. ¿Qué queréis?

(*Con aspereza.*)

Inés. Señor, un hombre embozado

Esta carta me ha entregado. (*Dale la carta.*)

Marq. ¿Para mí?

Inés. Vos lo vereis.

Marq., mirando el sobre. (A Doña Elvira Cisneros...)

El sello y firma real... (*La abre.*)

(*Lee y dice volviendo á doblar la carta.*)

¿Que un hombre tan principal

Cometa estos desafueros?

Elv. ¿Qué dice aquese papel

Que os ha faltado el color?

Decid lo que trae, señor.

Marq. La muerte viene con él.

Ped., con inteligencia. ¿Dice el rey...?

Marq., con sequedad. Que volverá.

Ped. ¿Esta noche?

Marq. Sí, por cierto.

Ped. Antes que entre será muerto.

Marq. ¡No, por Dios!

Ped. ¡Cómo!

Marq., con brío. Entrará.

Ped. ¿Entrará?

Marq. Sí; ¿porqué no?

¿No es el rey?

Ped., con aire sombrío, saludando y volviendo la espalda. El cielo os guarde.

Marq. ¿Dónde...?

Ped. Lo sabreis mas tarde.

Marq. Tened, que os lo mando yo.

(*El marqués va á detenerle. Don Pedro se adelanta á la puerta.*)

Ped. Hacedos, buen viejo, atrás:

¿Qué tengo que agradeceros?

Vos sois Don Juan de Cisneros,

Y yo Don Pedro no mas. (*Vase, y cierra.*)

Elv. (¡Dadle prudencia, Señor!)

Inés. Ved que va desesperado.

Marq. Dejadle, va enamorado

Y harále volver su amor. —

Vos, dueña, despejad.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, DOÑA ELVIRA.

Marq. Y tú, hija mia,
A salir de esta casa te apercibe;
Yo lidiaré con mi desdicha impía.

Elv. Padre, jamás.

Marq. Mi bendición recibe:
Si oyes que presa de fatal fortuna
Por tí perdí la vida...

Elv. Padre mio,
Vos me arrullásteis en hidalga cuna;
No temo el porvenir, le desalío.
Si al rey le pesa que el perdon astuta
Yo le arrancara, y por vengarse infame
Me iguala con la torpe prostituta,
Que llame sus verdugos, que los llame.
Por vos espuse mi virtud al vicio,
Por vos tal vez me llamarán liviana,
Iré, padre, con vos al sacrificio,
Y por entrambos doblarán mañana.
Abrid, señor, las puertas y balcones,
A afrontar su insolencia basto sola,
Que manche no temais vuestros blasones,
Hija vuestra nació, nació española.

Marq. Sí, ¡vive Dios! nacistes hija mia,
Bien lo muestran tu intento y tus palabras,
Pero jóven aún, tu fantasía
Mengua el peligro, y tu peligro labras.
¡Ah! tú eres una misera ovejuela
Sin mas armas que intentos inocentes,
¿Qué ha de valerte tu infantil cautela
Contra leon que trae garras y dientes?

Elv. Pues huyamos los dos.

Marq. Es imposible.
Tigre sin presa cuanto ve devora.
Se creyera el audaz irresistible...

¡Oh! y contara con lengua mofadora
Que en sus lazos caistes, que una noche
Ciega de amor te recibió en sus brazos,
Que el suyo ansiando le prestó su coche,
Donde tu limpio honor llevó en pedazos,
Que eres suya, y le aguardas amorosa
En escondida quinta... ¡no, hija mia!
Que encuentre presa, y que su sed impía
Sacie si quiere en sangre generosa.

Elv. Pues bien, padre, los dos nos quedaremos;

Duda no ha de dejar mi torpe fuga,
Porque el cendal en que el honor tenemos
No admite mancha, ni vapor, ni arruga.

Marq. A entrambos alcanzara su venganza.

Elv. Entonces, padre, en tan estrema hora
Matadme, si, y acabe su esperanza,
Que sangre que liberta no desdora.

Marq. ¡Tú, hija mía, morir! ¡oh! no, partamos.

Elv. Al punto.

Marq. Sí, dispon nuestra partida.

Elv. Pronto, padre, estará.

Marq. Ve que arriesgamos
En cada instante nuestra pobre vida.

ESCENA V.

EL MARQUÉS:

Sí, partiremos en la noche oscura,
Y escondiendo al huir nuestras facciones
Iremos como va por la espesura
Cuadrilla de rebeldes ó ladrones.
Acaso al verse en su ilusion burlado,
Empañando la fé de los que huyeron,
¡Seguidles por dó quier, dirá irritado,
Que á su pátria y su rey traidores fueron!

(Pausa.)

¡Tal mancha sobre mí! ¡oh! y los que que-
Oyéndole, ignorantes cortesanos, [den
Crédito dar á despecho pueden,
Y dirán sin razon: fueron villanos.
No partiremos, ¡vive Dios...! ¡Elvira...!

(Llamando.)

Tente, viejo infeliz, ¿cómo dejarla
Por el necio temor de una mentira
En poder del que así podrá ultrajarla?
¡Oh! partiremos. — ¿Para tanta mengua
En injusta prison por tantos años
Su honor velando encadené mi lengua?
¡Me escusara á matarle tantos daños!
¿No pude hacerlo con razon bastanta?
¿No le encontré en los brazos de Doña Ana?
¿Y no era á fé la ofensa del amante
Igual con la vileza soberana?

(Reportándose.)

¡Miento, jamás! Si en honra habia nacido,
Necia razon en mis blasones hallo.
Robó mi amor, dejóme envilecido,
Mas obré cual debí, que era el vasallo. —
Partiremos, sí, por Dios.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, INÉS.

Inés. ¡Señor! ¡señor!

Marq. ¿Qué traeis,
Que ni hablar, dueña, podeis?

Inés. Ahí están.

Marq. ¿Quiénes?

Inés. Los dos.

Marq. ¿Quién son los dos?

Inés. Por la puerta

Del jardín entrando están:
Ved que son ellos, Don Juan.

Marq. Mas ¿quién son?

Inés. Estoy muy cierta

Que es el rey.

Marq. ¡El rey!

Inés, señalando al balcon. Miradle.

Marq., azorado. Guardad las puertas,
Inés;

Detenedle.

Inés. Inútil es,

Que entra ya.

Marq., poniendo mano á la daga, y mi-
rando al cielo. ¡Señor, salvadle!

Bien, á Elvira me llamad. (Vase *Inés.*)

Pronto, dueña. Santo Dios,

Libres saldremos los dos

O muertos de la ciudad.

(Con profunda agitacion.)

Mataré al rey; es su estrella...

¡No, por Cristo! Noble soy;

Matarla prefiero á ella.

¿Mas cómo, siendo tan bella,

Tan sin culpa? — loco estoy.

Venceré tal enemigo

Muriendo yo... Seré cruel

Tan solamente conmigo.

Mas dejándola con él

¿En mi muerte qué consigo?

¿A ella...? nunca, que es mi amor.

¿A él...? no puedo, que es mi rey.

¿A mí...? en peligro mayor

La dejo... ¡Maldita ley

Del orgullo y del honor!

¿Con que valerme no puedo

Contra un hombre que me ultraja?

¿Con que habré de estarme quedo

Cual si me infundiera miedo

Quien mis puertas descerraja?

¿Mas no viene contra mí?

¿Y no es defenderme ley

De quien va á defenderme? — Sí.

¿Mas cómo puedo ¡ay de mí!

Defenderme contra el rey?

Pasos allá abajo siento;

Miraré por el balcon.

Mas... ¡cielos, qué pensamiento!

Dios me da en este momento

Tan osada inspiracion.

(Se sienta en el velador, escribe una carta,
la cierra, la pone junto á la lámpara,
pone el velador junto al sofá y llama.)

¡Oh, sí...! escribo... bien está:

Dejo á la luz el papel...

Cerca de ella... á hablarla irá,

Verá el papel, le leerá,

Y en sí volverá con él.

¡Elvira! ¡Inés!

(Llamando.)

Inés y Elv., saliendo. ¿Qué mandais?

Marq. Una copa.

Inés. ¿En vos estais?

Marq., d Inés, que sale. ¡Calle...!

(*A Elvira, señalando el sofá.*)

Reclínate aquí,

Y haz que duermes.

Elv. ¿Mas mirais

Que á solas...?

Marq. Yo estaré allí. (*Al interior.*)

(*La dueña trae las copas : el marqués las deja sobre el velador, quita la luz de los ojos de Doña Elvira, que se habrá reclinado en el sofá, mira por el balcon, etc., etc., todo con el cuidado mas prolijo, como quien pone d riesgo en ello cuanto puede tener de mas interés el corazon de un buen padre.*)

(*A Doña Elvira.*)

Por mas que intente apurar

No despiertes, por tu vida.

Por el balcon ha de entrar,

Le abro.

(*Abre el balcon, va d salir, y vuelve para decir d Doña Elvira:*)

Ve que eres perdida

Si no sabes despertar.

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA, EN EL SOFA FINGIENDO PROFUNDO Y LETARGICO SUEÑO; EL REY, ENTRANDO POR EL BALCON.

Rey, hácia fuera. ¡Alerta estad, Don Guillen!

El papel me sorprendió,

Mas á mi vez vengo yo

A sorprenderles tambien.

(*Viendo á Doña Elvira.*)

¡Qué veo! ¿me engaño...? ¡Oh, no!

Duerme: ¡cuán hermosa está!

(*Vuelve la luz de modo que la dé en los ojos.*)

No manchan tintas estrañas

Su tez, y el fulgor que da

La luz, prolongando va

La sombra de sus pestañas.

¡Nunca vi rostro como él!

Sublime á par que sencillo,

Dióle con dócil pincel

Sus contornos Rafael

Y su misterio Murillo.

Al contemplarla tan bella

En su imprudente descuido,

Mi audacia en su faz se estrella

Y estoy, vive Dios, corrido

Al verme delante de ella.

¡Cuál se agita mansamente

Con la igual respiracion!

¡Qué sueño tan inocente!

El blando compás se siente

Con que late el corazon.

A interrumpírsele voy

Y á sus plés me arrojaré.

(*Dudando.*)

No, que duerma... Necio estoy.

¿Su fé no ha empeñado hoy?

Si; pues que su amor me dé.

(*Llamándola.*)

¿Elvira?... no me responde.

¿Elvira?... ¡Sueño tenaz!

¡Si lo fingiera falaz!...

No, que su pecho no esconde

Tan villana liviandad.

¿Elvira?... mi bien... mi dueño...

¡Calla! qué piense no sé.

Bastara si fuera empeño,

Mas en muger no vi, á fé,

Jamás tan profundo sueño.

Túrbase mas mi deseo

Cuanto dudo en su virtud.

(*Ve la carta.*)

Mas cielos, ¿qué es lo que veo?

Aquí hay una carta creo

Puesta de intento á la luz.

(*Mirándola.*)

¿Mi necia ilusion me engaña?

Es el sobre para mí.

Si... claro está: ¡cosa estraña!

Felipe cuarto de España...

Entero está el nombre, si.

Abrola y leo: (*Lee.*) « Señor,

« Morir asi fué su estrella;

« Yo mirando por mi honor

« Matéla tan solo á ella,

« Que á vos no tuve valor.

« El sueño en que la encontráis

« Sueño es de mortal veneno:

« Vos muerte, señor, la dais;

« Que despierte no temais,

« Que no hay ya vida en su seno.»

¡El alma á creer no acierta

Tan estrema bazarria!

¡Elvira!... no, no despierta.

¿Con que es verdad que está

Y pensaba que dormia?

¿Con que por mi te mataron,

Casta y celestial belleza?

¿Por mí al mundo te robaron?

¿Por mí tu cristal quebraron.

Vaso de limpia pureza?

Aun que respira parece,

Aun ténue calor conserva

Cual seca y estéril crece

En muralla que envejece

Recia é inútil la yerba.

(*Ruido de espadas dentro.*)

¡Mas qué rumor!... ¡por quien soy

Que es de acero contra acero!

¡Hay mas desventuras hoy?

De mi mismo huyendo voy.

(*Va á salir por el balcon y al mismo tiempo salta por él Don Pedro en la escena, diciendo:*)

Ped. Buenas noches, caballero.

ESCENA VIII.

EL REY, DON PEDRO; DOÑA ELVIRA,

EN EL SOFA.

Rey. ¡Esto mas!

Ped., resuelto. En el jardin

Dejo á un hombre...

Rey, con asombro. ¡Cómo!

Ped. Muerto;

Y estando el balcon abierto

Nos encontramos por fin.

Elv. (¡Dios mio!)

Ped. Cojo la escala, (*Lo hace.*)

La doblo, y el balcon cierro,

El que salga hará el entierro

Del que muera en esta sala.

Rey. Alguno hace falta ya;

Mirad. (*Mostrando á Doña Elvira.*)

Ped. ¿La matásteis vos?

Rey. Matóla ultrajando á Dios...

Ped. ¿Quién?

Rey. Su padre.

Ped. Bien está.

Si ella á su fatal fortuna

Dió su vida, ¿qué me importa?

La nuestra será bien corta,

Que es por demas importuna.

No vine esta noche aqui

Menguado á llorar por ella,

Que vine... porque mi estrella

Lo quiso esta noche así.

Rey, con calma. ¿Su vida os importa poco,

Y la amabais, segun creo?

Mancebo, por lo que veo

Os estais volviendo loco.

Ped. Loco debiera de estar

Segun de amarga es mi vida;

Mas todo en ella se olvida

Si hay injurias que vengar.

Por ese balcon trepé

Tras de vos por encontraros.

Rey. ¿Y vinisteis...?

Ped. A mataros.

Rey. ¿La razon?

Ped. Yo me la sé.

Rey, con altivez. ¡Vasallo! ¿á ouién la razon.

Contra su rey no le falta?

Ped. Mentis, no es rey quien asalta

Las casas por el balcon.

Rey. ¿Y quién pudo haceros juez

En causa tan soberana?

Ped. Vuestra injuria esta mañana,

Y esta noche mi altivez.

(*Con brio.*)

Para darme una razon

Corona me habeis pedido,

La vuestra se os ha caído

Al subir por el balcon.

Rey. ¡Mirad, mozo, que os perdeis!

Ped. Iguales estamos ya,

Que yo ia traiga, eso da

Como que vos la dejeis.

Rey. Que me conoceis mirad.

Ped. Haré que no os conoci,

Que es de noche.

Rey. Hay luz aqui.

Ped. La apagaré, descuidad.

(*La tira una cuchillada, y la mata.*)

Ea, reñid.

Rey. Miradlo, á fé.

Ped. Lo miro; por los balcones

No entran mas que los ladrones,

Que os tuve por tal diré.

Elv., levantándose. No puedo mas ¡ay de mí!

Ped., al rey. Teneos, ¡viven los cielos!

Que han despertado mis zelos

Unos lamentos que oi.

Elv. ¡Si teneos, que es razon!

Rey. ¿No es esa la voz de Elvira?

Ped. ¿Muerta no sois?

Elv. Fué mentira.

Rey. ¡Tal engaño!

Ped. ¡Tal traicion!

¿Con que vos, quien érais siendo,

Mentis con tal villanía

Que os hace el rey compañía

Y estais para mí durmiendo? —

Reñid. (*Al rey.*)

Rey. ¡Reñid, que por Dios

Que solo cuando venis

Está despierta!

Ped. ¡Mentis!

Rey. ¿Al rey un mentis?

Ped. A vos.

(*Se buscan en la oscuridad, cruzan las espadas, y Doña Elvira da con Don Pedro.*)

Rey. Acercaos.

Ped. Defendeos.

Elv., á Don Pedro. ¿Qué vais á hacer, insensato?

Ped. ¡Quitad, señora, ó vos mato...
Sin mas respetos!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS; EL MARQUÉS, CON UNA LUZ.

Marq. ¡Teneos!

Ped., al marqués. ¡Echaos fuera!

Rey. Apartad.

Marq., á Don Pedro. ¡Es tu padre!

Ped. ¡Acabas hoy,

Suerte cruel?

Rey. ¡Soñando estoy!

¿Qué habeis dicho?

Marq. La verdad.

Ped., cayendo de rodillas á los piés del rey. ¡Padre...! Perdon si villano

Tanto con vos me atreví,

Que hervia, señor, en mí

Vuestro valor soberano.

Marq., inclinándose con el mayor respeto. Vos me quitásteis mi amor,

Y yo con afan prolijo

Me he vengado en vuestro hijo

Como quien era, señor.

Rey, con nobleza. Todos sois nobles
aquí;

Dadme los brazos, Don Juan;
Vuestras virtudes están
Avergonzándome á mí.

(*A Don Pedro.*)

Alzaos, duque de Olmedo,

(*Le echa el toison de oro.*)

Llegad, vuestra esposa es esa;

Ese es mi hijo, duquesa,

Mirad qué mas daros puedo.

En palacio vivireis,

Será real vuestro apellido...

Marq. Señor, que mireis os pido

El que ser quien sois teneis.

Atad al vulgo la lengua;

Pues que hijo mio á ser va,

Dejadlo estar como está,

Que os es pregonarlo mengua.

(*A Don Pedro.*)

Mi hijo sois, llevad mi nombre,

Que no os ha de avergonzar,

Pues bien le puede llevar,

Incluso el rey, cualquier hombre.

Ped. Sí, le admito.

Rey. En conclusion,

Marqués, la razon os sobra.

Marq. En palacio, señor, obra
Cada cual con su razon.

LEALTAD DE UNA MUGER,
Y
AVENTURAS DE UNA NOCHE,
COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON CARLOS.
DON PEDRO PEREZ DE PERALTA.
DON ANTONIO NOGUERAS.
GARCERAN.
DOÑA MARGARITA.
BEATRIZ.
BRIGIDA.

RANGEL
UN JEFE DE LOS REBELDES DE BARCELONA.
JUSTICIA.
SOLDADOS.
REBELDES.
MONTAÑESES.
PUEBLO.

La escena es en Vallirana, pueblecillo distante cuatro leguas de Barcelona, la noche del día 12 de marzo de 1461.

ACTO PRIMERO.

Calle y noche.— Casa en el fondo con puertas y balcones practicables; una imagen de Cristo en un nicho con un farolillo que alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, GARCERAN.

Ped. ¿Y entrastes en la ciudad?

Garc. Fuéme imposible, señor.

Ped. Tal vez te faltó el valor.

Garc. No fué por miedo en verdad.

Mas es tanto el alboroto,
La alarma y el són de guerra,
Que no hay un palmo de tierra
Seguro en peña ni soto.
Mas de cinco mil jayanes
Armados con picas y hoces
Mostrando está lo feroces
Que son hoy los catalanes.
No temen ni Dios ni ley
Y sin otros requisitos

Les dejo pidiendo á gritos
La cabeza de su rey.

Ped. ¿Tanto la asonada apremia?

Garc. Señor, es en tal tumulto

Cada razon un insulto,
Cada grito una blasfemia.

Por el principe de Viana
Rebeldes clamando están,

Y si al fin no se lo dan

Contra el rey salen mañana.

Ped. ¿A tanto se han de atrever?

Garc. ¿Qué si se atreven? Señor,

Ya iban al gobernador,
Cuando me vine, á prender.

Diputados la ciudad
Al rey atrevida ha enviado,

A pedirle de contado
Su fuero y su libertad.

No quieren otro señor
Que el principe, y si les plean

Han de osar, segun se espican,
A desacato mayor.

Ya han puesto en las armas reales
Unidos ambos blasones,

Y están hirviendo en pregones
Las casas consistoriales.

Ped. Mas el principe en Pamplona
Por el rey preso aun está.

Garc. Pues ó libertad le da
O el rey pierde á Barcelona.

Ped. ¿Y está el camino tambien
De Lérida interceptado?

Garc. No estará, si aun no ha llegado
Tierra adentro el somaten.

Mas si ya del atambor
Rebelde oyeron la seña,

No hay villa, lugar ni peña
Por el rey Don Juan, señor.

Ped. ¿Y no sabes escusada,
Garcerán, una vereda
Que hasta el rey llevarte pueda?

Garc. Es la noche tan cerrada
Que por milagro será.

Ped. Mas si el rey por un descuido
Ignora aun...

Garc. Es perdido,
Sobre él Cataluña va.

Ped. Pues advertirle es preciso.

Garc. Hem... (Remiso.)

Ped. ¿Garcerán, no te atreves?
Ve que es fuerza que le lleves

Tú de palabra el aviso.

¿Dudas?

Garc. Dudo si llegar
Hasta Lérida podré.

Ped. Mis caballos te daré
Y los puedes reventar.

Garc. No por caballos lo dejo,
Que harto tengo con el mío,

Que va cobrando mas brio
Como va siendo mas viejo.

El mas astuto lebel

No me atrapa en paz ni en guerra

Si cuatro palmos de tierra

Pongo entre mi jaco y él.

No temo á ningun tunante

Que por la pista me siga,

Mas si, emboscada enemiga

Que me tenga por delante.

Ped. Bien, pues tiempo no perdamos;
Antes que mas se alborote

La tierra...

Garc. ¿Yo tomo el trote
Para el rey?

Ped. Y le salvamos.

Garc. ¿Y le diré...?

Ped. Que al momento
Se ponga en fuga.

Garc. Mas vos...

Ped. Aquí me quedo, por Dios,
Leal á mi juramento.

Garc. ¿Y si el bando montañés
Descubre al fin vuestro nombre?

Ped. Moriré aquí como un hombre
Navarro y agramontés.

Eso dile al rey Don Juan
Que aquí de atalaya estoy,

Y que de aquí no me voy
Si órden suya no me dan.

Garc. Mas ved...

Ped. Que soy caballero,

Que fé al rey he prometido,
Y de cambiar su partido

Pedazos me harán primero.

Eso dile, y que si falta

Todo el reino á su corona

Suya es la hacienda y persona

De Don Pedro de Peralta.

Garcerán, monta á caballo,

Toma (Dale un bolsillo.), y parte.

Garc. A Dios, señor.

Ped. Y acuérdate que es mejor
Ser muerto que mal vasallo.

ESCENA II.

DON PEDRO; DESPUES MARGARITA Y
BEATRIZ.

Ped. Prontas estarán mis gentes;
Y si llega Garcerán

Su intento no lograrán,

Vive Dios, los insurgentes.

Marg. Él es.

Ped. Margarita mía.

Marg. Caro esposo.

Ped. A tiempo vienes.

Marg. Pedro, ¿qué azar me previenes
En esa faz tan sombría?

Ped. Al fin, decirlo es forzoso;

Margarita, te oculté

Viniendo al campo el porqué

Con afan bien misterioso.

Por evitar tu inquietud

Con engaño manifiesto,

Te di siempre por pretexto

La estacion ó la salud.

Marg. ¿Pues qué otra causa pudiera...?

Ped. Muy sencilla y muy leal;

Yo sigo el bando real

Y soy fiel á mi bandera.

Marg. Bien, Peralta.

Ped. A Barcelona

Mandóme el rey espíar,

Y traje á aqueste lugar

Encargos de la corona.

Ardua prision en secreto

Al venir me encomendó,

Y estoy á cumplirla yo

por obligacion sujeto.
 Tu amor, bella Margarita,
 Sin mí no se hallaba bien,
 Y á fé, hermosa, que tambien
 Te agradeci la visita.
 Mas ya la tormenta crece,
 Y en motines rebelado
 Se declara el principado
 Contra el rey, segun parece.
 En tal punto es ya preciso
 Que te vuelvas á Pamplona.

Marg. ¿Y tú?

Ped. Acecho á Barcelona
 Hasta posterior aviso.

Marg. ¿Con que yo me he de salvar
 Mientras en peligro quedas?
 No, mientras partir no puedas
 Contigo me he de quedar.

Ped. Margarita, es excesivo
 Cariño; mi obligacion
 Es quedarme.

Marg. En afliccion
 Continua, Peralta, vivo.
 Cuando mi amor no me quita
 El servicio de la ley,
 Mi amor me enajena el rey
 Y ahí se queda Margarita.
 En continuo sobresalto
 Dudo si mueres ó vives...
 Siempre desde el campo escribes
 Que hay encuentro, ó que hay asalto.
 Si hoy aguardo un mensajero,
 Mañana por impericia
 Me dan falsa una noticia
 Que ni me importa, ni espero.
 Hoy nos partimos de aquí;
 Mañana vamos allá,
 Y la vida se me va,
 Peralta, en temer por tí.
 Tu amor busco y no le hallo;
 Que al darte amorosas quejas
 Suena un clarin y me dejas
 Por la lanza y el caballo.

Ped. ¡Oh! ponderas, Margarita,
 La exigencia de la ley,
 Que me necesita el rey
 Si el amor me necesita.
 Y entiéndelo al fin mejor,
 Que en estas rebeldes guerras
 Yo le defiende sus tierras
 Y él me defiende mi amor.
 Entronizado el de Viana
 Por indolencia, ya ves
 Del partido agramontés
 Lo que seria mañana.

Marg. ¡Quién sabe! ese rey Don Juan
 Que con empeño prolijo

Persigue tanto á su hijo,
 ¿Premiará al cabo tu afán?
Ped. ¿Y qué importa si me olvida?
 ¿Obedecerle no es ley?
 Pues yo lidio por mi rey
 Mientras me dure la vida.

Marg. Padre que tanto se encona
 Con un hijo que se humilla,
 ¿Olvidar no habrá en mancilla
 A quién debe la corona?
 Diz que el príncipe insolente
 Contra su vida atentó,
 Mas quien tal le levantó
 Traidor y villano miente.

Ped. ¿Qué te se alcanza, amor mio,
 De esas quimeras, á tí?
 Segura no estás aquí,
 Y en que partas me confío.

Marg. ¿Cuándo?

Ped. Esta noche.

Marg. Quizá
 Obedecerte me pesa.

Ped. Margarita, esto interesa.

Marg. Pues tú lo quieres será.

Ped. Apronta pues tu equipage
 Para dentro de una hora.
 Tú, Beatriz, vé al hórreo ahora
 Y dile á Juan que se baje
 Al puente con los caballos,
 Que nos marchamos no noten
 Y en el lugar se alboroten
 Algunos malos vasallos.

Beat. Voy pues.

Ped. Id y despachad,
 Que mucho la noche avanza
 Y está toda mi esperanza
 En su densa oscuridad.

(*Beatriz se va por la derecha. Don Pedro
 y Margarita entran en su casa por la
 puerta del fondo, y sale por la iz-
 quierda Don Carlos embozado.*)

ESCENA III.

DON CARLOS.

¡Hay mas desventuras hoy,
 Pese á mi negra fortuna!
 Ciérranseme una por una
 Las sendas que á seguir voy.
 Ni fin ni esperanzas hallo
 En suerte tan enemiga,
 Cayó muerto de fatiga
 En el campo mi caballo.
 ¡Y ahora cuando por suerte
 Si dos leguas avanzara
 Acaso á evitar llegara
 Mi desventura... ó mi muerte!

¡Oh...! mas si Dios fué servido
Disponerlo de otro modo,
Dios es el Señor de todo
Y razon le habrá movido.

(Viendo el crucifijo.)

Señor, sabéis que mis quejas
En el afán de mis duelos
Dirigi siempre á los cielos
De mi prision por las rejas.
Las estrellas solitarias
De cien noches son testigos
Que oré por mis enemigos
En mis humildes plegarias.
Erré y enmendé mi error;
Agravié, mas satisficé;
Cuanto pude, Señor, hice
Hasta en mengua de mi honor.
Otorgué cuanto pidieron;
Cedi, me entregué en sus manos,
Y ellos entonces villanos
Con mas audacia me hirieron.
Cuanto esperaba perdi...

(De rodillas.)

Señor, vuestra hechura soy;
Si hay mas desventuras hoy
Caigan, si os contenta, en mí.

ESCENA IV.

DON CARLOS, BEATRIZ.

Beat. (Nuestro viaje está dispuesto;
Dentro de un hora partimos;
Si viajamos ó si huimos
Dios lo sabe... ¿Mas qué es esto?
¿Allí de hinojos un hombre
Casi á la puerta de casa?)

Carl., viendo á Beatriz. (Por favor diré
á quien pasa

De este lugar me dé el nombre.)
Buena muger, perdonad;
¿Mas diréisme dónde estoy?

Beat. ¡Brava cuestion por quien soy!
¿Forastero es?

Carl. Contestad.
¿Qué pueblo es este?

Beat. Me gusta
El modo de preguntar.

Carl. Ved si habeis de contestar,
O id adelante.

Beat. (¡Qué adusta
Condicion!) Es Vallirana.

Carl. ¿Dista Barcelona mucho?
Beat. ¿Vais allá?

Carl. Puede.

Beat. ¿Qué escucho?
No habeis tal; por el de Viana

Se han alzado en rebellion,
Y si sois de los del rey...

Carl. ¡Sí por cierto!

Beat. Pues no hay ley
Que os liberte.

Carl. En conclusion,
¿Cuánto dista Barcelona?

Beat. Tres horas.

Carl. Podeis decir
¿Quién dé un caballo en que ir
Hasta allá, si se le abona?

Beat. Yo conozco poca gente
De este pueblo.

Carl. Si quereis,
Hoy enriquecer podeis
Amigo, deudo ó pariente.

Beat. ¿Cómo?

Carl. Al que quiera un caballo
Venderme en este lugar,
Tanto oro le podré dar
Que no sienta el ser vasallo.

Beat. ¡Oh! á mi señor no hace falta
El oro.

Carl. ¿Luego servís?

Beat. Y á un buen amo.

Carl., con prontitud. ¿A quién, decís

Beat. A Don Pedro de Peralta.

Carl. ¡Peralta! (Con interés.)

Beat. (¿Pero qué digo?)

Carl. ¿Agramontés?

Beat. Si por Dios.

Carl. ¿Conde?

Beat. ¿Conocéisle vos?

Carl. Mucho que sí; soy su amigo.
Mas callad.

Beat. ¡Ay! y á no ser
Porque con su amigo dí
Ya me iba á perder aquí
Por mi lengua de muger.

Carl. Mas bajo.

Beat. Tenéis razon.
Que ahora bien se necesita
Prudencia.

Carl. ¿Está Margarita
Con él en esta ocasion?

Beat. Sí, mas antes de la aurora
A Pamplona nos volvemos.

Carl. ¿Cómo?

Beat. Caballos tenemos
Para dentro de una hora.

Carl. ¡Gracias, fortuna!

(La coge por distraccion la mano.)

Beat. ¿Qué haceis?

Carl. Escuchad; si á Margarita
Dais aviso...

Beat. ¿Yo una cita?

Carl. Llamadla así si quereis,
Mas decidla...

Beat. No diré
Ni el credo.
Carl. Ved que me va
La vida aquí.
Beat. No será.
Carl. Pues un papel os daré.
Enseñádselo por Dios
Y amparáds á un desdichado.
Beat. ¡Y quién sabe...!
Carl. Si cuidado
Os da, leedle.
Beat. Mas vos...
Carl. Nada teneis que temer;
El nombre que aquí va escrito
No tiene mas que un delito.
Beat. ¡Un delito!
Carl. Si, el nacer.
Beat. ¿Pues quién sois?
Carl. Nada os importa;
Mirad si el papel llevais,
Que en él la vida me dais.
Beat. Vuestra esperanza es bien corta,
Mas dadme acá ese papel
Si es cierto lo que decís.
Carl. Tomad.
Beat. Pero si mentís
Dios os maldiga por él.
(*Beatriz toma el papel y entra en casa
de Peralta.*)

ESCENA V.

DON CARLOS.

¡Oh! ¡gracias, Dios de bondad!
Que en vuestra mente infinita
Me habeis dado en Margarita
Acaso la eternidad. —
No, no ha de ser tan villana
Ni tan infame conmigo
Quien fué consuelo y testigo
De las cuitas de mi hermana.
(*Pausa.*)
Porque, ¿qué vale en verdad
Mi humildad y mi silencio
Si yo propio me sentencio
Con mi llanto y mi humildad?
Huiré lejos, muy lejos;
Déme quien pueda un caballo,
Y acaben, rey ó vasallo,
Pesares ya tan añejos.

ESCENA VI.

DON PEDRO ASOMA AL BALCON QUE DEJA VER
LA LUZ CON QUE SUPONE ALUMBRADA LA
HABITACION. DON CARLOS ESTA DE ESPAL-

DAS A ÉL Y CASI DEBAJO DEL CRISTO QUE
HABRA EN UNA ESQUINA A LA IZQUIERDA.

Ped., mirando hácia la derecha. Nada.
— Rumor no se siente

A través del aire manso :
Ni sosiego ni descanso
Por el rey con esa gente.
Dejan al amanecer
Los rebeldes la ciudad,
Pero les lleva en verdad
Gran ventaja mi muger.
Los caballos son briosos,
Estraviados los caminos,
Y fieles los campesinos
De esos pueblos montañosos.
¡Oh! sin azar llegarán;
Y si al rey salvo igualmente,
Por Dios que tranquilamente
Los rebeldes me hallarán.
Mas veo en aquella esquina
Un embozado en acecho...
Y reza segun sospecho
Ante la imágen divina.
La luz quitaré de aquí
Porque la sombra me encubra ;
No sea que me descubra
Por espíarle, él á mi.
(*Queda el balcon á oscuras.*)

ESCENA VII.

ABRESE LA PUERTA Y SALE MARGARITA CON
VELO, QUEDANDO ESTA Y BEATRIZ UN MO-
MENTO EN EL UMBRAL. DON PEDRO VUELVE
A PONERSE EN EL BALCON EN CUANTO QUITA
LA LUZ, Y DON CARLOS VUELVE LA CA-
BEZA AL RUIDO DE LA PUERTA Y VOZ DE
MARGARITA.

Marg., á Beatriz. ¿Dices que me espera
ahora?

Beat., á Margarita. Al pié de aquel
Cristo.

Marg. Al punto
Vuelvo.

Beat. Allí está.

Marg. Y de este asunto
A tu amo...

Beat. Estoy, señora.
Le diré que el equipage
Estais en vuestro aposento
Arreglando, y un momento
Retardaremos el viaje.

Ped., en el balcon. Por Dios que abrieron
la puerta

Y vi con la luz escasa
Salir alguien de mi casa.

Beat. La puerta queda entreabierta;
 Cuando volvais empujad,
 Y entrareis sin hacer ruido.
 (*Beatriz cierra; Margarita se adelanta
 hacia Don Carlos, y Don Pedro hace
 un movimiento de atencion muy mar-
 cado.*)

ESCENA VIII.

DON PEDRO, EN EL BALCON; DON CARLOS
 Y MARGARITA, EN LA CALLE.

Ped. (Por Cristo que estoy corrido :
 ¿No es mi muger? Si en verdad.)

Marg. ¡Mi señor...!

Carl. No me nombreis.

Marg. Las lágrimas á los ojos
 Siento al veros. ¡Siempre abrojos
 Bajo las plantas teneis!

¿Qué es de vos?

Carl. Tan desdichado

Como siempre.

Marg. ¿Y vuestra hermana?

Carl. Prision con ira inhumana
 En un convento la han dado.

Marg. ¿Y en cuál?

Carl. Es la voz comun

Que en Tolosa gime ahora.

Marg. ¡Infeliz!

Carl. Y vos, señora,

¿Qué os haceis? ¿me amais aun?

Marg. Mas que nunca cada dia.

Carl. Sabreis pues mis desventuras.

Marg. Por noticias muy seguras,
 Y las lamento á fé mia.

Carl. Acaso vos solamente

Mi corazon conoceis.

Marg. Y acaso de mi podeis
 Fiaros ya únicamente.

Carl. ¡Cuál me han tratado!

Marg. Lo sé.

¿Mas posareis mucho aquí?

Ped. (Los oigo hablar, pese á mí,
 Mas no les entiendo qué.)

Carl. Espero tan solo en vos
 Que esta noche me salveis.

Marg. ¿Oro, caballos quereis?

¡Nadie os seguirá por Dios!

Mas, Don Carlos, vuestra tez
 Estraño en lo macilenta.

Carl. Mi juventud me atormenta

Cual pudiera la vejez.

Con el alma destrozada,

Con el cuerpo dolorido,

Me pesa el haber nacido

A vida tan desgraciada.

¿Veis á la luz moribunda

De esa santa lamparilla

La palidez amarilla
 Que la mustia faz me inunda?
 Pues lo que hacer no pudieron
 Las garras de las pasiones,
 Los hierros de las prisiones
 Y los pesares lo hicieron.
 Llorais; ¡pobre Margarita!
 Me amais y os doleis de mí;
 Pero Dios lo quiso así
 En su justicia infinita.

Marg. Huid, señor.

Carl. Déjame hablar

Un corto instante contigo,

Que jamás tuve un amigo

Con quien partir mi pesar.

Marg. ¡Ah! bien conmigo podeis

Dividirle si eso os place,

Que mas de veinte años hace

Que aquí posesion teneis.

Carl. ¡Oh! y por escuchar tu acento,

Por mirar un solo instante

La espresion de tu semblante

No hay difícil sufrimiento.

¡Al verte, al oirte hablar

Que aun soy feliz me parece,

Mi sér se rejuvenece,

Vuelvo la existencia á amar!

Que es tan dulce á un desdichado

Recordar lo que pasó,

Que vivo un instante yo

Soñando con lo pasado.

Marg., con entusiasmo. ¡Ay! pues vivid
 y soñad

Si os inspiro un blando sueño,

Y ojalá pueda mi empeño

Velaros la realidad.

Carl. ¡Cuán al vivo me recuerdas

Las venturas que me huyeron,

Margarita! ¿Qué se hicieron

Aquellas noches... te acuerdas?

Marg. ¡Si me acuerdo! ¡Cuán hermosa

Estaba la infeliz Blanca!

Carl. Llanto de dolor me arranca

Esa memoria preciosa.

La noche entera pasábamos

En dulcísimos cariños.

Marg. Como que éramos tres niños

Y con afan nos amábamos.

Carl. Niños, sí, ¡cuán inocentes

Entonces, cuán descuidados!

Y despues ¡cuán desdichados!

Marg. Pero nunca diferentes

De aquellos tiempos dichosos

En que en brazos de la infancia

No salian de una estancia

Nuestros planes ambiciosos.

Siempre nos hemos querido

Como amorosos hermanos,

Por mas que amaños tiranos
Separarnos han podido.

¿Os acordais, no lo dudo,
De aquella sangrienta tarde
En que de un hombre cobarde
Vos me servisteis de escudo?

Carl. Eso es de mas, Margarita.

Marg. ¿Y habeis acaso olvidado
Que os anunció un embozado
En Lérida mi visita?

Carl. ¡Oh!

Marg. A vos no haberme acudido
Y puesto á los piés del rey,
Bajo el peso de la ley
Sucumbiera mi marido.

Carl. No hay mas de aquello que hablar.

Ped. (De amores es la querella,
Y por Dios Santo que de ella
Jamás lo llegué á pensar.)

Marg. La vida ambos os debemos,
Perez de Peralta y yo.

Carl. ¿Habéiselo dicho?

Marg. No,

Mas al fin se lo diremos
Si á vuestra fortuna importa.

Carl. No, fuera menguado vicio
Valerse de un sacrificio
Que costó pena tan corta.
Y es tan tenazmente adicto
Al partido agramentés
Que echarse en sus manos es
Muy peligroso á un proscripto.

Marg. Si es agramentés, es noble.

Carl. Por eso será leal,
Y en salvar la causa real
Será su conato doble.

Marg. Por mas que sea, señor,
Apegado á su partido,
Perez con honra ha nacido
Y nunca será traidor.
La vida le habeis salvado;
Y aunque es para él un secreto,
Él os valdrá en este aprieto
Si no leal, obligado.

Carl. ¡Cuán buena sois, Margarita,
De gracia y virtud cuán llena!

Marg. No sé, por Dios, si soy buena,
Mas la injusticia me irrita.

Os veo desde la cuna
Acechado y perseguido
Mas que por mal merecido
Por vuestra mala fortuna.

Yo la amiga fiel y solta
Fuí de Blanca vuestra hermana,
Y de olvidarla villana
No hubiera sangre española.

Carl. ¡Oh! y para quien la ha proscrito
No tiene ella sobre sí

Mas que el parecerse á mí,
Que ese es su único delito.

Marg. Vos fuisteis el protector
De mi honor en la horfandad;
Conmigo en la soledad
Ella partió su dolor,
Y yo seré agradecida,
Señor, á tantos favores,
Si no cual sois acreedores,
Con honra, haciendas y vida.
Enemigo es mi marido
De vuestra gente, mas voy
A arriesgar para vos hoy
Cuanto valgo. — Os he pedido
Me digais qué es lo que os falta.

Carl. Mas mirad bien...

Marg. ¿Qué quereis?
Pedidme, que os salvaréis
Aun contra el mismo Peralta.

Carl. ¡Angel de mi triste vida!...

Marg. Dejad plegarias agora,
Y hablad de vos, que ya es hora.

Carl. Pues oíd. Si á toda brida,
Corriendo la noche entera
Y arriesgando mi persona,
Con el alba en Barcelona
Acogerme al fin pudiera,
Salvárame de una vez
De enemigos y traidores.

Marg. De los caballos mejores
De mi marido, escoged.

Carl. Mas Peralta...

Marg. Antes sois vos,
Y si vos de esta tormenta
Os salvais, quedo contenta
Aun pagando por los dos.

Carl. ¡Margarita!

Marg. Venid pues;
Oro os daré y un caballo
Con un guia que vasallo
De mis baronías es.

Carl. Del bien que ahora me hacéis
Será mi memoria inmensa.

Marg. Una sola recompensa
Quiero por el que me deis.

Carl. Por mucho que sea, estoy
En que es mayor mi deseo.

Marg. Por si á Blanca mas no veo
Decidla lo que hice hoy.

(*Vanse Don Carlos y Margarita por la derecha; Don Pedro al verlos marcha dice:*)

Ped. Zeloso estoy, vive Dios,
Y avergonzado ademas.

(*Cierra el balcon y sale por la puerta diciendo:*)

La muerte llevan detrás ;
Si no es sueño ; ay de los dos !
(Vase detrás de ellos.)

ESCENA IX.

SALEN POR EL LADO OPUESTO DON JUAN Y
NOGUERAS ARMADOS; DON JUAN CON
ARMADURA COMPLETA Y CALADA LA VISERA;
OCHO Ó DIEZ SOLDADOS DETRAS.

Nog., á *Don Juan*. Dióle el caballo la
vida,

Que iba veloz como el viento ;
Yo le perdí en un momento
Aunque corri á toda brida.

Juan, *impaciente*. Acabemos ¡ vive Dios !
Y sin hablar del caballo,
Nogueras, tan mal vasallo
Ha sido él hoy, como vos.

Nog. Es injusticia ; ¿ esas nieblas
No veis ? ¿ qué mas pude hacer ?

Juan. Correr, Nogueras, correr
Hasta hallarle en las tinieblas.

Nog. Mas en noche tan oscura,
Sin práctica en los caminos,
Darle caza de los pinos
Entre la áspera espesura,
Era imposible.

Juan. ¿ Eso mas ?

Nog. A dar un punto la cara
Por Cristo que le matara.

Juan. Hiciéraislo por detrás.

Nog. ¡ A traicion !

Juan. ¿ No era lo mismo ?

Nog. Soy cristiano, y tengo honor.

Juan. No reza con un traidor,
Nogueras, el catecismo.

Si es la voluntad del rey
Que muera ó se dé á prision,
Cara á cara ó á traicion
Cumpliais vos con la ley.

Nog., con *intencion*. Perdonad si digo
mal,

¿ Mas tanta ira el rey tiene
Que á cualquier medio se aviene
Si vence ?

Juan, *despues de un instante de duda*.

Todo es igual.

Con tal que muera en secreto
Con visos de puro azar.
(Y quede el que pueda hablar
A eterna noche sujeto.)

Nog. Bien, pues dad que en mi arrebató
Le alcanço y le doy la muerte :
¿ Qué hiciera el rey si por suerte
En su lugar á otro mato ?

Juan. Fuera rebelde tambien
Y con justicia muriera.

Nog. ¿ Y si rebelde no era ?

Juan. Bien, Nogueras, está bien.
No hay mas en ello que hablar ;
Pues que al fin de cualquier modo
Se escapó, se acabó todo,
Salgamos de este lugar.

Nog. ¿ Asi volveros queréis ?

Juan. Si no habeis conocido
Con la niebla, y él ha huido,
No sé qué remedio halleis.

ESCENA X.

RANGEL, SALIENDO APRESURADO, SE PONE
DELANTE DE DON JUAN Y NOGUERAS,
COMO ESPERANDO QUE LE PREGUNTEN.

Nog. ¿ Qué es ?

Rang. ¿ Si para hablar licencia

Me dais ?

Juan. Adelante.

Rang. Ya

Cogido el rebelde está.

Nog. ¿ Con verdad ?

Rang. Con evidencia

El caballo que tomé
De vuestra caballeriza
¿ No era... ?

Juan. Color de ceniza.

Rang. Cabos negros.

Juan. Sí.

Rang. Pues yo,

Por la cerca del lugar

Receloso gineteando,

Me le he topado espirando.

Nog. ¿ Estais cierto ?

Rang. A no dudar :

Le hemos quitado la silla,

Y de la falda escarlata

Bordado está sobre plata

Vuestro escudo en una orilla.

Nog., á *Don Juan*. (Él es pues.)

Juan, á *Nogueras*. (Sin duda alguna.)

Mas segun la noche avanza

No le queda otra esperanza

Que la noche y su fortuna.

Nog. Habrá dentro del lugar

Hallado algun escondite.

Juan. Pues es fuerza que se evite

Que se nos vuelva á escapar.

Mas oye : ¿ sabe quién es

Esta gente el perseguido ?

Nog. Ninguno.

Juan. ¿ Y me ha conocido
Alguien ?

Nog. No.

Juan. Adelante pues.
El pueblo en redor cerquemos,
Y que no quede por ver
Casa ó choza.

Nog. Es menester
Que la caza no espantemos.
Yo en silencio nuestra gente
Por dó quiera apostaré,
Y ó Noguerras no seré
U os entrego al delincuente.

Juan. Vamos pues.

Nog. Oye, Rangel,
Haz las calles espiar
Por peones, y si á dar
Llegan por suerte con él,
Ya que fugarse pretenda,
Ya que se esconda ó resista,
El que le ponga la vista
Que le siga ó que le prenda.
(*Vanse Don Juan y los soldados primero;
Noguerras y Rangel quedan solos en la
escena á los últimos versos.*)

ESCENA XI.

Interior de una casa pobre; á la izquierda una
alacena ó armario. A la derecha un balconcillo
bastante bajo de antepecho. Luz artificial.

BRIGIDA.

¡Con qué cuidado me tiene
Mi Blas! — Tengo el corazon
En un hilo. — Las diez son,
Válgame Dios, y no viene.
(*Asómase á la ventana.*)
Y esta noche cuántos ruidos
Que suenan por el lugar...
Y nada puedo alcanzar
Por mas que soy toda oídos.
Este diablo de ventana
Da nada mas que á un jardin,
Luego este barrio es el fin,
Lo peor de Vallirana.
De manera que aunque se halle
Medio de oír ó entender,
No puede una nunca ver
Lo que sucede en la calle.
Pero en la escalera siento
Pasos... ¡ay! ¿si será Blas?

(*Llaman á la puerta.*)

Llamaron... (*Otra vez.*) De prisa estás.
Allá voy... (*Otra vez.*) Voy al momento.
(*Abre, y entra Margarita azorada como
salió en la escena octava.*)

— Dios mio!

ESCENA XII.

MARGARITA, BRIGITA.

Marg. Nada temais;
Permitid que en vuestra casa
Me oculté.

Brig. ¿Pero qué pasa?

Marg. Y tomad.

Brig. ¡Oh! ¿qué me dais?

Marg. Nada, guardadlo.

Brig. ¡Dinero!

Marg. Para vos.

Brig. Imposible es.

Marg. Lo dejo.

Brig. Dejadlo pues.

Marg. Mas salvarme es lo primero.

Brig. Mas ¿quién sois? ¿qué queréis vos?

Marg. Cerrad corriendo esa puerta.

Brig. Acabad, me tenéis muerta.

Marg. Prestadme atencion por Dios.

Dentro de un instante un hombre

Vendrá en mi busca quizá;

Grueso, alto, cano, ¿estais?

Brig. Ya.

Marg. Aunque el mismo rey se nombre
No le abrais.

Brig. No le abriré.

Marg. Mirad que me va la vida.

Brig. (Ella está tan aturdida

Que da compasion á fé.)

Marg. Mas tened cuenta y por Dios

Que no los equivoqueis.

Brig. ¡Cómo!

Marg. Que entrar le dejéis.

Brig. ¿Al viejo?

Marg. No.

Brig. ¿Pues son dos?

Marg. ¿No dije...?

Brig. De uno no mas.

Marg. Pues escuchad con cuidado,

Tal vez vendrá otro embozado.

Brig. ¿Delante de ese ó detrás?

Marg. Delante ó detrás, no sé,

Mas al mancebo es preciso

Que deis al punto un aviso.

Brig. ¿Y qué aviso?

Marg. Os le diré.

Que aquel de quien he huido,

Aquel con quien él reñía,

Que huya de él.

Brig. ¡Qué algarabía!

Marg. Que huya, sí, que es mi marido.

Brig. (Pues estamos bien, y yo

Que...)

Marg. ¿Llaman? no abrais sin ver

Dónde me puedo esconder.

(*Llaman con fuerza muchas veces.*)

Brig. Tirará la puerta.
Marg. Aun no.
 Aguardaos un instante.
 (Da con la alacena, se mete dentro, aparta la mesa, y hacen entre las dos lo que dicen los versos.)
 Cerradme en esta alacena.
 Traed la mesa. (La pone delante.)
 Estad serena.
Brig. (¡Habrà enredo semejante!)
 Y si viniera mi Blas
 Entre tanta confusion...
 (Va á la puerta, y en el momento que la abre se entra Don Carlos embozado.)
 ¿Quién...? pues se entra de rondon.
 (Mirándole.)
 ¿Será el de adelante ó de atrás?

ESCENA XIII.

MARGARITA, OCULTA; BRIGIDA, DON CARLOS.

Carl. Decidme, buena muger,
 ¿No habeis abierto la puerta
 A una dama?
Brig. (Mirándole todavia.) (¿Y quién acierta
 Cuál de los dos puede ser?)
Carl. Acabad por vuestra vida.
 ¿Dónde está?
Brig. ¿Quién?
Carl. Esa dama.
Brig. ¿Qué dama? ¿cómo se llama?
Carl. No hagais la desentendida,
 Porque yo la he visto entrar.
Brig. Serian vuestros celos.
Carl. Apartad, viven los cielos,
 Que yo la entraré á buscar.
 (Don Carlos entra por la izquierda, cde-sele el embozo, y Brigida, que no ha cesado de mirarle, dice :)
Brig. ¡Ah! es el mozo.

ESCENA XIV.

CUANDO TODAVÍA LE ESTA MIRANDO, Y APENAS SE HA OCULTADO DON CARLOS DE LA VISTA DEL PUBLICO, ENTRA POR LA PUERTA, QUE AUN TENDRA ABIERTA BRIGIDA, DON PEDRO, QUE LA DICE DE REPENTE :

Ped. Vive Dios
 Que aquí una muger ha entrado,
 Y despues un embozado :
 Decid dónde están los dos.
Brig. (¡Dios mio!) Señor...

Ped. Por Cristo
 Que si niega...
Brig. Si en mi casa...
Ped. Yo sé lo que en ella pasa.
Brig. Nadie entró.
Ped. Yo les he visto.
Brig. Señor...
Ped. Despache.
Brig. Si aquí...
Ped. Yo por Dios los buscaré,
 Y si los hallo, yo haré
 Que no os olvideis de mí.
 (Vase á entrar Don Pedro por otro bastidor de la izquierda, y vuelve á entrar Don Carlos, con quien se encuentra cara á cara.)
Carl. (¡Maldita mi estrella impia!
 Mi suerte está en manos de ella,
 Y pierdo necio su huella
 Cuando mas falta me hacia.)
Ped. (Éi es.)
Carl. (¡Mas qué veo, cielos!)
Ped. ¡Caballero!
Carl. ¿Qué quereis?
Ped. De esta casa no saldreis.
Carl. ¿Quién lo estorbará?
Ped. Mis celos.
 ¿Qué hicisteis de mi muger?
Carl. ¿Y es á mí á quien la pedis?
Ped. Con vos vino.
Carl. No.
Ped. Mentis;
 Y me la habeis de volver,
 O por Dios que os acuchillo.
Carl. (¡Habrà desdicha mayor!)
Ped. Decid, ó á vuestro valor
 Apelad.
Carl. Es mas sencillo. (Riñen.)
 (Si no hay medio mas seguro
 De huir que matar á este hombre,
 Nada al fin hay que me asombre,
 Mi mala fortuna apuro.)
Brig. ¿Y qué va á ser hoy de mi?
 ¡Cielos, socorro, socorro!
 Todo á alborotarlo corro.
Carl. (Mi suerte se cumple aquí.)

ESCENA XV.

DICHOS, RANGEL.

Rang. (No me engaé; él es; él mismo :
 Aquí mi astucia me valga.)
 (Se pone de parte de Don Carlos.)
 ¿Qué es aquesto, gente hidalga?
Carl. Quitad.
Rang. Eso es heroismo.

Soy con vos. (*A Don Pedro, poniéndose de su parte.*)

Ped. Quitad también.

Rang. Pues que reñis uno á uno
Yo he de reñir por alguno,
Y he de dar adonde den.

Brig., dentro. Entren aquí.

Rang., cayendo.

Muerto soy.

Carl. ¿La justicia y ya hay un muerto...?
¿Ese balcon no da á un huerto?

Si.

(*Don Carlos gana el balconcillo, salta por él con la mayor rapidez posible, y Don Pedro colérico dice:*)

Ped. ¡Cobarde...! Tras él voy.

(*Va tras él.*)

ESCENA XVI.

MARGARITA EN LA ALACENA; RANGEL, TENDIDO; BRIGIDA; EL ALCALDE, JUSTICIA Y GENTE.

Brig. Esta es, señores, mi casa,
Y no sé por qué pecado
Tanta gente en ella ha entrado,
Buende ó diablo...

Alc. ¿Mas qué pasa?

Brig., viendo á Rangel. ¡Ay! ¡Dios de mi corazon!

¡Mirad!

Uno. Un hombre caido.

Otro. Muerto está.

Uno. No mas que herido.

Alc. A ver, daos á prision. (*A Brigida.*)

Brig. Pero, señor...

Alc. O decid

Quién aquí mató á ese hombre.

Brig. Si jamás supe su nombre.

Alc. Pues á la cárcel venid.

Brig. Esperad, que yo os diré

Lo que sepa. Há poco rato

Que entró con mucho recato

Aquí una muger.

Alc. Dad fé.

Brig. Al verla de miedo llena,

Que apenas hablar podia

Porque un hombre la seguia,

La metí en esa alacena.

Alc. Veámosla pues.

(*Bájense todos hácia la parte del teatro en que está la alacena, dejando espedito el paso de la puerta.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, MARGARITA.

Marg. ¡Teneos!

Alc. ¡Y con la cara tapada!
Descúbrase la taimada.

Marg. De mi desdicha doleos.

Alc. Fuera el velo.

Marg. Por piedad,
Que os compadezca mi llanto.

Alc. Mostrad, ú os arranco el manto
Sin...

Marg. Villano, no, en verdad.

Si llega á poner en mi

La mano algun atrevido,

Cuéntese de muerte herido.

Alc. ¿Amagais?

Marg. De muerte, sí.

Alc. Yo sé que manda la ley...

Marg. Tenga quien la ley auxilia

Cuenta con una familia

Que es tan noble como el rey.

Alc. ¿Qué hacemos?

(*El alcalde se vuelve á los demas, que se encogen de hombros, y miran estúpidos á Margarita. Entre tanto llega Don Pedro hasta donde están.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS, DON PEDRO.

Ped. (Pues que él halló

Camino en la oscuridad,

Ella pagará en verdad

Lo que el galan no pagó.)

(*Se muestra al alcalde.*)

¿Me conoce? ¡Calle pues!

Mirando á su buena fama

Y al secreto, de esta dama

Mi casa la cárcel es.

Yo daré al juez mis razones,

Y porque bien todos queden,

Llegarse á mi casa pueden.

A tomar declaraciones.

(*Ofrece el brazo á Margarita con severidad, y ella le toma.*)

Marg. ¡Valedme, santos del cielo!

Ped. Hidalgos, que os guarde Dios.

(*Vanse Don Pedro y Margarita.*)

ESCENA XIX.

EL ALCALDE, EL ESCRIBANO Y LOS DEMAS, AL REDEDOR DE RANGEL; LE LEVANTAN, LE DESABROCHAN, ETC.

Alc. Uno queda de los dos,
Acudamos al del suelo.

Uno. Está sin herida alguna.
 Otro. Mirarle bien la cabeza.
 Otro. Callad, que á volver empieza.
 El 1º. ¡ Tambien ha sido fortuna!

ESCENA XX.

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS,
 Y GENTE DE ARMAS.

Juan, á Noguerras. ¿ Con que le hallaron?
 Nog. Rangel
 Le ha seguido hasta esta casa.
 Juan. Veamos pues lo que pasa,
 Y si no ha dado con él
 Le empalo.

Nog. Mas héle ahí.

Juan. (Se acerca á Rangel, y asiéndole
 de un brazo le dice como de superior
 á inferior :) ¿ Qué es ello?

Rang., levantándose y dejando de dis-
 mular. ¡ Señor, sois vos!

Juan. ¿ Diste con él?

Rang. Con él dí.

¿ Cercásteis el pueblo?

Juan. Sí.

Rang. Pues ya es nuestro, vive Dios.

(Van á salir, y el alcalde se pone por
 delante.)

Alc. En nombre, hidalgos, del rey
 Se tengan.

Nog. Atrás.

Juan. Salgamos.

(Rangel encasqueta al alcalde el sombrero
 hasta los ojos de una palmada, dicién-
 dolo con mofa :)

Rang. Donde nosotros estamos
 Nosotros somos la ley.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de Don Pedro de Peralta. Puerta en el
 fondo que da al interior y exterior de la casa. A la
 izquierda el gabinete de Margarita; á la derecha
 la habitacion de Don Pedro: una ventana con
 reja; mesa, sillones, etc., etc. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA.

EN EL MOMENTO DE ALZARSE EL TELON ESTA
 BEATRIZ CERRANDO LA PUERTA DEL FONDO
 POR DONDE SE SUPONE QUE ACABA DE EN-
 TRAR, Y SE DIRIGE HACIA EL GABINETE DE
 MARGARITA.

Beat. Mucho mi señora tarda;
 Dios me la saque con bien,

Que si en el pueblo la ven
 Y soplan, buena la aguarda.
 Voy por ahorrar detencion
 A completar su equipage;
 Porque á fé que nuestro viaje
 Quiere priesa y precaucion.
 (Entra en el gabinete quedando sola la
 escena por un corto instante, despues
 del cual aparecen Don Pedro y Margari-
 ta del brazo; ella con velo y él em-
 bozado como salieron de la escena en el
 acto primero.)

ESCENA II.

DON PEDRO, MARGARITA.

Ped. Bien, señora, muy bien por vida mía;
 ¿ Son estos los cuidados de una dama
 Por un hidalgo á quien la luz del dia
 Es menos cara que su limpia fama?
 ¿ Esto es honra, es amor, es hidalguía?
 Decidme, si acertais, ¿ cómo se llama
 La que vende su fé y amor primero
 Por el amor de un torpe aventurero?
 ¿ Dó vais en medio de la noche oscura
 Despues de oculta y amorosa cita,
 Mientras el esposo de la amante impura
 Vuestra fortuna y salvacion medita?
 ¿ Los rebeldes temiendo por ventura
 Me ibais á hacer la guardia, Margarita,
 En avanzado puesto centinela
 Que vende á su señor mientras le vela?
 ¿ Ira de Dios! Si noble no mirara
 Que sois una muger, un ruin gusano,
 Un reptil á quien necio acariciara
 Mientras cobarde me mordió la mano:
 Si de quien soy un punto me olvidara
 Y ser pudiera cuanto vos villano,
 ¿ Vuestra traidora liviandad no alcanza
 La violenta esplosion de mi venganza?

Mas concluyamos de una vez, señora;
 Esta noche saldreis de Vallirana
 Bien guardada por gente que aun ignora
 Quanto tenéis de ingrata y de liviana.
 Vuestro equipage disponded ahora,
 Que en un convento dormireis mañana;
 De mi no os acordéis en adelante,
 Y estad pronta á partir.. vuelo al instante.
 (Vase por la puerta del fondo, cerrando
 por fuera.)

ESCENA III.

MARGARITA.

¡ Habrá apuro mayor...! y si entre tanto,
 Sin mas amparo que mi pobre empeño,

Le apresan por rebelde... Cielo santo,
Lo estoy palpando y me parece sueño.
¿Cómo tan presto nuestra cita supo
Peralta...? ¿Desde cuándo así me espía?
Tanta desdicha en él tan solo cupo
Si es que no lo hizo la torpeza mía.
(*Mirando por todas partes.*)

¡Si encontrara una puerta, una ventana!
¡Si hubiese quien le diera algún aviso!
Si no parte, que al fin caiga mañana
En manos de unos ú otros, es preciso.
¡Imposible! ¡esta reja, este aposento
Cerrados...! ¡oh! y creará que le abandono;
Y si el secreto revelar intento
A mi marido, ¡cuál será su encono!
¡Enemigo y rebelde...! No, Dios mío,
A salvarle, Señor, prestadme ayuda,
Mas siento pasos... en la suerte fio
Y espero mi ocasión atenta y muda.
(*Se sienta recatando el rostro, y al ver
asomar á Beatriz por la puerta de su
gabinete, da un grito de alegría yendo
para ella.*)

ESCENA IV.

MARGARITA, BEATRIZ.

Marg. ¡Gracias, Dios mío!

Beat. Señora,

¿Qué tenéis? ¿qué ha sucedido?

Marg. Nada, Beatriz; te ha traído
Sin duda un ángel ahora.

Beat. ¿Pero qué pasa? ¿qué es esto?

Marg. Perez...

Beat., *interrumpiéndola, y ambas con
mucho afán en lo restante.* Con
el otro dió.

Marg. Y en la sombra nos siguió.

Beat. ¿Y os encontró?

Marg. Por supuesto.

Yo al lejos le conocí;
Trabóse en la calle un duelo,
Llegó gente, me eché el velo,
Sali del tropel, y hui.

Seguíome astuto el doncel;

Una muger me escondió,

Mas mi marido llegó

A poco tiempo tras él.

Beat. ¿Y riñeron?

Marg. Sí por Dios;

Mas el ruido dió noticia

Del caso: fué la justicia...

Beat. ¿Y se salvaron?

Marg. Los dos.

Con el temor, con el ruido
Yo no vi por dónde huyeron,

Pero á mí me descubrieron

Y al fin di con mi marido.

Beat. ¡Santa Polonia nos valga!

Marg. Ahora, Beatriz, es preciso
Que yo dé á ese hombre un aviso,
Y de este aposento salga.

Beat. Pero, señora...

Marg. ¿Qué hay pues?

Beat. ¿Y otra vez quereis salir?

Marg. A salvarle ó á morir.

Beat. ¡A morir! ¿tanto interés
Os tomals en su aflicción?

Marg. Porque él su vida salvara
Que me robasen dejara
Cuanto hay en mi corazón.

Beat. Señora, estoy aturdida. —
Seis años há que en la casa
Estoy, y lo que hoy nos pasa
No se me ocurrió en mi vida.

¡Una pasión tan violenta

Guardábais tan en secreto

Que yo jamás vi el objeto!

Marg. Tenga con lo que habla cuenta;

¿Quién la dice que un galán

Sea y no un desventurado?

Beat. ¿Cuándo un infeliz ha dado

A una muger tanto afán?

Marg. Pues que se salve es forzoso,

Sea quien quiera.

Beat. Vedlo vos.

Marg., *viendo las llaves que tiene Beatriz
á la cintura.* ¿Tienes llaves?

Beat. Tengo dos.

Marg. ¿Son?

Beat. De ahí una.

(*De la puerta del fondo.*)

Marg. ¡Dios piadoso!

Pronto, Beatriz, este manto

Ponte.

(*Margarita la pone de grado ó por fuerza
el guardapiés negro y la ata por la cin-
tura su manto, cuya operacion dura
hasta el fin de la escena, que irá con
toda la posible celeridad.*)

Beat. ¡Yo!

Marg. Y esta basquiña.

Beat. ¿Y el amo?

Marg. Antes de la riña

Volveré yo.

Beat. ¡Cielo santo!

Va al punto...

Marg. Déjale, y calla

Por mucho que te amenace.

Beat. ¿Con que yo soy quien fuego hace
Y vos ganais la batalla?

Marg. Por mas que venga furioso...

Beat. ¡Santo Cristo de la Vega...!

Marg. Tú calla siempre, y si llega
El caso á mas, con brioso
Acento, y nada te asombre,
Dile que te vengarás,
Acusándole ademas
De la muerte de aquel hombre.

Beat. Mas...

Marg. Silencio; trae la llave.

Beat. ¿Con que yo sin culpa alguna...?

Marg. Es un golpe de fortuna.

Beat. ¿Mas hay razon...?

Marg. ¡Dios lo sabe!

(En estos cuatro últimos versos, Beatriz suplicando, Margarita huyéndose de ella, llegan á la puerta, ábrela Margarita, y dejando dentro á Beatriz sale por fuera. — Beatriz vuelve despues al centro del teatro, y se sienta resignada en el sillón, quedando sobre poco mas ó menos como quedaba Margarita cuando salió Don Pedro de la segunda escena.)

ESCENA V.

BEATRIZ.

¡Se dará suerte mas perra!
¡Con que por salvarse mi ama
Sin atender á mi fama
A mí en su lugar me encierra!
¿Y qué se dirá de mí
Cuando sepan que me salgo
De noche con un hidalgo?
¡Y al cabo si fuera así!
Pase... ¡pero que al estar
Arreglando el aposento
Sin maldito del intento
De ver ni de gulumear,
Culpada he de parecer
Tan solo por la torpeza
De ir á asomar la cabeza
Cuando no era menester!
¡Y ella! ¡mi ama! ¡habrá valor!
Tras tanta gazmoñería
A su marido vendía.
¡Dios ayude al buen señor!
¡Mas suben...! el es quizás...
¡Me cubro! ¡enemiga estrella!
Es muger, y haré por ella
Lo que pueda... nada mas.

ESCENA VI.

BEATRIZ, DON PEDRO

Ped. Ya los caballos están
Preparándose en la oscura

Noche, y con planta segura
Al convento os llevarán.

¿Qué decís? ¿no hallais, señora,
Una disculpa que darne?

¿O aun mas quereis ultrajarme

Con vuestro silencio ahora?

¡Está bien! ¡muy bien por Dios!

Si os empeñais en callar,

Al fin tendré yo que hablar

La última vez por los dos.

Yo os amaba, Margarita,

Mas que á la luz de mis ojos;

Di siempre á vuestros antojos

Una importancia infinita.

No hubo fiesta ni torneo

En que por veros contenta

Galan no tuviera en cuenta

Vuestro mugeril deseo.

No hubo una lengua atrevida

Que á vuestra conducta osara,

Que al punto no me pagara

La insolencia con la vida.

No hubo juglar ni cantor

Con cuyos cuentos holgárais,

Cuyos cuentos no gozárais

Del invierno en el rigor.

Constante en vuestro cariño,

A vuestro amor bien leal,

Siempre os traté por mi mal

Como á un caprichoso niño.

Vuestro antojo era mi ley,

Vuestra inclinacion mi guia;

En mayor cuenta os tenia

Que á mi patria y á mi rey.

Por vos, tenaz cortesano,

Aglomeré en mis blasones

Honores y distinciones

Que hoy estima el mundo vano

Por vos á la lid bajé;

Y vencido ó respetado,

Por daros marido honrado

De continuo me afané.

Con vuestra escasa nobleza

Enamoróme, señora,

Vuestra beldad seductora

Casi hundida en la pobreza:

Que bien sabeis que en su c...

Una princesa os tenia,

Mas que por vuestra hidalguia

Por vuestra virtud y porte.

¡Y al cabo, esposa liviana,

Mintiendo virtud y amor

Habeis hecho de mi honor

Mercadería villana!

¿Qué hicisteis del corazon

De que yo presente os hice?

Beat. (Pues si es verdad lo que dice,

A fé que tiene razon.)

Ped. ¿En callar os ostinais?
 ¿Es decir que vuestra culpa
 No puede tener disculpa,
 Si arrepentida no estais?
 ¿Es decir que pues carezco
 De buena ó mala respuesta,
 O no la teneis dispuesta,
 O de vos no la merezco?
 ¿Es decir que á mi orgullosa
 Con vuestro crimen estais,
 Y que á vuestro encierro vais,
 Muger vil, é ingrata esposa?
 Muerte aquí mismo no os doy
 En un arrebato insano,
 Porque me tiene la mano
 Ver quién sois, y ver quién soy.
(Beatriz hace un movimiento de temor.)

¡Temeis! ¡recatais la cara
 De ese velo en la doblez!
 Teneis razon; si otra vez
 Le mostrárais, ¡os matara!
 Velada, si; que tan bella
 Como es por mi desventura,
 No viera mas que impostura,
 Infamia y vergüenza en ella.
 Venid, señora, conmigo:

(Beatriz permanece inmóvil.)

¿Qué hacéis? ¿me insultais de intento?
Beat. (Ahora me lleva al convento.
 Yo canto.)

Ped. ¿Oís lo que os digo?

Beat. Señor...

Ped. Seguidme y callad,

Que en el dolor con que lucho...

(Don Pedro la coge de la mano, y al llegar los dos á la puerta se oye por dentro la voz de Margarita. Don Pedro suelta á Beatriz al oírta y abre.)

Marg., dentro. ¡Peralta!

Ped. ¡Cielos, qué escucho!

Marg., dentro. ¡Peralta!

Ped., abriendo. ¡Es ella en verdad!

ESCENA VII.

DON PEDRO, MARGARITA, BEATRIZ.

Beat. (Gracias á Dios que respiro.)

Marg., á Don Pedro. Bajárasme á des-
 pedir,

Que ya es hora de partir
 A Pamplona... ¡Mas qué miro!
 ¡Una muger! por mi vida,
 Perez, que á haberme pensado
 Que estábais tan ocupado
 Me ahorrara la despedida.
 ¡Para partirme á Pamplona

Es aquesta la razon!
 ¡Es esta la rebelion
 Que ha estallado en Barcelona!

Ped., confuso. Si estoy soñando no
 acierto.

Respondedme, Margarita,
 ¿No habeis salido á una cita?
 ¿No...?

Marg. ¿Me insultais?

Ped. No por cierto.

Es un misterio espantoso,
 Una fatal realidad.

(Con afan.)

¿No habeis hablado en verdad
 Con un galan misterioso?
 ¿No entrásteis en una casa
 Donde ocurrió una pendencia,
 Donde entró...?

Marg. Tanta insolencia

De raya, Peralta, pasa.

¿Eso á mí me preguntais

Con tan torpe atrevimiento,

Y solo en este aposento

Con esa muger estais?

¿Mal hidalgo y mal marido,

Me íbais, villano, á engañar,

Y aun me queréis achacar

Lo que habeis vos cometido?

¿A mi cuentas me pedis

De vuestros locos amores?

¿Y han sido vuestros mayores

De noble raza? — Mentis.

Aborto de ajenas faltas,

Por un error ó un descuido

Habeis, Don Pedro, nacido

En casa de los Peraltas.

Ped. ¡Margarita! Vive Dios

Que si otro tal me dijera

Aquí pedazos le hiciera,

Y... agradecédmelo vos.

Marg. ¡Cómo!

Ped., á Beatriz. De dudas salgamos.

¿Quién sois? descubrios... presto;

Pues vos sois la causa de esto,

Qué es aquesto os preguntamos.

Esta muger es mi esposa,

Dadla de esto una razon,

Sacadnos en conclusion

De esta duda escandalosa.

*Marg., á Beatriz, que, aunque dudosa,
 va á alzar el velo.* Teneos, no
 os descubrais;

Ya entiendo vuestras marañas;

Unas facciones estrañas

Sin duda á mostrarme vais;

No las podré conocer,

Y vos vais á concluir,

Buen Peralta, con decir

« No conozco á esta muger. »

No, bien está como está,
De ambos satisfecha quedo.

Beat. ¡ Válgame Dios y qué enredo
De golpe ensartando va !)

Ped., á Beat. Señora...

Beat. (Ese es otro apuro.)

Ped. El rostro una vez mostrad,

Y por Cristo atestigüad

Que no os conozco. (*A Margarita.*)

¡ Os lo juro !

Marg. Eso mas, viven los cielos,

Hombre imbécil, que por Dios

Que siento ahora hácia vos

Desprecio y mengua, no zelos.

Beat. (Salgamos pronto de aquí

Antes que el diablo la enrede.)

(*Fingiendo un poco la voz, pero sin que
toque en el ridiculo, á Don Pedro.*)

Vuesa merced con Dios quede.

Ped. ¿ Así os vais, señora ?

Beat. Sí.

Sin culpa en aquella muerte,

Pues sois vos quien le mató,

Libre de pena estoy yo

Si bien su merced lo advierte.

Pues parte no tengo alguna

En vuestro fatal error,

Dejadme salir, señor,

Y válgame mi fortuna.

Ped. Mas sola...

Beat. Soy española,

Casa tengo, y pues salir

Sola me han visto, he de ir

A mi casa otra vez sola.

Ped. Pero...

Beat. Dejadme.

Ped. ¿ Y no habeis

De decir... ?

Beat. Es mi secreto.

Marg. (No salió mal del aprieto.)

Mejor es que la dejeis,

Que pues ya de cualquier modo

Compostura haber no puede,

Que se vaya ó que se quede

Es igual para mi todo.

(*Coge Margarita á Beatriz, y llevándola
á la puerta la dice en voz alta :*)

Id, y si en mi casa os hallo

Preparaos á morir.

(*Al oido.*) (Vé á Juan corriendo á decir

Que me ensille otro caballo.)

(*Cierra la puerta con impetu, y vuelve á
la escena.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA, DON PEDRO.

Ped. (Por Dios que me desatinan
Aventuras tan estrañas.)

Marg. (Si no le salvan mis mañas
Esta noche le asesinan.)

Pedro Perez de Peralta,
Escuchadme atentamente,

Y lo que voy á deciros

Tened en memoria siempre.

Ped. Concluyamos, Margarita.

Marg. Tenga la lengua si puede,
Y escuche atento una vez.

Ped. Pues no hay remedio, sed breve;

(*Se deja caer en un sillón.*)

Mas no olvidéis que os escucho,

Aunque sentado, impaciente.

Marg. Sabeis que en hidalga cuna

Nací, y por ello me deben

Sino amor, quien no lo tenga,

Respeto quien se me atreve.

Ped. ¡ Señora... !

Marg. Por vos lo digo,

Que torpe esta noche, Perez,

Manchado habeis vuestros timbres

De leal y de valiente.

Ped. Mirad...

Marg. ¿ No sabes, Peralta,

Que el honor de las mugeres

Es un castillo cerrado

Que sus maridos defienden?

Ped. Pero...

Marg. ¿ Y no sabes, Peralta,

Que el necio que desguarnece

De este alcázar las troneras

Sus puertas abre y le vende?

Ped. Pero...

Marg. ¿ Y no sabes, Peralta,

Que al casarnos, mutuamente

A tí te dijeron : — ¡ Guárdala !

Y á mí : Quien te guarde tienes ?

Ped. Pero...

Marg. ¿ Y no sabes, Peralta,

Que el que á su muger ofende

No es leon que la custodia,

Sino mónstruo que la muerde?

Ped. Pero...

Marg. ¿ Y no sabes, Peralta,

Que nunca amorosas pueden

Dividir un mismo lecho

La paloma y la serpiente ?

Ped. Pero...

Marg. ¿ Y no sabes, Peralta,

Que está Margarita Tellez

Muy mal entre su honra limpia

Y los amores de Perez ?

Ped. Pero...

Marg. ¿Y no sabes, Peralta...?

Ped. Pero...

Marg. ¡Calla!

Ped. ¡Escucha!

Marg. ¡Tente!

Que pues no eres, vive Dios,
Ni el que su alcázar guarnece,
Ni el noble leon que vela,
Sino quien su alcázar vende
Y el necio que su honra escupe
Y la serpiente que muerde,
Yo me voy á mi convento
Despues de invocar las leyes. —
¡Beatriz!

Ped., *entre confuso y colérico.* (Dios de justicia,

¿Qué infernal misterio es este
Que cuanto mas le sondeo
Menos mi afan le comprende?)

ESCENA IX.

DON PEDRO, SENTADO EN SINIESTRA MEDITACION; BEATRIZ, MARGARITA.

Beat. ¿Qué mandais?

Marg. Dobles caballos

Apronten y doble gente,
Que todos juntos partimos.

Beat. ¿Todos?

Marg. A la corte.

Beat. Puede.

Marg. Calle y váyase la necia.

(¡Ay de ti si me obedeces!)

ESCENA X.

DON PEDRO, MARGARITA.

Marg. Peralta, vuestro equipage
Disponed cuando quisiéreis;
Esta noche partiremos
A ver al rey juntamente,
Y... ahoguemos uno del otro
Las memorias para siempre.

(*Entra en su gabinete con señales marcadas de indignacion, y dice abriendo la puerta:*)

Esto es dar al tiempo, tiempo,
Y el que tiene tiempo, tiene.

ESCENA XI.

DON PEDRO.

¡No lo entiendo, por Dios! ¿con que no era ella?

¿Mas yo no los seguí? ¡Oh! estoy seguro
Que no perdí ni equivoqué la huella
Por ruin crucero ó callejon oscuro.
Dos veces se ocultó; dos á encontralle
Volví, y tras dél veloz gané la casa
Y el mismo hallé con quien reñí en la calle
De las estrellas á la luz escasa.
Allí estaba tambien ella escondida;
No alcanzo en qué lugar del aposento,
Mas oíla al subir, y por mi vida
Que era su voz y conocí su acento.
La así del brazo, la arrastré conmigo,
Vine, subimos, la dejé cerrada,
No hice mas que bajar hasta el postigo,
Y al volver, no era ella la tapada.
Viéndolo estoy y dudo si lo veo;
¡No atino ¡vive Dios! si estoy soñando...!
¡Ah! no que dudo, que deliro creo,
Pues no comprendo lo que estoy palpando,
Mas yo daré con el misterio infame;
Y si á encontrar con quien me burla llevo,
Aunque al infierno en su socorro llame
Ni la amenaza le valdrá ni el ruego.
(*Llamando.*)

¡Beatriz!

ESCENA XII.

DON PEDRO, BEATRIZ.

Beat. ¿Qué mandais, señor?

Ped. Ven acá y cierra esa puerta.

Beat. (Todo lo sabe, estoy muerta.)

Ped. Respóndeme; y por mi honor

Que si ocultas la verdad
En lo que á exigirte voy,
Beatriz, á empezar vas hoy
Tu viaje á la eternidad.

¿Esta noche Margarita

No salió?

Beat. Yo no la vi.

Ped. ¿Pues por quién sino por tí
Pudieron darla la cita?

Beat. ¿Pero qué cita, señor,
Que de lo que hablais no sé?

Ped. ¿Te burlas, Beatriz?

Beat. No á fé...

(Trémula estoy de pavor.)

Ped. No hay mas que los tres en casa,
De ella salió una muger;
O tú ó ella habeis de ser,
Y de entre las dos no pasa.
Si tú no abriste la puerta,
Has de saber quién la abrió;
Quién fué confiesa, ó de no
Cuéntate, Beatriz, por muerta.

Beat. Pero ved, señor...

Ped. Lo dije;

Aquí una muger habia;

¿Quién fué, pues no era la mía?
Hablas ó mueres, elige.

Beat. Os diré pues lo que sepa,
Y tenedme compasion.
(Espiaré su intencion
Con cuanta fortuna quepa.
Al hórreo, señor, bajé
A llevar órden á Juan
De vuestra parte...

Ped. ¡Qué afán!
No pregunto eso.

Beat. ¿Pues qué?

Ped. ¿Cuando del hórreo volviste,
Responde, al ir ó al venir
En casa entrar ó salir
Alguna muger no viste?

Beat. Señor, perdonad si anduve
Algo en volver perezosa,
Que de la noche medrosa
Compañía esperando estuve.

Ped. Voto á...

Beat. Azorada volví;
Mas cuando á avisaros iba,
En estos cuartos de arriba
Gran són de querella oí.
Miré por el agujero
De la llave, os vi á los dos,
Y no me atreví por Dios
Á meterme de tercero.

Ped. ¿Pero no viste salir
De este cuarto una tapada?

Beat. Yo, señor, no he visto nada;
Porque verdad á decir,
Como amantes quimerillas
Nadie importa que examine,
Me volví por donde vine
Despacio y de puntillas.

(*Un momento de silencio, en que Beatriz
observa á Don Pedro, y este medita des-
esperado.*)

Ped. Está bien. Tarde ó temprano
La verdad he de saber;
Y si eres tú ó mi muger
No teneis remedio humano.
No he de cesar en mi afán;
Y aunque me cueste la vida,
Si no doy con la escondida
He de dar con el galán.

(*Vase.*)

ESCENA XIII.

BEATRIZ.

De tan peligroso apuro
Por un milagro salí;
Si da con ello ¡ay de mí!
Me hace añicos de seguro.

Temblando estoy todavía. —
Conforme me preguntaba,
Cuanto mas disimulaba
Mas su intencion me temia.
Lo que á mí me asombra mas
Es ver cómo en este asunto
Tal papel hago que un punto
No puedo volverme atrás.
Si descubro el galanteo
Él descubre la escondida;
Y en ambos casos mi vida
De un pelo colgada veo.
Quién tiene razon no sé,
Mas del hidalgo y la dama...
Allá voy... serviré al ama,
Y si da mal, cambiaré.
(*Va á la puerta del gabinete de Margarita
y llama.*)

¿Señora?

ESCENA XIV.

BEATRIZ, MARGARITA.

Marg. ¿Eres tú?

Beat. Yo soy.

Marg. ¿Están los caballos ya?

Beat. Con ellos al puente va
Juan.

Marg. Beatriz, sin alma estoy.
¿Y de ese infeliz qué es?

Beat. No lleva la mejor parte,
Segun calculo.

Marg. A informarte
De su suerte corre pues.

Beat. ¿No es rebelde al rey Don Juan?

Marg. ¿Qué te importa?

Beat. Es que hay soldados
En el lugar, que apostados
Por los de Navarra están.

Marg. (¿Esto mas, cielos?) No importa,
Una carta á precaucion
Tengo, y aunque en conclusion
Es esperanza bien corta,
Cómo has de dársela ve.

Beat. Es vano empeño, señora,
Que está hecho un Argos ahora
Vuestro esposo.

Marg. Ya lo sé;
Mas asomada al balcon
Puedes la calle espíar,
Y si es que acierta á pasar....

Beat. Entiendo mi obligacion.

Marg. Mas mira si á pesar de esto
Antes que él llegue á venir
Puedes tú acaso salir
Tras él con cualquier pretesto.

Beat. Así lo haré, descuidad.

Marg. Que entre en casa no permitas,
Y cuenta que de él me admitas
Oro ó papel.

Beat. No en verdad.

Marg. La última razon espero
En mi cuarto. *(Entra en él.)*

Beat. Lo haré así.
Que tengo yo para mí

Que si esto se alarga muero.

*(Asómase Don Pedro á la puerta, y viendo
á Beatriz con el papel en la mano, escu-
ha estos cuatro versos y sale.)*

Basta de misterios ya,
Y hartó hay con un escondite,
Que si toma su desquite
Don Pedro...

ESCENA XV.

BEATRIZ, DON PEDRO.

Ped. Le tomará.

Beat. ¡Cielos!

Ped. Venga ese papel.

Beat. Señor...

Ped. El papel.

Beat. Tomad.

Ped. Aquí sabré en realidad
Quién es ella, ó quién es él.

« Un caballo prevenido

« Teneis en el puente. — A Dios, — *(Lee.)*

« Y ved que os persiguen dos,

« Los del rey y mi marido. »

Quien escribe es Margarita.

(A Beatriz.)

Salid.

Beat. *(Por todo atropella.)* *(Vase.)*

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DESPUES DE UN MOMENTO
DE REFLEXION.

Acudo primero á ella
Y aseguro al de la cita.

(Se sienta y guarda el papel.)

¡Dadme paciencia, Dios mio! —

¡Margarita! *(Llamando.)*

ESCENA XVII.

DON PEDRO, MARGARITA.

Marg. ¿Qué me quieres?

Ped. *(No sé cómo me contengo,
¡Vive Cristo!)* Que te sientes.

II.

Marg. *(¿Si habrá cogido la carta?
Disimulemos.)*

Ped. *(La infame*

Quiere fingir todavía;

Mas sorprendido el billete

A mí me toca esta vez.)

¿Tienes, querida, presente

Cuánto tiempo há nos casamos?

Marg. Seis años y algunos meses.

Ped. Pues eso há que nuestra honra

Nos prestamos mutuamente.

Marg. *(El alma tengo en un hio.)*

Ped. Dime, ¿y esto cuántas veces

Si se pierde se recobra?

Marg. ¿Pero, á qué viene esto, Perez?

Ped. ¿Sabes, Margarita mia,

Que cada sentido tiene

Una puerta por dó sale

Nuestra honra y nunca vuelve?

Marg. Pero...

Ped. ¿Y sabes, Margarita,

Que no sois mas las mugeres

Que un alcázar en que la honra

Guardada los hombres tienen?

Marg. Por Dios, Perez, que no alcanzo

Lo que con eso pretendes.

Ped. ¿Sabes que un alma con honra

Otra alma con honra quiere,

Porque es justo que se guarden

Las reinas para los reyes?

Marg. Pero...

Ped. ¿Y sabes, Margarita,

Que el marido que la pierde

Compra una marca de infamia

Que lleva en el rostro siempre?

Marg. Pero...

Ped. ¿Y sabes, Margarita,

Que en tanto que no la vengue

Ni de hidalgo ni de hombre

El vano nombre merece?

Marg. Mas yo...

Ped. ¿Y sabes, Margarita,

Que, si por ella no vuelve,

Hasta las dueñas escupen

De su blason los cuarteles?

Marg. Pero...

Ped. ¿Y sabes, Margarita,

Que ha nacido hidalgo Perez,

Y no ha de vivir sin honra

Aunque al mismo Dios le pese?

Marg. ¡Cielo!

Ped. ¿Y sabes, Margarita,

Que un remedio hay solamente

Para dolencia tan grave?

Marg. Pero escucha.

Ped. ¿Y que es la muerte?

Marg. Pero...

Ped. ¡Silencio...!

Marg. Oye...
Ped. ¡Calla!
 Mas hablando no me afrentes,
 Y lee si te queda aliento.
 Margarita, estos papeles.
Marg. ¡Santo Dios! (Ganemos tiempo,
 Y en su misma red se prende.)
 (De rodillas.)
 ¡Perdon, Perez! ¡á tus plantas
 Me arrastraré eternamente!
Ped. ¿Y el polvo en que tú te arrastres
 Podrá mi honra volverme?
Marg. Lloraré al pié de tu lecho
 Velando mientras tú duermes.
Ped. ¿Y qué sueño ha de acudir
 A quien sin honra se acueste?
Marg. ¡Seré menos que tu esclava,
 Besaré el polvo que huelles!
Ped. ¿Y qué harás con esas manos
 Que toman esos billetes?
Marg. ¡Perdon!
Ped. La vida que llevas
 Que te perdone agradece,
 Y prepárate á enterrarla
 En un claustro para siempre.

ESCENA XVIII.

MARGARITA.

¡Terrible apuro por Dios!
 Si me confío y me vende,
 Ambos á dos nos perdemos,
 Porque Peralta no cede.
 No se lo digo, imposible;
 Es un proscrito, un rebelde,
 Y Perez con un contrario
 Ni transige ni conviene.
 No, sola le he de salvar,
 Y si al cabo me sorprende,
 A todo estoy ya resuelta,
 Le diré cuanto le debe:
 Y si aun se niega ostinado,
 Entonces, ¡cielos, valedle!
 Que vuestros altos designios
 Mas que mis intentos pueden. —
 ¡Beatriz! (Llamando.)

ESCENA XIX.

MARGARITA, BEATRIZ.

Beat. Señora...
Marg. ¿Y Peralta?
Beat. En la calle.
Marg. Atentamente
 Acecha por dónde va.
Beat. Segun dijo pronto vuelve.

Marg. Pues ponte al balcon al punto,
 Porque de mi no sospeche.

Beat. Mas, señora...

Marg. Y si entre tanto
 Que está fuera, el otro viene,
 Avisame en el momento.

Beat. Pero...

Marg. Y dile que me espere.
 (Éntrase Margarita, dejando á Beatriz de
 repente. Esta la mira hasta que la pierde
 de vista, y despues de silencio dice y se
 va.)

Beat. Pues, señor, si entiendo jota
 Que los demonios me lleven. (Vase.)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, QUE ENTRA POR LA PUERTA DEL FONDO.

¡Eh! ya estamos en campaña.
 A la puerta está el mancebo,
 Aquí la enredan de nuevo,
 Y Santiago cierra España.
 No, pues de esta ya es en vano
 Que yo tercié pretender;
 Si me llega á sorprender
 Don Pedro, canto de plano.
 (Llama á la puerta del gabinete de Mar-
 garita.)

¿Señora?

ESCENA II.

BEATRIZ, MARGARITA.

Beat. A la puerta está.
Marg. ¿Peralta?
Beat. El otro.
Marg. ¿Y le has dicho...?
Beat. Todo, mas tiene capricho
 Por veros y...
Marg. No será.
 ¿Está Juan con el caballo
 Prevenido?
Beat. Junto al puente.
Marg. Pues si no corre prudente
 Remedio á su mal no hallo.
 Dile que se salve, que huya,
 Que le juro por mi vida...
Beat. Señora, segun la olvidas,
 Poco espera de la suya.
Marg. ¡Cómo!
Beat. El són de los caballos
 Se oye en el pueblo.

Marg. ¿Y aun tarda?
Beat. Del rey de Navarra aguarda,
 Si no le hablais, los vasallos.
Marg. ¡Oh qué afán! por el balcon
 A despedirle saldré.
Beat. Es ya muy tarde.
Marg. ¿Porqué?
Beat. Se vienen de peloton
 Los ginetes por la calle.
Marg. ¿Darán con él?
Beat. ¿Quién lo duda?
Marg. Pues abre; y que Dios le acuda.
Beat. Le hallará Perez.
Marg. Que le halle.

ESCENA III.

MARGARITA.

¡Santo Dios! Si han decretado
 Su muerte vuestros enojos,
 Que no le vean mis ojos
 Morir tan desventurado.
 Matadle lejos de mí
 Si es tan culpable, Señor,
 O va á hacer vuestro furor
 Hoy dos victimas aquí.

ESCENA IV.

DON CARLOS, MARGARITA.

Marg. ¡Huid los del rey, por Dios!
Carl. Tan de cerca me seguian,
 Que en las manos me tenian
 Si no me amparárais vos.
Marg. ¿Porqué no habeis del lugar
 Salido?
Carl. Imposible fué;
 Por cuantas calles eché
 Fui con soldados á dar.
Marg. ¿Con que estais cercado aquí?
Carl. Sí, de noche, abandonado,
 Como tienen acosado
 En un monte á un jabali.
Marg. ¿Y no hay medio?
Carl. No, ninguno.
Marg. ¿Ni es posible concluir...?
Carl. Nada, y á poder morir
 Hallara remedio alguno.
 Margarita, si quisieran
 Mi suerte y mi vida sola,
 Alma me alienta española,
 Dos veces no la pidieran.
 Mas todos esos valientes
 Que rebeldes son al rey,
 Fueran de la misma ley
 Las victimas inocentes.

No, imposible transigrir;
 He jurado á esa ciudad
 De volver su libertad,
 Y lo tengo de cumplir.
Marg. ¿Y teneis pensado...?

Carl. Nada:
 ¿Ni cómo pude pensar
 ¡Ay de mí! sino en salvar
 Esta vida desdichada?

ESCENA V.

VUELVE BEATRIZ CON EL MANTO Y BASQUIÑA
 QUE EN EL ACTO SEGUNDO LA PUSO MARGA-
 RITA, Y CON EL QUE SALIÓ DE LA ESCENA.

Beat. Esto vuelvo al gabinete,
 Que todo lo anda Peralta;
 Y si nota que aquí falta
 Y á mi aposento arremete,
 Lo encuentra y cae en la trama,
 ¡Dios nos asista!

Marg. ¿Qué es?
Beat. Vuestro manto...
Marg. Pronto, pues:
 Tíralo sobre la cama,
 Y corre, vuelve al balcon
 Y avisa al venir Peralta.
Beat. (O mucha precaucion falta,
 O sobra mucha razon.)

ESCENA VI.

MARGARITA, DON CARLOS.

Marg. Don Carlos, para salvaros
 De tan inminente apuro
 No hay mas que un medio.
Carl. ¿Seguro?
Marg. Unico.
Carl. ¿Cuál?
Marg. Ocultaros.
 Partimos dentro de un hora
 Peralta y yo; en esta casa
 Podeis quedar mientras pasa
 La turba perseguidora.
 Los del rey se partirán
 Con el alba, y en tal caso
 Pensad, Don Carlos, que á un paso
 Los de Barcelona están.
Carl. Margarita, cosa alguna
 No es ya posible emprender
 Que no venga á entorpecer
 Mi desdichada fortuna.
Marg. Pues fiar en mi marido
 Tampoco es posible ya,
 Segun por ambos está
 Irritado y ofendido.

Mas decid, en conclusion
Con el bando agramontés,
Si dais, ¿tan difícil es
Obtener vuestro perdon?

Carl. Mirad, Margarita, bien
(*Con melancolia.*)

Mi rostro por un instante,
Que muestras en mi semblante
Habrá que respuesta os den.

Marg. No os entiendo.

Carl. ¿Os olvidais

Que en una torre encerrado,
A alimentarme forzado
Comí su pan?

Marg. Me aterráis.

Carl. ¿Aun no me entendéis?

Marg. No atino...

Carl. ¿No habeis oido decir
Que el pan que ayuda á vivir
Corta á la vida el camino?

Marg. ¡Cómo!

Carl. ¿Nunca oísteis vos

Que fué de muchos la vida
Sentenciada en la comida?

Marg. Un veneno... ¡Santo Dios!

Carl. Siento en mi sangre su huella,
Y aunque el fin no consiguieron,
Los traidores me le dieron
En la prision de Morella.

Marg. Mas...

Carl. No acuso á nadie, no;

Al brindarme la bebida
La mano quedó escondida,
No he de descubrirla yo.
Y pues aun vivo, y su intento
El que fué no satisfizo,
Sé que quien el mal me hizo,
Si le dejan me hará ciento.

Marg. Don Carlos, hora menguada
Al nacer os ha acudido
Cuando allí no le ha cosido
Contra el muro vuestra espada.

Carl. Hay, Margarita, ocasion
En que con razon bastante
Hay que tener por delante
No acero, sino razon.

Marg. No sé cómo lo entendéis,
Porque en tan extremo caso
Moris si traéis el vaso,
No bebo si no bebeis.

Carl. Yo le apuré todo entero,
(*Con amargura.*)

Y si otra vez me le enviaran,
Vacío se le llevaran,
Mas otro beber no quiero.
Poner el mar he pensado
Por eso entre ambos á dos

Que me pesara por Dios
Volver á lo comenzado.

Marg. Dirán que no habeis podido
Con la prez de vuestro nombre.

Carl. Diga lo que quiera el hombre
Como Dios fuere servido.

Marg. ¿Y la gloria...?

Carl., con resolucion. ¡Eh! ¡ilusion
vana!

Conozco mi obligacion,
Y sé que tengo razon.

Marg. ¿Para callar?

Carl. Soberana.

Harto, Margarita, os dije;
Entre infeliz y malvado
Que me llamen desdichado
Es lo que menos me aflige.

Basta ya de rebeldía,
Y aunque me den la razon,
No harán que en necia ocasion
Confiese que la tenia.

Y dejémoslo, señora,
Que penseis lo que querais,
Me basta que lo sepais
Vos sola en el mundo ahora.

Marg. Maldita fué vuestra estrella,
(*Con tristeza.*)

Don Carlos, desde el nacer.

Carl. De sangre hice ya correr
Hartos arroyos por ella.

¿Mas llorais?

Marg. ¿No he de llorar,
Señor, tanta desventura?

Carl. No se puede mi amargura
Con lágrimas aliviar.
No pudo nunca un amigo
Consolarla ó dividirla.

Marg. Pues si no podeis partirla,
(*Con entusiasmo.*)

Podeis llevarla conmigo.

Yo, Don Carlos, os amé
Con amor tan soberano,
Que si naciórais mi hermano,
Si os quisiera mas no sé.

Y á la faz del mundo entero
Puedo este amor confesar,
Sin que le hayan de tachar
De liviano ni altanero.

Por mucho que os suponian
Mal hijo, inquieto y traidor,
Siempre atrevido mi amor
Les contestó que mentian.

Por mas que vuestra mision
De desventura haya sido,
Siempre por vos he tenido
Cariño en el corazon.

Sí, y pues arrostré quizás
En mi honor una sospecha,

La vereda es muy estrecha
 Para que me vuelva atrás.
 Mi esperanza es bien escasa,
 Pero debe ya ser una
 Para entrambos la fortuna;
 Quedad, señor, en mi casa.
 Aquí os habeis de salvar,
 O aquí habemos de morir,
 Que mejor es sucumbir
 Que humillarse á suplicar.

Carl. ; Margarita!

Marg. Sí, yo soy,

Sino de reinos señora,
 Una muger que os adora
 Y os salva, ó perece hoy.

ESCENA VII.

DICHOS, BEATRIZ.

Beat. ¡Don Pedro!

Marg. Ocultaos pues.

Carl. Mas...

Marg. Callad, y entrar ahora.

Si partimos con la aurora,
 No habeis peligro despues;
 Sino, desde aquí escuchad,
 Y segun la situacion
 A vuestro ingenio y razon
 En todo caso apelad.
 Cierro aquí, y quito la llave.
 (*Cierra, y al volverse ve á Peralta, que la
 ha visto quitar la llave de la puerta.*)
 (*Peralta.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA, DON PEDRO.

Ped. (Ya le encontré.)
 Secreto será muy grave, (*Con ironía.*)
 Pues lo guardas.

Marg. Bien se ve.

Ped. ¡Si yo lo acierto...!

Marg. ¿Quién sabe?

Ped. Acabemos, Margarita,
 Quiero ver quién está aquí.

Marg. Si por Dios : ¿quién os lo quita?

Mas ved que es una visita

Que vino solo por mí.

Ped. Abrid pues.

Marg. ¡Oh, no! esperad,

Que á quien aquí tengo oculto

Le echásteis sin caridad

De vuestra casa.

Ped. Acabad.

Marg. Le vais á hacer otro insulto.

Ped. Despachemos, vive Dios,

Aquí os mato ambos á dos,
 O á ese hombre la puerta abris.

Marg. ¡Un hombre!

Ped. El galan.

Marg. Mentis.

Ped. ¿Aun negais?

Marg. ¿Aun porlais vos?

¡Necio estais! venid acá.

(*Le toma de la mano, le aparta, y dice con
 aire de triunfo :*)

¡No acertais quién puede ser!

Ped. Sea quien quiera, lo dirá.

Marg. ¿Olvidaste la muger

Que hallé con vos? ; aquí está!

(*Señalando al gabinete.*)

Ped. Es una farsa, señora,

Es una infame impostura

Que vos inventais ahora.

Marg. Os disculpais en mal hora,

Aquí está, y está segura.

Ped. De cólera pierdo el tino :

¡Abrid aquí, ó voto á tal...!

Marg. Vuestra vergüenza imagino,

Mas con techo de cristal

No tireis al del vecino;

Todo por cierto lo doy;

Tengo por mi buena estrella

Un galan, en eso estoy,

Mas, Perez, con él me voy

Mientras os quedais con ella.

Ped. Abrid esa puerta pues;

Mi dama ó vuestro galan,

Veamos pronto quién es.

Marg. Es inútil vuestro afan,

Que lo he pensado al revés.

Y contened el furor

Con que osado me amagais,

Que es mi parte la mejor.

La dama está aquí, señor,

Ved si el galan me encontráis.

Ped. No sé cómo me contengo.

Pues confesais que es así,

Obedecedme.

Marg. Convengo;

Mas la misma queja tengo

Yo de vos, que vos de mí.

Y si por tino ó azar

Vuestra dama supe hallar

Y no hallais mi galan vos,

No hago mas que atestiguar

Que he sabido mas que vos.

Ped. Mirad si quereis abrir,

O á la fuerza he de apelar.

Marg. Inútil es insistir.

Ped. Aprestaos á morir

Como le llegue á encontrar.

(*Va á forzar la cerradura con la daga.*)

ESCENA IX.

DICHOS, BEATRIZ.

Beat. Señor, señor.
Ped., con ira. ¿Qué quereis?
Beat. Que á tirar las puertas van.
Ped. ¿Loca estais?
Beat. Ved lo que haceis.
Marg. ¿Mas quiénes son?
Beat. ¿No los veis?
Ped. ¡Los rebeldes!
Beat. Aquí están.

ESCENA X.

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS,
SOLDADOS.

Juan. Aquí hay un rebelde; ó dadle, ó la casa [aquí!
 Registro, y ¡ay de ellos si ese hombre está
Marg. (Nos trae desventuras la suerte sin tasa.)
Ped. ¡El mundo está todo por Dios contra mí!

(A Don Juan.)

Quien quiera que fuéreis, si no contemplara
 Que dó habeis entrado sin duda ignorais,
 Por Cristo bendito que yo os contestara
 Con lengua de acero. (Mano á la daga.)

Juan. ¿Qué es eso, amagais?

Ped. No, pues que parece pecais de ignorante

Y á fuer de obediente vasallo venís,
 Mas ved si la casa dejais al instante,
 Que el rey está en ella.

Juan. (¿El rey?)

Ped. ¿No me vió?

Juan. Hidalgo, ¿estais loco? ¿pensais que el rey sea

El hombre á quien necio ó traidor escondéis?
 (A la gente.)

No quede rincón que no se ande y se vea.

Marg. ¡Dios mío, ayudadnos!

Ped. ¡Teneos!

Juan. ¿Qué haceis?

Ped. Yo soy, caballero, Don Pedro Peralta.
 (Con brio.)

He traído á este pueblo del rey comision; y busco á ese mismo rebelde que os falta, Del rey en el nombre, Don Juan de Aragon.

Juan. Que aquí entró un rebelde, lo he visto, os lo juro.

(Con desprecio.)

Que vos sois Peralta lo veo tambien:
 Mas si hallo á ese hombre que os ahorco es seguro.

Ped. ¿Vos?

Juan. Yo.

Ped. ¡Voto á Cristo!

Juan. Callad y vais bien.

Ped. ¿Que soy olvidásteis del rey secretario,

De Lérida alcalde, su amigo mas fiel?

Juan. Yo nada os he dicho, Peralta, en contrario;

Mas obro en su nombre... pensad que soy él.

Ped. Pues yo no os conozco, ni sé vuestro cargo,

Y á mí sus despachos él mismo me dió.

Juan. Repito, Peralta, y silencio os encargo,

Que el rey de Navarra en su ausencia soy yo; Mandad que á esa gente las llaves entreguen.

(A ellos.)

No quede escondrijo ni cuarto por ver.

(A Peralta.)

Y no hayais recelo que á un átomo lleguen, Que ya tienen todos lo que han menester.

Ped. Estoy que no veo. Pedazos le hiciera Si en falso su fuero llegara á encontrar.

Aquí están las llaves.

(Peralta las toma de Beatriz, Don Juan de Don Pedro, y Don Juan las alarga á Nogueras, que va por el interior de la casa á registrarla con toda la gente que entró con ambos.)

Juan. Mirad lo de afuera;

(A Peralta y Margarita.)

A mí estos salones me pueden mostrar

ESCENA XI.

DON JUAN, DON PEDRO, MARGARITA.

Ped. Del rey me habeis dicho venís en el nombre;

No haré resistencia, conmigo venid.

Juan, mirando á Margarita. (¿Será la muchacha muger de este hombre?)

Marg. ¡Dios mío, acudidme!

Juan. ¡Muy bella! (A Peral.) Decid.

¿Esta es vuestra esposa?

Ped., amostazada. Mi esposa.

Juan. ¡Es muy bella!

Ped. ¿Tambien conocéisla por suerte?

Juan. No á fé;

Mas he muchas veces oído hablar de ella, Y que era escesiva su fama pensé.

Mas ya que la he visto, Peralta, os confieso Que es mas que su fama su rara beldad.

Ped. Lo dicen. (Me abrazo.)

Marg. Dejaos ya de eso. Señor caballero.

Juan. (¡Muy linda en verdad!)
 ¿Ha visto la corte?
Ped. Vivió algunos años
 En ella.
Juan. Jurara que nunca la vi.
Ped. ¿Sois pues de la corte?
Juan. De intrigas y amaños
 Escuela, me cansa aunque noble nació.
 Conózcola empero, pues siendo soldado,
 Estoy muchas veces muy cerca del rey;
 Ya veis, centinela en palacio apostado,
 Las damas mirando entretengo la ley.
Ped. Pasemos, si os place. — Ese es mi
 aposento,
 Y en él hasta el lecho podeis registrar.
 (Don Pedro le dirige hácia su cuarto. Don
 Juan observa á Margarita.)
Juan. (Pues es la Peralta de gracia un
 portento.)
Marg. (¡Me juzga tan bella...! no lo he
 de olvidar,
 Haré á mi hermosura tercero... probemos.)
 ¿Podré, caballero...?
Juan. ¿Yo os puedo servir?
Marg. Sí; pues que por noble os dais y
 os tenemos,
 Con vos un secreto quisiera partir.
Ped. (¡No sé cómo á raya tendré la pa-
 ciencia!)
Juan. Hablad, que os escucho.
Marg. ¡Empacho me da!
 (Le lleva hácia la puerta donde está Don
 Carlos, de modo que se conozca la in-
 tencion de que oiga.)
Juan. ¿Son cosas...?
Marg. De casa, atended.
Juan. ¡Qué inocencia!
Marg. Nosotros, casados há tiempo y por...
Juan. ¡Ya!
 Entiendo, adelante.
Marg. Trabamos ahora...
Juan. ¿Alguna reyerta de amor conyugal?
Marg. Preciso; en mi cuarto cerré á la
 traidora
 Porque él no la viese.
Juan. ¿Y lo sabe?
Marg. ¡Caball!
 Muger ofendida, y teniendo la prueba
 Que da á mis recelos derechos y razon,
 Si sois caballero dejadme que os deba
 Tan solo una gracia.
Juan. Será obligacion.
Marg., con intencion. Ya veis que un
 rebelde no es una manceba,
 Cuidemos su fama, que tiene opinion;
 Quisiera tan solo saber quién me lleva
 De Pedro el cariño.
Juan. Y es buena ocasion.

Mas vine, señora, tras un enemigo;
 ¿En ese aposento jurais que no está?
Marg. No es mas que una dama; de
 cierto os lo digo.
Juan. ¿A cuartos de adentro por estese va?
Marg. No hay mas aposento que sala y
 alcoba;
 No hay mas escondido que aquella muger;
 Cortina, ni puerta, luz, ni vista roba.
 Y entre ellas ni un niño se puede esconder.
Juan. ¿Ireis á la corte?
Marg. Si veo á esa dama
 Primero que Perez.
Juan. Prometo que sí.
Marg. (Dios quiera que me oiga y apoye
 la trama.)
Ped. (¡Oh! pues pese á entrambos, no
 sale de aquí.)
Juan. Abrid y veamos.
Ped., con curiosidad. (Cualquiera que
 fuere,
 Muger la descubro, galan doy con él.)
Marg. (Si ha oido se salva, sino por mi
 muere.
 Señor, amparadnos en trance tan cruel.)
 (Abre Margarita. Don Juan se da por
 satisfecho. Don Pedro queda como asom-
 brado.)
 ¿La veis?
Juan. Es la dama.
Marg. Sentóse corrida
 La faz encubriendo.
Ped. (Es ella por Dios.)
Marg. (Pendian de un hilo su vida y mi
 vida.)
Juan. Estoy satisfecho.
Marg., á Don Pedro. ¿Lo estais tambien
 vos?
Ped. Del todo.
Juan. (¡Pobre hombre!)
Ped. (Si sueño, no acierto;
 Mas queda en mis manos, y voto á la luz
 Que en ellas espira, ó sabemos de cierto
 Si el velo que lleva es mantilla ó capuz.)

ESCENA XII.

DICHOS; LOS DEL REY, QUE VUELVEN CON
 NOGUERAS.

Juan. ¿Le habeis encontrado?
Nog. Milagro parece
 Que en torno cercado pudiera escapar.
 (A Don Juan, bajo.)
 Mas ved que el peligro y el tiempo huye y
 crece.
Juan, á Nogueras. ¿Y ahora...?
Nog. Yo quedo por vos á velar.

Juan. Partamos. Peralta, tal vez y muy presto
fendrán los rebeldes á veros.

Ped. Lo sé.

Juan. ¿Y vais?

Ped. A quedarme guardando mi puesto
Al rey obediente.

Juan. Mirad...

Ped. Lo miré.

Juan. El rey sabrá luego que honor
nunca os falta.

Ped. Si no lo ha olvidado lo sabe bien ya.
Decidle, si os place, que aquí está Peralta
Leal todavía, y leal morirá.

Juan. Holgará en saberlo y oidme. (Entre
tanto

Que baja conmigo podrá su muger
Ganarle el secreto; el hombre es un santo
En esto de amores.) (Vanse todos.)

ESCENA XIII.

MARGARITA, DESPUES DON CARLOS.

Marg. No sé lo que hacer.

¿Don Carlos?

Carl. Dejadme que salga, señora;
Pues esa es mi estrella, dejadme morir.

Marg. Sois salvo.

Carl. ¿Y Peralta?

Marg. En salvaros ahora
De grado ó por fuerza le haré consentir.

Carl. Mas ved.

Marg. No hay porfia: ¿ois desde adentro?

Carl. Pues me he disfrazado, ya veis que
os oí;

Mas de ese soldado quisiera el encuentro
Poder escusarme.

Marg. Fiaos de mí,

Que le he conocido: sé cuánto os importa
Y cuánto os detesta, mas no os hallará.

Carl. En esa esperanza...

Marg. Tal vez es muy corta.
(Sintiendo á Don Pedro, cierra.)

ESCENA XIV.

DON PEDRO, GERRANDO LAS PUERTAS, VASE
HACIA MARGARITA, QUE SE QUEDA DE
ESPALDAS A LA PUERTA DE SU GABINETE.

Ped. (Galan, dama ó duende de aquí no
saldrá.)

Los lances de esta noche, Margarita,
No comprendo, mas de uno ú otro modo
De mi incógnito amor y vuestra cita
Ver quiero el fin y comprenderlo todo.
Cerrada en vuestro cuarto está mi dama

Decís, y el galan vuestro no parece;
Va en descubrir á entrambos nuestra fama,
Y el tiempo corre y el peligro crece.

Elegid: ó prudente y advertida
De ese aposento me franqueais la puerta,
Y doy sin dilacion con la escondida,
O por lo del galan os dejo muerta.

Marg. Ved, Peralta...

Ped. Razones abreviemos;
Yo soy el ofensor, vos la ofendida,
Quiero satisfaceros; olvidemos
Vuestro galan y venga mi escondida.

Marg. Pues primero entendid.

Ped. No entiendo nada;
Venga vuestro galan ó mi tapada.

Marg. Si antes no óis lo que deciros tengo,
Peralta, no entrareis.

Ped. Nada os escucho;
La dama ó el galan: porque os prevengo
Que el mio y vuestro honor me importan
mucho. (Va á la puerta.)

Marg. Teneos.

Ped. Apartad.

Marg. Oid primero.

Ped. ¿Fuera, ó por Dios!...

ESCENA XV.

DON PEDRO; DON CARLOS, SALIENDO
MARGARITA.

Carl. ¿Teneos, caballero!

Ped. Al fin salisteis, rondador de calles,
Mas falta vuestra cómplice.

Carl. Soy solo
Con mi desdicha yo.

Ped. ¿Solo habeis dicho?

Carl. Nadie conmigo está.

Ped. ¿Con que era un dolo?
¿Con que sois á la par, viven los cielos,
Enemigo del rey y del estado

Y objeto aborrecible de mis zelos!

Carl. Peralta, no soy mas que un desdi-
chado.

Ped. ¿Desdichado!... Un traidor.

Carl. ¿Tened la lengua!

Ped. ¿Oh! mirando la cuna en que he
nacido,

Entregaros al rey tengo por mengua
Cuando en mi propia casa os he cogido.

Carl. En hacerlo tardais.

Ped. ¿Eso os contenta?

¿Temeis mas mi furor que su justicia,
Vil causador de mi baldon y afrenta?
Mas calculásteis mal; que yo me obligo
Al galan y al rebelde dar castigo.

Carl. De una vez concluyamos, caballero;
Ni soy lo que pensais, ni mancha alguna

Temals en vuestro honor, porque prefiero
A las manos morir de mi fortuna.
Huí una noche por desdicha mia
De una torre en que preso allá en Pamplona
La ambicion y la envidia me tenia,
Y pensé refugiarme en Barcelona.
Por los del rey de cerca perseguido,
Me acogí á este lugar á la aventura;
No delincuente, desdichado he sido,
Y el cáliz apuré de la amargura.
Entregadme... yo soy el que buscaban,
Mas perdonadme si mi nombre os velo;
Que esos que há poco de salir acaban,
Mi cómplice os harán si os lo revelo.

Ped. ¿Quién sois pues?

Carl. Un proscripto, aunque inocente.
Mas tal vez mi cabeza está tasada,
Y si os digo mi nombre, va esa gente
A suponer que la teneis comprada.

Ped. Entiendo vuestra sórdida impostura,
Mas yo no os pido por rebelde cuenta
Ni indago vuestra dicha ó desventura;
Quiero vengar en vos mi torpe afrenta.
Escondido en mi casa os he encontrado;
Os vi de ella salir con Margarita,
Y pues no entiendo bien lo que ha pasado,
Explicacion ó sangre necesita.

Marg. Yo os la daré, Peralta.

Ped. Pues sed breve.
¿Sabeis quién es ese hombre?

Marg. Sí por cierto;
Ese es un hombre á quien Peralta debe
A manos del verdugo no haber muerto.

Ped. ¿Mentis!

Marg. ¡No, vive Dios! á él solamente
Debes esposa, libertad y vida...

Ahora si quieres llamaré á esa gente
Y serás ante Dios un parricida.

Ped. No alcanzo...

Marg. Lo adivino. ¿Has olvidado
Cuando en bandos la corte desgarrada
En prenda estaba del combate osado
En la plaza la horca levantada?

¿Cuando víctimas daban á porfia
La sed de honores, la ambicion de mando,
Y un triunfo pregonaban cada dia
La cabeza del uno y otro bando?

En un oscuro calabozo distes,
Peralta, y á morir te condenaron;
De salvacion y fuga desististes,
Y por muerto los tuyos te lloraron.

Te salvaste por fin; ¿pero no sabes
Quién burló entonces de la ley el fallo?
Pues él rompió de tu prision las llaves,

(*Señala á Don Carlos.*)

Y él fué quien para huir te dió el caballo.
Ped. Su nombre.

Marg. De rodillas has de oírle

Si á conocer tu bienhechor te avienes,
Y apróntate, Peralta, á bendecirle,
Que le debes la vida y cuanto tienes.
Él acogió mi juventud perdida,
Él fué mi hermano, mi tutor, mi amigo,
Y por él en la corte protegida
Me dió fortuna y me casó contigo.
Ese fué quien de humilde é indigente
Me igualó generoso con su hermana.

Ped. ¡Su nombre, por piedad!

Marg. La ingrata frente
Pon á los piés del príncipe de Viana.

(*Don Carlos se desemboza; Don Pedro queda en sombra y siniestro silencio. Margarita con aire triunfador.*)

Carl. Yo soy, Peralta, ese hombre desdichado,

Ludibrio del furor de la fortuna.
Vedlo, Don Pedro, bien: noble y soldado,
Mi esperanza está en vos si aun tengo alguna.

Marg. ¿Qué haces, Peralta?

Ped. Lloro, Margarita.

Carl. ¿Tanto me habeis, Peralta, aborrecido?

Ped. En esta noche, para mi maldita,
Me alegrara, señor, no haber nacido.

Marg. ¿Dudas?

Ped. El mismo rey aquí me puso
Para prenderos y entregaros luego:

Si os salvo, amigo, de traidor me acuso,
Y apuro mi deshonra si os entrego.

Entre infamia y traicion... ¿qué mas hablaros?

Nacidos los Peraltas caballeros,
Caballero y leal debo salvaros,
Vasallo de mi rey debo venderos.

Marg. Di, y ese rey cuando señor te halles
Del secreto de que él mató al de Viana,
Mal padre y peor rey, para que calles

¿No te ahorcará por precaucion mañana?

Ped. ¿Eso en un rey á suponer te atreves?

Marg. Sí; cuando tú, cumpliendo como bueno,

Dado á prision al príncipe le lleves,
Él doblará la dosis del veneno.

Ped. ¡Margarita!

Marg. Le lleva en sus entranas.
Sálvale ó dale. ¿De temor objeto

Piensas que vivas? Pagareis, te engañas,
Él la cuna real y tú el secreto.

Ped. ¡Margarita! (Con ira.)

Marg. Con risa cortesana
Te jurará traidor que le perdona,

Pero al morir aprenderás mañana
Que valió mas que el hijo la corona. —

¡Pero llorais! ¡perdon! (Al príncipe.)
Carl. ¡Era mi padre!

Yo todo por la paz le he prometido,

Ir desterrado donde mas le cuadre,
Cederle liberal cuanto he tenido.
Proscrito de mi patria, desterrado, (*Llora.*)
No exígia yo mas de su corona
Que el honor y la paz del principado,
El fuero y libertad de Barcelona.

Marg., con entusiasmo. No, ser no puede
criminal quien ama

Sus pueblos y su honor mas que su vida;
Mira, Peralta, *llanto no derrama*
Al nombrar á su padre un parricida.

Carl. ¡Parricida! por cierto que min-
tieron:

Cataluña y Navarra ¿no le enviaron
Embajadores que por mí le hicieron
Reconocer cuán torpes le engañaron?
¿No me dieron sus tronos algun día
Nápoles, la Sicilia y la Cerdeña,
Y por el mar la tentacion no huía
De respeto filial en firme seña?

¡Ah! todo lo tenté, vine á postrarme
Con toda la humildad de los vencidos,

Y abrió en vez de los brazos á estrecharme
A la ambicion de Francia los oídos.

Ciego ya por mezquinos intereses
Mi humillacion y lágrimas pospone

A los condes de Fox, al fin franceses...
Bien, suyo soy; ¡que mate ó que perdone!

(*A Don Pedro.*)

Libre de vuestro empeño estais conmigo;
No es tarde aun, abrid esa ventana

Y entregad sin temor al enemigo
Al desdichado príncipe de Viana.

Marg. ¡Perez!

Ped. Señor, que me arranqueis prefiero
La vida, á ser traidor.

Carl. ¡Dadles la mia!

Ped. ¡La mia, vive Dios, daré primero!

Marg., escuchando. Silencio... una es-
peranza hay todavía.

(*Hace al príncipe que entre otra vez en su
gabinete.*)

Que no os vean... entrad.

Carl., entrando. ¡Aun mas, señora!

Marg. No respireis siquiera. (*A Peralta.*)
¡Abrid la puerta!

Ped. Margarita, ¿qué hacer...?

Marg., abriendo. Callar ahora.
(*Estoy de miedo y de esperanza muerta.*)

ESCENA XVI.

DICHOS; GARCERAN, COMO SALIÓ DE LA
ESCENA EN EL ACTO PRIMERO, CON BOTAS
Y ESPUELAS, CUBIERTO DE LODO Y SUDOR,
Y EN EL MAS COMPLETO DESÓRDEN.

Garc. Señor, salvaos; los rebeldes llegan.

Ped. ¡Esto mas!

Garc. Por la sombra protegido
La puerta del jardín les he ganado,
Y á morir ó salvaros he venido.

Marg. ¡Dios santo!

Ped. Garcarán, tarde has llegado

Garc. Yo os salvaré, venid.

ESCENA XVII.

CUANDO GARCERAN VA A SALIR, LLEGAN DON
JUAN CON RANGEL Y DOS Ó TRES DE LOS
SUYOS.

Juan, á Rang. (¡Y ay si has mentido!)
Aquí está el rebelde, ó dádmele al punto,
O cierro la casa y la mando quemar;
Si alguno resiste dejadle difunto;
Morir ó entregarle, poco hay que dudar.

Ped. ¿Y quién amenaza con muerte y con
fuego

Mi casa?

Juan. Quien puede.

Ped. ¿Quien puede sois vos?

Juan. Peralta, no vale la fuerza ó el ruego,
O dais el rebelde ú os quemó á los dos.

Ped. ¿Y habiendo ese encargo yo aquí del
rey mismo,

Pensais que al monarca sirviera tan mal?

Juan. El rey, satisfecho de tal patriotismo,
Os ha relevado del cargo real.

Y en fin, en mis manos por suerte ha caído,
Pues dió en Villafranca conmigo al huir.

El rey en secreto prenderle ha querido,
Y al rey en secreto conmigo ha de ir.

Ped. ¡No irá, voto á Cristo!

Juan. ¿No irá? y con mi gente
Vos mismo á Pamplona conmigo vendreis.

El rey os lo manda.

Ped. Y al rey frente á frente
Cuando él me pregunte...

Juan. Le respondereis;
Y estoy ya cansado, Peralta; acabemos,

¿Me dais ese hombre?

Marg. Buscadle, señor;
Franquearos la casa lo mas que haremos;

De no contentaros mirad lo mejor.

Juan. Sois bella, señora; cual sois de
taimada,

Me habeis engañado con harta doblez.

Marg. Tan solo esta cuadra no fué regis-
trada.

Juan. No quedará nada por ver esta vez.

(*Don Juan entra en el aposento con No-
gueras. Rangél y los soldados del rey
se quedan en la escena. Margarita
cerca de la puerta por donde entró Don
Juan. Peralta indeciso entre colérico y*

avergonzado : en esta situacion se oyen por fuera gritos y clarines, ruido de armas y caballos, y algunos arcabuzazos allá á lo lejos.)

Rang. ¿Qué es esto?

Un Soldado, asomándose á la ventana.
Tomemos piés.

¡Los rebeldes!

(Margarita corre el cerrojo á la puerta del cuarto donde entró Don Juan.)

Marg. (Por si acaso.)

(Pasa al lado opuesto donde está Don Carlos.)

ESCENA XVIII.

DICHOS; SOLDADOS DE LOS INSURGENTES DE BARCELONA, REBELDES DE TODOS PUNTOS DE CATALUÑA, ETC.; MARGARITA, DELANTE DE LA PUERTA DONDE ESTA DON CARLOS; DON PEDRO, CON LA ESPADA EN LA MANO.

El Jefe. Al primero que dé un paso
Le divido de un revés.

¡Hola, aquí hay agramenteses!

Atadlos bien por los codos,
Y que los guarden con todos
Nuestros bravos montañeses.

Señores, darse á prision,
O venirse con nosotros.

(A Don Pedro.)

Sois hombre de condicion.

Abajo hay algunos potros;
Montad el que os diere gana,
Y Barcelona os abona.

Marg., abriendo el cuarto donde está el príncipe. De rodillas Barcelona
Ante el príncipe de Viana.

ESCENA XIX.

DICHOS; EL PRINCIPE.

Carl. Insensatos, ¿qué intentais?

Rebelde. Libraros.

Carl. ¿De quién?

Rebelde. Del rey.

Carl. ¿Y así las leyes...?

Rebelde. No hay ley,

Señor, donde vos no estais.

Barcelona, esa ciudad

De su príncipe dolida,

Al rey pide vuestra vida,

Y con vos su libertad.

¡Viva el príncipe de Viana!

Todos, fuera y dentro. ¡Viva!

Rebelde. ¡Viva Barcelona!

Todos, idem. ¡Viva!

Carl. Vuestro intento abona

Esa rebelion insana.

Rebelde. Señor, Cataluña entera

No quiere mas que con vos

La ley suprema de Dios

Y la libertad primera.

Carl. Vamos pues á esa ciudad,

Y si mi padre se aviene,

Mañana os juro que tiene

Barcelona libertad.

Peralta, venid conmigo.

Ped. Perdonad: me quedo aquí.

Carl. ¿Y el rey?

Ped. Hidalgo nació,

Y á morir leal me obligo. —

Idos, príncipe, con Dios,

Si estais salvo, ya lo veis,

Nada al cabo me debeis,

Y aun quedo en deuda con vos. —

Y aunque mi honra está empeñada

A cual mas por cada uno,

Para no ir contra ninguno

Dejaré patria y espada.

Marg. Idos, y el cielo permita

Que cuando lejos muramos,

Que sois tan feliz sepamos

Como España necesita.

Carl. Pues si en mejor ocasion

Un dia á mi padre veis,

Que no pedí le direis

Mas que la paz y el perdon.

Que ya dolorido y harto

De guerra y mal tan prolijo,

Siendo su hcredero y su hijo

A tierra estrangera parto.

Marg. Id.

(El príncipe los abraza y dice saliendo:)

Carl. Y pues sois tan honrados,

En vuestros males estremos

Venid á mi y partiremos

El pan de los desdichados. *(Vase.)*

ESCENA XX.

MARGARITA, DON PEDRO.

Marg. Dios os ayude, señor. —

(A Perez.)

Y Dios solo te ha salvado,

Peralta, de haber quedado

Por infame ó por traidor.

Y porque ahora la prudencia

Mas que nunca es menester,

Antes de lo que has de ver

Quiero hacerte una advertencia.

El, de dos reinos señor,

Tras del príncipe ha corrido

Como si hubiera nacido
Berberisco ó salteador.
Porque de asunto tan grave
No caiga sobre él la mengua,
No hay mas que arrancar la lengua
A quien el secreto sabe.
Ahora bien; pues lo sabemos,
El argumento es bien llano.
Peralta, tarde ó temprano
Por saberle moriremos.
(*Abre la puerta donde están Don Juan y
Nogueras.*)

ESCENA ULTIMA.

MARGARITA, DON PEDRO, DON JUAN,
NOGUERAS.

Marg. Podeis salir, rey Don Juan.

Ped. ¡El rey...! ¿con que no mentian?

Marg., á Don Juan. Por el principe ve-
nian;

Le encontraron y se van.

De vos á él le protegimos

Y de los suyos á vos;

No podeis, señor, por Dios

Decir que traidores fuimos.

Juan. Peralta, yo bien sabia
Que hice en vos un buen amigo.

Ped. No habéis, rey Don Juan, conmigo.
Porque yo no os conocia.
El que oculto estuvo allí
Era el principe de Viana;
Si vos lo contais mañana,
A él lo debeis, y no á mí.
Y no temais que en la historia
Por nuestra audaz villanía
Quede, señor, algun día
De esta noche una memoria.
Que vos mismo habeis venido
Tras del hijo que engendrásteis,
Es un secreto que echásteis
Con nosotros al olvido.

Juan. Ingrato no me hallareis.

Ped. Dejadlo estar como está
Y partid cuando gustéis,
Que nada temer podeis

De los catalanes ya.

Mas me habeis hecho el ultraje

De creerme desleal,

Y ya me sentara mal

El rendiros homenage.

Rey Don Juan, esa es mi espada.

(*Se la descíñe y la pone en el suelo
sus piés.*)

Para no haceros traicion,

No la llevo á precaucion

Ni desnuda ni envainada.



EL ZAPATERO Y EL REY

(PRIMERA PARTE),

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

Por odio y contrario afan
Calumniado torpemente,
Fué soldado mas valiente
Que prudente capitán.
Osado y antojadizo
Mató, atropelló cruel;
Mas por Dios que no fué él,
Fué su tiempo quien lo hizo.

A MI BUEN AMIGO DON JOSÉ GARCIA LUNA.

Me aconsejaste que presentara en escena al rey Don Pedro, y escribí este drama para tí. Reconocido quedo á todos los actores que han tomado parte en su representacion; pero sería necia vanidad negarte las dos partes de gloria que te corresponden.

El rey Don Pedro te daría las gracias; y el público que te ha colmado de aplausos, te ha dicho mejor que pueden hacerlo mis palabras, que *has aconsejado bien y has ejecutado mejor.*

Tu buen amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 14 de marzo de 1840.

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN.
DIEGO PEREZ, zapatero.
BLAS, } sus hijos.
TERESA, }
UN HOMBRE DEL PUEBLO.

La escena es en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Interior de la casa de Diego Perez : ajuar del oficio
Es de noche.

BLAS, TERESA.

Ter. Sí, sí, cierra la ventana,
Que hace una noche...

Blas. Muy buena
Para empezar una ronda.

Ter. ¡Vaya, y diluvia!

Blas. Por fuerza
Bebe los vientos por tí
Si hoy es constante.

Ter. ¡Qué pelma!

Blas. Vive Dios que es un mancebo
Que vale un mundo, Teresa;
Ni valientes le intimidan,
Ni temporales le arredran;
Con su espadon en el cinto
Y su malla sempiterna,
No hay quien le tosa en Sevilla
Si como ronda pelea.

Ter. Siempre te me estás burlando.

Blas. ¿Yo burlarme? no lo creas,
Si la verdad no te digo
En la vida hablé de veras.
¿Crees tú que entrar le dejara
En casa, si no creyera
Que es un soldado y valiente?

Ter., sobresaltada. ¡Dios mio!

Blas. ¿Qué fué, Teresa?

Ter. Sería aprension.

Blas. Sería.

Ter. Creí que abrian la puerta.

Blas. Lo que tú tienes es miedo.

Ter. Ojalá no le tuviera;

Aunque en tal caso, mi Blas,
Gran ventaja no me llevas.

Blas. ¿Cómo?

Ter. Anteanoche temblabas.

Blas. ¿Cuándo?

Ter. ¿Cuándo? ¿no te acuerdas?

Blas. No á fé.

Ter. Cuando aquella mano

Que asiéndola por las rejas

Cerró á golpe la ventana.

Blas. Algun hidalgo tronera

Que á su casa volveria

Con tres ó cuatro botellas.

Ter. ¿Y aquellas voces que oímos?

Di, ¿y el són de las cadenas?

Blas. ¡No lo mientes!

Ter. ¿Virgen santa,

Qué noche tan cruel fué aquella!

Rodaba todo el infierno

Por el átrio de la iglesia.

Blas. ¿Lo viste tú?

Ter. ¿Yo? En la cama

Me dí mil veces por muerta,

Y no me atrevi de miedo

Ni á rebullirme siquiera;

Pero Juanito me dijo

Que él asomó la cabeza

Por la rejilla, mucho antes

Que á cerrárnosla vinieran,

Y vió...

Blas. ¿Qué vió?

Ter. Seis fantasmas,

Cuatro blancas y dos negras.

Blas. Hablemos si te parece

Con formalidad, Teresa.

Ter. Pero no dejes la obra

Por hablar.

Blas. Enhorabuena:

Sigo con ella, y escucha.

Aunque yo en verdad no tenga

Miedo á los muertos, sea dicho

Con la debida cautela,

Por no tenerlos vecinos

He echado á solas mis cuentas.

Ter. Y á fé que la vecindad

No es muy grata.

Blas. Estáme atenta.

Puesto que van ya tres noches

Que esos muertos se rebelan,

Y con sus danzas nocturnas

Dormir en paz no nos dejan,

Pienso ir, si padre consiente,

A otro barrio con la tienda.

¿No te parece? Y mañana...

Ter. ¿Mañana? ¡Soberbia idea!

Blas. Cuanto mas pronto mejor.

Ter. Sí, sí, porque el miedo arrecia.

Yo, la verdad, ni una noche

Duermo un minuto serena.

Blas. Pues yo sueño con los diablos

Y los duendes todas ellas.

Ter. ¡Hola! ¿con que al cabo, Blas,

Que tienes miedo confiesas?

Blas. Negar que los muertos me hacen

Mucha pavora, Teresa,

Fuera, á hablar como hombre honrado,

En mí la aprension mas necia.

Sabes que en toda mi vida

Temí paliza, pendencia,

Ni motin, que en todo lance

Presto anduve á la defensa

De mi padre ó mis hermanos,

De un vecino... de cualquiera.

Sabes que estuve empeñado

No há mucho en ir á la guerra,

Y que á dejarme mi padre,

Ya estaria en la frontera.

Mas los muertos me intimidan,

¿A qué andarse por las yerbas?

Si veo venir de frente

Una pica, una ballesta,

Derecho me voy al bulto

Por ir aunque mas no sea;

Pero en hablando de muertos

Estoy con la pataleta.

Me columpio que parece

Que es de plomo la cabeza,

Los piés y manos de corcho,

Y el corazon de manteca.

Ter. Pues manos á la mudanza.

Blas. No, como á padre convenga,

A otra parte con la música.

Ter. Pero, que llaman á la puerta.

Blas. Abre tú.

Ter. Miren qué gracia.

Abre tú que estás mas cerca.

Blas. ¡Vaya! ¡Pues aun tendrá miedo!

¿Quién?

Diego, dentro. Yo.

Blas y Ter. Buenas noches.

Diego. Buenas

Os las dé Dios, hijos míos.

(*A Blas, que se asoma á la puerta con curiosidad.*)

Vaya, Blas, que llueve, cierra.

ESCENA II.

DIEGO, BLAS, TERESA.

Ter. ¿Quereis lumbre?

Diego. Sí por cierto;

Que hace una noche tremenda.

Blas. Sentaos.
Diego. Toma el sombrero.
 Lévate la capa y tiéndela.
Blas. Chorreando está.
 (Vase *Blas* y vuelve.)
Ter. ¿Qué teneis,
 Padre? Traeis descompuesta,
 Desencajada la cara.
Diego. Es el frio.
Ter. No, por fuerza
 Os ha sucedido...
Blas. ¿Cómo?
 ¿Qué es eso?
Diego. Vaya, que apenas
 Llego, siempre os empeñais
 En que azares me sucedan.
 No tengo nada.
Blas. Es que importa
 Que jamás os acontezca
 Mal, mientras que tengais hijos
 Que os venguen.
Diego. ¿Eh?
Blas. Que os defiendan.
Diego. La venganza es, hijo mio,
 De maldicion una piedra,
 Que tarde ó temprano vuelve
 Contra el mismo que la suelta.
Blas. Ya lo sé, padre, que he oido
 Mil veces eso en la iglesia.
Diego. Pues es preciso que siempre
 En la memoria lo tengas.
 Pero vamos á otra cosa :
 ¿Vino?
Blas. Nadie.
Diego. En hora buena;
 ¿Con que habeis estado solos?
Blas. Sí, señor.
Ter. Si no se cuenta
 El miedo de cada cual.
Diego. ¿Y de qué ese miedo era?
 ¿Ambos callais?
Ter. Dilo, *Blas.*
Blas. Padre, hablando con franqueza,
 Los muertos...
Diego. Bueno, dejadlo.
Blas. Es que estamos siempre...
Diego. ¡Vuelta!
Blas. Y hemos tratado los dos
 De que mudemos la tienda.
Diego. No hay que pensar mas en ello,
 Los muertos son gente buena,
 Y no se meten con nadie.
Ter. Pero...
Diego. Silencio, Teresa;
 No son los muertos á fé
 Los que ahora á mi me amedrentan;
 Y de una vez para siempre
 Que comprendais me interesa,

Que los muertos no hacen daño,
 Y que hablar de ellos molesta.
Blas. Pero, padre, ¿y esas voces
 Que de noche nos atruenan?
Diego. Cerrad las ventanas bien,
 Y dormid á pierna suelta;
 Las voces solo son ruido,
 Y el ruido no rompe piernas.
Blas. ¿Y no era mas fácil...?
Diego. No.
Blas. Vuestro mal humor os ciega :
 Padre, ¿qué tiene de extraño
 Que por ser la calle estrecha,
 Porque se pierde ó se gana,
 O sea por lo que sea,
 Mude un vecino algun dia
 A otro barrio casa ó tienda?
Diego. *Blas.*, yo tengo mis razones,
 Y permanecer es fuerza
 En esta casa, aunque mucho
 De ello en el alma me pesa.
Blas. (¡Qué diablos! ¡quiere y no quiere!
 ¿A que también da en la tema
 De callar que tiene miedo?)
 Pero...
Diego. Basta de querella :
 No hay que alzar ya mas pelillos
 A conversacion tan necia;
 Y el que de noche curioso
 Me abra á deshora una reja,
 Que se eche á él solo la culpa
 Del mal que á todos nos venga.
Ter. ¿Llamaron?
Blas. ¿Abro?
Diego. ¿Pues no?
 Que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III.

DICHOS, DON JUAN DE COLMENARES.

Juan. Dios sea loado.
Diego. ¡Don Juan!
 ¿Con una noche tan cruda
 Vos en mi casa?
Juan. Sin duda,
 Siempre os quise con afan.
Diego. Cuatro años hace, señor,
 Que en ella no os hemos visto.
Juan. De venir es, ¡vive Cristo!
 Esa la razon mejor.
 Cuanto mas corren los años
 Mas los amigos se prueban,
 Y amistades se renuevan
 En males y desengaños.
Diego. Hablais, Don Juan, de amistades
 Con tono tan singular,

Que nos hareis recelar
En la vuestra novedades.

Juan. ¡Oh, no, Diego! Por mi vida
Nunca os la tuve mas fiel,
Y de ello...

Blas. (Reniego de él.)

Juan. Os da pruebas mi venida.
(*Con aire de importancia.*)

¡Hola! ¡qué altos los muchachos
Están!... ¡mozo mas cabal!...

No le sentarian mal

La coraza y los mostachos.

¿No es este el que quiso ser...?

Blas. Yo soy, y si aun me dejaran,
Por san Juan que se quedaran
Los zapatos por coser.

Juan. ¿Con tanta aficion te sientes?

Blas. Los ojos tengo rasados
Solo con ver los soldados
Con el hierro hasta los dientes.

Juan. Y entonces, ¿porqué esa senda?...

Blas. Dice mi padre, señor,
Que siempre he de estar mejor
Que en el cuartel, en la tienda.

Juan. Nada hay á eso que añadir;
Mas, Juan, si no hay objeto
Que lo obste, tengo en secreto
Dos palabras que decir.

Diego. ¿A mí, Don Juan?

Juan. A ti, Diego.

Diego. Podeis empezar si os place.

Juan. No estás solo.

Diego. ¿Eso qué le hace?

Juan. Iréme pues.

Diego. Idos luego.

(*Con orgullo.*)

Bajo este techo, Don Juan,
No hay quien no pueda discreto
Guardar el mejor secreto.

Juan. Grandes para tí serán
Los motivos de esa fé
En tus hijos, pues lo son,
Pero fuera indiscrecion
Fiarme yo, y no lo haré.

Diego. Pues tanto empeño mostrais,
Idos vosotros.

Blas. (Maldita

Sea con él su visita.)

(*Vanse Blas y Teresa.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, DIEGO.

Diego. Solos estamos; ¿hablais?

Juan. Diego, tú audaz y orgulloso,
De tu virtud satisfecho,
Caminas siempre derecho

Por el camino espinoso
De la vida; mas preciso
Será que te haga mirar
Que hay mucho en que tropezar.

Diego. Os agradezco el aviso;
Mas tengo ya sesenta años,
Y si es que torcido anduve,
Los vicios que siempre tuve
Tarde os parecen estraños.

Juan. Diego, tu altivez modera
Y á la razon deja luz,
Que es muy recta tu virtud,
Pero es atrevida y fiera.

Consulta contigo mismo
Lo que vas á responder,
Que va tu respuesta á ser
Tu salvacion ó tu abismo.

¿Quieres escribir tu nombre
Donde los nuestros están?

Diego. Yo os dije que no, Don Juan.

Juan. (¡Qué tenacidad de hombre!)
Diego, ¿lo has pensado bien?

Diego. Sí, Don Juan.

Juan. ¿Y no has pensado
Que va á alcanzar tu pecado
A mi cabeza tambien?

Diego. ¡Tambien á vos! no lo entiendo.

Juan. ¿Quieres que en olvido eche
Que ambos con la misma leche
Nos nutrimos?

Diego. Os comprendo;
Tal vez creéis que me amais
Porque pensais mucho en mí,
Mas cuando pensais así,
Don Juan, os alucináis.
Mucho mi arrogancia os pesa,
Pues culpo vuestras acciones,
Y esas son las mil razones
Porque Diego os interesa.

Juan. Mas hay otros que inflexibles
Por no malograr su afan,
A tu vida tenderán
Todos los lazos posibles.
Te seguirán por dó quiera,
Y es infalible decreto,
Que quien roba su secreto
Ayuda les preste ó muera.

Diego. Concluyamos de una vez:
Yo sé que hay un Juez supremo,
Y nada en el mundo temo
Mientras me ampara ese Juez.
Os habeis puesto, insensatos
Con los muertos á jugar,
Y habeis logrado engañar
Así á muchos mentecatos.

Juan. Cuanto importa mantener
De ese aislado monasterio
La oscuridad y el misterio,

En mi empeño puedes ver.
Es fuerza, Diego, que el vulgo
De comprenderlo no acabe;
Si ha de morir quien lo sabe,
Peligro, pues lo divulgo.

Diego. Desprecio la oculta ley
Que proscribiste mi virtud
Y siendo en mi juventud
Soldado, defendiendo al rey.

Juan. Al rey que deja morir
De hambre á sus servidores,
Que andan hoy como traidores
Mendigando á quien servir.
Al rey que deja inhumano
Que á merced de oficio infame...

Diego. Quien tal al trabajo llame,
Es, Don Juan, solo un villano.
Jamás en lo que es me meto
Mi rey, que soy su vasallo :
Bueno ó malo, sufro y callo,
Y aunque le odio, le respeto.
Lo dije : ¡ y mirad por Dios
Que pierdo ya los estribos!
No temo muertos ni vivos;
Con que medítadlo vos.
Y no lo tomeis á espacio,
Que no soy yo vuestro amigo;
Y en amistad os lo digo,
Mañana voy á palacio.

(*Un punto de silencio.*)

Juan. Lloré, supliqué por tí,
Mas la vida nos va en ello;
Y cada cual por su cuello
Mira con razón aquí.
Con que si ello tanto importa,
Piensa á tu vez y despacio,
Que no llegará á palacio
Ni tu palabra mas corta;
Pues no puedes en conciencia
En ser nuestro consentir,
Custodiado has de partir,
Y no temas la indignancia.
(*Le ofrece un bolsillo que Diego rechaza.*)

Diego. Dadlo á los de vuestra grey,
Don Juan, que yo mi pobreza
Llevo con tanta fiereza
Como su corona el rey.
Y aunque los den tan baratos
Que cieguen por trabajar,
Nunca pan me ha de faltar;
Mis hijos harán zapatos.

Juan. Sabes, y Dios me es testigo,
De que hice por tí, á mi fé,
Cuanto pude.

Diego. Ya lo sé;
Mi padre os crió conmigo.

Juan. Y no sé cómo igualmente
La misma leche nos hizo

Necio y descontentadizo
A ti, y á mi tan prudente.

Diego. Teneis razon, ¡ vive Dios
Que hemos salido en pareja
Un lobo con una oveja.

Juan. Tú el lobo.

Diego. Y la oveja vos :
Eso dije.

Juan. Hombres ingratos
Que desprecian tan traidores...

Diego, interrumpiéndole. No quiero vuestros favores,

Don Juan; coseré zapatos.

¿ Me teneis mas que decir?

Juan. Que te encomiendes al cielo.

Diego. A ese tribunal apelo.

Juan. A Dios.

Diego. Con vos quiera ir.

ESCENA V.

DIEGO, BLAS, TERESA.

Blas. Padre, no oí lo que os dijo,
Mas créolo un desacato;
Y muerte afrentosa elijo,
Si siendo yo vuestro hijo
Os ofende y no le mato.

Diego. Blas, el cariño te ciega.

Blas. No sé qué juego se juega,
Porque no oí mas que el fin;
Pero el negocio es muy ruin,
Cuando mi padre se niega.

Diego. ¿ Nada comprendiste?

Blas. No.

Diego. Dios tal vez te ensordeció.

Blas. Vi que os ofreció dinero,

Y que dijisteis: No quiero;

Bien hecho, tampoco yo.

Diego. Blas, la honra es un tesoro,

Y aunque te ofrezcan mas oro

Que cabe en la catedral,

Si le vendes harás mal.

Blas. Primero me mate un moro.

No le está bien á un mancebo

Los secretos rastrear

De un viejo, sé que no debo;

Mas ¿ me quereis con ar

Este? A guardarle me atrevo.

Diego. Es inútil; está bien

Donde está, y no estará, no,

Mucho tiempo.

Blas. Yo tambien

Tomaré lo que me den

Los que saben mas que yo.

(*Pausa.*)

Ter. Padre, ese hombre os ha dejado

Tan inquieto... ¿ qué teneis?

Diego. ¿Vuelves ya á lo comenzado?

Con tan prolijo cuidado

Acosado me teneis.

Mas ahora que hago memoria,

Si ese soldado viniera

De otras noches, me pluguiera

Ter. ¿Os fuera útil?

Diego. Sí que fuera.

Blas. ¡Es hombre de grande historia!

Me gusta por lo valiente,

Y de honrado tiene facha:

(*A Teresa.*) ¿No es así?

Ter. Padre consiente

En que venga...

Blas. Y es corriente,

Que quiera padre no es tacha.

Diego. No le agradezco infinito

Sus visitas en verdad;

Mas hoy que le necesito...

Blas. ¡Voto á san Diego bendito...

Diego. Blas, no jures.

Blas. Perdonad;

Pero mal lobo me coma

Si no vuelvo como un galgo

Con él.

Ter. ¿Lllaman?

Blas. Luego asoma

En nombrando al ruin de Roma.

Diego. Si fuera él...

Blas. Apostara algo.

ESCENA VI.

DICHOS; DON PEDRO, EN TRAGE
DE SOLDADO.

Blas. Seor soldado, guárdeos Dios.

Ped. El le socorra, mancebo.

Alegre está, ¿qué hay de nuevo?

Blas. Nada, pues llegásteis vos.

Ped. ¿Me esperaban?

Blas. Impacientes.

Ped. ¿Qué es ello, pues, linda niña?

¿Se la ocurre alguna riña?

¿Qué me mandais?

Diego. Que te sientes.

Ped. Buen viejo, disimulad;

No os saludé en derechura,

Porque al ver tanta hermosura

Me siento ciego.

Diego. En verdad

Que sois un hombre bizarro,

Y siempre con buen humor.

*Don Pedro mete sin ceremonia ambos piés
por medio de todos.)*

Ped. Dejadme echar al calor

Esta humedad y este barro.

Blas. (Si no viera en una pieza

Su amor y su edad marcial,

Teresa, tomaba á mal

Su desenfado y franqueza.)

Ped. ¿Qué murmura el perillan?

Blas. Que traeis hoy una espada

Con mucho primor dorada.

Ped. En el cuartel me la dan:

Y como me sirva bien,

Jamás las señas la tomo;

Que al pulsarla por el pomo

Se cura siempre á cercen.

Pero al caso, señor Diego:

Dispuesto estoy á escucharos;

Hablemos de prisa y claros,

Que he de partirme muy luego.

Diego. ¿Entrais en palacio vos?

Ped. ¿Porqué me lo preguntais?

Diego. Porque si hasta el rey llegais
Quiero hablarle.

Ped. Sí por Dios;

Y si quereis que le diga...

Diego. A solas le quiero hablar.

Ped. Para tan alto picar

Muy grave causa os obliga.

Diego. No á mí.

Ped. ¿Pues á quién?

Diego. A él.

(*Don Pedro frunciendo el ceño se arrellana
en la silla diciendo con altivez:*)

Ped. Diga, pues, lo que se ofrece.

Diego. Al rey su merced parece.

Ped. ¿La cara tengo tan cruel

Que con el rey me compara?

Diego. Hable de él con mas respeto,

Que yo jamás me entrometo

A mirar al rey la cara.

¿Y en fin, lo podeis hacer?

Ped. Cuando querais.

Diego. Pues mañana.

Ped. ¿A qué hora?

Diego. La mas temprane

Ped. Pues bueno, al amanecer.

Diego. ¿Os burlais?

Ped. No por mi vida,

Porque mañana temprano

Ha dispuesto el soberano

Dar al monte una batida;

Con que si verle quereis

Que madrugueis es preciso.

Diego. No echaré al agua al aviso.

Ped. Mucho de él os prometéis.

Diego. Eso es ya negocio mio,

Seor soldado.

Ped. Bien está;

A mí tanto se me da;

Con que en ello no porflo.

Diego. Pues á otra cosa; y decid,

¿Qué se habla por la ciudad?

Ped. Estoy de eso á la verdad
Tan al cabo como el Cid.

Diego. ¿No os importan las noticia
De vuestra pátria y del rey?

Ped. ¿A mí?... que haya buena ley
Y se hagan muchas justicias.
Lo demas nada me importa;
Y cuando columbro guerra,
(*Señalando la espada.*)

Doy un repaso á esta sierra,
Y estoy listo en cuanto corta.
(*Llaman en la puerta con brio.*)

Ter. ¡Ay!

Ped. Llaman.

Diego. Abre. (*Lo hace Blas.*)

ESCENA VII.

DICHOS, UN HOMBRE DEL PUEBLO.

Blas. ¿Qué quiere?

Hombre. ¿Diego Perez?

Blas. Aquí es.

Hombre. Que vaya corriendo, pues,
Que su pariente se muere.

Diego. ¿Mi pariente? ¿y qué pariente?

Hombre. Gil Perez el estatuario,
Que está con un mercenario
Muriendo devotamente.

Diego. ¡Gil Perez!... ¡Oh! perdonad,
Señor soldado, que entiendo
Que ese que se está muriendo
Conmigo en su mocedad.
Siguió las armas reales.

Ped. Id, que soy muy vuestro amigo
Y estais cumplido conmigo;
Id á remediar sus males.

Y si urgen por mala estrella
Medicinas ó dinero,
Tengo una bolsa de cuero;
Mandad por lo que hay en ella.

Diego. Gracias, y á Dios.

Blas y Ter. ¿Volvereis?

Diego. En cuanto el mal lo permita.
(*Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa
se asoman á la puerta.*)

Blas. Corre que se precipita.

Ped. Mozos, buen padre teneis.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, TERESA; BLAS, COSIENDO
ZAPATOS.

Ped. Decidme, esquivá hermosura,
¿Me quereis como yo á vos?

Ter. Brava pregunta por Dios.

Ped. Brava os quiero, altiva y dura;

¿Pero la frase la estraña?

Daréla satisfaccion:

Es que está mi corazon

Por sus ojos en campaña.

Y soldado mas valiente

Que prudente capitán,

Planto el sitio y allá van

Mis ballestas de repente.

Si el enemigo responde,

A él voy, y sin hacer alto

Entro el lugar por asalto

Sin mirar nunca por dónde.

¿Se me entiende?

Ter.

Como está

Tan oculta la emboscada,

No es fácil...

Ped. Vuestra avanzada

Dió con ella.

Blas. ¡Voto vá!

Paréceme que á barato

Lo echais, y se me barrunta...

Ped. ¿Quién al rapaz le pregunta?

Calle y cosa su zapato.

Blas. (Siempre adelante me lleva;

Por mas que me tengo serio,

Arranca con tal imperio

Que el diablo que se le atreva.)

Ter. Bien, hablemos de otra cosa:

Dicen que el rey de Castilla...

Ped. ¿Está ahora con la Padilla

En conferencia amorosa?

Ter. ¿Qué me importa? es de la guerra

De Aragon por que pregunto.

Ped. Contadme allá por difunto.

Ter. ¿Os partís para esa tierra?

Ped. El rey sus tercios envía

Para allá, y segun infiero

Yo salgo con el primero;

Con que al caso, prenda mia:

Si no me dais antes de ir

De vuestro amor una prueba,

Dad por llegada la nueva

De que estoy para morir.

Ter. Mucho en el alma lo siento,

Que al cabo os queria bien.

Ped. (Bello está en ella el desden,

Pero mas el sentimiento.)

¿Con que me quereis, Teresa?

Ter. Ya lo dije; mas si os vais

Pésame que lo sepais.

Ped. ¿Que os pesa decís?

Ter.

Me pesa:

Porque es vuestra condicion

Olvidar lo que ha pasado

En lugar que habeis dejado;

Con que ved si en Aragon

Olvidareis á Castilla.

Ped., con brio. ¿Olvidar y haberla visto?
Y vale mas ¡voto á Cristo!

Que la Aldonza y la Padilla.

Ter. ¿Qué decis? que... ¿á quién nom-

Ped. Padilla y la Coronel, [brais?
Damas del rey.

Ter. ¿Y con él
Y aquellas nos comparais?

Ped. Sí, pues siendo ante la ley
Él el primero y mejor,
La mas hermosa el amor
Debe cautivar del rey.

Blas. Ved que estais aquí conmigo,
Y ved que su hermano soy.

Ped. ¡Qué lenguaraz estás hoy!

Blas. Es que soy...

Ped. Calle, le digo.

Blas. (Los ojos me hace bajar
se me traba la lengua.)

Ter. No le riñais, que es gran mengua
Hacerle esto tolerar;
Y partid, que es ya muy tarde
Y no está mi padre aquí.

Ped. ¿Con vos no me dejó á mí?

¿Qué importa que yo le aguarde?

(*Tocan á las ánimas, y al són de las campanas Blas y Teresa hacen un movimiento de temor.*)

Ped. ¿Qué es eso?

Ter. ¿No oís tocar?

Blas. Las nueve deben de ser.

Ped. ¿Y qué tiene eso que ver
Para ponerse á temblar?

Blas. ¿Qué, no sabeis lo que pasa?
Mas no me mirais así,
Que poneis un ceño...

Ped. Di

Qué es lo que hay.

Blas. En esta casa

Es imposible vivir:

La mejor noche nos comen.

Ped. ¿Quién?

Blas. Temiendo estoy que asomen,
Que á esta hora suelen venir.

Ped. ¡Qué tropel de desaciertos!

¿Locos á esta hora os volveis?

Blas. ¿Los oís?

(*Don Pedro da un paso hácia la ventana;
Blas le detiene.*)

No os asomeis.

Ped. ¿Pero quién son?

Blas. Unos muertos.

Ped. ¡Muertos!... ¡Bah! ¡bah! pues ya
estoy;

¿Con que todo eso era miedo?

¿Y se ven?

(*Segundo paso de Don Pedro y detencion
de Blas.*)

Blas. Estaos quedo

Si morir no quereis hoy.

Ped. Y en efecto, se oye ruido

Y se ve luz por la calle.

Ter. Siento que padre no se halle
Ya esta noche recogido.

Blas. ¡Cielos, yo tiemblo por él!

Todos los dias parecen
Hombres que á fuerza perecen
De esa iglesia en el cancel.

Ped. ¿Y la justicia lo sabe?

Blas. Sin duda saberlo debe.

Ped. ¿Y entonces?

Blas y Ter. Nadie se atreve.

Ped. (Gran misterio en ello cabe;
Prosigamos, y si encuentro

El hilo á este laberinto,
Fuego pondré á su recinto
Hasta dar con lo que hay dentro.)

Decid, ¿y habeis visto alguno
De esos cuerpos que perecen
Por la noche, y aparecen
Por la mañana?

Blas. Ayer uno.

Ped. ¿Tenia herida?

Blas. En el pecho.

Ped. ¿Y mostraba la señal

Ser de espada ó de puñal?
Blas. Que con ambas lo habian hecho
Dijeron los cirujanos.

Ped. ¿Luego eran contra uno dos?

¿Animas eran por Dios

De vivientes bien villanos!

(*Ruido dentro.*)

Blas. ¿Oís?

Ped. Mándrias, no tembleis,
Que quien lo remedie habrá.

Blas. ¿Quién con los muertos podrá?

Ped. Los vivos.

Ter. ¿Cómo!

Ped. ¿No veis
Que en un nicho los encierran?

Blas y Ter. Claro está.

Ped. Pues de contado
Pueden mas que el enterrado
Los vivos que allí le entierran.

Blas y Ter. Tiene razon.

Diego, dentro. Muerto soy.

Ris ¡Santo Dios! ¿habeis oido?

(*Un momento de atencion.*)

Diego, dentro. ¡Blas! ¡Teresa!

Ter. ¡Padre ha sido!
(*Blas corre á la puerta, y al tiempo de
abrir se ve á Diego tendido en tierra.*)

Diego. ¡Ay de mí!

Ped. ¿Soñando estoy?

ESCENA IX

DON PEDRO, DIEGO, BLAS, TERESA.

Blas. ¡Sangre! ¿quién fué, padre mio?*Diego.* Tente, Blas, no salgas, no,

Que murieras como yo.

Y en tí mi esperanza fio.

Blas. Voy á buscar...*Diego.* Escusado;

¡Fué mi destino fatal!

Arrímadme ese sitial,

Y acercaos, buen soldado.

Ped. Decid si sabeis quién fué,

Que ha de acordarse de vos.

Diego. Dejadme acabar por Dios:

Id á ver al rey...

Ped. ¿Y qué?*Diego.* Y decidle que esos muertos...*Ped.* Acabad.*Diego.* No puedo mas.*(Inclina la cabeza y muere. — Pausa.)**Ped.* ¡Voto á Dios y á Barrabás!

Entre sus labios abiertos

El mismo el secreto ahogó.

Blas. ¡Padre!*Ter.* ¡Señor!*Ped.* Esto es hecho;

Vamos á echarle en su lecho,

Que ayudaros puedo yo.

(Llévante y vuelve Don Pedro.)

ESCENA X.

DON PEDRO.

¿En ver al rey tanto afán

Y á puñaladas morir?

De lo que le iba á decir

Claros barruntos me dan.

Con él los muertos mantienen

Misteriosa relacion...

Con el rey por precision

Tambien relaciones tienen.

¡Incomprensible cadena,

Yo seguiré uno por uno

Tus eslabones, y alguno

Se deshará como arena!

(Se pasea á pasos precipitados, y esclama mirando á la ventanilla.)

Muertos que del nicho salen

Y á los vivos asesinan,

Son, si á espacio se examinan,

Fantasmas que verse valen.

ESCENA XI.

DON PEDRO; BLAS SALE A LA PUERTA Y SE TIENE EN EL DINTEL, LA CABEZA INCLINADA SOBRE EL PECHO CON MUESTRAS DEL MAS PROFUNDO DOLOR.

Blas. ¡Amigo!*Ped.* (¡Desventurado!)

¿Diego?

Blas. No le nombres ya:

¡Silencio! mi hermana está

Rezando aún á su lado.

Ped. Que lllore es mucha razon.*Blas.* Si, que rece una muger,

Pero algo mas ha de hacer

Un hombre en esta ocasion.

Ped. ¿Luego dijo...?*Blas.* Nada ya,

Pero yo lo sé muy bien.

Que hay cosas que no las ven

Sino los ojos de un hijo.

(Muy marcado.)

Un hombre esta noche estuvo

Con mi padre hablando aqui,

Y yo con mi padre vi

Que muy descortés anduvo.

Ya de la puerta al dintel

Dijo: Encomiéndate al cielo...

A su tribunal apelo

Si quien le mata no es él.

*(Quedan ambos en silencio por un instante.)**Ped.* Esta noche irás conmigo

Y el rey te remediará.

Blas. ¿El rey? no voy; me ahorcará,

Que es del otro muy amigo.

Ped. ¿Y no hay justicia en Sevilla?*Blas.* Dicen que con este rey

No hay mas razon ni mas ley

Que su capricho en Castilla.

Ped. Rapaz, la audacia perdono

Porque lastimado estás;

Pero no hables así mas

De quien se sienta en un trono;

Y escúchame un buen consejo,

Que lléveme Belcebú

Si no sé yo mas que tú

En la muerte de ese viejo.

¿Quieres con el hombre dar

Que á tu padre asesinó?

Blas. El alma daría yo

A quien me le haga encontrar.

Ped. Pues los secretos que encierran

Las tumbas, los saben bien

A estas horas...

Blas. Pronto, ¿quién?*Ped.* Esos muertos que te aterran.

Blas. ¡Santo Dios!

Ped. Que no te atreves

A esperarlos, bien se ve;

Mas yo en tu lugar lo haré,

Y piensa cuanto me debes.

Yo hallaré el rastro á tu presa,

Te daré á ese hombre, y si él es,

Me has de ayudar tú despues

A poner cabo á la empresa.

¿Dices que de esa ventana

Se alcanza la iglesia á ver?

Blas. ¡Cielos! ¿qué intentais hacer?

Ped. Una caridad cristiana :

Vete, mancebo, á rezar

Por el que duerme allí echado,

Vete; yo soy un soldado

Y voy tambien á velar.

Blas. Mirad bien, que aunque parecen

Ilusiones del temor

Esos fantasmas, señor,

Mayor crédito merecen.

Mi padre me amenazó

Que quien osara mirar

Ni entender...

Ped. Vete á rezar,

Blas, que te lo mando yo.

Blas. Valiente sois, buen soldado;

Quédoos muy agradecido,

Mas de hinojos os lo pido,

Quede el postigo cerrado.

¡Oh, aunque me digais tenaz

Que son visiones del miedo,

Lo he visto y juraros puedo

Que hay un muerto pertinaz

Que en cerrárnosle se empeña!

Ped. Vete, que ha de estar abierto,

Y como asome ese muerto

Yo le daré santo y seña.

(*Don Pedro obliga á Blas á entrar en el cuarto donde entró su padre.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO.

Que lloren sus desventuras

Los hijos de un zapatero

Mientras busca un caballero

Con valor sus aventuras.

(*Entorna la ventana.*)

Dejo entornado el postigo

Y mato la luz; así

Veo y no me ven á mi

De las sombras al abrigo.

(*Toma un taburete y se sienta enfrente de la ventana.*)

Quien son los muertos veré,

Y si á toparlos acierto,

No me ha de quedar un muerto

Que sepa tenerse en pié.

ACTO SEGUNDO.

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada : en el fondo el átrio cercado de verjas de hierro; á la derecha el esterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió Don Pedro en el acto anterior.

PERSONAS.

DON PEDRO.

BLAS PEREZ.

DON JUAN DE COLMENARES.

SAMUEL LEVI.

DON JUAN ROBLEDO.

Doña ALDONZA CORONEL.

DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.

UN CONJURADO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN DE COLMENARES, SAMUEL LEVI.

Juan. Preciso matarle fué.

Sam. ¿Con que al cabo?

Juan.

Sí, murió,

Que un día mas de su vida

Fuera nuestra perdicion.

Duéleme mucho su muerte;

Pero á jugar, vive Dios,

Las nuestras contra la suya,

Lo hecho tengo por mejor.

Sam. Sí, por el santo Abrahan;

¿Pero estais seguro vos

De que nadie mas que el viejo

Cayó en la cuenta?

Juan.

Eso no;

Hermanos fuimos de leche,

Y era ese Diego un varon

Justo, inflexible y severo,

Que siempre pensó y obró

Segun su recta conciencia;

Y aunque tuviera ocasion

Fuera del rey, á ninguno

Parte de su intento dió.

Sam. Mas hijos tiene.

Juan.

Samuel,

Desechad todo temor,

Los hijos como del vulgo

Canalla cobarde son;

Ni abrirán una ventana

Hasta muy entrado el sol,

Ni cerrarán una puerta

Sino antes de la oracion ;
Y á gente tal en contándola
Cualquier patraña ó error,
La tenéis siete semanas
Soñando con la vision.

Sam. En verdad, buen Colmenares,
Que os acude harto valor
Para arriesgaros á tanto.

Juan. Nunca, Samuel, me faltó
Ni la audacia ni el consejo
Cuando puestos en union
Me tentaron el antojo
Las grandezas y el amor.

Sam. Asi corre vuestra fama
Por Sevilla, y así sois
El escándalo en el templo
Y en las calles el terror.

Juan. Vaya que estais esta noche
Filósofo; un hombre soy,
Y como tal mis pecados
Flaquezas humanas son.
Solo hallo una diferencia
Con los demas, y es que yo
Aborrezco á los hipócritas
Y obro con satisfaccion
Sin embozar mis flaquezas
Con disimulo traidor.

Sam. Bien meditado, Don Juan,
Tal vez no os falta razon:
Pero es el vulgo envidioso,
Injusto y murmurador.

Juan. ¿Qué diablos vais á decirme
Con tan prolijo sermón?
Que me place la hermosura,
Que á los regalos me doy,
Que mis inmensos caudales
Derramo con profusion,
Que tengo amigos, que tengo
Mucho en la corte favor.

¿Y eso qué tiene de extraño?
¿No haceis otro tanto vos?

Sam. ¿Y os olvidais ya, Don Juan,
Del bonete y del ropon?

Juan. ¿Y os olvidais que me dieron
La prebenda como á vos
Del rey la tesorería?

Sam. ¿Cómo?

Juan. Vedlo en conclusion :

Yo era soldado, la guerra
Siendo rico me cansó,
El rey me queria entonces,
El cabildo enredador
De Sevilla, harto indiscreto,
No sé en qué le desairó.
Don Pedro, para humillar
Tan osada presuncion,
Sin mirar á mas razones
En el coro me sentó;

Con que soy un ave ambigua
Que estoy en disposicion
De volar y de correr
Como me venga mejor.
No recibí orden alguna;
Y á mi antojo, ved que voy
Llevando con igual brio
Las espuelas y el ropon.
Mas vamos á lo que importa :
¿El mensajero llegó?

Sam. Mañana llega.

Juan.

¿En secreto?

Sam. No, con mucha ostentacion,
Que trae comiliva y viene
Con nombre de embajador.

Juan. ¿Y es hombre de quien se fie?

Sam. A toda prueba.

Juan.

¡ Por Dios

Que el atrevimiento es mucho!

Sam. No es, Don Juan, mucho mayor
Que señalar una Iglesia
Por punto de reunion.

Juan. De audaces es la fortuna.
Ya veis lo bien que salió
Para apartar los curiosos
De los muertos la ficcion.

Sam. Aunque á bulto en poco estu
Si con nosotros no dió
El justicia Benavides
Allá en el otro rincon.

Juan. ¡ Oh, aquí seguros estamos
Gracias á lo que costó !
Dos veces hemos venido
Y mirad en derredor,
No hay una casa habitada,
Y el zapatero murió.
Pero el enviado, decidme,
¿ Sabrá hacer...?

Sam. ¡ Santa Ston!

Médico, adivino, astrólogo,
Y mi huésped, ved, señor,
Si tendrá bien su lugar;
De sus consejos en pos
Enfermos, pobres y tontos
Le irán á implorar favor.
Entrarán cuantos quisieremos,
Y tomarán de su voz
Nuestras órdenes, á guisa
De remedio ó predicción.

Juan. ¡ Soberbia idea, Samuel!
¿ Y Aldonza?

Sam. En venir quedó,

Y aguardará del alcázar
Para salir la ocasion.
Pero, Don Juan, vamos claros,
¿ La amais de veras?

Juan.

¡ Pues no!

Es noble, astuta y hermosa.

Sam. Don Juan, que os asista Dios.

Juan. Y además Don Juan Lacerda,
Su cuñado, el reino entró
Por Córdoba.

Sam. Y su marido
Viene á ayudarnos.

Juan. Estoy
En que esta noche le esperan.

Sam. Zeloso del rey, ¿traidor
Se ha vuelto Albar de Guzman?

Juan. Nuestro es el rey.

Sam. Vamonós

Que alguien llega : desde el atrio
Veremos, Don Juan, quien son.

Juan. Si nos acechan ¡ay de ellos!
Arrojaos sin temor,
Y adelante.

Sam. En ese caso
Podeis arrojaros vos.

Juan. ¿Qué temeis?

Sam. Nada en resúmen ;

Mas soy viejo, odio el rencor,
Y para matar cristianos,
Don Juan, no conspiro yo.

Juan. Pues ahora os digo lo de antes,
Samuel, que os asista Dios.

ESCENA II.

DON JUAN, SAMUEL, TRAS DE LAS VERJAS
DEL ATRIO; ROBLEDO, DOÑA ALDONZA
CORONEL.

Ald. ¿Robledo, llegamos ya?

Rob. Este es el sitio, señora.

Ald. Tan solo y tan á deshora
Mucho este sitio me da.

Rob. Nada teneis que temer,
Que entre amigos os hallais.

Ald. ¿Que soy, Robledo, olvidais
Nada mas que una muger?

Y aunque sagaz y ofendida
Es natural mi temor.

Rob. Cubriros fuera mejor
Con el lienzo.

Ald. Me intimida
Disfrazarme de este modo,
Y horror de mí misma tengo.

Rob. En que repugna convengo ;
Mas esto lo salva todo.

(*Pónense unos mantos blancos, y diri-
giéndose hácia el fondo quedan de es-
paldas al espectador á manera de muer-
tos con sus sudarios.*)

Rob. Oh, es muy feliz la invencion
De estos lienzos funerarios.

Ald. Pues de andarnos con sudarios
No es la mejor ocasion.

Rob. ¿Teneis tan poca esperanza?

Ald. Demasiada tengo acaso ;
Mas, Robledo, un solo paso
Puede arrastrar la balanza.

Rob. Tal vez alguno nos mira.

Ald. ¿No veis alguien á la puerta?

Rob. Nadie á venir aquí acierta
Si como vos no conspira.
Seguidme.

Ald. Vamos allá,
Que én vos confio, Robledo.

Rob. Venid, señora, sin miedo,
Que yo llamaré.

Juan. ¿Quién va?

Rob. Las ánimas.

Sam. Ellos son.

Juan. (Sepamos antes de entrar
Lo que se puede esperar
De las gentes de Aragon.)

Ald. ¿Sois vos, Don Juan?

Juan. Sí, yo soy.

Ald. Gran miedo por vos pasé.

Juan. Miedo decís, ¿y porqué?

Ald. ¿No veis el traje en que estoy?

Sam. Guárdeos el cielo, señora.

Ald. ¿Tambien Samuel con nosotros?

Sam. Tambien Samuel.

Juan. Y aun hay otros

Que el conocerlos ahora
Trabajo os ha de costar

Ald. ¿Y os esponéis tan temprano?...

Juan. Es el vulgo muy villano,
Y no se atreve á acercar.

Sinó por esta invencion
De los muertos, ya apostara
Que estábamos cara á cara
Há mucho con el leon ;
Mas hicimos tan estrañas
Anécdotas referir,
Que nadie ha osado venir
Contra visiones tamañas.

Sam. Pues determinar es fuerza
De concluir lo mas presto,
Que es fácil que den tras esto
Y la fortuna se tuerza.

Juan, á Doña Aldonza. ¿Qué es de Don
Albar Guzman?

Ald. Esta noche entra en Sevilla.

Juan. ¿Y el otro?

Ald. Contra Castilla
Dispuestos ambos están.

Sam. ¿Vuestro cuñado Lacerda
Sigue venciendo?

Ald. Sí á fé,

Y en él precavida até
Un cabo de nuestra cuerda ;
Al otro está mi marido,
Que con los suyos atento

Aguarda solo el momento
Del ataque convenido.

Juan. ¿Trae gente?

Ald. Pocos, mas buenos,

Que por diferentes puertas
Entrarán.

Juan. Que estén abiertas
Se dispondrá.

Ald. Eso es lo menos :

Nuestros los alcaides son.

Juan. Robledo, ¿y la gente vuestra?

Rob. Mucha tengo, osada y diestra,

Dispuesta á la rebelion;
Pero sin armas están.

Juan. Cuando hagan al caso ireis

Donde las encontrareis.

Rob. ¿Instrucciones?

Juan. Se os darán.

¿Y vos, Samuel?

Sam. Todo está

Preparado á la ocasion :

Granada con Aragon

Auxilio y favor nos da.

Mahomad el rey Bermejo

A pretesto de embajada

Envia desde Granada

Un moro de su consejo;

Y pues no han de sospechar

De un embajador amigo

Él hará que al enemigo

Puedan avisos llegar.

Juan. El legado del pontifice

Parte con nosotros toma.

Sam. De rebellones en Roma

Hay muy práctico un artífice.

Ald. Mas el rey...

Juan. Dejadme hacer :

Disoluto mozalbete,

Le daremos un juguete

Que le sepa entretener.

Ald. Estemos muy sobre aviso,

Que tiene mas de leon,

Cuya sangrienta aficion

Saciar antes es preciso.

Sam. Pues si al leon por ventura

Saciar antes interesa,

Yo le arrojaré una presa

Que satisfaga su hartura;

Y pues aunque entrado en años

De ser mozo no dejó,

Al leon dormiré yo

Y al mozo vuestros amaños.

Ald. Tanto amor le he de fingir,

Que milagros ha de hacer

Si es capaz de preveer

Que en mi amor ha de morir.

¿Don Enrique?

Juan. Será rey.

Ald. ¿Contestó?

Sam. Contestó ya,

Y en sus poderes nos da

Por buenos ante la ley.

Juan. Nos deberá él la corona,

Rey el pueblo castellano,

Y el inferno otro tirano

Que le espera aunque le abona.

Ald. Vaya allá ¡viven los cielos!

De huésped de Lucifer.

Juan, d Doña Aldonza. Y con él puede
correr

Albar Perez.

Ald., d Don Juan. ¿Tenéis zelos?

Juan. ¿No sois vos todo mi afan?

Ald. Mas viniendo mi marido...

Juan. Todo está ya prevenido.

Ald. ¿Qué decis?

Juan. Juntos irán.

Ald. ¡Vuestro amigo!

Juan. ¿Y qué tenemos?

¿No necesita una presa

El leon? darémosle esa.

Ald. ¡Don Juan!

Juan, señalando al judto. ¿Otra le da-
remos?

Ald. Me entendisteis.

Juan. Bien está :

Despachemos esa gente,

Que hace tiempo que impaciente

Tambien nos espera ya.

(*Éntranse todos en la iglesia, y cuando
vuelven las espaldas asoma y sale des-
pues Don Pedro por la puerta que se
supone de la casa de Diego Perez.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

¡Por la Virgen de Belen!

¿Leon de sangre sediento

Se dará el rey por contento

Con la presa que le den?

¿Y el cetro de un mozalbete

Mientras venden á Aragon,

Echarán carne al leon

Y al mancebo algun juguete?

(*Pasea d largos pasos y dice de repente :*)

Por Dios que si estando quedo

Necios á acosarle van,

Cuando ruja se echarán

Entre la yerba de miedo!

¡Voto á Dios! bando insensato,

Que hallarás al leon, sí;

Pero caerá sobre tí

Silencioso como el gato.

(*Vuelve d pasearse meditabundo.*)

¿Quién necio al primer embate,
Mal jugador de ajedrez,
Jugando la primer vez
Tira al rey un jaque mate?
¿Con trampas y alteraciones
Piensan el juego embrollar?
Empecemos á jugar
Moviendo algunos peones.
¡Blas!

ESCENA IV.

DON PEDRO, BLAS.

Blas. ¿Qué quiere?
Ped. Ven acá:
¡Páreceme que decias
Que á tu padre vengarias!
Blas. ¡Sí por Dios!
Ped. Empleza ya.
Blas. No juegue con mi dolor,
Que por Cristo que le juro
Que aunque plebeyo y oscuro
Razon me sobra y valor.
Ped. La paciencia sin embargo
Te hace falta: tenla pues:
Yo sé el matador quién es.
Blas. ¿Quién?
Ped. La prudencia te encargo.
Blas. ¡Prudencia! ¿y visteis morir
A quien me mandais vengar?
Ped. Vé la justicia á buscar
Y hazla contigo venir.
Blas. ¿De mí burlaros quereis?
Ped. ¿De Colmenares te olvidas?
Blas. ¿Ese fué?
Ped. El mismo.
Blas. Cien vidas
Que tuviera... ¡oh! — lo vereis.
Ped. Pues yo le pondré en tus manos
Si traes la justicia tú.
Blas. ¡Justicia! ¡por Belcebú
Que es auxilio de villanos!
¿Dónde está ese tigre cruel?
Dadme esa daga por Dios,
Y cierro delante á vos
A puñaladas con él.
Ped. Y si tal haces, menguado,
¿Llegarás á tu enemigo
Sin que tropiece contigo
La justicia de contado?
Si el golpe yerras por suerte...
Blas. No temais, no le erraré.
Ped. Mejor es que se le dé
La justicia, que es mas fuerte.
Blas. ¿Ese consejo me dais
Y sois soldado del rey?
¿Os remitís á la ley
Y espada al cinto llevais?

Guardaos enhorabuena
Vuestros consejos, y ahora
Dejadme aguardar mi hora
Mal devorando mi pena;
Porque os juro que un zapato
No he de volver á coser,
Si es que yo le alcanzo á ver
Y allí mismo no le mato.
Ped. Bien está, le matarás.
Blas. ¿Cara á cara?
Ped. La manera
Ponla tú con tal que muera.
Blas. Vamos allá.
Ped. Tente, Blas:
Que tú lo harás te repito,
Mas con una condicion.
Blas. ¿Cuál es?
Ped. En esta ocasion
La justicia necesito.
Blas. ¿Para él?
Ped. Si; cuando le prueben
Que el delito cometió,
Haré que á tus manos yo
Sentenciado te lo lleven.
¿Lo oyes?
Blas. No lo entiendo bien,
Mas no os puedo resistir:
Voy... y si vais á mentir
El cielo os maldiga.
Ped. Amen.

ESCENA V.

DON PEDRO.

Que le mates, eso quiero;
Que quien con su rey se atreve
Justo es que la muerte lleve
Por mano de un zapatero.
Que le mates: es la ley,
Y así aprenderá de cierto
Que no hay un vivo ni un muerto
De quien tenga miedo el rey.
Alguien llega; si es amigo
De esa gente, antes de entrar
Se tendrá que confesar
A solas aquí conmigo.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON ALBAR PEREZ DE
GUZMAN.

Alb. (Esta la iglesia será
Si cuando señas me dieron
A traicion no me mintieron:
Pecho al agua.)
Ped. ¿Quién va allá?

Alb. ¡Las ánimas!
Ped. Adelante.
Alb. ¿Estais vos?
Ped. Por Don Enrique.
 ¿Y vos?
Alb. No hay porque me explique
 Sin que el misterio levante.
Ped. ¿No os dieron aquí una cita?
Alb. ¿Y aquí os citaron á vos?
Ped. Sí.
Alb. Y á mí.
Ped. Con que á los dos
 Aquí se nos necesita.
 ¿Sois Lacerda, Mahomad
 O Roma...? esperamos hoy
 Sus avisos.
Alb. Guzman soy.
Ped. ¿Albar Perez? perdonad
 Que á conoceros al punto
 No os hubiera detenido.
 ¿Venis, Guzman, decidido?
Alb. A vencer ó ser difunto.
Ped. Eso sí : bien elegimos;
 Ni un cobarde hay con nosotros,
 Aunque en mucho mas que á otros
 Por ofendido os tuvimos.
Alb. ¡Mucho sabeis!
Ped. Soy el ojo
 Derecho de Don Samuel,
 Y no me recata él
 Ni su mas mínimo antoje.
 ¿Y os llegó su carta?
Alb. Sí.
Ped. Ya visteis lo que decia.
Alb. Y vos, pues todo os lo fia.
Ped. Como que yo la escribí.
 (Fortuna fué que escribiera,
 Que á ciegas le pregunté.)
 Pues si mal no me enteré
 Ya solo por vos se espera.
Alb. Voy pues á entrar.
Ped. Aguardad,
 Que pues la suerte es propicia
 Daros quiero una noticia.
Alb. Dádmela pues, y abreviad.
Ped., con intencion. Vuestra muger os es
 fiel.
Alb. ¡Vive Dios...!
Ped. Sé que irritado
 Con ella os habeis mostrado.
Alb., amostazado. ¿Y qué se le importa
 á él?
 Si contra el rey conspirais...
Ped. Del rey hablaros pensé.
Alb. Pues id derecho, que á fé
 Que os juro que lo acertais.
Ped. Preso en sus lazos le tiene
 Doña Aldonza.

Alb. ¡Ya volveis!
Ped. Si de él vengaros quereis
 Hablar de ella vos conviene.
Alb. Seguid.
Ped. Por si torpe lengua
 Su limpieza calumnió,
 Sabed que hay quien defendió
 Vuestra causa... aunque sin mengua.
 Ella tiene al rey cogido;
 Mas solo es para ayudar
 Con su amor á conspirar
 A su amigo y su marido.
Alb. ¿Su amigo?
Ped. Y vuestro mayor;
 Pues á vuestra órden atento,
 No se separa un momento
 De ella, por cumplir mejor.
Alb. ¿Por quién me tomais á mí?
Ped. Por Don Albar de Guzman,
 Y á fé que sin mucho afan,
 Que vos lo habeis dicho así.
Alb. Pues estais mal informado,
 Que yo no encargué á ninguno
 Mi muger.
Ped. Pues hay alguno
 Que á su cargo la ha tomado.
Alb. ¿Quién?
Ped. Don Juan de Colmenares.
Alb. Os digo que os engañais.
Ped. Nada, Don Albar, temais
 De quien sirve en los altares.
 Pero entrad que os entretengo.
Alb. (¡Aviso mas singular!)
 Decidme...
Ped. ¿Quereis entrar,
 Que os esperan?
Alb. A eso vengo;
 Mas quiero una explicacion
 De eso que ahora me habeis dicho.
Ped. ¿Traeis en fingir capricho?
 Mas en fin teneis razon,
 Que delicados asuntos
 Son los asuntos de honor.
Alb. Quien no habla de ellos mejor
 Cerca está de los difuntos.
Ped. ¿Me provocais? no hay por qué,
 Mas si os ofendeis por esto,
 Don Albar, estoy dispuesto
 Y el caso os explicaré.
Alb. ¿Cuándo?
Ped. Mañana, que fuera
 Dar antes que sospechar.
Alb. ¿A qué hora y en qué lugar?
Ped. En mi casa y á cualquiera.
Alb. ¿Dónde morais?
Ped. De mi casa
 Haré que os avisen, y...
 Pero entrad, que pese á mí

Que el tiempo hablando se pasa.
(*Sube Don Albar las gradas del átrio diciendo:*)

Alb. (Por Cristo que me ha metido
Ese hidalgo en confusion.)

Ped., viéndole entrar. Para una conspiración

No hay cosa como un marido.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

El dardo en el pecho lleva
Y á fé que le ha de estorbar,
Mas si le quiere tocar

La herida él mismo renueva.
(*Se echa á reír.*)

Poco hay en el otro mundo
Segun se ve de provecho,
Cuando un soldado ha deshecho
Su plan mas sabio y profundo.

(*Después de un momento de meditacion,
con ira, marcando el carácter inconstante del rey Don Pedro, dice:*)

Torres de orgullo y grandezas
Necios levantando están,
Mas otro levantarán
Su torre con sus cabezas.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, BLAS.

Ped. ¿Cumplisteis?

Blas. Sí.

Ped. No los veo.

Blas. Pronto los tendreis aquí,

Que mas me interesa á mí

Mi venganza y la deseo.

Ped. Escucha, Blas.

Blas. Ya os escucho.

Ped. ¿Serás capaz de esperar

A los muertos?

Blas. con temor. ¿Yo?

Ped. A juzgar

Por el *yo* los temes mucho.

Blas. Mas la pregunta ¿á qué asunto?

Ped. Es que te encargo en conciencia

Que tengas mucha prudencia

Si aparece algun difunto.

Blas. (Cómo no puedo entender

Hablar de muertos le gusta;

Nada á este hombre le asusta;

Mas nada le veo hacer.)

(*Uno de los conjurados aparece en el átrio, envuelto en el lienzo que le sirve de disfraz.*)

Blas. ¡Cielos!

Ped. ¿Qué es eso?

Blas., señalando al conjurado. ¡Mirad!
(*Blas cae de rodillas con la expresion del pavor mas concentrado. Don Pedro vuelve el rostro con serenidad.*)

ESCENA IX.

BLAS, DON PEDRO, UN CONJURADO.

Conj. (Rumor oí segun creo,
No vendrá mal un paseo
Contra una curiosidad.)

Ped. Quieto, Blas, ó eres perdido.

Blas. (Tamaño valor me pasma.)

Ped. (Dejemos que la fantasma
Nos diga á lo que ha venido.)

Conj. Desventurado mortal

Que, pecador descarriado,

A este lugar has llegado,

¿Quién eres?

Ped. Si no voy mal

Poco para muerto sabes,

Pues no goñoces en mí

Un vivo que viene aquí

Por negocios harto graves.

Conj. Eres pues...

Ped. Del otro mundo

Donde ya aguardando están

A Samuel y al de Guzman.

Conj. (Es nuestro, si bien me fundo.)

(*Vase acercando á Don Pedro, y mirándole de arriba abajo, estraña la capa echando menos el disfraz.*)

Que vengas de allá me alegre,

Aunque es tu disfraz muy franco.

Ped. Es que tú eres muerto blanco

Y yo soy un muerto negro.

Conj. Negro ó blanco ¿á qué no entrar
Con nosotros?

Ped. Es que yo

Soy muerto que nunca entro

Donde le pueden cerrar.

Conj. (¡Traidores hay pesia mí!)

Responda quién va ó es muerto.

(*Al acercarse á Don Pedro, asiendo este su daga con disimulo, le da de puñaladas y va á caer fuera de la escena.*)

Ped. Quien los infernos ha abierto

Esta noche para tí.

Conj. ¡Cielos!

Blas. Por san Blas ¿qué es esto?

Con los muertos arrogante

Se los lleva por delante...

¿Qué hombre es este á Dios opuesto?

(*Vuelve Don Pedro limpiando la daga.*)

Ped. Bien muerto está el temerario.

Por Cristo que lo acertó
Cuando al conspirar tomó
Para envolverse un sudario.

ESCENA X.

BLAS, DON PEDRO.

Ped. ¡Blas!

Blas. (Miedo este hombre me da.)

Ped. ¿Qué tiemblas? ¿esto te asombra?
Ven, que un muerto es una sombra
Y al ver esta cruz se va.

(*Muestra la de la daga.*)

Blas. (Temblando estoy de pavor.)

Ped. Vamos, ¿qué temes, muchacho?
¿No ves cómo los despacho?
Cálmate y cobra valor;

Que aunque entre el vulgo mantienen
Gran crédito los difuntos,
En viendo dos vivos juntos
Nunca á amedrentarlos vienen.

Blas. Así será, pues que veo
Que con ellos os cerrais
Y á estocadas los echais.

Ped. Que vengan muchos deseo:
Y aprende á hacerlo de mí,
Que muertos como el que has visto
No merecen, voto á Cristo,
Sino lo que á ese le dí;
Mas vienen.

Blas. Es la justicia.

Ped. Blas, silencio y confianza,
No malogres tu venganza
Por ceguedad ó impericia.
Aquí tu venganza empieza,
Y si sagaz me ayudares,
Lograras de Colmenares
Por lo menos la cabeza.

Blas. Mas...

Ped. Silencio, ya lo ves;
Tú de mi poder testigo,
Eres, con que sé mi amigo,
Que te alegrarás despues.

Blas. (Todo es misterios este hombre;
Mas pues me halaga y me ayuda,
Tendré la lengua tan muda
Como su brazo y su nombre.)

ESCENA XI.

DON PEDRO, BLAS, LA JUSTICIA.

Ped. Mas vale nunca que tarde:

(*Con autoridad.*)

Que la justicia y la uncion
Matan con la detencion.

Justicia. ¿Quién se atreve?

Ped. Dios le guarde.

Justicia. ¿Para esto llamais la ronda?

Ped. Callad.

Justicia. ¿Quién manda callar?

Ped. (*Le dice al oido.*) Quien puede ha
ceros ahorcar

Aunque la faz vos esconda.

(*Bajo á los de la ronda; le oyen todo.
menos Blas.*)

Esta noche han muerto aquí

A Perez el zapatero:

Aquí al agresor espero,
Y el cadáver está allí.

En su casa os esconded,

Y cuando mi voz oigais,

Al que en la calle veais

Sin mas respetos prended.

Y... para todos lo digo,

Ni el reo ni el tribunal

Han de saber, voto á tal,

Que habeis topado conmigo.

Imparcial que sea quiero

Del agresor la sentencia,

Que tan hombre es en conciencia

Como el rey el zapatero.

Con que adentro.

(*Al entrar los detiene.*)

¡Eh! y escuchad:

Con el muerto está su hija,

Nadie importuno la aflija

Por gracia ó curiosidad;

Y cuenta que por torpeza

O por malicia, espiar

Ose alguno este lugar,

Porque pierde la cabeza.

(*Entran y Don Pedro les cierra puerta y
postigo.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO Y BLAS, QUE NO DEBE HABER
COMPRENDIDO LA ESCENA ANTERIOR QUE
PASA ENTRE DON PEDRO Y LA RONDA.

Blas. ¿Qué van á hacer en mi casa?

¿No veis que mi padre está...?

Ped. Todo lo he previsto ya;

Tú atiende á lo que aquí pasa.

Tal vez volverán los muertos,

Entre ellos viene sin duda

Colmenares.

Blas. ¡Dios me acuda!

Ped. Y tenga tus desaciertos;

Aunque le veas venir

Estate quieto á mi lado.

Blas. Eso no, señor soldado,

Si le veo, ha de morir.

Ped. Pues deja que pasen todos,
Que con tantos atreverte
Fuera correr á la muerte.

Blas. Lo haré así.

Ped. De todos modos
Llegó tu venganza, Blas:
Mas que en ninguna ocasion
Divulgue tu irreflexion
Lo que esta noche á ver vas.

ESCENA XIII.

DON PEDRO Y BLAS SE APARTAN A UN LADO;
SAMUEL, DON JUAN, DON ALBAR,
ROBLEDO, CONJURADOS, ETC.

Juan. Con que no olvidar, señores,
Que nuestros días son tres,
El santo y la seña es
Animas y embajadores;
Entretanto con el moro
Que se aviste cada cual,
Y no le irá á nadie mal
Ni por armas, ni por oro. (*Vanse muchos.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO, BLAS, SAMUEL, DON
JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDONZA,
ROBLEDO, ETC.

Juan. Ahora bien, hecho lo hecho,
Este lugar se abandona;
Enrique tendrá corona
Y nosotros gran provecho.

Ald. Adios, Don Juan.

Sam. Dios os guarde.

Alb., d Samuel. Él os ayude, Samuel.

Rob. ¿Os quedais?

Sam. Tengo con él

Que hablar.

Juan. Pues decid, que es tarde.

ESCENA XV

SAMUEL, DON JUAN; BLAS Y DON
PEDRO, OCULTOS.

Sam. ¿Don Juan, la queréis aun?

Juan. ¿Pues en qué mudanza ha habido?

Sam. ¿No es Don Albar su marido?

Juan. ¿Y el peligro no es comun?

Sam. Pero...

Juan. ¿No hay en este lance

Averías de fortuna?

Pues no ha de faltar alguna

Que si me estorba le alcance.

Mas lo que hablarme teniais..

Sam. A eso voy : pues sois tan rico
Como yo...

Juan. ¿Qué?

Sam. ¿No me esplicó?

En repartir bien hariais

Los gastos entre los dos.

Juan. Vuestra avaricia redobla,

Samuel, y por cada dobla

Llorais un cántaro vos.

Sam. Ya veis... tantos adelantos

Y tan exhausta la caja.

Juan. Ya se os hará una rebaja,

Que por ahora no son tantos;

Mas cuenta con que el dinero

Mucho os duela; tirad de él,

Que en este caso, Samuel

La cabeza es lo primero.

Sam. Fio en vos.

Juan. Y sabeis bien

Que por tal parcialidad

Os ofrece Mahomad

Medio reino de Jaen.

Sam. En el moro al fin tendré

Quien me ayude en un azar.

(Y un escondido lugar

Donde el tesoro pondré.)

Buenas noches.

Juan. Id con Dios.

ESCENA XVI.

DON PEDRO, BLAS, DON JUAN; DESPUES
LA JUSTICIA.

Juan. Ambiciosos miserables,
Cuyas manos insaciables
Van siempre del oro en pos.

Vete en paz hoy y atesora,

Que yo te haré levantar

Con tres palos un altar

Donde te llegue tu hora.

(*Mira á la casa del zapatero y dice marchándose :*)

Su infortunio me hace duelo;

Mas él se empeñó en morir,

Y entre los dos á elegir

Quiso lo mejor el cielo.

Ped., d Blas. Ahora tú.

(*Blas se arroja sobre Don Juan, y mientras ese se defiende y la justicia los separa, sin que Don Juan vea de donde salen, dice Don Pedro :*)

Ped. ¡Favor al rey!

Juan. ¡Viven los cielos, villano!

Blas. ¿Y mi padre?

Justicia. Echadle mano.

Juan. ¿Qué es esto?

Justicia. Ayuda á la ley.

Blas. Ese á mi padre mató.

Juan. ¿Cómo? ¡Infame!

Just. Basta ya,

Que ese hombre acusado está.

Juan. ¡Viles, asesino yo!

Blas. Y aun niega... dejadme á mí:

Ese hombre muerte merece;

Dádmele, me pertenece,

Yo soy el verdugo aquí.

(Blas separado de Don Juan forcejea por llegar á él. Llevan á Don Juan por el lado opuesto á la casa de Diego Perez, y Don Pedro coge á Blas por el brazo, cuando todos vuelven la espalda.)

Justicia, á Blas. Ea, atrás tú... y venid vos. *(A Don Juan.)*

Juan. Inocente...

Just. Sí sereis;

Pero allá se lo direis

Á los jueces.

Juan. Si por Dios.

Ped., á Blas. Ven aquí, y en mí te fia.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, BLAS.

Blas. Ved que me habeis prometido...

Ped. Que del crimen convencido

En tus manos le pondría.

Pues bien, pasado mañana

Te avisarán de un lugar

Donde has de ir á consultar

Sobre la justicia humana.

Blas. ¿Qué me importa?

Ped. *(Dale un bolsillo.)* Calla y ten.

Con esto el entierro harás

De tu padre y de ese, Blas;

) Señalando al sitio donde cayó el conjurado á quien mató Don Pedro.)

Y callando te irá bien.

Blas. *(De sus ojos tengo miedo;*

Por mas que al orgullo acudo

Me apura, me opongo, dudo;

Mas resistirle no puedo.)

(Entra en su casa empujado ligeramente por Don Pedro.)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO.

Bien; nada Don Juan sabrá,

Nada los jueces tampoco,

Y ese pensamiento loco

Adelante seguirá.

(Se echa á reir, y dice yéndose y frotdn-

dose las manos con muestra de satisfaccion:)

Y es justo que en horca acaben

Y al vulgo den que reir

Muertos que aun han de morir

Y que la hora no saben.

ACTO TERCERO.

Gabinete oriental en casa de Samuel Levi, destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo y secretas á los lados; mesa con tapeta de grana, cogines, etc. Luz artificial.

PERSONAS.

DON PEDRO.

DON JUAN DE COLMENARES.

SAMUEL LEVI.

BLAS PEREZ.

DON JUAN ROBLEDO.

DOÑA ALDONZA CORONEL.

TERESA PEREZ.

UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.

DON DIEGO GARCIA DE PADILLA.

JUAN CORTACABEZAS.

DOS BALLESTEROS DE LA GUARDIA DEL REY.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ALDONZA CORONEL, DON JUAN DE COLMENARES.

Ald. Imposible, Don Juan; dirán si quieren

Que por capricho mugeril os quise,

Mas no penseis que mi decoro hollando

Así el blason de los Guzmanes pise.

Mucho os amé y os amo todavía,

Que negároslo aun fuera locura,

Mas seguidos liviana, Colmenares,

Tinta en su sangre...

Juan. Basta; estad segura

Que os comprendo muy bien: enhorabuena,

Trocar por un mal rey un buen marido,

Que merecia os pareció la pena;

Mas quien señora en un palacio ha sido,

Vivir no debe en opulenta casa,

Que de hidalgo solar al fin no pasa.

Ald. Me tentais demasiado la paciencia,

Señor Don Juan: tened esos dicitos,

Porque pican pardiez en insolencia;

Quien al rey escuchó fué mi venganza;

Mató á mi padre y vive en mi memoria.

Juan. ¡Qué diablos! ¿por tan pcco una pendencia

Quereis armar? no somos hoy tan niños

Que no alcancemos ya la tecnología
Y el sistema de amores y cariños.

Ald. Teneis, Don Juan, un alma depravada,

Incapaz de sentir, é indiferente
Dispuesto estais con sátira insolente
A reir de la cosa mas sagrada.

Juan. ¿Pues qué queréis? ¿que á fuer de caballero

Que errante corre á caza de aventuras,
Abra un palenque á voz de pregonero
Y haga hastillas por vos un par de lanzas
Ganoso de cosecha de esperanzas?

No es mi propuesta tan difícil cosa;
En cualquier asonada repentina,
Muere á manos de turba codiciosa
El patriota mejor tras de una esquina.

Ald. Basta ya, por mi vida, Colmenares.

Si la lengua arrostre del populacho,
Del rey Don Pedro por vengarme ansiosa
Vengo á mi padre y moriré gozosa:
Todo el mundo verá, por mas que os pese,
Que el corazon del rey no pretendia
Quien aguardando la ocasion, sedienta
Bebió la sangre que en su pecho habia.

Juan, con sarcasmo. Y embozando su amor con su venganza

Supo astuta volver á su marido
Celebrando su triunfo esclarecido;
Y este de su conducta satisfecho,
Cuando vos le digais *vengué á mi padre*,
Responderá tranquilo *bien has hecho*.

Ald. Mucho os mofais, Don Juan, de su desgracia,

Y á su enojo mostrais muy poco miedo
Cuando sabeis que recordaros puedo
Que no hablásteis con él con tanta audacia.

Juan. ¿Y por tan bueno me teneis, señora,
Que me lanzara á provocarle necio,
Cuando al fin de la fiesta no sería
Sino del vulgo fábula y desprecio?
Convengamos al fin en que por suerte
Bien entrambos á dos nos conocemos,
Y pues ambos á dos nos descubrimos,
Nada por fin entrambos nos debemos.
Mas es tiempo de obrar: quede aquí todo,
Y pues ambos un fin nos proponemos,
Justo es que cada cual llegue á su modo.

ESCENA II.

DICHOS; SAMUEL Y EL EMBAJADOR, POR EL FONDO.

Sara. ¡Gracias á Dios!

Juan. El nos ayude, amigos.

Emb. Grave susto nos disteis, Colmenares.

Juan, frivolamente. Los cielos ¡vive Dios! me son testigos

De que mas de una vez me di por muerto,
Y de todos el fin tuve por cierto.
El oro derramé con manos llenas
Por penetrar el laberinto oscuro
De las dudas que entonces me acosaban,
Todos los cargos vi que se me hacian,
Y todos de asesino me culpaban,
Mas nada á fé de conspirar decian.

Sam. Mas los jueces...

Juan. Asaz interesados

Fallaron mi sentencia

Conforme á su interés, no á su conciencia.

Sam., con satisfaccion. La noticia indecisos esperamos,

Mas cuando esta mañana la supimos
Nos reimos, Don Juan, y respiramos.

Juan. El caso es muy donoso ciertamente,
No se ha visto sentencia mas graciosa;
Mas pasemos, señores, á otra cosa;
No hay mas que hablar, con nuestro plan seguimos.

Sam. ¿Y el rey?

Juan. ¡Oh! mas que nunca confiado
Hoy mismo con su mesa me ha brindado;
Mas yo sé bien, ó me alucino mucho,
Que espléndido banquete le preparo
Que ha de costarle por quien soy bien caro.

Emb. Abreviemos, si os place, de razones.

Sam. Sí, obremos de una vez, que no tenemos

A cientos ya á escoger las ocasiones.

Juan. Teneis razon, amigos, empecemos.

¿Los de Aragon?... (*A Doña Aldonza.*)
Ald. En la ciudad entraron;

Guzman con ellos la señal espera,
Y aqui vendrá, si la ocasion le ayuda,
Favorecido por la sombra muda.

Emb. Mañana nos dará pública audiencia
El rey en el alcázar.

Juan, al embajador. Ese tiempo le da nuestra sentencia:

Ea pues, ya sabeis cuanto hace al caso:
Emprended del oráculo la farsa,
Que entre la turba de cristianos locos
Que por mentiras os darán dineros,
Entrarán de los nuestros unos pocos;
No me los confundais con la comparsa.

(*A Doña Aldonza con galanteria.*)

Dadme el brazo, señora,
Si aun alcanzo á serviros de escudero.

Ald. Pues no podeis ya ser mi caballero,
La última vez tomadle por ahora.

ESCENA III.

SAMUEL, EL EMBAJADOR.

Sam. Dejemos á esos necios embriagados
En sus ciegas y torpes vanidades.

Emb. Hablad de Don Enrique.

Sam. Ya consiente
En dar á Mahomad esas ciudades
Que le pide, tal vez muy exigente;
Pero es justo sin duda

Que pague cara su eficaz ayuda.

Emb. ¿Dará, pues, los poderes necesarios?

Sam. No, pero pues tan varios
Sucesos prestarán mil ocasiones,
De ellas se quitarán las guarniciones,
Y con faz de sorpresa
Tomareis lo que os toque de la presa.

Emb. Quedará, pues, Castilla
Reducida á un pedazo de terreno...

Sam. Sí, donde ondula el pabellon ajeno.

Emb. Permitid que os replique,
Samuel, puesto que tanto os interesa,
Segun se ve, su causa,

¿Porqué aquí no os quedais con Don Enrique?

Sam. No mas reyes, que pobres y altaneros

Nos adulan menguando su grandeza
Y nos pagan despues crueles y fieros
Dando á su pueblo ruin nuestra cabeza.
Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro
Desde hoy ofrezco si los quiere al moro.

Emb. Ya veis lo que os escribe
Mi rey, y claro está que os los recibe.

Sam. Llevad á cabo, pues, lo comenzado.

Emb. ¿Habeis ya á nuestras gentes avisado?

Sam. Hoy avisados fueron;
Mis amigos y fieles servidores
Por el vulgo las nuevas esparcieron

De que el muy sabio embajador, que cura
Del ánimo y del cuerpo los dolores,
A admitir se dispone sus visitas,
Y ya el crédulo vulgo se apresura
A consultar al mago

En el silencio de la noche oscura.

Emb. Está bien : á los jefes instruidlos
Del ridículo oráculo;

Lo que importe decidlos,

Yo al vulgo engañaré.

Sam. Y poned cuidado.

Vendrá larga caterva de importunos
Y de necias muchachas engañadas,
Tras de esperanzas mentirosas unos,
Tras de ventura y predicciones otros,
Pero vendrán entre ellos

Las ánimas, que esperan de nosotros,
No plegarias mentidas ni oraciones,
Sino armas afiladas,

El oro y las secretas instrucciones
Que le serán por vuestro labio dadas.

Emb. Presto, pues, el oráculo empecemos :
A los nuestros daremos lo que importa,
Y al vulgo sin razon le mentiremos.

ESCENA IV

SAMUEL Y EL EMBAJADOR SALEN POR LA
DERECHA : APARECEN EN SEGUIDA POR UNA
PUERTA FALSA DE LA IZQUIERDA DON PEDRO
CON DON DIEGO GARCIA DE PADILLA
Y DOS BALLESTEROS DE SU GUARDIA.

Ped. ¡ Aquí, lebreles, y alerta!
A la primera señal

Le echais al cuello un cogal

Y le ahorcáis en esa puerta.

Pad. Ved que es ese hombre, señor,
Embajador de Granada.

Ped. ¿ No acuso, pues, la embajada
Si cuelgo al embajador?

(*Padilla y los ballesteros se retiran; Don Pedro va á ocultarse tras de la puerta que abrió Samuel al salir, y cuya hoja cae sobre la pared.*)

Ped. Yo cazo por aflicion
Ya un insecto, ya una fiera;
Pues hallo esta ratonera,
Cazemos este raton.

ESCENA V.

VUELVE EL MORO, Y AL CERRAR LA PUERTA
SE HALLA CARA A CARA CON DON PEDRO,
QUE ECHA MANO A LA LLAVE Y QUEDAN UN MOMENTO
EN SILENCIO MIRANDOSE UNO A OTRO.

Ped. Buenas noches nos dé Dios.

Emb. (¿ Por dónde ha entrado este hombre?)

Ped. Nada hay aquí que os asombre.

Emb. ¿ Sois?

Ped. Un hombre como vos.

Emb. ¿ De la casa?

Ped. Justamente.

Emb. ¿ Amigo de Don Samuel?

Ped. Mucho.

Emb. ¿ Y por mandato de él
Venis á mí?

Ped. Cabalmente.

Emb. Pero en mi mente no cabe...

Sin tropezaros en mí,

¿ Cómo habeis entrado aquí?

Ped. Por el ojo de la llave.

Emb. ¿ Qué es esto, venis de mofa?

Ped. ¿ Unos muertos no esperais?

¿Que se aparezcan dudáis,
Pues, las gentes de esa estofa?

Emb. ¡Cómo!

Ped. ¿No oísteis decir

Que un muerto espíritu es
Y no necesita piés
Ni por dónde, para ir
Ni venir?

Emb. Mas no comprendo

Por Alá.

Ped. Tened paciencia;

Yo os explicaré mi ciencia,
Y ya lo ireis comprendiendo.

(*Tiéndese Don Pedro en un almohadon,
y sigue diciendo en tono burlon:*)

Hay sabios tan pobrecitos
Que tras cualquier embustero,
Se van hácia el matadero
Dóciles como cabritos.
Hay muertos tan infelices
Que á pocas apariciones,
A tumbos y á tropezones
Dan en tierra de narices:
Y hay astrólogos tan rudos,
Tan menguados adivinos,
Que en lo que hace á sus destinos
Sus horóscopos son mudos.

(*Hace el moro un movimiento de resistencia.*)

No resistais, voto á tal,
Que vengo muy bien armado,
Y cogiéndoos descuidado
El combate no es igual.
Que sois he oido decir
Un mago mas que mediano:
Tomad; aquí está mi mano,
(*Tiende la mano armada con guantelete.*)
Decídmeme mi porvenir.

Emb. (Disimulemos par diez
Quién es hasta descifrar.)
Aunque era justo negar
Respuesta á tanta altivez,
Porque no cedo la ciencia
A la fuerza ó la amenaza,
Os disimulo la traza
De tan rápida exigencia.

Ped. Ved que tambien adivino
Soy, y á mi vez os diré
Poco ó mucho lo que sé
Que os guarda vuestro destino.

Emb. Entonces esta molestia
Nos podemos escusar.

Ped. (Aun voy con él á cerrar
Como quien caza esta bestia.)
¿Con que no sabeis decir
Ni mirando á lo pasado,
Lo que ha sido de un soldado,
Ni cuál es su porvenir?

Emb. (Dudando estoy.)

Ped. Bien está;

Pues reservado os guardais,
Fuerza es que de vos oigais
Lo que fué y lo que será.
Vos fuisteis Marcos Martin,
Que en sus traidores afanes
Servisteis á los Guzmanes,
Y les vendisteis por fin.
La razon os la diré:
Cuando un bastardo ser quiso
Rey de Castilla, preciso
Buscar un veneno fué.

Emb. ¡Cielos!

Ped. Le aprontásteis vos.

Descubierto, con el oro
Que hurtásteis, fuisteis al moro
Y renegásteis de Dios.
Ayudando al rey Bermejo
En Granada á conspirar,
Cuando rey se hizo llamar
Os hizo de su consejo.

(*Un momento de pausa.*)

Te he dicho, Marcos Martin,
Lo que ha sido tu pasado;
Atiende ahora con cuidado,
Que voy á hablar de tu fin.
O con la mia se acuerda
Tu voluntad desde hoy,
O te juro por quien soy
Que bailas en una cuerda.

Emb. (Rendirse sin pelear
Fuera locura estremada.)

Ped., con altivez. ¿Qué dices?

Emb. No digo nada.

Ped. ¿Eso es negar ú otorgar?

Emb., arrancando con indignacion. ¿Por
quién no me tomais á mí,

Mortal miserable y necio,
Que viene á poner á precio
Mis pareceres aquí?
¡Necio de mí, si mi ciencia
Quien sois no me revelara!

Ped. ¿Y es perspicacia tan rara
De tu ciencia ó tu conciencia?

Emb. Vos, criado entre traidores,
Traiciones dó quier soñais,
De las estrellas dudais,
De sabios y de doctores.

(*Con tono de inspiracion. Don Pedro
trémulo de ira.*)

Yo vine de mi señor,
Con mi ciencia poderosa,
De vuestra nacion leprosa
Médico y embajador.
¿Y de una historia indecente
Me haceis el protagonista?

Ped., levantándose, dando una patada en el suelo. ¡Nuestra Señora me asista,

Y aun hablará el insolente!
Escucha, sabio doctor
Y embajador vivo,
Voy á desollarte vivo
Y á mandarte á tu señor.
Pienzas que tengo tan flaca
La memoria, ó tan menguado
El enojo, que irritado
Mi cólera el tiempo aplaca?
Siervo apóstata, asesino
Mal comparado, vil ladron,
¿Pienzas que es tu salvacion
Ese disfraz de adivino?
Despoja de esos trebejos.
(*Arráncale de un tiron la capellina que le cubre todo.*)

¡Padilla!

ESCENA VI.

PADILLA Y DOS BALLESTEROS APARECEN A LA VOZ DE DON PEDRO; MIENTRAS MARCOS NO ACIERTA A VOLVER DE SU ASOMBRO, LE ASEN, LE DESPOJAN DEL TURBANTE Y DEMAS UTILES QUE HAN DE SERVIR PARA EL DISFRAZ DE DON PEDRO, Y LE LLEVAN.

Ped. A ese embajador
Servirás de confesor;
Guárdale bien y no lejos.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

¡Darán al mozo un juguete
Y alguna presa al leon!
Por Dios que de diversion
Servirán al mozalbete.
(*Hace lo que va diciendo.*)
Cálome esta mantellina,
Coloco la luz de modo
Que en sombra quede yo todo,
Mientras el resto se ilumina.
Abro, me cubro, me siento,
Y á adivinar me preparo;
A fé mia que muy caro
Pagan mi entretenimiento.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, BLAS.

Blas. Este es sin duda el doctor.
Ped. ¿Quién va?
Blas. Blas Perez.
Ped.

(¡Por Cristo

Que está al reclamo bien listo!)
Diga pues.

Blas. (Dame pavor
Tan melancólica estancia.)
Es el caso... yo... (No sé
Cómo empezar.)

Ped. (Siempre fué
Tan cobarde la ignorancia.)
¿En fin, qué quiere de mí,
Blas Perez?

Blas. Venganza quiero.
Ped. ¿Y de quién?

Blas. De vos la espero,
Pues me encaminan aquí.

Ped. ¿Y qué es ello?
Blas. Ello es, señor,
Que hace tres noches, en una
Lluviosa y negra, oportuna
Para el cobarde y traidor,
Mi padre...

Ped., interrumpiéndole. Bien, le mataron.

Blas. Sí, murió á manos de un hombre...
Ped. Colmenares, sé su nombre...

Blas. ¿El hecho pues os contaron?
Ped. ¿Qué es mi saber en esencia

Si lo pasado no acierto?
Blas. (¡Si le habrán dicho que ha muerto
Los hombres y no su ciencia!)

Ped. Sea como quiera, adelante:
Un soldado te ayudó,
Y por él la ronda dió
Tras de ese hombre en el instante.
A él te arrojaste audaz,
Mas te detuvo el soldado,
Que aun no era el tiempo llegado
Para tal temeridad.

Blas. Todo lo sabeis sin duda,
Y puesto que á vos me envian,
Está claro que sabian
Que me podeis dar ayuda.

Ped. ¿No te la dió el tribunal?
Blas, con desprecio. Si Dios otra vez naciera,

Y entre sus uñas cayera,
Pasáralo á fé muy mal.

Ped. ¿No hay pues justicia en Sevilla?
Blas. Fué mi padre zapatero.
Ped. ¿Quién en la ley es primero?

Blas. Los mas ricos en Castilla.
Ped. Mire el mozueto insolente
Lo que dice antes de hablar.

Blas. Ved si me habeis de vengar
O me vuelvo.

Ped. Blas, detente;
¿Tan mal te trató la ley
Que así decidido estás?

Blas. Y no me volviera atrás

Aunque atropellase al rey.
¡Oh! mataré á Colmenares
Donde quiera que halle espacio,
En la calle, ó en palacio,
Aun al pié de los altares.

Ped. ¡Impío!

Blas. Seré imparcial :
Obraré con mi enemigo
Como el tribunal conmigo.

Ped. ¿Pues cómo obró el tribunal?

Blas. ¿Qué, no lo sabeis, señor?

El tribunal por su oro
Le priva un año del coro,
Que en vez de pena es favor.

Ped. ¿Eso mas?

Blas. Con que es decir,
Que al cabo por buena cuenta,
Cobra como antes su renta,
Al coro sin asistir.

Ved pues si tengo razon;
Y si vuestra ciencia alcanza
A mi padre á dar venganza,
Buscad presto la ocasion.

Ped. ¡Fuego de Dios en el mozo
Y qué derecho se va
A su asunto!) Bien está.
Concédote sin rebozo

La razon, pues es tan clara;
Y pues por venganza vienes,
¿A que te ponga te avienes
Al matador cara á cara?

Blas. ¿Que si me avengo? ¡sí á fé!

Ped. Mañana á palacio irás,
Con eso paso te harás *(Dale una seña.)*
Hasta donde alguien esté
Que te ponga en la ocasion.

Blas. ¡Yo á palacio! fuera yerro,
Me echaran de él como á un perro
Al saber mi condicion.

Ped. Si á tu padre has de vengar,
Tal orden has de cumplir.

Blas. Con esto á palacio he de ir...
¿Y qué falta me hace entrar?

Ped. Obedece á tu destino,
Que así dispone que muera,
Porque si le matas fuera
Te ahorcarán por asesino.

Blas. Vos quereisme hacer el hú,
Y puede ser... ¡vive el cielo!

Ped. Obedece, rapazuelo,
A quien sabe mas que tú.
(Don Pedro se levanta y le pregunta con imperio:)

¿Diste á Diego sepultura?

Blas. Se la di.

Ped. ¿Y al otro?

Blas, asombrado. ¿Cómo!
¡Sabeis tambien!...

Ped. Piés de plome

Necesita esta aventura :
Tenlos y no olvidés, Blas,
Que quien con muertos pelea,
Es muy posible que lea
Tus pensamientos, y mas.
¿Con la bolsa del soldado
Enterraste á los dos?

Blas. La misma noche. *(Por Dios,
Que esto no se lo han contado.)*

Ped. ¿Hablarán los que lo hicieron?

Blas. Su oficio es solo enterrar.

Ped. La lengua pues se han de atar
O sepultura se abrieron :
Mañana á palacio.

Blas. Iré.

Ped. ¿Me tienes mas que decir?

Blas. Nada mas.

Ped. Te puedes ir
Y hasta mañana.

Blas. ¿Os verá?

Ped. ¿No te prometió el soldado
Darte á Colmenares?

Blas. Sí.

Ped. Pues lo que él promete, á mí
Cumplir me está encomendado.

(Al despedirle.)

Y crée, Blas, al adivino :
Quien los misterios no calla
De este cuarto, por él halla
Del otro mundo el camino.

Blas. *(Seguiré á fé su consejo,
Que todo este hombre lo sabe,
Y el negocio es harto grave,
Pues que se arriesga el pellejo.)*

Ped. ¿Qué aguarda?

Blas. Yo mas quisiera
Preguntar... mas tengo miedo.

Ped. Vete, que en vengarte quedo.

Blas. Mas decid...

Ped. Váyase fuera.

ESCENA IX.

DON PEDRO.

Mató á Perez Colmenares
Y el crimen pagando en oro,
Prívanle un año del coro...
¡Y matan á otros pelgares
Por robar un alfiler!
Bien... ¿La justicia atropella
Mi justicia? haré con ella
Lo que ella acostumbra á hacer.
Alguien llega. ¿Quién va allá?
*(Vuelve á colocarse como al principio á la
sombra de la lámpara.)*

ESCENA X.

DON PEDRO, ROBLEDO.

Rob. Animas y embajadores.*Ped.* (Aquí empiezan los traidores.)

Está todo?

Rob. Todo ya;

Solo falta repartir

El oro que ha de pagar,

Los brazos que han de lidiar,

Y armas con que han de reñir.

Ped. Tomad, en ese bolsón

Lo necesario teneis.

Las armas encontrareis

En San Benito.

Rob. ¿No son

Los monges del rey amigos?

Ped. Que eso crean es muy bueno,

Que así estará el rey ajeno

De haberlos por enemigos.

Rob. Eso, sí, podeis fijar

Seña y hora.

Ped. Con prudencia

Meted gentes en la audiencia

Que mañana me han de dar.

Rob. Luego mañana...*Ped.* Así es :

Al oír el esquilon

Sable en mano y al salón.

Rob. Allí muere á nuestros piés.*Ped.* ¿Quién parecer le ha pedido?*Rob.* ¿A un mismo fin coligados,

No estamos todos?

Ped. ¿Pagados

No habeis vosotros venido?

Rob. La canalla sí, yo no.*Ped.* ¿Qué prendas derecho os dan

A ser mas? ¿en dónde están

Las gentes que pagais?

Rob. ¿Yo?

Soldado valiente soy,

Que arriesgo en esta partida,

Sino mis doblas, mi vida.

Ped. Por canalla pues os doy,

Que eso arriesga la canalla

Cuando á los palacios osa,

Y es que no tiene otra cosa

Que perder en la batalla.

Rob. ¡Vive Dios!*Ped.* Calle y va bien,

Que pues en esta querrela

Arriesga él tanto como ella,

Canalla será también.

Rob. Hombre soy...*Ped.* ¡Por Satanás,

Hé aquí lo que son soldados!

Beben y riñen osados

Y no sirven para mas.

Robledo, llévate ese oro;

Las armas en San Benito,

Y mañana al primer grito

En el salón junto al moro.

Rob. ¿Pensais pues, herege vil,

Que muchachos de una escuela

Nos llevais tan sin cautela

Como ovejas al redil?

Iguales hemos de ser,

Pues lidiamos por igual;

O vais á pasarlo mal,

; Por vida de Lucifer!

Que no faltará quien, roto

Algun cabo de la rueda,

Romper el círculo pueda...

Ped. (Si habla mucho le acogoto.)

Digoos que ireis á palacio

Con vuestra gente pagada,

Y á la primer campanada,

Fuego; y no os andeis reacio,

Porque paga vuestro cuello.

Rob. Pues bien.*(Don Pedro impaciente se levanta y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, vase hácia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le está corta, las piernas armados de acicates y mallas, á usanza de los caballeros cristianos.)**Ped.* Eh, largo de aquí.*Rob., mirándole á los piés.* ¡Santo Dios!

¿calzan así

Los moros?

Ped. (Topó con ello.)*(Llévale Don Pedro á la fuerza hasta la puerta y dícele con voz siniestra:)**Ped.* Dicen que es por las pezuñasFácil con el diablo dar. *(Muéstrale un pié.)*

; Ay si llegais á contar

Que le habeis visto las uñas!

(Le enseña una mano armada de guantelete y cierra la puerta dejándole fuera.)

ESCENA XI.

DON PEDRO.

Si le digo al fin quien soy

A darle muerte me obligo;

Mas si quien soy no le digo,

Todo lo descubre hoy.

; Oh! harále prudente el miedo.

; Padilla!

ESCENA XII.

DON PEDRO, PADILLA.

Ped. Si á San Benito
No va, por Cristo bendito
Que me prendais á Robledo.

Pad. Han de recelar, señor,
Los demas de esa medida.

Ped. Pues prométele la vida.

Pad. Dineros fueran mejor,
Que tal vez desesperado,
Si alcanza que ha de morir,
Se negará á consentir,
A su partido obligado.

Ped. Entonces poco me importa;
Si se niega le ahorcarás,
Y tras él á los demas.
Así es la funcion mas corta.

Pad. Si permitís que os pregunte
Sin desacato, señor,
¿No era eso mucho mejor?

Ped. Mil gracias por el apunte.

Pad. Si os ofendí, perdonad.

Ped. ¿No sabeis que ellos decian
Que al leon entretendrían?

¿No se entretiene en verdad?

Dúrale la diversion

Mientras el hambre no le apura;

Esto es, el juguete dura

Mientras harto está el leon.

Pad. Pero advertidos de cierto
Tarde ó temprano...

Ped. Ya basta,
Padilla; mientras se gasta
Mi juguete me divierto.

Pad. Mas no perdáis la ocasion
Por un infantil capricho.

Ped. Me divierto, y está dicho.
Darles quiero una leccion.

Ya vistéis el vulgo necio
Que se agolpaba al umbral.

¿No merece, voto á tal,

Mi burla con mi desprecio?

En pos viene del oráculo

De un decantado adivino,

Y le usurpa ese asesino

De la ciencia el tabernáculo.

Contra su rey conjurados

Porque igual premia y castiga

En larga y secreta liga,

Su alcázar minan osados.

Al vulgo insensato admiran,

Y á pretexto de arte mágico,

A un fin mas sangriento y trágico

Con sus misterios conspiran.

Ahora bien, pues cazadores

Sin tiento cuadrilla loca

De su cueva hasta la boca
Siguen al leon vencedores,
De sus peñas al abrigo
Saldrá el leon de repente.

Pad. Mucho ese dicho insolente
Os picó.

Ped. Padilla, amigo,
Confiésolo, pues me obligas;
Los tigres, los elefantes
Provocan al leon pujantes,
Mas le insultan las hormigas.
¡Oh! pues astuto y mañero
Todas por fin las junté;
Mañana las pisaré

Al cegar el hormiguero!

(*Padilla se retira á una seña de Don Pedro.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO VUELVE A COLOCARSE TRAS DE
LA MESA, COMO ANTES, Y SALE TERESA
CON MANTO QUE LE CUBRA EL ROSTRO.

Ter. ¿Sois vos el sabio doctor
Que dulcos del alma cura?

Ped. No es mi ciencia tan segura
Que alcance á todo dolor.

¿Quién sois?

Ter. Soy una muger
Pobre, triste y desvalida,
A este lugar impelida
Por sus cuitas.

Ped. Puede ser
Que contenta no salgais,
Pues siendo tan desdichada
La verdad no será nada
Propicia. ¿Cómo os llamais?

Ter. Mi nombre, ¿qué importa aquí?
Sé que obedece la ciencia
Con lisonja á la opulencia,
Mas yo del vulgo nací.

(*Deja en la mesa una moneda.*)

Sin embargo, esto es, señor,
Cuanto un pobre os puede dar;
Ved si eso puede comprar
Vuestra ciencia.

Ped. No es valor
Que se paga con dinero:
Guardaos eso; decid
Lo que quereis, y advertid
Que en todo ayudaros quiero.

Ter. Dos cosas que consultar
Tengo.

Ped. Decid la primera.

Ter. Saber en dónde, quisiera,
A un soldado podré hallar.

Ped. La segunda.
Ter. El nombre oír
 Del traidor que hace tres días
 Mató á mi padre.
Ped. ¿Tenias
 Antes del padre morir
 Sospecha de azar tan duro?
Ter. Si lo hubiera sospechado,
 Señor, le hubiera salvado.
Ped. (¿Es ella? aun no estoy seguro.)
 ¿Murió tu padre en la calle?
Ter. Sí, señor.
Ped. ¿A puñaladas?
Ter. Sí, señor.
Ped. ¿Eran pasadas
 Las ánimas al matalle?
Ter. Sí, señor.
Ped. ¿De ello testigo
 Fué ese soldado á quien vas
 Buscando?
Ter. Así fué.
Ped. ¿Quizás
 Le amaste?
Ter. Mostróse amigo
 De mi padre, y...
Ped. Di á tu hermano
 Que aquel que mañana vea
 Que en la audiencia real pasea
 Departiendo mano á mano
 Con el rey, ese es el hombre...
 Y en cuanto á ese otro soldado
 A quien buscas, ha mudado
 Trage, condicion y nombre.
Ter. ¿Pero verle no podré?
Ped. Y si el que buscas no es ya,
 ¿De qué hallarle te valdrá?
Ter. Mis cuitas le contaré:
 Mas fiaré á su cuidado,
 Y amante ó compadecido,
 Valiente sé que ha nacido,
 Y obrará como soldado.
Ped. Mucha fé tienes en él.
Ter. Le amo, y vengaráme al cabo,
 Que le llaman Pedro el Bravo.
Ped. Y tambien Pedro el Cruel.
Ter. No será entre las mugeres
 Donde use nombre tan fiero.
Ped. ¿Tanto le quieres?
Ter. Le quiero.
Ped. Pues, Teresa, no le esperes;
 Pedro es un valiente, sí,
 Te vengará porque es justo;
 Mas aunque oírlo sea susto
 No es ya Pedro para tí.
Ter. Razon no alcanzo, señor.
Ped. Hay entrambos largo trecho
 Y es un mal que ya está hecho.
Ter. Todo lo iguala el amor.

Ped. ¡Imposible!
Ter. Yo no digo
 Que si es rico, noble, avaro,
 Mi amor me pague tan caro
 Si con mi amor no le obligo.
 Si (aunque pensarlo me pesa)
 Con otra casado está,
 El daño mortal será,
 No para él, para Teresa.
 No le humillará mi amor,
 Si venga á mi padre y lava
 Mi afrenta, seré su esclava,
 Porque él será mi señor.
 Si á alguien con amarle ofendo,
 Nadie me podrá estorbar
 Que pueda en silencio amar
 Objeto que no pretendo.
Ped. (¡Pobre muchacha!) ¿Y si fuese
 Pedro un falso y un traidor?
Ter. No conseguirá un error
 Que por él no me interese;
 Aun si miente le amaré.
Ped. ¿Y si es un vil, cuyo oficio
 Te infama?
Ter. Haré un sacrificio,
 Y su infamia partiré.
Ped. Y si su conducta loca
 Con depravada intencion,
 A tu orgullo con razon
 Y á tu honor, Teresa, toca,
 ¿Le amarás?
Ter. Siempre; aunque triste
 Lloraré mi desventura,
 Y no habrá fin mi amargura
 Si es verdad.
Ped. Tú lo dijiste;
 Él sabia que hasta tí
 No se podia bajar,
 Y te enamoró á pesar.
 ¿Quieres aun buscarle?
Ter. Sí.
 La última vez verle quiero,
 Y en nombre de aquel amor
 Voy á encomendar, señor,
 Mi venganza á un caballero.
Ped. ¡Si por Dios! y no te engaña
 Tu amor, que si te ha mentido,
 Te vengará arrepentido,
 Que es quien es. (¡Muger estraña!
 Veamos.) ¿Antes tuviste
 Que él otro amor?
Ter. Le olvidé.
Ped. ¿Quiérete aun?
Ter. No lo sé.
Ped. ¿Dice?
Ter. Que sí.
Ped. Mal hiciste.
 Toma ese anillo; al mostrarle

Paso en palacio te harán,
Y hasta el rey te llevarán.

Ter. ¡Al rey!

Ped. A él debes llevarle;

Pedro Bravo estará allí :

Háblale... y lleva contigo

Al alcázar á ese amigo,

Que anda perdido por tí.

Ter. ¿Y qué relacion?...

Ped. No dudes,

Teresa : ¿de qué en conciencia

Me serviría la ciencia,

A que confiada acudes,

Si remedio no te hallara?

Vé á palacio y de contado

Verás á Diego vengado,

Y á Pedro Bravo la cara.

¿Quieres mas?

Ter. Si no temiera

Que mi empeño...

Ped. Di y concluye.

Ter. ¿De mí Pedro Bravo huye

Por desamor?

Ped. ¡Necio fuera!

Te quiere cada vez mas;

Pero sigue mis consejos :

Ama á Pedro desde lejos,

No se lo digas jamás.

Ter. ¡Me aterrás!

Ped. Tú eres muy bella,

Él es mozo, y aunque bueno,

Su amor es bruto sin freno

Que cuanto alcanza atropella.

Harto dije; vete pues.

ESCENA XIV.

DON PEDRO.

¿Con su deshonra qué gano?

No quiero ser tan villano

Con quien tan sincera es.

Casta y sencilla paloma

Presa en las redes de amor,

Que vayas libre es mejor

Que cruel gavilan te coma.

Yo te vengaré de mí,

Y al ver quien era y quien soy,

En que has de estimar estoy

Por lo que soy lo que fui.

¿Quién va?

ESCENA XV.

DON PEDRO; JUAN CORTACABEZAS, CON
MANDIL Y CUCHILLAS AL CINTO.

Cort. Juan Cortacabezas
Con todos sus menesteres.

Ped. ¡Voto á san Gil! ¿y qué quieres?

Cort. Sabedor de mis proezas

Aquí me envió Don Samuel,

Para que hablara con vos ;

Con que bien sabreis los dos

Para qué me envía él.

Ped. (¿Quién es este zafio?) Oriéntame

De tus hazañas, y á ver

Si me sirves.

Cort. Que saber

No hay mucho.

Ped. Despacha, cuéntame.

Cort. Llámome Juan, soy de oficio

Carnicero (ó cortador,

Si así os place), y tanto amor

Le profeso á mi ejercicio,

Que vendo al sol, y peleo

Por la noche : y de este modo,

Aunque igual no vale todo

Siempre es igual el empleo.

Ped. Entiendo : ¿con que es decir

Que eres de esos que en Sevilla

Ponen precio á una cuchilla

Sin ir al rey á servir?

Cort. Ya ve usarcé, nunca falta

Quien refunfuñe de todo.

Ped. Pues ya se ve.

Cort. De ese modo

Siempre á un buen hombre le asalta...

Pues... dan en decir algunos

Que siempre mi calle á oscuras

Está, y otras mil locuras

Que á la fin...

Ped. Toma. (Dale un bolsillo.)

Cort. ¿Hay aquí

Precio...?

Ped. De un hombre no mas.

Cort. Bien vale por Barrabás.

Ped. ¿Te dijo el nombre Levi?

Cort. No.

Ped. Pues mañana temprano

Vé al alcázar, y qué hacer

Te darán.

Cort. Ya empiezo á ver :

¡Válgame Dios soberano!

Yo oí decir que hay quien piensa

Que el rey... ¡oh, si fuera cierto!

(Don Pedro le echa una mirada de desprecio, diciéndole con tono de ambigua interpretacion :)

Ped. Juan, si tienes buen acierto

Doblarán la recompensa.

Vete.

Cort. ¡Si supiera tal!

ESCENA XVI.

DON PEDRO.

¡Cortacabezas! ¡Buen nombre!
Mañana veré si á ese hombre
Se le han dado bien ó mal.
¡Padilla!

ESCENA XVII.

DON PEDRO, PADILLA, DESPUES MARCOS
MARTIN ENTRE DOS GUARDIAS.

Ped. Tráeme á ese mago.
(*A Marcos.*) Martin, pues tan mal empleas
Tu ciencia, es fuerza que veas
Los horóscopos que yo hago.
Ven acá : ese pergamino
Has de escribir á Samuel,
Y vas á fijar con él
Bueno ó malo tu destino.
Dile que oportuna ausencia
Es del caso, que está todo
Previsto, y que haga de modo
Que estén todos en la audiencia.

(*Marcos escribe. Don Pedro le mira con
escrupulosa atencion.*)

Y ve que si un garabato
Te veo hacer que no entienda,
Tu vida tengo por prenda...
Escribe limpio, ó te mato.

(*Toma Don Pedro el pergamino y lo examina detenidamente.*)

Está bien, á una prision
Llevadle, y á la hora dada
Mañana irá su embajada
A dar al rey al salon.

(*Asen los ballesteros á Marcos, que ha
quedado en pié junto á la mesa donde
escribió, y al pasarle por delante de
Don Pedro le dice este :*)

Si obedeces vivirás :
De otro modo tu torpeza
Te costará la cabeza. —
Padilla.

(*Salen y Padilla vuelve á la voz de Don
Pedro. Este cierra la puerta por donde
han entrado los que se suponen venir de
la calle, y descorre el cerrojo de la del
fondo, que se supone dar á las habita-
ciones interiores de Samuel. Hecho esto
y puesto el pergamino en parte visible
de la mesa, vase hácia Don Diego Gar-
cía de Padilla.*)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, PADILLA.

Ped. Con él irás;
Que no hable ni al confesor,
Y en cumpliendo su embajada,
En una caja cerrada
La cabeza á su señor.

Pad. ¿No le dijisteis?...
Ped. Lo siento;

Mas tener cuenta es preciso
Del refran con el aviso :
Quien hace un cesto hará ciento.

ACTO CUARTO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
BLAS PEREZ.
DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.
UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
EL CARDENAL, legado del pontífice.
ROBLEDÓ.
JUAN CORTACABEZAS.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
TERESA PEREZ.
CORTESANOS, PRELADOS, DIGNATARIOS ECLE-
SIÁSTICOS Y CIVILES DE TODAS CATEGORÍAS,
ACOMPAÑAMIENTO DEL LEGADO Y DEL EM-
BAJADOR, BALLESTEROS DEL REY, CONJU-
RADOS Y PUEBLO.

La escena pasa en el alcázar de Sevilla.

PARTE PRIMERA.

Galería corta con puerta en el fondo, en el alcázar
de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DOÑA ALDONZA.

Ped. ¡Eso dicen! vive Dios,
Aldonza, que no lo entienden.
Si aun nos queremos los dos,
Bien lo veis, hermosa, vos.

Ald. Meter zizaña pretenden.

Ped. Eso sí, y por mejor prueba
Os voy á decir la nueva
Con que me han venido á mí :
Que Albar Perez está aquí.

Ald. ¡Cuento!

Ped. El aire se lo lleva.

¡Oh! pero ved la perfidia
Con que lo cuentan; añaden
Que Lacerda ya no lidia
Por el rey.

Ald. Dichos de envidia.

Ped. Al menos me lo persuaden;

Mas no es eso todo aun,
Os hacen de mancomun
Con vuestro pobre marido,
Que anda de zelos perdido
Fraguando el daño comun.

Ald. ¡Pero vos no lo creereis!

Ped. ¿Yo? ¡ni por pienso! Escuchad:
Aun hay quien dice que habeis
Vos bajado á la ciudad
A verle.

Ald. ¿Y vos...?

Ped. Ya lo veis:
Siempre en vuestros ojos preso,
Perdido siempre de amor,
Desprecio al vulgo sin seso,
Y aun casi me agrado de eso
Por confundirlos mejor.

Ald. Mas dejadme preguntaros:
¿Qué se hace vuestra Padilla?

Ped. Indicios me dais bien claros
De que ha podido enojaros;
Mas ved que no está en Sevilla.

Ald. ¿No la volvereis á ver?

Ped. Tuviérala por muy fea
Tras de veros.

Ald. Váisme á hacer
La mas dichosa muger.

Ped. Eso mi amor os desea.

Ald. ¡Oh! será mientras aliente
Mi anhelo amaros, mi gusto
Serviros, eternamente
Ser vuestra... y murmure injusto
El populacho insolente.
Sois el sol con cuya lumbre,
Con cuyos vivos reflejos
Se goza la muchedumbre,
Y envidia que el sol me alumbré
De cerca y á ella de lejos.

Ped. Decís, Aldonza, muy bien:
Os envidian porque os ven
Junto al sol radiante estrella,
Mas será fuerza que á ella
Den culto á la par tambien.
¡Oh! soy quien soy en Castilla,
Y acatarán mis antojos;
Que de no, fuera mancilla
Para mi, luz de mis ojos,
Amor mio.

Ald. ¿Y la Padilla?

Ped. ¿Zelos teneis?

Ald. ¡Qué sé yo!

Mas al cabo...

Ped. Eso acabó.

Ald. ¡La Padilla es tan hermosa!

Ped. Sed con ella generosa,
Yo la enamoré y me amó.
Perdonad, no os habia visto
Todavía, un error fué.

Mas lo corregí bien listo;
La amaba, os vi y la dejé.
(Bien lo hacemos, ¡voto á Cristo!)

Ald. Mas entre el vulgo, señor,
Correis por algo inconstante.

Ped. ¿Y no deciais, mi amor,
Há poco, que es ignorante
El vulgo y murmurador?

Ald. Quien bien quiere, bien sospecha.

Ped. ¡Eh! ¿quién hace caso alguno
De cuentos de su cosecha?
Sin ir mas lejos ved uno
Con que os quedareis satisfecha.
¿Sabeis lo que ha sucedido
Con Colmenares?

Ald. Sí á fé.

Ped. Dió la muerte á un atrevido
Que le amagó.

Ald. ¡Descreido!

Ped. ¿Y sabeis qué dicen?

Ald. ¿Qué?

Ped. Que le mató porque osado
El ribon se habia negado
A no sé qué devaneos
Con su hija... dichos tan feos
Inventa el vulgo menguado.

Ald. ¡(Cielos, qué luz!)

Ped. ¿Qué decis?

Ald. Me horrorizo del supuesto.

Ped. Lo mismo que yo sentís.

Ald. El tan noble, tan modesto...

Ped. (Un buen par os reunís.)

Mas ahora que hablamos de él,
¿Sabeis que me hizo reir
La sentencia? ¡está al nivel
De la ley de un rey tan cruel!

Ald. (¿Qué querrá este hombre decir?)

Ped. El vulgo canalla es;
Sobre él pesa la justicia;
El rico, el noble á sus piés
La tiene.

Ald. El vulgo codicia
No mas que sus doblas.

Ped. ¡Pues!

Mas ya le harán, vive Dios,
Ir de la nobleza en pos.
(Con la cuchilla en la mano
Degollando dos á dos
Tanto insolente villano.)

Ald. Sois justo, señor, en eso,
Que os acata la nobleza
Y os defiende.

Ped. ¡Oh! lo confieso;
Por ella asaz me intereso.
(Como ella por mi cabeza.)
Mas veo allí á Colmenares,
Voy á celebrarle un rato
Sus aventuras y azares.
Y á fé que son singulares.
(Como para sí.) ¿Amagarle?... ¡mentecato!
Bien muerto está el que mató.
(Se echa á reír, observando la impresion
que sus palabras hacen en Doña Aldonza.)

Y luego... ¡brava quimera!
¿Quién amores le colgó
Con aquella zapatera?
(Ríe.) ¡Oh! voy á darle ahora yo
Gran zumba con su Teresa.

Ald. ¿Se llama así?

Ped. Dicenlo.

Mas á vos ¿qué os interesa?

Ald. ¿A mi? nada.

Ped. Creí.

Ald. No,

Tan solo lo pregunté
Por la zumba.

Ped. Bien está.

A Dios, mi amor.

Ald. Él os dé

Compañía.

Ped. (Me holgaré
Si á ambos el diablo os la da.)

(Vase Don Pedro, y al llegar al fin del
teatro se vuelve á mirar á Doña Aldonza.)

Ald. ¡Necio! ¡así vive tranquilo
Y hoy agoniza tal vez!

Ped. (Se traga el anzuelo el pez
Sin ver qué va atado al hilo.)

ESCENA II.

DOÑA ALDONZA.

Vete, que á la muerte vas.
¡Necios! de torpes placeres
Con una ilusion no mas
Llevan á un hombre detrás,
Como á un perro, las mugeres.
¡Qué vale, sol de Castilla,
Tu atrevimiento y valor,
Si á pesar de tu Padilla
Aquí á mis plantas te humilla
Una sonrisa de amor!
Mas caí en curiosidad;
¿Si acaso será verdad

Y por otro amor me deja?
¡Oh, abriera la eternidad
A tan maldita pareja!
¡Y por quién! ¡Santa María!
¡Por una villana tal!

Grave el insulto sería,
Y por Dios que merecía
Castigo al delito igual.
¡Ay!... miseria, nada son
Las cosas de nuestro sér:
¡Qué inconstante el corazon
Donde hierve una pasion,
Donde alienta una muger!
Me dejó y le aborrecí;
Que le olvidaba creí;
Y hoy que de otro amor recelos
Tengo por él, ¡pesiami!
Que de Don Juan tengo zelos.
(Guzman asoma por un lado recatándose.)
¿Mas qué es esto? un encubierto
Me acecha mal escondido
Tras del postigo entreabierto:
Se acerca... quién es no acierto.
Alb. Ella es. (Saliendo.)
Ald. ¡Cielos, mi marido!

ESCENA III.

DOÑA ALDONZA, DON ALBAR PEREZ.

Alb. Os hallo al fin, señora: ¿porqué
huraña
Os recatais de mí? ¿tenéisme miedo?
Ald. ¿Miedo, porqué?
Alb. Que preguntéis me estraña
Lo que yo mismo preguntaros puedo.
Dime, Aldonza, ¿dó estás hace tres dias
Que ni dia ni noche doy contigo?
Ald. ¿Qué era, Guzman, lo que de mí
querias
Que así te afanas para dar conmigo?
Alb. ¿Qué quiero? ¿qué el esposo con la
esposa
Tras larga ausencia y pesadumbres quiere?
¿Y qué quiere la alegre mariposa
En torno de la luz en donde muere?
Aquella noche misteriosa y triste
Que te hallé con los nuestros en la cita,
¿Dónde al salir con las tinieblas fuiste?
Si me niegas tu amor, ¿quién me le quita?
¿Qué haces en este alcázar?
Ald. ¿No lo sabes?
Soy la dama del rey.
Alb. ¡Voto á los cielos!
¿Y lo dices así?
Ald. ¿No era...?
Alb. No acabes,
O por Dios...

Ald. Voto vá, teniais zelos.

Alb. ¡Sí, zelos, vive Dios! negros, horribles,

Que me roen, Aldonza, las entrañas;
¡Zelos que están pidiendo irresistibles
Sangre!

Ald. La habrá, Albar Perez, no te engañas.

Habrá sangre ¡pardiez! y no muy lejos;
Ten al fijar los piés mucho cuidado,
Guzman, porque del sol á los reflejos
Has de andar con la sangre deslumbrado.
Las losas estarán resbaladizas
Esta tarde en palacio.

Alb. No hablo de eso :
Hablabá de mi honor.

Ald. De sus cenizas
Hoy ha de alzarse por su propio peso.

Alb. ¡Hoy se alzaré y le vendes!

Ald. Te engañaron,
Guzman; tiempo há que á réditos le puse.
Y hoy que á crecida cantidad llegaron,
Justo será que los emplee y use.

Alb. Acabemos, Aldonza; me interesa
Mi honor mas que mi pátria y que mi vida :
Reine quien quiera, sobre tu honra pesa
Mancha indeleble é incurable herida.

Ald. No lo entiendes.

Alb. El vulgo lo murmura.

Ald. Y el vulgo es necio.

Alb. Mas su lengua infama.

Ald. Lo que hoy tacha, mañana por ventura

Lo aplaudirá, Guzman.

Alb. Deja la llama
Donde deprendió su indeleznable huella,
Y no vuelve la fama por la honra
Que una vez marchitó.

Ald. No se atropella
Tan fácil la virtud por la deshonra.

Alb. ¡Mientes, Aldonza, mientes! aquí mismo

¿No te he visto con él en amorosa
Conversacion?

Ald. Te ciega tu egoismo,
Guzman, y aun no conoces á tu esposa.

Alb. ¿Y en palacio no vives torpemente
Con la infame Padilla comparada?

Ald. Y en palacio viviera eternamente
Hasta salir cadáver ó vengada.

Alb. Aun me querrás, por Dios, dorar tu
afrenta.

Ald. Mala memoria tienes; ¿no has oido
Una historia contar triste y sangrienta
De un Coronel que pereció vendido
Por mandato del rey, y en una torre
A una muger le dieron su cabeza?

Su sangre, Perez, por mis venas corre;
Llámome Coronel, ve mi torpeza.

Alb. ¡Cómo! fraguaste tú...

Ald. ¡Sí, por mi vida!

No hubo estorbos que el paso me tuvieran,
Familia y honra atropellé ofendida,
Y nada me importó lo que dijeran.

Le esperé, le acosé con mi hermosura;

Le sitié con mis ojos, é insensato

Cayó á mis piés, poniendo á su locura

Precio que ha de pagar, y no barato.

Jáctase de mi amor, público lo hizo

Por orgullo no mas... ¡oh! dura poco,

Porque antes que le mude antojadizo,

Pierde la vida por su orgullo loco.

Alb. ¡Y yo, Aldonza, contigo conspiraba

Por instinto tambien!

Ald. Basta; dejemos

Que el tiempo llegue, que de andar no acaba:

Fuerzas, Guzman, que sospechar no demos.

ESCENA IV.

DON ALBAR.

Juzgué mal, vive Dios: bien ha pensado;
Ella á su padre vengará altanera,
Y del amor del rey iré vengado
Cuando á las manos de su dama muera.

ESCENA V.

DON ALBAR, DON PEDRO y DON JUAN
DE COLMENARES, CRUZANDO POR EL FONDO.

Ped. ¿Qué hombre es aquel, Colmenares?

Colm. No le distingo á fé mia.

Ped. ¡Voto á san Gil, juraría...!

Colm. (¡Guzman! ¡Todos son azares!)

Ped. El rostro recata, ve

Quien es; que sea quien sea,

No quiero que aquí me vea.

Colm. (Con eso le advertiré.)

Ped. (Asi les podrá acechar

Sin que ellos de ver lo echen.)

Colm. Porque astutos no sospechen,

Le procuraré apartar.

ESCENA VI.

DON JUAN, DON ALBAR.

Alb. ¡Oh, vive Dios! ¡qué recuerdo!

Colmenares ¿no es aquel?

De cierto á saberlo... ¡ay de él!

Juan. (Halagarle será cuerdo.)

Guzman, ¿en palacio asi

Tan descuidado os estais?

Alb. ¿Dónde vos, Don Juan, entráis
No me es dado entrar á mi?
Juan. De la corte estais proscrito.
Alb. ¿Y encausado no estais vos?
Juan. Es muy distinto, por Dios,
El vuestro de mi delito.
Si maté á quien me ofendia,
Fué mi causa la mejor.
Alb. Si á mí me llaman traidor,
Mañana será otro dia.
Juan. ¡Tanto flais de la suerte!
Alb. De mí á lo menos espero
Que moriré caballero,
Sea cuando quiera mi muerte.
Juan. Eso he oido decir
De continuo á vuestra esposa.
Alb. Muger es muy generosa.
Juan. ¡Oh! con vos hasta morir.
Alb. ¡Bien conoceis su intencion!
Juan. A su virtud me remito.
Alb. ¿Sabeis si por tal la admito?
Juan. (¡Diablos de conversacion!
¡Qué giro tomando va!)
¿Pudierais vos dudar de ella?
Noble, generosa, bella,
Y bien casada.
Alb. Quizá.
Juan. (¿Habla este hombre, ó adivina?)
Si no es mas que una sospecha...
Alb. (¡El mentecato! Imagina
Que el disimulo aprovecha.)
Mas decidme, pues sabeis
Tanto vos de su hermosura,
De su vida y virtud pura
Mas enterarme podreis.
Juan. ¿Yo?
Alb. Vos, sí.
Juan. ¡Qué extravagancia!
¿Su guarda, Don Albar, soy?
Alb. Que la guardo á probar voy,
Don Juan, á vuestra arrogancia.
Juan. Sospechais tal vez...
Alb. De vos.
Juan. ¿Por?
Alb. Un no sé qué me han dicho.
Juan. Pase, si hablais de capricho.
Alb. ¡De veras hablo, por Dios!
Pero estamos en palacio,
Y tal vez no muy seguros;
Venid abajo á los muros,
Y hablaremos mas despacio.
Juan. No comprendo vuestro afan;
Mas os veo algo irritado
Contra mí, y tened cuidado
Que nací noble, Guzman.
Alb. Vos lo decís, mas no basta.
Juan. ¿De mi sangre dudareis?
Alb. Sé, Don Juan, que descendéis

De ilustre y antigua casta;
Pero palabras cortemos,
Téngoos á solas que hablar.
Juan. Creo poder contestar.
Alb. Venid pues y lo veremos.
Juan. Mas fácil...
Alb. Os engañais,
Uno ú otro ha de caer,
Y en soledad ha de ser :
O moris ó me matais.
Juan. Será así, pero no ahora.
Alb. ¿Porqué no?
Juan. Fuera locura
No dar cima á otra ventura,
Y va llegando la hora.
Alb. Pues...
Juan. Esta noche.
Alb. Corriente.
Juan. Yo os buscaré.
Alb. Yo os espero.
Juan. Adios.
Alb. Adios.
Juan. (Majadero,
¡De lo dicho se consiente!
¡Por una muger ajena,
Y de quien cansado estoy!) (Vase riendo.)
Alb. Curaré su ambicion hoy
Con una estocada buena.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON ALBAR, TERESA.

(Al salir Don Juan da con Teresa, que va á entrar.)

Ter. ¡Cielos!*Juan.* ¡Teresa!*Ter.* ¡Ay de mí!*Alb.* ¿Qué es eso?*Ter., á Don Albar.* Si sois hidalgo
Y el honor teneis en algo,
Sacadme, señor, de aquí.*Juan.* (¡Qué diablos, cuánta aventura!)
Ter. Una hora há que ando perdidaPor esta casa, traída
A ella por mi desventura.*Juan, á Don Albar.* Está loca.
Ter., á Don Juan. ¡Loca dijo!¡Si loca por tí, cruel!
(*Don Albar.*) Guíadme vos lejos de él,
Señor.*Alb.* (Zelos son de fijo.)
¿Quién es? (*Don Juan.*)*Juan.* No sé.
Ter. ¡No lo sabe!*Monstruo, ¿y mi padre?*
Alb. (¿Qué es esto?)

Ter. Hidalgo, sacadme presto,
Antes que el furor me acabe.
Alb. ¿Pero qué buscas, quién eres?
Ter. Yo soy...
Juan, interrumpiéndole. Lleváosla pues.
Aparece Doña Aldonza, y Teresa se ampara de ella.)
Ter. ¡Oh, señora, á vuestros piés
Favor!
Juan. (¡Ea, dos mugeres;
Se acabó!)

ESCENA VIII.

DON JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDONZA,
TERESA.

Ter. Por compasion
Lievadme lejos de ese hombre.
Tiene de cordero el nombre,
Con entrañas de leon.
Ald. ¿Quién, muchacha?
Ter. Ese asesino.
Ald. ¿Eso mas?... Don Juan, muy bien.
Juan. (Nos pierde.)
Ald. Conmigo ven,
Niña. (¡Rostro peregrino!)
Juan, á Aldonza. Ved que su lengua
imprudente
Os lleva al cadalso hoy.
Ald. Contenta al cadalso voy,
Que llevaré mucha gente :
¿Era por esto el afan
De huir amante conmigo?
El mundo será testigo
De mi venganza, Don Juan.
Juan. Ved...
Ald. Quitad, vil impostor.
Alb., que les ha estado observando toda esta escena. (Oh, sí, de cierto
eso es.)
Señor Don Juan, salid pues.
Juan. Yo sé una interpretacion;
Vamos.
Alb., á Doña Aldonza. Y vos... tened
cuenta
Que he de lavar de mi afrenta
Hasta el último borron.
¿Me entendéis?
Juan, á Don Albar. Y os diré...
Alb. Nada.
Colmenares, lo sé todo.
Juan. Don Albar, pues de ese modo...
Alb. No hay mas lengua que la espada.
(*Salen.*)

ESCENA IX.

DOÑA ALDONZA, TERESA.

Ald. Id con Dios; viven los cielos,
¿Qué me importa de esa afrenta
Cuando no tengo mas cuenta
Que con mi rabia y mis zelos?
¿Te llamas Teresa?
Ter. Si.
Ald. ¿Quieres á ese hombre?
Ter. Ya no.
Ald. ¿Le quisiste?
Ter. Lo mandó
Mi padre y obedecí.
Ald. ¡Tu padre!
Ter. Fueron hermanos
De leche y era un deber,
Mas nunca le pude ver.
Ald. (¡Es ella y cayó en mis manos!)
(*Robledo pasa pensativo por el fondo y se pára viéndolas.*)
¿Quién te ha dirigido aqui?
Ter. Señora...
Ald. Contesta, ¿quién?
Ter. Un adivino.
Ald. Está bien;
Adivinó para mí.
Robledo, venid acá;
A esta muger detenedme
Mientras...
Ter. ¡Dios mio, acorredme!
Rob. ¡Y en palacio...!
(*Vase á volver Aldonza y se halla con Don Pedro.*)
Ped. ¿Quién va allá?
Ald. ¡Cielos!

ESCENA X.

DICHOS, DON PEDRO.

Ter. El es, Pedro Bravo.
(*Se echa á su cuello.*)
Ped. ¡Teresa!
Ter. ¡Oh! tenme contigo.
Ped. ¿Qué dices?
Ter. Sálvame, digo.
Ald. (De comprenderlo no acabo.)
Ped. Aldonza, ¿la conocéis?
Ald. ¿No me habiais dicho vos
Que de Don Juan...?
Ped. No por Dios,
Alucinado os habeis.
Dejadnos.
Ald. ¡Cómo! ¿Con ella?

Ped. ¿No lo veis?

Ald. ¡Pérfido! Ahora...

Ped. Idos á rezar, señora,
Y dejad á esta doncella.

Ald. No, Don Pedro, aquí no os dejo
Sin que me espliqueis al cabo
Qué es eso de Pedro Bravo.

Ped. Que os vayáis os aconsejo.

Ald. Pues satisfecha no estoy,
No me he de mover de aquí,
Que he de saber ¡pesiami!
Si al fin ofendida voy.

Ped. Idos, y callad el pico,
Que yo á vuestro gabinete,
Os enviaré un ramillete
De flores, y un abanico.

Ter. ¿Os mofais?

Ped. Si no os contenta,
Os enviaré mi rosario
Y en él pondrá el emisario
Vuestra cabeza por cuenta.

ESCENA XI.

DON PEDRO, TERESA.

Ter. ¡Pedro!... (Tiernamente.)

Ped. No olvidés de hoy mas

De aquel sabio los consejos:
«*Ama á Pedro desde lejos,
No se lo digas jamds.*»

Ter. ¡Aun me privareis!...

Ped. Silencio,

Teresa; viniste aquí
Venganza á pedir de mí,
Ven á ver como sentencio.
Si te ultrajó Pedro Bravo,
Don Pedro te satisface;
Por lo que á lo de antes hace
Aquí empiezo y aquí acabo.

Ter. Señor, quien quier que seais,
Que aun comprenderos no puedo,
Para quien en nada quedo,
Pues dó empezais acabais.
Vuestra palabra os levanto,
Pues que vais de mala gana,
Que me creo asaz villana
Para obligaros á tanto.

Ped. Vé recta por tu camino,
Muchacha, y confía en Dios;
Vas de la venganza en pos
Y es vengarte tu destino.

ESCENA XII.

DON PEDRO TOMA DE LA MANO A TERESA,
QUE LE SIGUE EN SILENCIO; AL SALIR POR
EL FONDO SE HALLAN CARA A CARA CON
DON ALBAR, QUE VA A ENTRAR; ÉL Y
DON PEDRO SE RECATAN UNO DE OTRO.

Alb. Razon tiene, esperaré
A la noche; mas ¿quién va?

Ped. ¿Quién es este?

Alb. (¿Quién será?)

No ha de verme.)

Ped. (Le verá.)

¿Qué significa en palacio
Un encubierto?

Alb. O voy mal,

O á un embozado es igual.

Ped. ¡Terco sois!

Alb. Y vos reacio.

Ped. ¿Vais á entrar?

Alb. ¿Vais á salir?

Ped. Por sobre vos segun veo.

Alb. Que entraré lo mismo creo.

Ped. (Conocle, vive Dios.)

Alb. Pues á uno y otro interesa
Salir y entrar sin ser visto,
Ved lo que hacen; vive Cristo!

Dos cuervos con una presa.

Ped. ¿Con retóricas andais?

Chistoso estais, por mi vida.

Entrad pues; mas la salida

Mirad por donde la hallais.

Y pues sabeis comparar

Con las fieras á la gente,

Andareis, Guzman, prudente
Un consejo en escuchar.

(Le lleva aparte. Robledo está al fin de la
galería mirando la escena.)

Ped., á Don Albar. El cuervo cuanto mas
negro

Fortuna mas negra augura.

(Se desemboza y se muestra vestido de
amalla.)

Que hay cuervo es cosa segura.

Alb. ¡Cielos! (Conociéndole.)

Ped. ¿Le visteis? Me alegro.

(Vuelve á embozarse con la mayor indife-
rencia, y vase con Teresa. Robledo baja
á la escena poco á poco.)

ESCENA XIII.

DON ALBAR, ROBLEDO.

Alb. ¡La voz del de la otra noche,
San Dionis! v en los secretos

De nuestras gentes hablaba
Como en sus negocios mismos.

Él es, no me queda duda;
Todo lo adivino á un tiempo :

De la muchacha el galan,
De Doña Aldonza el cortejo,

De Guzman el enemigo
Y de todos el infierno.

¡Oh! todo me sobra ahora;
Valor, honra, vida y zelos.

Rob. Don Albar, dadme la mano.

Alb. ¿Despedida es?...

Rob. Para lejos.

Alb. ¿Dónde os vais?

Rob. Dó iremos todos :

En la plaza nos veremos.

Alb. ¿Despechado estais?

Rob. Lo estamos.

Alb. ¿Tanto como yo, Robledo?

Rob. He visto al diablo las uñas.

Alb. ¡Y yo las alas al cuervo!

PARTE SEGUNDA.

Salon de embajadores en el alcázar de Sevilla : trono, dosel y aparato de magnificencia real. Puerta en el fondo cerrada y secretas á los lados.

ESCENA XIV.

PADILLA, QUE ESTA EN LA ESCENA; DON PEDRO Y TERESA, QUE ENTRAN.

Ped. ¿Está?

Pad. Todo.

Ped. ¿Y el muchacho?

Pad. Ya espera.

Ped. ¿Sabe el papel?

Pad. Ojalá todos como él.

Ped. ¿Cumplirá pues?

Pad. Sin empacho,

Que trae brio.

Ped. Bien está;

Guarda á esa muchacha bien,

Y que en el salon estén

Cuando vuelva todos ya.

Teresa, sigue á ese hidalgo;

Y pues invocas la ley,

Él te llevará hasta el rey,

Que te hará justicia en algo.

(*Aparte á Padilla.*)

Prendedme aquella muger;

Guzman que por piés no tome;

Y el que en palacio hoy asome

A salir no ha de volver.

(*Vase.*)

ESCENA XV.

PADILLA INTRODUCE A TERESA POR UNA PUERTECILLA, POR LA QUE ÉL SE VA DESPUES DE ABRIR LAS PUERTAS DEL FONDO A SU TIEMPO.

Pad. Venid y esperad aquí.

Ter. ¿Dónde me lleveis, señor?

Pad. Vos os lo sabreis mejor :

Callar me mandan á mí.

ESCENA XVI.

PADILLA ABRE LAS PUERTAS DEL FONDO, QUE DAN A UNA MAGNIFICA ANTESALA LLENA DE CORTESANOS QUE SE REPARTEN POR LA ESCENA. ENTRE ELLOS VIENEN SAMUEL LEVI, ROBLEDO, COLMENARES Y LOS DEMAS CONJURADOS : PRELADOS, MILITARES Y DIGNIDADES DE TODAS CATEGORÍAS. EN UN GRUPO SAMUEL Y OTROS CONJURADOS.

Uno. ¿Llegó la ocasion?

Sam. Llegó.

Otro. ¿Y el moro?

Sam. Respondo de él.

Primero. ¿Mas no decis...?

Sam. Será fiel.

Seg. ¿Razon hay?

Sam. Me la sé yo.

No há un hora que recibí

Un segunõo pergamino :

Todo irá por su camino.

Otro. ¿Colmenares?

Sam. Vedle alli.

(*Vuelven á mirarle.*)

Primero. ¿Y entraron los de Guzman?

Sam. Es nuestra toda Sevilla :

No hay temor, tendrá Castilla

Rey mejor.

Seg. Por tal le dan.

(*En otro grupo Colmenares y otros.*)

Juan. ¿Habeis esparcido bien

Por el vulgo mi noticia?

Uno. Todos dicen que es justicia.

Juan. ¿Y habrá tumulto?

Otro. Tambien.

Juan. ¡Oh! es obra de religion

La del papa.

Primero. Sí en verdad;

Pero el pueblo en realidad

No merece escmunion.

(*Los maceros anuncian al rey, que sale por una puerta lateral embozado como siempre.*)

Maceros. El rey.

ESCENA XVII.

DICHOS; DON PEDRO, A CUYA SALIDA
DOBLAN TODOS LA RODILLA.

Ped. Alzaos, vasallos.
Un Conj. (¡Qué orgullo!)
Ped. Vengan á mi
Colmenares y Levi.
Un Conj. (Así pide los caballos.)
Ped. Samuel, en los labios veo
Que las palabras te bullen;
Y palabras que se engullen,
Se indigestan según creo.
Juan. Señor, vuestros nobles son
Los que presentes están.
Ped. ¡Hola! os entiendo, Don Juan.
Es mi capa la ocasión
De la advertencia. ¿Es decir
Que esa ilustrísima grey
Necesita ver si el rey
Es curioso en el vestir?
Quitadme esa capa, pues.
(*Lo hace Don Juan, y aparece armado,
d cuya vista se alza en la escena mur-
mullo de descontento.*)
Algunos. (¡A la audiencia viene armado!)
Ped. Este es trage de soldado,
Y el rey un soldado es.
(*Oyese un ruido fuera y gente que arma
tumulto por el fondo.*)
Ped. ¿Qué es eso?
Juan. Es que la canalla
Se agolpa á veros aquí.
Ped. ¿La canalla á verme á mi?
Que entre, pues.
Juan. Mirad la valla,
Señor, que de la nobleza
Justamente la divide.
Ped. ¿Para quien justicia pide
Es estorbo la pobreza?
¿Creeis, Don Juan, que me asombra
Esa muchedumbre acaso,
O tema á su tosco paso
Que me estropee una alfombra?
Que entre mi pueblo en mi casa.
(*Lléñase la escena de gente de todas con-
diciones.*)
Rey soy de toda Castilla,
Y no ha de haber en Sevilla
Para hablar con el rey tasa.
Que vea mi pueblo entero
Hoy que embajadas recibo
Quien es su rey. — Por Dios vivo
Que lo vean, eso quiero.
Un noble. (Con la turba nos confunde
El insolente.)

Otro. (¡Habrás mengua!)
Otro, á los dos. (Hable el hierro por
la lengua
Y esa alta torre se hunde.)
Ped. Que entren los embajadores
Que espero.
(*Abrese una puerta lateral, y aparecen
el legado del pontifice y el embajador
del rey de Granada, disputándose la
entrada, cercados de sus respectivos
acompañamientos.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS, EL LEGADO Y EL MORO.

Moro. Antes he de ser.
Leg. ¡La Iglesia á un infiel ceder!
Ped. ¡Voto á...! ¿qué es esto, señores?
Entrad los dos á la par,
Que aunque á un tiempo habléis los dos,
Palabras tengo, por Dios,
Con que á los dos contestar.
Uno. (¡Descreído!)
Otro. (Así se hará
Enemiga á toda Europa.)
San., á don Juan. (Esto marcha.)
Juan, á Samuel. (Viento en popa.)
Ped. Vamos á ver: ¿hablais ya?
Moro, á un tiempo. Gran señor...
Leg., idem. Rey de Castilla...
Ped., al Moro. Que hablaras tú, fuera
justo;
Mas demos al papa gusto,
Que al cabo tiene su honrilla.
Un Conj., á Samuel. (Ved, todo sale
adelante.)
Sam. (Mirad por todo el salon
Nuestras gentes en monton.)
El Conj. (Y el moro que fué constante.)
Leg. Rey de Castilla, yo en nombre
Del Pontifice romano,
Y él en el del soberano
Dios, que espiró por el hombre,
Te decimos: que teniendo
Tus pecados y delitos
En número de infinitos
Y tu pertinacia viendo;
Viendo las continuas guerras,
Escándalo y mortandad
Con que tiene tu impiedad
Tiranzadas sus tierras;
Te requerimos de hoy mas,
Que retiradas tus gentes
De Aragon, allí no intentes
Derecho alguno jamás.
Y si por tenaz capricho

No desistes de tu afán,
Tus reinos por ello van
A sufrir un entredicho.
Rey Don Pedro, tales son
Mis encargos; si Castilla
Hoy al papa no se humilla,
Caerá en tí su escomunion.

Cortes. (¡Qué escándalo! ; escomulgada
La nacion solo por él!)

Otro. (¡Tiene ese mónstruo cruel
Toda la tierra indignada!)

Ped., al legado. ¿Acabásteis?
Leg. Acabé.

Ped. Pues ahora me toca á mi :
Lo que hoy os respondo aquí
Direis á Roma.

Leg. Eso haré.
Ped. Puesto que el rey de Aragon

Conmigo lidió esta guerra,
Y solamente á mi tierra
Alcanza su escomunion,
O por ello su eminencia
Nos escomulga á los dos,
O le cuelgo ¡voto á Dios!
A la puerta de la audiencia.
Si Roma no sabe leyes,
Yo meteré en esa villa
Diez mil lanzas de Castilla,
Y verá quién son sus reyes.

Leg. ¿Eso mas?
Ped. No me replique :

O parte para Aragon
A doblar la escomunion
O á mi enojo roto el dique,
Envio en un saco á Roma
Su cabeza, y echo al rio,
Cardenal, el tronco frio
A que al agua se lo coma.
Salid.

Leg. En Roma diré...
Ped. Decid cuanto os dé la gana;

Mas si aquí os hallo mañana,
Mala embajada os daré.

Algunos. (¿Qué es esto?)

ESCENA XIX.

DICHOS, ESCEPTO EL LEGADO.

Ped., á la multitud. Y murmullos fuera.
Si hay á quien escandalice
Lo que con ese hombre hice,
Vaya con él donde quiera.
(Al moro.) Habla.

Moro. Gran señor, un rey
Que allá en el Genil habita,
Vuestra amistad solicita

Aunque en enemiga ley.
De joyas corto presente
(*Muestra los regalos, telas, etc.*)

Os hace; admitid, señor,
Esta ofrenda hecha al valor
Por un enemigo ausente.

*Ped., sin hacer caso de Marcos Mar-
tin.* Colmenares, ven acá;

Departamos, que es mejor
Que oír á ese embaucador,
Que á fé que pesado está.

Moro. ¿Me ois, señor?
Ped. Sí, decid;

Os entiendo bien, amigo.
¿Sabeis, Don Juan, lo que digo?

Juan. ¿Qué, señor?
Ped. Que es muy feliz

El fallo del tribunal
En tu causa.

Juan. Sí, pardiez;
Me insultó con altivez,
Y allí maté. ¿Hice mal?

Ped. Y si fué, te lo perdono;
Pero no falta quien quiera,
Don Juan, que el que mata, muera.

Juan. Mi honor tengo yo en mi abono,
Señor.

Moro, al rey. Que os hablo en el nombre
Del rey mi señor.

Ped. Ya escucho;
Seguid, seguid.

Cortes. (Esto es mucho.)
Ped., á Don Juan. Cuenta, Don Juan,
que es muy hombre

Quien lo intenta, aunque rapaz,
Y que hay justicia... A esa puerta
Llamaron; mirad quién es,
Colmenares.

Sam. (¡Tiempo pues!)
Conj., á otros. (Amigos, estad alerta.)

ESCENA XX.

UN MOMENTO DE SILENCIO. — CUANDO COLMENARES LLEGA A LA PUERTA QUE DON PEDRO LE SEÑALA, SUENA EL ESQUILON DE PALACIO, Y ABRIÉNDOSE LA PUERTA DE REPENTE, DON JUAN SE HALLA FRENTE A BLAS, QUE LE DA DE PUÑALADAS. TERESA, QUE SALE TRAS ÉL, QUEDA HORRORIZADA EN MEDIO DE LA ESCENA. — LOS CONJURADOS DAN EN LA CONFUSION EL GRITO CONVENIDO, Y SE VAN HACIA EL REY, A CUYOS LADOS ESTARAN YA PADILLA Y LOS BALLESTEROS REALES CON LAS LANZAS Y ARCOS TENDIDOS. PADILLA ECHA EN LOS HOMBROS DE DON PEDRO EL

MANTO REAL, Y TOMANDO ESTE DE UN DONCEL SU CAPACETE CEÑIDO CON LA CORONA DE ORO, SE PLANTA EN MEDIO DE LA ESCENA, APOYADO EN AQUELLA PARTESANA CON PUÑO DE BASTON, QUE DICEN QUE USÓ EN ALGUN TIEMPO.

Conj. ¡ Castilla por Don Enrique !

Ped. ¡ Castilla por Pedro el Cruel !
(*Retroceden.*)

Eso de hoy mas verá en él,
Pues rompió Castilla el dique. —

Pues resiste el blando yugo

De mi igual y justa ley,

Dudará al ver á su rey

Si es su rey ó su verdugo.

(*A Juan Cortacabezas, que ha estado entre la turba.*)

Acá; toma esa invencion
Con mi sello y mi cuchilla;

Y á preguntar vé á Sevilla

Si es mi hacha ó mi baston.

Verdugo réal te nombro,

Toda la ciudad pasea,

Y que mi pueblo te vea

Por dó quier con eso al hombro.

Pad. Señor, ¿ qué será mañana

De ese furor la memoria ?

Ped. Padilla, dirá la historia

Lo que la diere la gana;

Mas si piensan sin rebozo

Esos avaros monarcas

Partir mi reino y mis arcas

Porque me ven rey tan mozo,

Yo haré que mi reino quede

Con honra como español,

Y haré ver que solo el sol

Tenerle debajo puede.

Pad. Señor, que veais justo es

Que las naciones enteras

Tremolarán sus banderas

Contra vos.

Ped., con fereza. Que vengan pues.

Yo haré tragar á Aragon,

A Roma, á Navarra y Francia,

A los unos su arrogancia,

Y á la otra su escomunion.

Vasallos, el soberano

Que oye, ve, juzga y sentencia,

Abierta tiene su audiencia

Para el noble y el villano.

Que si cruel tengo de ser,

Preciso será primero

Que me aprecieis justiciero

Para saberme temer.

(*Se sienta en el trono.*)

Samuel, ¿ conoces á ese hombre?

(*Al verdugo.*)

Sam., temblando. Yo, señor...

Ped. ¿ No le escogiste

Para un muerto que aun existe

Y de quien callaste el nombre ?

Sam. Señor...

Ped., al verdugo. Tu racion es esa;
Llévatela y no hay perdon.

Samuel, hallaste al leon,

Y es fuerza echarle una presa.

(*Se lo llevan.*)

Ballesteros, el camino

Sabeis, y os los he marcado;

Llevad los que os he contado

Cada cual á su destino.

ESCENA XXI.

A UNA SEÑA DE DON PEDRO SE APODERAN SUS SOLDADOS DE TODOS LOS CONJURADOS, Y DEL EMBAJADOR MARCOS MARTIN, ETC.

Ped. Rapaz, acércate aquí. (*A Blas.*)
¿ Mataste á ese hombre ?

Blas. Piedad,

Señor, sabeis la verdad.

Ped. Disela á todos, no á mí.

Blas. Mató á mi padre, señor,

Y el tribunal por su oro

Privóle un año del coro,

Que en vez de pena es favor.

Ped. ¿ Lo oís ? así el tribunal

A un asesino juzgó.

Sentencia, pues, daré yo

Para el vengador igual.

¿ Qué es tu oficio ?

Blas. Zapatero.

Ped. No han de decir, vive Dios,

Que á ninguno de los dos

En mi justicia prefiero.

Pesando ambos desacatos,

Si en un año cumplia él

Con no rezar, cumples fiel

No haciendo en otro zapatos. —

Teresa, está ya demas (*A Teresa.*)

Repetirte mis consejos :

« Ama á Pedro desde lejos,

No se lo digas jamás. »

Puedes marido elegir,

Que al cabo es mucho mejor

Morir pobre y con honor,

Que dama del rey vivir.

Ter. A vuestras plantas postrada,

Señor, de mi orgullo loco

Pídoos perdon.

Ped., á Teresa. Mal es poco

Vete, que vas perdonada.

(*A los que quedan en la escena.*)

Vosotros, canalla vil,
 Turba cobarde é ingrata,
 Que conspirais de reata
 En muchedumbre servil,
 Id; por necios os perdono:
 Id de mi reino, insensatos,
 Que no quiero mentecatos
 En derredor de mi trono.
 ¡Fuera!

ESCENA XXII.

DON PEDRO, PADILLA.

Ped. Traedme, Padilla,
 De paso esos dos menguados,
 Que han de caminar atados
 Como perros en trahilla.

ESCENA ULTIMA.

DON PEDRO, PADILLA, DON ALBAR,
 DOÑA ALDONZA.

Ped. Ahí teneis vuestra muger:
 Si no os da mengua tenella,
 Podeis aun vivir con ella;
 Sino un convento escoger;
 Mas tened cuenta, Guzman;
 Si en mis reinos os encuentro,
 Dos horcas frontera adentro
 Desde hoy os aguardarán;
 Que mientras pueda mi ley
 Sonar por ambas Castillas,
 La han de escuchar de rodillas
 Desde el zapatero al rey.



EL ZAPATERO Y EL REY

(SEGUNDA PARTE),

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

ACTO PRIMERO.

Anta de un solo piso de Juan Pascual, colocada de manera que el espectador vea uno de los aposentos de frente. En este aposento y á la derecha una alcoba cerrada con cortinas: en el fondo una puerta que da al exterior, y á la izquierda una ventana que da al campo. Este figura un valle frondoso á la falda de un montecillo: terreno montañoso. Es de noche.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
JUAN PASCUAL.
INÉS.
JUANA.
ENNASCARADOS, CAZADORES Y MONTEROS.

ESCENA PRIMERA.

JUAN PASCUAL, INÉS.

Inés. ¿Vais á salir, padre?

Pasc. Sí.

Inés. ¿Y amenazando tormenta?

Pasc. Tomada la tengo en cuenta, Mas no voy lejos de aquí. Tardará mucho á mi ver Todavía en estallar, Y aun ha de darme lugar Para salir y volver.

Inés. Si tenéis tal precision No me opongo á que salgais, Mas con mi gusto no vais.

Pasc. No alcanzo por qué razon. Un hombre al campo avezado

Y en sus fatigas curtido
No ha de verse detenido
Por un pequeño nublado.

Inés. No es mi recelo mayor
Ese nublado.

Pasc. ¿Qué es pues?

Inés. Hace dos noches ó 3
Que corre cierto rumor...

Pasc. ¡ Por mi vida! ¿ Y tú tambien
Das crédito á esas consejas
De muchachos y de viejas

Inés. Yo, padre...

Pasc. Basta; manten,
Inés, la puerta cerrada:
Llama al punto á tu doncella,
Y en tu aposento con ella
Dormid, y no temais nada.
¿ Lo oyes?

Inés. Sí, señor.

Pasc. Pues vé,
Y advierte que esto resuelvo,
Inés, porque pronto vuelvo
Y no quiero hallarte en pié.
Inés. Sereis, padre, obedecido.
Pasc. Asi es fuerza que lo hagáis;
Y aunque en el bosque sintais
O dentro de casa ruido,
Ni os levanteis á escuchar,
Ni á mirar os asomeis,
Porque es fácil que llegueis
A ensordecer y á cegar.

(Vase.)

ESCENA II.

INÉS; LUEGO JUANA.

Inés. ¿ Conmigo tanto desvío
Mi padre, y tanto misterio?

¿Tan franco antes y hoy tan serio?

No sé qué piense, Dios mío.

Mas obedézcole y callo.

¿Juana?

Juana. Señora.

Inés. Al momento

Vámonos á mi aposento.

Juana. ¿Tan pronto?

Inés. En verdad que no hallo

De esto en padre la razon.

Mas él, Juana, así lo quiso,

Y obedecer es preciso.

Juana. ¡Si aun las ánimas no son!

Y á mas de eso, ¿olvidais que hoy

Es lunes y el capitán

Enamorado y galán

Vendrá?...

Inés. Temiéndolo estoy,

Que está mi padre en el bosque

Y si con él se tropieza...

Juana. ¡Vaya! con tanta tibieza

Le vais á hacer que se amosque.

Él viene desde Sevilla

A escape, por solo hablaros,

Y vos haceis mil reparos

Para abrir una trampilla,

Por la cual como una monja

Juráisle amor y constancia...

Que él convertirá en sustancia:

Mas á hablaros sin lisonja,

No es empresa muy galana

Correr posta entre dos luces

Para begarse de buces

Hora y media á una ventana.

Inés. No sé qué mas pueda hacer

Si de mi padre á disgusto...

Juana. Y ¿qué tiene ese hombre adusto

Con nuestras cosas que ver?

Cualquiera doncella honrada

Es hija del padre Adán,

Y no es cosa un capitán

Para ser desperdiciada.

Cualquier noble castellano

Que á una muger se dirija

Puede darle una sortija,

Puede besarla una mano.

De día encontrarla puede,

Si con tiento se le avisa,

En baile, en paseo, en misa,

Sin que por liviana quede.

Y á un hombre de quien se admiten

Palabras de amor sinceras,

Libertades tan ligeras

Sin desdoro se permiten.

Vos nada le concedéis

A ese pobre capitán

Que viene muerto de afán

Tan solo porque le deis

A través de esa ventana

Una esperanza perdida,

Que alarga á su amor la vida

Hasta que vuelve mañana.

Inés. ¡Ay Juana! Bien sabe Dios

Que amo á ese hombre cuanto puedo,

Mas tengo á mi padre miedo.

Juana. ¿Se ha de casar él por vos?

Y en fin, ¿qué puede decir?

Es un bravo militar

Que por vos puede mirar

Y defendiéndooos morir.

Vuestro padre...

Inés. Calla, calla...

Con mi padre ha puesto el cielo

Entre mí y el mundo un velo,

Y ante ese hombre una muralla.

Muchas veces, ¡ay de mí!

Me ha dicho: « Inés, si la suerte

Se inclina á favorecerte

Gran precio tienes en tí;

Mas si, como ahora sospecho,

Mantiene igual la balanza,

Inés, tu sola esperanza

Viene á ser un claustro estrecho. »

Juana. ¿Un claustro? ¡Vaya! chochees

De gente fria de seso.

Mi padre me ha dicho á mí eso

Lo menos sesenta veces.

Mas oid.

(*Tocan las campanas á las ánimas.*)

Inés. ¿Tocan?

Juana. Sin duda.

Las ánimas dando están.

Inés. ¡Dios quiera que el capitán

Hoy á la cita no acuda!

(*Baja el capitán por las peñas y se acerca á la ventana.*)

Juana. Estar segura podeis

De que no tardará mucho. (*Llama.*)

Inés. Pero ¡Dios mío! ¿qué escucho?

Su seña es esa.

Juana. ¿Lo veis?

Inés. ¡No abras, por Dios!

Juana. ¡Y ha de estar

De la ventana por fuera?

Inés. ¿Y si mi padre viniera?

Juana. Mas pronto le ha de encontrar

Si le dais ese plantón.

Inés. ¡Ah! Dile, pues, que se ausente

Juana. El consejo es excelente.

Preguntará la razon,

Y el tiempo que ha de pasar

En respuestas y preguntas

Sabiéndole atar las puntas

Puede mucho aprovechar.

Salid á escucharle vos,

Y yo desde otra ventana
Acecharé.

Inés. ¡Tente, Juana!

Juana. Reacia estais, vive Dios.
Capitan?

(*Se asoma y habla al capitan.*)

Cap. ¿Juana?

Juana. Yo soy.

Andad en pláticas breve,
Que volver el padre debe
Que salió.—A velaros voy.

(*A Inés.*) Ahora vos; y por mi vida
No os andeis en miramientos,
Y aprovechad los momentos,
Que yo estaré prevenida.

ESCENA III.

INÉS, DENTRO DE LA VENTANA; EL CAPITAN,
FUERA.

Inés. ¿Capitan?

Cap. ¿Inés?

Inés. ¿Sois vos?

Cap. Si, yo soy, luz de mis ojos.

Inés. Veros aquí me da enojos.

Cap. ¿Tanto me odiais?

Inés. No por Dios.

Capitan, yo os quiero bien;
Mas de lo que debo acaso;
Mas me temo algun fracaso
Si por desventura os ven.

Cap. Espada traigo conmigo,
Y en mi amor pongo tal fé,
Que si que estais cerca sé
En cualquier trance me obligo...

Inés. Callad, por Dios, capitan;
Si mi padre llega á veros...

Cap. Fíad que no he de ofenderos
En las canas de Don Juan.

Si llega á verme, mi nombre

Sin empacho le diré,

Que os amo con mucha fé.

Inés. Quien quier que seais sois hombre,
Y ha de ofenderse al miraros.

Cap. Pues ¿qué puede hallar en mí
Para que se ofenda así?

Inés. ¡Plegue á Dios no llegue á hallaros!

Y no mas me preguntéis,
Que aunque os quiero con ternura,
Quereros en mí es locura.

Cap. Señora, me estremeceis.

¿Tal vez prometida á otro
Estais por él?

Inés. No, en verdad;

Mas no tengo voluntad
Que ofreceros.

Cap. En un potro

Vuestras palabras me ponen.
¿Casada estais?

Inés. No.

Cap. ¿De haciendas,
O de familia contiendas
A vuestro enlace se oponen?
Hablad, que en la corte tengo
Con el rey tanto favor,
Que lo que os plazca mejor
Puedo hacer si le prevengo.

Inés. No, capitan, que es tan rara

La fortuna que me espera,

Que en ella nunca quisiera

Que nadie se interesara.

Secretos ¡ay! que jamás

Se aclaran un solo instante

Me vedan mirar alante,

Me ciegan si miro atrás.

Mi padre no siempre ha sido

Lo que ser hoy aparenta,

Y yo con él por mi cuenta

Graves riesgos he corrido.

Ya moza de una posada,

Y ya aldeana grosera,

Vivi de poblados fuera

Siempre oculta y olvidada.

Una vez de este misterio

Le he demandado razon,

Y aun tiembla mi corazon

Al recordar el imperio

Con que « en la vida, me dijo,

Por tu porvenir demandes,

Que tus destinos son grandes,

Mas varios, segun colijo.

Espera, y ruégale á Dios

Que lleven igual camino

Tu destino y mi destino,

A quien otro lleva en pos. »

Si, capitan; otro día

Que puesta en una ventana

Via la gente aldeana

Que en bailar se divertia,

Con voz siniestra, y con ojo

Torvo y escudriñador,

Díjome: « Huye del amor,

Que es de zarzas un manojo.

Y el que mas bello imaginas

En tu amante sencillez,

Solo ha de serte tal vez

Una coyunda de espinaas. »

Un hombre en una ocasion

Que con mi padre trataba,

Notó este que me miraba

Con demasiada atencion;

Y aunque empeñado en su suerte

Corria en su misma causa,

Le dijo, haciendo una pausa :

« Amarla es ir á la muerte. »

De entonces todo su anhelo
 Fué á todo el mundo ocultarme,
 Y á nadie puedo mostrarme
 Sino debajo de un velo.
 Esto baste, capitán,
 Y sirvaos esto de aviso,
 Para que no andeis remiso
 En cosas que á mi me van.

Cap. Absorto estoy de escucharos;
 Mas yo satisfecho quedo
 Si vos me decís que puedo
 Correspondido adoraros.

Inés. Harta os he dado ocasion
 Para que bien lo sepais :
 Mas ¡ por Dios que lo tengais
 Guardado en el corazón!
 No os pareis en mis desdenes,
 Que son hijos del temor ;
 Yo os amo, mas de mi amor
 No os deis grandes parabienes.

Cap. Nada me toca saber
 De lo que guardais secreto :
 Amaros solo es mi objeto
 Y eso no mas puedo hacer.
 Ni los riesgos me amedrentan,
 Ni las desdichas me apuran,
 No ; mi amor os aseguran,
 Y mi constancia acrecientan.

Inés. Lo mismo hallareis en mí ;...
 Mas cada instante que pasa
 Temo que se vuelva á casa
 Mi padre, y os halle aquí.

Cap. Pártome, pues.

Inés. Si, idos presto.

Cap. Ahí os queda mi albedrío.

Inés. También ¡ ay de mí ! va el mío
 Del vuestro ocupando el puesto.

Cap. A Dios, mi vida.

Inés. Id con Dios,
 Capitán, y él os dé suerte.

Cap. Para amarte hasta la muerte.

Inés. Mas allá os querré yo á vos.

(*Al irse el capitán ve que se acercan por las montañas, bajando, por el camino que trajo, varios enmascarados con luces.*)

Cap. Mas ¿ qué veo, Dios divino ?

¿ Que luces son las que avanzan
 Que por las peñas se alcanzan,
 Bajando por el camino ?

Inés. ¡ Huid, huid ! ¡ ay de mí !

No el pueblo murmura en vano.
 La Virgen, si sois cristiano,
 Os saque con bien de aquí.

Cap. ¿ Qué hablais, señora ?

Inés. ¡ Esos ruidos

Que oía yo en las montañas
 No eran del vulgo patrañas !

Cap. ¡ Cielos ! ¡ Son aparecidos !

Juana. Señora, pronto cerrad. (*Saliendo.*)
 Transida vengo de miedo...

¡ Cerrad, por Cristo !

Inés. No puedo,
 Que el capitán...

Juana, al capitán asomándose por la
 ventana. Por piedad

Salvaos, buen caballero.
 Trepad á las peñas,
 Y buscaos por las breñas
 A viva fuerza sendero.

Inés. No, no huyais ; esas visiones
 Tienen de lince los ojos.
 Aplaquemos sus enojos,
 Capitán, con oraciones.

(*Se hinca.*)

Cap. No puedo huir, ni salvarme :
 Todo mi valor flaquea.

Inés. Pues bien, sea lo que sea,
 Entrad también.

(*Le da la mano y el capitán salta por la ventana.*)

Juana. Ni un adarme
 De serenidad me acude.

Inés. Cerrad pronto esa ventana.
 Mata esa bujía, Juana.
 Ahora que Dios nos ayude.

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, EL CAPITAN, JUANA, EN EL CUARTO; JUAN PASCUAL, EL INFANTE DON ENRIQUE, ENMASCARADOS, Y SEIS CABALLEROS LO MISMO BAJAN POR LAS PEÑAS A LA ESCENA ALUMBRADOS DE LINTERNAS QUE LLEVARAN CUATRO DE LOS EMBOZADOS.

Pasc. Llegar podemos sin miedo :
 Del pueblo la gente tosca
 Supone el bosque poblado
 De apariciones medrosas.
 Mi gente eché de mi casa,
 Y fuera ocupada toda,
 Solo hay en ella mugeres
 Que por dormidas no estorban.
 Esconded, pues, las linternas
 Por si una vieja curiosa
 A saludar á las brujas
 Por las rendijas se asoma,
 Y ve que en mi casa entramos.

Enr. Y á mas guarecerse importa
 De techado, porque empiezan
 A ser espesas las gotas.

Uno. Terrible nublado avanza.

Enr. Segun lo airado que sopía
 El vendaval que le impele,
 Su duracion será corta.

Pasc. Entrad, si os place, señores,
Y os cobijará esta choza.

Cap., dentro. Sudando estoy de pavor.

Estoy escuchando sordas

Debajo de esa ventana

Voces de varias personas.

Juana. Meten la llave en la puerta.

Inés. Mi padre es.

Juana. ¡A buena hora

Le ocurre llegar!

Inés. Se acercan.

Cap. Estad serena, señora.

Si es que son hombres, mi espada

Os protege.

Juana. ¡Y si son sombras!

Inés. No, huyamos.

Cap. Pero guíadme

Si no quereis...

Inés. Una alcoba

Tiene este aposento. En ella...

(*Buscando la alcoba.*)

(De miedo no la hallo ahora.)

Aquí está. Dadme la mano... (*Al capitán.*)

Entrad... Por aquí nosotras. (*A Juana.*)

ESCENA V.

EL CAPITAN, EN LA ALCOBA; DOÑA INÉS
Y JUANA, EN SU APOSENTO; POR LA PUERTA
DEL FONDO JUAN PASCUAL Y LOS ENMAS-
CARADOS.

Pasc. Esté es mi cuarto, señores.

Yo me sirvo de esa alcoba.

Si gustais...

Enr. Basta que vos...

Pasc. Cierro esta puerta; — y esotra

(*La de Doña Inés.*)

Da á un pasadizo muy largo

Que en otra ala desemboca

Del edificio, y en donde

Una hija mia reposa,

Que aunque vele es imposible

Que nada comprenda ni oiga.

Enr. Está bien.

Pasc. Pues empecemos.

Enr. Guardar la máscara importa,

Y no hay para qué nombrarse

Conociendo las personas.

Este anillo que el infante (*Le muestra.*)

Me dió por su mano propia

Atestigua mis poderes,

Y no hay quien no le conozca.

Lo que se selle con él,

El mismo lo corrobora.

Pasc. Ea pues; los pergaminos

Y las plumas están prontas:

Despachémoslo cuanto antes.

Yo creo que nadie ignora

De los que me están oyendo

Que tuve una hermana hermosa,

De quien el rey de Castilla

Tomó á cuenta la deshonra.

Enr. Sabemos que en una noche

Dispuso unas falsas bodas;

Reunió un falso concilio

De prelados, á quien Roma

Castigó debidamente,

La dió nombre de su esposa,

Y despues de profanarla

Torpedamente, abandonóla.

Pasc. Así es la verdad: mi hermano

Aunque al principio en su cólera

Se apartó de su amistad

Y amenazó su corona,

Hoy lidia por su bandera,

Y reales privanzas goza.

Yo no: jamás he olvidado

Aquella hazaña afrentosa

De Don Pedro, y la venganza

He retardado hasta ahora

Solo por falta de un día

De ocasion segura y próspera.

Ahora bien: tengo en secreto

Minada á Sevilla toda,

Donde una conjuracion

Fermenta á estallar muy próxima.

Si Don Enrique me jura

Dueño hacerme sin demora

De las tierras y castillos

Que por este escrito constan,

Yo le daré, muerta ó viva,

De Don Pedro la persona.

(*Don Enrique mira el pergamino que está sobre la mesa.*)

Enr. Aunque pedis mucho, el principe

Lo que pedis os otorga;

Mas dadle una garantía.

Pasc. Con mi misma ofensa sobra;

Y en cuanto á mi buena fé,

Harto por demas la abona

El hallaros tan seguros

A una distancia tan corta

De Sevilla y de Don Pedro,

Cuando una voz de mi boca

Daros podia una muerte

Tan cierta como alevosa.

Enr. Decís bien: vuestro interés

Tiene raíces tan hondas

Como el nuestro en este asunto.

Réstanos saber ahora

Qué garantía exigís

De Don Enrique.

Pasc. Esa es cosa

Que me procuré hace tiempo,

Y que solo puedo á solas

Con el mismo Don Enrique
Tratarla yo.

Enr. Lo que oiga,
vea, prometa ó alcance
Quien su real anillo logra,
Haced cuenta que él la escucha,
La presencia y la sanciona.

Pasc. Pues apartaos un poco.

Enr. Hablad.

Pasc., con misterio. Yo sé de la historia
Del infante Don Enrique
Las escenas mas recónditas.

Enr. ¡Vive Dios!

Pasc. Oid con calma,

Que á quien vengarse ambiciona,
Ni precauciones le bastan,
Ni se contenta con pocas.

Enr. Adelante.

Pasc. Hace diez años

Que en una noche horrorosa
Se dió un asalto á un castillo
Frontero de la Rioja.
Vencieron los de Don Pedro,
Y su furia asoladora
Pegó fuego al edificio.

Enr. ¡Recuerdo horrible!

Pasc. Espantosa

Fué aquella noche. Las llamas
Entraban hasta una alcoba,
Donde postrada en su lecho,
Con las postreras congojas,
Estaba una noble dama
Cuanto desdichada hermosa.
Entre sus brazos gemia
Una niña encantadora *(Le mira.)*
Parecida á Don Enrique
Como una gota á otra gota.

Enr. ¡Miserable!

Pasc. Oid, que acabo.

La dama era...

Enr., interrumpiéndole. El nombre sobra.

Pasc. La niña por hija de ambos

Hoy Don Enrique la llora.

Enr. ¡Murió!

Pasc. No tal : hubo un hombre
Que del incendio salvóla.

Enr. ¿Y vive?

Pasc. Sí.

Enr. ¿Dónde, dónde?... *(Con ansia.)*

Pasc. Eso en mi secreto toca,
Y esa entre mí y Don Enrique
Es mi garantía sola.

Enr. Y Don Enrique por ella

Diera cetro, vida y honra.

Pasc. Lo sé, que tuvo á su madre,

Profunda, devedadora
Una pasión, cuyas huellas
De su corazón no borran

De desengaños y lágrimas
Los quince años que le agobian.
Por eso lo hice : Don Pedro
Fué causa de mi deshonra,
Y no quiero que su hermano
Cuando ciña su corona
Reniegue de su palabra,
Cual renegó él de sus bodas
Con mi hermana. Es precaución
Que me atañe.

Enr. Ponzonosa
Serpiente, de cuya lengua
Los vapores me sofocan,
¿Quién en mitad del camino
De Don Enrique te arroja?

Pasc. La experiencia y la venganza :

Si nuestro plan se malogra
Y yo en la demanda muero,
No receleis que traidora
Pase el dintel de mi tumba
Mi venganza. En una bolsa
De malla, asida á mi cuello,
De pergamino habrá una hoja
Con la instrucción necesaria
Para encontrar esa joya
Que así Don Enrique estima.
Si llega acaso mi hora

Sin mi venganza, ¿el guardarla
Qué utilidad me reporta?

No faltará quien la encuentre,
Y en sus manos se la ponga.
Mas si doy cabo á mi empresa,
Y á Don Enrique victoria
Consigo sobre Don Pedro,
Por si la fortuna loca
Contra mí quiere volverse,
La conservaré; y no es otra
Mi resolución postrera,
Que nada tuerce ni dobla.
La cabeza de Don Pedro
Por esa hija, á quien adora;
Prenda por prenda, es muy justo,
Que amores, señor, son obras.

Enr. Pues no hay remedio, está bien;
Mas no olvidéis que blasona
Don Enrique de severo,
Y si fé en vos halla poca,
Con vuestro secreto y todo,
Sin mas reparo os ahorca.

Pasc. En eso estoy.

Enr. Pues entonces
No lo echeis de la memoria.

Pasc. Vos decid á esos señores
Que satisfechas ahora
Quedan en vos cuantas dudas
Nuestros pactos ocasionan.

Enr. Así es la verdad, señores.

Pasc. Sellad y dadme: las cosas
(*Sellan el pergamino.*)

Dispondré yo de manera
Segura, acertada y pronta,
Y aviso os daré de todo
En tres días y á estas horas.

Enr. Salgamos pues, que ya es tarde.
Que os guarde Dios.

Pasc. El os oiga.
(*Salen todos, y Juan Pascual, que se queda á la puerta viéndolos partir. El capitán asoma entre tanto por el aposento.*)

ESCENA VI.

EL CAPITAN, ESCONDIDO; JUAN PASCUAL,
QUE VUELVE A ENTRAR.

Cap. ¡ Que esto pase, vive Dios!
Mas nunca peor se logre.

¡ Bien haya quien á esta quinta
Me ha encaminado esta noche!

Un cabo tengo del hilo; ¡
Si por azar no se rompe,

Yo llegaré al otro cabo.
Y ¡ ay de la madeja entonces!

Cordeles haré con ella
Con que ellos mismos se ahoguen.

Pasc., entrando. Todo está ya concluido.

Mañana voy á la corte;
De este sayal me despojo;

Empuño broquel y estoque;
Dejo mi nombre del campo

Por mi verdadero nombre,
Y con firmeza y audacia

Preparo el último golpe.
Mantente firme, cadena,

Sobre cuyos eslabones
De ambas Castillas la suerte

Consigo al fin que se apoye.
Mantente firme, cadena.

Y si ninguno se rompe,
Yo les desharé uno á uno,

Y ¡ guay de Don Pedro entonces!
Mas durmamos, que ya es hora,

Y adunando precauciones,
Veamos si las mugeres...

Entra con la luz por el pasadizo que da al cuarto de Doña Inés, y á este tiempo baja Don Pedro embozado por los peñascos. Llueve.)

ESCENA VII.

DON PEDRO, JUAN PASCUAL.

Ped. ¡ Gracias á Dios que del monte
Veo el fin, y hallo un techado

En que vivos se recogen!
Veo allá abajo una casa;
Entraré en ella esta noche,
Aunque sean sus paredes
Madriguera de ladrones,
Y aunque tenga que asaltarlas
A estocadas y mandobles
Con una legión de diablos.

Pasc., volviendo á la escena. Nada;
duermen como postes:

Cerradas están las puertas
Con llaves y picaportes.

Durmamos, pues.

(*Al ir á entrar en la alcoba llama Do Pedro á la puerta con recios golpes.*)

Ped. ¡ Ha de casa!

Pasc. ¿ Quién va á estas horas?

Ped. Un hombre.

Pasc. ¿ Qué quiere?

Ped. Pues llamo, es claro

Que quiero entrar.

Pasc. Pues perdone

Vuesa merced, y esa esquina
A su mano izquierda doble,

Y en esa tercera calle
Verá un meson dó le alojen.

Ped. ¿ P. récele, vive Dios;

Que he andado yo todo el bosque,

Con el barro á la cintura,
Sin luz y echando los bofes,

Para correr callejuelas

Y acostarme en los mesones?

Abra esa puerta, ó por Cristo

Que aunque forrada esté en bronce,

Tales porrazos dé en ella

Que os la arranque de los goznes.

Pasc. Brio traeis.

Ped. Y coraje;

Y abra pronto.

Pasc. No se enoje,

Que al cabo merecen algo

Sus cortesés espresiones.

Ped. Cortesés ó no cortesés,

Para lo dicho soy hombre.

(*Sale Juan Pascual con la luz á abrir; y mientras entran él y Don Pedro, dice el capitán:*)

Cap. O sueño por vida mía,

O esa es su voz. ¡ Cielo! ¿ adónde

Sus desventuras le traen?

Pasc. Entrad aquí.

Ped. Buenas noches.

Pasc. Perdone el buen caballero

Si con él anduve torpe.

Ped. Perdone él mi mal humor,

Que el lance no es para flores.

Heme estraviado cazando;

Rompieron los nubarrones

En agua, y no topé senda
Por donde salir del monte.

Pasc. ¿Hidalgo sois?

Ped. Caballero.

Pasc. ¿De qué lugar?

Ped. De la corte.

Pasc. ¿De la corte? ¿Que me place!

¡Sabremos qué nuevas corren!

Ped. Pues no traigo yo el gaznate

Para muchas relaciones.

Pasc. ¿Tendreis hambre?

Ped. Como un lobo.

Pasc. Aunque en la casa de un pobre

Os encontráis, no faltaron

Nunca en ella provisiones.

Ped. Sacadlas, pues.

Pasc. Voy al punto.

Ped. Dios se lo pague, buen hombre.

Pasc., llamando. ¡Juana! ¡Inés!

Inés y Juana. ¡Señor!

Pasc. Traed luces.

LEVANTAOS.

Ped. No incomode

Tanta gente para mí.

Pasc. Mis criados labradores

Son, y no duermen en casa;

Mas dejadme dar mis órdenes,

Que aun hay quien os sirva en ella.

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, JUANA, DICHO.

Pasc. Juana, aquel par de pichones

Que hay en el armario saca:

Tú, Inés, en los interiores

Aposentos otra cama

Para esta noche disponme,

Que aquí dormirá en la mía

Este hidalgo.

Juana. (¡San Onofre!

¿Y el capitán?)

Inés. (¡Cielos santos!

¡Cuánto azar en una noche!)

(*Vanse Doña Inés y Juana. Esta vuelve con unos platos, botella, mantel, etc., que Juan Pascual toma; la despide, y sirve á Don Pedro.*)

ESCENA IX.

JUAN PASCUAL, DON PEDRO.

Pasc. (De la corte dice que es.

Veamos si puedo astuto

Sacar del hidalgo fruto.)

Trae, y vete con Inés.

(*A Juana.*)

Ea! comed, caballero:

(*A Don Pedro escanciándole.*)

Bebed y aliento tomad.

Ped. Falta me hace á la verdad.

A vuestra salud.

(*Bebe.*)

Pasc. Espero

Que á la vuestra contribuya.

Ped. Bueno es á fé este licor.

Pasc. Cosecha mía, señor.

Ped. ¡Buena cosecha es la suya!

¿Tiene muchas viñas?

Pasc. Tengo

Lo que llaman mucho aquí,

Que me alcanza para mí

Y la gente que mantengo;

Y no lo pasamos mal.

Ped. ¿Qué pueblo es este?

Pasc. Una aldea

Mezquina, escondida y fea.

Ped. ¿Tiene nombre?

Pasc. Juan Pascual.

Cuatro casucas de tierra

Que yo mismo labré aquí,

Y á las que mi nombre dí

Cuando volví de la guerra.

Ped. ¿Servido habeis?

Pasc. Con honor,

Aunque no con gran provecho.

Ped. ¡Cáspita! ¿Y os habeis hecho

De todo un pueblo señor?

Pasc. Dineros de que un buen tío

Me hizo heredero á su muerte

Labraron mi buena suerte,

Y así he logrado algo mío.

Ped. ¿Mas de lo servido al rey

No obtuvisteis recompensa?

Pasc. El rey cree que en su defensa

Verter la sangre es de ley.

Ped. Mas ¿fuisteis á verle?

Pasc. No;

Nunca le vi cara á cara.

Temí que me desairara,

Y soy muy altivo yo.

Ped. Mal le juzgais á mi ver,

Pues favor en él no cupo

Si vuestro valor no supo:

Pasc. Pues lo debiera saber.

Ped. ¿Saber la historia debiera

Él de todos sus vasallos?

Pasc. Como él para gornallos

Buenos jueces eligiera,

Aleazara bien á todos;

Mas gobierna con tal mengua...

Ped. Tenga el villano la lengua,

Y hable de él con buenos modos.

Pasc. Aunque con ruda franqueza

La verdad hablé no mas;

Y no cejo un paso atrás

Si me cortan la cabeza.

Todo el reino está revuelto
Desde que Don Pedro manda,
Y el diablo parece que anda
Con él por Castilla suelto.
Que esta es la verdad, señor,
Negármelo no podeis,
Y cada vez, ya lo veis,
Vamos de mal en peor.

Ped. Eso dicen sus contrarios,
Y le han llamado Cruel;
Porque le achacan á él
La culpa que tienen varios.
Murmuran que á sangre y fuego
Tala sus propios lugares:
Mas ¿quién es en sus hogares
El que le turba el sosiego?
¿No han invadido sus tierras
Llamándose sus señores,
Esos hermanos traidores
Que le han movido las guerras?
¿No empezaron sus desmanes
Despreciando los resguardos
Que les daba, esos bastardos,
Los hijos de los Guzmanes?
Y si ellos mismos atizan
El fuego de la venganza
¿A qué invocar su templanza?
¿De qué, pues, se escandalizan?

Pasc. Argüís en mi favor.
Pues hombre es el rey también,
Oír le estuviera bien
Consejos en su furor.
Y ved lo que llevo dicho:
Por oír consejos malos
Emprende Don Pedro á palos
Con quien le viene á capricho.
El pone su confianza
En ministros que le venden,
Y á su conveniencia encienden,
O contienen su venganza.
Que por muy distintos fueros
Y muy diversos registros,
Hay justicieros ministros,
Y ministros justicieros.
Y el justiciar bien ó mal
Cosa es que pide gran seso.

Ped. Mucho se os alcanza de eso
A lo que veo, Pascual.

Pasc. No, señor, sino muy poco;
Mas creo que lo que digo
Se alcanza á cualquier mendigo,
Y á todo el que no esté loco.
Porque el mandar ¿quién ignora
Que es como un potro llevar,
A quien hay que refrenar
Y dar rienda á buena hora?
Porque si se le exaspera
Conduciéndole sin tiento,

Concluirá violento
Por hacer el cuanto quiera.
Si el rey tuviera á su lado
Un hombre como yo, creo
Que quedaria á deseo
En poco tiempo su estado.

Ped. Pues bien, la palabra os cojo.
A Sevilla os llevaré,
Y que os deje el rey haré
Gobernar á vuestro antojo.

Pasc. ¿Yo ante el rey?

Ped. Nada temais.

Llévame siempre consigo,
Y soy su mejor amigo.

Pasc. Ruégoos, señor, que advertiais
Que, campesino insensato,
Hablé sin saber con quién.

Ped., con autoridad. Elige, y escucha
bien

Las condiciones del trato.
El su poder y grandeza
Te ha de prestar en Castilla:
Mas si en un flaco te pilla,
Pascual, pierdes la cabeza.

Pasc. Eso, señor, no es justicia.

La palabra me cogéis,
Y para ello no atendeis
Mi rudeza y mi impericia.

Ped. Que atrás no te volverias
Dijiste.

Pasc. Teneis razon;
Y hablé con el corazon,
Aunque dije tonterias.

Ped. Esto ha de ser; retiraos,
Y si no vais, ¡vive Dios
Que el rey enviara por vos!
Con que á venir preparaos.

Pasc. Está bien. (¿Qué es esto, cielos?
Mejor fortuna logré
De la que nunca esperé.
Venganza, tiende tus velos;
La ocasion es oportuna;
Mucha audacia necesito;
Mas, por el cielo bendito,
De audaces es la fortuna.)

ESCENA X.

DON PEDRO, SOLO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Dudándolo estoy, pardiez!
¿Quién creará que mi altivez
Llegó á sujetar así
Un labrador, un villano,
Culpando mi condicion
Con tan osado teson?
Távome Dios de su mano.

Mas tan cerca de Sevilla
Y en tan oculto lugar,
Mucho me da que pensar,
Y á fé que me maravilla.
En tal materia tan ducho,
Tiene ese hombre, ó me equivoco,
De campesino muy poco,
Y de sedicioso mucho.
; Oh, aciago signo es el mio,
Y en hora fatal nací!

Todo el mundo contra mí,
; Qué me vale tanto brio?
Aragon, Navarra, Francia,
Granada, Vizcaya y Roma
Empresa contra mí toma,
Pero me sobra arrogancia.
Audaz y nunca indeciso
A la refriega me lanzo;
Mas por dó quiera que avanzo
No sé la tierra que piso.
Siempre con planes inciertos,
Siempre en medio de traidores,
Mis intentos los mejores
No son mas que desaciertos.
; Por Dios que me desespera
Ver que cuando el bien aguardo
Uno tras otro bastardo
Retoña por donde quiera!
Y el pueblo, ; misero de él!
Ve que en mi nombre se abusa
De la justicia, y me acusa
De avariento y de cruel.
; Ira de Dios! Si algun dia
Me llego frente él á ver,
Su sangre me he de beber,
O él ha de beber la mia.
No puede mi brio, no,
Con imputacion tan fea.
Palenque Castilla sea,
Dó caigamos él ó yo.
Mas... lejos, lejos de mí
Esas memorias fatales:
De atajar tamaños males
No es propio lugar aquí.

(*Abre la ventana.*)

Ya la tormenta se amansa,
Y de nublados el viento
Desemboza el firmamento:
Todo al parecer descansa
De esta casa en los extremos;...
Mas ; quién sabe lo que en ella
Me guarda mi mala estrella?
Velemos, Pedro, velemos.
Mas siento pasos... allí...

(*La puerta del pasadizo.*)

; Tan quedo, quién puede ser?
; Mas qué veo! Una muger
(*Mirando por el ojo de la llave.*)

Viene con tiento hácia aquí.
A favor de la bujía
Que trae la veo. ; Oh qué bella!
; Qué intenta? Su luz deja ella;
Apararé yo la mia. (*Lo hace.*)

ESCENA XI.

DON PEDRO, DOÑA INÉS; EL CAPITAN
OCULTO.

Inés. (Todo está ya sosegado;
Tranquilo mi padre duerme,
Y hasta saber que se ha ido
No hay medio que me sosiegue.
No veo nada, nada oigo.
Si con él ha dado el huésped...
Mas venia el buen hidalgo
Muy cansado felizmente.

; No oso nombrarle, ay de mí!)
Ped. (Aquí acercándose viene.
; Qué buscará á tales horas?
Pero sea lo que fuere
Esta aventura aprovecho,
Pues la ocasion me la ofrece.
Me adelanto.)

Inés. (Ya él sin duda
Me aguardaba, pues, ó miente
La vista, ó hácia mi misma
Que llega un bulto parece,
Segun la confusa luz
De dentro permíte verle.)
; Capitan? (*Buscándole.*)

Ped. ; Quién va?

Inés. ; Sois vos?

Ped. Yo soy.

Inés. Pues sin miedo llegue.

; No sabeis con cuanto afan
He estado este rato breve
Hasta volver á buscaros!

Ped. (¿Qué enredo del diablo es este?
; A mí dice que me busca!)

Inés. Y ya que asi os favorece,
Pues duerme quieto mi padre,
Para escaparos la suerte,
Dadme la mano y seguidme.

Ped. No será sin que la bese,
Que si es del color del rostro,
Es el ampo de la nieve.

Inés. ; Qué haceis, capitan?

Ped. Tomaría
Del modo que ella merece.

Inés. Ea, abreviad de palabras,
No nos aperciba el huésped,
Y se despierte mi padre.
Vamos, que es fuerza que os lleve
Hasta la puerta yo misma
Para que seguro os deje.

Ped. Que venga, hermosa, tu padre,
Y aunque á su lado la muerte
Venga á la par, ¿qué me importa
Como en tus brazos me encuentre
Y yo te tienda los míos?

Inés. ¡Dios mío, qué acento es este!
¿Quién sois?

Ped. ¿Qué estrañas quien soy
Cuando tú á buscarme vienes,
Y yo te salgo á encontrar
Por instinto solamente,
Pues son profetas del alma
Los corazones á veces?

Inés. ¡Muerta' estoy! ¡Me he equivocado!

Sin duda dí con el huésped;
Mas retirarme de él.)

Ped. En esquivarme no pienses
Sin escucharme, que ya
Que amor me ha dado esta suerte,
No he de ser de los amantes
Que de cobardes la pierden.

Inés. Caballero, ese language
Tanto á mi decoro ofende,
Que solo el silencio es frase
Con que puedo responderle.

Cap. (O me engañan mis oídos,
O que oigo á Inés me parece.)

Inés. Ya os he dicho que no osado
Quebranteis con tan alevé
Intencion descomedida
Del hospedage las leyes.

Ped. Amor es dios, y ninguna
Puede haber que le sujete.

Inés. La ley contra la razon
Caber en un dios no puede.

Cap. ¡Cielos, cierta es mi sospecha!
¿Qué hacer en trance tan fuerte?
Por otra puerta no puedo
Salir, y aun cuando pudiese,
Perder á Inés era fuerza,
O con Don Pedro perderme.)

Ped. Suspende, hermosa enojada,
El ceño esquivo; suspende
El justo enojo, sabiendo
Que quien te habla de esta suerte
Es un caballero noble
Es un caballero noble
Qual pocos hay que le lleguen,
Que en tus amores perdido
Se arriesgó á tanto por verte,
Y que riquezas y honores
Con su corazon te ofrece.

Inés. El favor os agradezco;
Pero reparad prudente
Que la hija de Juan Pascual
Nunca á lo que á si se debe
Puede faltar, ni del mundo
Por todos los intereses.

Ped. Deja el melindre y repara
Que á tus piés humildemente...

Inés. Callad, y no hagais que á voces
Llame á mi padre y mis gentes.

Ped. Y cuando vengan, ¿qué harán
Si de mí antojo el mas leve
Soplo ante mí de rodillas
Hacer que se postren puede?

Cap. (Esto es ya mucho: yo llego,
Y salga lo que saliere.)

Don Pedro, ved lo que haceis.

Ped. ¿Quién, vive Cristo, se atreve?...

Cap. Quien huye de vuestros rayos
Porque su luz no le ciegue:

Mas quien os deja advertido
Que os es siniestro este albergue.

Ped. ¿Qué escucho?

Inés. (Soltó; me libro
Por esta puerta.)

Ped., *al capitan.* Detente.

Quien seas, que por mi velas
En la oscuridad, ¿quién eres?

Cap. (Al cabo con la ventana
Trobezé dichosamente.

Callo, y me salgo por ella.)

(*Salta por la ventana.*)

Ped. Habla, no temas; acércate.

Cap. (Mas por la montaña vienen
Con luces.) ¡Gracias, fortuna!

¡Aquí, aquí!

Ped. ¿Qué ruido es este?

Cap. ¡A mi, monteros, á mi;
Aquí, al capitan Blas Perez!

Ped. Mis cazadores son estos
Que en mi seguimiento vuelven.

ESCENA XII.

DON PEDRO, JUAN PASCUAL,
EL CAPITAN

Pasc. Caballero, ¿qué alboroto?...

Ped. Nada, buen hombre, recele:
Monteros son de mi casa.

Pasc. ¡Válgame Dios, cuánta gente!

Ped. Soy rico, y mantengo á muchos;
Abrid, y dejadles que entren.

Pasc. Allá voy.

Cap., *á Don Pedro.* Señor...

Ped., *al capitan.* Silencio,
Que importa no conocerme.

Cap. Viendo que no parecíais,
Todo el monte diligentes
Recorrimos, y un villano
Nos dió el sendero que tiene
Fin en frente de esta casa.

Ped. Justo es que se recompense

A ese villano, dadle eso. (*Un bolsillo.*)

ESCENA XIII.

JUAN PASCUAL, FUERA DE LA CASA; INÉS
Y JUANA, A LA ENTRADA.

Pasc., viendo que Doña Inés y Juana han salido. ¡Eh! á su cuarto las mugeres.

Inés. Padre, al oír tal estruendo...

Pasc. Curiosidad solamente.

Ped. ¡Hola, hola! Juan Pascual,
¿Hija tan bella teneis,
Y callado me lo habeis?

Pasc. Vinisteis en hora tal,

Que estaba ya recogida;

Que aunque en mi casa es señora,

Se levanta con la aurora,

Y de la hacienda me cuida.

Ped. Es muy hermosa.

Pasc. Favor

Y lisonja cortesana.

Ped. Llevadla con vos mañana.

Pasc. ¿Aun dais en eso, señor?

Ped. Hoy Don Pedro ha de saber

Que en Castilla hay tan grande hombre

Como vos; yo vuestro nombre

Le diré, y os querrá ver.

Con que así, considerad,

Y yo os lo quiero advertir,

Que por fuerza habeis de ir

Si no vais de voluntad.

Pasc., con altivez. Pues tanto empeño
poneis,

Decidle al rey que aunque rudo

Labrador, como me veis,

Soy tenaz y testarudo.

Y si me pone consigo

En el poder á la par,

Tiene mucho que arriesgar

Para habérselas conmigo.

Ped. Pues eso os digo yo á vos;

Que el rey Don Pedro es tan hombre,

Que no hay cosa que le asombre,

Siendo él la sombra de Dios.

¿Lo oís?

Pasc. No lo he de olvidar.

Ped. A Dios, y por vuestra vida,

Que esa hija tan recogida

No os descuideis de llevar.

Que fuera en el rey mal visto

Daros pompa soberana,

Y quedarse ella villana.

Pasc. Conmigo irá; no resisto.

Ped. Ahor, señores, marchemos.

(*Vanse por las montañas alumbrando con los hachones á Don Pedro. Cuando todos vuelven la espalda, el capitan se encara con Juan Pascual, y le dice tendiéndote la mano al último verso :*)

Cap. ¿A Sevilla ireis, Pascual?

Pasc. Iré, capitan; si tal.

Cap. Pues mañana nos veremos.

Pasc. (¿Qué querrá ese hombre decir
Con ese tono de pique?
Mas será de Don Enrique
Y me querrá seducir
Como me juzga labriego.)

(*A Doña Inés y Juana.*)

Vosotras á vuestro cuarto,

Que para vigilia hay harto

Con tanto desasosiego.

(*Cierran las ventanas y se retiran, dejando á Juan Pascual fuera de la casa. Los cazadores se alejan por las montañas, y cuando han desaparecido, Juan Pascual hace una seña con un silbato, y salen de entre las rocas los enmascarados de Don Enrique.*)

ESCENA XIV.

JUAN PASCUAL, DON ENRIQUE,
ENMASCARADOS.

Pasc. La suerte nos favorece

Mas que nunca imaginé:

Mañana voy á Sevilla

Segundo del rey á ser.

Enr. ¿De Don Pedro?

Pasc. De Don Pedro.

Con que mañana estareis...

Enr. Nuestro puesto ya sabemos,

Señor Juan Pascual, donde es.

Pasc. ¿Adónde?

Enr. Con Don Enrique.

Ese pergamino ved.

Pasc. (*Lee.*) « El rey de Francia envia á

« Don Enrique doce mil hombres de guerra

« á las órdenes del famoso capitan el caba-

« llero Bertrand Duguesclin, y le presta para

« su empresa ochocientos mil florines de oro.

« A la hora en que estas letras os lleguen, es-

« tarán rayando las fronteras de Castilla. »

Enr. ¿Estais, Juan Pascual?

Pasc. Estoy.

Enr. ¿Como leal cumplireis?

Pasc. Como cumpla Don Enrique.

Enr. Él lo hará como quien es.

Pasc. Pues muerto ó vivo en sus manos

Juro á Don Pedro poner.

Enr. Pues adelante.

Pasc. Adelante.

Enr. ¿Hasta cuándo?

Pasc. No lo sé.

Enr. ¿De aquel papel...?

Pasc. Viva ó muera,
Sobre mí le encontrareis.
Enr. Pues Dios os dé su favor.
Pasc. Quiera protegeros él.
(*Vanse Don Enrique y los suyos.*)
Ahora veremos, Don Pedro,
Quién es el que ultraja á quién.
¡Oh! tú me esperas mañana;
¡Por Dios que no faltaré!
(*Entra en su casa y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Cámara real de Don Pedro; una puerta en el fondo;
un balcón á la derecha, y una puerta á la iz-
quierda con otra secreta que se abrirá á su tiem-
po.

PERSONAS.

DON PEDRO.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
JUAN PASCUAL.
DOÑA INÉS.
JUANA.
UN ERMITAÑO.
SOLDADOS, CONJURADOS, PAGES, DAMAS,
MUSICOS Y PUEBLO.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, EL CAPITAN BLAS PEREZ.

Ped. Esto es hecho, capitán:
No queda un rincón de tierra
Que no nos levante guerra,
O nos cause algún desmán.
Da ese maldito francés
Dineros y hombres á Enrique,
¿Y quieren que ponga dique
Yo á mi paciencia? ¡Eso es!
Yo, legítimo heredero
Del reino que ansioso guardo,
Debo decirle al bastardo:
« Ven, toma; tú eres primero.
Toma ese cetro real;
Enviame á un calabozo,
Que yo espiraré de gozo
Esperando tu puñal. »
No, todo empeño es en vano.
Él me apellida el Cruel,
Y no ha de escudarle á él
El título de mi hermano.
Él es amigo ni enemigo
No hay medio de que me explique,
Sin que me nombren á Enrique
A la par siempre conmigo.

Por donde quiera que vaya
No oigo hablar mas que de ese hombre.
Ya me fatiga su nombre,
Y no sé tenerme á raya.
En fin, capitán, veamos
Lo que dicen esas cartas.

Cap. Noticias de ese hombre hay hartas.

Ped. La vida necesitamos
Para él; voto á Belcebú!

Cap. Pues aunque sienta enojaros,
Otra tengo yo que daros
De ese mismo.

Ped. ¡También tú!

Cap. La vida en ello nos va,
Y á ser tan solo la mía,
La callara, y moriría
Sin enojaros.

Ped. Está

Bien. Dila, que no me enojo.

Cap. Ese labrador taimado
Que en su casa os ha hospedado...

Ped. ¿Vas á culparme el antojo
De hacerle gobernador
Para ver cómo se esplica?

Cap. Es que á mas altura pica
Ese labriego, señor.

Ped. Es un pillo, ya lo sé.
¿Piensas que yo lo ignoraba?

Cap. Es que de ofrecer acaba
Vuestra cabeza, y...

Ped., con calma. ¿Y qué?

Cap. ¿Y qué? No sé cómo arguya,
Señor, si os va en un mal paso...

Ped. ¿La cabeza? Y dime, ¿acaso
Vendrá ese hombre sin la suya?

Cap. No, mas repare su alteza...

Ped. Vaya, Blas; no es grande azar:
Ya sé que se va á jugar
Cabeza contra cabeza.

Cap. Pues, señor; ya que es preciso,
Sabad que yo vi, y oí
Anoche...

(*Entrase un ermitaño en el salon, y Don
Pedro al verle se levanta dirigiéndose
á él con saña.*)

Ped. ¿Quién se entra aquí,
¡Vive Dios! sin mi permiso?

¿A qué te llegas, traidor,
Hasta el cuarto de tu rey?

Erm. Vengo á intimarle una ley
De su natural señor.

Ped. ¿Yo siervo? ¡El rey de Castilla!

Erm. Si; siervo del absoluto
Señor, que hizo en un minuto
Del orbe la maravilla.

Ped., moderándose y descubriéndose.
¿Ministro sois del altar?

Perdonad; no os conocí.
 Hablad; ¿qué quereis de mí?
Erm. A solas hemos de estar.
Ped., al capitán. Sal, y espera.

ESCENA II.

DON PEDRO, EL ERMITAÑO.

Ped., al ermitaño. Decid, pues.
Erm. Yo soy un monge ermitaño
 Que á todo comercio extraño
 Con el mundo en que te ves,
 Paso mi pobre existencia
 A orillas de un precipicio,
 Ceñido con un cilicio,
 En áspera penitencia.
 A santo Domingo ayer,
 A quien tengo por patron,
 Con sincera devocion
 Oracion me puse á hacer,
 Y en ella con grande espanto,
 Cercado de resplandores
 Vivos y deslumbradores,
 Aparecióseme el santo.

Ped. (De fé por demas sencilla
 Que son patrañas colijo.)
Erm. Escucha, el santo me dijo:
 «Vé, y dile al rey de Castilla
 Que el alma se purifique
 Del mal que en la tierra ha hecho,
 Porque va á romperle el pecho
 El puñal de Don Enrique.»

Ped., furioso. ¡Traidor! ¿con esas me vienes?

¡Enrique me ha de matar!
 No han de poderte librar
 Ni las órdenes que tienes. —
 ¡Hola, capitán! Aquí.
 Veremos si se abre el cielo
 Para salvarte.

Erm. A él apelo,
 Pues sus órdenes cumplí.
Ped. ¡Ea! Sin mas dilaciones
 Quitádmelo de delante,
 Y degolladle al instante
 Debajo de mis balcones.

Cap. Señor, con muerte tan fea...
Ped. Es un perro de mi hermano.
 Si, que muera ese villano
 Donde mi pueblo lo vea.

Cap. Señor...
Ped. Nadie me replique.
 No, no hay perdon para ese hombre.
 (Lo llevan.)

ESCENA III.

DON PEDRO.

¿Con que es eco de mi nombre
 El nombre de Don Enrique?
 ¡En todas partes su sombra
 Conmigo á mi lado va!
 ¡En todas partes está,
 Y en todas partes me asombra!
 ¿Con que ese hombre es mi destino?
 ¿Y en la corte, y en la plaza,
 Y en el templo, y en la caza
 Le he de hallar en mi camino?
 ¡Oh, que venga de una vez,
 Que venga, y entre mis brazos
 Verá como hago pedazos!...
 ¡Pero es cobarde, pardiez!
 No vendrá, no. De emboscadas
 Me cercará y de traicion,
 Que no tiene el corazón
 Para vencerme á estocadas.

ESCENA IV.

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, DOÑA
 INÉS, EL CAPITAN.

Ped. ¿Qué es?

Cap. Ahí está el labrador
 Montañés.

Ped. Llega en buen hora.
 Que entre, y veremos ahora
 Si es un hombre de valor.

Cap. Entrad, que el rey os espera.
Pasc. Dadnos, gran señor, los piés...
 Mas ¡cielos!... ¿este el rey es?

Ped. El rey vuestro huésped era.
Pasc. (¡Y tuve ¡necio! en mi casa
 Anoche á Don Pedro yo!)

Ped. (Mucho al verme se turbó.)
Pasc. (¡Yo no sé lo que me pasa!)

Ped. Acérquese, Juan Pascual,
 Y de respetos se exima,
 Que el rey tiene en mucha estima
 A un hombre de ciencia tal.

Pasc. Señor...
Ped. Desde este momento

En Castilla mandareis;
 Silla á mi mesa tendreis,
 Y en mi palacio aposento.
 Que hacia falta habeis dicho
 Un hombre cual vos al rey.
 La vara os doy de la ley:
 Mandad á vuestro capricho.
 Nadie os ha de ir á la mano:
 Tendreis el anillo real;

Mas sed justo, Juan Pascual,
Con el noble y el villano.

(A sus guardias.)

Pregónese este mandato
Y que se cumpla al momento.
¿Estais, Juan Pascual, contento?
No os quejareis de mi trato.
Andad, y el cielo os alumbré:
Id á que Sevilla os vea,
Y en vuestra justicia crea
La asustada muchedumbre.
Pero que os sirva de base
Para el cargo que emprendeis,
Que vos me respondereis
De cuanto en mi reino pase.
Desde la corte, os lo aviso,
Hasta la aldea mas tosca,
No ha de moverse una mosca
Sin que la otorgueis permiso. —
Capitan, su secretario
Sereis vos, que en su ejercicio
Puede parecer novicio,
Y le sereis necesario.
(¿Estás? Su sombra has de ser,
Y por si tuerce de intento,
Apodérate al momento...)

Cap. (¿De quién?)

Ped.

(De aquella muger.)

(Doña Inés.)

ESCENA V.

JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS,
EL CAPITAN.

Pasc. ¡ Ah, no saber que el rey era!
¡ Mentecato!

Inés. ¡ Ay padre mio!
Con un rey de tanto brio
Mala fortuna os espera.

Pasc. ¿ Y qué remedio me queda?

Ya cara á cara los dos
Con el auxilio de Dios

Haremos lo que se pueda.

Inés. ¡ Ay de mi! Mucho me temo
Que nos recibe muy mal.

Cap. No os aturda, Juan Pascual,
Ver en el rey ese extremo.

Tras esa faz torva y fiera,
Y esa voz que al pecho arranca,

Esconde un ánima franca
Con un corazon de cera.

Arrogante, pero llano,
Asusta cuando reprende;

Mas si percibe que ofende
Da al ofendido la mano.

Yo puedo ser vuestro guia,
Y vereis...

Pasc. No veré nada,

Capitan, que esta jornada

No es vuestra ¿ois? sino mia.

Cap. Mas soy vuestro secretario...

Pasc. Pues yo no sé ni una letra,

Y en mí la razon penetra

Sin fórmulas de notario.

Haré lo que se me antoje.

Sin ver si os va ó no en talante...

Con que de aquí en adelante

Ni me tire ni me alloje.

(Toma el brazo á Doña Inés, y va á salir
con ella. El capitan la detiene por el
otro.)

Cap. Perdonad; esta señora

Tiene damas y aposento

Preparadas al intento.

Pasc. ¿ No es mi hija?

Cap.

Por ahora

Está del rey al amparo.

Pasc. Amparada está conmigo.

Cap. El rey manda lo que os digo.

Pasc., soldándola. Si él lo manda...

Cap., tomándola.

Pues es claro.

¡ Hola! Esas damas llamad,
Que á su señora acompañen,
Y esos cautivos que traen
Instrumentos avisad.

(Salen las damas y los cautivos, que
vuelven á entrar con Doña Inés.)

El rey mandó rodearos (A Doña Inés.)

De ostentacion y placeres,

Que es galan con las mugeres. —

(Mirad que tengo que hablaros.)

Inés. (Velad, capitan, por mí,
Que solo en vos me confío.)

Cap. (Segura estais, amor mio,
Mientras yo respire aquí.)

(Vanse Doña Inés, damas y cautivos.)

ESCENA VI.

JUAN PASCUAL, EL CAPITAN.

(Este queda acechando á Juan Pascual,
quien se manifiesta indeciso y pensa-
tivo.)

Pasc. ¡ No sé qué imagine de esto!

Mas no cedo, ¡ vive Dios!

Veremos quién de los dos

Es al otro mas funesto. —

¡ Hola!

(A un criado.)

Criado. ¿ Llamais?

Pasc. Unos hombres

Que en la antesala quedaron,

Que entren aquí.

(Entran y les dice:)

¿ Contestaron?

Uno. Todos pusieron sus nombres
En vuestra carta, y esperan.

Pasc. Pues de destreza es asunto,
Que todo el mundo esté á punto,
Y al medio día que hieran.

Otro. Ya al són de vuestra venida
Reunida está en la plaza
Multitud que la embaraza
Para todo apercebida.

Pasc. Pues pronto; corred, volad,
Porque todo lo perdemos
Si en rebelion no ponemos
Al momento la ciudad.

Otro homb. Ahí hay un hombre que en
tanto
junto á un cadalso se halla.

Pasc. Corred entre la canalla
La voz de que ese es un santo.
¡Oh! Dios con ese buen hombre
Sin pensarlo nos ayuda.
Dejad que la gente acuda
Y servios de su nombre.

Así estallará mas presto.
(*Les manda salir, y quedan él y el ca-
pitán.*)

Cap. ¿Qué gente es esa?

Pasc. Alguaciles.

Algunas órdenes díles
Para que ocupen su puesto.
Yo voy á ocupar el mío,
Capitán. ¡A Dios quedad!

Cap. Mirad bien por la ciudad.

Pasc. Podeis fiar en mi brio.

ESCENA VII.

EL CAPITAN, LUEGO JUANA.

Cap. Viéndolo estoy y lo dudo.

Al cabo de tanto azar,
Para colmo de desdichas
Inés en palacio está.

Y aunque por fortuna suya
Nombróme el rey su guardian,
Es claro que él querrá verla
Y de ella se prenderá.

Sabe que fué quien anoche
Entró en su cuarto á buscar
Un hombre á quien no conoce:
Mas que amenazóle audaz
Y le advirtió de un peligro;
Y querrá saber de cual.
¡Ah! tiemblo por vida mía.

Juana. ¡Calla! ¿Sois vos, capitán?

Cap. ¡Juana! ¿qué es esto? ¿También...?

Juana. También estoy por acá.

(*Asoma Don Pedro por el fondo.*)

Los guardias de esa antesala
No me dejaron pasar
Con mis amos, hasta que ahora
A una órden de Juan Pascual....

Cap. Dios te ha conducido aquí
Mi angustia para calmar.
Di á Inés que tiene en su cuarto
Una ventana que da
A un jardín, y que por ella
La tengo al punto que hablar
De cosas que mucho importan
A nuestra seguridad.
Vé, no tardes.

Juana. Voy al punto.

Cap. Vuela.

Juana. Bien; voy á volar.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, EL CAPITAN.

Cap. Corro al jardín al instante...
Mas ¡Dios mío!

Ped. ¿Dónde vas?

Cap. Iba, señor...

Ped. Sin mentir.

Cap. Señor, os iba á buscar.

Ped. ¿Has olvidado, Blas Perez,
Que yo no duermo jamás,
Que todo lo oigo y lo veo,
Y que espío con afán
A los mismos á quien mando
A los otros espíar?

¿No sabes que la traicion
Tan diestro me tiene ya
Que hasta en la sombra que pinto
Encuentro que sospechar?
Dime, pues, ¿á esa muger
De qué la conoces, Blas?

Cap. ¿Esa doncella?

Ped. Por su ama
Pregunto.

Cap. Señor, piedad. —
Alcanzaron mis ojos su hermosura
Del monte entre los árboles un día,
Y llevóme á sus plantas mi locura.

Ped. ¿Tú la amas?

Cap. Sí; con ciega idolatria.
La amo, señor: mi pensamiento loco
Indeleble su imágen me retrata,
Y la vida sin ella tengo en poco.

Ped. ¿Con que ella á tu pasion no ha sido
ingrata?

Cap. Siento orgullo al decirlo todavía.
Era un secreto que en mi pecho estaba;
Mas hoy del corazon salir debía,
Y para revelároslo os buscaba.

Yo anoche, mientras vos en la aspereza
Del monte andábais, de mi fé impelido,
A su padre escuché vuestra cabeza
Prometer, en su cámara escondido.

Ped. Luego ¿eres tú, gusano miserable,
Por quien ella venia á mi aposento,
Y quien con un aviso inesplicable
Quiso esconderme su amoroso intento?
¡Tú fuiste, ya lo sé, quien fementido
Tal artificio imaginando diestro,
De mi voz replicaste requerido
Que era aquel sitio para mí siniestro!
¡Criste que tu amor, su honor acaso
De tu rey el aliento profanara,
Y audaz pensaste que tan necio paso
Con tu señor un punto te igualara!
La erraste, capitán. Por un esceso
Vives de mi bondad : tu vida entera
No es mas que un vaso, que aunque dura ile-
Polvo al impulso de mi aliento fuera. [so,
Yo te dejé que con osada mano
Vengaras á tu padre impunemente,
Pero no por tus méritos, villano,
Porque á mí me vengabas igualmente.
¡Tú la amabas! ¿Y qué? Si al fin oíste
Que yo la hablé de amor oíste el fallo
Con que el tuyo rompí. ¿No lo entendiste?
¿Quién era allí el señor? ¿quién el vasallo?

Cap. Mas ¿qué debí de hacer? ¿Cuál fué
mi yerro?

Ped. Ver, oír y callar : partir sin ruido
Lejos del rey, pues no eres mas que un perro
Para echarte á mis plantas mantenido.
Donde los ojos del señor se posan,
En el oído en que su voz resuena,
Si ojos y oídos de vasallos osan,
De cegar y no oír tienen la pena.

Cap. Cegádmelos, señor, si os ofendieron :
Paguen, si os place así, tanta osadía ;
Mas ved que sin querer vieron y oyeron...
Lo que ha olvidado la memoria mía.

Ped. Pues que lo olvide bien, y en tiempo
alguno
Pase por ella la escondida idea.

Cap. No temais, no, que vuelva inopor-
tuno

Ese recuerdo, aunque mi muerte sea.
A mi padre vengar me prometisteis ;
Miraros me dejásteis cara á cara ;
Nombre y hacienda y opinion me disteis,
Y en una eternidad no lo olvidara.
Sí ; nacido en el polvo, destinado
A obedecer tan solo, soy un perro
Que al lecho siempre de su dueño atado
Lame servil de su cadena el hierro.
Un perro, sí ; mas con leal empeño
Muchos y largos años he vivido
Velando en las campañas vuestro sueño,

Pronto siempre á morir agradecido.
Mas hablad. ¿Qué queréis? De vuestro antojo
Soy el eco no mas ; ni hay mas pasiones
En mi pecho que vos : vos sois mi arrojó,
Mi existencia, mi fé, mis opiniones.
No hay nada para mí que vos primero,
Ni ley, ni amor : para serviros vivo.
« ¡ Da, hiere ! » me decís, y doy y hiero,
Y el pan aprecio que de vos recibo.
Yo la amo, la idolatro, es mi esperanza ;
Pero dócil, señor, á vuestro yugo,
Decidme : « Caiga en ella mi venganza, »
Y yo mismo me torno su verdugo.

(Pausa.)

Ped. Su protector serás ; yo te la entrego.

Cap. Señor, á vuestros piés...

Ped. Alza, vasallo.

Si á mi capricho con tu vida juego,
No oso á la fé que en tus creencias hallo.
Yo te la entrego, pues : sé tú su egida,
Y si en esta inquietud con que batallo
Pierde su padre por traidor la vida,
Echa tú sobre mí tan duro fallo.
Sé inocente á sus ojos, y que nunca
Un enemigo en tí vea ominoso
De nuestra suerte si la flor se trunca,
Que no has de aventajarme en generoso

Cap. ¿ Con que... ?

Ped. Ya basta ; como quieras obra :
De su padre es el freno, y tú la tienes ;
Si Enrique vence al fin, todo me sobra
Sirvate con su padre de rehenes.

ESCENA IX.

EL CAPITAN, LUEGO JUAN PASCUAL.

Cap. Id descuidado, señor,
Que si es verdad que la quiero,
Siempre en mí será primero
La gratitud que el amor.
Sal, pues, sal del pecho mio,
Necio amor sin esperanza
Sal, y tórnate en venganza
Al brotar del corazón.
La vida vas á costarme :
Mas ¿ qué vale mi existencia ?
Sal ; el deber te sentencia,
Te asesina la razon.
Sí ; si la traicion esconde
Juan Pascual en su rudeza,
Yo le diré : « Su cabeza
De tu traicion me responde. »
¡ Hola ! ¿ Sois vos ?

Pasc. Yo soy, sí.

¿ Qué temeis de mí ?

Cap. ¿ Yo ? Nada.

Pasc. Ya os dije que esta jornada
Era solo para mí.

ESCENA X.

JUAN PASCUAL, LUEGO DON PEDRO.

(Oyense murmullos en la plaza que van creciendo por momentos, hasta parar en gritos descompasados, mueras, etc. Se asoma al balcon.)

Pasc. Venga, si; tan imprevisto
El golpe habrá de sentir,
Que no ha de poderle huir...
Mas todo ello fué preciso.

(Mirando por el balcon.)

¡Hola! La guardia resiste :
El clérigo les exhorta :
Pero la guardia es muy corta
Y la multitud embiste.

Voces. ¡Perdon! ¡perdon!

Otras. ¡Muera, muera!

Ped. ¿A qué viene este tumulto?

Pasc. Será por cualquier insulto,
Un alboroto cualquiera.

Ped. No, no; mis guardias se lanzan
Contra la audaz muchedumbre.

Pasc. Eso será la costumbre;

Pero mis gentes avanzan,
Y ellas lo arreglarán : descuidad eso.

(Toca la campana á rebato.)

Ped. ¿Mas qué campana es esa? ¿Es á rebato?

¡Me vendias, traidor! (Va á salir.)

Pasc. Tente, insensato.

Estás en mi poder; te tengo preso.

Ped. ¡Preso yo, vive Dios! ¿Con qué cadenas

Mis manos atarás, si á un soplo mio

Tú mismo resistir podrás apenas?

Pasc. Tened, Don Pedro, vuestro inútil brio :

Tened, y no salgais, porque es en vano.

Yo gané vuestras guardias con dinero,

Y al populacho amotiné villano :

No hay en vuestro favor un solo acero.

Yo mas que vos maquinador y astuto,

Por la mano os gané; mas atrevido

Logré primero de mi audacia el fruto...

Soberano leon, ya estás rendido.

Ped., con fiereza. ¡Rendido! El orbe todo se arruinara

Sobre mí, Juan Pascual, y con fiereza

Le viera yo caer, y le esperara

Sin inclinar siquiera la cabeza.

Pasc. Y yo que sobre vos lo he amon-tonado

Para echárosle encima de repente,

Le veré desplomarse arrebatado

Y estrellarse al caer en vuestra frente.

Cap. Paréceme que el poder
Mucho os hincha, Juan Pascual.

Pasc. No debe deirme tan mal,
Pues que me hago obedecer.

Y no recaerá en mancilla
Del rey que el poder me da,
Pues aplaudiéndolo está
Todo el pueblo de Sevilla.

Cap., asomándose. Con efecto, hay en
la plaza

Mucha gente.

Pasc., con intencion. Y mucha mas
Que vendrá.

Cap. ¡Por Barrabás
Que algun tumulto amenaza!
Asistente de Sevilla,
Lo que el rey os encargó...

Pasc. No fué que enmendara yo
Lo que hizo el rey de Castilla.
Mirad bien.

Cap. Llevan á un hombre
Como traidor al cadalso.

Pasc. Y el pueblo dice que es falso;
Que es un santo.

Cap. ¿Y ese nombre
Que alucinado le aplica
Que ha de libertarle entiende?

Pasc. Yo no sé si lo pretende;
Mas sé que le santifica.

Cap. Y en fin...

Pasc. En fin, eso el rey
Ordenó que se cumpliera

Antes que el poder me diera;
Con que ahí no alcanza mi ley.

Cap. ¡Pero si él cuentas os pide...!

Pasc. Que las pida; no me arredro :
Entonces verá Don Pedro

Con quién es con quien se mide.

Él depositó en mi mano

Todo el poder de la suya,

Y no habrá ya quien destruya

Este poder soberano.

¿Lo oís?

Cap. ¡Cómo! ¿Osais ponerlos
De vuestro rey al igual?

Tened cuenta, Juan Pascual...

Pasc. Vosotros sois quien teneros
Debeis delante de mí.

Cap. ¿Creeis que esa investidura...?

Pasc. Me dará la dictadura...

Cap. ¡Traidor!

Pasc. ¡Basta!

Cap. Basta, sí.

Porque él se vengue primero

Mi furia es fuerza que tenga.

Don Pedro vendrá, y...

Pasc. (Que venga,

Capitan, aquí le espero.

¿No alcanzáis la razón de lo que os digo?
Lo sé; mas escuchad. No soy tan solo
Cual otros mil comun un enemigo,
Que en pro de otro partido hoy es innolo.
No. Soy un hombre, cuyo honor hollásteis
Tejiendo la mentira mas villana,
Cuyos limpios blasones empañásteis
Atropellando la honra de una hermana.
Yo estaba en tanto en Portugal; mas vine
De venganza con sed devoradora,
Y á lograrla con calma me previne,
Con estudiado afán: y esta es mi hora.
Si: contempladme bien. No como un día
Reptil oculta á vuestros piés me arrastro,
Que hoy os vengo á decir con osadía:
Yo soy, Don Pedro, Don Guillen de Castro.
Ped. ¡Tú un Castro!

Pasc. Vengador de Doña Juana,
Que llora en un oculto monasterio
Su desesperacion. Ella es mi hermana;
Y este es de Juan Pascual todo el misterio.
¿Qué mas queréis, Don Pedro, que os es-
plique

Porque con tal estrépito me vengo?
Pues sabed que he jurado á Don Enrique
Vuestra cabeza dar, y os lo prevengo.

Ped. Pues bien: ven á arrancarla de mis
hombros,

Y aprenderás mas fáciles promesas
A hacer si has de cumplirlas: nunca asom-
bros

Me dieron mas difíciles empresas.

Pasc. ¡Oh! Ya con vos vuestro poder no
lidia,

Y es ceder ó morir vuestro destino.

Ped., con ironía. Del tuyo siento, buen
Guillen, envidia.

Y quiero que hácia allá me abras camino.

Pasc. Don Pedro, os engañáis: me habéis
herido

De vuestra ley y fuero con la espada,

Y á vuestra misma ley he acudido.

Escuchad á la plebe amotinada. (*Gritos.*)

¿Lo oís? Clama por vos: viene á buscaros.

Ya os he dicho, señor, que estábais preso,

Y que al bastardo prometí entregaros.

Ped. Mucho te ha de costar, vive Dios, eso.

(*Con sarcasmo.*)

Tú has prometido á Enrique mi cabeza,

Y le llamas, tal vez, á que la tome:

Pues bien, la tuya encontrará su alteza:

Yo se la arrojaré cuando se asome.

(*Cierra las puertas y ase de una espada.*)

Ahora á tu vez desliéndete, villano;

Usa de tu valor y de tu acero,

Porque vas á aprender de un rey tirano

Lo que hay de un asesino á un caballero.

Ven; ya no lidia mi poder conmigo:

Aquí mi majestad ya no me escuda:
Solo Dios es aquí nuestro testigo.
Ruégale, Castro, que te dé su ayuda.

ESCENA XI.

DICHOS; CONJURADOS, QUE SUBEN POR EL
BALCON.

Voces. ¡Muera Don Pedro! ¡Muera!

Un Conj., que sube por el balcon. ¡Aquí,
valientes!

Aquí está el rey, subid.

*Otros, que suben tras él, y van contra
Don Pedro.* ¡Muera el tirano!

Ped. Venid á mí, rebeldes insolentes,

Y probareis el peso de mi mano.

Pasc. ¡Ea! Acabad con él.

ESCENA XII.

DON PEDRO SE DEFIENDE DE TODOS LOS QUE
LE ACOMETEN, CEJANDO CONTRA LA PARED:
Y EN EL PUNTO EN QUE VA A SUCUMBIR AL NU-
MERO, SE ABRE A SUS ESPALDAS UNA PUERTA,
EN LA CUAL APARECE EL CAPITAN, QUE
MUESTRA A DOÑA INÉS DESMAYADA EN SUS
BRAZOS, Y CUYO PECHO AMENAZA CON LA DAGA
DESNUDA. TODOS RETROCEDEN.

Cap. ¡Atrás, canalla! —
Da un solo paso mas, y la asesino.

(*A Pascual.*)

Pasc. Teneos, capitán. — Atrás vosotros.
(*A los suyos.*)

Cap., á Don Pedro. Una barca, señor,
puesta se halla

En la torre del Oro; este camino
Seguro allá desde el palacio os lleva.

Huid.

Ped. Traidores, volveré algun día,

Y ¡ay del que entonces á parecer se atreva!

Cap., á Don Pedro. Huid. — Ahora,
Juan Pascual, escucha.

Cabeza por cabeza, esta es la mía;
(*Señalando á Doña Inés.*)

La contienda es ya igual, franca la lucha.

Pasc. Por piedad, capitán, por cuanto
caro

En el mundo teneis, el impio acero
De su pecho apartad: yo os doy amparo,
Riquezas, libertad.

Cap., con firmeza. No: solo quiero
Que entiendas bien mi condicion postrera:
Escúchamela bien, hiena taimada.

La suerte de Don Pedro á tu hija espera,
Y á su suerte desde hoy encadenada,

Ella respo iderá de su destino,
Siendo, como él, dichosa ó desdichada.
Ahora sigue si puedes mi camino,
Y mira de quién es esta jornada.
(Cierra la puerta secreta. Juan Pascual
se arroja á ella desesperado, y cae el
telon.)

ACTO TERCERO.

El teatro representa el terrado de la torre del castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo por encima de las almenas se alcanzarán á lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de Don Enrique. A la derecha y en el fondo una puertecilla que conduce al torreón y otra á la izquierda, al lado de la cual por una ventana con reja se verá un interior del torreón donde estará el astrólogo Ben-Hagatin; un pilar de piedra en que está clavado en medio de la escena el pendon del rey Don Pedro. Es de noche.

PERSONAS.

DON PEDRO.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
JUAN PASCUAL.
DOÑA INÉS.
EL ASTROLOGO BEN-HAGATIN.
MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA.
EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE MONTEL.
GUARDIAS Y SOLDADOS DE DON PEDRO.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON PEDRO, SOBRE UN TORREON, MIRANDO AL CAMPO DE DON ENRIQUE, DOÑA INÉS, LO MISMO POR LAS ALMENAS; EL CAPITAN, DANDO SUS ÓRDENES AL ALCAIDE, QUE ESTARA HABLANDO CON ÉL; EL ASTROLOGO, EN SU TORRE CONSULTANDO A LA LUZ DE UNA LAMPARA SUS INSTRUMENTOS CABALÍSTICOS, DE LOS QUE SE SIRVE PARA HACER EL HORÓSCOPO DE DON PEDRO.

Cap. Que esté ese paso secreto
Guardado por buena gente,
Y que entre él solo.

Alc. Corriente.

Cap. Ya conoceis el sujeto.

Alc. Ya le conozco.

Cap. En los nichos
Que hay en aquel subterráneo
Puede ser triunfo instantáneo
Con los hombres de armas dichos.
En estando ese hombre dentro
Que se lance vuestra gente
Allá abajo de repente
De los suyos al encuentro.

Todos prisioneros : y
En tanto por esa puerta
Que estén tres ó cuatro alerta
Cuando esté él conmigo aquí.
¿Lo oís? Que él entre no mas.

Alc. Está bien.

(Vase.)

Cap., á Doña Inés. Y vos, señora,
Retiraos, que ya es hora.

Inés, con tristeza. No imaginé yo jamás,
Capitan, eso de vos.

Cap. ¡Ah! llorais... Por caridad
El llanto de mí ocultad;
No me hagais dudar de Dios.

Inés. No le invoqueis, ¡fementido!
Que á enojo le provocais
Cuando á sus plantas alzais
Corazon tan corrompido.
¡Hombre vil! ¿Esto es amor?
¡Engañar á una muger
Rehenes para tener

Con su padre vencedor!
¿Esto es, capitan, nobleza?
¡Decirle á un padre que elija,
Mostrándole de su hija
Con el puñal la cabeza!

Cap. Callad, señora, callad,
Que ignorais lo que me cuesta
Con vuestro padre esa apuesta
De inaudita atrocidad.

Inés. Decid mejor lo que os vale,
Porque tenéis la esperanza
Que mi peso la balanza
De vuestra fortuna iguale.
Porque ¿cómo ha de dejar
Un padre á su hija morir
Tan solo por conseguir
A un enemigo vulgar?
Le direis : « Vida por vida,
Salvadme á mí y os la entrego,
Que al fin es cosa de juego
Una muger seducida. »

Cap. Retiraos, Doña Inés,
O de mí fé no respondo.

Inés. A tu pesar en el fondo
De tu alma mi razon ves.

Cap. Os engañais, os lo juro :
Vos veis el remordimiento
Donde hay otro sentimiento
Mas noble, si mas oscuro.
Vos no podeis comprender
Que un hombre que á su rey ama,
Le sacrifique su fama,
Su amor, su razon, su sér.
Ni vos lo comprenderiais,
Ni yo os lo osara explicar,
Pues á poderlo alcanzar
Yo sé que os asombraríais.
Si; yo estoy viendo una estrella

De quien salvacion espero,
Y para apagarla infiero
Que voy corriendo tras ella.
Inés, con emocion. ¡ Ah! rendíos, ca-
pitan.

Cuando veo el sentimiento
Con que espresa vuestro acento
Ese incomprehensible afan,
Aun que me amais imagino,
Y que me decís lo cierto,
Aunque la influencia advierto
De algun insondable sino.

Cap. Sino fatal que me impele
A abreviar mi propia vida,
Desgarrándome una herida
Al punto en que mas me duele.
Inés. ¡ Ah, me amais! Dejaos vencer.

Cap. Sí; os adoro, ¿ á qué mentir?

Inés. Pues bien, dejadme salir.

Cap. Señora, no puede ser.

Inés. ¿ Es decir, mal caballero,

Que debo estar desde aquí
En que sereis para mí
Mi opresor, mi carcelero?

Cap. ¡ Oh, por Dios! (*Desesperado.*)

Inés. Atado al yugo

Que vuestro dueño os impone,
Vendreis, si el rey lo dispone,
A parar en mi verdugo.

Bien: seré mártir; mas vos
Que así me sacrificais

Mi airada sombra arrojaís

Entre vuestro paso y Dios.

Sí, capitán: yo os perdono

Mi bárbaro sacrificio;

Pero os aguardo en su juicio,

Y os emplazo ante su trono.

ESCENA II.

DON PEDRO, EL CAPITAN.

Cap. Emplaza, emplázame, sí;
Breve ha de ser este plazo,
Pues tu muerte de rechazo
Me dará la muerte á mí.
¡ Oh! si asomarte pudieras
A mirar mi corazon,
Moviérate á compasion
Al ver cual me lo laceras.
Mas ¡ ay! ¡ con cuánta verdad
Me culpas mi villanía!

(*Pausa.*)

Y atrás no me volvería
Por toda una eternidad.

*Ped., que se ha vuelto á oír la última
parte de la escena anterior, y
baja al torreón.* Blas.

Cap.

Ped.

Señor.

Esa muger

Te cuesta mucho, lo veo:
Libértártela deseo:
Siento verte padecer.

Cap. Señor, con esa quimera
No andeis desasosegado.
Ya me la habeis entregado,
Y haré de ella lo que quiera.

Ped. En vano ¡ infeliz! reclamas
Tus derechos contra ella,
Porque es demasiado bella
Y veo cuánto la amas.

Cap. La adoro, señor, la adoro
Con ceguedad. Sin embargo,
De atormentarla me encargo,
(*Con resignacion.*)

Aunque á escondidas lo lloro.
Por cada lágrima suya
Daría la vida entera;
Mas pide una razon fiera
Que la vuestra sustituya.

Ped. Perez, mi mente se pierde
Concibiendo tal maldad,
Y á decirte la verdad
La conciencia me remuerde.

Cap. También á mí; mas la acallo
Con razon mas poderosa.

Ped. ¿ Y con cuál?

Cap. Con la imperiosa
Lealtad de buen vasallo.

Ped. ¡ No, por Dios! ¿ Qué lograrás
Con tan triste sacrificio?

Cap. Pagaros un beneficio
Que no olvidaré jamás.

Vos, generoso en exceso,

Recordarle no quereis;

Y mas, Don Pedro, me haceis
Agradecido por eso.

Mirad en torno, señor,

¿ De vuestro reino, qué os queda?

Gracias que esta torre pueda

Daros tumba con honor.

Ped., con orgullo. Yo siempre moriré
honrado;

Que atestiguar harto puedo
Que hasta encontrarla, sin miedo

Con mi fortuna he lidiado.

Huí, es verdad, de Sevilla;

Mas he revuelto la Europa

Para encontrar oro y tropa

Con que volver á Castilla.

Entré valeroso en ella

Con quien seguirme ha querido,

Y si vencer no he podido

Es porque tal fué mi estrella.

Maté, atropellé, deshice

A cuantos hallé enemigos,

Y exageran mis castigos
 Los á quien yo satisfice.
 Mil veces les perdoné;
 Y otras mil se amotinaron,
 Y repartir me intimaron
 Lo que yo solo heredé.
 ¿Para esto habia razon?
 ¿Qué derecho se le abona?
 ¿Porqué pedir mi corona
 Si les daba el corazon?
 No. Encerrado como estoy,
 Venga la muerte, sí, venga.
 Mientras un soldado tenga
 El rey de Castilla soy.

Cap. Uno siempre os quedará,
 Don Pedro, mientras yo aliente.

Ped., dándole la mano. Y en lo futuro
 quien cuente

Tu lealtad no faltará.

Cap. Mi padre fué zapatero,
 Vasallo, y de él nací yo,
 Y su alteza me nombró
 Capitan y caballero.
 Quiero pagaros leal
 Vuestro favor con usura,
 Cavando mi sepultura
 Con la vuestra por igual.

Ped. No, por mi vida; eso no.
 Si Dios no me restituye
 Mi reino, sálvate y huye;
 Mis tesoros te doy yo.

Cap. ¿Sin vos, para qué los quiero?
 Si es que la fortuna ingrata
 Con el dolor no me mata,
 Volveré á ser zapatero.

Ped. Mas oye; en esa escalera
 Siento pasos.

Cap. Es sin duda
 Men Rodriguez: quiera ayuda
 Darnos Dios.

Ped. ; Ojalá quiera!

ESCENA III.

DON PEDRO, EL CAPITAN, MEN
 RODRIGUEZ DE SANABRIA.

Cap. Men Rodriguez, ¿qué noticias?...

Ped. ¿Habeis visto á ese francés?

Rod. Sí, señor.

Ped. ; Admite, pues?

Rod. No oso daros las albricias.

Mas inclinado le he visto

A proteger vuestra fuga,

Pues dice que le subyuga

Vuestra situacion.

Ped. ; Por Cristo!

El oro que yo le ofrezco

Es quien le mueve hácia mí;
 Mas si me saca de aquí
 Al cabo se lo agradezco.

Rod. Oyóme con gran templanza;
 Prometi, insté, supliqué:

Quién érais le recordé,
 Y al fin me dió una esperanza.
 Dijome que allí venia
 A sueldo de vuestro hermano,
 Y que tenderos la mano
 Sin venderle no podia.
 Yo entonces por grande hazaña
 El salvaros le pinté,
 Y en vuestra palabra y fé
 Le prometí media España.

Ped. Bien hiciste en prometer,
 Que darse la mitad puede,
 Pues como mal me la enrede
 Entera la he de perder.
 Mas al fin, ¿qué dijo?

Rod. Al fin,
 Tras de andar algo reacio,
 Pidióme un pequeño espacio.

Ped. ¡Ese Beltran de Claquin
 Me parece un gran traidor!
 Porque si leal obrara
 Que sí ó que no contestara.

Rod. Ya contestará, señor.
 Si consiente y nos socorre,
 Hará en señal que se encienda
 Un farol sobre su tienda,
 Que se ve desde esta torre.
 Vedla, señor.

Ped. ; Es aquella
 Que está junto á la corriente?

Rod. Sí, señor; la que está enfrente
 De la torre de la Estrella.

Ped. Bueno.

Rod. Si le veis brillar
 Podeis sin riesgo salir
 Y á su misma tienda ir,
 Que él mismo os saldrá á esperar.

Ped. Men Rodriguez, por si acaso
 La luz á brillar acierta,
 Sobre el torreón alerta
 Estad, no erremos el paso.

(*Sube Men Rodriguez al torreón.*)

Retirate, Blas, tambien,
 Que quiero oir el consejo
 De ese celebrado viejo;
 Mas cerca queda.

Cap. Está bien. (Vase.)

ESCENA IV.

DON PEDRO, EL ASTROLOGO; MEN RODRIGUEZ, EN EL TORREON, DONDE NI VE NI OYE LO QUE PASA EN LA ESCENA.

Ped. ¿Habeis concluido ya?

Astról. Vuestro horóscopo he formado, Y mi ciencia he consultado.

Ped. ¿Y qué respuesta nos da?

Astról. Confusa es la esplicacion; Pero vos la entenderéis,

Que los secretos sabeis Que hay en vuestro corazon.

Ved : en ese pergamino De los astros está escrita La razon. Se necesita Que el mismo que su destino Busca, su enigma resuelva.

Ped. (Lee.) Por alrededor de Castro Que he de morir, dice un astro, Y otro dice que en la selva. ¿No podeis darme mas clara Esplicacion?

Astról. Sí, podria; Pero mucho sentiria Que si lo hiciese os pesara.

Ped. ¡Pesarme! Pues que consulto Mi destino á las estrellas, Es para saberlo de ellas Distintamente, no á bulto.

Astról. Su respuesta es esa; y de ella El sentido á escudriñar, Veo que en este lugar Os es fatal vuestra estrella.

Ped. Eso ya yo me lo sé (Con amargura.) Desde el punto en que nací; Y que mejorara aquí Nunca me esperaba á fé. (Señalando al pergamino que tiene en la mano.)

Esto no vale de nada, Buen astrologo.

Astról. Hay aun Consulta menos comun Que hacer, pero es arriesgada.

Ped. ¿Con quién creereis que tratais Para dudar del valor?

Astról. Yo os lo propongo, señor: Vos hareis lo que quereis.

Ped. ¿Sabré...?

Astról. Toda la futura Suerte á que el destino os lleva.

Ped. ¿Cierta?

Astról. Cierta. Es una prueba Terrible, pero segura.

Ped. Hacedla, pues.

Astról. Necesito

Prepararos de antemano.

Ped. ¿Hay en ella algo profano?

Astról. Solo hay riesgo.

Ped. Pues lo admito.

Astról. Una lámpara os daré, Cuya luz será encendida Con sangre fresca, estraida De vos mismo.

Ped. ¿Y lograré...?

Astról. Que á vuestros ojos palpable Aparezca el porvenir.

Si osais, me podeis seguir: Mas es cosa formidable.

Ped. Vamos allá: quiero ver Mi destino; vive Dios! Que el mas tenaz de los dos No quiero dejarle ser. Harto tiempo me ha acosado Con infernal fatalismo: Quiero acosarle lo mismo, Y al menos le habré arrostrado. Vamos, pues.

ESCENA V.

DOÑA INÉS, SALIENDO DEL TORREON DE LA DERECHA ABAJO.

¡Válgame Dios!

¡Qué noche tan fatigosa!
¡Cuán fiero el pesar me acosa
De mis memorias en pos
El aura que inquieta pasa
Por entre estos torreones,
A mis negras reflexiones
Parece que pone tasa.
Ese en que encerrada vivo
Con su estrechez me sofoca.

(Se pasea cavilosa.)

Mas; Dios mio! ¡Yo estoy loca!
Lo veo y no lo concibo.
Cuando ese hombre amor me jura,
Lo jura con tal pasion
Que obliga á mi corazon
A creer en su impostura.
Mil veces le he sorprendido
Yo de mi misma detrás
Llorando... ¡oh! llora quizás
De mi infortunio dolido.
Mas si me ama... si le pesa
De mi mal, ¿porqué me guarda?
¿Porqué así en librarne tarda
Cuando á él mismo le interesa?
Mi padre, si así lo hiciera,
Con usuras le pagara,
Y acaso le cueste cara
Su traicion si le exaspera.
¡Oh Dios, que del firmamento

Tras el azul pabellon
Velas, calma mi afliccion,
Consuela mi sufrimiento!

ESCENA VI.

DOÑA INÉS; EL ALCAIDE, CONDUCIENDO
A JUAN PASCUAL, Y ENTRANDO POR EL
TORREON DE LA DERECHA ARRIBA.

Alc. Podeis entrar sin temor,
Y esperarle aquí.

Pasc. Yo flo
Mi empresa en mi propio brio,
Y en lo que á él le está mejor.

Alc. Él os esperaba.

Pasc. Ya
Conté yo, alcaide, con eso,
Que sabe que está bien preso,
Y que en mis manos está.

Tomad por vuestro servicio.
Alc. Guardad, señor caballero,
Para otros vuestro dinero,
Que el rey me paga mi oficio.

Pasc. ¡Habrà semejante tonto!
Sea, en fin, como gustéis;
Mas suplicoos que llameis
A ese capitan, y pronto,
Que no hay tiempo que perder...
Mas ¿qué veo?

Inés. ¡Padre mio!

Pasc. ¡Inés!

Inés. ¿Es un desvario
Que os vuelvo por fin á ver?

¡Cuánto tiempo os he esperado!
Pasc. Y ya ves como he venido
En cuanto posible ha sido.

Inés. ¡Ay, padre, cuánto he llorado!

Pasc. Esos tigres te habrán hecho
Mil injurias á porfia.

Inés. Ni una sola todavía.

Sin el cuarto tan estrecho
Que me dan, nadie creyera
Segun su porte cortés,
Que esta torre cárcel es,
Y yo en ella prisionera.

Ese capitan, señor,
De mi custodia encargado...

Pasc. Ya sé, Inés, que ese menguado
Se atreve á tenerte amor.

Inés. Eso dice, y muchas veces

Yo misma á creerlo luego...

Pasc. Pero ¿y tú, Inés?

Inés. No lo niego.

Pasc. ¡Necia, la muerte mereces
Por un amor tan villano!

Inés. Me aterraris. Aunque eso fuera,
Señor, ¿morir mereciera?

Pasc. Morir por mi propia mano.

Inés. ¡Ay de mí, padre y señor!

¿Para esto venis aquí?

¿Para amedrentarme así

En vez de darme favor?

Pasc. ¡Ah! perdona, pobre Inés,
Secretos que desconoces.

Inés. Mas que me dicen á voces
Cuánta mi desdicha es.

Pasc. Escucha, y tu llanto enjuga.

¿Conoces alguna puerta
Que á fuerza ó engaño abierta
Pueda amparar nuestra fuga?

Inés. No, señor.

Pasc. Traigo conmigo

Gente leal y resuelta,
Y si ganamos la vuelta
De esa escalera, al postigo
Llegaremos por secreto
Callejon, aunque no es este
El objeto que preteste...

Inés, con afan. Vuestro principal objeto,
Padre, el libertarme sea.

Pasc. Inés, en eso medito.

Ese capitan maldito...

Inés. Fuerza será que nos vea.

Pasc. Mas siento pasos.

Inés. ¡Él es!

Pasc. Yo mismo he enviado á llamarle.

ESCENA VII.

DICHOS, EL CAPITAN.

Cap. Buenas noches.

Pasc. Quiero hablarle
A solas. Aparta, Inés.

Cap. ¿Qué me quereis, Juan Pascual?

Pasc. Vengo un pacto á proponeros

Que muy útil podrá seros

Por grave razon.

Cap. ¿Por cuál?

Pasc. Por la de que abre el camino
Solo que os puede salvar.

Cap. Cosa es que hemos de tratar

Mejor solos imagino.

Pasc. Sí; decidis bien.

Cap., á Doña Inés. Perdonad

Que os retireis os suplique,

Para que á solas me explique

Vuestro padre...

Inés. Por piedad,

Capitan, oid con calma

Lo que tiene que decirnos.

Cap. El negarme yo á serviros,

Inés, me destroza el alma.

Lo sabeis; mas mi destino

Es para mí tan terrible,

Que me parece imposible
Que abra Juan Pascual camino.

Inés. ¡Ay de mí!
(*Entra, y el capitán corre tras ella los cerrojos de la torre.*)

Pasc., con afán. ¿Vais á cerrar?

Cap. Si por cierto.

Pasc. ¡Y á mis ojos!

Cap. ¿Qué quereis? Me dan antojos
imposibles de evitar.

ESCENA VIII.

EL CAPITAN, JUAN PASCUAL.

Cap. Ea pues : ya estamos solos ;
Hablad, que el tiempo se acorta
Y yo tengo que pagaros
Vuestra propuesta con otra.

Pasc. Con que admitais vos la mia
Bastará á mi ver.

Cap. No importa.
No estará la mia acaso
Tras de la vuestra de sobra.

Pasc. Pues bien, capitán : yo vengo
Como quien amparo implora,
Como quien suplica humilde,
Arriesgando mi persona,
Y esponiéndome á perder,
Si me descubren, la honra
Con la vida, á demandaros
Lo que vuestra mano sola
Puede volverme, la hija
Que mi corazón adora.

Ya veis como las desdichas
Sobre Don Pedro se agolpan :
Ya veis como de los suyos
Ciento á ciento le abandonan.
No teneis agua ni viveres ;

Y esta situación penosa
Cuanto mas os desalienta,
Capitán, y os acongoja,
Mas á Don Enrique augura
Cercana y fácil victoria.

Pues bien : si me dais mi hija,
Os juro que en pocas horas
Saldreis del castillo libre,
Sin condicion deshonrosa,
Y os daré á mas el rescate
Que vuestro capricho imponga.

Cap. ¿Habeis acabado?

Pasc. Sí.

Cap. Pues oid, que á mí me toca.
Si el rey Don Pedro conmigo
Igual libertad no logra,
Y su pendon Don Enrique
Ante sus plantas no postra

Como rebelde, vuestra hija
Quedaré donde está ahora.

Pasc. Os comprendo, miserable.
Ese amor que os emponzoña
El corazón, es quien dicta
Propuesta tan injuriosa.

Cap. Sí, Juan Pascual, yo la adoro,
Y esta pasión me devora,
Me martiriza y me acaba,
Mas mi voluntad no dobla.

Pasc. Capitán, esa pasión,
Que fácilmente se ahoga,
Hoy que aun es tiempo, os advierto
Que os lleva á una muerte próxima,

Cap. Señor Juan Pascual, lo siento ;
Mas tiene raíces hondas,
Y es imposible arrancarla.
Si el medio no os acomoda,
Es el único que resta ;
Y en cuanto á mi última hora,
Que juzgais cerca, mirad
Que la vuestra es muy dudosa.

Pasc. Acabemos, capitán,
Y en ideas ilusorias
No os goceis adormecido :
Yo tengo ocasión muy pronta
Para entrar en esta torre
Mucha gente valerosa,
Que llevará á sangre y fuego
Cuanto á su marcha se oponga.
Por solo librar á Inés
He retardado hasta ahora
La ejecución de mi plan ;
Mas os juro que es muy corta
La tregua que puedo daros.

Cap. Vos sois quien en ilusorias
Ideas adormecido
Descuida lo que le importa.
Ya sé que en el subterráneo
Para esa traza traidora
Metido habeis vuestra gente ;
Mas es esperanza loca
La que sobre ella fundeis,
Pues mi atención previsora
Apostó gente mas diestra,
Que en las revueltas tortuosas
Del subterráneo, á mi voz
La hará prisionera toda.

Pasc. ¿Intentais amedrentarme
Con bravatas ?

Cap. ¡Oh! No es cosa
Para pasarse en la cuenta ;
Y escuchad bien, que la aurora
No está lejos, y es preciso
Que abreviemos. Una bolsa
De malla, que asida al cuello
Llevais, donde hay una hoja
De pergamino, que esplica

Lo que fácil proporciona
 Del príncipe Don Enrique
 Una venganza muy cómoda...
Pasc. ¡Cielos! ¿Quién pudo deciros?
Cap. Yo lo oí de vuestra boca
 Una noche en vuestra casa
 Escondido en vuestra alcoba.
 Con que ya veis que me guio
 Por vuestras lecciones propias,
 Y que no se me ha olvidado
 Que á quien vengarse ambiciona,
 Ni precauciones le bastan,
 Ni se contenta con pocas.
Pasc. ¡Vive Dios, villano astuto!
 ¿Quién á mi paso te arroja,
 Que en todas partes te encuentro
 Y me detienes en todas?
Cap. Concluyamos, Juan Pascual:
 O le escribis sin demora
 A Don Enrique una carta
 Ofreciendo la persona
 De vuestra hija y la vuestra...
Pasc. No, no: primero se rompa
 En mil pedazos el alma...
Cap. Pues que tú lo quieres... ¡Hola!
 ¡A mí, soldados!
(Salen tres soldados que se apoderan á la fuerza de Juan Pascual, que se defiende.)
Pasc. ¡Villanos!
Cap. Ponedle en la torre próxima,
 Con una amarra en los brazos,
 Y una mordaza en la boca.
(Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreón; los otros dos salen con el capitán, el cual al cerrar la puerta dice á Juan Pascual á modo de despedida:)
 Lo que mejor os conviene
 Pensad, Juan Pascual, á solas,
 Porque no teneis mas término
 Que hasta el rayar de la aurora.
(Al soldado que queda dentro.)
 No me le pierdas de vista.
(A los otros.)
 Vamos á su gente ahora.
(Vase el capitán. El teatro permanece unos instantes solo. Don Pedro aparece á poco trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está elevada su bandera.)

ESCENA IX.

DON PEDRO.

Veamos este oráculo espantoso.
 Quiero apurarle, y, de la edad futura.

Embriagarme en el néctar delicioso,
 O el caliz agotar de su amargura.
 Por su oculto poder arderá sola
 Esta lámpara, dice... ¡Harto la temo!
 Llena está de mi sangre hasta la gola,
 Y yo en mi sangre sin arder me quemó.
 ¡Si atendiera al pavor, la vertería
 Por no verla inflamarse! ¡Oh! tiemblo y
 luchó *(La toca.)*
 Con mi superstición!... Aun está fría...
 ¡Si será un impostor!... ¡Oh, tarda mucho!
 Perdóname tan torpe ceremonia,
 ¡Oh cielo, para mí siempre enemigo!
 No mires que al altar de Babilonia
 Me acerco impuro, sin contar contigo.
 En tu bóveda azul, limpia y serena,
 Jamás pude leer de mi fortuna
 Ni una letra feliz; ni amiga y buena
 Brilló para Don Pedro estrella alguna.
 Siempre, si, su escritura fué siniestra;
 Siempre se abrió su libro tenebroso
 Por párrafo fatal, dándome muestra
 De un porvenir aciago y borrascoso.
 Perdona, si, perdona si te irritó
 Otro poder diabólico invocando,
 Porque un calmante pronto necesito,
 Y por dó quier que voy lo voy buscando:
 Si es mi signo fatal, iré sereno
 A sepultarme en su tremendo abismo.
 Quiero saberlo, sí, contrarió ó bueno,
 Para luchar con él con heroísmo.

(Pausa.)

Ya hierve este licor emponzoñado:
 Ya de la mecha en derredor se apila:
 Ya trepa por sus hilos inflamado...
 ¡Ay, medroso mi espíritu vacila!
(Empieza á inflamarse la lámpara con un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.)
 ¡Acúdeme, valor!... Brotó la llama...
 Ven mis pupilas á su luz apenas
 Los objetos... ¿Qué es esto?... ¿Quién
 derrama
 El fuego de un volcan dentro mis venas!
 Próximas á saltárseme las sientos...
 Me acosa el corazón abrasadora
 De venganza la sed;... y el pensamiento
 Me desgarrar una idea asoladora.
(Don Pedro vuelve los ojos desesperado á todas partes. La sombra de Don Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco á poco hasta quedarse enfrente de él.)
 ¡Enrique! Siempre Enrique... siempre ese
 hombre.
 Di, ¿qué quieres de mí, bastardo infame?
 ¿Está escrito mi horóscopo en tu nombre?!

¿Porqué me asaltas sin que yo te llame?
Ese puñal que abarcas con tu mano
¿Lo guardas para mí?... ¡Cuán torvo brilla!
¿Guárdale, por piedad, guárdale, her-
mano!...

Mas no; menti, bastardo de Castilla.
No lo escondas; levántale; te aguardo.
Ven, si te atreves, á amagar mi seno,
Y esprimiré en mis brazos ¡vil bastardo!
De tu ruin corazon todo el veneno.
Ven, ven! Yo soy Don Pedro de Castilla,
Y aunque infame y traidor venzas al cabe,
No, creas, no, que tu valor me humilla.
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.
¿No lo oyes?... De rodillas, miserable.
¿Teniegas?... Tu sardónica sonrisa (*Sonrie.*)
Me mueve á compasion,... y me precisa
A volverte esa risa abominable.
Mírame sonreír... mírame y huye,
Porque á la luz de mis ardientes ojos
Tu sér se pulveriza y se destruye...
Ni rastro he de dejar de tus despojos.
Mas; ahí estás aun !... ¿Qué esperas, sombra,
Sonriéndome siempre?... ¿Qué me quieres?
Tu sonrisa me irrita, no me asombra,
(*Sonrisa convulsiva.*)

Y me rio tambien de... que me esperes.
Espera, sí, vasallo, espera, espera;
Mas no, no; huye de mí, desaparece.
Tu sonrisa infernal me desespera;
Tu mirada voraz me desvanece.
Huye: me das horror... huye al abismo.
No temo tu presencia; me fascina.
Te estoy viendo reír, y hago lo mismo;
Pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.
(*Cae en la piedra sentado, y sigue con su
risa convulsiva hasta que apagándose
la lámpara desaparece la sombra, y
cae sin sentido.*)

ESCENA X.

DON PEDRO, EL CAPITAN; MEN
RODRIGUEZ, EN EL TORREON.

Cap. Ya todos están rendidos.
Mas ¿qué veo? ¿Si un traidor
(*Le toca.*)
Llegó hasta el rey?... No, respira.
Ped. ¿Quién eres? (*Volviendo en sf.*)
Cap. Señor, yo soy.
Ped. ¿Se fué ya?
Cap. ¿Quién?
Ped. Ese espectro,
Ese ensueño aterrador.
Cap. ¿Quién, señor, que no os entiendo?
Ped. ¡Ay de mi! Tampoco yo.
De esa lámpara maldita

Me ha fascinado el fulgor,
Y si no se apaga pronto
Me asesina esa vision.
(*Vuelve en sf del todo, y se levanta sobre-
poniéndose á su pavor.*)
Mas ese francés, ¿qué dice?
Cap. Nada responde.
Rod. ¡El farol!
Ped. Ea, Blas, ya luce al cabo
La estrella de salvacion.
Salgamos de aquí cuanto antes.
Cap. Señor Don Pedro, idos vos.
Ped. ¡Qué! ¿Tú tambien me abandonas?
Cap. ¡Yo abandonaros, señor!
Me quedo para vengaros.
Ped. Capitan, tienes razon.
Si me venden...
Cap. Id tranquilo,
Que de eso me encargo yo.
Ped. Voy, pues, á apurar mi estrella.
Sin fé, pero sin temor;
Que lo que en suerte me falta
Me sobra de corazon. (*Vase.*)
Cap. Ahora, ó trono para él,
O tumba para los dos.

ACTO CUARTO.

Campamento de Don Enrique. En medio de la esce-
na la tienda de Beltran Duguesclin, sobre la que
habrá un farol encendido, y dentro de la cual apa-
recen sentados este y Olivier de Manni y otros
caballeros franceses. Al rededor y en lontananza
las otras tiendas del campamento. — Amanece.

PERSONAS.

DON PEDRO.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
BELTRAN DE CLAQUIN.
MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA.
OLIVIER DE MANNI.
EL VIZCONDE DE ROCABERTI.
CABALLEROS FRANCESES. GUARDIAS DE DON
ENRIQUE. SOLDADOS DE DON PEDRO.
DOÑA INÉS, QUE NO HABLA EN ESTE
ACTO.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE, BELTRAN DE CLAQUIN,
OLIVIER DE MANNI.
Vizc. Miradlo, Mosen Beltran,
Con detenimiento y calma,
Que es feo acudir á engaños
Con las manos en las armas.

Bell. Señor vizconde, está hecho;

La noticia está ya dada
A Don Enrique, y ofrece
Doble de lo que él nos daba,
Y son cuatrocientas mil
Doblas de oro castellanas.

Oliv. Eso bien vale, señores,
Una traicion diplomática;
Que al cabo, si bien se mira,
Está siendo necesaria.

Bell. Sí, por cierto, ese Don Pedro
¿Qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
Sin viveres y sin agua,
Sus gentes á nuestro campo
Pasándosele á bandadas,
Olvidado de Inglaterra,
Aborrecido de Francia
Y odiado en su reino mismo,
No le queda otra esperanza
Que entregarse: á esto vendría
A parar hoy ó mañana.
Su hermano mientras él viva
El objeto de sus ansias
No ha de lograr, con que es claro
Que un día ú otro le mata.
Y en tal caso...

Oliv. Ciertamente
Lo mismo es hoy que mañana.

Vizc. Sí; pero el rey de Castilla
Es solo Don Pedro.

Oliv. ¡Vaya!

Bell. ¿Mas qué le vale ¡pardiez!
Ser legitimo en su raza,
Ser heredero de nombre,
Si el de la sangre bastarda
Mas poderoso y mas terco
Se le lleva la jornada?
Y en fin, no es malo un bastardo
Para lo que hoy es España,
Que en tierra en que reinan moros
Con un mal cristiano basta. (*Se rien.*)

Vizc. Paréceme, caballeros,
Que es esa risa insensata,
Al menos intempestiva:
Y por la cruz de mi espada
Os juro que mas que á risa
Me mueve Don Pedro á lástima.

Oliv. Paréceme, buen vizconde,
Que han sido vuestras palabras
Sin tiempo en pro de Don Pedro
Muchísimo interesadas.

Vizc. Mis palabras son leales,
Y aunque de opinion contraria
Que las vuestras, no por eso
Son menos libres ni francas.

Bell. Abreviemos de razones:
La cosa está adelantada

De tal modo, que ya fuera
Imposible remediarla.

¿Qué nos importa á nosotros?
En esta guerra menguada
Venimos por el partido
Que nos compró vuestras lanzas.
Como podemos servimosle,
Y á traicion ó cara á cara
Siempre quien vence es el bueno;
Y con razon buena ó mala,
Si lo acabamos nosotros,
Despues de darnos las gracias.
Con el dinero de entrambos
Nos volveremos á Francia.

Oliv. Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
Y ese buen hombre no llega.

Bell. Ya empieza á rayar el alba

Oliv. ¡Hola! Allá abajo distingo
Dos sombras encapotadas.

Bell. Él es.

Oliv. Sin duda; ¿á qué otro
Dejaran paso los guardias?

Vizc. Pues yo me lavo las manos:
Que os guarde Dios. (*Vase.*)

Bell. Con vos vaya.

Oliv. ¿Habeis visto?

Bell. Ya lo he visto:

Pero eso á mi no me estraña;
Pues aunque en Francia criado,
No hay un francés en su casta.

Oliv. Me lo figuré al oírle
Que por Castilla abogaba.

ESCENA II.

EL REY DON PEDRO, EMBOZADO; MEN
RODRIGUEZ DE SANABRIA, BELTRAN
DE CLAQUIN, OLIVIER DE MANNI.

Rod. ¿Es Don Beltran?

Bell. Sí, yo soy.

¿Es Don Pedro?

Ped. Caballero
Francés, en vos solo espero,
Y pronto á partir estoy.

Bell. Señor Don Pedro, me pesa
Por primera vez hablaros,
Y haber de descontentaros.

Ped. Qué, ¿negais vuestra promesa?

Bell. No, señor; mas yo querria
A estas horas disponer
De mas suerte y mas poder
De lo que tengo en el día
Para serviros mejor.

Ped. Hablemos, señor francés,
Claros: ¿vuestro intento es

Ponerme á precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
Que obtendreis quanto pidais
Como á salvo me pongais.

Belt. No es ese, señor, mi objeto,
Que me estuviera muy mal
Exigir un precio doble,
Cuando anduvisteis tan noble,
Tan franco y tan liberal.

Ped. Entonces no hay para qué
Pararse mas en decir
Si no vamos á partir,
Que estoy impaciente á fé.

Belt. Señor, ¿es desconfianza
Que teneis de mí?

Ped. Convengo,
Caballero, en que no tengo
Sino en Dios solo esperanza.
Mas de ello no os ofendais,
Porque es tan fatal mi estrella
Que todo lo temo de ella.

Belt. Suplicoos que contengais
Vuestra impaciencia un momento.

Ped. ¡Vive Dios, señor francés,
Que mi situacion no es
Para mucho sufrimiento!
Yo vine flado en vos:
Con que ó dadme un guia fiel,
O yo me vuelvo á Montiel
A la voluntad de Dios.

Belt. Vuestra impaciencia imagino;
Mas aguardad un instante,
Y el guia os pondré delante
Que os enseñará el camino.

Ped. Pues id, y que sea presto;
Porque si mucho tardais,
A encontrar os arriesgais
Desocupado mi puesto.

ESCENA III.

DON PEDRO, MEN RODRIGUEZ,
GUARDIAS.

Rod. Señor, vuestros intereses
Mirad, y ved que en conciencia...

Ped. Rodriguez, fué una imprudencia
Fiar en estos franceses.

Rod. Su mala opinion, señor,
No alcanza á Beltran Claquin,
Que en todas partes al fin
Ganó fama del mejor.

Le llaman el sin mancella,
Y goza grande importancia.

Ped. Todos son buenos en Francia,
Mas no los quiero en Castilla.
A tener otro remedio
No me fiara en ninguno;

II.

Mas place al hado importuno
Mi desamparo y mi tedio.
En quanto puse la mano
El cielo me castigó.

¡Destino el cielo me dió,
Men Rodriguez, bien tirano!
Sufri todos sus reveses,

Pero no puedo sufrir
Que me obligue hoy á venir
A ampararme de franceses.

¡Oh! nunca me imaginara
Llegar otra vez á vellos,
Sino lidiando con ellos
Sol á sol y cara á cara.

Mas nunca mi desventura
Tan estremada creia
Que á sus tiendas me traeria
Solo y en la noche oscura.

¡Ay! Cuando cuentas le pido
Al tiempo que me ha tocado,
En tiempo tan desdichado
Quisiera no haber nacido.

Mas ya la aurora esclarece:
Mucho se detiene ese hombre;
Y á pesar de su buen nombre
Que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare...

Rod. No os dé cuidado por eso,
Que de la selva en lo espeso
Metidos...

Ped. ¡Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?

Rod. Lllaman selva vulgarmente
A esa espesura que enfrente
Viendo estais.

Ped. ¡Ay, infelices
De nosotros!

Rod. ¿Pues qué objeto
Hallais, señor, que os asombre
En esa selva?

Ped. Su nombre
A mi horóscopo sujeto.

No esperemos á que vuelva,
Rodriguez: cercu de Castro
Que he de morir, dice un astro,
Y otro dice que *en la selva.*

Rod. Mas, señor, ved que arriesgamos...

Ped. Todo ahora lo entiendo bien:
El Castro era Don Guillen,
Y esta la selva .. ¡Ah! ¡partamos!
(*Van á salir y los guardias se lo impiden.*)
Soldado. Atrás.

Ped. ¿Qué es esto, traidor?
Soldado. De aqui no podeis salir.

Rod. ¡Ah! como buenos morir
En Montiel era mejor.

Ped. ¡Destino, no estás contento,
Que aun el ultraje me espera

13

De morir como una fiera
Acorralada entre ciento!

Rod. ¡Morir decís!

Ped. Sí, morir.

Pues ¿qué piensas; vive Dios!
Que he de ser yo de los dos
El que se haya de rendir?
No cabe en mí tal bajeza;
Que aunque así Dios me abandona,
No perderé la corona
Sino al perder la cabeza.
¡Ira de Dios! ¿esto á mí?
¡En una tienda encerrarme
Para venir á matarme
Como asesinos aquí!
¡Infames! ¿tan ruin traicion
Con un rey tan caballero?
Mas que vengan, les espero
Sin miedo en el corazón.
Que vengan esos villanos
Y vengan cuantos quisieren,
A presenciar cómo mueren
Los leones castellanos.

Rod., á los soldados. Señores, os lo ro-
gamos

Por cuanto hay santo en la tierra;
Dejadnos que en buena guerra
Como quien somos muramos.
Dejadnos ir á Montiel,
Y aunque sin fortuna, al menos
Peleando como buenos
Acabaremos en él.

Ped., con fiereza. Sanabria, aunque los
reveses

De la suerte así me abaten,
Dejadme vos que me maten
Sin rogar á los franceses.
No quiero que piensen, no,
Que nunca los he temido;
Mis enemigos han sido,
Y aun soy su enemigo yo.

ESCENA IV.

DON PEDRO, MEN RODRIGUEZ,
BELTRAN, DON ENRIQUE, etc.

Enr. ¿Adónde está ese judío
Que llaman rey?

Ped. Aquí estoy.

(Dándose con la mano en el pecho.)

Yo soy Don Pedro, yo soy
Ese rey con tanto brio.
¿Ni aun siquiera me conoces
Cuando me haces tal ultraje?
Yo á tí sí; porque el coraje
Me lo está diciendo á voces.

Enr. Jamás el rostro te he visto
Porque me dabas horror.

Ped. Porque te daba pavor
El mirarme ¡voto á Cristo!

Enr. Con mucha osadía vienes
Donde á humillarte te obligan.

Ped. Jamás lo haré á los que abrigan
La sangre vil que tú tienes.

Enr. Ya diste al fin en mis manos,
Escomulgado perverso,
Azote del universo,
Verdugo de tus hermanos.

Ped. Bastardo, ten esa lengua,
Que ni en palacio has nacido,
Ni ser mi hermano ha podido
Quien obra con tanta mengua.

Enr. La mengua es tuya y no mía,
Pues por tus hechos atroces
Tu pueblo maldice á voces
Tu execrable tiranía.

Ped. ¡Mi pueblo!... ¡Cuánta arrogancia
Tu infame traicion te inspira!

¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!
¡Tus mercenarios de Francia!

Sí, sí; vosotros, señores,
Que al compararos conmigo
Me teméis por enemigo

Porque sois unos traidores.
Lo dicho, sí, no me arredro:

¿Porqué no osásteis ninguno
Salir al campo uno á uno

A matar al rey Don Pedro?
Porque lo sois, ¡fementidos!

Si todas vuestras victorias
Son como esta, vuestras glorias
Son hazañas de bandidos.

Enr. Tú eres el bandido, tú.

Ped. Veamos quien de los dos...

(Yéndose para Don Enrique.)

Enr. Tú, tú, maldito de Dios,
Entregado á Belcebú.

*(Se abrazan y luchan: los otros se apo-
deran de Rodriguez, y le sacan de la
tienda. — Al caer ciérrase la tienda y
salen los caballeros.)*

Oliv. ¿Cayeron entrambos?

Belt. Sí.

Oliv. ¿Mas por quién de ellos quedó?

Belt. Debajo Enrique cayó,
Pero encima le volví.

Rod. ¿Y es esa, infame traidor,
De caballeros la ley?

Belt. Ni quito ni pongo rey;
Pero ayudo á mi señor.

ESCENA V.

SALE DON ENRIQUE DESCOMPUESTO Y AGITADO CON LA DAGA EN LA MANO.

Enr. Al fin concluyó la guerra
Concluyendo yo con él;
Libré á Castilla en Montiel,
Y eché un mónstruo á la tierra.

Belt. Fatigado estais.

Enr. Si á fé,
Porque ademas de la lucha,
Beltran, mi ansiedad fué mucha
Cuando debajo me hallé.

Belt. Lo vi ..

Enr. Que os lo pague Dios.

(*Le da la mano.*)

Que á tener daga en la mano
Me da la muerte mi hermano.

Belt. En eso cumplí con vos.

Enr. No lo olvidaré jamás:
Y para mejor probároslo,
Pródigo voy á pagároslo
De lo pactado ademas,
Haciéndoos conde de Deza,
Para que desde este instante
Podais cubriros delante
De mi trono y mi grandeza.

Belt. Hice solo, en ayudar
A mi señor, mi deber.

Enr. Mas lo pudisteis poner
En las manos del azar.

Y en fin, hoy es el gran día
De mi existencia, el primero

Feliz, y el mejor que espero
En cuanto dure la mía.

Los que en favor de ese indigno
Aun en Montiel estuvieren,

Que salgan cuando quisieren;
Seré con ellos benigno.

Ya no hay, Beltran, para mi
Rival que oponga dique.

Mi pendon, clavadlo aquí.

(*Traen el pendon, y lo clavan á la entrada
de la tienda.*)

¡Castilla por Don Enrique!

(*Se oyen los tambores y clarines por todo
el campamento, perdiéndose á lo lejos entre
las voces repetidas de: « ¡Castilla por
Don Enrique! »*)

ESCENA ULTIMA.

GHOS; EL CAPITAN BLAS PEREZ, CON UNA
CORNETA DE CAZA COLGADA A LA CINTURA.

Cap. ¿Quién es Don Enrique?

Enr. Yo.

¿Qué demanda? ¿Quién es él?

Cap. El capitán que en Montiel
El rey Don Pedro dejó.

Enr. Si viene á implorar perdón
O á rendirse á mi bandera,
Libre es para ir donde quiera
Con toda su guarnición.

Cap. El triunfo os ciega, señor.
No vengo á implorar perdones,
Sino á imponer condiciones
Al soberbio vencedor.

Enr. ¡Vive Dios!...

Cap. ; Por vuestra vida!
No tan pronto os enojeis,
Que es preciso que lloreis
El crimen de fraticida.

Enr. ¡Hola! Prenderle, llevarle.

Cap. Os tengo, rey, bien sujeto
En las redes de un secreto,
Y os importa adivinarle.

Enr. Vendrás á ofrecerme el oro
Que habrá escondido mi hermano:
Mas todo el reino le gano,
Y es de su reino el tesoro.
; Intentas comprarme, necio,
Tu vida y lanza con él!
Sal sin temor de Montiel;

Que ambas á dos las desprecio.

Cap. ; Oh! no con tanta mancilla,
Señor rey; guardad memoria
De que amargar vuestra gloria
Hay quien pudiera en Castilla.

Enr. La lengua torpe deten
Y agradece mi paciencia,
Porque es día de indulgencia.
Ea, vete.

Cap. acercándose á él. ¿Y Don Guillen?

Enr. ¿Guillen de Castro?

Cap. Ese, sí.

Enr. ¿Dónde está, dónde...?

Cap. Murió.

Enr. ; Murió!

Cap. Sí; le maté yo.

Enr. ; Y una bolsa...? (*Con ansiedad.*)

Cap. Esa está aquí.

Tomadla; ese pergamino

Calmará vuestra impaciencia.

Enr. (*Lee.*) « Don Enrique: vuestra hija,
« á quien yo mismo saqué de entre las lla-
« mas, y de cuya identidad existen docu-
« mentos legales en el pueblo de la Rioja
« donde fué hallada, es la que con el nombre
« de Doña Inés ha vivido siempre conmigo.»
; Oh, traedla á mi presencia!

Cap. Vuestra ansiedad adivino.

Pero ya os dije, señor,
Que en vez de implorar perdones,
Vine á imponer condiciones
Al soberbio vencedor.

Enr. Pide, pues, lo que quisieres :

Mi reino es tuyo; pedazos
Hazle, mas tráela á mis brazos,
Tráela, y no me desesperes.
Dichoso dia, por Dios,
Es este que me da el cielo;
Yo le pedía un consuelo,
Y el cielo me otorga dos.
Dos, señores : esa Inés
A quien busco es hija mía,
Hija por quien yo daría
Cuanto hoy en mis manos es.
Fruto de un amor profundo,
Ciego, idólatra, escesivo,
Con cuyo recuerdo vivo,
Por quien diera todo un mundo.
; Oh ! figuraos, señores,
Que entero le he recorrido
Tras ese tallo escogido
Del vergel de mis amores.
Figuraos que sin gloria,
Proscripto, humillado, errante,
Su idea ni un solo instante
Se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
Que agitó el mar de mi vida,
No osó con mano atrevida
A este fanal solitario.
Y en medio de mis azares
Solo su luz casta y pura
Alumbró mi desventura,
Y adormeció mis pesares.

Cap. También á mi me alumbró
Con su antorcha ese fanal,
Mas ; cuán siniestro y fatal
Ante mis ojos brilló !
Desatentado y ciego
Con necio ardor le seguía,
Seguro que á ser vendría
Mariposa de su fuego.

Enr. ; Oh, tú tambien la has amado !

Cap. Si, con ciega idolatria,
Y ella me correspondia
Con amor bien desdichado.
A vos al menos, señor,
Os sirvió siempre de estrella;
Mas yo he corrido tras ella
Con inaudito furor.

Enr. ; Qué dices, vil ?

Cap. ; Abre, infierno,
A mis piés un precipicio,
O admite mi sacrificio
En tu piedad, Dios eterno !
(*Volviéndose á Don Enrique de repente.*)
; Qué me darás por tu hija ?

Enr. De todo cuanto poseo
Lo que cumpla á tu deseo,
Lo que tu capricho elija.

Cap. Dame á Don Pedro.

Enr., alzando las cortinas de la tienda
Ahí está.

Tómale.

Cap. ; Muerto !

Enr. A mis piés.

Cap. Como á Don Pedro me des
Mi furor te la dará.

Enr. ; Qué estás ahí, miserable,
Diciendo, que me estremeces ?

Cap. Te pago como mereces ;
El fallo es irrevocable.
Don Enrique, ella por él ;
El puso en mi su esperanza,
Y yo le juré venganza
Cuando salió de Montiel.

Enr. ; Quién eres, hombre infernal,
Que en mi ventura mayor
Te opones con tal furor
A mi carrera triunfal ?

Cap. Una serpiente escondida
En mitad de tu camino ;
Soy la voz de tu destino
Que te arrastró á fratricida.
Soy, Don Enrique, un villano,
Un infeliz jornalero,
Que fui noble y caballero
Con su favor soberano ;
Y que vasallo leal
Pago á mi rey con usura,
Cavando mi sepultura
De la suya por igual.

Enr. ; Quién puso en tu corazon
Ese pensamiento impio,
Que aterra mi poderio
Y amedrenta mi razon ?
Esto es un sueño tenaz,
Una horrible pesadilla.

Cap. No es sueño, rey de Castilla,
Es la horrible realidad.
Un pensamiento ocurrido
A mi intencion vengadora,
Represalia tan traidora
Como su muerte lo ha sido.
Yo á Castro ese pergamino
Arranqué con el objeto
De tener con tu secreto
En mis manos tu destino.
Don Enrique, ella por él ;
No teneis otra esperanza ;
Que asi cumpla la venganza
Que le he jurado en Montiel

Enr. Quitadle de aqui al momento ;
Llevad á ese hombre, y que elija :
O que os entregue á mi hija,
O que espere en un tormento.

Cap., con ironía á los caballeros franceses que cercan á Don Enrique.

Si, si, llevadme, señores,
Que al cabo es adelantar
Por verdugos acabar
Empezando por traidores.
¡ Oh! No acariciéis la espada,
Don Claquin, porque os lo llame,
Que no lavareis ¡ infame!
El borron de esta jornada.
Con vos hablo, Don Beltran,
Que alcanzais en vuestra tierra
Gran renombre en paz y en guerra
De invencible capitán.

Vos, si, que vuestros trofeos
No habeis jamás empañado,
Y en tal traicion habeis dado
Al pasar los Pirineos.
¡ Oh! Tenderiais la vista
Desde allí por la llanura,
Diciendo al ver su hermosura :

« *Esta es tierra de conquista.* »
Diriais : « *De todos modos
Nada aquí será mancilla,
Que al fin es patria Castilla
De vándalos y de godos.*

*Aquí no lo han de tachar,
Porque ese pueblo insensato
Tomará sobre barato
Lo que le queramos dar.
No hacen falta aquí decoros,
Ni lealtad, ni nobleza;
Cualquier traicion es proeza
En esta tierra de moros.* »

Mas olvidásteis, señores,
Que en el pueblo castellano
Nunca faltará un villano
Para llamaros traidores.
Ahora llevadme al tormento :
Allí el secreto que abrigo
Morirá á un tiempo conmigo.

Enr. ¡ Hombre fatal, un momento
Aguarda! ¿ Nada en la tierra
Hay que por preciso ó grande
Ni te compre, ni te ablande
El corazon que le encierra?
El oro, la libertad...

Cap. Solo al rey Don Pedro quiero.

Enr. Dírate el alma primero.

Cap. Pues bien, entonces, mirad!

¿ Veis de aquel cerro en la loma
Diez soldados ?

Enr. Sí.

Cap. Pues son
Diez hombres de mi faccion.

¿ Veis una muger que asoma
Entre ellos mal escondida
Y en sus brazos desmayada?

Enr. Sí.

Cap. Pues esa desdichada
Es esa Inés tan querida.

Enr. Id, caballeros, volad:
Allí está... mi hija, señores,
Libradla de esos traidores,
¡ Librádmela por piedad !

Cap. Si, si, volad, caballeros;
De allí no se moverán.

(*A Don Enrique.*)

Mas ¿ qué creéis que hallarán
Al llegar los mas ligeros ?

Enr. Tu calma feroz me aterra.

¿ Qué hallarán, hombre cruel ?

Cap. Un crimen mas en Montiel,
Y otro cadáver en tierra.

(*Se aplica á los labios la corneta de caza y
hace una señal, á cuyo sonido se vuelve
á él Don Enrique espantado : los solda-
dos que tienen á Doña Inés la matan.*)

Enr. ¿ Qué haces ?

Cap. ¿ Os ha estremecido
Este sonido fatal ?

Temblad, si, que á esta señal
Su cabeza habrá caído.

(*Un momento de pausa. Don Enrique se
cubre el rostro con las manos. El capi-
tan con desesperacion :*)

Reinad, Don Enrique, si ;

Pero sabed con horror

Que yo asesiné á mi amor

Cuando con mi rey cumplí.

Cuando á su sepulcro helado

Baje á pedirle un asilo,

« *Dormid, le diré, tranquilo* »

Don Pedro, ya estais vengado.

Vos por tan fiera traicion

Su corona os ceñireis ;

Mas de espinas llevareis

Coronado el corazon.



EL ECO DEL TORRENTE,

DRAMA EN TRES ACTOS.

A DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI,

EN PRENDA

DE FRANCA Y LEAL AMISTAD.

OSÉ ZORRILLA.

Madrid 22 de enero de 1842.

PERSONAS.

GARCI-FERNANDEZ, conde de Castilla.
LA CONDESA ARGENTINA.
ZELINA, esclava mora.
LOTARIO, señor de Roquefort.
GENARO, escudero de Lotario.

GINÉS.
HASSAN, esclavo moro.
EGIDIO, caballero castellano.
UN PAGE.
DAMAS, ESCLAVAS Y CABALLEROS.

Siglo 10. Año

ACTO PRIMERO.

Aposento de la condesa Argentina. Decoracion cerrada con balcon en el fondo, dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina sentada en un almohadon despierta al ruido de la puerta de la derecha por donde llama Argentina.

ESCENA PRIMERA.

ZELINA, ARGENTINA.

Zel. ¡ Maldito quien á deshora
Viene mi sueño á turbar!
Ni aun el placer de soñar
Logrará la pobre mora.

Arg., entrando. ¡ Esclava!

Zel. (¡ Cuánta altivez !)

Arg. Tarda has andado en abrir.

¿ No me sentiste venir?

¿ Tal vez dormías?

Zel. Tal vez.

Tres noches pasé velando

Del conde á la cabecera,

¿ Qué extraño es que me rindiera

El sueño?

Arg. Siempre aguardando
A tu señora te rinde.

Zel. Descansa el ánima inerte
De la esclava cuando duerme,
Que no hay placer que la brinde
Tranquillamente á velar,
Sabiendo que mientras viva
Solo gozará cautiva

El bien que logre soñar.

Arg. Importunas, mora, son
Tus quejas á lo que creo.

Zel. Que no las siente ya veo
Vuestro feliz corazon.

Arg. ¿ Feliz le llamas?

Zel. ¡ Pues no!

¿ Qué deseo le acosara
Que al punto no le lograra?

Arg. Mas feliz eres que yo,
Zelina; que aunque es verdad
Que vives cautiva aquí,
¿ Seria en tu pátria, di,
Mas franca tu libertad?

Encerrada tu hermosura
En el haren de un señor,
El alcázar de tu amor
Fuera á par tu sepultura.

Zel. De mandar á obedecer
Va grande trecho, señora.
Arg. Esclava es siempre una mora
Desde que acierta á nacer.
Infel y altivo su esposo
Su amor con varias divide,
Y amor en su esposa pide
Como absoluto, zeloso.

Zel. Mas con placer se obedece
De quien se amá el capricho.
Arg. Está, mora, muy bien dicho,

Pero es cuando él lo merece;
Porque es muy duro tormento
Mentir fortuna y amor
Dentro del alma el dolor
Y en el semblante el contento.

Es muy terrible guardar
Un pensamiento escondido
En el corazon nacido,
Sin poderle de él echar.
Vivir de noche y de día
Velando la oculta idea
Para que nadie la vea
Ni la entienda quien la espía.
¡Ah! tú no comprendes eso.

Zel. ¡Pluguiera á Alá fuera así!
Pero yo arrastro ¡ay de mí!
Tras de mi vida ese peso.
Cuanto con afán mayor
Ocultarle me interesa,
Mas el secreto me pesa,
Es mas intimo el dolor.
Vos en el vuestro á lo menos
Teneis quien os le consuele;
El mio á nadie le duele,
Que á todos les son ajenos
De un esclavo los pesares.

Arg. ¿Qué vale mi libertad
Si es ella sola en verdad
La causa de mis azares?
Vosotros que en vuestro dueño
Podeis mirar un verdugo,
De sacudir vuestro yugo
Hora buskais con empeño.
Yo soy tu ama, te digo,
Y tú al caer á mis piés
Con ira secreta ves
En tu señor tu enemigo.
A mí, condesa me llaman,
Y danme el mas alto puesto;
¿Mas quién sabe si detesto
A los mismos que me aclaman
Su bien, su amor, su señora?
Ya ves que fué gran deslíz.
Tenerme á mí por feliz
A par de una esclava mora.

Zel. Mas podeis tener amigos
O buscarlos, pero yo..

Arg. ¿Amigos has dicho?... No,
Fueran de mi mal testigos.

Zel. Teneis un esposo noble,
Galan, amante y discreto,
Con quien partir un secreto
Que os agobia.

Arg. Y fuera doble
Mi pesar, fuera el postrero
Sin duda, Zelina, y fuera
Hacer de una ruin quimera
Un verdugo verdadero.

No, no, jamás: si algun día
De mi corazon le echara
A él solo se le ocultara.

Zel. ¿Acaso le ofenderia?

Arg. Necia de tí, ¿no conoces
La razon de mis enojos
Cuando pregonan mis ojos
Lo que no dicen mis voces?
¿No ves que al llorar la calma
De mi corazon perdida
Guardo en secreto escondida
Mi desventura en el alma?

Zel. ¡Callad! sus secretos son
Mientras en suspiros los lanza
Faros de dulce esperanza
Que alumbran al corazon.
Mas si en la lengua atrevida
A palabras se reducen,
Son áspides que introducen
Su ponzoña en nuestra vida.

Arg. Sí, por Dios.

Zel. Señora, quedo,
El secreto que guardais,
Callad, no me le digais,
Pues pagárosle no puedo.

Arg. ¡Pagarle!

Zel. Pagarle, sí,
Con el mio; mas es tal
Que el vuestro es menos fatal
Que el que me acongoja á mí.

Arg. Esclava, ¿qué desvario
Te asalta? ¿con cuál objeto
Uno por otro secreto

Mides? ¿Te dije yo el mio?

Zel. ¿Y mis sentidos cegados
Por ventura están? Mis ojos
¿No ven de vuestros enojos
Los arcanos tan guardados?
Quien al pié de vuestro lecho
Os vela vuestro dormir,
¿No se podrá introducir
Con astucia en vuestro pecho?

Arg. ¡Traidora!

Zel. No es la traicion
Obra mía; es vuestro el dolo,
Vuestro labio fué el que solo
Vendió á vuestro corazon.

Él fué quien en vuestro sueño
Pronunció el oculto nombre,
Y no era el que lleva el hombre
De cuyo honor sois el dueño.

No : en la alcoba solitaria
Con amorosa porfía,
Le invocábais, y yo oía
La recóndita plegaria.
Llorábais ¡ah! y yo también
Sí, con llanto abrasador
Vos, vuestro perdido amor
Y yo mi imposible bien.

Arg. ¡ Oh! te dolías de mí;
De mis pesares testigo
Los lamentabas conmigo.

Zel. Recordé los míos, sí,
Que es uno mismo el objeto
De nuestros males, señora,
Y el corazón de la mora
Guarda también un secreto.

Arg. ¿ Tú amas ?

Zel. ; Con cuánto ardor !

Mas si el aire sorprendiera
Mi secreto, aun de él temiera
Que me vendiese traidor.
Sí, yo amo á un hombre también,
Mas el nombre del que adoro
Escondo como un tesoro;
Mi corazón es mi haren.
Aquí sin cesar le llevo
Indeleble, solitario,
Fanal de oculto santuario
A cuya luz no me atrevo.

Arg. Dichosa tú que conoces
A quien amas, y le ves.

Zel. ; Vuestro amor...!

Arg. Solamente es

El són de mis tristes voces.
Le amé y me adoró algun día,
Mas ya á mi ver me olvidó,
Niebla que se dispó
Con la luz del nuevo día.
Mas me olvido de quien soy,
Y de quien eres me olvido;
Esclava, lo que has oido
Olvidalo tú desde hoy.

¿ Qué me importan tus secretos
Ni tus necios desvaríos?

Te he confiado los míos?

Si los sabes...

Zel. Bien sujetos
Los tengo en mi corazón,
Y no se me escaparán.

Arg. Silencio, pues : de tu afán
No pregunto la razón.
Tus cantares me agradaron,
Y entre ciento te elegí
Para entretenerme á mí,

Aunque mil te desearon.

Tu oficio es solo cantar
De inclinaciones desnuda;
¿ Lo oyes? sorda, ciega y muda
Has de ser si has de medrar.

Y en tu memoria altanera
Con cifra indeleble, graba
Que te tengo por esclava,
Pero no por consejera.

Zel. Dadme paciencia, Señor,
Para sufrir su altivez.

Arg. Silencio, pues, otra vez,
O tiembla de mi furor.

(*Vase Zelina á una seña de Argentina.*)

ESCENA II.

ARGENTINA.

Sorprendió mi amor antiguo,
¡ Mas lo callará prudente!
Ademas que, aunque lo cuente,
En dédalo tan ambiguo,
Meterá á quien se lo escuche,
Que sin hilo conductor
Jamás saldrá del error
Con que alucinado luche.
Mas ¡ ay de mí ! ¿ qué recelo,
Si yo misma al cabo ignoro
La existencia del que adoro
Y el sino que le dió el cielo?
Al conde podrá decir
Lo que ella me oyó soñar,
¿ Mas á otro no pude amar
Antes de á Burgos venir?
¿ Qué hay que reprocharme en esto?
Há un año que estoy casada
Y de él no he sabido nada
Ni medios para ello he puesto.
Le amo, es cierto, pero ¿ y qué?
Si olvidarle no he podido
¿ La culpa de quién ha sido?
¿ Por voluntad me casé?
Y si jamás le ofendí,
¿ De qué se podrá quejar?
¿ De que no le puedo amar
Quejese de él, no de mí.

(*Abre la ventana y dice asomándose*)

La noche lóbrega cierra,
No brilla estrella ninguna,
Y encapotada la luna
Alumbra á trozos la tierra.
¿ Quién ! ¡ ay ! de mi dulce Francia
Sobre sus rayos pudiera
Al soplo de una hechicera
Cruzar la inmensa distancia!
Mas mis ojos alucina
Torpe ilusión, ó el espacio

Del jardín de este palacio
Cruza un hombre y se avecina.
¿Quién pudo á tal hora entrar
En los jardines? Se pára...
Conmigo acaso se encara...
¿Qué busca en este lugar?
Me hace seña... mas no entiendo
Lo que pretende... se aparta,
(Se oye caer en la escena un objeto entrando
por el balcon.)

¿Pero qué es esto? Una carta.
¡Cielo santo! ¿qué estoy viendo?
(Lee.) « Aunque parezca arrogancia
« Pedir de vos una audiencia,
« La aguarda con impaciencia
« Un peregrino de Francia. »
¡Sueño, Dios mio! es su letra,
Es él, es él; me lo augura
Mi corazón, que en la oscura
Sombra hasta el suyo penetra.
¿Mas cómo traerle aquí
Sin que nadie le aperciba?
¿Fiaré de esa cautiva...?
No, son armas contra mí.
Yo misma le iré á buscar.
Mas fuera mucha osadía.
¡Ah! ¿pero esta galería
No va al jardín á parar?
Es verdad que nadie la usa,
Mas es causa en mi favor.
Sírvenme de excusa amor,
Si es que la razón me acusa.
(Busca una llave con la que abre una
puertecilla secreta que habrá en el fondo,
toma la lámpara y sale por ella vol-
viendo á cerrar. La escena queda á os-
curas.)

ESCENA III.

ZELINA.

¡Señora! ¿pero qué es esto?
¿Por dónde salió? ¡Señora!
¿Si dormiré?... alerta, mora,
Procura ganar tu puesto.
Alimenta tu esperanza,
Que si á ella el amor la culpa,
A tí el amor te disculpa,
Que opuesto á su amor avanza.
(Vase dejando la puerta abierta y al
mismo tiempo meten la llave en la gale-
ría. Al tiempo que por esta aparece
Argentina con Genaro, aparece por la
otra la mora con luz. Al verla, Argen-
tina cierra la puerta con precipitación,
dejando á Genaro fuera. Quédanse
mirando una á otra, Argentina con
sorpresa, la mora con inteligencia.)

ESCENA IV.

ARGENTINA, ZELINA.

Arg. ¿Quién va?
Zel. ¡Ah!
Arg. ¿Quién te mandó
Llegar sin que yo llamara?
Zel. La luz temi que os faltara
Y entraba á doblarla yo.
Arg. Toma, menguada, y aprende
(La da un bofetón y se le cae la luz.)
Que yo soy quien manda aquí.
Ea, despeja.
Zel. ¡Ay de mí!
Arg. ¡Fuera!
Zel. Y ¡ay de quien me ofende!
(Sale la mora. Argentina cierra la puerta
y abre la otra.)

ESCENA V.

ARGENTINA, GENARO.

Arg. Nada por fortuna vió,
Y á no venir con tal tiento
Sorprende todo el intento,
Pero diestra anduve yo.
Pisad quedo, y evitad
Que oigan por algún resquicio.
Gen. Habéisla dado sin juicio,
Señora, y sin caridad.
Arg. Cien veces se lo advertí,
Y como entró de rondon
En tan precisa ocasión
Arrebatada la dí.
Gen. Mirad...
Arg. ¿Defendéisla ahora?
¿Qué importa esa bofetada?
¿No está á sierva destinada?
Pues que aguante á su señora.
Mas vos quien sois concluyamos,
Genaro tú, ¿con qué traza?
Gen. ¿Nada aquí nos amenaza?
Arg. Nada, seguros estamos.
Gen. Lotario en Burgos está.
Arg. ¡Dios mio! ¿en Burgos?
Gen. Llegó hoy.
Arg. ¿Y tú?
Gen. Su escudero soy
Como siempre.
Arg. ¿Y dónde va?
Gen. ¿A dónde ha de ir, señora,
Sino adonde vos esteis?
A no que vos le mandéis
Que se vuelva con la aurora.
Arg. No, no.
Gen. ¿Le amais todavía?

Arg. ¡Mas bajo por compasion!
Si, le amo en mi corazon,
¿Mas él?

Gen. Con idolatria.
Con intriga cautelosa
De vuestro padre ha logrado
Venir á Castilla enviado
De embajador de Tolosa:
Y él, que ignora vuestro amor,
En nuestro lazo ha caído
Sin darse por entendido.
Con sigilo previsor
En Burgos hemos entrado
Sin que el pueblo se aperciba
De nuestra oculta misiva,
Y de veros me ha encargado.

Arg. Pero ¿y Lotario?

Gen. No osó

Venir, que era necio paso,
Sin saber si el tiempo acaso
Vuestros intentos mudó.

Arg. ¿Mudarlos? ¡Por vida mia!
Sin maldecir la distancia
Que me apartaba de Francia,
No me dormí ningún dia.
Esta tierra me es odiosa,
Y poco es Burgos, la España
Diera por una cabaña
En Roquefort ó en Tolosa.
Allí mis memorias viven
Y allí mis dichas están,
Allí mis suspiros van,
Y allí alimento reciben.

Gen. ¿Mas el conde cómo os trata?

Arg. ¡Pobre! mis desvíos llora,
Delira por mí, me adora
Y esto es lo que mas me mata.
Tal vez por mis sinsabores
Grave enfermedad le aqueja
Que sosegar no le deja,
Presa de agudos dolores.
Yo, cuando á solas me quedo
Con él, al verle llorar
Lloro ¡ay de mí! á mi pesar,
Pero quererle no puedo.
Y no he soltado jamás
Un gemido en su presencia,
Mas él lee mi indiferencia
En mi semblante quizás.
Él conoce, puede ser,
Y así su dolor agrava,
Que fuera alegre su esclava,
Pero nunca su muger.
Lo entiende, le pesa y llora;
Yo le martirizo y lloro.
¡Ay! yo porque no le adoro,
Y él porque lo ve y me adora.
Tú que me has visto nacer,

Tú en cuyos brazos mecida
Pasé mi ninez florida,
¿Qué me aconsejas hacer?
Ver á Lotario es mi anhelo,
Hablarle, llorar con él...
¿Será mi estrella tan cruel
Que me culpe este consuelo?

Gen. ¿Y quién os podrá culpar
Tan justo y sincero empeño
Si nadie se puede dueño
De su corazon llamar?
Cumplida nuestra embajada
Volveremos á Tolosa.
¿Un hora, pues, venturosa,
Porqué os ha de ser negada?
Él muere por veros.

Arg. ¿Sí?

Gen. Su fanatismo, su gloria
No es mas que vuestra memoria.

Arg. ¿Con que se acuerda de mí?

Gen. No se pasa un solo instante
Sin que os escuche y os vea
Allá en su escondida idea
En su desvarío amante.
Y á tanto por vos se empeña
Que es, rayando en la locura,
Por vuestro nombre si jura,
Con vuestro nombre si sueña.
Tal vez guardó vuestra toca
De vuestro amor por despojos,
Y aun la humedecen sus ojos
Mientras la besa su boca.

Arg. ¡Calla! que con tal pintura

Mi corazon desfallece
Y mi razon enloquece
Con tan celestial ventura.
Él me amó, ¿y amedrentarle
Imposibles no pudieron?
¿Y á mi vacilar me hicieron
Hasta dudar de esperarle?
Sal ya, secreto escondido,
Del corazon que atosigas,
Sal del alma en que te abrigas
Temeroso y desvalido.
Ya no eres vago deseo
Sin ventura ni esperanza,
Eres voz cuyo eco alcanza
Mas allá del Pirineo.
Ven, ven, Lotario, á mis brazos,
Y aunque se ofenda Castilla
Y alce el conde su cuchilla
Para hacerme allí pedazos.

Gen. Pues bien pronto le verás

Arg. ¿Cuándo?

Gen. ¡Mañana!

Arg.

¡Mañana!

Es tarde.

Gen. De buena gana

Fuera ahora, pero quizás...

Arg. ¿Qué temes? ¿Tú no has llegado tranquilamente hasta mi por esos jardines?

Gen. Sí :

Mas yo soy solo un criado,
Un siervo de vuestra casa
Que os vió, Argentina, nacer
Y que no supo poner
Al leal deseo tasa

De abrazaros y de veros :
Todo esto puede probarse,
Y es cosa que perdonarse
Puede á viejos escuderos,
Mas á caballeros no :
Que otras sospechas nacieran;
Y si verdades salieran,
No salvara él como yo.

Arg. Pues bien, Genaro, es preciso
Que yo le vea; no hay fuerza
Que esta voluntad me tuerza ;
Iré yo, llévale aviso.

Gen. ¿ Vos con noche tan oscura
De este palacio salir?

Arg. O viene él ó yo he de ir.

Gen. Que venga es menos locura.

Arg. Que venga pues.

Gen. Pero sea

Cuando todo esté sumido
En el sueño, y advertido
Ningun curioso lo vea.

Arg. Sea.

Gen. Yo os esperaré
Con él en la empalizada
En hora mas avanzada.

Arg. Yo de aquí os avisaré;
Y hasta que todo repose
Y retire del balcon
La luz, mucha precaucion,
Y nadie mostrarse ose.

Gen. ¿ Y si hay algo que lo impida?

Arg. Te haré la hora avisar. (*Llaman.*)

¡ Cielos, he oido llamar!

Huye de aquí por tu vida.

Gen. Si me habrán visto venir.

(*Vase por la puerta secreta.*)

Arg. Imposible, mas sal presto.
¿ Cuál será el nuevo pretexto
De venirme á interrumpir?

ESCENA VI.

ARGENTINA, UN PAGE.

Page. El conde os pide permiso
Para saludaros antes
De recogerse.

Arg. Si es esa
Su voluntad, di que pase,
Que será bien recibido.

Page. Pues vendrá al punto, esperadle.
(*Vase.*)

ESCENA VII.

ARGENTINA, ZELINA Y DAMAS.

Arg. Elvira, Diana, Constanza,
Arreglad mi vestidura,
Que pende de mi hermosura
Esta noche mi esperanza.

(*Zelina, Elvira y Constanza arreglan los cabellos y el traje de Argentina, la prenden flores, la traen anillos que se pone, etc., etc., Zelina mirando por todas partes hasta que ve la llave puesta en la puerta secreta.*)

Zel. Aquí no está y no ha salido;
Mas no erré... llave hay allí.

Arg. ¿ Qué murmuras tras de mí?
(*Al volverse ve á Zelina que lleva mano al carrillo.*)

¡ Hola! ¿ con que lo has sentido?
Pues tanto la faz te duele
Ve si te place ese anillo,
Y el escozor del carrillo
Ese rubí te consuele.

Y advierte que mil criadas
A piés juntillas quisieran
Que sus señoras las dieran
Anillos y bofetadas. (*Le da uno y lo rehusa.*)
¿ Qué es eso?

Zel. Os pido perdon.
(¿ Qué valdrá el rubí en mi dedo
Si borrar con él no puedo
Mi afrenta del corazon?)

Arg. Por Dios, criatura necia,
Que estoy con razon tentada
De dar otra bofetada
A quien el rubí desprecia.

Zel. Pues no tengo libertad,
Lo podeis á salvo hacer;
Mas que no pude escoger
Mi suerte, considerad.

Arg. Silencio, esclava. Naciste
De moros hija, y cautiva,
Piensa que solo estás viva
Porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
Cantar es tu obligacion;
Canta y di á tu corazon
Que encarcele sus pesares.
Canta, esclava.

Zel. Cantaré :

Mas quiera el cielo, señora,
Que la cancion de la mora
Mas sentimiento no os dé.

Arg. Arrepentida te quiero :

¿Mas quién llega?

Page. El conde.

Arg. Abrid.

Zel. (¡Qué abatido está!)

Arg. Salid.

Zel. (Pero sanará : lo espero.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, ARGENTINA.

Conde. Guárdete Dios, Argentina.

Arg. Conde, vengais en buen hora.

¿Cómo os sentís?

Conde. Bueno ahora,

Pues estoy cerca de ti.

Arg. Sentaos, tomad aliento;

Os cansa mucho el caballo.

Conde. Dicen los doctores que hallo

Alivio á mi mal así,

Y obedezco sus consejos;

Aunque en verdad no imagino

Que avanzo mucho camino

Con ellos en mi salud.

Y tú, ¿cómo estás? ya há mucho

Que en mi cuarto no te veo.

Arg. Mis visitas escaseo,

Y hago con exactitud

Lo que mandan los doctores.

Mi presencia os empeora.

Conde. Argentina encantadora,

¡Ah! ¡no los creas por Dios!

Tu presencia me es un bálsamo

Que mis cuitas adormece;

Tu presencia me parece

Que mi salud trae en pos.

¡Oh bellissima Argentina,

Luz de mis ojos radiante!

Desde el fortunado instante

En que por dicha te vi,

Mi voluntad, mi deseo

A mas ventura no alcanza

Que á la segura esperanza

De tenerte junto á mi.

De noche allá en mis delirios

Tu imágen se me aparece,

Y el alma se me estremece

Con tan dichosa ilusion.

La luz que radia tu rostro

Mi corazon ilumina,

Que hasta en tu sombra, Argentina,

Te adora mi corazon.

De dia ansioso te busco,

Y si en el jardin paseo,

Dichoso ademas me creo

Si de la reja á través

Alcanzo tu sombra errante,

Aun sabiendo ¡vida mia!

Que mi amorosa agonía

Ni te imaginas, ni ves.

Mas tú entretanto me esquivas

Y sola, y triste, encerrada

Una tras otra jornada

En tu aposento te estás.

Algunas veces me han dicho

Que baña el llanto tus ojos...

¿Porqué, di, son tus enojos?

¿Lloras tu pátria quizás?

Arg. Tal vez, señor : de Castilla

Nacida en verdad muy lejos,

La razon ni los consejos

Bastar no podrán tal vez,

Y os lo confieso con lágrimas,

A borrar de mi memoria

La melancólica historia

De mi dichosa niñez.

Conde. Pues bien, no quiero que nunca

Ni aun caprichos te se nieguen.

Dentro de un mes, cuando lleguen

Las puras auras de abril,

Partiremos á Tolosa,

Verás otra vez al conde

Tu padre; sí, iremos donde

Quiera tu anhelo infantil.

Yo uniré á tí mi destino,

¡Oh bellissima francesa!

Sé en Castilla la condesa,

Y donde te plazca vé.

Yo iré contigo, y al lado

De quien tan fino te adora

Tú serás reina y señora,

Y yo tu esclavo seré.

Arg. ¡Generoso castellano!

(*De rodillas.*)

¿Cómo pagar tus finezas?

Conde. ¡De nuevo á llorar empiezas!

Arg. De gratitud, conde, sí.

Conde. ¿No te amo? ¡paloma mia!

En contemplarte, en quererte

¿Qué hago de mas si la muerte

Me fuera dulce por tí?

Pero basta, alza, Argentina;

Veo que un pesar secreto

Te acosa; calla su objeto,

No quiero saberle, no.

Si tengo en su causa parte,

Quiero ¡Argentina! purgarla,

Necio fuera en preguntarla,

Debo corregirla yo.

Mas oigo en esa antea:ra

Rumor...

ESCENA IX.

DICHOS, UN PAGE.

Page. Vuestros caballeros,
Señor, y vuestros monteros
Vienen orden á pedir
Para mañana.

Conde. Argentina,
Recibeles tú; me siento
Cansado, y no tengo aliento
Sus cumplidos para oír.

¡Ay!

Arg. ¿Suspirais?

Conde. De fatiga.
Era tan terco el caballo
En que corrí...

Arg. Si os obliga
El sueño...

Conde. No, dulce amiga;
Mas perezoso me hallo.

Arg. ¿Quereis reposar?

Conde. No á fé.

Que mandarás me pluguiera
A los pages que ahí dejé
Que apronten una litera,
Que volver no quiero á pié.
Húmeda la noche está,
Y es tarde, Argentina, ya
Para cruzar el espacio
De los jardines, que va
A mi aposento en palacio.
Si en tanto no te desplace,
Oyera de buena gana
Esa que prodigios hace
Esclava mahometana.

Arg. Yo os la enviaré.

Conde. Que me place.

ESCENA X.

EL CONDE.

¡Ay de mí! ¡tan cariñoso
Con ella y tan complaciente,
Tan rendido y cuidadoso,
Y ella siempre con su esposo
Tan fría é indiferente!
¡Siempre en su Francia pensando!
¡Siempre encerrada y llorando!
¡Maravilla es en verdad!
Mas si otro amor lamentando...
¡Callad, sospechas, callad!
Dejadme, celos, gozar
En esta ilusoria calma;
Sí, dejádmelo ignorar,
No hagais mas ágría brotar
Vuestra ponzoña en el alma.

Los celos son ¡ay de mí!
Mis dolores: celos son
De mi mal la causa, sí,
El mal que sufro está aquí
En mi pobre corazón.
Si es que rendirse no puede
A mi amor su ánima esquivar,
Con sus ilusiones viva,
Con sus memorias se quede,
Mas si otro amor la cautiva
Si no bastándola el mio
En otro amorosa piensa
Con criminal desvario,
¡Oh! el hilo de su desvío
Me llevará hasta mi ofensa.

ESCENA XI.

EL CONDE, ZELINA.

Conde. ¡Hola! bien venida, mora.

Zel. Hame dicho mi señora
Que era vuestra voluntad...
Conde. Oírte, si, sea en buen hora;
Veamos tu habilidad.

Zel. La música es un consuelo
Que calma nuestra inquietud.

Conde. Siempre como don del cielo
La miré.

Zel. Aleja el desvelo
Y avecina la salud.
Yo en mis pesares, señor,
Con ella me le procuro
Y adormece mi dolor;
Canto mis cuitas, mi amor,
Y dichosa me figuro.

Conde. ¿Con que amas?

Zel. Sí, con fatal
Elección.

Conde. ¿Luego el objeto
De tu amor te paga mal?

Zel. Sí, mas con razon.*Conde.* ¿Con cuál?

Zel. Este es, señor, mi secreto.
Conde. Quiero respetarlo, pues;
Mas yo no soy un tirano,
Y si con mi empeño ves
Que mas fácil...

Zel. Así es;

Pero intentarlo es en vano.
Conde. En curiosidad me ponen
Tus palabras, pobre mora.

Zel. Tales ruegos se interponen
Que hará mi lengua traidora
Si á mi silencio se oponen.

Conde. No insisto mas si te enojo.*Zel.* Os agradezco el favor

Conde. Dicen siempre que el amor
Es de zarzas un manojo.
Zel. ¿Y la música, señor?
(*Preludia la mora en el arpa.*)
Conde. Tienes razon; ya te escucho
Con mi cansancio, aunque lucho.
Zel. (Zelina, esta es la ocasion.)
Conde. Ya de preludios es mucho.
Vamos, mora, á la cancion.
Zel. (*Canta.*) ¡Ay del que fia insensato
En el amor de una bella,
Si guarda en silencio ella
Ponzoña en el corazon!
¡Ay del que infiel
Adora á una hermosa que no le ama á él!
Conde. Deja cantigas de amor
Y mas si son lastimeras.
Zel. ¿Qué cantaré?
Conde. Lo que quieras.
No endechas, que es la mejor
Un tejido de quimeras.
Zel. (*Canta.*) ¡Ay del que fia insensato
En aposento que tiene
Dos puertas, por donde viene
Y se esconde la traicion!
¡Ay del que fiel
Conserva la jaula y el ave no es dél!
(*El conde presta cada voz mas atencion al
cantar de la mora: cuando esta con-
cluye, el conde ha recorrido con la vista
el aposento y visto las dos puertas. —
La mora sigue prelujiando hasta que el
conde al mirarla la sorprende con la
vista clavada en él.*)
Conde. (¡Qué escucho! ¿es esto un
aviso?)
Zel. (Lo ha comprendido. Vení.)
Conde. (Traicion escondida aqui
Sin duda advertirme quiso.
Siendo de enemiga casta
El esclavo y el señor...
(*La mira, etc.*)
¡Hola! al buen entendedor
Media palabra le basta.)
¿Zelina?
Zel. ¿Qué me mandais?
Conde. ¿Quién te enseñó la cancion
Que he escuchado?
Zel. Un bofetón.
Conde. ¿Tales maestros usais
Los moros para cantar?
Zel. Nos los prestan los cristianos,
Que tienen largas las manos
Y nos hacen estudiar.
Conde. Vosotros en recompensa
Les mostrareis...
Zel. Que un secreto
Vale mucho bien sujeto

Con los nudos de una ofensa.
Conde. Y el secreto al denunciar
Tendreis ya medios seguros.
Zel. Las ventanas y los muros,
Que nunca podrán hablar.
Conde. La revelacion empieza,
Y ve que vale en verdad
Lo cierto la libertad
Y lo falso la cabeza.
Zel. Señor...
Conde. No tiene otro fin.
Zel. Pues bien, quien usarla sabe
Puede abrir con esta llave
A quien entre en el jardín.
Y vos no habreis olvidado
Que ese escondido retrete
(*Le muestra, y el conde se entera de cuanto
le va diciendo.*)
Conduce á este gabinete
Por corredor escusado.
Conde. La totalidad revela.
Zel. Un astuto observador
De este camarín, señor,
Es del cuarto centinela.
Conde. ¿De tu camarín?
Zel. Del mio;
Con un pequeño rodeo
Se llega á él; si el deseo
Os aqueja, yo os le fio.
Conde. ¿Luego aqui...?
Zel. Esperando están
A un hombre que otro anunció.
Conde. ¿Les viste tú?
Zel. Verles no;
Mas con cauteloso afán
De cerca les escuche.
Conde. ¿Y son dos?
Zel. Dos.
Conde. ¿Hombres?
Zel. Hombres.
Conde. ¿Oiste acaso sus nombres?
Zel. No pude oirles á té.
Y hablaron con tiento tal
Que aun fué mucho comprender.
(*Despues de un momento de pausa el conde
la dice con inteligencia:*)
Conde. ¿Ella dijo...?
Zel. Idle á traer.
Conde. ¿Y él?
Zel. Haced vos la señal.
Conde. Que me cansó tu cancion
Dirás, y que me marché.
(*Dándola un anillo.*)
Y si eso te cura, ve
La señal del bofetón.
Zel. Prenda de tan soberano
Valor pierde en el poder

De una esclava : otra ha de ser
Mi prenda.

Conde. ¿Cuál?

Zel. Vuestra mano.
(*Se la da y besa.*)

Conde. Tu labio abrasa.

Zel. Y tambien
Vuestra mano.

Conde. Zelos son.

Zel. Los hay en mi corazon,

¿Qué extraño que fuego den?

Conde. (¡Con intencion ha besado!)

Zel. (¡Con placer lo ha recibido!)

Conde. (¡Del corazon la ha salido!)

(*Vase.*)

Zel. (Al corazon le ha llegado!)

ESCENA XII.

ZELINA.

¡Oh! echado habias, señora,
Muy torpemente la cuenta,
Que es un guarismo una afrenta
Y muy exacta una mora.
Sin esa injuria cruel
Yo con mi dolor callara,
Mas ya estamos cara á cara
Yo contigo y tú con él.
Un año de esclavitud
Bajo poder tan tirano
Adiestra mucho la mano
Y adelgaza la virtud.
Cuando querais escondidos
Vuestros secretos tener,
Procurad, necios, haber
Siervos sin ojos ni oidos,
Y esclava buscad menguada
Cuyo descuido indiscreto
No sepa con un secreto
Vengar una bofetada.

ESCENA XIII.

ZELINA, ARGENTINA.

Arg. ¿Y el conde?

Zel. Fuése indignado.

Arg. Indignado, ¿mas porqué?

Zel. Mi cancion sin duda fué
que tanto le ha enojado.

Arg. ¡Ira de Dios!

Zel. Hice yo

Lo que pude en mi cantar;

Mas no le debió agradar,

Que á la mitad lo dejó.

Arg. Sin pages...

Zel. Tal fué su enojo,

Que ni á esperar su litera

Logré que se detuviera.

De enfermo fué algun antojo.

Arg. (Pues tal antojo me agrada.)

Zel. ¿Os entraré á desnudar?

Arg. No. Vete.

Zel. ¿Vais?

Arg. A rezar.

Zel. Entonces no digo nada.

Buenas noches.

Arg. Dios te guarde.

ESCENA XIV.

ARGENTINA.

¿Porqué con tanta opresion
Me palpita el corazon
Acongojado y cobarde?
Yo misma á llamarle envié,
Mas ojalá no viniera;
Mi alma le ansia, le espera,
Mas se avergüenza mi fé.
Ese noble castellano
Me antepone á todo, si;
Y he de pagarle ¡ay de mí,
Con proceder tan villano!
« A Francia. me dijo, irás,
Donde quieras, porque al cabo
Yo siempre seré el esclavo,
Y tú la reina serás. »
Conoce mi desamor
Y respeta mi secreto;
Yo tambien tendré respeto
A lo menos á su honor.
Vendrá Lotario, vendrá,
Pero verá mi esquivéz,
Y será la última vez
Que mi acento escuchará.
Yo le negaré mi amor
A mi corazon traidora,
Y que parta con la aurora
El osado seductor.
Cierro y aguardo serena
La hora del sacrificio...
¿No sé si mi pobre juicio
Podrá con tan honda pena!
Mas oigo abrir el cancel :
Sí, suben al caracol...
(*Escuchando.*)
Y aun no hizo seña el farol :
¡Oh! si, le conozco; es él.

ESCENA XV.

ARGENTINA, LOTARIO.

Arg. ¡Lotario!

Lot. ¡Argentina mía!

Arg. Silencio. ¿Cómo has osado
Sin que yo te haya avisado?...

Lot. Esperar mas no podia.
Del conde vi la litera
El jardín atravesar,
Y no pude refrenar
Mi impaciencia. Tal vez era
Mucho arriesgada mi accion;
Mas perdona, hermosa mia,
Desde el jardín te veia
Por ese abierto balcon.
Sabiendo que me esperabas,
Dije: « Prevenida está,
Pues que me llama. »

Arg. ¿Y quizá
Con una ilusion gozabas!

Lot. ¿Con una ilusion?

Arg. Sí, sí:
Todo es mentira, Lotario;
Con el alba es necesario
Que partas lejos de mí.
Vuelve, vuelve á Roquefort,
Huye de Burgos, y mira
Que ha sido mi fe mentira,
Mentira todo mi amor.

Lot. ¿Mentira dices que fué!
Las lágrimas de tus ojos
Desmienten esos enojos
Que finges... no sé porqué.

Arg. ¿No lo sabes ¡insensato!
Y en Burgos soy la condesa?

Lot. ¿Y tanta anterior promesa
De tu amor?

Arg. ¿Y mi recato?

Lot. Por fuerza tu padre vino
Tu mano al conde á ofrecer.

Arg. La fuerza no puede hacer
Menos cierto mi destino.

Lot. ¡Ah! ¿le amas?

Arg. Guardo su honor.

Lot. Tu corazón es primero.

Arg. Yo á mi pasión le prefiero.

Lot. Argentina, eso es amor.

Yo día y noche he corrido
Por verte, ¡oh necia locura!
Y á tu palacio ¡perjura!
Me has llamado y me has vendido.
Sí, yo en la corte, dichosa
Te hubiera visto mañana,
Y al ver tu esquiza tirana
Me hubiera vuelto á Tolosa.
Yo maldijera quizá
Tu inconstancia ó tu capricho,
Mas siempre me hubiera dicho:
« Al fin bien casada está: »
Mas comprendo tu traición;
Pará creer en tu fineza
De Lotario la cabeza

Te pondrá por condicion.

Y tú tan pérfida ya
Como ese vil castellano,
Vas á ponerla en su mano
Con complacencia quizá.
No, si tu intencion es esa
No eres tú la que yo amé,
Ni por quien aquí llegué,
Ni Argentina, ni francesa.

Arg. ¡Qué delirio te trastorna!
¿Venderte yo que te adoro,
Que atropello mi decoro?

Lot. Gracias al cielo que torna
A tu mente la razon;
Pues mi falso desvario
Te hizo confesar por mio
Tu rebelde corazón.

Ya me lo has dicho; me adoras;
Ya te arranqué á tu pesar
El secreto que ocultar
Me querias... mira... lloras,
Y las lágrimas no salen
Sino de un alma apenada,
Y yo, Argentina adorada,
Sé lo que las tuyas valen.
Te has dejado seducir
Por mi fingido furor;
Confiesa por fin tu amor
Porque no sabes fingir.

Arg. ¡Oh! sí, te adoro, es verdad;
Tu imagen de mi memoria
No se apartó, fué mi gloria,
Mas cállalo por piedad.
Siento que tu amor me venza,
Que mi obligacion mancilla,
Y esta confesion me humilla,
La ingratitud me avergüenza.

Lot. La ingratitud, ¿y con quién?

¿Tú has dicho á ese castellano:
Tuya soy? Lleve mi mano,
Dijiste, á quien se la den.

Tu padre por su interés,
Por miedo acaso á una guerra,
Compró un puñado de tierra
Ofreciéndote á sus piés.
Te echó de tu dulce Francia
Y te arrancó de mis brazos,
Sin ver que hacia pedazos
Los sueños de nuestra infancia.
Pues bien, tu cumpliste ya,
Te casaste con su gusto:
Que el tuyo se cumpla es justo
Si quieres se cumplirá.

Tú eres la heredera sola
De Tolosa, su condado
Para ti está reservado,
Y no has nacido española.
Huyamos de España, pues;

Tu herencia y persona en vano
Reclamará el castellano
Cuando en Roquefort estés.
Que el moro con cruda guerra
Su venganza atajará,
Y el pobre conde haró
Con defenderse en su tierra.
Todo ello será un secreto.
¿Y tu padre qué ha de hacer?
Nada le da que temer
Del conde el inútil reto.

Arg. Mentía si te dijera
Que tan bella perspectiva,
Lotario, no me cautiva,
Que es á fé muy lisonjera;
Mas...

Lot. ¿Qué dudas! Argentina,
Traigo gente, intrepidez
Nunca me faltó.

Arg. Tal vez
Tu confianza te alucina.

Lot. No me amas.

Arg. No digas tal,
Lotario, cuando aun te escucho;
Pero me rinde, aunque lucho,
Presentimiento fatal.

Lot. Necios agüeros, ¿quién cree?
Con valor, ¿qué hay que arriesgar?

Arg. Déjame reflexionar,
Y yo me resolveré.

Lot. La tregua será muy corta.

Arg. Solo un día.

Lot. Uno no mas.
Mañana...

Arg. Al jardin vendrás
Como hoy.

Lot. Mucho es, mas no importa.

Arg. Irrevocable ha de ser
Mi decision.

Lot. Si á fé mia.

Arg. Ea pues, sal, que está el dia
Muy próximo á amanecer.

Lot. Adios, amor mio.

Arg. Adios,
Mi Lotario, y por tu vida
Que te guardes bien.

Lot. Descuida,
Que voy de la dicha en pos.

(Mientras Argentina despide á Lotario,
que se va por la puerta secreta, el conde
asoma por el camarín de la mora, y al
volverse Argentina, despues de haber
vuelto á cerrar la puerta, se encuentra
cara á cara con él, que se llega á ella
y la toma por el brazo con frialdad.)

Arg. Aterrada. ¡Cielos!

Conde. Le dejo salir,

Con mi coraje aunque lucho,
Porque á ti te quiero mucho
Y él mañana ha de venir.
Mas si de ese seductor
Te arrastraran los conjuros,
Cenizas haré los muros
De Tolosa y Roquefort.
(Argentina cae de rodillas y cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, SENTADO EN ACTITUD DE ATEN-
CION AGRADABLE; ZELINA, CERCA DE ÉL
PERO ALGO HACIA SU ESPALDA, SENTADA EN
UNOS COJINES, CANTANDO AL ARPA.

(Preludio largo.)

Zel. (Canta.) «Auras de abril, si algun dia
Cruzais murmurando el mar,
Decid á la pátria mia
Que por él no he de pasar.
Si he de vivir como ahora,
Id al Africa y contad
Que aquí dichosa una mora
Despreció su libertad.
Decid del tostado moro
En el campesino adoar,
Que el bien que en secreto adoro
No me la deja llorar.
Si he de vivir como ahora,
Id al Africa y contad
Que aquí dichosa una mora
Despreció la libertad.»

Conde. Dichosa tú si en tu labio
No miente tu corazon,
Que olvidas tu condicion,
Tu esclavitud y tu agravio
Al compás de una cancion.

Zel. La música es un consuelo
Que sosiega la inquietud,
Y amor, que es hijo del cielo,
Puede hacer flores del hielo,
Placer de la esclavitud.

Conde. ¡El amor! solo ha brotado
Rudas zarzas para mí
Que el corazon me han llagado.

Zel. El objeto habreis errado
De vuestro amor.

Conde. Lo erré, si.

Zel. Amor es dios, y jamás,
En sus fallos se equivoca,
Y las almas á quien toca
Con su harpon lleva detrás
En rueda enredada y loca.
Creencias, tierra, esquivéz
Estrechan dos corazones
A aborrecerse, y tal vez
Por esta misma estrechez
Empiezan grandes pasiones.
Mas aunque razon, fé y tierra
Acerquen mucho á otros dos,
Si en ellos amor no encierra
Su afición, siempre ¡por Dios!
Le harán invencible guerra.

Conde. Eso á mí me sucedió,
Zelina; amoroso, ufano,
Mi corazón se rindió;
Mas el suyo no tocó
Amor, y mi afán fué vano.

Zel. También me sucede así,
Señor; alcancé un objeto
Digno de mi amor, le di
Mi corazón, y ¡ay de mí!
Mi amor no es mas que un secreto.
Yo no le puedo ocultar
Ni manifestar mi fé,
Continuamente pasar
Le veo acaso, me ve,
Y pasa y... rompo á llorar.

Conde. ¡Pobre esclava! tus servicios
Merecen mi gratitud;
Yo sé que á tus sacrificios,
A tus desvelos y oficios
Debo tal vez mi salud.
Yo sé que en tapiz estrecho
Tendido al pié de mi lecho,
Noches de vela afanosa
Has pasado cuidadosa
Desvelada en mi provecho.
Ya sé que sola tu mano
Con tierno afán me ofrecía
El bálsamo soberano
Que la salud me volvía:
Mas no lo habrás hecho en vano.
Habla, si con esquivéz
Te mira el hombre á quien amas
Por tu condicion tal vez,
Habla, Zelina; á las damas
Te igualaré de mas prez.
Te daré la libertad
Y mis tesoros con ella,
Te haré tan noble en verdad
Que envidle tu vanidad
La cortesana mas bella.
Si entonces á pesar mio
Aun no le rindes, Zelina,
Y tuercas tanto desvío,

Serás con ese hombre frio
Lo que yo con Argentina.
Un sér inútil menguado,
A quien sobra un corazón
Ardiente y enamorado,
Que su amor ha equivocado
Y que pide compasión.

Zel. Nosotras las africanas
Somos, señor, muy altivas,
Y en esas almas tiranas
Queremos, aunque cautivas,
Entrar como soberanas.
Esos afeites postizos
Son reclamos echadizos
Que desdeña mi ambición:
Para vencer con hechizos
Me basta mi corazón.
Si el fuego que en él se encierra
No me conquista mi amor
En franca amorosa guerra,
Nunca ha de faltarme tierra
Sobre que llorar, señor.
Pero yo os canso sin duda
Con mis necias relaciones:
¿Qué sabe una esclava ruda
De lo que rompe ni anuda
Tan sublimes aficiones?

(Hace que se va.)

Conde. No, por mi vida, Zelina,
No te apartes de mi lado;
Tu voz es tan peregrina
Que da á mi fé mortecina
Un impulso inesperado.
Ven tú, el único testigo
Del triste error de mi esposa,
A ser mi guía, mi amigo,
Que esta ofensa vergonzosa
Quiero consultar contigo.
Crece oyéndote mi fé,
Crece oyéndote mi amor
A la ingrata que adoré,
Y al fin la perdonaré
Si me hablas en su favor.
Y tú que como ella hermosa
Y como yo enamorada
Ves mi situación penosa,
Sé entre el esposo y la esposa
Medianera y abogada.

Zel. Yo no sé nunca rogar
Ni por otros ni por mí:
Yo cual sé en silencio amar,
Cuando una ofensa sentí
Me sé en silencio vengar.
Buscad otro consejero,
Señor, que os hable en su abono;
Mi corazón es tan fiero,
Que cuando odio y cuando quiero
Ni me olvido ni perdono.

Conde. Eso te dice, Zelina,
Tu corazón africano,
Que á la venganza se inclina.

Zel. Y eso el honor determina
Que haga un noble castellano.
Ese atrevido francés
Que entró una noche en su cuarto
Contándolo irá despues,
Y con una afrenta es harto
Para quien honrado es.

Conde. Pues la inuerte le haré dar
Y callaré su arrogancia.

Zel. ¿ A él solo habeis de matar?
¿ Creéis que, nacida en Francia,
Ella os lo ha de perdonar?

Conde. ¡ Esclava!

Zel. El vulgo insensato
Será fuerza que se asombre;
No faltará un mentecato
Que pregunte sin recato:
¿ Porqué asesinan á ese hombre?
Y esta pregunta mordaz
Estendida en breve espacio
Por toda vuestra ciudad,
Vendrá á retumbar tenaz
Dentro de vuestro palacio.
¿ Qué la podreis responder?
Nada, y con eco infinito
Lo que era murmullo ayer
Crecerá hasta ser un grito
Que diga: ... *Por su muger.*

Conde. Tienes razon, ¡ ay de mí!
¡ Mas la amo tanto!

Zel. Eso sí;
Todo el amor le perdona,
Todo lo olvida y lo abona...
No en Africa... eso es aquí.

Conde. ¡ Esclava! tú la aborreces,
Y por eso me aconsejas
Lo que tú sola mereces;
No insistas, pues, muchas veces.

Zel., con ironía. ¡ Oh! si yo así vuestras
quejas

Oyera tan sin piedad
Como me acabais de oír
Mi parecer, en verdad
Que vos vuestra enfermedad
Concluyérais con morir.
Consultad, pues, vuestro amor
Y no vuestros intereses,
Y de ese modo, señor,
El castellano valor
Despreciarán los franceses.
Porque sabrán que Castilla
Esclava de los placeres
Ante sus damas se humilla,
Y contra vos con mancilla
Harán levas de mugeres.

Conde. Ten la lengua, ¡ vive Dios!
Que recordó tal injuria.

Zelina, mueran los dos.

Zel. Mas tened cuenta que á vos
No os perjudique esa furia.
Vengaos, mas con cordura
Una venganza buscad,
Pronta, si, pero segura,
Donde el vulgo que murmura
Adivine la verdad.

Conde. Pues bien, busca tú el camino;
En ese crimen mezquino
Yo tener parte no quiero;
Sentenciaré justiciero,
Mas no mataré asesino.
Esta noche ha de venir;
Da el encargo á algun villano
Y hazle tú misma cumplir,
Si es que le quiere admitir
Algun pobre castellano.

(*Ruido dentro.*)

¿ Qué ruido es este?

ESCENA II.

EL CONDE, ZELINA, UN CABALLERO.

Cab. Señor,

Por esos montes vecinos
Se ve cada vez mayor
De hogueras el respandor
Que encienden los campesinos.

Conde. ¡ Vive Dios! esas hogueras
Nos avisan que los moros
Pasaron nuestras fronteras.
Mandad salir mis banderas
Y derramar mis tesoros.
Mi ejército tengo junto
Para salir á afrontarlos;
¡ Liza fatal les barrunto!
Que venga Egidio: y al punto
¡ Que se ensillen mis caballos!
(*Vase el caballero.*)

ESCENA III.

EL CONDE, ZELINA.

Zel. ¿ Vais al combate, señor?

Conde. Sí, que es cumplir con mi oficio.

Zel. Ved que aun os falta vigor.

Conde. Me aprovecha el ejercicio,
Y la guerra es el mejor.

ESCENA IV.

EL CONDE, ZELINA, EGIDIO.

Conde. ¡Hola! os estaba aguardando.
 Vos sois mi amigo mas fiel;
 Mientras que yo esté lidiando
 De Burgos tendreis el mando :
 Si muero, alzaos con él.
Egid. Don García, ¿y la condesa?
Conde. Egidio, es mi voluntad;
 No quiero que en mi ciudad
 Mande nunca una francesa.
 Obedeced y callad.

ESCENA V.

EL CONDE, ZELINA.

Conde. Tú es fuerza que mi honra cuides,
 Zelina; escúchame bien
 Y mis palabras no olvides;
 Esa venganza deten.
 Si ese hombre viene á palacio
 Esta noche, haz que le prendan,
 Mas cuenta que no le ofendan
 De mi ausencia en el espacio.
 Toma ese anillo con sello
 De mi casa; en ella ahora
 Mandarás como señora:
 Pero peligra tu cuello,
 Si me vendes... oye pues.
 Si muero en esta jornada,
 Enviarás á esa menguada
 A Francia con su francés.
 Guárdalos presos sinó;
 Que es tanto lo que la quiero
 Que la perdono, si muero;
 Sí: logre otro lo que yo
 De ella jamás alcancé,
 Y que me lo deba á mí:
 ¿Entendistes?

Zel. Si, á mi fé.

Conde. Todo cederá ante tí
 Con ese anillo ducal:
 Ese tu cabeza escuda,
 Y á tenerla de hoy te ayuda
 En los hombros bien ó mal.

ESCENA VI.

ZELINA.

Está bien; si acaso muero
 ; Váyanse á Francia los dos...!
 Y quien pierda; vive Dios!
 Seré yo sola... no quiero.
 Si vense y vuelve, la gloria

Su venganza acallará,
 Y de su amor volverá
 A encenderse la memoria.
 No han de salir de Castilla
 Mientras no pueda él tornar,
 Yo mi amor sabré vengar
 Pretestando su mancilla.
 No; entonces ¿qué adelantaba?
 Tarde ó pronto esa muger
 Volviera orgullosa á ser
 La señora y yo la esclava.
 Volviera sobre mi faz
 Con ira á poner su mano,
 Y con sarcasmo inhumano
 Volviera á decirme audaz:
 «Silencio, esclava. Naciste
 De moros hija, y cautiva,
 Piensa que solo estás viva
 Porque en gracia me caíste.
 Pues me placen tus cantares,
 Cantar es tu obligación;
 Canta y di á tu corazón
 Que encarcele sus pesares.»
 ; Y sujeta á sus antojos
 Volvería yo á cantar
 Y en mi rabia á devorar
 Las lágrimas de mis ojos!
 No: ¡idiemos desde ahora
 Cara á cara y por igual,
 Y alcance el triunfo cabal
 O la francesa ó la mora.
 ; Hassan!

ESCENA VII.

ZELINA, HASSAN.

Zel. ¿Conoces el sello
 Que el conde acostumbra á usar?
Hass. Si, como el perro el collar
 Con que le amarran el cuello.
Zel. ¿Harás pues cuanto disponga
 Quien con él ciña su dedo?
Hass. ¿Y qué otra cosa hacer puedo?
 Haré cuanto me proponga.
Zel. Mira.
Hass. ; El anillo! Sultana,
 A vuestro esclavo mandad. (*De rodillas.*)
Zel. Sírveme bien y mañana
 Cobrarás la libertad.
Hass. Bella houri que el paraíso
 En mis yerros me haces ver,
 ¿Quién te dió tanto poder?
Zel. Hassan, quien pudo y quien quiso.
 Y aprende ó cuéntate muerto,
 Si has de vivir junto á mí,
 Que tan siervo eres aquí,
 Hassan, como en el desierto.

Hass. ¡Perdon, sultana, perdon!

Zel. Levanta y escucha bien.

Este desde hoy es mi haren,
 Guardarle tu obligacion.
 La que hasta aquí fué señora
 Desde este punto es la esclava,
 Y el puesto que ella ocupaba
 Le ocupa desde hoy la mora.
 Ningun cristiano querria
 Tomar tal cargo sin mengua,
 Y á mas ninguno sabria
 Poner un freno á su lengua.
 ¿Entiendes?

Hass. Sí.

Zel. La francesa
 De su misma habitacion
 En el último salon
 Bajo esta llave está presa.
 Tómala; y hazla salir.
 (*Hassan entra en la habitacion de la condesa.*)

ESCENA VIII.

ZELINA, DESPUES ARGENTINA, HASSAN.

Zel. Ahora saber es preciso
 Si al cabo sin otro aviso
 El francés ha de venir.

Arg. ¿Aquí Zelina? (*Saliendo.*)

Zel. Aquí estoy.

Arg. Creia...

Zel. Que el conde fuera
 Quien os llamase.

Arg. Eso era.

Zel. Pues no, condesa, yo soy.
 Sentaos, Esclavo, sal.

Arg. ¿Qué hace en mi cuarto ese moro?

Zel. Llaves pone á su tesoro
 A su gusto cada cual.

Arg. Nunca al conde poner vi
 Su confianza en tal gente.

Zel. Condesa, no es al presente
 El conde quien manda aquí.

Arg. No entiendo...

Zel. ¿No habeis oido
 Los atambores tocar?

Pues tras ellos á lidiar
 El conde al campo ha salido,

Y me deja en su lugar.

Arg. ¿A ti? (*Con desprecio.*)

Zel. A mí; mirad su anillo
 Ante el cual todo se humilla;

Ya veis que soy en Castilla
 Cautiva de horca y cuchillo.

Arg. ¿A ti el conde ese favor?

Zel. A mí, y en vuestra presencia.
 ¿No es verdad que la insolencia

No puede ya ser mayor?

¿No es cierto que necesita

Mucha destreza, señora,

Para subir una mora

Desde esclava á favorita?

¿No lo entendeis? La jugada

Es cosa á fé de sorpresa:

Pero muy pronto, condesa,

Olvidais mi bofetada.

Arg. Esclava, ¿olvidas quién soy?

¿Olvidas que ese descaro

Puede costarte muy caro?

Zel. Ayer pudiera, no hoy.

Arg. De mi boca una palabra

Puede costarte la vida.

Zel. Decidla, si sois servida;

Mas no haya miedo que se abra

Esa puerta á vuestra voz,

No; yo os tengo en mi poder,

Y del bofeton de ayer

El desquite será atroz.

Arg. ¿Cómo! ¿Osas tú, sierva vil,

Amenazarme?

Zel. ¿Quién sabe?

¿Conoceis bien esta llave?

Arg. ¡Cielos!

Zel. Si un mozo gentil, (*Con ironia.*)

Oculto en ese vergel,

Una noche os esperara,

Decid, ¿no os acomodara

Para abrir ese cancel?

Arg. ¡Ah! ¡tú tambien me haces cargos!

¿Quién te contó, desdichada,

Mi afrenta?

Zel. Una bofetada

Puede hacer de un topo un Argos.

Arg. ¿Con que tú misma...?

Zel. Yo, sí:

Cuando con la luz entré

Ver al que entró no logré,

Mas sus palabras oí.

Ademas, no se os esconde

Que siendo yo su cautiva,

Debo por mí, mientras viva,

Velar el honor del conde.

Arg. ¡Mucho miras por su honor!

Zel. Aun mas de lo que os parece.

Arg. Y mucho tu audacia crece.

Zel. Va á la par con mi favor,

Y á tan encumbrada altura

Intento con el llegar,

Que nadie me ha de alcanzar,

Si lo que pienso me dura.

Arg. Pues asegura tu puesto;

Porque te quiero advertir

Que tras de tanto subir

Será caer muy funesto.

Zel. Estoy ya bien prevenida,

Y no quedará en el orbe
Ni un escalon que me estorbe
La bajada ó la subida.

Mas no temais, recobraos;
Quiero yo ser, si, por Dios,
Mas generosa que vos.

Arg. No te comprendo.

Zel. Acercaos.

Díjome el conde al partir :

« Si en esta jornada muero,

Con ella, Zelina, quiero

Que á Francia le dejes ir.

Guárdales presos sinó. »

Ahora bien : muerto ó triunfante,

De esta noche en adelante

Que no os vea quiero yo.

Os ama con ceguedad,

Y si os escucha os perdona,

Que todo el amor lo abona...

En quien ama con verdad.

En cuanto á él es otra cosa :

Si vuelve, le hará morir;

Y á fé que le hará sufrir

Muerte dura y afrentosa.

Escoged pues; si os quedais,

Todo lo recobrareis,

Mas no le satisfareis,

Si á ese galan no matais.

Arg. ¡Oh! no. Nunca.

Zel. Querrá el conde

Que á ello deis consentimiento;

Solo esa prueba responde

De vuestro arrepentimiento.

Arg. ¿Yo consentir en matarle?

No, Zelina.

Zel. En ese caso

Solamente resta un paso

Por donde poder salvarle.

Arg. ¿Que huya?

Zel. No, el conde volviera,

Y si á el francés no encontrara,

A ambas á dos nos matara,

Y á fé que justicia fuera.

Arg. ¡Justicia!

Zel. ¿Pues no mirais

Que en salvarle solo á él,

De vuestra conducta infiel

Satisfaccion no le dais?

Mientras viva ese galan,

Siempre ha de estar sospechando

Que vos le estais esperando

Con bien escondido afan.

Arg. ¡Entonces...!

Zel. ¿No lo entendéis?

¡Andais torpe, vive Dios!

¿Qué dificultad teneis?

Idos á Francia los dos.

Yo os haré franco camino.

Arg. Mas no comprendo, Zelina...

Zel. Si se queda, le asesina.

Condesa, ese es su destino.

Arg. No, á sus piés me arrojaré.

Conde, ¿no es harta distancia

La que hay de Burgos á Francia?

Con lágrimas le diré.

Es cierto : le amé y me amó;

Vino creyéndome infiel;

Seamos felices sin él.

Zel. Condesa, ¿y lo seré yo?

Arg. ¡Tú! pues bien, solo testigo

Del crimen y del perdon,

Tendrás, sin contradiccion,

Favor con él y conmigo.

Zel. No me basta.

Arg. Libertad...

Zel. No me basta.

Arg. ¿Qué mas quieres?

Zel. Quiero que de dos mugeres

Quedemos en la mitad.

Arg. ¡Insensata!

Zel. O vos ó yo

Habeis puesto en mí la mano

Porque el favor soberano

Al ponerla os escudó :

Por veros en tal altura

Pudisteisme á salvo dar;

Quiero pues vuestro lugar

Para enseñaros cordura.

¿Me habeis comprendido ya?

Pues bien, partid con ese hombre,

Mudad pátria, trage y nombre,

Y os perdonaré quizá.

Y ved si en ello medita

Lo que la cuesta, señora,

El ascender á una mora

Desde esclava á favorita.

Arg. ¡Oh! ¡me atosiga el coraje!

Zel. ¡Tal vez osais resistir!

Mas no me hagais otro ultraje,

Porque os llevará á morir.

¿Cuándo vendrá ese galan?

(Argentina mira con inquietud por todas partes, fijando un momento la vista en el balcon, y dice Zelina comprendiéndolo :)

¡Hola! esta noche... pues bien,

Caballos haré que os den

Y huid, que no os seguirán;

Y huid hoy, porque mañana

Si esta clemencia me pesa,

Vuestra injuria de francesa

Vengaré como africana.

Arg. ¡Huir!

Zel. No hay otro camino;

Me ultrajásteis con encono,

Y pues la vida os perdono,

Benedicid vuestro destino.
Y no os queda otra esperanza,
U os inmolan con furor
Vuestro marido á su honor
Y la mora á su venganza.
¡Pero silencio! oigo ruido
Debajo de ese balcon.
¡Os habeis estremecido!
Me lo daba el corazon.
Entrad en vuestro aposento.
(*Entra Argentina y la cierra.*)

ESCENA IX.

ZELINA.

Y pues tengo unos instantes,
Asegurarme quiero antes
Del éxito del intento:
No sea que por torpeza
Equivocando el camino,
Venga á caer su destino
Despues sobre mi cabeza.
¿Hassan?

ESCENA X.

ZELINA, HASSAN.

Zel. Dos caballos pon
A la puerta del jardin,
Mas atiende con qué fin:
Por ellos con precaucion
Dos personas bajarán.
Si en el balcon ves lucir
Esta luz, déjalos ir;
Sino, mátalos, Hassan.
¿Entiendes?

Hass. Creo que sí:
Si hay luz, irles dejaré;
Si no hay luz, les mataré.
¿Y despues?

Zel. Vuélvete aquí.

ESCENA XI.

ZELINA, DESPUES LOTARIO.

Zel. Se irritará el conde acaso;
Mas le diré: huir quisieron,
Y por su empeño murieron
Al impedirles el paso.
(*Llaman á la huerta secreta, y abriendo
Zelina, entra Lotario embozado.*)
Hablad con tiento y caminad despacio,
Señor francés.

Lot. ¿Qué es esto, y Argentina?

Zel. ¿No puede, dueña siendo de palacio,
Aguardaros en cámara vecina?

Lot. ¡Ah, está aquí!

(*Va á entrar, Zelina le detiene.*)

Zel. Ahí está, mas deteneos.

Lot. ¿Qué significa, esclava, esa arrogancia?

Zel. Que es preciso acordar con mis deseos
Vuestros deseos de volver á Francia.

Lot. ¿Contigo? No te entiendo: habla mas claro.

Zel. Oid pues: de esta casa soy señora
En ausencia del conde; sin mi amparo
Nada podeis los dos... ¿me esplico ahora?

Lot. Loca sin duda estás, pero te advierto

Que el puñal de mi cinto, si me vendes,
Dará en tu corazon golpe mas cierto
Que el lazo de traicion que tú me tiendes.

Zel. Muy mal me conoceis; si os le tendiera,

Seria tan sutil y tan seguro,
Que ni el brazo mas firme le rompiera,
Ni yo temblara del puñal mas duro.

Lot. Tiembla del mio sin embargo, esclava;

Porque si tu conducta no te abona,
A la menor sospecha en tí se clava:
Delante ve que es mía tu persona.
De tu voz, de tu accion pende tu suerte,
Guia pues de Argentina al aposento
Sin mas eflugios, ó te doy la muerte.

Zel. ¿Y lograréis con ella vuestro intento?

Lot. Pues bien, escucha; decision me sobra:

Ya estoy aquí y atrás no he de volverme
Sin concluir mi comenzada obra,
Que nunca Roquefort del brazo inerme
Temió de una muger.

Zel. ¡Por vida mía!

¿Roquefort habeis dicho?

Lot. ¿Mas qué veo?

¡Mi cautiva eres tú!

Zel. Y á lo que creo

Lotario vos.

Lot. Sin duda.

Zel. ¡Oh, Dios me guia!

¡Vos sois quien en las playas solitarias
Donde logró arrojarnos la tormenta,
Sin escuchar ofertas ni plegarias,
Asisteis á la fuerza de nosotros
Cual cosa hallada y de señor esenta
Lanzada por la mar para vosotros!
Y apresásteis mi barco, y los tesoros
Robásteis á mi padre, y en cadenas
Poner hicisteis á mis siervos moros
Al tocar de la playa en las arenas.
Sí, á Roquefort esclavos nos llevásteis,
Nos hicisteis dormir con vuestros perros,
Y cantar nuestro duelo nos mandásteis

Al áspero compás de nuestros hierros.
 Vos, torpe, mi cariño codiciando,
 La libertad con vos me propusisteis;
 Yo desprecié vuestro cariño infando,
 Y vos para vengaros me vendisteis.
 Pero ved la justicia vengadora
 Del cielo que se cansa de sufriros:
 Señor de Roquefort, llegó mi hora:
 Podeis de vuestra Francia despediros
 Porque á los piés de vuestra esclava mora
 (Cierra el balcon.)

Vais á exhalar los últimos suspiros.
Lot. Tú eres, si; te conozco en la fieraza
 De tu indomable espíritu africano:
 Tú eres aquella indómita belleza
 Que el tormentoso mar puso en mi mano.
 Te amé, te desprecié, te vendí luego,
 Mas te desprecio, esclava, todavía,
 Y con tu vida y tu fortuna juego
 Porque burlo tu astucia con la mía.

Zel. ¿Aun me desafiáis?

Lot. Sí, el medio elige

De tu venganza que mejor te cuadre;
 Mas piensa bien que tu furor dirige
 Una sentencia igual contra tu padre.

Zel. ¡Vive mi padre!

Lot. Sí.

Zel. ¿Cómo?

Lot. Cautivo

Como tú en Roquefort, y allí le espera
 De mi fin de las nuevas al recibo
 La misma suerte con que su amo muera.
 ¿Tiemblas? ¡por Dios! ¿Creiste que olvidaba
 Que vivias aun y que tus iras
 Me acosarian siempre? ¡Necia esclava,
 A medirme conmigo en vano aspiras!
 ¿Lo oyes, esclava vil? ¡Esta es mi hora!
 Tú eres quien postrada has de pedirme.
 Y ve aquí la justicia vengadora
 Del cielo que se cansa de sufrirme.

Zel. Pero estais en mi mano en este punto,

Y si á mi fé mi cólera atropella,
 A una voz de mi boca sois difunto:
 Zanjemos pues en paz nuestra querella.
 Va mi destino con el vuestro junto:
 Dadme á mi padre y partireis con ella;
 Y ved, señor francés, que de otra suerte
 Asida á vuestro cuello está la muerte.
 Y en el cambio no andeis con tal pereza;
 Escusadme ese gesto de ironía,
 Que jugamos cabeza por cabeza
 Y asegurada aquí tengo la mía.

Lot. Bien; consiento.

Zel. Firmadme un pergamino
 Que haga libre á mi padre; á vuestro antojo
 Término señalad á su destino;
 Y huid á Roquefort con vuestro arrojo.

Pero mirad que al concluir el plazo
 Que á su vuelta fijeis, si no parece,
 A Roquefort alcanzará mi brazo
 Y el muro colosal que le guarneece
 Dejaré ¡vive Dios! hecho un cedazo;
 Y el gigante peñon donde envejece
 Será, tras la esplosion de mis furoros,
 Cementerio no mas de sus señores.

Lot. No tiemblo de tus iras mugeriles,
 Mas pláceme por Dios que así acabemos.

Zel. Trastornaron venganzas femeniles
 El mundo alguna vez y... nos veremos.

Lot. Basta, cautiva: volverá en seis meses
 Tu padre junto á tí. ¿Plácete?

Zel. Admito.

Mas crecidos poneis los intereses.

Lot. Si tengo de cumplir, los necesito.

Zel. Sea y partid. Pero si el tiempo avanza
 Y concluyen los seis y no ha venido,
 No os adurmais en necia confianza
 Allá en vuestros peñascos guarecido:
 Que si el leon desprecia la pujanza
 Del águila tal vez, entra al descuido
 En su cueva la vibora traidora
 Y abate su arrogancia triunfadora.
 Y mirad que si olvidan sus promesas,
 Su amor ó venganza las francesas
 Por su cobarde condicion liviana,
 Yo francesa no soy, sino africana.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, ARGENTINA.

(Abre Zelina á la condesa, que sale.)

Zel. Salid, condesa, y escapad sin miedo.

En el jardín esperan dos caballos,
 Y yo detrás para ampararos quedo.

Arg. ¿Tú? ¡Traicion infernal!...

Zel. No, no hay ninguna,

No me esteis de vivir agradecida,
 Que, aunque sin honra, si salvais la vida,
 Quien os salva no soy, es la fortuna.
 Silencio, vive Dios, y huid.

Lot. Partamos:
 Ven sin temor, que su interés la inspira,
 ¡Y ay de tu padre, si vendidos vamos!

Zel. ¡Ay de tí, Roquefort, si el plazo espira!
 (Vanse Lotario y Argentina por la puerta secreta. Zelina abre el balcon, y poniendo en él la luz para que sirva de señal Hassan, aguarda.)

ESCENA XIII.

ZELINA, DESPUES HASSAN.

Zel. Cuidemos de que Hassan no se equivoque,

Y errando su lección, en un momento
De mi esperanza el pedestal derroque.

(Escuchando.)

(Mirando.) Salen... se ocultan ya... ya
no los siento.

(Pausa.)

¡Qué incertidumbre, Dios mío!
Mas ya del cancel resuena
El cerrojo y la cadena
Por el corredor sombrío.

(Abre.)

Ya suben. ¿Quién va?

Hass.

Yo.

Zel.

Hassan,

¿Qué has hecho?

Hass.

Libres los dos

A escape, señora, van.

¿Hice bien?

Zel.

¡Si, vive Dios!

ACTO TERCERO.

Interior de una torre del castillo de Roquefort, con
vista del campo. En este interior hay dos puer-
tas: una en el fondo y otra á la izquierda, y una
ventana alta á la derecha.—Una lámpara colgada
de la bóveda alumbrá la escena. El exterior re-
presenta parte de la muralla que cerca el castillo,
en la cual habrá una puerta con su puente leva-
dizo practicable. El foso sobre que cae este puente
toma el agua de un torrente ó cascada que se
despeña en lontananza por las montañas.

ESCENA PRIMERA.

ARGENTINA y GENARO, DENTRO DE LA
TORRE.

Arg. No, el infeliz no se calma:
Esa vision espantosa
No se aparta de sus ojos,
Y oyendo está á todas horas
Esa carcajada horrible.

Gen. ¡Ah! reportaos, señora:
Solo el tiempo es el que puede
Calmar su afán.

Arg. Te equivocas,
Genaro; cuenta los días
Con constancia escrupulosa,
Y ese vano emplazamiento
No sale de su memoria.

¡Ay de mí!

Gen. Ese hombre á la puerta
Está aguardando, señora.

Arg. Mas, ¿quién le envía? ¿qué quiere?

Gen. De vuestro padre se nombra
Mensajero.

Arg. ¡De mi padre! (Con dolor.)
No quiero verle, me ahoga

El empacho y la vergüenza,
Y hallar no sabré en mi boca
Palabras con que ocultarle
El pesar que me devora.
¡Mi padre! vendrá á culparme
Mi condicion... y le sobran
Las razones: ¡ay! á ellas
¿Qué he de replicarle ahora?
No, no: que nunca penetre
Esta amargura recóndita
Con que la tenaz conciencia
El corazon me destroza.
Dile que parta, que nunca
Vuelva á Roquefort.

Gen.

¡Señora!

Arg. No quiero verle, Genaro.

Gen. ¿Mas pensarán en Tolosa...?

Arg. Cuanto quieran imaginen,

Que en dulce y encantadora
Soledad paso la vida
Enamorada y dichosa.
Que ciega y desatentada
Con esta pasión diabólica
Que el corazon me esclaviza,
Ni ver ni oír otra cosa
Que mi amor quiero... Sí, júzguenme
Como les plazca, en buen hora.
Mas que no entiendan, Genaro,
Que con este amor á solas
De Roquefort encerrada
En la vivienda mas lóbrega
Maldigo la desventura
De existencia tan odiosa.
Que parta pues, y que parta
Sin verme.

Gen. Ved que os importan

Las nuevas que á daros viene,
Pues de tan de cerca os tocan.

Arg. No quiero oírlas, que parta.

Gen. Es que, si veros no logra,
Amenaza día y noche
Con esperaros.

Arg. En cólera

Cambiará ese hombre mi duelo
Y hará que por todo rompa.

Gen. Al menos de vuestro padre

Por la sagrada memoria
Recibidle, porque nunca
Imagine que injurioso
Afronta hacerle quisisteis
De ese enviado en la persona.

Arg. Conducele, pues, aquí,

Y esa idea vergonzosa
No pase nunca por él,
Que al fin soy su sangre propia.

ESCENA II.

ARGENTINA.

Permite, indignado cielo,
Que sufra el dolor yo sola;
Pues mía es solo la culpa
Como es mía la deshonra.
Permite que á sus oídos
Llegue mi voz mentirosa,
Y crea el triste mi falsa
Felicidad ilusoria.
Permite, sí, que me juzgue
Ese buen padre, que llora
La afrenta que hago á su estirpe,
Cuanto culpable dichosa,
Y goce con ese engaño...

ESCENA III.

ARGENTINA, GINÉS, GENARO.

Gin. Dejados á ambos á solas.
Gen. Es imposible, buen hombre.
Arg. ¿Quién va?
Gin. Perdonad, señora:
¿Sois Argentina?
Arg. ¿Sois vos
Quien á mi padre me nombra
Para pedirme una audiencia?
Gen. Sí. Y no os estrañe la hora,
Ni os asombren para veros
Palabras tan perentorias.
Arg. Pues os recibo, ya veis
Que nada de vos me asombra.
Las gentes de mi castillo
A una seña mía prontas,
No os dieran tiempo á lograr
Cualquier intencion traidora.
Gin. Es que lo que he de deciros
Es fuerza que solo lo oigan
Nuestros oídos.
Arg. Buen hombre,
Recelos me dais ahora
De que vuestras intenciones
No son de lo que blasonan.
Gin. Serenaos, Argentina;
Ya sé que con recelosa
Prevision de este castillo
Se guardan las puertas todas.
Ya sé que nadie penetra
Bajo sus antiguas bóvedas
Sin un exámen prolijo,
Y sin que satisfactorias
Razones de sus intentos
Con ingenuidad esponga
Ya sé que en este castillo
El miedo y el pesar moran.

Arg. ¡Miserable!

Gin. Reportros,
Que hablais con una persona
Que os ha mecido en la cuna
En la corte de Tolosa,
De vuestra agitada vida
En la malhadada aurora.
Arg. ¿Quién sois pues? Vuestras palabras
En el corazon me tocan,
Y vuestra voz reconozco.
¿Quién sois?
Gin. Miradme, señora.
Arg. ¡Ginés!
Gin. Ginés, que há dos meses
Que vuestro castillo ronda
Para lograr este instante,
Con que los espías sobran.
(A una seña de Argentina sale Genaro.)

ESCENA IV.

ARGENTINA, GINÉS.

Gin. Inútil será que os diga
Lo que mi viaje ocasiona...
¡Ah! no me torneis el rostro;
Ya sé que tristes memorias
En vos mi presencia escita,
Mas perdonadme. En Tolosa
Queda un anciano que há un año
Que vuestra pérdida llora.
¡Pobre conde, vuestro padre!
¡El aliento le abandona,
Las pesadumbres le acaban!
Arg. ¡Ah, callad!
Gin. De Burgos loca
Huisteis... mas no toquemos
Tan lastimeras memorias:
Huisteis enamorada
Ansiando mas venturosa
Vida... y ciega por el hombre
Que pérido os abandona.
Arg. ¡Qué es lo que dices, Ginés!
Gin. Fingis en vano, señora:
Yo os acecho hace dos meses
Bajo apariencia engañosa.
Ya como pobre mendigo,
Ya de campesino en forma,
Os seguí por todas partes
Con vista encudriñadora,
Y os encontré en la alameda,
Y en la caza... sí, y en todas
Partes pálida, sombría,
Solitaria y melancólica
Os vi, cual juguete inútil
Que fastidia y se abandona.
Arg. ¿Qué estás diciendo, menguado?

Gin. Yo, que pasé tormentosa
Una existencia también,
Fuerza es que el mundo conozca.
La edad ha dado á mis ojos
Perspicacia portentosa,
Y á mi corazón prudencia
Y esperanza previsoras.
Roquefort ama, Argentina,
Pero tal vez no á vos sola,
Y os asesinan los zelos...
¡Ay! de una manera ó de otra
Concluirá por odiaros.

Arg. ¡Serpiente fascinadora,
Deten esa torpe lengua!
¡Por cierto que es prodigiosa
Tu perspicacia, y los años
Te han dado experiencia loca!

Gin. En vano disimulais
Vuestra situación, señora,
Y escuchad. — Yo soy un viejo,
Pero decisión me sobra,
Y Dios ayuda á los buenos.
Esta mansión donde mora
Vuestra deshonra y su crimen
Dejad, y resuelta y pronta
Venid donde vuestro padre
Vuestras desventuras llorará.
Sí, huyamos de esta caverna,
Partámonos á Tolosa,
Donde á lo menos con lágrimas
Lavareis vuestra deshonra.

Arg. ¡No, buen viejo! que hay injurias
Que con llanto no se borran.

Gin. Y esas injurias, ¿porqué
Te avergüenzan ó te enojan,
Cuando aquí con tu presencia
Tú te injurias á tí propia?
Vuelve á tu padre; á tu nido
Vuelve, estraviada paloma;
Cruza, golondrina errante,
La mar, y á tu patria torna.

Arg. Nunca, Ginés; ¡yo á los brazos
Del buen conde de Tolosa,
Que en honra me había criado,
Podría volver sin honra!
Jamás, el viento impetuoso
De mi suerte borrascosa
Seguiré, y sea, buen viejo,
La que quiera mi derrota.

Gin. ¡Ah! cede, pobre Argentina,
Por compasión á tí propia.
Serás de ese libertino
Víctima al fin.

Arg. Te trastorna,
Ginés, tu crédulo engaño.
Roquefort me ama, me adora,
Pero me castiga el cielo
Con esa pasión diabólica.

Por mi atropelló peligros,
Cometió acaso espantosas
Culpas que al cielo indignaron,
Faltó á su palabra propia,
Y provocó una venganza
Que amaga tal vez muy próxima.
Sí, Ginés, por mi tan solo,
Por mi vive entre estas rocas
Con mi presencia encantado,
É idolatrando mi sombra;
Mas este amor es un crimen,
Y el cielo, que siempre abona
Al justo, con este amor
La vida nos emponzoña.
Locura fatal le asalta,
Pánico terror le acosa,
Y mi mismo amor maldice,
Que es el bien solo que logra.

Gin. Huye de él, pobre Argentina,
Húyete.

Arg. ¡Huirle, y ahora
Que espera solo en mi amparo
Una salvación dudosa!

Gin. Acuérdate de tu padre,
Que desconsolado llora.

Arg. Puede mi amor mas en mí.

Gin. Pues bien, oye lo que ignoras:

Te reclama el castellano
Con voz amenazadora;
Ha enviado á tu pobre padre
Una embajada afrentosa
Fijando un plazo á seis meses,
Y con saña vengadora
Si en ellos á tí no alcanza,
Guerra fatal le provoca.

Arg. ¡Seis meses!

Gin. Seis, y al fin de ellos
Nadará en sangre Tolosa.
Vuelve á tu padre y...

Arg. No, nunca.

Gin. Vas á la muerte.

Arg. No importa.

Gin. Bien, pues tu negra fortuna
Y tu porvenir arrostra.
Castilla y Tolosa á un tiempo
Su ira sobre tí desploman.

(*Va á salir.*)

Arg. Aguarda, Ginés; aguarda,
Miserico anciano, y perdona
A mi pobre corazón,
Presa de horribles congojas.

Gin. No, no hay perdón, Argentina:
O este castillo abandonas
Para siempre... ó tu destino
Fatal se cumple.

Arg. En buen hora.
Yo le amo, Ginés; no puedo
Con esta pasión furiosa

Que mis sentidos cautiva
Y ante Roquefort me postra.

Gin. Maldiga Dios, hija infame,
Esa pasión que te torna
Para quien busca tu dicha
En víbora venenosa.
Maldigala Dios mil veces,
Y traiga pronto la hora
En que su plazo se cumpla,
Y en que la guerra se rompa.

(Vase.)

ESCENA V.

ARGENTINA.

Cumplase de una vez, cúmplase el plazo
Que amaga por dó quier nuestra cabeza,
De este agüero fatal rómpase el lazo,
Yo arrostraré mi suerte con fiereza.
Volveria tal vez si solo amante
Mi pobre corazón se lastimara,
Si fugitiva, satisfecha, errante,
Mi pátrio suelo sin razón dejara.
No quedando al volver tras de mi huella
Ese infeliz Lotario, ¡oh! volveria;
Mas tal resolución le mataria:
No, jamás volveré; pese á mi estrella.

(Asoma Lotario y escucha.)

¡Seis meses! reconozco de tu mano
La negra marca, miserable mora:
Tú das al corazón del castellano
El temple de tu saña vengadora.

ESCENA VI.

ARGENTINA, LOTARIO.

Lot. ¿Quién habla de venganza? ¿quién
augura

De ese plazo fatal el cumplimiento?
¿A quién esas palabras de amargura
Torpe revela tu traidor acento?
¡Reconozco, dijiste, de tu mano
La negra marca, miserable mora!
¿A quién contabas, corazón villano,
Ese secreto aterrador ahora?
¿De quién era esa voz que yo escuchaba
Contigo aquí? Respóndeme, Argentina:
¿Quién en este salón contigo estaba?
¡Callas! ¡Ay! tu silencio me asesina.
¿Con que es verdad al fin? Pobre alma mía,
¿Con que también á tí te se aparece
Esa horrible vision? ¿no es fantasía
Que en mi abrasada mente se guarece?

Arg. Calma, Lotario, calma la tormenta
De tu agitado corazón: ni ahora,
Ni nunca esa vision que te amedrenta
Se mostró ante mis ojos vengadora.

Lot. Mas hablabas de un plazo... ¿Quién
te oía?

(*La toca.*) ¡Fria tu mano está, tu rostro pálido!

¡Ay! bien mi corazón me lo decía,
Contigo estaba mi fantasma escuálido.
¿Qué quería de tí? Dímelo.

Arg. Nada.
Serénate, mi bien.

Lot. Luz de mis ojos,
Perdona á mi cabeza trastornada
Mis ayes, mis quimeras, mis antojos.
¿Tú me dices que no? Bien, yo te creo.
No quiero, no, que nunca te atormente
Ni cuidado ni afán; y sobre todo
Te prohibo, Argentina, es mi deseo
Que no mires jamás á ese torrente.

Arg. Bien, nunca miraré si lo deseas.

Lot. No te asomes jamás á esa ventana;
Y esto no es un capricho, no lo creas.

Arg. Lo haré así, Roquefort, de buena gana.

Lot. ¡Oh! tú eres, alma mía,
El ángel puro que mis pasos guía,
La blanca luz que alumbraba mi camino
Por el largo erial de mi destino.
Solo á tu lado cesa

Ese vago temor que me persigue,
Esa sentencia que en mi frente pesa,
Esa vision que por dó quier me sigue.

Arg. Ya te asalta otra vez tu desvarío:
Aleja de tu mente esas visiones;
Háblame de tu amor, habla del mío.

Lot. ¡Desvarío, Argentina, le supones!
¡Ah! tú no sabes la sangrienta historia
De esa vision que sale por dó quiera
Mis ojos á espantar y mi memoria
Con torváfaz y carcajada fiera.

¡Oh! si; si tus oídos la alcanzaran,
Si la vieran tus ojos cual los míos,
Tu corazón también amedrentaran
Esos que llamas tú mis desvaríos.
Si la vieras en torno eternamente,
Ya atravesar la atmósfera vacía,
Ya estenderse ante el sol de ocaso á oriente,
Ya plegarse en la bóveda sombría:

Si al abrir una puerta, una ventana,
Al cruzar un salón, un pasadizo,
Vieras cual yo de la vision liviana
El medroso contorno movedido;
Si al ¡ay! que te se escapa convulsivo
Con el pavor, por la techumbre hueca
Oyeras del espectro fugitivo
La carcajada mofadora y seca...

¡Ay! Argentina, como yo temblaras,
Noche tras noche como yo velando,
Muda y transida de terror pasaras
La aparición fatídica espiando.

Arg. Siempre, Lotario, siempre esa qui-
mera

En tus ojos está, vive en tu mente.

Lot. Siempre, sí, me persigue, eternamente

Ve delante de mí por donde quiera.

Los ojos llevo al sol, y allí la encuentro;

La mano al corazón, y allí la toco;

De ella giro en redor, ese es mi centro,

De mi eterno pesar ese es el foco.

¡Es una historia cruel!

Arg. Calla, Lotario.

Lot. Horrible, ¿no es verdad?

Arg. Mas fabulosa.

Lot. ¡Fabulosa! ¡óyela!

Arg. No es necesario:

Callala por piedad, calla y reposa.

Lot. ¡Reposar! ¡y á mis ojos incesante

Ese maldito esclavo se presenta,

Y cen calma infernal me está delante

Y del plazo fatal las horas cuenta!

¡Mirale! ¿no le ves? con una mano

La cerviz de sus hombros dividida

Se sujeta tenaz... y al castellano

Con la otra ofrece mi aplazada vida.

Sí, la tengo aplazada ¿no lo sabes?

En seis meses no mas.

Arg. ¡Calla, amor mio!

Lot. Y se van á cumplir.

Arg. Calla, no acabes.

Lot. ¡Oh! no creas que es esto un desvario

Demiimaginación, no; escucha: ese hombre

Tenia una hija; mas como él infame,

Sierva como él... Zelina era su nombre.

Arg. ¡Por piedad, santo Dios, amparo
dame!

Lot. ¡A Dios invocas! Bueno; mas escucha.

Yo que siempre te amé, llegué á Castilla

Tras larga, interna y congojosa lucha

Conmigo mismo; atravesé la orilla

Del Arlanza una noche: á tu palacé

Llegué: subí por caracol oscuro

Y crucé un corredor que en el espacio

Abierto estaba del macizo muro.

¿A quién buscaba yo? A tí, Argentina;

Mas tú no fuistes quien á hablarme vino,

No, fué esa esclava vil, esa Zelina,

Esa fatal muger que es mi destino. (Pausa.)

« Dame á mi padre y partirás con ella,

Me dijo. — Sea pues. » Señaló un plazo:

Seis meses. « Huye. » Huí... ¡contraria
estrella

A Francia nos guió! Tendí mi brazo,

Quebranté las cadenas de ese moro,

« ¡A Burgos! le grité, libre te dejo. »

Le dí caballo, lanza, guia y oro;

Mas ¿qué hizo de ello?... ¡miserable viejo!

En vez de bendecirme y de besarme

La mano liberal, mi mismo acero

Levantó contra mí para matarme,

¡Ira de Dios! lancéme yo primero

Sobre él, le arranqué el hierro, á mis soldados

« ¡Matadle, dije, sin piedad! que muera. »

Pero al asirle á ello preparados,

Con salvaje valor, con calma fiera,

Clavando en mi fatídica mirada,

« ¡Cuenta, dijo, seis meses, y es tu vida! »

Y me tiró su ronca carcajada

Con desprecio á la faz descolorida.

¿No la ves? aquí está: su marca impresa

Quedó en mi corazón, quedó en mi frente

Y su cabeza vil no entró en la huesa,

No, que á mis ojos la sorbió el torrente.

Allí está, ¿pero sabes lo que aguarda?

Que espere el plazo, sí, por eso mora

Del agua turbia entre la niebla parda,

Contándome la vida hora tras hora.

Por eso de esa reja acolajada

En nocturna vision se desenvuelve,

Y al oír mi rabiosa carcajada,

Con eco funeral me la devuelve.

Mas es un sueño, sí... mentira todo;

De su impotente predicción me rio...

(*Rie, y el eco devuelve la carcajada.*)

Mas me la vuelve, sí, del mismo modo

Me la vuelve, ¿lo ves? ¡no es desvario!

(*Caé en la silla.*)

Arg. Yace un momento, desdichado, en
calma;

Descansa en tu desmayo uno siquiera,

Mientras yo lloro desgarrada el alma

El negro porvenir que nos espera.

¡Genaro, pronto aquí!

ESCENA VII.

LOTARIO, ARGENTINA, GENARO.

Gen. ¿Qué es, Argentina?

Arg. ¡Mira!

Gen. ¿Otra vez?

Arg. Y mil y eternamente.

Gen. Ese tenaz delirio le asesina.

Arg. Le mata ese recuerdo lentamente.

Sí, como siempre á ese peñasco hueco

Que está debajo en su terror se asoma,

Siempre la risa le devuelve el eco,

¡Y él por la voz de su vision la toma!

¡Triste de mí! ¡la celestial venganza

Sigue mi culpa por dó quier! lo veo.

¡Cuán desdichada soy! ¡no hay esperanza!

Morir con él, Genaro, es mi deseo.

Mas no, yo lidiaré con mi destino,

Genaro: sí, de Roquefort salgamos;

Será menos siniestro nuestro signo

En cualquiera region donde vayamos.

La Italia, la Borgoña, la Inglaterra

Asilo nos darán; nuestra manilla
Allí ocultemos, y pongamos tierra,
Genaro, entre nosotros y Castilla.
Partamos antes que se cumpla el plazo,
Y espere ese infeliz con su locura;
Y antes que á Roquefort tienda su brazo
Castilla, huyamos en la noche oscura.

Gen. Teneis razon, partamos.

Arg. Ese anciano

Que se vuelva á Tolosa antes del día,
Y nuestra fuga ignore; al castellano
Y al conde nuestro rastro marcaría.

Gen. Al punto partirá. ¡Pobre Lotario!

Arg. Déjale reposar: le es el reposo

El único calmante necesario:

Calma el sueño su espíritu afanoso.

¡Duerme, bien mio! duerme, y si piadoso

El cielo me concede solo un hora,

Un hora escasa de merced y amparo,

Lejos de aquí os hallará la aurora.

Gen. ¡Argentina!

Arg. ¡Ay de mí! vamos, Genaro.

ESCENA VIII.

LOTARIO, DESMAYADO, ARRIBA; EL CONDE,
ARMADO Y CON VISERA; ZELINA, CON VELO;
HASSAN, ABAJO.

Conde. ¿Llegamos ya?

Zel. Sí, señor.

Conde. ¿Esta torre les esconde?

Zel. Este es su castillo, conde;

Ya estamos en Roquefort.

¿Traéis decision?

Conde. Me sobra.

Zel. Será fuerza recordaros...

Conde. Basta, mora, de reparos.

Zel. Pues bien, manos á la obra.

Conde. Espera.

Zel. ¿Dudais?

Conde. Escucha:

Para entrar en esa torre

Poca gente nos acorre.

Zel. No necesitamos mucha.

Con la razon y el furor

Que traigo, y con mi arrogancia,

No temo á toda la Francia,

Cuanto mas á Roquefort.

Para que esta fortaleza

Se desplome á nuestros piés,

Mas que el poder útil es,

Señor conde, la destreza.

No, por Dios, no por medio año

La ira en mi pecho escondí

Para trocar hoy aquí

Los frenos en nuestro daño.

Lenta y cautelosamente

He acechado yo mi presa
Como entre la yerba espesa
Escondida la serpiente.

Busqué mi ocasion feliz,

Y la busqué con tal tino

Como aquella su camino

Entre raiz y raiz.

¡Oh! sí, la venganza es esta:

Y habrá de ser, Dios mediante,

A nuestra injuria bastante,

Y á Roquefort bien funesta.

Pero si no os sentis vos

Con razon harta ó coraje,

Podéis deshacer el viaje,

Yo cumpliré por los dos.

Conde. Me ahoga el furor, Zelina,

Solo esas torres con ver.

Zel., con intencion muy marcada. Y en
esa hay luz; puede ser

Que esté alumbrando á Argentina.

Conde. No me la nombres.

Zel. ¿Porqué?

Conde. Ese recuerdo me mata.

Zel. (¡Aun á esa francesa ingrata

Su corazon guarda fé!)

A lo que estoy, castellano,

Comprendiendo en tu semblante,

No tiene brio bastante

Tu corazon ni tu mano.

Mas para tu bien te advierto

Que al amor y á la venganza

Va sin freno y sin templanza

Mi corazon del desierto.

Conde., con calma. ¿Y crees tú que sin
furor

Dí cima á tan largo viaje?

Zel. Pues no olvidéis el ultraje

Que os arrastra á Roquefort.

Aquella noche espantosa

En que vencedor del moro

Cambiásteis por gloria y oro.

El amor de vuestra esposa.

Conde. Silencio, esclava... por Cristo

Terrible noche fué aquella,

Y solo yo lloré en ella

La gloria que á España di.

Lot. Pasó esa fantasma fiera...

Respiro al fin... ¡ay de mí!

Zel. (Siempre ese fatal recuerdo

Le exaspera y le atosiga.)

Conde. Esa memoria se abriga,

Vive eternamente aquí.

Sí, yo entré entonces en Burgos

Al doblar de los tambores,

Con mas aplausos y honores

De los que soñé jamás;

Pero llegué á mi palacio,

Y al pasar por sus dinteles

¡Ay! mis honrosos laureles
 Maldije, y mi sér quizás.
 Las puertas vi de mi alcázar
 Para recibirme abiertas,
 Mas nadie salió á mis puertas
 Para darme el parabien;
 Y los siervos y las damas
 Que dejé en él en mi ausencia,
 Esquivaron mi presencia
 Cual de mi gloria en desden.
 En vano me entré iracundo
 Por mis puertas adelante,
 Llamando con voz pujante
 A mi gente desleal;
 Solo el eco que en las bóvedas
 Cóncavas se guarecía,
 A mis voces respondía
 Con lamento funeral.
 Rabioso pregunté: « ¿Dónde
 Mi servidumbre se encuentra? »
 Y el eco me dijo: *entra*;
 Y entré en mi alma el pavor.
 Con voz exclamé doliente:
 « ¿Qué es de mi esposa querida? »
 Y el eco me dijo: *jida!*
 Con acento de dolor.
 Con voz iracunda dije:
 « ¿No hay quien me dé una respuesta? »
 Y el eco me dijo: *esta*.
 Y ahogándome de furor,
 « ¿Quién, dije, en mi casa propia
 Me mofa con arrogancia? »
 Y el eco retumbó: *¡Francia!*
 Por el largo corredor.
 Lancéme por él al punto
 Por un instinto guiado,
 Crucé el corredor aislado
 Y al oratorio llegué;
 Abri la puerta con impetu,
 Y al tender dentro los ojos,
 En torno al altar de hinojos
 A mis gentes encontré.
 « ¿Qué es esto? dije asombrado
 De lo que en ella veía:
 ¿Pensábais, pues, que vendría
 Mi alcázar propio á asaltar?
 ¿Porqué os acogéis al templo?
 ¿Qué es esto, gente menguada? »
 Pero la turba callada
 Ni aun la vista osaba alzar.
 Hasta que entrándome airado
 Por la mansion religiosa
 Y el semblante de mi esposa
 No alcanzando ver allí,
 Así con ira del cuello
 Al que topé mas cercano,
 Y con la daga en la mano,
 Le dije iracundo así:

« ¿Adónde está la condesa?
 Di, ó mueres tras mi demanda; »
 Y el eco murmuró: *anda*;
 Porque aquel hombre calló.
 « Hablad, por Dios, dije atónito,
 ¿Vuestro dolor qué me arguye?
 ¿Dó está mi Argentina? » ¡Huye!
 El eco sordo gimió.

Lot. Déjame, historia tremenda;
 Tu recuerdo me estremece,
 Hasta en sueños me parece
 Que te escucho por dó quier.

(*Vuelve á reclinarse.*)

Conde. ¡Y huía en verdad de Burgos!
 ¡Huía de mí, Zelina!
 (*Desde aquí debe verse en esta escena
 excesivamente marcado el secreto amor
 del conde y la incertidumbre de la
 mora.*)

Zel. (¡Siempre la misma Argentina,
 Siempre esa fatal muger!)

Conde. (Siempre ese triste recuerdo
 La da á la infeliz enojos,
 Y se agolpan á sus ojos
 Las lágrimas sin querer.)
 ¡Tú lloras, mora!

(*Vuélvese de repente.*)

Zel. Señor...
Conde. Zelina, á través del velo
 Te vi llorar; vive el cielo!
 Al dar vista á Roquefort.
 Seis meses há, tu tristeza
 Te está el corazón royendo
 Y por tu llanto comprendo
 Que se mengua su entereza.
 Seis meses há, y no me has dicho
 La razón de tu pesar...
 Si yo la he de averiguar,
 Nada debo á tu capricho.

Zel. Seis meses há que yo sola
 Mi tristeza estoy sabiendo,
 Pero mi llanto comprendo
 Que mi firmeza acrisola.
 Y si en seis, de mi tristeza
 No habeis dado en la razón,
 No tiene mi corazón
 Culpa de vuestra torpeza.

Conde. Si un corazón africano
 Puede al par con dos pasiones,
 Para dos, dos corazones
 Necesita un castellano.
 Porque él se entrega á una sola
 Todo entero, y mas no avanza
 Hasta que entera la alcanza
 Con entereza española.
 Con que ese llanto deten,
 Que si á la venganza vas,
 Mientras vengada no estás

Llorar tu amor no está bien.

¿Has entendido?

Zel. ¡Quizá!

Conde. Pues echa á un lado tu amor

Y vamos á Roquefort,

Que allí la venganza está.

Y pues la noche se anda

A largo paso, al rastrillo

Llega, Hassan, de ese castillo,

Y al castellano demanda

Para esta noche hospedage,

Que fuera muy triste paso

Hacernos dormir al raso

Despues de tan largo viaje.

Hass. Harélo así.

(Hassan va á subir y se detiene al oír á la mora, que le dice:)

Zel. Hassan, detente,

Que siento el puente crugir

Y va tal vez á salir

Sin apercibirnos gente.

ESCENA IX.

LOTARIO, EN LA TORRE; EL CONDE,
ZELINA Y HASSAN, OCULTOS.

(Bájase el puente y salen por él Genaro y Ginés.)

Gin. ¿Con que me echa del castillo
De la noche á la mitad?

Gen. Por ese sendero echad
Y hallareis un bosquecillo
Donde podeis recogeros.

Gin. A fé que esta fortaleza
Mas que casa de nobleza
Es mansion de bandoleros.
Pero no tardará mucho
Ese torrente en seguir,
Que el plazo se va á cumplir.

Lot. ¡Santos del cielo, qué escucho!

Gin. Y dígame á su señor

Que rayan días mejores
Y traerán nuevos señores
Al solar de Roquefort.

Gen. ¡Bueno!

Lot. ¡Otros dueños aquí!

¿Quién dice tal impostura?

(Va á acercarse á la ventana para mirar
y retrocede con temor.)

No, no; que me da pavora
Esa ventana ¡ay de mí!
No, como siempre mi huella
Saldrá ese espectro á tener...
Mis ojos no pueden ver
Mas que su sombra tras ella.
(Durante estos versos Ginés desaparece.)

Genaro se adelanta hasta la peña en que se apoya el puente. Hassan trepa por ella hasta colocarse entre Genaro y el puente. El conde y Zelina aparecen un momento despues, y al huir de ellos Genaro, da con Hassan, le sorprenden y mientras le atan, etc., etc. — Dice arriba Lotario.)

Gen. ¡Ay!

Lot. ¡Qué lamento! ¡Ahí está!

Bien decia yo; ¡ella es!...

Esa cabeza... ven pues,

Espectro, á mis manos ya.

Ven, aparicion liviana,

De quien siempre me dividen

Y á quien destrozaz me impiden

Los hierros de esa ventana.

Ven, trae un cuerpo real,

Cruza ese oscuro dintel

Y ven á lidiar con él

Cuerpo á cuerpo y por igual.

Ven, no te temo así, no:

Y en lucha desesperada

Con tu postrer carcajada

Cantaré mi triunfo yo.

Zel., abajo. Ahora por ese postigo
Meted, conde, vuestra gente.

ESCENA X.

LOTARIO, ZELINA.

(El conde queda guardando á Genaro:
Hassan parte hácia el bosque: Zelina
pasa el puente y entra en el castillo.)

Lot., arriba. ¡Oh, callas traídoramente!

No; no te atreves conmigo.

¡Cobarde! ¡yo te provoco

Y tú con pavor te escondes!

¡Te llamo y no me respondes!

¡Por Dios que vales bien poco!

¡Me temes, espectro, sí,

Ahora que me ves con brio!

Pues bien, yo te desafío.

(Zelina entra en la torre por la puerta del fondo.)

Zel. Pues bien, Lotario, héme aquí.

ESCENA XI.

LOTARIO Y ZELINA, EN LA TORRE; EL
CONDE, EN EL PUENTE.

Lot. Tú, tú, ¿quién eres tú?

Zel. ¿No me conoces?

¡Yo su espíritu soy, yo soy su hija!

(Aparta el velo.)

Lot. ¡Mi esclava!
*En esta escena muestra Lotario la vau-
 quedad de la demencia.)*

Zel. Y héme aquí pronto á tus voces.

Lot. ¡Luego bajo tu forma se cobija
 Su sér, y en su lugar te me apareces!
 Pronto á mi voz...

Zel. Sí, sí, ya espiró el plazo
 Y en vano de tus torres te guareces,
 Polvo las torna mi potente brazo.
 ¿Qué has hecho de mi padre?

Lot., con pavor. ¡Esclava, calla!
 Duerme allí su cabeza, en el torrente,
 Y esa reja no mas sirve de valla
 Entre el espectro y yo.

*(Zelina va á asomarse y Lotario la de-
 tiene.)*

¡Necia, detente!

Detente, sí; ¿no ves que al asomarte
 La vas á despertar, y ella irritada
 Se asomará tambien de la otra parte
 Lanzándote á la faz su carcajada?

Zel. ¡Miserable de ti! ya te comprendo :
 Tu conciencia me venga de ti mismo.

Lot. ¿Me comprendes? Pues bien, lo estás
 oyendo :
 No te asomes jamás, hay un abismo.

ESCENA XII.

DICHOS; ARGENTINA, CON VELO, QUE AL
 SALIR POR LA IZQUIERDA DA UN GRITO.

Arg. ¡Cielos, aquí la esclava!

Zel. Aquí, señora :
 Del plazo que otorgué pasó la hora
 Y héme aquí ya.

Arg. ¿Y qué quieres, desdichada?
(Señalando á Lotario.)

La mano del Señor hirió su mente,
 Y estás del cielo por demas vengada.

Zel. Condesa, ya lo sé; no quiero nada
 de ese hombre, le perdono.

Lot. ¡Dios clemente,
 Tú puedes perdonarme!; Oh! ¿me perdonas?

Sí, viven en tu sér ambas personas :
 Tú acudiste á mi voz, y eres, lo has dicho,

El espíritu que habla en el torrente;

Tú eres el sér de esa vision odiosa

Que detrás de tu forma se cobija.

Tú estás en su lugar, y generosa

Tú puedes perdonarme, eres su hija.

¡Ay! dime por piedad que desde ahora

No tornarás á ser sombra tirana,

Ni guardarás su forma aterradora,

Ni vivirás al pié de esa ventana.

¡Dimelo por piedad! ¿podré asomarme

A contemplar en paz esa cascada,
 Sin que salga tu espíritu á asombrarme,
 Sin que vuelva á escuchar tu carcajada?

*(Hassan, seguido de muchos soldados de
 Castilla disfrazados de peregrinos, en-
 tran tras el conde en el castillo durante
 esta escena.)*

Arg. ¿Lo ves? no le atormentes, vete,
 mora.

(Zelina se cruza de brazos con dignidad.)

Zel. Espero.

Arg. ¿A quién?

Zel. A un hombre.

Arg. ¿Al conde?

Zel. Al conde.

Arg. ¡Te sigue! ¡oh! siempre sospeché
 traidora

La pasion infernal que tu alma esconde.

Le amabas, y tal vez correspondia

Tu amor.

Zel. ¡Silencio!

Arg. Y la razon es esa

Que á Roquefort te trae... me lo temia;

Eso es, mora, tu plazo y tu promesa.

*(Asoma el conde y se detiene á escuchar á
 dintel de la puerta.)*

Zel. Pues bien, yo le amo : mas gran-
 deza aprende

De un corazon de esclava. Si él ahora

Vuelve hácia tí sus ojos y te tiende

Satisfecho su mano protectora,

A mi razon mi corazon se humilla.

Sí, ahogaré mi pasion dentro del pecho

Y á ser tu esclava volveré en Castilla.

Mas siempre, siempre atada á vuestro lecho

Y tendida á los piés de vuestra silla,

Noches y días viviré en acecho;

Y humilde sí, mas suspicaz leona,

Yo guardaré su honor y su corona.

No le olvideis, condesa; si imprudente

Cedeis á otra pasion, si otra os aqueja,

Vos el ángel sereis que su alma tienta,

Yo el ángel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII.

DICHOS, EL CONDE.

Conde, saliendo. ¡Gracias!

Zel. y Arg. ¡Cielos! *(De rodillas.)*

Conde. Hassan, cumple tu oficio.

Arg. ¡Perdon!

Conde. No.

*(Hassan la lleva por la puerta de la
 izquierda.)*

Lot. ¡Vive Dios! ¿qué maleficio

Contigo va? ¿Quién eres, estrangero,
Ante quien todo con pavor se humilla?

Conde. ¿Quién he de ser? el conde de
Castilla.

Lot. ¡El conde! Tú y en Roquefort,
¿qué quieres?

¿Qué buscas, vive Dios, conde altanero?

Si á apartarla de mi tu saña viene,

El corazon me arrancarás primero.

Conde. No ayuda Dios á quien razon no
tiene

Hassan, ¿cumplistes? (Sale Hassan.)

Has. Sí.

Conde. Pues desde ahora

Guarda tú á Roquefort : hasta que muera

Que yazca en esta torre, y vencedora

Que tremole sobre ella mi bandera.

Lot. No mientras viva yo, no; será á
precio

De mi sangre.

(Va á salir tras el conde y este le aparta.)

Conde. No llega á tí mi encono;

Apártate, francés, yo te desprecio.

¡Aun insta por salir y Zelina le aparta
tambien.)

Zel. Aparta, Roquefort, yo te perdono.

(Cierran y vanse.)

ESCENA XIV.

LOTARIO.

¿Qué es esto? ¿Me desprecia... me perdona!

¡Perdon, desprecio! ¿á mí? ¿por vida mía!

Mas él en Roquefort, ¿qué pretendia?

¿Vengarse?... ¡y sin venganza le abandona!

Y esa esclava, ¿á qué vino si me abona?

Sueños son de mi loca fantasía.

¡Triste, triste de mí! sueño, deliro ..

Es ilusion cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV.

SALEN POR EL PUENTE ALGUNOS SOLDADOS DEL
CONDE Y PARTEN POR EL BOSQUE. DESPUES
ESTE, Y DETRAS ZELINA. HASSAN SE
ASOMA A LA MURALLA. EL CONDE AL SALIR
SE VUELVE, Y PERMANECIENDO EN EL PUENTE
CON ZELINA, LE DICE A HASSAN :

Conde. Con ese tercio en Burgos escogido
Guarda el castillo y que la Francia entera
Vea sobre sus torres mi bandera.

Has. Idos, conde y señor, con confianza.

(Vase Hassan. Zelina y el conde permanecen sobre el puente contemplándose

un momento, despues del cual el conde
la dice con voz solemne :)

Conde. Oye, mora, mis ojos han dormido,

Mas no mi corazon : de su venganza

La pasion justiciera se ha cumplido;

Ya cabe en él de amor una esperanza.

Zel., humilde. ¡ Señor!

Conde, con solemnidad y señalando

al cielo. No hay mas que un Dios

omnipotente.

Zel., resuelta. Al que vos adoreis mi fé
se humilla.

Conde. Y ese turbante...

(Zelina se desciñe el turbante y le tira al
agua.)

Zel. Tráguete el torrente.

Conde. Corona en su lugar pondrá Cas-
tilla.

Vamos.

(La toma de la mano y la mora besa la
suya.)

ESCENA ULTIMA.

LOTARIO.

Oigo crugir... alzarse el puente...

(Se alza el puente.)

Se van. ¡Oh! era su voz, estoy seguro...

La percibí entre el ruido del torrente

Hasta aquí resbalar lamiendo el muro :

¡ Miserable de mí! si á esa ventana

Me atreviera á llegar. . mas ¿qué vacilo?

¿ No era su propio sér esa africana?

Si, pobre corazon, late tranquilo :

Ella es su sér, su espíritu evocado

Al brio de mi voz... ¿qué hay que me aflija?

¿ Qué tengo que temer del padre airado,

Si en su nombre el perdon me da la hija?

Nada. Voy á asomarme con fiereza

(Se asoma.)

Y á ahuyentar la vision ensangrentada.

(Con alegría pueril.)

¡ Oh! ¡ no asoma, no asoma esa cabeza;

No suena, no, su horrible carcajada!

Cede mi estrella al fin; gozo... respiro...

Veo el monte y el parque... ¡ y no aparece!

Y alejarse de mí por él los miro

Al resplandor del alba que amanece.

¡ Son ellos! esa mora... ese hombre... ¡ necio!

Idos, idos en paz, gente menguada;

Idos y de mi orgullo y mi desprecio

Lleve el aire hasta vos mi carcajada.

(Suelta la carcajada, el eco se la devuelve.

Hassan clava en la muralla la bandera

de Castilla. Lotario retrocede espantado.)

¡Todavía está ahí! ¡voz del infierno!
 ¡Todavía me escuchas! ¡todavía
 Me devuelves con eco sempiterno
 Esta angustiosa carcajada mía!
 ¿Con qué vives conmigo eternamente?
 ¿Con qué no tiene fin este suplicio,
 Ni tiene mas destino ese torrente
 Que el de abrirme en su fondo un precipicio?
 No, no: huyamos de aquí... pronto, Argenti-
 na.

Genaro, ¡pronto á mí!...

(Va á salir por la izquierda y retrocede.)

¡Cielos! ¿qué es esto?

Sangre... Argentina... ¡vil, él te asesina!

¡Ya entiendo ahora su perdon funesto!

Lo comprendo. ¡Ay de mí! no seme esconde

El porvenir horrible que me espera:

Esa voz, esa sangre me responde...

(A la ventana.)

¡Ay! vuelve, vuelve, detestable conde;

Mátame, sí, mas no de esta manera.

(Cae sin sentido y concluye el drama.)

LOS DOS VIREYES,

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL CONDE DE VERGARA.
DON GARCIA DE ORELLANA.
DON RODRIGO DE LUZ, conde de
Monforte.
DIEGO.
ANGELINA.

UN JUEZ.
UN SOLDADO.
UN PESCADOR.
JUEGES, SOLDADOS ESPAÑOLES, PES-
CADORES NAPOLITANOS, MIEMBROS
DEL CONSEJO COLATERAL, etc., etc.

La escena es en Nápoles, el día 10 de noviembre de 1653.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio del virey suntuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcon á la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados. — Mesa con cubierta de terciopelo blasonada. Sillones, escribanía, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE VERGARA, VIREY.

¡Por Cristo!... esa vil canalla
No se contenta jamás.
¡Oh, no he de volverme atrás,
Ni rehusar la batalla!
¿Quiere el populacho guerra?
Pues habrá guerra y cruel.
Con tu sangre, pueblo infiel,
Fertilizaré tu tierra.

(Mirando por el balcon.)

Sí, retoñarán tus mieses
Granos con tu sangre rojos,
Y trocarán mis enojos
Tus frutales en cipreses.
Sangre habrá, duelos prolijos,
Y ¡vive Dios! que de hoy mas
En sangre te bañarás;
Sangre han de beber tus hijos.

ESCENA II.

EL VIREY; VARIOS INDIVIDUOS DEL CONSEJO COLATERAL CON TOGAS, ETC.; LOS SÍNDICOS, ETC.

Vir. ¡Hola! adelante, señores :
Entrad y dadme noticias
De esa rebelion.

Consej. Albricias
Os damos ya. Los traidores
Se han dispersado; está sola
La plaza, y Nápoles todo
Se calma del mismo modo
Ante la enseña española.

Vir. ¿Con que vuestra fiel ciudad
De Nápoles va ¡pardiez!
Por la vigésima vez
Contra su rey? En verdad
Que debiera con mas juicio
Andar en tales proezas,
Y no ofrecer mas cabezas
Al altar del sacrificio.

Consej. Señor conde...

Vir. Idos de aquí,
Señores, y no os dé empacho
En decir al populacho
Lo que vais á oír de mí.
Decid que mandé plantar

Una horca en esa plaza,
 Y en vez de azote y mordaza
 Sus cuerdas mandé emplear.
 Decidle que si pensó
 Escudarse con la ley,
 Ya no hay mas ley, ni mas rey,
 Ni mas tribunal que yo.
 Y al que murmure ó se asombre,
 Haré porque el resto calle,
 Matarle donde se le halle,
 Sea muger, sea hombre.
 ¿Lo habeis entendido bien?
 Pues id al pueblo á decirlo,
 Y tomadlo al repetirlo
 Para vosotros tambien.
 Si Nápoles no se humilla
 De Castilla al blando yugo,
 Se humillará del verdugo
 Bajo la corva cuchilla.
 Salid, y no os olvidéis
 Que si no cesa el tumulto,
 Hago degollar á bulto
 A cuatro por cada seis.

ESCENA III.

EL VIREY.

Yo pondré á esa chusma vil
 De pescadores soeces
 Como ellos ponen sus peces
 Prensados en el barril.
 Y si aun me osan levantar
 Una voz esos infieles,
 Sobre sus propios bajeles
 Se los sorberá la mar.

ESCENA IV.

EL VIREY, DIEGO.

Vir. ¡Hola, servidor leal,
 Te esperaba con ardor!
 ¿Qué hay por ahí?
Diego. Nada, señor.
 Ya está remediado el mal.
Vir. ¿Cuál ha sido la ocasion
 De esa bulla?
Diego. El santo celo
 De pedir de Masanielo...
Vir. ¿Qué?
Diego. La canonizacion.
Vir. ¡Diego!
Diego. No es mas que lo dicho:
 Esos pescadores ruines
 Que han dado en armar motines
 Con el mas terco capricho,

Su cadáver exhumaron,
 Y en procesion funeral
 De su amigo el cardenal
 Hasta el palacio llegaron.
 Hubo blasfemias atroces;
 Mendigos, viejos, muchachas
 Con faroles y con hachas,
 Pedian á grandes voces
 Que declarase por santo
 Al rebelde Masanielo,
 Mártir de Dios.

Vir. Y el capelo
 ¿Qué es lo que hacia entretanto?
Diego. Estarse como un huron
 Encerradito en su alcoba,
 Que no es su eminencia boba,
 Ni peca de imprevision.
 Ya el populacho impaciente
 Al ver señas tan inciertas
 En el cardenal, sus puertas
 Desvencijaba insolente.
 Mas todo ello concluyó
 Muriendo sus esperanzas,
 Cuando con setenta lanzas
 Metime en la plaza yo.
 El que en sus piernas no puso
 Su salvacion, la cabeza
 Perdió allí por su torpeza.
 Ya sabeis que este es el uso.
 Y á los minutos siguientes,
 Las mas bravas, en dos filas,
 Los tazones y las pilas
 Festonaban de las fuentes.
 Con lo cual, los que escaparon
 De esta justicia agarena,
 Sin duda en cabeza ajena
 Escarmentando callaron.

Vir. Tu lealtad no se acrisola
 Hasta sacar con sigilo
 El ovillo por el hilo:
 Esa hoguera no arde sola.
Diego. Teneis razon; mas espero
 Que con el cabo en que toco,
 Tirando poquito á poco
 Sacaré el ovillo entero.
Vir. Veo, Diego, tu destreza.
Diego. Y os asombrará algun dia:
 O soy ó no soy espía.
Vir. ¡Con que todo...! pues empieza.
Diego. De estas revueltas el germen
 No está en el pueblo que grita;
 El cardenal, que os evita,
 Y el viejo duque no duermen.
Vir. ¿El de Guisa?
Diego. O yo estoy ciego
 O ese ovillo y esa hoguera
 Átan y soplan de fuera
 Los dos; escuchadme, os ruego.

Hará como unos tres meses
 Que á una muger misteriosa
 Trajo á esta ciudad dichosa
 Un barco de portugueses.
 Tomó esta desconocida
 Tal precaucion en taparse,
 Que fué inútil afanarse
 En averiguar su vida.
 Jamás abrió sus balcones,
 Ni alzó su velo tupido
 A un saludo comedido,
 Ni á las nocturnas canciones.
 Y aunque su garbo promete
 Libertad, nobleza y oro,
 No desmintió su decoro
 Ni un regalo, ni un billete.
 Nadie su casa visita;
 Los nobles mas perspicaces,
 Los mancebos mas audaces
 Desesperan de una cita.
 No pasa por sus dinteles
 Ni paguecillo ni dueña
 A quien el dinero empeña
 En dar ó tomar papeles.
 Solo un sombrío escudero,
 Con traje ó disfraz de España,
 En silencio la acompaña
 Frio como ella y severo.
 Y envuelto en su capa oscura,
 Con su espadon abrazado,
 Con militar desenfado
 Por donde va la asegura.
 Mas, señor, hablando en plata,
 Jamás se la vió pasar
 Sino para ir á rezar

Vir. ¿Adónde?

Diego. A la *Incoronata*.

Vir. ¡A la *Incoronata*!

Diego. Sí,

En la iglesia mas vecina
 De la calle Catalina.

Vir. ¿Vive esa muger allí?

Diego. Allí vive.

Vir. ¿En una casa

De seis balcones?

Diego. ¡Por Dios!

¿La conoceriais vos?

Vir. Tengo una noticia escasa
 De esa muger.

Diego. No sé cómo,
 (Con intencion.)

Porque un hombre hay solamente
 Que logró hablarla audazmente,
 Y aunque jamás tuvo asomo
 De favor con la hermosura,
 Rondó de noche á sus rejas,
 Y aunque entonó amantes quejas
 Bajo de ellas se asegura...

Mas sin duda el escudero
 Salió una noche al cantor,
 Porque hubo en una rumor
 Tras del cántico, de acero,
 Y el músico no volvió.

¿Mas qué teneis?

Vir. Impaciencia

De oír tanta incoherencia
 Como tu labio ensartó.

¿Qué diablos tiene que ver

Con esta conspiracion

Ese page, esa cancion,

Ni ese hombre, ni esa muger?

Diego. Idos, señor, poco á poco,

Que si os dignais escuchar,

En ella habreis de encontrar

De esta rebelion el foco.

Vir. Muger, tan jóven, tan sola...

Eso es imposible, Diego.

Diego. Mudareis de opinion luego

Que sepais que es española.

Vir. ¡Española!

Diego. Sí, escuchad.

Visteis de ayer la horrorosa

Tormenta.

Vir. Sí, sí; espantosa

La mar estubo en verdad.

Diego. Pues bien, á la hora postrera

De esta noche tan fatal,

Víctima del temporal,

Zozobró aquí uua galera.

Toda su tripulacion

Se hundió en el mar irritado:

Solo un hombre pudo á nado

Encontrar su salvacion.

Con serena bizzaría,

Con invencible constancia,

Ni le arredró la distancia,

Ni temió la mar bravía.

Luchó por mas de una hora

Contra las ondas, y al cabo

Agotó su aliento bravo

Al despuntar de la aurora

Con sus primeros albores

Desde su barca le vieron,

Y en ella le recogieron

Unos buenos pescadores.

Este hombre, pues, cuya edad

Pasa ya de años cincuenta,

Mas que tiene de los treinta

El brio y la agilidad,

Traia colgado al cuello

De metal un cajoncillo

Y en un dedo un grueso anillo

Con blasones y con sello;

Rezó un momento, el tesoro

Guardó que en la caja encierra,

Y pagó el saltar á tierra

Con una cadena de oro.
Desapareció en seguida
Por oscura encrucijada
Sin que dejase marcada
Su huella desconocida.
Y de mi gente mas lista
Los ojos mas perspicaces
No han sido hasta ahora capaces
De rastrearle la pista.

Vir. ¿Mas qué tiene, pesiami,
Todo ese cuento que ver
Con aquella otra muger?

Diego. Oid, que vamos ahí.
Por lenguas que una vecina
Nos dió, sospecha certera
Tuvimos de esa estrangera
De la calle Catalina.

En su casa sospechamos
Que estaba el náufrago oculto,
Y hacè media hora que á bulto
En ella nos presentamos.
Asaltamos con sigilo
Su alcoba, tras visto todo.

Vir. ¿Y estaba?

Diego. De ningun modo :
Reposando muy tranquilo
En su propio lecho hallamos,
No al náufrago misterioso,
Sino al mozo mas hermoso
Que haber visto recordamos.

Vir. ¡Voto vá!

Diego. Los veinte abriles
Contará apenas tal vez :
Pero es un mozo ¡pardiez!
Gentil entre los gentiles.

Vir. Concluye en fin...

Diego. Con voz fiera
Nos dijo insultos atroces,
Mas yo desprecié sus voces,
Y hallé al fin esta cartera
Bajo de su almohada.

Vir. A ver. (La mira.)
¡Cartas del duque de Guisa!

Diego. Por eso con tanta prisa
Os las vine yo á traer.
Y este retrato ademas

(Date un medallon.)

Que tomé del cuello de ella,
Por si aclaraba la huella
De algun rebelde quizás.

Vir. Dame : es de un hombre y anciano.

Diego. ¡Qué noble fisonomía!
¿Le conoceis?

Vir. No á fé mia,
Pero es de maestra mano.
Mas ese mozo...

Diego. Le traigo
Preso.

Vir. ¿Y la jóven?

Diego. Ahora
Clamando por veros llora
En la antesala.

Vir. Ya caigo.
Quiere por ese traidor
Su hermosura interponer.

Diego. Dice que espera mover
Vuestro corazon, señor.

Vir. Diego, tráemele al momento.

Diego. ¿Ver su esclencia no quiere
A esa muchacha?

Vir. Que espere
En el próximo aposento.

ESCENA V.

EL VIREY

¡Ira de Dios, ella es!
Ella... mas juro á los cielos
Que él aplacará mis zelos
Agonizando á mis piés.
¡Ah! todo lo veo claro ;
¡En huirme tanto afan
Era por ese galan!
Pero ha de costarle caro.

ESCENA VI.

EL VIREY; DON RODRIGO, ENTRE
SOLDADOS; DIEGO.

Vir. (¡Gallardo mozo en verdad!)
¿Con que eres tú ese villano
Que osa con traidora mano
Del rey á la majestad?

Rod. Señor conde de Vergara,
Mudad si os place de tono,
Que es fácil que tanto encono
Os salga luego á la cara.

Vir. ¡Infame!

Rod. Señor virey...
Yo tengo un nombre mejor,
Que puede con mucho honor
Servir aun al mismo rey.
Yo me llamo Don Rodrigo
De Luz, conde de Monforte,
Y no hay uno en vuestra corte
Que se compare conmigo.
Y á los nobles, vive Dios,
No podeis en juicio osar,
Porque sus culpas juzgar
Toca al consejo, no á vos.

Vir. Si lástima no tuviera
A vuestra edad tan temprana,
Monforte, el sol de mañana
Ya para vos no saliera.

Que aunque decís, con razon,
Que no puedo á un noble osar,
Puedo sin embargo ahorcar
Un reo de alta traicion.

Rod. ¡Yo traidor!

Vir. Pruebas son hartas

Que os pueden matar y aprisa,
Del noble duque de Guisa,
Conde Rodrigo, esas cartas.

Rod. ¡Esas cartas que son obra
De algun esbirro impostor!

Vir. Para llamaros traidor

Con cualquiera de ellas sobra.
Pero dejemos á un lado
Cuestion que nos sienta mal,
Y que justo el tribunal
Fallará por de contado;
Vos sois noble y me habeis hecho
Tan á tiempo esta objecion,
Que renuncio con razon
De juzgaros el derecho.

De próceres tenéis, sí,
Un tribunal competente,
Y no hay miedo que yo atente
A vuestros fueros allí.

Nada de eso; mas con todo,
En calidad de virey,
Con los traidores al rey
Me cumple obrar de otro modo.
Por lo cual, antes de ir
Al tribunal que apelais,
Quiero yo que me digais,
Y os ruego que sin mentir,
¿Qué relaciones os ligan
A una jóven estrangera?

Rod. Es impostura grosera,
Señor, cuanto de ella os digan.

Vir. De estar como vos la acusan
Puesta en comunicacion
De vuestra conspiracion
Con las cabezas.

Rod. ¡Oh, abusan
De vuestra bondad, señor,
Es inocente!

Vir. Mancebo,
No sé lo que de ella debo
Pensar por vuestro temor.

Rod. Es inocente, os lo juro,
Señor virey; lo demas
Un secreto es que jamás
Saldrá de mí.

Vir. Os aseguro,
Señor Monforte, que tengo
Resuelto saberlo todo
Y lo direis.

Rod. De ese modo,
Señor virey, os prevengo
Que tan jóven como soy

Tengo un alma tan entera,
Que sin deciros muriera
Lo que en callaros estoy.

Vir. Bravatas de vuestra edad;
Si yo os pongo en la tortura,
A pesar de esa bravura,
Confesareis la verdad.

Rod. Señor conde de Vergara,
Antes que sufrir tal mengua,
Os escupiré la lengua
Desde el tormento á la cara.
¡Tortura á mí! ¡vive Dios!
Antes que hablara yo en ella,
Se apagaria la estrella
De uno de nosotros dos.
Aquí vendria mañana
Injuria tan afrentosa
A vengar la generosa
Nobleza napolitana.
Y el pueblo, que os aborrece,
Con ella unido á la vez,
Vuestra tirana altivez
Pagara como merece.

Vir. Siempre las revueltas olas
De esa servil muchedumbre
Cederán segun costumbre
A mis lanzas españolas.

Rod. No os fieis tanto, señor,
Que aunque pobres pescadores,
Contra duros opresores
Su fé les dará valor.

Vir. Basta : vuestra audacia iguala
Vuestra perfidia ; y oid
Un buen consejo.—Salid. (*A los guardias.*)
Diego, espera en la antesala.

(*Salen los guardias y Diego.*)

ESCENA VII.

EL VIREY, RODRIGO.

Vir. Oídme, jóven conde de Monforte.
He hecho salir á todos esos testigos cuyos
oidos torpes, oyendo mal lo que nada les
importa, podrian interpretar peor palabras
que no estarian en estado de comprender.
Ahora pues que estamos á solas, voy á daros
un consejo que espero no despreciareis por
lo mucho que os interesa.

Rod. A la verdad que no alcanzo, señor
virey, el verdadero sentido que queréis dar
á tan retórico circunloquio ; pero ya os he
dicho que desprecio vuestras amenazas, y
espero á mi vez que no tendreis el orgullo
de creer que vuestros torcidos consejos ha-
rán mas mella en mi corazon.

Vir. De todas maneras, oid lo que os
quiero aconsejar.

Rod. Decid, que os escucho.

Vir. Vos sois aun muy jóven para conocer el mundo y las pasiones tal como son en sí; engañosas y corrompidas. Sois, digo, muy jóven, y me desagradaría veros ir al cadalso con la frente serena y con heroica resolución por una causa indigna de un alma tan noble como la vuestra.

Rod. Os he dicho, y os lo repito por última vez, señor conde de Vergara, que no tengo parte alguna en la conspiracion presente, y que esas cartas del duque de Guisa son una impostura infame.

Vir. No es de eso de lo que se trata ahora. No son las cartas del duque, ni la conspiracion, la causa indigna de vos; no: puesto que teneis un tribunal competente que os juzgará, si estais inocente como decís, si no habeis conspirado como aseguraís, nada teneis que temer de la reñitud de vuestros jueces. De lo que yo quiero hablaros es de esa estrangera.

Rod. ¡Señor virey!

Vir. ¡Oh! veo que la amais con toda la sencillez de vuestro corazon y de vuestros veinte y dos años.

Rod. Pues bien. Sí; la amo, la idolatro. Hace mucho tiempo que mi existencia no tiene otro halago ni otra esperanza: pero el origen de esta pasion con cuyo encanto vivo, la razon oculta de mis relaciones misteriosas con esa jóven son un secreto de familia que nadie tiene derecho á escudriñar, y cuya confesion os protesto que no arrancarán á mis labios ni vuestras amonestaciones, ni vuestra tortura.

Vir. Estais trastornado, buen jóven; vuestra imaginacion fascinada os hace ver esapasionpor un prisma encantado que embellece y perfecciona cuanto toca al objeto que os la alimenta. Pero creedme, no comprometais vuestros dias, el lustre de vuestro nombre y el reposo de vuestra madre por una muger, que abusando de vuestra ciega confianza os paga muy mal la buena fé con que la entregais vuestra alma inesperta.

Rod. ¡Vive Dios, señor virey, que los que han calumniado en vuestra presencia á esa infeliz criatura han mentido como villanos!

Vir. Acordaos de que empleo inmensos caudales en mantener una severa quanto necesaria policia, cuyos individuos tienen obligacion de penetrar hasta los secretos mas íntimos de las mas oscuras familias. Acordaos de que esa muger, que ha escitado mis sospechas hace algun tiempo, ha sido seguida, espia da por todas partes, de noche y de dia; y que no ha dado un paso, no ha pro-

nunciado una palabra, no ha exhalado un suspiro que no haya venido á retumbar en los oidos del virey de Nápoles, quien os asegura que sois victima de su falsedad.

Rod. Penetro todo el veneno de vuestras frases, señor virey. Quereis vengaros de la firmeza que os he manifestado, del desprecio que he hecho de vuestras amenazas fiado en mi razon y en la nobleza de la clase á que pertenezco, y quereis emponzoñar mi alma, envolviéndola en las tinieblas de la duda, acerca de lo único en que creo y espero despues de Dios: en el amor de esa muger. Pero os habeis equivocado; la conozco mas de lo que pensais, leo en su corazon mejor que vos en el mio, y me atrevo á juraros por las cenizas de mi padre, que no hay en todo Nápoles un solo hombre que pueda jactarse de haber visto el brillo de sus ojos, ni de haber escuchado el encanto de sus palabras.

Vir. ¡Pobre jóven! me dais compasion. ¿Qué diriais si yo os presentara uno cuyos ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus piés pidiendo misericordia?

Rod. Eso es imposible, virey.

Vir. ¿Y si no lo fuera?

Rod. Repito que es imposible, y si hubiese algun comprado impostor que se atreviese delante de mi á sostener tamaño absurdo, por Dios que serian las últimas palabras de su vida, porque yo se la arrancaria donde quiera que le encontrara.

Vir. Pues bien, vos mismo sereis juez en este asunto; voy á mandar que introduzcan á esa muger en este salon, y vereis, noble conde, como no es vuestra presencia lo que mas va á sorprender á la señora de vuestros pensamientos. ¡Hola, Diego!

ESCENA VIII.

DICHOS, DIEGO.

Diego. ¿Qué mandais, señor?

Vir. Haz entrar á esa muger, acusada como cómplice del noble Don Rodrigo de Luz, conde de Monforte. (*Al conde.*) Espiad bien el momento en que pase el dintel de esa puerta, y preguntaos á vos mismo á quién de los dos reconoce mas pronto.

ESCENA IX.

EL VIREY, DON RODRIGO, ANGELINA.

Ang. Señor, si hay en vuestra alma... ¡Cielos, amparadme! (*Caee de rodillas á los piés del virey.*)

Rod. ¡Ira de Dios! ¡Angelina!

Vir. Silencio, mancebo: ya veis que hay un hombre en Nápoles que no solo ha visto el brillo de sus ojos, y oído el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avergüenza y se postra.

Ang. ¡Señor virey!

Vir. Silencio digo. ¿Y sabéis, jóven, porqué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro ademas de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha jurado delante de otro que un voto indisoluble la prohibía oír las palabras de ningun hombre; y esto ya podeis conocer, buen Don Rodrigo de Luz, conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del virey de Nápoles.

Ang. No, señor virey, mil veces no.

Vir. Hareis muy mal en dar crédito á sus voces: será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

Rod. Dime, Angelina, dime por piedad que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime que no le conoces, que no le has visto jamás.

Vir. ¡Oh! eso sí que no podrá negarlo.

Ang. Yo no sé mentir: le he visto.

Vir. Y hablado, señor Monforte. ¡Hola!

Rod. Un momento, señor virey; un momento, por cuanto caro tengais en el universo.

Vir. ¿Qué quereis?

Rod. Un instante de esplicacion acerca de lo que acabo de oír: ¡oh! una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaria: os lo aseguro.

ESCENA X.

DICHOS, DIEGO, GUARDIAS.

Vir. Guardad en el aposento inmediato á este noble jóven.

Rod. Conde de Vergara, teneis un corazon de hiena, y os digo que sois un vil y un miserable.

Ang. ¡Perdon, señor, perdon!

Vir., á Angelina. Apartad. La esplicacion que me pedis, voy á tenerla yo con esta dama; y de sus respuestas depende solo vuestra salvacion y vuestra existencia. Id,

pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del virey.

ESCENA XI.

EL VIREY, ANGELINA.

Ang. Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fué jamás engañaros, pero habia jurado guardar silencio. ¿A qué negároslo, señor? Yo veia que me seguiais por todas partes: oia por las noches las canciones de vuestros músicos al pié de mis ventanas: os encontraba siempre inmóvil y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora l'Incoronata, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los míos por cima de vuestro embozo, y á través de mi espeso velo. Pero yo no podia corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podia con vos, que habiais venido dos veces con sacrilega audacia á arrodillaros á mi lado, para dejar caer en mis oídos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los días y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegarme al altar de nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. ¡Ah! todo lo sacrificué, porque siempre aguardaba que vuestro amor...

Vir. ¡Mi amor, miserable criatura! mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fué una chispa inflamada al soplo de un pasajero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazon, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego mas devorador, el de los zelos. Miserable, me hablabas de un voto que te prohibia escuchar las palabras de los hombres, ¿y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galan preferido y un enemigo del estado?

Ang. Plenadme de injurias, señor; descargad sobre mí toda vuestra cólera: y no imploro vuestra misericordia mas que para él. Os juro mil veces por la Virgen Maria que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador. — Pero es una infame falsedad, porque yo se las vi sacar de su jubon antes de ponerlas en nuestro lecho. ¡Oh! yo no soy mas que una infeliz muger; pero si vos no dais crédito á mis palabras, sabré repetirlas en alta voz delante de todo el mundo.

Vir. Y nadie te creará, porque estás acusada de ser su cómplice; y porque, aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas, y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harían mas que agravar la mala causa de tu amante.

Ang. ¿Y qué habeis visto en mí, señor virey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habeis hallado para aplicarme un título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces mas espeso que el de las doncellas napolitanas? ¿Será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la nobleza de mi sangre? ¿O será porque mis oídos, señor conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? ¡Por vida mia! medita mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputacion de las mugeres, porque dareis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgais á equivocar como ahora con una impúdica cortesana á la condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldon que acabais de hacerla.

Vir. ¡Vos condesa de Monforte!

Ang. Sí, señor virey, esposa de Don Rodrigo.

Vir. ¡Su esposa! ¡Oh! circunstancia es esta que no le librará del cadalso.

Ang. ¡Perdon, perdon! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os pretesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiracion alguna. ¿Qué tiene de comun un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor, quiero revelaroslo todo, porque al fin es fuerza que lo sepais para que nos hagais justicia. — ¡Hemos sido tan desdichados!...

Vir. ¿Vas á darme algunas noticias de los demas jefes de esa conspiracion?

Ang. ¡Ah! nada sé de eso, señor. — ¡No os he dicho ya que somos inocentes! Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su país. ¡Oh! es una historia completa. Si os dignais oírme un momento, os convencereis de nuestra inocencia. Yo perdí mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

Vir. ¡Española!

Ang. Sí; recibia mi educacion lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosias y de los rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo

mancebo que venia todos los dias á nuestros officios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigian á suplicar al cielo que le permitiese volver á su patria, y abrazar á su pobre madre que le lloraba... y la compasion hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su país, no tuve valor para renunciar á su cariño, y hui con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afan, los medios que tuvimos que adoptar... Perdonadme, Dios mio, tan vergonzosa confesion.

Vir. Continudad, continuudad.

Ang. Anduvimos errantes noche y dia como delincuentes perseguidos por la maldicion divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me vi á las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos recogí en su casa con evangélica piedad un sacerdote de una escondida aldea: y advertida de que llegaba el término de mis dias, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase: encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moria, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hizolo así el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrará mi salud, y antes de volver á emprender nuestro viaje, escuchó nuestra confesion y bendijo nuestro himeneo. Seguí á mi esposo, y no he querido desengañar á mi padre, que me cree muerta, porque juró vengarse cruelmente de mi pobre Rodrigo. Esta es mi historia, señor, y hé aquí porque nos ocultáramos en las sombras del misterio... Y sin embargo, yo adoro á mi padre, y me atrevo por fin á haceros una súplica postrera.

Vir. ¿Cuál es?

Ang. Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron vuestra casa. Si así lo haceis, rogaré por vos como lo hago por él todas las tardes en el templo de la Incoronata, donde me visteis por la primera vez. — Ya sabeis, pues, quién somos; ya veis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este país, que somos inocentes: servios, pues, mandar dar libertad á Rodrigo; que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos aunque sea contra sus mismos conciudadanos de Nápoles.

Vir. Pues bien, ya que eres la esposa de Monforte, yo te perdono.

Ang. ¡Oh! ¡cómo pagaros, señor, vuestra generosidad!

Vir. Poniéndote bajo mi protección.

Ang. ¡No, jamás!

Vir. Con esa condición podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aquí: de otro modo mandaré al punto reunir el tribunal secreto; y falsas ó verdaderas las cartas del duque de Guisa, le llevarán á morir en el cadalso.

Ang. Hombre vil, ¿para esto me escuchaste con sangre fría la historia de nuestras desventuras?

Vir. Elige, pues.

Ang. No, no, mil veces no: primero consentiré en que rueden nuestras cabezas escarnecidas por la hez del populacho.

Vir. Sea. — ¡Diego!

ESCENA XII.

ANGELINA, EL VIREY, DIEGO.

Vir. Conduce á esta muger á uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto á ese mancebo.

Ang. ¡Mónstruo! caiga sobre tí la ira del cielo.

Vir. Basta. — Diego, haz que dentro de una hora se reúna el consejo secreto en este mismo salon. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, condesa de Monforte. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ANGELINA, DIEGO, GUARDIAS.

(*Los guardias conducen á Angelina en medio de ellos hácia la puerta secreta de la izquierda: al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.*)

Diego. Conducidla, con todo el miramiento de que seais capaces, á la prision mas cómoda del palacio. Y cuenta con que os atrevais ni á dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

ESCENA XIV.

DIEGO; DON RODRIGO, QUE SE PRESENTA A UNA SEÑAL DE DIEGO.

Diego. Venid, jóven.

Rod. ¿Adónde vamos?

Diego. A los calabozos de palacio. Pero

desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

Rod. ¿Qué quieres de mí, miserable?

Diego. Quiero sacaros de un error para consuelo de vuestra alma: quiero daros una pauta segura para que conozcais á vuestros amigos, y los distingais de los que no lo son.

Rod. Yo desprecio la amistad de gentes tan infames como los esbirros del virey de Nápoles.

Diego. Poco á poco, caballero, poco á poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidéis que no os he faltado á la consideración que mereceis, y que he permitido que me llenéis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habeis fulminado á mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio á esa jóven á quien amais, mas bien como una imágen que se lleva en procesion, que como una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor cuanto que conozco al individuo que introdujo al despertaros bajo vuestra almohada unas cartas del duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jubon el individuo de quien os hablo.

Rod. ¿Y quién es, ¡vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

Diego. Yo, señor mancebo, yo mismo.

Rod. ¡Tú!

Diego. Escuchadme, señor Monforte, y despues sereis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El virey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la Incononata. A beneficio de su disfraz la habló él mismo estas dos veces. La primera fué despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supiéseis vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedia escuchar la voz de los hombres. Todo lo demas que el virey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

Rod. ¡Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazon.

Diego. Oid. El virey creia ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponía á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas escursiones, y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo le he seguido como una sombra, me he arrastrado como una culebra por las calles mas solitarias, he trepado como una astuta

zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado como un huron entre los confesonarios de la Incoronata, y todo lo he visto, todo lo he oído... y le he probado bien á su costa, que ha tenido mucha razon en elegirme para su espía favorito.

Rod. Concluid, que me teneis impaciente, y no comprendo...

Diego. Ahora bien, respondedme francamente á la pregunta que voy á hacer. Cuando hace dos años el virey insultó á las mugeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio, y degolló la mitad de su guardia: ahora que el virey ha insultado á las mugeres de los nobles, ¿qué harán los nobles á su vez?

Rod. ¿Adónde vais á parar?

Diego. Yo detesto al virey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: « Conde de Monforte, el virey trata de robaros vuestra esposa, » me hubierais contestado que mentía como un bellaco. Si os hubiera dicho: « Conspirad con nosotros para derrocar al virey, » me hubierais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio mas seguro: el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reune aqui mismo dentro de una hora, y el virey obtendrá sin duda vuestra condena, porque está ciego por vuestra muger. Ahora, conde de Monforte, ¿quereis uniros á la plebe para derrocar al virey?

Rod. ¿Y quién me responde de tí?

Diego. Os daré la libertad.

Rod. ¿Y á Angelina?

Diego. ¡Oh! esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

Rod. No quiero: ó los dos, ó nadie.

Diego. Pues bien, escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el virey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos, y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuración mal ahogada por mí en la noche anterior fermentará sordamente robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del virey en venganza de la vuestra. ¿Dudais? Veo que no teneis fé en mi resolución, porque ignorais las razones que tengo para odiar al virey. Pues bien, yo soy español como él, y tenía una muger como vos la teneis ahora: él la vió, como ha visto á la vuestra...

Rod. Basta: ¿cuándo he de escribir esa carta?

Diego. Ahora mismo, en vuestro calabozo.

Rod. ¿Cuándo estará en poder de mi madre?

Diego. Dentro de diez minutos.

Rod. Vamos: pero si me vendes, Dios será mi vengador.

Diego. Os daré todavía otra seguridad.

Rod. ¿Cuál?

Diego. Pondré á vuestra muger en vuestro mismo calabozo, hasta que os traiga la respuesta del cardenal.

Rod. Acepto, y toma. (*Le tiende la mano.*)

Diego. Apretad, y vamos. (Y mañana, señor virey, amanecerá Dios y medraremos.)

(*Diego conduce á Don Rodrigo por la misma puerta por donde llevaron á Angelina, y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL VIREY; LOS CINCO JUECES DEL CONSEJO SECRETO SENTADOS AL REDEDOR DE LA MESA; ANGELINA, SENTADA EN UN TABURETE SIN RESPALDO.

Juez. En fin, señora, si os obstinais en no contestar á las preguntas del tribunal, se verá precisado á usar con vos medios mas severos, ó creará por vuestro silencio que, conociéndoos culpable, no teneis razones con que defenderos.

Ang. El tribunal de los hombres juzgará como quiera; Dios, que en el suyo ve mi corazon, no me abandonará á su injusticia.

Juez. Dios no favorece nunca á los culpables, y los jueces de la tierra tomarán en cuenta á imitacion suya la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servios pues contestar ingénuamente.

Ang. Servios, señores, de no molestaros en preguntar mas á quien está resuelta á morir primero que contribuir con una respuesta ambigua á la perdicion de una persona á quien está ligada con los vinculos mas sagrados. Sí, señores, repito por última vez que no contestaré á vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien la sutileza con que enredaríais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me haríais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazon tuviera parte en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores, lo sé muy bien, y sé

que delante de vosotros se afirman cosas que jamás nos han pasado por la imaginación.

Vir. Es inútil, señores, insistir en ello. Esa pobre muchacha está trastornada y sería imposible hallar coherencia en sus pensamientos. Sus declaraciones además servirían de poco, siendo, como su esposo, acusada de una traición cuyos datos posteriores están igualmente patentes en contra de ambos.

Juez. Os concedemos pues una hora más para que mediteis las cuestiones sobre que habeis sido interrogada, y si en ella no las satisfacéis en vuestro favor, el tribunal os aplicará la pena que las leyes señalan á los traidores.

Ang. Mi fé me promete que llegará un día en que los acusados podrán pedir á sus jueces cuenta de sus juicios ante un tribunal que no estará sujeto á error, y os protesto, señores, que en ese día infalible mi voz y mi inocencia se levantarán contra vosotros.

Juez. Llevadla. (*Tocan la campanilla.*)

Ang. Vamos.

ESCENA II.

EL VIREY, LOS JUECES.

Vir. Esa jóven, señores, es española. Conozco la firmeza de carácter que aquel país inspira á sus hijos y creo que los medios rigurosos no harán más que acrisolar el fiero valor de esa muger. Me atrevo á proponeros, pues, que mandéis á su calabozo un confesor que merezca vuestra confianza, cuyas suaves y cristianas amonestaciones lo conseguirán todo de su fé sencilla. Los españoles no reniegan nunca de la religión que profesan.

Juez. Así se hará. Pasemos si gustais, señor virey, al juicio del otro acusado.

(*Con una señal afirmativa toca el virey la campanilla y se presenta Diego.*)

Juez. Introducid al conde de Monforte. (*Vase Diego y vuelve con Don Rodrigo.*)

ESCENA III.

EL VIREY, DON RODRIGO, LOS JUECES.

Juez. ¿Sois Rodrigo de Luz, conde de Monforte?

Rod. Jamás he negado el nombre que llevo, y ahora lo intentaría menos que nunca. Creo que mi nombre no tiene muy gratos

recuerdos para vosotros, y me complazco en repetiroslo para sonrojaros.

Juez. Acercaos á jurar sobre estos evangelios que vais á decir la verdad en cuanto el tribunal tenga á bien demandaros.

Rod. El conde de Monforte no ha manchado jamás su lengua con el perjurio, y su palabra vale tanto como el más solemne juramento.

Juez. Mirad, jóven, que el tribunal tomará en cuenta la arrogancia de vuestras palabras.

Rod. Está dicho, señores.

Juez. Mirad que se os acusa de rebelión, y que todos sabemos que á pesar de vuestra corta edad habeis sido proscrito con vuestro difunto padre por haber hace pocos años coadyuvado á la sublevación del pueblo con el infame pescador Tomás Aniello. Mirad que no hemos olvidado que hasta la caída del duque de Arcos no habeis podido volver á vuestro país, y que vuestra madre lo ha conseguido ahora á fuerza de intrigas. Mirad que el rebelde duque de Guisa os da en estas cartas poderes amplos hasta para suministrar al populacho dinero y armas contra su legítimo gobierno. Mirad...

Rod. Basta, señor juez, basta. Todo el mundo sabe que mi familia ha sido siempre amiga del pueblo, y que por más que sus individuos descendan de sangre de príncipes, no han olvidado nunca que Nápoles es su patria. Yo tampoco lo olvidaré, y os aseguro que, aunque mi espada esté guarnecida de oro y mi armadura sea la más rica que haya salido de las armerías de Milan, no me avergonzaré de esgrimir la una y ostentar la otra al lado de los arpones y los desnudos pechos de los tostados pescadores de Nápoles.

Juez. Reparad que estais corroborando las acusaciones que pesan sobre vos, y que esto solo bastará para probar al tribunal...

Rod. ¡Ira de Dios! Protesto solemnemente contra la competencia de este tribunal, en donde quereis juzgarme como rebelde para que no asistan á él los próceres que solo pueden juzgar á los individuos de la clase á que pertenezco. Sí, señores, protesto contra un tribunal donde no veo más que á enemigos personales míos, que harto cobardes para atacarme de frente, se cobijan bajo las leyes para saciar su venganza. ¿Y porqué no se halla entre vosotros Ludovico Fignatelli? ¿Donde están los dos Carafas? ¿Dónde Ferrante San Severino? Cuando estos miembros se reúnan os tendré por tribunal competente. No á vosotros

solos que todos habeis recibido beneficios de mi familia, que no querreis confesar, porque se los habeis pagado indignamente. ¡Vive Dios! ¿A quién de vosotros demandaré justicia? ¿Será á ti, viejo principe de Celamoro, que debes la vida á mi padre? ¿A vosotros, Carlos Caracciolo y Hector Calpelcelatro, cuyas deudas ha satisfecho mi madre? ¿A ti, duque de Maddaloni, á quien yo escondí bajo mi lecho, cuando el pueblo napolitano ofrecia cien ducados de oro al que presentase tu cabeza? Ya veis que os conozco bien, para fiar de vosotros. Pero existe una inocente en quien quereis hacer caer el fallo de vuestra injusta sentencia, y aun ignorais el motivo que la ha conducido á vuestros piés, y voy á decíroslo, para que no incurrais en un error. Porque tuvo la osadía de resistirse á quedar infestada por el impuro aliento de ese libertino hipócrita que os ha reunido aquí.

Juez. Jóven, moderad vuestra lengua, ó nos pondreis en la precision de sujetárosla con una mordaza.

Vir. Dejadle decir, señores; su misma cólera atestigua la imposibilidad en que se halla de negar su crimen. Dejadle.

Rod. Señor conde de Vergara, una cosa me resta que deciros, y es que sois un cobarde, y que si algun dia, despojado de vuestras insignias de virey, os encontrais cara á cara conmigo, os lo repetiré en alta voz en cualquier lugar en que nos hallemos.

Vir. Y yo os despreciaré como ahora, mancebo.

Rod. Pues bien, si entonces como ahora no me contestais, porque entonces como ahora me teneis, yo os obligaré á desnudar vuestra espada, haciéndoos una injuria que no podais lavar sino matando ó muriendo.

Juez. ¡Hola! (*Toca la campanilla y aparece Diego.*) Volvedle á su calabozo.

Rod. Sí, sí, llevadme; pero no iré sin deciros que, sea cualquiera la suerte que me prepareis, la arrostraré con fiereza, y os despreciaré como mereceis. Vamos.

Diego. Vamos.

ESCENA IV.

EL VIREY, LOS JUECES.

Juez. Admirable ha sido, señor virey, vuestra paciencia con ese jóven.

Vir. La ira, señor juez, no debe tomar parte por la justicia, cuando la justicia es desapasionada y recta. Si el puñal de los

conjurados no hubiera amenazado mas que á mi pecho, si solo se tratase de mí, nunca hubieran comparecido esos jóvenes ante vuestro respetable tribunal. Yo lo hubiera sacrificado todo á las consideraciones debidas á la nobleza napolitana, acreedora á mis respetos y simpatias; pero tratándose de súbditos rebeldes á su majestad, tengo, á pesar mio, que llenar este sagrado deber, que Dios sabe hasta qué punto me es penoso y repugnante. Solo os suplico, señores, que al fallar vuestra sentencia no os acordeis de las amenazas y dicerios que ese acalorado jóven ha tenido la audacia de dirigirme. Cumplid, nobles señores, todos los deberes que la justicia y la seguridad de vuestro país exigen; pero sed mas benignos que severos. En cuanto á mí, declaro solemnemente que si, como ejerzo ante vosotros el terrible ministerio de fiscal, tuviera voto decisivo en el consejo, tendria presente, al sentenciar, la juventud, la inesperienza y la desgracia de los criminales. No lo olvidéis pues, y pasad, si os place, á ese gabinete, porque yo no puedo asistir á vuestra secreta votacion.

Juez. Esa clemencia y esa bondad os honran mucho, señor virey, y tendremos presente al administrar la justicia las virtudes de vuestra persona ultrajada.

Vir. Id pues, nobles señores, pero que no sea esa la razon que mas pese en vuestra balanza.

ESCENA V.

EL VIREY.

Id, mentecatos, id: y no os olvidéis de dorar el temor que me teneis con las virtudes que me encomiais. Id á pensar una sentencia, con la cual me querais tener agraciado, cuando no sois mas que las figuras que el jugador coloca y mueve sobre su tablero. Encareced como política y clemencia la fascinacion que ejerzo sobre vosotros, porque con la misma política con que os obligo á servirme obligaría á otros á hundiros en el polvo de que os he sacado. — ¡Diego!

ESCENA VI.

EL VIREY, DIEGO.

Diego. ¿Señor?

Vir. ¿Se ha buscado ese sacerdote que ha de recibir la confesion de ese jóven?

Diego. Sí, señor escelentísimo: hemos dado la comision á un reverendo monge,

cuya inteligencia ha servido ya al tribunal en semejantes ocasiones.

Vir. Me has comprendido perfectamente.

Diego. Este monge tiene toda la confianza de los jueces, y su fama de santidad hará que su declaracion pase por válida y verdadera, como si las palabras fuesen las de la misma acusada.

Vir. Es decir que en todo caso estará pronto á asegurar que niega ó confiesa en el momento que sea necesario.

Diego. Siempre que la caridad de los que le confian semejante comision se explique con el generosamente por su servicio.

Vir. Dale eso. (*Le da un bolsillo.*)

Diego. ¿En nombre del virey de Nápoles?

Vir. No : en nombre de los jueces del consejo secreto.

Diego. Está bien, fiad en mí.

Vir. Dentro de dos horas á lo mas recibirá orden para salvarla ó para condenarla.

Diego. Es decir...

Vir. Que esa muger ha de pertenecer dentro de dos horas al virey ó al verdugo.

Diego. ¿Y en cuanto al jóven?

Vir. En cuanto al jóven, como Dios no lo disponga de otro modo, infaliblemente será del último.

Diego. Teneis razon. Porque dice un refran de nuestro país, que el hombre propone y Dios dispone.

Vir. Es verdad. Pero los jueces salen : retirate.

ESCENA VII.

EL VIREY, LOS JUECES.

Vir. ¿Habeis concluido ya la votacion?

Juez. Sí, señor virey. Hé aqui el fallo del tribunal, cuya ejecucion os está encargada como suprema autoridad de Nápoles.

Vir. Y yo la cumpliré exactamente, sea cual quiera, aunque estoy seguro de que Dios habrá puesto en vuestros corazones la rectitud de su justicia.

Juez. Tomadla, y mirad si teneis algo mas que pedir al tribunal.

Vir. Quisiera, señores, que tuviérais presente que la jóven condesa de Monforte nada ha declarado : y que el estado de su juicio, segun los facultativos, exige mas indulgencia...

Juez. Dentro de una hora un comisionado oír á su postrera declaracion, y sea la que quiera, vos, en nombre de su majestad católica, podeis usar con los acusados la clemencia ó el rigor á que los juzgueis acreedores.

Vir. Está bien.

Juez. El cielo os guarde, señor virey.
Vir. Dios guie vuestros pasos, nobles señores.

ESCENA VIII.

EL VIREY.

Bien ; ya están llenas todas las formalidades de la ley. Veamos la resolucion. (*Lee en secreto.*) A la última pena... quedando su ejecucion al arbitrio del virey.—¡Oh, esto es mas de lo que yo esperaba! Esta sentencia puede ejecutarse en secreto ó en público; de noche ó de dia; puede elegirse el género de muerte mas conveniente. ¡Diego!

ESCENA IX.

EL VIREY, DIEGO.

Vir. Ya están en mis manos, gracias á tu celo, leal servidor.

Diego. El tribunal...

Vir. Mira. (*Diego mira la sentencia.*)

Diego. En esa sentencia, señor virey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez, hubiera mandado clavar la cabeza de ese jóven sedicioso en una pica á las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. ¿Y cuándo se ha de ejecutar?

Vir. Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero escucha. Pon á Monforte en el calabozo del enverjado que da á la galeria subterránea, y tráeme la llave de caracol que desde mi dormitorio conduce á ella : quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto á su esposa, la harás llevar á la sala del norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita : porque ya te he dicho que ha de pertenecer al virey ó al verdugo. ¿Y á propósito qué dicen esos villanos de mis justicias?

Diego. Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del estado, á quien acabais de salvar, dándoos una magnífica serenata.

Vir. Mi triunfo no puede ser mas completo, Diego. Pero ahora recuerdo... ¿tus esbirros duermen?

Diego. Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpacion me avergüenza. Teneis razon para estrañar que no haya caido en nuestras manos el desconocido á quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo lo hemos escudriñado con la mas esquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

Vir. No sé porqué; pero ese desconocido es una sombra que nubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

Diego. No hay otro medio, señor; ó ese hombre se ha vuelto á la mar que le arrojó á nuestras playas, ó yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

Vir. Pues bien, Diego; te autorizo para registrarlo todo. Abre mis habitaciones mas retiradas; penetra en mis oficinas mas escondidas; baja á mis calabozos mas oscuros; pero si no me presentas á ese hombre muerto ó vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecerme por garantía.

Diego. ¿Y qué término me señalais para cumplir vuestra voluntad?

Vir. Acaba de anochecer: te doy dos horas.

Diego. Os prometo, señor virey, que antes que hayan espirado tendreis en vuestra presencia, muerto ó vivo, á ese misterioso incógnito. *(Saluda y se va.)*

ESCENA X.

EL VIREY.

Ahora, corazón, respira
El ámbar de la esperanza.
Ahora, ó amor ó venganza
Cumplida has de conseguir.

Ya soberano absoluto
De este país de placeres,
Sus hijos y sus mugeres
De hinojos me han de servir.

(Empieza á verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas á lo lejos.)

Así, servil muchedumbre,
Así, festéjame, canta;
Tu voz hasta mí levanta
Con tus aplausos... así.
Arrástrate humildemente
A las plantas de tu dueño;
Su orgullo arrulla y su sueño
Con dulces cánticos, sí.
Bien haces: gózate y canta;
Que, tan lejos de Castilla,
Las nievas de tu mancilla
A España no llegarán.
La fama de tu hermosura,
La riqueza de tus playas
Dó quier que á quejarte vayas
A desmentirte saldrán.
Nápoles, ciudad dichosa

De deleite y de pereza,
No hay corona en mi cabeza,
Mas soy tu rey en verdad.
Ya no alzan tus pescadores
De Amalfi ni de Sorrento
Sobre tu golfo sangriento
Sus himnos de libertad.
Castilla ganó tus tierras;
Y en nombre yo de Castilla
Te tiranizo, y se humilla
Ante mis plantas tu grey.
Tu golfo oprimen mis naves,
Y en tus torres altanera
Clavada está mi bandera
En el nombre de mi rey.
¡Pueblo insensato! á quien hizo
Para servir el destino,
Canta y rie, ese es tu sino:
Tu fortuna es tu ilusión.
Canta, que á fé que me halagan
Al són de tus blandas olas
Las alegres barcarolas
Con que cantas tu opresion.

(Cantan dentro.)

« Era Nápoles un día
Un inculto paraíso,
Y venderle fué preciso
Al cuidado de un señor.
Ora canta sin afanes
De su golfo entre las olas
Solo amantes barcarolas
Su olvidado pescador.
Pero acaso
Estudia y fragua
En el agua
Otro cántico mejor. »

Vir. ¡Qué alegres son esas danzas,
Qué dulces esos cantares!
¡Los aplausos populares
Cuánto agradan al señor!
¡Cuánto exalta mis antojos
Y mis ansias enardece,
Y mi sér enorgullece
El cantar del pescador!

(Cantan dentro.)

« Está Nápoles dormida
Por las ondas arrullada,
Pero Nápoles no olvida
Lo que debe á su señor.
Y del chuzo con que rompe
Las escamas á los peces
Puede hacer como otras veccs
Una lanza el pescador.
Porque acaso
Estudia y fragua

En el agua
De vivir modo mejor. »

Vir. ¡Vive el cielo! de esa estrofa
Con el doblado sentido
Ese imbécil ha querido
Insultar á su señor.
¡Hola!

(Aparece un esbirro.)

Al punto, que me saquen
De esa torpe concurrencia
Y que venga á mi presencia
Ese infame pescador.

(Vase el esbirro.)

Con un cordel á la gola
Y un crucifijo en la mano,
Cantar haré á ese villano
Su postrera barcarola.
Si él puede como otras veces
Hacer del chuzo una lanza,
Yo haré que tomen venganza
De sus lanzadas los peces.

(El virey se asoma al balcon, y mientras vuelve la espalda aparece por una puerta secreta y embozado Don Garcia, que le escucha.)

Virey, mirando por el balcon. Mas á su
barca se acoge,

¡Vive Dios, y el remo abarca
Y huye! yo haré que otra barca
A darle caza se arroje.
Y aunque el mismo Belcebú
Se la ayude á remolcar,
Por Dios que le he de atrapar.

(Al volverse ve á Don Garcia, y dice espantado :)

Mas ¡Cristo! ¿quién eres tú?

ESCENA XI.

EL VIREY, DON GARCIA.

Garc. Callad.

Vir. ¡Socorro!

(Va á tocar la campanilla, y Don Garcia le sujeta la mano.)

Garc. Es en vano,

Señor conde de Vergara;
Escuchadme cara á cara,
U os hago polvo la mano.

Vir. ¡Soltad!

Garc. Escuchadme pues,
Que en secreto hemos de hablar,
Y lo que oigais, enterrar
En el alma fuerza es.
Virey habeis sido vos
De Nápoles por seis años,
Y horror son ya vuestros daños

De los hombres y de Dios.
Por saciar vuestros placeres,
Jueces habeis corrompido,
Empleos habeis vendido,
Y deshonrado mugeres
Con rastrera hipocresia
Abusando del poder,
Os dispensais de tener
Religion, fé, ni hidalguía.
Tras el denso cortinaje
De una justicia severa,
Escondeis de un alma fiera
El hondo libertinage.
Y así á vuestra escelsitud
Cristeis que no llegaban
Mas que ojos que se cegaban
Con vuestra falsa virtud.
Pero un perpétuo testigo
Que por dó quier os seguia,
Y que sumiso os servia,
De la sospecha al abrigo,
Avariento os espiaba
Vuestra eterna sombra hecho,
Y á los piés de vuestro lecho
Por la noche se sentaba.
El, con vengativo empeño,
Con incansable teson
Ganó vuestro corazon,
De todo vos se hizo dueño.
Y no hay escondida idea,
No hay intencion solapada
Que por él comunicada
Sabida del rey no sea.
Tu nombre pues se ha borrado,
Vergara, del libro de oro;
Tus haciendas, tu tesoro,
Todo está ya confiscado.
Y encontrándote tu rey
A sus favores ingrato,
Te aparta del vireinato
Y te acusa anto la ley.

Vir. Espectro amedrentador,
Mensagero funeral
De esa nueva tan fatal,
Aparicion de pavor,
Delante de quien estoy,
¿Quién eres, vision tirana?

Garc. Don Garcia de Orellana,
Virey de Nápoles, soy.

(Don Garcia se desemboza y queda en trage negro con el toison al cuello. El virey cae á sus piés de rodillas. Al inclinarse cae de su pecho el retrato cogido á Angelina, y que él guardó en el primer acto. Lo recoge, lo mira un momento comparándolo con Don Garcia, y despues que este le dice con desprecio los cuatro primeros versos, se levanta

el conde con aire de triunfo y tomando con Don García un tono irónico.)

Garc. No os humilleis ante mí,

Y hablemos, Vergara, claros.

Yo no he venido á ultrajaros,

Y me avergonzais así.

Vir. (Mas ¡qué veo! Dios me apresta

Represalia bien segura.)

Estimoos tanta medida

En ocasión tan funesta :

Obedecer sé que debo

Las órdenes de mi rey,

Y acato su augusta ley,

Y á murmurar no me atrevo.

Mas veo que generoso

Ser conmigo pretendéis.

Garc. Ruégoos que me perdoneis,

Si al veros tan orgulloso

En palabras propaséme.

Vir. Perdonado estais, señor.

Yo encendí vuestro furor,

Pues al veros exaltéme.

Garc. Apenas pisé la tierra

Que teniais en gobierno,

Creí que todo el infierno

Se hacia en ella la guerra.

Corría la sangre á arroyos,

Y al resplandor del incendio

Vi quedar con vilipendio

Los cadáveres sin hoyos.

Y vi lágrimas correr,

Y oí imprecaciones tales,

Que mis sentidos cabales

Llegué á dudar de tener.

Por todas partes oí

Maldeciros y acusaros.

Entonces, ¿á qué engañaros?

Vergara, os aborrecí.

Por quedar mas convencido,

Yo mismo veros ansié,

Y con ira os escuché

Cerca de vos escondido.

Señor conde, perdonad :

Os juro de buena fé

Que al oír me horroricé

Por vos mismo la verdad.

(El virey se sonríe y oye sereno.)

Ahora, pues, órdenes reales

Sujeto á cumplir estoy,

A dar al consejo voy

Mi fé con mis credenciales.

Vos á partir disponeros

Para Castilla podeis.

Vir. Un momento.

Garc. ¿Qué queréis?

Vir. Quiero un pacto proponeros.

No os sorprendais. A pesar

De hallarnos á tal distancia,

Aun puedo con arrogancia

Con mi sucesor pactar.

Garc. Decid.

Vir. Yo he mandado aquí

Seis años, y bien quizás :

Dejadme dos horas mas

El gobierno que perdí.

Garc. ¿Sabeis cuando el mar bravio

Mi barco anoche sorbió

Con qué fuerzas nadé yo?

¿Sabeis qué afán era el mio?

No era la sed de mandar,

No era, conde, la ambicion;

Que está ya mi corazón

Harto de humo popular.

Mi fuerza fué la esperanza

De alzar el yugo execrable

Que á este pueblo miserable

Habeis puesto : y la tardanza

De cada breve momento

Que pasaba bajo de él,

Era un manantial de hiel

Abierto en mi pensamiento.

Juzgad si Iré á conceder

Las dos horas que pedís.

Vir. ¿Es decir que no admitís?

Garc. Vergara, no puede ser.

Vir. Por última vez, señor,

Dos horas y nada mas.

Garc. Vergara, hacedos atrás,

La bajeza me da horror.

Vir. Dos horas.

Garc. Ni dos instantes.

Juré ante el rey y el altar

A Nápoles libertar

De vos, y será cuanto antes.

Vir. Lo jurásteis... ¡vive Dios!

¿Qué os importa haber jurado,

A olvidar acostumbrado

Vuestros juramentos vos?

Garc. ¡Infame!

Vir. A espacio, señor,

Que habeis llegado á jurar

A vuestra hija vengar,

Y aun vive su seductor.

Garc. ¡Vive! ¡oh! ¿adónde está, adónde?

Vir. Dadme el tiempo que os propongo,

Y en vuestras manos lo pongo.

Garc. Sois un miserable, conde.

Mas os vais al precipicio;

Porque ó habláis al momento,

U os mando atar al tormento.

Vir. Don García, estais sin juicio.

¿En olvido habeis echado

Que aquí mi juez os han hecho

Y el juez no tiene derecho

Para osar al acusado?

Garc. ¡ Desventurado de mí !
 ¿ No hay, pues, medio de que habéis ?
Vir. Las dos horas que calleis
 Y siga el gobierno en mí :
 No hay mas medio.

Garc. ¡ Voto al sol !
 Quien da en tan infame traça,
 ¿ Cómo dirá que su raza
 Es de solar español ?
 ¡ Mentira !... lo dice á voces
 El pueblo... sois un bandido,
 Las hienas os han tenido
 En sus entrañas feroces.

Vir. Seguid, me tenéis sujeto
 Bajo el yugo de la ley ;
 Mas pensadlo bien, virey,
 Dos horas vale el secreto.

Garc. Pues bien ; ya que tanto os cuesta
 De Nápoles el gobierno,
 Llévase el mando el infierno
 Y escuchadme otra propuesta.
 Yo con ciega idolatría
 Amé á la hija de mi amor :
 Ella era el bien mayor,
 El único que tenía.

Por ir al campo á lidiar
 Por mi rey y por mi España,
 El tiempo de la campaña
 La hice en un claustro guardar.
 Robómela un seductor,
 Y fué mi única esperanza

Vivir para la venganza
 De aquel engaño traidor.
 Mirad su carta postrera :
 Siempre la llevo conmigo
 De mi llanto por testigo
 Y para atizar la hoguera
 De mi cólera : pues bien ;
 A España, conde, partid,
 Sinceraos en Madrid,
 Y haced con oro que os den
 El vireinato : interino
 Quedaré yo, y aunque enormes
 Vuestras culpas, daré informes
 Que salven vuestro destino.

Vir. No, que habrá en mí contra allí
 (*Oyese á lo lejos la serenata.*)

Acusaciones tamañas,
 Que las mayores hazañas
 Se volverán contra mí.
 No : ya que habeis dado un paso
 A la reconciliación,
 Aceptad en conclusion
 Y no andeis en gracia escaso.

Garc. No, Vergara ; tanto empeño
 El gobierno en conservar,
 Me hace de vos sospechar
 Mal designio y no pequeño.

Old : no hay mas que un solo hombre
 Que ahora en esa serenata
 Pueda á esa turba insensata
 Dar ó descubrir mi nombre.
 Concibo todo el pesar
 Que debe ser para vos
 Saber á cual de los dos
 Vienen ahí á festejar.
 Conozco que os es gran pena
 Ver que esos himnos comprados
 Para vos aparejados
 Celebran la dicha ajena.
 Conozco que la esperanza
 De vengar mi propia afrenta
 Es cebo que mi fé tiente
 A otorgaros la tardanza
 De dos horas que pedís ;
 Pero no puede mi honor
 Ser ni dos horas traidor
 A mi rey y á mi pais.

Vir. Pues bien, si estais decidido
 A que con vos no transija,
 Ahí tenéis de vuestra hija
 Ese recuerdo perdido.

(*Le da el retrato.*)

Garc. ¿ Y quién esta prenda os dió ?

Vir. El sacerdote que oyera
 Su confusion postrimera,
 Y enviárosle me encargó.
 Dijo que enviarlo era ley
 A Don García derecho,
 Y esta ocasion aprovecho
 Para dárselo al virey.

Garc. ¡ Sin duda el cielo maldijo
 Hasta su último recuerdo !

Vir. La pobre murió en su acuerdo.

(*Con malignidad.*)

Y con afan muy proliso
 Os encargó la venganza
 De aquel que os la arrebató,
 Y que al fin la abandonó
 Sin consuelo ni esperanza.
 Dijo que murió en sus brazos
 Maldiciendo al seductor
 Que la abandonó traidor.

Garc. Basta : quiero en mil pedazo :
 Su corazon dividido ;
 Necesito su existencia.

Vir. ¿ Luego acepta su esclencia... ?

Garc. Sí, acepto vuestro partido.
 ¿ Ese hombre... ?

Vir. A mí está sujeto ;
 Yo sé quién es solamente,
 Y á ese precio únicamente
 Os vendo vuestro secreto.

Garc. Sea. ¡ Dios lo quiere así !
 No puedes mi corazon
 Con tan grave tentación ;

Sucumba mi honor aquí.
Escribid, que os dejo dueño
(*El virey escribe.*)

Del mando dos horas mas,
Y de no volverme atrás
Palabra y firma os empeño.

Vir. Firmad pues.

Garc. Tomad.

Vir., con ironía. Señor,
Hoy me habeis hecho feliz.

Garc. Y á mí vos con vuestro ardid
Me habeis hecho ser traidor.

Vir. Pasemos á ese aposento,
Pues primero de entregáosle
Necesito asegurárosle.

Garc. Pero sed breve.

Vir. Un momento.

Entran por la puerta que da á la cámara del virey, y en este momento se oye la serenata al pié del balcon, y suenan voces de ; viva el conde de Vergara, viva el libertador de Nápoles!

ESCENA XII.

DIEGO, CON LINTERNA Y LLAVES.

Ya se fueron : bien me lo imaginé cuando dejé de oírlos á través de la cerradura. Y á fé que hubiera dado cualquier prenda buena por oír su conversacion. Sin embargo, de nada me han servido mis sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado mas que murmullo. — ¡Cómo ha de ser! — Vamos á separar al conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que su esclencia me los coja en el garlito. (*Vivas fuera, y se asoma Diego al balcon.*) Sí, sí, tocad. Así como así mañana puede ser que os den doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como así no sea, ¡vive Dios! que he de volver á buscaros para tocar en los funerales del virey á quien celebrais. — Mas no perdamos tiempo, que da dos veces quien da primero, y hombre prevenido vale dos, como dice el refran de nuestra tierra. (*Entra por la puerta secreta de la izquierda que conduce á las prisiones, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Prision en el interior del palacio del virey. Puerta en el fondo con una rejilla en medio. á través de la cual se alcanza una larga y oscura galeria guardada por centinelas. En la prision y á la izquierda una puerta secreta y un balconcillo á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO, ANGELINA.

Ang. Si es cierto, Rodrigo, inclina
La frente; que yo te vea :
El placer completo sea
De tu adorada Angelina,
Y en dicha tamaña crea.
No hay mas que tú para mí :
Escuche yo de tu acento
Palabras de amor aquí,
Y es tuyo mi pensamiento,
Mi existencia es para tí.
¡Suspiras!

Rod. Miro en tu frente
Tan galano resplandor,
Aureola tan refulgente,
Que suspira tristemente
El pecho ansioso de amor.
¡Por Dios! en donaire sola,
En gala y cortesania
Bien puede á la luz del dia
Mi enamorada española
Disputar la primacia.
Es tanto el placer que siento
Viéndote, hermosa, á mi lado,
Y es tal mi enajenamiento,
Que olvida mi pensamiento
Nuestro destino menguado.

Ang. Mayor, Rodrigo, es el gozo
Que mi alma siente, mayor;
Y á merced de este alborozo
Es para mí el calabozo
Santuario de nuestro amor.

Rod. Ilusoria es por demas
Esa amorosa quimera;
Soñando, Angelina, estás :
Que aquí la muerte me espera,
Y acaso tú...

Ang. No, jamás :
Vivir sin tí, ¿qué me vale ?

Rod. Si es cierto, Angelina hermosa

Ang. Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa
Entre los hombres que iguale
La dicha de ser tu esposa.
Loca de amores dejé
Por tí mi patria y mi hogar,
Y embelesada, la fé
Del alma te consagré

De hinojos ante el altar.
 Por tí crucé de los mares
 Las alborotadas olas,
 Y hoy en tus nativos lares
 Olvido por tus cantares
 Mis canclones españolas.
 No hay mas deidad para mí
 Que la imagen que retrata
 El cristal en que te ví:
 Jamás mi oracion sin tí
 Se elevó en la Incoronata.

Rod. Angelina, ¡quién tuviera
 Tu amante incredulidad!

Ang. Solo en el mundo me espera
 Amor y felicidad.

A tu lado viva ó muera.

Rod. Mas no hallo fé en el espía.

Ang. Libertarnos me juró.

Rod. Sin duda que juraría

Por ver si revelaría

Secreto importante yo.

Porque, Angelina, á juzgar

Por su faz torva y sañuda,

Por su siniestro mirar,

Mi fé en sus promesas duda;

Nada me atrevo á esperar.

Ang. Rodrigo, no sé porqué,

Mas tengo en ese hombre fé:

Y no me inspira recelo

Quien la cárcel hizo un cielo

Uniéndonos.

Rod. Dicha fué,

Y un cielo es para los dos

Mientras juntos nos hallamos,

Mientras nos vemos y hablamos;

Y es del cielo, sí, ¡por Dios!

El aire que respiramos.

Mas ¡ay de mí! ¡qué dolor

Será y qué amarga la suerte

Si nos conduce traidor

De los brazos del amor

A los brazos de la muerte!

Ang. Y á un tiempo nos matarán,

Porque á tu cuello mis brazos,

Rodrigo, se anudarán,

Y á no hacérmelos pedazos

De tí no me apartarán.

Rod. Mas no viene... ¡Oh, tarda mucho

Ang. Vendrá para nuestro bien.

Rod. A cada ruido que escucho

Con dudas horribles lucho.

(*Ruido de pasos.*)

Ang. ¡Rodrigo!

Rod. Angelina, ¿quién...?

Ang. Me ha parecido escuchar

Pisadas.

Rod. Sí, oigo á fé mia

Por el caracol bajar.

Ang. ¡Cielos! tiemblo á mi pesar. (*Abren.*)

Rod. ¡Él es!

Ang. ¡Diego!

Diego. ¡Ave María!

ESCENA II.

DON RODRIGO, ANGELINA, DIEGO.

Diego. Bendito sea Dios, amables jóvenes: no me ha costado poco trabajo llegar hasta aquí. Gracias á que yo estoy acostumbrado á vivir á salto de mata, y me escorro como una anguila entre las espadañas, y paso sin ser visto por los ojos de las cerraduras y por los resquicios de las puertas como un espíritu.

Rod. Acabad, por compasion, buen hombre. ¿Habeis entregado mi carta?

Diego. En la propia mano de vuestra madre, la condesa viuda de Monforte.

Ang. y Rod. ¿Y qué?

Diego. La pobre señora exhaló su dolor en lamentos; me preguntó cien veces las circunstancias de vuestra prision; maldijo otras tantas la perfidia del virey; porque lo que es yo no me anduve en chiquitas, sino que la espeté la historia de las músicas que daba á esta señora á la puerta de vuestra casa de la calle Catalina, los disfraces que usaba para seguirla á Nuestra Señora l'Incoronata...

Rod. Adelante, adelante; vamos á los efectos de vuestra relacion.

Diego. Los efectos, señor conde, son los siguientes: vuestra madre, convencida del riesgo inminente que os amenaza, se ha vestido de luto, se ha lanzado á los piés de los nobles de la Sede Capuana, donde está inscripta vuestra familia, y les ha repetido palabra por palabra cuanto yo la he dicho de vos, de esta señora y del virey. Podeis suponeros que no me habré quedado corto con respecto al último. Sus lágrimas han enternecido á la aristocracia napolitana, que aborrece de muerte tanto al pueblo como al virey; se ha aportado dinero, se han desenterrado hachas, lanzas, estoques, arcabuces, y en una palabra, la conspiracion que yo solo-qué malamente ayer, cercenando cabezas de cuatro tontos, que acaso nada tenian en ella, cunde sordamente por los barrios mas pacíficos de la ciudad, y el estallido será espantoso. Mi gente lo revuelve todo, y los agentes de la nobleza no se descuidan. Pero aunque este negocio es de éxito infalible, todavia fio yo mas en un personage misterioso que está en este momento con el

virey, y á quien ha hecho cejar hasta sus últimos atrincheramientos.

Rod. ¡Ah! ¿qué puede hacer ese hombre solo contra todo el poder del virey de Nápoles?

Diego. No toda la fuerza consiste en las espadas que se llevan á la cintura, ni en las lanzas de los guardias que custodian un palacio. Unos pocos renglones de mala letra escritos en un pedazo de mal papel, logran muchas veces lo que no consiguieron poderosas armadas y ejércitos aguerridos.

Rod. Luego ese desconocido...

Diego. Viene de la corte de España.

Rod. Con alguna mision secreta, sin duda.

Diego. Yo no atino á punto fijo con su mision; pero ello es que traia para mí uno de esos pedazos de papel, de que os acabo de hablar, y al mostrármelo anoche en una callejuela oscura, y á la luz de un farolillo agonizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije con la frente doblada hácia la tierra: «Mandad, señor; yo estoy pronto.» Ahora ved si quien me hizo á mi descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al virey delante de otro. ¿Parece que os asombráis de mis noticias?

Rod. Sí, en verdad.

Diego. Pues son mas seguras que los cerrojos de vuestra prision.—Pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles. El virey puede bajar por ese caracol de un instante á otro, y es preciso, señora condesa, que no os encuentre aquí.

Ang. ¿Y á dónde quereis llevarme? Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin defensor, á merced de ese mónstruo de perfidia y de libertinage.

Diego. Con harto sentimiento mio voy á conducirlos á un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

Ang. ¡Oh! no, no me apartaré de aquí un solo paso. Que venga si quiere á hacerme pedazos; pero sea á los ojos de Monforte, que me vengará ó morirá conmigo.

Rod. Eso sí, ¡vive Dios!

Diego. No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aquí ni en la torre del Norte, y estad descuidada, condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrá siempre entre vos y el conde de Vergara. Yo he sido hace tiempo vuestro ángel tutelar y su espíritu tentador. El virey está ya ligado á la tierra por un hilo muy delgado, y al

menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el abismo que yo he abierto á sus piés se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo á que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada teneis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedáis.

Rod. Separémonos, Angelina mia. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

Diego. Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos, y espero que habreis mudado de opinion. Vamos, que siento pasos en el caracol.

Ang. Adios, Monforte.

Rod. Protéjanos su misericordia.

Diego, á Angelina. ¡Ah! esperad un instante. (*Á Don Rodrigo.*) El virey os hará probablemente una visita; con que será preciso que os encuentre atado como me encargo, para no dar pábulo á mis sospechas.

Rod. ¡Cobarde!

Diego. ¡Oh! sí; os teme sin duda alguna; y acaso en vez de bajar á encontraros cara á cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invencion á favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus victimas.

Rod. Sea en buen hora, y Dios os perdone este afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas. (*Diego le ata mientras habla.*) Adios, Angelina mia; ruégale nuestro porvenir.

Diego. Dios os guarde, jóven. Dentro de una hora habremos subido á su tribunal, ó estaremos celebrando nuestra victoria en los salones del palacio del virey de Nápoles.

Rod. ¡Quiera nuestra buena estrella que sea como decís!

ESCENA III.

DON RODRIGO.

¿Será verdad? ¿Hipócrita y cobarde
De mi desgracia mofará el espía
Para arrancarme con placer mas tarde
La rica flor de la esperanza mia?
¿Será que así un ejemplo tenebroso
De sublime tormento se le alcanza,
O cumple un mandamiento poderoso
Protegiendo tal vez nuestra venganza?
¡Loca ilusion! No hay mas que lo presenta
Y el puñal que en secreto ya se aguza:
Necia ilusion que huye de la mente
Como polvo que el viento desmenuza.

¿Quién puede hallar en los chispazos rojos
 Que en sus pupilas á la voz se encienden
 De sangre y de venganza, que sus ojos
 Las esperanzas de mi amor comprenden?
 ¿Quién no ve en su furtivo movimiento
 Que acecha la ocasion para lanzarse
 Como el tigre feroz que está sediento,
 Y con sangre no mas quiere embriagarse?
 No hay mas allá : del misterioso espía
 La fúnebre y siniestra catadura
 Horas solo de horror y de agonía
 Al receloso corazon augura.
 No hay mas allá : mi sangre generosa,
 Mi sangre manchará los escalones
 Del cadalso, y allí de gente ociosa
 Servirán de ludibrio mis blasones.
 ¡Pobre Angelina! Al saludar un dia
 Tus pocos años y tu frente pura
 En la fértil, gentil Andalucía,
 Pátria, templo y eden de tu hermosura,
 En premio de tu amor no imaginaba
 Que en las playas de Nápoles hubiese
 Un caballero vil que te esperaba,
 Y no tu amante, tu verdugo fuese.
 Perdóname, Angelina, si te pago
 Tan tristemente tu pasion primera;
 Funesto ha sido para tí y aciago,
 Lo que mi gloria y mi entusiasmo era.
 Este amor infeliz que me devora,
 Este amor infeliz que nos tenemos,
 ¡Ay! Angelina, dentro de una hora
 Sepultura con él nos abriremos.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, EL VIREY.

Vir. Salud al conde de Monforte...

Rod. ¡Cielos!

¿El conde de Vergara?

Vir. Que al impulso
 De la piedad se rinde y generoso
 Abandona el salon de los vireyes,
 Por acorrer en su postrera hora
 Al mancebo gentil napolitano
 Que se dignó estrechar de la española,
 Embriagado en amor, la linda mano.

Rod. Bien haceis en reir amargamente
 Y en el alma gozar : nuestro destino
 Es diferente aquí; si no lo fuese
 Responderia mi valiente acero
 A la mofa sangrienta y al insulto
 Del que es, aunque virey, mal caballero.

Vir. ¡Que siempre lenguaraz el noble
 conde

Olvide mi razon y mi justicia!

Rod. ¿Razon, justicia, el conde de Vergara?

Hipocresia, mucha.

Vir. ¿Y la paciencia?

¿No os parece tambien de gran cuantia?
 Oídme y pesareis en lo que vale.

Hay un virey en Nápoles... el conde
 De Vergara, Monforte, que celoso
 De cumplir su deber, en el mancebo
 De la Sede Capuana, al peligroso
 Conspirador halló.

Rod. Mentis...

Vir. Simiento,

Ya sancionó, Monforte, la mentira
 El consejo y la ley... Preso Rodrigo
 Reclamó á tiempo de su noble estirpe
 Los rancios privilegios, y celoso
 De cumplir su deber el de Vergara,
 Cedió á su pretension; y el pueblo todo
 De Nápoles entiende que se guardan
 Con él los miramientos de costumbre.
 Mirad esa espaciosa galeria,
 Mirad la reja del encierro abierta;
 El pueblo hablaros puede; sois un noble;
 Mas ¡ay del pueblo, si llega á esa puerta!
 Desde lejos os ve y os compadece.
 Yo os miro muy de cerca y me consuelo.

Rod. Y Dios, de tanto crimen ya cansado.
 La maldicion preparará en el cielo.

Vir. Mientras que llega seguiréla historia;
 Y si en algo apreciáis vuestra existencia,
 No tan pronto la echeis de la memoria.
 Esos soldados que con faz adusta,
 Ni reparan en vos, ni en la riqueza
 De esos vestidos, ni el bizarro porte,
 Ni imbéciles recuerdan la nobleza
 De que hicisteis alarde en el consejo
 Que de Castilla os distinguió en la corte,
 Estátuas son; pero, entendidlo, estátuas
 Que al amagar no mas la muchedumbre,
 Con sangre y fuego cegarán la entrada
 Al populacho alborotado y ciego
 Que pretenda asaltar esta morada.
 Hay sin embargo una muger...

Rod. Vergara...

Ten esa lengua; y si á manchar su nombre
 Te atreves, pronunciándole tu boca,
 Desde mi encierro escupiré en tu cara.

Vir. No llegará hasta mí vuestra arro-
 gancia :

Hay entre un preso, aunque de noble estirpe,
 Y de Italia el virey mucha distancia.
 Angelina tal vez pudo en un dia
 Menos enamorada de Monforte,
 De amor cediendo á la demanda mia,
 La vida libertar y gentileza
 De su noble mancebo, y los blasones
 Del que atrevido acaso y con mancilla
 De la casa infanzona de Orellana

A un monasterio la robó en Sevilla...
 Mas hoy es tarde ya : ría en buen hora
 Su galana y espléndida hermosura,
 Recuerde en su escondido calabozo
 El aura matinal que amante y pura
 Meció en vergeles de pintadas flores
 Vuestras sabrosas pláticas de amores.
 Dentro de poco tan amante yugo,
 Merced á la justicia de Vergara,
 Romperá la cuchilla del verdugo.

Rod. Piedad, señor, piedad... En mi tan
 Cébese tu rencor : yo he conspirado, [solo
 Yo he querido arrastrar las españolas
 Banderas por el fango : si ; yo he dicho
 Que era un villano el conde de Vergara,
 Un infame traidor, un asesino...
 Reid, conde, reid... ese es el nombre
 Que mereceis...

Vir. A fé que me enternece
 Tu súplica cortés, pero es ya tarde...
 Un sacerdote confesó á Angelina...
 Y el sacerdote declaró al consejo :
 Ya ha firmado, Monforte, su sentencia ;
 Y ejecutada hoy, que no mañana,
 Dentro de un hora su fatal destino
 Te anunciará el clamor de la campana.

Rod. Dejadme, por favor...

Vir. Primero ella...
 Yo te perdono á tí ; yo te desprecio...
 Hay un anciano en Nápoles, que quiere
 Una afrenta vengar que tú le hiciste...
 Me ha comprado tu vida, y generoso
 Sin paga se la di : y breve espacio
 A tu lado estará ; poca distancia
 Hay de tu calabozo á mi palacio.

ESCENA V.

DON RODRIGO.

¡Pobre Angelina! horribles desengaños
 Halló en mi patria tu cariño ardiente ;
 ¡Tan pura y bella y de tan pocos años
 En Nápoles morir tan tristemente!
 ¿Quién me dijera ¡ay Dios! cuando rezaba
 En una catedral de Andalucía,
 Que yo mismo ¡ay de mí! te preparaba
 Prision, cadenas, y cadalso un día?
 ¡Perdóname, mi bien! antiguas salas
 De dorado artesón, montones de oro,
 De seda ricas y escogidas galas
 Y de mi eterno amor el gran tesoro...
 Hé aquí, Angelina, el porvenir que ufano
 En el calor de su amorosa llama
 El de Monforte presentó en su mano
 A la que mártir hoy padece y ama.

(*Se arrodilla.*)

Cuando en el cielo, serafín hermoso,

Al lado de los ángeles sentada
 Desde tu asiento de eternal reposo
 Dirijas á este mundo una mirada,
 Búscame por dó quier, ¡oh mi Angelina!
 Que yo te juro me hallarás de hinojos,
 Y desde el trono de tu luz divina
 En tí clavados hallarás mis ojos.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON GARCIA.

Rod. ¡Ya viene el verdugo á mí!
 Recibe, pues, madre mía,
 El adios de mi agonía
 Que exhalo lejos de tí.

(*Se arrodilla como en oracion.*)

Garc. ¡Cuán cobarde es la traicion!
 Allí está ese hombre de hinojos
 Destilando por los ojos
 El miedo del corazon. —
 ¿Mancebo?

Rod. ¿Qué quieres?

Garc. ¿Sabes

Cuántos años has vivido?

Rod. A cortarlos has venido :

Suplicote, pues, que acabes.

Y di á quien aquí te envía

Después de mi ejecucion,

Que solo en su corazon

Cupiera tal villanía.

Garc. Mancebo, engañado estás,

Ni yo su verdugo soy,

Ni á sus órdenes estoy,

Ni me obligaron jamás.

A entrar en tu calabozo

Una razon me sujeta

Tan justa como secreta.

Respóndeme, pobre mozo :

¿Tienes padres?

Rod. ¡Ay de mí!

Quédame solo mi madre,

Porque á vivir mi buen padre

Ya hubiera llegado aquí

Por cima de los escombros

De este palacio fatal

É ido yo en marcha triunfal

De sus vasallos en hombros.

Garc. Si era cual dices tan noble,

Siento que no esté á tu lado

Para que fuera ¡malvado!

Tu afrenta y la suya doble.

Rod. ¡Ah! te comprendo : del yugo

Teme el virey que su presa

Se le escape, y tiene prisa.

Ea, pues, hiere, verdugo ;

Haz de tu crueldad alarde.

Garc. Mozo, traeme á tu prision
Tan solo mi corazon.

Rod. Entonces sois un cobarde.

Garc. ¡Ira de Dios!

Rod. Sí, en verdad,

Lo sois, si como decís
A asesinar me venís
De espontánea voluntad.
Os habrá dicho el virey:

Allí le teneis atado;

Sustituid de contado

La injusticia de mi ley.

Garc. No mas al virey me nombres,

Y escúchame en conclusion;

Que es fuerza que á mi razon

Te amedrentes y te asombres.

Habia un noble en Sevilla

Leal cual nadie en la tierra,

El cual se partió á la guerra

Con las huestes de Castilla.

Tenia este hombre consigo

Una hija, tierna y hermosa,

Que crecia virtuosa

De su amor bajo el abrigo.

Mas á la guerra al marchar,

Por mas que le fuera en pena

A la vigilancia ajena

La tuvo que encomendar.

Fió, pues, en el misterio

De un claustro, y aunque no sola,

Sujeta á un aya dejóla

Cerrada en un monasterio.

Pero ¡oh fortuna cruel!

Sin conciencia y sin pudor

Un infame seductor

Se introdujo astuto en él.

La embriagó con sus promesas,

Y la infeliz criatura

Aborreció la clausura,

Saltó sus verjas espesas,

Y arrojándose en los brazos

De aquel corruptor maldito,

Cometió el primer delito

Haciendo mi honor pedazos.

Rod. ¡ Vos sois su padre! ¡ Señor,

Perdon!

Garc. Me vas comprendiendo,

Segun parece.

Rod. ¡ Oh! comprendo

De un padre el justo furor.

Garc. Escúchame, pues, villano,

Y entiendo que solo vengo

A decirte que yo tengo

Tu vida entera en mi mano.

Rod. Oid primero, señor.

Garc. Nada tengo que escuchar;

Ni yo te vine á matar

A oscuras como un traidor.

Sé, conozco tu inocencia;

Con una palabra mia

Sé que salvarte podia

El honor con la existencia;

Mas tú fuiste el asesino

De mi hija, y aunque es injusta

Tu sentencia, es cosa justa

Que se cumpla tu destino.

Rod. ¡ Yo asesino de Angelina!

Aquí hay un error fatal.

Garc. No solo con el puñal

O el veneno se asesina.

Miserable seductor,

Tú el sepulcro la has cavado,

Tú me la has asesinado,

Mas vilmente, con tu amor.

A las fatigas y viajes

A que esponerla has querido

Para matarla, has unido

Tus desprecios, tus ultrajes.

Con tu amor la enloqueciste;

Mas del suyo te cansaste,

Y al cabo la abandonaste,

Y al fin pereció la triste.

Rod. ¡ Viven los cielos, señor!

Vos sois víctima fatal

De alguna trama infernal.

Garc. Mira, infame, el confesor

(Mostrando el retrato)

Que la escuchó en su agonía

Con sus palabras postreras

En que encargó que murieras

Este retrato me envia.

Rod. ¡ Es el vuestro!

Garc. El mio, si

Yo al cuello se le colgué

Cuando á lidiar me marché.

Rod. Todo lo entiendo, ¡ ay de mí!

Los esbirros del virey

Del cuello se le arrancaron

Cuando mi casa asaltaron

En el nombre de la ley.

¿ Sin duda el mismo os le dió?

Garc. Sí por cierto.

Rod. ¡ Y él, de fijo,

Que murió Angelina os dijo!

Garc. El mismo.

Rod. Señor, mintió.

Mintió; pura y virtuosa,

Lamentando nuestro error,

Vive Angelina, señor.

Garc. ¡ Vive!

Rod. Vive, y es mi esposa.

Garc. ¡ Tu esposa!

Rod. En la soledad

De una aldehuela española

En nuestra fuga asaltóla

Peligrosa enfermedad.

Salvóla el favor de Dios,
Y nuestro delito es
No haber ido á vuestros piés
En lugar de huir de vos.

Garc. ¡Vive! ¡ay de mí! ¿Dónde está?

Alza, sígueme, corramos.

Rod. Dios quiera que no vayamos
Muy tarde en su auxilio ya.

Garc. ¡Qué dices!

Rod. El alborozo

Refrenad, padre y señor,
Que por resistir su amor
Suspira en un calabozo.

Garc. ¡Amor! ¿de quién?

Rod. De Vergara.

Garc. ¡Él! ¡el infierno le auxilia!

¿El insultar mi familia?

Saldrále su audacia cara.

¡Oh! haré un terrible escarmiento:

Yo le arrancaré el toison,

Enlodaré su ropon,

Y le haré sin miramiento

Cumplir con la ley completa,

Y al suplicio por traidor

Irá como un malhechor

Sentado en una carreta.

¿No me comprendes, mancebo?

Mas respira á tu placer,

Que es inmenso mi poder

Y á todo con él me atrevo.

Del poder de que abusó

Apartó á Vergara el rey.

Rod. ¿No es ya Vergara el virey?

Garc. No; ahora el virey soy yo.

Rod. ¡Ah! desatadme, y salgamos...

Garc. Si, que todo cabe en él.

(Va Don Rodrigo á la puerta por donde
entró Don García, y la halla cerrada.)

Rod. Mas resiste este cancel...

Garc. ¡Cielos! perdidos estamos.

Cerróle detrás de mí

Cuando aquí me acompañó,

Y el lazo que me tendió,

Ciego de rabia, no vi.

¡Vive Dios!

Rod. Desdicha fué

De nuestra suerte tirana.

(Suena la campana.)

Mas ¡Dios santo! la campana.

Todo se perdió!

Garc. ¿Porqué?

Rod. Esa campana, señor,

Anuncia que mi Angelina

Hácia el cadalso camina

Sin consentir en su amor.

Garc. ¡Ah! todo lo entiendo ahora.

¡Por eso el traidor Vergara

Pedia que le dejara

Mandar aun una hora!

Creí á la hija de mi amor

Vengar entretanto en tí.

Rod. ¿Y habeis consentido?

Garc. Sí.

Rod. ¡Ah! ¡qué habeis hecho, señor!

(Durante esta escena y la siguiente oýese
doblar pàusadamente la campana de
modo que no estorbe á la representa-
cion. Oýese murmullo como de cánticos
sagrados á lo lejos, y la luz de las ha-
chas que se supone que acompañan á
Angelina penetra por la reja de la
puerta, por la que no debe verse mas
que el resplandor.)

Garc. Mas oye ¿qué significan

Esas voces religiosas?

Rod. No sé, pero me estremecen.

Garc. Se ve resplandor de antorchas

Por esa reja.

Rod. ¡Dios mio!

¿Qué procesion tenebrosa

De enlutados es aquella

Que se aleja por las cóncavas

Galerías?

(Se asoman á la reja tapándola con sus
personas, impidiendo al público ver lo
que pasa por el fondo.)

Garc. Es sin duda

Algun entierro.

Rod. Oid: dobla

Un atambor destemplado.

Garc. Oye, oye lo que pregonan.

Rod. ¡Es una justicia!

Garc. Escucha.

(Suena el pregón á lo lejos.)

Voz. Esta es la justicia que manda hacer
en nombre del rey nuestro señor, su esce-
lencia el conde de Vergara, virey de Ná-
poles, en la persona de Angelina de Ore-
llana, por delito de lesa majestad.

Garc. ¡Tened, canalla traidora!

Yo soy el virey de Nápoles.

Abrid pronto esta mazmorra,

O ¡voto á Dios, que en cenizas

Tornaré la ciudad toda!

Rod. ¡Ay, padre! que están muy lejos,

Y vuestras voces ahoga

La multitud que murmura

Y en vano intentais que os oigan.

Garc. ¡Oh! ya se pierden cruzando

Las galerías tortuosas.

Rod. Todo es en vano, señor.

Garc. El corage me sofoca.

¡Guardias, soldados, á mí!

Al que mis cerrojos rompa,

Le haré tan rico, que pueda

Despreciar una corona.

Un Soldado, por fuera de la reja. ¿Qué es lo que estais ahí gritando?

Garc. Llega, buen soldado, toma.

(Alargando por entre la reja sus credenciales.)

Yo soy el virey de Nápoles,
Mis credenciales en forma
Son esas; corre al consejo
A presentarlas, y pródiga
Mi mano te abrirá de oro
Cuanto mi raza atesora.

Sold., riendo. ¿Vos el virey?

Garc. Mira, mira.

Sold. Vaya, esta gente está loca.

Garc. Lee por piedad, y la firma
Verás del rey.

Sold. ¡Esa es otra!

Ni yo sé leer, ni nada
De lo que decís me importa.

Garc. ¡Por Cristo crucificado!
Si llamas quien nos socorra,
Te haré alcaide del castillo.

Sold. ¿Y si por ello me ahorcan
Antes de llegar á serlo?

Garc. ¡Triste de mí! ¡No hay quien ponga
Fin á tan duro suplicio!

¡Con que ningun medio logra
Tener ese asesinato!

Sold. ¡Pobre viejo, cómo llora!

Rod. ¡Y aun esa fatal campana
Temerosamente dobla!

Garc. ¡Y va á la muerte mi hija...!

Sold. ¡Calla! ¿sois de esa señora...?

Garc. Su padre, ¡voto á los cielos!
¿No lo has entendido hasta ahora?

Rod. ¡Oh! ¡te enternece, soldado,
Nuestra situación penosa!

Garc. ¡Por la Virgen sacratísima!
Esas credenciales toma,
Corre al consejo, y la salvas.
Es inocente.

Sold. En buen hora:
Dadme esos papeles, dádmelos;
Que si hago esa buena obra,
Todo lo demas es nada.

Rod. Toma, y vuela, y Dios te acorra.

ESCENA VII.

DICHOS; EL VIREY, QUE DURANTE LA ESCENA ANTERIOR SE HABRA ASOMADO AL BALCONCILLO.

Vir. Llegará tarde, señores.

Garc. ¡Oh víbora ponzoñosa!
El cielo ponga en tu alma
El pesar que me destroza.

Vir. Yo os juro, buen Don García,
Que comprareis á gran costa
El vireinato de Nápoles.

Garc. Téngale tu alma ambiciosa,
Si tanto el mando te agrada.
Yo te le vuelvo.

Vir. Me sobra
Con las dos horas que tengo.

Garc. Tiembla, traidor: esas horas
Te abreviará tu consejo.

Vir. Es esperanza ilusoria;
Yo presentaré contra ellas
Tu firma y palabra propia.

Garc. ¡Oh, por piedad, tu venganza
Descarga en mí... mas perdónala!

(La campana deja de tocar.)

Rod., espantado. ¡Infelices de nosotros!
Ya la campana no toca.

Garc. ¡Dios mio!

Vir. Y ya está cumplida
Su sentencia. Sed ahora

Virey de Nápoles, sedlo:

Y vuestra primera obra

Sea abrir su sepultura
Y hacer celebrar sus honras.

Garc. ¡Oh, calla, y Dios te maldiga!

*(Vuelve á sonar la campana con mas
prisa.)*

Rod. Escuchad: otra vez dobla
La campana.

Vir. ¡Cielos!

Rod. Padre,

A rebato es lo que tocan.

*(Suenan arcabuzazos, tambores y clarines
á lo lejos.)*

Rod. ¡Tiembla, miserable, tiembla
Si la fortuna se torna!

Vir. ¡Tiembla, si yo te presento

La cabeza de tu esposa!

*(El tumulto y las voces se acercan. Oyense
gritos de ¡muera el conde de Vergara!
y se ve por la reja de la puerta el resplandor de los hachones. Don García
y Don Rodrigo se abalanzan á la puerta,
gritando á los de afuera.)*

Rod. y Garc. ¡Aquí, soldados, aquí!
¡Favor á Nápoles!

Un Soldado. ¡Hola!

Aquí están. ¡Eh! camaradas,

¡Abajo la puerta!

Otro. ¡Otra

Palanca por ese lado!

Vir. ¡Cielos! la turba traidora

Los calabozos asalta.

Huyamos.

*(Va á salir y halla cerradas las puertas
del balconcillo.)*

¡Mas qué alevosa

Traicion! ¡por dentro han cerrado
Este balcon!

*(Golpea y empuja las puertas, que no
ceden.)*

¡Oh, ellos doblan
Sus esfuerzos! ¡Me han vendido!
Mas mi suerte no me importa
Si se logra mi venganza.

Pueblo. ¡Adentro!

ESCENA ULTIMA.

CAE LA PUERTA Y ENTRAN EN TROPEL SOLDADOS, PESCADORES, VILLANOS, ETC., ETC., CON ANTORCHAS, CHUZOS, PICAS, SABLES, ETC. DON GARCIA Y DON RODRIGO, AL VER QUE NO VIENE ENTRE ELLOS ANGELINA, DAN UN GRITO Y VAN A SALIR DICHIENDO A UN TIEMPO:

Garc. y Rod. ¡Virgen piadosa!
¿Angelina?

Vir., á Don García. No la esperes:
Con ella el mando me compras.

Diego, dentro. Abridnos paso.

Rod. ¡Ese acento...!

(Diego, abriéndose paso de repente, se presenta trayendo á Angelina, la cual se echa en los brazos de Don García y de Don Rodrigo.)

Rod. ¡Dios mio, es ella!

Garc. ¡Hija mia!

Ang. ¡Padre, esposo!

Vir. ¡Ah, él me vendia!

Un Pescador, viendo al conde de Vergara. ¡El virey!

Pueblo.

Diego.

¡Muera!

¡Eh! con tiento.

(Al virey.)

Las vueltas os he cogido,
Señor Vergara, que al cabo
El astuto vence al bravo
Y en mi trampa habeis caído.
(El balcon se abre y deja ver dos hileras de soldados españoles que guardan al virey.)

Mi cabeza me exigisteis
O el incógnito del mar,
Y os le vengo á presentar:
Aquí está el que me pedisteis.

(Señalando á Don García.)

Vir. ¡Oh rabia!

Pueblo. ¡Muera!

Otros.

¡Matarle,

Matarle!

Garc. ¡Todos atrás!
Solo el rey tiene no mas
Derecho de castigarle.

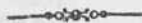
Vergara, á su real consejo
Os remito, y sin encono
Como quien soy os perdono,
Y como vencido os deajo.

Y esta piedad que acrisola
Mi justicia y mi nobleza,
Os prueba cuánta grandeza
Cabe en un alma española.

(Los guardias retiran del balcon al conde de Vergara. Don García toma de la mano á su hija y á Don Rodrigo: la multitud les abre paso y salen. Al irse todos tras ellos dice Diego:)

Diego. ¡Viva Don García de Orellana,
Virey de Nápoles!

Todos. ¡Viva!



APOTEOSIS

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

PERSONAS.

LA FAMA.
EL REPOSO.
LA CRITICA.
HOMERO.
VIRGILIO.

SHAKSPEARE.
CERVANTES.
COROS Y ACOMPAÑAMIENTOS CORRESPONDIENTES

ESCENA PRIMERA.

Alegoría del alcázar de la Memoria, figurando un antro oscuro con cinco puertas ó nichos que se abren á su tiempo.

AL LEVANTARSE EL TELON SE OYE MUSICA Y CANTAN DENTRO.

Pasad, ruidos livianos,
Inútiles quimeras,
Espíritus mundanos
Que de la tierra prófugos
Por las tinieblas vais.
Pasad, sin que al tumulto
De vuestros piés profanos
De mi palacio oculto
La soledad pacífica
Pasando interrumpais...
¡Pasad, pasad!

Aquí no está el imperio
De vuestra magia impura :
Aquí de hondo misterio
Entre los velos mágicos
En blando sueño están
Los genios que vertieron
La luz sobre la tierra,
Los que de Dios bebieron
La ciencia y el espíritu
Con anheloso afán.
¡Pasad, pasad!

La Fama, saliendo. ¡Há del reposo que en las tumbas mora!
¡Há del misterio que velando está!
El Reposo, dentro. ¿Quién de las tumbas atención implora?
¿Quién por mi reino descarriado va?
La Fama. La Fama soy, que de la tierra vengo.

ESCENA II.

ABRESE LA PUERTA DEL CENTRO, Y APARECE EN UN LECHO EL REPOSO CORONADO DE ADORMIDERAS.

El Reposo. ¿Qué pasa pues en la fatal mansion?
¿Llegó el instante en que sin tino tengo
Los sellos que romper de mi panteon?
¿Tocó en su colmo la locura humana?
¿La cólera de Dios se desbordó
Y el orbe á polvo tornará mañana?
¿Vuelve la nada á su principio?
La Fama. No.
El tiempo sigue su veloz carrera,
El mundo largo tiempo vivirá,
Y largo sueño en tu mansion espera
A los que su antro cobijando está.
Mas óyeme un instante, y tus oídos
La nueva que divulgo escucharán,

Y tus genios de gozo estremecidos
En su lecho de mármol se alzarán.

Hay un rincón de la atrevida Europa
Dó una raza de inmenso corazón
Vive, y guarece su triunfante tropa
La sombra de un Castillo y un León.

España, sí, que vencedora un día
Dos mundos ocupó con estrechez;
España, que negaba y concedía
Tierra donde vivir, con altivez;

Existe libre de estrangero yugo,
Por mas que Europa la contemple audaz
Y ser quisiera su fatal verdugo,
Siempre envidiando su valor tenaz.

Lainquieta Europa que intentó humillarla
No la conoce todavía bien,
Y atenta solamente á encadenarla,
La mira desde lejos con desden.

Pobre, ignorante y sin poder la entiende,
De sí misma la juzga sin amor,
Y ella á su vez su libertad defiende
Con su fé solamente y su valor.

Tinta en la sangre de sus propios hijos,
Cercenada de intrusos por dó quier,
No ha sabido á desastres tan prolijos
La gloria de sus hijos posponer.

Templos les abre, y les eleva estátuas,
Y « esos son (dice á los estraños), sí,
Los que pregonan vuestras lenguas fátuas
Sin recompensa ni memoria en mí.—

¿No hay aquí gloria?— Sin que mucho
tarde,

Calderon y Cervantes lo dirán.—
¿No hay libertad?— Daoiz y Velarde
A daros un ¡mentis! despertarán.»

Eso dice la España postergada,
Eso la fama anunciará veloz;
Diselo tú, Reposo de la nada,
A esos que duermen sin oír mi voz.

Si al viento de las recias tempestades
Con que su pátria desolar se ve
Ardiendo se desploman sus ciudades,
Sus mausoleos quedarán en pié.—

Diles que duerman sin odiar los hombres
A esos que grandes y españoles son,
Y que no ignoren que escribió sus nombres
A par de los mas grandes su nacion.

El Reposo. Si les diré. Sus almas bienha-
dadas

Con tus nuevas ¡oh Fama! gozarán,
Y con blanda sonrisa en sus almohadas
A posar la cabeza tornarán.

Que aquí halla amparo, protección y asilo
Cuanto atañe al descanso y al placer,
Aquí reposa el corazón tranquilo
De la ansiedad con que acertó á nacer.

La Fama. ¡Oh! tengan ese mísero con-
suelo

Que el envidioso mundo les negó,
Ahora que ven que sin premiar el cielo
Jamás el genio y la virtud dejó.

El Reposo. Las alas otra vez tiende segura,
Tórnate en calma donde alumbra el sol;
Ellos sabrán en mi mansion oscura
La gloria de ese fénix español.

La Fama. ¿Quién trajo aquí sin mi poder
la nueva?

El Reposo. Há siglo y medio ¡oh Fama!
que la sé,

Que há siglo y medio que en el mundo prueba
Con sus palabras Calderon quién fué.

La Fama. La lumbré de su gloria rever-
bera

Por cuanto alumbra el rutilante sol,
Y España olvida su contienda fiera
Escuchando su fénix español.

El Reposo. Por quién es, está aquí; yo
que le guardo

El primero á mi vez le conocí.

La Fama. Su triunfo dile.

El Reposo. A que se torne aguardo.

La Fama. ¿No está en tus reinos?

El Reposo. Volveráse á mí.

A recibir la merecida palma
A su alcázar la gloria le llamó,
Y hoy volverá regocijada el alma
Al lecho que un instante abandonó.

La Fama. A Dios te queda pues.

El Reposo. Vé tu camino,
Y allá en los sitios por dó errante vas
Venga á la España y su cantor divino,
Que bien merecen los de España mas.

La Fama. ¡Guay de quien mira necio ó
atrevido

Con ojos insolentes su pendón!
¡Guay del que asome cuando dé un rugido
Y despierte iracundo su león! (*Vuelta.*)

ESCENA III.

EL REPOSO.

Y vosotros que en sueño perfumado
En vuestro lecho de laurel dormís,
Alzaos y gozad con lo pasado,
Levantaos á ver cómo vivís.

¡Há de los mansos soñolientos sonos
Que arrullan y adormecen mi mansion!
¡Cantad, y al entonar nuevas canciones
El descanso romped de mi panteón!

No traigais el murmullo de las hojas,
Ni de las fuentes el rumor tenaz,
Ni el són del aura en las espigas rojas,
Ni el suspiro del zéfiru fugaz.

Venid sobre el perfume de las flores
Con el vario cantar del ruiñeñor

Cuando cuenta á la aurora sus amores
El rocío libando en una flor.

Traed las armonías que en la gloria
Se exhalan del laúd del serafín,
Y á las puertas llamad de la memoria
De los que duermen sin temer su fin.

¡Cantad! y que despierten un momento
Su gloria inmarcesible á contemplar,
Como á los besos de amoroso viento
Las flores, que se vuelven á cerrar.

*(Ciérranse las puertas que muestran el
lecho del Reposo, y se oye dentro música.)*

ESCENA IV.

MUSICA.

Alzaos del sepulcro
Los que dormís en paz.

Aun se oyen vuestros cánticos
Gloriosos resonar :
Sobre las alas rápidas
De las centurias van ;
De vuestros nombres ínclitos
La lumbre celestial
El mundo por sus ámbitos
Iluminando está.

Alzaos del, etc.

Ni ingrata á vuestro espíritu
La pátria desleal
En vuestros secos mármoles
Os dejará posar.
Con vuestra fama espléndida
Feliz se ufanará
Si acuerda á vuestras ánimas
Origen inmortal.

Alzaos del sepulcro

Los que dormís en paz.

*(Abrense las puertecillas del escenario,
cada cual á su turno, dejando ver una
débil aureola de luz, símbolo de la glo-
ria, y se presenta á su voz HOMERO,
VIRGILIO y SHAKSPEARE coronados de
laurel, apareciendo sus nombres sobre
sus respectivas puertas en letras de luz
y conforme van presentándose.)*

Hom. ¿Quién á luz torna mis desiertos
ojos?

¿Quién música tan dulce en mis oídos
Vierte, y á vida vuelve mis despojos
En el abismo de la sombra hundidos?

Oigo una voz mas suave y halagüeña
Que las aguas del Xanto y del Eurotas ;
Que de mi pátria la ilusión risueña ;
¡Memorias dulces por la muerte rotas!

Alcanzo en el espacio, vagarosos
Ricos de gloria y varios en colores,
Ir en monton espíritus famosos
Cantando al par su religion y amores.

¿Quiénes son esos héroes que embozados
Van en tropel, y nacen de una lira
Cuyos cantares con vigor lanzados
De mi Grecia el espíritu no inspira?

No conozco sus faces escondidas
Tras de los cascos que los rayos doran,
Ni comprendo sus trovas confundidas
Con plegarias al Dios á quien adoran.

No van á los Eliseos por descanso,
Ni á Júpiter invocan, mas su acento
Baja solemne y armonioso y manso
Por la region del azulado viento.

¡Cantad, héroes, cantad! que mis oídos
Os oyen con placer, y el alma mía
En vuestros sonos va desconocidos
A torrentes bebiendo la armonía.

Yo os escucho, cantad; mi largo sueño
Mecéis con vuestra voz : ¡cisnes extraños!
Verted deliciosísimo heleno
En el insomnio de mis luengos años.

Virg. Yo oí entre las hojas de mi laurel
sonoro

Brota de un arpa nueva el inspirado són,
Y desperté sintiendo de sus bordones de oro
Los misteriosos ecos herirme el corazón.

No fué, sin par Homero, la voz de tus va-
lientes

Ni el himno de tu Grecia la música que oí ;
Sus notas son mas graves, y escitan reve-
rentes

Memorias religiosas con que jamás viví.

No adornan sus misterios los mirtos de
Cartago,

La voz de las sibilas, ni el carro del amor,
De Vénus las palomas, ni de Caron el lago ;
Ni el porvenir de Roma, á quien fingí mejor.

Mas yo mientras escuche las notas de esa
lira

No quiero de mi lecho volver al cabezal ;
Quien quiera que tú seas, quien con tu voz
suspira,

Tu canto no interrumpas ; oh bardo celestial!
Te escucho, y tu armonía dulcísima me
suena

Como la voz lejana del espumoso mar,
Como el susurro manso de la floresta amena
Y el ala de la garza que empieza á remontar.

La sombra de los olmos en la abrasada
siesta,

De un límpido arroyuelo el desigual rumor,
No son para el viajero que á reposar se apresta
Cual para mí son dulces tus cántigas de amor.

Si, canta, y de mi gloria con reverente oído
En mi mortal insomnio tu voz escucharé,

Y aromará mis sueños plácido sonido
De tus palabras bellas que comprender nosé.

Shaksp. Yo oí su voz primera descendiendo

A esta mansion de sombra y de reposo,
Y allá en el alma el porvenir midiendo
Miré á lo lejos y alcancé un coloso.

Yo te conozco bien, hijo del canto :
Yo comprendo la voz de esas quimeras
Que en un delirio misterioso y santo
Lanzas al mundo de quien nada esperas.

¿ Quién resiste tu voz ? Lanzada al cielo
Te franquea sus puertas eternas ;
Lánzala al viento y detendrá su vuelo
Al vivo lampo de sus mil fanales.

El Averno, la mar, y el orbe todo
De tu arpa cede al colosal imperio ;
Sí, cuanto existe de insondable modo
De su existencia te mostró el misterio.

¿ Quién como tú ? los mundos á tu órden
Ante tus ojos obedientes giran,
Atomos son que hierven en desórden,
Y á tu voz nacen y á tu voz espiran.

Soplas sobre ellos, y á tu soplo viven ;
Si necesitan voz, les das tu acento ;
Si forma, de tus manos la reciben ;
Si atributos, les das tu pensamiento.

Eres un manantial rico y fecundo,
Tu lengua es un torrente de ambrosia,
Tu mente radia como el sol, y el mundo
Al són de tu palabra se estasia.

De águila son tus ojos ; son tus alas
De ardiente querubín ; á las tormentas
En el impulso de tu vuelo iguales,
Y á reposar en el zenit te sientas.

Allí sueltas tu voz, y allí á tu canto
El curso de los astros se suspende ;
Dios te envuelve en orlas de su manto,
Y en su divino espíritu te enciende.

Sacerdote de Dios, cantas su gloria ;
Bardo de religion, tú la penetras ;
Tu patria diviniza tu memoria,
Y los sabios aprenden de tus letras.

Canta, y en tanto que tu genio aborte
De místicos fantasmas luenga tropa,
A la sombra inmortal de su cohorte
Yo dormiré, y aplaudirá la Europa.

ESCENA V.

HOMERO, VIRGILIO, SHAKSPEARE,
LA CRITICA.

La Critica. (Ni del reposo y la muerte
En los brazos dormirán ;
Yo amargaré cuanta gloria
El universo les da.)

II.

¿ Ha de los que alzan la frente
Del mundo á la vanidad.

Yerbas que brotáis al soplo
De vuestro orgullo no mas ;

Tan solo vuestra demencia
Vosotros divinizais !

¿ De qué sirve á quien le escucha
Vuestro sublime cantar ?

Esas creaciones grandes
Que encareceis con afán
Solo son necios delirios
Incomprensibles asaz.

¿ De ese cantor os arrulla
El cántico celestial ?

Porque escuchais solamente
Su monótono compás.

Así es el ruido del viento,
Del agua así el són fugaz,
A su murmullo se duerme,
Mas no se entiende jamás.

ESCENA VI.

HOMERO, SHAKSPEARE, VIRGILIO,
LA CRITICA, CERVANTES.

Cerv. ¿ Quién con tan negras palabras
Llega á esta mansion audaz,
Que de mi sueño de mármol
Me viene así á despertar ?

La Critica. La crítica soy juiciosa,
En cuya balanza igual
Se equilibran los tesoros
Que debe la ciencia dar.

Yo por el bien de los hombres
Estoy en vela tenaz,
Y les marco los caminos
Por dó salir sin errar.

Yo les aparto los brezos,
Yo les enseño ademas
Dónde están los precipicios
Y los escollos dó están.

Yo voy con mi clara antorcha
Guiando su ceguedad,
Y caen los que no me siguen
A cada paso que dan.

Sin mí no hay nada perfecto,
Sin mí no podéis hallar
Ni lo justo, ni lo hermoso,
Ni la luz, ni la verdad.

Calderon, á quien ufanos
Fénix del arpa llamais,
No supo sin mis auxilios
Sino caer y tropezar.

Y pues quereis como al Genio
Divinizarle, mirad
Que es perfeccion lo divino,
Y que quien yerra es mortal.

17

Y esto os dice quien lo sabe,
Que no aumento al afirmar
Que aun Dios al hacer sus obras
Me las consulta quizás.

Cerv. Yo te conozco: quién eres
Sé bien, y de mí ocultar
No puedes lo que tu envidia
Dicta á tu lengua infernal.

Crítica, tu eres un monstruo
Solo de envidia capaz,
Tu lengua mana veneno
Y en hieles bañada está.

Pero no puede los bordes
De los sepulcros pasar,
Y aquí no tienes oídos
Para tu canto mordaz.

Aparta, pobre sirena,
Que has olvidado el cantar;
Huye, hermosura caduca,
Que has perdido tu beldad.

Tú tienes torpes las manos,
Y las alas con que vas
Volando, tan solo pueden
Tu cuerpo vil remolcar.

Aparta, lince sin ojos,
Que lo que no puedes ya
Ciega entender por tí misma,
Lo tienes que preguntar.

Aparta, cuervo engrèido,
Que pavoneándote vas
Con las plumas que recoges
En pos de la garza real.

La Crítica. ¡Oh, sí! vosotros quisierais
Al corazón engañar,
Mas yo quiero recordaros
Algo de la realidad.

Homero, tú que cantando
Hiciste á Grecia inmortal,
Para alimentarte en Grecia
Tuviste que mendigar.

Virgilio, tus ricos cantos,
Que á Homero te hacen igual,
Son el incienso que el César
Te hizo á sus plantas quemar.

Cervantes, la misma tierra
Que ahora estátuas te da,
Miserable y calumniado
Te vió morir sin piedad.

Ni Shakspeare vigoroso
Ni Calderon...

Cerv. Basta ya;
Mi pátria es grande y no puede
Ni confundir ni olvidar.

(*Música lejos.*)

Virg. ¡Silencio! ya resuenan los himnos
inmortales
A cuyo justo y santo y poderoso són

Sus quicios de oro rompen las puertas celestiales.

Y al Genio dan camino por su imperial mansion.

Hom. Desciende, de tu gloria la frente coronada,

Baja á la arena olimpica, ¡oh atleta triunfador!

Ven á dejar tu lira sobre el laurel colgada,
Cuya tranquila sombra te enjugará el sudor.

Shaksp. Cantor de los misterios que ciega no comprende

De Grecia ni de Roma la inspiracion gentil,
Los ojos á tu origen divinizado tiende,

Tú tienes en tu pátria un trono de marfil.
De Dios siendo en la tierra la soberana

hechura,

Derechos inmortales tenemos hácia él;

Ven á gozar tu gloria sobre la lumbre pura
Que radia su semblante y entolda su dosel.

Cerv., d la Crítica. Y tú que nunca descansas

Y que á todos aconsejas,
Ven á presenciar su gloria,
Si con su gloria no ciegas.

Hoy que le conoce España,
Y que grande le confiesa,
En la divina familia
De los inmortales entra.

Y aquí del mezquino mundo
Las tempestades no llegan,
Ni de la envidia los dardos
Emponzoñados penetran.

Que las estrellas no alumbran
Por donde el sol reverbera,
Ni suben las golondrinas
Donde las águilas vuelan.

Vé á contar esto á la España,
Y si su amor les conserva
A los hijos que la ilustran
Con sus armas ó sus letras,

Ni necesita extranjeros
Que la enseñen, ni defiendan,
Ni ha de faltarla lidiando
La libertad, ni la tierra.

La Crítica. Si que la diré...

ESCENA ULTIMA.

APARECE EL REPOSO, Y DESAPARECEN
HOMERO, VIRGILIO, SHAKSPEARE Y
CERVANTES POR SUS CORRESPONDIENTES
APARIENCIAS.

El Reposo.

¡Silencio,

Crítica! tus labios sella,
Venda tus ojos, y escucha
De rodillas muda y ciega.

Que del Genio á quien su pátria
Agradecida venera,
Donde le labran su tumba
Su Apoteosis empieza.
(Transformacion magnífica de Apoteosis al
són de un himno triunfal á órgano y
orquesta.)

La Critica de rodillas; en un pedestal decorado con insignias de triunfo la sombra de Don Pedro Calderon de la Barca, de cuerpo entero, coronada de laurel, y mostrando la cruz de Santiago, de cuya orden fué caballero. A la derecha un simbolo de los Autos Sacramentales en una alegoría que remata con la cruz, y sembrada de palmas, en cuyas hojas se leerán los títulos de los mejores Autos.

La nave del mercader.

La divina Filotea.

La cena de Baltasar.

Las espigas de Rut.

El laberinto del mundo.

El divino Orfeo.

La cura y la enfermedad, etc., etc., etc.

A la izquierda otra alegoría coronada por el Amor y orlada de atributos profanos, donde se lean títulos de las mejores comedias de Calderon.

La dama duende.

La vida es sueño.

La niña de Gomez Arias.

El escondido y la tapada.

El jardín de Falerina.

La devoción de la cruz.

El alcalde de Zalamea.

Las tres justicias en una.

El mágico prodigioso.

A secreto agravio secreta venganza.

Casa con dos puertas mala es de guardar.

El pintor de su deshonra, etc., etc., etc.

Al pié de las alegorías los genios y coros correspondientes que han de cantar el himno de Apoteosis, y los bailarines, cuya primera figura será quedar formando con quirnaldas ó cosa equivalente, y cada cual con su letra, el nombre de CALDERON.)

HIMNO.

CORO.

Las aguas del olvido
Por tí no pasarán;
Los que á su gloria suben
Jamás descenderán.

Sin miedo de los siglos al insolente encono
Ostenta ya tu frente ceñida de laurel:
Tu nombre es infinito, tu féretro es un trono,
Y tú solo desciendes para reinar en él.
Las aguas, etc.

Tú puedes ver el alba nacer junto á tu frente;
Tú puedes con las nubes por los espacios ir:
Tu gloria es mas brillante que el sol en el
oriente,
Mas grande que los tiempos tu inmenso por-
venir.
Las aguas, etc.

El mundo rueda henchido de ardientes crea-
ciones
Que de tu mente rica la inmensidad lanzó;
Y el aura vaga llena de los brillantes sonos
Que de tu sacra lira la inspiracion brotó.
Las aguas, etc.

Los astros y los montes, las aguas y los
vientos,
Las fieras de la selva, los peces de la mar,
Vinieron convocados al són de tus acentos
De Jehová infinito las glorias á cantar.
Las aguas, etc.

Y montes, aguas, astros, y peces, aire y
fieras,
Recuerdos de tu gloria sin término serán:
Y en las remotas playas y edades venideras
Por dó se encuentre vida tus cantos vivirán.
Las aguas, etc.

Ven á ocupar tu trono, rey harto de victoria,
Ven á tomar tu lira, ¡oh ardiente serafín!
Y beberás eterno las aguas de la gloria
Delante del santuario del que será sin fin.
Las aguas, etc.

EL MOLINO DE GUADALAJARA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS.



AL SEÑOR

DON ANTONIO DE ORFILA

EN PRENDA DE AMISTAD.

JOSÉ ZORRILLA.

Guadalajara, setiembre 30 de 1843.

PERSONAS.

DOÑA JUANA DE VILLENA, condesa
de Trastámara.
PEDRO CARRILLO, escudero de su
real casa.
JUAN PEREZ.
LUCAS RUIZ.

LUCIA.
GIL DE MARCHENA.
TERESA.
GARCIA.
TRES BALLESTEROS QUE HABLAN.
SOLDADOS.

La escena pasa en el acto segundo y tercero en el castillo de Alcalá la Vieja, y en el primero y cuarto en el molino de Guadalajara, en el mes de diciembre de 1357 de nuestro Señor Jesucristo.



ACTO PRIMERO.

Interior de la habitación de Lucas en su molino de Guadalajara, con puerta en el fondo y otra á la izquierda, ventana á la derecha, mesa, taburetes, costales y demas utensilios propios del lugar de la escena.

ESCENA PRIMERA.

LUCAS, LUCIA.

Lucas. Pero por fin, vamos claros, No me zumbes las orejas; Lucía, ¿de qué te quejas? ¿De qué nacen tus reparos?

Lucía. De que ya en el pueblo entero Tanto de vos se murmura...

Lucas. ¡Bah! Lucía, envidia pura De mi suerte y mi dinero.

Lucía. Dicen que lo ganais mal Y que oro de infamias fruto...

Lucas. Quien lo desprecia es un bruto Digno solo de un ramal.

Lucía. Mas yo que estoy escuchando Tales cosas todo el dia...

Lucas. Si no anduvieras, Lucía,

Por el pueblo pindongueando

Poniéndoles buena cara

A todos esos galopos

Que te echan cuatro piropos,

A fé que no te me alzara

De cascós murmuracion

Tan necia.

Lucía. Sí; mas ya veis,

Tales cosas diz que haceis...

Lucas. Vamos, y ¿qué cosas son?

Lucía. Pues, señor, echando fieros

Contra vos, dicen que pasa

De raya, y que es vuestra casa

Caverna de bandoleros.

Lucas. Que vengan, pues, si se atreven

A asaltármela, que vengan,

ACTO PRIMERO.

Que yo haré que encima tengan
Mucho tiempo lo que lleven.

Lucía. Dicen que vos, siendo de antes
Buen amigo y compañero,
Sois ahora ruin, pendenciero,
Y uno en fin de esos tunantes
Que han dejado desidiosos
La hoz, el bieldo y la azada
Por la ballesta y la espada
Como unos facinerosos.

Lucas. Lo que duele á esos bergantes
Es el que yo en mi molino
No les dé por largo el vino
Y las comilonas.

Lucía. Antes
Se quejan de que eso hagáis
Con esos otros bribones,
Bandoleros y matones,
Con quien dice que os juntáis.

Lucas. ¡Qué mal su envidia se tapa,

Lucía!... Mas con talento
Obra quien consulta al viento
Para ponerse la capa.
Me envidian que un gran señor
Elegido me haya á mí
Para establecerme aquí
Teniéndome por mejor.
¿Y yo por esos pelgares
Lo tengo de despreciar?
¡Qué locura! mas, *Lucía*,
Entiéndelo tú, hija mía;
Este es tiempo militar
De batallas y de azares,
Y en él son los militares
Los que tienen que medrar.
¿De qué le sirve al paisano
El cuidar de su cosecha,
Si para soldados echa
En sus paneras el grano?
¿Y si ellos lo han de comer
En cuanto el hocico asomen,
No es mejor de los que comen
Que de los comidos ser?
Yo hambreada con la azada
En casa ajena, *Lucía*,
Y hoy sobra el pan en la mía
Con la ballesta y la espada.
A la espada, pues, me atengo,
Pues bien con ella me va;
Y déjalo como está,
Que á que murmuren me avengo.

Lucía. En verdad que, bien mirado,
Señor, no os falta razon,
Y no me da á mí aprension
De que seáis medio soldado,
Sino que tengais por eso
Que tratar con unas gentes...

Lucas. ¡Bah, miedos impertinentes!

No te devalés el seso
Por mis amigos, *Lucía*,
Que el rey con ellos me puso,
Y cuando el rey lo dispuso
Bien supo lo que se hacia.
Yo te quiero, y ya lo ves,
Cumpliendo mi oficio voy
Y holgura con él te doy,
Con que bien haya cual es
Bueno ó malo : y ademas,
Pensándolo con acierto,
¿Si cuando tu padre ha muerto
Dejándote á tí detrás
De él, dime, yo hubiera sido
Como antes un rapador
De quijadas, mi favor
De qué te hubiera servido?
Él se murió en la pobreza,
Y al encomendarte á mí
¿Qué hubiera yo hecho por tí?
Rapar con mas ligereza
Por la prisa de ganar,
Y tenerle gorda y maja
Para orle á tí achacar
El fruto de la navaja.
¡Oh á *Lucas* le va muy bien!
Dirian... y huelga y goza...
¡Como que una buena moza
Le ayuda á rapar tambien!
Y ya ves que esto era cosa
De dar en mil ocasiones
Para andar á mogicones
Con toda la gente ociosa.
Y por fin, dime, muger,
¿No es mejor, no vale mas,
Estar como ahora te estás
Sin tener nada que hacer
Con criada que te lave,
Guise, sirva y adereze
Y como vivir merece
Muger que gozarlo sabe
Tan bien como una condesa,
Que no al sol, al agua, al frio,
Ir á la fuente y al rio,
Poner la lumbre y la mesa?
¿No vale mas bien vestida
Ir y mirarse envidiada,
Que no andar desaliñada
Y verse desatendida?
¿No es mejor tener pan tierno,
Caza y vino puro y sano,
Buena cama en el verano,
Buena lumbre en el invierno,
Y ver colgados al humo
En la anchurosa cocina
El chorizo y la cecina
Para tu propio consumo,
Que no morder de una hogaza

Mas dura que el zancarron,
Y dormir en un jergon,
Y alumbrarte con linaza,
Y estar harta de trabajos,
Y andar pidiendo mohina,
Medio pan á una vecina
Y á otra vecina dos ajos?
Con que asi sé racional,
Y sin ver de dónde viene,
Por la cuenta que te tiene
Goza en paz tu buen caudal,
Que es lo que á ambos nos conviene.
Mas calla, que siento ruido
En el puente de madera
Que da al camino.

Lucia. Sin duda,
Señor, que es gente que llega.

Lucas. ¿Quién diablos será á estas horas?
(*Llaman recio dentro con aldabonadas
y voces.*)

Lucia. Y es que traen una manera
De llamar...

Lucas. Y si les dejas
Me van á rajar la puerta.
(*A la ventanilla.*)

¿Quién es?

Voz, dentro. Abre.

Lucas. Es mala hora.

¿Qué se os ofrece?

Voz, dentro. Abre aprisa,
Rapista de los demonios,
Que está nevando.

Lucas. ¡Ah troneras!
No os había conocido!
Allá voy. Llama á Teresa,
Lucia, y vete allá dentro,
Que no quiero que te vean
Esos amigos.

Lucia. Eso es:
Siempre como monja en celda
Me haceis estar, sin dejarme
Que con nadie me entretenga.

Lucas. Son mala gente, Lucia;
Unos demonios con lengua
Que en beber y blasfemar
Se pasan la vida entera.
Vete, vete, haz lo que digo.

Lucia. Maldita sea su tutela. (*Vase.*)
(*Entra Lucas á abrir á los que llaman y
vuelve con ellos.*)

ESCENA II.

LUCAS, TRES BALLESTEROS.

1° *Ball.* Vamos, Lucas, saca un jarro
Para remojar la lengua
Y entrar en calor.

2° *Ball.* Si, sí,
Que hace un frio que penetra.
Lucas. Voy, voy, pero ¿qué mil rayos
Traeis aquí?

1° *Ball.* Grandes nuevas.
2° *Ball.* Pero despues de beber
Te las diremos.

Lucas. Pues, ea,
Aquí hay con que calentaros;
Arrimaos á esa mesa.

1° *Ball.* Sentarse pues, camaradas,
Y escanciaad.

2° *Ball.* ¿Y Lucigüela?
Lucas. Ya está en la cama há una hora.
2° *Ball.* ¡Qué diablos! pronto se acuesta.
Lucas. Como hace frio...

2° *Ball.* *Voz corre*
De que te casas con ella.

Lucas. Bachillerías del vulgo.
2° *Ball.* Pues lo dan por cosa cierta,

Y en verdad que harás muy bien,
Porque moza mas apuesta
No la hay en Guadalajara.

1° *Ball.* Va á ser una molinera
Famosa; á su salud, Lucas.

Lucas. Bebed y dejadla quieta.

1° *Ball.* ¡Zeloso de Barrabás!
Lucas. Pues iba á hacer una buena

Boda... La dejó su padre
Con sus sayas por herencia
Como Eva en el paraiso;
Y si no la recogiera
Yo, se habria muerto de hambre
Como su padre, á quien tenga
En su gloria Dios.

Los tres. Amen.
2° *Ball.* ¿Con que es decir que prosperas
Con tu molino, pues andas,
Lucas, recogiendo huérfanas?

Lucas. Si, si: hizo una hombrada en dár-
mele

Nuestro capitan Marchena.
1° *Ball.* Pero, hombre, desde barbero
A molinero va inmensa
Distancia, y es imposible
Que arregles bien la molienda.

Lucas. En verdad que no, Martin,
Pero corre la moneda
Del capitan, y se vive
Tal cual.

3° *Ball.* Me han dicho que piensas
Traer aquí á tu sobrino
De Alcalá.

Lucas. Creo que en esta
Semana esté aquí.

3° *Ball.* Gran mozo.
Lucas. Yo no le he visto siquiera
Una vez: pero me han dicho

Que el muchacho es una hacienda.

3º Ball. Como quiera trabajar,

No se hallará en once leguas

A la redonda quien lo haga

Mejor.

1º Ball. Pero es una pieza
Que yá.

Lucas. ¿Cuántos años tiene?

3º Ball. En los quince raya apenas;

Un chico cachigordete

Y como una primavera

De guapo, pero mas malo

Tampoco le hay.

Lucas. Yo en carrera

Le haré entrar, y con el tiempo

Le sentará la cabeza.

Le espero de un día á otro,

Mas á lo que importa; nuevas

Traeis, ¿cuáles son?

1º Ball. Para oirlas

Abre todas tus orejas,

Lucas.

Lucas. Menos zarandajas

Y al grano.

1º Ball. Vuelve la guerra

Con Aragon á empezarse.

Lucas. ¡Demonios! ¿pues y las treguas
De un año?

3º Ball. ¡Bah, ya están rotas!

Lucas. ¿Y quién las rompió?

1º Ball. ¡Qué flemal!

Ellos ó nosotros, Lucas;

Todo es una cosa mesma.

Lo cierto es que ahora en Castilla

Se está temblando la tierra

Con un pregon de Don Pedro.

Lucas. ¿Y qué dice?

1º Ball. ¡Friolera!

Ahí lo tienes, lee y verás.

Lucas. Pues ¿qué te has creído, bestia,

Que he perdido yo mi tiempo

En sacristias ni escuelas?

1º Ball. ¿Pues qué no lees?

Lucas. Ni palote.

1º Ball. Pues siento á fé que no puedas

Apreciar los ringondangos

De una escritura como esta.

Lucas. Vamos, lee, lee.

1º Ball. Pues atiende,

Que dice de esta manera :

(Lee.) « Nos el rey Don Pedro, primero de

« Castilla, habiendo sabido que nuestro

« hermano Don Enrique, conde de Tras-

« tamara, se ha desnaturalizado de nues-

« tros reinos, y hecho pleito homenaje de

« ser perpétuamente vasallo del rey de

« Aragon nuestro enemigo, juntándose

« con sus huestes para hacernos la guerra,

« hemos venido en declararle rebelde y

« traidor á su rey y señor natural : y le

« desposeemos de cuantas tierras y ho-

« nores hubo en Castilla, asi como á to-

« dos sus servidores : quedando todos con

« él condenados á la última pena donde

« quiera que sean habidos. Lo cual hace-

« mos saber y pregonar en nuestros rei-

« nos para que ningun vasallo nuestro

« les ampare, ni encubra, ni ayude, con

« pretesto ni ocasion alguna, pena de

« perder haciendas y vidas por ampara-

« dores de rebeldes y traidores, etc. »

1º Ball. ¿Qué tal?

Lucas. Soberbio pregon.

3º Ball. Ahora sí que nos llega

Nuestro San Martin. ¡Qué lances

Vamos á echar!

2º Ball. ¡Qué quimeras

Con los enriqueños!

3º Ball. Chicos,

Sobre el que dinero tenga

Firme; enriqueño ha de ser

Quien lo tiene y no lo suelta.

Todos. Por supuesto.

1º Ball. Pero, Lucas,

Aun hay cosa que de cerca

Te toca.

Lucas. ¿Y es?

1º Ball. Que esta noche

Viene el capitan Marchena

A hospedarse en tu molino

Y con una dama.

Lucas. ¿Esta

Noche?

1º Ball. Esta noche.

Lucas. ¿Y te estabas

Con esa calma?

2º Ball. No hay priesa,

No hará mas que reposar

Un momento.

Lucas. ¿Y quién es ella?

1º Ball. Nadie lo sabe mas que él,

Hay quien la hace la condesa

De Trastamara.

Lucas. ¿La esposa

De Don Enrique?

3º Ball. Pamema,

Lucas; es cosa del rey.

Lucas. ¿Y adónde diablos la lleva?

1º Ball. Al castillo de que es dueño

Ahí en Alcalá la Vieja.

Lucas. ¿Viene á Alcalá el capitan?

3º Ball. Y á mandar toda esta tierra.

2º Ball. No le arriendo la ganancia

Si va al castillo.

3º Ball. Consejas

Son nada mas las que corren
Sobre eso.

2º Ball. Si parte hubiérais
Como yo visto...

1º Ball. Ya el vino
Se le sube á la cabeza.

2º Ball. ¡Voto vá Dios! Todavía

Tengo ojo y mano certera
Para meterte á cien pasos
En la garganta una flecha.

1º Ball. ¿Qué has de tener?

2º Ball. ¿Lo probamos?

Lucas. Vaya; ¡eh! Dejad las pendencies
Y que cuente lo que sabe.

2º Ball. Eso ya es hablar en regla.

Los tres. Pues di, di, que te escuchamos.

2º Ball. Pues ya sabeis que Marchena
Era del rey muy amigo,
Y compínche en sus secretas
Calaveradas nocturnas.

3º Ball. Hasta los niños de teta
Lo saben eso, adelante.

2º Ball. Pues, señor, en una de ellas
En que ambos un poco chispas
Casa de unas malagueñas...

3º Ball. Tambien se sabe la historia
De las niñas.

2º Ball. ¿Quién lo cuenta,
Pues, yo ó vosotros?

Lucas. Dejadle
Que lo cuente á su manera.

2º Ball. Pues, señor, vive en Granada
Un viejo de mucha ciencia,
Que Dios confunda, y que lee
De corrido en las estrellas,
Al cual propuso Don Pedro
Que consultarán acerca
Del porvenir: y allí mismo
Lo hicieron de sobre mesa,
Casa de aquellas de Málaga
Con grande algazara y gresca.
Enviaron su carta al viejo,
Y dejaron que anduviera
El tiempo: y á poco de él
Recibieron su respuesta,
Pronosticándoles á ambos
Unas desdichas horrendas.
El rey diz que no hizo caso,
Pero el capitán Marchena
Empezó á andar muy mohino,
Y desde la misma época
Empezó á perder fortuna.

Todos. ¡Ja, ja, ja!

2º Ball. ¿Qué risa es esa?
Vamos.

3º Ball. ¡A perder fortuna!
Y desde la época mesma

A que reflexes la historia
La empezó á tener deshecha.

1º Ball. Don Pedro le hizo rico-home
De Castilla, le dió tierras
Y honores, y entre estas y esos
Cuanto en Alcalá la vieja
Poseyeron los Carrillos,
Que sus enemigos eran.

2º Ball. Ve ahí lo que es no saber
Las historias mas que á medias:

Por esos mismos Carrillos

Toda su fortuna adversa
Creec le ha de venir, segun
Lo que el pronóstico reza
Del astrólogo: y por eso
Muertos por su mano lleva
Tres de esos Carrillos, padre
Y dos hijos: y espera

Huir del que á Don Enrique
Sirve y que dejó esta tierra
Huyendo de él; y por eso
Se viene á Alcalá Marchena,
Porque le dice su horóscopo
Que solo entre sus almenas
Puede burlar su destino;

Y por esto aunque supiera
Mas de ello no os lo contara,
Porque sois unos babiecas
Que ni sabeis, ni creeis
Que haya nadie que mas sepa;
Y por eso hasta aquí digo,
Y créalo quien lo crea,
Y venga el último trago,
Que voy á mi centinela,
No apresure el capitán
El galope y nos sorprenda.

1º Ball. Tiene razon, que ya es tarde
Y nos mandó que en espera
En el camino estuviéramos;
Mas de que esa historia es cierta
¿Quién nos responde?

2º Ball. Yo mismo,
Que en la galería nueva
Del castillo de un mazazo
Hice polvo la cabeza
Del mancebo Juan Carrillo
Por mandado de Marchena.

3º Ball. ¡Sopla, eso ya es otra cosa!

2º Ball. Y por eso no me peta
Mucho el volver á Alcalá:
Y mas que de esta tragedia
Hace el año ahora. Vispera
De los inocentes era.

3º Ball. Tú obedeciste y bien hecho.

2º Ball. Si, mas dicen que andan sueltas
Las almas de los Carrillos
Por sus bóvedas sangrientas.

1º, 2º Ball. y Lucas. ¡Ja, ja, ja!

3.^o Ball. Pues fuera lance
Que á recibirte saliera
Juan Carrillo.

2.^o Ball. No os mofeis,
Brutos, de cosas como esas.

1.^o Ball. Vamos, vamos al camino,
Y no riñals.

Lucas. Sí, idos fuera,
Que allá voy yo á acompañaros
En cuanto deje aquí prestas
Las cosas á recibir

A un hombre como Marchena.

1.^o y 2.^o Ball. Vamos pues.

Lucas. Yo pronto os sigo,
Salid; alumbra, Teresa.

Sale Teresa y los alumbra; ellos se van
y Teresa vuelve con la luz.)

ESCENA III.

LUCAS, LUCIA.

Lucas. ¡ Aquí de un hombre! ¡ Pardiez!
No quedará en mi despensa
Ni una migaja estraviada
Ni una pinta en la bodega.
¿ Lucia?

Lucía. ¿ Qué hay? ¿ Qué tenemos?

Lucas. Huéspedes. Todo lo presta
Para recibirlos bien:
Lumbre, camas, luces, mesa,
Que es gente que lo merece.

Lucía. ¿ Quién? ¿ quién?

Lucas. Quien aquí me emplea;
Quien me regala el molino
Y me atiza la moneda;
El capitán que me manda
Y que de la corte llega
Con una dama.

Lucía. ¡ Ay qué gusto!

Lucas. Calla, calla, ¿ qué te alegra?

Lucía. ¡ Toma! ¡ Hablar con una dama
Y un señor así tan cerca
Os parece poco!

Lucas. ¿ Hablar
Con los que vienen? tú sueñas.

¿ Qué es hablar, Lucia?

Lucía. ¡ Toma!

¿ Pues son mudos los que llegan?

Lucas. ¿ Y qué te crees que con ellos
Vas á hablar tú? ¡ Qué! Teresa
Saldrá á servirles, que basta
Para hacer cuanto se ofrezca.

Lucía. Ya; entonces decid que soy
No pupila sino presa.

Lucas. No, muger, sino que, mira,
No quiero que nadie crea
Que haces papel de criada,

Ni te hago entrar en haciendas
De servir ni aun á quien puede
Exigir de mi obediencia;
A mas que vienen con ellos
Sus pages y soldadesca,
Y son gentes atrevidas,
Lucía, á mas de groseras.
Con que anda; haz lo que te digo,
Que flo en tu diligencia;
Probablemente no harán
Mas que entrar y echarse fuera;
Pero aunque no tomen nada,
Vean que se les obsequia:
Anda, anda; mas; ¡ cielos! llaman.
¡ Si serán ellos! Teresa,
Alumbra. ¿ Quién?

(Asomándose á la ventana.)

Juan. Abre, Lucas.

Lucas. ¿ Quién diablos es?

Juan, dentro. Una añeja
Amistad.

Lucas. Mas ¿ quién?

Juan. Juan Perez.

Lucas. ¡ Juan Perez! Jesus me tenga.

Lucía. ¿ Juan Perez?

Lucas. ¿ Pues no te han muerto?

Juan. Vaya una pregunta necia.

¿ Pues no te digo que soy

Yo mismo? Si no viviera...

Abre, abre, y oirás cosas

De gusto.

Lucas. Voy. Noche es esta

De extraordinarias visitas

Y de extrañas ocurrencias.

¡ Perez vive!

(Vase con la luz y vuelve con Perez y
Carrillo.)

Lucía. ¡ Vive Perez!

Dios pladoso, dadme fuerzas

Para gozar el contento

De tan dichosa sorpresa.

Vive Perez... aquí vienen.

¡ Todo el corazón me tiembla!

ESCENA IV.

LUCIA, LUCAS; JUAN PEREZ, QUE AYUDA
A ENTRAR A PEDRO, QUE CAMINA CON MU-
LETAS, LAS PIERNAS ABRIGADAS EN PIELS,
Y TRAE LA CABEZA METIDA EN UNA ANCHA
GORRA QUE LE CUBRE HASTA LAS CEJAS;
BARBA NEGRA Y CRECIDA LE ENCUBRE LA
PARTE INFERIOR DEL ROSTRO, QUE NO MOS-
TRARA MAS ESPRESION QUE LA DE UNA PRO-
FUNDA ESTUPEDEZ.

Juan. Alumbra bien.

Lucas. ¡ Jesucristol!

¿Qué aventuras! ¿Que tú eres,

Juan?

Juan. Sí, yo en cuerpo y alma.

Lucas. Loado sea Dios: tu muerte
Hemos llorado aquí todos.

Juan. Cerca la vi muchas veces,

Lucas, mas es larga historia,

Porque esos aragoneses

Me han tratado como á un perro:

No obran peor los infieles

Con los cristianos en Africa.

Lucas. Pero tú...

Juan. Yo, firme siempre,

¡Vive Dios! Viva Don Pedro,

Y salga lo que saliere.

Lucas. Bravo, Juan.

Juan. Valíame esto

Sendos palos: mas torcerme

No pudieron, y una noche

Me dió la ocasion de hacerles

Un besamanos este hombre

Que ves aquí.

Lucas. ¿Y quién es ese?

Juan. Un noble á quien sus infamias

Le han puesto, Lucas, de suerte

Que, atravesado en un jaco,

Le traigo á que sea tu huésped

Conmigo esta noche.

Lucas. ¡Ay, Juan!

En muy mala ocasion vienes,

Porque al capitan aguardo

Con una dama, y la gente

Ya sabes que le hace sombra.

Juan. No tendrá por que se inquiete

Ni habrá nada en que le estorbe

Mi desventurado huésped:

Pues lo que sufrir le han hecho

Esos pícaros rebeldes

Le han traído á tal estado

Que ni ve, ni oye, ni entiende

El infeliz!

Lucas. ¿Está enfermo?

Juan. Está como un tronco, imbécil,

Mentecato, y los dolores

No le permiten moverse

Sin auxilio ajeno.

Lucas. Ya.

En cualquier tiempo que hubieses

Venido, todo era fácil;

Mas en la ocasion presente

Ya ves... Marchena me paga

Y...

Juan. No hay porque déj receles,

Porque á su gente he topado

Ahí á la entrada del puente,

Y pienso aquí suplicarle

Que en su castillo me deje

Meterle para curarle,

Pues en la guerra sus bienes

Por mí ha perdido, y es justo

Que yo se lo recompense.

Lucas. En ese caso...

Juan. Ea, acerca

Esa silla en que le sienta.

Tú, muchacha, ¿qué haces ahí?

¡Mas Lucía!

Lucas. ¡Calla! Perez,

¿Tú la conoces?

Juan. ¡Pues no!

Pasamos muestras niñeces

Juntos.

Lucía. Es cierto, señor.

Juan. ¡Cuánto me alegro de verte!

¿Cómo te va?

Lucía. Como quiero

Con maese Lucas.

Juan. Tenle

De ese lado no se caiga.

Lucía. ¡Jesus! ¿qué tan mal se tiene?

Juan. Voy á meter el caballo

Dentro la cuadra. Entretenle

Mientras, Lucas, y ten cuenta

Con que caer no le dejes,

Que luego le haré yo cama

En que á su gusto se acueste. (Vase.)

Lucía. Bien, bien, tendremos cuidado.

ESCENA V.

LUCAS, LUCIA, PEDRO.

Lucas. Lucía, di francamente,

¿De qué conoces tú á Juan?

Lucía. ¡Virgen santa! en todo tiene

Su merced que sospechar.

Lucas. Es que...

Lucía. Vaya, de sandeces

Dejaos, señor; me conozco

De chica... no me moleste.

Lucas. ¡Bah! no te enfades, Lucía.

Lucía. Cuidemos de si algo quiere
Este hombre.

Lucas. Tienes razon.

(A Pedro.) ¿Qué tal un hombre se sienta?

Ped. Po-por los aires ma-malos
De los mo-montes.

Lucas. ¡San Lesmes!

Y tambien tartamudea.

¡Pues voto va el sol, que tiene

Mas faltas que una pelota!

Lucía. ¡Y qué cara tan alegre

Trae!

Lucas. ¡Ya! el pobre mentecato

Su situacion no comprende. —

¿Queréis que ós alivie en algo? (A Pedro.)

Ped. Mu-mucho frio, y llu-llueve.
Lucía. A otra parte con la música.
Lucas. Pues como hay Dios, que Juan Perez
 Está con él divertido.
Ped. ¿Y Ju-ju-uan?
Lucas. Ya vuelve.
Ped. Ah, en el mo-monte.
Lucas. Ni el diablo

En la mollera le mete
 Las palabras; es mas sordo
 Que una tapia. Ea, ponerle
 Por ahí donde no estorbe :
 Yo es fuerza que fuera espere
 A mi capitan : Lucía,
 Cuidado.

Lucía. Nada recele,
 Seor tutor.

Lucas. Disponlo todo
 Como te he dicho. Aquí vuelve
 Juan; cuidadito te digo.

Lucía. Déjeme en paz.
Lucas. No te alteres,
 Muger.

ESCENA VI.

DICHOS, JUAN.

Juan. Ya estoy yo de vuelta.
Lucas. Pues mira si te comprende
 A tí, ve qué necesita,
 Y cuida de recogerle,
 Pues son muchos y no es malo
 Que adentro con las mugeres
 Le pongamos en seguro.

Juan. Bien pensado, que es prudente
 Que cada cual por su viña
 Mire.

Lucas. Sea como fuere,
 Así lo he determinado.
 Yo me entiendo y Dios me entiende :
 Con que me voy al camino.

Juan. Vé pues.
Lucía. El diablo te lleve.
 (Se va Lucas volviendo de cuando en cuando
 la cabeza como receloso.)

ESCENA VII.

LUCIA, JUAN; PEDRO, SENTADO.

Juan. ¡Lucía!
Lucía. ¡Juan!
Juan. ¡Que nos vemos
 Otrá vez!
Lucía. Muerto en tu ausencia
 Te lloré.

Juan. Pues mi presencia
 Te consuele ya.

Lucía. ¡A extremos
 Me llevó tal pena, Juan!

Juan. Gracias mil veces, Lucía.

Lucía. Mas tú tal vez...

Juan. ¡Alma mía!

Calma tu infundado afan.
 Yo siempre he pensado en tí;
 Conmigo fué por dó quiera
 De tu imágen hechicera
 La luz.

Lucía. ¿Con que aun me amas?

Juan. Sí.

Y este amoroso deseo
 Tal vez ve de cerca el dia
 De cumplirse.

Lucía. ¡Ah!

Juan. Mas, Lucía,
 Dime ¿cómo aquí te veo?

Lucía. Murió mi padre.

Juan. ¿Murió

El buen viejo?

Lucía. Sí, indigente;
 Y en manos de este pariente
 Lejano me encomendó.
 Y él...

Juan. Lo he comprendido al punto,
 Lucía : amor te ha cobrado.

Lucía. Mas yo márgen no le he dado.

Juan. Lo creo así, y es asunto
 Que arreglaré yo muy presto
 Si puedo contar, Lucía,
 Con que tú de parte mía
 Estés.

Lucía. ¿Cuándo no me he puesto
 De tu parte?

Juan. En ese caso,
 Segun lo que aquí suceda
 Esta noche, así obraré,
 Y en ocasion te diré

Lo que á ambos que hacer nos queda
 Para lograr yo un intento
 Que nuestro amor asegure
 Por siempre. Que me procure
 Es fuerza conocimiento
 Por ahora de esta casa,
 Y de lo que en esta tierra,
 Mientras en prision de guerra
 A mí me tuvieron, pasa.

Lucía. Eso, Juan, es muy sencillo.
 Yo te diré...

Juan. Me precisa
 No enterarme tan deprisa.
 Oye : para ir al castillo
 Licencia voy á pedir
 Al capitan.

Lucía. ¡A volver
Vas á servir?
Juan. ¡Puede ser!
Tengo á ese hombre que servir
Y que cuidar mientras dure
Su mal.

Lucía. ¿Y qué mal le acosa?
Juan. Mil juntos, mas no son cosa
De que imposible es que cure.
En tanto no es grande afán
Si ayuda mi buen oficio
Engancharme en el servicio
De mi antiguo capitán.
Mas como aquí cada uno
Por su solo bien se afana,
No cierres esa ventana,
Pues tengo por oportuno
Si me manda que le siga
Que dé la vuelta á mi intento
Y lo que importa á mi intento
Y lo que has de hacer te diga.

Lucía. Pues bien; si veo que partes,
Cuando todo en sueño esté
Sumido, te esperaré.

Juan. Bien; y ni un pelo te apartes
De mis instrucciones.

Lucía. Fía,
Juan, ¿mas con ese qué hacemos?

Juan. Conviene que le dejemos
Hasta que lleguen, Lucía,
Pues tal vez si á compasión
Marchena se mueve al verle,
Mas conseguiré tenerle
Propicio en esta ocasión.

Lucía. Como tú quieras.

Juan. Ya siento
Pasos.

Lucía. Sí, cruzan el puente.
Luz, luz... Juan, esta es su gente,

Juan. Dios ponga en mi lengua tiento.

ESCENA VIII.

PEDRO, SENTADO Y ESTUPIDO COMO SIEMPRE;
JUAN, LUCIA; LUCAS, ALUMBRANDO AL
CAPITAN GIL DE MARCHENA.

Lucas, á Marchena. Descansad aquí entre
tanto.

March. Di que alumbren allá fuera,
Y que acerquen la litera.

Lucas. Está bien... ¡mas por Dios santo!
¿Así estais, Juan?

(*Pedro cierra los ojos y dobla la cabeza
como accidentado.*)

Juan. Aquí estoy,
Que un accidente...

March. Este Juan...
¡Perez!

Juan. ¡Señor capitán!

March. ¿Eres tú?

Juan. Yo mismo soy.

March. Por san Ginés, ya por muerto
Llorado te hemos aquí.

Juan. Muy cerca de ello me vi,
Señor.

March. Me alegro por cierto
De verte. ¿Y dónde has estado
Que á mi pendón no has corrido?

Juan. Prisionero me han tenido
Hasta que ocasión he hallado
De fugarme.

March. ¿Y cómo?

Juan. Estaba
Con uno que me guardaba
Para morir maniatado,
Cuando ese hombre, que conmigo
Partía mis desventuras,
Me cortó las ligaduras
Con que me ató el enemigo.

Yo en cuanto libre me vi
Al centinela maté,
Y á ese buen hombre pagué,
Sacándole tras de mí.

March. ¿Quién es? (*Sombrio.*)

Juan. Víctima inocente

De esos fieros enriqueños,
Que instalándose por dueños
De su hacienda y de su gente
A su muger y á sus hijos
A su vista degollaron:
Y, en fin, tal le maltrataron
Que tormentos tan prolijos,
Señor, le han hecho caer
En tan lastimoso estado,
Que si no es de otro ayudado
Ya ni aun se puede mover.

Lucía. Ya vuelve en sí.

Juan. Son vahidos
Que le dan continuamente.

Lucía. Creí que era otro accidente.

Juan. No está el pobre en sus sentidos

March. Percances son del furor
De la guerra. (*Á Pedro.*) ¡Eh! ¿cómo va?
(*Pedro le mira, se sonrie estúpidamente
y no responde.*)

Juan. Sordo y estúpido está.

March. ¡Sordo!

Juan. Y demente, señor.

March. ¿Y dó piensas ir con él?

Juan. A vos, si me dais licencia
De cuidarle en su dolencia
En vuestro castillo.

March. Fiel
Del rey Don Pedro al pendón

Te has mantenido, Juan : bien
Mereces el parabien.
Aprieta. (Le da la mano.)

Juan. De corazón.
March. Siempre leal me has servido
Y tu pérdida sentí :

Mas hoy que vuelves á mí,
Perez, no hay nada perdido.
Está hecho nuestro negocio :
Cifñete otra vez las mallas,
Y á abrigo de mis murallas
De Alcalá, días de ocio
Tendrás conmigo, que ahora
No tendremos mas que hacer
Que guardar á una muger.

Juan. ¿ Por presa va?
March. Y por señora :
Aqui esta. — Silencio.

ESCENA IX.

MARCHENA, JUAN, PEDRO (COMO SIEMPRE);
LUCIA, A UN LADO; DOÑA JUANA, CON
MANTO Y VELO, ALUMBRADA POR UN HACHON
QUE TRAE LUCAS, Y GUARDADA POR SOL-
DADOS QUE QUEDAN DE LA PARTE DE AFUERA
DE LA PUERTA.

March. Entrad,
Señora : en este aposento
Descansareis un momento
En calma y seguridad.
A los caballos la silla
No quiteis; que pues despeja
La noche y la luna deja
Ver la senda de la villa,
En elevándose mas
Seguiremos el camino
De Alcalá.

Juana. ¿ Es este molino
Vuestro ?

March. Y vuestro, si quizás
Su posesion os agrada.

Juana. ¿ A qué tan cortés conmigo,
Cuando venis mi enemigo
Trayéndome custodiada ?

March. Es la voluntad del rey
Que nada os niegue, y por Dios
Que aquí quien manda sois vos :
Vuestro capricho es mi ley.

Juana. Mas si os dijera : A mi esposo
Enviadme...

March. Eso no lo hiciera
Por no perder yo siquiera
Depósito tan precioso.

Juana. ¿ Y dó vamos ?

March. A Alcalá.

Juana. ¿ A vuestro castillo ?

March. Si.

Juana. ¿ Me vais á encerrar allí ?

March. A aposentaros.

Juana. Quizá

No me reciban muy bien
Los huéspedes invisibles
Que le habitan.

March. ¿ Tan risibles
Consejas creéis tambien ?

Juana. ¿ Qué quereis, Gil !

March. Bien está :

Lucas, ve que el tiempo apura ;
Haz servrnos algo y pronto. —
Vé tú á cuidar de la gente,

Martin. (A uno.)

(A Juan.) Y tú de ahí en frente
Aparta á ese pobre tonto.

(Vanse Lucia y Lucas por la izquierda :
los soldados por el fondo.)

ESCENA X.

DOÑA JUANA, MARCHENA, JUAN,
PEDRO CARRILLO.

Juana. ¿ Quién es ese hombre, Marchena ?

Juan. Es un infeliz lisiado
Que la vida me ha salvado.

March. Y su caridad le ordena
Pagarle ese buen servicio
Cuidándole.

Juan. Es la verdad.

Juana. Tu generosa bondad
Muestra bien tal beneficio,
Mancebo, y si mi favor
Te puede en algo servir,
Desde hoy puedes acudir
A mí sin ningun temor :
En tanto si oro te falta...

Juan. Dispensad, todo me sobra,
Que harto rico es quien bien obra.

Juana. Y mas la virtud resalta
En quien como tú así obrando
Con sus obras se contenta.

Juan. Dios lo tendrá en buena cuenta.

Juana. ¿ Y te llamas ?

Juan. Juan Ferrando
Perez.

March. Basta ; llevalé,
No canses á esta señora
Con desvarios ahora.

Juana. Dejadle, Gil, que se esté.

March. Ya ese soldado es molesto,
Y por demas compensado
Va quien obra como honrado.

Juana. Me agrada por lo modesto,
Marchena ; aunque prisionera
Del rey ó de vos estoy,

Ann puedo como quien soy
Favorecer á quien quiera. —

¿Hidalgo? (A Pedro.)

Juan. Es sordo, señora.

Juana. ¿Y á mas del todo lisiado?

Juan. Los brazos solo ha salvado.

(Llega junto á Pedro. Este la mira y se rie.)

Ped. Mu-muy bo-bonita.

March., amostazado. Es hora

(A la condesa.)

De que toméis alimento. —

Llévale ya. (A Perez.)

(Pedro, que ha seguido riéndose y mirando á Doña Juana, acrece su risa estúpida, y levantando un brazo, la señala con el dedo al rostro haciéndola así reparar en un grueso anillo que llevará Pedro en el dedo índice.)

Juana. ¡Cielo santo!

¡Su anillo!

Ped. E-es u-un encanto. (Riendo.)

Juana. ¡Es él! ¡qué presentimiento!

March. Vamos, que rápido pasa

El tiempo y necesitamos

La noche entera.

Juana. Sí, vamos.

ESCENA XI.

DICHOS; LUCAS, CON PLATOS, ETC.

(Se sienta Doña Juana.)

Lucas. Aunque harto pobre y escasa
Para quien vos sois mi cena,
Con cumplida voluntad
Os la presento.

Juana. Acercad,

Juan, á ese hombre.

March. Ved...

Juana. Marchena,

Dios con ser Dios se sentó

Con los pobres á la mesa.

(Juan sienta á Pedro á la mesa.)

March. Vuestra nobleza, condesa...

Juana. Mas noble era Dios que yo.

March. (Maldita tanta llaneza.)

¿Lucas?

Lucas. ¿Señor?

March. Ven aquí:

(Se apartan á un lado.)

Te llevo al castillo.

Lucas. ¿A mí?

March. A tí. ¿A qué es esa estrañeza?

Lucas. Yo, capitan, nada estraño.

March. Mejoraré tu destino,

Que ya há que en este molino

Te enjaulé por mas de un año:

Encarga de él á quien quieras,

Y mañana en Alcalá

Te aguardo.

Lucas. Muy bien está.

March. Y oye, de todas maneras...

(Hablan en secreto.)

Ped., á Doña Juana. (¿Reconoceis este anillo?)

Juana. (Sí; ¿quién sois?)

Ped. (Ahora no sé,

Pero pronto os lo diré.)

Juana. (¿Cómo? ¿donde?)

Ped. (En el castillo

De Alcalá.)

Juana. (Dios, ¡qué imprudencia!)

Ped. (Tened mejor esperanza,

Que todo acasa se alcanza

Con audacia y diligencia.)

Juana. (Pero...)

Ped. (Silencio.) Ju-uan,

Vi-ino.

Juan, á Pedro sirviéndole. Que os va á hacer daño.

Ped. Sí, lu-uego el ba-baño...

Juana, á March. Vamos, señor capitan,

Llegad tambien.

March. Yo soldado

Soy y sóbrio.

Juana. Ved, Marchena,

Que sospecharé de cena

En que no probeis bocado.

March. Uno solo tomaré.

Juana. Eso hacemos los demas.

March. Que ¿sospechareis quizás?...

Juana. De vos todo.

March. Es mala fé.

Juana. ¿No sois vos mi carcelero?

¿No es Don Pedro mi enemigo?

Venganza pues ó castigo

Es lo que de ambos espero.

March. ¿Qué hacer? es vuestro destino

Quien ponga á la saña dique

Ser del conde Don Enrique.

Juana. ¡Vino á España otra vez!

Ped., dando en la mesa con el vaso.

Vino.

(Marchena y Doña Juana se vuelven á él, que sigue impávido. Juan le escancia.)

March. y Juana. ¿Eh?

March. Creí ¡voto á su casta!

Juana., á March. Decid.

March. Se ha entrado imprudente

Por Aragon; mas su gente

No basta contra el rey.

Ped., á Juan con el vaso. Basta.

March. ¿Eh?

Juana. ¡El infeliz cuál se ceba!
Juan. Es que tiempo há que no toca
 Cosa caliente su boca
 Y que tal licor no prueba.
Juana. ¡Desdichado!
March. Es tiempo ya
 De partir.
Juana. Vamos.
March. A tí
 Mañana te aguardo.
Lucas. Allí
 Iré.

March. Juan, baja á Alcalá,
 Y pues tan caritativo
 Te has vuelto, allí llevalé,
 Que asistirle mandaré.
Juan. Y tal órden os recibo
 Como un favor eminente.
Un Ballestero, que entra. Capitan, ya
 todo espera.

March. Pues que acerquen la litera
 Y que cabalgue la gente.

Juana. Villanos, que Dios os guarde.
 (Vase.)

March. ¿Con que vosotros á qué hora
 Pensais partir?

Lucas. Con la aurora.

March. Pues que mas no se retarde,
 Que no os pesará á los dos
 Si atais la lengua de corto.

Lucas. Mi dueño, señor, sois vos.

Juan. Lo que es yo, mediante Dios,
 Ya vereis como me porto.

(Vase Marchena, y Lucas le alumbrá quedando de la parte afuera de la puerta.
Juan vuelve á bajar á la escena, y hablan Pedro y él en secreto los cuatro primeros versos de la escena siguiente, reponiéndose y disimulando á la salida de Lucas.)

ESCENA XII.

JUAN, PEDRO, LUEGO LUCAS.

Ped. Juan, bien lo has hecho.

Juan. Señor,

El alma tuve en un hilo.

Ped. Pues ya ves que va tranquilo.

Juan. Pedro, tiento.

Ped. Juan, valor.

(Entra Lucas.)

Juan. Lucas, que sea en hora buena.

Lucas. Me sopla á fé la fortuna.

Juan. De hoy marcharemos á una.

Lucas. Sí, mas veamos la cena.

¿Lucía?

Lucía, dentro. Voy.
Lucas. A cenar,
 Que hay que madrugar mañana.
Juan. Y por Dios que tengo gana
 Tus colechones de pillar.

ESCENA XIII.

DICHOS, LUCIA.

Lucía, saliendo. Aquí está.

(Pone en la mesa un plato.)

Ped., bebiendo. Bu-en vi-inllo,
 Ju-an.

Lucas. ¡Vaya el lisiado
 Y qué bien que se ha achispado!

Ped. Al vu-nelo las pí-pillo.

Lucas. Pardiez, ya lo veo, y buenas.

Juan. Así sus penas ahoga.

Lucas. ¿Porqué no coge una sogá?
 ¡Vaya un modo de ahogar penas!

Ped. ¡Mu-muy bo-onita!

(Mirando á Lucía.)

Lucas. ¡Eso mas!

Ped. Y mi-entras han e-estado
 (Imita con la lengua y la mano el ruido
 y la accion de volver una lluve.)

Cris, cras... la ha gu-ardado. (Riendo.)

Juan. ¿Lo oyes? (Riendo.)

Lucas. ¡Ya! Mas, por san Diego,
 ¿Quién ha abierto esa ventana?

(Va á cerrarla y mientras hablan Juan
 y Lucía.)

Lucía, á Juan. (¿Vas al castillo?)

Juan, á Lucía. (Mañana.)

Lucía, á Juan. (Pues hasta luego.)

Juan, á Lucía. (Hasta luego.)

Lucas. ¡Ja, ja, ja! Va á dar de panza
 Diez veces de aquí á la villa.

Juan, con sorna. ¡Qué! Si en viéndose
 en la silla

Va mas tieso que una lanza.

Ped. Vi-ino, Ju-uan.

Lucas. Ya está chispo.

Juan, á Pedro. ¿Y las piernas, qué
 dirán?

Ped. Me tendré como un obispo
 Mañana. Vi-ino, Ju-uan.

(Bebe, y los otros sueltan grandes carca-
 jadas, y cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

Galería de un patio-jardín interior en el castillo de Alcalá la Vieja que separa la habitación destinada á la condesa del resto del edificio. Puerta á la izquierda que da á esta habitación, otra á la derecha que da al exterior. Una bajada por medio del rompimiento de la baranda que va al jardín, cuyos árboles se ven por encima del antepecho.

ESCENA PRIMERA.

IL DE MARCHENA Y LUCAS, ASOMADOS
A LA BARANDA DE LA GALERIA.

Lucas. ¡ Qué magnífico edificio,
Capitan!

March. ¿ Qué te parecen
Las obras que hice?

Lucas. Merecen
Verse.

March. No es gran sacrificio
Vivir aquí, ¿eh?

Lucas. Yo lo creo;
Tamaño suntuosidad
Compensa la soledad
En que se vive.

March. El deseo
No tiene menos que echar
Grandezas de su recinto.

Lucas. Le habeis hecho un laberinto
De recreo.

March. Un palomar
Era cuando el rey Don Pedro
Me hizo de él donacion.

Lucas. Bien os probó la aficion
Que os tiene.

March. En la corte medro
Del rey; no puedo negarlo:
Mas si la suerte me ayuda
Medraré harto mas sin duda:
Sin tener que sujetarlo
A la ajena voluntad
Prez alcanzaré y riqueza,
Y haré acatar mi grandeza
En mas de un pueblo.

Lucas. En verdad,
Capitan, que en esperanzas
Os adormis bien risueñas.

March. Constancia quebranta peñas,
Lucas; y mis bienandanzas
En popa de dia en dia
Van vogando de tal modo
Que aunque el mar es ancho, todo
Lo abarca mi fantasia.
Y al estenderse altanera
Por su inquieta inmensidad,
Yo no sé qué claridad

Divisa en la otra ribera.

Secretos del alma son,
Lucas, de su sér arcanos;
Mas vosotros los villanos
No comprendéis la ambicion.

Lucas. Tambien hierte en nuestro pecho
Esa pasion, capitan.

March. Si, mas con tan poco afan,
Y en círculo tan estrecho
Que hasta en su misma grandeza
Y en su mismo afan, se ve,
Lucas, que engendrada fué
En mezquindad y pobreza.

Lucas. Mejorar su suerte mala
Siempre cada cual intenta
Y medios para ello inventa
Cada cual segun su escala.

March. En eso está la ruindad,
En sujetarse á una esfera
Que debe querer cualquiera
Romper por su voluntad.

Lucas. Mas, ¡ qué diablos! capitan,
El que villano ha nacido
Y con el pueblo ha vivido
No puede echarse mas plan
Que aquel á que aspirar pueda
A ver cumplido algun dia
Y holgarse en su villanía,
Pues cuando nace la hereda.

March. Bien, Lucas, no hablemos mas;
Tú para tu corazon
Y tu sér, tienes razon;
Por eso tan vano estás
Celebrando tu destino
Al ver como ahora cuajas
El jabon de tus navajas
En la agua de mi molino.

Lucas. Y mas no sé ambicionar,
Capitan, que es diferente
Vivir rapando á la gente
A tener con qué pagar
Al que la barba nos hace;
Y pasar de rapador
A propietario, señor,
A cualquiera satisface.

March. ¿ Y no valdrá mas que en vez
De ese molino harinero
Pueda yo un castillo entero
Darte algun dia?

Lucas. ¡ Pardiez!
Entonces ¿ quién me tosia?
¿ Yo posesor de un castillo?
¿ Yo señor de horca y cuchillo?

March. Quizá te aconteceria;
Pero dejemos sandeces,
Lucas.

Lucas. Sí, teneis razon,
Sandeces nada mas son

En mí tales altiveces.

March. Sirveme fiel, y confia
En que medrarás.

Lucas. Yo creo,
Señor, que os sirvo á deseo.

March. Sí, sí; mas por vida mia
Que ya tarda ese trüan.

Lucas. ¿Quién?

March. Juan Perez.

Lucas. El muy pillo

Estará en el ventorrillo

Con la muger de Julian.

March. No, no : los caballos siento
En el patio. ¿Juan?

(*Asomándose á la galería.*)

Juan, dentro. ¿Quién llama?

March. Yo, sube.

Juan. Voy al momento.

March. Lucas, vuélvele la fama.

Lucas. Deuda es que negar no intento.

ESCENA II.

MARCHENA, LUCAS, JUAN.

March. ¿Has estado en Alcalá?

Juan. Sí, señor.

March. ¿Y las vituallas?

Juan. Dentro de vuestras murallas

El sol de hoy las dejará.

March. ¿Te entraste por los mesones

Y por las tiendas?

Juan. Entré.

March. ¿Que dice el vulgo?

Juan. Está á fé

Dividido en opiniones.

March. Habla.

Juan. El labrador sencillo

Contra el bando de Aragon

Fia en nuestra proteccion

Mientras esteis en el castillo.

March. Es decir que el labrador...

Juan. Bendice vuestra presencia,

Que protege su existencia

Contra el partido traidor.

March. ¿Y el soldado?

Juan. Cuenta el oro

Que le daís, y mientras dure

No hay lid que no os asegure

Contra aragonés ó moro.

March. Yo haré que siempre le sobre

Y que leal á mí muera,

Viendo que ante mi bandera

No muere viejo ni pobre.

¿Y qué hablan los mercaderes?

Juan. Los mercaderes, señor,

Con quien les pinta mejor

Se casan; sus pareceres

Con sus ganancias están :

Con quien les da mas franquías

Para sus mercaderías

Con aquel, señor, se van.

March. ¿Habrásles dado á entender

Que soy hombre que me pongo

En razon, y me propongo

Sus franquías acrecer?

Juan. Les manifesté que el rey

A este castillo os envía

A ser guardian y vigía

De la paz y de la ley.

Que pensais por tiempo alguno

De tributos dispensarlos,

Si en mitades quieren darlos

Llegado el tiempo oportuno;

Y que aunque el rey nadie ignora

Que á judíos usureros

Debió hasta hoy sus dineros,

No asi vos, que desde ahora

Teneis permiso real

Para tomarlos á ellos

Con mas ganancia que á aquellos

Préstamos de su caudal.

Su afan es que los judíos

No ganen con el estado

A quien han sacrificado

Como usureros impios.

March. ¿De modo que hechos rentistas

Del rey le dan sus empeños?

Juan. Flaquezas son de asentistas.

Ayer eran enriqueños,

Hoy se acostarán realistas.

March. Bien está; den sus dineros

Por ahora y por el rey,

Que luego dirá la ley

Si fueron ó no usureros.

Juan. ¿He cumplido bien?

March. Sí, Juan;

¿Mas porqué eso me preguntas?

Paréceme que barruntas...

Juan. Tieneme con algo afan

El pensar... si habreis pensado

Que yo en Aragon cautivo

Un año...

March. Pues te recibo

Otra vez, ves que cuidado

No me da tu cautiverio.

Juan. Por eso, señor, me holgara

Que mi servicio os llenara.

March. ¿Y es ese todo el misterio

De la pregunta?

Juan. Ese fué,

Que sé que han hablado mal

En mi ausencia.

March. ¿Quién es tal

Que eso no sufra? En paz vé.

Juan. ¿Teneisme mas que mandar?

March. Nada.

Juan. Pues á cuidar voy
De mi enfermo.

March. ¿Cómo está hoy?

Juan. Se le ha visto mejorar
Desde que entró en el castillo;
Mas claro habla, y creo que
Se tiene mejor en pié
Desde ayer el pobrecillo.

March. Mucho te debió servir
Pues tan eficaz le cuidas.

Juan. Diera por él veinte vidas,
Que me salvó de morir
Con una muerte bien cruel;
Y á no salvarnos los dos
Pongo por testigo á Dios
Que me quedara con él.

March. Tal proceder te hace honor:
Mas en gente hecha á campañas
Son virtudes algo estrañas
Esas.

Juan. Flaquezas, señor. (Vase.)

ESCENA III.

MARCHENA, LUCAS.

March. ¿Oiste, Lucas?

Lucas. Oi.

March. ¿Y qué piensas de ese mozo?

Lucas. Tiene, hablando sin rebozo,
Muy mal ángel para mí.

March. Ya, según me han dicho, piensa
Que es hermosa tu Lucía.

Lucas. Cualquiera lo pensaría.

March. ¿Y te pones en defensa?

Lucas. Yo bien me entiendo, aunque acaso
No me explicaré muy bien.

March. Y yo te entiendo también.

Lucas. Si de suspicaz me paso,

No sé; jamás hizo nada

En mí contra á ciencia mía;

Pero esa fisonomía

Juro á Dios que no me agrada.

March. Antipatía de celos

Pudiera bien ser en tí;

Mas oye, también á mí

Me va infundiendo recelos.

Siempre me sirvió leal,

Jamás tuve hombre mas fiel,

Sentía estarme sin él

Porque es diestro y servicial.

Muy de menos en su ausencia

Le eché; y anoche al hallarle

Tuve impulsos de abrazarle;

¡Plúgome tal su presencia!

Mas es mozo y arrojado,

Y aunque criado en pobreza,

Humos tiene de nobleza
Y se las echa de honrado;
Y ese esmero minucioso
Con que siempre me ha servido,
El respeto desmedido

Que me muestra, sospechoso

Me es en hombre tan altivo;

Y en fin, servidor mas fiel

Necesito en lugar de él:

Lucas, en él te recibo.

Si eres hombre de valor,

Y obras con discernimiento,

Verás tu acrecentamiento

Siempre ir de bien á mejor.

Lucas. Señor capitán, yo no era

Nadie, hasta que fuísteis vos

Á hacerme hombre, y ¡vive Dios!

Que deseo la primera

Ocasión en que mostraros

Lo aficionado que os soy.

March. Pues bien, tu ocasión es hoy.

Lucas. Pues bien, no andeis con reparos,
Decidme lo que he de hacer.

March. Hacerte de él muy amigo,

Que coma y duerma contigo,

Y que no pueda mover

Un pié, ni pestañear

Sin que veas con qué objeto,

Y si guarda algun secreto

Sorpréndelo á su pesar.

Lucas. Disponed vos que esta union

Desde hoy mismo se efectúe.

March. Ve tú de que continúe

Vuestra supuesta afición,

Que la union dispuesta está.

Tú guardarás del castillo

Las llaves: junto al rastrillo

Él contigo habitará

La torrecilla sombría

Que, con la puerta pegada,

Ha sido siempre nombrada

Torre de la portería.

No esquives allí ocasión

De sondearle: espía, vela,

Y haya broma y francachela

Si conviene á tu intención.

Que ese hombre secretos sabe

Del rey y míos que acaso

Le franqueen un mal paso,

Que todo en villanos cabe.

Mas viene aquí, chiton pues.

Yo me voy y haré de modo

Que fácil te sea todo.

Lucas. Fiad de mí. Esto sí que es

Navegar con viento en popa;

Ahora, señor galán,

Donde las toman las dan,

Con que tentas la ropa.

ESCENA IV.

LUCAS; JUAN, QUE TRAE DEL BRAZO A PEDRO CARRILLO, COMO EN EL ACTO PRIMERO, Y LE SIENTA EN UN SITIAL.

Juan. ¡Hola! ¿Aun aquí tú?

Lucas. Aquí aun.

Juan. Anslaba á solas hallarte.

Lucas. Y yo á tí solo encontrarte.

Juan. Pues es el placer comun.

Con que empieza.

Lucas. Mas...

Juan. ¿Qué dudas?

Si está lo mismo que un leño

El infeliz.

Lucas. ¿Aun no es dueño

De sí?

Juan. ¡Qué! Mas ve si ayudas

En algo, hombre: ese sitial

Arrima, y le sentaré.

Lucas. ¿Pues no iba mejor?

Juan. Sí á fé,

De fuerzas no va tan mal.

Los nervios han adquirido

Mas tension y mas soltura,

Y el habla es ya menos dura,

¡Pero ay! en cuanto al oído

Mas sordo está que las peñas.

Y siempre en su insensatez

Entiende al revés tal vez

Las mas espresivas señas.

Lucas. Mas él ¿qué habla?

Juan. Casi nada;

Mas si rompe á hablar muy fresco

Le da por lo picaresco

Y suelta una bufonada.

Ahí lo tienes: este rato

Que el sol de la tarde goza

Parece que le remoja,

Y se rie el insensato

Como un niño, cuando siente

Que le da el sol.

Lucas. ¡Miserable!

Juan. Y este aire le es saludable,

Come y bebe horriblemente.

Lucas. En fin, buen trabajo tienes

Con él.

Juan. ¡Y cómo ha de ser!

Mas ha perdido á mi ver

Quien perdió salud y bienes.

Pero el tiempo no perdamos

Tambien nosotros así.

Te traigo una carta aquí

Que me ha dado Andrea Ramos

Para tí.

Lucas. ¡Diablo! Una carta.

Juan. Dijo que á tí con destino

La trajeron del molino:

Lee, lee.

Lucas. Mal rayo me parta

Si leo yo ni dos letras

De esas.

Juan. Pero, hombre, ¿porqué?

Lucas. ¡Vive Dios! porque no sé

Leer.

Juan. Ya.

Lucas. Ya ¿te penetras

Ahora de mi razon?

Juan. Miren por donde se apea.

Pues busca quien te la lea.

Lucas. Hombre, si, en esta ocasion

Me pudieras tú servir.

Juan. ¿Yo?

Lucas. ¿Qué! ¿tú tampoco alcanzas?...

Juan. Si fueran hierros de lanzas

No habria mas que pedir.

Cosa es de ricos ó nobles

Que viven desocupados.

Lucas. Tienes razon, los soldados

Tenemos haciendas dobles

Por ambos á que atender:

Pero puede que ese loco

Sepa de letras un poco.

Juan. Calla, es verdad.

Lucas. Pues á ver.

Juan. A ver, trae.

(Abre la carta, y se la da á Pedro, haciéndole seña de que la lea. Pedro la toma, la lee para sí, y suelta su carcajada estúpida devolviéndosela.)

Lucas. Esta es mas negra

Él se entera de lo ajeno

Y calla. Y dice algo bueno

Conforme lo que le alegra.

En fin, ¿qué hay? ¿qué dice ahí? (A Pedro.)

(Le hacen seña de que explique la carta.

— Pedro la hace para que atiendan.)

Ped. Que-que hoy viene mi so-obrino

Que-que va á mi-mo mo-olino

A hacerme u-un mo-lino á mi. (Se rie.)

Lucas. ¿A hacerle un molino á él?

¡Ah, ya caigo! es que Lucia

Hoy al castillo me envia

A mi sobrino Gabriel.

Me alegre.

Ped. ¿A mi mo-molino?

¿So-sobrino á mí, gra-an tuno?

Yo no-o te-tengo ninguno.

Lucas. ¡Pues no da en mal desatino!

Toma la carta por suya

El hombre.

Juan. ¿Y qué le has de hacer?

Como se la diste á leer,

Creyó que es de él y no tuya.

Ped. Pe-pero oid-me, tra-ae...

Lucas y Juan. ¿Qué?

Ped. Tra-trae en la u-uña

Un anguilon de Ta-ajuña
Que-que en cuanto lle-egue cae.

Lucas. ¡ Y que él lo dispone luego !

Ped. Y le hago na-adar en vi-ino
Y ma-mato á mi-i so-obrino
Y po-ongo al mo-lino fuego. *(Se rie.)*

Lucas. ¡ No quiere hacer mal pastel !
Comerme la anguila, y luego
Pegarme al molino fuego,
Y asesinar-me á Gabriel.
Y se rie el muy caribe.

Juan. En fin, Lucas, acabemos.

Lucas. Si, sí, Juan : bromas dejemos
Y vamos á lo que escribe
Lucía ; á buen tiempo llega
Gabriel, porque desde hoy
Del castillo alcaide soy.

Juan. Y es empleo que te pega
Y te doy el parabien.

Lucas. Saben que amigos sinceros
Fuimos siempre, y compañeros
Nos hacen.

Juan. ¿ A mí tambien
Me han hecho alcaide contigo?

Lucas. Yo me ofrecí diligente
A velar por nuestra gente
Solo con un buen amigo,
Y como á tal te elegi.

Juan. Gracias.

Lucas. La gente de guerra
Que nuestro castillo encierra
Es poca, y fuerza es que aquí
Descanse, pues sosegado
Todo está ; con que desde hoy
Dejo, Perez, el molino
A cargo de mi sobrino,
Y tu camarada soy.
Solos la torre tenemos
Que en el patio grande se halla,
Y de vista en la muralla
Un centinela tendremos.

Juan. Es muy justa esa cautela.

Lucas. Lo cual da, si bien se hila,
Que nos cenemos la anguila,
Y que haya una francachela.

Juan. La acepto.

Lucas. Pues la tendremos.

Juan. Adios, Lucas.

Lucas. Adios, Juan.
(Nos veremos, seor galan.)

Juan. *(Seor alcaide, nos veremos.)*

ESCENA V.

JUAN, PEDRO.

Juan. ¿ Oísteis?

Ped. Y he comprendido
Su traidora precaucion.

Juan. En la boca del leon,
Señor, nos hemos metido.

Ped. Él velará sobre tí
Y un centinela por él.

Juan. ¿ Y la carta de Gabriel?

Ped. Saldrá bien, confia en mí.
Todo está en la diligencia,
Y todo estriba en la astucia.

Juan. Mucho el tiempo nos acucia.

Ped. Y nos va, Juan, la existencia ;
Mas silencio... ¡ oh ! Dios nos tiene
De su mano en esta empresa ;
¿ Oyes ? el caracol viene
Bajando.

Juan. ¿ Quién?

Ped. La condesa.

Tal vez pueden oportunas
Conjurar nuestras desdichas
Cuatro palabras bien dichas.

Juan. El cielo os inspire algunas.

Ped. Como hable yo á Doña Juana
Fio en Dios... échate fuera
Y guárdame esa escalera,
Y avisa si alguien la gana.

Juan. Por sobre mi pasarán
Antes.

Ped. No, de ningun modo ;
Fialo á la astucia todo
Y nada á la fuerza, Juan.

Juan. Entiendo, entiendo.

Ped. Sal pues.
Yo duermo como un liron
Hundido en este sillón.

Juan. Ampárenos Dios.

ESCENA VI.

LA CONDESA DOÑA JUANA, PEDRO.

(Doña Juana sale con mucha precaucion.

*Pedro la habla como durmiendo y sin
cambiar de postura.)*

Cond. *(Él es.*

Los vi desde la vidriera
Del crucero. — Solo está ;
¡ Tiemblo ! — ¿ Si acaso será
Un falsario ?)

Ped. Ver pudiera
Algun traidor.

Cond. ¡ Ah !

Ped. Señora,
Oid; mas que estoy enfermo
No olvidéis, y que aquí duermo.
Cond. ¡Pedro!
Ped. Yo soy; mas ahora
Oídme por Dios con calma
Y fingios distraida,
Porque á ambos nos va la vida.
Cond. ¡Ay! Tengo en un hilo el alma.
Ped. Tres meses hace que os sigo
De Don Pedro por salvaros,
Y de aquí vengo á sacaros
O á morir con vos me obligo.
Cond. ¡Pedro!
Ped. Dejadme acabar,
Que no hay tiempo que perder.
¿Estais dispuesta á arrostrar...?
Cond. Todo, sí; que aunque muger
Tengo un alma tan entera
Que no hay princesa en España
Tan capaz de alguna hazaña,
Ni de voluntad mas fiera.
Ped. Vais el furor de Don Pedro
A hacer que se centuple
Huyéndoos á Don Enrique.
Cond. Dispuesta estoy, no me arredro.
Ped. Tal vez hay que prescindir
De vuestra real dignidad.
Cond. No importa.
Ped. Algun vil disfraz
Endosaros para huir.
Cond. Nada de eso me da pena;
Inconvenientes son vanos
Si me sacan de las manos
De este traidor de Marchena.
Ped. Mas el rey...
Cond. No hables del rey;
Ninguno aquí se respeta;
Marchena no se sujeta
Desde hoy á ninguna ley.
Y por último, Carrillo,
Consiento en cualquier bajeza
Por escapar con presteza
De este maldito castillo.
Ped. Señora, me haceis temblar,
¿Qué puede pasar aquí
Que os impela á hablar así?
Cond. Carrillo, tan gran pesar,
Tan ignominiosa mengua
Que doy por huir al instante
La hermosura del semblante
Y el caro don de la lengua.
Ped. Ya os comprendo. ¿Y tal baldon
Osó proponer siquiera?...
Cond. Pedro, mas ¡de qué manera,
Con cuán taimada intencion!
No es, Carrillo, mi belleza
Lo que en mi favor le anima.

Ped. ¿Pues qué es lo que en vos estima?
Cond. Mi estirpe real; mi nobleza;
Porque con mano traidora
Prepara un veneno á Enrique
Y quiere que justifique
Su atentado mi hermosura.
Ped. ¡Oh infamia!
Cond. Sueña en poder,
En coronas y en grandeza,
Y le hace falta nobleza
Que le dará una muger.
Y en supersticiosa fé,
Espera imperial dominio
Por no sé qué vaticinio
En que desde niño cree.
Ped. Sí, sí, os sobra la razon
Y huir al punto es forzoso
Traidor tan supersticioso:
La manera y la ocasion
Y todo cuanto medito
Para salvaros vereis
En ese sucinto escrito
Que leido quemareis.
(La alargando un pergamino, que la condesa recoge con disimulo.)
Si aceptais...
Cond. Sí, desde ahora.
Ped. Lo único acaso posible
Es...
Cond. Todo me es admisible.
Ped. Pues esta noche, señora.
Y no echeis del corazon
La conviccion de que es fuerza
Que se burla y que se tuerza
La traicion con la traicion.
Cond. Lo sé.
Ped. Pues disimulad,
Fingid, mentid.
Cond. Fé en mí ten,
Que no ha de fingir tan bien
El mas astuto juglar.
Ped. Será en vuestro beneficio.
Y ahora, señora, yo duermo;
No soy yo, soy un enfermo
Sin movimiento y sin juicio.
(Cierra los ojos y se mantiene sin movimiento, que es en lo que estriba todo el carácter y dificultad de esta escena en el papel de Pedro Carrillo. La condesa se aparta un poco de él y queda apoyada en la baranda de piedra de la galeria como ajena de lo que por ella pasa.)
Cond. ¡Lo que puede su lealtad!
¡Tan fiero y tan impaciente,
Por ella solo consiente
En tal ficcion y ruindad!
¡Yo tambien le imitaré!

(Alza los ojos.)

Dios, señor de las alturas,
 Dame en tantas amarguras
 Destreza, valor y fé.
 Mas el jardín cruza, y sube
 La escalinata hácia aquí :
 Fingiré que no le vi
 Y que en algo me entretuve.
 (Quedan ambos en silencio un momento.
 Pedro durmiendo, la condesa mirando
 á lo alto. Marchena sube por la esca-
 lera del rompimiento.)

ESCENA VII.

LA CONDESA, PEDRO, MARCHENA.

March. ¡En sus tristes pensamientos
 Cuán embebecida está! (La contempla.)
 Ni aun me ha sentido quizá.

Juana. ¡Ah!... Marchena.

March. Unos momentos
 Há que os estoy contemplando
 Tan á lo que os cerca ajena...

Juana, interrumpiéndole. Sí, teneis ra-
 zón, Marchena,

Desde aquí estaba mirando
 Esas nubes pasajeras
 Que al blando impulso del viento
 Van cruzando el firmamento
 Caprichosas y ligeras.

March. Con poco os entreteneis.
 ¡Y eso os distrae?

Juana. Sí por Dios,
 Pues qué, ¿no os distrae á vos
 Lo hermoso cuando lo veis?

March. Perdonad, noble condesa,
 Que aunque lo bello admiré
 Siempre, jamás me paré
 En una cosa como esa.

Juana. Lo olvidé, teneis razon;
 Vos nunca al cielo mirais;
 Y es inútil que lo hagais
 Si no os habla al corazon.
 A aliviar mi soledad
 A este corredor salí
 Y de la tristeza fui
 A dar con la enfermedad.

March. ¡Dios! (Repara en Pedro.)

Juana. A ese infeliz hallé
 Ahí en su estupor sumido
 Como veis.

March. Sí, está dormido.

Juana. Despertarle no logré
 Aunque le hablé cerca y alto :
 ¡Ay de mí, sin acordarme
 Que aquí para consolarme
 Todo es de sentidos falto!

March. Como á quien sois se os trata
 Segun creo en mi castillo,
 Pues yo mismo á vos me humillo
 Y mi gente en mí os acata
 Por su señora.

Juana. ¡Ay, Marchena!
 Toda la pompa oriental
 No hará que no suene mal
 Al cautivo su cadena.

March. De flores quisiera yo
 Tejéros la nada mas.

Juana. Y flores son que jamás
 Mi decoro recogió.

March. ¡No sé qué os noto por Dios
 Que os veo menos altiva!

Juana. ¿He de llorar mientras viva
 El estar cerca de vos?

March. Siento daros pesadumbre;
 Mas así el rey lo dispuso.

Juana. A la mano en que me puso
 Me irá haciendo la costumbre.

March. Palabras tan indulgentes
 Me hacen creer que vuestro encono
 Pasa.

Juana. Es mi santo patrono
 Mañana, los Inocentes.

March., con pavor. ¿A qué lo habeis re-
 cordado
 Cuando olvidarlo queria?

Juana. No supe el mal que os hacia
 Sin duda; ¡os habeis turbado!

March., hablando consigo mismo. Hoy,
 sí, es hoy... pero ¡qué miro!
 En ese pasillo Juan...

¿Espía?

Juana. ¡Qué nuevo afan
 Teneis!... (Apenas respiro.)
 Parece que os inmutais.

¿Qué teneis?

March. Todo el infierno
 Me habeis alzado en lo interno
 Del corazon.

Juana. ¿Delirais?

March. No. ¡Juan!

Juan, saliendo. Señor.

ESCENA VIII.

DICHOS, JUAN.

Juana. (¡Qué va á hacer!)

March. Responde y di la verdad.
 O el viaje á la eternidad
 Puedes prepararte á hacer.

Juan. Señor...

March. ¿Qué hacias ahí?

Juan. A ese hombre, señor, velaba
 Cuando sentí que bajaba

Esa noble dama aquí;
Y como el respeto sé
Con que la quereis tratar,
Su gusto por no estorbar
A este lado me aparté.

March. ¡Vive Dios si otra intencion
Comprendiera que hay en tí!

Juan. Presumo que os ofendí,

Capitan. Teneis razon,
Debí apartarle también;
Mas como el pobre dormía,
Creí que no estorbaría.
Disimuladme.

March. Está bien.

Juana. (Respiro.) Ahora comprendo
Lo que os turbó... á fé, Marchena, (Se rie.)
Que vuestra aprension es buena.

March. ¿Y os reis?

Juana. ¿No lo estais viendo?

March. ¡Oh!

Juana. Lo entiendo; como haceis
Conmigo el enamorado,
Lo zeloso habeis pensado
Que fingir tambien debeis.
¿Y quién os causó recelo? (Se rie.)
¿Quién? ¿Un jayan, un tullido,
Uno vil, y otro dormido?
¡Bah! tropezais en un pelo.

March. Condesa, no me entendeis.
Mas ya que os veo dispuesta
A sondar esta funesta
Tradicion, lo lograreis.
Juan, lleva á ese hombre contigo.

Juana. ¿Y á qué le ha incomodar?

No puede sordo escuchar
Ni dormido ser testigo.

March. Decis bien.

Juana. Cuenta os haced
Que es un relieve postizo
En ese pilar macizo.

March. Bien. (A Juan.) En la opuesta
pared

De ese jardin un postigo
Hay; al pié de su escalera
Hasta que te llame espera;
Allí irá Lucas contigo. (Vase Juan.)

ESCENA IX.

LA CONDESA, MARCHENA.

(Marchena cierra las dos puertas laterales.)

Cond. (¿Qué va á decir? yo tiemblo.)

March., al pasar junto á Pedro. Este
menguado...
Mas ora en su estupor yace tranquilo.

Cond. (¡Oh! ¡Si entiende que escucha
desvelado!...)

El corazon por él siento en un hilo.)

March. He comprendido que poneis em-
peño

Un secreto en sondar que me devora,
Y voy á revelárosle, señora,
Aunque esta relacion os turbe el sueño.
Harto me duele el renovar la llaga
Que abrió en mi corazon, mas no me aterra
Ya el siniestro destino que me amaga
Y arrostrarle sabré: fuerza es que lo haga
Mientras me sufra sobre sí la tierra.

Juana. ¡Me estremeceis!

March. Ahora, atenta estadme
Y el dardo al ver con que me habeis herido
Recordando este dia maldecido
Como soy y he de ser al par miradme.
Tiene un rincon el corazon humano
Donde luz ni razon nunca penetra,
Y en donde Satanás pone un arcano
Escrito contra el hombre letra á letra.
Y realidad ó sueño nos abruma
Siempre, y de sobre si nadie le arroja,
Y á la virtud ó al mal nos lleva en suma
Sin permitir al corazon que escoja.
Por él el bien ó la afliccion se espera,
El peligro por él con fé se arrostra,
Por él avanza con audacia fiera
El hombre, y sin valor por él se postra.
Y el criminal gastado, el juez severo,
La vírgen inocente casta y pura,
La cortesana torpe, el caballero
Noble lo mismo que el servil pechero
La fuerza sienten de su ley oscura.
A este poder por diferentes modos
Tarde ó temprano sucumbimos todos,
Y este arcano de impulso omnipotente
Es la supersticion... raudal rugiente
Que de esta vida por el mar turbado
Arrastra y sorbe en su fatal corriente
Al triste corazon desesperado.

Juana. ¡Sacriliga impiedad!

March. Lo sé, condesa.

Tal vez mi perdicion ha de ser esa;
Pero tras ella voy. Yo me burlaba
De sabios y pronósticos: creía
Que soldado y feliz como me hallaba
Burlarme de ellos sin temor podía:
Mas me engañé. Escuchad: yo siempre amigo
Del rey Don Pedro fui; nunca secreto
De ambicion ni de amor tuvo conmigo,
Y siempre quiso á sí verme sujeto.
Una noche de vino y de placeres
Hartos ambos á dos, él me propuso
Pedir de nuestro sino pareceres
A un sabio que estas ciencias tiene en uso.
Consentí. Nuestro horóscopo le enviamos

Para que el porvenir nos predijera,
Y de él y de sus ciencias nos mofamos
De antemano los dos... ¡Nunca lo hiciera!
Porque al leer el propio pergamino
Por el viejo devuelto, escrito estaba
En él el porvenir que me esperaba,
Y dice así la voz de mi destino :

« Raza enemiga á tí tu muerte trama :
« La evitas nada mas por un castillo :
« Vasallos y pendon te da una dama :
« Y entre agua y tierra en lid de poca fama
« Te matarán al fin por un carrillo. »

Juana. Linda aprension de muerte.

(*Riéndose.*)

March. ¿Os mofais de ella?

Yo tambien me reí; mas poco á poco
Tornóse en fallo de mi negra estrella
Lo que sueño juzgué de un viejo loco.

Juana. ¡ Morir por un carrillo!

(*Riéndose.*)

March. De la raza

De los Carrillos habla.

Juana, aterrada. ¡ Santo cielo!

March. Por dó quiera se cumple esta
amenaza,

Dó quiera juntos nos rechaza el suelo.
De Don Pedro el pendon seguí constante
Y el de Enrique siguieron los Carrillos.
El rey me dió al instante

Sus honores, sus tierras, sus castillos.

Púsonos el azar frente por frente :

Donde quiera que voy doy con alguno,

Donde quiera que van dan de repente

Conmigo, y es destino de esa gente

Que yo les esterminé uno por uno.

Ya no hay ley para mí, ya no hay partido

Ni bando, ni opinion : siempre medroso,

De mí mismo no mas atento cuidó,

Y á mi suerte no mas miro afanoso.

Luché, velé, sufrí tres largos años

Y aun no creyendo en mi fatal estrella

Que me diera creí mil desengaños,

Pero la vi cumplirse y fio en ella.

Este castillo es prenda de mi vida :

La dama vos de quien marcó la huella

Para ver mi fortuna engrandecida :

Suerte en vuestro favor feliz me ayuda,

Podeis un reino dar á vuestro esposo,

Y espero al fin que al encontraros viuda,

Me deis, cumpliendo el fallo misterioso,

Tierra y vasallos y pendon famoso.

Juana. Mónstruo impio, jamás... antes
espero

Que á las manos del último Carrillo

Por mí se cumpla tu destino entero.

March. No, que ya nos ampara mi cas-
tillo

Y aquí no puede contra mí ninguno.

Juana. ¡ Ay si la sombra aquí se alza de
alguno!

March. Ya sé que de esa raza á mi ene-
miga

Os ha seguido por salvaros uno,

Y que llegó en Sevilla y en Toledo

Con maña astuta é infernal enredo

Hasta escribiros sin temor y hablaros :

Mas no esperéis que hasta Alcalá nos siga,

Ni aunque lo hiciera así podrá salvaros.

Es su sino fatal, es sino mio;

Aquí espiró á mis piés el padre anciano,

Buscóme su hijo y su cadáver frio

Yace allí bajo; me buscó su hermano

Y sucumbió tambien : de sangre un rio

Aquí en su corazon le abrió mi mano.

¡ Oh! y su fatalidad les prevenia

Una muerte á los tres el mismo día :

Y ese día fatidico, señora,

En el que estamos es, y esta es la hora.

Juana. ¡ Jesus! (*Aterrada.*)

March. ¡ Os da pavura!

Tambien á mí : mas fio desde ahora

En mi cumplida prediccion segura.

Juana. ¡ Ay si se alza del último la sombra,

Y os sale al paso en tan funesto día!

March. Callad, callad.

Juana. ¿ Parece que os asombra

Su memoria fatal?

March. ¡ Qué niñeria!

¡ Vana ilusion! Si su sepulcro dejan,

Y á demandarme sus fantasmas vienen,

Atrás se volverán... me las alejan

De aquí estas piedras que su sangre tienen

¿ Veis esas dos escarpias que emparejan

En aqueste pilar? Ahí se mantienen,

Porque recuerdos son de que algun día

De ellas pendieron en ausencia mia.

Sus cuerpos á su espíritu espantaron.

No, jamás volverán.

Juana. ¡ Horrible historia!

March. Dos años de estas torres me ale-
jaron

Los sueños de esta lúgubre memoria :

Mas por la vez postrera vuelvo á ellas

Con segura esperanza en las estrellas.

Este, condesa, es mi secreto : este

Es vuestro porvenir : téngoos conmigo,

Y meditado bien, porque os lo digo :

Vos no sois ya del rey la prisionera

Sino mia : no el iris de esperanza

Con Aragon en la contienda fiera,

No : sois la luz á que mi mano alcanza

Solamente desde hoy : luz de mi vida,

Luz de la estrella que me alumbró el paso

Mantendida por mí, por mi estinguida.

Juana. ¡ Mónstruo! ¿ A tanto osarás?

March. Temblando acaso.

Mas ya no hay para mí ley ni partido,
Ni bando, ni opinion; supersticioso
De mí mismo no mas atento cuido,
Y á mí suerte no mas miro afanoso,
Y... de aquí retirémonos ahora,
Que el toque de oraciones no quisiera
Que nos cogiera aquí, que es triste hora,
Y he de pasar aún la vez postrera.

Juana. Acompañadme, pues.

March. Temblais, señora.

Juana. Sí, sí.

March. Yo os guiaré por la escalera.

Vamos...

(La toma apresurado por la mano y vanse por la izquierda, volviendo Marchena la cabeza con supersticioso temor.)

ESCENA X.

PEDRO, MIRANDO LAS ESCARPIAS.

¡ Aquí estuvieron sus despojos !
Fuego, de llanto en vez, brotan mis ojos.
¡ Víctimas inocentes ! ¡ Sombras caras !
Aun hay quien, inmoliando en este suelo
Todo su sér de la venganza en aras,
Cuenta dará de vuestra sangre al cielo.
¿ Aun volverá?... Le esperaré, y cuando
entre

En este pantéon de los Carrillos
Con el Carrillo vengador encuentre.
Mas calla, corazon : deber sagrado
Diques te pone aún... aguarda un poco,
Que en manos de tu rey tienes jurado
Volver con ella ó sucumbir por loco.
Sofoca tu razon; como un cobarde
A industria baja y vergonzosa acude,
Y mientras llega la ocasion mas tarde
Su misma ruin supersticion te ayude.
Sí, sí. Crezca su miedo... y que cuando entre,
Pábulo nuevo á su pavor encuentre.

(Saca del seno una daga ó puñal, y arrojando la vaina entre el ramaje de los árboles del jardin, la clava en el dintel de la puerta por donde ha de volver Marchena, la cual siendo estrecha, como paso al caracol de la torre, favorece el pensamiento de Pedro. Este se vuelve á sentar en la misma postura que ha conservado en las anteriores escenas.)

ESCENA XI.

PEDRO, MARCHENA.

(Este, al salir por donde entró con Doña Juana, cierra la puerta, y al cerrarla tropieza en la daga y la coge.)

March. Huyamos de este sitio : me amedrenta

En estas horas su ámbito funesto,
Y siento que el pavor se me acrecienta
Con los recuerdos de hoy... ¿ pero qué es esto?
¡ Santo Dios !... ¡ Una daga !... no es la mía...
Clavada estaba, sí : ¡ oh !... ¡ Qué pensamiento
Tan infernal !... hoy fué... de aquí al momento

Salgamos.

(Suenan á lo lejos el toque de oracion en las campanas de Alcald.)

La oracion... ¡ Me lo temía !

¡ Juan ! ¡ Lucas ! pronto á mí, luces corriendo.

No me atrevo á mover... pronto á mi lado
Venid...

ESCENA XII.

PEDRO (COMO SIEMPRE) ; MARCHENA,
JUAN, LUCAS, VARIOS BALLESTEROS CON
ANTORCHAS.

Juan y Lucas. Henos aquí.

March. ¡ A mis piés clavado
Un puñal !... Alumbrad. *(Mira el puñal.)*

Lo estaba viendo

Que este iba á ser un dia desdichado.

Acaso de esa luz el falso brillo..

Fascinacion acaso de mis ojos.

¿ Qué dicen esos caracteres rojos

De ese hierro ? Leed.

(Lo alarga á los otros.)

*Ball., que leyó en el acto primero el
pregon de Don Pedro.* « Pedro
Carrillo. »

March. No es mi imaginacion enloquecida,

No. ¡ Ira de Dios ! Con vuestra propia vida
Todos me pagareis traicion tamaña.

Juan, Lucas y los demas. ¡ Señor !

March. ¡ Mas aquí
ese hombre ! Si fingida

Fuera ; Dios santo ! su demencia estraña !

(Va á él.) ¡ Desdichado de ti : si de ellos eres !
(Le sacude y arrastra hácia el público.)

*Lucas le pone su antorcha cerca del
rostro para que se vea y comprenda la
fisonomia del actor ; y Juan al otro lado,
con la mano en el puño de su espada, se
muestra preparado á arrojarla sobre
Marchena.)*

Despiértate, traidor, acaba ó mueres.

(Le muestra la daga.)

¿ Le conoces ? ¿ es tuyo ? ¿ aquí no has visto
Quien le vino á traer ? Habla ó te mato.

(Pedro le toma la daga, la mira dándola

vuelas, y le dice soltando su estúpida carcajada:)

Ped. ¿Pa-para tri-inchar?

March. ¡Oh! el insensato
No me comprende, no.

Ped. Yo ya esto-oy listo.
¿Va-vamos ya á cenar?

(*Marchena se rechaza de sí empujándole, y Pedro sigue riendo.*)

March. ¡Deliro! ¡Sueño!
¡Oh, este día fatal me abre el abismo!

(*Marchena muestra en sus desatinados movimientos el vértigo á que le conduce su temor y superstición. Pedro le mira, y siempre aumentando su risa, dice:*)

Ped. ¿Qué-qué le da á ese ho-ombre?
¿Está lo-oco?

(*Marchena, volviendo en sí de repente, y reconociendo el sitio en que se halla, responde á Pedro con acento sombrío, saliendo precipitadamente y tirando el puñal:*)

March. Sí, sí: estamos los dos tal vez lo mismo. (Vase.)

ESCENA XIII.

PEDRO, JUAN, LUCAS.

(*Lucas queda mostrando indecision, y como quien no sabe lo que le pasa. Juan le empuja y le saca de su estupor. Este y Pedro al quedarse solos varían completamente de actitud y fisonomía, pasando de la estupidez á la inteligencia.*)
Lucas, á Juan. ¿Qué es esto?

Juan, á Lucas. Yo no sé.

Lucas, con miedo. ¡Ay! yo tampoco.

Juan. Pero alúmbrale, Lucas, no se mate
Segun va.

Lucas. ¡Dios me valga! ¡Yo estoy tonto!
(Vase corriendo; los demás que hayan salido le siguen.)

Juan. Vamos.

(*A Pedro fingiendo todavía, y ofreciéndole el brazo como siempre.*)

Ped. ¿Qué has hecho, Juan?

(*Recogiendo su puñal y enderezándose con brio.*)

Juan. Todo está pronto.

ACTO TERCERO.

Patio del castillo viejo de Alcalá, junto á la puerta exterior. A la izquierda esta misma puerta, cuya muralla se prolonga hasta el fondo, y sobre la cual se pueda andar. A la derecha la pequeña torre de la portería, cuyo centro de dos pisos está manifesto al espectador.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, DENTRO DE LA TORRE; LUCAS, LLEGANDO; LUEGO PEDRO.

Juan. ¿Quién va?

Lucas. Yo.

Juan. ¿Lucas?

Lucas. Yo soy;

Abre, Juan.

(*Entra Lucas y cierra. Pedro se acerca á la puerta de la torre con precaucion y escucha.*)

Juan. Dios sea loado.

Lucas, ¿en dónde has estado?

Lucas. Casi no sé donde estoy.

¡Vaya una noche!

Juan. ¿Qué pasa

De nuevo ahora?

Lucas. ¡No es cosa!

Juan. Habla.

Lucas. Una fiebre horrosa

Que la cabeza le abraza

Le tiene casi sin juicio.

Juan. ¿Pero á quién?

Lucas. Al capitan.

Juan. Pues no estés con tanto afan,

Porque ya sabes que es vicio

De su carácter: es hombre

A quien á veces asombra

El mirar su misma sombra

O el oír su propio nombre;

Pero se le pasa pronto.

Lucas. ¡Ay, da miedo! De repente,

Juan, grita como un demente

O se queda como un tonto;

Y en verdad, Perez, que espanta

Juan. ¿Y en dónde está?

Lucas. En su aposente

Reposa ahora un momento.

Pero ¿de qué, Virgen Santa,

Se espantó de tal manera?

Juan. De aquel puñal.

Lucas. ¿Mas quién fué

Quien se le dió?

Juan. Yo no sé.

Lucas. Dijo que el suyo no era,

Porque atado á la cintura

Le llevaba.

Juan. Él le tendria

De antes, y alguna manía
Le hizo de él tener pavura.

Lucas. Aquí para entre los dos,
Perez, esta fortaleza
Tal á parecerme empieza
Que me disgusta por Dios.

Juan. Qué, ¿tienes miedo?

Lucas. ¡Tal vez!

Porque tengo en la memoria
Haber oído una historia
Que tiene visos pardiez
De estar en gran relacion
Con lo que pasó esta noche.

Juan. Miente el vulgo á troche y moche,
Lucas.

Lucas. Fondo de razon
Llevan siempre sus mentiras;
Y en fin, cuando el rio suena,
Agua trae.

Juan. En hora buena
Tema el capitán las iras
De esos seres invisibles,
Que diz que el castillo habitan;
Temán los que los irritan
Con sus delitos horribles.
Nosotros que vida honrada
Llevamos, fieles al rey,
Temamos de Dios la ley,
Pero de fantasmas nada.

Lucas. Tú hablas bien; pero Marchena
Há un poco que me decía:
« Lucas, nunca de este día
Hay que esperar cosa buena.
No sé á quién atribullo;
Pero en este día aciago
Siempre algun fatal estrago
Sucede en este castillo. »

Juan. Cosas tuyas; ya años hace
Que le sirvo, y te aseguro
Que este día es un conjuro
Que sus desdichas deshace.
Por lances que en este día
Lugar y ocasion tuvieron
Sus fortunas le vinieron;
Con que ya ves, es manía.
Él sufre todos los años
Por estos días accesos
Que le trastornan los sesos
Con desvaríos estraños:
Mas ¿qué quieres? así son
Las miserias de la tierra.
Y hay hombres á quienes guerra
Da su propio corazón.

Lucas. Es verdad; pero te digo,
Y créelo sin que lo jure,
Que mientras la noche dure,
Juan, no las tengo conmigo.

Juan. ¡Bah! no sé de qué te pasmas,
Ni hay causa de que te asombres.

Lucas. No me amedientan los hombres,
Juan, pero sí los fantasmas.

Juan. ¡Válganos Dios! ¿Tambien tú eres
De los patanes sencillos
Que creen que andan los Carrillos
Por estas torres?

Lucas. ¿Qué quieres?
Yo sé que aquí han muerto de ellos
Tres lo menos, y al pensar
En lo que uno oye contar
Se le erizan los caballos.

Juan. ¡Bah! deja tal desatino
Que tanto afán no merece,
Y dime ¿qué te parece
El diablo de tu sobrino?

Lucas. ¡Mi sobrino! ¿Cuál?

Juan. Gabriel.

Lucas. ¿Pues dónde está?

Juan. ¿No le has visto?

Lucas. No.

Juan. Pues, hombre, andas bien listo
Para portarte con él.

Lucas. Pero, hombre, ¿qué estás diciendo?

Juan. Pero, hombre, ¿qué estás dudando?

Lucas. ¿Gabriel aquí? ¿desde cuándo?

Juan. Lucas, lo estaba temiendo
De tu ruindad.

Lucas. ¿Pero qué?

Juan. ¡Por una anguila no mas!

Lucas. Acaba por Barrabás,
Que no te comprendo á fé.

Juan. Tú has metido á tu sobrino
Por ahí en algun rincón
Por guardar el anguilon.

Lucas. Pero si aun aquí no vino.

Juan. ¿Cómo que no? ¿Y aun batallas
Por negarlo?

Lucas. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Juan. Vaya, Lucas, que estás plomo:
Con los carros de vituallas.

Lucas. Pues no le he visto á fé mia.

Juan. ¡Toma! pues él muy formal
Se coló con su morral
De una en otra galería.

Lucas. ¡Jesus!

Juan. Preguntó por tí;
Mas no logrando tu encuentro,
Corriendo por allá dentro
Se fué á buscarte.

Lucas. ¡Ay de mí!
Todo lo va á alborotar,
Que segun lo que me han dicho
El tal sobrino es un bicho
A quien hay corto que atar.

Juan. Pues hace mas de una hora
Que por ahí anda.

Lucas. Pues voy
Por él, que á fé de quien soy
No me gustara que ahora
Me turbara ese truhan
El reposo de Marchena.

Juan. Pues por Dios que la hace buena
Segun está el capitán.

Lucas. Voy, voy.

Juan. Sí, y acuerdaté
Que me tienes prometida
Una cena á su venida.

Lucas. Y sí que te la daré.

Juan. Pues búscale y date prisa.

Lucas. Voy; tú espérame ahí quedo.
(*Vase.*)

Juan. (A no tener tanto miedo
Por Dios me ahogaba de risa.)

ESCENA II.

JUAN; PEDRO, QUE SALE POR DETRÁS DE LA TORRE.

Juan. Pedro...

Ped. Todo lo he escuchado

Juan. El capitán...

Ped. Su pavor

Nos ayuda.

Juan. Fué, señor,

Vuestro empeño algo arriesgado.

Ped. De audaces es la fortuna.

Juan. Sí, mas tanto se la tienta
Que alguna vez se la ahuyenta.

Ped. Como aun nos sonría una
Nos basta. ¿Hiciste mi encargo?

Juan. Todo está hecho: aproveché

La confusion y crucé

El corredor. Sin embargo

No fio en que tan oculto

Fuese que algun continéla

U otro que anduviera en vela

No viese...

Ped. Lo dificulto,

Que el cuento habrá ya cundido

De lo hecho en la galería,

Y no habrá quien hasta el día

Ose pisarla atrevido.

¿Y lo dejaste en lugar

Seguro?

Juan. En la misma puerta:

No, no temais que ande incierta

Para dar con ello.

Ped. Errar

Sentiria, Juan, el paso

Por un descuido imprudente.

¿Y todo lo conveniente

La pusiste para el caso?

Juan. Todo la misma Lucia
Lo arregló; y en disponer
Tres caballos quedó ayer
Para esta noche Garcia.

Ped. ¿Y en qué sitio?

Juan. A la bajada

Del castillo, en la espesura
Del encinar.

Ped. Pues procura,

Juan. que no nos falte nada,

Y antes que vuelva á esta torre

Lucas y todo lo ataje,

Haz seña para que baje,

Que es tarde y el tiempo corre;

Mas cuenta que en el castillo

Sospechen...

Juan. La seña es tal
Que ni aun puede hacerse mal:
Es el canto del cuclillo.

Ped. Pues despacha.

Juan. Apartad pues.

(*Hace la seña, imitando el canto del cuclillo, y se la repiten por arriba.*)

¿Oistéis?

Ped. Sí, ha contestado

Desde arriba.

Juan. Ya ha cruzado

El corredor. (*Mirando al foro.*)

Ped. Ella es.

ESCENA III.

PEDRO, JUAN; DOÑA JUANA, DE MOLINERO, CON ALFORJAS, TIZNADA LA CARA DE HARINA.

Ped. Señora...

Juana. Ya estoy aquí

Dispuesta á arriesgarlo todo

Sin reparar en el modo;

¿Mas dudais vosotros?

Ped. Sí:

Dudo cuanto mas cercano

Veo el momento fatal.

Juana. Pues qué ¿lo haremos tan mal

Que nos sorprenda un villano?

Ped. ¡Ay, condesa! yo no sé:

Mas á vuestros piés de hinojos

Con lágrimas en los ojos

Os pido perdon.

Juana. ¿De qué?

Ped. ¡Poneros yo en tal baja

Y en tan grosero disfraz!

Juana. Va en ello la libertad,

El honor y la cabeza.

Bien contra mí se han valido

De mas pérfidos amaños,

Y estos pasos, aunque estraños,

Me llevan á mi marido.
Doble política aquí
Al tenerme prisionera
Tiene una nacion entera
Tiranizada por mi.
Y en pro de la causa buena
Cuanto yo voy á intentar
No podrá nunca empañar
Mi apellido de Villena.
Y en fin, Pedro, ya no es hora
De pensar sino de hacer,
No os sonroje una muger
En tal ocasion.

Ped. Señora,
No hay cosa ni en paz ni en guerra
Que yo no emprenda por vos,
Que nací, despues de Dios,
Vasallo vuestro en la tierra.
De mi padre y mis hermanos
La sangre aquí derramada
Reclama desesperada
Su venganza de mis manos,
Y yo á ella os antepongo,
Y por servir á mi rey
De mi propio honor la ley
Bajo vuestras plantas pongo.
Ved si estaré decidido;
Mas ofrecer me da pena
A una sangre de Villena
Tan vergonzoso partido.
Poner en tanta baja
Vuestro decoro, y tener
En un saco que envolver
Vuestra hermosura y nobleza,
Teniendo un buen corazon
Y una espada á que acudir
De apuros para salir
Y mantener su razon,
Es cosa contra la mia:
Mas no hay remedio, es preciso
Y...

Juana. Yo estaré sobre aviso,
Pedro, y con tal arteria
Sabré jugar mi papel,
Que el espion mas sagaz
De ver no será capaz
A Doña Juana en Gabriel.

Ped. Pláceme por vida mia
Tan brava resolucion,
Y vuestro real corazon
Conozco en tal bizzarria;
Mas ved que es fácil acaso
Que la destreza atajada
Haya que cambiar el paso
Y echar mano de la espada.

Juana. Ya aquí por nada me arredro,
Que ya estoy acostumbrada
A ver sangre derramada

Por los tigres de Don Pedro
Creo ademas que está bien
Mi estraña trasformacion.

Ped. Estais como la ocasion
Lo requiere.

Juana. Asi nos den
Fortuna nuestros destinos
Para salir con ventura
Como nos sobra bravura.

Ped. Oid pues: hay dos caminos
Para lograrlo: el primero
Hacer que el vino le acabe
La razon, tomar la llave
De su cinturon de cuero,
Y calladito y sin bulla
Plantarse de cuatro saltos
Entre esos pinares altos
Antes que nadie rebulla.

Juana. ¿Y el segundo?

Ped. Es mas violento,
Pero mas pronto.

Juana. ¿Cuál es?

Ped. Tenderle aquí á nuestros piés
Y echarnos fuera al momento.

Juana. Si no hay mas medio es igual;
Pero aunque tiempo perdamos,
Pedro, al primero acudamos,
Que tiempo hay, si sale mal,
De acudir al mas seguro.

Ped. Pues ya os podeis aprestar,
Porque le sienta acercar
Por entre el ramage oscuro.

Juan. Ya está aquí.

Juana. Empecemos, pues,
Y Dios nos valga.

Ped. En él flo.
Juan, dame el brazo.

(*Pedro se apoya en el brazo de Juan y vuelve á su estupidez. La condesa cambia repentinamente de carácter y sale al encuentro de Lucas, que viene por el fondo.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA DOÑA JUANA, PEDRO,
LUCAS, CON LINTERNA; JUAN.

Juana. ¿Es mi tío?

Lucas. ¡Calla! ¿es este?

Juan. ¿No lo ves?

Lucas. ¡Y yo por allá buscándole!

Juana. Y yo tras de vos perdiéndome
Y á todo el mundo atreviéndome
Por mi tío preguntándole.

Lucas. ¡Y qué guapo es el muchacho!

Juana. ¡Oh y ya vereis qué espedito!
De nada se me da un pito
Y todo me lo despacho

En un tris. ¡Oh! tengo un tino
 Para todas mis haciendas
 Que doy fin á mis molindas
 Apenas suelto el molino.
 ¡Si el verme allí es un contento!
 ¡Qué ir y venir! ¡qué bajar
 Y subir! ¡qué tragar!
 Allí estoy en mi elemento.
 Yo cuido la casa entera,
 Lo de fuera y lo de adentro,
 Y todo hecho me lo encuentro
 Lo de adentro y lo de afuera.
 Yo ato los sacos de harina,
 Yo el trigo que traen encierro,
 Cargo un rucio, casco á un perro,
 Perniquebro una gallina :
 Y cual si hubiera cien manos,
 En cien cosas á la vez
 Me ocupo y con rapidez
 Salgo de todas ¡pardiez!
 Yo crio doce marranos,
 Cien pavos gordos y sanos,
 Pollos, palomas, gallinas,
 Y hago comercio de harinas
 En las comarcas vecinas,
 Viajo, muelo, cazo, pescó,
 Y apaleo á los villanos
 Y sirvo á mis parroquianos
 Y ajusto mis propios granos,
 Doy, pago, cobro y tan fresco.

Lucas. ¡Jesus!

Juana. Y nunca me pierdo.

Mas ¡ay qué chola la mía!
 Ahora, tío, que me acuerdo
 Os traigo carta de un cerdo
 Y un buen jamon de Lucia.

Lucas. ¡Hombre, hombre!

Juana. Lo mismo da;

Así á la lengua me vino,
 Y yo soy como el molino,
 Me suelto y pum, allá va.
 Tambien os traigo una anguila
 Que en mi cañar he pescado,
 Y un vino bien embotado
 Que consueta y refocila.
 Y como he topado á Juan,
 Antiguo vecino mio,
 Os le he convidado, tío,
 Con ese otro del gaban.
 Con que, pues todos están
 Juntos aquí y de bureo,
 Empecemos el jaleo,
 Que la anguila está dispuesta,
 Y con esa indina cuesta
 Tengo un boquis que no veo.

Lucas. ¡Jesus, Jesus y qué salva!

Juana. ¡Ay, tío! no me hagais ascos
 Porque me rompo los cascos

Con el lucero del alba.

Juan y Lucas. ¡Ja, ja, ja!

Juana.

No hay que reir;

Pero ¡ay de mí! soy un bestia.

¿Yo daros tan ruin molestia?

¿Yo con mi sangre reñir?

¡Bah! Soy un calaverilla,

Tío, pero no un bribón,

Porque tengo un corazon

Mejor que el pan de Castilla.

Dadme la mano y pelillos

Al mar, y con todo á Roma.

Lucas. La mano y los brazos toma,

Que me has puesto los carrillos

Encogidos de reir,

Y no hay ¡voto á Bercebú!

Un muchacho como tú

Entre un millon á elegir.

Juana. ¿Con que os gusto?

Lucas.

Si por Dios,

Y con gran placer, sobrino,

Partiré de mi molino

La ganancia entre los dos.

Juana. Ya vereis qué bien lo hago;

Mas por los disciplinantes,

Tío, cenemos cuanto antes,

Que tengo la tripa en vago.

Lucas. Sí, vamos : tienes razon.

Juana. ¿Y quién es este tío lila

(*Por Pedro.*)

A quien nada despabila

Y calla como un lirón?

Juana. Un tonto.

Juana. Buen compañero

De broma.

Juan. ¡Oh! pues como empiece

Verás, cuando se enderece

Un par de tragos...

Juana. Yo espero

Que lo haga aquí á su sabor.

Juan. ¡Ya verás!

Juana. Pues á la mesa,

Que yo quiero gente tiesa

Que haga á mis fiestas honor.

(*Entran en la torre.*)

Lucas. Entrad, entrad, algo estrecho

Es mi cuarto para cuatro;

Mas no para anfiteatro,

Como podeis ver, fué hecho,

Sino para habitacion

Del alcaide.

Juana. A buena cena

Cualquiera cámara es buena.

Lucas. Saca pues tu provision.

Juana. Aquí está : en esta cazuela

Viene enroscada la anguila;

(*Pedro se rie como corresponde á la parte que juega en esta escena.*)

¡Anda, anda, mira el tío lila

Que rie que se las pela!

Ped. ¡Ca-aspita qué-qué o-olor!

Juan. Vamos, sentaos aquí.

Ped. La bo-bota pa-ara mí,

Que hu-huelo bu-uen licor.

Juana. Lo huele ¿eh? buen perdiguero.

Ahí va.

Ped. Ca-canario, ¿dos?

(Viendo que Doña Juana saca otra bota.)

Juana. Esta otra no es para vos,

Que está mi tío primero:

Tomad, tío, esta botilla

Aunque os parezca pequeña.

Es de la uva de la hazeña;

No lo hay mejor en Castilla.

Lucas. Ya lo sé, que no hay cosecha
Como la suya.

Juana. Y su dueño

Me lo dió por grande empeño,

Que solo para él lo echa

En sus cubas.

Lucas. Te lo estimo,
á él también, que es hombre llano

Con el noble y el villano,

Y puro como el racimo

De sus cepas.

Juana. Ea pues,

Vaciadle á nuestra salud

Y juzgad de su virtud

Por lo que sintais despues.

Lucas. Sobrino, yo soy muy ducho

En vinos, un veterano

A quien no tiembla la mano

Ni con poco ni con mucho.

Juana. En ese caso empinad.

Lucas. (Bebe.) ¡Jesus!

Juana y Juan. Buen provecho.

Juana, á Pedro. Vos

A la anguila. (Se sirven.)

Lucas. ¡Vive Dios

Que es soberbio en realidad!

(Quitándose de los labios la bota.)

Juana. Siéntate, Juan.

Juan. Yo de pie

Cumpliré mi obligación,

Pues que alguien sirva es razon,

Y de volunta:1 lo haré.

Ped. ¡Ri-ica! Vi-ino, Ju-uan.

Juan. ¿No te lo dije? ya empieza.

(A Lucas.)

Que se sube á la cabeza.

Ped. Co-como un ma-mazapan.

Todos. ¡Ja, ja, ja!

Juana. ¡Toma y es sordo!

Juan. Como un tronco.

Juana. Así lo que echa

En su cuerpo le aprovecha:

No oye penas y anda gordo.

Juan. Pone todos sus sentidos

En comer, y no trabaja.

Ped. Po-ponedme otra ra-aja,

Que-que me gusta.

Lucas. Escogidos

Son los peces del Tajuña.

Ped. Bri-brindis.

Juan. Dice muy bien.

Ped. Bri-inda, mu-muchacho.

Juana. ¿A quién?

Ped. No-ó dejes ni una u-uña.

Lucas. Como soy Lucas, sobrino,

Que el tal vinillo me alegra:

¿Es de uva blanca ó negra?

Juana. Yo no sé, pero es buen vino;

Y si va á decir verdad,

Tío, á mí en este momento

Me produce tal contento

Que, vamos, sin vanidad

Andaria sin empacho

A palos ó mogicones

Con un par de mozallones

Como vos.

Lucas. ¡Ja, ja! muchacho,

Tú te has puesto un poco chispo.

Juana. Pues, tío, ó yo veo mal,

O vos estais ya tal cual

Rezumado.

Ped. Me-me crispo

De pla-acer con el mo-osto,

Ju-Juan.

Lucas. ¡Cuál se forra el panchol!

Ped. O el va-aso es mu-muy ancho,

O el pe-escu-ezo a-angosto. (Bebe.)

Todos. ¡Ja, ja, ja!

Lucas. ¡Cómo está el hombre!

Ped. No hay co-cosa co-omo el vi-ino;

Po-pone al hombre fi-fino

Y no-no hay de que se a-asombre:

Vi-ino, Ju-uan.

Lucas. Magnífico.

Ped. Con mis pi-iernas de tra-apo

Y este co-orpanchon de sa-apo

Me atrevo á dar un so-opapo.

Todos. ¿A quién?

Ped. A-al mar pa-acífico.

Todos. ¡Ja, ja, ja!

Ped. Vi-ino, Ju-uan.

Lucas y Juana. Sí, sí, vino.

Ped. De esta ve-ez

Me ro-ompen la nuez

O me ha-acen ca-apitan.

Juana. Bebamos, pues.

Lucas. Sí, sí, arriba.

Juana. ¡Qué chispon que está mi tío!

Lucas. ¿Pues y tú, sobrino mio?

(Se recuesta.)

Ped. Ya el su-sueño le derriba
Atrás co-omo un pa-anarra :
¡Ja, ja!

Juana. Mas calla, ¿qué veo?
¿Es que yo ya me mareo
O es aquello una guitarra?

Juan. Cabalito.

Juana. Dame acá ;
¡Me alegre por santa Prisca!
Una guitarra morisca :
Trae, trae. *(La da la guitarra.)*

Lucas. Chico, quita allá,
No romps ese instrumento.

Juana. ¿Qué es romper? panza de coco,
Vereis como en un momento
Os le templo y os le toco.

Lucas. ¿Punteas también, sobrino?

Juana. Ya lo vereis.

Ped. ¿Ta-ambien
Mu-música? Va-va bien.
¡Lo que es beber! Juan, vi-vino.
(Doña Juana toma la guitarra y se dispone á cantar.)

ESCENA V.

DICHOS; MARCHENA, CON RONDA DE BALLESTEROS Y GENTE DE ARMAS, ASOMA POR EL FONDO Y AL OIR PUNTEAR LA GUITARRA SE PARA.

March. *(Ni un punto descansaré
En esta noche fatal :
Como espectro sepulcral
En sus sombras rondaré.
¡Sí, vagan por mi castillo
Sus espíritus! Lo sé ;
Pero en vela aguardaré
Al del último Carrillo.
Acaso esta noche cruel
Le trae de su niebla en pos,
Mas si él me busca, por Dios,
Yo también le busco á él.)*

Ped. Siento ruido.

(Aparte á Doña Juana.)

Juana, aparte á Pedro. También yo.

Ped., aparte á Juan. Mira á esa rejilla,
Juan.

Juan, aparte á Doña Juana y Pedro.
¡Dios piadoso! el capitán.

Ped. *(¿Ya temblais?)* *(A Doña Juana.)*

Juana. *(Por Cristo, no.)*

Ped. *(Pues seguid.)*

Lucas. Por Dios, sobrino,
Canta, ó la lámpara sopla
Y á dormir.

Juana. Ahí va una copla
De la canción del molino. *(Sigue punteando.)*

March. ¿Qué es esto?

Un Ballestero. Lucas y Juan

Que en alguna francachela
Están dando á la vihuela.

March. Oigamos, que á entonar van.

Juana. (Canta.) Cuando yo á mi molino
Suelto la rueda,

No hay brazo que sus aspás

Pararle pueda.

Que es mi molino

Simbolo de la rueda

De mi destino :

Que va rodando,

Que va moliendo,

Y harina dando

Que va cayendo,

Monton formando,

Que va creciendo,

Mientras yo en saco blando

Cual soy me tiendo,

Y segun va rodando

Me voy durmiendo.

Que es mi destino

Dejar que ande mi vida

Con mi molino.

Ped. y Juan. ¡Bien!

Lucas. ¡Magnífico, sobrino!

Pero ¡ay! ¿sabes que me encuentro

Como si me hirviera dentro

Todo el agua del molino?

Juan, Ped. y Juana. ¡Ja, ja, ja!

Juana, cantándole. Ese es el vino,

Que os va poniendo

Torpe y mohino;

Porque en bebiendo

Con poco tino,

Como estais viendo,

Al bebedor mas fino

Le va venciendo,

Y segun va bebiendo

Se va durmiendo :

Porque hace el vino

Que rueda la cabeza

Como un molino.

Ped. Yo-o no oigo pe-pelota;

Mas debe ser ca-ancion

So-oberbia.

Lucas. Y con ese són

La cabeza se me embota,

Sobrino... por compasion,

Tu música me acogota.

March. *(Polvo que el viento alborota,*

Confunde, arrastra y azota,

Las cosas del mundo son :

Ahí algazara y chacota.

¡Y otro á un paso de ahí agota

El caliz de la afliccion!

En tin, velemos por ellos,

Pues pueden gozar así
Algunos instantes bellos
Que no pasarán por mí.)

¿Lucas?

(Llamando.)

Juan. (Él es.)

March. ¡Lucas!

Lucas. ¿Quién

Llama?

March. Yo soy.

Lucas. Mira, Juan,

Quien llama ahí.

Juan. El capitán.

Lucas. ¿El capitán? Está bien;

Mira, asómate, muchacho,

Si es que te tienes, y dile

Que fie en mí y se las guile,

Que estoy un poco borracho.

March. Abrid aquí, ó ¡vive Dios!

Lucas. El que se tenga mas tieso

Que abra ahí.

Juan. Yo voy á eso,

Tío; yo abriré per vos.

(Abre y entra Marchena. Todos le ofrecen sus vasos, y queriendo saludarle, vuelven á caer aplomados en sus sitials. Pedro se manifiesta entre borracho y loco.)

March. ¿Qué es esto?

Lucas. Mi capitán,

Ya llegais tarde, y lo siento,

Pero no importa; tú, Juan,

Lárgale un vaso, jumento.

Todos. Aquí está el mio.

Ped. To-omad

U-un tra-ago, señor,

Que-que es mu-uy bu-en li-icor.

March. Debe de serlo en verdad,

Segun os ha puesto á todos.

(¡Mas juntos en tal lugar!...)

Lucas. No teneis que cavilar

Ni mirar con malos modos,

Capitán; ese muchacho

Es Gabriel, es mi sobrino,

Que os va á cuidar el molino

Perfectamente borracho.

March. ¡Ah! entiendo.

Ped.

¿No-o be-beis?

Pro-probadlo : es li-icor

Que-que quita el dolor

De muelas... ¿cuántas teneis?

Juan. Señor capitán, yo tengo

La lengua un poco trabada

En los dientes... mas no es nada,

Porque yo ni voy ni vengo

Para vos... lo que me empacha

Es que hayais hallado así

A mí tío... pues por mí

Yo... odio la gente borracha.

¿Quereis que os cante un poquito?

Juan. Capitán, no le hagais caso,

Porque no está para el paso;

Ese chico es un mosquito.

Lucas. No os dé pena, capitán,

Todo lo cura un chapuz

En el pilón... hombre, Juan,

Espabilate esa luz,

Que no vemos.

Juan. ¿Que no ves

Con la luz? ¡y vive Dios

Que á mí me parecen dos!

Juan. Y á mí ciento veinte y tres.

March. Lucas...

Lucas. ¿Señor?

March. Esas llaves

Dame, que llevas al cinto.

Lucas. No estoy mas que un poco pinto.

March. Sí, mas es fuerza que acabes

De rematar tu pintura,

Y que duermas es mejor

Mientras tu propio señor

De su quietud se asegura.

(Le toma las llaves.)

Lucas. ¿Vais á estar vos ojo alerta

Por mí?

March. Sí.

Lucas. ¿Con que es decir

Que puedo echarme á dormir

Sin curarme de la puerta?

March. Sí, y acaba, Lucas.

Lucas. Bueno.

Pues tomad y gracias : ahora

Con tumbarme hasta la aurora

Me quedará tan sereno.

Ped. ¿Qué-qué, os va-ais ya? ¿No que-ereis

U-un tra-traguito?

March., con severidad. No :

Dormid y silencio.

Lucas. Yo

Nada digo, ya lo veis.

(Sale Marchena de la torre.)

Ped. ¡Qué-qué serio va el ho-ombre!

¡Bu-uenas noches, ve-ecino!

Lucas. Canta otro poco, sobrino,

Que me arrulla tu cantar.

Juan. Pues ahí va.

Lucas. Lo del molino.

Ped. ¿Va-va á cantar el sobrino?

¡Bah! á mí no me-me ha de entrar

En la oreja... ¡con que vi-ino!

March., á un balletero. Tú en el muro,
centinela

Queda, y cuida que esa gente

No se desborde imprudente.

Balletero. Descuidad, que estareen vela.

March. Si por este patio asoma
 Lucas, échamele atrás;
 No dejes á nadie mas
 Llegar al muro: y si toma
 La conducta de esos tres
 Algun viso de traicion,
 Tiéndeles sin compasion
 Cadáveres á tus piés.
(El ballestero se coloca de centinela sobre la muralla. — Marchena sigue hablando consigo mismo.)
 Mis ojos están abiertos,
 Y en esta noche de afán
 Sorprenderme no podrán
 Ni los vivos ni los muertos.
 De todo el mundo pavura
 Siento y terror, y á cualquiera
 De quien dude, sea quien quiera,
 Le abriré la sepultura.
 Sí, cual sombra del abismo
 Evocada, iré fugaz
 Girando en la oscuridad
 Centinela de mí mismo. *(Vase con su gente.)*

ESCENA VI.

DOÑA JUANA, PEDRO, JUAN, LUCAS,
 EL BALLESTERO.

Ped., á la condesa. *(Seguid por Dios, no sospeche*
Que escuchamos.) (A Juan.) (Tiento, Juan,
No te vea.)
Juan, que mira por la ventana. *(Ya se van.)*
Lucas. Fuerza es que un hombre peleche
 Con estos tragos, sobrino;
 Mas ó estoy ensordeciendo
 O tú te me estás durmiendo
 Con tu cantar del molino.
(Un momento de pausa, durante el cual Doña Juana sigue cantando á media voz.)
Ped. Todo está en calma otra vez.
Juan, mirando por la ventana. ¡Mas Jesucristo! ¡qué veo!
 Que allí nos han puesto, creo,
 Un centinela.
Ped. ¡Pardiez!
 Es cierto.
Juan. ¡Estamos perdidos!
 ¡Sin las llaves y espíados!
Ped. Sí, pero somos soldados,
 Juan, y estamos decididos. —
 Seguid entonando vos. *(A Doña Juana.)*
 Juan, ¿tienes ahí tu ballesta?
Juan. Aquí está.
Ped. Una flecha apresta

Para ese hombre, y ruega á Dios
 Que dé á tu brazo buen tino,
 Porque como te se fuerza
 Aquí sucumbir es fuerza
 A nuestro fatal destino.
Juan. Allá voy. Desde allá arriba
 Le puedo apuntar mejor.
Ped. Y en tu certeza ó tu error,
 Juan, nuestra existencia estriba.
(Toma Juan su ballesta y sube al piso superior de la torre. Viéndole subir Lucas así se alarma. Doña Juana sigue cantando bajo.)
Lucas. ¡Qué bajo cantas, Gabriel!
 Mas ¿qué es lo que hace ese Juan?
 Bien decia el capitán
 Que no me fiara de él.
 ¡Jesus! ¡y lleva en la mano
 La ballesta! ¡Hola, bribon!
 Pues nos veremos... ¡traicion!
(Pedro se arroja sobre él, le aferra la garganta con una mano y le amenaza con la otra con un puñal. Juan se coloca en la ventana del piso superior de la torre, arma su ballesta y dispara á su tiempo.)
Ped. ¡Silencio, ó mueres, villano!
Lucas. ¡Qué fuerza tiene el tullido!
Ped. ¡Silencio! vos, Doña Juana,
 Mirad por esa ventana
 Lo que pasa. *(Lo hace Doña Juana.)*
Juana. Algo ha sentido,
 Sin duda, porque hácia aquí
 Mirando el soldado está.
(Tira Juan su flecha, que hiere al ballestero, que cae de espaldas.)
Ball. ¡Jesus!
Ped. ¿Qué sucede?
Juana. Ya
 Tiró.
Juan, asonando á la escalera. ¿Pedro?
Ped. ¿Cayó?
Juan. Sí.
Ped. Pues con aquesta mordaza
 Y una ligatura fuerte
 No hay miedo que se despierte.
(Pone á Lucas un pañuelo en la boca atándose al cogote, y le ata manos y piés.)
 Ahora, fuera.
Juana. ¿Y de qué traza
 Nos valemos para abrir?
Ped. Imaginando este paso,
 Hice yo á Juan para el caso
 Esta cuerda prevenir.
(La saca de la alforja.)
 Cuélgala pues de una almena
 Y huyamos de este castillo.

Juana Si, si, partamos, Carrillo,
No nos sorprenda Marchena.
Ped. Salid.

(Juan y la condesa salen de la torre y suben al muro, donde Juan ata la cuerda á una almena. Entre tanto, Pedro clava su puñal en la mesa en que han cenado, mata la lámpara y cierra la torre, tirando la llave, y subiendo luego al muro, ayudará á Juan y á la condesa.)

Obré á mi rey fiel;

Ahora mi espíritu aquí
Queda, y Marchena ¡ay de tí
Cuando yo vuelva por él!

(Juan, que ha concluido de atar la cuerda, se descuelga: Pedro la tiene para que baje la condesa, descolgándose él en seguida.)

Baja, y la cuerda asegura (A Juan.)
De abajo; yo os la tendré (A Doña Juana.)
De aquí arriba, y Dios nos dé
Como el valor la ventura.

(Vanse, descolgándose por la muralla.)

ESCENA VII.

MARCHENA, BAJANDO LENTAMENTE DESDE EL FONDO; LUCAS, DENTRO DE LA TORRE; EL BALLESTERO, TENDIDO EN LA MURALLA.

March. ¡Qué horrible noche, ay de mí!
¡Y con cuánta lentitud
Va pasando! Ni una estrella
(Mirando al cielo.)

Por el firmamento azul
Se ve brillar. Todo yace
En tenebrosa quietud,
Envuelto en los negros paños
De su lóbrego capuz;
Y el mundo entero parece
Entre la sombra comun
De toda la raza humana
Universal ataud.

Yo solo por las tinieblas
Bajo solitario aún
Con el corazón prensado
Por pavorosa inquietud.
Yo solo en insomnio horrible,
Esclavo de Belcebú,
La paz maldigo en que goza
La dormida multitud.

(Va hácia la puerta de la torre donde está Lucas.)

Ya duermen tambien aquí:
(Mira por la cerradura.)

Si, ya apagaron la luz

Y cayeron oprimidos
Por la embriaguez. Mas, segun
(Mirando á la muralla.)

Tendido está, el ballestero
Duerme tambien. (Va á él.) ¡Eh, gandul!
¿Así cumples tu deber?
Pero ¡válgame Jesus!
Cruzado está por un dardo.
¡Nuño, Melendo, Fortun!
¡A mí, pronto á mí, villanos!
¡Sus! mis ballesteros! ¡Sus!
(Vuelve á la puerta de la torrecilla.)

¡Lucas! ¡Oh, se han encerrado!
¡Lucas! ¡Despierta, menguado!

ESCENA VIII.

MARCHENA, LUCAS, BALLESTEROS CON ANTORCHAS, ETC.

Ballesteros. Aquí estamos, capitán;
¿Qué pasa?

March. ¡Nos han burlado!
Ballesteros. ¿Quién?

March. Pronto, por san Millán
Corred á la torre grande
Y ved si está allí la presa: (Vanse algunos.)
Rompedme esa puerta aprieta.
(Otros lo hacen.)

Y ¡ay de aquel á quien demande
La razon de tal sorpresa!
(Entra en la torrecilla alumbrado por los suyos.)

¡Lucas! — Dios santo, ¿qué es esto?
(Le desata el pañuelo rápidamente, otros las ligaduras.)

¿Quién de este modo te ha puesto?
Lucas. Ellos... el tullido, Juan,
Mi sobrino.

March. ¿Y dónde están?
Lucas. Huyen.

March. ¡Oh día funesto
Para mí! ¡día temido
Con razon! ¡mas qué estoy viendo!
(Ve el puñal clavado en la mesa y le toma.)

¡Su puñal!... estoy perdido.
Uno de los ballesteros, que llega. Señor,
la presa se ha huido.

March. Si, si: todo lo comprendo.
¡Torció de mi suerte el fallo
Robándola del castillo!
Y ¡ay de mí, si no los hallo!
¡Pronto, amigos, á caballo
Tras del último Carrillo!
(Marchena va hácia la puerta del castillo)

asiendo las llaves que lleva á la cintura como con intencion de abrirla. Los ballesteros se dispersan en diferentes direcciones. Unos rodean á Marchena; otros siguen á Lucas, que se esfuerza en librarse de su modorra. Otros suben á la muralla y cruzan las galerías, formando el cuadro de tumulto y afán que exige la escena. — Cae el telon.)

ACTO CUARTO.

Exterior del antiguo molino de Guadalajara, con parte del puente. A la derecha el molino, á cuya puerta se llega por un puentecillo de madera tan largo como toda la fachada y suficientemente ancho para que puedan representar sobre él cinco ó seis personas. Detrás de él arranca estendiéndose de un lado á otro del escenario el puente de Guadalajara, y por bajo el único ojo que se presentará en escena se verá la ribera opuesta. El piso del teatro es agua.

ESCENA PRIMERA.

LUCIA, TERESA.

Lucia. ¡ Jesus, Teresa, qué afán!
Ya el horizonte esclarece
Con el alba, y no parece
Nadie. ¡ Virgen santa! Y Juan
Cuando esta mañana vino,
Dijo que si antes del día
Arribar hasta el molino
Conseguirse no podía,
Tal vez no volvieran mas
De esta osada expedicion,
Y me anuncia el corazon
Que se ha perdido quizás,
Y entonces ¡ pobre de mí!
Ter. ¿ Tanto de ese hombre esperais
Que así su ausencia llorais?
Lucia. ¡ Ay Teresa! lloro, sí;
Que huérfana abandonada
No me resta sombra alguna,
Si por mi mala fortuna
Me veo de él separada.

Ter. Parece hombre de valor,
Y os quiere sin duda bien.

Lucia. Nació en Aragon tambien,
Y en la niñez, nuestro amor.
Su padre era un escudero
De la casa de Villena,
Y mi padre de esta buena
Familia, palafrenero.
Mas esta casa la guerra
Como otras mil trastornó.
Y mi padre sucumbió

De miseria en esta tierra.
Él, aunque pobre y villano,
Sirvió á Carrillo de modo
Que parece mas en todo
Que su escudero su hermano.
Y la afición que me tiene
Le pago con mi cariño,
Pues que le amé desde niño
A mas de que me conviene.

Ter. ¿ Y es cosa de tanto riesgo
Esa en que se ve metido?

Lucia. Sin duda, y en mi sentido
Va ya tomando tal sesgo,
Teresa, que si pudiera
Consistir no mas que en mí,
Por verlos salvos aquí
Un año de vida diera.
Tampoco vienen los otros
Aun... con que aunque aquí lleguen
Será fuerza que se entreguen.
¡ Ay, qué va á ser de nosotros!
Mas, ó el crepúsculo escaso
Me engaña... ó estoy segura
Que veo por la espesura
Un ginete.

Ter. Y á buen paso.
¡ Oh! sí, sí, por aquel llano
Que se forma en la ribera
Le veo ahora...

Lucia. ¡ Si fuera
Él! Pero ¡ Dios soberano!
¡ Cayó el caballo! (*Ladran dentro perros.*)

Ter. Y le ayuda
Inútilmente á moverse.

Lucia. Ya se alza. ¡ Oh! vuelve á tenderse;

Cedió al cansancio sin duda.
Ya le deja, y hácia aquí
Se dirige.

Ter. ¡ Tarfe, chito!
Se acerca. Calla, maldito.

Lucia. ¡ Él es, él es! Ya está aquí.

ESCENA II.

JUAN, LUCIA, TERESA.

Juan. Ata esos perros, Teresa,
O van ¡ voto á Belcebú!
A vendernos.

Lucia. ¿ Eres tú,
Juan?

Juan. Yo, mas con tanta prisa
Que me creí que volaba.

Lucia. ¡ Qué cansado estás!

Juan. Rendido:
Y aun gracias que así he podido
Llegar aquí.

Lucía. ¡Ay Juan! Acaba
Por Dios; ¿qué pasa? ¿dó quedan
Esos amigos?

Juan. Me siguen
De cerca, mas nos persiguen,
Y acaso al cansancio cedan
Antes de que pueda darles
Socorro: mas ¿dónde están
Esas gentes?

Lucía. ¿Cuáles, Juan?

Juan. Me he adelantado á buscarles
En su auxilio.

Lucía. Aun no ha venido
Nadie.

Juan. ¡Cómo! Si García
La hora del rayar el día
Les dió.

Lucía. Pues no han parecido.

Juan. Y ya el alba está rayando,
¡Dios del cielo!

(*Va á salir: Lucía le detiene.*)

Lucía. ¿Adónde vas?

Juan. A unirme á ellos.

Lucía. ¿Y qué harás
Con eso?

Juan. Morir matando
Con ellos, ó todos juntos
Salvarnos como es razon.

Lucía. ¿Tanta es vuestra esposicion?

Juan. Si los cogen son difuntos.

Lucía. Tente, que por la espesura
Los veo ya.

Juan. No los hallo. (*Mirando.*)

Lucía. Allí, allí, tres á caballo.

Juan. Sí, sí, ellos son. ¡Oh ventura!
Me habrán por suerte seguido
Del monte por el atajo,
Y aunque con mucho trabajo
Hacerles han conseguido
Perder el rastro.

Lucía. No sé
Como entre esos matorrales
Pudieron los animales
Sacaros salvos.

Juan. A fé
Que no quedan para mas
Los pobres; que cuatro leguas
Que han galopado sin treguas
Y sin dejarlos jamás
Tomar aliento, es forzoso
Que acaben por reventarles.
Aquí están. Voy á ayudarles
A apearse.

Lucía. ¡Dios piadoso!
¡Cuáles están! ¡y cual viene
Esa dama! ¡Cuántas penas
Sufrido habrán, cuando apenas
Sobre el caballo se tiene!

Dios nos ampare en tal cuita.

Juana. ¡Jesus!

Lucía. ¡Ay pobre señora!

ESCENA III.

LUCIA, TERESA, JUAN; PEDRO, CON
DOÑA JUANA EN LOS BRAZOS.

Ped. Que repose un poco ahora
Es lo que se necesita.

Lucía. Aquí sobre este mullido
De los costales.

Ped. Esto era
Consiguiente: una carrera
Como la que hemos traído,
Era capaz, de seguro,
De hacer aliento perder
Al cabalgador mas duro,
Cuanto mas á una muger.

Juan. Añajarla ese jubon,
Que respire con holgura.

Ped. Trae un poco de agua pura;
No es de consideracion
El accidente.

Lucía. Aquí está. (*Con agua.*)

Ped. Dame, dame.

Lucía. Se ha quedado

Como muerta.

Ped. No hay cuidado

Por esto.

Juana. ¡Ay!

Ped. Vuelve ya.

Juana. ¿Dónde estoy?

Ped. Entre leales
Amigos.

Juana. ¡Ay! por perdida
Me conté. ¡Jesus, qué huida!
¡Qué saltos! ¡qué matorrales!
Como en sueño delirante
En confuso remolino
Los árboles del camino
Me pasaban por delante.
¡Qué yegua!

Ped. A ella, señora,

Por su vigor y pujanza
Debeis la poca esperanza
Que nos resta por ahora.

Juana. ¿Y Marchena?

Ped. Aun está lejos

Pues viendo el rastro perdido
La carretera ha seguido,
Porque á los turbios reflejos
Del crepúsculo no pudo
Ver que el atajo tomamos,
Pues fueron los gruesos ramos
A sus ojos nuestro escudo.

Juan. De los consejos, los que antes

Ocurren : si no tomamos
 Por el monte, no ganamos
 Ni un pié sobre esos tunantes.

Ped. ¿Mas dónde está nuestra gente?

Juan. Nadie llegó todavía.

Ped. ¿Esto mas?

Juan. ¡ Virgen María!

Y ellos infaliblemente
 Vendrán por este camino.

Ped. Sin duda alguna vendrán,

Y á fé que no pasarán
 Sin registrar el molino.

Fuerza es partir al momento.

Juana. Es imposible.

Ped. ¿Porqué?

Juana. No puedo mover un pié,

Y apenas me queda aliento
 Para hablar.

Ped. Teneis razon,

Mas no se dirá de mí
 Que un solo instante cedi
 Por falta de corazon.

¿García?

ESCENA IV.

Dichos, GARCÍA.

Ped. A caballo ponte.

Aun puede hacer esa yegua
 Sin enfriarla otra legua.
 Corre, pues, cruza ese monte,
 Y subiendo hácia Torija,
 Con mis ginetes darás
 Y hasta aquí los guiarás
 Por la vereda mas fija;
 Mira, y de paso, del diestro
 Llévate los tres caballos
 En la espesura á ocultallos,
 No marquen el rastro nuestro.
 Corre, vuela.

García. Al punto voy. (Vase.)

ESCENA V.

JUAN, PEDRO, DOÑA JUANA, LUCIA,
 TERESA.

Ped. Mientras, nos defenderemos
 Aquí, ó aquí moriremos
 Como aragoneses hoy.

Juana. Pedro, ya basta : no mas
 Por mi espongas tu persona,
 Que si el cielo me abandona...

Ped. Yo no he de hacerlo jamás.
 He jurado á Don Enrique
 Que á su amor os volvería

O en la empresa moriría :
 Y es fuerza que testifique
 Con mi sangre y con mi aliento,
 Que si me faltó la suerte,
 Supe sellar con mi muerte
 La fé de mi juramento.

Pero lejos todavía
 Los de Marchena estarán
 Y antes tal vez llegarán
 Mis ginetes con García.

Juana. Quiéralo Dios, buen Carrillo,
 Que á salir de otra manera
 Nuestra sepultura fuera
 Ese maldito castillo.

Ped. Sí, bien lo podeis decir;
 Mas porque esto no suceda
 Haremos cuanto se pueda
 De dos hombres exigir.
 Por el pronto un aposento
 Tomad, en el cual, señora,
 Podais á solas ahora
 Reponeros un momento.

Lucía. Uno sé tan escondido
 Que á no echar la casa abajo
 Les ha de costar trabajo
 Dar con él.

Ped. Pues prevenido
 Tenle, y servidla entre tanto
 Para mudar ese trage
 Indigno de su linaje.

Lucía. Yo os daré un sayo y un manto,
 Que aunque algo burdo y grosero
 Limpio y cómodo ha de estar.

Juana. Sí. ¿Con qué os podré pagar
 Interés tan verdadero?

Ped. Con dejaros llanamente
 Aconsejar y servir
 De quien pronto está á morir
 Por vos; pero que prudente
 Antes de este último trance
 Intentará cuanto quepa
 En hombre que serlo sepa,
 Cuanto en lo posible alcance.

Con que estaos por ahora
 Aquí dentro retirada,
 Que por nosotros guardada
 Estareis : y antes, señora,
 (La aparta á un lado.)

Cuatro palabras me oid,
 Porque es fuerza que pensemos
 Que tal vez no nos veremos
 Mas, si se traba una lid.

Juana. ¡Pedro!

Ped. No es por ponderaros...
 Mas nacido en Aragon,
 Hablo con el corazon
 Siempre, y no puedo engañaros.

Juana. Lo sé, y en tanto que viva

No he de olvidar que tú fuiste
El solo que me seguiste
Cuando presa y fugitiva.

Ped. Don Enrique vuestro esposo
Me dió al partir este anillo,
Porque por él de Carrillo
En cualquier lance dudoso
Os fiárais : yo ofrecí
Devolversele con vos,
Mas de estar entre los dos
Mejor está en vos que en mí.
Tomadle, y si es que volver
Lograis á sus reales brazos
Y á mí me hacen hoy pedazos,
Decidle : Hizo su deber.

Juana. Sí, le diré, y plegue á Dios,
Que nos ayude piadoso
A llegar ante mí esposo
A un mismo tiempo á los dos :
Y entonces verás, Carrillo,
Como sé darte sin pena
Todo el feudo de Villena
En memoria de este anillo.

Ped. Id pues y rogad por mí
Al Soberano Hacedor
Para que me dé el valor
Que nos hace falta aquí.
*(La besa la mano y se va la condesa con
Teresa y Lucia.)*

ESCENA VI.

PEDRO, JUAN.

Ped. ¿Juan ?

Juan. ¿Pedro ?

Ped. Viéndolo estás,

Nos vuelve rostro la suerte
Y la hora de la muerte
Está sonando quizás.

Juan. Lo veo ; esas esperanzas
Con que animarla has querido,
Solo quimeras han sido
Porque tú no las alcanzas.

Ped. No, Juan. La gente que traigo,
Aunque á Don Enrique fiel,
No hará lo que yo por él,
Y si entre las manos caigo
De esos traidores contigo,
Ellos cumplen con decir
Que quién nos mandaba ir
A casa del enemigo.

Juan. Pues bien, si ellos son capaces
De abandonarnos así,
Muramos con honra aquí.

Ped. Juan, muy malas cuentas te haces.

Juan. No te entiendo, Pedro.

Ped.

Escucha :

Dos hombres, por mas valientes
Que sean, con tantas gentes,
No pueden entrar en lucha
Sin sucumbir.

Juan. ; En buen hora
Sucumbamos, vive Dios !

Ped. Juan, ¿y para qué los dos ?
El paso está franco ahora
De ese puente todavía,
En esa dehesa hay ganado,
Toma un potro y de contado
Sálvate tú.

Juan. Yo creía,
Pedro, que nuestra amistad
Estaba mas firme en tí.
¿ Yo huir dejándote aquí ?
¿ Lo harías tú ?

Ped. No en verdad.

Juan. Pues yo tampoco. Mi madre
Nos dió á ambos á dos el pecho,
Y este es un lazo harto estrecho
Para que á mí no me cuadre
Conservarle bien atado :
Y aunque como tú no soy
De noble raza, hasta hoy
He ido con honra á tu lado.
La amistad que me dispensas
Sin medir nuestros linajes
Hace míos tus ultrajes
Como tuyas mis ofensas.
Y por vengar la traicion
Que hirió á tu padre y hermanos,
Vestí de acero las manos
Y de luto el corazon.

Vine á servir á Marchena
Cual sabes para abrir llana
Senda por donde mañana
Robárais á la Villena ;
Y te serví y te ayudé
Con la constante esperanza
De dividir tu venganza.

¿ Y crees que te dejaré
En peligros tan extremos ?
No, Pedro, por vida mia ;
Hemos nacido en un dia
Y en un dia moriremos.

Ped. ¿ Y quién me vengará á mí
Cuando muramos los dos ?

Juan. Pedro, en el cielo hay un Dios,
Y Dios es justo.

Ped. Sí, sí ;
Juan, tienes razon, perdona ;
No culpes á mi amistad
De lo que una voluntad
Firme y duradera abona.
Por uno te considero
Que de los Carrillos resta,
Y de su suerte funesta

Que participes no quiero.
Harto por ellos hiciste,
Juan, y yo debo pagarte
Tus buenos servicios : parte
Pues á Aragon ; tú cumpliste.
Yo no tengo que dejar
En la tierra otra esperanza
Que mi honor y mi venganza,
Y tú tienes que esperar
De un amor un porvenir.

Juan. No, Pedro, que en mí el amor
No es primero que el honor,
Y con él sabré cumplir.
Ped. Créeme.

Juan. Porñas en vano,
Me tienes por el postrero
De los Carrillos y quiero
No ser un vil con mi hermano :
No hablemos mas.

Ped. Sea pues
Como quieras : pero, Juan,
Las horas corriendo van
Y mirar fuerza nos es
Como salir de este paso.
A esa dama compañía
Haz, y envíame á Lucia,
Que aun salvaros puedo acaso.

Juan. Lo haré.

Ped. Allá dentro te queda
Para ampararla ; yo aquí
Velo, no salgas de allí
Suceda lo que suceda.

Juan. Mas si veo...

Ped. ¿Qué has de ver?

Juan. Que te acecha la traicion...

Ped. Juan, tú harás tu obligacion
Salvándome á esa muger.
Si tu destreza ó tu brio
Te inspira un medio de hacerlo,
No dudes en emprenderlo
Como si fuera en pro mio.

Juan. ¡Tal vez Dios me inspirará!

Ped. De todos modos, aquí
Mi vida está para tí.

Juan. La mia, Pedro, allí está.

ESCENA VII.

PEDRO, DESPUES LUCIA.

Ped. ¡Bizarro mozo, por Dios!
Mas de poco en este dia
Servirá su bizzarria,
Si abandonados los dos
Contra tantos nos pñemos,
Porque poco puede hacer
La audacia contra el poder

Y á la fin sucumbiremos.
Mas no ha de decirse ¡oh, Juan!
Que has sucumbido hoy aquí
Por no mirar yo por tí,
Si en este trance de afan
Me ampara el Dios soberano
Que el sol por alfombra tiene,
Y al universo mantiene
A la sombra de su mano.
Sí, el mundo nos abandona,
Pero en peligro tan grave
Yo haré cuanto en hombre cabe
Para salvar tu persona.
¡Oh! hasta los nuestros nos huyen,
Que no comprenden ¡menguados!
Cómo dos hombres restados
Tan noble hazaña concluyen.
Mas ya la aurora del dia
Empieza á dorar las cumbres
De las desiguales lomas
Que el horizonte circuyen,
Y á nadie por el camino
Todavía se descubre.
¡Oh! si quisieran los cielos!...
Mas ya aquí Lucia acude :
Aprovechemos el tiempo.

ESCENA VIII.

PEDRO, LUCIA.

Lucia. ¿Qué me queréis?

Ped. Que me escuches.

Tú amas á Juan.

Lucia. Yo, señor...

Ped. En vano es que disimules,
Ni con mugeril vergüenza
Tu amor inocente escuses.
Él te ama tambien : mas fuerza
Es que vuestro amor se frustre
Como á salvarle tú misma
Con destreza no me ayudes.

Lucia. Hablad, hablad, estoy pronta

Ped. Enemiga muchedumbre
Nos persigue.

Lucia. Ya lo sé.

Ped. Por poco que se apresure,
Aquí de un instante á otro
Llegar debe, y que se burlen
Sus iras es menester.
¿Dices que hay donde se oculten
Juan y esa dama?

Lucia. Sí, un cuarto
Que al rio cae, que está inútil
Y solo Lucas conoce,
Y fácilmente se obstruye
Su puerta.

Ped. A esa dama y Juan

A ese aposento conduce,
Y allí en silencio mantenes
Donde su vida aseguren,
Mientras yo á Gil desorientado
Para que allí no les busque.

Lucía. ¿Vos?

Ped. Yo, sí.

Lucía. ¡Ah! ¿qué vais á hacer!

Ped. Lo que á un buen amigo cumple.

Lucía. Pero, señor...

Ped. Si á Juan amas
Como al parecer presumes,
De esta manera tan solo
La vida le restituyes.

Lucía. Hablad.

Ped. El cielo, *Lucía*,
Una chispa de su lumbre
Encendió en mi entendimiento,
Y á prueba mi ingenio puse
Muchas veces con fortuna,
Y acaso querrá que triunfe
También hoy aquí, y los ojos
De los impíos ofusque :
Que quien en los cielos flía
Jamás al malo sucumbe.
Yo soy pues un alcarreño
Que los granos te conduce
De un punto á otro, y hoy traje
Molienda con que te ocupes.

Lucía. Pero...

Ped. Lo dicho, un labriego;
Y si logro que me juzguen
Por tal, yo mismo á guiarlos
Me ofreceré tras los que huyen.

Lucía. ¿Mas si otra vez vuestra estrella
Con esa gente os reúne
Y os reconoce uno de ellos?

Ped. No hay nada de que me asuste;
Lucía, nadie conoce
Mi semblante, porque anduve
Siempre entre ellos disfrazado;
Y el solo ante quien me espuse
Tal cual soy, es *Lucas Ruiz*,
Que aun dormirá en sueño dulce
El opio que con el vino
Le he dado á beber.

Lucía. Me aturde
Tanta osadía. ¡Esperarles
Cara á cara!

Ped. No te ocupes
De mí; sálvalos á ellos
Si puede ser, y no dudes
Que no hay mas medio, *Lucía*,
Con que su muerte se escuse :
Que yo de aquí le aleje
Y en tanto huyais.

Lucía. Mas me ocurre...

Ped. ¿Qué?

Lucía. Que vale mas que á mí
Sola en la casa me juzguen
Esos que os siguen, y yo
Con oportunos embustes
O fingida candidez
Les distraiga y desalumbre.

Ped. En vano fueran con ellos
Tus buenas solicitudes,
Débil muger : con el miedo
Podrá en tí mas la costumbre
Que la razon, y así harás
Que doble el mal se acumule
Sobre nosotros, no : haz tú
Lo que para tí dispuse,
Y si un impensado azar
Mis esperanzas destruye,
Tiempo hay para ser vencidos
Sin que la hora se apresure.
Tiempo hay para que estas aguas
En sus ondas nos sepulten :
Tiempo hay de rendir el alma,
Mas no sin que se dispute.

Lucía. Sea como vos queráis,
Pues por mas que me repugne
Ver que solo os esponeis
Por todos, valor me infunde
Al ver la sería esperanza
Que mostrais.

Ped. Que disimules
El peligro es necesario,
Que calles y no te turbes
Cuando el capitan *Marchena*
Por nosotros te pregunte.
Y en cuanto á los de allá dentro
Mucho silencio; asegúrales
Que todo va bien. Ahora
Ve si hay por ahí algo útil
A mi disfraz de labriego.

Lucía. Si esta ropilla de *Agundez*
(*La muestra.*)

El recadero de *Lucas*...

Ped. Trae : de estas calzas azules
(*La toma.*)

Y este trage campesino
Que adopté, haré que resulte
Tal vez completa mudanza
En mi exterior, si me cubre
Bien el jubon, y si logro
(*Se mete el jubon y la ropilla.*)

Que esta ropilla me ajuste.
¡Perfectamente! y ya es
Tiempo de que no figuren
Esta peluca, estas barbas
(*Se quita lo que dice y lo tira al rio, con
el jubon y la ropilla.*)

Y estas pieles que me entumen,
Y que hasta aquí me han salvado.
Vayan pues fuera, y si se hundan

Mis esperanzas como ellos

En esa agua que les sume,

Diré : Fué juicio de Dios,

¡ Pues hice cuanto hacer pude !

Lucía. Mirad, camino adelante

Se alza de polvo una nube.

Ped. Sí, sí; y con el sol que nace

Lanzas entre ella relucen.

Lucía. Señor... (*Yendo á suplicarle.*)

Ped., resuelto. Escusa los ruegos,

Y pide á Dios que me alumbré

La razón, para dar cabo

Al empeño en que me puse

Lucía. ¿Son ellos?

Ped. Ellos son, sí :

Alerta pues y ten calma.

Lucía. En un hilo tengo el alma.

Ped. Silencio; ya están aquí.

(*Lucía hace que está ocupada en sus labores. Pedro se sienta como distraído.*

Un momento despues se oye la voz de

Marchena apareciendo á poco sobre el puentecillo y guardándole sus balles-teros.)

ESCENA IX.

PEDRO, MARCHENA, LUCIA,
BALLESTEROS.

March., dentro. Echad pié á tierra un momento :

No pueden haber pasado

De aquí, á no haber cabalgado

En alas del mismo viento.

¡Hola! ¡ha del molino! (*Fuera.*)

Lucía. ¿Quién?

March. Yo.

Lucía. ¡Vos, señor capitán!

March. Dime, ¿conoces á Juan Perez?

Lucía, cortada. Yo...

March. Repara bien

Lo que hablas; di llanamente,

¿Le conoces?

Lucía. Sí, señor.

March. ¿Y ha estado aquí ese traidor Esta mañana?

Ped., volviendo de repente. Mas gente No ha venido aquí hoy que yo.

March. ¡Vive Dios! ¿Y tú quién eres Que ofreces tus pareceres

A quien no te los pidió?

Ped. ¡Toma! yo soy un paisano.

March. ¿De qué pueblo?

Ped. De Lupiana.

March. ¿Qué haces aquí?

Ped. Esta mañana He venido.

March. ¿A qué?

Ped. A traer grano.

March. ¿A qué hora?

Ped. Al rayar del día.

March. ¿Por qué camino has llegado?

Ped. Por el monte.

March. ¿Y te has hallado Con Perez?

Ped. Su señoría Perdone, mas yo no sé Quien es Perez : á quien vi Pasar juntitos de mí, Y si no les dejo á fé Libre de pronto el sendero Me matan...

March. Acaba; ¿á quién?

Ped. Señor, ó yo no vi bien O el uno era un molinero.

March. ¿Jóven?

Ped. Un chico.

March. ¿Y los dos Que le seguían?

Ped. Soldados Me parecieron.

March. ¿Armados?

Ped. Sí.

March. ¡Son ellos, vive Dios!

Ped. Por señas que iba clamando

El chico : « No puedo mas. »

Y los otros dos, zás, zás,

Le iban la yegua arreando.

March. Ellos son.

Ped. Pues no estarán Muy lejos, no; que el ganado Llevaban ya rebentado.

March. Cien doblas te se darán Si tras ellos nos conduces

Al punto.

Ped. ¿Por eso á mí Cien doblas?

March. Hélas aquí.

Ped. (Se santigua.) Me dejais haciendo cruces.

¡Yo tal riqueza!

March. Echa pues Sobre un caballo y partamos.

Ped. ¡Yo cien doblas!

March. Vamos.

Ped. Vamos.

¡Ahí es nada! ¡San Ginés!

¿Cien doblas? qué fortunon!

No les perderé la pista.

(En perdiéndonos de vista (*Aparte á Lucía.*) Vosotros hácia Aragon.)

(*Van á salir y Marchena se detiene oyendo la voz de Lucas.*)

Lucas, dentro. ¡Eh! capitán, capitán, Teneos.

March. ¿Qué es eso?
Ball. 1.º Es uno
 De los nuestros.

March. ¡Ese tuno

Es Lucas! (¡Por san Millan!

Ped. Lucas es, ¡perdido soy!)
Lucas. Yo soy que con el camino
 Me he despejado del vino
 A Dios gracias y aquí estoy.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, LUCAS.

Ped., á Marchena. Vamos, señor, no per-
 damos

El tiempo, y tanto se alejen
 Que sin su rastro nos dejen.

March. Tienes razon; vamos, vamos.
 Síguenos. (A Lucas.)

Lucas. ¿Dónde?

March. Tras ellos.

Lucas. Primero escuchadme á mi
 Dos palabras.

March. Pronto, di.

Lucas. De Alcalá, con los cabellos
 Salí erizados de espanto,

Y un atajo que yo sé
 Tomando, hallaros logré

A pesar del adelante.

March. ¡Eh! ¡necio! (Con impaciencia.)

Lucas. No, no, esperad,

Que al tomar esa ladera

Me topé esta friolera.

March. ¡Su collar!

Lucas. Así es verdad,

Y unos pasos adelante

Seña hay de haberse tumbado

Un jaco, que han arrastrado

A el rio; con que entre el guante

Y el rastro declaran bien

Que no han podido pasar

De aquí y por aquí han de estar,

Y es preciso que aquí esten.

March. No, pasaron ya de aquí.

Lucas. Es imposible, á pié.

March. No,

Montados.

Lucas. ¿Quién los vió?

Ped. Yo.

Lucas. ¡Calla! ¿Y tú qué haces aquí?

¿Quién eres tú?

Ped. So un paisano.

Lucas. ¿De qué lugar?

Ped. De Lupiana.

Lucas. Como que estoy yo con gana
 De desmentirte.

Ped., sin poderse contener. ¡Villano!
Lucas, retrocediendo. ¡Cielo! esa voz...
 ese gesto...

Esos ojos... los he visto

No hace mucho... ¡Jesucristo!

Él es, él es... presto, presto,

Capitan, echadle mano;

Aquí están los del castillo.

March. ¿Conoces tú á ese villano?

Lucas. Sí.

March. ¿Quién es?

Lucas. Pedro Carrillo.

March. ¡Cielos!

Lucas. Este me embriagó,

Este es el loco, el tullido,

El tartamudo.

Ped. Yo he sido,

Pedro Carrillo soy yo.

Yo soy, Marchena, tu sombra,

Tu pesadilla, tu sino.

March. Y hoy me tiende mi destino

Tu cadáver por alfombra.

Ve cuando das en mis manos,

Los Inocentes son hoy.

Ped. Por eso en pedirte estoy

A mi padre y mis hermanos.

March. ¿Qué podreis contra mi estrella?

Ped. Pienso apagaréla yo.

March. ¿Y la condesa?

Ped. Partió.

March. ¡Mientes! partieras con ella.

Ped. Cayó mi caballo allí,

Y á esperarte me quedé.

March. ¡Mientes! ¡mientes! está aquí.

(*Marchena hace un movimiento para entrar. En esto por el lado del rio saltan al agua Juan y la condesa, y un momento despues asoman los de Don Enrique por la opuesta orilla.*)

Ped. Estuvo, pero se fué:

Mírala, y la prediccion

De tu horóscopo destruye

Si de las manos te se huye.

March., asomándose. ¡Es ella...! ¡Condenacion!

¡A mí! ¡á mí! (A los suyos.)

Ped. ¡Atrás, villanos!

¿No veis que á mi alrededor
 (Los ballesteros no osan pasar el puente.)

Lidiarán en mi favor

Las almas de mis hermanos?

Marchena, si en tu castillo (A Marchena.)

Tu sino feliz se encierra,

Dice al par, QUE ENTRE AGUA Y TIERRA

MORIRAS POR UN CARRILLO.

(*Le da con un hacha y cae al rio.*)

Muere así pues.

March. ¡Ay de mí!

Ped., d la condesa, que ha llegado á la otra orilla. Ya estais en salvo, señora;

MI juramento cumpli.

(A los de Marchena.) ¡Ea! ¡traidores! ahora

Vuestra salvacion estriba

En daros á Don Enrique.

Lucas. Pues si no es mas, no se pique.

¡Viva Don Enrique!

Todos. ¡Viva!

(Pedro queda de pié sobre el puentecillo. Lucas descubierta la cabeza para victorear á Don Enrique. Los ballesteros sueltan sus armas. En la otra orilla la condesa desmayada en brazos de Juan y rodeada de García y los suyos forman otro segundo cuadro.)

SANCHO GARCIA,

COMPOSICION TRAGICA EN TRES ACTOS

EL LICENCIADO EN DERECHO

DON JUAN BAUTISTA DE BERATARRECHÉA

EN MUESTRA

DE FRANCA AMISTAD.

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, noviembre 12 de 1842.

PERSONAS.

SANCHO GARCIA, conde de Castilla.
LA CONDESA VIUDA, su madre.
HISSEM-ALHAMAR.
ESTRELLA.
SANCHO MONTERO.

SIMUEL BENJAMIN.
ELIAS.
UN CABALLERO.
CABALLEROS, PAGES, VILLANOS.

La escena es en Burgos por los años primeros del siglo XI.

ACTO PRIMERO.

Parque del palacio ó castillo de los condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha, una puerta que da á las habitaciones del conde. En la del fondo otra que da á las de la condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario un cenador ó kiosk, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo se estiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles, y es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, ESTRELLA.

Est. Señora, retirémonos; la noche
Es cada vez mas lóbrega y oscura
Y os daña la humedad.

Condesa. Estrella mía,
Tanto este sitio mi dolor endulza,
Que siempre me apesara y me contrista

Abandonar su soledad inculta;
Porque siempre que dichas imagino
Tan solo aquí mi corazon las busca.
¿Ves los millares de hojas que en los árboles
Al paso de los zéfitros susurran?
Pues un recuerdo delicioso, Estrella,
Germina en mi memoria cada una.
Si de aura mansa al perfumado soplo
En apagado són lentas murmuran,
Adormecen mis penas, y me tornan
En gozo melancólico mi angustia.
Si ráfaga veloz, con roncás alas
Cruza sus ramas y en sus ramas zumba,
Responden á su són dentro mi pecho
Secretos mil, que mi conciencia anublan.
¡Oh! y tengo tantos cual menudas hojas
Esta enramada soledad fecunda,
Tan espuestos al viento como ellas
Y como ellas tambien tranquilos nunca.

Est. Si humilde lealtad puede esas penas
Calmar, en mi depositad algunas,
Señora, y si al consuelo se resisten,
Al menos de hoy las lloraremos juntas.

Condesa. ¡Llorar! ¡consuelo de serviles almas

A quien su suerte miserable abruma,
Mas ponzoña de nobles corazones
Que fieramente con su suerte luchan!

Est. ¿Tanto os acosa vuestro mal, señora?
¿No va Don Sancho la morisca chusma
Dó quier venciendo, y la vertida sangre
Lava de vuestro esposo con la suya?

Condesa. Que no suene ese nombre en mis oídos.

Est. Perdonad, ya lo sé; sé que á una viuda

Que llora un noble esposo, por quien casta
A la mundana vanidad renuncia,
Por quien la hermosa faz y esbelto talle
En toscos paños codiciosa enluta,
No deben con inútiles recuerdos
Del esposo, aumentar su pena justa.
Mas cuando queda un hijo, que apilando
Cabezas de enemigos en su tumba
Las glorias de su padre...

Condesa. Calla, Estrella,
Que tu ignorante lealtad te ofusca.

¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero
Al derribar las berberiscas lunas
El cetro de Castilla de las manos
De su madre arrebata, se le usurpa?

Est. ¡Señora!

Condesa. ¿Y que aunque venza mil batallas,

Al cabo vendrá á ser vencido en una?
¿No ves que solo en pelear pensando,
De sus pueblos el bien descuida en suma,
La paz, que es solo su fortuna cierta?
Y si sus campos él de sangre inunda
¿Qué pan, Estrella, comerán mañana
Los que sus campos á talar le ayudan?
Paz el moro le ofrece; ¿por qué ahora
Él la desecha con fiereza estúpida?

Est. ¿La aceptaríais vos?

Condesa. Y de eso trato.

Est., con prontitud. ¿Y son tal vez por eso esas nocturnas

Visitas que admitís de ese africano?

Condesa. Ese secreto para siempre oculta
Dentro del corazón, Estrella, ó teme
Que te abra ante los pies la sepultura.

Est. Perdonadme, señora, mas hoy que olgo

De vuestros labios la verdad desnuda,
De mi fiel corazón hoy permitidme
Que los ruines temores os descubra.

Condesa. (¡Qué es lo que va á decir!) Di.

Est. Creí un tiempo

Que un amor encerraba esta aventura.

Condesa. ¡Necia!

Est. Mi inesperienza me disculpe;

Mas hoy que cesa tan villana duda
Y hallo la causa del secreto trato,
Gozo leal el corazón me inunda.

Condesa. ¡Ea, ya basta! ¿De García Hernandez

La viuda altiva, por la llama inmunda
Se abrasara de un moro? Tal vileza
Cabe no mas en la simpleza tuya.
Mas oye; todo en el silencio quede,
Y eterna sombra mi secreto cubra:
Y aquí quiero advertirte, Estrella incauta,
Que los hondos proyectos que se anudan
Dentro de los palacios en secreto
Son ¡vive Dios! mortifera cicuta
Para aquellos que necios ó traidores
Dentro del corazón no los sepultan.
Con que si has de vivir de hoy mas, Estrella,
Este guarda en el tuyo, y no descubras,
Ni aun á tu mismo confesor, que es tu ama
A quien el moro por la noche busca. —
¿Qué ruido es ese? (*Ruido á lo lejos.*)

Est. Que se acerca el conde
Y el pueblo al retirarse le saluda.

Todo Burgos le adora.

Condesa. Sí, ahora vence;
Mas ¡ay del conde si los moros triunfan!

Voz dentro. ¡Viva el conde Don Sancho!

Pueblo idem. ¡Viva!

Voz idem. ¡Viva

El vencedor del moro!

Pueblo idem. ¡Viva!

Voz idem. ¡Viva

Nuestro ángel tutelar!

Pueblo idem. ¡Viva!

ESCENA II

DICHAS; ENTRA EL CONDE POR LA PUERTA DEL PARQUE QUE FIGURA DAR AL CAMPO, PRECEDIDO DE DOS PAGES CON HACHONES, Y SEGUIDO DE SANCHE MONTERO, Y VARIOS CABALLEROS Y VILLANOS QUE LE APLAUDEN.

Conde, á los villanos. Apartaos,
Basta de aplausos ya, bravos pecheros:
Gracias y retiraos.

Y vosotros, mis fieles caballeros,
Idos tambien con ellos, y aprestaos
A descansar, que acaso en breves horas
Os llamarán las trompas y atabales
Para salir contra las huestes moras.

Un Cab. Todos, señor, saldremos
Y con vos venceremos,

O moriremos junto á vos leales.

Conde. Gracias, así lo espero; idos ahora,
Que en vos segura mi esperanza estriba.

Uno. ¡Viva el conde Don Sancho!

Otros. ¡Viva!
 Todos, saliendo de la escena. ¡Viva!

ESCENA III.

EL CONDE, AL VOLVERSE, CUANDO LOS SUYOS
 SE ALEJAN, VE A LA CONDESA.

Conde. Dios veles sobre vos, madre y señora.

Condesa. Contigo venga, victorioso conde.

Conde. ¿Tan tarde y en el parque todavía?

Condesa. Aun no lo es tanto.

Conde. (¿Qué misterio
 esconde

Su inquietud, y su gran melancolía?)

(A Sancho.)

Sancho, lejos mis órdenes espera.

(A Estrella.)

Y aparta tú también, que á solas quiero
 Con mi madre quedar.

Condesa, con desden. La vez primera
 En muchos dias es.

(Vanse Montero y Estrella: él por la
 puerta de la derecha, que se supone dar
 á las habitaciones del conde. Ella por
 la del fondo, que da á las de la condesa.)

ESCENA IV.

LA CONDESA, EL CONDE.

Conde. ¿Puede un guerrero
 Disponer de los suyos á su antojo?

¿Puédolos yo emplear en la ternura
 Cuando del moro el temerario arrojó

Provoca mi arrogancia y mi bravura?

Madre, ya lo sabeis; la tierra tinta

Aun con la sangre de mi padre humea.

Condesa. Tal verdad en tu rostro el duelo
 pinta;

¿Mas quién causó la desigual pelea?

Conde. No, madre, no me hagais tamaña
 injuria;

Si errores juveniles me arrastraron

De mi buen padre á provocar la furia,

Con mi llanto y mi sangre se lavaron.

Fui rebelde un momento; ¡ah! lo confieso

Con dolor; mas tambien desde aquel punto

Fué mi vida ejemplar; y fué por eso

Al honor de mi padre mi honor junto.

Mi pueblo olvidó ya las inquietudes

Que un tiempo le causé; yo le di gloria,

Y hoy aplaude su prez y sus virtudes

Porque vive en su hijo su memoria.

Todo es hoy para mí dicha, esperanza,

Y todos hoy mis triunfos victorean.

¡Solo á mi madre mi placer no alcanza,

Y mi gloria sus lágrimas afean!

Decidme, ¿qué anhelaís? ¿Qué hay en la vida
 Que el enarcado ceño os desarrugue?

¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre que-
 rida,

Que vuestro llanto interminable enjugue?

Condesa. La paz.

Conde. ¿La paz? Pues bien; por
 ella lido:

Por esa paz consoladora y bella,

Que para vos, para mi pueblo envidio.

Condesa. Pues bien, el moro te brindó
 con ella.

Conde. ¡Con una paz vendida á peso de oro!
 ¡Con vergonzosa paz, ruin y traidora!

¡Con esa paz que me propone el moro

Porque él, no yo, la necesita ahora!

No, madre, no: yo venzo; cada dia

Ensancho mas y mas nuestras fronteras;

Su tierra tiembla en la presencia mia:

Y huye espantada su canalla impía

A la sombra no mas de mis banderas,

Por eso paz y treguas me proponen;

Temen que mi valor los acorrale,

Y en la paz se aperciben y disponen

A que otra vez la suerte no iguale.

No, madre; no haya paz, no haya cuarteles

Aquí ni allí; cuando vencidos sean,

Cuando haga yo con sus tostadas pieles,

Con sus lenguas que injurian y bravean

Los frenos adobar á mis corceles,

Esa paz las daremos, que desean.

En tanto, madre, seamos los mejores:

O todo ó nada; ó siervos, ó señores.

Condesa. Siervos, nada tal vez: ¿ellos
 acaso

No tienen armas, gente, capitanes?

Si el terrible Almanzor te gana un paso,

¿Qué valdrán tu valor y tus afanes?

Todo ó nada, á su vez te dirán ellos;

Todo ó nada, y metiendo sus caballos

Por medio de tus miseros vasallos,

Sus cimitarras segarán sus cuellos.

Conde. Mi padre fué por vos á tierra estraña
 Y es natural que ajeña aqui en Castilla

(Con frialdad.)

Sintais temor por nuestra noble España;

Mas no la conocéis: no es maravilla.

Condesa. Pero conozco el mundo y la
 fortuna,

Que lo trastorna todo, y será un dia

En que triunfe tal vez la media luna.

Conde. ¡Tened por Dios la lengua, madre
 mia,

Si ha de ser de enemigos abogada!

¿Qué esperais de esa paz? ¿Qué de los moros?

¿Os seducen tal vez de su embajada

Los soberbios presentes y tesoros?

Esperad unos dias, y tras ellos

Veréis cuál para vos mi gente alcanza
Presentes de mas prez, mucho mas bellos,
Ganados á los botes de su lanza.

Esas serán de vos dignas preseas;
No las de que ellos alabarse pueden
De que á fuer de limosnas nos las cedan
Por ser de su tesoro las mas feas.
En la viuda de un conde de Castilla
Tan mezquina ambicion siempre es mancilla.

Condesa. Deber es de una noble castellana
Del sumiso enemigo oír el ruego.
Perdonar es virtud muy soberana;
Mas grande el vencedor se ostenta luego.

Conde. Madre, no sé qué arcano misterioso

Esa tenaz intercesion encierra;
No comprendo ese empeño vergonzoso
De interrumpir las glorias de esta guerra.
No lo comprendo, madre mia; y juro
Que la paz del espíritu me quita
El ver que cada triunfo que aseguro
Os entristece mas, mas os irrita.
Mas os juro tambien que es ruego vano;
Si, mientras reine yo, para esos peños
Labrará solo el pueblo castellano
Lanzas agudas y pesados hierros.

Condesa. ¿Mientras que reines tú? ¡manco loco!

¿Y á qué llamas reinar? ¡á andar talando
Tus propias tierras; á tener en poco
Los ruegos de tu madre, que llorando
Los días y las noches tus deslices
Pasa, viendo sus pueblos infelices!

Conde. Madre, bien veo que el frecuente trato

Que os permito con moros y estrangeros
El corazon os mina; sin recato
Andan por Burgos ya con hartos fueros
De mal hijo tachándome y de ingrato,
Deslumbrando á mis fieles caballeros;
Y ¡por Dios! que de tanta villanía
La culpa tiene la indulgencia mia.

Condesa. Eso es, eso es, ensalza tu indulgencia,

Tu generosidad, cuando me tienes
En triste y vergonzosa dependencia,
Cual cautiva tomada por rehenes.

Conde. ¡Señora!

Condesa. Sí, cerrada en tu palacio.

Conde. ¿No recibis en él, y en mengua mia,
Con toda libertad, con todo espacio,
Cuantos queréis de su caterva impía?

Condesa. A cualquier desterrado se permiten

Amigos de afliccion.

Conde. ¿Quién son los vuestros,

Madre? ¿Quién son los que ante vos se admiten?

Condesa. De ciencias y artes hábiles maestros.

Conde. Y acaso en ellas demasiado diestros.

Condesa. Los que mi pobre espíritu iluminan,

Los que endulzan un poco mis pesares.

Conde. Si, y los que vuestro espíritu alucinan,

Y os llevan del error á los altares,

Los que os dan ambicion, los que os dominan.

Condesa. Sí, porque saben mas que el vulgo necio,

Porque ahonda los misterios mas sombríos
Su alta ciencia.

Conde, con desden. ¡Derviches y judíos!
Callad, madre, callad; yo los desprecio.

Condesa. Y yo no, los atiendo, los escucho,
Y aprendo de ellos.

Conde. ¡Y con frutos grandes!
Mas de Burgos saldrán antes de mucho.

Condesa. No bastará tal vez que tú lo mandes.

Conde. ¡Madre!

Condesa. Basta; será lo que te digo.

Ya me harto de sufrir tu dependencia;

Tu madre soy, y reinaré contigo.

Conde. Reinad si lo quereis, reinad si os place:

De todo disponéis; en nada coto

Os he puesto jamás; todo se hace

Cual queréis en mi casa; vuestro voto

Para todos es ley, madre y señora.

Vuestro es mi reino, gobernad mi tierra;

Cual lo habeis hecho siempre, hacedlo ahora:

Mas hombre soy, dejadme á mi la guerra.

Yo tierra os ganaré, prez y tesoros;

Vos derrochadlos, mas en tiempo alguno

Me roguéis por judíos ni por moros,

Porque jamás amar podré á ninguno.

Condesa. ¿Con que ese embajador...?

Conde. Se irá mañana.

Condesa. ¿Y se irá sin respuesta?

Conde. Sin ninguna.

Condesa. Pues yo, conde, tambien soy soberana,

Y voy á darle por mi parte alguna.

Quiero ser á lo menos cortesana

Con quien á mí somete la fortuna.

Conde. ¿Los vais á recibir?

Condesa. Sí, ya lo he dicho.

Conde. ¡Madre, Dios os perdone tal capricho!

ESCENA V.

EL CONDE.

¡Oh, me traspasa el corazon desvío
Tan injusto y tenaz! ¿cuándo con ella

Fuí rebelde ni ingrato? el reino mío,
 Mi decoro, mis leyes atropella.
 ¿Y se queja de mí? ¡Destino impío,
 De tu mano implacable la honda huella
 Conozco en su altivez! Mi madre ahora
 Es de mi antiguo horror la vengadora.
 Tal vez para mi padre fuí mal hijo,
 Y es mala madre para mí: ¡ya veo
 Tu justicia, gran Dios! y mas me aflijo
 Cuanto mas recta tu justicia creo.
 ¡Ay, yo me empeño con afán prolijo
 En prevenir su gusto, su deseo,
 La preparo aun á costa de mi afrenta,
 Y ella me contraría y me atormenta!
 ¡Oh! y ese afán en pro de la morisma,
 Ese favor con que al judío acorre
 En una sima de pesar me abisma;
 Sangre estrangera por sus venas corre...
 Esta idea fatal... ¡siempre la misma!
 ¡De la mente no sé cómo la borre!
 Y aunque el nombre de madre me la espanta,
 ¡Siempre tras de mí madre se levanta!
 ¡Oh, triste vida! ¡miserable vida
 La vida en los palacios condenada
 A pasar en recelos consumida
 Y por ruines sospechas desgarrada!
 Ruin destino á los príncipes acuida,
 Polvo es su orgullo, su grandeza nada:
 ¡Colgado del dosel de su grandeza
 Hay un puñal que amaga su cabeza! —
 En fin, aierta vivamos
 Los que á gobernar nacimos,
 Los que á ser señores y amos
 De otros condenados fuimos,
 Velemos, no los perdamos.
 ¡Montero!

ESCENA VI.

EL CONDE, SANCHO MONTERO.

San. ¿Señor?

Conde. Ya es tarde,

Vámonos á recoger,
 Y mañana muy temprano,
 Sancho, á despertarme ven.

San. ¿A qué hora?

Conde. Al rayar el alba:

Un asunto de interés
 Quiero encargarte, y es fuerza
 Que te enteres antes de él.

San. Señor, nací vuestro súbdito,
 De cuanto soy dispuesto.

Conde. Mañana, Sancho: descansa
 De aquí hasta el amanecer.

San. Descuidada, rayando el alba
 A vuestra puerta estaré.

Conde. Y no ha de pesarte de ello

II.

Si me sirves franco y fiel.

San. Los del Valle de Espinosa
 Jamás rompieron su fé.

Conde. Por tu lealtad, Montero,
 Te escogí yo: vamos pues. *(Entran.)*

ESCENA VII.

ESTRELLA, POR LA PUERTA DEL FONDO.

Gracias á Dios que se fueron.
 Temiendo estaba, pardiez,
 Que el otro viniera, y ellos
 La seña oyeran tambien:
 Y entonces, ¡Dios nos ampare!
 ¿Qué iba de todos á ser?
 ¿Cómo tolerara el caso
 De Don Sancho la altivez?
 Tiemblo con solo pararme
 En pensamiento tan cruel.
 ¡Y yo, necia, que creía
 Con tan sandia candidez
 Que ese moro era un galán!
 ¿Quién tal pudiera creer?
 ¿La condesa de Castilla,
 Matrona de tanta prez,
 En una afición tan ruin
 Desatentada caer?
 ¡Pobre de mí, que en el Valle
 De Espinosa mi niñez
 Pasé en sencillez inculta!
 ¿Qué de los palacios sé?
 ¡Oh, perdónenme los cielos
 Tan injurioso creer!
 Perdóneme mi señora,
 Pues de sencilla pequé.
 ¡Ea! El desliz enmendemos
 Con mas severa estrechez
 Obedeciendo sus órdenes:
 Vasalla suya nacer
 Fué mi suerte, y ser me cumple
 Para mis señores fiel.
 En atalaya me pongo
 A su señal á atender. *(Se sienta.)*

ESCENA VIII.

ESTRELLA; SANCHO MONTERO, CON
REGATO, POR LA PUERTA DE LA DERECHA.

San. No la he visto en todo el día,
 Y los ojos no sabré
 Pegar en toda la noche
 Si no la veo una vez.
 ¡Oh, la quiero con el alma!
 ¡Cuán bella y cándida es!
 No tengo otro pensamiento.
 Esta es su ventana; haré

20

La seña con tiento... ¡Estrella! (*Llamando.*)

Est. ¿Quién me llama? ¡Cielo, es él!

San. Estrella, ¿qué haces aquí?

¿Porqué de tu cuarto dentro

A estas horas no te encuentro?

Est. (Temblando estoy, ¡ay de mí!)

San. Responde, Estrella, responde.

¿Porqué en tu cuarto no estás?

Est. ¿Y tú, Sancho, adónde vas?

San. ¿Dónde voy, Estrella? ¿dónde

Iré cuando en todo el día

No he logrado un solo instante

Ver el sol de tu semblante?

Est. ¡Es cierto, Sancho!

San. ¡Alma mía!

Sin verte no sé vivir,

Que fuera vivir sin ver;

Tú, Estrella mía, has de ser

La estrella que he de seguir.

Sin tí no tengo valor,

Ni me siento con paciencia

Para sufrir la existencia

Que no ha de dorar tu amor.

Est. Sancho mío, yo tampoco

Vivir un día pudiera

Sin la esperanza hechicera

De tu amor.

San. Yo tengo en poco

Sin tí todo el mundo, Estrella;

La mas santa obligacion,

Si lucha en mi corazon

Con tu fé, sucumbe á ella.

Si fuera posible en mí

Luchar lealtad y amor,

Entre tu fé y mi señor

Quedara el campo por tí.

Est. ¡Sancho!

San. ¡Oh! esto es suponer:

Porque oposicion no hallo

Entre el galan y el vasallo,

Entre el amor y el deber.

Amo al conde como debo,

Te amo á tí con cuanto soy,

Con él á la muerte voy

Y á tí en el alma te llevo.

¿Mas qué zozobra te asalta?

¿Estás inquieta? ¡ah! sospecho

Que en venir á verte he hecho

Sin duda, Estrella, una falta.

Est. No, no, Sancho; mi mayor

Placer es verte, es hablarte;

Enrístecerte, enojarte

Mi mas íntimo dolor.

San. Pero tu mano en las mias

Tiembla, sí, vagan tus ojos

Sin cesar... ¡Estrella!

Est. Enojos

Aparta, Sancho, y manias.

¿No me conoces? ¿no sabes

Que con el alma te quiero?

¿No sabes que te prefiero

A los negocios mas graves?

No hay cosa que tú me indiques

En que yo no te complazca;

Manda, haré cuanto te plazca.

San. Mando que te justifiques.

Est. ¿De qué?

San. ¿A qué sales aquí

A hora tan estraña, Estrella?

Est. ¡Ay, Sancho! los labios sella

Si me han de injuriar así.

Casi á un tiempo hemos nacido,

Juntos nos hemos criado,

Niños nos hemos amado,

Hermanos siempre hemos sido.

¿Y puedes dudar de mí?

San. ¡Ay, Estrella, qué sé yo!

Est. ¿Quieres injuriarme?

San. ¡Oh, no!

Est. ¿Mas estás zeloso?

San. ¡Oh, sí!

Est. ¿Zeloso, Sancho? ¡En verdad!

Que no lo estás con razon!

San. Estrella, hace el corazon

De las sombras realidad.

Y este parque solitario,

Esta hora tan avanzada,

Esta noche tan cerrada...

¡Ay! si un juicio temerario

Me impelieron á formar,

Confiesa que hallé razon.

Est. Pues bien, los zelos depon.

Yo te juro...

San. ¿A qué jurar,

Falsa, lo que en este instante

Está todo desmintiendo?

¡Ay, Estrella, ya lo entiendo,

Eres muger, é inconstante!

Las costumbres de palacio

Tus costumbres corrompieron,

Acaso te sedujeron...

Est. Sancho, habla con mas espacio.

Que estás hablando de mí:

Y aunque no naci condesa,

Conservaré siempre ilesa

La honra con que naci.

Si ahora en este parque estoy,

Bástete, Sancho, saber,

Que ni falto á mi deber,

Ni me olvido de quien soy.

San. Pues bien, entonces, Estrella,

¿Qué secreto es el que guardas

Que así en mostrármelo tardas,

Si tus juramentos sella?

¿Temes, amándote yo,

Fiar tu secreto en mí?

¿No fias de Sancho?

Est. ¡Oh! sí.

San. Pues bien, descúbrele.

Est.

¡Oh! no.

San. Estrella, ¿qué suponer
De ese silencio?

Est. Que callo
Porque cabe en el vasallo
El amor con el deber.

Espera, Montero, un día
Y todo lo entenderás.

San. ¿Todo me lo explicarás?

Est. Sí, todo, ¡por vida mía!

San. Entonces, Estrella, fío
En tí, aunque llevo recelos...

Est. No volvamos á los zelos.

San. ¡Ah! no está eso en poder mio.

Est. Vete pues, Sancho, que es tarde.

San. Vóime, Estrella, hasta mañana,
Porque en hora muy temprana
Fuerza es que el conde me aguarde.

A Dios.

Est. A Dios. *(Suenan dos palmadas.)*

San. Mas, ¿qué es eso?

Estrella, eso es un aviso.

Es una seña, preciso.

Est. Seña es, Sancho, lo confieso.

San. Pues bien, si á satisfacer

Mis zelos dispuesta estás,
Déjame abrir.

Est. Sancho, atrás.

San. ¡Estrella!

Est. No puede ser.

Pues que Dios lo quiere así

Todo el secreto sabrás,

Mas á ese hombre no verás.

San. ¡Ah! ¿con que es un hombre?

Est. Sí.

Mas no soy yo quien le espera,

Ni á quien él busca soy yo.

San. Falsa muger, ¿cómo no,

Si estás de tu cuarto fuera?

Est. ¿Y no hay nadie en el palacio

Que pueda mandarlo así?

San. ¡La condesa!

Est. Sancho, sí.

San. No sé cómo tengo espacio

Para escuchar de tu lengua

Tal falsedad, tal mancilla.

¿La condesa de Castilla

Puede obrar con tanta mengua?

No; y eso es crimen mayor

Que tu antigua falsedad.

¿Ella tanta liviandad?

¿Ella tan infando amor?

Est. No, Sancho, este es el secreto;

La condesa admite á un hombre,

Mas de esa accion, no te asombre,

No es el amor el objeto.

San. En un laberinto, Estrella,

Me metes de confusion :

Si no es una vil pasion,

¿Qué quiere ese hombre con ella?

Est. ¿En los palacios, Montero,

No hay mas secretos, mas citas

Que de amor?

San. Dar necesitas

Satisfaccion por entero.

El secreto que tú guardes

Tambien yo guardar podré,

Pero al par acecharé

Las trazas de los cobardes.

Estrella, yo veré á ese hombre.

Est. ¡Sancho!

San. Es mi resolucion;

Oiré su conversacion,

Y sus señas y su nombre

Tomaré, y si es nimiedad

Mugeril, será un secreto;

Mas si hay en ello otro objeto,

Primero es mi lealtad.

Est. ¡Ah Sancho mio! ¡Por Dios

Retírate! ve lo que haces.

San. Solo así me satisfaces;

Oyéndolos yo á los dos.

Est. ¡Imposible!

San. Elige pues;

O los oigo de este modo,

O abro arrojando por todo

Y nos perdemos los tres.

Est. No puedo con tal rigor :

Sea, Sancho, como quieres,

Porque al cabo en las mugeres

Lo primero es el amor.

Ocultate. *(Vuelve á sonar la seña.)*

A abrirle voy.

(Estrella va á abrir la puerta falsa.)

San. Tal vez mi deber traspaso,

Mas yo sabré en todo caso

Portarme como quien soy.

(Se esconde Sancho en el cenador.)

ESCENA IX.

ESTRELLA, HISSEM; SANCHO, OCULTO.

Hiss. Esclava, tarda has andado :

¿Dormías?

Est. No, infiel.

Hiss. ¿Qué hacías

Pues, que á abrirme no venías?

¿No ves que si hubieran dado

Que en esa puerta á esta hora

A que abrieran acechaba...?

Est. Perdonad.

Hiss. Despacha, esclava,

Condúceme á tu señora.

Est. Voy á avisarla.

San. (¡Dios mio!

¡Por cuanto valgo que ignoro

Si estoy sonando! ¡Es un moro!)

ESCENA X.

LA CONDESA, HISSEM, ESTRELLA;
SANCHO, OCULTO.

Hiss. ¡Sultana mía!

Condesa. ¡Hissem mio!

San. (¡Cielos! ¿es esto ilusion?

Escuchemos.)

Condesa, á Estrella. La escalera

Cuida, Estrella, desde fuera,

Y encaja bien el porton.

(*Vase Estrella.*)

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM; SANCHO,
OCULTO.

Condesa. Hissem, ya estamos solos. Harto oscura

La noche está, y seguros nos hallamos

A favor de esta lóbrega espesura.

Hiss. Dime, sultana, pues: ¿en qué quedamos?

¿Cede el conde?

Condesa. No cede.

Hiss. ¿El ruego, el oro

Nada podrá con él?

Condesa. Nada: es en vano

Ofrecer y rogar; no puede el moro

Mas que guerra esperar del castellano.

Hiss. ¡Guerra!

Condesa. Implacable, sin cuartel, sangrienta.

Hiss. ¿No oye pues mi embajada?

Condesa. No; mañana

Te arrojará de Burgos.

Hiss. ¡Tal afrenta!

¿Y tú tambien sucumbirás, sultana,

A su ciego furor? ¿Tantas vigili-
as

De afan han de perderse en un momento?

Por siempre nos aparta, ¿y no me auxilias?

¡Y no te opones con osado aliento

Y le dices: ¡Atrás! llegó mi hora,

¡Yo soy aquí tu madre y tu señora!

Condesa. ¿Con qué poder, Hissem?

Hiss. Con tu arrogancia.

¿No hay consejo, no hay pueblo á quien quejarte,

A quien decir en Burgos, que en tu estancia

Te guarda sin cesar, y ni asomarte

Te permiten sin su órden á tus rejas,
Que de hijo tuyo en vez es tu tirano?

Condesa. Y eso es mentira, Hissem.

Hiss.

Siempre habrá pronto para oír tus quejas.

Condesa. O no le habrá; ese vulgo en quien confías

Le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas:

Celebra su valor todos los días

Con doble afan, que en esperanzas locas

De triunfos le adurmió; y botin, tesoros

Espera de esa lid contra los moros.

Hiss. Y espera con razon ¡pese á Mahoma!

Lanzados mas allá de sus fronteras

Les parece el mundo se desploma

Sobre ellos, divisando sus banderas.

¡Cobardes en España envilecidos!

¡De su raza y valor degenerados!

Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos

Le envian sus tesoros mas preciados

Para pedir la paz... y si ahora mete

Ese conde sus huestes vencedoras

Por nuestra tierra audaz y la acomete,

¡Ay desdichadas de las lanzas moras!

¡Ay desdichado nuestro afan, sultana!

¡Yo tan amante y tú tan altanera,

Tú quedarás en Burgos prisionera,

Y á mi de Burgos me echarán mañana!

Condesa. ¡Y tres años, Hissem, tres largos años

De cautiverio por mi amor sufridos!

¿Tres años, sí, de cábalas y amaños,

De zozobras y crímenes?

Hiss.

Perdidos.

Jamás, jamás á vernos volveremos.

Yo sin tí, tú sin mí, sin esperanza,

Uno de otro enemigos moriremos.

Condesa. Nunca; á tal sacrificio no, no alcanza

Mi vil resignacion. Aun tengo amigos,

Hissem, sajones, árabes, franceses,

Que temen de Don Sancho los castigos,

Y apoyan mi faccion, mis intereses.

Sí, tu embajada, ¡pese á su arrogancia!

En mi cámara propia, á medio dia

Yo mañana oiré: nadie en mi estancia,

A tí ha de osar á la presencia mía.

Hiss., con desden. Y él al mismo dintel de tu aposento

Cautivos nos hará.

Condesa. Y saliera caro

Al conde tan osado atrevimiento

Al recibiros yo bajo mi amparo.

Hiss. Inútil razonar, la fuerza es suya,

Tú lo has dicho; hay un medio solamente

Que su poder y su furor destruya.

Condesa. ¿Cuál es?

Hiss. Que yo me aleje prontamente,

Y á mis reyes de Córdoba y Sevilla
A ti como mi esposa te presente,
Y tributaria de ellos á Castilla.

Condesa. ¡ Hissem !

Hiss. Entonces con doblado brio
Nos enviarán cohorte numerosa :
Tuyo será el condado ; y tuyo y mio,
Reina serás, y libre y poderosa.

Condesa. ¿ Yo mi fé he de abjurar? no.

Hiss. ¡ Ruin reparo !
Se cede al sevillano un pié de tierra,
Y otro pié al cordobés ; con nuestro amparo
En nuestros pueblos cesará la guerra ;
Y mirando de entrambos al decoro,
Cristiana vivirás, viviré moro.

Condesa. Jamás, Hissem, jamás.

Hiss. ¡ Tarde, traidora,
Te llevo á conocer !

Condesa. Moro, ¿ qué dices ?

Hiss. ¿ Qué fué tanta promesa seductora ?
¿ Tantos augurios de tu amor felices ?
¿ Y que me amabas sin cesar decías !
Que apreciabas los riesgos, los azares
Que por ti arrostré intrépido ; ¡ mentías !

Condesa. Nunca, Hissem, osaré hasta
mis altares.

Hiss. ¿ Qué entiendes tú de amor ? ¡ ne-
cia cristiana

De corazón cobarde ! ¿ Qué comprendes
De esa pasión que por tan firme vendes,
Solo capaz de una ánima africana?
Tres años te servi como cautivo,
Mi valor y mi origen olvidando ;
Tres años que por ti sin honra vivo,
Tres años ¡ necio ! que te estoy amando ;
Y mi fé y mi pasión no te pondero
Cual tú la tuya ; y tantos sacrificios,
Tal firmeza en tan bravo caballero,
¿ Cómo me pagas tú ? ¡ ah, que vas infiero
A reprocharme aun mil beneficios !

Condesa. Sella, bárbaro Hissem, sella la
boca ;

Tus palabras son fuego, maleficios
Para mi corazón, me vuelven loca.
Atropellé mi honor, engañé al conde
Mi hijo, al pueblo engañé : sutil, astuta,
Cuanto emprendí y fragué no te se esconde :
¿ Y me llamas cobarde ? Pues bien, moro,
Habla : ¿ qué quieres de mi amor ? responde ;
Cuanto quieras haré, porque te adoro.

Hiss. Abre un sepulcro.

Condesa. ¿ A quién ?

Hiss. ¿ No lo adivinas ?

Condesa. ¡ Me horrorizas, Hissem !

Hiss. De otra manera...

Condesa. ¿ Otro crimen aún ?

Hiss. Tú no imaginas

Cuánto te importa que primero muera.

Condesa. Jamás.

Hiss. Piénsalo bien.

Condesa. Basta con uno.

Hiss. ¡ Miserable de tí ! cavas tu tumba

Condesa. Medios hay...

Hiss. No, sultana, no hay ninguno ;
Todos tu pertinacia los derrumba.

Condesa. Nunca.

Hiss. Piénsalo bien, que es tu destino,
Que lo dice tu horóscopo.

Condesa. ¡ Qué dices !

Hiss. No ; los dos no cabeis por un ca-
mino,

Y os lo han dicho los sabios : ¡ infelices !
Hundiros uno á otro es vuestro sino.

Condesa. ¡ Sueñas, Hissem !

Hiss. ¡ Oh torpe rebeldía !
¿ No hay conjuros, cristiana, no hay en-
cantos

Que vierten luz sobre el futuro día,
Y ciertos ¡ ay ! aunque nos dan espantos ?

Condesa. No los hay en mi fé.

Hiss. Mas si en la mía,
Y los he consultado.

Condesa, con espanto. ¿ Y eso dicen ?

Hiss. Eso ; y de no los astros nos maldicen.

Condesa. ¿ Y es cierto ? ¡ horror !

Hiss. Tú misma verlo puedes.

Condesa. ¿ Cómo ?

Hiss. ¿ Crees en la ciencia ?

Condesa. Sí.

Hiss. El conjuro

Ante tí á hacerse volverá.

Condesa. ¿ Seguro ?

Hiss. Cierto, infalible.

Condesa. Quiero verlo.

Hiss. ¿ Y cedes

Convencida una vez ?

Condesa. Sí, te lo juro.

Hiss. Mañana pues al despuntar del alba
Baja á la gruta en que Simuel habita :

Mi esclavo estará aquí, llegarás salva ;

Y el fatal porvenir que nadie evita

A tus ojos pondrá el israelita.

Condesa. Iré.

Hiss. ¿ Tendrás valor ?

Condesa. Sí.

Hiss. Pues mañana

Tu destino sabrás, y á elección tuya

Muerta en Burgos serás ó soberana.

Condesa. Hable el destino y la elección

es suya.

Hiss. Piénsalo.

Condesa. Iré : vé en paz.

Hiss. A Dios, sultana.

ESCENA XII.

LA CONDESA; SANCHO, OCUITO.

Condesa. Iré, sí. Mas ¡ay Dios! que se estremece

Medroso el corazón... Ese judío
Ante quien claro el porvenir parece,
¿De quién recibe su poder? ¡impío!
Mas sus negros conjuros obedece
El destino en verdad. ¡Oh! ábrase el mio;
Y aunque el misterio horrendo me horripila,
Penetrarle sabré fiera y tranquila.

ESCENA XIII.

LA CONDESA, ESTRELLA; SANCHO, OCUITO.

Est. ¡Señora!

Condesa. ¿Qué?

Est. De aquí partamos: ruido

De pasos percibí por la escalera
Del conde, y distinguir me ha parecido
Su sombra atravesar tras su vidriera.

Condesa. Gente acaso en el parque ha-
brá sentido,

Y desvelado está.

Est. ¡Si aquí nos viera...!

Condesa. En tan lobrega noche no es creíble
Que vió desde el balcón.

Est. Todo es posible,

Señora.

Condesa. Vamos pues.

Est. (¡Ay! ya respiro,

Pues libre á Sancho de sus ojos miro.)

ESCENA XIV.

SANCHO, LUEGO EL CONDE.

San. Mis ojos lo miraron, mis oídos
Lo oyeron, y lo dudo todavía.

No, no es fascinación de mis sentidos,
No es ilusión de loca fantasía,

(Asoma el conde y se le acerca.)

Es la increíble realidad. Vendidos
A los moros están... ¡Por vida mía
Que el ser madre y condesa no la salva

De que lo sepa el conde antes del alba!

A despertarle voy; ahora, sí, al punto

A decirle: «Don Sancho, levantaos,

El mundo está contra nosotros junto:

Del sitio en que piseis aseguraos,

Del aire que aspireis, ó sois difunto:

Fermenta la traición como en un caos

En vuestra propia casa... ¡Oh, yo estoy loco!

Voy... todo el tiempo me parece poco.

(El conde, que ha venido á colocarse tras
él saliendo de palacio, le detiene di-
ciéndole:)

Conde. Gracias, Sancho.

San., de rodillas.

¡Señor!

Conde.

¡Silencio! todo

Lo escuché desde allí, todo lo he visto.

¡Pluguiera á Dios que no!

San., con ason.

¡Ah! de ese modo...

Conde. Tu lealtad conozco.

(Interrumpiéndole.)

San., id.

Mas por Cristo.

Señor, que comprendais...

Conde, id.

¡Sancho, silencio!

De la idea que oculta aquí reside

Solo á Dios que la alcanza damos cuenta,

Tan solo el confesor cuenta nos pide;

De palabras que al hombre dan afrenta

Justo es que el afrentado nos las pida,

Y la afrenta se lava con la vida.

San. Señor, para arrancármelas del pecho
Si es vuestra voluntad, en él ¡lo juro!

Cien lanzas abrirán camino estrecho.

Conde. Solo así, Sancho, vivirás seguro.

San. Será.

Conde. No te lo digas ni á ti mismo;

A esa idea de escándalo y de mengua

Dentro del corazón abre un abismo;

Que no suba jamás hasta tu lengua.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara de la habitación de Don Sancho. De
coración de una sola caja. Puerta en el fondo y
á un lado.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO.

Tiempo es ya de despertarle,

Que está vecina la aurora

Y quiero de sus encargos

Darle una respuesta pronta.

¡Ay! ¡desdichados mil veces

Los que en alcázares moran

Arrastrando una existencia

Que tantos duelos acosan!

¿Pero qué es eso? alguien sube

Por el caracol... Zozobras

El ruido menor me causa
Desde que sé... (Llaman con precaución.)

Pero tocan

En esa puerta. ¿Quién?

Est., dentro.

¡Sancho!

San. ¿Qué oigo!

(Abre.)

ESCENA II.

SANCHO, ESTRELLA.

San. ¡Estrella, tú á estas horas...!
¿Qué quieres?

Est. ¡Ay, Sancho mio,
Qué noche tan espantosa!

San. ¿Qué es lo que dices, Estrella?

Est. ¡Sancho, por nuestra Señora
Que me digas lo que anoche
Vistes!

San. ¡Por Dios, que curiosa
Por demas eres, Estrella!

¿A ti de eso qué te importa?

Est. No imagines, Sancho mio,

Que curiosidad es sola
Mi pregunta, ni por eso
A la antecámara propia
De Don Sancho me llegara;
No, no; mi razon es otra.
En agitacion horrenda,
En pesadilla angustiosa
Toda la noche ha pasado
La condesa mi señora.

San. ¿Y eso qué tiene de extraño?
El insomnio en ella es cosa
Muy frecuente.

Est. Sancho, no;
Nunca la vi como ahora :
Hubo un momento en que miedo
La cobré... ¡la creí loca!

San. Tu poco espíritu, Estrella ;
Tu supersticion medrosa
Tal vez de un somnambulismo
Tamañas quimeras forja.

Est. No, no; se arrojó del lecho
Desesperada y furiosa,
Desencajada, convulsa,
Diciendo con voces roncadas :
« Dame, Hissem, dame tu alfanje,
Tenle, y que su sangre corra. »
Luego se hincó de rodillas
A una aparicion incógnita,
Suplicando... ¡ay, Sancho! entonces
Yo estaba temblando toda.
Se le erizaba el cabello,
Se pintaba su recóndita
Pavura sobre el semblante,
Y los ojos de las órbitas
Saltádosela, en su frente
Brotaba en hirvientes gotas
Mortal sudor... si la hubieras
Visto... ¡ay, estaba espantosa!

San. (¡Infeliz!) Estrella, cálmate :
Sin duda esa aterradora
Escena que estás contándome

Soñaste en la noche próxima,
Y con tan vivo carácter
Tu imaginacion pintóla
Que realidad la creiste.

Est. ¡Ojalá, Sancho! mas óyela
Del todo, y juzga conmigo
La realidad de esa historia.

San. Di.

Est. Serenóse un momento ;
Calmóse aquella diabólica
Agitacion de su espíritu,
Y descansó casi un hora.
Mas al cabo de ella, Sancho,
Volvió á arrojarle furiosa
Del lecho, y á la ventana
Abalanzándose, abrióla.
Tendió los brazos por fuera,
Y en voz angustiada y cóncava
Gritó : « ¡Hissem, acude, sálvame!
¡Aquí de tus lanzas moras!
¡Acúdeme y todo es tuyo,
Mi fé, mi sér, mi corona! »

San. Silencio, Estrella, silencio,
Que Don Sancho no te lo oiga.

Est. ¡Ay! todavía me dura
El temblor.

San. Vete, reposa,
Estrella, y no temas nada :
Te lo aseguro, tan poca
Importancia hubo en su plática
Con el moro y tan remota
Relacion tiene con eso...

Est. Sancho, esto sin duda toca
En un secreto que guardas
De mí : ¡ay! yo consoladora
Una palabra á lo menos
Esperaba de tu boca.

San. Estrella, yo te lo juro,
Aunque en mi última hora
Estuviera, no podría
Asegurarte otra cosa.
Vé á tu aposento y descansa;
Esa aprension melancólica
Con el reposo disipa,
Y aguarda á que tu señora
Despierte, y de ti y sus damas
Para tocarse disponga.

Est. Tarde será.

San. ¿Porque, Estrella?

Est. Porque á mí como á las otras
Nos despidió de su cámara
Con faz enarcada y torva
Diciéndonos : « Para nada
Os necesito; de sobra
Estais aquí; ea, dejadme
Las antecámaras solas,
Y que nadie en ella entre
Sin excepcion de persona. »

San. ¡Pues bien, Estrella, obedécela!
Vete y espera con todas
Las otras damas, no salga
Y te llame antes de la hora
A otro capricho cediendo.
Mas ¿oyes? del sueño torna
Don Sancho, sus pasos sientos.
Sal, Estrella, vete pronta,
No te halle aquí.

Est. ¡Dios me asista!

¡A Dios, Sancho!

San. Él nos socorra,
Que solo puede tal vez
Su asistencia poderosa.

(*Va á entrar en el aposento del conde, y al mismo tiempo aparece este.*)

ESCENA III.

EL CONDE, SANCHO.

Conde. Sancho, ¿quién estaba aquí
Contigo?

San. Estrella, señor.

Conde. Exigente es vuestro amor
Si os trae de continuo así.

San. No fué su pasión ahora
Quien la trajo.

Conde. ¿Pues quién fué?

San. Señor, su cándida fé,
Y el amor á su señora.

Conde. ¿A la condesa?

San. Sin duda,
Que en Espinosa nacida
La es leal con la honra y vida,
Y solicita en su ayuda.

Conde. ¿Qué pasa á mi madre pues?

San. Há poco á mí vino Estrella
Temiendo, señor, por ella
Con afanoso interés;
La pobre me preguntó
Lo que anoche vi y oí.

Conde. ¿En el parque, Sancho?

San. Sí.

Conde. ¿Y se lo dijiste?

San. No.

Antes que ceder con mengua
A amor, á ambición ni miedo,
Juraros, Don Sancho, puedo
Que me arrancaré la lengua.

Conde. Gracias, Sancho; mas perdona
Si esto me trae tan inquieto.

San. Descuidad, vuestro secreto
Morirá con mi persona.

Mas vuestra madre ha pasado
La noche en insomnio horrible,
Y en agitacion terrible,
Que á mi Estrella ha amedrentado;

Y buscando la razon
En esa noturna cita,
Me hizo temprana visita
En cuanto vió la ocasion

Conde. ¡Ay, Sancho! que esos traidores

El seso la han trastornado,
Y acaso la han fascinado
Con filtros encantadores.
Descuidos son, Sancho, míos;
Su gusto al deber prefiero,
Y que trate la tolero

Con moros y con judíos.
Ella piensa que la inician
En arcanos de la ciencia,

¡Vive Dios! y su conciencia
Con sus ciencias malefician.

¡Ciencia! ¿á perros tan villanos
Abrirá Dios sus tesoros?

¡Dará á judíos y á moros

Lo que niega á los cristianos?

No, imposible: en la traicion

Son sabios, Sancho, no mas;

La ciencia de Satanás

Abriga su corazón.

¡Horóscopos y conjuros...!

Por vida mia que voy

A deshacérseles hoy

Con encantos mas seguros.

¿Los hombres que te encargué?

San. Ya esperan.

Conde. ¿Y el renegado?

San. ¿Qué no hará quien ha dejado
Las banderas de su fé?

Conde. ¿Consiente pues?

San. Sí, señor

¡Si hallara quien la quisiera,
Hasta su alma vendiera!

Conde. Calla, que me causa horror

San. Es el hombre mas infame
Que el suelo del mundo huella;
Dadle una dobla, y por ella
Venderá lo que mas ame.

Es una serpiente astuta
Que todo lo ve y penetra;
Quien sus crímenes perpetra
Y sus planes ejecuta
Y sus intenciones sabe.

Conde. ¿Del judío?

San. De los dos;

Mas venderos quiere á vos
De todos ellos la llave.

¿Queréis verle?

Conde. Sancho, no:

Con él enténdete tú,
Que para ese Belcebú
No tendré paciencia yo.

San. Pues vamos, que ya esclarece
Y él os lo hará presenciar.

Conde. ¿Está lejos el lugar?

San. Junto al muro me parece;
Llegamos en un minuto.

Conde. Y vé con tiento y con paz,
Porque de todo es capaz
Un malvado tan astuto.

San. Id descuidado, señor;
Lo que no haga el interés
Lo ha de poder el temor:
Fiad en mí.

Conde. Vamos pues.

ESCENA IV.

Subterráneo que sirve de habitación y laboratorio al rabino Simnel Benjamin. En medio un altar-cillo ó pira destinada á sacrificios y ceremonias paganas. Un velador triangular con paño negro, sobre el cual hay pergaminos é instrumentos de matemáticas y astronomía. Momias egipcias, cuadrúpedos y volátiles disecados. Un esqueleto humano. Vasos sepulcrales antiguos. Un reló de arena. Entrada en el fondo. Secreta á la derecha; id. á la izquierda. Elías aparece.

ELIAS.

Ya no hay remedio, está dicho.

Esta jugada está hecha,
Y ya no pueden los dados
Recogerse de la mesa.
¡Qué otro camino quedaba!
¡Ay! de pavora me tiembla
El corazón todavía
Cuando al Montero recuerda.
Aquella seguridad
Con que hasta la boca mesma
Del subterráneo llegó
A la media noche; aquella
Confianza en el poder
De su arriesgada propuesta;
Aquel ademán resuelto
Con que la entrada secreta
Volvió á tomar, sin volverse
Para escuchar mi respuesta,
Y desde el umbral diciéndome
Con voz poderosa y hueca:
«Renegado, hasta mañana
Lo que te conviene piensa.»
Todo esto como de un sueño
Triste pesadilla horrenda
El corazón me atribula
Y el pensamiento me prensa.
¡Oh! miserable de mí,
Mas no nacer me valiera
Que dar al fin en las manos
De ese Don Sancho. Aquí cesan
Mis esperanzas efímeras
De ambición y de riqueza.
Aquí mi futura dicha,
Aquí mi ambición se estrella.
¡Ay! inútiles deseos

Que alimentó el alma necia,
Ilusiones sois perdidas,
Que el viento rápido lleva.
Pero probemos siguiendo
Del vencedor la bandera;
Todos los vientos ayudan
A quien sin rumbo navega.
Coloquemos por si acaso
Estos muebles de manera
Que están á servir dispuestos.

(Hace lo que dice.)

Esta pira aquí, mas cerca
Del velador, estas luces
Mas opacas, mas inciertas.
* ¡Oh, el aparato es magnífico!
* Cualquiera crédulo que entra
* En esta mansion, se humilla
* Ante el altar de la ciencia.
Siento rumor... pasos son;
Si antes que él los otros llegan
Todo se pierde.

(Llaman. Abre en un pilar una trampa giratoria, y aparece Sancho Montero.)

¡Ah, respiro!

El es, estemos alerta.

ESCENA V.

ELIAS, SANCHO.

San. Guárdete Dios.

El. Montero, bien venido.

San. Aparta, Elías, ceremonias necias,
Y á lo que importa vamos. ¿Qué has resuelto?

El. ¡Sancho, me mandas que á mi dueño
venda!

San. ¿No has vendido, traidor, en otros
días

Patria, amigos, amor, hijos, creencias?

El. * Montero...

San. * Concluyamos: en el parque
* Anoche el conde oyó la conferencia

* De su madre y el árabe.

El. * ¡Dios santo!

San. * Todo lo sabe.

El. * ¿Pues de mi qué espera?

San. * Que descubras á tiempo los secretos
* Que aquesta gruta misteriosa encierra.

El. * ¡Sancho!

San. * Concluye, y por tu bien elige.

Tu secreto me das ó tu cabeza.

El. ¿No hay otro medio, Sancho?

San. No hay ninguno,

Nada te ha de salvar sino tu lengua.

El. Sea, Sancho, y empieza por quitarte
De esa piedra en que estás.

San. Esta caverna

Labrada está en las rocas.

El. Eso dicen;
Mas, minada la tierra por dó quiera,
Hay en su cavidad tantos secretos
Como juntas hay entre sus peñas.
Un hombre dentro de ella burla á muchos
Si sus resortes mil diestro maneja.
Y un secreto camino va á palacio,
Por donde el sabio en el palacio entra
* Y espía sin ser visto. En fin, Montero,
* Invencion infernal es esta cueva.
* Viene aquí el rico avaro, el pobre crédulo,
* A implorar el auxilio de la ciencia,
* Y la ciencia á los pobres y á los ricos
* Con trampantojos y ficcion contesta.
* Aquí con mil prodigios engañosos
* Un porvenir mentido les revela,
* Y espíritus impuros aparecen
* En visiones ya horribles, ya risueñas.
* A veces hablan gentes á quien guarda
* Há muchos años ya la madre tierra,
* Y á veces esas urnas y esas aves
* Se sirven de sus manos y su lengua.
En fin, todo es aquí misterio y arte
Con que al crédulo vulgo se amedrenta,
Y el juzga la verdad con sus sentidos
Y su oro al sabio que le engaña deja.

San. El ignorante vulgo solamente
Pasará por patrañas tan groseras.

El. ¡Ay, Montero, las hay tan formidables,
Que al mas valiente corazon aterran!
Que es asi la materia del de el hombre
Y en conocerle bien está la ciencia.
* Esto es todo, y no hay mas : todo lo sabes.
* Ahora ¡ay de mí! por cuanto caro tengas
* En este mundo, Sancho, que me ampires,
* Y del furor del conde me protejas
* Y si el oro...

San. * ¿Por Dios, me crees acaso
* Tan vil como eres tú? Si no te viera
* Temblar ante mis piés como un cobarde
* Contestara mi daga á tu insolencia.

El. * Mas ese conde...
San. * De quedar con vida
* Su palabra real por mí te empeña.

El. * Sancho, son las palabras solo ruido
* Y el aire mas ligero se lo lleva.

San. * ¡Renegado! ¿tu fé, si alguna tienes,
* A la palabra de Don Sancho niegas?

El. * Si de su misma boca la escuchara,
* Crédito y fé sin vacilar la diera;
* Que es noble y cree en la virtud Don Sancho,
* Y hasta los mismos moros lo confiesan.
Pero...

San. Cuple mis órdenes, y fia.

El. Di.

San. Escucha : muy en breve la condesa

Va á esta gruta á bajar.

El. ¡Cielos, quién pudo...!

San. Cita secreta es, y vase en ella
A desplegar, para turbar su mente,
Todo el poder de la mentida ciencia :
El conde ha de asistir.

El. Es imposible.
Sancho, que le descubran será fuerza.

San. ¿No se esconden aquí tantos secretos
Como juntas hay entre las piedras?
¿No hay aquí mil incógnitos resortes
Que escondrijos le abran y escaleras?
Todo por todo, Elias.

El. Sea, Sancho ;
Mas del conde, pues tú le representas,
Júrame en nombre que será impasible,
Oiga lo que oiga y vea lo que vea.

San. Sí.

El. Que tenga valor y sufrimiento
Para ver cuanto pase en su presencia.

San. Hombre es Don Sancho, Elias, á
quien nunca

Dieron pavor ni sombras ni quimeras.

El. Polvo es no mas, como los otros
hombres ;

Mas á buscarle vé, porque ya llegan.

ESCENA VI.

SIMUEL BENJAMIN.

La prueba última es. O cede ahora
Esa necia muger y se fascina,
Y merced á mi magia protectora
En Castilla desde hoy Judá domina,
O la ocasion se pierde de tal modo
Que todo se hunde y se malogra todo.
Alegrate, Judá. Si hoy á mi ciencia
La mugeril supersticion da vuelo,
Tierra tendrás y templos y opulencia
Con que olvidar al fin tu largo duelo :
No iras desde hoy sin término vagando
Pátria insegura en que posar buscando.
Aquí se tenderán los blancos linos
De las tiendas de Aaron : en torno de ellas
Resonarán los cánticos divinos
De la Sion bendita, y las doncellas
De Judá danzarán, nuestros misterios
Celebrando, al compás de los salterios.
¡Plegue al Dios de Jacob pronta victoria
Dar á su pueblo, y amparar mi empresa,
Y estos augurios de grandeza y gloria
No se deshagan cual fugaz pavesa!
¡Ay! dominar queremos los destinos
Y somos siempre errantes peregrinos.
Mas veamos si todo está dispuesto
Para el postrer ensayo. ¡Elias!

(Llamándole.)

ESCENA VII.

SIMUEL, ELIAS.

Sim. ¿Presto
Lo tienes todo ya?
El. Todo, rabino,
Y á vuestra voz responderá el destino.
Sim. ¿Luce el dia?
El. Ya el sol por el oriente
Va elevando su disco refulgente.
Sim. ¿No ha parecido el moro todavia?
El. Por la empinada loma ya subia
Cuando oí vuestra voz.
Sim. Que entre al momento,
Y tú á tu obligacion estáte atento.
El. Asi lo haré, señor.
Sim. Préstame ahora,
Dios de Judá, tu ciencia previsorá.

ESCENA VIII.

SIMUEL, HISSEM.

Sim. Bien venido seas, moro.
Hiss. Judío, guardete Alá;
Mas sin ceremonias vamos
A lo que interesa mas.
¿Está preparado todo?
Sim. Todo preparado está.
¿Y la condesa?
Hiss. Ya llega
Con mi esclavo Ben-Jaguar.
¡Cuánto me costó vencer
Su conciencia pertinaz!
Sim. ¿Mas consintió?
Hiss. Si veia
Por sus ojos el fatal
Poder á que está sujeto
Su destino.
Sim. Lo verá.
Su ciega supersticion
A sus ojos va á cambiar
La mentida ceremonia
En exacta realidad.
Hiss. *Vé con tiento, Benjamin;
*Su mente hay necesidad
*De exaltar con tus pronósticos;
*Mas como arriesgado azar
*Es sin duda el demostrarla
*Prodigios que no querrá
*Crear acaso, primero
*Su amor es fuerza irritar
*Y su ambicion y aun sus zelos.
*Y esto á fallarnos quizás
*Entonces todo á tu ciencia
*Lo tendremos que arriesgar.
*No escasées sortilegios

*Ni invenciones; tal vez ya
*Es este el último dia
*Que nos resta aprovechar.
Sim. *¿Cómo!
Hiss. * Sí; mañana el conde
*De Burgos nos lanzará,
*O acaso tumba nos abra.
Sim. * Hissem, de todo es capaz.
Hiss. * Pues bien, Simuel, no lo olvides,
*Fuerza es caer ó acabar
*De una vez con ese rayo
*A nuestra grey tan fatal.
Sim. * De lo que puede mi ciencia
*Tú mismo te has de asombrar.
*Elias sabe mis órdenes,
*Y ante sus ojos pondrá
*Prodigios aterradores
*Que su alma han de atribular.
Hiss. * Vete con tiento, Simuel.
Sim. * Bravo Hissem, tres años van
*De leccion, y yo respondo
*Del electo que la hará.
*Tres años que estoy hipócrita,
*Taimado, astuto y sagaz,
*Enseñándola una ciencia
*Que jamás aprenderá,
*Mas que ha puesto su cabeza
*En un estado capaz
*De abandonarse en mis brazos
*En completa ceguada.
Hiss. Mi amor á un tiempo, Simuel,
A tu ciencia ayudará.
Si así lo haces, tu servicio
Recompensado verás,
Dando en Castilla á tu tribu
Tierra y templos que habitar.
¿No es ese tu gran deseo?
Sim. Sí; ¿mas tú lo cumplirás?
Hiss. Mira el pliego de Almanzor:
Castilla en reino me da
Si yo al poder del cristiano
Se la consigo arrancar.
Ocultos en esas sierras
Cuatro mil moros están
Prontos á meterse en Burgos
A la primera señal.
¿Los castellanos sin jefe,
Muerto Don Sancho, qué harán?
El palacio de su dueño
Y su cadáver cercar.
Llorar, Simuel, y apenarse,
Y volverse cuando mas
Contra la escondida mano
Que apagó su luz vital.
Sim. ¿Mas y esa mano escondida...?
Hiss. Pronto encontrada será
Y entregada al populacho
Su furor para saciar.

Sim. ¿Pero ella misma?

Hiss. Escalon

De nuestro poder será;

Los dos á una misma tumba

Y en un día bajarán.

Sim. * ¿Y será Burgos...?

Hiss. * Mi reino,

* Donde los tuyos tendrán

* Templos y tierra segura,

* Y comercio y libertad.

* (Sabedor de mi secreto,

* Muy pronto te enterrarán.)

Sim. * (Con mi ciencia poco á poco

* Del trono bajando irás.)

Hiss. Ea, pues, siento que llega :

Prepara, sabio, tu altar.

Sim. Cumple tú lo que te toca,

Y ayude al sabio el galan.

ESCENA IX.

(*Elias introduce á la condesa, que viene cubierta con un largo velo, y se vuelve.*)

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL
BENJAMIN.

Sim. Salud, condesa.

Condesa. Sabio israelita,

Salud. ¡Hissem aquí!

Hiss. Aquí, señora,

Que vuestra dicha y salvacion medita

Hissem, que espera en vos, y en vos adora.

Condesa. Hissem, que por dó quier al par
me sigue

De mi conciencia ¡ay Dios! sombra evocada.

Hiss. ¡Sombra feliz si vuestro bien consigue

Siempre en cuidado vuestro desvelada!

Condesa. Hissem, ¡qué noche tan fatal
me has dado!

¡Qué ensueños mas horribles he tenido!

Sim. ¿Un calmante quereis?

Condesa. No; ha disipado
El día mi temor.

Sim. ¿Razon ha habido?

Hiss. Simuel, ese hijo vil que la esclaviza

hoy nos aparta de ella como gente

Indigna de tratarse, allegadiza,

Y yo por convencerla solamente

Del intento traidor que á ello le atiza

La revelé su horóscopo.

Sim. ¡Imprudente!

¿Crees tú que una muger tenga harto brio

Para sondar el porvenir sombrío?

Condesa. Simuel, no me dió el sér vulgo
villano,

Y un corazon tan animoso tengo

Que no le da pavor su negro arcano,

Y de tu voz para escucharle vengo.

Di, pues, ¿será tu ciencia desmentida

En lo que atañe á mi futura vida?

¿Es cierto, dime, que podrá por ella

A tus conjuros responder mi estrella?

Sim. Al necio humano que en mi ciencia
duda

Su mágico poder jamás ayuda.

Condesa. Responde; á esta caverna á esto
he bajado.

Sim. ¡Oh! ¡mil veces perdon, noble con-
desa!

Lo confieso, seis noches he pasado

Velando, y vuestro horóscopo he trazado.

Condesa. ¿Y qué? (*Con afan.*)

Sim. ¡Ay de mí! ¡que lo sepais me pesa!

Pésame, sí, de que la ciencia mia

Fiara de un amante este secreto,

Que nadie es sabio si en amor se fia.

Hiss. Perdonadme, Simuel, mi solo objeto

Fué apartar de su frente el golpe rudo.

Yo la idolatro, sí; ¿cómo pudiera

Su destino esperar sereno y mudo?

Imposible, Simuel, antes muriera.

Condesa. ¡Hissem! (*Con amor.*)

Hiss. Perdon, sultana: el alma fria

De ese judío con la edad helada

El fallo de su ciencia callaria;

Pero jamás un alma enamorada.

Tú, solo tú en el mundo me interesa,

Y en amarte no mas mi ánima absorba

Todo su voluntad te guarda ilesa,

Y cuanto tú no seas ¿qué la importa?

Condesa. ¡Hissem! (*Con entusiasmo.*)

Hiss., con amargura. ¡Mas ay! por
nuestra estrella impía

Hoy partiré de aquí, sultana mia,

Y ahogará, si su curso no torcemos,

Tres años de esperanzas este dia.

Condesa. Eso jamás, Hissem: le torce-
remos.

Renunciar á tu amor es imposible;

Dentro del fiero corazon le halago

Mucho tiempo hace ya y es invencible;

Nada detiene su tremendo estrago.

A esta fatal pasion ceda primero

Cuanto fui, cuanto soy y cuanto espero.

Abreme; ¡oh sabio! el infernal volúmen

Del hondo porvenir, y aunque al saberles

Sus secretos fatidicos me abrumen,

Quiero una vez para mi mal leerles;

Quiero saber que á mi destino cedo

Por ruin fatalidad, mas no por miedo.

Sim. Vedlo bien, y os advierto que aun
es hora:

De la vida mortal ir el camino

Siguiendo á ciegas vale mas, señora,

Que penetrar el fallo del destino,

Que es siempre mas feliz quien mas lo ignora.

Condesa. Tú me lo has dicho ; cada ser que nace

Trae una estrella que su vida rige,
Y por el solo rumbo que ella trace
Se abre la senda que á su fin dirige ;
Pues bien, yo quiero ver mi oculta senda :
Si á caer mi sentencia ha de arrastrarme,
Antes de hundirme por la sima horrenda
A su boca fatal quiero asomarme.

Sim. Pues mirad que esa senda es escabrosa,

Que está escrita con sangre esa sentencia.
¡Oh! respetad la nube misteriosa
Que envuelve vuestra misera existencia.
Sucumbid sin luchar, é id animosa
Sin peso tan fatal en la conciencia.

Condesa. ¿Sucumbir sin luchar? eso es cobarde,

¡ aunque fuera razon fuera muy tarde.
Si he de ceder á mi contraria suerte
No será sin luchar, frente he de hacerla ;
Y si es mi estrella el astro de mi muerte,
Si no puedo apagarla ni torcerla
Sabré que, atada á su siniestro rumbo,
Ella me arrastra, pero no sucumbo.

Sim., mostrándola un pergamino. Pues bien, ved vuestro horóscopo.

Condesa. ¿Y qué es esto?

Sim. Los astros en aqueste planetario
El porvenir os ponen manifesto.

Condesa. ¿Y á qué este laberinto es necesario

De rayas quirománticas?

Sim. Señora,

Ahí está para el sabio la evidencia
De vuestro porvenir ; leed ahora
(*Le vuelve el pergamino del otro lado.*)
Reducida á palabras su sentencia.

Condesa. (*Lee.*)

« Quien consulta ese horóscopo va en breve
Tras de duelos y afanes bien prolijos
Victima á ser de sus ingratos hijos. »
(*Representando.*) ¡Cielos! ¿y esto es...?

Sim., interrumpiéndola. Lo que cumplirse debe.

Condesa. ¿Y es verdad, justo Dios, y esto del conde,

De Don Sancho mi horóscopo responde?

Hiss. Mas hijo no teneis : luego á él se ajusta

Esa revelacion con que os lo avisa
Generoso el destino aunque os asusta.

Condesa. Fatal sentencia es.

Sim. Pero precisa.

Condesa. No turbes mi razon con torpe labio,

Fascinando mi fé. viejo rabino.

¿No acontece tal vez que yerra el sabio?

Sim. El hombre acaso, pero no el destino.

Condesa. Fácil es engañar á una matrona
Que tu ciencia celeste no penetra,
Cuando puede detrás de cada letra
Su horóscopo esconder una corona.

Sim. Pues el medio elegid que mas os cuadre ;

El azar en que hayais mas confianza
Discurrid, y del hijo y de la madre
Pesaremos la suerte en su balanza.
Los muertos evocad y os dirán eso ;
Apelad á los sueños y eso mismo
Dirán también ; y donde quiera espreso
El agüero vereis y el fatalismo.

Ya sea que á la suerte se encomiende,
Ya á espíritus terribles se consulte,
Trastórnese el pronóstico ó se enmiende,
Eso será no mas lo que resulte.

Las vidas de los dos por un sendero
No pueden juntas ir ; las dos no caben ;
Y una de entrambas cederá primero ;
Mas ¿cuál? los cielos nada mas lo saben.

Condesa. Vea yo, pues, su voluntad espresa,

Póngalo ante mis ojos un vestigio
De ese poder incógnito, un prodigio
Hable, y con él mi incertidumbre cesa.

Sim. O matar ó morir es vuestro sino ;
Tal es mi ciencia y tal vuestro destino.

Condesa. Ponme, Simuel, patente su mandado,

Y cedo ¡vive Dios! y muero ó mato.

Sim. Pues bien, á verlo vais.

Hiss. (*ap. á Sim.*). Harto hizo el sabio :
Judío, aun queda del amante al labio
El último resorte ; y si á esta nueva
Invenccion se resiste
Apelaremos á tu ciencia insana.
Vete.

ESCENA X.

LA CONDESA, HISSEM.

Hiss. Antes que te arriesgues á esa prueba,
Solo un momento escúchame, sultana.

Quiérete el moro ó muerta, o soberana :
Armas, oro, un ejército te ofrece :

¿Qué mas claro el destino te parece
Cuando en tu mano pone esta mañana,
Y á tu antojo abandona

Un lecho funeral ó una corona?
Por cuanto caro en tu existencia tengas,
Que á esa prueba infernal nunca te avengas.

Condesa, con espanto. ¿Con que es verdad, Hissem? ¿Puede su ciencia
Cumplir lo que promete?

Hiss. Veces ciento

Patentizó á mis ojos la experiencia

Que responde á su voz el firmamento.

- * Mil veces en furtiva conferencia
- * Al soldado, al mendigo, al opulento
- * Les marcó de su muerte la hora oculta,
- * Y la hora fué de la fatal consulta.

Condesa. * ¡Cielos!

Hiss. * ¿Ves esos muebles que su estancia

- * Cercan en derredor? A su voz todos
- * Alma recibirán de varios modos,
- * Aterrando la tuya. — Sí, sultana,
- * Todo es misterio aquí; y esas redomas
- * Que hacen creer á nuestra vista humana
- * Que contienen espíritus y gomas,
- * El elixir encierran de las vidas
- * Cuyas horas de aliento están medidas.

Condesa. ¿Es tanto su poder?

Hiss. Oh, no te asombre,

Todo lo puede con la ciencia el hombre;
Y hombre soy yo tambien, y tiemblo ahora
Ante esa ceremonia aterradora.

Condesa. No lo acierto á creer.

Hiss. Le vi mil veces

Los muertos evocar de sus conjuros
Al secreto poder, y de sus preces
Con las palabras mágicas; seguros
Sus pronósticos son, y ese que miras
Respecto al porvenir que á ti te espera
Es la espresion de las ce'lestes iras.

Condesa. ¿Y preciso ha de ser que mate
ó muera?

Hiss. Sí, lo mismo que yo.

Condesa. ¡Cielos! ¿Qué dices?

Hiss. Salga al fin de una vez del pecho mio

Este fatal secreto: el hado impio
Ató nuestros destinos infelices.

Condesa. * No te entiendo.

Hiss. * Oye; á mi importuno ruego

- * El mio consultó con las estrellas
- * El sabio israelita.

Condesa, con afan. * ¿Y supo de ellas...?

Hiss. * Cuanto anuncióme, realizóse luego.

Escucha pues nuestro enlazado sino.
Tú dependes del conde; á un soplo suyo
Cambiará para siempre tu destino;
Mas yo pendo de ti, mio es el tuyo,
Y si no hago que Sancho á ti sucumba,
Nuestro destino es él, él nuestra tumba.
O él, ó nosotros dos.

Condesa. ¡Es imposible!

Hiss. O él ó nosotros dos, no hay esperanza.

Condesa. Tú no lo crees, Hissem: ¡eso es horrible!

Hiss. * Aun yace el fiel de la fatal balanza

- * En la mitad del peso equilibrado;
 - * Mas solo un dia, una mañana queda
 - * Para que pierda el equilibrio y ceda.
- Resuélvete.

Condesa. Jamás.

Hiss. ¿Lo has meditado?

Condesa. Sí, y no osarán mis manos á su vida,

A no verlo yo misma decretado
Claramente en el cielo.

Hiss. ¡Fementida!

- * ¿Así mi amor, mi ayuda, una corona
- * Renuncias, pese á mí, cobardemente,
- * Y el lazo que á tu vida me eslabona
- * Rompes tan sin pesar villanamente?
- * ¡Tu destino desprecias temeraria!
- * ¿No crees en él? — Yo sí, y para evitarle
- * Separaré de tí mi suerte varia.

Condesa. ¡Moro!

Hiss. Está bien; atiende desde ahora
Solo á si mismo cada cual, traidora.

Condesa. De esa manera, Hissem...

Hiss., interrumpiéndola. De esa manera
De mi propia cerviz sabré apartarle.

¿Conoces este pliego? (Muéstrale.)

Condesa. ¡Ah! ¡qué imaginas!

Hiss. Todo por todo.

Condesa. ¡Corazon de fiera!

¿Qué es lo que vas á hacer?

Hiss. ¿No lo adivinas?

Condesa. ¡Ese pliego...!

Hiss. Es tu carta; en ella le haces
Un encargo á este Hissem que te habla ahora.
Lee, lee: « Mi esposo sale con sus haces,
« Hazle que caiga en emboscada mora. »

Condesa. ¡Cielos!

Hiss. Cayó: su cuerpo fué comprado
A fuerza de dinero, y fué Hissem mismo.
Quien lo trajo á lanzadas traspasado.

Tu mano y tu corona has empeñado
Por tal servicio: cumple, ó un abismo
Te abro, esta carta al conde remitiendo,
Tus esperanzas para siempre hundiendo.

Condesa. ¡Bábaro Hissem! ¡y lo pondrás
por obra!

Hiss. ¡Sí, juro á Alá! pues matas mi esperanza,

- * En tu reino, y tu amor, todo me sobra:
- * Mas te daré venganza por venganza.
- * ¡Ay, tuve orgullo en tí mientras me amabas!

* Mas hoy, traidora, que mi orgullo ofendes
No rindiendo á mi amor cuanto esperabas
Cual yo, te venderé cual tú me vendes.

Condesa. ¿Yo? ¿Yo venderte, Hissem?
Sella esa boca:

¿Yo venderte, que te amo mas que al mundo?
Calla, o por Dios que volverasme loca.

Hiss. Bien ese amor demuestras tan profundo,

Sultana, contra mi cuando atropellas
Hasta la misma ley de las estrellas.

¿Qué me amas dices? — Mientes.

Condesa. Pues bien, moro,
Habla: ¿qué exiges de mi amor? responde.

Hiss. Abre un sepulcro.

Condesa. Bien, morirá el conde.
Mas ese pliego horrible...

Hiss. Con tus manos
Mil pedazos le harás, y este secreto
Jamás penetrarán ojos humanos.

Condesa. Cúmplase, sí, el recóndito de-
creto

De mi suerte fatal; mas pronto sea,
Antes que calme mi pasión precita,
Y este vértigo horrendo que me agita
Contra mí misma convertido vea.

Hiss. Hoy mismo.

Condesa. Sí.

Hiss. En la mesa.

Condesa. Sí.

Hiss., llamando. ¡Judío!

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL.

Hiss. Pronto: ¿posees un elixir que acabe
Una vida en un punto?

Sim. Sí.

Hiss. ¿Que oculte
Su presencia en el cuerpo?

Sim. Sí, que lave

La mano que le ofrezca, y que sepulte
En sombra eterna el atentado grave.

Hiss. Tráelo pues.

Sim. ¿Para quién?

Hiss. ¿No es su destino
O matar ó morir?

Sim. Sí.

Hiss. Pues le acepta.

Sim. ¿Y el conjuro sin ver?

Hiss. Ese es su sino,
Y de ello siente convicción perfecta.

Sim. Venid y os le daré.

Condesa. Y á mi palacio

Partamos en seguida,

Y aprovechemos el primer espacio:

Que es fuerza que hoy se arriesgue y se
decida

Poder contra poder, vida por vida.

Hiss. Y amor, y trono, y libertad, sultana,
Esta tarde tendrás.

Condesa, volviéndose desde la puerta.

Moro, descuida:

Muerta tengo de ser, ó soberana.

Hiss. y Sim. Vamos.

(*Vanse por la salida del fondo.*)

ESCENA XII.

EL TEATRO QUEDA UN MOMENTO SOLO. EL
CONDE APARECE ABRIENDO UNA TRAMPA
GIRATORIA PRACTICADA EN UN PILAR, Y
SANCHO MONTERO TRAS ÉL CALMANDOLE.

San. Señor, calmaos.

Conde. No, Montero,

Déjame respirar; deja que exhale
Su enojo y su pesar un caballero
Que ultrajar mira así lo que mas vale,
Mi honor, Sancho: ¿y por quién? por
quien mas quiero;

Por mi madre...

San. Señor...

Conde. Aparta, Sancho,
Y espacio deja á mis lamentos ancho.

Deja que sufra en paz, y que me queje
A solas de mi mal, ya que es preciso
Que aqui en mi corazon la esconda y deje,
Porque es su ley que justicia ceje

Ante mayor razon, y un paraíso
Lleve en el rostro, mientras roe interno
Mi pobre corazon todo un infierno.

Di, Sancho, ¿y tú lo crees? ¿y esa es mi
madre?

¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!
¡Ella dando por él muerte á mi padre!

(*Con agitacion.*)

¡A mi vida por él osando airada!
¿Y qué halla en él que á su nobleza cuadre?

¿Qué ama en él su pasión desventurada?

¡Pliegues del corazon que solo sabe
Dios, que del corazon guarda la llave!

San. Serenáoos, señor.

Conde, calmándose de repente. Ya estoy
sereno.

San. Y no olvideis que su traidora
ciencia

A vuestros dias aplazó un veneno.

Conde. No será la que corte mi existencia;
No temas por la mia ¡oh Sancho bueno!
Yo haré caer sobre ellos su sentencia,
Y tal será mi fallo furibundo
Que asombro cause al venidero mundo.

ESCENA XIII

DICHOS, ELIAS.

El. Señor...

(*Echándose á los piés del conde.*)

Conde. ¿Quién es ese hombre?

El. Un miserable,

Señor, que á vuestras plantas humillado
Viene á pedir su vida detestable.

Conde. Sancho, ¿quién es?

San. Señor, el renegado.

Conde. ¿Cómplice de las tramas infernales

De esos traidores es?

San. Sin duda alguna.

Y su siervo mas fiel.

Conde. Por cuanto vales

Responde, y di á tu lengua que reuna

Cuanta sinceridad en ella quepa

Para decir al punto cuanto sepa.

El. ¡Señor!

Conde. Lo cierto te valdrá la vida;

Dime: ¿cuál es ese conjuro horrendo

Que aprestaba su ciencia maldecida,

Y que á mi pobre madre fascinando

La arrastraba al delito mas infando?

El. Señor, un filtro de poder tremendo

Que al espíritu crédulo estremece:

Un licor que el cerebro enardeciendo

Le fascina, le turba, le enloquece:

Y el ánimo á esta farsa disponiendo

Le hace en falso juzgar de cuanto ofrece

El pretendido sabio á sus sentidos,

En visiones y encantos prevenidos.

Conde. ¡Infames!

El. Y la fiebre que produce

Es un vértigo horrible, es un ensueño

Que á cuanto el sabio necesita induce;

Le hace del alma del paciente dueño,

Y á cuanto la vision falsa le incita

El crédulo mortal se precipita.

Conde. ¡Basta! ¡basta, por Cristo! Impía ciencia

Digna no mas de moros y judíos;

Artes por mi fatal condescendencia

Hoy practicadas en los reinos míos.

Mas hoy concluirán. Sancho, ese hombre,

Que ha asistido á tan torpes sortilegios

Debe morir.

San. Señor, aunque os asombre,

Le concedi la vida en vuestro nombre.

Conde. Válganle, Sancho, pues los privilegios

De mi palabra real; pero su lengua

Renegó de su Dios y fuera mengua

Sin castigo dejar sus sacrilegios.

Sancho, en un calabozo eternamente

Yazga; y privado de la lengua y manos

Que no pueda jamás, aunque lo intente,

Revelar lo que sabe á los humanos.

¡Silencio! esto ha de ser: un solo acento

En la garganta os cortará el aliento.

(*Sancho le lleva y vuelve.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE.

Todos á precio tal su vida estimen
Los que delito tan odioso entiendan.
Sí, mueran antes que á mi madre vendan:
Caiga la eternidad sobre su crimen.
Señor, que el corazon de los mortales
Desde tu régia escelsitud penetras,
Y á través de apariencias terrenales
Lées su verdad en invisibles letras;
Tú, que con tus miradas paternas
Mi gran resolucion en mi perpetras,
Tú, que conoces de mi afan lo estenso,
Benigno acepta el sacrificio inmenso.

ESCENA XV.

EL CONDE, SANCHO.

Conde. ¿Eres tú?

San. Sí, señor.

Conde. ¿Está seguro?

San. Sí.

Conde. ¿Con nadie hablará?

San. Con alma humana:

Guárdale solo el callejon del muro,

Y allí estará al partir.

Conde. De buena gana

Le perdonara, Sancho, mas no puedo,

Que aun de mi misma lengua tengo miedo.

San. ¡Pero llorais, señor!

Conde. Fuego derramo,
Sangre que quema mis hinchados ojos.

San. ¡Ah! moderad, señor, tantos enojos.

Conde. Sancho, voy á inmolar lo que
mas amo.

¿No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro

Porque voy á perder en un momento

La madre criminal en quien adoro,

Y el honor, que aprecié mas que el aliento.

¿Lo oistes? hijo vil que la esclaviza

Apellidarme osó delante de ella

Esa canalla ruin que me la hechiza

Con las necias patrañas de su estrella

Y callo... ¡ah! todos hoy serán ceniza

Todos caerán bajo mi airada huella.

San. ¡Todos! (Con asombro.)

Conde. Sí.

San. ¿Tambien ella? (Mas.)

Conde. Sancho, tente,

No temas nunca que á mi madre atente.

Siempre de entre los dos será primero;

Demi madre ó mi honor, mi honor sucumba:

Al suyo ceda el universo entero,

Y ábrase al hijo envilecida tumba.

Sobre mí su baldon que caiga quiero,
Y pues mi honor por ella se derrumba,
Que á mí tan solo su baldon me siga,
Y el universo entero me maldiga.

San. ¿Qué es lo que habláis, señor, que no os entiendo?

Conde. No lo entiendas jamás, si vivir quieres.

Este secreto formidable, horrendo,
Si lo aciertas tal vez, cállalo ó mueres.

San. ¡Ah!... el sacrificio colosal comprendo

Y me espanta, señor.

Conde. Si leal eres,
Sea tu corazon su eterno abismo.

San. Callando imitaré vuestro heroísmo.

Conde. No sabes ¡ay de mí! cuánto me cuesta

Tamaña abnegacion; que al fin, Montero,
Para mí nada mas será funesta.

Mas á mí fama mi deber prefiero;

Su hijo nació; mi obligacion es esta,

Y obraré como debe un caballero.

Sabré, aunque el mundo me acrimine un día,
Que obré mi corazon como debia.

San. Culpe, señor, vuestra fatal estrella.

Conde. No; la virtud á medias no practico,
Sancho, no quede de mi hazaña huella;

Ignore el mundo lo que no le esplico.

Entre mi madre y yo, primero es ella;

¡Venza pues! cuanto soy la sacrificio.

Quede por siempre limpia su memoria,

Y eche en mí solo su borron la historia.

Mas... el judío...

(*Al entrar Simuel, el conde se emboza y Sancho se aparta. — El judío se asombra de hallarlos allí.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE, SIMUEL BENJAMIN, SANCHE.

Sim., al ver al conde. ¡Dios!

Conde, yéndose á él. ¿Qué hay que te asombre?

Todo lo oí, y del conde la mancilla

Tú mismo has de lavar.

Sim. Fantasma ú hombre,
¡Quién te trajo hasta aquí? ¿cuál es tu nombre?

Conde. Dobra para escucharle la rodilla.

Sim. ¿Yo? ¿y á quién?

Conde, descubriéndose. A Don Sancho de Castilla.

(*Queda Don Sancho desembozándose en una actitud que revele toda la dignidad de su carácter, y cae á sus piés el judío. Caen el telon.*)

AL.

ACTO TERCERO.

Decoracion cerrada, que representa un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha una puerta que da á las habitaciones de la condesa. En el primero de la izquierda otra que conduce al exterior del edificio. En el segundo lado de la derecha otra que da á un camarín. En el opuesto otra idem. En el fondo otra, con vidrieras de colores que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del conde. — Mesa y dos sillones.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, SIMUEL, ENTRANDO POR LA PUERTA DEL FONDO.

Conde. ¿Y á mi palacio así, ¡por vida mía!

En el silencio de la noche oscura

Este oculto camino te traía!

Sim. ¡Señor!

Conde, con desprecio. Y estás temblando de pavura

Con solo preguntártelo, ¡cobarde!

¿Y eres tú quien penetra los destinos

De mi familia? ¡de ello harás alarde

Tan solo entre mugeres y asesinos!

¡Vive Dios! si quien eres no mirara

Y no viera quien soy, torpe gusano

En polvo entre mis manos te tornara:

Mas te honrara matándote mi mano.

¡Eh! no temas, imbécil, de la mía,

Que victoria tan ruin me humillara.

En fin, si has de salvarte, solamente

Hay un medio y lo sabes; sé prudente,

Y dime al cabo y por la vez postrera

Si riesgo alguno el individuo corre.

Sim. Probadlo en mí, señor, si eso os altera,

Y mi existencia vuestra duda borre.

Conde. De traidores cual tú todo lo temo,

Fueras capaz, por conseguir venganza,

De llevar la traicion hasta ese extremo.

Sim. Señor, tan singular desconfianza

Es indigna de vos. Arrepentido,

Solo ese medio espero de obligaros,

Si no al perdon, al menos al olvido.

¡Y ni aun con mi existencia osais fiaros!

Conde. Al miedo creo de que estás transido

Mas que á todos tus lógicos reparos:

Pero solo, Simuel, solo á este precio

Cederá mi venganza á mi desprecio.

Piénsalo bien, y solo de este modo

Todo lo aparto y te lo olvido todo.

Sim. Y á vuestros piés, señor...

Conde. Alza, rabino,

Y ojalá que hoy mi liberal clemencia

De conocer te ponga en el camino
Del solo Dios la verdadera ciencia.

Sim. ¡ Ah ! mientras viva rogaré al destino...

Conde. Ten esa lengua vil, y en mi asistencia

No invoques mas poder ni mas ayuda
Que la del Dios en quien tu ciencia duda.
Sigueme.

(Abre el camarín de la izquierda, y le dice mostrándosele :)

En esta estancia, retirado

Y en silencio estarás : aquí tu suerte
Esperarás, y el término fijado :

Y el éxito será de tu bebida

El fallo de tu muerte ó de tu vida.

Entra, y miralo bien.

(Le cierra y guarda la llave.)

ESCENA II.

EL CONDE.

Tiemblo y me espanto

Cuanto medito mas la horrible idea.

¡ Que mi madre ¡ ay de mí ! me obligue á tanto !

Que ella la criminal, mi madre, sea
Causa de mi baldon y de mi llanto !

¡ Ella echar sobre mi mancha tan fea

Sin que pueda decirse en pro del bueno :

« Lleva la mancha del delito ajeno ! »

Arráncame, buen Dios, del pensamiento

Esta idea cruel, desgarradora :

Sopla en mi corazón virtud y aliento

Que resista su fuerza tentadora :

Pon en mis manos y en mi lengua tiento

Para obrar y decir desde esta hora

Lo que cumpla no mas al sacrificio

Que comprende no mas tu escelso juicio.

(Llama á la puerta que da al exterior.)

¿ Quién va ? *(El conde abre, y sale Sancho.)*

ESCENA III.

EL CONDE, SANCHO.

Conde. Sancho, ¿ qué has hecho ?

San. Puntualmente

Vuestro encargo, señor, dejo cumplido.

Conde. ¿ Le trae ?

San. Se resistió bizarramente,

Pero por fin al número ha cedido.

Conde. ¡ Muerto !

San. No : me mandásteis solamente

Que le apresara, y preso os le he traído.

Conde. Está bien. ¿ Y la carta ?

San.

Iba á romperla,

Mas no le dí lugar.

Conde.

Trae, Sancho, á verla.

(Sancho le da el pergamino que Hissem mostró á la condesa en la escena X del acto II. El conde le toma, le mira, y le guarda. Despues se vuelve diciéndole con mirada penetrante :)

¿ La leiste ?

San. Mis ojos jamás osan

Adonde mi señor pone los suyos.

Conde. Mis planes, Sancho, en tu amistad reposan ;

Para velarme, pues, guarda los tuyos.

San. Lince seré, señor, que vigilante

No los quite de vos solo un instante.

Conde. Tú eres no mas ; oh Sancho ! mi consuelo :

Hoy á mi madre cuanto tengo inmoló,

Y si tu lealtad me roba el cielo,

En la tierra desde hoy quedaré solo.

San. Señor, antes la luz al medio día

Ha de faltar al sol ; antes al viento

Ha de faltar impulso y armonía,

Y á las corrientes aguas movimiento,

Y al suelo sombra en la enramada umbría,

Y al águila el espacio y ardimiento,

Y al cielo estrellas que su azul esmalten

Que á vos mi aliento y corazón os falten.

Conde. Gracias, Sancho leal ; bien necesitó

Un corazón que con el mío llore

Cuando la mancha de su vil delito

A los ojos del mundo me desdore.

Tú solo entonces me darás consuelo

De mi secreto cruel depositario,

Y en tanto, por mi bien, pídele al cielo

Que el valor no me niegue necesario.

San. Si ha de mi vida menester la vuestra,

Hablad, señor, la inmolaré tranquilo.

Conde. No, Sancho : ante otra muerte mas siniestra

Que la del cuerpo material vacilo.

Ante otra precision tiembla mi diestra,

No acostumbrada á tan traidor estilo,

Y recelos recónditos me oprimen ;

Que aunque es una virtud parece un crimen.

Mas no es posible que tu mente mida

La intensidad de mi pesar. Montero,

A ese hombre guarda hasta que yo le pida :

Que no hable á nadie, y de que bien vigilen

Mis castellanos por los muros cuida.

Mas que muchos á un punto no se apilen,

No astuto el moro de las sierras vea

Que vamos á salir á la pelea.

San. ¿ Cuándo será, señor ?

Conde.

Al medio día,

Mas antes de partir, frugal y corta

Comida haremos, á costumbre mia,
Y que nos sirvas solo tú me importa.

San. Señor...

Conde. Siempre afanoso, Sancho, se
halla

El corazon mas noble y mas valiente
A punto de arriesgar una batalla :
Y es bueno que este afan vele á su gente,
No vacile ó murmure la canalla :
Dispon pues que nos sirvan de repente
Vianda que se ajuste á nuestra prisa.
Cubre la mesa, y á mi madre avisa.
(Vase Sancho.)

ESCENA IV.

EL CONDE.

Llegó la hora fatal y estoy resuelto.
Quiero salir cuanto antes de este horrible
Vapor de crímen en que vivo envuelto,
Que esta duda infernal me es insufrible.
Queden cumplidos de una vez mis votos,
Y sus intentos para siempre rotos.
Oigo pasos... es ella... me retiro.
Siento que suerte tan fatal la aguarde.
De aquí la acecho y sus acciones miro :
No quiero que mi vista la acobarde.
(Entra en el camarín de la derecha.)

ESCENA V.

LA CONDESA, SALIENDO DE SU APOSENTO.

¡Ay! parece que tengo en el cerebro
Una hoguera voraz : y á par que él arde
Dentro del pecho con aliento escaso
Siento que helado el corazon me late.
Trémulos van mis piés por mis salones
Sin cierto rumbo y voluntad llevándome,
Y siento retumbar dentro del pecho
El lento són de cada paso que hacen.
Cada murmullo que en el aire suena,
Cada cortina que estremece el aire,
Que anuncian un espectro me parece
Que con callado pié tras de mí sale.
Si al reposo me entrego algun momento
Y al sueño cede mi cansancio grave,
De espantosos delirios asaltada,
Presa despierto de pavor mas grande.
No puedo mas con tan odiosa vida,
Quiero ahogar de una vez tantos afanes :
Sí, que se cumpla mi destino quiero,
Ya que ha de ser al fin inevitable.

ESCENA VI.

LA CONDESA ; SANCHO MONTERO, CON
FRUTAS EN GANASTILLOS, ETC.

Condesa. ¿Quién es? Sancho. (¡Ay de mí!
Temblé al sentirle.)

San. Yo soy, señora. ¿Qué ordenais?

Condesa. ¿Qué traes?

San. De mi señor las órdenes cum-
pliendo,

Viandas son.

Condesa. ¡Tan pronto!

San. A la lid parte

Y, con permiso vuestro, de hoy dispono
Que la primer comida se adelante.

¿Vos le acompañareis?

Condesa. Sí.

San. Despedirse

Querrá de vos por si malogra el trance.

Condesa. Es justo, Sancho : sus mandatos
cumple

Y al cielo ruega que le ayude y guarde.

San. Si rogaré, mas como buen vasallo

Iré luego con él para ayudarle.

Condesa. (Todos fieles le son.) Bien dicho,
Sancho;

Hidalgo en eso lo que debes haces.

(Me da este hombre rubor.)

San. Ya está la mesa.

Al conde avisaré cuando gustáreis.

Condesa. No, Sancho, no; le avisaré yo
misma.

San. Como os plazca mejor.

Condesa. Así me place.

Sal.

ESCENA VII.

LA CONDESA.

Ya estoy sola y la ocasion es esta.
¡Ay! mi razon se turba en tal instante,
Y en cuanto me rodea veo atónita
La mano del destino formidable.
Esta mesa, esta estancia solitaria...
¡Parece que á propósito lo hacen!
Cielo, de mi virtud siempre enemigo,
¿A qué ponerme la ocasion tan fácil?
¿No bastaba ¡ay de mí, que consintiese
Débil mi corazon en despeñarme
Sin que á la boca de la sima horrenda
Me trajeras tú mismo, que lo sabes?
Ea, vamos: ayúdame, ¡oh infierno!
(Saca del pecho un pomo.)

Ya la copa fatal tengo delante,
Y mi estrella y mi amor así lo quieren...

¡Ay! pero tiembla el corazon cobarde,
Tiembla mi mano la letal ponzoña

Sintiendo entre los dedos... ¡miserable
De mí! ¿Cómo he de verle á impulso suyo
Pallidecer, temblar y desplomarse?

Yo no amaba á su padre: en una carta
Fácil era decir: «Va al campo, mátales.»

¡Pero á él yo misma, con mi propia mano,
Tranquilo el corazón, sério el semblante,
Dársela...! no: le tuve en mis entrañas;

Tiene mi mismo sér, mi misma sangre:
No, no: que viva, y cámbiese el destino.
¡Hijo mío!... ¡Infeliz! me acuerdo tarde.

Si vive, hoy mismo le echará de Burgos,
Pues hoy de Burgos contra moros parte,
Y mañana ese Hissem ¡que nunca viera!

Pondrá en sus manos mi secreto infame.
Esa carta fatal que mi deshonra

Al universo entero hará palpable,
Y á seis años de hipócritas virtudes

El velo criminal fuerza es que arranque.
Y el insolente vulgo castellano,

Y el vulgo vengativo de los árabes,
Ponderando mi crimen á porfía,

Insultarán mi nombre y mi cadáver.
¡Maldita fué de mi nacer la hora!

¡Maldito el sino que á la tierra traje,
Tigre sedienta de la sangre mía

Sin que jamás con la vertida me harte!
¡Y no hay mas esperanza, no! Si el pliego

Llega á sus manos y su escrito sabe
Que conoce ya el vulgo, él mismo airado,

El mismo por su honor vendrá á matarme;
Sí, que no torcerá de su justicia

La recta ley ni por su propia madre.
El morirá tras mí de pesadumbre,

De deshonra y de horror, si á tanto osare:
Mas osará, que es su ídolo la gloria,

Y es de justicia testimonio grande.
Muera: retroceder es ya imposible;

Ante el destino la conciencia calle:
Muera, sí; pues mi horóscopo le ordena,

Yo no, sino el infierno es quien lo hace.
(*Vierte el licor del pomo en la copa de oro.*)

Cayó...! ¡Veo á la muerte descarnada
Por detrás de los bordes asomarse

De la ancha copa, y con la seca mano
Y sonrisa diabólica llamarme!

¡No, no hay remedio ya...! Mas ¿si no bebe?
¿Si hace un descuido que de copa cambie?

Ambas á dos las dejaré servidas,
Y él tomará la que le esté delante.

(*Llena de vino las dos copas, y pone la de
oro, en que está el veneno, en el sitio del
conde.*)

¡Cúmplase pues nuestro fatal destino,
que tumba al uno de nosotros abre!

Para uno de los dos guarda esa copa
De la callada eternidad la llave.

(*Cae en el sillón desfallecido.*)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, EL CONDE.

Conde. Madre mía.

(*Después de contemplarla un momento.*)

Condesa, espantada. ¿Quién es? ¡él!

Conde.

¿Qué os espanta

De ese modo, señora, en mi semblante?

Condesa. (¡Se me hiela la voz en la garganta!)

Sancho, no extrañes si de mí delante

Viéndote me turbé, que me quebranta

Saber que á lidiar vas. (¡Terrible instante!)

Conde. Tal es mi obligación, guardar mi tierra

Antes que en mala paz en buena guerra.

Condesa. Siempre es la guerra tu primer deseo;

Tu primer pensamiento las batallas;

Tu mas galán y acomodado arreo

El casco duro y las tupidas mallas.

Siempre dispuesto á pelear te veo;

Siempre á la paz inconvenientes hallas,

Y entre tanto tus pueblos desdichados

Quedan con lo mejor, pero asolados.

Conde. Madre, os vende la voz vuestro deseo

Y habláis como muger, de las batallas

Siempre enemiga y militar arreo.

Si en vez de yelmos y tupidas mallas

La seda usando á que inclinada os veo

Puesto á su torpe paz no hubiera vallas,

Los árabes mis pueblos desdichados

Me dejaran con paz, pero asolados.

Condesa. Un enemigo que la paz implora

Leal será, pues serlo necesita.

Conde. Madre, eso no habla con la gente mora,

Raza salvaje que el desierto habita:

Se humilla al vencedor, pero traidora

En oportuna rebelion medita.

Condesa. Es, Sancho, esa opinion harto estremada.

Conde. Leed la historia de la edad pasada.

Siempre fueron lo mismo: los detesto,

Y mas reñir con ellos me acomoda

Que haberlos de sufrir.

Condesa. Y á pesar de esto,

Sancho, á pesar de tu arrogancia toda,

Lejos ahora están de tus fronteras.

Conde. Notan lejos, señora: esos peñascos

Guarecen á su sombra sus banderas,

Corvos alfanjes y redondos cascos.

Condesa. Esas noticias son...

Conde.

Harto seguras:

Desde el balcon del camarín vecino

Se alcanza por las hondas quebraduras

De sus turbantes el revuelto lino.

Condesa. Moros, Sancho, enemigos tus antojos

Te pintan por dó quier.

Conde. Madre, vos misma Verlos podeis por vuestros propios ojos.

Condesa. (El en su misma perdicion se abisma;

Todo su mala estrella lo previno,

Y es inútil luchar con el destino.)

Conde. Ved al balcon, llegad.

(*El conde la invita á que entre en el camarín: la condesa no llega mas que al dintel de su puerta, volviendo la espalda á Don Sancho.*)

Condesa. (No tengo audacia Para mirarle al rostro.)

Conde. (Aun tengo miedo De este infernal brebaje á la eficacia.)

(*Saca un pomito.*)

¿Los veis?

Condesa. No.

Conde. Mirad bien. (¿Qué aguardo? Ea, De su misma traicion victima sea.)

(*El conde vierte el licor que contiene el pomo en la copa de plata que la condesa ha colocado en su sitio, mientras esta mira por el balcon. Al punto de verter el liquido el conde aparece Sancho, que le dice aterrado:*)

ESCENA IX.

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO.

San. ¡Señor! (*Aparte al conde.*)

Conde, aparte á Sancho. ¡Silencio! — En fin al cuerpo demos

El nutrimento necesario y justo

Los que muy pronto pelear debemos.

Sancho, sirvenos ya lo que tenemos,

Si es de mi madre voluntad y gusto.

(*Sancho, que hasta ahora ha ido colocando al rededor de la mesa frutos en canastillos, etc., etc., y en el aparador platos de plata, ánforas para los vinos, etc., sale otra vez á buscar la vianda pedida por el conde. Este, apoyado en el espaldar de su sillón, contempla á su madre, que afectando mirar por el balcon que se supone en el aposento inmediato, mostrará su incertidumbre y su angustia. Esto depende de la actriz.*)

ESCENA X.

EL CONDE, LA CONDESA.

Condesa. (¡Siento los piés clavados á la alfombra,

Y siento que en latido atropellado Hielo es mi corazón, mis ojos sombra!

Dame, infierno, el valor desesperado Que esta ocasion tremenda necesita.)

Conde. (Su crimen ¡infeliz! ¡cuánto la asombra!)

Condesa. (Cúmplase todo; pero pronto sea,

Antes que calme mi pasión precita, Y este vértigo horrible que me agita

Contra mi misma convertirse vea.)

(*Sale Sancho con un gran plato, que pone en la mesa.*)

ESCENA XI.

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO.

Conde. Madre.

Condesa. Héme aquí. (*Con resolución.*)

Conde. Cuando gustéis.

Condesa. Ahora.

(*Se sientan.*)

Conde. Haz, Sancho, tu deber, y que tu daga

De ese magro tasajo lonjas haga.

(*A la condesa.*)

Y vos tan triste no os mostreis, señora:

Comed y despejad el rostro adusto.

Con la causa leal que defendemos

Dios nos querrá ayudar y venceremos.

Condesa. (No puedo apenas respirar de susto.)

San. (De zozobra y de espanto no respiro Mientras las copas preparadas miro.)

Conde, á la condesa. ¿Mas no comeis? Efimeros temores

Desechad, madre mia:

Siempre fuimos nosotros los mejores,

Y espero en Dios que nos dará un buen día.

Condesa. (¡Su voz me aterra!)

Conde. (¡Acabe esta agonía!)

Ea, madre, por si es la postrimera

Que juntos ambos apurar debemos,

Asid la copa y apuradla entera;

Pues si dejarla en la mitad os vemos,

Que temblais por la suerte que me espera O en mi valor dudais recelaremos.

Condesa. ¡Yo, Sancho!

Conde. Ea, brindad á mi fortuna Y hollará mi corcel la media luna.

Condesa, asiendo su copa con un movimiento convulsivo y desesperado.
Sea.

Conde, Condesa. Behamos.

(El conde acerca la copa á sus labios y mira beber á la condesa. Esta apura la suya, y al apartarla de la boca dice:)

Condesa. Todo está cumplido.

(Al dejar la condesa su copa vacía sobre la mesa deja el conde llena la suya, la condesa lo mira y esclama aterrada:)

Mas ¡qué miro, ¡gran Dios! tú no has bebido?

Conde. Ni beberé jamás, que es sino nuestro.

(Se levantan.)

Condesa. ¡El sino atroz de nuestra estrella sabes!

Conde. Pues os hice beber, que sé de nuestro

Que el uno de los dos...

Condesa, interrumpiéndole. Sancho, no acabes.

¡Te comprendo muy bien, y el fin siniestro

Veo que das á mis delitos graves!

Ambos á dos tenemos en las venas

Sangre de maldicion, sangre de hienas.

Conde. ¡Dadme fuerzas, Señor!

Condesa, con desprecio. ¡Y al cielo invoca!

Necio, no van allí nuestras plegarias.

Solo al infierno apadriarnos toca

Nuestras culpas que alienta hereditarias.

Conde. ¡Madre!

Condesa. ¡Ay de mí! que en la desierta boca

Se apagan los sentidos... Solitarias

Van mis ideas por la mente loca

Girando... Sancho... mi secreto encierra...

¡No dejes tal baldon sobre la tierra!

(La condesa, que hablando así habrá ido acercándose hácia la puerta de su habitacion, entra en ella figurando caer desvanecida. El conde cierra las puertas.)

San., horrorizado. ¡Qué habeis hecho, señor! ¡Muerta!

Conde, con fiera. ¡Villano!

Si osas de Sancho murmurar tal mengua

Voy á arrancarte con mi propia mano

De la garganta vil la torpe lengua.

San. ¡Señor...!

Conde. En casos por mi honor medidos Cree primero á mi honor que á tus sentidos. Vamos.

(Sancho queda á un lado humillado y sin moverse. El conde contemplándole dice:)

(Su miedo la ignorancia abulta.

¡Dichoso de él, que comprender no sabe

Que en nobles quepa lo que en él no cabe!

(A Sancho.)

Sancho, el moro.

ESCENA XII.

EL CONDE.

Y á pesar de todo

En esa horrenda pócima no fio,

¡Ay de mí! y á creer no me acomodo

En las protestas del traidor judío.

¡Perdona si te trato de ese modo,

Madre, no culpes el intento mio,

Y al contemplar tu suerte venidera

Piensa en la suerte que por tí me espera!

ESCENA XIII.

EL CONDE; HISSEM, A QUIEN CONDUCE SANCHO, QUE SE MARCHA A UNA SEÑA DEL CONDE.

(El conde y el drabe quedan un momento contemplándose con altivez.)

Conde. Contemplándote estoy y á vueltas ando

¡Vive Dios! con la saña que me inspiras Y el desprecio que siento por tu bando.

Hiss. No temo tu desprecio ni tus iras.

Al árabe el horror nació contigo

Como el horror á tu nacion, cristiano,

El día en que nací nació conmigo.

Conde. ¡Aun te atreves á hablar, traidor pagano!

¡Olvidas que me ha dicho esta mañana

En la gruta del viejo israelita

Tu lengua misma tu traicion villana?

¿Que tu presencia mi furor escita,

Y que el recuerdo de tu ruin ultraje

Tu sangre está pidiendo á mi corage?

Hiss. No receles que el miedo entre en mi pecho:

Contrario tuyo hasta el postrer suspiro,

Cuanto osé contra tí doy por bien hecho,

Ni me arrepiento ni á perdon aspiro.

¡Tú me desprecias! yo tambien.

Conde. Me espanta

El ver que en solo un hombre caber puede

Con tan grande traicion audacia tanta.

Hiss. Conde, á la tuya mi altivez no cede.

Nunca esperé de tí mas que ira y guerra,

No esperes mas de mí que guerra e ira:

Si ira á mí grey tu corazon encierra,

Ira á tu grey mi corazon respira.

Conde. Ira noble; pardiez! guerra tan solo

Digna de infieles cual vosotros: lucha

Cobarde y baja, de traicion y dolo.

Hiss. Propia contigo de mi raza... escucha.

No de esa ira vulgar que al fin se acalla
Sangre enemiga sin piedad vertiendo
En el ciego furor de una batalla,
No : mas ansiaba mi furor tremendo.
Mi padre, mis hermanos, mis amigos
Cayeron al furor de tu cuchilla
En buena lid, cual nobles enemigos,
De cara á los pendones de Castilla.
Cuanto adoré me lo arrancó tu guerra,
Padre, amor, amistad... y otra esperanza
No quedándome ya sobre la tierra
Abrásome la sed de la venganza.
Velé, inquirí, maquinador y astuto
A los reyes de Córdoba y Sevilla
De mi venganza interesé en el fruto
Y vengarles juré... con tu mancilla.

Conde. ¡Traidor!

Hiss. ¡Tú me desprecias! oye ahora
Cuanto ha podido mi venganza mora.
En tu tierra y palacio introducido,
Mirándote leal, franco, y valiente,
Que ha de ser á tu orgullo, he deducido
Mayor venganza la que mas te afrente.
Vi que te era el honor mas que el sol caro
Y al de tu madre osé : vi que dejaste
En Burgos á tu padre sin amparo
Cuando á su autoridad te rebelaste,
Y á tu padre apresté sorda emboscada
Y en tí cayó la culpa de su muerte.
Tu gloria y tu virtud dejo manchada,
Castellano feroz : escarneckerte
Puede el vulgo en tu madre deshonrada,
Y de tu padre en la sangrienta suerte.
Todo esto es obra mía. Sacia ahora
Tu sed de sangre con mi sangre mora.

Conde. Si haré : mas antes enseñarte
quiero,

Pues tu furor encomias, africano,
Su limpio honor para guardar entero
Lo que puede el furor de un castellano.
¿Te jactas de dejar en mi linage
Un inmundo borron y en mi corona
Por robar el amor de una matrona
De mi estirpe real? ¿Tamaño ultraje
Piensas que puede por su parte impune
Porque titulos mil en su persona
Contra mi ley justísima reune?
Mientes, infiel : la gente venidera,
Cuando ose recordar que fué liviana,
Se espantará de la venganza fiera
Con que lavé mi estirpe soberana.
No : ni un testigo dejaré siquiera
Que deshonne á la noble castellana.
Y quedará en la sombra mas profunda
Bajo otro crimen su pasión inmundada.
Mira.

(*Abre el camarín y le muestra á la condesa.*)

Hiss., espantado. ¡Tu madre!

Conde.

Si; contempla ahora
Con qué sed beberé tu sangre mora.
Solo con ella mi baldon se lava;
Mas no basta la tuya solamente,
Africano traidor; en tí se acaba
Mi indulgencia y piedad para tu gente.
Para nadie la habrá : no : esos dos reyes
Que para mí te dieron credenciales,
Al abrigo poniendo de mis leyes
De sus embajadores los puñales,
Hoy me conocerán. Perros traidores,
Que el campo abandonáis de las batallas
Y pagáis asesinos vengadores
Detrás de vuestras torres y murallas :
Veo que á vuestros nobles vencedores
Vuestro pavor servil no hallando vallas
Apresta una venganza mas segura
Envuelta en noche de traicion oscura.
No he de olvidarlo : vuestra raza entera
La mancha blanqueará de esta mancilla.
Grajos viles, que espanta mi bandera,
Son los reyes de Córdoba y Sevilla :
Y yo haré con sus reinos una hoguera
A cuya luz, delante de Castilla
Irán como espantados jabalies
Al salvage compás de sus *leties*.
Infiel tengo de ser con los infieles :
Vil he de ser con quien por vil me toma.
Sangre habrá : vuestros blancos alquiceles
Rojos serán ; y pues la guerra os doma,
Pesebres han de ser de mis corceles
Los profanos altares de Mahoma,
Y las ricas doncellas africanas
Esclavas de mis pobres castellanas.
Moro, en prenda de guerra inestinguible
Voy á mandar tu tronco y tu cabeza
A esos reyes que dieron por posible
Que ahogaras tú mi vida y mi grandeza.
Yo he reservado ese licor terrible
Para tí ; bebe pues, y con fiereza
El cuello dobla de la muerte al yugo.
En Castilla no le hay, sé tu verdugo.

Hiss. No es necesario que á morir me ayude
Con ira ó con piedad ningun cristiano.

(*Toma la copa.*)

Mientes si piensas que al asirla dude
Medroso el corazon, débil la mano :
No, que aun valor al corazon me acude
Para decir muriendo á un castellano :
Ni quiero tu perdón, ni le merezco ;
Tu enemigo naci y aun te aborrezco. (*Bebe.*)
Conde. Digna de mejor causa es tu osadía.
¡Dios te la tome en cuenta! ¿Sancho?

ESCENA XIV.

EL CONDE, HISSEM, SANCHO.

Conde, á Sancho. Espera
Que los ojos ese hombre cierre al día
Y guárdale allí dentro hasta que muera.
Hiss. No he de tardar. A mi sepulcro guía:
Me avergonzara que caer me viera:
No imaginara que en aquel momento
Le imploraba perdon, falto de aliento.

ESCENA XV.

EL CONDE.

Mi deber con el mundo está ya lleno;
Mas ¡ay! réstame aún mi sacrificio:
Beber el cáliz del dolor ajeno,
Levantarme yo mismo mi suplicio.
Esta tribulación pesa ¡oh Dios bueno!
En la balanza de tu eterno juicio;
Y espíe mi desman contra mi padre
La ofrenda colosal que hago á mi madre.
(*Montero se presenta á la puerta del camarín donde metió á Hissem: el conde al verle dice espantado:*)
¡Sancho, tan pronto!

San. De espirar acaba.
Conde. Me horrorizo mirando ¡si lo bebo!
El desastrado fin que me esperaba.
Bien hice: en calma la conciencia llevo.
Separados están: su fé lo estaba,
Y un porvenir igual darles no debo:
No, obre cristiano: sin piedad le inmolo:
Baje á la eternidad, mas baje solo.
Mas concluyamos de una vez: no quiero
Dejar á la mitad tan grande hazaña,
Que fuera necio: ayúdame, Montero.
(*El conde y Montero sacan á la condesa desvanecida en un sillón. La colocan en la escena, y el conde abre el camarín en que encerró al judío.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE, LA CONDESA, SIMUEL
BENJAMIN, SANCHO.

Conde, al judío. Vamos, judío, de tu ciencia estraña
El poder misterioso manifiesta.
Sim. Paso me haced, mi mano está dispuesta.
(*El judío se acerca á la condesa, y sacando de una bolsita de piel una pequeña redoma se la aplica al olfato. El*

conde y Sancho lo contemplan con ansiedad.)

Dejadla reponer muy poco á poco;
La excitacion en su cerebro loco
De violenta impresion será funesta.

Conde. ¡Oh, vuelve!

Sim. Si; respira; en grato sueño
Reposaba, y si el tiempo que la espera
No ha de ser tan tranquilo y halagüeño..

Condesa. ¡Ay!

Conde. Silencio, rabino; todos fuera
(*Sancho Montero y el judío salen por la puerta del fondo. El conde se aparta á un lado de la escena, y la condesa empieza á volver en sí.*)

ESCENA XVII.

EL CONDE, LA CONDESA.

Condesa. ¿Dónde estoy? ¿Quién me turba mi reposo?

En deliciosa paz soñando estaba,
Y ¡ay de mí! ¡con qué sueño tan hermoso
Mi apesarado espíritu gozaba!

* Sueño de luz, de calma y de ventura
* Con encantada música arrullado,
* De cielo azul á la influencia pura
* Por perfumadas auras oreado.
* ¡Cuán odioso es volver tras este sueño
* A la verdad de la azarosa vida!
* Mas... ¡qué recuerdo...! ¡Sí, con torvo ceño
* Le sombreó vision descolorida!
* La vi á lo lejos, sí, los resplandores
* Cruzar de horizonte luminoso
* Fijando en mí sus ojos vengadores;
* Los ojos ¡ay! del hijo y del esposo.
Mas ya desapareció.

(*Se va á volver, y ve la mesa con las copas, etc.*)

¡Cielos! ¡qué miro!

Esa mesa... esa copa... (*La mira.*) ¡está vacía!

Le habrá costado hasta el postrer suspiro.
¡Infeliz! ¡hijo mio!

(*Al volverse del otro lado, encuentra á Don Sancho, que la tiende los brazos.*)

Conde. ¡Madre mia!*Condesa.* ¡Sancho!

Conde. ¡Madre, perdon! si á tanto he osado,

En el libro de Dios estaba escrito.

Condesa. Pero esa copa... (*Con afán.*)

Conde. La apuré el culpado;
La tumba guarda ya vuestro delito.

Mirad.

(*La muestra el cuarto en que se supone que yace Hissem.*)

Condesa. ¡Gran Dios!

Conde. Él es : él, que os vendía
De torpe amor bajo el impuro velo
Y á vuestra perdicion os conducia.

Condesa. ¡Ah! ¡no lo mientes ya!

Conde. No, madre mia.
Yo juzgo su traicion, su amor el cielo.

Condesa. Gracias, Sancho : aunque lá-
grimas me cuesta,

No volverle á encontrar quiero en el mundo
Que me arrastraba su pasion funesta.

Conde. Guardadlo en el silencio mas pro-
fundo,

Madre, y romped ese padron infame
(*La da el pliego que Sancho quitó á
Hissem.*)

De vuestro deshonor : ya no hay ahora
Quien esa prueba contra vos reclame.

Condesa. ¡Hijo mio!

Conde. Y oid, madre y señora,
Que pronto es fuerza que el clarin me llame
Para salir contra la hueste mora,
Y antes, de mi cariño daros quiero
La última prueba, y el á Dios postrero.

Si habeis manchado vuestro honor liviana,
Fea fragilidad en vos ha sido,
Mas carga fué de nuestra raza humana
Y frágiles al mundo hemos venido ;
Mas decir que una noble castellana
Quiso al hijo matar de ella nacido
No ha de poder el mundo, madre mia,
Mientras ayude Dios á Don García.

Espuesto al vulgo su cadáver frio
A mis puertas será : tumba mentida
Tendreis vos, y ese crimen será mio.
Si, de Oña en los peñascos escondida

Monasterio fundad triste y sombrío
Dó el funeral os rezar en vida ;
Mas circunde ese santo monasterio
Siniestro y espesísimo misterio.

Créale todo el mundo alucinado
Como eterna señal espiatoria
Sobre el sepulcro vuestro levantado
De un parricida vil torpe memoria.
Mas antes que el sepulcro el templo alzado
Penitente vivid : mienta la historia,
Y antes que vuestro honor por mi sucumba,
Abrase al mio deshonrada tumba

Condesa. ¡Tú! ¿tú arrostrar de mi pasion
funesta

La deshonra? Jamás. Morir prefiero.

Conde. Madre, no recordéis lo que me
cuesta

Taña abnegacion ; mas yo lo quiero.
Vuestro hijo soy, mi obligacion es esta,
Y obraré como cumple á un caballero :
Sabré, aunque el mundo me acrimine un dia,
Que hijo fué para vos Sancho García.

Ni una palabra mas, madre, ni una.
Partid : gloria y honor os sacrificio,
Y puede una palabra inoportuna
Hacerme vacilar : que es don muy rico
El que la gloria y el honor aduna.
Montero irá con vos os lo suplico ;
Y en la próxima noche idos segura
Con gente fiel y con la niebla oscura.

Condesa. Sí, Sancho, partiré desde esta
hora

A socavar mi funerario lecho
Donde yacer en paz ; mas que tu pecho
No me guarde rencor.

Conde. Nunca, señora.

Condesa. Yo de mi celda en el recinto es-
trecho

Del Dios que escucha á quien con fé le im-
plora

Atraeré sobre tí y sobre tu gente
La escelsa bendicion omnipotente.

¡A Dios! (Se abrazan.)

Conde, llevándola y deteniéndola en el
dintel de la puerta. Id, y si os
llevan algun dia

Mi cadáver envuelto en mi bandera,
Sobre el sangriento tronco ; madre mia!
Derramad una lágrima siquiera.
Y al grabar en mi losa : « Aqué García, »
Decid sobre ella por la vez postrera :
« Caballero murió, murió inocente.
Yo vivo aún, y el universo miente. »

ESCENA XVIII

EL CONDE.

Como quien soy cumplí : ya estoy tranquilo.
En buen hora los siglos engañados
Mi historia cuenten con airado estilo :
Mi nombre y mi valor sean mirados
Con horror en buen hora : no vacilo.
No es mio el crimen con que van manchados,
Y ese borron que empaña mi memoria
En mi tumba será Sol de mi gloria.
A ella osarán con lenguas fementidas
Las almas ruines al valor estrañas,
Mas saldrán á dejarlas desmentidas
Las legiones que dejan mis campañas
En Osmá y en Sepúlveda tendidas.
Si, yo cuento mis dias por hazañas,
Y descender á mi sepulcro puedo
A desleal posteridad sin miedo.

(Llamando.)

¡Sancho!

ESCENA ULTIMA.

EL CONDE, SANCHO.

San. ¡Señor?

Conde. ¡Mi lanza y mi caballo!
 Mi fortuna á arrostrar con alma entera
 Y á morir con honor pronto me hallo.
 Sea paño á mi tumba mi bandera,
 Y al echar sobre mí su injusto fallo,

Diga por fin la gente venidera :

« Con tan gran corazon ser no podia

Un malvado tan vil Sancho Garcia. »

(Sale el conde, Montero le sigue. — Caen el telon.)

NOTA DEL AUTOR. Todos los versos que van marcados con esta señal * se suprimieron en la representacion, por evitar pesadez en las escenas á que corresponden; y porque la decoracion de la segunda parte del acto segundo se varió, dejándola en un simple subterráneo.

CAIN, PIRATA,

CUADRO DE INTRODUCCION AL DRAMA EN TRES ACTOS

TITULADO

UN AÑO Y UN DIA.

PERSONAS.

CAIN, capitán pirata.
RODULFO.
ELENA.
PEDRO.

TOMAS.
UN MARINERO DE LA MARINA REAL.
DOS MARINEROS PIRATAS
DOS DE LA MARINA REAL.

La escena es en la isla Cabrera, una de las Baleares. Siglo XVII.

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo.
Rocas á la derecha. La accion empieza al ano-
checer de un dia de junio.

ESCENA PRIMERA.

(El mar empieza á calmarse despues de una tempestad y la noche va cerrando. Pedro aparece bajando por los peñascos á la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.)

PEDRO.

¡Esto va malo, Perico!
No es esta vida salvaje
Para quien ha estado siempre
Entre seres racionales.
Ello es verdad que, no habiéndolos
Aquí, tampoco hay percances
De escribanos ni alguaciles...
Y esto, ¡qué diablo! algo vale.
Aquí nadie me pregunta
Ni exige pruebas legales
Que acrediten que soy Pedro,
Diego, Juan, Antonio ó Jaime;
Mi oficio, mi ocupacion.
Qué casa vivo y qué calle.

Todo eso es verdad, sin duda,
Y una ventaja muy grande
Para hombres que como yo
No gustan de que se hable
Mucho de ellos: mis asuntos
Al cabo á nadie le atañen.
Pero ajustando las cuentas
En limpio, y por otra parte
Viendo el negocio, es muy duro
Que un hombre la vida pase
Como un lobo entre las peñas,
Los espinos y los árboles,
Durmiendo en una caverna,
De peces alimentándose,
Y esperando á que la mar
Le arroje algo que le cuadre,
Presa arrancada á otro pobre
Por traidores temporales.
¡Oh, y el de hoy fué cosa horrenda!
Hizo noche á media tarde.
Esto va malo, Perico...
Mas de la vista al alcance
Flota en el agua un objeto,
Dos, tres... ¡bah! Dios te lo pague.
Levante amigo, que empujas
Hacia tierra el oleage.
Y es un barril... ¡haga el diablo
Que no sea de vinagre,
Que á fé que no necesito

Acidos que abran el hambre!
¡Hola, hola, y cómo pesa!
Y allí viene un cajon grande,
Y mas allá veo un fardo
Y otro barril; ¡oh santo ángel
De mi guarda! y esto es vino,
Y esto pólvora.

Voz en el mar. ¡Amparadme,
Santo Dios!

Ped. ¡Cielos, qué acento!

Voz. ¡Ay de mí!

Ped., mirando. Del agua sale:

¡Oh! sí, lo veo, es un náufrago.

(Haciendo seña con las manos.)

¡Eh! buen hombre, ánimo; nade

Un poco mas, y está en salvo.

No me escucha... ¡Oh! se desase

Del palo á que se agarraba;

No puede mas... á salvarle

Voy, si es que alcanza su vida

Hasta que llegue á esperarme.

(Se arroja al mar, y queda un momento sola la escena.)

ESCENA II.

PEDRO, ELENA.

(Pedro trae á Elena desmayada y la pone sobre las piedras.)

Ped. Dios quiera que aun sea tiempo

De salvarla... ¡Oh! ¡hubo un instante

En que temi por los dos

Del agua con los embates!

¡Infeliz! perdió el sentido

Antes de que yo llegase,

Y ya á merced de las olas

Estaba próxima á ahogarse.

Si un sorbo de vino al menos

Pudiera hacer que tragase.

¡Vamos á ver!

(Toma una concha, vierte en ella unas gotas del licor que contiene el barril y se lo hace tragar.)

Elena. ¡Ay!

Ped. Respira.

Elena. ¿Dónde estoy?

Ped. En un parage

Seguro ya, aunque no ofrece

Sobradas comodidades.

Ea, bebed; que ahora es fuerza

Reponerse y calentarse,

Porque el baño ha sido largo

Y peliagudillo el lance.

Elena. Y vos, hombre generoso,

Que sin duda por salvarme

Vuestras ropas aun mojadas

Muestran que al mar os echásteis,
¿Quién sois? ¿qué país es este?

Ped. Contestacion no muy fácil

Tienen esas dos preguntas,

Señora... mas escuchadme,

Aunque no den mis palabras

Gran consuelo á vuestros males.

La tierra en que estais es una

De las islas Baleares.

Elena. ¡Oh! ¿cuál de ellas?

Ped.

La Cabrera.

Pero no hay mas habitantes

Que nosotros en su suelo,

Y no siendo útil á nadie,

Rara vez aporta un buque

A sus riberas salvages.

Há tiempo habia una torre,

De la cual eran guardianes

Diez soldados españoles;

Mas dos ó tres años hace

Que un dia los degollaron

Unos piratas de Tánger.

Por lo que toca al país

Os he dicho lo bastante;

Y en cuanto á mí, de mi historia

No habrá mucho que relate.

Soy mallorquin: mis negocios

Me hicieron al mar lanzarme

De un pescador en un bote,

Y el mar me echó á estos lugares.

Un mes há que estoy en ellos,

Y puesto que á ellos llegásteis,

Contándoos como vivo

No hay para que mas os canse.

Elena. ¡Ay de mí! ¿con que en tal caso

No hay medio de abandonarles?

Ped. Ninguno, como algun buque

No nos descubra, que pase,

O algun águila marina

De los pelos no nos saque;

Lo cual, señora, ya veis

Que sería extraño viaje.

Elena. ¿Y qué hacer?

Ped.

Nada; poner

En manos de Dios, estarse

Noche y dia en atalaya

Por si llegar vemos alguien

Que nos socorra, y vivir

En soledad agradable

Como allá en el paraiso

Nuestros primitivos padres.

Elena. ¡Misericordia de Dios!

Ped. No está de mas invocarle.

Mas decidme (esto, señora,

Si es que se puede y os place),

Cómo llegásteis aqui.

Elena. Un barco de catalanes,

A cuyo bordo á Mallorca

Pasaba desde Alicante,
 Naufragó, perdido el rumbo
 Con la borrasca, y salvarme
 Logré asida á ese madero,
 Luchando toda la tarde
 Con la mar, desesperada
 De lograrlo á cada instante.
 Esta es mi historia, buen hombre.

Ped. Ea pues, Dios nos depare
 Buena suerte, y buen auxilio.
 Entre aquestos peñascales
 Tengo una mala barraca;
 Ocupadla, y que descansen
 Dejád al cuerpo unas horas
 Mientras que pongo remate
 A la coleccion de frutos
 Que la marea nos trae.
 Y tiempo hay de discurrir
 Lo que conviene.

Elena. Ayudadme,
 Que estoy entumida toda.

Ped. Dadme el brazo, y animarse
 ¡Voto vá el diablo!

(*Éntranse por la derecha, y vuelve luego
 Pedro solo.*)

ESCENA III.

PEDRO.

Ea pues.

Héme aquí ya ¡vive Dios!
 En medio de este desierto,
 Y á la tormenta deudor
 De una nueva compañera
 Que en mi soledad me dió.
 Vaya, veamos qué es esto.
 ¡Hola! barrica de ron,
 Un baul...
 (*Lo rompe con una piedra para abrirlo.*)

Ropa... pistolas...

Un collar, un libro, dos,
 Tres, cuatro... esto era de un sabio:
 Veamos qué libros son.
 « Historia de Carlo Magno
 Y los doce pares... » ¡oh!
 ¡Gran libro! « Tomo tercero,
 Comedias de Calderon. »
 Siempre que no hablen en ellas
 Mas personajes que dos
 Bien las podemos hacer
 Esa compañera y yo.
 (*Sigue recogiendo cajones y demas objetos
 que el mar arroja á la playa.*)

ESCENA IV.

PEDRO, ELENA.

Elena, dentro. ¡Eh! mirad, mirad.
Ped. ¿Qué es ello?

Elena. Un barco.

Ped. ¡Poder de Dios!
 (*Aparece á lo lejos un bergantín.*)

Y es cierto; hagámosle seña,
 Ahí tenéis ese giron
 De mi manta... mas ¿qué es esto?
 O veo visiones yo,
 O á las velas cogen rizos:
 Si, si, viran á estribor,
 Dirigen aquí su rumbo.

Elena, desde las peñas. ¡Oh! mis ruegos
 escuchó

El cielo, y en ese barco
 Nos envia salvacion.

Ped. Botan al agua una lancha;
 Pero ¡válgame el Señor!
 Buen amparo nos envia.

Elena. ¿Qué decis?

Ped. ¡Pues! Ellos son.

Elena. ¿Quiénes?

Ped. ¿No veis los arreos?

Piratas.

Elena. ¡Cielos! ¡hay hoy
 Mas desdichas que apurar!

Ped. Pronto, ocultaos, si no
 Quereis que seamos hechos
 Cautivos ambos á dos.
 Meteos entre las peñas;
 Puede que su expedicion
 No sea mas que á hacer agua;
 Y con prudencia y valor
 Puede que salgamos bien
 Y que nos ayude Dios.

Elena. Si él no lo hace...

Ped. Ea, venid.

Y dejadme que obre yo,
 Que para perdernos ambos
 Siempre ha de ser ocasion.

(*Vanse por la derecha.*)

Elena. ¡Piratas! — ¡Ay esperanza
 De sueño fascinador!

ESCENA V.

CAIN, RODULFO, TOMAS, DOS PIRATAS,
 EN UNA LANCHA Y CON TRAGES SICILIANOS,
 PISTOLAS AL CINTO, ETC., ETC.

Cain. Sacad á tierra esas pipas,
 Bajadlas á la caverna
 En que el manantial se oculta,
 Y avisad cuando estén llenas.

(Los marineros sacan dos toneles y los llevan por detrás de las peñas á la derecha.)

Presi tú esa maniobra (A Tomás.)

Y cui a de que obedezcan;

Y tú, Rodulfo, colócate

De atalaya entre las peñas.

Si algo repentino ocurre

Que reclame mi presencia,

La tierra de la isla es poca

Y oír al punto la seña.

(Vanse Cain por la izquierda y Rodulfo por la altura de la derecha.)

ESCENA VI.

TOMAS.

Oscura cierra la noche,
Hierva el mar y el viento arrecia.

Ya darnos caza no pueden,

Nuestra nave es mas velera,

Y traen mucha gente inútil

Y poca marina diestra.

¡Ay de mí! ¡quién otros días

Suerte tal me predijera!

Así las cosas del mundo

Se eslabonan y encadenan

Las unas tras de las otras

Y nos arrastran por fuerza

Del oscuro porvenir

A la sima de tinieblas.

ESCENA VII.

PEDRO APARECE SACANDO LA CABEZA CON PRECAUCION POR LOS PEÑASCOS. TOMAS LE DESCUBRE AL PUNTO Y LE ENCAÑONA UNA PISTOLA.

Ped. No siento nada; tal vez

Se internaron por la tierra.

Tom. ¿Quién va?

Ped. ¡Cielos! soy perdido!

Tom. ¡Eh! buen hombre, sea quien sea,

Échese al punto, ó le meto

Una bala en la cabeza :

Entregaos.

Ped. Ya me entrego.

Tom. ¿Solo estais?

Ped. Solo.

Tom. Desierta

Está hace tiempo esta isla :

¿Cómo os encontráis en ella?

Ped. Huyendo de enemistades

Y voluntades siniestras,

Echéme al mar en Mallorca

Y el mar me echó á esta ribera.

Tom. ¿Nadais pues como un salmon?

Ped. No nadé, que vine á fuerza

De remos en una barca

De un pescador.

Tom. Cosa es esa

Que se acerca á la verdad :

Mas ¿y el bote? (Mirando al agua.)

Ped. La marea

Se lo tragó, y ya hace un mes

Que habito aquí entre las peñas

Como un animal salvaje.

Tom. ¿Y á Mallorca no quisiérais

Volver?

Ped. ¿A Mallorca? Oh, no.

Tom. Teneis en aquella tierra

Muchos amigos sin duda,

Pues la haceis tal preferencia.

Ped. ¡Qué queréis! cosas del mundo.

Tom. Ya. (Si este hombre á mis ideas

Contribuyese.) (Examinándole.)

Ped. ¡Qué diablos

Me examina con tal flemma!

Tom. (Veamos.) Buen hombre, hablemos

Ambos á dos con franqueza.

Yo necesito de vos,

Y vos de quien os proteja.

Si me servís, yo os prometo

Que sois libre, y las entenas

De aquel bergantín pirata

No han de saber lo que pesa

El cuerpo de un mallorquin

Suspendido en una verga.

Ped. ¡Oh! sí, sea la que fuere,

Acepto vuestra propuesta.

Tom. Decidme pues : para ser

Hombre de bien en la tierra

¿Qué os hace falta?

Ped. Dos cosas

Tom. Bien, dinero es una de ellas.

Ped. Precisamente.

Tom. ¿Y la otra?

Ped. Otro nombre y otras señas

En mi individuo.

Tom. ¿Queréis

Cambiar conmigo las vuestras?

Ped. ¿Con vos?

Tom. Nada os dé cuidado;

Cai volviendo de América

En las manos de esa gente,

Y aunque hay razones secretas

Que abandonarla me impiden,

No hay hombre alguno que pueda

Reconocerme en mi pátria,

Pues años há salí de ella.

Ped. Si no hay peligro en mostráros..

Tom. Ninguno.

Ped. Pues cosa hecha.

Tom. Pues tomad. Todos los años

Volvereis por esta época
A esta isla, y hallareis
Una cantidad como esa
Donde querais enterrada.

Ped. ¿Pero qué hay que hacer por ella?

Tom. Oid. Con esos papeles
Que contiene esa cartera
Acreditareis que sois
Tomás Ruiz de Villanueva.

Ped. Que sois vos.

Tom. Seguramente.

Escrita en una hoja de esas
Vereis mi historia, que es breve;
Usadla como os convenga.

Ped. Bueno.

Tom. Y siendo Tomás Ruiz

Arribareis á Marbella,
A Alicante, á cualquier punto
De España, donde os parezca.
Ireis luego á Andalucía,
Y en el valle de Purchena
Hallareis un lugarcillo
De seis casucas de tierra.
Preguntareis por vos mismo,
Tomareis todas las señas
Y noticias que allí os den
De vuestra muger.

Ped. La vuestra.

Tom. Por supuesto. Allí hallareis
(Si por ventura no es muerta)
Una hija que Dios me dió:
Amparadla, protegédla,
Decidla que sois su padre:
No le digais la manera
Con que vivo, y sed vos bueno,
Sed indulgente con ella.
Si yo no parezco mas
(Lo que es fácil que suceda),
Os doy todos mis derechos:
Persona fiel y secreta
Os llevará la noticia
De mi muerte, y suma inmensa
Os entregará en mi nombre;
Mas si el mensaje no llega,
Seguid haciendo mis veces
Y esperad á que yo vuelva.
¿Aceptais?

Ped. Acepto.

Tom. Ahora

Tomo sobre mi conciencia
Todo el mal que hayais vos hecho.
A esta isla una galera
Llegará que nos da caza,
Y sabe que en estas peñas
Hay una fuente, que usamos,
Podeis acogeros á ella,
Y pues sois ya Tomás Ruiz
Empiezd vuestra comedia.

Ped. Está bien.

Tom. Pues ocultaos;

Y no os paseis en la cuenta,
Que aunque me fio de vos
De tan estraña manera,
No faltará quien me venga
Si olvidais vuestras promesas.

Ped. De todas mis fechorias
Seria esa la mas necia,
Cuando me reporta á mí
Mas que á nadie conveniencia.

Tom. Contad pues con un amigo,
Y andad, que alguno se acerca.

ESCENA VIII.

TOMAS, RODULFO.

Tom. ¿Quién sabe! Acaso el destino
Me depara un hombre fiel
Para que encuentre por él
De mi ventura el camino.
¡Ah! sin el fatal secreto
Que á esos inicuos me ata,
Fuera yo por el pirata
Antes muerto que sujeto.
Mas Rodulfo ¡desdichado!
Destino tal no merece,
Y su destino parece
En acosarle empeñado.

Rod. ¡Tomás!

Tom. ; Rodulfo! ¡Imprudente!

Rod. No pases, buen viejo, afan:

Lejos está el capitán
Y en tranquilidad la gente.
Y pues un momento aquí
Nos hallamos en sosiego,
Aconsejame, te ruego.

Tom. ¡Aconsejarte!

Rod. Oye.

Tom. Di.

Rod. Tomás, hasta aquí llegó:
Aquí mi padre me mata
Primero que del pirata
Al barco me vuelva yo.
No volveré á ver izar
En combinacion estraña
De la Inglaterra y la España
Las banderas á la par.
No quiero ver que en un viaje
Si topamos tres bajeles
Entramos como de infieles
En los tres al abordage.
Bajo un pabellon lidiar,
Sea el que sea, eso es valor:
Pero no á todos traidor
Correr con todos la mar.
Y en fin, es cosa segura,

Pese al capitan ó no,
En esta isla tendré yo
Libertad ó sepultura.

Tom. ¡Tan resuelto!

Rod. Sí, Tomás;

Y pues tú mi solo amigo
Fuiste siempre, tú conmigo
Libre ó muerto quedarás.

Tom. ¡Ah! el capitan, pobre niño,
Tal vez te dé esa licencia,
Porque en Dios y en mi conciencia
Te tiene mucho cariño.
Pero á mí... nunca lo esperes.

Rod. ¿Y porqué? ¿no sabe acaso
Que sin tí no he dado un paso
Desde que nací? ¿Que me quieres
Como á un hijo? ¡Oh! yo me atrevo
A asegurar que consiente
En que dejemos su gente.

Tom. Y yo consentir no debo
Que en mi nombre le supliques,
Porque á la primer sospecha,
Rodulfo, á la mar nos echa...

Rod. Por Dios, Tomás, que te espliques.

Tom. Mira, Rodulfo: yo fui
Quien los primeros abrazos
Te dió, y en mis propios brazos
Al nacer te recogí.

Desde aquel dia fatal
No me he separado un punto
De tí, y pensaba difunto
Dejar compañía tal.

Tú, que no puedes memoria
Conservar de tu niñez,
Ni aun te imaginas tal vez
Tu desventurada historia.
Mas yo que la tengo escrita,
Rodulfo, en mi corazon,
Medito tu salvacion,
Y hasta el descanso me quita.

No, no; con razon ninguna
Podemos ni tú ni yo
Vivir con quien nos juntó
Nuestra maldita fortuna.
Pero sigue mi consejo:
Si tú te quieres salvar,
A mi no me has de nombrar,
Que los conozco y soy viejo.

Rod. No sé, Tomás, qué adivino
De siniestro en tus palabras.

Tom. Sigue mi consejo y labras
Tu destino y mi destino.

Rod. ¿Y qué me tengo de hacer
Sin tus consejos en tierra,
Si en el llano ó en la sierra
No sé los peligros ver?
Los que en la mar nos pasamos
Nuestra vida, ¿qué valemos

En tierra si no tenemos
Uno tras de quien vayamos?
Seré... infeliz ó dichoso;

Pero ¿piensas que sin tí
Pueda olvidar que hoy aquí
Dejo un hombre generoso?
Ya me depare mi suerte
Una opulenta fortuna,
Ya oscura como mi cuna
Ruede mi vida á mi muerte,
Tomás, tú en mi corazon
Vivirás siempre conmigo,
En mis placeres amigo
Y consuelo en mi afliccion.

Sí, pediré al capitan
Nuestra licencia; los dos
Juntos, que juntos por Dio
Nuestros destinos están.

Tom. ¡Hijo mio! así te quiero,
Noble y generoso, así:
¡Bien veo, Rodulfo, en tí (*Con entusiasmo.*)
Tu valor de caballero!

Rod. ¿Qué dices, Tomás? Mi padre...

Tom. ¡Calla por Cristo, imprudente!

Rod. Pero...

Tom. A pesar de esa gente
Vive en tí tu noble madre.

Rod. ¡Mi madre! (*Con tristeza.*)

Tom. ¿Qué te entristece?

¿Te pesa de asemejarte
A tu madre?

Rod. A confesarte
La verdad, no me parece
Bastante esa semejanza.
De mi padre la quisiera,
Porque con ella creciera
Mas hidalga mi esperanza.

Tom. Pues en fin, al tiempo aguarda,
Que quien tuvo buena madre
Bien puede tener buen padre.

Rod. O ella una pasion bastarda.
Porque mi padre, lo ves,
Es ya de rapiña un ave
Que solo hacer presa sabe
Con las alas y los piés.
Tomás, ¡Dios me lo perdone!
Pero siento á mi pesar
Que jamás le podré amar
Aunque el ser padre le abone.
Y si no es por el amor
Que tú siempre me has mostrado,
Al mar me hubiera arrojado
Mil veces en mi furor.

Tom. ¡Ay, Rodulfo! ya lo sé.
Yo que á tu lado he dormido
Tantos años, conocido
Tu corazon tengo á fé.
¡Cuántas veces escuchándote

Bajo pesadilla horrible
Luchar, á la lid terrible
Puse yo fin despertándote!
¡Cuántas veces al salir
Ese fatal pensamiento
De tu boca, ahogué tu aliento
Por si él lo podía oír!
Rodulfo, tienes razon:
Ya acompañarnos no debes,
Y si á dejarnos te atreves
No pierdas esta ocasion.

Rod. Sin ti, imposible será.

Tom. De rodillas te lo pido;
No me nombres, ó perdido
Tu porvenir todo está.

Rod. No alcanzo por qué misterio...

Tom. No le intentes comprender,
Porque es forzoso ceder
A su poderoso imperio;
Y te lo digo otra vez,
Aunque te canse mi afan...
Mas viene allí el capitán,
Ten en cuenta su altivez.

Rod. Mi puesto voy á ocupar,
Tomás; y antes de partir
Mi padre aquí me ha de oír,
O aquí me habrá de matar.

(Sute.)

Tom. ¡Oh bizarro corazón!
¡Cómo tu sangre conoces!
¡Y cómo te dice á voces
Tu origen, tu inclinacion!

ESCENA IX.

TOMAS, CAIN.

Cain. ¿Qué hace esa gente? ¿Tenemos
Acaso el tiempo de sobra,
Cuando ingleses nos dan caza
Y está cercana la aurora?
Baja á la gruta y aguijalos.

Tom. Capitán, ved que son hondas
Las pipas.

Cain. ¡Eh! que las llenen
Pronto, y sino que las rompan.

ESCENA X.

CAIN, DESPUES PEDRO.

Cain. Nada penetran los ojos
Por esas tinieblas lóbregas;
Mas ¿quién sabe lo que ocultan
En su oscuridad recóndita?
¿Adónde está ese muchacho?
(Al subir por las rocas, como buscando á
Rodulfo, ve la entrada de la cueva donde
se oculta Pedro.)

¿Pero qué tenemos? ¡Hola!
No conozco esta abertura,
Y allá arriba hay una choza
Metida entre los peñascos:
¿Quién este desierto mora?
Ese rumor... aquí hay gente
Guarecida... una pistola!
Meto dentro... ¡eh! en esa gruta
Quien quiera que esté responda,
O muere como un gazapo.

Ped. Teneos, teneos.

Cain. ¡Hola!

¿Quién eres tú?

Ped. ¿Yo? Un perdido,
A quien echaron las ondas
A estas riberas desiertas.

Cain. ¿De dónde eres?

Ped. De Mallorca.

Cain. ¿Quién está contigo?

Ped. Nadie.

Cain. Pues qué, ¿el mar se tragó toda
La tribulacion del barco
Que montabas?

Ped. Mas persona
No habia dentro que yo.

Cain. Explicáte, y sea con pocas
Palabras si amas tu vida
Y conservarla te importa.

Ped. Pues bien, yo hice en mi país
Unas cuantas de esas cosas
En que contra gusto de uno
Cartas la justicia toma,
Y no gustándome mucho
Que de cerca me conozca,
Así un bote á un pescador
Y echéme á la mar traidora.

Cain. Y poco diestro sin duda...

Ped. En eso acaba mi historia.

Cain. ¡Oh! parece que eres hombre
Capaz...

Ped. De cualquiera cosa.

Cain. ¿Y ahora qué piensas hacerte?

Ped. Aguardar la suerte loca;
Nada tengo que perder;
Cuanto logre pues me sobra.

Cain. ¿Tienes aficion al mar?

Ped. No mucha, que es veleidosa
El agua, y muda inquieta
Segun el viento que sopla.

Cain. ¿Y si te vieras en tierra,

Fueras hombre cuya boca
Guardar supiera un secreto
Y mandar una maniobra?

Ped. Sin duda.

Cain. ¿Serias hombre

Para acudir á la costa
En un dia convenido
Con una respuesta pronta?

Ped. ¿Qué Inconveniente tendria?

Nadie me sujeta ahora,
Y al servicio de cualquiera
Puedo entrar, si me acomoda.

Cain. ¿Tienes talento y constancia
Para armar una tramoya
Y enredar una novela?

Ped. No habrá jugar que se ponga
Tanto disfraz como yo
Si usar de muchos importa.

Cain. ¿Y si te ponen á prueba
Cantarás la palinodia?

Ped. Lo que está en mi corazon
Allí se pudre y se ahoga.

Cain. ¿Y si con harpones de oro
Te lo pescan?

Ped. Si en mi bolsa
Hay una sola moneda,
En vano han de echarlos.

Cain. Toma,
Para dos meses hay harto;
Al fin de ellos á la costa
Te acercará de Marbella,
Sabiedo cuántas personas,
Cuántos bienes, cuántas rentas,
En fin, cuanto corresponda
A la familia de un conde
Que á una expedicion remota
Salió de España.

Ped. ¿Su nombre?

Cain. Cuanto á este negocio toca
De mi bergantin á bordo
Sabrás : te daré las notas
Y documentos precisos
Para cambiar tu persona
En la de otro hombre, que á bien
Que no saldrá de las ondas
A desmentirte, y te haré
Tomar tierra en cierta costa
Adonde no ha de alcanzarte
La justicia de Mallorca.
¿Te acomoda?

Ped. Sí.

Cain. Está bien,
Y si mis planes se logran,
Tendrás tierras é hidalguía,
Y aun puede que esclavos y honra.

*(Hace Cain una señal con un pito que
lleva colgado al cuello, y mientras
aparece á esta señal Tomás, dice
Pedro :)*

Ped. Fortuna te dé Dios, hijo,
Dice el refran, y te sobra
Lo demas. — Esta mañana
Mi esperanza era tan corta
Que no ocupaba estendida
El espacio de una ostra;
Me estorbaba hasta mi nombre;

Y al cabo de pocas horas
Tierra y mar tengo por mio,
Represento tres personas,
Dirijo grandes negocios
Y espero hidalguía y honra.
¡Bah! tiene razon quien dice
Que este mundo es una bola,
Y que la empuja el demonio
Del lado que se le antoja.

ESCENA XI.

CAIN, PEDRO, TOMAS.

Cain. Ve aquí un nuevo compañero
Que ha de venir con nosotros,
Mas la alianza es secreta.
Cuando volvamos á bordo
Con nosotros ha de ir;
Llévale pues.

Tom., á Pedro. Si capcioso
Lazo me tiendes, te juro
Que ves de la mar el fondo.

Ped. Dime, ¿impiden tus asuntos
Los que interesan á otro?
¿No puede un hombre de dos
Ser agente de negocios?

Tom. Pues bien, ni tú me conoces
Desde hoy, ni yo te conozco :
No haya palabra ni seña
En el buque entre nosotros :
Sirvámonos mutuamente,
Mas en secreto.

Ped. En un pozo
Echaste el tuyo.

Tom. Él conserva
Tu cabeza entre tus hombros.

Ped. Juguemos limpio y vivamos.

Tom. Eso mismo te propongo.

Ped. Y eso admito.

Tom. Vamos pues.
Cain gusta de estar solo.

ESCENA XII.

CAIN.

Si, si : fuera del mar se necesita
Una morada incógnita y segura :
Ya mi sed de vagar se debilita,
Ya deseo quietud, calma y holgura.
Hoy un oculto espíritu me incita
Otra vida anhelar y otra ventura.
Con el oro que tengo y con mi aliento
¿A qué no puede osar mi pensamiento?
Buques tendré en el mar que me acarrean
Espléndido botin, tendré en la tierra
Viles esclavos que su vida empleen

Mi reposo en velar; tendré en la sierra
Montero que á mi antojo me la ojeen,
Y haré á los osos y á los ciervos guerra;
Y en fin, con mi osadía y con mi plata
Mas que qualquiera rey será el pirata.

(Elena asoma.)

Si, tomaré ese nombre, y esa historia:
Dentro de mí se encerrarán dos seres,
Ambos con gran poder, ambos con gloria:
Y si hay alguien que pueda mis placeres
Turbar guardando de quien fui memoria,
Antes que ose traidor decir: tú eres...
Aunque tenga por medio una alpujarra
Le cortará la voz mi cimitarra.

ESCENA XIII.

ELENA, CAIN.

Elena. No tan pronto será que no te lance
Tu ingratitud al rostro.

Cain. ¡Dios, qué veo!

Elena. Ni tan pronto será que no te al-
cance

Su suplicante voz.

Cain. ¡Que sueño creo!

¡Oh! ¿Y es en realidad la misma Elena,
O es ilusión que engaña mis sentidos?

Elena. No, no; de amor y esperanza llena
Elena es la que habla á tus oídos.

Cain. ¿Quién te trajo á esta playa?

Elena. El aire incierto,
La tempestad, el mar, tu mala estrella.

Cain. La tuya sí que te ofreció mal puerto,
Pues que te trajo á dar conmigo en ella.

Elena. ¡Oh! no tan malo si á encon-
trarte acierto,

Que muy largo tiempo rastre tu huella,
Y navegué segura de encontrarte.
Sin mas rumbo ni afán que el de buscarte.

Cain, con frialdad. Pues bien, héme
aquí ya: di, ¿qué me quieres?

Elena. ¿Eso preguntas tú que me co-
noces?

¿No tienes corazón? ¿De mármol eres?

¿No te lo dice tu conciencia á voces?

Me amaste y te adoré; partí contigo

El placer y el dolor; en la montaña

A los tuyos y á tí franqué un abrigo...

¿Hallarme, si esto sabes, qué te estraña?

Cain. Y bien, ¿qué te se antoja? ¿qué
apeteces?

¿Oro? rica serás. La tierra es tuya,

Libre como las aves y los peces

Busca mansion, mas huyeme.

Elena. ¡Que huya,

Hombre sin corazón! ¿con tierra y oro

Pagarás el amor que hay en el mío?

¿Quieres pagar con brezos un tesoro!
Mas tiembla.

Cain, con desprecio. ¡Eh! de esa cólera
me río.

Elena. ¿Te olvidas de que fui tu compa-
ñera?

¿Que sé desde el momento en que naciste
Tu historia toda entera?

¿Te olvidas que mi amor y mi esperanza

Pueden tornarse en bárbara venganza,

Tus crímenes contando por dó quiera?

Cain. Cuéntalos en buena hora. ¿Qué hay
en ellos

Que no tenga su origen

En esas leyes que á los pueblos rigen,

Y que dan á sus súbditos los reyes

Sin preguntar si necesitan leyes?

Yo buscaba en Sicilia

Mi pobre vida; en mi batel pasaba

Una y otra vigilia,

Y un pedazo de pan á mi familia

Con mi sudor compraba.

Te amé, y viví feliz entre peligros

Que siempre desprecié; pero ¿qué hicieron

Las leyes con nosotros? remolcaron

Nuestro barquillo y en la mar lo hundieron,

Después de fraudadores nos llamaron,

Por las peñas después nos persiguieron,

Y al pobre que cogieron

En los robles del monte le colgaron.

¿Qué pudimos hacer? como nosotros

Nuestros padres tambien vivido habian;

No nos dejaron otros

Oficios ni caudales, ni podian.

Cual fieras acosados

De nuestro hogar lanzados

Sin amparo en la tierra,

La sociedad nos arrojó en su encono;

Y salimos al mar á hacerla guerra,

Y en él buscamos libertad y trono:

Y desde entonces, sí, la tierra toda

Nuestra enemiga fué, y la tierra ingrata

Pagó tributo al vencedor pirata.

Tal es mi historia, de lo que haya en ella

A la razon contrarió,

No me culpen á mí, sino á mi estrella.

Elena. Mas cuando al mar salía

Por la primera vez, y á las bravias

Olas del mar tu porvenir siabas

El solo sér de quien fiar podías

En la ribera sin piedad dejabas.

Cain, con amargura. Y allí dejé tam-
bien padres y hermanos,

Cuanto pude querer quedó en Sicilia.

¿La sangre en que á teñir iba mis manos

Alcanzara á mi amor, á mi familia?

No: ¿cómo fuera el tigre carnicero

Camarada del tímido cordero?

Elena. La falta de poder, amor la abona:
Sí, la muger que osaba en la montaña
Contra la ley abrirte su cabaña
Hubiera sido junto á tí leona.

Cain. Tú deliras, muger. Sobre mi nave
Sería tu presencia

De la muerte de entrambos la sentencia.

Elena. Tu salvacion, ¿quién sabe?

Cain. Ea, no hablemos mas; he renun-
ciado

A todo cuanto he sido,

Ignoro mi pasado

Y de mi porvenir tampoco cuido.

Muger, no hablemos mas, se me ha olvidado
Si en tiempo mas feliz te he conocido.

Elena. Con que quiere decir que así in-
humano...

Cain. Quiere decir que sé tu desventura,
Mas no tendré la estúpida locura
De tenderte una mano.

Tu suerte en esta isla te dió puerto,
Y no saldrás por mí de este desierto.

Elena. Pues bien, sea en buen hora,
Abandóname y huye, porque acaso
Antes que raye la vecina aurora
Una nave velera

Que á la tuya da caza
En esa roca alcanzará una hoguera.

Cain. ¡Ira de Dios! y entonces...

Elena. Entonces... lo que en ella aun no
se sabe

Se sabrá... Sí, las señas, pátria, nombre,
Y la historia por último del hombre
Que va en aquella nave.

Cain. Pues tú tambien la montarás con-
migo,

Pero el mar te abrirá tumba escondida.

Elena. Yo no temo la mar; es mi destino
Que respete mi vida

Para abrir contra tí siempre el camino:
Dos veces me tragó y me dió salida.

Cain. No me tientes, muger. Calla, y no
cierres

La suya á tu existencia

A prueba tal poniendo mi paciencia.

Elena. No hay medio, no; ó amigo, ó
enemigo:

Si aceptas la amistad pronto partamos;

Si enemistad, veamos,

El cielo y la razon están conmigo.

Cain. Pues bien, tu cielo y tu razon si
pueden

Contra mi fiera voluntad te ayuden.

(*Pone mano á una pistola del cinto.*)

Elena huye subiendo por los peñascos.

El pirata espera á que llegue á lo alto,

y apuntándola seguramente hace fuego.

Elena da un grito y cae del otro lado

*de las peñas fuera de la vista del pú-
blico.)*

Cain. Veremos el favor que te conceden,
Y en tu favor los cielos cómo acuden.

ESCENA XIV.

CAIN, TOMAS, RODULFO, PEDRO.

Tom. ¿Qué es esto?

Cain. Nada.

Rod. Padre, ¿y ese tiro?

Cain. Contad si de vosotros falta alguno.

Rod. Al revés, segun veo sobra uno.

Cain. Entonces ¡vive Dios! solo fué
ruido.

Ya sabéis que aun en medio de las olas
No erró el plomo jamás de mis pistolas.
¿Y nuestra gente?

Tom. Ya espera

En el bote con la carga.

Cain. Al agua pues, que no es larga
La noche como quisiera.

Rod. Antes, padre, de partir
Quisiera hablaros á solas.

Cain. Mi gente es sorda, y las olas
Tus palabras no han de oír.
Me lo dirás en el mar.

Rod. En el imposible toca,
Lo que salga de mi boca
En tierra se ha de quedar.

Cain. Rodulfo, el tiempo nos falta,
Déjalo para despues.

Rod. Capitan, imposible es.

Cain. Pues en la verga mas alta
Sobra una cuerda y... cuidado
Con ocuparla.

Rod. Ese extremo
De vuestra crueldad no temo,
Que estoy bien determinado.
Acordaos de una tarde

En que debísteis la vida

A que recibí esta herida (La muestra.)

Que os destinaba un cobarde.

Entonces me concedísteis

Lo primero que os pidiera,

Y esta es la ocasion primera;

Cumplid lo que prometísteis.

En tierra os tengo de hablar,

O mirad lo que escogéis;

Prefiero que me mateis

A volver con vos al mar.

Cain, á Tomás. Tomás, si llego á en-
tender

Que fué tu lengua atrevida,

Puedes rezar por tu vida.

Tom. Lo haré así, si es menester.

Cain. Pues vé á esperar tu sentencia.

ESCENA XV.

CAIN, RODULFO.

Cain, á Rodulfo. Empieza tú, que ya escucho,

Pero no te alargues mucho,
Que tengo poca paciencia.

Rod. Lo que tengo que deciros
No os causará largo afán;
Se reduce, capitán,
A que no quiero seguirlos.

Cain. Qué, ¿tienes miedo á los peces?
¿O es que la gente que tengo
No te acomoda? Convento
En que algo ruda es á veces.
Mas ¿qué lo quieres hacer?
No se puede un bando echar
Para que vengan al mar
Piratas donde escoger.
Y á mas, no encuentro motivo,
Porque siendo mi hijo tú,
Quien te ofenda ¡Belcebú
Me lleve si queda vivo!

Rod. Padre, os lo dije, no quiero
Vivir mas en una nave
Cuyo capitán no sabe
Cuál bandera usar primero.

Cain. ¿Y no es fortuna en verdad
Por entre el mundo enemigo
Poder arrastrar consigo
Su mundo y su libertad?

¿Qué califa te da leyes?
¿Quién puso á mi barco nombre?
¿Quién dijo: mandan á ese hombre
Esos ó los otros reyes?
Todos los mares visito,
Y siempre por mi valor
En todos como señor
Tomo lo que necesito.
Y si hay razón para dar
A un hombre un reino en la tierra,
¿Porqué no ha de hacerse guerra
Por el imperio del mar?

Rod. Es otro mi pensamiento,
Padre.

Cain. ¿Y adónde has de ir
Que no tengas que decir
Tu nombre y tu nacimiento?
¿Piensas que ha de darte plata
Y fortuna tu conciencia?

Rod. Y qué, ¿no hay otra existencia
Que valga la del pirata?
Vos ceñidas las pistolas
Para dormir y velar,
No haceis mas que cavilar
Vuestros secretos á solas.
No llevais jamás con vos

Ni otro hermano ni otro amigo,
El mar es vuestro testigo
Y la suerte vuestro Dios.
La fuerza es la única ley
Que en el barco se respeta;
¿Y si esa ley os sujeta
De qué os vale ser el rey?
República del mas fuerte
Porque otro no os avasalle,
No hay mas medio que aplicalle
Una sentencia de muerte.
Una queja suelta apenas
De los labios, basta á veces
Para llamar á los peces
Colgado de las antenas.
¿Eso es vida? ¿eso es fortuna?
¿Qué vale tanto botín
Si para gastarlo al fin
No llega ocasión alguna?
Y por último, señor,
O en tierra me abandonais,
O lo que de amor no hagais
Yo le he de hacer de furor
A la mar me arrojaré.

Cain. ¡Hola, y el mozo está lleno
De bríos, y de algo bueno
Será capaz!

Rod. Si seré,
Y así, capitán, lo espero;
Mas pues cada cual se fragua
Su suerte, cual vos en agua
En tierra la mía quiero.

Cain. Y desde hoy te quiero mas,
Que mozo con tanto brio
Que hacer dará al lado mio
Aun al mismo Satanás.
Con que vaya, echa adelante,
Que en la primera ocasión
Donde gastar un doblón
No ha de faltar á un tunante.

Rod. Padre, un paso no daré,
Ya os lo dije. Y que no ha habido
Nadie que os haya pedido
Lo que yo, también lo sé.
Pero en vano me acosais;
Con vuestra gente no puedo,
Y en esta isla me quedo,
O en esta isla me matais.

Cain. ¡Ira de Dios! cosas tales
Están pasando por mí,
Que estoy por saciar en tí
Todo el furor de mis males.

Rod. Hacedlo si se os antoja,
Y acabad los míos hoy,
Porque vuestra sangre soy,
Y os juro que me sonroja.
Tener padre, y padre tal
Sin patria y sin religion,

Está con mi corazón
Aviniéndose muy mal.

Cain. ¡Víbora de sangre ingrata!
¿Así pagas ¡pese á mí!
La existencia que te di?

Rod., con desprecio. ¡Con el nombre de
un pirata!

Cain, con brio. Con su nombre y su poder,
Con su oro y su libertad.

Rod. Y una horca en la ciudad
Donde irlo todo á perder.

Cain. ¡Voto á...! mas dejemos eso

Porque siento que si dura
Me va á faltar la cordura...

Y el amor que te profeso
No ha de poderme tener:
Y pues tan claro me anuncias
Que á mis favores renuncias,
Tú solo lo has de perder.

Acércate acá, rapaz,
Y escucha lo que te digo,
Que soy tu padre, y tu amigo
Aunque eres algo tenaz.

Lléveme el diablo si atino
Qué afán tienes en largarte
A tierra, mas por mi parte
Busca en ella tu destino.

Mas oye, si otro que tú
Tal intento me propone,
Hoy mismo en marcha se pone
A cenar con Belcebú.

Te haré parte en el botín:
Vive, y en ninguna parte
Vuelvas, Rodulfo, á acordarte
De tu capitán Cain.

Aquí la gente...

Rod. Señor,
Vues parto, y largo quizás...

Cain. Muchacho, no hables ya mas,
Que no eres predicador.

ESCENA XVI.

CAIN, RODULFO, LOS PIRATAS.

Cain. Oid, habida atención
A lo bien que se ha batido,
La vida le he concedido
A este mozo, á condicion
De que aquí se ha de quedar,
En donde nadie reside;
Y que si otro me lo pide
Le echo por respuesta al mar.

¿Lo oís? Ea pues, al bote.

(*Dispérsanse todos.*)

Toma ese oro que te toca: (*A Rodulfo.*)

Y el que descosa la boca (*A los suyos.*)

Está mal con su cogote.

¿Tomás?

ESCENA XVII.

CAIN, RODULFO, TOMAS.

Cain, á Tomás. Te has portado bien,
Y pues de todo ignorante

Va, sea libre y que medre;
Que hombre es, y la tierra grande.

Tom. (Si un día me ayuda el cielo,
¡Vive Dios que ha de pesarte!)

Cain. (Ya no hay nadie que me venda,
Que hablen los muertos no es fácil.)

Con que al agua. A Dios, muchacho.

Tom. Rodulfo, que Dios te ampare.

Rod. ¿Así se olvida de un hijo?

Tomás, bien hago en dejarle.

(*Los piratas y Pedro entran en el bote y desaparecen. A poco el bergantín pirata tiende velas y sigue su rumbo. Rodulfo queda en la playa viéndolo partir.*)

ESCENA XVIII.

RODULFO.

Héme aquí solo, ¡ay de mí!

Pero estar solo mas vale

Que en la odiosa compañía

De esos corsarios infames.

Mas no pensemos en ello;

Dios, que los secretos sabe

Del corazón de los hombres,

No querrá desampararme.

Aquí hay pólvora, y un arma;

En aquestos peñascales

Voy á encender una hoguera

Por si algun buque al alcance

Pasa de esta isla, que entienda

Que implora su auxilio alguien.

(*Mete unas hojas en la cazoleta de una pistola, y al foganazo las enciende, levantando á poco llama que alimenta con brezos, etc.*)

Y aquí me siento á espíar

La inmensidad de los mares,

Y á esperar á que sus ondas

Me den camino ó me traguen.

Llama en que arde mi esperanza,

Dura, dura, y no te apagues,

Y cual te doy yo alimento

Fuerza y esperanza dame.

Elena, dentro. ¡Ay!

Rod. ¡Qué voz! de ese desierto

¿Quién puede ser habitante?

Ilusion mía sin duda:

No, entre aquellos matorrales

Oigo rumor, algo veo
Que se agita en su ramage.

¿Quién va allá?

Elena, dentro. Quien quier que seas,
Por el cielo santo, ampárame.

Rod. ¿Dónde estás?

Elena. Estoy acaso
De la vida en los umbrales.

Rod. Aguarda á ese precipicio
Que busque por donde baje.

(*Desaparece por detrás de las peñas, y
vuelve con Elena.*)

ESCENA XIX.

RODULFO, ELENA.

Elena. No puedo ya mas, detente,
Déjame aquí que descanse.

Rod. Recóbrate y di qué puedo
Hacer por tí. ¡Cielos! sangre.

¡Oh, sí, sí, comprendo ahora
El pistoletazo de antes!

Elena. ¡Ay! las fuerzas me abandonan,
¡Fallezco!

Rod. ¡Ah, no, no! aun late
Su corazon, late el pulso.

(*Un buque pasa á lo lejos.*)

¡Santos del cielo, una nave!

¿Si distinguirán mi hoguera?

(*El buque sigue cruzando.*)

Pasa... sí, ¡todo es en balde!

¡Ah! probemos. (*Tira un pistoletazo.*)

Pasa : ¡inútil!

El ruido sofoca el aire,
No hay esperanza ninguna.

(*El buque tira un cañonazo.*)

¡Gracias, Dios mio! ¡Dios grande!

Por aquí llega una lancha:

Ea, corazon, ensánchate,

La suerte te da la mano,

Y un nuevo mundo te se abre.

(*Llega el bote con marineros.*)

ESCENA ULTIMA.

RODULFO, ELENA, DOS MARINEROS.

Marinero. Es un pirata.

Rod. Ellos fueron

Quien en esta isla dejándome

A morir me condenaron.

Marinero. Sí, es de ellos.

Rod. Amigos, padre,

Cuanto amé les abandono

Por no seguirles.

Marinero. ¿Y qué hace

Ahí esa muger? ¿quién es?

Rod. Víctima de sus maldades.

Marinero. ¿Vive?

Rod. Sí.

Marinero. Venga á la lancha.

Rod. Gracias.

(*Ponen en el bote á Elena.*)

Marinero. Remar y adelante.

(*Entra Rodulfo en el bote y se alejan
remando.*)



UN AÑO Y UN DIA,

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL CONDE REINALDO (GAIN).
DON JUAN (RODULFO).
DON PEDRO (PEDRO).
ISABEL.
ELENA (muger con manto en el
acto 1°).

TOMAS.
CLARA, criada.
JUAN.
GIL.
UN CAPITAN DE GUARDAGOSTAS.
UN SOLDADO (marinero en el prólogo).

La escena en Lubrin, pueblecillo cercano á la costa y al valle de Purchena, en Andalucía.

ACTO PRIMERO.

Habitacion amueblada al gusto del siglo XVII.
Puerta en el fondo y otra á la derecha. A la izquierda
otra secreta y una ventana. Un reló que marca el
tiempo, y apunta las doce menos veinte minutos.
Nada de lujo.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO.

La media ha dado... ya tarda,
Y si se pasa la hora...
¡Ah! ni vivo ni sosiego
Hasta ver cómo se logran
Mis planes, y cómo salgo
De tan infernal tramoya.
Si, si; fuerza es dar un brinco
Antes que el velo se rompa
Y el tiempo aclare los hechos:
Mas aun no parece... ¡hola!
Oigo ruido en la escalera:
El es... él es... ¡arda Troya!
(Va hácia la puerta á recibir al conde, que
llega vestido con lujo.)

ESCENA II.

DON PEDRO, EL CONDE.

Conde. Dios sea contigo, Pedro.

Ped. Bien venido, conde.

Conde. ¿Es hora?

Ped. Para nuestra cita, la única,
Temprano para la otra.
Conde. ¿A qué hora se cumple el plazo?
Ped. A las doce en punto.
Conde. ¿Todas
Mis órdenes se han cumplido?
Ped. Si, señor conde.
Conde. ¿Está pronta
La mo jiganga de escribas
Y el aparato de boda?
Ped. Nada falta.
Conde. Vamos pues
A tratar de lo que importa.
¿Vendrá el capitán?
Ped. Vendrá.
Su última carta amorosa
Se reduce á asegurar
A la muchacha su próxima
Vuelta; ya sabeis que yo
Se las intercepto todas.
Conde. ¿Y qué fecha tiene la última?
Ped. Si la cuenta no equivoca
Mi aritmética, es hoy mismo
Cuando llega, y esta sola
Circunstancia me obligaba
A esperaros con zozobra.
Conde. Desecha todo temor:
Gente leal y briosa
He apostado por dó quiera
Que por todo el valle ronda.
¡Oh! aunque vuelva el capitán
Llegará tarde.

Ped. En buen hora.
Y de la mar ¿qué tenemos?
Conde. Todo va á pedir de boca;
Un día de estos mi barco
Vendrá á fondear en la costa.
Ped. ¿Y de aquel hombre hay noticias
Exactas?

Conde. Su mano propia
Fue quien escribió la carta
En que me anuncia tal cosa.
¿Pero te alarma esta nueva?

Ped. A mí, ¿porqué?
Conde. Tu faz toma
Mal color. ¿Te sientes malo?

Ped. No, por Dios. ¡Vaya! es graciosa
La aprension! Seguid, seguid.
¿Qué puede haber en mi contra
En la vuelta de un marino
Que vuestra privanza goza?
¿No es un amigo leal
Que nos sirve y nos apoya?

Conde. Tienes razon.
Ped. Vaya, hablemos
De nosotros mismos.

Conde. ¡Oiga!
¿No olvidaste...?

Ped. No por cierto :
Cada uno atiende á su propia
Conveniencia, y para ella
Tengo yo buena memoria.

Conde. Sea, pues; tiempo es de echar
Esta máscara enfadosa,
Y mostrar uno cuál es
Su pensar y su persona.
Un año entero aguardé
Por no dar una sonora
Campanada, que se oyera
Diez leguas á la redonda
Tres años há estoy aquí,
Metido como una zorra
En ese negro castillo
Sin que nadie me conozca
Ni me vea cara á cara;
Mas no será desde ahora
Lo mismo, porque ya me hallo
Con poderes que me sobran.
Si se harta de mí esta tierra,
O á mí la tierra me enoja,
En la mar tengo mi barco.
Y allí mi fortuna próspera.
Como he comprado este valle
De España, si se me antoja
Iré á comprar todo un puerto
En otra playa remota.

Ped. Si, pero estais, señor conde,
En Purchena por ahora :
Y está tan cerca Granada
Y es esta gente tan tosca,

Que si prudentes no andamos
El pan nos cuesta una torta.
El plazo está al concluir;
Una escena escandalosa
No conviene en modo alguno;
En este plazo no hay próroga :
O el capitan viene ó no :
Si retardarle se logra,
Vuestra es Isabel... mas falta...
Conde. Entiendo; tapar la boca...
Ped. No estimar el sacrificio
De su voluntad; os odia;
Y sin embargo se entrega
Resignada vuestra esposa,
Si no vuelve el capitan;
Y esta abnegacion no es poca.

Conde. Y bien, ¿en cuánto se aprecia?
Ped. No se aprecia, que se dora;
Y doradas muy distintas
Parecen todas las cosas.

Conde. Mi palabra es como el sol,
Fija.

Ped. Pues tenéis esposa.
¿Y el capitan...?

Conde. Cumple tú,
Que yo haré lo que me toca.

Ped. Pues salid, que la oigo ya.
Y, señor conde, ya os consta
Que fué condicion no veros
Hasta el plazo.

Conde. Y bien gustosa
Puede estar de mi obediencia.
A Dios, pues. (Como yo coja
La muchacha, ya irás tú
Donde el secreto no te oigan.)

(Vase.)

ESCENA III.

DON PEDRO.

(Como la venta sea buena
Y yo á caballo me ponga,
Aunque tenga mas prosapia
Que la dinastía goda.)
¡Oh! y salga por donde quiera,
Porque despacio mirándolo
El demonio va enredándolo
De muy estraña manera.
Y si antes que me eche fuera
Viene el otro á darme un susto...
No, no; ese hombre está en lo justo,
Me libra de ese cuidado
Y él se queda muy holgado
Saliéndose con su gusto.

ESCENA IV.

DON PEDRO, ISABEL.

Isab. ¡Ay, padre, sin vida estoy!*Ped.* No hay ya remedio, Isabel.*Isab.* Y há un año que no sé de él.*Ped.* Y el plazo se cumple hoy;

Tú misma lo propusiste

Y no has de volverte atrás.

Isab. No me imaginé jamás

Un desengaño tan triste.

¡Un año entero ¡ay de mí!

Sin ver una letra suya!

Yo no sé, padre, que arguya :

¡Me olvidó!

Ped. Creo que sí.*Isab.* ¡Si decís! Tal vez por cierto

Lo dais... Acabad, señor,

Que no es posible á mi amor

Vivir otro día incierto.

Hoy este plazo concluye :

Si al fin él no ha de volver,

Mejor quisiera saber

Que me aborrece y me huye.

Ped. ¿Qué otra cosa imaginarse?

Tan amante y tan resuelto

Al partir, y ni aun ha vuelto

Con una carta á anunciarse.

Si no te olvidó inconstante

Al verse lejos de tí,

Sospecho que murió allí

En guerra y país distante.

De cualquier modo, Isabel,

Don Juan, inconstante ó muerto,

Pues ni aun escribe, es lo cierto

Que nada hay que esperar de él.

Isab. Pero si suerte fatal

Se lo impidiera, y me amara,

¡Por quien soy que le esperara!

Ped. ¡Isabel, no hicieras tal!

No; yo no tengo, hija mía,

De ese hombre noticias ciertas,

Mas considera, y lo aciertas,

Que hoy es de tu boda el día.

Ni yo propondré mas plazos,

Ni los admitiera el conde;

Al que llegue corresponde

Tu amor.

Isab. Pero ¿y si á mis brazos

Llegan á un tiempo los dos?

Ped. Los dos se lo arreglarán,

Aunque á fé que no serán

Tan exactos, ¡vive Dios!

Isab. ¡Ay, padre, que puede mas

El vuestro en vos que mi empeño,

Y estoy ahora en vuestro ceño

Viendo mi suerte quizás!

Ped. Isabel, ¿te has vuelto loca?*Isab.* Mejor lo quisiera estar,

Señor, para no arrostrar

La suerte cruel que me toca.

Él es pobre y es soldado,

El conde es rico y es noble,

Y esto hace que el mal se doble

Contra el otro desdichado.

Ped. ¿Y acaso crees, hija ingrata,

Que te tuviera en tan poco

Que así te cambiara loco

Por un puñado de plata?

Isab. Yo nada creo, señor.*Ped.* ¿O piensas que el conde fuera...?*Isab.* Padre, el conde es una fiera

Y cualquier otro es mejor.

El vulgo el tigre le llama,

Y caverna á su palacio :

Considerad con despacio

Si esposo con esa fama

Conviene á muger alguna.

Ped. Entre ambos has elegido,

Y uno ha de ser tu marido;

Válgate pues tu fortuna.

Isab. ¡Padre, por piedad! (*De rodillas.*)*Ped.* Aparta.*Isab.* ¡No, no podeis en conciencia

Fulminar una sentencia

Tan cruel!

Ped. Mi paciencia es harta

Para tu llanto, Isabel,

Y sea afición, sea capricho,

Si antes llega, ya está dicho,

Tu marido ha de ser él.

Tu padre soy, y solemne

Palabra á entrambos les di

Y aunque ella te pese á tí,

Mi palabra está perenne.

Isab. ¡Ay, padre! ¿y toda la vida

Seré de quien odio presa

Por una fatal promesa?

Ped. Que hoy ha de quedar cumplida :

Con ese reló consulta,

Que desde aquí al medio día

Hay un cuarto todavía;

Mira bien lo que resulta.

(*Vase.*)

ESCENA V.

ISABEL.

Un cuarto falta, ¡ay de mí!

Y si fé Don Juan me guarda

¿Habrá de perderme así?

Él, tan noble y tan honrado,

Si es que su amor alimenta

¿No vendrá á pedirme cuenta

Del amor que me ha dejado?

¿Mas si no viene Don Juan?
 ¿Si sin que nada lo impida
 Del plazo antiguo se olvida
 Cual sus promesas lo están?
 Entonces... saben los cielos
 Que le aguardaré tambien
 Mientra incompletos estén
 Con mi plazo mis recelos.
 Y á ser cierto... ¡Ay de mi tristel
 Ni á imaginarlo me atrevo,
 Que á este desengaño nuevo
 Mi corazon se resiste.

¡Ni una carta en todo un año...!

¿Mas él no pudo escribir

Y otro sus cartas abrir

Interesado en mi daño?

¡Mi padre...! ¡tal vez atino!

Y acaso todos los dias

Que han fingido cartas mias

Para engañarle imagino.

¡Ay si él me pudiera oír!

¡Si á sus oidos llegara

Mi voz y le recordara

Que el plazo se va á cumplir!

¡Si el engañado y yo ciega,

Y amándonos todavía

Pasa el año y pasa el dia

Y yo aguardo y él no llega!

¡Ay! y él mismo me advirtió

Que si por muerto le daban

Del plazo antes, me engañaban:

Sin duda que sospeché.

¡Oh! desdichado don Juan,

Si te dicen que inconstante

Te he olvidado un solo instante

Juro á Dios que mentirán.

Sí, sí; los oidos cierra

A tan pérfida ficcion,

Que solo mi corazon

Tu amor y tu nombre encierra.

Diez minutos... ¡ah...! ¡deliro!

(Mira al reló.)

A cada instante que pasa

Mi esperanza es mas escasa,

Y porque pase suspiro.

(Dirigiéndose al reló.)

Y tú, máquina infernal

Que con monótona lengua

Me adviertes lo que se mengua

Cada minuto fatal,

Cesa por Dios de correr;

Un dia en tu curso cesa;

Da otro dia á mi promesa...

Mas ¡ay! si no ha de volver,

Si él inconstante me olvida

Y de ese monstruo en los brazos...

No... no, primero á pedazos

Me habrán de arrancar la vida.

ESCENA VI.

EL CONDE, ISABEL.

Isab. ¡Ah!

(Al ver al conde.)

Conde. No sé que os estrañais,

Isabel, de mi venida,

Pues mi ausencia está cumplida,

Y vos al reló mirais.

Isab. Es, señor conde, que advierto

Que antes del plazo venis.

Conde. ¿De que faltan me advertis

Unos minutos? Es cierto.

Veo que tenéis memoria,

Y que no habeis olvidado

Un punto de lo pactado,

Es verdad; es nuestra historia.

Mas juré volver tambien

A las doce de este dia;

Si no han dado todavía,

Aguardaré hasta que den.

(Se sienta.)

Con que no os paseis afan,

Porque cualquiera conoce

Que si no han dado las doce,

Y el reló anda, darán.

Isab. Señor conde, á lo que creo

Volvisteis con intencion

De insultarme en mi aficcion.

Conde. Por Dios que insulto no veo

En cumpliros mi promesa,

Que aunque un poco anticipada,

Seis minutos no son nada

Cuando un año se interesa.

Isab. Sí, pero debeis saber

Que entra en la lista un tercero,

Y en seis minutos no infiero

Que no pueda aparecer.

Conde. En verdad que si estuviera,

Señora, en ese pasillo,

Que llegara era sencillo

Con pocos pasos que diera.

Mas como yo para mí,

Salvo error, tengo por cierto

Que no vuelve ningun muerto

Aunque lo prometa así...

Isab. ¡Qué decis!

Conde. Yo nada digo.

Isab. ¡Qué...! ¡Don Juan...!

Conde. Con honra y prez

Alcanzó á Don Juan su vez

En un balazo enemigo.

Isab. ¿Y á tal momento venis

Con tan infausta noticia?

¿No veis que arguye malicia?

Conde. Hasta hoy se ignoró.

Isab. Mentis.

Conde. ¡Miento! Leed, y pensad

Que sobre esa firma deja

Lo que tener aconseja
Por su postrer voluntad. (*La da una carta.*)

Isab. Mentís.

Conde. Y de ello testigo
Nos la ha traído un soldado
Que fué en el campo lisiado
Con él, y fué muy su amigo.

Isab. Mentís.

Conde. Tomad el papel.

Isab. ¡Es la letra de Don Juan!

Conde. Ya veis que os fué el capitán
Hasta morir siempre fiel.

Isab. (*Lee.*) « En vano fué, Isabel mía,
« Mi fortuna y mi valor,
« Que acabo aquí con mi amor
« Antes del año y el día.
« Y pues por suerte fatal
« No he de cumplir mi promesa,
« A Dios; sé que te interesa :
« Cásate con mi rival. »
Si fuera cierto...

Conde. Yo sé

Que tras de aqueste pesar
No os debiera recordar
Ni mi razón ni mi fé.
Que esperé un año y un día
Como lo habíais propuesto,
Ni que del lance funesto
Sabedor, á ello venia.
Con vuestro padre de acuerdo
Vengo á deciros, señora,
Que pues esta casa ahora
No es mas que un triste recuerdo
Que os pensará el corazón,
Que os vengaís á mi palacio,
Donde habreis con el espacio
De templar vuestra aflicción.
Galas, fiestas ni placer
Allí no os han de faltar,
Y así os podeis consolar,
Pues hay tiempo y sois muger.

Isab. ¿ Yo con vos el mismo techo
Tengo, conde, de partir?

Conde. Y aun en mi cuarto vivir,
Si el vuestro os parece estrecho.
Con que vamos.

Isab. Apartad :

Señor conde, esta es mi casa,
Y de lo admisible pasa
Vuestra noble caridad. (*Ironía.*)
Si estos objetos que adoro
No consuelan mi dolor,
Tan solo le harán mayor
Vuestros artesones de oro.
Y si os prometí mi mano
Pasado un año y un día,
Fué solo porque queria
Dar tiempo á Don Juan; y en vano

Alucinarme pensais
Con fábulas que no creo,
Señor conde, porque vos veo
Las cartas con que jugais.

Conde. ¿ Desconocéis pues su letra ?

Isab. Conozco á Don Juan mejor,

Y una muger con amor
Aun imposibles penetra.
Si él escribió este papel
O no, yo lo ignoro, conde;
Mas tampoco se me esconde
La razón y origen de él.

Conde. ¿ Es decir que no creéis
Lo que esa carta os anuncia,
Y aunque él á su amor renuncia
Vos renunciar no queréis?

Isab. ¿ Él, tan amante y tan fiero,
Renunciar mi amor por vos...?
¿ Y al morir? Soñais por Dios,
Se condenara primero.
Ya os conocia al partir,
Pues me aconsejé por suerte
Que no creyera en su muerte
El plazo antes de cumplir.

Conde. Pues mirad ese reló
Y pensad lo que os conviene;
Porque Don Juan ya no viene,
Basta que os lo diga yo.

Isab. ¡ Mónstruo! ¡ habeis comprado acaso
Su sangre!

Conde. Aun no lo pensé;
Mas como obreis, obraré;
Con que no deis un mal paso.

Isab. ¡ Hombre vil! ¿ para qué plazos
Infamemente poner
Si los habias de hacer
Con mi corazón pedazos?

Conde. Y oidme en fin, Isabel,
Porque esta historia, aunque corta,
Mucho saberla os importa
Cuando no por vos, por él.
Yo soy... quien soy; ahora un conde
Rico, tenaz, iracundo
Que aprendí un poco de mundo
No importa saber en dónde.
Tengo un repleto tesoro,
Independencia y poder,
Mas faltame una muger
Que me ayude á gastar oro.
Yo que he pasado mi vida
Allá en larga soledad,
No quise en la sociedad
Agenciarme una querida.
Porque un hombre como yo
Que fué un valiente y no mas,
Es algo brusco quizás
Para enamorar... y no
Quise comenzar tampoco

Por hablar de mi bolsillo,
Que obrara como un chiquillo,
Y me avergonzara un loco.
En tal situacion os vi,
Y como yo en mi futura
Solo buscaba hermosura,
Me dije pues : « Ya está aquí. »
Os pretendí en toda forma,
Os negásteis, cavilé,
Inquirí y averigüé,
Y al cabo dí con la horma
De mi zapato : era un mozo
Militar, que está ausente ;
Yo os abordé, y vos valiente
Resistísteis que fué gozo.

Al fin porque no venia,
Sin dar á torcer el brazo
Me señalásteis un plazo
Fatal de un año y un día.
Esperé el día y el año,
Mas no con descuido tal
Que al fin viniera fatal
Tras el tiempo, el desengaño.
Yo á ese Don Juan nunca vi,
Pues no estaba en mi papel
El acercarme yo á él,
Sin que él se viniera á mí.
Vuestro padre, que primero
Os dejó vuestro albedrío,
Fué despues amigo mio,
Y encontró en mí un caballero.
Prometióme vuestra mano
Si el plazo fuere cumplido,
Y está todo prevenido
Con cara y con escribano.
Ahora bien, Dios me es testigo
De que si voy desairado,
Vuelva ó no vuelva el soldado,
Por fuerza os casais conmigo.
Luego, vuelva en hora buena,
Que puesto yo en alta mar
Con cualquier viento sé andar
Dia y noche á vela llena.
Con que elegid.

Isab. ¡Dios eterno!

¿Qué hombre es este cuyo antojo
Atropella vuestro enojo
Y se rie del Averno?

Conde. Mirad que á escoger os dí,
Y basta de vituperios,
Porque todos los misterios
Se acabaron para mí.
Yo os amo, y la resistencia
Que habeis dado en oponerme
No hace mas que convencerme
De que basta de paciencia.

Isab., á la ventana. ¡Oh! vuelve, vuelve,
Don Juan;

Morir prefiero contigo
A tenerle por amigo.

Conde. Es inútil vuestro afán.
Ved mi gente á vuestra puerta.
¿Creeis que si á ella llegara
Con vida el dintel pasara?

Isab. ¡Virgen Santa, yo estoy muerta!
Allí esperándole están;

Los tuyos son, tigre astuto...

Conde. Mirad que falta un minuto,
Y es la suerte de Don Juan.

Isab. ¿Con que aun vive?

Conde.

¿Y qué sé yo?

Isab. Lo has dicho.

Conde. No insistas mas,

Que no has de verle jamás
Mientras que yo viva, no.
Yo estoy mal acostumbrado
A haber cuanto necesito ;
Lo que no me dan, lo quito,
Y así nada me ha faltado.

Tras un año de esperar
¿Crees tú que te he de perder?
No, tú serás mi muger.

Isab. Primero me has de matar.

Conde. Eso no suele efectuarse
Aunque se suele decir,
Que entre casarse y morir
Siempre vale mas casarse.

Isab. ¡Oh! sí, sí, razon teneis ;
Olvidad lo que os he dicho,
Mas en vos es un capricho
Mi amor, porque lo teneis
Vosotros los grandes, sí,
Y os fingís en vuestro orgullo
Que el vulgo alzará murmullo
Si desistís, ¿no es así?
Mas mejor vuestra grandeza
Y justicia acreditais
Cuando razon otorgais
Si os la esponen con nobleza.
Ved mis lágrimas, señor :
Yo en este valle escondida
No vi ni tuve en mi vida
Ni otro Don Juan, ni otro amor.
Él fué mi sola esperanza,
En él cifré mi ventura,
Por él amé la hermosura
Que acaso mi rostro alcanza.
Yo soy solo una muger
Que por mí no puedo nada,
Mi pasion fué desdichada ;
Pero, señor, ¿qué he de hacer?
Él no tiene mas que á mi
A quien amar en la tierra
Y toda, señor, se encierra
La dicha de ambos aquí.
Si os dije que moriria,

Mentí, conde, estaba loca;
Lo que decía mi boca
Mi corazón no sabía.
Volvedme á Don Juan, señor,
Que al fin á vuestros placeres
No os han de faltar mugeres
Que os puedan vender su amor.

Conde. Hechiceras ¡vive Dios!
Son vuestras frases, y á fé
Que elección soberbia fué
La que hizo Don Juan en vos.

Isab. ¿Eso decis? ¿con que bien
Puedo esperar que Don Juan...?
(Se oyen muy á lo lejos las doce en un reloj
de torre.)

Conde. Escucha: las doce dan.
Si él te quiere, yo también.
(Señala á la puerta, por donde asoma en
este momento Don Pedro con el acompa-
ñamiento de boda.— Isabel se desmaya.)

ESCENA VII.

DICHOS, DON PEDRO, ACOMPAÑAMIENTO.

(Toman á Isabel en la silla, donde ha
caído, la cubren con un velo y la sacan
de la escena, siguiéndola todos. El
conde y Don Pedro, que salen los últi-
mos, se encuentran en la puerta.)

Conde. ¿Estás contento de mí?

Ped. Sí.

Conde. ¿Está abajo mi litera?

Ped. Todo está, y abajo espera.

Y vos ¿vais contento?

Conde. Sí.

(Don Pedro va á la puerta de la derecha
á llamar á Gil. El conde le espía y
llama á Juan desde la puerta del fondo.
Aparecen dos criados que atienden á
cada uno de los dos.)

Ped. ¡Gil!

Gil. ¿Señor?

Ped., ap., á Gil. El potro negro
ensilla al anochecer.

Conde. ¡Juan!

Juan. ¿Señor?

Conde, ap., á Juan. No hay que perder
de vista un punto á mi suegro.

(A estos últimos versos empiezan á dar los
doce en el reloj que habrá en la escena,
durante cuyo espacio el teatro quedará
solo. A la última campanada entra Don
Juan por una puerta lateral, y mirando
al reloj se sienta satisfecho.)

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Llego á tiempo todavía:
Las doce acaban de dar,
Y hoy cumple el año y el día,
¡La acierto por vida mía
Si me llego á descuidar!
¡Pero qué piense no sé!
En ese cuarto es la cita
Y á nadie llegar se ve;
No parece por mi fé
Que se aguarda mi visita.

(Se sienta.)

¿Si con el tiempo y la ausencia
Se habrá mudado Isabel?
No escribirme fué prudencia,
No aguardarme indiferencia
Sería, y fortuna cruel.
Pero delirando estoy;
En mis cartas la decía
Siempre que vendría hoy;
Mas si no olvidó quien soy
La hora adivinar podía.

¿Mas si no la recibí?

¿Si fué cierta la noticia
Que de su padre...? eso no,
Ni puedo entenderlo yo,
Ni hay tal padre, y fué malicia
Del vulgo murmurador.

Y á mas, ¿qué conseguiría?

Un escándalo mayor
Que á hacer mi razón mejor
Tan solo conspiraría.

¡Eh! temores de soldado,
Que á dudar acostumbrado

Sin cesar del enemigo,

Hasta duda del amigo

Y la muger que ha adorado.

¡Isabel! mi bien, mi cielo,

Ya estoy junto á tí otra vez,

Rico, honrado, y no hay recelo

De que, si á tu amor anhelo,

Vuelvan á hollar mi altivez.

No hay miedo que me despida,

Padre ó rival, rico ó noble,

Y á tí acercarme me impida

A quien yo cuenta no pida

De esta injuria ó se la doble.

¡Oh dichoso ese momento

Con que viví todo un año!

No tuve otro pensamiento,

Ni otra esperanza alimento,

A toda ventura extraño.

Allá en país enemigo,

Lanzado en guerra cruel,

Solo he tenido conmigo

A mi Dios para testigo,

Y para premio á Isabel.
 Lidíe, derroté, vencí;
 Sangre y lauros son mi huella;
 Honréme y enriquecí,
 Mas ¡vive Dios! no por mí,
 Yo nada quiero sin ella.
 Mas alguien llega sin duda.
 ¡Dios mio, prestadme ayuda!
 Tiempo y lugar convenido,
 Fuerza es que el plazo cumplido
 Alguno á la cita acuda.
 Los pasos son de muger :
 ¡Con qué inquietud los escucho!
 ¡Si será?... ¿y quién ha de ser?
 ¡Oh! .. para esperado es mucho
 Tanto tiempo este placer.
 (Va á salir con curiosidad y se encuentra
 con Clara.)

ESCENA IX.

DON JUAN, CLARA.

Clara. ¡Santo Dios! ¡Un hombre aquí!
 D. Juan. ¡No es ella!
 Clara. ¿Quién sois? ¿qué haceis?
 ¿Por dó entrásteis? ¿qué quereis?
 D. Juan. ¿Qué quiero? ¿no esperan, di,
 En esta casa hoy á alguno?
 ¿De un plazo no oíste hablar?
 Clara. Eso sí, pero aguardar,
 Me parece que á ninguno.
 D. Juan. ¿Como no?
 Clara. Pasó la hora
 Que tenían convenida,
 Y era cosa decidida;
 Casaron á mi señora.
 D. Juan. ¡Voto á Dios! ¿qué estás ha-
 ¿La hora que se aguardaba [blando?
 Se pasó, y cuando yo entraba
 Estaban las doce dando?
 ¡Ries! desde esa ventana
 Tal vez me habreis visto entrar,
 Y me quereis engañar...
 Pero es diligencia vana.
 Vé, di á Isabel que aquí estoy,
 Que se apresure á venir.
 Clara. ¿No os lo acabo de decir?
 Mi ama se casa hoy.
 D. Juan. Hoy se casa, ya lo sé;
 Cruzé yo la España toda
 Por asistir á su boda,
 Ve tú si lo ignoraré.
 Clara. Pues entonces, caballero,
 Un poco os habeis tardado,
 Y hubiérais mejor obrado
 Yendo á la iglesia primero.

D. Juan. Muchacha, no te comprendo.
 ¿Yo á la iglesia? ¿Y para qué?
 Clara. ¿Pues no sabeis? ya se ve;
 Pero yo lo estuve oyendo
 Tras esa puerta. Escuchad.
 Yo creo que se aguardaba
 A un Don Juan que no llegaba,
 Y le hubieran en verdad
 Por mucho tiempo aguardado,
 Porque el pobrecito ha muerto.
 D. Juan. ¿Muerto Don Juan?
 Clara. Si por cierto.
 En Flandes era soldado.
 D. Juan. ¡Muerto Don Juan! impostura.
 Clara. Yo misma al conde lo oí.
 D. Juan. ¿Al conde Reinaldo?
 Clara. Sí.
 D. Juan. ¡Maldito sea!
 Clara. Y segura
 Es su muerte, aunque Isabel...
 D. Juan. ¿Qué?
 Clara. Creerla no queria,
 Y aunque á voces respondia
 Que no amaba mas que á el...
 D. Juan. Acaba.
 Clara. Sentí venir
 Por la sala á mi señor,
 Y eché por el corredor,
 Porque no me viera, á huir.
 D. Juan. ¡Voto á...!
 Clara. Mas de una tronera,
 Donde me asomé á mirar,
 Vi á Doña Isabel llevar,
 Cerrada en una litera.
 D. Juan. ¿A la iglesia?
 Clara. No, al palacio.
 D. Juan. ¿Del conde?
 Clara. Del conde.
 D. Juan. ¡Cielos,
 O treguas dad á mis zelos,
 O á mis venganzas espacio!
 Clara. ¿Qué teneis?
 D. Juan. ¡Qué he de tener
 Sino cólera y furor!
 Clara. ¡Dios mio! ¿qué os da, señor,
 Que os veo palidecer?
 ¿Qué teneis?
 D. Juan. Tengo un volcan
 En que abrasándome estoy.
 Clara. ¿Mas quién sois?
 D. Juan. La muerte soy.
 ¿Quién será mas que Don Juan?
 (Don Pedro aparece en la puerta del
 fondo.)
 Clara y Ped. ¡Don Juan!
 Clara. ¿El difunto?
 D. Juan. Si.
 Hoy hace un año y un dia

Que juré que volvería :
Las doce son y héme aquí.

Ped. Despeja, Clara.

ESCENA X.

DON JUAN, DON PEDRO.

D. Juan. Buen viejo,
Venid acá y contestad.
¿Me esperábais?

Ped. No, en verdad.

D. Juan. No mintais, os lo aconsejo.
Yo sé que algun impostor
Me dió en el campo por muerto.

Ped. Pésame, Don Juan, por cierto,
Pues sois mozo de valor,
El dejaros desairado ;
Mas ella misma lo quiso,
Y casarla fué preciso.

D. Juan. ¿Y el plazo?

Ped. Las doce han dado.

Y estaba tan empeñada,
Que puesta frente al reloj
Dijo : « Vamos. »

D. Juan. ¿Y partió?

Ped. A la primer campanada.

D. Juan. ¿Y no os sugirió siquiera
(*Con sarcasmo.*)

Vuestra atención previsora
Que daban la misma hora
La última y la primera ?

Ped. Yo la quise detener,
Recordé vuestra afición ;
Mas dijo : « Las doce son ;
Si vuelve, tarde ha de ser. »
El conde, era natural,

Exigia la postre

Decision, y su litera

Aguardaba en el portal.

Siguióla, y nada reacio,

Pues así le convenia,

Llevóla en su compañía

Como esposa á su palacio.

D. Juan. Pues, y ella naturalmente
(*Con sarcasmo.*)

Fuése con él muy contenta,
Como quien paga una cuenta
Recibida anteriormente.

Y acabando de decirle

Que jamás le habia querido,

Como quien muda vestido

Propuso al punto seguirle.

Ya comprendo ¡vive Dios!

Toda esa trama infernal

Que habeis fraguado tan mal,

Don Pedro, entre el conde y vos.

Ped. Don Juan, lo que hablais mirad ;

Si ya no os ama Isabel,
No es culpa mía ni de él.

D. Juan. Callad, mal padre, callad.
Si ella me hubiera olvidado,

Como decís, no aguardara

A que el plazo se pasara

Con tan rígido cuidado.

La habeis de grado ó por fuerza

Casado, y decís : « Ahora

Vuelva Don Juan en buen hora : »

Mas ¡guay que el juego se os tuerza !

Ped. Don Juan, al conde eligió,

Y se la dió á su marido.

D. Juan. ¡Mentis ! Se la habeis vendida

Al que antes os la compró.

Dijisteis : « Mozo y soldado,

Si vuelve Don Juan de Flandes

Hará desaciertos grandes

De mozo y de enamorado.

Le culparemos al conde,

Cometerá un atropello,

La justicia vendrá en ello

Y el fin á nadie se esconde. »

Lo veo y no lo concibo ;

Pero, Don Pedro, os lo juro,

Si de ello quedo seguro

Nos veremos ¡por Dios vivo!

Ped. Lo que quisiéreis pensad,

Porque de cualquier manera

Hija mía Isabel era

Y esta fué mi voluntad.

¿O querísme hacer la afrenta

De no hallarme con derecho

De poder hacer lo hecho

Sin ir á pedirnos cuenta ?

D. Juan. Es que habeis contado mal,

Aunque en esas cuentas ducho,

Que aprendí, Don Pedro, mucho

En Flandes y en Portugal.

A mis sospechas primeras

A España me hubiera vuelto,

Mas yo me partí resuelto

A morir con mis banderas.

Mucho me aguijó el amor,

Mas mucho el honor me tuvo,

Y en duda un punto no estuvo,

Lo primero era el honor.

Quedéme y nada temi,

En su constancia fiado,

Porque á fé que tan malvado

Nunca, Don Pedro, os creí.

Ped. Mirad que soy...

D. Juan. Ya lo sé.

Si en vos su padre no viera...

Mas echad temores fuera,

Yo siempre os respetaré.

Y en fin, ¿qué me contestais ?

¿Me dais á Isabel ó no ?

Porque á tiempo llegué yo,
Y vos aun á tiempo estais.
Dársela al conde es venderla;
Yo he vuelto; y rico y honrado,
Buen marido y buen soldado,
Puedo honrarla y protegerla.

Ped. Pues, Don Juan, si sois tan hombre
Y la amais como decís,
Os la daré si añadís *(Con intencion.)*
Apellido á vuestro nombre.

D. Juan. Y decidme, ¿ira de Dios!
(Colérico.)

Pues me haceis tal vituperio
Y vivís con tal misterio,
¿Qué apellido tenéis vos?
¿Cuál es vuestra pátria? ¿cuál
Vuestro nombre?

Ped. *(¡ Dios, qué escucho!)*

D. Juan. Ya veis que he aprendido mucho
En Flandes y en Portugal;
Y que no sois vos tan diestro
Dando en que sin nombre estoy
Cuando yo tambien sé hoy
Que tenéis doblado el vuestro.

Ped. Pues bien, ya que declarais
Que tan bien me conoceis,
Los secretos que sabeis
Meditad como guardais.
Porque todos caminamos
Con una sombra detrás
Que no nos pierde jamás,
Y va, Don Juan, donde vamos.

D. Juan. Sí, mas todos recibimos
Al nacer un ángel bueno,
Que de peligros ajeno
Nos guarda mientras vivimos.

Ped. Pedidle que de su mano
Un solo instante no os deje. *(Vase.)*

D. Juan. Y al vuestro que os aconseje
Proceder menos villano.

ESCENA XI.

DON JUAN.

Todo á un golpe lo aventuro,
Mas no olvidaré el aviso;
Librarnos de él es preciso
Por cualquier medio seguro.
Ahora bien, tiempo es de obrar;
Jamás lo quise creer,
Mas no hay tiempo que perder,
Si me ama la he de salvar.

(Saca una carta con otra dentro.)

Aquí está la misteriosa
Carta: en ella me asegura
No sé quién que en mi ventura
Se interesa... una gran cosa

« Si es que os niegan á Isabel, *(Lee.)*
« Dice, y estais en amarla,
« Creed para recobrarla
« Lo que dice este papel.
« Pero si sois caballero,
« Por vana curiosidad
« No le leais... aguardad
« A que os la nieguen primero: »
Y pues ya me la negaron,
Abrole y...

ESCENA XII.

SALE UNA MUGER CON MANTO, ETC.

Mug. ¿Es Don Juan
Con quien hablo? ¿un capitan
Que en Flandes...?

D. Juan. No os engañaron
En mis señas... Don Juan soy.

Mug. ¿Una carta recibisteis
Y otra con ella, que debisteis
No abrir ni leer... hasta hoy?

(Mirando al reló.)

D. Juan. Es cierto.

Mug. Pues si sois hombre
Cual os pregona la fama,
Una cita de una dama
Debeis admitir.

D. Juan. ¿Su nombre?

Mug. Es un secreto.

D. Juan. Es ahora
Imposible.. y permitidme...

(Haciéndose la desentendida.)

Mug. ¿Desconfiais? pues oidme,
Y os daré el sitio y la hora.

D. Juan. Mas... *(Amostazado.)*

Mug., recitando con intencion. « Si os
niegan á Isabel

« Y os empeñais en amarla,
« Haced para recobrarla
« Lo que os dice ese papel. »
D. Juan. ¡Cielos! ¿qué escucho? ¿Sois vos...
Quién escribió...?

Mug. Leed y obrad.

D. Juan. Pero decidme.

Mug. ¡Acabad,
Don Juan, leedle por Dios!

D. Juan. « Si un día os dan una cita *(Lee.)*

« Y á esta carta se remiten,
« Admitid dó quier que os citen.
« Quien la escribe os necesita
« Para abriros un camino,
« Que os hará tener sujetos
« Del conde muchos secretos
« Y dueño de su destino. »
Hablad, hablad.

Mug. Imposible

En este sitio, Don Juan,
Que acaso espiando están
Mis pasos ya.

D. Juan. ¡ Oh, qué insufrible
Tormento! ¿ Y cuándo ha de ser?

Mug. Si de mi quereis serviros,
En la Cruz de los Suspiros
Estad al anochecer.

Si sois hombre de valor,
Vuestro amor recobrareis;
Y os advierto que os guardéis:
Hasta la noche, señor.

(Vase.)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

Hasta la noche, eso sí,
Seas quien quieras, misteriosa
Muger, de cuya amorosa
Voz esperanzas oí,
Donde quiera iré tras tí,
Por dó quier te seguiré,
Tierra y mar recorreré
Por ese nombre bendito
Que invocaste, y que repito
Como norte de mi fé.

ESCENA XIV.

DON JUAN, UN HOMBRE EMBOZADO (JUAN).

Emb. ¿ Sois Don Juan...? vuestro apellido

No recuerdo.

D. Juan. ¿ Qué quereis?

Emb. Si sois hombre de valor,
Como os quieren suponer,
Yo vengo aquí á proponeros
Un desafio.

D. Juan. ¿ Con quién?

Emb. No me lo dijo.

D. Juan. ¿ La causa?

Emb. ¿ La causa? vos la sabreis;
Lo único que advertiros
Me mandó en su nombre fué
Que al lugar que ha señalado
Tan despacio no llegueis
Como á la cita del plazo
Y de las doce despues.

D. Juan, resuelto. ¿ Las armas?

Emb. Las que llevareis.

D. Juan. ¿ La hora?

Emb. Al anochecer.

D. Juan. ¿ El sitio?

Emb. En la Cruz de los
Suspiros: ¿ sabéis dónde es?

D. Juan. Sí; pero tengo otra cita
A esa hora y no puede ser.

Emb. ¿ Y será mas importante
Que un desafio?

D. Juan. Sí á fé.

Emb. ¿ Es decir que rehusais?

D. Juan, con desprecio. Esclavo, la
lengua ten,

O pronto con esta daga
Te la clavo en la pared.

Dile que allí ha de encontrarme
Una hora antes ó despues.

Emb. Sea despues.

D. Juan. En hora buena.

Emb. Allí irá.

D. Juan. No faltaré.

Podré matarle ó morir,
Pero sabiendo quién es.

(Vase el embozado por la puerta del fondo
y Don Juan por la lateral. — Cae el
telon.)

ACTO SEGUNDO.

Campo. A la derecha una caseta, ó ruina de ermita,
cuyo interior esté á la vista. A la izquierda en el
fondo una cruz de hierro con una puerta ó trampa
secreta en el pedestal. Arboles y maleza. — An-
chece.

ESCENA PRIMERA.

GIL, QUE APARECE EN ESCENA AL ALZAR EL
TELON.

Receloso anda Don Pedro;
Parece que su amistad
Con ese conde... ¡ ha visto uno
Tantas de estas cosas ya!
En fin, todo en esta vida
Se acaba, y no es de extrañar
Que amistades mal trabadas
Vengan á acabarse mal.
Mas tarda mi amo, el caballo
Mandóme á esta hora ensillar,
Y sacársele á este punto,
Y á esta hora... ¿ y dónde irá?

ESCENA II.

GIL, EMBOZADO; JUAN.

Juan. (Allí está Gil.)

Gil. (¡ Alguien llega!)

Juan. (¡ Oh! disimula el truan.)

Gil. (Parece que está despacio.)

Juan. (Llégame á él.)

Gil. ¿ Quién va allá?

Juan. ¡Calla! ó me engaña la voz...
 ¡Oh mi buen Gil!
 Gil. ¡Oh buen Juan!
 Juan. ¿Tú por aquí?
 Gil. ; Ya lo ves!
 Juan. ¿Y qué diablo haces?
 Gil. Pasear.
 Juan. Pues yo há tiempo que te miro,
 Y un paso no has dado.
 Gil. ;Bah!
 ¡Qué necio eres!
 Juan. Ciego en caso
 Me debías de llamar,
 Pues no vi si te movías.
 Gil. Y ciego sin duda estás.
 ¿No ves la cruz?
 Juan. ; Ah, rezabas!
 Gil. ¡Pues es claro! ¿he de pasar
 Junto á ella como un perro
 Que sobre su rastro va?
 Juan. Tienes razon. Mas, ¿quién diablos
 Se habia de imaginar
 Que pasearas á estas horas
 Con frio y con niebla tal?
 Gil. Caprichos con que uno nace.
 Juan. ¡Vaya un capricho!
 Gil. ; Ah! verás!
 Juan. (Solapado es el buen Gil.)
 Gil. (Importuno es el buen Juan.)
 Juan. Gil, tú estás de mal humor.
 Gil. No por cierto.
 Juan. La verdad,
 ¿No estás contento con tu amo?
 Gil. Al revés, lo estoy demas.
 Juan. ¿Te paga bien?
 Gil. Mas que quiero.
 Juan. ¿Y tú le sirves...?
 Gil. Leal,
 Duermo á su lado, y le busco
 Cuanto puede desear.
 Y á tí, Juan, en el castillo
 ¿Te va bien?
 Juan. No me va mal.
 Mas dime: dicen que tu amo
 Es algo particular;
 Que tiene una historia larga,
 Borrascosa.
 Gil. Sí tendrá...
 Juan. Vamos, que algo sabrás tú.
 Gil. ¡Si me la habrá ido á contar!
 ¿No te parece?
 Juan. ¡Eh! quien sirve
 Siempre al olorcillo está
 De lo que guisan sus amos.
 Gil. ¿Sí, eh? pues entonces, Juan,
 Dime, ¿es cierto que tu amo
 Encubre y es capataz
 De cuantos contrabandistas

En estos contornos hay?
 Juan. (¡No es tonto Gil!) ¡Qué locura!
 Gil. Pues el vulgo lenguaraz
 Lo susurra.
 Juan. Ya lo sé;
 Mas tiene tanta verdad
 Como decir que tu amo
 A todo el mundo nos da
 Gato por liebre, y no es quien
 Él dice.
 Gil. ¡Qué necedad!
 Juan. Pues el vulgo lo murmura
 Gil. Pues se engaña.
 Juan. Asi será.
 (Ni con palancas le sacan
 Lo que se cierra en callar.)
 Gil. (Está visto, Juan me espía.)
 Juan. (Claro, esperándole está.)
 Gil. (Veamos.)
 Juan. (Vamos á ver.)
 Oye, Gil.
 Gil. Escucha, Juan.
 Juan. Di.
 Gil. Di tú.
 Juan. ¿Es tuyo aquel potro?
 Gil. ¡Eh! ¿Qué potro?
 Juan. Aquel que está
 Atado á aquel sauce.
 Gil. ¡Ah! sí.
 Mas no es ya potro
 Juan. ¿Qué edad
 Tiene?
 Gil. Ocho años, y muermo,
 Y un horrendo esparavan.
 Juan. Pues lo disimula mucho.
 Gil. Ha sido un bravo animal;
 ¿Le has visto de dia?
 Juan. Vaya,
 Le conozco meses há:
 Le monta siempre Don Pedro.
 Gil. Sí; como monta muy mal,
 Y es tan dócil... (Pues, señor,
 En vano es disimular.)
 Juan. (Pues, señor, eso es.) ¿Tu amo
 Se marcha?
 Gil. Sí.
 Juan. ¿Dónde va?
 Gil. A ese lugar inmediato.
 Juan. ¿Y por mucho tiempo?
 Gil. ; Quiá!
 Ha de volver esta noche
 A casa.
 Juan. Listo ha de andar.
 Gil. Es corredor el caballo.
 Juan. ¿Sí? pues ¿y el esparavan?
 Gil. No hará mas que hincharse un poco;
 Hay media legua no mas.
 Juan. (Al fin ya desembuchó.)

Vaya, á Dios, Gil. (*Vase Juan y vuelve.*)

Gil. A Dios, Juan.

¡Mucho apuraba el tunante;
Nunca le vi tan tenaz!

Torzamos rumbo: su encuentro
Muy mala espina me da.

Juan, saliendo. Oye, Gil.

Gil. ¡Calla! ¿estás ahí?

Juan. No me he querido marchar
Sin darte algun buen consejo.

Gil. Estimo la caridad.

Juan. Mira, muchas, muchas noches
No vengas á este lugar.

Gil. ¿Porqué?

Juan. ¿No sabes?

Gil. ¿Yo? nada.

Juan. ¿Ves esa ermita?

Gil. Sí tal.

Juan. Pues ahí vive una bruja.

Gil. ¡Cómo!

Juan. ¿No has oido hablar
De ella en el pueblo?

Gil. Mil veces.

Juan. Pues mora ahí.

Gil. ¡San Julian!

Y cuentan cosas atroces
De su poder infernal.

Juan. Y si te encuentras con ella

Maleficiarte podrá
Con un soplo.

Gil. ¡Dios me asista!

No aportaré yo aquí mas.

Juan. Harás bien.

Gil. Corriendo á casa

Vóime.

Juan. A Dios, Gil. (*Vase.*)

Gil. A Dios, Juan.

(A apostarme en otro sitio
Voy, y á Don Pedro á aguardar.) (*Vase.*)

ESCENA III.

POR OTRO LADO UN OFICIAL DE GUARDACOSTAS
CON UN SOLDADO, EMBOZADOS.

Oficial. ¿Con que todo está hecho?

Soldado. Todo.

El valle cercado está.

Oficial. Bien; que estén todos dispuestos
A la primera señal.

Soldado. ¿Con que la noticia es cierta?

Oficial. Terminante el pliego está;

Del mismo rey es la orden,

Y con gran severidad

Fuerza es tratar el asunto.

Alerta pues.

Soldado. Descuidar.

Oficial. Aquí es la cita, y ya es hora;
Pronto la oracion dará.
Me ocultaré, no dé con
Algun curioso quizás.

ESCENA IV.

TOMAS, EMBOZADO.

Este es el lugar sin duda
Que aquel hombre me marcó.
Si, allí el pueblo, aquí la ermita,
La cruz allá... ¡quiera Dios
Que no haya olvidado el día,
Y oiga el dar de la oracion!
Ya estoy al fin en mi patria:
Sí, libre y resuelto estoy;
No mas obrar ni vivir
Contra mi propia razon.
Ya es tiempo de que se espie
Aquel atentado atroz.

(*Un momento de pausa. Tomás se pasea:
las campanas á lo lejos tocan á la ora-
cion.*)

Esta es la hora convenida:
Esperaré.

ESCENA V.

TOMAS, EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS.

Oficial. En rededor

De aquella cruz veo un bulto.

Tom. ¿Quién va?

Oficial. ¿Quién viene?

Tom. Quien hoy

Busca puerto en que fondear.

Oficial. (Él es.)

Tom. (Él es.)

Oficial. Eh, patron,

¿De qué lado sopla el viento?

Tom. De la costa y de babor.

Oficial. Vos sois, pues, á quien yo busco.

Tom. Y á quien espero sois vos.

Buenas noches.

Oficial. Buenas noches.

¿Cumplido habeis?

Tom. Hombre soy

Que no ha mentido jamás;

Y aunque muestra mi exterior

La librea del delito,

Puro está mi corazon.

Oficial. ¿Dónde está el barco?

Tom. Aguardando

Mi señal.

Oficial. ¿La relacion

Escrita?

Tom. Aquí está, tomadla:

No será muy superior
Su language, pero es claro
Y tan cierto como el sol.

Oficial. ¿En qué año fué?

Tom. Ya hace veinte :

La fragata se abordó.
Yo lidí desesperado
Al lado de mi señor,
Pero fué inútil; ninguno
De nuestra tripulacion
Pudo escapar con la vida
Mas que un pobre niño y yo.

Oficial. ¿Y cómo, pues?

Tom. ; Oh ! le amaba

Con todo mi corazon,
Y hubiera muerto antes que él,
Segun era mi furor ;
Mas les asombró mi audacia
Y el capitan nos salvó.

Oficial. Y fuisteis sus compañeros.

Tom. Esclavos decid mejor.

Oficial. Esplicaos.

Tom. Esta historia

Nos toca solo á los dos ;
Con que dejadla que quede
Para siempre entre él y yo.

Oficial. Mas vos su lugarteniente
Habeis sido, y aun lo sois.

Tom. Cuando ese papel leais,
Veréis que si me nombró
Fué para tenerme lejos
Cautelosa precaucion.

Oficial. Mas ¿no podiais mandar
Cuanto os diere gana vos ?

Tom. Sí, mas fondear no podia
Sino á antojo y eleccion
De un piloto, á cuyas órdenes
Taimado me sujetó
Mientras á vista de tierra
Se hallara la embarcacion.

Oficial. ¿Y qué premio á este servicio
Pensais pedir para vos ?

Tom. Me entrego á vos, capitan,
Y si me haceis concesion
De unos dias, para ver
Qué es lo que ha dispuesto Dios
De la gente que dejé
Al partir con mi señor
Para América, me basta.

Oficial. ¿No vale mas que perdon
En un memorial pidais ?

Tom. Confesárame traidor
Si lo hiciera, y las desdichas
En nadie crímenes son.

Oficial. Mas ahora que delatais...

Tom., interrumpiéndole. A nadie; yo
solo soy
De la justicia divina

Instrumento vengador.

Si solo de mis desgracias

Le culpara, acusacion

Contra ese hombre no entablara ;

Mas del mundo en rededor

Anda algun otro, tal vez

Sin amigos, sin mansion,

Y sin fortuna y sin nombre,

Y á fé que en honra nació,

De lo que goza usurpado

Mejor que el merecedor.

Oficial. Aquí hay un misterio grande

Que escapa á mi comprension,

Mas convencerme no puedo

De que seais un impostor.

Tom. No, juro á Dios.

Oficial. No jureis,

Y oid : ¿en disposicion

Estais de comparecer

En el tribunal ?

Tom. Si estoy,

Y á jurar cuanto hay escrito

En esa carta ante Dios ;

Y tales pruebas daré

Que disipen todo error.

Oficial. ¿ Si yo os llamo... ?

Tom. Estaré siempre

Pendiente de vuestra voz.

Oficial. ¿A cualquier tiempo ?

Tom. A cualquiera.

Oficial. De esa manera, id con Dios.

Veinte y cuatro horas teneis

A vuestra disposicion.

Tom. Aquí me tendreis mañana.

Oficial. ¿A qué hora ?

Tom. Al ponerse el sol.

Oficial. (Voy pues á cercar desde esta
Todo el valle en derredor.) (Vase.)

ESCENA VI.

TOMAS.

Espíritus sin sepulcro,

Inmolados á traicion,

Aun teneis sobre la tierra

Un amigo, un vengador.

Si aun queda de vuestra raza

El solo que se salvó,

Verá que no he olvidado

Mi fé, ni mi obligacion.

Mas no hay tiempo que perder :

Ya es fuerza pensar en mí,

(Va á retirarse y ve á lo lejos á Elena,
que llega.)

Y ver si me dan aquí

Luz alguna... ; Una muger !

Un farol trae en la mano

Que su camino la alumbre...
 ¡Lo que puede la costumbre
 En el corazón humano!
 ¡Un sér sobrenatural
 La creyera un campesino,
 Cruzar viéndola el camino
 Con paso y figura tal!
 Mas me ocurre un pensamiento :
 Si de ella pudiera acaso...

ESCENA VII.

TOMAS, ELENA.

Elena. (Aquel hombre no da un paso :
 ¿Si será él?)

Tom. (Me iré con tiento,
 Sin embargo.)

Elena. (Harto esperar
 Es á la impaciencia suya.
 Si es él, no sé lo que arguya.
 No importa, voy á pasar
 Junto á él; puede no haberme
 Desde lejos conocido.)

Tom. (Se acerca, yo me decido.)
 Buena muger, si ofrecerme
 Podeis ayuda, yo os ruego...

Elena. (No es él.) ¿Qué quereis de mí?

Tom. De muy lejos llevo aquí,
 Y descaminado llevo.

¿Me direis si en el que estoy
 Es en verdad mi camino?

Elena. ¿Y adónde es vuestro destino?

Tom. Al Palacio moro voy.

Elena. (¡Cielos!)

Tom. ¿Disto mucho?

Elena. No;

Mas la subida es fatal,
 Y á esta hora hareis muy mal
 En emprenderla.

Tom. Si yo
 El terreno conociera,
 A emprenderla me arriesgara,
 O en algun pueblo buscara
 Una posada, si hubiera.

Elena. Inmediato está Lubrin :
 Por ese sendero estrecho
 Vais á este lugar derecho,
 Que en sus calles tiene fin.

Tom. ¿Habitais en él?

Elena. No, á fé :
 Y á lo que oyéndoos infiero
 Que todavía estrangero
 Sois aquí, claro se ve.

Tom. Decidme : ¿por qué razon?

Elena. Porque, si no fuera así,
 No os encontrarais aquí
 Tan cercano á mi mansion.

Tom. ¿Pues qué hay de ella que temer?

Elena. Nada sin duda esta ermita
 Hace ya años que la habita
 Solamente una muger.
 Pero tened muy presente
 Que desde que el sol se pone
 Rarísima vez se espone
 A pasar por aquí gente.
 Seguid pues vuestro camino,
 Y buenas noches.

Tom. ¿Qué es esto?

Elena. (Que dejar le hará imagino
 (*Elena entra en la ermita.*))

La supersticion el puesto.)

Tom. Aquí hay misterio : el retiro
 Y el secreto necesita
 Tal vez, y dió á aquesta ermita
 Ese misterioso giro,
 Que el vulgo supersticioso
 Respetará... Pero á mí,
 ¿Qué me importa que obre así?
 Déjola pues en reposo,
 Y á lo que me atañe voy.

(*Va á salir y se encuentra con Don Juan.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, TOMAS.

D. Juan. ¿Quién va allá?

Tom. Un hombre.
D. Juan. ¿Que pasa,

O que espera?

Tom. Busca casa.

D. Juan. ¿Sois forastero?

Tom. Sí soy.

D. Juan. Mi posada os ofreciera
 Si pudiera á ella tornar.

Tom. ¿Vecino sois del lugar?

D. Juan. Lo mismo que si lo fuera,

Porque como es tan pequeño...

Tom. ¿Conoceis su poblacion?

D. Juan. Sí.

Tom. ¿Podriais dar razon...?

D. Juan. De cualquiera á quien empeño
 Trajéreis en encontrar.

Tom. Me hareis muy grande favor.

D. Juan. Pero con otro mayor
 Me lo tendreis que pagar.

Tom. Decid.

D. Juan. Tengo en este instante

Dos citas á que acudir :

En la una voy á rehír;

En la otra un importante

Secreto voy á saber,

El cual tal vez asegura

Mi felicidad futura

Y el honor de una muger.

Cumplir á un tiempo las dos

Si me tardo en la primera,

No me es posible aunque quiera;
Tomad una sobre vos.

Tom. ¡Cómo!

D. Juan. Si sois caballero,
Una de ellas elegid,
O á oír el secreto id...

Tom. Eso no, reñir prefiero.

D. Juan. ¡Oh! gracias; pero precis
No será tanto sin duda;
Cuando mi contrario acuda,
Si yo no estoy, dadme aviso.

Tom. Bien, bien; yo haré mi deber,
Que tenga ó no de reñir.

D. Juan. ¿Y ahora me podreis decir
A quién quereis conocer?

Tom. Sí, busco á un hombre, un villano
Cuya historia es algo estraña;
Pasó há tiempo á Nueva España,
De un corsario siciliano
Fué cautivo...

D. Juan, con *amargura*. ¡Ah! sé de un
hombre
A quien conviene esa cruel
Historia!

Tom. ¿Y qué ha sido de él?

D. Juan. ¡Sábelo Dios!

Tom. ¿De su nombre
Os acordais?

D. Juan. Si eso prueba
Que con el alma le amaba...

Tom. ¡Oh! concluid. ¿Se llamab
Tomás Ruiz de Villanueva?

D. Juan. Sí, sí: ¿conocéisle vos?
¿Dónde está?

Tom. Y vos, que afan tal
Mostrais por él, ¿cuál es, caál
Vuestro nombre? ¿entre los dos
Qué relacion hay?

D. Juan. La vida,
Que en sus brazos recibí,
Cuanto soy y cuanto fui.

Tom. ¡Ah! si esa historia es mentida,
Apártate, tentador.

D. Juan. No, no, esa historia es la mia.

Tom. Entonces, ¡Virgen María...!

D. Juan. Tú eres: ¡cielo vengador!

Tom. ¡Rodolfo!

D. Juan. ¡Tomás!

Tom. Abrazame.

D. Juan. Sí, sí; el placer me sofoca.
(*Abrazanse.*)

Tom. Y mis lágrimas provoca.
(*Vuélvense á abrazar.*)

D. Juan. Aprieta, así, despedázame.
¡Pero qué recuerdo horrible!

¿Y mi padre? ¿en qué paró?

Tom. Qué, ¿no has vuelto á verle?

D. Juan.

No

Tom. ¡Santos del cielo, es posible!
¿Por quién te vas á batir?

D. Juan. Por Isabel, por mi amor.

Tom. ¿Y con quién?

D. Juan. Con su raptor,
Si es que se atreve á venir.

Tom. ¿Quién es?

D. Juan. Un conde extranjero.

Tom., *apresurado*. ¿Que habita en ese
castillo

Que ocupa ese montecillo?

D. Juan. Sí.

Tom. (¡Lazo infernal!)

D. Juan. Mas quiero

Saber antes si hay camino
Que me haga tener sujetos
De ese hombre muchos secretos
Y dueño de su destino.

Tom. ¿Y cómo lo has de saber?

D. Juan. Una muger misteriosa

Que por mi vela afanosa
Me lo ha prometido hacer.

Tom. ¿La conoces?

D. Juan. No por cierto.

Tom. ¿Y si es un lazo?

D. Juan. No, no,

Mas de un año há que me dió
Una carta, que hoy he abierto,
Ofreciéndome su amparo
Si me hurtaban el tesoro
De la muger que yo adoro,
Con que podia.

Tom. Está claro.

¿Mas dónde está?

D. Juan. No lo sé.

Ya es la hora que me dió.

Tom. ¿Y aqui mismo te cito?

D. Juan. En esa cruz.

Tom. Oye.

D. Juan. ¿Qué?

Tom. Oigo dentro de esa ermita

Rumor.

D. Juan. Apártate á ver.

(*Se apartan y aparece Elena.*)

Elena. (Ya esperará.)

D. Juan. Una muger,

Y es ella.

Tom. ¿La de la cita?

D. Juan. Sí; aléjate de su luz,

No se esquive viendo dos,
Y no me faltes por Dios
Si acude ese hombre á la cruz.

Tom. Rodolfo, vé sin temor.

(De cualquier modo que sea
Preciso es que no le vea
Ese corsario traidor
Aun á costa de mi vida.)

(*Vase y se oculta detrás de la cruz.*)

ESCENA IX.

ELENA, DON JUAN, TOMAS.

Elena. ¿Es Don Juan?*D. Juan.* Sí, Don Juan soy,

Y esperándoos estoy.

Elena. Vine á la hora convenida,

Mas encontré á un estrangero

Que me dió que sospechar,

Y que dejara el lugar

Quise, de veros primero.

D. Juan. En fin, ya estamos aquí,

Y no hay tiempo que perder.

Elena. Mucho por vos puedo hacer,

Y vos mucho mas por mí.

D. Juan. Lo que gustáreis mandad,

Si yo basto á conseguirlo.

Elena. Entrad en mi casa á oírlo,
Que habrá mas seguridad. (*Entran.*)*Tom.* Entró con ella... por Dios

Que entre la cruz y la puerta

Puesto, he de estar bien alerta...

¡Desconfío de las dós!

*(Tomás queda paseando fuera. Elena y
Don Juan dentro de la ermita.)**Elena.* ¿Os estraña este misterio,

Don Juan, y esta habitación?

Tiene la supersticion

En el vulgo mucho imperio,

Y por eso la elegí :

Mil patrañas de ello cuentan,

Y cuanto mas las aumentan,

Mas segura estoy aqui.

D. Juan. Comprendo vuestra razon.*Elena.* Un año há que espío al conde,

Y nada de él se me esconde

A merced de esta mansion.

D. Juan. Mi tiempo es breve, mirad

Lo que decirme quereis.

Elena. Don Juan, poco esperareis.*D. Juan.* Pues ya os escucho, empezad.*Elena.* ¿Conoceis al conde?*D. Juan.* No.*Elena.* Pues bien, yo le he conocido

Casí desde que ha nacido,

Y á ser lo que es no nació.

Sus títulos, sus haciendas,

Nada es suyo; es un engaño.

D. Juan. ¿Los hubo en país estraño,

En políticas contiendas?

Elena. No lo sé; su poseedor

Verdadero estuvo ausente

Largo tiempo; de repente

Presentóse él sucesor.

Trajo cuantos documentos

Necesitó: declaróse

Como conde, é instalóse

Por tal sin mas miramientos.

Desmentir su identidad

Su semblante no podia,

Porque quince años hacia

Que de aqui faltaba; edad

Que á cualquiera desfigura :

Y hacinando precauciones

Esquivó las relaciones

Como cosa mas segura.

Pocos meses adelante

Vino Don Pedro, y con él

Vino esa hermosa Isabel

De quien sois tan fino amante.

D. Juan. ¡Oh! seguid, seguid.*Elena.* Hacia

Mucho tiempo que olvidada

Vivia en pobre morada

Y huérfana se creía.

El dijo: Su padre soy;

Tomóla de unos parientes

Que por ser tan indigentes

En que la dieron estoy.

Compró casa, con decoro

En ella la hizo habitar,

Y á nadie dió que pensar

El verle volver con oro,

Pues de América volvia;

Mas yo conozco tambien

A Don Pedro, y sé muy bien,

Señor Don Juan, que mentia.

D. Juan. ¿No es su padre?*Elena.* Acaso no.*D. Juan.* ¡Ah! seguid.*Elena.* Noté que amigo

Del conde era, y que al abrigo

Del exterior que tomó

Era el único que entraba

En su torre, y armonia

Con sus gentes mantenía,

Y noches con él pasaba.

Entonces vinisteis vos

Con vuestro destacamento,

Y hubo entonces un momento

De treguas entre los dos.

Yo tras de mucho afanar,

De un anciano campesino

Supe un secreto camino

Al castillo para entrar.

Varias noches me introdujo

En hora muy avanzada

En un ala abandonada;

Y la impresion que produjo

Tan favorable me fué;

Que el vulgo supersticioso

Por fantasma misterioso

Ocupada ahora la cree.

Yo de bruja en esta ermita

Tal vez haciendo un papel,

Os hallé con Isabel
En una y en otra cita.
Supe vuestro plazo al fin,
Y me interesé por vos,
Temiéndome de los dos
Alguna emboscada ruin
Espié, velé, inquirí,
Y al cabo yendo y viniendo,
Sus maldades conociendo,
A Flandes os escribí.
Y no dudeis que Isabel
Víctima sacrificada
Es, prenda al conde entregada.

D. Juan. ¿Por Don Pedro?

Elena. Si, por él.

D. Juan. Eso no tiene, señora,

Ni aun asomos de razon :

¿A qué aguardar condicion

Ni plazos?...

Elena. Oído ahora.

Si tanto tiempo aguardando

A que espirara estuvieron,

Fué porque de vos temieron.

D. Juan. ¿Porqué?

Elena. Por su contrabando.

D. Juan. ¿Qué decis!

Elena. Esas montañas

Llenas de su gente están;

Por eso es todo su afán,

Esas todas sus hazañas.

D. Juan. No lo acierto á comprender.

Elena. Creedlo, ese hombre es un bandido,

Y nunca otra cosa ha sido,

Ni otra cosa sabrá ser.

D. Juan. Por eso hoy á mi venida

Topé con una emboscada,

Y á no por inesperada

Ayuda, pierdo la vida.

Pero de esa relacion

En el dédalo enredado

Con vuestro intento no he dado.

Elena. ¡Ay! está en mi corazon :

Todo descubierto está,

Esos peñascos cercados

Están ya por los soldados

Y todo á perderse va.

D. Juan. Y bien, ¿qué queréis de mí?

Elena. Don Juan, ¿queréis á Isabel?

D. Juan. ¡Oh, sí!

Elena. Pues salvadle á él,

Y huya conmigo de aquí.

D. Juan. ¿Con vos?

Elena. Sí, le amé; y ahora

Que todos á abandonarle

Van, yo, yo quiero salvarle,

Quiero ser su valedora.

El me abandonó traidor,

Atentó contra mi vida,

Mas todo el amor lo olvida,
Y á todo alcanza mi amor.
Si á la costa se le auxilia
Osadamente á llegar,
Aun puede abrirnos el mar
Camino á nuestra Sicilia;
Favor por favor, Don Juan.
O así le salvais á él,
O á perder vais á Isabel.

D. Juan. ¡Y entonces perecerán
Todos, vive Dios, tras ella!

Elena. No os halague esa esperanza,
Que es temible su venganza,
Y es muy fatal vuestra estrella,
Capitan.

ESCENA X.

DON JUAN Y ELENA, DENTRO DE LA ERMITA;
DON PEDRO Y TOMAS, FUERA.

Tom. ¿Quién va?

Ped. Yo soy.

Tom. (¿Quién es?)

Elena, á Don Juan. Decid.

D. Juan, á Elena. Escuchad :

¿No ois rumor?

Elena. Sí.

D. Juan, escuchando. Callad.

Ped. ¿Estais solo?

Tom. Solo estoy.

Ped. Pues vamos.

Tom. Vamos.

(Poniendo mano á su espada.)

Ped. ¿Qué es eso?

Tom. ¿A reñir no habeis venido?

Ped. ¡No es Gil! (¡Oh, me habrá vendido!)
Caballero, yo os confieso...

Tom. Esa voz... estoy soñando.

Ped. Perdonad; os tomé á vos

Por otro; quedad con Dios.

Tom. ¡No os ireis!

Ped. ¿Qué estais hablando?

Tom. No, de aquí no os movereis
Sin que quien sois me digais.

Ped. (¡Qué apuro!) Si os empeñais...

Tom. Sí, por Dios.

Ped. Pues lo sabreis.

Yo soy Don Pedro Zapata.

Tom. ¡Téngame Dios de su mano!

Ese que nombras, villano,

Murió á manos de un pirata.

Sí, y ese nombre me prueba

Que eres quien buscando voy.

Ped. Yo soy Don Pedro.

Tom. Y yo soy

Tomás Ruiz de Villanueva.

Ped. ¡Oh!

Tom. Di, ¿qué has hecho, traidor,

Del nombre que yo te dí?
¿Qué es lo que has hecho por mí?
¿Qué es de la hija de mi amor?

Ped. En el castillo.

Tom. ¿En poder

Del conde?

Ped. Sí.

Tom. ¡Miserable!

Este enredo abominable
Llego al fin á comprender.
Reza, si es que sabes algo
Con que dirigirte á Dios.

(Tomás y Don Pedro forcejean mientras hablan los otros.)

D. Juan. No oigo bien, pero son dos.
(Va á salir, y Elena le quiere tener.)

Elena. ¿Dónde vais?

D. Juan. Al campo salgo.

Me esperan para reñir,
Y otro toma mi lugar.

Elena. Tened.

D. Juan. ¡No!

(Sale Don Juan de la ermita, y Elena tras él.)

Tom. Vas á acabar,

Como has querido vivir.

Ped. ¡Ah! *(Cayendo.)*

(Mientras Don Juan y Elena detrás salen, aparece Juan con gente.)

ESCENA XI.

TOMAS, DON PEDRO, JUAN, VARIOS
CONTRABANDISTAS.

Juan. Ese es Don Juan.
(Señalando á Tomás.)

Tom. ¡Tal traicion

Me sospechaba!

Juan. Ea, atadle

Pronto; al castillo llevadle.

Uno. Mira.

Juan, mirando. ¿Qué...? soldados son.

Vamos pronto. *(Vanse.)*

D. Juan, saliendo. ¿Adónde están?

¿Mas si es él? *(Viendo á Don Pedro.)*

Ped. ¡Ah, el capitán!

D. Juan. ¡Don Pedro aquí!

Ped. Huid por Dios:

Se llevan á otro por vos.

D. Juan. ¿Adonde?

Ped. Al castillo van.

D. Juan. Antes que lleguen...

(Va á seguirlos, y Elena le detiene.)

Elena. ¿Qué haceis?

D. Juan. Seguirlos.

Elena. Seguidme á mi

Si llegar antes quereis.

D. Juan. ¿Y por dónde?

Elena. Por aquí.

(Abre la cruz, y éntranse al tiempo que Don Pedro toca arrastrándose el pedestal, y cae sobre los escalones sin movimiento. — Cae el telón.)

ACTO TERCERO.

Salon del castillo llamado *Palacio moro*. que habita el conde. Puerta á la derecha, y secreta en el fondo. Lámpara colgada. Ventana con reja.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

Cielo, ¿qué va á ser de mi
En esta mansion fatal?
¿Para tratarme tan mal
Qué delitos cometí?
Sola, pobre y desvalida,
Allá en oculta cabaña,
Al amor y al mundo estraña,
Pasaba feliz mi vida.
Huérfana, sí, mas dichosa,
Sin deseo ni esperanza,
Mi barquilla iba en bonanza
Por la mar tempestuosa.
Largos años viví así
Cual silvestre pasionaria
Que en campiña solitaria
Nace y crece y muere allí.
¡Ay! ¿porqué de aquel desierto
Me vinieron á sacar,
Para echarme al negro mar
De este porvenir incierto?
¿Porqué de mi corazón
Con impulso repentino
Al cambiarse mi destino
Se cambió la condicion?
De la soledad salí
Y con fortunas soñé,
Soñé con amor y amé,
Mi cuán desdichada fui!
El interés vino en pos
Del amor, ató el deber
Mi voluntad... ¿cuál va á ser
El mas fatal de los dos?
¿El amor...? ileso, intacto,
Puro en mi alma quedará.
¿El deber...? cumplido está,
Padre cruel, vuestro pacto.
Mi padre, ¡ay Dios! Se figura
Que en el oro y la grandeza
Está la fé y la belleza,
El placer y la ventura.
El alma de la muger

Así, insensato, comprende,
Y así me entrega, me vende
Al que mas llega á ofrecer.
Mas tócame ahora á mí;
Él cumplió ya, era justo,
Y ya no hay mas que mi gusto
O mi desventura aquí.
Con nobleza elegiré,
Pero mirando hácia atrás
No, no romperé jamás
Mi palabra ni mi fé

ESCENA II.

ISABEL, EL CONDE.

Conde. Buenas noches.*Isab.* ¿Qué queréis?*Conde.* Bella pregunta á fé mia :

¿No os lo dije á medio día?

*(Cierra la puerta por dentro.)**Isab.* ¿Qué haceis?*Conde.* Cerrar, ¿no lo veis?

Mi palacio esquivo y fiera

Desdeñásteis hasta ahora

Habitar como señora;

Sois pues en él prisionera.

Isab. ¡Y con cuán negra traicion

Lo habeis al fin conseguido!

Conde. Las cosas se hacen sin ruido

Mejor y con precaucion.

El vulgo me odia, lo sé;

Y si el plazo hubiera roto,

Armara necio alboroto;

Por eso un año aguardé.

Ahora escucha atentamente

La suerte que te prevengo,

Y lo que á decirte vengo

Piensa bien, y sé prudente.

De hoy no ha de verte ni el sol,

No; dentro de estas murallas

Como en un sepulcro te hallas;

Pasará por el crisol

De esta eterna soledad

Tu amor y tu fortaleza;

Y tu llanto y tu belleza

Jamás obtendrán piedad.

Entre peligros viví,

Crecí entre sangre y horrores,

Y amenazas ni clamores

Nada alcanzarán de mí.

Mi amor, mi fé, mi esperanza

Al fin de una y otra injuria

Tornaranse en odio, en furia,

En sed de fatal venganza.

Cederte á otro hombre despues

De aguardarte un año entero,

Es imposible, prefiero

Verte sin vida á mis piés.

Con que elige bien, y aparta

Sueños de fé y de virtud :

O esta estrecha esclavitud,

Si antes de ella no se harta

Mi paciencia, ó con tu amor

Pagar voluntaria el mio;

Dejo el ser á tu albedrio

Tu galan ó tu señor.

El mundo es grande, Isabel;

Yo te idolatro, te adoro;

Con mi brazo y con mi oro

Buen lugar tendrás en él.

Y puedo hacértele tal

Cuando admitas mis promesas,

Que te envidien mil princesas

Tu régia pompa oriental.

Isab. ¿Habeis concluido?*Conde.* Sí.*Isab.* Pues vuestras ofertas todas

Cual la farsa de mis bodas

Serán miradas por mí.

Esta mañana rehusé

Llegarme al profano altar,

Y no habré de renegar

Esta noche de mi fé.

Nací entre peñas, crecí

De pobreza entre rigores,

Y amenazas ni clamores

Nada alcanzarán de mí.

Mi amor, mi fé, mi esperanza

Firmes á halago y á injuria

Sabrán despreciar tu furia

Y arrostrar tu vil venganza.

Oye pues : todo tu afan

Es en vano ; yo le adoro,

Y no vale todo tu oro

Un cabello de Don Juan.

Conde. ¿Esa es tu respuesta?*Isab.* Esa es,

Si : ¿despues de un año entero

Ser tuya? jamás : prefiero

Caer sin vida á tus piés.

Conde. Caerás, sí ; pero no esperes

Que así tu vida concluya,

Porque irá antes de la tuya

La de ese á quien tanto quieres.

Isab. Mi constancia y su constancia

En el bien como en el mal,

Siempre firmes por igual

Se mofan de tu arrogancia.

Conde. Veremos si tu entereza

A tanto heroismo alcanza,

O si cede la balanza

Al peso de su cabeza.

Isab. Me río de esa villana

Amenaza que te inspira

Quien te inspiró la mentira
Del papel de esta mañana.

Conde. ¡Necia! ¿mientas el papel,
Y aun conservas confianza?

Pues disipa la esperanza
Que concebiste por él.
Aprende lo que no sabes,
Y aprendiendo á conocerme,
Decidete á obedecerme
Y tu situación no agraves.
¿Piensas que al plazo faltó
Tu constante capitán?
No, burló todo mi afán;
Daba aun las doce el reloj
Cuando él acudió á la cita.

Isab. ¡Cómo!

Conde. Mas fía en su brio
El necio, y mi desafío
Admitió.

Isab. ¡Infamia inaudita!

Conde. De noche, y en despoblado,
Y solo prometió ir.

Isab. ¡Cielos!

Conde. Puedes presumir
Que habré mi gente apostado.

Isab. ¡Hombre vil!

Conde. Oyelo todo:
Mandé, haga ó no resistencia,
Que desde allí á mi presencia
Le traigan de cualquier modo.

Ahora, creas ó no creas
De grado lo que te digo,
De ello vas á ser testigo,
Y crearás cuando lo veas.

(*Oyese un clarín.*)

Oye; esa la señal es
Para franquear al rastrillo;
Ya están al pié del castillo,
Decidete pronto pues.

Y no te andes con pereza,
Porque juro ¡vive Dios!
Que eliges una de dos,
O mi amor ó su cabeza.

Isab. No puede mi alma con tanta
Increíble atrocidad:

Tu fría ferocidad,
Mónstruo pérfido, me espanta.

Conde. Esperé, callé y sufrí
Mientras el plazo se cumplía,
Y al castillo te traía
Sin dar sospechas de mí.
De hoy todo será traición,
Y ese vulgo que murmura
Creerá mansion de ventura
La que será tu prisión.
Mas suben, ya están aquí.

ESCENA III.

ISABEL, EL CONDE, JUAN.

Conde. ¡Hola! ¡eres tú!

Juan. Sí, yo soy.

Conde. ¿Traes al capitán?

Juan. Le traigo.

Conde. Ya lo ves. (A Isabel.)

Isab. ¡Cielos!

Juan, aparte al conde. Señor,

Echad ahora esos imbéciles
A moríos á un rincón,
Y pensad en lo que importa.

Conde. ¿Qué hay pues?

Juan. Huyamos, sino

Todo el valle á desplomarse
Va muy pronto sobre vos.

Conde. ¡Cómo!

Juan. De tropas y hogueras

Cercado está en derredor.

Conde. Tengo mi barco en la costa,
Que há dos días que fondeó
En esas rocas vecinas.

Juan. Mas ved que un enjambre son.

Conde. Serénate, Juan, no temas.

Que tal lo he dispuesto yo
Que por entre ellos pasemos
Como por un vidrio el sol.

Juan. No lo sé.

Conde. Habrá algunos tiros

Habrá un cadáver, ó dos;
Mas tras el primero á tierra
Saldrá mi tripulación,
Y habrá al mismo tiempo fuego
De babor y de estribor.

Tiempo há que he determinado
Salir de este boqueron,
Pero saldremos despacio,
Con botín y con honor.

Ve, Juan, que todo esté á punto
Para el despuntar del sol;
Mi barco aguarda esa hora.

Juan. Cumpliré mi obligación.

Mas de ese Don Juan, ¿qué hacemos?

Conde. Que aguarde un punto, vé.

Juan. Voy.

ESCENA IV.

EL CONDE, ISABEL.

Conde. Ya lo ves, está en mis manos;
Firme es mi resolución,
Y única; elige, Isabel,
O su cabeza ó mi amor.
No mas misterios, no mas
Disimulos ni ficción:
Necia honradez, medianía

Servil no te ofrezco yo.
 No una alquería en un valle,
 Y un olivar que agostó
 El abandono de un año,
 Y una lanza y un bridon
 Con un corazón voluble
 Que tal vez otra secó;
 No, yo te ofrezco un tesoro
 De libertad y de amor:
 Todo el imperio del mar
 Que rey ninguno acotó,
 Y donde soy con mi barco
 Mas grande que el rey mayor.
 Nada habrá que te se antoje
 Que darte no pueda yo:
 Si el mar te cansa, tierra
 Puedo darte, no un rincón
 Donde vivir olvidada,
 Sino el palacio mejor.
 La opulencia de los ricos,
 Del noble la ostentación,
 Y toda la altanería
 Del lujo fascinador.
 Si Europa no da á un valiente
 Acogida y protección,
 Un nuevo mundo en América
 Se nos abre ¡vive Dios!
 Allí está virgen la tierra
 Esperando á su señor,
 Y conmigo su conquista
 Dividirá el español:
 Que harto mi brazo y mi oro
 Valen en contra ó pro
 Para que no los acepte,
 O esclavo ó conquistador.
Isab. Basta, insensato, de ofertas
 Que solo quimeras son.
 ¿Crees tú que están mis oídos
 Insensibles á la voz?
 ¿Piensas que la de ese esclavo
 En ellos no resonó?
 Va á desplomarse, te dijo,
 Todo el valle sobre vos:
 Paldeciste al oírle
 Decir que un enjambre son,
 Y mi corazón oyéndolo
 De gozo se estremeció,
 Y firme, como la tuya,
 Es ya mi resolución.
Conde. ¡Pobre insensata! cual siempre
 Te engaña tu corazón;
 Mi barco tengo en la costa,
 Cuanto tengo de valor,
 Mis tesoros, mis secretos,
 En él se depositó
 Con cauteloso sigilo
 Y esquisita precaución
 A mi poder y á mi dicha

Solo me falta el amor;
 Una muger, que eres tú,
 Y sin la cual no me voy.

Isab. Primero que del pirata
 La opulencia acepte yo,
 Hágame un esclavo vil
 Pedazos el corazón.

Conde. Mira que á Don Juan sentencias.

Isab. A mi honra y á su valor
 Mejor nos está morir
 Que verme en tus brazos.

Conde. ¡Oh!

¡Un mundo entero no pudo
 Arrostrar mi indignación,
 Y hoy una débil muger
 Osa arrostrar mi furor!
 Piénsalo bien, cierva presa
 En las garras del león.

Isab. Piensa tú que de tu cueva
 Se apiñan en derredor
 Lobos que huelen la sangre
 De quien pavora les dió.

Conde. Mira que no hay esperanza.

Isab. Yo he puesto la mía en Dios.

Conde. Por última vez, ¿aceptas?

Isab. Por la vez última, no.

Conde. Sea, y culpate á tí sola
 De la suerte de los dos.
 Teneis de vida un minuto,
 Y aquí, este mismo salón
 Será de entrambos sepulcro
 O templo de nuestro amor.

Isab., de rodillas. El cielo que me dió
 fuerzas,

Para tal resolución,
 Hará que á cabo la lleve,
 O será mi protector.

Conde, con mofa. ¿Quién dentro de estas
 murallas

Podrá protegerte?

Elena, saliendo por la puerta falsa. Yo.

ESCENA V.

EL CONDE, ISABEL, ELENA.

(*Elena se coloca entre Isabel y el conde:
 Isabel continúa de rodillas*)

Conde. ¡Qué es esto, cielos! Elena.

Elena. Sí, bárbaro, Elena soy.

Conde. Espectro horrendo, ¿qué quieres?

¿Quién ante mí te evocó?

¿Porqué del sepulcro sales,

Enemiga aparición?

Elena. Deliras, Cain, deliras;

No soy un espectro, no.

Vivo, y me guarda tu estrella

Para ser tu salvación.

Conde. Mi bala no ha errado nunca.

Elena. Pues en la Cabrera erró.

Conde. ¡Sin duda estoy siendo víctima de una ¡esadilla atroz!

Elena. Acabemos de una vez,

Y sal, Cain, de tu error.

Ya no tienes en el mundo

Mas esperanza que yo.

Conde. ¡Tú!

Elena. Sí, todos te abandonan;

Mas si audaz resolucion

Tomas, aun puedes salvarte

fuyendo conmigo.

Conde. No.

Elena. Eso es lo que aun ofrecerte

Puede quien tuvo valor

Para vivir junto a tí

En escondido rincon

Dos años en este valle;

Si, quien te guardó hasta hoy

En vez de infame venganza

La fé de su corazon.

Y esto es lo que va á ofrecerte

Otro enemigo mayor

En este momento mismo

Y con igual condicion.

Conde. ¿Quién?

Elena. Don Juan.

Conde. ¡Necia! ¿Ese engaño

Crees que me infunde pavor?

Don Juan está en mi poder;

Y ahora mismo, al de mi voz,

Ante vuestros mismos ojos

Voy á ponerle.

(*Asoma Don Juan mientras Cain se dirige á la puerta contraria.*)

ESCENA VI.

DICHOS; DON JUAN, SALIENDO POR LA PUERTA SECRETA.

D. Juan. Aquí estoy.

Isab. ¡Don Juan!

D. Juan. ¡Isabel! (*Abrdzanse.*)

Conde. ¿Qué es esto?

D. Juan, viendo al conde. ¡Qué veo!

¡Dios vengador!

¡Mi padre!

Conde. ¿Ese hombre, es Don Juan?

D. Juan. ¡Noche de condenacion!

Yo soy Don Juan, soy Rodulfo.

¡Capitan, vuestro hijo soy!

Que sali de la Cabrera

Para infierno de los dos.

Conde. ¡Oh rabia!

Elena. ¿De la Cabrera?

D. Juan. Allí ese hombre me dejó.

Elena. Díome allí un mancebo amparo, Y una lancha salvacion.

D. Juan. ¿En la Cabrera?

Elena. Sí.

D. Juan. ¡Entonces

Ese mancebo soy yo!

Elena. Sí.

Conde. ¡Todo lo entiendo ahora!

D. Juan. Y yo tambien, ¡vive Dios!

(*Desesperado.*)

Yo tambien, que del destino

Bajo fatalismo atroz

He sido siempre el juguete

Desde la hora en que vi el sol.

Conde. (¡Oh dicha! pues el destino

A todos me los juntó,

De todos me libro á un tiempo.)

Rodulfo, tienes razon,

El uno en contra del otro

La suerte nos colocó,

Y es fuerza sacrificarse

Uno de ambos por los dos.

D. Juan. Partámonos uno de otro,

Padre, dejadme mi amor,

Y huid mientras tenéis tiempo

Y yo quedo tras de vos.

Si mi fuerza ó mis engaños

Os consiguen salvacion,

Para siempre separámonos,

Y que nos ayude Dios.

Elena. ¡Qué historia espantosa es esta

Que á mis zelos escapó!

Cain, tan negro misterio

No cabe en mi comprension.

¿Es hijo tuyo ese hombre?

Conde. Muger, cierra el labio.

Elena. No;

Fuerza es que se aclare todo

Este misterio de horror.

Conde. Pues bien, aclárese al punto,

Porque ahora mirando estoy

Que si ese es Don Juan, hay otro

Que su lugar usurpó.

¡Hola! traed á ese.

ESCENA VII.

DICHOS; JUAN, TOMAS, PIRATAS.

Juan. Aquí está.

Conde. ¿Quién eres tú?

Tom. Tomás soy.

Conde. ¡Gracias, fortuna! — Salid.

(*Vase Juan y los que con él han salido.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE, TOMAS, DON JUAN, ELENA,
ISABEL.

Conde. ¿Quién manda mi barco?

Tom. Yo.

Conde. ¿Está en la costa?

Tom. Está allí.

Conde. Y á buscarme vienes.

Tom. Sí.

Conde. ¿Para que partamos?

Tom. No.

Conde. ¿Cómo!

Tom. Escúchame, pirata;

Acabo á uno de matar

El bosque al atravesar.

Conde. ¿A quién?

Tom. A Pedro Zapata.

Conde. De un bribon nos has librado.

Tom. Sí, mas en otra ocasion

Conoci yo á ese bribon,

Y todo me lo ha contado.

Conde. ¿Y qué?

Tom. Por él supe allí

Que la única hija mia

Que encomendado le habia

Está en tu poder aquí.

Conde. ¿Tu hija!

Tom. Él hizo papel

De padre suyo en mi nombre.

Isab. ¿No era mi padre aquel hombre?

Conde. ¿Es hija tuya Isabel!

Tom. Sí.

Isab., arrojándose á sus brazos. ¡Padre!

Tom., *idem*. ¡Hija mia! Ahora,

Pirata, no mas doblez,

No mas ficcion; á tu vez

De Dios tu perdon implora.

Elena. ¿Aun hay mas misterios?

Tom. Sí.

Ya mi hija, mi afan logré,

Mi hija, que la causa fué

De mi silencio hasta aquí.

Veinte años há que te sigo

De tu barco en el encierro,

Veinte años que como un perro

Camino y duermo contigo

Por eso; ahora el dueño soy

De tu mas fatal secreto,

Y por verte en él sujeto

Héme afanado hasta hoy.

Conde. Guárdalo, esclavo, hasta el fin,

Como hasta aquí lo has guardado.

Tom. Mas de seis años forzado

Lo guardé en tu bergantin:

No, tú los lazos has roto

Con que á callar me obligabas,

Cain, cuando me dejabas

Esclavo de tu piloto.

Temistes que cuando en tierra

Saltara te venderia;

Pensaste bien, este dia

Llegó, que tanto te aterra.

¿Te acuerdas, feroz pirata,

De aquel horrendo abordage

Con que diste fin al viaje

De una peruana fragata?

Con vida tan solo allí

Quedamos un niño y yo.

Conde. ¿Y quién os la concedió?

Tom. Tú; pero ¿á qué precio, di?

Siendo parte de tu bando

Y los rayos de la ley

Con tu sanguinaria grey

Sobre nosotros llamando.

Te la compramos, ¡par diez!

Él con su fortuna entera,

Con su suerte venidera,

Yo con toda mi honradez.

Conde. Basta, traidor, basta ya.

Tom. ¡Lo que adivinas te espanta!

Conde. No saldrá de tu garganta

Lo que resta.

Tom. ¡Oh sí saldrá!

Conde. Primero que lo pronuncies

Tendrá cabo tu existencia.

¡Hola!

(*Va á salir, y Tomás, acudiendo antes que él á la puerta, pasa el cerrojo y se coloca delante de ella.*)

Tom. A toda resistencia

Es forzoso que renuncies;

No en vano á la fuerza apeles,

Tu barco al rey he vendido.

Conde. ¡Traidor!

Tom. Y le he remitido

Tu tesoro y tus papeles.

Conde. ¡Oh furia!

Tom. Y por conclusion

Envié escrita de mi mano

Del abordage inhumano

Una exacta relacion.

No hay pues para tí, Cain,

Ni remedio ni esperanza,

Que te aprestó mi venganza

En un cadalso tu fin.

D. Juan. Eso jamás, ¡vive Dios!

Mi padre le hizo el destino

Y yo le abrí camino,

O moriremos los dos.

Elena. Y antes que á trance tan cruel

Le lleve tan vil traicion,

Pisarán mi corazon

Para llegar hasta él.

Capitan por cuanto caro

Tengais en el universo,
Que en un trance tan adverso
No le dejéis sin amparo.
Habels en su compañía
Por largo tiempo vivido,
Su fortuna habels seguido,
Y por su sangre os queria.

D. Juan. ¡No por Dios! aunque me afrente
Su sangre no negaré.

(*Al conde.*)

Vuestro lugar tomaré,
Y mientras secretamente
Por ese oculto camino
Salís al campo los dos,
Yo me quedaré por vos
A arrostrar vuestro destino.
Tomad y huid.

(*Le ofrece su espada. Tomás se va á acercar. Don Juan se dirige á él con nobleza.*)

Tom. ¡Tente!
D. Juan, á Tomás. Atrás.

Si tú vengas tu opresion,
Yo cumplo la obligacion
Que hay en mi sangre, Tomás.

Tom. ¡Rodulfo!

D. Juan. Si das un paso
Para tocarle un cabello,
Tomás, por todo atropello;
Tente á tu vez, ó te abraso.

(*Con una pistola.*)

Isab. ¡Padre! ¡Don Juan!

D. Juan. Id, volad.

Tom. Pues bien, noble corazon,
Aprende la obligacion
De tu sangre en realidad.
No es la de ese mónstruo fiero
La que corre por tus venas,
No; él colgó en sus entenas
A tu padre verdadero.

D. Juan é Isab. ¡Oh, no es ^{mi} padre ese
hombre!

Tom. No. Abordó nuestra fragata
Y dejó de ser pirata
Con su titulo y su nombre.
(*El pirata lo oye todo con calma y fiereza.*)

D. Juan. ¡Ira de Dios!

Tom. Y ve aquí
La venganza que apresté;
Si, cuando en ella pensé
Pensé en tu padre y en ti.

D. Juan, volviendo la pistola que tiene en la mano al pirata. Cúmplase
pues... reza, infame,

Tu postrimera oracion.

Conde, presentando el pecho. Tira, aquí
está el corazon :

No creas, no, que reclame
Ni clemencia ni piedad
La fiereza del pirata,
Que no eres tú quien le mata.
Sino su fatalidad.

Tira : esa ha de ser mi suerte,
De una ó de otra manera;
Con que venga como quiera,
Nunca he temido la muerte.

Elena. Perdon, capitan.

Isab.

Perdon,

Don Juan.

Tom. Tente; á la justicia
Toca, y arguye malicia
¡Impedir su obligacion.

(*Se oyen voces dentro, y luz de antorchas por detrás de la ventana. Algunos tiros muy á lo lejos.*)

Conde. ¿Mas qué es esto?

Tom.

Ya lo ves,

Cercado el palacio está.

Conde. Mas mi gente lidiará,

¡Vive Dios!

Tom. Inútil es;
No se trata de batallas
Ni abordages, y aplicado
Habrán prontos de contado
Escalas á las murallas.

Juan, dentro. ¡Capitan!

Conde, asomando á la reja. ¿Quién va?

Juan, dentro.

Sali

Pronto, que ya los soldados
Tienen los puentes forzados
Y huye mi gente; venid.

Conde. Mis dueños sois, responded;
Mandad lo que os venga á tino;
Yo arrostraré mi destino,
Pero sin pedir merced.

Tom., á la reja. Rendíos á discrecion,
No hay mas remedio ni espacio,
Porque he vendido el palacio.

(*Voceria lejama.*)

Elena, de rodillas. Perdon, capitan, perdon;

Os hizo una injuria cruel,
Mas tambien os dió la vida,
Y me teméis prometida
La suya por Isabel.

¡Oh! teneis tiempo y favor;
Sed generoso, Don Juan;
No atropelleis, capitan,
Vuestra palabra y mi amor.

Conde. Alza y no ruegues, villana,
Y pues que tanto me quieres,
Vamos á ver cómo mueres
Como buena siciliana.

Elena. ¡Ah, rendios, capitan!
Veo que en vuestra nobleza

La ruindad y la grandeza
Luchando en silencio están.

D. Juan. No, no : él en su barco á mí
Guardóme y me protegió :
Con mal no he de pagar yo
El bien que dél recibí.
Sea : partid, por aquí ;

(Por la puerta secreta.)

Tal vez en la oscuridad
Podéis, la ermita ganad,
Y estad ocultos allí.
Si mañana ambos á dos
Vivís, un barco tendreis
Para que á la vela os deis.
Id, y que os ayude Dios.

Elena. ¡Oh! dejad que á vuestros piés...

D. Juan. Id, que me estais dando afán.

Conde. Gracias, y á Dios, capitán.

D. Juan. No os detengais.

Conde.

Vamos pues.

ESCENA IX.

DON JUAN, ISABEL, TOMAS.

*(Tomás quiere hablar. Don Juan le ataja
la palabra.)*

D. Juan. Tomás, ninguna objecion
Admito : cumplí y cumpliste :
Tú con mi padre, debiste,

Y yo con mi corazón.

No pensemos mas en él,
Y solo el placer gocemos
De ver que entrambos tenemos
Nuestra dicha en Isabel.

Tom. ¡Honra tamaña, señor,
A nuestra humildad villana!

D. Juan. Todo tu lealtad lo gana,
Todo lo iguala el amor.

(Ruido en el paso secreto.)

¡Mas qué ruido...! ¿volverá
Ese hombre? Llegan. ¿Quién va?

ESCENA ULTIMA.

EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS APARECE POR LA
ENTRADA DEL CAMINO SUBTERRANEO, SEGUIDO
DE ALGUNOS SOLDADOS CON ARMAS Y ANTOR-
CHAS.

Capitan.

Yo.

D. Juan. ¿Y quién de esa galeria
Os mostró el paso profundo?

Capitan. Un hombre que moribundo
Al pié de la cruz yacia.

D. Juan. ¡Oh! ¿y los hallásteis?

Capitan.

Los dos

Despechados resistieron.

D. Juan. ¿Se salvaron?

Capitan.

No, murieron.

D. Juan. ¡Ay! ¡Fué justicia de Dios!

LA GRAN COMEDIA
DE
EL CABALLO DEL REY DON SANCHO,
EN CUATRO JORNADAS.

PERSONAS.

DON SÁNCHO EL MAYOR, rey de Navarra.
LA REINA, su muger.
EL INFANTE DON GARCÍA.
DON RAMIRO.
GISBERGA.
DON PEDRO SESÉ, caballero mayor del rey.

ARJONA.
JUAN.
MELENDO.
SOLDADOS, CABALLEROS, PAGEES.
REYES DE ARMAS.
JUECES DEL CAMPO.
PUEBLO.

Año 1030 de N. S. J. C.

JORNADA PRIMERA.

Interior de un aposento de una casa rústica, que ocupa la mitad del escenario, cuyos adornos consisten en utensilios de caza. Este aposento tiene una puerta á la derecha y dos en el fondo; de estas dos la una es una alcoba, la otra es la salida y entrada. A la izquierda una ventana con reja de madera. La parte exterior del teatro figura la ladera de un montecillo, cuyo horizonte se cierra con montañas en que se abren varios senderos.

ESCENA PRIMERA.

GISBERGA, EN EL APOSENTO; JUAN, BAJANDO POR LA MONTAÑA.

Gisb. Ya va avanzando la noche,
Y fría y lóbrega cierra,
¡Y aun no vuelven...! pero siento
Pasos. ¿Quién es?

(Asomando á la ventana.)

Juan, desde fuera. Yo.

Gisb. Ya llegan.
(Abre Gisberga, y entra Juan con caza y perros.)

¿Y tu amo?

Juan. ¿Pues no ha venido?

Gisb. No.

Juan. Habrá alzado alguna pieza.

Gisb. ¿Mas dónde está?

Juan. Tras mí viene.

Le dejé junto á la peña
Del puente, donde los perros
Se nos plantaron de muestra.

Gisb. ¿Tan de noche y sigue rastro?

Juan. ¿Qué quereis! Si no le deja

La aficion. Djome al irse
Que á espacio á casa volviera,
Que de cerca me seguia;
Mas al pié de aquella cuesta
Le he esperado largo rato
Y ya creí que me hubiera
Adelantado tomando
Por el atajo.

Gisb. Pues, ea,
Que te ayude el africano
A descargar, y Teresa
Que apronte una buena lumbre.

Juan. Si por Dios, que ahora comienza
Una lluvia tan menuda
Que cala.

Gisb. Pues date prisa.

Juan. Allá voy. ¡Bien lo hemos hecho!
Molidas traigo las piernas.

ESCENA II.

GISBERGA, DON GARCIA.

(Don García baja por las montañas acercándose á la casa y dando instrucciones á los que le acompañan para lo que pasa en las escenas posteriores. Don García se adelanta solo.)

Gisb. ¡Tan tarde y solo en el monte!
Y ahora que anda tan revuelta
Navarra, y el rey ausente
Haciendo á los moros guerra.
Mas... sí... estoy sintiendo pasos...
El es... sin duda *(Mira por la ventana.)* se
acerca.

¿Eres tú?

Gar. Yo soy.

Gisb. Aguarda,
Que voy á abrirte la puerta. *(Lo hace.)*
Entra, amor mio... ¡Mas cielos,
No es él!

Gar. No, no es el que esperas
Tan afanosa y amante,
Pero es otro cuyas huellas
Solo traen rastro seguro
Cuando hácia tí se enderezan.

Gisb. Señor caballero, basta:
Basta de vanas protestas,
De un amor que simpatía
En mi corazón no encuentra.
Dos veces me habeis buscado,
Y dos veces por sorpresa
Habeis llegado hasta mí,
Aprovechando la ausencia
De las gentes de mi casa.

Gar. Aparta, serrana bella,
El ceño adusto, que entolda
Tus miradas hechiceras.
¿Qué haces entre los peñascos
De estas montañas desiertas,
Donde el sol de tu hermosura
Tan breve horizonte encuentra?
Ven, abandona conmigo
Estas paredes de tierra
Para habitar un palacio
Y ver á tus plantas puesta
Toda una corte ostentosa,
Toda la Navarra entera.

Gisb. Si no me enojaran tanto
Vuestras lisonjas molestas
A fé que reir me harían
Tan colosales promesas,
Porque tan grandes no fuesen
Si fuesen mas verdaderas.
Toda Navarra ¡ahí va poco!
¿Y á quién? ¡á una lugareña!

Gar. ¡Ay, serrana, que es tan falso
Tu pecho como tu lengua,
Y para enviar en palabras
Tus pensamientos á ella,
Lo que crees y lo que dices
Tu astuto corazón trueca!
¿Serrana tú? ¿tú villana?
Aunque ese sayal que llevas
Y esa toca te disfraza
En vano engañarme intentas.
Que no hay serrana que arome
Con tal cuidado las trenzas
Que en agujas de oro prendes,
Y acaso con nácar peñas.
Villana que en los arroyos
Se lava, y al sol espuesta
Y al aire libre ha pasado
Diez y nueve primaveras,
No tiene tan transparentes
Las manos á torno hechas.

Gisb. Tened las torpes palabras
Que me indignan y avergüenzan,
O alguno tal vez que puede
A la garganta os las vuelva.

Gar. ¿Quién, el jayan que allá dentro
Enciende la chimenea?
¿Con qué? ¿Tal vez con el látigo
Con que á los galgos encierra?

Gisb. ¡Caballero!

Gar. ¿O es el otro
Que de misterios se cerca,
Y aquí entre misterios pasa
Su misteriosa existencia,
Dando al necio vulgo pábulos
Para harto absurdas consejas?

Gisb. ¿Qué decis?

Gar. Lo cierto digo.
Toda la comarca entera
Ya de vosotros murmura
Y de vosotros se aleja.
La misma corte, Pamplona
Ya en vosotros tiene puesta
Su atención, y aseguraros
A mí me encarga la reina.

Gisb. ¡Cielos!

Gar. Ahora bien, hermosa,
Mi valor y mi nobleza
Me han colocado en Navarra
De la real familia cerca.
Yo te amo, y yo solo puedo,
Si no esquivas tal oferta,
Librarte de los peligros
Que sobre vos se aglomeran.

Gisb. Idos, señor caballero,
Y no os fatigüeis la lengua
En promesas ni amenazas
Que quien las oye desprecia.
Decís que los que habitamos

Esta marañada selva
 Damos al vulgo que hablar
 Y que temer á la reina;
 Pues bien, la reina y el vulgo
 Cuando les plazca que vengan,
 Cuando desvanecidas
 Tan injuriosas sospechas.

Gar. Mucho de tu causa fias;
 Mas ¿sabes que malas lenguas
 Por espías os delatan
 De los moros?

Gisb. ¡Tal afrenta!
 ¡Espías!

Gar. Tal lo murmuran;
 Y las nocturnas escenas
 Que dice que en este valle
 Pasan (que serán quimeras),
 Mas que ante el vulgo ignorante
 Que todo mal lo interpreta...

Gisb. ¡Qué!
Gar. De magos os acusan,
 De quirománticas ciencias
 Profesores ó secuaces...
 ¡Qué sé yo!

Gisb. ¡Dios nos proteja!
 ¡Espías y nigromantes!
Gar. Que son crímenes que llevan

A los unos á la horca,
 Y á los otros á la hoguera.
Gisb. Por Dios, señor caballero,
 Que patrañas tan groseras
 Los nobles y cortosanos
 Es imposible que crean.

Gar. Que aquí un espíritu habite
 Que impalpable se aparezca
 Bajo mil formas distintas
 Ya en el llano ya en la vega;
 Que aquí con otros espíritus,
 Nocturnas rondas emprendan,
 Y otras semejantes fábulas
 Que cuenta la chusma crécula,
 No puede creerlo nadie
 Que cinco sentidos tenga;
 Mas ¿quién en vuestros encantos
 No creará si á ver llega
 Los poderosos hechizos
 Que atesora tu belleza?
 ¿Qué mas filtro que tus ojos
 Que filtran y que penetran
 Los corazones mas duros
 Que entre sus rayos se queman?

Gisb. Idos, caballero, idos;
 Vuestro amor, vuestras ofertas
 Ni puedo admitirlas yo,
 Ni á poder, las admitiera.
 Idos por Dios, caballero;
 Que estoy temiendo que vuelva
 Quien puede de estas palabras

Pedirnos á entrambos cuenta.
 Salid de aquí.

Gar. En vano trazas
 Una inútil resistencia,
 Un solo criado en casa
 Tienes, y la casa cercan
 Quienes de ese otro que dice
 Sabrán defender las puertas.

Mira.
(La hace mirar por la ventana y ver los monteros que rodean la casa.)

Gisb. ¡Gran Dios!
Gar. Y si viene
 Le prenderán... con que piensa
 Que tengo mucho poder,
 Que traigo gente resuelta,
 Que te amo, y que has de ser mía
 Por voluntad ó por fuerza.

Gisb. ¡Cielos, quién es este mónstruo
 Que así ultraja la inocencia
 Y los respetos mas santos
 Tan sin pudor atropella!
 ¿No hay quien contra tí me ampare?

Gar. No; no hay nadie; en vano esperas
 Que en el que fias te escuche
 Ni á darte socorro venga,
 No; que aunque ese hombre no diese
 Cual da á la corte sospechas
 Con su misteriosa vida,
 Por quererte la perdiera.

Gisb. Primero habrás de matarme
 Que yo en seguirte consienta.

Gar. Pues bien, si no vas amante,
 Te arrastraré prisionera.
(Va á volverse para salir, y por una de las puertas del fondo aparece Don Ramiro.)

ESCENA III.

DON GARCIA, DON RAMIRO, GISBERGA.

Gisb. ¡Ah!
Gar. ¡Santo Dios!
Ram. Buenas noches.

¡Hola! bien venido sea
 El príncipe don García
 A mi misera chozuela.

Gisb. (¡El príncipe!)
Gar. (Me conoce.)

Ram. Pero parece que os deja
 Mi llegada algo turbados.
 ¿Qué, os enoja mi presencia?
 Vaya, perdonad por hoy,
 No es justo que al raso duerma
 Teniendo casa... ¡mal rayo!
 ¡Y ahora que zaracea!
 ¿Mas qué mil diablos tenéis?
 ¿Os habeis vuelto de piedra?

Es, señor, animaos,
Que aunque no son mis riquezas
Mas que de vasallo, aun puedo
Ofreceros cama y mesa
(A Gisberga.)

Di á Juan que abrevie, que el príncipe
Pasó la jornada entera
Cazando, y tendrá apetito...
(Y á presentarte no vuelvas.)

ESCENA IV.

DON GARCIA, DON RAMIRO.

Ram. ¿Y en qué pensais?

Gar. ¿Por dó entrásteis?

Ram. ¿No lo visteis? por la puerta.

¿O juzgais que sea brujo
Que entro por las chimeneas?
Ya sé que el vulgo lo dice,
Pero, ¿yo...? ¡vaya una idea! (Riéndose.)

Gar. Acabemos de una vez,
¡Voto á Dios!... quién quier que seas...

Ram. ¡Esta es mejor! ¿estais loco?

¡Pues me gusta la manera
De pagarme el hospedage!
¡Bah! dejad la espada quieta,
Y cenemos en sosiego,
Que es lo que nos interesa.

Gar. (No sé qué es lo que me pasa :

¡Jamás vi tanta impudencia!)

Ram. Con que ¿qué hay nuevo en la corte?

¿Qué es lo que se sabe en ella
De Don Sancho vuestro padre?

¿Avanza mucho en la guerra
Con los moros?

Gar. Los navarros
Siempre en las campañas llevan
Lo mejor, y hombre es mi padre
Ante quien calla la tierra.

Ram. Bien dicho, ¡viven los cielos!
(Sacan en un canastillo platos, manteles, etc.)

Pero aquí está ya la cena,
Y pues que viene á propósito
Vaciamos una botella,
Con un brindis á Don Sancho
Y á su pronta y feliz vuelta.

(Llena las copas y le ofrece una.)

Tomad.

Gar. Yo no bebo.

Ram. ¿Cómo!

Mirad que asi las sospechas
Corroborais de quien dice
Que esperais con impaciencia
La muerte de vuestro padre
Para heredarle la hacienda.

Gar. ¡Villano!

Ram. Bebed entonces,
Y brindemos porque vuelva.

Gar. No bebo nunca.

Ram. Esta es otra :

¿Pues qué hacéis en esas fiestas
Y en esas órgias en que
Pasais las noches enteras?
¡Bah! ¡bah! tomad esa copa
Y sin recelo bebedla,
Que no es mano de traidor,
Señor, quien os la presenta.

Gar. Hablemos de una vez claro,
Que siento que mi paciencia
Se va menguando, y escuchame.

Ram. Hablad.

Gar. Quién quiera que seas,

Ya hombre vulgar como todos,
Ya ministro de esa ciencia
Diabólica y misteriosa
Que lo escondido penetra,
Siquiera fueres el mismo
Espíritu de tinieblas,
Hombre soy en cuyo pecho
Ningun vil temor se alberga,
Que he nacido en régia cuna
Y sangre de rey me alienta.
Cómo he venido á esta casa
Y á qué no creo que deba
A tus ojos esconderse,
Y esas ambiguas maneras
Que usas conmigo intenciones
Recónditas manifiestan.
Pues bien, de una vez declárate,
Que á mí nada me amedrenta
Cuando en la ocasion me encuentro.

Ram. ¡Bah! todo eso es bagatela.

Aquí estais en vuestra casa,
Aunque os roa la conciencia
Al acordaros del modo
Con que habeis entrado en ella.
Pero eso no os dé cuidado.
Si os pareció hermosa Elena,
Si á galantearla vinisteis,
Si os rechazó esquivá ella,
Todo eso es muy natural
Y no sale de las reglas :
Vos ignorábais que es de otro
Y ella ignoraba quién érais.
Y en cuanto á esos temores
Que parece que os inquietan,
Sobre quién soy ó quién no,
Solo son vanas quimeras.
Confieso que hago una vida
Montaraz en estas peñas,
Y que á veces tengo antojos
Tan raros y tan diversas
Costumbres de las que suelen

Los hijos de Adan y Eva,
Que tiene razon el vulgo
Cuando me hace en mil consejas
El héroe misterioso,

Y el poder que las maneja.
Mas veo que estais inquieto
Y que volveis con frecuencia
Los ojos á esa ventana.
¡Ah! ya caigo, bajo de ella
Habeis la gente apostado
Para que os guarde la puerta.
Bien hecho, pero si os place,
Mandaré que en mis paneras
Les alojen, que hace frio
Y ningun peligro altera
La comarca. ¿Juan?

Juan, saliendo. ¿Señor?

Ram. A esos que allá bajo esperan
Hospedage da y regalalos
Con todo cuanto apetezcan.

Gar. ¡Cielo santo! ¿qué hombre es este?

Mas disimular es fuerza,
Pues tanto en sí no podria
Fiar si solo estuviera.)
Gracias, huésped, mas son muchos
Y os van á causar molestia...

Ram. Nada de eso.

Gar. A mas ya es tarde

Y en esa vecina aldea
Nos esperan los caballos
Y monteros.

Ram. ¡Qué simpleza!

¿Ir atravesar el valle
Con una noche como esta?
No, no, aquí la pasareis,
Y mañana cuando vuelva
El claro sol, todos juntos
A la corte iremos. Ea,
Remitid pues los cumplidos
Y sentaos. Nada alegre
Ni entona mejor á un hombre,
Que un par de viandas recias
Y un par de sabrosos tragos
De pura sangre de cepa.

Gar. Sea; porque ¿cómo, huésped,
Despreciar tales ofertas
Con mala cara? Escanciad
Y brindo á vuestra franqueza,
Y á los ojos de esa hermosa,
Sea de vos lo que sea...

Ram. Sí, sí, bebamos en tanto
Que se pasa la tormenta,
Y con la copa en la mano
La mañana nos sorprenda.
Bebed, y el ceño severo
Desembozad.

Gar. Sí por Dios,

Que veo, huésped, en vos
Un bizarro compañero.

Ram. Dispuesto á cuanto gustéis,
Sea de paz ó de guerra.

Gar. Fama por toda esta tierra
De gran corazon teneis.
Dicen que en estas montañas
No hay quien os resista un bote,
Ni fiera á quien no acogote
Vuestro puño.

Ram. ¡Bah! patrañas.
No niego que soy osado;
Y cual veis recio y fornido,
Jamás me he visto vencido
Cuando á refirir me han sacado.
Pero no habéis de ello vos.
¿Con justador tan famoso
El jayan mas vigoroso
Qué tiene que ver?

Gar. ¡Por Dios!
Que á ser como bravo noble
Y príncipe cuál vasallo,
Ginete en un buen caballo
Y con buen lanzon de roble,
En cierta fiesta que espero
Dar muy pronto, me holgaria
Teneros de parte mia
Como al mejor caballero.

Ram. Lo siento de corazon,
Mas es lo posible.

Gar. Me pesa.

Ram. Me he metido en otra empresa
De mas especulacion.

Gar. ¿De mas? Ignorais la mia.

Ram. Yo nada ignoro, señor.

Gar. Esto salvo.

Ram. Es un error
Que padeceis, Don García.

Gar. Yo no creo á ningun hombre
Con sobrehumano poder,
Y mal podeis vos saber
Lo que aquí aun...

Ram. No os asombre;
Bien sé que con tanta maña
Conducís vuestros secretos,
Que aun los que están mas sujetos
En la red de su maraña
Su parte saben no mas;
Y aun que á soltarse llegar
Cualquier nudo, no soltara
El nudo de los demas.
Y está bien; pues de este modo
Contais seguro vivir.
Mas ¿no hais oído decir
Que el diablo lo sabe todo?

Gar. ¡Voto á...!

Ram. ¡Bah! no os enojeis
Si en vuestro secreto os hablo,

Es porque al cabo del diablo
Ocultarlo no podeis.

Parece que esto que os digo
Algo en vuestro ánimo influye,
Mas el vulgo me atribuye
Clerto prestigio... ¡ay amigo!
El diablo es gran personage;
Y en todas artes maestro
No hay humano que en el diestro
Ni en lo sabio le aventaje.
Mas ya es hora de dormir,
En lo dicho medita
Y consecuencia sacad
De aquí para el porvenir.
En esta alcoba teneis
Blanda cama; si quereis,
Dadme hora en que se os dispierte
Para partir á Pamplona.

Gar. Enviadme á Lucas de Arjona,
Y yo haré con él de suerte
Que sin que se os incomode
Yo esté servido, y mi gente
Esté á hora competente
Pronta á lo que me acomode.

Ram. Voy á enviárosle, señor.
Dios os guarde.

Gar. Él os asista.

Ram. (No te perderé de vista.)

Gar. (No te escaparás, traidor.)

ESCENA V.

DON GARCIA.

¿Quién es este hombre, gran Dios?
¿Será cierto que penetre
Mis ocultos pensamientos?
Imposible: finge, miente.
Mis secretos han vivido
Dentro de mi pecho siempre,
Y nadie hay que por mi boca
Sepa mas de lo que debe.
Mas por Dios, que sus misterios
Ciego y confuso me tienen,
Y sus palabras me abisman
En mil varios pareceres.
Que me conoce está claro,
Que me respeta parece.
Mas tanto en sí mismo fia
Que no sé de él lo que piense.
No, imposible; nada sabe.
Sospechas tal vez tan débiles
Serán, que de conjeturas
No han de pasar... y me advierte
Que sabe mucho... me cita
La destreza con que siempre
Me conduzco... ¡eh! frase ambigua
Con que sondarme pretende.

¡Bah! cree sin duda que yo
Al vulgo crédito preste
Y por el diablo le tome.
¡Mas, juro á Dios que le pese!
¡Ay de él como entre mis manos
A dar por fortuna llegue!
Todo su infierno y sus magias
Contra mí no han de valerle.
Sí, fuerza es de todos modos
De tal hombre deshacerse,
Si ignora por lo que intenta,
Si sabe por lo que puede.
¡Mas tarda Arjona...! Si acaso
No me le envía... ¡ah! ya viene.

ESCENA VI.

DON GARCIA, LUCAS DE ARJONA.

Gar. ¿Qué es esto, Arjona?

Arj. Señor? ¿Qué es esto,

Gar. Lo ignoro á estas horas.

Arj. Y yo tambien.

Gar. Ese huésped

Con tanta doblez se porta,
Que aun me mantiene indeciso
Entre el temor y la cólera.
¿Y mis monteras?

Arj. Lo mismo
Que vos. Han pasado cosas
Allá bajo, que del vulgo
Las habillitas corroboran.

Gar. ¿Cómo...? ¡qué dices!

Arj. Parece que cartas toma
En el juego de esta noche.

Gar. ¿Pues qué pasa?

Arj. Es una historia.

Gar. Habla, sepámosla pronto
Y evitemos...

Arj. Ante todas
Cosas, señor, es preciso
Que sepais, que con faz torva
Cuando hácia aquí me condujo
El huésped, me dijo: « Arjona,
Si en algo estima tu vida,
Dile á tu amo que en todas
Las paredes de esta casa
Ojos, oídos y bocas
Hay, que ven, oyen y cuentan
Lo que entre ellas pasa. »

Gar. ¡Hola!
Pues en cuenta lo tendremos.
Lucas, por si acaso, ronda
Por esos cuartos vecinos,
En todas las puertas dobla
Los pasadores; en esa

Antesala las dos hojas
 Cierra de la puerta, mientras
 Yo voy á ver si en esta otra
 Hay salida o escondite,
 Y luego se hará en la alcoba
 Igual registro, veamos.
 (*Don García y Arjona entran y salen,
 Don García por la derecha, y Arjona
 por el fondo.*)

Arj. Aquí hay una puerta sola
 Sin mas ventana ni almarío
 Ni trasto que se interponga :
 La pared lisa y no mas.

Gar. Lo mismo pasa en esta otra
 Cámara : ni en esta alcoba
 (*La del fondo derecha.*)

Tampoco hay nada, habla pues,
 Ya estamos, Lucas, á solas.
 Y cercado este aposento
 De cámaras espaciosas
 Y solitarias, no hay miedo,
 Con que siéntate, y di, Arjona.

Arj. Pues atendeme, señor :

Tenia yo con mi tropa
 Toda esta casa maldita
 Circundada á la redonda,
 Cuando salió de ella un hombre
 Y enderezó á mi persona ;
 Dijome que vos pasábais
 La noche aquí : en una copa
 Como un pilon de una fuente
 Nos hizo echar una ronda.
 Despues nos condujo él mismo
 A una casucha á esta próxima
 Diciendo que allí tendríamos
 Que cenar con vuestras sobras,
 Pues tal era vuestra orden.

Gar. ¡Cuerpo de tal! de mi propia
 Boca debiste venir
 A tomarla.

Arj. Esa fué cosa
 Que me ocurrió, mas no pude
 Ponerla, señor, por obra.
 Me sentaron á la mesa,
 Trajeron con que hacer boca,
 Y el que hacia de anfitrión
 No me dejó á sol ni á sombra.
 Yo ya intenté á la deshecha
 Colarme por una y otra
 Cámara, mas él siguióme
 Como sirviéndome. Sorda
 Desde entonces la sospecha
 Me royó el alma. Asi toda
 La casa anduvimos ambos
 Y á nadie topé : — una olla
 De agua al fuego vi no mas
 En la cocina, y seis lonjas
 De jabali en las parrillas

¡Para cuarenta! ¡gran cosa!
 ¡Mas juzgad de mi sorpresa
 Cuando vi que una tras otra
 Sirvieron ricas viandas
 Y buen vino en tazas hondas!
Gar. Es que tendrán las cocinas
 En otra parte.

Arj. Es que ahora
 Viene lo mejor. La mesa
 Nos la servia una moza
 Como un sol.

Gar. ¡Pues gran pedrada!
Arj. Mas como las licenciosas
 Lenguas de vuestros monteros
 Al momento se desembocan,
 Empezaron á hacerse agua
 Con la niña.

Gar. ¿Y vergonzosa
 Se os escabulló?

Arj. Y aquí entra
 Lo mas negro de la historia.
 En su lugar á servirnos
 Entró bajo horrible forma...

Gar. ¿Alguna vieja?

Arj. Peor :
 El mismo diablo en persona :
 Un etiope, con la cara
 Mas oscura que la sombra.
 Quedámonos como piedras,
 Pues nos trajo á la memoria
 Las consejas que se cuentan
 De esta casa ; mas Luis Torras,
 Que tiene un vino insolente,
 Y un alma como hay muy pocas,
 Le preguntó por la chica.

El etiope, á la boca
 Se llevó la luz, y abriéndola
 Nos mostró las fauces rojas
 Mas sin lengua. — En esto el hués
 Entró, y héme aquí.

Gar. Me asombra
 Tu relato tanto mas
 Cuanto que aquí he visto cosas
 Que me dan que sospechar
 Alguna traicion, Arjona.

Arj. ¡Cómo!

Gar. Al instante es preciso
 Que de esta casa salgamos,
 Y á sus dueños sorprendamos.

Arj. Mas sin que demos aviso
 A la gente...

Gar. ¿Es muy distante
 Donde se aloja?

Arj. Si fuera
 Posible que yo saliera
 De aquí, todo era un instante.
 Están en unas paneras
 A este edificio contiguas.

Gar. Bueno : á tus mañas antiguas
Vuelve. ¿Escalador no eres?
Arj. Me llevaba en su partida
 Vuestro padre en los asaltos.
Gar. Ea pues, mayores saltos
 Habrás dado en esta vida.
 Salta por esa ventana.
Arj. Pero, señor, ¿y la reja?
Gar. Es de palo, y está vieja. (*La rompe.*)
 Ya está rota, tierra gana
 En cuanto afirmes el pié,
 Y ven con mi gente á mí.
Arj. Pero ¿y vos?
Gar. Tranquilo aquí
 Vuestra vuelta aguardaré.
 Que es muy astuto el patron,
 Y es fuerza que le imitemos
 Si salir bien pretendemos.
Arj. Príncipe, teneis razon.
Gar. Si vuelves, los mas bizarros
 Mete por aquí conmigo,
 Queden los demas contigo,
 Y ¡Cristo con los navarros!
Arj. Voy pues.
 (*Baja por la ventana, Don Garcia le ayuda.*)
Gar. Arjona, con tiento.
 (*Aparece Don Ramiro por el fondo, derecha.*)

Arj. Soltadme; ya estoy seguro.
Gar. Vé, que con el huésped juro
 Que he de hacer un escarmiento.

ESCENA VII.

DON GARCIA, DON RAMIRO.

Ram. Decidlo bajo.
Gar. ¡Gran Dios!
 ¿Vos aquí?
Ram. Viéndolo estais.
Gar. Mas ¿cómo? ¿por dónde entráis?
Ram. Por dónde no es para vos.
 Tratáis de iros, Don Garcia,
 En buen hora, libre os dejo,
 Mas escuchadme un consejo
 Que os interesa á fé mia.
 Hay un hombre que os espia,
 Que sabe cuanto intentais,
 Que os escucha cuando hablais,
 Que cuanto pensais sorprende:
 Que os penetra y os comprende,
 Aun lo que á solas soñais.
 Mirad pues lo que emprendéis,
 Porque si no andais con tino,
 En vuestro mismo camino
 Es fuerza que os le encontréis.
 Ya sé que á nadie teméis,

Que alienta sangre real
 Vuestro valor proverbial;
 Mas mirad que hay experiencia
 De que es la mala conciencia
 El contrario mas fatal.

Gar. Pues conoces mi valor
 Y estás viendo que te escucho,
 Verás que no temo mucho
 Tu vaticinio impostor.
 No, no me infunden pavor
 Las estrañas aventuras
 De que con artes oscuras
 Me has hecho el juguete aquí,
 Pues cuanto sepas de mí
 No serán mas que imposturas.

Ram. ¿Queréis que hora á hora os cuente
 Cuanto hoy por vos ha pasado?

Gar. ¡Bah!

Ram. Pues bien: ¿no habeis estado
 Hoy en la ermita del puente?

Gar. Sí.

Ram. ¿No habeis á vuestra gente
 Puesto y dia señalado?

Gar. Sí.

Ram. ¿No enviásteis á cada uno
 Un emisario diverso
 Para que en un caso adverso
 No lo pierda todo alguno?

Gar. Sí.

Ram. ¿No es la última señal
 Para que rompan la valla
 El caballo de batalla,
 Y el paramento real
 De vuestro padre?

Gar. ¡Ah!

Ram. Si en él
 Salis ginete á pasearos,
 ¿Al volver no han de aclamaros
 Rey de Navarra?

Gar. Sí.

Ram. Y fiel
 Vuestro bando á estas señales,
 ¿No estará en tranquilidad
 Si salis por la ciudad
 Sin los paramentos reales?

Gar. Sí.

Ram. Y la reina vuestra madre,
 Que es quien os estorba solo,
 ¿No acaba de ser con dolo
 Acusada á vuestro padre?

Gar. ¡Cielos!

Ram. ¿De un crimen horrible,
 De adulterio?

Gar. ¡Santo Dios!

Ram. Y el acusador sois vos...
 Que me parece increíble.

Gar. Sí, todo es cierto

Ram. ¡Par diez!

En ese caso, señor,
Estudiad para otra vez
Vuestro papel de traidor.

Gar. Pesadilla, espectro, ú hombre
Que mis secretos mas graves
Cual yo mismo lees y sabes...
¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

Ram. ¿Confesais que cuanto os hablo
Es la verdad, Don García?

Gar. Sí.

Ram. Pues soy desde este dia
Vuestro ángel ó vuestro diablo.

Dó quiera tras vos iré,
Uniré á vos mi destino,
Vuestro malo ó buen camino
Diablo ó ángel seguiré.

Gar. ¡El diablo! invencion grosera,
Que solo en el vulgo cabe;
Mas oye, quien tanto sabe,
Fuerza es que me mate ó muera.
Nadie me amedrenta, no;
Puedeme el diablo vender
Y aquí el diablo ha de caer
O aquí bajo él caeré yo.

Ram. Tened : caerá uno sí,
Mas advertid, Don García,
Que ni hoy ha de ser el dia,
Ni el sitio ha de ser aquí.
Por esa noble matrona,
Tiempo vendrá en que lidiemos,
Y uno de los dos caeremos.

Gar. Cúbrete pues.

(Con la espada en la mano.)

Ram. No, en Pamplona.

(Don Ramiro al fin de esta escena se habrá
ido retirando al fondo hácia la puerta
por donde salió, la cual cierra de re-
pente, dejando á Don García solo en
la escena. Al mismo tiempo sale por
fuera de la casa Arjona con monteros
y caballerizos, con armas y antorchas.
Don García se abalanza á la puerta
por donde entró Don Ramiro, y Arjona
sube al mismo tiempo por la ventana,
y varios tras él.)

ESCENA VIII.

DON GARCIA, ARJONA, MONTEROS.

Arj., entrando por la ventana. Señor.

Gar. A mí, Arjona, á mí.

Arj. ¡Sús pues! arriba.

Gar. Seguro

Le tengo aquí, y yo le juro
Que le he de matar aquí.

Arj. Dad... dad...

(Se agolpan á la puerta golpeándola.)
Cede... Cayó ya.

Gar. Traedme pues á ese traidor.

Arj. Aquí no hay nadie, señor.

(Entra y sale.)

Gar. ¡Cómo!

Arj. Vedlo, aquí no está.

Gar. ¡Ira de Dios! ¡Con tal juego

Pretende causarme asombros!

Toda la casa en escombros

Tornaré. — Pegadla fuego.

Arj. ¡ Señor!

Gar. Silencio, menguados :

Esas teas, arrinadla

Sin replicar; incendiadla

Por todos cuatro costados.

Fuera pues : pronto. Cercadla

La casa ; si se presenta

Atadle por buena cuenta,

Mas si resiste, matadle.

(Pegan fuego á la casa, salen y la cercan
en derredor.)

Veremos si trampantojos

Le valen : ó ha de salir

O aquí dentro va á morir

Con las ascuas á los ojos.

JORNADA SEGUNDA.

Salon del palacio de Don Sancho en Pamplona ;
puerta en el fondo ; ventana á la derecha, puerta
á la izquierda.

—

ESCENA PRIMERA.

DON GARCIA, DESPUES ARJONA.

Gar. Ya va la mañana entrando
Y aun no parece ese hombre.

Arj. Señor...

Gar. ¡Ah! gracias á Dios.

¿Cómo estamos?

Arj. Como anoche.

Desplomáronse uno á uno

Los tostados paredones.

Gar. ¿Y qué?

Arj. Nadie ha parecido;

Con que quedan los traidores

Debajo de los escombros

Como bajo siete montes.

Gar. ¿No hay pues temor?

Arj. No hay ninguno.

Gar. ¡Ay! una losa de bronce

Me quitas del corazon :

Somos salvos.

Arj. Se supone.

Nadie salió de las llamas,

Ya lo visteis; desde entonces
Doblé las guardias en torno,
Y ahora los muertos tizonas
Revuelve la gente nuestra
De Luis Torras á las órdenes.

Todo lo están registrando,
con todo cuanto logren
es mandé venir al punto.

Gar. Bien, Lucas.

Arj. ¡Vaya una noche!

Josa de magia parece.

Si viérais cuántos sudores

Me costó hacerlos que entraran

A revolver los carbonos!

Todavía se temían

Que aquel espantoso etiope

De los escombros se alzara

Con su amo dando mandobles.

Gar. ¡Mas si se salvó!

Arj. Imposible.

La casa encima cayóle,

Y él, viéndose descubierto,

Allí achicharrar dejóse

Por no dar en nuestras manos.

Gar. ¡Ojalá!

Arj. Dios le perdone.

¿Mas tanto ese hombre estorbaba?

Gar. Era muralla de bronce

Puesta á mi paso : mis planes

Exactamente conoce.

Arj. ¿Cómo?

Gar. Todos me los dijo.

Arj. Si él era solo, temores

Vanos desechad del alma,

Y no receleis que torne.

Allí yacerá enterrado

Entre los negros terrones,

Como un raposo á quien ciegan

Su cueva los cazadores.

Gar. Arjona, todo lo temo

De aquel maldito.

Arj. Aprensiones,

Señor; los muertos no vuelven

Al mundo mas.

Gar. Me corroen

El corazon hasta ahora

Desconocidos pavores,

Y... Arjona, ya no hay remedio;

Fuerza es que hoy mismo se logre

O se pierda todo. Tú

Sé el escondido resorte

Que mueva toda la máquina

De mis proyectos. Vé, corre,

Busca á los que en ese escrito

Llevan marcados los nombres,

Que estos buscarán á otros,

Y estos á otros, y el golpe

Será seguro; vé y díles

Que treguas ni dilaciones

No hay ya; que hoy es nuestro día,

Y ya la seña conocen :

El caballo de batalla

De mi padre.

Arj. ¿Y si se opone

Don Pedro Sesé?

Gar. ¡Oponerse!

Arj. Como está solo á sus órdenes

La caballeriza real,

Y al partir recomendóle

Mucho el rey ese caballo,

Es muy fácil que os lo estorbe.

Cambiad la seña.

Gar. No hay tiempo.

Ya imposible es que trastorne

De la concertada empresa

Las señales ni las voces :

Fuera arriesgarse por poco,

Y pueden algunos torpes...

No, están en lo del caballo,

Y temo que se malogre

Si los mudo la señal.

Arj. Mas si ese viejo de bronce

Os rehusa...

Gar. Está previsto :

De mi padre espero órden

De prenderle con la reina.

Arj. ¿Cómo?

Gar. De un crimen enorme

Son reos.

Arj. ¿Pero eso es cierto?

Gar. Eso no te corresponde

Averiguar : obedéceme

Sin meterte en mas cuestiones.

Arj. Señor...

Gar. Si Sesé se obstina,

Sin aguardar á la órden

De mi padre los acuso

En público, y acabóse.

Ea pues, de aquí á una hora

Que todo, Arjona, se apronte.

Arj. Asi se hará.

Gar. Corre pues,

¡Y el diablo con los mejores!

ESCENA II.

DON GARCIA.

Sí, acabemos de una vez.

Ello es gran temeridad,

Mas quedarse en la mitad

Es mayor estupidez.

Ser á un tiempo acriminado

De rebeldé y de impostor

Por haberlo sin valor

Decidido y no logrado,

Es mengua para quien soy.
 Si me es contraria la suerte,
 Y en vez del trono á la muerte
 Caminando á oscuras voy,
 Sea por mala fortuna,
 Que no por falta de brio.
 Mas si al fin el triunfo es mio
 Y la ocasion oportuna
 Logro aprovechar, ¡pardiez!
 Siempre es la causa mejor
 La causa del vencedor...
 Sí, acabemos de una vez.

ESCENA III.

DON GARCIA, DON PEDRO SESÉ.

Ped. ¡Hola, vos aquí ya!

Gar. Buen caballero,

Don Pedro de Sesé, muy bien venido.

Ped. Anoche...

Gar., interrumpiéndole. Sí, cogíome el aguacero

En el monte.

Ped. ¿Y en dónde habeis dormido?

Gar. En casa de un labriego.

Ped. ¿Compensado

Tal molestia le habeis?

Gar. ¡Oh! se supone.

Ped. Vuestro padre es en eso...

Gar., interrumpiéndole. Harto estremado.

Ped. Bueno es que á un rey lo liberal le abone :

Vale mas por afable ser querido

Que por severo y sin piedad temido

Gar. Y á propósito de ello, ¿qué noticias hay de mi padre?

Ped. Como siempre, buenas :

Las estrellas le son siempre propicias,

Y se lleva las huestes agarenas

Por delante.

Gar. ¿Y no hay mas?

Ped. ¿Poco os parece?

Gar. Yo no sé dónde oí...

Ped. ¿Qué?

Gar. Que en los reales

De día en día el descontento crece

Por yo no sé qué nuevas...

Ped. Muy fatales

No serán, pues vencemos.

Gar. De esta tierra

El rey las recibió, no de su guerra.

Ped. De esta tierra ¿no sé...?

Gar. Lenguas villanas

Le pusieron acaso descontento

Con vuestro gobernar.

Ped. Calumnias vanas.

La reina y yo podremos al momento
 Cuentas sin tacha dar.

Gar. ¿Cuentas... de todo?

Ped. De todo, ¡vive Dios! ¿quién tiene
 duda?

Soy Don Pedro Sesé...

Gar. Mas de ese modo

No os irritéis, que esa ira al vulgo ayuda

A creer, que pues tanto os acalora

La duda nada mas, poco os escuda

La inocencia.

Ped. Lo sé.

Gar. Y decidme ahora,

¿Cómo acudís tan pronto á este palacio?

Ped. Despacha aquí la reina mi señora.

Gar. ¡Oh! ¡pues no lo tomáis poco des-
 pacio!

Ped. Caballero, ese tono...

Gar. Caballero,

El vuestro me incomoda, y de hoy presente
 Tened que soy el príncipe.

Ped. Primero

Vos recordad que vuestro padre ausente

Su real autoridad dejó en mi mano.

Gar. Mas no os dejó, ¡pardiez! por ayo
 mio,

Ni sufriré jamás que un cortesano

Con orgullo me trate ó con desvío.

¿Lo entendéis? del gobierno los negocios

Despachad con la reina si esto os toca,

Placer buscadla, entretened sus ocios,

Mas, Sesé, en cuanto á mí cosed la boca.

Ped. No os comprendo muy bien : mas
 temo acaso

Que una sospecha injusta en contra mia

Os anima. Si he dado algun mal paso

Que marcárais en qué desearia.

Tal vez remedio tenga.

Gar. Basta.

Ped. Espero

Que pues nunca cual hoy me habeis hablado,
 Sabreis...

Gar. Ya basta, digo, caballero;

No estoy á daros cuentas obligado.

ESCENA IV.

DICHOS, LA REINA, PAGES Y DAMAS.

Reina. ¿Qué es esto, Don García? Ese
 sonrojo,

Sesé, que el rostro trémulo os colora...

¿Qué es esto? ¿os ha causado algun enojo
 El príncipe?

Ped. ¡A mí enojo! No, señora;

Antes mi indiscrecion se le ha causado,

Y de mi error disculpas le pedia.

Reina. De ese modo lleváisle perdonado;

Yo os le otorgo, Sesé, por Don García.

Gar. ¡Oh! si vos lo tomáis por vuestra cuenta,

Dad por zanjada ya nuestra rencilla.

¿Qué importa si el vasallo se acrecienta
Con vuestro real favor...? si á mí me humilla
Es disfavor de madre y no me afrenta.

Reina. Mal lo entiendes, García : si al olvido

La falta quiero dar del caballero,

Yo el perdón no lo otorgo, te le pido.

En ausencia del rey que haya no quiero

Bando ni enemistad bajo su trono;

Si te faltó, su falta le perdona,

Que Don Pedro es leal y yo le abono.

Gar. ¿Lo oís? La reina contra mí le abona.

No hablemos de ello mas.

Reina. ¿Qué significan,

Príncipe, esas palabras? Me parece

Que contra vos tan solo testifican.

Gar. Perdonad; basta ya, que no merece
La cuestion tanto tiempo.

Reina. Bien, García,

No se hable en ello mas. Ahora sepamos

Qué negocio á mi cuarto te traía.

Gar. Poca cosa, señora...

Ped. Si estorbamos...

Gar. No, lo podeis oír : es un servicio

Que á hacer voy á mi padre, pero siendo

En mengua de quien debe tal oficio

Desempeñar, que lo sepais pretendo

Antes de hacerle.

Reina. Tu respeto aprecio.

Habla.

Gar. Cuando mi padre fué á la guerra,

Un caballo dejó de tanto precio,

Que no se vió mejor en esta tierra.

Reina. Regalo fué del cordobés aliado.

Gar. Pues bien, ese caballo tan hermoso,

Y de mi padre el rey tan estimado,

Va á perderse tal vez : fiero, brioso,

Siempre establado está, y de día en día

Va menguando en valor.

Ped. ¡Oh! perdonadme :

Ese hermoso caballo, Don García...

Gar. Estoy hablando, concluir dejadme.

Del rey caballero mas en cuenta

Le debisteis tener; mas tal descuido

Quiero encubrirlos yo.

Ped. (¿Qué es lo que intenta?)

Gar. Señora, ese caballo yo os le pido.

Ped. Señora, ese caballo á Don García

Es imposible dar. Si el rey su padre

Lo llegara á entender se enojaria.

Como estima sabeis, cuanto cuidado

Pone en caballos y armas un guerrero,

Y en esto el rey Don Sancho es estremado.

Gar. Por la misma razon, buen caballero,
Cuando sepa que tanto se le cuida

Las gracias me dará : con que, señora,

Que me negueis no espero lo que os pido.

A nadie en ello espongo,

Porque de gran ginete alcanzo nombre,

Y aunque mi padre el rey ha prohibido

Que le montara nadie, yo supongo

Que hablar con Don García no ha querido.

Ped. Señora, es mi deber, y yo os lo advierto :

Vedado es para todos tal antojo,

Y el caballo está sano.

Gar. Falso.

Ped. Cierto.

Perdonad que os desmienta.

Gar. ¡Tal arrojo!

¿Me desmentís? ¡por Dios, reina y señora,

Que para que abonéis tanta insolencia

No sé qué traza intentareis ahora!

Porque poner os aun en contra mía,

Querrá decir que vale un cortesano

Mucho mas para vos que Don García,

Y en tal caso tal vez me acordaria

Que heredero soy de un soberano.

Ped. ¡Príncipe!

Reina. Basta ya, cuestion tan leve

No merece ocuparnos. De el caballo

Responderé yo al rey : peligro no hallo

En que mientras el principe le lleve.

Ped. Yo me someto humilde á vuestro fallo.

Gar. Yo las gracias os doy : y pues ya es mio,

Que me le ensillen sin tardanza alguna

Voy á hacer, en señal de señorío.

(Y ahora cada cual con su fortuna.)

ESCENA V.

LA REINA, DON PEDRO SESÉ.

Reina. Despejad el ceño adusto,

Buen caballero Sesé.

Ped. No sé, señora, porque

Siento que le deis tal gusto.

Reina. El rey á vos le ha pospuesto

Para el gobierno en su ausencia,

Y temi la violencia

De su natural en esto.

¿Y qué importa que el corcel

Monte, y que cumpla su antojo?

¿Temeis de Sancho el enojo?

Yo os disculparé con él.

Ped. No es ese temor pequeño

Lo que me anubla el semblante;

El servidor mas constante

Fuí siempre del rey mi dueño,

Y él me sabrá disculpar.

Mas esa doblez y embozo
Con que está obrando ese mozo
Me da mucho que pensar.

Reina. Es claro que anda ofendido
De que el rey en mengua suya
En su puesto os sustituya.

Ped. Pues razon habrá tenido.
Que es Don Sancho harto sagáz,
Y en paz lo mismo que en guerra
Para gobernar su tierra
No hay príncipe mas capaz.

Reina. Mas ¿qué hará con el caballo?
Todo lo que puede hacer
Es maltratarle por ver
Si os castiga el rey. Dejallo,
Don Pedro, andar, que por esto
Mientras por medio yo ande
No ha de ser el mal muy grande
Para vos.

Ped. Mas si es pretesto
Para que él...

Reina. Quédese aquí,
Sesé.

ESCENA VI.

DICHOS, UN PAGE.

Ped. ¿Qué es?

Page. Señor, afuera
Hay un hombre que hora espera
De ver á la reina.

Reina. ¿A mi?

Page. Diz que para un grave asunto
Que vida y honra interesa,
Y es negocio de tal priesa
Que pide veros al punto.

Ped. ¿Y de qué clase es ese hombre?

Page. Él viste de peregrino;
Yo le pregunté su nombre,
Y él me dió este pergamino.
(*Se le entrega á Don Pedro, y este lee.*)

Reina. A ver, leed.

Ped. Dice así:

« Nos el rey Don Sancho de Navarra
« rogamos y mandamos á nuestros amigos,
« aliados, súbditos y vasallos, que ayuden,
« amparen y protejan, y den crédito á la
« persona que este escrito de nuestra mano
« les presentare : con lo cual á mas del pla-
« cer que habrán de reportarnos, nos ayu-
« darán á cumplir una deuda de honor que
« tenemos contraída, con la persona ó per-
« sonas poseedoras de las presentes letras.»

Y firma Sancho el mayor.

Reina. ¿Deuda del rey y de honor?
Al punto pues que entre aquí.

ESCENA VII.

LA REINA, DON PEDRO; DON RAMIRO,
DE PEREGRINO.

Ram. A vuestros plés...

Reina. Levantaos,

Buen romero, que quien trae
Firma del rey en su abono,
En postura semejante
No ha de estar ante su esposa.

Ram. Esas palabras reales
De su mismo puño escritas
Mi importunidad reparen.

Reina. Él habla en vos, alzad pues.

Ram. Primero que me levante
Vuestra real mano, señora,
Para que la bese dadme.

Reina. Tomad, y hablad.

Ram. Gracias, reina,
Y esta humildad no os estrañe,
Que nací vasallo vuestro,
Y aunque jamás el semblante
Logré hasta este punto veros,
De él he llevado una imagen
En el corazon grabada
Y ya nunca ha de borrarse.

Reina. De ese respeto agradezco
Demostraciones tan grandes,
Pero...

Ram. Escuchadme, señora,
Y vos tambien escuchadme,
Caballero, que á la par
Os toca á ambos mi mensage.

Ped. Decidle pues.

Ram. Duro cargo
Me impuse en él, y es probable
Que el corazon generoso
Mis palabras os desgarran :
Mas el mal que voy á haceros
Por la intencion disculpadme.

Teneis un hijo, señora,
Por cuyas venas la sangre
De vuestras venas circula.

Reina. Tengo dos.

Ram. Uno distante
De Navarra está. no es ese
De quien hablo; no es culpable.
Al príncipe Don García
Me refiero, cuyos planes,
Hondo y fatal precipicio
Hoy á vuestras plantas abren.

Reina. ¿Qué es lo que dices?

Ram. Oídmelo.

Reina. Explicáte, pero antes
Piensa bien que una impostura
La vida puede costarte.

Ped. Proseguid, buen peregrino;

Dejad, señora, que hable.

Ram. ¡ Oh ! sé muy bien lo que digo.

¡ Pluguiera á Dios me engañase !

Yo, que en los vecinos montes

Hago una vida salvaje,

Entre sus quebradas penas

Y sus fieras montaraces :

Por azar, por suerte vuestra,

O por los impenetrables

Juicios de Dios, vine astuto

De sus dramas infernales

A coger todos los hilos,

Y vengo todos á dárosles

Antes que os teja con ellos

Traidora red un infame.

Reina. ¡ Oh ! conclud.

Ram. Don García

Conspira contra su padre.

Reina. ¡ Cielos !

Ram. Y como su intento

Ambos á dos le estorbábais,

Dió en un delito mas pérfido :

Os acusó el miserable

De un feo crimen.

Reina y Ped. ¿ De cuál ?

Ram. Permitidme que lo calle.

Reina. No, hablad.

Ram. Del que no perdona

Jamás un esposo amante,

Del que asesina la honra

De quien con vergüenza nace.

Ped. ¡ Dios mio ! ya me esperaba

Que algun proyecto execrable

Encerraba la sonrisa

Y la mirada insultante

De ese mancebo.

Reina. Tú mientes.

Tamaño crimen no cabe

En el corazon de un hijo.

Que á ese vasallo acusase

De cualquier crimen lo entiendo,

Porque en su lugar su padre

Por gobernador conmigo

Le dejó, y sé que ha de odiarle;

Pero ¿ á mí ? mientes mil veces.

Ped. ¡ Ay, reina, el estrago que hace

En el corazon del hombre

La ambicion solo lo sabe

Dios, que nos le hizo de tierra

Tan quebradiza y tan frágil !

Reina. Es imposible, Don Pedro ;

Es increíble, improbable,

Y este impostor dura muerte

Merece. ¡ Hola, guardias, pages !

Ped. Tened, señora, tened

Los ímpetus naturales

Del corazon. Vos seguid,

Romero, sin que os agravié

Ni atemoricen sus iras.

Es natural, es su madre.

Ram. A mí sus iras no pueoen

Amedrentar ni agraviarme,

Cuando no hay tales secretos

Quien sepa ni quien relate

Fuera del príncipe y yo,

Ni hay tal vez tampoco nadie

Mas pronto á morir por ella

Cuando otras pruebas faltáren.

Reina. Pues bien, pruebas convincentes

Presenta pronto, al instante,

O te hago ahorcar de una almena

Como á un impostor infame.

Ram. No hareis tal, reina y señora,

Por dos razones.

Reina. ¿ Por cuáles ?

Ram. La primera, porque el rey

Tal vez no os lo perdonase

Jamás.

Ped. ¡ Vive Dios !

Ram. La otra

Es porque cuando yo os falte,

Faltaré quien os defienda,

Y os pesaría aunque tarde.

Reina. Mas por Dios que sin mas pruebas

De delitos semejantes,

¿ Bajo que crédito quieres

Que tu palabra me baste ?

Ram. Basta y sobra el pergamino

Que del rey Don Sancho traje.

Reina. Tienes razon, ¡ cielo santo !

El manda aquí que te ampare,

Que te proteja y dé crédito.

Ram. ¿ Y su firma no es bastante ?

Reina. Si, si, cuando el rey te abona,

Razones tendrá muy graves.

Ram. ¿ Don García está en palacio ?

Ped. y Reina. Si.

Ram. Pues ante vos llamadle

Y decide que el caballo

De batalla de su padre

Habeis de matar primero,

Que que le monte dejarle.

Reina. Romero, tú estás sin juicio.

Ped. Dejadle hablar.

Ram. Por mi parte

Cumplí mi deber, señora,

Obrad como mas gustáreis,

Mas si le dais el caballo

Tal vez esta misma tarde

Vereis para vos trocadas

Vuestras cámaras en cárceles.

Reina. ¡ Qué dices !

Ram. Esa es la seña :

Y pues sobran desleales

En todas las tierras siempre

Dispuestos á rebelarse,

El principe se ha sabido
 Atraer por todas partes
 Muchos secuaces que esperan
 Medrar con sus novedades.
 Todo está ya prevenido,
 Y si en el caballo sale,
 Fuerza es que en él suba principe,
 Mas rey de Navarra baje.

Reina. Imposible me parece.

Ped. Señora, por Dios, llamadle

Y procurad con palabras
 Meditadas y sagaces
 Leer lo cierto en su rostro,
 El corazon penetrarle.

Todo es posible, señora,
 Y en los hombres todo cabe.

Reina. Sí, sí, que venga, que venga,
 Mas sola con él dejadme :

No quiero que alma viviente
 Presencie lo que aquí pase.

Ped. Pero si es cierto... si intenta...

Reina. No : esperad á que yo os llame.

Ram. En hora buena, señora,
 Mas no olvidéis en tan grave
 Situacion que tengo solo
 De sus secretos la llave,
 Y que estoy pronto por vos
 A verter toda mi sangre.

Reina. Y no olvidés tú tampoco
 Que como inocente le halle,
 En tí caerá la sentencia
 Del crimen que le imputaste.

Ram. Ponedme de él frente á frente,
 Que acepto, si él no negare.

Reina. ¿ Luego os conoce?

Ram. Una vez
 No mas me ha visto el semblante,
 Y oyó una vez mi palabra,
 Mas lo olvidará muy tarde.

ESCENA VIII.

DICHOS, PAGE. DON PEDRO HA SALIDO YA
 DE LA ESCENA.

Page. El principe.

Reina. Ya no es tiempo
 Que salgais, va á veros.

Ram. Fácil

Es esto de remediar.
 De sus ojos ocultadme.

Reina. Entrad aquí.

(*Entra Don Ramiro en la habitacion de la
 reina.*)

Ram. Sed prudente.

Reina. ¡ Justicia de Dios, ampárame!

ESCENA IX.

LA REINA, DON GARCIA.

Gar. ¿ Qué es lo que ocurre, señora,
 Que con tal prisa y afan
 Tras mi vuestros pages van?

¿ Qué pasa de nuevo ahora?

Un momento há me tuvisteis

Con vos en este lugar,

¿ Y ahora me teneis que hablar?

¿ Porqué entonces no lo hicisteis?

Reina. Porque entonces no sabia

Lo que ha llegado despues

A mis oidos.

Gar. ¿ Y qué es?

Reina. Lo sabrás.

Gar. ¡ Por vida mia

Será otro cuento del viejo

Sesé! vasallo mas fiel

No teneis : nada sin él

Podeis, ni sin su consejo.

Sois con él harto benigna

Y le otorgais tal franqueza

Que á ser su privanza empieza

De una noble dama indigna.

Reina. ¡ Garcia!

Gar. No os irritéis,

Madre : mas que haya un vasallo

Que se meta en si un caballo

Darme ó no darme debeis,

Y que pueda mas con vos

Que el hijo de vos nacido,

¡ Es cosa que me ha ofendido

Y que me estraña por Dios!

Reina. Y ese insolente language

Me está ya haciendo, Garcia,

Sospechar que no te hacia

Quien te acusó grande ultraje.

Gar. ¿ Quién me acusó?... Pienso quién.
 Sesé, sin duda...

Reina. Él, ú otro.

Gar. ¿ De haberos pedido el potro?

Reina. Pues.

Gar. ¿ Lo queria él tambien?

Yo que vos se le daría,

Que entre él y yo él es primero.

Reina. Dírasele al pregonero

Antes que á vos, Don Garcia.

Gar. Lo que con vos puede veo;

Pero ya es mio, señora,

Y á demandármele ahora

Que no habrá quien ose creo.

Reina. ¿ Le has elegido tal vez

(*Con ironía.*)

Por su nobleza y vigor

Para algun campo de honor,

O alguna liz de gran prez?

Gar. No sé qué misterio encierra
Vuestro tono, mas me temo
Que estamos en el extremo
De la paz ó de la guerra.

Reina. Eso depende de tí :
Las frases que á salir van
De tu boca, esas serán
Tu ley.

Gar. Pues oidlas.

Reina. Di.

Gar. Hombre soy ya, y soy tan hombre
Que decir bien alto puedo
Que en Navarra ha puesto miedo
De mi valor el renombre.
De un reino heredero soy
Prenda de mi real linage,
Y me cansa tanto ultraje
Como recibiendo estoy.

Mi padre el rey me desprecia,
De su sangre en desacato,
Por un viejo mentecato
Que de leal se le precia.
Y él, y vos, y todo el mundo
Me faltais al descubierto ;
Pero de hoy mas, os lo advierto,
No quiero ser el segundo.

Me harta ya ver que el cariño
Paternal, para mi escaso,
Me desaira á cada paso
Como mientras era niño.

Y pues el cielo lo ha hecho,
Y he nacido real infante,
Madre, de aqui en adelante
Yo sostendré mi derecho.
Nadie ha de ir sobre mí
Siendo yo el hijo del rey :
Así lo dice la ley
Y yo he de exigirlo así.

Reina. Pues mientras esté en mi mano
Del rey Don Sancho el poder,
Vos tendreis que obedecer
Mi capricho soberano.

Gar. No os halague esa esperanza,
Que no he de ser un pechero
Que sirve de aventurero
A quien le compra su lanza.
No ¡ vive Dios ! ya á caballo
Y empeñado el trance fiero,
Veremos quién es primero,
Veremos quién el vasallo.

Reina. ¡ Insensato ! no tendrás
Ni un corcel mientras yo viva
Que en sus lomos te reciba,
Y el de Don Sancho jamás.

Gar. No tanto por vuestra vida
Blasonéis de brios, madre,
Que solo el rey es mi padre,
Y cuando cuentas os pida

Del poder con que os dejó,
Veremos qué cuentas dais.

Reina. Mas cumplidas que esperais
Se las daré.

Gar. Tal vez no.

Reina. Basta, traidor, basta ya,
Que la verdad sin rebozo
En tus impetus de mozo
Revelando se me está.

Gar. ¡ Señora !

Reina. Traidor, responde
Sin turbarte ni mentir :
¿ Adónde intentas hoy ir
Con ese caballo ?

Gar. ¿ Adónde ?
¿ Y qué os importa ?

Reina. Tu cara
Palidece : el corazon,
García, te hace traicion
Y por la faz te declara.
Silencio. Bien manifiesta
Tu infamia veo.

Gar. Acabemos
De una vez.

Reina. Acabaremos
Si tienes una respuesta.
¿ Qué visteis, villano, en mí
Para osar torpe á mi honor ?

Gar. ¡ Cielos !

Reina. ¿ Qué viste, traidor,
Para mancellarme así ?

Gar. ¡ Rayos del cielo ! no mas
Añadais... ¡ Oh ! me han vendido.
Mas si creen que he sucumbido
Se engañaron... no, jamás.
Ya es tarde para ceder,
Dijo bien quien tal os dijo,
Si, que á luchar madre é hijo
Van, poder contra poder.

Reina. Miente quien diga que tú eres
De la sangre de mis venas
Nacido, miente ; las hienas
No nacen de las mugeres.
Rebelde y calumniador,
Yo te ganaré la mano.

Gar. Débil muger, será en vano
Todo ese inútil furor.
Ya hemos saltado la valla
Ambos á dos, ya nos hemos
Conocido, y no podemos
Rehusarnos la batalla.
Veamos quien vencedor
Sale de entrambos ahora.

(*La reina va hácia la puerta para llamar
á su gente diciendo :*)

Reina. Veamos. ¡ Ola !
(*El príncipe le ataja el paso, y corre el
cerrojo á la puerta.*)

Gar. Señora,
Teneos.
Reina. ¡Cómo, traidor!
Gar. Ya no hay mas voz que la mía:
Para vos de este momento
Es prision vuestro aposento.
El rey aqui es Don García.
Reina. ¡Miserable! ¿presa yo?
Gar. Presa por el rey, por mí.
Reina. ¿Tú rey de Navarra!
Gar. Sí.
Ram., presentándose. ¿Rey? ¡Bah! todavía no.

ESCENA X.

LA REINA, DON GARCIA, DON RAMIRO.

Gar. ¡Ira de Dios, aquí tú!
¡Todo lo comprendo ya!
Mas caro á costarte va
Tu farsa de Belcebú.
Ram. ¿Qué hará en mí vuestro furor?
Gar. Velo pues.
(Bajando hacia Don Ramiro, y abandonando la puerta.)
Ram., á la reina. Abrid ahí.
Reina, abriendo. ¡A mí, navarros, á mí!
Sujetad á ese traidor.
(Los caballeros sujetan á Don García.)

ESCENA XI.

LA REINA, DON GARCIA, DON PEDRO,
DON RAMIRO, CABALLEROS, PAGES.

Ram. Ya veis, la jugada es diestra:
Vos á mi casa habeis ido
A quemarme, y yo he venido
A prenderos en la vuestra.
Gar. Hombre fatal cuya sombra
Va por dó quier que voy yo,
¿Quién del fuego te libró?
Ram. Concibo lo que os asombra
Mi presencia, Don García,
Mas ya os dije mi poder.
Gar. ¡Ay si llegas á caer
En mis manos algun dia!
Ram. Vuestro corage presumo;
Mas ¿qué os valdrá ese furor?
De entre las manos, señor,
Se va el diablo como el humo. —
Humillaos; no hay mas medio, (Bajo.)
Pues mientras yo ande en la danza
No teneis otra esperanza,
Ni hallareis otro remedio.
Gar. No creo en la omnipotencia
De que convencerme queres,

Mas, sierpe astuta, ¿quién eres?
Ram. Soy...
Gar. ¿Quién? ¿quién?
Ram. Vuestra conciencia,
Vuestra sombra, vuestro juez
Mientras sigais vuestro empeño;
Pesadilla en vuestro sueño,
Y vuestra muerte tal vez.
(Va á salir y la reina le detiene.)
Reina. Teneos: vos por quien fué
Hoy Navarra libertada,
Decid ¿á quién obligada
Quedo? ¿Quién sois?

Ram. No lo sé.
Reina. Mirad que en palacio entrado
Os habeis bajo un disfraz.
Y quien oculta la faz
No muestra ser muy honrado.
Ram. Aun cuando fuera un bandido
Quien tal beneficio os hace,
Bien, señora, os satisface
Quien salvaros ha sabido.
Si en vuestro palacio entrara
Con el rostro descubierta,
Al dintel le hubieran muerto
Para que á vos no llegara.
Y en fin recordaros quiero,
En favor de mi persona,
Que pues Don Sancho me abona
Soy sin duda un caballero.

Reina. Teneis razon: é imagino
Que en guardaros las tendreis,
Mas si algo de mi quereis...

Ram. Sí, volvedme el pergamino.
Reina. Tomadle.
Ram. Y si en premio ahora
De mi lealtad le firmais...

Reina. Si por cierto, ahí le llevais.
Ram. Dios os lo premie, señora.
Reina. Id en paz.

Ram. Y si algun dia
Os hallais tan apretada,
Que os haga falta una espada,
Acudid, reina, á la mía.
Paso, caballeros.

Reina. Paso
Al que en nombre del rey va.
Cortesianos. ¡Le abona el rey!
Ped. ¡Quién será!
Gar. ¡Ay Dios! mi desdicha acaso.

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS DON RAMIRO.

Reina. García, mientras envío
A Don Sancho esta noticia.

En poder de la justicia
Quedareis.

Gar. Fué sino mio
Sucumbir, y aunque lo lloro,
Puesto que el vencido soy,
En sufrir sereno estoy
Mi muerte, y á nadie imploro.
Mas no olvidéis, reina, vos,
Que reos aparecemos
Entrambos, y aun no sabemos
Quien triunfará de los dos.

Reina. Nada teme la inocencia.
(*Ruido y tumulto dentro.*)

Mas ¿qué rumor...?

Gar. (¡Si habrá acaso
Mi gente arriesgado el paso
Para salvar mi existencia!)
(*Se ve venir por el fondo un caballero
rmado (Melendo), con gente armada.*)

ESCENA XIII.

LA REINA, DON GARCIA, DON PEDRO,
PAGES, GUARDIAS, UN CABALLERO (MELENDO).

Reina. ¿Quién tan sin miedo á la ley
Atropella así el palacio?

Cab. Señores, haced espacio
A la justicia del rey.
(*A la reina.*) Por Don Sancho de Castilla,
De Navarra y de Leon,
Daos, señora, á prision.

Reina. ¡Yo! ¡por el rey! ¡tal mancilla!

Cab. Reina, esta es mi obligacion.

Don Pedro Sesé, sed preso

En nombre del rey.

Ped. ¡Yo!
Cab. Vos.

- en tanto que con mas seso
Se instruye vuestro proceso,
Gobernador por los dos
Nombrá el rey á Don García.

Gar. ¡Oh! gracias, fortuna mia.

Reina. ¡Yo en público mancillada
Por el rey! Yo ante él culpada...

¡Santo Dios!

Gar. Ya os lo decia.
Reina. Aparta. Un Dios desde el cielo
La verdad mirando está,
Y á su tribunal apelo.

Gar., á la reina. Me pesa de vuestro
duelo,

Mas es harto tarde ya.
Lo que he intentado me aterra,
Sé que nadie habrá en mi abono,
Y que mi suerte se encierra
Entre siete piés de tierra

Cavados al pié de un trono :
Mas ya puesto ante su hondura
A saltarla probaré,
Si caigo... en mi sepultura;
Mas si salto con ventura...
¡Oh! sobre el trono caeré.
Melendo, esta misma sala
La señalo por prision.
Don Pedro Sesé á la torre,
(*A otro.*) Vos sereis su guardador.
(*A otro.*) Vos al punto con la gente
De mayor satisfaccion,
Buscadme por todas partes
A ese villano impostor
A quien la reina aquí mismo
Un pergamino firmó.
Corred ; registradlo todo :
No haya en Pamplona rincon
En donde logre ese infame
Salvarse de mi furor.

(*Ruido dentro.*)

¿Mas qué ruido es ese?

Arj., dentro. Paso.
Gar. Esa es de Arjona la voz.

ESCENA XIV.

DICHOS, LUCAS DE ARJONA.

Arj. ¡ Señor, señor!
Gar. ¿Qué sucede?
¿Qué traes, Arjona?

Arj. Señor,
Luis Torras está ahí diciendo
Que con el secreto dió
De vuestro huésped de anoche.

Gar. Con quien Torras dar debió
Fué con él ; viven los cielos!

Arj. Mas trae en cambio, señor...

Gar. ¿Qué trae?
Arj. Trae á una muger.
Héla aqui.

(*Traen á Gisberga custodiada.*)

ESCENA XV.

DICHOS, GISBERGA.

Gar. ¡Dios vengador,
Es ella! su muger.

Gisb. Sí,
Yo soy.

Gar. De ese vil traidor
Me responde tu cabeza ;
Tú sabrás donde está.

Gisb. Ne.
Gar. Quién es ese hombre.
Gisb.

Lo ignoro.

Gar. ¡Niegas!

Gisb. Sí.

Gar. Pues ¡vive Dios!

Pronto hará polvo el tormento
Toda esa resolución.
Guardadla bien hasta entonces;
Mas pasa el tiempo veloz
Y es fuerza acabar cuanto antes.
Arjona, sin dilacion
Que me ensillen el caballo
Que el rey mi padre dejó,
Que quiero que vea el pueblo
Quién es su gobernador,
Y los vasallos del rey
Guarden al rey sumision.

Reina. Traidor, ¿qué vas á intentar?

Gar. Eso no os atañe á vos,

Señora. — Llevadla.

Reina. ¡Infame! (*Voces fuera.*)

Gar. ¿Aun hay mas?

ESCENA XVI.

DICHOS, UN CABALLERIZO.

Cab. ¡Señor, perdon!

Gar. ¿Qué es?

Cab. El caballo del rey

Con el real caparazon
Han robado en este instante
Un etiope feroz
Ayudado de otro hombre.

Gar. ¿Y mis guardias? ¡Vive Dios!

Cab. Matáronlos á estocadas.

Gar. ¡Ya lo entiendo! ¡Maldicion!

Ese demonio es tambien
Del caballo el robador.
Seguidle, y donde le halleis
Matadle sin compasion. (*Vanse algunos.*)
Mientras él viva, seguro
Ni aun en mi sepulcro estoy.
(*Aparece en el fondo un rey de armas
con sus insignias.*)

¿Mas qué es esto? ¿Aquí un rey de armas?

ESCENA XVII.

DICHOS, UN REY DE ARMAS; DESPUES, EL REY
DON SANCHO Y MELENDO.

Rey de armas. Paso, el rey me sigue en
pos.

Todos. ¡Cielos, el rey!

Rey D. Sancho. Sí, señores;

El rey en persona, yo.
Doña Nuña (*á la reina*), Don García (*deste*),
Sesé (*id.*), daos á prision.

En sus cuatro torreones
Tiene la torre mayor
De mi alcázar cuatro encierros.
Melendo, su guardia sois;
Los tres, y esa otra muger
Cada cual á un torreón.
Ferrando, que mi consejo
Se junte al punto.

Reina y Gar. ¡Señor!

Rey. ¡Silencio! Llevadlos pronto,
Vamos á ver ¡voto á Dios!

Qué es lo que pasa en mis reinos

Cuando de ellos falto yo.

(*Los lleva. — El rey se pasea con el mayor
desasosiego.*)

JORNADA TERCERA.

En la torre del alcázar de Don Sancho. A los cuatro ángulos cuatro puertecillas que se supone dar á los cuatro torreones. Una ventana en el fondo. Otra puerta á la derecha que se supone dar al caracol que da entrada á este salon. Una lámpara que pende del techo alumbrá la escena.

ESCENA PRIMERA.

MELENDO, CERRANDO LA PUERTA DEL PRIMER TORREON DE LA DERECHA, PRISION DE LA REINA.

¡Tamaño tenacidad!

O es muy grande su inocencia,

O con osada impudencia

Burlar al rey quiere audaz.

En fin, cumplamos su ley,

Pues ley es su voluntad.

¡Y Dios mire con piedad

Los arrebatos del rey!

(*Abre la puerta de la izquierda, por
donde sale Don García.*)

ESCENA II.

DON GARCIA, MELENDO.

Mel. Salid, señor.

Gar. ¿Qué sucede,
Melendo?

Mel. Que libre estais.

El rey sus postreras órdenes
Os quiere, príncipe, dar,
Y en su aposento aguardándoos
Tras breve espacio estará.

Gar. ¿Y la reina?

Mel. Todavía
En silencio pertinaz

Se mantiene, y aun se niega
Hasta con el rey á hablar.

Gar. Está bien.

Mel. ¿Puedo, señor,
Serviros en algo mas?

Gar. ¿Dijo el rey que con alguno
Pudiera comunicar?

Mel. Dijo que hasta hablaros él
Podrían veros no mas
Los escuderos que os sirven
Si de ellos necesitáis.

Gar. Traedme á Lucas de Arjona,
Que con él me bastará.

Mel. Todo el dia importunándome
Anduvo ese hombre tenaz
Por entrar un punto á veros.

Gar. Es criado muy leal.

Id por él : que al aposento
Del rey me acompañará
Dentro de breves momentos.

Mel. Que Dios os guarde.

Gar. Id en paz.

ESCENA III.

DON GARCIA.

¡ Oh ! la fortuna me ampara,
Crédito el mundo me da,
Libre estoy... mas ; quien pudiera,
¡ Ay de mí ! volverse atrás !
¡ Quién me diera, como una hoja
De un árbol seco, arrancar
Este día de los tiempos
Sin que volviera jamás !

ESCENA IV.

DON GARCIA, ARJONA.

Arj. Señor.

Gar. Arjona, ¿ qué traes ?

Arj. Buenas nuevas. Todo se ha
Cumplido á pedir de boca.
Pero dejadme admirar,
Señor, vuestra perspicacia
Y vuestra serenidad.
Yo lo oía y lo dudaba,
Y quien os viera explicar
De esta rebelion la historia
Delante del tribunal,
¡ Vive Dios que la tuviera
Por relacion tan veraz,
Tan clara, tan innegable...!

Gar. Basta, Arjona, por piedad.

¡ Ojalá que antes mi lengua
Enmudeciera ! ¡ Ojalá
Que un rayo me hiciera polvo
Al concebir tal maldad !

Arj. ¡ Señor...! ¿ qué decis ?

Gar. Arjona,

Mientras me hizo vacilar
El miedo y la incertidumbre,
Y la ambicion infernal
Me sostuvo, á todo osé ;
Mas la negra soledad
De esa torre en que he pasado
Todo el dia, á despertar
Ha vuelto en mi la razon,
Y holgárame, Arjona, asaz
Para salir de esta angustia
Algun camino encontrar.

Arj. Ya estais, señor, fuera de ella.

Yo presenté al tribunal
Los testigos que citásteis,
Y aun con bastante afan
Y harto temor, porque alguno
Quisiera volverse atrás,
Juramos lo que vos mismo
Les quisisteis declarar,
Y probamos que aqui obrásteis
En virtud del poder real
Que os dió en secreto la reina :
Mas que su deslealtad
Conociendo, al rey y al reino
Quisisteis de ella guardar.
Que sorprendiéndoos tambien
Ella y Sesé vuestro plan
En su antecámara misma
Os iban á asesinar,
Habiendo comprado el brazo
De un vigoroso gañan
Con quien en secreto hablaron
Antes de haceros llamar
A su presencia, en su cámara
Para mas seguridad
La misma reina ocultándole :
Todo lo que, si es verdad
Que es una impostura grande,

Nadie lo podrá negar,
Porque todo el mundo vió
Que estaba aquel Satanás
Con el acero en la mano,
Y con él pronto á lidiar
Vos, señor, al mismo tiempo.

Gar. ¿ Pero y ese hombre ?

Arj. Ya está
Tambien por mi buena industria
Colocado en buen lugar.

Gar. ¿ Preso tambien ?

Arj. Nada de eso,
Nadie con ese hombre da :
Mas como yo le he colgado
Con ellos grande amistad,
Y han dicho todos que él solo
Robó el caballo, ademas
De matar ^á que servia

La caballeriza real,
Y con pase de la reina
Se salió de la ciudad,
Está condenado, á habérsele,
A la pena capital.
El rey además furioso
Del silencio que en guardar
Se obstinan Sesé y la reina,
Crédito mayor os da.
Y en fin, la junta y los grandes
Tan confundidos están,
Y las leyes tan esplicitas
Que nada que temer hay.
Ya veis que en todo parece
De parte nuestra el azar.

Gar. Pero, Arjona...

Arj. ¡Qué, señor!

Gar. Aunque todo va derecho
A nuestro bien, de lo hecho
Me da espanto, me da horror.
Es mi madre.

Arj. Pero...

Gar. Di,

¿No habría mejor camino
Por donde echar su destino?

Arj. Hay uno, mucho que sí.

Gar. ¿Cuál? ¿cuál?

Arj. Que vos ante el rey

Declareis vuestra impostura,
Y cambiéis de sepultura
Con la reina.

Gar. ¿Esa es la ley,

Arjona?

Arj. No hay mas remedio.
Si os habeis vos de salvar,
Fuerza ha de ser derribar
A todo el que esté por medio.
La pena del acusado
Cae en el acusador
Si sale aquel vencedor,
Con que morireis quemado.

Gar. Y tú, tú que tantas trazas
Hallas siempre para todo,
Me abandonas de este modo.
¡Callas...! ¡Oh, me despedazas
El alma, Arjona!

Arj. Señor,
Me estais confundiendo y callo,
Porque remedio no os hallo
Si os falta vuestro valor.

Gar. No son de pavor, Arjona,
Los pesares que me oprimen;
Es que veo que mi crimen
Pesa mas que la corona.
Es que me espanta el castigo
Que les impone mi encono,
Y que me espanta ese trono
Que con su sangre consigo.

Si huyéramos...

Arj. Imposible.

Gar. Ausente el acusador...

Arj. Fuera el peligro mayor
Para vos.

Gar. ¿Y no es posible,
Burlando la vigilancia
Del rey Don Sancho, fugarnos
Ambos á dos y ampararnos
De Cataluña ó de Francia?

Arj. Imposible, no hay camino
Que por el rey no se guarde,
Don García, y ya es muy tarde
Para torcer el destino.

Gar. De ese modo...

Arj. Es lo mejor

Que en el empeño sigais
Hasta donde mas podais
Con inflexible valor.

Si venceis, aun la esperanza
Teneis de calmar la ley,
Su vida pidiendo al rey.

Todo quien vence lo alcanza.

Gar. ¡Ira de Dios! seguiré.
El infierno es quien lo hace.
Seguiré pues que le place.
Vamos.

Arj. ¿Dónde?

Gar. Yo no sé
El rey me aguarda, á él me voy.
Lo que exigirá no sé,
Mas todo lo emprenderé
Segun sintiéndome estoy.
De mi maldad me amedrento,
Y este afan, esta agonía,
No sé si es por vida mía
Furor ó arrepentimiento.
La fortuna arrastro en pos
De mí, mas con tal afan
Que presumo que así irán
Los réprobos ante Dios.
Sí, soplo infernal me anima,
De espíritu tan perverso
Que abriría al universo
A mis plantas ancha sima.
Un vértigo, un torbellino
Me arrebata en pos de sí.
Vamos, Arjona, de aquí,
Y cúmplase su destino.

ESCENA V.

DICHOS, MELENDO.

Mel. El rey aguarda, señor.

Gar. Voy.

(*Vanse Don García y Arjona.*)

Mel. No sé qué de funesto
Revela ese hombre en su gesto
Que el mirarle da pavor.
Algun horrible secreto
Le acusa con saña fiera,
Porque si él el justo fuera
No anduviera tan inquieto. —
¿Mas ella...? ¡pobre muger!
En fin, por si la interesa,
Este escrito voy á priesa
En sus manos á poner.
(Abre la torre en que está la reina.)

ESCENA VI.

LA REINA, MELENDO.

Reina. ¿Quién es?
Mel. Señora, yo.
Reina. Mi carcelero.
Mel. Pésame de ello...
Reina. Gracias, caballero,
Cumplid vuestro deber, ¿qué nuevo insulto
Venis á hacerme?
Mel. Duéleme, señora,
Que me trateis así, cuando á ofreceros
Venía mi favor desde esta hora...
Reina. ¿Cómo?
Mel. Reina, escuchad : yo he
presenciado
Vuestro juicio, y he visto que os condenan
Las pruebas.
Reina. Falsas son, falsas, Melendo.
Mel. Señora, así lo entiendo,
Y á fé que me ha espantado ver á un hijo
Acusando á su madre, y no comprendo
Que tan noble cual vos una matrona
De su esposo manchara la corona.
Reina. ¿Eso mas?
Mel. Don García así lo dijo.
Reina. ¡Villano!
Mel. Que á Sesé con torpe audacia
Ofrecisteis el trono y en secreto,
Conspirábais los dos con tal objeto :
Que él os le sorprendió, y hecho á la parte,
No hallando otro remedio,
El rey tan lejos y él tan vigilado,
Alzó otro bando con silencio y arte
Para salvar el reino amenazado.
Y en fin, que vuestros muchos desafueros
Y escandalosas tramas
Solamente á su rey descubriría
Y con testigos cien los probaría,
Dispuesto estando á mantenerse en todo
Y á mostrar sus servicios verdaderos
A voluntad del rey de cualquier modo.
Le oyó en secreto el rey Don Sancho : y
luego

De larga conferencia,
Salió iracundo y respirando fuego
Para firmar no mas vuestra sentencia.
Reina. ¡Gran Dios!
Mel. Interpusieron pronto ruego
Los grandes y prelados,
Mas por él con dureza rechazados,
Confirmaron sentencia tan estraña,
Midiendo sus razones por su saña.
Reina. ¿Así la lealtad de tantos años,
El amor y la fé Don Sancho olvida,
Crédito dando á pérfidos amaños?
Mel. Mas espera que vos...
Reina. Nunca, Melendo,
Antes mil veces perderé la vida.
Mel. Mas si inocente sois, una palabra
Decid que os justifique.
Reina. No la tengo,
Melendo ; en vano lidia
La inocente virtud con la perfidia.
En el confuso dédalo enredado
De esas acusaciones impostoras,
Mi lengua y mi razon se perdería ;
Y cayendo en un lazo preparado,
Mas criminal tal vez parecería.
Mel. Mas ved que quiere oiros.
Reina. Es en vano,
Nada tengo que hablar : pues leyes tiene,
Que mi causa por ellas mida y vea,
Ellas dirán lo que á su honor conviene :
Y si él mal las emplea,
A Dios responda cuando tiempo sea.
Así se lo direis. Soy inocente
Y justificacion no necesito,
Y si cree el universo en mi delito,
Ante su Dios el universo miente.
Mel. Miente, sí, miente : mas importa
mucho
Que limpia ante él aparezcáis, señora,
Y tal vez haya medio... Un hombre ahora
Me lo juró tambien...
Reina. ¡(Cielos, qué escucho!)
Mel. Y no osando en la torre darle en-
trada,
Os escribí estas letras, y me dijo
Que podriais por él ser libertad
Reina. Dadme, dadme.
Mel. Leed.
Reina, leyendo. « Señora : si es impo-
sible que nos veamos, no olvideis que las
leyes os permiten apelar al juicio de Dios ;
« y no ha de faltar una lanza que se rompa
« en vuestra defensa, mientras aliente quien
« está pronto á morir por salvar el honor
« de la reina de Navarra. »
Reina, representando. ¿Dónde está el
hombre
Que esta carta escribió?

Mel. Por un postigo
Que al río da, con misteriosa seña
Há poco me llamó y habló conmigo;
Mas si os inspira ese hombre confianza
Y os importa el hablarle,
Todo por vos lo arriesgo, iré á buscarle,
Y entrará de las sombras al abrigo
Hasta vuestra prision.

Reina. ¡Oh! hacedlo, amigo,
Que ese hombre es mi esperanza.

Mel. Pues fíaos de mí: traza oportuna
Buscaré de traerle en el momento,
Mas que vuelva á salir de este aposento
Antes que empiece á despuntar la luna.
Tal vez un centinela le vería
Y todo de una vez se perdería.

Reina. Id, volad, caballero.

Mel. Un momento aguardad.

ESCENA VII.

LA REINA.

¿Y en quién espero?

¿Cuya esta letra es? ¿Quién es ese hombre?

¿Es tal vez un amigo verdadero,

O es algun arrestado aventurero

Que se promete así cobrar renombre?

Debajo de estas líneas mal trazadas

No puso firma, ni señal, ni nombre.

En fin, quien quier que sea,

Pues me ofrece una lanza

Que en la defensa de mi honor emplea,

Es en la tierra mi única esperanza.

Y vos, Señor, que en la invisible altura

Tras la cortina azul del limpio cielo

Medis la intensidad de mi amargura,

No me dejéis morir en tanto duelo.

Solo del justo proteccion segura

Sois, pues veis mi inocencia á vos apelo;

Atajad de los hombres la malicia,

Y mostradles, Señor, vuestra justicia.

ESCENA VIII.

LA REINA, DON RAMIRO, MELENDO.

Ram. Sí, se la mostrará.

Reina. ¡Vos!

(Reconociéndole á la luz de la lámpara.)

Ram. Yo, señora,

Que infatigable vuestro honor velando

Mostraré la justicia vengadora

Del Dios inmenso que os está juzgando.

Mel. Tomad, temo que alguno nos sor-
prenda. (A Ramiro.)

Con ese saco tosco de soldado

Mostraos por si acaso disfrazado,

Y aquí que haceis la centinela entienda.

Ram. Gracias.

Mel. Mas breve sed, que el rey en breve
A la torre venir acaso debe.

Ram. Pocos momentos bastarán.

Mel. Yo guardo

El caracol estrecho...

Mas encajaos pronto ese tabardo,

Y á Dios.

Ram. Prémieos él lo que habeis hecho.

ESCENA IX.

LA REINA, DON RAMIRO.

Reina. Caballero.

Ram., interrumpiendo. Escuchadme:
lo sé todo.

La diabólica astucia con que supo

Don García volver por raro modo

Contra vos lo que en él tan solo cupo:

Sé de Don Sancho y de la junta el fallo,

Y sé que me condena

A morir por ladrón de su caballo,

Lo cual me trae á mí con poca pena.

Sé que es justificarnos imposible

En plazo corto, que harto enmarañado

El nudo veo de su trama horrible:

Mas sé tambien que el término alargad

De la sentencia vuestra, yo en mi brio

Y en mis razones vuestra causa fio.

Vos escribid al rey; vuestra inocencia

Protestad; como horrendo sacrificio

Apelad de su bárbara sentencia

Al juicio del Señor, que es el buen juicio.

Yo retaré entre tanto á Don García

De vil calumniador, campo pidiendo

Para lidiar con él; esto en el día

Lo permite la ley, y no pudiendo

Negar lo á nadie, la victoria es mia.

Reina. Mucho fíais, mas ignorais sin duda
Que es preciso probar...

Ram. No os dé cuidado;

Secreto talisman tengo en mi ayuda

Con el que todo me será allanado.

Reina. Vedlo todo despacio, y que no os
ciegue

Vuestro buen corazón; ese combate

Con un príncipe real tal vez se os niegue.

Ram. ¿Porque infante no soy? ¿Qué dis-
parate!

Con sola una palabra que á Don Sancho

Le diga yo al oído,

Le tengo de dejar tan convencido,

Que ha de abonarme y le vendrá muy ancho.

Reina. Mas ved que Don García

Es hoy el justador mas afamado.

Ram. Por lo que hace á su esfuerzo es cuenta mia.

Con tigres y leones me he probado,
Y no cedo á hombre alguno en osadía.

Reina. Mas si entre tanto vos en red traidora

Caeis, y el plazo tiene fin...

Ram. Señora,

Ya os he dicho que puede mi palabra
Hacer temblar al rey : pero primero
Fuerza es que paso á su justicia me abra,
Siendo de vuestro honor el caballero.
Si scumbo, aun me queda la esperanza
De esta palabra oculta : mas si venzo,
Con ayuda de Dios y de mi lanza,
De decirla á Don Sancho me avergüenzo,
Que él se avergonzaria al escucharla.
Si salvo, sin decirla, á la inocencia
Me vuelvo á desterrar de su presencia,
Antes que en su presencia pronunciarla.

Reina. Sér tan incomprensible y misterioso,

Cuanto tenéis de bravo y generoso,
Arcángel protector de mi existencia
Que por dó quiera á la defensa mia
Salis, entre la niebla mas sombría
Vuestra razon velando y vuestro nombre,
¿Quién sois ? ¿ qué recompensa
De mí esperais ?

Ram. Ninguna : mas no hay hombre

Que abrace con mas fé vuestra defensa.
Ni leonés habrá ni habrá navarro
Que dé por vos mas pronto la existencia,
Ni que por vos combata mas bizarro,
Mas premio sin buscar que su conciencia.

Reina. Mas decidme á lo menos vuestro nombre,

Vuestro linage ; sepa en quién espero.

Ram. Solo á vos le callara, y no os asombre,

Si, sin ira ni horror le pronunciarais,
Valiera en vuestro labio el mundo entero.

Reina. ¿Mánchale el crimen?

Ram. No : pero le odiárais.

Reina. ¿ Con él á vuestro padre avergonzárais ?

Ram. No.

Reina. ¿ Sois pues... ?

Ram. Vuestro solo caballero :

El solo amigo que valeros puede,
Y que todo por vos ha de intentarlo
Mientras un soplo de esperanza quede.
Mas oigo hablar... aprisa... entrad, señora,
En el cubo otra vez : si me descubren
Que aquí no os hallen. Diligente ahora,

Si os permiten con qué, al tremendo juicio
De Dios la apelacion tened escrita
Y confiad en él, que en este mundo
Solo de Dios el justo necesita.
Silencio ; entrad, entrad.

ESCENA X.

DON RAMIRO, DESPUES DON GARCIA.

(Don Ramiro corre el cerrojo de la puerta por donde entró la reina.)

Ram. Cierro por fuera :
Suben... veamos lo que aqui me espera.
(Se cubre bien con el saco de soldado, aparentando estar de centinela.)

Gar., dentro. Ya basta, ¡vive Dios! me importa hablarla,
Y órden traigo del rey.

(En la escena.) ¡Tanta osadía,
Y en defender la entrada tanto empeño
Ese necio Melendo!

Ram. (¡Oh, Don Garcia!)

Gar. ¡Tal vez tiene razon! ¿á qué su sueño

Turbar...? tranquila acaso en su inocencia
Duerme, sin miedo á la fatal sentencia :
Mientras que yo ¡ay de mí! tiemblo y me agito

En continuo velar, y aquí en mi pecho
De la conciencia el torcedor maldito
Halla en mi corazon ámbito estrecho.
Sí, por dó quier me espanta mi delito,
Y en torno de mi mesa y de mi lecho
Ronda, y ante mis ojos se presenta,
Y ante mí marcha y ante mí se sienta.
Mas venzamos las necias aprensiones
Del corazon cobarde... es fuerza hablarla ;
Apartaos, quiméricas visiones,
Este es el torreón... voy á llamarla.

(Don Garcia va á poner mano al cerrojo que ha corrido Don Ramiro. Este al verlo avanza dos pasos hácia él. Don Garcia se detiene.)

Gar. ¡Mas cielos! ¿Quién está aqui?

Ram. Un centinela, señor,

Que juzga á inmenso favor
De Dios hallaros así.

Gar. ¿Qué quierdes?

Ram. Solo un momento

Que me oigais...

Gar. No es ocasion ;

Déjame.

Ram. Noticias son

Para vos de gran contento.

El que el caballo os robó...

Gar. ¿Cómo? ¿qué? ¿dónde está ese hombre?
¿Tú le conoces? ¿su nombre

Sabes ? ¿le han cogido ?

Ram. No.

Pero de saber acabo

Que os ha retado, señor,

Como á vil calumniador,

Y mirad que es hombre bravo.

Gar. Yo á nadie temo.

Ram. Aun hay mas.

Ya sé que nadie os da miedo

En la lid, mas un enredo

Pierde al mismo Satanás.

Gar. Acaba, no me entretengas

Con necias bachillerías.

Ram. No son intenciones mías

Perder el tiempo en arengas.

Pero ya que os hallo aquí,

Voy á haceros conocer

Lo que os importa saber

Para gobernaros.

Gar. Di.

Ram. El rey con una francesa

Os trataba un matrimonio.

Gar. Si.

Ram. Pues llevóte el demonio.

Gar. ¿Qué ?

Ram. Os robaron la condesa.

Gar. ¿Qué diablos estás diciendo,

Mentecato ? Tú estás loco.

Ram. Escuchad, que poco á poco

Lo ireis, señor, entendiendo.

Gar. ¡Voto á...!

Ram. La condesa huyó

Con un galán de su casa ;

Su buen padre, hecho una brasa,

Que les siguieran mandó

Por dó quiera... ¡inútilmente !

No parece ni uno ni otro.

Pues bien, ese hombre... el del potro,

Ha escrito á vuestro pariente

El buen conde de Bigorre,

Diciendo que la robásteis

Guardándola en esa torre.

Gar. Mas cuando ese hombre me achaca

El rapto de esa doncella,

¿Qué espera de mí ? ¿qué de ella ?

¿O qué consecuencia saca ?

Ram. Una, señor, muy sencilla,

Que á acusaros de raptor

Envía un embajador

El de Bigorre á Castilla.

Gar. ¿Y qué ? tan sandia impostura

Desmentiré.

Ram. Aunque lo hagais,

La cosa no es tan segura

Como vos la imagináis.

Gar. No te entiendo.

Ram. El robador

De la doncella, el amante,

Es tambien ese tunante...

El del caballo, señor.

Gar. Me confundes cada instante
Mas.

Ram. Pues poco hay que entender :
¿No habeis preso á la muger

Que tenia ese bergante

En la quinta que con fuego

Destruisteis para así

Cogerle rehenes ?

Gar. Si.

Ram. Pues bien, él os torció el juego.

Os dejó que la cogierais,

Para obligaros despues

A que, probando quién es,

De ella á Francia respondiérais.

Gar. Pero en mi poder estando...

Ram. ¡Bah ! á ofenderla ¡ vive Dios !

Dará Francia sobre vos

Por la venganza clamando.

De modo que con lo mismo

Que os pensábais vos salvar,

Os va ese hombre á colocar

A la boca de un abismo.

Gar. Todo lo comprendo ya.

¿Con que ese hombre, esa quimera,

Conmigo por donde quiera

Para contrariarme va ?

Ram. Ya veis, donde quiera os reta.

Y aquí por calumniador,

Y allá en Francia por raptor,

A su capricho os sujeta.

Gar. ¡Que venga pues, vive Dios !

Pues me hace tan cruda guerra,

No cabemos en la tierra

A un mismo tiempo los dos.

Ram. No le llameis, que á mi ver

Si gritais con tal vigor,

Se os pudiera aparecer,

Y estais sin armas, señor.

Gar. Que venga, nada me espanta ;

Pero el traidor no vendrá.

Ram., descubriéndose. Si, Don García,
aquí está ;

Brotó bajo vuestra planta.

Gar. ¡Gran Dios !

Ram. Oíd, Don García.

Ya veis que os tengo en un caos ;

Aun es tiempo, retractaos,

Porque la victoria es mía.

Gar. ¿Tuya ? sueñas ; robador

De la hacienda de tu rey,

Te ha condenado la ley

Declarándote traidor.

Ni aun siquiera te oirán,

Que testigos infinitos

Te probaron mil delitos

Que á morir te llevarán.

Ram. No os ciegue el furor, García;
Mi causa está ya segura:
Meditadlo con cordura,
Que aun para ello os doy un día.

Gar. No vivirás ni una hora.
Niño, Melendo, ¡traicion!
¡Acudid al torreón!
Veremos quién vence ahora.

(Don García desde la puerta que se supone dar al caracol, llama bajando un escalon, de modo que oculte medio cuerpo en el bastidor, volviendo la espalda á la escena. Don Ramiro le empuja, cierra y corre el pasador.)

ESCENA XI.

DON RAMIRO.

Tu furor me hace reír!
¿Piensas, necio, que al entrar
Me he descuidado en mirar
Por dónde debo salir?
¿Piensas en tu desvarío
Que un navarro montañés
No saltará ochenta piés
Teniendo debajo el río?
¿No quieres que entre los dos
Haya paz? bien, haya guerra:
Yo he cumplido con la tierra;
Ahora que nos juzgue Dios.

(Se lanza por la ventana, y se oye el ruido de un cuerpo que cae al río, teniendo en cuenta el espacio de ochenta piés que tiene que recorrer en su caída. Pasado este efecto, la puerta se abre forzada, entrando por ella Don García, Melendo y soldados.)

ESCENA XII.

DON GARCIA, MELENDO, ARJONA,
SOLDADOS.

Gar. Aquí está ese traidor;
El que el caballo ha robado,
El que á la reina ha ayudado.

Mel. y Arj. Aquí no hay nadie, señor.

Gar. ¡Dios! En esos torreones...

Mel., viéndolos todos. ¿Y cómo entrarles pudiera

Si tienen todos por fuera
Corridos los aldabones?

Gar. Esa ventana...

Arj. Señor,

Imposible: por ahí es
Un salto de ochenta piés.

Gar. ¿Qué es esto? ¡Dios vengador!

Mel. (¡Qué arrojo!)

(Asomándose por la ventana.)

Gar., espantado. Si, estaba aquí,
Aquí mismo, en mi presencia.

Todos. ¿Quién, señor, quién?

Gar. Mi conciencia.

Sostenme, Arjona. ¡Ay de mí!

(Don García desfallece como presa de un vértigo en los brazos de Arjona. — Caen el telón.)

JORNADA CUARTA.

Interior del centro de una tienda de campaña que ocupa todo el escenario á lo ancho, y que llena á lo largo una sola caja. Esa tienda, que figura ser la del caballero mantenedor de un reto y levantada en un costado de un palenque, está cerrada por el fondo con dos lienzos que tapan completamente todo el fondo del escenario y colocados de modo que puedan manifestar descorriéndose á su tiempo todo el palenque que tiene detrás. Como esta tienda figura componerse de tres partes ó habitaciones, las personas salen y entran por derecha ó izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, MELENDO.

Mel. Calmaos, señor.

Rey. Melendo,

Inútilmente procuras
Poner á mi enojo diques
Y aplacarme con disculpas.
Ya los viste cuán tenaces
En su silencio ni escusas
Quisieron dar de los crímenes
Que á los dos se les imputan:
Ni aun responder se dignaron
De su juez á las preguntas;
Y ¡vive Dios, que esta ha sido
La mayor de sus injurias!
Melendo, trae á Don Pedro,
Hagamos la prueba última. (Vase Melendo.)

ESCENA II.

EL REY.

¡Oh, esta es de sueño funesto
Pesadilla que me abrauma!
Es un vértigo, un delirio
De abrasada calentura.
Estoy la verdad tocando,
Y el alma incrédula lucha
Con la realidad, sin fuerzas
Para comprenderla nunca.
Él tan leal otro tiempo
Y ella tan noble y tan pura...
Pero ¿qué dudo? ¡insensato!

¡El príncipe les acusa
De adúlteros y rebeldes,
Y el príncipe es sangre suya!
Y para atreverse á tanto
Grandes razones le escudan.
¡Oh! juro á Dios que si insisten
En su silencio, mi furia
Todo el rigor de las leyes
Les hará pronto que sufran.

ESCENA III.

EL REY, DON PEDRO, MELENDO.

Mel. Aquí está.

Rey. Dejados solos,
Melendo. ¡El cielo me acuda!
(*Vase Melendo.*)

ESCENA IV.

EL REY, DON PEDRO SESÉ.

Rey. Sesé, lee ese pergamino;
En él están todas juntas
Las graves acusaciones
Que á tí y á la reina imputan.
Los testigos que lo afirman
Y el príncipe que os denuncia,
Las han sellado y firmado.
Ahora, si disculpa alguna
Tienes, dámela: de no
Con madurez y mesura
Lo ha pesado de mis nobles
Y mis prelados la junta,
Y os sentencia como infames
A sufrir la pena última.

Ped. Señor, no habrá en vuestros reinos
Quien con mas valor la sufra;
Pero iremos al martirio,
Don Sancho, no á pena justa.

Rey. Pues bien, espícate, Pedro,
Librame ya de esta angustia.
Solos estamos aquí,
Solos; nadie nos escucha.
Por cuanto enciernan sagrado
Cielos y tierra, si oculta
Hay en tu pecho una causa,
Una razon, una escusa
Que os justifique á mis ojos,
Por compasion, Sesé, búscala.

Ped. Señor, desde que mis hombros
Pudieron con la armadura
Hasta que el peso del casco
Me encalveció, la vez única
Es esta en que habeis tenido
En mi fé y en mi honra duda.
Amigo me habeis llamado,

Señor, desde vuestra cuna,
Como amigo os he servido
En vuestras varias fortunas.
He cuidado vuestra casa,
Os he velado en la oscura
Soledad del campamento,
Y en las lides mas sañudas
He pucsto el pecho mil veces
Ante las lanzas morunas
Para defender el vuestro;
Y há cincuenta años en suma
Que las gotas de mi sangre
Se derraman una á una
Por vuestro honor y grandeza,
Por vuestra prez y ventura.
Jamás intenté venderos
Ni os han estraviado nunca
Mis consejos del camino
De la virtud; ¿y ahora juntas,
Creéis que al fin de una vida
Que tal lealtad ilustra,
Puede hacer tantas infamias,
Reo ser de tantas culpas?

Rey. ¡Oh! sí, sí, cuando recuerdo
Los fuertes lazos que anudan
Nuestra amistad, la limpieza
De tu honor, que no deslustra
Ninguna mancha bastarda,
Cuando oigo la voz robusta
Con que en tu favor me grita
Mi corazon, se me nublan,
Pedro, los ojos en lágrimas
Y mi conciencia se turba
Al ver que os condenan pruebas
Que tú ni nadie recusa.
Ante vuestro tribunal
Tuvisteis las lenguas mudas.
¿Porqué; vive Dios! porqué,
Si la inocencia os escuda,
No os defendeis de las leyes
Que os abren infame tumba?

Ped. Don Sancho, mil y mil veces
Os lo dije en oportunas
Ocasiones, vuestras leyes
Son incompletas y absurdas:
Con ellas el inocente
Sucumbe, el malvado triunfa,
Y los mas atroces crimenes
A su sombra se consuman
Acusa un vil á un sencillo,
Y con infernal astucia
Destruye todas las pruebas
Que han de obrar en contra suya,
Sus delitos le atribuye,
Como vuestro hijo, lo jura,
Los jueces vence indecisos
Y él para borrar su duda
Se ve jóven y alentado.

Ve que aquel á quien acusa
Es viejo, ó muger, ó débil,
Y con audacia segura
Dice: « Aquí estoy con mi lanza
Pronto á sostener mi injuria. »
La ley lo consiente, y siempre
Vence la fuerza y la astucia. —
¡ Y vive Dios, rey Don Sancho,
Que á ser cual era robusta
Mi mano, yo con el príncipe
Empeñaría la lucha!
Mas ¡ ay! el cielo á los débiles
Contra los fuertes no ayuda.

Rey. Mas esa es la ley que rige,
Y esa es fuerza que se cumpla.
Sincérate, pues, ante ella,
Pues ante ella te denuncian.

Ped. Rey Don Sancho, si en vuestra alma
No está escrita mi disculpa,
Si con vos no me defiende
Vuestra convicción, que acuda
El verdugo; este es mi cuello;
Ni yo sé dar mas escusa,
Ni á saberla la daría:

Sabeis mi honor y mi alcurnia.

Rey. Mas esas pruebas...

Ped. Son falsas
Apariencias.

Rey. Pero abundan
Los testigos.

Ped. Son comprados.

Rey. Te han hallado veces muchas
En el cuarto de la reina
En altas horas nocturnas.

Ped. Velado he por vuestros reinos
Con ella, y las damas suyas
No faltaron de su cámara
Jamás.

Rey. Airada, disputa
Escandalosa mantuvo
Contra el príncipe en su pública
Antesala en favor tuyo.

Ped. Era su causa la injusta,
Y yo cumplía las órdenes
De mi rey.

Rey. Con maña astuta
Te sorprendió tus secretos.

Ped. Y yo sus tramas oscuras:
Supe que vuestro caballo
Era la señal oculta
De una rebelion.

Rey. Dispuesta
Para sofocar la tuya,
Para guardar de vosotros
Mi corona.

Ped. ¡ Virgen pura!
A partir para obligaros
Vuestra dignidad augusta,

Para obligaros en él
A hacer su total renuncia.

Rey. De eso os acusa á vosotros,
Que viendo que su bravura
Os malograba el proyecto,
Hicisteis por mano oculta
Robar mi mismo caballo,
Que era su señal última.

Ped. Ved lo que decís, Don Sancho,
Que el robo no fué obra suya
Ni nuestra, fué de un tercero
Enviado vuestro.

Rey. ¡ Impostura
Semejante! ¿ enviado mio?

Ped. No puede en eso haber duda;
Trajo vuestra firma y sello.

Rey. Mientes, traidor.

Ped. Vuestra injusta
Intencion veo, Don Sancho,
Manifiesta.

Rey. Y yo la tuya,
Pues de tus mismos delitos
Aun á mi propio me culpas.

Ped. ¿ Negáis vuestra firma y sello?

Basta, señor, que se ofusca
Vuestra razon, y olvidando
Vuestro decoro me insulta
Vuestro labio; y si creéislo
Como el labio lo pronuncia,
Sois fiscal que me acrimina,
No juez que recto me juzga.
Vuestro hijo os codició el reino
Con ambiciosa locura,
Y yo el reino os defendía
Con voluntad absoluta:
Si á mí sus faltas me cargan
Y mi lealtad me usurpan,
Y escucháis vos las palabras
De los que así me calumnian,
Yo os juro, rey, por el Dios
Que se asienta en las alturas,
Que me sirven de vergüenza
Las heridas que me cruzan
El pecho, que por tí espuse
Con lealtad bien estúpida.

Rey. Con esas mismas palabras
Protesta quien os acusa.

Ped. Pues miente como un villano.

Rey. Es mi sangre.

Ped. La que nunca
Mereció ver en pro suyo
Mi espada leal desnuda.

Rey. ¡ Traidor!

Ped. El no haberlo sido
Es el pesar que me abruma
Hoy, que hácia mí sin razon
Vuestra voluntad se muda.

Rey. ¿ Sin razon? ¿ viven los cielos!

¿Y en cuál tu inocencia fundas,
Si á nada me has respondido,
Ni hay un testigo que arguya
En tu favor, cuando en contra
Testimonios se acumulan?

Ped. Entonces ¿en qué se pára
Vuestra majestad sañuda?
Pues que os estorbo en la tierra,
Abridme la sepultura.
De mí para deshaceros
No andeis de arbitrios en busca;
Decid : « *Me importa que muera,* »
Y haced que la ley se cumpla.

Rey. Basta, que esa pertinacia
Con que mi poder insultas
Y mi venganza provocas
Mi clemencia sobrepuja.
Veo la diestra falacia
Con que evitas mis preguntas
Y las cuestiones complicas
Con falsedades absurdas.
Veo que me niegas todas
Mis reconvenções justas,
Esquivándote de todas
Por no resolver ninguna.
Y en ese afán despechado
Con que mi corage azuzas,
Veo que al verte perdido
La muerte con ansia buscas.

Ped. Si, rey Don Sancho, la busco :
Que á mi dolor mas se ajusta
Que tu ingratitud odiosa
La mas deshonrada tumba.

ey. Y la tendrás.

ed. Pronto sea;

Su oscuridad no me asusta,
Que es pabellon de reposo
Para una conciencia pura.

Rey. ¡Hola...! (*Sale Melendo.*) volvedle
á su encierro.

(*Melendo le cierra.*)

Pues defenderse rehusan,
Que el cielo se lo demande
Y sus destinos se cumplan.

ESCENA V.

EL REY, LUEGO DON GARCIA.

Rey. ¡Pero qué altivo teson!
¡Oh, de ese viejo el acento
Para agravar mi tormento
Renueva mi confusion!
¡Gran Dios, si fuera posible!...
Pero no; ¿cómo podria
Caber en mi hijo Garcia
Pensamiento tan horrible?
¡Así mi pena inclemente

A tanto extremo ha llegado
Que temo hallarle culpado
Y temo hallarle inocente!

Gar. ¡Estábais aquí, señor!

Rey. Garcia, ¿tal vez la hora
Llegó ya?

Gar. Pronto la aurora
Va á alumbrar nuestro dolor.

Rey. ¡Tambien como yo padece,
Infeliz!

Gar. Si, padre, mucho;
Y esta pena con que luchó
Por horas é instantes crece...

Rey. ¡Hijo!

Gar. De mí no soy dueño :
Y en mi ardiente frenesí...
Ya no encuentro para mi
Ni tranquilidad ni sueño.

Rey. ¿Y porqué? ¿Porque leal
A mi defensa acudiste
Y el esplendor defendiste
De mi corona real?

¿Porque afrontando el encono
De altivos conspiradores
Entregaste á los traidores
Que profanaron mi trono?

Gar. ¡Oh, callad!

Rey. Tu corazon
Con mis palabras aflijo.

Gar. Sí, sí.

Rey. El vasallo y el hijo
Cumplieron su obligacion.
Ahora ya no hay que esperar
Sino morir.

Gar. (¡Suerte impia!)

Rey. ¡Y era tu madre! Garcia,
Ven, ven conmigo á llorar.

Llora su infelice suerte,
Ya que el destino cruento
Te escogió por instrumento
De su castigo y su muerte.

Llora, y luego á sostener
Nuestra justicia te apresta,
Para cumplir lo que resta
De tu penoso deber.

Gar. ¡Mi madre!

Rey. ¡Cuánta ternura!

Gar. ¿No hallará clemencia en vos?

Rey. ¡Clemencia! téngala Dios

De mi negra desventura.
Contra su torpe malicia,
Como esposo y como rey,
Fid al brazo de la ley
Su crimen y mi justicia.
Y yo su tremendo fallo
Respetaré, porque así
La ley se respete en mí
Como en su primer vasallo.

Mas si no puedo estorbar
Su riguroso suplicio,
Y este horrible sacrificio
Es ya fuerza consumir,
No vea yo en tí, hijo mio,
Ese afan que no te deja,
Ese dolor que te aqueja
Desesperado y sombrío.

Gar. ¡Ah! consideradlo vos;
Y si ver mi alma pudiérais
Yo sé que os estremecierais.

Rey. Pon tu confianza en Dios.
Deber fué en tí, no malicia,
Y hoy para mejor probanza
Aqui sostendrá tu lanza
Tu inocencia y mi justicia.

Gar. (Si eterno este dolor es,
Ya no hay para mí existencia.)

Rey, acercándose á la cortina de la
tienda. ¡De dia ya!

Gar. (Mi conciencia
Me va arrastrando á sus piés.)
Señor...

Rey. Mira, ya veloz
El alba á raya comienza.

Gar. (De temor y de vergüenza
Ni doy aliento á mi voz.)

Rey. A Dios; voy á disponer
Que la ceremonia piecece.

Gar. Oídme...

Rey. ¡Qué te estremece!
Cumplamos nuestro deber. (Vase.)

ESCENA VI.

DON GARCIA.

¿Qué iba yo á hacer? á revelar mi infamia;
Pero ¿qué revelar pudiera yo
A quien vive en la fé de que aun abriga
Un soplo de virtud mi corazon?
¡Hijo me llama el infeliz llorando!
¡Hijo, que reino y honra le salvó...!
¿Cómo decirle al miserable viejo:
Padre, yo soy un vil calumniador?
No, me arrastra inflexible mi destino
Por la senda del mal, y á rastra voy
Cual zarza estéril que arrebató el viento,
A caer en la eterna perdicion.
Pero llegan. ¿Quién va?

ESCENA VII.

DON GARCIA, ARJONA.

Gar., al verle. ¡Tan pronto, Arjona!
Arj. Ya comienza del alba el resplandor,

Y ya el pueblo las gradas del palenque
A ocupar turbulento comenzó.

Gar. ¡Maldito quien me trajo hasta este
trance,

Maldita, si, mi estúpida ambicion!

Arj. Ya no es hora, señor, de meditarlo,
El dia va á rayar.

Gar. Déjame, Arjona;
Siento que mi osadía me abandona.

Arj. Señor...

Gar. Vacilo, sí; no sé ocultarlo.
Aquel hombre fatal... ¡él era, él era!

Arj. Sombra de la turbada fantasía.

Gar. No, Arjona, realidad.

Arj. ¿Cómo pudiera...?

Gar. Todo ese hombre lo puede en contra
mía.

Quien del fuego voraz le puso fuera,
De las aguas tambien le sacaría.

Arj. ¡Del fuego os acordais! ¿pues no os
lo dije?

De su quinta una cava hasta la ermita
Por senda subterránea dirige:
Torras la halló, y entrándose por ella
Fué como dió con la muger.

Gar. ¡Maldita
Mi imprevision! en una y otra cita,
Alli acéchome su infernal destreza.

Arj. Mas le cuesta el acecho la cabeza.

Gar. Del secreto poder que le acompaña
Todo lo temo, Arjona; en todas partes
Mis pasos sigue su presencia estraña
Sin que le estorben puertas ni baluartes.
Todo le es familiar, todo lo encuentra
Fácil en contra mía: favorece
Todo su fuga: en el alcázar entra
Tras de mí, en las prisiones... y parece
Que sombra de mí mismo desprendida
Los instantes me cuenta de la vida:
Y si un soplo de calma me adormece,
Brotó, dice: *Aquí estoy*; y en la tendida
Cavidad del espacio desaparece.

Arj. Supersticion del corazon medroso,
Don Garcia: aunque impávido y astuto
Es un hombre no mas, y de hombre á
hombre...

Gar. No me vieras por Dios irresoluto
Para emprender la lid, si solamente
De lidiar se tratara frente á frente.

Arj. Mas ¿qué de él temeis ya? del rey
vasallo,

Notorio siendo que robó el caballo
Y estando pregonada su cabeza,
No se presentará.

Gar. ¡Ven, insensato!

Si ningun defensor no se presenta
¿No ves, imbécil, que á mi madre mató?
Y es idea ¡ay de mí! que me amedrenta.

Arj. Aun la podeis salvar : si nadie acude
Sois dueño de su vida : suplicante
A Don Sancho acudid, ante ella misma...

Gar., horrorizado. ¿Yo? ¿Yo me he de
poner de ella delante

Otra vez? no, jamás... : piensas en vano :
Primero que sufrir tal agonía,
Los ojos, Lucas, con mi propia manó
Y el corazón feroz me arrancaría.

Arj. Pues aun es tiempo... Desistid co-
barde,

Desmentís; mas ved que en esa hoguera
Que del verdugo ante las plantas arde
El uno de los dos fuerza es que muera.

Gar. Sella, asesino vil, sella esa boca;
Porque tu pecho miserable abriga
Sangre de hiena y corazón de roca.

Arj. Señor, tan solo vuestro bien me
obliga,

Porque con vos me salvo ó con vos muero :
Mas perdonad, señor, que tal os diga
Ceder ahora es decir al mundo enteró
Que ni valiente sois, ni caballero.

Gar. ¡Ay...!

Arj. Se dirá de vos con mengua y saña :
« Nada en tal hombre por entero cupo :
Ni crimen, ni virtud fué en él hazaña,
Ni aun ser infame sino á medias supo... »
¡ Gran memoria de un príncipe de España !

Gar. Pues bien, si no me cumple esa
memoria,

Si al crimen nada mas caminar puedo,
Tal borron dejaré sobre mi historia
Que á la futura edad imponga miedo.

(*Tumulto fuera.*)

¿ Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado
Del horrible espectáculo sediento :
Voy ¡ vive Dios! á dársele colmado;
Nunca le vió mas bárbaro y sangriento.

(*Suenan las trompetas.*)

¡ Tan pronto la señal!

Arj., asomándose á la tienda. El sol
asoma.

Gar., poseído de un vértigo. ¡ Oh, in-
fierno! ¡ regocíjate! como esta
No han preparado tus furoros fiesta
Ni en los circos idólatras de Roma.

(*Trompetas.*)

Voces fuera. Pregon, pregon. ¡ Silencio!

Arj. Los heraldos
Ya el combate pregonan.

Gar. ¡ Esto es hecho!
Cada cual ante Dios con su derecho.

Heraldo, dentro. « Oid, oid, oid, vasallos
de Don Sancho, rey de Navarra, de Aragon
y de Castilla. El buen caballero Don Garcia,

príncipe de estos reinos, ha aceptado el
combate á que en uso del derecho que las
leyes les conceden han apelado la reina
Doña Nuña y Don Pedro de Sesé, acusado
de criminal inteligencia y descubierta re-
bellion. Y siendo entrambos crímenes de lesa
majestad, las leyes los condenan á la pena
del fuego, si al trasponer el sol la línea del
horizonte no se presenta caballero alguno
que quiera mantener su causa. Si esto acon-
teciere y el acusador saliera vencido, sufrirá
la misma pena en lugar de los acusados
como la ley lo dispone; si saliere vencedor
serán quemados en este mismo palenque
los acusados, con el cuerpo del caballero su
defensor, quedando desde luego condenados
á la pena capital todos los que resultaren
cómplices de su traicion. El rey ofrece as-
imismo doscientos marcos de oro á cualquier
vasallo suyo, que asegure la persona del
traidor que estrajo de las reales caballerizas
su mejor caballo de batalla, asesinando
para ello á su guardia y palafreneros. Esta
es la justicia del rey. Vasallos del rey, aca-
tad la justicia del rey. ¡ Viva Don Sancho,
rey de Navarra! »

Pueblo. ¡ Viva!

Gar. ¡ Qué agonía, gran Dios!
ciñeme, Arjona,

Esa fatal espada.

Y que quede á favor de esta celada
Encubierta á mi pueblo mi persona.

(*Se cala la visera.*)

¡ Oh! estoy seguro que en mi horrible gesto
Se ve mi odioso crimen manifiesto.

Voces del pueblo. Una. Allí están. Allí
están.

Otra. Ya traen á los acusados.

Otra. ¡ Quién tal pensara de tan buen ca-
ballero como Don Pedro!

Otra. Por eso mismo es mas grande su
delito.

Otra. Bien dicho. El rey les habia col-
mado de beneficios.

Otra. Y le vendian mientras él conquis-
taba á los moros nuevos señorios.

Otra. Son unos infames, les van á atar á
los postes de hierro como á los villanos.

Otras. Bien, bien.

Otras. ¡ Viva la justicia del rey!

Todos. ¡ Viva!

(*Tumulto.*)

Voces. Silencio. Silencio.

Otras. Ya bajan los jueces del campo.

Otras. Silencio. Escuchad.

Uno de los Jueces del campo. « Vasallos

del rey, oid. La hora del juicio ha llegado ya. La liza queda abierta desde este punto; y si al pasar el sol la línea del horizonte no anuncian los clarines un defensor, el verdugo cumplirá con su deber. »

Muchas voces. Bien, bien.

(Aplausos, ruido, etc.)

Gar. ¡Ea! ha llegado la tremenda hora.

Siento que Dios del corazón me arranca

El germen de su fé consoladora,

Y en las venas la sangre se me estanca.

¡Si, si, de esta diabólica contienda

Viene todo el infierno á ser testigo!

Vértigo... sed de crimen me devora.

Ea, corre los lienzos de esta tienda,

Y el infierno desde hoy sea conmigo.

(Arjona manda á los pajes con una seña que abran la tienda. Estos corren á un tiempo la cortina partida en dos que cierra su fondo y que cubre el teatro, y aparece un vasto palenque cuyos andamios están llenos de gente del pueblo. En el fondo de este palenque se ve un altar, delante de él el verdugo, que con una tea encendida está pronto á encender la teña hacinada al rededor de la reina y de Don Pedro, que estarán atados á dos postes de hierro y uno á cada lado del altar. Por sobre los andamios se cierra el horizonte con pintorescas montañas. El sol acaba de salir por encima de unos cerros desiguales, y derramando sobre la escena la rosada luz de la mañana.)

Ped. Señora, ¿no teneis otra esperanza?

¡Oh! si mi brazo fuerte todavía

Estuviera...

Reina. El de Dios á todo alcanza.

Ped. Creo que Dios también nos abandona.

Reina. Solo él puede apreciar nuestra agonía,

Que, inútiles con el dolo y falsa,

Lo que castiga ve y lo que perdona.

Ped. No tengo esa virtud: sopló mundano

Me anima aún el corazón terreno,

Y voy la hiel de que le siento lleno

Sobre ellos á verter. (Al pueblo.) Pueblo villano,

Rey infame... escuchad.

Voz en el pueblo. ¿Qué es lo que dice?

Otra. Dejadle hablar.

Otras. ¡Silencio!

(El pueblo calla despues de largo chicheo.)

Otras. Oid.

Ped. Rey fiero,

Sin fé, ni ley: el Dios á que apelamos,

Que indefensos morir nos deja infiero,

Mas ante él de tus leyes protestamos.

Ella inocente, y yo buen caballero

Al tribunal de Jesucristo vamos,

Y al inmolarme con tan vil castigo,

Rey, príncipe, villanos... yo os maldigo.

(Don García se tapa la cara con las manos, exhalando un ¡ay! desesperado.)

Gar. ¡Ay!

Voces del pueblo. ¡Nos insulta! ¡muera!

Otras. ¡Muera!

Otras. ¡Muera!

(La reina demuestra voluntad de hablar.)

Voz. La reina quiere hablar.

Voces. ¡Mueran!

Otras. Oidla.

Otras. Silencio. Oid. Callad.

(Otro largo chicheo. El pueblo calla.)

Reina. Sin culpa muero:

Mas aunque Dios por causa soberana

Que indefensos morir nos deja infiero,

Yo como reina moriré, y cristiana.

Si, yo inocente, y él buen caballero,

Seremos ante Dios esta mañana;

Mas aunque me inmolais, no os guardo encono.

Hijo, esposo, vasallos... yo os perdono.

Pueblo. Bien, bien.

Gar. No puedo mas..

(Don García pone mano á la daga. Arjona le detiene.)

Arj. Señor, teneos.

¿Qué quereis intentar?

Gar. Morir, Arjona,

Déjame.

Arj. No.

Voces. ¡La hora se pasa!

Otras. ¡Mueran!

Otras. ¡Mueran, mueran...!

Una voz. Ninguno les abona.

Culpables son, pues Dios les abandona.

Otras. Ya dan los jueces la seña...

Otras. La hoguera

Va á prender ya el verdugo.

Gar. No, no quiero:

No puede mas mi corazón de fiera.

Sálvese, sí...

(Don García va á salir de la tienda, en cuyo momento suena la seña de un agudo clarín. Don García se detiene.)

Arj. ¡El clarín!

Pueblo. ¡Un caballero!

ESCENA VIII.

DICHOS, DON RAMIRO.

(Se presenta Don Ramiro armado de piés á cabeza: el esclavo etiope, de quien se hace mención en los anteriores actos,

vestido á la oriental con turbante blanco y con un collar de oro en señal de esclavitud, conduce de la brida el hermoso caballo de batalla del rey Don Sancho magníficamente caparazonado y empenachado. Un page con los colores de la casa real de Navarra y Castilla trae el escudo y la lanza de Don Ramiro. Este tira un guantelete á los piés de don García y dice en alta voz :

Ram. Aquí estoy, llego á tiempo todavía; Y os declaro á la faz del mundo entero Torpe y vil impostor, mal caballero, Calumniador infame, Don García.

Voces. ¡El caballo del rey!

Otras. Ese es el que le ha robado.

Otras. ¡Qué descaro, qué atrevimiento!

Otras. No puede combatir, no es caballero, está declarado traidor y condenado á muerte.

Otras. ¡Muera!

Otras. Sí, sí, que muera también con ellos.

Otras. ¡Prenderle, matarle!

Una. Ningun villano puede ceñirse armadura real.

Otras. ¡Muera, muera! Allá van los jueces del campo.

Todos. Bien, bien.

(Los jueces del campo con algunos soldados se dirigen hostilmente hácia Don Ramiro. Este toma rápidamente el escudo de manos del page y descolgando el hacha de armas del caparazon del caballo les hace retroceder.)

Ram. ¡Mentis! derechos tengo á esta armadura,

Yo puedo entrar con ella en la batalla.

Pueblo. ¡Muera, muera! cogedle.

Ram. Atrás, canalla.

Rey de armas. Paso al rey, paso al rey.

Rey. ¿Quién atrevido

Mi ley insulta y su delito ostenta

Y con mis propias armas se presenta?

Ram. Oídme una palabra.

Rey. Di.

Ram. Al oído.

(Don Ramiro se acerca al oído del rey. Este se estremece y volviéndose á los suyos dice:)

Rey. Atrás, señores; retiraos.

Gar. ¡Cielo!

¡Con sola una palabra... aun al reymismo!

Ram., á Don García. Ya lo veis... á no ser por mi buen celo

Por vuestra alma, la echais en el abismo.

Rey. ¡Oh! concluid por Dios: si este se sabeis, ¿quién sois? [creto

Ram. Señor, antes de todo
(*Con calma.*)

Que inocentes no sean el objeto
De la mofa del vulgo.

Rey. ¿De ese modo
Quereis...?

Ram. Que libres sean, ó en voz alta
Al vulgo vil relataré esa historia.

Rey. No, no. Libres están.

Ram. Al punto vengan,
Y en silencio escuchando se mantengan.
(El rey hace una señal, y van á traer á la reina y Sesé. La tienda se cierra como al principio del acto.)

Pues os mostrais, Don Sancho, tan celoso
De vuestro real honor que una sospecha
Mal probada por labio mentiroso
Presa tan noble á los verdugos echa,
Quiero, señor, que Doña Nuña sepa,
Antes que el duelo con mi vida acabe,
Lo que en el alma de sus jueces cabe
Cuando creen que la infamia en ella quepa.

ESCENA IX.

DICHOS; LA REINA Y SESÉ, A UNA SEÑA
DE RAMIRO.

Ram. Ya están aquí... silencio, estadme
atentos;

Vos también escuchadme, Don García,
Y si después de oírme unos momentos
La espada alzais, encontrareis la mía.
(Todos escuchan con asombro y ansiedad.)

Don Ramiro domina la escena, y recita con dignidad y calma.)

Conocí una muger... su nombre Caya.

Rey. ¡Dios santo!

Ram. Es grande historia. Esta
matrona,

Casada con un noble de Vizcaya,
Su sien ceñía con feudal corona.

Un mancebo... su nombre no hace al caso,
Se prendó de su garbo y hermosura;

Y ella incauta, el audaz, paso tras paso

Fuéles prendiendo amor en red segura.

Él amante, altanera la matrona,

« A todo (la dijo él) por tí me atrevo:

¿Quieres cambiar por otra esa corona?»

Y ella que le entendió picó en el cebo.

Una noche el baron, su noble esposo,

A manos pereció de unos bandidos:

Dolióse ella del caso lastimoso,

Mas siguieron de entonces mas unidos

Los dichosos amantes.—¡Ay! ¿qué dicha

Es segura en la tierra? El mozo osado

Heredó á poco un reino, y por desdicha
De Caya otra muger con el reinado.
El la aceptó, pues le traia en prenda
Otra corona mas, y aunque fingia
Falaz con Caya, al fin cayó la venda
Que el corazon amante la cubria.
Dejóla el rey, y en vez del matrimonio
Que la ofreció, del reino desterróla,
Firmándola un inútil testimonio
Para un infante que del rey quedóla.
Y esta muger errante y espatriada...

(Se interrumpe.)

Reina, Rey, Sesé. ¡Acabad!

Ram. Sucumbió
tras largo duelo,

A su hijo dando de la edad pasada
Noticia, y por el rey pidiendo al cielo.

Rey. ¡Dios mio! ¿Y aquel hijo?

Ram. Asíó una lanza

Y en Palestina y Francia aventurero
Vivió guardando siempre una esperanza
De ser al fin un noble verdadero.

Topó en Francia por fin á una condesa,
Que á otro principe estaba prometida,
La sedujo y huyó con la francesa,
Y aquí vinieron á pasar la vida.

Reina. Proseguid.

Ram. A favor del pergamino
Que dió el rey á su madre, pasó este hombre
Vida sin porvenir y sin destino,
Sin descubrir su origen ni su nombre.
Dió el caso, que á un traidor, que conspiraba
Por impensado azar, halló la huella,
Y como en nada este hombre se ocupaba,
Dió en seguir holgazan el rastro de ella.
Dios les puso á los dos frente por frente,
Y por dó quier se hallaban : disponia
El uno en unas ruinas plazo y gente,
Y el otro sus secretos sorprendia,
Y...

Rey, Reina, Sese. ¿Qué?

Ram. Ya en concluir

veo que tardo;

Secreto es que callároslo no debo.

(A la reina.)

Vos la ofendida sois.

(Al rey.) Vos el mancebo;

Don García el traidor ; yo el bastardo.

(Don Ramiro presenta al rey el pergamino en cuestion, hincando la rodilla en tierra.)

Rey. Sí, es mi firma. ¡Hijo mio!

(Abrazo rápido.)

Ram. Ahora, García,

Ciertos de la verdad ambos estamos;

Si me tiendes tu mano, esta es la mia;

Si en tu demanda estás al campo vamos.

Reina. Tened, tened : el dedo del destino
Manifiesto está aquí, y á la inocencia
El justiciero Dios abre camino.

Rey. Sí, perdona un error...

Reina, interrumpiendo. Que no acrimino.

Rey. Yo revoco mi bárbara sentencia.

Ram. Y yo abrazo la causa de mi hermano :

Deróguese la ley, y en su delito
Sea el único juez... Dios soberano,

(De rodillas.)

Su perdon os propongo.

Reina. Yo le admito.

(A Don García.)

Pastor tiene la Iglesia cuya mano

Tiene poder y crédito infinito

De atar y desatar... tu culpa llora,

Y de Roma no mas perdon implora.

Gar., de rodillas. ¡Madre!

Reina. Mas oye :

Don Ramiro debe

Dar la mano á tu esposa prometida,

Y en tu lugar tambien mando que lleve

Tu parte de heredad por mi traida.

Sí, pues solo él á defender se atreve

Mi calumniado honor con su honra y vida,
ved en qué precio su virtud estimo :

Mi primogénito es, le legitimo.

Rey. Acepto. Abrid, heraldos, esa tienda.

(Lo hacen, y vuelve á quedar á la vista del público el palenque, cuya arena han ocupado ya los villanos, que contenidos por los soldados forman un numeroso grupo al rededor de la tienda.)

Pues mis armas vistió ya es caballero :

Pregonadlo á mi pueblo y que esto entienda.

Yo le doy mi caballo : que altanero

Sobre él las calles cruce; de la rienda

Le lleven reyes de armas, y que atienda

Navarra á que es su principe heredero.

(Clarines y atabales en señal de pregon, y algo lejos tumulto, vivas. Traen mas al centro de la escena el caballo de Don Sancho. El pueblo se agolpa en rededor.)

Rey, á Don Ramiro. Ea, á caballo tú.

Reina, á Don García. Tú,

escolta toma

Y á implorar parte tu perdon de Roma.

Gar., con afan y pronto á partir. Sí,

partiré; mas á la vuelta mia

Si traigo, madre, un corazon sincero,

¿Puedo esperar de vos...?

Ram., interrumpiéndole y atajando á la reina, que va á responder. Sí, Don García;

Yo tras tí quedo; vé, y en mi fé fia :
Buen hermano seré, buen caballero.

(Don Ramiro y Don García se dan la mano, y este parte por la izquierda seguido de Arjona, que se habrá confundido con la multitud durante la anterior escena. Don Ramiro monta á caballo, alejándose todos en tumulto aclamándole. Los reyes de armas de pié sobre los andamios del palenque y tremolando los pendones de Castilla, Navarra y Aragon, gritan cada cual á su correspondiente turno.)

(El que tiene el pendon de Castilla dice :)

¡Viva la reina de Castilla!

Pueblo. ¡Viva!

(El que tiene el de Navarra dice :)

¡Viva el rey don Sancho de Navarra!

Pueblo. ¡Viva!

(El que tiene el de Aragon dice :)

¡Viva el príncipe Don Ramiro, rey de Aragon!

Pueblo. ¡Viva!

(Los villanos aplauden, tiran por alto los birretes, etc., etc. Tumulto. Cae el telon.)

LA MEJOR RAZON, LA ESPADA,

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA SOBRE UNA DE MORETO.

PERSONAS.

DON PEDRO DE PANTOJA, joven
soldado.
DON DIEGO DE GAMBOA, mercader.
DON LOPE, letrado, padre de
Doña Juana.
Doña ANGELA, su prima.

GUIJARRO, gracioso, y criado de Pantoja.
LEONOR, criada de Doña Juana.
UN ESCRIBANO.
UN ALGUACIL.
ARJONA.
EL DUQUE DE ARCOS.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Don Lope. Puertas á izquierda y
derecha. Reja en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR; GUIJARRO, ENTRANDO.

Guij. ¿Estás sola?

Leon. Sí.

Guij. ¿No hay miedo?

Leon. No; mas despáchate aprisa,
No vuelva el amo de misa

Y nos coja en el enredo.

Guij. ¿Y tu ama?

Leon. En su cuarto está,
Llorando su desventura.

Guij. ¿Pues qué nuevo mal la apura?

Leon. Que ha dado á Don Lope ya
El duque de Arcos licencia

Para poder desde luego
Desposarla con Don Diego.

Guij. ¡Qué dices! Eso es demencia.

Leon. La purísima verdad

Es lo que digo á fé mia.

Guij. Pásela por tal tu tia,

Que para mí es necedad.

¿Mas no la podremos ver?

Leon. Es imposible, que siento
Que de uno en otro momento
Debe su padre volver.
Y es fuerza que esta mañana
Se lo advierta á tu señor.

Guij. Pues ten por cierto, Leonor,
Que te echa por la ventana:
Porque Pantoja, mi dueño,
Como sabes, es un hombre
Del demonio, y danle el nombre
De Satanás el pequeño;
Y no le dijera yo
Eso que me dices tú
Por la plata del Perú.

Leon. ¡Lindo mándria! ¿Y porqué no?
Yo tengo cierto papel
Que le escribe Doña Juana.

Guij. Hablaras para mañana;
Si lo tienes, dígalo él. (Le da un papel.)

Leon. Y á mi tambien me han tratado,
Guijarro, otro casamiento.

Guij. Siempre estimaré tu aumento.
¿Ese de Don Diego el criado?

Leon. Ese mismo; pero yo
Solo á mi Guijarro quiero,

Y con él casarme espero.

Guij. Con la frente ¿porqué no?

¿Yo casarme? Estás en tí?

Leon. ¿Pues no te vendrá muy ancho?

Guij. Pues por eso no me ensancho;
No es lo ancho para mi.

Leon. Pues di, pícaro, bribon,
¿Porqué casarte no quieres?

Guij. Porque todas las mugeres
Teneis mal de corazon.

Leon. No se entiende eso conmigo,
Que soy doncella y honrada.

Guij. Si fueras como mi espada,
Que no la ha entrado enemigo,
Fuera gran merced de Dios.

Leon. Fuera de las once mil,
No hay doncella mas gentil.

Guij. Eso veremos los dos,
Cuando yo, si pierdo el juicio,
Cometa el tremendo error
De admitirte, Leonor.

Leon. Parece que hablas de vicio,
Mas por vida de mi madre...

Guij., interrumpiéndola. Fué ella una
santa muger.

Leon. Que te tengo de poner...

Guij. ¿Como ella puso á tu padre?

Leon. En la espina de la zarza.

Guij. Si es parrilla, yo lo creo.

Leon. ¿Te remontas, Don Poleo?

Guij. No remonto, Doña Garza.

Leon. Quédate para quien eres.

Guij. Quédome para quien soy.

Leon. Yo me voy para quien voy.

Guij. Vete para quien quisieres.

Leon. En mi vida te he de hablar.

Guij. En mi vida te hablaré.

Leon. Con el tiempo te pondré...

Guij. De modo que pueda arar.

Leon. No, sino que digas tú...

Guij. Que soy manso por demas.

Leon. Quédate con Barrabás.

Guij. Máchate con Belcebú.

(Vase Leonor.)

ESCENA II.

GUIJARRO, DESPUES DON PEDRO
DE PANTOJA.

Guij. Ya te volverás á mí,
Que tus despiques entiendo,
Pero vámonos corriendo,
No me atrape el viejo aquí.

Ped. Guijarro, ¿con quién hablabas?
¿Quién contigo estaba, di?

Guij. Ese responde por mí,
(Dale el papel.)

Que como guardando estabas
Mi espalda, dejar no quise
El negocio á lo mejor.

Ped. ¿Te dió este papel Leonor?

Guij. Que Doña Juana te avise
Cosas de gusto quisiera.

Ped. Novedad debe de haber;
Voy el papel á leer.

Guij. ¿No será mejor afuera?

Ped. ¡Eh!

(Con desprecio y leyendo luego.)

(Lee.)

« Dueño mio, mi padre quiere casarme
« con Don Diego. Tengo pues por acer-
« tado que me pidas por esposa, para que
« yo pueda declararme : esto consiste en
« la brevedad, y de tu resolucion me harás
« partícipe esta noche por la reja. — Dios te
« guarde. »

Di, infame, ¿no pudieras
Llamarme cuando Leonor
Te dió este papel?

Guij. Señor,
No hagamos las burlas veras.

Sin levantar testimonio

A esa picara, lo hacia

Con tal prisa, que tenia

Una vuelta del demonio.

Ped. Algo la dirias tú,

Que te conozco, bribon.

Guij. En dándote un apretón,

Lo das todo á Belcebú.

Salgamos de aquí de prisa,

Señor, toma mi consejo,

Que nos va á atrapar el viejo.

Ped. ¿Dónde está Don Lope?

Guij. En misa.

Ped. No, sin ver á Doña Juana

No me voy, viven los cielos,

Que esa carta me dió zelos.

Guij. Esta noche en la ventana

Podrás arregarlo todo.

Ped. ¿Con Don Diego ha de casar!

No, que yo lo he de estorbar.

Guij. ¿Y cómo?

Ped. De cualquier modo.

Guij. Yo no le encuentro, señor.

Ped. Yo si; aguardándole á entradas

De una calle, y á estocadas

Matándole.

Guij. Es lo mejor.

Mas si quisieras consejo

Tomar de un amigo...

Ped. Di.

Guij. Yo me quedaria aquí

Y se la pidiera al viejo :

Que pues dice Doña Juana

Que la pidas por esposa,

Será diligencia honrosa.

Ped. Será diligencia vana,

Pero lo haré, y si me niega

Lo que promete á Don Diego...

Guij. La sacas de casa luego,
Y pues que el amor os ciega,
Vais á que os dé testimonio
Un cura, de lo de Dios,
Y al punto cerrais los dos
Con el santo matrimonio.

Ped. Tu consejo he de tomar.

Guij. Valgo para consejero
Un Potosí de dinero.

¿Y en qué me lo has de pagar?

Ped. En diez palos al contado,
Librados en la alameda.

Guij. Guarda, señor, tu moneda,
Que no estoy necesitado.

ESCENA III.

DICHOS, LEONOR.

Leon. ¿Qué veo? ¿aun estás aquí?
¿Y con tu amo? idos por Dios,
Que os va á encontrar á los dos
Don Lope.

Ped. Que sea así
Deseo yo.

Leon. ¿Para qué?

Ped. Para decirle aquí hoy
Que á su hija en quitarle estoy
Como él hoy no me la dé.

Leon. Todo eso está bien, señor;
Mas si os ve dentro su casa,
Va á dudar, por lo que pasa,
De su hija en el honor.
Va á creer que os llamó ella misma,
Que os habló y aconsejó,
Y os va á contestar que no.

Guij. Y se va á armar aquí un cisma
Que ni el de Calvo.

Leon. Mirad;
Tomad ahora la escalera
Y andad á esperarle afuera,
Y cuando él entre llamad.
De este modo se consigue
Que vos hagais la deshecha,
Y que Don Lope sospecha
Contra nosotros no abrigue.

Ped. Dices bien.

Guij. Tiene razon :
Es un lince esta muger.

Ped. Vamos pues para volver.

Guij., á Leonor. Sabes mas que Salomon.

ESCENA IV.

LEONOR, DESPUES DOÑA JUANA.

Leon. Gracias á Dios los eché;
Creí que no se rendian,

Y ya en brasas me tenian,
Que salen de la Mercé

(*Mirando por la reja.*)

Los de la misa de doce.

Juana. Leonor, ¿quién estaba aquí?

Leon. Vuestro Pantoja.

Juana. ¿Era él?

Leon. Sí.

Juana. ¿No avisaste?

Leon. Se conoce

Lo que os ciega vuestro amor :

Aprisa le hice salir,
Que sentia ya venir
Por la calle á mi señor.

Juana. ¿Y el papel?

Leon. Se le entregué

Para el amo á su criado.

Juana. ¿Ay Leonor, cómo he quedado
Despues que mi padre fué
Con Don Diego mi enemigo!
Pues mi enemigo ha de ser
Quien me procura ofender.

Leon. De tu padre es tan amigo
Que en él se puede esperar
Un marido á letra vista.

Juana. En vano el alma conquista
Quien no la puede agradar.
Leonor, Pantoja ha de ser
Solo mi esposo en el mundo.

Leon. ¿Tu amor será tan profundo?

Juana. Todo lo vence el querer.

Leon. Teneis razon, Doña Juana;
Mas vale, como Pantoja,
Pobre que á mucho se arroja,
Que rico de alma villana.
Todo es mascar matrimonios
A la vista de la dama
El Don Diego, y de la fama
Despreciando testimonios
Como le den los dineros
Que teneis, no piensa avaro
En que os comprara bien caro,
A ser ellos verdaderos.
Mas la prima Angela viene :
Disimulemos, señora.

ESCENA V.

DOÑA JUANA, DOÑA ANGELA, LEONOR.

Juana. Hola, Angela, ¿se acabó
La misa ya?

Ang. Sí.

Juana. Fué corta.

Ang. No fué muy larga.

Juana. ¿Y mi padre?

Ang. Con Don Diego por esotra

Puerta del jardín entró

En el escritorio ahora.

Juana. (Ya vienen mis enemigos

A atormentar mi memoria.)

Ang. ¿Puedo darte el parabien?

Juana. ¿De qué, prima?

Ang. De que gozas

En visperas de tratado

La certeza de ser novia.

Tu padre, según entiendo,

Con Don Diego de Gamboa,

Ese noble caballero

Que te pide por esposa,

Quiere confirmar las paces,

Con él casándote.

Juana. Cosas

Son estas que todavía

Aunque se dicen, se ignoran.

Ang. ¿Pues hay á la voluntad

De Don Lope quien se oponga?

Juana. Quien se oponga, Angela, no,

Que soy humilde de sobra

Para oponerme á mi padre;

Mas oír á de mi boca

Las razones que me asisten,

Y las causas que lo estorban.

Ang. Eso es hablar demasiado,

Prima; y á fé que me asombra

El verte tan atrevida

En palabras tan impropias

De hija que honrada ha nacido

Y que de humilde blasona.

Juana. Angela, ya basta de eso;

Que esa plática enfadosa

Que me diriges á fuer

De mi dueña ó preceptora

Tu corazón me descubre,

Y la esperanza recóndita

Que dentro de él alimentas

Aunque lo ocultas, traidora.

Ang. ¿Yo esperanza? Tú deliras,

Prima Juana, tú estás loca.

Juana. ¡Loca! ¿Pues qué haces de noche

Cuando en tu aposento á solas

Ni cierras bien tu ventana,

Ni apagas la mariposa?

Ang. Aderezo mis labores,

Y oraciones piadosas

Rezo antes de darme al sueño

Como cristiana devota.

Juana. ¿Y escapulario no tienes

Ni imágenes en tu alcoba,

Que el cielo ver necesitas

Por las rejas? ¿ó es que oras

Ante la faz de la luna,

Y á las estrellas te postras

Como dicen que lo hacen

Los sectarios de Mahoma?

Ang. Prima, ¿qué dices?

Juana. Escúchame,

Prima Angela, que nosotras

Las mugeres ya nacemos

Entendiendo de estas cosas.

Tú acechas desde tu reja

Todas las noches la hora

En que á hablarme por la mia

Viene mi galán Pantoja.

Ang. Yo acechar... ¿y para qué?

Juana. Eso es lo que me acomoda

Preguntarte: ¿es que lo haces

De atrevida ó de envidiosa?

Ang. ¡Yo de envidia!

Juana. Ya te entiendo,

Prima Angela; tú le adoras

En silencio, y nos escuchas

De sentida ó de zelosa.

Ang. Pues bien, es cierto; os escucho

Desde mi ventana propia,

Mas como muro á su audacia

Y de tu honor defensora.

Juana. Guarda, prima, tu defensa

Para otra ocasion mas próspera,

Que bien mi honor se defiende

De quien á mi honor no osa.

Ang. Don Pedro es un libertino.

Juana. En lenguas murmuradoras.

Ang. Es un galán de costumbre

Y galanteador de todas.

Juana. Porque no quiso á ninguna

De las que obsequió hasta ahora.

Ang. Porque todas le evitaron

Por su audacia licenciosa.

Juana. Porque darian camino

Para su licencia todas.

Ang. Tú sola eres pues la santa.

Juana. No, la honrada soy yo sola,

Y en la que honor ven los hombres

No atentan nunca á su honra.

Ang. Contigo solo es cortés

Quien fué osado con las otras.

Juana. Yo con decoro le escucho,

Y él con decoro me adora.

Que nadie quiere perder

La buena opinion que goza,

Y quien honor ve en su dama

Con honor siempre se porta.

Ang. Muy filosófica estás.

Juana. Y tú en extremo zelosa.

Y en fin, ya ves y ya sabes,

Ya te he dicho y ya te consta

Que estimo, quiero y adoro

A Don Pedro de Pantoja.

Ya ves que él me quiere á mi

Con pasion íntima y honda:

Y si mi padre se empeña

En que la mano de esposa

Le dé á su amigo Don Diego,
Resuelta, aunque respetuosa,
Le diré : Padre, yo le amo;
O él ó nadie.

Ang. Y sin demora
Te contestará don Lope :
Pues ó de Don Diego, ó monja.

Juana. Y me encerraré en el claustro
Con su amor y su memoria. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA ANGELA, LEONOR.

Ang. ¡Cuán verdadero es su amor !

Leon. En verdad que lo es, señora,
Como es de clara su lengua
Y la razon que la abona.

Ang. ¿Tú tambien? Tú la haces capa
De su amor, encubridora.
Pero yo haré que Don Lope
Pronto en la calle te ponga.

Leon. ¿Vos hareis tal? ¡Vaya en gracia!
¿A que el refran corrobora
De que te echará de casa
Quien vendrá de fuera?

Ang. ¡Hola!
Deslenguada, ¿me replicas?

Leon. Señora primita, oiga.
Vos á Don Pedro quereis,
Y él á vuestra prima adora :
Yo llevo y traigo sus citas
Y sus cartas amorosas ;
Mas pues vos sois forastera
Y ella está en su casa propia,
Ni quito ni pongo reina
Cuando ayudo á mi señora.

ESCENA VII.

DOÑA ANGELA.

Amar sin ser de amor correspondida,
Y á quien amo mirar que á otra enamora,
Pena es del corazon mal resistida,
Pena que crece cuanto en él mas mora.
Mas mi esperanza aun no está perdida,
Yo seguiré su luz consoladora
Hasta su fin y arrostraré mi suerte,
Que todo es vida hasta llegar la muerte.
Pero Don Diego y mi tío
Vienen aquí : de ambos huyo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON LOPE, DON DIEGO.

Lope. Mi honor desde hoy será suyo,
Su honor desde hoy será mio.

Diego. Mi persona, hacienda y vida
Hoy á vuestros piés ofrezco,
Pues tanta dicha merezco.

Lope. Esta es cosa concluida ;
Vuestra sangre de hoy, Don Diego,
Será blason de la mia,
Pues reuno en este dia
Mi interés con mi sosiego.
¿ Leonor? (*Llamando.*)

ESCENA IX.

DICHOS, LEONOR.

Lope. Di á Doña Juana
Que la llamo.

Leon. (¡Oh letra vista!
¡Quién te perdiera la pista
Por la estafeta mañana!) (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, DON DIEGO.

Lope. Esta noche la hablareis
Para hacer las escrituras.

Diego. Serán mis dichas seguras
Pues tal fineza me haceis.

ESCENA XI.

DICHOS, LEONOR.

Leon. Un tal Don Pedro Pantoja,
Si le concedeis licencia,
Me ha dicho que quiere hablaros.

Lope. Mejor, habladora, hicieras
En negar que estaba en casa ;
Mas dile que entre.

(*Leonor va á buscar á Don Pedro y
vuelve con él.*)

ESCENA XII.

DON LOPE, DON DIEGO, DON PEDRO
PANTOJA, LEONOR.

Ped. Sintiera
Que mi vista os enojara.

Diego. Si es secreto, iréme fuera.
Ped. Antes me habeis de servir
Por vuestra mucha nobleza
De padrino con Don Lope.

Diego. En cuanto serviros pueda
Podeis disponer de mí.

Ped. Señor Don Lope, la fuerza
O la obligacion de honrado
Es en mi segunda estrella.

Yo soy Don Pedro Pantoja,
Dejo aparte la nobleza
De mi sangre, pues la gozo
Por mi antigua descendencia
Como lo dice la fama.
No tengo ninguna renta,
Pero tengo un alma noble,
Que fué la mayor riqueza
Que heredé de mis pasados.
Tomar estado quisiera
Por domar la juventud
De mi espíritu, que llega
Por su altivo natural
A ser de naturaleza
Sino aliento de la luz
Escándalo de la tierra.
Por esta causa, señor,
Conociendo la nobleza
De vuestra casa, os suplico
Sin retórica elocuencia
Que me otorgueis por esposa
A la sin par en belleza
Doña Juana, si es que puede
Mi calidad merecerla.

Lope. Y á fé que no es de pedirla
Muy retórica manera.

Ped. Perdonad mi atrevimiento,
Que como dejé las letras
Y me precio de soldado,
Os hablé de esta manera.

Lope. Señor Don Pedro Pantoja,
Holgárame muy de veras
Que me hubiérais dado parte
Antes de ahora.

Leon., al paño. Aquí es ella.

Lope. El señor Don Diego y yo
Hablamos en la materia
Diversas veces, y quiso
El que todo lo gobierna
Que yo le diese mi hija
Por muger; y solo resta
El hacer las escrituras
Para que su esposo sea.

Ped. Como vos, Don Diego, es llano
Que estais enseñado á ser
Caballero mercader,
Queréis ganar por la mano;
Mas esta joya que espero
Obtener yo, ¡vive Dios!
Que no es joya para vos
Aunque deis el mundo entero.
Que como vuestros pasados
Labraron piedras, errantes,
Entendeis que estos diamantes
Se ablandan con los ducados.

Diego. Eso es decirme ¡voto á...!
Judío.

Ped. Como gustéis:

Y pues así lo entendeis
Lo dicho, dicho se está.
Las joyas, para comprarlas
Como cumple á vuestras prendas,
Allá en las públicas tiendas
Os pertenece buscarlas.
Muger de venta no os falte,
Pues vuestro oficio lo apoya,
Que no merece esta joya
Que vuestra sangre la esmalte.

Diego. Que la poca cortesía
Hable con tanto descoco,
No me espanto, porque un loco
Es necio de fantasía.
No me podeis ofender
Con oprobio ni deshonra,
Porque siempre habla sin honra
Quien no tiene que perder.
No agravia vuestro conceto
A mi nacimiento honrado,
Porque un villano enojado
A nadie guardó respeto.
Y esta joya, de los dos
A la par apetecida,
Aunque es joya muy lucida
La merezco mas que vos.

Ped. Menos palabra y mas obra:
Y pues tan nobles mugeres
No son para mercaderes,
Cuanto se añada nos sobra.
Salgamos ambos afuera,
Si á ello el mercader se arroja,
Y verá quién es Pantoja.

Diego. ¿Salir con vos? necio fuera.
Cuando en salir me desdoro
Con tan pobre caballero...

Ped. Pues bien, tomad en acero
Lo que me pedís en oro.

(*Dale un cintarazo.*)

Diego. ¡Vive Dios que he de lavar
Con tu vida tal ultraje!

Lope. Caballeros, en mi casa...

Diego. Hombres como yo no nacen
Con menos obligaciones.

Ped. Pues defiéndete si sabes.
(*Don Pedro mete á Don Diego á cuchilladas. Don Lope quiere seguirlos; y Doña Angela y Leonor, que salen; ¡detienen. Ruido de armas dentro.*)

ESCENA XIII.

DON LOPE, DOÑA ANGELA, LEONOR.

Ang. A tu edad no te conviene
Seguirlos.

Lope. Terrible lance:
¡En mi casa tal deshonra!

Ang. Ellos están ya en la calle,
Y el tumulto de la gente
Los ha dividido.

Lope. Acabe
La vida con el dolor,
Pues el cielo quiso darme
Cuando mas gusto tenia
Este pesar á mi sangre,
A mis canas este oprobio
Y esta mancha á mi linage

Ang. Mirad lo que haceis, señor.

Leon. Señor, no salgais.
Lope. Dejádme,
Que siempre el vulgo se inclina
Como bárbaro inconstante
A sentir infamemente
De los pechos mas leales. (Vase.)

ESCENA XIV.

DOÑA ANGELA, LEONOR, DOÑA JUANA.

Juana. ¿Qué ruido es este? ¿qué pasa?

Leon. Con lindo descuido sales.

Don Diego como un tigre
Bajó rodando á la calle;
Y Pantoja como un tigre
Se lo llevó por delante
Tirándole lo que llaman
Estocadas de buen aire.

Juana. ¡Dios mio!

Leon. Pero no temas,
Que ya les metieron paces,
Y dividióles la gente
A cada cual por su parte.

Ang. Bien escusados tuvieras,
Prima Juana, estos desastres,
Que al vulgo dan que decir
Y que sentir á tu padre. (Vase.)

ESCENA XV.

DOÑA JUANA, LEONOR.

Leon. Esta prima lleva mosca.

Juana. Recelo que ha de causarme
Mas disgustos con sus zelos,
Que Don Diego en empeñarse
En lograrme por esposa.

Leon. Por mucho que ambos se afanen,
A la luna de Valencia
Tendrán los dos que quedarse.

Juana. Esa prima...

Leon. No es tercera,
Mas ella caerá en el lance
Tapándola yo los ojos.

Juana. ¿Qué haremos?

Leon. Empandillarles

La vista al viejo y la prima,
Y cuando el gallo cantare,
Media noche era por filo
Y lo demas del romance.

Juana. Mas ¿si no viene Pantoja?
¿Si mal de la riña sale?

Leon. No temas : para un soldado
Un mercader poco vale.

Juana. ¡Ay! no lo sé.

ESCENA XVI.

DICHOS; GUIJARRO, A LA REJA.

Guij. Cé, señoras.

Leon. Ya está aquí quien nos lo trae.

Juana. ¿Quién es, Leonor?

Leon. El criado

De Pantoja.

Juana. ¿Dó está? ¿qué hace
Tu amo á estas horas? ¿salíó
Con fortuna de aquel lance?

Guij. Con ayuda de mis puños
Siempre con fortuna sale :
Los dos en tres manotadas
Convertimos una calle
En estrecho cementerio
De cincuenta y dos cadáveres.

Leon. ¡Jesus, con cincuenta y dos
Concluisteis!

Guij. Y aun es fácil
Que equivoque algun guarismo
Por la prisa en rebanarles.
Zis, zás, zis, á este y al otro,
En poquisimos instantes
Quedó el campo por Pantoja
En cuanto salí á ayudarle.

Leon. Vamos al caso, Guijarro,
Y déjate de dislates :
¿Vendrá tu amo esta noche?

Guij. Eso vengo de su parte
A decirlas : que le esperen.

Juana. Así será : mas mi padre
Vuelve. Entrémonos, Leonor,
Que no nos vea, y tú márchate.

Leon. A Dios, Guijarro.

Guij. A Dios, peña.

Leon. ¡Ojalá el tiempo te ablande!
Guij. Ya estoy yo de mantequilla
Como te ablandas mirándote.

Leon. Pues pelillos á la mar.

Guij. Pues con todo al Santo Padre.

Leon. A Dios.

Guij. A Dios.

Leon. Hasta luego.

Guij. Dios con bien de tí me saque

ACTO SEGUNDO.

Patio de una casa grande que se supone formar ángulo á dos calles. En el fondo puerta que da á la una. A la derecha otra que da á la calle inmediata. A la izquierda la puerta interior de la casa y una reja de las habitaciones bajas. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, ARJONA, ASOMANDO A LA PUERTA DEL FONDO SIN PASAR EL DINTEL.

Arj. ¿Esta es la casa?

Diego. Esta es,

Y aquí ese hombre ha de venir.

Arj. Aquí pues ha de morir.

Diego. Si resiste, sea, pues.

Mas tu obligacion primera
Es detenerle hasta el punto
Que yo llegue.

Arj. Yo barrunto

Que es mejor de otra manera.

Diego. ¿Cómo?

Arj. Esperándole yo

En esa calle cruzada,
Y dándole una estocada
Segura.

Diego. Arjona, eso no.

Por él me desprecia á mí,
Y es preciso que le tope
En la casa de Don Lope
La justicia, y vea así
Esa ingrata Doña Juana
Por lo que muere Pantoja,
Y quién á darle se arroja
Una muerte tan tirana.

Arj. Como gustéis: menos cuesta
Detenerle que matarle.

Diego. Yo con mi gente á atacarle
Vendré por la calle opuesta.
Si esta le impides tomar (*La del fondo.*)
Defendiéndola con brio,
No dudes que el garbo mío
Te lo ha de recompensar.

Arj. ¿Será pues?

Diego. Doble la paga

Si le detienes aquí
Hasta que me toque á mí.

Arj. Su merced se satisfaga;
Señor Don Diego, se hará
Como á usarced se le antoja,
Y aquí esta noche á Pantoja
Detenido encontrará.

Diego. Mira que es hombre pujante.

Arj. A nadie en el mundo temo.

Diego. Me han ponderado el extremo
De tu valor arrogante,

Y por eso te escogi
Entre toda la cuadrilla.

Arj. Don Diego, no hay en Sevilla
Quien me ponga miedo á mí.
Ni hay bravo que se me iguale,
Ni galan que se me huya,
Ni lance que no concluya
A gusto de quien lo vale,
Como yo en él me entrometa
Y el precio vaya al contado.

Diego. ¿El precio te da cuidado?

Arj. No, basta que ucé prometa.
Que los que cual vos por modos
Varios, sin riesgo en su honor
Acuden á mi valor,
Pagan, y Cristo con todos.

Diego. Ea pues, en ti me fio,

Arjona.

Arj. Fiar podeis.

Diego. ¿Le hallaré aquí?

Arj. Le hallareis,

Vivo ó muerto, al lado mío.

Diego. Pues á Dios.

Arj. Idos en paz.

ESCENA II.

ARJONA.

¡Tanto afan para un solo hombre!
¡Aunque fuera, por mi nombre,
Algun tigre montaraz!
Mas el tal Pantoja dicen
Que hombre es que por todo arranca,
Y que dejó en Salamanca
Memorias que le eternicen.
¡Ponderaciones serviles
Serán del vulgo villano!
Zurraria á un aldeano
O una ronda de alguaciles,
Y de ahí le vino la fama.
Mas alguien llega, me aparto. (*Se oculta.*)

ESCENA III.

ARJONA, OCULTO; GUIJARRO.

Guij. No tienen luz en su cuarto
La doncella ni la dama.
¡Qué diablos sucederá!
Las calles están desiertas
Y aun tienen así las puertas...
¡Ay, Guijarro, malo va!
¡Y á mi amo que se le antoja
Que avise yo su venida
Para que esté prevenida!
¡Válgate Dios por Pantoja!
(*Andando á tientas.*)

¿Quién ve aquí sin ser mochuelo?
 ¡Qué oscuridad, san Cirilo!
 ¡Ay! tengo el alma en un hilo
 Y me ahorcaran con un pelo.
 ¿Y á quién daré yo el recado
 De mi amo...? á nadie veo,
 Y me atrapan si voceo.
Arj. (¿Qué querrá aquí este embozado?)
Guij. ¡Hola, allí abren una reja!

ESCENA IV.

GUIJARRO, LEONOR, EN LA REJA;
 ARJONA, OCULTO.

Leon. Si doblaran por aquí
 Para avisarle... ¡ay de mí!
 La claridad que refleja
 De este cuarto la bujía
 Descubre un bulto allí lejos.
Guij. De la luz con los reflejos...
 (Mirándola.)

¡Es ella!
Leon. ¡Por vida mía!
 Es Guijarro.
Guij. ¡Bueno es eso!
 ¿En tal hora y tal lugar
 Quién aquí pudiera estar
 Sino un guijarro ó un queso?
Leon. ¿Qué, tienes frío?
Guij. ¡No es cosa,
 Y está helando! pues me gusta.
Leon. Habla bajo.
Guij. ¿Qué te asusta?
Leon. Que anda al robo la raposa.
Guij. ¿La primita?
Leon. Y el golilla.
Guij. ¡Guarda, Pablo!
Leon. Porque hablarnos
 No pudiérais ni encontrarnos
 Una cosa muy sencilla
 Discurrió.
Guij. ¿Cuál?
Leon. El mandar
 Que en este cuarto durmiéramos,
 Y que la calle no viéramos
 Por dó pudiérais rondar.
Guij. Pues discurrió como un pavo
 Si el patio abierto dejó.
Leon. Mandé al jardinero yo
 Que le abriera.
Guij. Eso es mas bravo.
Leon. ¿Y tu amo?
Guij. Que os avisara
 De que iba á venir me dijo.
Leon. Pues que no se ande prolijo,
 Porque tal vez le pesara.

Guij. ¿Porqué?

Leon. Porque anda Don Lope
 Empeñando á Doña Juana
 En que se case mañana,
 Y ojalá tu amo no tope
 Al novio, que anda muy ancho
 Buscando trazas sutiles
 Con matones y alguaciles,
 Y mas bravo que Don Sancho.
 Con que á perder la ocasion
 De esta noche, yo presiento
 Que va la niña á un convento.
 (Asoma Arjona.)
 Mas oye, junto al porton
 Veo un bulto.
Guij. Dios me valga.
Leon. (Cierra la ventana.) Corre á avisar
 á Don Pedro.

ESCENA V.

GUIJARRO, ARJONA.

Guij. Pues de lance en lance medro
 Si se antoja en que no salga.
 Tomo por esotra calle,
 Y si allí me llevo á ver,
 No paro yo de correr
 Hasta que en salvo me halle.
Arj., saliendo. Hola, hidalgo, ¿dónde va?
Guij. A buscar una comadre,
 Que está mi muger de parto.
Arj. ¿Tan apretado es el lance
 Que á Leonor acudia?
Guij. (Vamos, todo este lo sabe.
 La verdad, ya que he tenido
 El honor que me escuchase
 Vuesa merced...
Arj. ¡Bah! silencio,
 Y aquí hácia mi lado apártese
 Hasta que llegue Don Pedro.
Guij. ¿Para que mejor me agarre
 Cuando á su lado me tenga?
Arj. ¡Vive Dios que si no lo hace
 Le voy á moler á palos!
Guij. Eso si yo me dejare.
Arj. ¿Qué hareis vos?
Guij. Ya le veríamos
Arj. Ea pues, la espada saque.
Guij. No, que es doncella, y por mí
 Jamás ha de entrarla nadie.
Arj. Ea, desnúdela y venga.
Guij. La puede hacer daño el aire.
Arj. Venga, ó por Dios que de un tajo...
Guij. (¡Ah, já! ya de la otra calle
 Di con la puerta.) Dios quede
 Con él, y mire, compadre,

Que aunque ahora voy muy de prisa,
Mañana sin que me falte
Le emplazo y le desafío
Para reñir en el valle.

Arj. ¿Qué valle?

Guij. El de Josafá,

A las cinco de la tarde.

(*Vase.*)

ESCENA VI.

ARJONA.

¡Par diez! burlóme el truan;
Mas fuerza es que yo le alcance
O sepa si á su amo avisa:

(*Llegando á la puerta.*)

Y echo á la puerta el escape.

¡Voto á...! mas ya la encontré.

¡Ay de él como le atrape!

(*Vase.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO, GUIJARRO, POR LA OTRA
PUERTA.

Guij. Señor, no entres, que aquí están.

Ped. ¿Quién?

Guij. De Don Diego criados.

Ped. Tus pensamientos menguados
Pavura dó quier te dan.

Guij. Señor, que echaron tras mi
Por ese recodo estrecho.

Ped. Si yo te hallé á poco trecho,
¿Como ha de ser ello así?

Guij. Porque al revolver la esquina
Te topé.

Ped. Pues ya lo ves,
No hay nadie.

Guij. Pues eran tres.

Ped. Tú si que eres un gallina.

Guij. Sí, y armé aquí una pendencia
Como tú nunca la viste.

Ped. ¿Y tú reñiste, ó huiste?

Guij. Juro sobre mi conciencia,

Que es conciencia de guijarro,

Que á un criado de Don Diego

Que sobre mi de ira ciego

Se venia el muy zamarro,

Con gran calma le esperé

Y le dí tal cuchillada,

Seguida de una estocada

Y un tajo que le tiré,

Que á no poner con malicia

Larga distancia por medio,

Le rebano sin remedio

Como á un nabo de Galicia.

Mas desafiado va,

Como lo dirá esa calle,

Para el celebrado valle.

Ped. ¿Qué valle?

Guij. El de Josafá.

Ped. Ea, acabemos por Dios:

¿En dónde nos encontramos?

Guij. En el patio nos hallamos

De Doña Juana los dos.

Ped. Oscura noche, Guijarro.

Guij. Y entre sus negros tapices

Voy á perder las narices

De trompicon ó catarro.

Ped. Ten buen ánimo, que luego
Volvemos á la posada.

Guij. Esa decision me agrada;

Mas si viene antes Don Diego

Con veinte ó treinta criados,

¿Qué haremos por esa dama?

Ped. Ganar de valiente fama

Muriendo aquí como honrados.

Guij. Hablas como buen soldado;

Mas esa fama y honor

Es buena para el señor,

Pero no para el criado.

Ped. Hombre como tú no tarda

En la guarda del valor.

Guij. La mejor guarda, señor,

Es el ángel de la guarda.

Encomiéndate á su brazo,

Que el mío, como lo has visto,

Es flaco.

Ped. ¡Por Jesucristo!

Llegó de tu muerte el plazo

Si andando en mi compañía

Te acreditas de cobarde.

Guij. Mi espada llega muy tarde

De noche, mas no de día;

Déjalo para mañana

Y verás si tengo brio,

Que de noche me da frio

Como al leon la cuartana.

Basta, señor, la pendencia

Que en esta calle tuvistes.

Ped. Que este es un patio dijistes,

Y esta es la hora; prudencia,

Pues será á la reja ir.

Guij. De no ir mi consejo toma,

Porque á ella no han de salir.

Ped. ¿Porqué?

Guij. Porque hoy el golilla

Las guardó en otro aposento

Para quitarte de intento

La ronda de la chiquilla.

Ped. Mas veo luz y sospecho...

Guij. (Que á palos me han de matar.)

Ped. Que en esa reja han de estar.

Guij. ¡Eh, el galan si va derecho!

Ped. Llega con voz disfrazada

Como sueles llegar tú.

Guij. La voz tengo de Esaú.

Ped. Gallina, todo te enfada,
¡Y voto á...! que si me enojo...

Guij. Quedo, señor, ya consiento.

Ped. Cien palos en tus espaldas,
Que fuera lo mejor hecho.

Guij. De partida los tomara
Mejor que mirarme en esto.

Ped. Mas calla, y tente, Guijarro,
Que ruido en la reja siento;
Guarda esa calle, y avísame
Si vienen.

Guij. Renuncio el puesto,
Porque como son dos calles
Y dos caminos diversos,
No puedo atender á dos.

Ped. Pues ponte en la esquina, neclo,
Y está atento á las dos calles
Si no quieres que los huesos
Te rompa esta noche yo
Para curarte del miedo.

Guij. Gracias por la medicina.

Ped. Pues ojo alerta, y callemos.

Guij. Callemos, si llevas gusto.
Habla mientras yo calleo
La calle que está callando
La vecindad de Don Diego.
No doy por mi vida un cuarto. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON PEDRO; DOÑA JUANA, LEONOR,
A LA REJA.

Juana. ¿Es Pantoja?

Ped. Dulce dueño,
Yo soy aquel que idolatra
La deidad de vuestro cielo
Divino, al ver que es el sol
Y esfera de los luceros.

Juana. Y yo, aquella que desprecia
Cuanto encierra el universo
Por vuestra fé y lozanía
A impulso de un amor tierno.
Mas el disgusto que hubisteis
Con mi padre y con Don Diego
Me tiene fuera de mí.

Ped. Fué lance forzoso, y siento
Haberlos dado pesar.

Juana. ¿Y qué medio intentaremos
Para estorbar á mi padre
Ese loco casamiento?

Ped. Uno solo he descuido,
Y uno solamente encuentro.

Juana. ¿Cuál es?

Ped. Que os vengais conmigo
Una noche; es el remedio
Mas fácil y mas seguro.
Juana. ¿Irme con vos?

Ped. ¿Qué hay en ello
Que os espante? soy quien soy,

Bien nacido y caballero;
Y os amo, y en un apuro
Nunca intentara ponerlos.
Pero una vez en mi casa,
Solo el casarnos es medio
De callar la boca al vulgo
Y de burlar á Don Diego,
Pues no ha querer tomar
De todo el mundo á despecho
Muger que, tan á las claras,
Muestra á su enemigo afecto.

Juana. ¿No hay mas medio?

Ped. Yo no le hallo;
Y tiene que ser muy presto,
Porque tiene decidido,
O casaros con Don Diego,
O encerraros en un claustro.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, GUIJARRO.

Guij. Señor, señor.

Ped. ¿Qué tenemos?
Guij. Cerca de cien embozados
La calle bajan corriendo.

Ped. ¿Estás en tí? ¿ciento dices?

Guij. Cincuenta son por lo menos.

Juana. Retiraos ya, Pantoja,
Que gente en la calle siento.

Guij. Y dentro del patio ya:
Miradlos.

ESCENA X.

DICHOS, DON DIEGO, ARJONA, GENTE.

Arj. Si, aquí, Don Diego,
El criado de Pantoja
Estuvo tratando en eso
Con la criada Leonor.

Diego. No cumplo con lo que debo,
A ley de noble, si vive
Este enemigo soberbio
De quien me siento agraviado

Arj. Si está reducido á empeño,
Y os importa que no viva,
Bien podeis darle por muerto,
Porque al pié de aquella reja
Entre la sombra estoy viendo
Dos hombres que están parados.

Guij. Uno, diez, noventa, ciento,
No vi mas gente en mi vida;
Señor, señor, no es el miedo:
¿Ves los bultos, ves las armas?

Ped. ¿Ves los diablos del infierno?

Juana. Retirate, dueño mio,
Y salve tu vida el cielo.

Ped. No será sino mi espada,
Si ayuda Dios á los buenos:
Quitaos vos de la reja;

Que aquí con mi brío quedo.

Guij. Bien dice, queda con brío
Doble, pues yo no le tengo.

Arj. En la reja están hablando.

Diego. Sepamos quién es primero.

Guij. Señor, á nosotros vienen.

Ped. Déjales, que ya los veo.

Arj. Quién va digo.

Guij. Yo no voy,

Que estoy parado (de miedo).

Ped. ¿Quién ha de ir? adelante,
Señores.

Arj. Él es, Don Diego.

Diego. ¡Muera Pantoja!

Arj. y demas. ¡A él, muera!

Ped. Primero por este acero

Han de pasar vuestras vidas. (*Riñen.*)

Guij. Conserve Dios la que tengo,

Que yo no quito las vidas

De donde Dios las ha puesto.

Arj. ¡Qué mengua, que un hombre solo
Lleve á tantos...!

Ped. Ea, perros,

Fuera, que nada le importan

Seis pillos á un caballero.

(*Los echa de la escena á cuchilladas. Arjona, que es el único que se defiende, cae.*)

Arj. ¡Muerto soy!

Uno. Este no es hombre,

Es un diablo del infierno.

(*Huyen todos, y Don Pedro los sigue acuchillándolos.*)

ESCENA XI.

GUIJARRO; ARJONA, EN TIERRA.

Guij. Oye, señor, no me dejes
Aquí á oscuras con un muerto.
(*Mirando afuera por la puerta del fondo.*)

¡Válame Dios! ¡linternillas
A estas horas? esto es hecho.

La justicia dió conmigo,

Y tras de apaleado preso.

Pero la industria me valga;

Con el difunto me tiendo,

Que segun estoy, sin duda

Pasaré plaza de serlo.

(*Se tiende boca abajo junto á Arjona.*)

ESCENA XII.

GUIJARRO, ARJONA; Y ENTRANDO POR LA
DERECHA UN ALGUACIL, ESCRIBANO Y
RONDA.

Alg. Caballeros son sin duda;
Seguirlos. Pero ¡qué veo!

Dos han quedado aquí en tierra.

Esc. Este está pasado el pecho.

Alg. No se detenga ninguno.

Adelante, presto, presto;

Cojamos los agresores,

Que al instante volveremos

A recoger los difuntos.

(*Vase por el fondo.*)

ESCENA XIII.

GUIJARRO, ARJONA.

Guij. ¿Fuéronse? sí, ya se fueron.

Resucitemos, Guijarro,

Y aunque sea contra el miedo,

Limplenos á este difunto

De cuanto tiene en el cuerpo.

(*Le quita á Arjona sombrero y espada, cambia su capa con la suya, y le mira las faldriqueras.*)

Seco está de faldriqueras:

Capa y espada llevemos,

Pues han de ser los corchetes

Sus forzosos herederos.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO, POR EL FONDO; ARJONA,
EN TIERRA.

Ped. Escapáronse por piés.

¿Y Guijarro? ¡lindo cuero!

Íriase á la posada.

Mas al que maté busquemos,

Que no es justo que aquí le hallen

Y de la casa los dueños

Paguen lo que es culpa mía,

Y á Don Lope carguen de ello.

Y á mas, pues riñó cual bravo,

Será bien que al monasterio

Inmediato sepultura

Pida yo para su cuerpo.

Aquí está. Dios me perdona

El haber sido mas diestro;

Con esta piedad te pago

El agravio que te he hecho.

(*Carga con Arjona, que habra quedado cerca de la puerta, y vase.*)

ESCENA XV.

GUIJARRO, POR LA DERECHA; DESPUES
DON PEDRO.

Guij. No llego esta noche á casa :

En esas calles pusieron
Centinelas y corchetes.

¡Mas váleme Dios y el muerto!

No está, no, ¡santa Teresa!...

Mas se acercan, pasos siento.

¿Quién es?

Ped., *entrando.* ¿Guijarro?

Guij. ¿Qué es eso?

Ped. Que nos sigue la justicia.

Guij. ¿Sois vos, señor?

Ped. Yo soy, necio;

¿No me ves?

Guij. Me hacen los ojos

Candelillas.

Ped. Con el miedo.

Guij. Te lo advertí cuando vine

Contigo de la posada.

Ped. ¿Tú no sacaste la espada?

Guij. ¿Pues quieres tú que adivine

De noche á dar estocadas,

No viendo un palmo de tierra?

Pero dejando esta guerra,

Y dejando las espadas,

¿Qué es lo que haremos?

Ped. ¡Por Dios!

¿Qué hemos de hacer? Defendernos.

Guij. ¿Los dos hemos de volvernos?

Ped. ¿Pues no vendrán tras los dos?

Guij. ¿Pues hay algun texto acaso

Que diga : « Degollarás

Al ama, y ahorcarás

Al criado en campo raso ? »

Ped. ¿Pues qué no tendrás valor

Para sufrir un tormento?

Guij. De aquí me voy á un convento.

¿Yo tormento? No, señor.

¡Lindo lazo! ¡lindo yugo!

Mas quiero por lo mostrenco

Una vuelta de podenco

Que no media de verdugo.

Ped. Pues di, infame, mal nacido,

Sin honra, di, ¿qué serás?

Guij. Dijo Dios : « No matarás. »

Si lo cumplo, noble he sido.

De modo que dice Dios

Que no mate y tendré honra,

Y tú dices que deshonra.

¿Somos cristianos los dos,

O no lo somos? Yo quiero

Guardar lo que Dios me dice,

Aunque el diablo me autorice

De mundano caballero.

Ped. Mas oye, abren la ventana
Otra vez.

Guij. Ella es.

ESCENA XVI.

DICHOS; LEONOR, A LA REJA.

Leon. ¿Guijarro?

Guij. Aquí estoy.

Leon. ¿Qué ha sucedido?

¿Está ya Don Pedro en salvo?

Ped. Aquí está : ¡ y mi Doña Juana ?

Leon. Retirada está en su cuarto

Disputando con el viejo,

Con objeto de estorbarlo

Que salga si es que oye ruido.

Ped. Callad.

Guij. ¿Qué hay?

Ped. Siento pasos;

Mira la calle.

Guij., *mirando afuera.* ¿Alguaciles

Otra vez? Malo y remalo.

Ped. ¿Es la justicia?

Guij. La misma.

Ped. ¿Cuántos son?

Guij. Yo conté cuatro,

Y cosa de seis corchetes.

Ped. Pues saber morir honrados,

O morir en una horca.

Guij. ¿En la horca? Guarda, Pablo,

Defiéndete tú, que yo

Soy un monte de guijarros.

Ped. ¿Tú tienes armas contigo?

Guij. Sí, sí : no te dé cuidado,

Que he de ser Martín Pelaez,

Si tú el buen Cid castellano.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, GUIJARRO; LEONOR, A LA
REJA; ESCRIBANO, DOS ALGUACILES.

Esc. ¿Sois vos Don Pedro Pantoja?

Ped. Yo soy.

Esc. ¿Y vos su criado?

Guij. *Ego sum.*

Esc. Vos en latín,

Y vos en romance, vamos

A la cárcel.

Ped. Vos y vos

Es lenguaje cortésano.

Suplico á vuestras mercedes

Repáren que soy soldado,

Y que no pueden prenderme.

Guij. Ni á mí, porque soy guijarro,

Y de todo mi linage

Sargento mayor y cabo.

Alg. Eso alegareis despues,
Que la órden que yo traigo
Es ponerlos en la cárcel.
Ped. Sois ministro muy honrado;
Yo á la justicia venero
Como á brazo soberano;
Pero no podeis prenderme
Por ser noble y ser soldado.
Esc., d los suyos. Las espadas les quítad.

Ped. ¿Tercera vez?
Esc. Tres y cuatro.
Ped. Os suplico que dejeis
De seguir lo comenzado;
Porque me he de defender.

Guij. Y yo, con ser un guijarro.
Esc. Matadlos si se defienden.
Ped. Escriba, seor secretario,
Con los rasgos de esta pluma,
Que son muy gentiles rasgos.
(*Riñen, y Don Pedro y Guijarro los echan á cuchilladas.*)

Esc., huyendo. ¡Espérate, Belcebú!
(*Los acuchillan, y vuelven á la escena Don Pedro y Guijarro.*)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, GUIJARRO; LEONOR, TRAS
LA REJA.

Ped. Has andado como un César.
Guij. Dos en la calle rodaron:
Déjame salir, que voy
A matar á esos borrachos.
Ped. Bravo estás.
Guij. Yo empiezo tarde,
Mas, si en ello doy, me paso.
Ped. Cerrado nos han la puerta.
Voz dentro. Cerrad la casa.
Guij. Esto es malo.

¿Qué haremos, señor?
Ped. Morir.
Guij. Esperad, señor, que acaso
(*Volviéndose á Leonor.*)

Si abriera Leonor la puerta,
Pudieramos escaparnos
Por casa de algun vecino.
Leon. Es imposible, Guijarro:
Tiene las llaves Don Lope,
Y rejas todos los cuartos.
Ped. Salgamos, pues, y riñendo
Veremos si nos libramos.

Guij. Vamos pues. (Dios sea conmigo.)
Leon. Detente; si no me engaño
Aquí ha de abrirse una cava
Que á casa de un veinte y cuatro
Da.

Guij. ¿Dónde está?
Leon. Por el suelo;
Busca una losa á este lado
Que tiene en medio una argolla.
Ped. Vela aquí. (*La descubre.*)
Guij. ¡Jesus! ¡qué salto!
Ped. Ten buen ánimo.
Guij. Señor,
¿Quieres morir encuevado?
Ped. Mejor es morir así
Que de la justicia á manos.
Dios vaya conmigo. (*Se arroja.*)
Guij. y Leon. ¡Echóse!
Guij., asomándose. ¡Há señor! ¡Há de
allá abajo!
Ped. ¿Guijarro?
Guij. ¡Señor!
Ped. Arrójate,

Que por aquí estamos salvos.
Guij. Arrójese Satanás.
(*Ruido y voces dentro.*)

Pero ya llegan los diablos
De los corchetes, ministros
Del infierno y del agarro;
Y si me cogen, sin duda
Echaré con los zapatos
La bendición en el aire
A todo el pueblo cristiano.
Mejor es morir aquí;
Vaya conmigo san Pablo,
San Lesmes y san Pacomio,
Que son santos ermitaños.
Cierra la reja, Leonor,
No caigas por mí en el lazo,
Y á Dios, que por tí perezco.
Leon. A Dios, y vé sin cuidado.
Guij., al público. Señores, por caridad,
Un Padre nuestro á Guijarro.
(*Se arroja, y al entrar la ronda, etc., etc.,
cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANGELA, DOÑA JUANA.

Juana. Angela, quien tiene amor,
Y es como yo tan constante,
Juzga que tiene su amante
Fineza, gala y valor.
Si Don Diego es tan señor,
Tan rico y tan principal,
No es Pantoja desigual
En la sangre, ni le cede,



Pues si no es tan rico, puede
Con el tiempo ser su igual.
Casarme contra mi gusto
Ni es cordura ni es prudencia,
Que semejante violencia
Siempre ha parado en disgusto.
Obedecer es muy justo
A mi padre, pero no
Cuando la eleccion erró;
Que un casamiento forzado
Lleva el honor arriesgado,
Y soy muy honrada yo.

Ang. Tu bien fundada esperanza
Bien la sé, que no la ignoro;
Pero tu noble decoro
No le pongas en balanza.
Don Diego es noble y alcanza
De renta tres mil ducados;
Tiene deudos muy honrados,
Y es muy tuyo y te es muy fiel.

Juana. Pues cástate tú con él
Y quedaremos pagados.

Ang. Yo no trato de casarme
Con quien no me tiene amor.

Juana. Pues si sabes mi dolor,
No trates de aconsejarme.

Ang. Bien pudieras escucharme,
Pues con tu sangre nació.

Juana. Yo no escucho contra mí.
Ang. Las palabras son espejos
Donde lucen los consejos.

Juana. Pues tómalos para tí.
Ang. Si tú tuvieras cordura,
Y excusa mi justa queja,
No estuvieras en la reja
Mirando una desventura.

Pantoja ¡ciega locura!
Anoche á un hombre mató.

Juana. Que Don Diego de él huyó
Tenlo tú por cosa cierta.

Ang. Señal que estabas despierta
Cuando el caso sucedió.

Juana. No estragues la cortesía,
Que no es justo entre las dos:
¿Mas llamaron?

Ang. Me parece.
Juana. Mira quién llega, Leonor.

ESCENA II.

DOÑA ANGELA, DOÑA JUANA, LEONOR;
GUIJARRO, EN TRAGE DE BUHONERO
FRANCÉS.

Leon. Entra, gabacho.
Juana. ¿Quién es?

Guij. Juan francés, siniora, só.
¿Cómprame puntas, encaxos,

Hilo, puntoes ó color,
Alfileres, estopillas,
O cintillos de valor?

Juana, ap. (¿Leonor, no es este Guijarro?)

Leon, ap. (Él es; él mismo, por Dios.)
Juana. Yo he menester unas puntas,
Juan francés.

Guij. Tráigolas yo.
¿Han de ser de frandra?

Juana. Sí.
Ang. ¿No fuera mucho mejor
Que fuéramos á una tienda?

Juana. Este francés gasta humor,
Y yo gusto de comprarle.

Ang. Buena venta le dé Dios;
Vóime, que estás enojada,
Y no has tenido razon.

ESCENA III.

DOÑA JUANA, LEONOR, GUIJARRO.

Juana. Guijarro, ¿qué enigma es este?
Guij. Ponte á la puerta, Leonor.

Juana. ¿Qué hay de nuevo?
Guij. Mucho mal.

Juana. ¿Pantoja?
Guij. Un hombre mató.

Juana. ¿Le prendieron?
Guij. Lo procuran.

Juana. ¿Dónde queda?
Guij. En San Anton.

Juana. ¿Está herido?
Guij. No está herido.

Juana. ¿Se ausentó?
Guij. No se ausentó.

Juana. ¿Escribeme?
Guij. No te escribe.

Juana. ¿Olvidóme?
Guij. ¿Qué sé yo?

Juana. Pues no me mates, acaba;
Dime lo que sucedió.

Guij. Digote lo sucedido
Con decir que á mi señor
Y á mí nos vino á prender
De corchetes un millon,
De alguaciles mil y uno,
De escribanos mil y dos.
Hubo doble resistencia,
Peleé como un leon,
Y mi amo como un tigre;
En fin, por mí se salvó,
Quedando de la justicia
Libres contra la razon.
Salimos por una cueva
Que Leonor nos mostró,
A casa de un veinte y cuatro

Y desde allí á un bodegon,
 Y desde allí á una calleja,
 Y desde allí vengo yo
 A decirte que esta noche
 Sin ninguna dilacion
 Nos salimos de Sevilla
 Los tres; que ha dicho un doctor,
 Grande amigo de mi amo,
 Que un alguacil y un soplón
 Me andan de noche buscando
 Con intento de que yo
 Confiese culpas ajenas,
 Para vender á pregon
 Mis espaldas al verdugo
 Por suela de *lá mayor*.

Juana. ¿Mas cómo ha de ser?

Guij. Escucha

Lo que en gran conversacion
 Hincados ante dos vasos
 Discurrimos mi amo y yo.

Juana. Di.

Guij. Escucha, y ten paciencia

Para poner atencion.

Él habla y yo le respondo,
 Entiende pues por los dos.

Él me dice: Doña Juana

Ha de venirse conmigo

Esta noche. *Yo le digo:*

Su voluntad está llana.

Y él: No la puedo sacar

De la presencia del viejo

Sin tu ayuda y tu despejo.

Yo: No te quiero ayudar.

Guiate por tu capricho,

Que el consejo mas ventajal

Se me vuelve á mí mortal.

Él: ¿Cómo qué...? *Yo:* Lo dicho.

El: Vistete de estudiante,

Véle de un pleito á informar,

Y así me darás lugar

De sacarla. *Yo:* Adelante.

Él: Tan bueno es el remedio

Que no puede ser mejor.

Yo: Mas fácil es, señor,

Que me abra de medio á medio

La cabeza. *Él:* ¡Voto vá!

¿Qué riesgo puedes correr

Si mi espada has de tener

Contigo? *Yo:* Bien está:

Mas si al tiempo de informarle

Del pleito, latin ó griego,

Entrare el señor Don Diego...

Él: Pues si él entra matarle.

Insisto yo, y él porfia,

Y no hay razon que le concluya

Y se sale con la suya,

Y aquí estoy yo con la mia.

¿Entendistes?

Juana. Entendi.

Guij. Pues dentro de un breve instante
 Estará aquí el estudiante.

Leon. ¿Con page?

Guij. Mucho que sí.
 Todo lo cual de contado

Vendrá á parar, Doña Juana,

En que yo vendré por lana

Y volveré trasquilado.

Juana. Yo te haré tal recompensa.

Guij. A buena hora, ¡voto al sol!
 Que oigo al viejo en la escalera.

Juana. Válgate el ingenio.

Guij. ¡No

Que no! pues mis costillas

Lo verán, mediante Dios.

¡Quia comprar puntas y encaxos!

ESCENA IV.

DICHOS, DON LOPE.

Lope. Hola, buen hombre. ¿quién sois?

Guij. Juan Franchut; ¿no conoserme?

Lope. ¿Qué vendeis?

Guij. Vander color,

Hilo, pontillas, rosarios,

Peines de corno, jibon,

Estoraque, yesca, menjos,

Pontas de flandras, olor,

Azabache.

Lope. Basta ya.

¿Vendistels?

Guij. Nada por Dios,

Ser todos en casa vuestra

Tan ruines como un piñon.

¿Quia comprar pontas y encaxos?

(*Al marcharse da con Don Diego, que
 entra.*)

ESCENA V.

DICHOS, DON DIEGO.

Diego. Hola, buen hombre, ¿quién sois?

Guij. (Esta es otra.) Yo, sinior,
 Juan Franchut.

Diego. ¿De qué nacion?

Guij. Sinior, ser de Picardia,
 Que es de Francia la mecor.

Diego. ¿Con que francés, eh?

(*Mirándole.*)

Guij. Franchut,

Oui, monsiur. (Perdido soy.)

Diego. Como que he visto yo á este hom-
 bre.

Guij. ¿Querer vosté, mi sinior,
 Alcunos peinas de corno?

Diego. Vos sols francés como yo.

Guij. Oui, ser franchut gûi monsiur.

(Conocióme el picaron.)

¿Qué diabros mirar á moá

¿Coquen, sinior español?

Juan Franchut ser : ¿qué quererme?

¿Ser yo acaso algun latron?

Viva Cristus que le mate.

¿Qué comprar pontas, culor,

Hilos, pontilias, encaxos...?

(*Vase gritando.*)

Leon., d Doña Juana. Lindamente se escapó.

Diego. Perdonad, yo vengo luego,

Que me lleva la pasion

De mis zelos á saber

Si Pantoja se ausentó. (*Vase.*)

Lope. Leonor, salte allá fuera.

Leon. Sermon tenemos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON LOPE, DOÑA JUANA.

Lope. El dolor quisiera

No esprimir : esperar viva mi honra

Y muera mi deshonra,

Que la accion mas lucida

Es por tener honor perder la vida.

(Llevémoslo por bien, que la prudencia

Es hija del valor y la paciencia.)

Hija, diversas veces he tratado

De que tomes estado

Conforme á tu nobleza : cuerda eres,

Y las nobles mugeres

Que quieren mas su gusto que su honra

Halagan su deshonra.

Dícenme que Pantoja dió la muerte

Anoche ¡oh triste suerte!

A un hidalgo vecino de Don Diego,

Y que vasalla tú de su amor ciego

El estrago miraste;

Y aseguran que hablaste

A Pantoja : yo dudo esta bajaiza,

Conociendo tu honor y tu nobleza.

Don Diego es hombre rico y es honrado,

El vulgo está del caso alborotado,

Mi honor padece mucho detrimento,

Tu fama poco aumento;

Y así te notifico desde luego

Que ha de ser tu marido.

Juana. ¿Quién?

Lope. Don Diego.

Juana. Despues de muerta puedes desposarme,

Que viva no es posible condenarme

A vivir con un hombre que aborrezco,

Y tan grande castigo no merezco.

Lope. Brevemente ¡por Dios! has respondido,

Pero pues dices que Don Diego ha sido

En tu amor desdichado,

Declárese conmigo tu cuidado.

¿Quieres que hable á Pantoja, á un hombre loco,

Soldado, fanfarron, tenido en poco;

Hombre que sin respeto, ley ni tasa

Se portó como bárbaro en mi casa,

Pobre, libre, alentado,

Por una y otra muerte desterrado?

Vuelve en tí, no te ciegue tu deseo.

Juana. Que es tan pobre Pantoja ya lo veo,

Pero en sangre, en valor y en cortesía

Es comparar la noche con el dia.

Lope. ¿Quiéresle como esposo? háblame claro.

Juana. Señor, tú eres mi amparo.

Yo le tengo aficion.

Lope. Pues yo no gusto,

Y tengo de evitar este disgusto.

Y pues te has declarado,

Dentro de un hora has de elegir estado.

Juana. Con Don Diego jamás, antes la muerte.

Lope. Pues lo que haces repara,

Porque una de las dos será tu suerte.

O de Don Diego ó monja en Santa Clara.

Juana. Acepto lo segundo.

Lope. Allí renunciarás amor y mundo.

Piensalo bien, que dentro de una hora

Veré tu decision.

Juana. Pues desde ahora

La llevas ya sabida.

Lope. ¡Esta muger me quitará la vida!

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, DESPUES LEONOR.

Juana. ¡Ay de mí! me martirizan

Porque quiero á un hombre bien,

Cual si pudiera regir

A mi corazon por él.

Leon., saliendo. Parece que va tu padre

Y tú lo quedas tambien

Con disgusto : ¿qué hay de nuevo?

Juana. ¡Ay, Leonor! ¿qué ha de haber,

Sino penar y morir

Porque quiero á un hombre bien?

Leon. ¿Quiere casarte tu padre

Con Don Diego? Hubo desden,

Hubo aquello de yo gusto

Y mira cómo ha de ser.

Hay plazo, término, ó dia

Para que lo mires, ¿eh?

Hubo su poco de acaba

O mataréme, cruel,
Y aquello de tú me quieres
Deshonrar en la vejez.
Dime, ¿qué dijo tu padre?

Juana. Dijo, Leonor, que me den

La muerte mis pensamientos,
Pues todas fueron ayer
Torres de fé y esperanza,
Y hoy humo y polvo se ven.

Dijo que Don Diego fuese

De mi garganta cordel,

De mis gustos enemigo,

De mis intenciones juez,

Parca de mi tierna vida,

Devanada de una vez

En el ovillo tirano

De su voluntad cruel.

Dijo, en fin, que me reduzca,

Leonor, á ser su muger,

Que es lo mismo que ahorcarme

Con esa lazada infiel

Que ahoga los matrimonios

Cuando forzada se ve.

Dijo que fuese Pantoja

Desalojado tambien

Del corazon; mas no supo

Que está tan constante en él,

Que primero su volante

Dará el último vaiven

Que salir de esa morada

Por mi espontáneo querer.

¿Pero porqué me detengo

En referirte que fué

Lo que me dijo mi padre

Cual mudo cometa, que

Pronostica en el futuro

Que no ha de parar en bien

El honor que le apadrina,

Relámpago que al prender

Pequeña chispa, despide

Todo el rayo de una vez?

Mas llueva el cielo desdichas,

Que yo la misma he de ser

En adorar á mi amante

Aunque de su alto dosel

Rayos me arrojen sus luces

Y sus centellas m e den

En renglones de diamantes

Desventuras al nacer.

Pues cuando llega una dama

A querer bien una vez,

Gala hace de la desdicha,

De la muerte parabien,

Pendon de su infausta suerte

Y su alcázar de su fé.

Leon. Bien dices, muy bien, señora,

Mas pronto va á oscurecer

Y tu padre va á volver :

Vamos á otra cosa ahora.

Si París te ha de robar,

Sea, señora, esta noche

Y sea á pié, que no en coche,

Porque esto de transplantar

A una Elena en un troyano

Edificio atronador

Es ir llevando el honor

Rodando de mano en mano.

Juana. Pantoja ha de dar la traza.

Leon. Dificultosa ha de ser,

Que este ángel de Lucifer,

Tu prima, nos embaraza,

Si esta prima se quebrara

Por medio fuera gran cosa.

Juana. Es, sobre necia, enfadosa.

Leon. ¿Necia? En tu dicho repara :

Necedad llamas á ir

Tras de tí de guarda eterna .

Pues tu padre se gobierna

Por ella.

Juana. Tú has de seguir

Como sombra á esa muger.

Leon. No la perderé de vista

Hasta acabar la conquista

De este troyano poder.

Mas digo, ¿he de ser robada

Tambien yo del paladion

Guijarrista, ese troton

Caballo...?

Juana. Leonor amada,

Pues ¿puedote yo dejar?

Leon. Alto pues, robe este dia

El París de Picardía

A esta Elena de fragar.

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, LEONOR, DON LOPE,
DOÑA ANGELA.

Lope. Vendrá á las siete Don Diego
A firmar las escrituras.

Leon. (Si no se quedan á oscuras.)

Ang. Pues consiste tu sosiego

En dar estado á mi prima,

Decreto de amor tan justo

No irá, no, contra tu gusto,

Pues como á padre te estima.

Juana. Pues me toca obedecer,

Hable el silencio por mí.

Lope. Siempre esperé yo de tí

Tan honrado parecer.

Leon. (Como mi amo es letrado

Se muere por pareceres.)

Lope. Cuando las nobles mugeres

Alcanzan marido honrado,

Noble, rico y principal...

Leon. (Tal le dé Dios la salud.)

Lope. Es premio de su virtud.

Leon. A un marido en Ciudad-Real
Dos mil esposas le prenden.

Bartolo lo dice así,

Digo Bártulo.

Juan. ¡Ay de mí!

Que hasta las sombras me ofenden.

(Vete á la puerta, Leonor, (A parte.)

Que va anocheciendo ya.)

Leon., aparte. (Dices bien, París vendrá
Con el caballo traidor.

Voy á robar este pez,

Pues me roban de contado;

Pero quien tanto ha robado

Deje robarse una vez.) (Vase.)

Lope. ¿Ningun pleiteante vino

A buscarme?

Ang. Vino Octavio

Por su pleito, y vino Fabio.

Lope. Es sugeto peregrino.

Ang. Don Octavio se fué luego.

Lope. Si otro me viene á buscar,

Será bien dejarle entrar

Hasta que venga Don Diego.

ESCENA IX.

DICHOS, LEONOR.

Leon. Don Antonio Garapiña,

Hombre al parecer muy docto

Si para serlo se mira

A la gravedad del rostro,

Quiere informarse de un pleito

Si le dais licencia.

Lope. Solos

Dejadnos. Que entre, Leonor.

ESCENA X.

DON LOPE; GUIJARRO, DE ESTUDIANTE;
DON PEDRO, DE CRIADO SUYO.

Guij. Cosme, Cosmillo, hola, mozo,

Aguárdame en el zaguan.

Señor, único piloto (A Don Lope.)

Que el barco de la justicia

Guia en el mar borrascoso

Y en la noche de las leyes,

Donde se ahogan tantos tontos,

Sacerdote del derecho,

Oráculo misterioso

Del laberinto de Baldo

Y del gran Bártulo asombro,

Déme mil veces los pies.

Lope. Por suyo me reconozco;

Tome usarced una silla,

Y escusando los píropos

Dígame de qué le sirvo. (Se sientan.)

(Durante esta escena, Don Pedro atraviesa el teatro con mucho tiento por detrás de Don Lope y Guijarro y entra en las habitaciones interiores de la casa, volviendo á salir á su tiempo con Doña Juana y Leonor, que es cuando Guijarro se levanta para estorbar á Don Lope que vea á Don Pedro que se lleva su hija.)

Guij. Yo, señor, soy de Torozos,

Lugar que linda tres pasos

Con la gran ciudad de Toro.

Don Antolin Garapiña

Es mi nombre, nombre propio;

Pues vengo por linea recta

De los Antolines gordos,

Grandisimos garapiños

De los solares de Colcos.

Vengo á informarle de un pleito;

Suplicole abra los ojos,

Porque es de mucha importancia.

Lope. Con mucha atencion os oigo.

Guij. Pues, señor, yo me casé

Con Doña Aldonza Zorongo

De trece años, y hube en ella

A Doña Anica Repollo,

Hermosísima doncella

Segun dijeron los novios.

Esta, señor licenciado,

Sin decir oste ni osto,

Se enamoró de Don Lucas

Valentin, hombre tan loco

Que me la sacó de casa

Despues del postigo roto.

Lope. En eso paran las hijas

Que tienen al padre en poco.

Guij. En eso paran, señor,

Mas que paran para otro.

Hay en aquesta ciudad

Un Don Anastasio Folio

Que tiene un hijo nombrado

Don Quiterio Marco Antonio.

Este á voces dice que

Probó primero el repollo

Que Don Lucas, pero luego

Un Don Jilardo Galopo,

Hombre de capa y espada,

Se puso con él al robo

Diciendo que entró.

Lope. Despacio.

Guij. Iréme muy poco á poco.

Lope. Usted dice que Don Lucas,

Don Quiterio y el Galopo,

Son los tres opositores

De este robado repollo

¿No es así?

Guij. Es, y no es;
Iréme muy poco á poco.
Yo, señor, quiero casarla
Con un Alberto Redondo,
Hijo del mesmo Quiterio
Y primo hermano del otro.

Lope. ¿Cómo la puede casar,
Si el padre se opone y todo?

Guij. Ese es el punto.

Lope. Despacio.

Guij. Iréme muy poco á poco.

Lope. ¿El primero se desiste?

Guij. ¿Desistir? de ningun modo

Lope. ¿El segundo la pretende?

Guij. Pretendida está de todos.

Lope. ¿El tercero qué declara?

Guij. Que la debe su negocio.

Lope. Y ella ¿qué dice?

Guij. Que miente.

Lope. ¿A quién se inclina?

Guij. Al Redondo.

Lope. ¿Cómo si se opone al padre?

Guij. No es él el padre, es el otro.

Lope. ¿Quién es el otro?

Guij. Es aquel

Que la sacó por el robo.

Lope. No lo entiendo.

Guij. En eso estriba;

Iréme muy poco á poco.

Lope. ¿Quién gozó esta dama?

Guij. Lucas.

Lope. ¿Casóse?

Guij. De ningun modo.

Lope. ¿Pídele ella la palabra?

Guij. Quien la pide es el Galopo.

Lope. ¿Y su hija gusta de ello?

Guij. Ya gustó del matrimonio.

Lope. ¿De esa suerte fué casada?

Guij. Fué casada por divorcio.

Lope. ¿Pues con quién quiere casarse?

Guij. Con el hijo de Redondo.

Lope. ¿Cómo, si la quiere el padre?

Guij. Que no es el padre, es el otro.

Lope. ¿Quién es el otro? ¿qué es esto?

Guij. Iréme muy poco á poco.

Lope. ¡Válgate el diablo por pleito!

Sepamos. ¿Quién es el novio?

Guij. El novio es Lucas.

Lope. Si es Lucas,

Ya le echa fuera el divorcio.

Guij. Decis bien, llevóle el diablo.

Lope. No lo nombre.

Guij. No lo nombre.

Vamos ahora al Quiterio.

Lope. Ese gustó del repollo;

Pues bien se puede casar.

Guij. Casará con los demonios,
Porque el Redondo lo impide.

Lope. ¡Es un incesto notorio
Habiendo llegado al padre!

Guij. Que no es el padre, es el otro.

Lope. ¿Quién es el otro? ¿es el diablo?

Guij. Irems muy poco á poco.

(*Levántase Don Lope muy amostazado,
y Guijarro, levantándose, se le pone
por delante para que no vea á Don Pe-
dro, que cruza la escena con Doña
Juana y Leonor.*)

Guij. Mire uced, señor letrado,
Un ciego verá este robo.

De esta suerte me robaron

Mi hija.

Lope. Muy bien, lo oigo.

Guij. Esté atento por su vida,

Que ahora es tiempo. Este mozo

Es hijo de Don Quiterio,

Don Quiterio es el Galopo,

El Galopo es Latanasio,

Latanasio me hizo el robo:

De forma, que aquel y este,

Mi hija, el uno y el otro...

Lope. Quedo, quedo, ¡que me aturde!

Guij. Iréme muy poco á poco.

(*Al llegar á la puerta de la derecha Doña
Juana, Don Pedro y Leonor, salen por
ella Don Diego, su criado y otros.*)

ESCENA XI.

DON LOPE, GUIJARRO, DOÑA JUANA,
LEONOR, DON PEDRO, DON DIEGO,
CRIADOS Y OTROS.

Diego. ¿Quién es? (*Don Pedro se recata.*)

Leon. Señora, Don Diego.

Guij. (Perdimos el pleito todo.)

Diego. ¿Quién va digo?

Lope, volviéndose. ¿Qué es aquesto?

Guij. Debe de ser otro robo.

Lope. ¿Esta deshonra en mi casa?

¡Fabio!

Ped. Retírense todos,

O voto á Dios de matarlos.

Juana. ¡Valedme, cielos piadosos!

Ped. No temas, que de esta suerte

Podemos poner en cobro

Tu honor, tu vida y la mía.

(*Sacan las espadas, Don Pedro mata la
vela, y riñen á oscuras.*)

Lope. ¡Octavio! ¡Alberto! ¡Socorro!

Ped. Aunque llamaras al mundo

Entero, sería poco

Para mi brazo.

Guij. Señor,

No me dejes aquí solo.

Ped. Ven, mi bien. (*A Doña Juana.*)

Juana. Vamos, Leonor.
(Encuentra Don Pedro la puerta, que ha buscado á tientas, y vase por ella con Doña Juana, á quien tiene de la mano, y Leonor, que va asida de su vestido. Guijarro se queda tentando las paredes, y sale Doña Angela con luz y criados.)

ESCENA XII.

DON LOPE, DOÑA ANGELA, DON DIEGO,
 GUIJARRO, CRIADOS.

Ang. Señor, ¿qué es esto?
Lope. Un oprobio
 En tu sangre y en la mía.
Diego. Ganaron las puertas todos,
 Y así, señor, se escaparon;
 Pero ¡qué miran mis ojos!
 ¿Quién es aqueste estudiante?
(Llegan los criados y descubren á Guijarro.)

Guij. Soy Antolin Garapiña.
Diego. Este lo ha enredado todo,
 Que es criado de Pantoja.
 Matadle á palos.
Guij. Yo tomo
 De partido cuatrocientos.
(Danle de palos los criados.)

¡Quedo! con treinta demonios,
 Que yo diré la verdad.
Lope. Dejadle, que yo le otorgo
 La vida si nos lo dice,
 Y veinte escudos de oro.
Guij. En palos llevo quinientos,
 Venganse conmigo todos.

Diego. La vida te va, Guijarro.
Guij. De burlas es el negocio;
 Vamos aprisa, que importa,
 Señor Don Diego, y no poco,
 Porque si nos detenemos
 En aquestos circunloquios,
 Habrán cerrado los dos
 Con el santo matrimonio.
(Vase por la puerta de la derecha que da á la calle, y salen, por la que da á las habitaciones y jardín, Don Pedro, Doña Juana y Leonor.)

ESCENA XIII.

DON PEDRO, DOÑA JUANA, LEONOR.

Ped. Parece que no llegamos,
 Mi bien, á puerto seguro,
 Y en vano el valor fué muro.

Leon. En mala borrasca estamos.
Juana. ¿Mas no hay nadie aquí?
Leon., asomada á la ventana. ¡Qué veo!
 Por la calle abajo van
 Corriendo con mucho afán
 Todos.

Ped. Buscándonos creo.
 Tu casa pues, Doña Juana,
 Seguro nos ha de ser,
 Aquí te he de defender
 De toda la raza humana.
 Cierra esas puertas, Leonor,
 Y la del jardín también,
 Por ella dentro no den
 Los del buen gobernador.
(Leonor va cerrando las puertas, y sale, y vuelve á poco.)

Juana. ¿Con que era el duque?
Ped. Sí, él era;
 Y era suerte mas propicia,
 Que entregarte á la justicia
 Que á tu casa te volviera.
 Tu casa encontrado habemos
 Sin gente, y por decontado,
 Sea por fuerza ó de grado,
 Que capitule le haremos.

Leon., que sale. Todo está cerrado ya.
Juana. ¿Y cuando vuelvan?
Ped. Primero
 Concederán lo que quiero,
 O la casa se arderá.
 Mas por Guijarro en cuidado
 Estoy: quedó sin mi ayuda.

Leon. Guijarro estará sin duda
 En Palermo aposentado.
Ped. Los pareceres ajenos
 No le podrán defender.
Leon. Él fué á tomar parecer
 De si eran los palos buenos.
Ped. Con acuerdo de letrado
 Tendrá sentencia en favor.
Leon. Yo sé que saldrá, señor,
 En las costas condenado.
Ped. Son sus cascos indigestos,
 Y algo obtusos sus sentidos.
Leon. Pues ahora traerá metidos
 En la cabeza los textos.

ESCENA XIV.

DICHOS, GUIJARRO.

Guij., por la reja. Hola, ábranme.
Leon. Ya nos llueven
 Guijarros.
(Leonor abre á Guijarro, que entra arrojando el vestido de estudiante.)
Ped. ¿Qué hay, buen amigo?

Guij. ¡Cuerpo de Cristo conmigo!
¿Qué hay? Los diablos que me lleven.

Ped. ¿Porqué dentro te quedastes
Pudiéndome seguir? Di.

Guij. Porque yo te sirvo á tí,
Y porque tú me dejastes.

Ped. ¿Vienes herido?

Guij. Que no.

Ped. ¿Qué traes? dime lo que fué.

Guij. Traigo lo que yo me sé,
Y lo que el diablo ordenó.

Ped. ¿Cómo entraste, que te vi
Como grulla en centinela?

Guij. Entré, señor, á la vela,
Y á puro remo sali.

Ped. ¿Cómo vienes! (Mofándole.)

Guij., amostazado. Ya lo ves.

Leon. Parece que estás enfermo.

Guij. Vengo duque de Palermo
De la cabeza á los pies.

Leon. Grandeza traes escesiva;
Y fué á prueba el pleito, ¿eh?

Guij. A prueba no, porque fué
Paliza definitiva.

Leon. ¿Y cómo escapaste, di?

¿A ña de potro...?

Guij. Dejallo;

No fué á ña de caballo,

Mas á ña de palo sí.

Leon. ¿Y hubo concornio de lomos?

¿Y hubo porqué me maltratan?

¿Y hubo aquel de «que me matan?»

¿Y hubo espadas, y hubo pomos,

Y hubo ruegos hácia el padre

Que te pescó sin anzuelo?

Guij. Hubo el ladrón de tu abuelo,

Y la perra de tu madre.

Ped. Dejémonos de locuras,

Y acaba: ¿qué sucedió?

Guij. ¿Qué he de decir? ¡voto á cribas!

En Turquía no se usó

Lo que tú usastes conmigo.

Ped. ¡Yo pude hacer mas por Dios!

Guij. Bien pudieras escusar

La siniestra informacion

Del pleito de Garapiña,

Cuyo parecer, señor,

Lo han pagado mis costillas:

Y fué el milagro mayor

El zafarme de las manos

De tanto infame sayon.

Ped. ¿Y cómo hicistes?

Guij. Diciéndoles

Que se vinieran en pos,

Y te pondria en sus manos;

Y á puñada y mogicon

Al revolver San Francisco

Desparecime veloz:

Pasé por ante esa reja,
Os vi, os llamé, y aquí estoy.
Pero el cuidado que traigo
Es que un pícaro soplón,
Que se vende por tu amigo,
Allí entre ellos se quedó
Diciendo que con la novia
Te vió en la calle, señor.

Juana. ¡Ay, Pedro! perdidos somos.

Ped. Ya lo remediaré yo.

Guij. Ya suben las escaleras.

Juana. Perdidas somos, Leonor.

Ped. Guijarro, en el aposento

Que tiene ese corredor

Guarda á estas damas al punto.

Guij. Ved que ese aposento estoy

En que da á casa del duque.

Ped. No te detengas, que yo

Los detendré, como á quien

Va en ello vida y honor.

Guij. Pues en dejándolas, vuelvo

Armado como un leon

Para morir á tu lado.

Ped. Aquí aguardándote estoy.

ESCENA XV.

DON PEDRO.

Cierro esta reja, y espero

Con valiente corazon

A ceder para obligarles,

O á perecer por mi amor.

Voces dentro. ¡Aquí están!

Otros.

Aquí les vimos.

Lope, dentro. Dejadme, que tengo yo

Picaporte de esa puerta.

Ped. Ya llegó el trance, valor.

(Abrese la puerta, y entra Don Lope, á quien detiene Don Pedro poniéndole la espada al pecho.)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DON LOPE; UN MOMENTO
DESPUES DON DIEGO, ESCRIBANO, AL-
GUACILES, GENTE.

Ped. Alto, buen viejo: primero

Que entreis en este salon

Quiero advertiros que de él

Solo pienso salir yo

O esposo de Doña Juana,

O muerto á vuestro furor.

Lope. ¿Su esposo tras esta afrenta?

Nunca será ¡vive Dios!

Ped. Pues de ese modo, adelante.

(Entra Don Diego y los demas.)

Diego. Este es Pantoja.
Lope. Mi honor
 Estriba ya, caballeros,
 En que muera este traidor.
Diego. ¡Muera Pantoja!
Ped. ¡Tú mientes!
 Y hombres de mi corazón
 Solo mueren de esta forma.
(Ciérranse á cuchilladas y riñen. Don Pedro va cejando defendiéndose. Guijarro sale, y va á ponerse á su lado.)
Todos. ¡Muera!
Lope. Acabadle.
Guij. Aquí estoy,
 Como un Bernardo, á tu lado.
(Sale el duque de Arcos armado, con banda y baston, y gente con él.)

ESCENA XVII.

DICHOS, EL DUQUE DE ARCOS.

Duque. Ténganse al rey.
Guij. ¡Santo Dios!
 El duque de Arcos es este.
(Tiénense todos y se descubren.)
Lope y Diego. ¡Cielos, el gobernador!
Duque. ¿Tantos contra un hombre solo?
 Merecía tal traición
 Que á todos os empalara
 Por tan cobarde rigor.
 ¿Quién sois? *(A Don Pedro.)*
Ped. Un criado vuestro
 Que al rayo de vuestro sol
 Recibe luz.
Duque. Levantaos;
 Que quien tan bien peleó
 No es digno de estar de hinojos
 Ante mí: decid quién sois,
 Y cuál fué vuestra querrela.
Ped. Don Pedro Pantoja soy,
 Cuya juventud briosa
 Centella de Marte ha sido
 Con ayuda de esta hoja.
 Estudié letras humanas,
 Mas con afición tan poca,
 Que al cabo cambié mis libros
 Por espadas y pistolas:
 Y obré en mí tan fuertemente
 Esta inclinación heroica,
 Que he tenido mas pendencias
 Que tienen mis días horas.
 Por no cansarte, señor,
 Callo hazañas portentosas
 Que me han dado honor y fama
 En provincias muy remotas:

Pues sobre tirar la esgrima
 Parlas me rinden con honra
 El diestro Gil Campuzano
 Y el valiente Juan de Lorca.
 Quise á Doña Juana, hija
 De Don Lope de Mendoza,
 Que está presente, pedísela
 Para muger, y negómela
 Por dársela por mas rico
 Al comerciante Gamboa.
 Quisela sacar de casa
 Siendo ella misma gustosa,
 Cuando con deudos y amigos
 Gamboa llegó á deshora
 Traidoramente entre muchos
 A darme muerte afrentosa.
 Me defendí como vistes,
 Donde concluyo mi historia
 Poniendo á tus piés mi vida,
 Rogándote que dispongas
 De esta espada y de este brazo,
 Siendo de tanta discordia
 El frís de la grandeza,
 El anal de esta memoria,
 El sol de aquestas tinieblas,
 Y el amparo de mi honra.
Duque. Señor Don Lope, no hay vida
 Que valga el honor: Pantoja
 Es honrado, y yo le doy
 Para casarse mil doblas,
 Que pues vuestra hija le quiere,
 Mucho á vuestro honor importa.
Lope. Señor, que es un libertino.
Duque. ¡Basta, por Dios! que cuando otra
 Razon no hubiera, casárale
 Vuestra conducta alevosa
 Para castigar severo:
 Y entendid bien desde ahora
 Que para quien sois vosotros
 Es Don Pedro muy de sobra.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, Y SALE GUIJARRO, QUE TRAE DE LA MANO A DOÑA JUANA Y A LEONOR.

Guij. Y pues todo se compuso,
 Aquí tenéis á la novia.
Ped. ¡Mi Juana! *(Se abrazan.)*
Juana. ¡Pantoja mio!
Guij., al público. Y ahora, si á mal no
 lo toman
 Vuestras mercedes, señores,
 Por dos palmadillas flojas
 Les enviaré papeletas
 Para asistir á la boda.

DON JUAN TENORIO,

DRAMA RELIGIOSO-FANTASTICO EN DOS PARTES.

AL SEÑOR

DON FRANCISCO LUIS DE VALLEJO

EN PRENDA DE BUENA MEMORIA,

SU MEJOR AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, marzo de 1844.

PERSONAS.

DON JUAN TENORIO.
DON LUIS MEJIA.
DON GONZALO DE ULLOA, comen-
dador de Calatrava.
DON DIEGO TENORIO.
DOÑA INÉS DE ULLOA.
DOÑA ANA DE PANTOJA.
CRISTOFANO BUTTARELLI.
MARCOS CIUTTI.
BRIGIDA.
PASCUAL.
EL CAPITAN CENTELLAS.
DON RAFAEL DE AVELLANEDA.
LUCIA.

LA ABADESA DE LAS CALATRAVAS DE
SEVILLA.
LA TORNERA DE IDEM.
GASTON.
MIGUEL.
UN ESCULTOR.
DOS ALGUACILES.
UN PAGE (que no habla).
LA ESTATUA DE DON GONZALO (el
mismo).
LA SOMBRA DE DOÑA INÉS (ella misma).
CABALLEROS SEVILLANOS, ENCUBIERTOS, CU-
RRIOSOS, ESQUELETOS, ESTATUAS, ANGELES,
SOMBRA, JUSTICIA Y PUEBLO.

La accion en Sevilla por los años de 1545, últimos del emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres restantes, cinco años despues, y en otra noche.

PARTE PRIMERA.

ACTO PRIMERO.

LIBERTINAGE Y ESCANDALO.

Hosteria de Cristófano Buttarelli. — Puerta en el fondo que da á la calle: mesas, jarros y demas utensilios propios de semejante lugar.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, CON ANTIFAZ, SENTADO A UNA MESA
ESCRIBIENDO; BUTTARELLI Y CIUTTI,

A UN LADO ESPERANDO. AL LEVANTARSE EL TELON SE VEN PASAR POR LA PUERTA DEL FONDO MASCARAS, ESTUDIANTES Y PUEBLO CON HACHONES, MUSICAS, ETC.

Juan. ¡Cuál gritan esos malditos!
Pero ¡mal rayo me parta
Si en concluyendo la carta
No pagan caros sus gritos!

(*Sigue escribiendo.*)

Butt., *d Ciutti.* Buen carnaval.
Ciut., *d Buttarelli.* Buen agosto
Para rellenar la arquilla.
Butt. ¡Qué! Corre ahora por Sevilla
Poco gusto y mucho mosto

Ni caen aquí buenos peces,
Que son casas mal miradas
Por gentes acomodadas
Y atropelladas á veces.

Ciut. Pero hoy...

Butt. Hoy no entra en la cuenta,
Ciutti : se ha hecho buen trabajo.

Ciut. ¡ Chist! habla un poco mas bajo,
Que mi señor se impacienta
Pronto.

Butt. ¿ A su servicio estás?

Ciut. Ya há un año.

Butt. ¿ Y qué tal te sale?

Ciut. No hay prior que se me iguale;

Tengo cuanto quiero, y mas.

Tiempo libre, bolsa llena,

Buenas mozas y buen vino.

Butt. ¡ Cuerpo de tal, qué destino!

Ciut., señalando á *Don Juan*. Y todo ello
á costa ajena.

Butt. ¿ Rico, eh?

Ciut. Barea la plata.

Butt. ¿ Franco?

Ciut. Como un estudiante.

Butt. ¿ Y noble?

Ciut. Como un infante.

Butt. ¿ Y bravo?

Ciut. Como un pirata.

Butt. ¿ Español?

Ciut. Creo que sí.

Butt. ¿ Su nombre?

Ciut. Lo ignoro en suma.

Butt. ¡ Bribon! ¿ y dónde va?

Ciut. Aquí.

Butt. Largo plumea.

Ciut. Es gran pluma.

Butt. ¿ Y á quién mil diablos escribe

Tan cuidadoso y prolijo?

Ciut. A su padre.

Butt. ¡ Vaya un hijo!

Ciut. Para el tiempo en que se vive

Es un hombre estraordinario.

Mas silencio.

Juan, cerrando la carta. Firmo y plego.

¿ *Ciutti*?

Ciut. ¿ Señor?

Juan. Este pliego

Irá dentro del orario

En que reza Doña Inés

A sus manos á parar.

Ciut. ¿ Hay respuesta que aguardar?

Juan. De el diablo con guardapiés

Que la asiste, de su dueña

Que mis intenciones sabe

Recogerás una llave,

Una hora y una seña :

Y mas ligero que el viento

Aquí otra vez.

Ciut. Bien está.

(*Vase.*)

ESCENA II.

DON JUAN, BUTTARELLI.

Juan. Cristófano, vieni quà.

Butt. ¡ Eccellenza!

Juan.

Senti.

Butt.

Sento.

Ma ho imparato il castigliano,

Se è più facile al signor

La sua lingua...

Juan.

Sí, es mejor :

Lascia dunque il tuo toscano,

Y dime : ¿ Don Luis Mejía

Ha venido hoy?

Butt.

Escelencia,

No está en Sevilla.

Juan.

¿ Su ausencia

Dura en verdad todavía?

Butt. Tal creo.

Juan.

¿ Y noticia alguna

No tienes de él?

Butt.

¡ Ah! una historia

Me viene ahora á la memoria

Que os podrá dar...

Juan.

¿ Oportuna

Luz sobre el caso?

Butt.

Tal vez.

Juan. Habla pues.

Butt., hablando consigo mismo. No, no
me engaño :

Esta noche cumple el año,

Lo habia olvidado.

Juan.

¡ Pardiez!

¿ Acabarás con tu cuento?

Butt.

Perdonad, señor : estaba

Recordando el hecho.

Juan.

¡ Acaba,

Vive Dios! que me impaciento.

Butt.

Pues es el caso, señor,

Que el caballero Mejía

Por quien preguntais, dió un dia

En la ocurrencia peor

Que ocurrírsele podia.

Juan.

Suprime lo al hecho estraño;

Que apostaron me es notorio

A quien haria en un año

Con mas fortuna mas daño

Luis Mejía y Juan Tenorio.

Butt.

¿ La historia sabeis?

Juan.

Entera;

Por eso te he preguntado

Por Mejía.

Butt.

¡ Oh! me pluguiera

Que la apuesta se cumpliera,
Que pagan bien y al contado.

Juan. ¿Y no tienes confianza
En que Don Luis á esta cita
Acuda?

Butt. ¡Quiá! ni esperanza:
El fin del plazo se avanza,
Y estoy cierto que maldita
La memoria que ninguno
Guarda de ello.

Juan. Basta ya.
Toma.

Butt. ¡Escelencia! (*Saluda profundamente*) ¿y de alguno
De ellos sabeis vos?

Juan. Quizá.

Butt. ¿Vendrán pues?

Juan. Al menos uno,

Mas por si acaso los dos
Dirigen aquí sus huellas
El uno del otro en pos,
Tus dos mejores botellas
Prevenles.

Butt. Mas...

Juan. ¡Chito!... A Dios.

ESCENA III.

BUTTARELLI.

¡Santa Madona! de vuelta
Mejía y Tenorio están
Sin duda... y recogerán
Los dos la palabra suelta.
¡Oh! sí, ese hombre tiene traza
De saberlo á fondo. (*Ruido dentro.*) ¿Pero
Qué es esto? (*Se asoma á la puerta.*)

¡Anda! ¡el forastero
Está riñendo en la plaza!
¡Válgame Dios! ¡qué bullicio!
¡Cómo se le arremolina
Chusma...! ¡y cómo la acoquina
Él solo...! ¡puf! ¡qué estropicio!
¡Cuál corren delante de él!
No hay duda, están en Castilla
Los dos, y anda ya Sevilla
Toda revuelta. ¡Miguel!

ESCENA IV.

BUTTARELLI, MIGUEL.

Mig. ¿Che comanda?

Butt. Presto, qui

Servi una tabola, amico:
E del Lacryma piú antico
Porta due buttiglie.

Mig. Si,

Signor padroñ.

Butt. ¡Micheletto,
Apparechia in carità
Lo piú ricco que si fá:
Afrettati!

Mig. Gia mi afretto,
Signor padrone.

(*Vase.*)

ESCENA V.

BUTTARELLI, DON GONZALO.

Gonz. Aquí es.

¿Patron?

Butt. ¿Qué se ofrece?

Gonz. Quiero
Hablar con el hostelero.

Butt. Con él habláis; decid pues.

Gonz. ¿Sois vos?

Butt. Sí, mas despachad,
Que estoy de priesa.

Gonz. En tal caso

Ved si es cabal y de paso

Esa dobla y contestad.

Butt. ¡Oh esclencia!

Gonz. ¿Conocéis
A Don Juan Tenorio?

Butt. Sí.

Gonz. ¿Y es cierto que tiene aquí
Hoy una cita?

Butt. ¡Oh! ¿sereis

Vos el otro?

Gonz. ¿Quién?

Butt. Don Luis.

Gonz. No; pero estar me interesa
En su entrevista.

Butt. Esta mesa

Les preparo; si os servís

En esotra colocaros,

Podreis presenciar la cena

Que les daré... ¡Oh! será escena

Que espero que ha de admiraros.

Gonz. Lo creo.

Butt. Son sin disputa

Los dos mozos mas gentiles

De España.

Gonz. Si, y los mas viles
Tambien.

Butt. ¡Bah! se les imputa

Cuanto malo se hace hoy día;

Mas la malicia lo inventa,

Pues nadie paga su cuenta

Como Tenorio y Mejía.

Gonz. ¡Ya!

Butt. Es afan de murmurar,

Porque conmigo, señor,

Ninguno lo hace mejor,

Y bien lo puede jurar.

Gonz. No es necesario: mas...

Butt. ¿Qué?
Gonz. Quisiera yo ocultamente
 Verlos, y sin que la gente
 Me reconociera.

Butt. A fé
 Que eso es muy fácil, señor.
 Las fiestas de carnaval
 Al hombre mas principal
 Permiten sin deshonor
 De su linaje servirse
 De un antifaz, y bajo él
 ¿Quién sabe hasta descubrirse
 De qué carne es el pastel?

Gonz. Mejor fuera en aposento
 Contiguo...

Butt. Ninguno cae
 Aquí.

Gonz. Pues entonces trae
 El antifaz.

Butt. Al momento.

ESCENA VI.

DON GONZALO.

No cabe en mi corazón
 Que tal hombre pueda haber
 Y no quiero cometer
 Con él una sinrazon.
 Yo mismo indagar prefiero
 La verdad... mas á ser cierta
 La apuesta, primero muerta
 Que esposa suya la quiero.
 No hay en la tierra interés
 Que si la dañe me cuadre;
 Primero seré buen padre,
 Buen caballero despues.
 Enlace es de gran ventaja,
 Mas no quiero que Tenorio
 Del velo del desporio
 La recorte una mortaja.

ESCENA VII.

DON GONZALO; BUTTARELLI, QUE TRAE
 UN ANTIFAZ.

Butt. Ya está aquí.
Gonz. Gracias, patron :
 ¿Tardarán mucho en llegar ?
Butt. Si vienen no han de tardar :
 Cerca de las ocho son.

Gonz. ¿Esa es hora señalada ?
Butt. Cierra el plazo, y es asunto
 De perder quien no esté á punto
 De la primer campanada.

Gonz. Quiera Dios que sea una chanza,
 ¿ no lo que se murmura.

Butt. No tengo aun por muy segura
 De que cumplan la esperanza ;
 Pero si tanto os importa
 Lo que ello sea saber,
 Pues la hora está al caer
 La dilacion es ya corta.

Gonz. Cúbrome pues y me siento.
*(Se sienta en una mesa d la derecha y se
 pone el antifaz.)*

Butt. (Curioso el viejo me tiene
 Del misterio con que viene...
 Y no me quedo contento
 Hasta saber quién es él.)
(Limpia y tragina, mirándole de reojo.)

Gonz. (¿Que un hombre como yo tenga
 Que esperar aquí y se avenga
 Con semejante papel !
 En fin, me importa el sosiego
 De mi casa y la ventura
 De una hija sencilla y pura,
 Y no es para echarlo á juego.)

ESCENA VIII.

DON GONZALO, BUTTARELLI; DON
 DIEGO, A LA PUERTA DEL FONDO.

Diego. La seña está terminante,
 Aquí es : bien me han informado ;
 Llego pues.

Butt. ¿ Otro embozado ?

Diego. ¿ Ha de esta casa ?

Butt. Adelante.

Diego. ¿ La hosteria del Laurel ?

Butt. En ella estais, caballero.

Diego. ¿ Está en casa el hostelero ?

Butt. Estais hablando con él.

Diego. ¿ Sois vos Buttarelli ?

Butt. Yo.

Diego. ¿ Es verdad que hoy tiene aquí
 Tenorio una cita ?

Butt. Sí.

Diego. ¿ Y ha acudido á ella ?

Butt. No.

Diego. ¿ Pero acudirá ?

Butt. No sé.

Diego. ¿ Le esperais vos ?

Butt. Por si acaso

Venir le place.

Diego. En tal caso

Yo tambien le esperaré.

*(Se sienta en el lado opuesto á Don Gon-
 zalo.)*

Butt. ¿ Que os sirva vianda alguna
 Quereis mientras ?

Diego. No : tomad. *(Dale dinero.)*

Butt. ¡ Escelencia !

Diego. Y escusad

Conversacion importuna.

Butt. Perdonad.

Diego. Vais perdonado:
Dejadme pues.

Butt. ¡Jesucristo!
En toda mi vida he visto
Hombre mas mal humorado.)

Diego. ¡Que un hombre de mi linage
Descienda á tan ruin mansion!

Pero no hay humillacion
A que un padre no se baje
Por un hijo. Quiero ver
Por mis ojos la verdad
Y el mónstruo de liviandad
A quien pude dar el sér.)

(*Buttarelli, que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo á Don Gonzalo y á Don Diego, que permanecen embozados y en silencio.*)

Butt. ¡Vaya un par de hombres de piedra!
Para estos sobra mi abasto:
Mas ¡pardiez! pagan el gasto
Que no hacen, y así se medra.

ESCENA IX.

BUTTARELLI, DON GONZALO, DON
DIEGO, EL CAPITAN CENTELLAS, DOS
CABALLEROS, AVELLANEDA.

Avell. Vinieron, y os aseguro
Que se efectuara la apuesta.

Cent. Entremos pues. ¡Buttarelli!

Butt. Señor capitán Centellas,
¿Vos por aquí?

Cent. Sí, Cristófano.
¿Cuándo aquí sin mi presencia
Tuvieron lugar las orgias
Que han hecho raya en la época?

Butt. Como há tanto tiempo ya
Que no os he visto.

Cent. Las guerras
Del emperador, á Túnez
Me llevaron; mas mi hacienda
Me vuelve á traer á Sevilla;
Y segun lo que me cuentan
Llego lo mas á propósito
Para renovar añejas
Amistades. Con que apróntanos
Luego unas cuantas botellas,
Y en tanto que humedecemos
La garganta, verdadera
Relacion haznos de un lance
Sobre el cual hay controversia.

Butt. Todo se andará, mas antes
Dejadme ir á la bodega.

Varios. Sí, sí.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS BUTTARELLI.

Cent. Sentarse, señores
Y que siga Avellaneda
Con la historia de Don Luis.

Avell. No hay ya mas que decir de ella
Sino que creo imposible
Que la de Tenorio sea
Mas endiablada, y que apuesto
Por Don Luis.

Cent. Acaso pierdas.
Don Juan Tenorio se sabe
Que es la mas mala cabeza
Del orbe, y no hubo hombre alguno
Que aventajarle pudiera
Con solo su inclinacion;
¿Con que qué hará si se empeña?

Avell. Pues yo sé bien que Mejía
Las ha hecho tales, que á ciegas
Se puede apostar por él.

Cent. Pues el capitán Centellas
Pone por Don Juan Tenorio
Cuanto tiene.

Avell. Pues se acepta
Por Don Luis, que es muy mi amigo.

Cent. Pues todo en contra se arriesga;
Porque no hay como Tenorio
Otro hombre sobre la tierra,
Y es proverbial su fortuna
Y estremada sus empresas.

ESCENA XI.

DICHOS; BUTTARELLI CON BOTELLAS.

Butt. Aquí hay Falerno, Borgoña,
Sorrento.

Cent. De lo que quieras
Sirve, Cristófano, y dinos:
¿Qué hay de cierto en una apuesta
Por Don Juan Tenorio há un año
Y Don Luis Mejía hecha?

Butt. Señor capitán, no sé
Tan á fondo la materia
Que os pueda sacar de dudas,
Pero diré lo que sepa.

Varios. Habla, habla.

Butt. Yo, la verdad,
Aunque fué en mi casa mesma
La cuestion entre ambos, como
Pusieron tan larga fecha
A su plazo, creí siempre
Que nunca á efecto viniera;
Así es, que ni aun me acordaba
De tal cosa á la hora de esta.
Mas esta tarde, sería

Ei anochecer apenas,
 Entróse aquí un caballero
 Pidiéndome que le diera
 Recado con que escribir
 Una carta : y á sus letras
 Atento no mas, me dió
 Tiempo á que charla metiera
 Con un page que traía
 Paisano mio, de Génova.
 No saqué nada del page,
 Que es por Dios muy brava pesca,
 Mas cuando su amo acababa
 Su carta, le envió con ella
 A quien iba dirigida :
 El caballero en mi lengua
 Me habló y me pidió noticias
 De Don Luis. Dijo que entera
 Sabia de ambos la historia,
 Y que tenia certeza
 De que al menos uno de ellos
 Acudiria á la apuesta.
 Yo quise saber mas de él,
 Mas púsome dos monedas
 De oro en la mano diciéndome
 Asi, como á la deshecha :
 « Y por si acaso los dos
 Al tiempo aplazado llegan,
 Ten prevenidas para ambos
 Tus dos mejores botellas. »
 Largóse sin decir mas,
 Y yo atento á sus monedas,
 Les puse en el mismo sitio
 Donde apostaron, la mesa.
 Y vedla allí con dos sillas,
 Dos copas y dos botellas.
Avell. Pues, señor, no hay que dudar ;
 Era Don Luis.

Cent. Don Juan era.

Avell. ¿Tú no le viste la cara?

Butt. Si la traía cubierta
 Con un antifaz.

Cent. Pero, hombre,
 ¿Tú á los dos no les recuerdas?

¿O no sabes distinguir
 Á las gentes por sus señas
 Lo mismo que por sus caras?

Butt. Pues confieso mi torpeza ;

No le supe conocer,
 Y lo procuré de veras.

Pero silencio.

Avell. ¿Qué pasa?

Butt. A dar el reló comienza
 Los cuartos para las ocho. (Dan.)

Cent. Ved, ved la gente que se entra.

Avell. Como que está de este lance
 Curiosa Sevilla entera.

(Se oyen dar las ocho; varias personas
 entran y se reparten en silencio por la

escena; al dar la última campanada.
*Don Juan con antifaz se llega á la mesa
 que ha preparado Buttarelli en el centro
 del escenario, y se dispone á ocupar
 una de las dos sillas que están delante
 de ella. Inmediatamente despues de él,
 entra Don Luis tambien con antifaz y se
 dirige á la otra. Todos los miran.)*

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON GONZALO, DON JUAN,
 DON LUIS, BUTTARELLI, CENTELLAS,
 AVELLANEDA, CABALLEROS, CURIOSOS,
 ENMASCARADOS.

Avell., á Centellas, por Don Juan. Verás
 aquel, si ellos vienen,
 Qué buen chasco que se lleva.

Cent., á Avellaneda, por Don Luis. Pues
 allí va otro á ocupar

La otra silla : ¡uf! aquí es ella.

Juan, á Don Luis. Esa silla está com-
 prada,

Hidalgo.

Luis, á Don Juan. Lo mismo digo,
 Hidalgo; para un amigo

Tengo yo esotra pagada.

Juan. Que esta es mia haré notorio.

Luis. Y yo tambien que esta es mia.

Juan. Luego sois Don Luis Mejía.

Luis. Sereis pues Don Juan Tenorio.

Juan. Puede ser.

Luis. Vos lo decis.

Juan. ¿No os fiais?

Luis. No.

Juan. Yo tampoco.

Luis. Pues no hagamos mas el coco.

Juan. Yo soy Don Juan.

(Quitándose la máscara.)

Luis. Yo Don Luis. (Id.)

(Se descubren y se sientan. El capitán Cen-
 tellas, Avellaneda, Buttarelli y algunos
 otros se van á ellos y les saludan, abra-
 zan y dan la mano, y hacen otras se-
 mejantes muestras de cariño y amistad.
 Don Juan y Don Luis las aceptan cor-
 tesmente.)

Cent. ¡Don Juan!

Avell. ¡Don Luis!

Juan. ¡Caballeros!

Luis. ¡Oh amigos! ¿qué dicha es esta?

Avell. Sabíamos vuestra apuesta,
 Y hemos acudido á veros.

Luis. Don Juan y yo tal bondad
 En mucho os agradecemos.

Juan. El tiempo no malgastemos,

Don Luis. (A los otros.) Sillas arrimad.

(A los que están lejos.)

Caballeros, yo supongo
Que á ucedes tambien aquí
Les trae la apuesta, y por mí
A antojo tal no me opongo.

Luis. Ni yo; que aunque nada mas
Fué el empeño entre los dos,
No ha de decirse por Dios
Que me avergonzó jamás.

Juan. Ni á mí, que el orbe es testigo
De que hipócrita no soy,
Pues por dó quiera que voy
Va el escándalo conmigo.

Luis. ¡Eh! ¿y esos dos no se llegan
A escuchar? Vos.

(Por Don Diego y Don Gonzalo.)

Diego. Yo estoy bien.

Luis. ¿Y vos?

Gonz. De aquí oigo tambien.

Luis. Razon tendrán si se niegan.

(Se sientan todos al rededor de la mesa
en que están Don Luis Mejía y Don
Juan Tenorio.)

Juan. ¿Estamos listos?

Luis. Estamos.

Juan. Como quien somos cumplimos.

Luis. Veamos pues lo que hicimos.

Juan. Bebamos antes.

Luis. Bebamos. (Lo hacen.)

Juan. La apuesta fué...

Luis. Porque un día

Dije que en España entera
No habria nadie que hiciera
Lo que hiciera Luis Mejía.

Juan. Y siendo contradictorio
Al vuestro mi parecer,
Yo os dije : Nadie ha de hacer
Lo que hará Don Juan Tenorio.
¿No es así?

Luis. Sin duda alguna :
Y vinimos á apostar
Quién de ambos sabria obrar
Peor, con mejor fortuna,
En el término de un año;
Juntándonos aquí hoy
A probarlo.

Juan. Y aquí estoy.

Luis. Y yo.

Cent. ¡Empeño bien extraño
Por vida mía!

Juan. Hablad pues.

Luis. No, vos debéis empezar.

Juan. Como gustéis, igual es,
Que nunca me hago esperar.
Pues, señor, yo desde aquí
Buscando mayor espacio
Para mis hazañas, dí
Sobre Italia, porque allí

Tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor
Antigua y clásica tierra,
Y en ella el emperador,
Con ella y con Francia en guerra,
Dijeme : « ¿Dónde mejor?
Donde hay soldados hay juego,
Hay pendencias y amoríos. »
Dí pues sobre Italia luego
Buscando á sangre y á fuego
Amores y desafíos.
En Roma, á mi apuesta fiel,
Fijé entre hostil y amatorio
En mi puerta este cartel :
« Aquí está Don Juan Tenorio
Para quien quiera algo de él. »
De aquellos días la historia
A relataros renuncio :
Remítome á la memoria
Que dejé allí, y de mi gloria
Podeis juzgar por mí anuncio.
Las romanas caprichosas,
Las costumbres licenciosas,
Yo gallardo y calavera,
¿Quién á cuento redujera
Mis empresas amorosas?
Salí de Roma por fin
Como os podeis figurar,
Con un disfraz harto ruin,
Y á lomos de un mal rocín,
Pues me querian ahorcar.
Fui al ejército de España,
Mas todos paisanos míos,
Soldados y en tierra estraña,
Dejé pronto su compañía
Tras cinco ú seis desafíos.
Nápoles, rico vergel
De amor, del placer emporio.
Vió en mi segundo cartel :
« Aquí está Don Juan Tenorio,
Y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
A la que pesca en ruin barca,
No hay hembra á quien no suscriba;
Y á cualquier empresa abarca,
Si en oro ó valor estriba.
Búsquente los reñidores;
Cérquente los jugadores;
Quien se precie que le ataje,
Y á ver si hay quien le aventaje
En juego, en lid ó en amores. »
Esto escribí; y en medio año
Que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
No hay escándalo ni engaño
En que no me hallara yo.
Por donde quiera que fui
La razon atropellé,

La virtud escarneí,
 A la justicia burlé,
 Y á las mugeres vendí.
 Yo á las cabañas bajé,
 Yo á los palacios subí,
 Yo los claustros escalé,
 Y en todas partes dejé
 Memoria amarga de mí.
 Ni reconocí sagrado,
 Ni hubo ocasion ni lugar
 Por mi audacia respetado;
 Ni en distinguir me he parado
 Al clérigo del seglar.
 A quien quise provoqué,
 Con quien quiso me batí,
 Y nunca consideré
 Que pudo matarme á mi
 Aquel á quien yo maté.
 A esto Don Juan se arrojó,
 Y escrito en este papel
 Está cuanto consiguió:
 Y lo que él aquí escribió
 Mantenido está por él.

Luis. Leed pues.

Juan. No, oigamos antes
 Vuestros bizarros extremos,
 Y si traéis terminantes
 Vuestras notas comprobantes,
 Lo escrito cotejaremos.

Luis. Decís bien; cosa es que está,
 Don Juan, muy puesta en razon;
 Aunque á mi ver poco irá
 De una á otra relacion.

Juan. Empezad pues.

Luis. Allá va.
 Buscando yo como vos
 A mi aliento empresas grandes
 Dije: «¿Dó iré ¡vive Dios!
 De amor y lide en pos,
 Que vaya mejor que á Flandes?
 Allí, puesto que empeñadas
 Guerras hay, á mis deseos
 Habrá al par centuplicadas
 Ocasiones estremadas
 De riñas y galanteos.»
 Y en Flandes conmigo dí,
 Mas con tan negra fortuna,
 Que al mes de encontrarme allí
 Todo mi caudal perdí,
 Dobra á dobla, una por una.
 En tan total carestía
 Mirándome de dineros
 De mí todo el mundo huía;
 Mas yo busqué compañía
 Y me uní á unos bandoleros.
 Lo hicimos bien, ¡voto á tall!
 Y fuimos tan adelante
 Con suerte tan colosal

Que entramos á saco en Gante
 El palacio episcopal.

¡Qué noche! Por el decoro
 De la pascua el buen obispo
 Bajó á presidir el coro,
 Y aun de alegría me crispo
 Al recordar su tesoro.
 Todo cayó en poder nuestro:
 Mas mi capitan avaro
 Puso mi parte en secuestro:
 Reñimos, fui yo mas diestro
 Y le crucé sin reparo.

Juróme al punto la gente
 Capitan, por mas valiente:
 Juréles yo amistad franca:
 Pero á la noche siguiente
 Huí, y les dejé sin blanca.
 Yo me acordé del refran
 De que quien roba al ladron
 Ha cien años de perdon,
 Y me arrojé á tal desman
 Mirando á mi salvacion.
 Pasé á Alemania opulento:
 Mas un provincial jerónimo,
 Hombre de mucho talento,
 Me conoció, y al momento
 Me delató en un anónimo.
 Compré á fuerza de dinero
 La libertad y el papel;
 Y topando en un sendero
 Al fraile, le envié certero
 Una bala envuelta en él.
 Salté á Francia. ¡Buen país!
 Y como en Nápoles vos
 Puse un cartel en Paris
 Diciendo: «Aquí hay un Don Luis
 Que vale lo menos dos.
 Parará aquí algunos meses,
 Y no trae mas intereses
 Ni se aviene á mas empresas
 Que á adorar á las francesas
 Y á reñir con los franceses.»
 Esto escribí; y en medio año
 Que mi presencia gozó
 Paris, no hubo lance estraño
 Ni hubo escándalo ni daño
 Donde no me hallara yo.
 Mas como Don Juan, mi historia
 Tambien á alargar renunció;
 Que basta para mi gloria
 La magnífica memoria
 Que allí dejé con mi anuncio.
 Y cual vos, por donde fui
 La razon atropellé,
 La virtud escarneí,
 A la justicia burlé,
 Y á las mugeres vendí.
 Mi hacienda llevo perdida

Tres veces : mas se me antoja
Reponerla, y me convida
Mi boda comprometida
Con Doña Ana de Pantoja.
Muger muy rica me dan,
Y mañana hay que cumplir
Los tratos que hechos están;
Lo que os advierto, Don Juan,
Por si quereis asistir.
A esto Don Luis se arrojó,
Y escrito en este papel
Está lo que consiguió :
Y lo que él aquí escribió
Mantenido está por él.

Juan. La historia es tan semejante
Que está en el fiel la balanza;
Mas vamos á lo importante,
Que es el guarismo á que alcanza
El papel : con que adelante.

Luis. Razon teneis en verdad.
Aquí está el mio : mirad,
Por una línea apartados
Traigo los nombres sentados
Para mayor claridad.

Juan. Del mismo modo arregladas
Mis cuentas traigo en el mio :
En dos líneas separadas
Los muertos en desaffio,
Y las mugeres burladas.
Contad.

Luis. Contad.

Juan. Veinte y tres.

Luis. Son los muertos. — A ver vos.
¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.

Juan. Son los muertos.

Luis. Matar es.

Juan. Nueve os llevo.

Luis. Me venceis.

Pasemos á las conquistas.

Juan. Sumo aquí cincuenta y seis.

Luis. Y yo sumo en vuestras listas
Setenta y dos.

Juan. Pues perdeis.

Luis. ¡Es increíble, Don Juan!

Juan. Si lo dudais, apuntados
Los testigos ahí están,
Que si fueren preguntados
Os lo testificarán.

Luis. ¡Oh! y vuestra lista **el** acaba

Juan. Desde una princesa real
A la hija de un pescador :
¡Oh! ha recorrido mi amor
Toda la escala social.

•Teneis algo que tachar?

Luis. Solo una os falta en justicia.

Juan. ¿Me la podeis señalar?

Luis. Sí por cierto, una novicia

Que esté para profesar.

Juan. ¡Bah! pues yo os complaceré
Doblemente, porque os digo
Que á la novicia uniré
La dama de algun amigo
Que para casarse esté.

Luis. ¡Pardiez que sois atrevido!

Juan. Yo os lo apuesto si quereis.

Luis. Digo que acepto el partido.
¿Para darlo por perdido
Quereis veinte dias?

Juan. Seis.

Luis. ¡Por Dios que sois hombre extraño!
¿Cuántos dias empleais
En cada muger que amais?

Juan. Partid los dias del año
Entre las que ahí encontrais.

Uno para enamorarlas,
Otro para conseguiras,
Otro para abandonarlas,
Dos para sustituirlas,
Y un hora para olvidarlas.
Pero, la verdad á hablarlas,
Pedir mas no se me antoja,
Porque pues vais á casaros
Mañana pienso quitaros
A Doña Ana de Pantoja.

Luis. Don Juan, ¿qué es lo que decís?

Juan. Don Luis, lo que oído habeis.

Luis. Ved, Don Juan, lo que emprendeis

Juan. Lo que he de lograr, Don Luis.

Luis. ¿Gaston? (Llamando.)

Gaston. ¿Señor?

Luis. Ven acá.

(Habla Don Luis en secreto con Gaston y
este se va precipitadamente.)

Juan. ¿Ciutti? (Llamando.)

Ciutti. ¿Señor?

Juan. Ven aquí.

(Don Juan habla en secreto con Ciutti, y
este se va precipitadamente.)

Luis. ¿Estais en lo dicho?

Juan. Si.

Luis. Pues va la vida.

Juan. Pues va.

(Don Gonzalo, levantándose de la mesa en
que ha permanecido inmóvil durante la
escena anterior, se afronta con Don Juan
y Don Luis.)

Gonz. ¡Insensatos! ¡vive Dios

Que á no temblarme las manos

A palos como á villanos

Os diera muerte á los dos!

Juan y Luis. Veamos.

Gonz. Escusado es,

Que he vivido lo bastante

Para no estar arrogante

Donde no puedo.

Juan.

Idos pues.

Gonz. Antes, Don Juan, de salir
De donde oírme podeis,
Es necesario que oigais
Lo que os tengo que decir.
Vuestro buen padre Don Diego
Porque pleitos acomoda
Os apalabró una boda
Que iba á celebrarse luego;
Pero por mí mismo yo
Lo que érais queriendo ver,
Vine aquí al anochecer,
Y el veros me avergonzó.

Juan. ¡Por Satanás, viejo insano,
Que no sé cómo he tenido
Calma para haberte oído
Sin asentarte la mano!
Pero di pronto quién eres,
Porque me siento capaz
De arrancarte el antifaz
Con el alma que tuvieres.

Gonz. ¡Don Juan!

Juan. ¡Pronto!

Gonz. Mira pues.

Juan. ¡Don Gonzalo!

Gonz. El mismo soy.

Y á Dios, Don Juan : mas desde hoy
No penseis en Doña Inés.
Porque antes que consentir
En que se case con vos,
El sepulcro ¡juro á Dios!
Por mi mano la he de abrir.

Juan. Me haceis reír, Don Gonzalo;
Pues venirme á provocar
Es como ir á amenazar
A un leon con un mal palo.
Y pues hay tiempo, advertir
Os quiero á mi vez á vos
Que ó me la dais, ó por Dios
Que á quitáros la he de ir.

Gonz. ¡Miserable!

Juan. Dicho está :

Solo una muger como esta
Me falta para mi apuesta;
Ved pues que apostada va.
(*Don Diego, levantándose de la mesa en
que ha permanecido encubierto mientras
la escena anterior, baja al centro de la
escena, encarándose con Don Juan.*)

Diego. No puedo mas escucharte,

Vil Don Juan, porque recelo
Que hay algun rayo en el cielo
Preparado á aniquilarte.
¡Ah...! no pudiendo creer
Lo que de tí me decian,
Confundiendo en que mentian,
Te vine esta noche á ver.
Pero te juro, malvado.

Que me pesa haber venido
Para salir convencido
De lo que es para ignorado.
Sigue pues con ciego afan
En tu torpe frenesí,
Mas nunca vuelvas á mí;
No te conozco, Don Juan.

Juan. ¿Quién nunca á tí se volvió?
¿Ni quién osa hablarme así,
Ni qué se me importa á mí
Que me conozcas ó no?

Diego. A Dios pues : mas no te olvides
De que hay un Dios justiciero.

Juan. Ten. (Deteniéndole.)

Diego. ¿Qué quereis? Verte quiero.

Diego. Nunca, en vano me lo pides.

Juan. ¿Nunca?

Diego. No.

Juan. Cuando me cuadre.

Diego. ¿Cómo?

Juan. Así. (*Le arranca el antifaz.*)

Todos. ¡Don Juan!

Diego. ¡Villano!

¡Me has puesto en la faz la mano!

Juan. ¡Válgame Cristo, mi padre!

Diego. Mientes, no lo fui jamás.

Juan. ¡Reportaos, con Belcebú!

Diego. No, los hijos como tú
Son hijos de Satanás.
Comendador, nulo sea
Lo hablado.

Gonz. Ya lo es por mí;
Vamos.

Diego. Sí, vamos de aquí
Donde tal mónstruo no vea.
Don Juan, en brazos del vicio
Desolado te abandono :
Me matas... mas te perdono
De Dios en el santo juicio.

(*Vanse poco á poco Don Diego y Don Gonzalo.*)

Juan. Largo el plazo me poneis :
Mas ved que os quiero advertir
Que yo no os he ido á pedir
Jamás que me perdoneis.
Con que no paseis afan
De aquí adelante por mí,
Que como vivió hasta aquí,
Vivirá siempre Don Juan.

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON LUIS, CENTELLAS,
AVELLANEDA, BUTTARELLI, CURIO-
SOS, MASCARAS.

Juan. ¡Eh! ya salimos del paso :

Y no hay que estrañar la homilia ;
 Son pláticas de familia,
 De las que nunca hice caso.
 Con que lo dicho, Don Luis,
 Van Doña Ana y Doña Inés
 En puesta.

Luis. Y el precio es
 la vida.

Juan. Vos lo decís :
 Vamos.

Luis. Vamos.
 (Al salir se presenta una ronda , que les
 detiene.)

ESCENA XIV.

DICHOS, UNA RONDA DE ALGUACILES.

Alguacil. Alto allá.
 ¿Don Juan Tenorio?

Juan. Yo soy.

Alguacil. Sed preso.

Juan. ¿Soñando estoy?

¿Porqué?

Alguacil. Despues lo verá.

Luis, acercándose á Don Juan y riéndose. Tenorio, no lo estrañeis,

Pues mirando á lo apostado

Mi page os ha delatado,

Para que vos no ganeis.

Juan. ¡Hola! ¡pues no os suponía

Con tal despejo, pardiez!

Luis. Id pues, que por esta vez,

Don Juan, la partida es mía.

Juan. Vamos pues.

(Al salir, les detiene otra ronda que entra
 en la escena.)

ESCENA XV.

DICHOS, UNA RONDA.

Alguacil, que entra. Ténganse allá.

¿Don Luis Mejía?

Luis. Yo soy.

Alguacil. Sed preso.

Luis. ¿Soñando estoy?

¿Yo preso!

Juan, soltando la carcajada. ¡Já, já,
 já, já!

Mejía, no lo estrañeis,

Pues mirando á lo apostado

Mi page os ha delatado

Para que no me estorbeis.

Luis. Satisfecho quedaré

Aunque ambos muramos.

Juan. Vamos.

Con que, señores, quedamos

En que la apuesta está en pié.

(Las rondas se llevan á Don Juan y á
 Don Luis; muchos los siguen. El capi-
 tan Centellas, Avellaneda y sus amigos,
 quedan en la escena mirándose unos á
 otros.)

ESCENA XVI.

EL CAPITAN CENTELLAS, AVELLANEDA,
 CURIOSOS.

Avell. ¡Parece un juego ilusorio!

Cent. ¡Sin verlo no lo creeria!

Avell. Pues yo apuesto por Mejía.

Cent. Y yo pongo por Tenorio.

ACTO SEGUNDO.

DESTREZA.

Exterior de la casa de Doña Ana vista por una
 esquina. Las dos paredes que forman el ángulo
 se prolongan igualmente por ambos lados, de-
 jando ver en la de la derecha una reja, y en la
 izquierda una reja y una puerta.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS MEJIA, EMBOZADO.

Ya estoy frente de la casa
 De Doña Ana, y es preciso
 Que esta noche tenga aviso
 De lo que en Sevilla pasa.
 No di con persona alguna
 Por dicha mía... ¡Oh qué afán!
 Pero ahora, señor Don Juan,
 Cada cual con su fortuna.
 Si honor y vida se juega,
 Mi destreza y mi valor
 Por mi vida y por mi honor
 Jugarán... mas alguien llega.

ESCENA II.

DON LUIS, PASCUAL.

Pasc. ¿Quién creyera lance tal!
 ¡Jesus, qué escándalo! ¡presos!

Luis. ¡Qué veo! ¿es Pascual?

Pasc. Los sesos
 Me estrellaría.

Luis. ¿Pascual?

Pasc. ¿Quién me llama tan apriesa?

Luis. Yo. — Don Luis.

Pasc. ¡Válame Dios!

Luis. ¿Qué te asombra?

Pasc. Que seais vos.

Luis. Mi suerte, Pascual, es esa.
Que á no ser yo quien me soy
Y á no dar contigo ahora,
El honor de mi señora
Doña Ana moria hoy.

Pasc. ¿Qué es lo que decís?

Luis. ¿Conoces
A Don Juan Tenorio?

Pasc. Sí.
¿Quién no le conoce aquí?
Mas segun públicas voces
Estábais presos los dos.
Vamos, ¡lo que el vulgo miente!

Luis. Ahora acertadamente
Habló el vulgo : y ¡juro á Dios
Que á no ser porque mi primo
El tesorero real
Quiso fiarme, Pascual,
Pierdo cuanto más estimo!

Pasc. ¿Pues cómo?

Luis. ¿En servirme estás?

Pasc. Hasta morir.

Luis. Pues escucha.
Don Juan y yo en una lucha
Arriesgada por demas
Empeñados nos hallamos;
Pero á querer tú ayudarme
Mas que la vida salvarme
Puedes.

Pasc. ¿Qué hay que hacer? Sepamos.

Luis. En una insigne locura
Dimos tiempo há : en apostar
Cuál de ambos sabria obrar
Peor, con mejor ventura.
Ambos nos hemos portado
Bizarramente á cual mas;
Pero él es un Satanás,
Y por fin me ha aventajado.
Púsele no sé qué pero,
Dijimonos no sé qué
Sobre ello, y el hecho fué
Que él mofándose altanero
Me dijo : « Y si esto no os llena,
Pues que os casais con Doña Ana,
Os apuesto á que mañana
Os la quito yo. »

Pasc. ¿Esa es buena!
¿Tal se ha atrevido á decir?

Luis. No es lo malo que lo diga,
Pascual, sino que consiga
Lo que intenta.

Pasc. ¿Conseguir?
En tanto que yo esté aquí
Descuidad, Don Luis.

Luis. Te juro
Que si el lance no asegure
No sé qué va á ser de mí.

Pasc. ¿Por la Virgen del Pilar!
¿Le teméis?

Luis. No, Dios testigo.
Mas lleva ese hombre consigo
Algun diablo familiar.

Pasc. Dadlo por asegurado.

Luis. ¡Oh! tal es el afan mio
Que ni en mi propio me fio
Con un hombre tan osado.

Pasc. Yo os juro por San Ginés
Que con toda su osadia
Le ha de hacer por vida mia
Mal tercio un aragonés :
Nos veremos.

Luis. ¡Ay, Pascual,
Que en qué te metes no sabes!

Pasc. En apreturas mas graves
Me he visto y no salí mal.

Luis. Estriba en lo perentorio
Del plazo, y en ser quien es.

Pasc. Mas que un buen aragonés
No ha de valer un Tenorio.
Todos esos lenguaraces
Espadachines de oficio

No son mas que frontispicio
Y de poca alma capaces.
Para infamar á mugeres
Tienen lengua, y tienen manos
Para osar á los ancianos
O apalear á mercaderes.
Mas cuando una buena espada
Por un buen brazo esgrimida
Con la muerte les convida,
Todo su valor es nada.
Y sus empresas y bullas
Se reducen todas ellas
A hablar mal de las doncellas
Y á huir ante las patrullas.

Luis. ¡Pascual!

Pasc. No lo hablo por vos,
Que aunque sois un calavera
Teneis la alma bien entera
Y reñis bien, ¡voto á bríos!

Luis. Pues si es en mi tan notorio
El valor, mira, Pascual,
Que el valor es proverbial
En la raza de Tenorio.

Y porque conozco bien
De su valor el extremo,
De sus ardidés me temo
Que en tierra con mi honra den.

Pasc. Pues suelto estais ya, Don Luis;
Y pues que tanto os acucia
El mal de zelos, su astucia
Con la astucia prevenis.
¿Qué teméis de él?

Luis. No lo sé :
Mas esta noche sospecho

Que ha de procurar el hecho
Consumar.

Pasc. Señals.

Luis. ¿Porqué?

Pasc. ¿No está preso?

Luis. Sí que está;

Mas tambien lo estaba yo

Y un hidalgo me fió.

Pasc. Mas ¿quién á él le fiará?

Luis. En fin, solo un medio encuentro

De satisfacerme.

Pasc. ¿Cuál?

Luis. Que de esta casa, Pascual,

Quede yo esta noche dentro.

Pasc. Mirad que así de Doña Ana

Teneis el honor vendido.

Luis. ¿Qué mil rayos! ¿su marido

No voy á ser yo mañana?

Pasc. Mas, señor, ¿no os digo yo

Que os fio con la existencia...?

Luis. Sí, salir de una pendencia,

Mas de un ardid diestro no.

Y en fin, ó paso en la casa

La noche, ó tomo la calle

Aunque la justicia me halle.

Pasc. Señor Don Luis, eso pasa

De terquedad, y es capricho

Que dejar os aconsejo

Y os irá bien.

Luis. No lo dejo,

Pascual.

Pasc. ¿Don Luis!

Luis. Está dicho.

Pasc. ¿Vive Dios! ¿Hay tal afán?

Luis. Tú dirás lo que quisieres,

Mas yo fio en las mugeres

Mucho menos que en Don Juan;

Y pues lance es estremado

Por dos locos emprendido,

Bien será un loco atrevido

Para un loco desalmado.

Pasc. Mirad bien lo que decís,

Porque yo sirvo á Doña Ana

Desde que nació, y mañana

Sereis su esposo, Don Luis.

Luis. Pascual, esa hora llegada

Y ese derecho adquirido,

Yo sabré ser su marido

Y la haré ser bien casada.

Mas en tanto...

Pasc. No habéis mas.

Yo os conozco desde niños

Y sé lo que son cariños,

Por vida de Barrabás.

Oid : mi cuarto es sobrado

Para los dos : dentro de él

Quedad : mas palabra fiel

Dadme de estaros callado.

Luis. Te la doy.

Pasc. Y hasta mañana

Juntos con doble cautela

Nos quedaremos en vela.

Luis. Y se salvará Doña Ana.

Pasc. Sea.

Luis. Pues vamos.

Pasc. Teneos.

¿Qué vais á hacer?

Luis. A entrar.

Pasc. ¿Ya?

Luis. ¿Quién sabe lo que él hará?

Pasc. Vuestros zelosos deseos

Reprimid : que ser no puede

Mientras que no se recoja

Mi amo Don Gil de Pantoja

Y todo en silencio quede.

Luis. ¿Voto á...!

Pasc. ¡Eh! dad una vez

Breves treguas al amor.

Luis. ¿Y á qué hora ese buen señor

Suele acostarse?

Pasc. A las diez;

Y en esa calleja estrecha

Hay una reja ; llamad

A las diez, y descuidad

Mientras en mí.

Luis. Es cosa hecha.

Pasc. Don Luis, hasta luego pues.

Luis. A Dios, Pascual, hasta luego.

ESCENA III.

DON LUIS.

Jamás tal desasosiego

Tuve. Paréceme que es

Esta noche hora menguada

Para mí... y no sé qué vago

Presentimiento, qué estrago

Teme mi alma acojorada.

¿Por Dios que nunca pensé

Que á Doña Ana amara así,

Ni por ninguna sentí

Lo que por ella...! ¡Oh! y á fe

Que de Don Juan me amedrenta

No el valor, mas la ventura.

Parece que le asegura

Satanás en cuanto intenta.

No, no : es un hombre infernal,

Y téngome para mí

Que si me aparto de aquí

Me burla, pese á Pascual.

Y aunque me tenga por necio

Quiero entrar : que con Don Juan

Las precauciones no están

Para vistas con desprecio.

(*Llama á la ventana.*)

ESCENA IV.

DON LUIS, DOÑA ANA.

Ana. ¿Quién va?*Luis.* ¿No es Pascual?*Ana.* ¡Don Luis!*Luis.* Doña Ana.*Ana.* ¿Por la ventana

Llamas ahora?

Luis. ¡Ay, Doña Ana,

Cuán á buen tiempo salís!

Ana. ¿Pues qué hay, Mejía?*Luis.* Un empeño

Por tu beldad con un hombre

Que temo.

Ana. ¿Y qué hay que te asombre

En él, cuando eres tú el dueño

De mi corazón?

Luis. Doña Ana,

No lo puedes comprender,

De ese hombre sin conocer

Nombre y suerte.

Ana. Será vana

Su buena suerte conmigo.

Ya ves, solo horas nos faltan

Para la boda, y te asaltan

Vanos temores.

Luis. Testigo

Me es Dios que nada por mí

Me da pavor mientras tenga

Espada, y ese hombre venga

Cara á cara contra tí.

Mas como el león audaz

Y cauteloso y prudente,

Como la astuta serpiente...

Ana. ¡Bah! duerme, Don Luis, en paz,

Que su audacia y su prudencia

Nada lograrán de mí,

Que tengo cifrada en tí

La gloria de mi existencia.

Luis. Pues bien, Ana, de ese amor

Que me aseguras en nombre,

Para no temer á ese hombre

Voy á pedirte un favor.

Ana. Di; mas bajo, por si escucha

Tal vez alguno.

Luis. Oye pues.

ESCENA V.

DOÑA ANA Y DON LUIS, A LA REJA DERECHA;
DON JUAN Y CIUTTI, EN LA CALLE IZ-
QUIERDA.*Ciut.* Señor, por mi vida, que es
Vuestra suerte buena y mucha.*Juan.* Ciutti, nadie como yo :Ya viste cuán fácilmente
El buen alcaide prudente
Se avino y suelta me dió.
Mas no hay ya en ello que hablar :

¿Mis encargos has cumplido?

Ciut. Todos los he concluido

Mejor que pude esperar.

Juan. ¿La beata...?*Ciut.* Esta es la llave

De la puerta del jardín,

Que habrá que escalar al fin,

Pues como usarcid ya sabe

Las tapias de ese convento

No tienen entrada alguna.

Juan. ¿Y te dió carta?*Ciut.* Ninguna;

Me dijo que aquí al momento

Iba á salir de camino;

Que al convento se volvía,

Y que con vos hablaría.

Juan. Mejor es.*Ciut.* Lo mismo opino.*Juan.* ¿Y los caballos?*Ciut.* Con silla

Y freno los tengo ya.

Juan. ¿Y la gente?*Ciut.* Cerca está.*Juan.* Bien, Ciutti; mientras Sevilla

Tranquila en sueño reposa

Creyéndome encarcelado,

Otros dos nombres añado

A mi lista numerosa.

¡Já! ¡já!

Ciut. Señor...*Juan.* ¿Qué?*Ciut.* Callad.*Juan.* ¿Qué hay, Ciutti?*Ciut.* Al doblar la esquina

En esa reja vecina

He visto un hombre.

Juan. Es verdad:

Pues ahora sí que es mejor

El lance: ¿y si es ese?

Ciut. ¿Quién?*Juan.* Don Luis.*Ciut.* Imposible.*Juan.* ¡Toma!

¿No estoy yo aquí?

Ciut. Diferencia

Va de él á vos.

Juan. Evidencia

Lo creo, Ciutti; allí asoma

Tras de la reja una dama.

Ciut. Una criada tal vez.*Juan.* Preciso es verlo, ¡pardiez!

No perdamos lance y fama.

Mira, Ciutti: á fuer de ronda

Tú con varios de los míos

Por esa calle escurrios
Dando vuelta á la redonda
A la casa.

Ciut. Y en tal caso
Cerrará ella.

Juan. Pues con eso
Ella ignorante y él preso
Nos dejarán franco el paso.

Ciut. Decís bien.
Juan. Corre, y atájale,
Que en ello el vencer consiste.

Ciut. ¿Mas si el truan se resiste?

Juan. Entonces de un tajo, rájale.

ESCENA VI.

DON JUAN, DOÑA ANA, DON LUIS.

Luis. ¿Me das pues tu asentimiento?

Ana. Consiento.

Luis. ¿Complácese de ese modo?

Ana. En todo.

Luis. Pues te velaré hasta el día.

Ana. Sí, Mejía.

Luis. Páguete el cielo, Ana mía,
Satisfacción tan entera.

Ana. Porque me juzgues sincera,
Consiento en todo, Mejía.

Luis. Volveré pues otra vez.

Ana. Sí, á las diez.

Luis. ¿Me aguardarás, Ana?

Ana. Sí.

Luis. Aquí.

Ana. ¿Y tú estarás puntual, eh?

Luis. Estaré.

Ana. La llave pues te daré.

Luis. Y dentro yo de tu casa,
Venga Tenorio.

Ana. Alguien pasa;

A las diez.

Luis. Aquí estaré.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON LUIS.

Luis. Mas se acercan. ¿Quién va allá?

Juan. Quien va.

Luis. De quien va así ¿qué se inflere?

Juan. Que quiere.

Luis. ¿Ver si la lengua le arranco?

Juan. El paso franco.

Luis. Guardado está.

Juan. ¿Y soy yo manco?

Luis. Pidiéraislo en cortesía.

Juan. ¿Y á quién?

Luis. A Don Luis Mejía.

Juan. Quien va, quiere el paso franco.

Luis. ¿Conocéisme?

Juan. Sí.

Luis. ¿Y yo á vos?

Juan. Los dos.

Luis. ¿Y en qué estriba el estorballe?

Juan. En la calle.

Luis. ¿De ella los dos por ser amos?

Juan. Estamos.

Luis. Dos hay no mas que podamos
Necesitarle á la vez.

Juan. Lo sé.

Luis. ¡Sois Don Juan!

Juan. ¡Pardiez!

Los dos ya en la calle estamos.

Luis. ¿No os prendieron?

Juan. Como á vos.

Luis. ¡Vive Dios!

¿Y huísteis?

Juan. Os imité:

¿Y qué?

Luis. Que perderéis.

Juan. No sabemos.

Luis. Lo veremos.

Juan. La dama entrambos tenemos
Sitiada y estais cogido.

Luis. Tiempo hay.

Juan. Para vos perdido.

Luis. ¡Vive Dios que lo veremos!

(Don Luis desenvaina su espada; mas Ciutti, que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.)

Juan. Señor Don Luis, vedlo pues.

Luis. Traicion es.

Juan. La boca...

(A los suyos, que se la tapan á Don Luis.)

Luis. ¡Oh!

Juan. *(Le sujetan los brazos.)* Sujeto
atrás:

Mas.

La empresa es, señor Mejía,

Como mía.

Encerrádmelo hasta el día. *(A los suyos.)*

La apuesta está ya en mi mano.

(A Don Luis.)

A Dios, Don Luis: si os la gano

Traicion es; mas como mía.

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Buen lance ¡viven los cielos!
Estos son los que dan fama:
Mientras le soplo la dama
Él se arrancará los pelos
Encerrado en mi bodega.
¿Y ella. ? Cuando crea hallarse

Con él... ¡Já! ¡Já...! ¡Oh! y quejarse
 No puede; limpio se juega.
 A la cárcel le llevé
 Y salió: llevóme á mí
 Y salió: hallarnos aquí
 Era fuerza... ya se ve,
 Su parte en la grave apuesta
 Defendía cada cual.
 Mas con la suerte está mal
 Mejía, y también pierde esta.
 Sin embargo, y por si acaso,
 No es demas asegurarse
 De Lucía, á desgraciarse
 No vaya por poco el paso.
 Mas por allí un bulto negro
 Se aproxima... y á mi ver
 Es el bulto una muger.
 ¿Otra aventura? Me alegro.

ESCENA IX.

DON JUAN, BRIGIDA.

Brig. ¿Caballero?

Juan. ¿Quién va allá?

Brig. ¿Sois Don Juan?

Juan. ¡Por vida de...!

¡Si es la beata! ¡y á fé
 Que la había olvidado ya!
 Llegaos; Don Juan soy yo.

Brig. ¿Estais solo?

Juan. Con el diablo.

Brig. ¡Jesucristo!

Juan. Por vos lo hablo.

Brig. ¿Soy yo el diablo?

Juan. Creoló.

Brig. ¡Vaya! ¡Qué cosas teneis!

Vos sí que sois un diablillo...

Juan. Qué te llenará el bolsillo
 Si le sirves.

Brig. Lo vereis.

Juan. Descarga pues ese pecho.

¿Qué hiciste?

Brig. ¡Cuánto me ha dicho
 Vuestro page...! ¡y qué mal bicho
 Es ese Ciutti!

Juan. ¿Qué ha hecho?

Brig. ¡Gran bribon!

Juan. ¿No os ha entregado
 Un bolsillo y un papel?

Brig. Leyendo estará ahora en él
 Doña Inés.

Juan. ¿La has preparado?

Brig. Vaya; y os la he convencido
 Con tal maña y de manera,
 Que irá como una cordera
 Tras vos.

Juan. ¡Tan fácil te ha sido!

Brig. ¡Bah! pobre garza enjaulada

Dentro la jaula nacida,
 ¿Qué sabe ella si hay mas vida
 Ni mas aire en que volar?
 Si no vió nunca sus plumas
 Del sol á los resplandores,
 ¿Qué sabe de los colores
 De que se puede ufanar?
 No cuenta la pobrecilla
 Diez y siete primaveras,
 Y aun vírgen á las primeras
 Impresiones del amor,
 Nunca concibió la dicha
 Fuera de su pobre estancia,
 Tratada desde su infancia
 Con cauteloso rigor.
 Y tantos años monótonos
 De soledad y convento
 Tenian su pensamiento
 Ceñido á punto tan ruín,
 A tan reducido espacio,
 Y á círculo tan mezquino,
 Que era el claustro su destino
 Y el altar era su fin.

« Aquí está Dios, » la dijeron;
 Y ella dijo: « Aquí le adoro. »
 « Aquí está el claustro y el coro. »

Y pensó: « No hay mas allá. »
 Y sin otras ilusiones
 Que sus sueños infantiles,
 Pasó diez y siete abriles
 Sin conocerlo quizá.

Juan. ¿Y está hermosa?

Brig. ¡Oh! como un ángel.

Juan. ¿Y la has dicho...?

Brig. Figuraos

Si habré metido mal caos
 En su cabeza, Don Juan.
 La hablé del amor, del mundo,
 De la corte y los placeres,
 De cuanto con las mugeres
 Érais pródigo y galán.
 La dije que érais el hombre
 Por su padre destinado
 Para suyo: os he pintado
 Muerto por ella de amor,
 Desesperado por ella,
 Y por ella perseguido
 Y por ella decidido
 A perder vida y honor.
 En fin, mis dulces palabras,
 Al posarse en sus oídos,
 Sus deseos mal dormidos
 Arrastraron de sí en pos;
 Y allá dentro de su pecho
 Han inflamado una llama
 De fuerza tal, que ya os ama
 Y no piensa mas que en vos.

Juan. Tan incentiva pintura
 Los sentidos me enajena,
 Y el alma ardiente me llena
 De su insensata pasión.
 Empezó por una apuesta,
 Siguió por un devaneo,
 Engendró luego un deseo,
 Y hoy me quema el corazón.
 Poco es el centro de un claustro;
 ¡Al mismo infierno bajara,
 Y á estocadas la arrancara
 De los brazos de Satan!
 ¡Oh! hermosa flor, cuyo caliz
 Al rocío aun no se ha abierto,
 A trasplantarte va al huerto
 De sus amores Don Juan.
 ¿Brígida?

Bríg. Os estoy oyendo
 Y me haceis perder el tino:
 Yo os creía un libertino
 Sin alma y sin corazón.

Juan. ¿Eso estrañas? ¿No está claro
 Que en un objeto tan noble
 Hay que interesarse doble
 Que en otros?

Bríg. Teneis razon.
Juan. ¿Con que á qué hora se recogen
 Las madres?

Bríg. Ya recogidas
 Estarán. ¿Vos prevenidas
 Todas las cosas teneis?

Juan. Todas.
Bríg. Pues luego que doblen
 A las ánimas, con tiento
 Saltando al huerto, al convento
 Fácilmente entrar podeis
 Con la llave que os he enviado:
 De un claustro oscuro y estrecho
 Es, seguidle bien derecho,
 Y dareis con poco afan
 En nuestra celda.

Juan. Y si acierto
 A robar tan gran tesoro,
 Te he de hacer pesar en oro.

Bríg. Por mí no queda, Don Juan.
Juan. Vé y aguárdame.

Bríg. Voy pues
 A entrar por la portería,
 Y á cegar á Sor María
 La tornera. Hasta despues.
 (Vase Brígida, y un poco antes de concluir esta escena sale Ciutti, que se pára en el fondo esperando.)

ESCENA X.

DON JUAN, CIUTTI.

Juan. Pues, señor, ¡soberbio embite!
 Muchas hice hasta esta hora,
 Mas ¡por Dios que la de ahora
 Será tal que me acredite!
 Mas ya veo que me espera
 Ciutti. ¿Lebrel? (Llamándole.)

Ciut. Aquí estoy.
Juan. ¿Y Don Luis?
Ciut. Libre por hoy

Estais de él.
Juan. Ahora quisiera
 Ver á Lucía.
Ciut. Llegar
 Podeis aquí: (A la reja derecha.) yo la llamo,

Y al salir á mi reclamo
 La podeis vos abordar.
Juan. Llama pues.
Ciut. La seña mia

Sabe bien para que dude
 En acudir.
Juan. Pues si acude,
 Lo demas es cuenta mia.
 (Ciutti llama á la reja con una seña que parezca convenida. Lucía se asoma á ella, y al ver á Don Juan se detiene un momento.)

ESCENA XI.

DON JUAN, LUCIA, CIUTTI.

Lucía. ¿Qué quereis, buen caballero?
Juan. Quiero.

Lucía. ¿Qué quereis? Vamos á ver.
Juan. Ver.

Lucía. ¿Ver? ¿Qué vereis á esta hora?
Juan. A tu señora.

Lucía. Idos, hidalgo, en mal hora;
 ¿Quién pensais que vive aqui?

Juan. Doña Ana Pantoja, y
 Quiero ver á tu señora.
Lucía. ¿Sabeis que casa Doña Ana?

Juan. Sí, mañana.
Lucía. ¿Y ha de ser tan infiel ya?

Juan. Sí será.
Lucía. ¿Pues no es de Don Luis Mejía?
Juan. ¡Cá! otro día.

Hoy no es mañana, Lucía:
 Yo he de estar hoy con Doña Ana,
 Y si se casa mañana,
 Mañana será otro día.

Lucía. ¡Ah! ¿en recibíros está?
Juan. Podrá.

Lucía. ¿Qué haré si os he de servir?

Juan. Abrir.
 Lucía. ¡Bah! ¿Y quién abre este castillo?
 Juan. Ese bolsillo.
 Lucía. ¿Oro?
 Juan. Pronto te dió el brillo.
 Lucía. ¡Cuanto!
 Juan. De cien doblas pasa.
 Lucía. ¡Jesus!
 Juan. Cuenta y di: ¿esta casa
 Podrá abrir ese bolsillo?
 Lucía. ¡Oh! si es quien me dora el pico...
 Juan. Muy rico. *(Interrumpiéndola.)*
 Lucía. ¿Sí? ¿qué nombre usa el galan?
 Juan. Don Juan.
 Lucía. ¿Sin apellido notorio?
 Juan. Tenorio.
 Lucía. ¡Animas del purgatorio!
 ¿Vos Don Juan?
 Juan. ¿Qué te amedrenta,
 Si á tus ojos se presenta
 Muy rico Don Juan Tenorio?
 Lucía. Rechina la cerradura.
 Juan. Se asegura.
 Lucía. ¿Y á mí quién? ¡Por Belcebú!
 Juan. Tú.
 Lucía. ¿Y qué me abrirá el camino?
 Juan. Buen tino.
 Lucía. ¡Bah! ir en brazos del destino...
 Juan. Dobla el oro.
 Lucía. Me acomodo.
 Juan. Pues mira como de todo
 Se asegura tu buen tino.
 Lucía. Dadme algun tiempo, ¡pardiez!
 Juan. A las diez.
 Lucía. ¿Dónde os busco, ó vos á mí?
 Juan. Aquí.
 Lucía. ¿Con que estaréis puntual, eh?
 Juan. Estaré.
 Lucía. Pues yo una llave os traeré.
 Juan. Y yo otra igual cantidad.
 Lucía. No me falteis.
 Juan. No en verdad;
 A las diez aquí estaré.
 A Dios pues, y en mí te fia.
 Lucía. Y en mí el garboso galan.
 Juan. A Dios pues, franca Lucía.
 Lucía. A Dios pues, rico Don Juan.
(Lucía cierra la ventana. Ciutti se acerca á Don Juan á una seña de este.)

ESCENA XII.

DON JUAN, CIUTTI.

Juan, riéndose. Con oro nada hay que
 Ciutti, ya sabes mi intento; [falle :
 A las nueve en el convento,
 A las diez en esta calle. *(Vanse.)*

ACTO TERCERO.

PROFANACION.

Celda de Doña Inés. Puerta en el fondo y á la
 izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS, LA ABADESA.

Abad. ¿Con que me habeis entendido?

Inés. Sí, señora.

Abad. Está muy bien;

La voluntad decisiva
 De vuestro padre tal es.
 Sois jóven, cándida, y buena;
 Vivido en el claustro habeis
 Casi desde que nacisteis;
 Y para quedar en él
 Atada con santos votos
 Para siempre, ni aun teneis
 Como otras pruebas dificiles
 Ni penitencias que hacer.
 ¡Dichosa mil veces vos!
 Dichosa, sí, Doña Inés,
 Que no conociendo el mundo
 No le debeis de temer.
 ¡Dichosa vos, que del claustro
 Al pisar en el dintel
 No os volvereis á mirar
 Lo que tras vos dejareis!
 Y los mundanos recuerdos
 Del bullicio y del placer
 No os turbarán tentadores
 Del ara santa á los piés;
 Pues ignorando lo que hay
 Tras esa santa pared,
 Lo que tras ella se queda
 Jamás apetecereis.
 Mansa paloma enseñada
 En las palmas á comer
 Del dueño que la ha criado
 En doméstico vergel,
 No habiendo salido nunca
 De la protectora red,
 No ansiareis nunca las alas
 Por el espacio tender.
 Lirio gentil, cuyo tallo
 Mecieron solo tal vez
 Las embalsamadas brisas
 Del mas florecido mes,
 Aquí á los besos del aura
 Vuestro caliz abrireis,
 Y aquí vendrán vuestras hojas
 Tranquilamente á caer.
 Y en el pedazo de tierra
 Que abarca nuestra estrechez,
 Y en el pedazo de cielo

Que por las rejas se ve,
 Vos no vereis mas que un lecho
 Dó en dulce sueño yacer,
 Y un velo azul suspendido
 A las puertas del Eden.
 ¡Ay! en verdad que os envidio,
 Venturosa Doña Inés,
 Con vuestra inocente vida
 La virtud del no saber.
 ¿Mas porqué estais cabizbaja?
 ¿Porqué no me respondeis
 Como otras veces alegre
 Cuando en lo mismo os hablé?
 ¿Suspirais?... ¡Oh! ya comprendo:
 De vuelta aquí hasta no ver
 A vuestra aya estais inquieta,
 Pero nada receleis.
 A casa de vuestro padre
 Fué casi al anocheecer,
 Y abajo en la portería
 Estará: yo os la enviaré,
 Que estoy de vela esta noche.
 Con que, vamos, Doña Inés,
 Recogeos, que ya es hora:
 Mal ejemplo no me deis
 A las novicias, que há tiempo
 Que duermen ya: hasta despues.
Inés. Id con Dios, madre abadesa.
Abad. A Dios, hija.

ESCENA II.

DOÑA INÉS.

Ya se fué.

No sé qué tengo, ¡ay de mí!
 Que en tumultuoso tropel
 Mil encontradas ideas
 Me combaten á la vez.
 Otras noches complacida
 Sus palabras escuché;
 Y de esos cuadros tranquilos
 Que sabe pintar tan bien,
 De esos placeres domésticos
 La dichosa sencillez
 Y la calma venturosa,
 Me hicieron apetecer
 La soledad de los claustros
 Y su santa rigidez.
 Mas hoy la oí distraída,
 Y en sus pláticas hallé,
 Sino enojosos discursos,
 A lo menos aridez.
 Y no sé porqué al decirme
 Que podria acontecer
 Que se acelerase el día
 De mi profesion, temblé;
 Y sentí del corazon

Acelerarse el vaiven,
 Y teñirme el semblante
 De amarilla palidez.
 ¡Ay de mí...! ¡pero mi dueña
 Dónde estará...! Esa muger
 Con sus pláticas al cabo
 Me entretiene alguna vez.
 Y hoy la echo menos... acaso
 Porque la voy á perder,
 Que en profesando es preciso
 Renunciar á cuanto amé.
 Mas pasos siento en el claustro;
 ¡Oh! reconozco muy bien
 Sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA III.

DOÑA INÉS, BRIGIDA

Brig. Buenas noches, Doña Inés.
Inés. ¿Cómo habeis tardado tanto?
Brig. Voy á cerrar esta puerta.
Inés. Hay orden de que esté abierta.
Brig. Eso es muy bueno y muy santo
 Para las otras novicias
 Que han de consagrarse á Dios,
 No, Doña Inés, para vos.
Inés. Brigida, ¿no ves que vicias
 Las reglas del monasterio
 Que no permiten...?
Brig. ¡Bah! ¡bah!
 Mas seguro así se está,
 Y así se habla sin misterio
 Ni estorbos: ¿habeis mirado
 El libro que os he traído?
Inés. ¡Ay! se me habia olvidado.
Brig. ¡Pues me hace gracia el olvido!
Inés. ¡Como la madre abadesa
 Se entró aquí inmediatamente!
Brig. ¡Vieja mas impertinente!
Inés. ¿Pues tanto el libro interesa?
Brig. ¡Vaya si interesa! mucho.
 ¡Pues quedó con poco afan
 El infeliz!
Inés. ¿Quién?
Brig. Don Juan.
Inés. ¡Válgame el cielo! ¡qué escucho
 ¿Es Don Juan quien me le envía?
Brig. Por supuesto.
Inés. ¡Oh! yo no debo
 Tomarle.
Brig. ¡Pobre mancebo!
 Desairarle así, seria
 Matarle.
Inés. ¿Qué estás diciendo?
Brig. Si ese horario no tomais,
 Tal pesadumbre le dais
 Que va á enfermar; lo estoy viendo.

Inés. ¡Ah! no, no : de esa manera

Le tomaré.

Brig. Bien hareis.

Inés. ¡Y qué bonito es!

Brig. Ya veis;

Quien quiere agradar se esmera.

Inés. Con sus manicillas de oro

Y cuidado que está prieto!

A ver, á ver si completo

Contiene el rezo del coro.

*Le abre, y cae una carta de entre sus
hojas.)*

Mas ¿qué cayó?

Brig. Un papelito.

Inés. ¡Una carta!

Brig. Claro está;

En esa carta os vendrá

Ofreciendo el regalito.

Inés. ¡Qué! ¿Será suyo el papel?

Brig. ¡Vaya, que sois inocente!

Pues que os fería, es consiguiente

Que la carta será de él.

Inés. ¡Ay Jesus!

Brig. ¿Qué es lo que os da?

Inés. Nada, Brigida, no es nada.

Brig. No, no; si estais inmutada.

(Ya presa en la red está.)

¿Se os pasa?

Inés. Sí.

Brig. Eso habrá sido

Cualquier marello vano.

Inés. ¡Ay! se me abrasa la mano

Con que el papel he cogido.

Brig. Doña Inés, ¡válgame Dios!

Jamás os he visto así :

Estais trémula.

Inés. ¡Ay de mí!

Brig. ¿Qué es lo que pasa por vos?

Inés. No sé... El campo de mi mente

Siento que cruzan perdidas

Mil sombras desconocidas

Que me inquietan vagamente;

Y há tiempo al alma me dan

Con su agitacion tortura.

Brig. ¿Tiene alguna por ventura

El semblante de Don Juan?

Inés. No sé : desde que le ví,

Brigida mia, y su nombre

Me dijiste, tengo á ese hombre

Siempre delante de mí.

Por dó quiera me distraigo

Con su agradable recuerdo,

Y si un instante le pierdo,

En su recuerdo recaigo.

No sé qué fascinacion

En mis sentidos ejerce.

Que siempre hácia él se me tuerce

La mente y el corazon :

Y aquí y en el oratorio.

Y en todas partes advierto

Que el pensamiento divierito

Con la imágen de Tenorio.

Brig. ¡Válgame Dios! Doña Inés,

Segun lo vais esplicando,

Tentaciones me van dando

De creer que eso amor es.

Inés. ¡Amor has dicho!

Brig. Sí, amor.

Inés. No, de ninguna manera.

Brig. Pues por amor lo entendiera

El menos entendedor;

Mas vamos la carta á ver :

¿En qué os parais? ¿un suspiro?

Inés. ¡Ay! que cuanto mas la miro

Menos me atrevo á leer.

(*Lee.*) « Doña Inés del alma mia. »

¡Virgen Santa, qué principio!

Brig. Vendrá en verso, y será un rípio

Que traerá la poesía.

Vamos, seguid adelante.

Inés. (*Lee.*) « Luz de donde el sol la toma,

« Hermosísima paloma

« Privada de libertad,

« Si os dignais por estas letras

« Pasar vuestros lindos ojos,

« No los torneis con enojos

« Sin concluir, acabad. »

Brig. ¡Qué humildad! ¡y qué finura!

¿Dónde hay mayor rendimiento?

Inés. Brigida, no sé qué siento.

Brig. Seguid, seguid la lectura.

Inés. (*Lee.*) « Nuestros padres de consuno

« Nuestras bodas acordaron,

« Porque los cielos juntaron

« Los destinos de los dos.

« Y halagado desde entonces

« Con tan risueña esperanza,

« Mi alma, Doña Inés, no alcanza

« Otro porvenir que vos.

« De amor con ella en mi pecho

« Brotó una chispa ligera,

« Que han convertido en hoguera

« Tiempo y aficion tenaz :

« Y esta llama que en mí mismo

« Se alimenta inestinguible,

« Cada dia mas terrible

« Va creciendo y mas voraz »

Brig. Es claro; esperar le hicieron

En vuestro amor algun dia,

Y hondas raices tenia

Cuando á arrancársele fueron.

Seguid.

Inés. (*Lee.*) « En vano á apagarla

« Concurren tiempo y ausencia,

« Que doblando su violencia

« No hoguera ya, volcan es.

« Y yo que en medio del cráter
 « Desamparado batallo,
 « Suspendido en él me hallo
 Entre mi tumba y mi Inés. »
Brig. ¿Lo veis, Inés? Si ese horario
 Le desprecia, al instante
 Le preparan el sudario.
Inés. Yo desfallezco.
Brig. Adelante.
Inés. (Lee.) « Inés, alma de mi alma,
 « Perpetuo iman de mi vida,
 « Perla sin concha escondida
 « Entre las algas del mar;
 « Garza que nunca del nido
 « Tender osastes el vuelo
 « El diáfano azul del cielo
 « Para aprender á cruzar;
 « Si es que á través de esos muros
 « El mundo apenada miras
 « Y por el mundo suspiras
 « De libertad con afán,
 « Acuérdate que al pié mismo
 « De esos muros que te guardan
 « Para salvarte te aguardan
 « Los brazos de tu Don Juan. »
 (Representa.) ¿Qué es lo que me pasa,
 ¡cielo!
 Que me estoy viendo morir?
Brig. (Ya tragó todo el anzuelo.)
 Vamos, que está al concluir.
Inés. (Lee.) « Acuérdate de quien llora
 « Al pié de tu celosía,
 « Y allí le sorprende el día
 « Y le halla la noche allí;
 « Acuérdate de quien vive
 « Solo por tí, ¡vida mía!
 « Y que á tus plés volaría
 « Si le llamaras á tí. »
Brig. ¿Lo veis? vendría.
Inés. ¡Vendría!
Brig. A postrarse á vuestros piés.
Inés. ¿Puede?
Brig. ¡Oh! sí.
Inés. ¡Virgen María!
Brig. Pero acabad, Doña Inés.
Inés. (Lee.) « A Dios, ¡oh luz de mis ojos!
 « A Dios, Inés de mi alma :
 « Medita por Dios en calma
 « Las palabras que aquí van :
 « Y si odias esa clausura,
 « Que ser tu sepulcro debe,
 « Manda, que á todo se atreve
 « Por tu hermosa Don Juan. »
 (Representa Doña Inés.)
 ¡Ay! ¿qué filtro envenenado
 Me dan en este papel,
 Que el corazón desgarrado
 Me estoy sintiendo con él?

¿Qué sentimientos dormidos
 Son los que revela en mí?
 ¿Qué impulsos jamás sentidos?
 ¿Qué luz, que hasta hoy nunca vi?
 ¿Qué es lo que engendra en mi alma
 Tan nuevo y profundo afán?
 ¿Quién roba la dulce calma
 De mi corazón?
Brig. Don Juan.
Inés. ¡Don Juan dices...! ¿con que ese
 hombre
 Me ha de seguir por dó quier?
 ¿Solo he de escuchar su nombre?
 ¿Solo su sombra he de ver?
 ¡Ah! bien dice : juntó el cielo
 Los destinos de los dos,
 Y en mi alma engendró este anhelo
 Fatal.
Brig. ¡Silencio por Dios!
 (Se oyen dar las ánimas.)
Inés. ¿Qué?
Brig. ¡Silencio!
Inés. Me estremezco.
Brig. ¿Oís, Doña Inés, tocar?
Inés. Sí, lo mismo que otras veces
 Las ánimas oigo dar.
Brig. Pues no habéis de él.
Inés. ¡Cielo santo!
 ¿De quién?
Brig. ¿De quién ha de ser?
 De ese Don Juan que amáis tanto,
 Porque puede aparecer.
Inés. ¡Me amedrentas! ¿puede ese hombre
 Llegar hasta aquí?
Brig. Quizá.
 Porque el eco de su nombre
 Tal vez llega adonde está.
Inés. ¡Cielos! ¿y podrá?...
Brig. ¿Quién sabe?
Inés. ¿Es un espíritu, pues?
Brig. No, mas si tiene una llave...
Inés. ¡Dios!
Brig. Silencio, Doña Inés :
 ¿No oís pasos?
Inés. ¡Ay! ahora
 Nada oigo.
Brig. Las nueve dan.
 Suben... se acercan... Señora...
 Ya está aquí.
Inés. ¿Quién?
Brig. Él.
Inés. ¡Don Juan!

ESCENA IV.
 DOÑA INÉS, DON JUAN, BRIGIDA.
Inés. ¿Qué es esto? sueño... desiro
 Juan. ¡Inés de mi corazón!

Inés. ¿Es realidad lo que miro,
O es una fascinación...?
Tenedme... apenas respiro...
Sombra... huye por compasión.
¡Ay de mí...!
(*Desmayase Doña Inés y Don Juan la sostiene. La carta de Don Juan queda en el suelo abandonada por Doña Inés al desmayarse.*)

Brig. La, ha fascinado
Vuestra repentina entrada,
Y el pavor la ha trastornado.
Juan. Mejor: así nos ha ahorrado
La mitad de la jornada.
¡Ea! no desperdiciemos
El tiempo aquí en contemplarla
Si perdernos no queremos.
En los brazos á tomarla
Voy, y cuanto antes, ganemos
Ese claustro solitario.

Brig. ¡Oh, vais á sacarla así!
Juan. Necia, ¿piensas que rompí
La clausura temerario
Para dejármela aquí?
Mi gente abajo me espera:
Sígueme.
Brig. ¡Sin alma estoy!
¡Ay! este hombre es una fiera,
Nada le ataja ni altera...
Sí, sí; á su sombra me voy.

ESCENA V.

LA ABADESA.

Jurara que habia oido
Por estos claustros andar:
Hoy á Doña Inés velar
Algo mas la he permitido,
Y me temo... Mas no están
Aquí. ¿Qué pudo ocurrir
A las dos para salir
De la celda? ¿dónde irán?
¡Hola! yo las ataré
Corto para que no vuelvan
A enredar y me revuelvan
A las novicias... si á fé.
Mas siento por allá fuera
Pasos. ¿Quién es?

ESCENA VI.

LA ABADESA, LA TORNERA.

Torn. Yo, señora.
Abad. ¡Vos en el claustro á esta hora!
¿Qué es esto, hermana tornera?
Torn. Madre abadesa, os buscaba.

Abad. ¿Qué hay? decid.
Torn. Un noble anciano
Quiere hablaros.
Abad. Es en vano.
Torn. Dice que es de Calatrava
Caballero; que sus fueros
Le autorizan á este paso,
Y que la urgencia del caso
Le obliga al instante á veros.
Abad. ¿Dijo su nombre?
Torn. El señor
Don Gonzalo Ulloa.
Abad. ¿Qué
Puede querer...? Abralé,
Hermana: es comendador
De la órden, y derecho
Tiene en el claustro de entrada.

ESCENA VII.

LA ABADESA.

¿A una hora tan avanzada
Venir así...? no sospecho
Qué pueda ser... mas me place,
Pues no hallando á su hija aquí
La reprenderá, y así
Mirará otra vez lo que hace.

ESCENA VIII.

LA ABADESA, DON GONZALO,
LA TORNERA, A LA PUERTA.

Gonz. Perdonad, madre abadesa,
Que en hora tal os moleste;
Mas para mí, asunto es este
Que honra y vida me interesa.
Abad. ¡Jesus!
Gonz. Oid.
Abad. Hablad pues.
Gonz. Yo guardé hasta hoy un tesoro
De mas quilates que el oro,
Y ese tesoro es mi Inés.
Abad. A propósito.
Gonz. Escuchad.
Se me acaba de decir
Que han visto á su dueña ir
Há poco por la ciudad
Hablando con el criado
De un Don Juan, de tal renombre
Que no hay en la tierra otro hombre
Tan audaz ni tan malvado.
En tiempo atrás se pensó
Con él á mi hija casar,
Y hoy que se la fui á negar
Robármela me juró.
Que por el tórpe doncel

Canada la dueña está
No puedo dudarlo ya :
Debo pues guardarme de él.
Y un día, un hora quizás
De imprevision le bastara
Para que mi honor manchara
A ese hijo de Satanás.
Hé aquí mi inquietud cuál es :
Por la dueña en conclusion
Vengo : vos la profesion
Abreviad de Doña Inés.

Abad. Sois padre, y es vuestro afan
Muy justo, comendador ;
Mas ved que ofende á mi honor.

Gonz. No sabéis quién es Don Juan.

Abad. Aunque le pintais tan malo
Yo os puedo decir de mi
Que mientras Inés esté aquí
Segura está, Don Gonzalo.

Gonz. Lo creo ; mas las razones
Abreviemos : entregadme
A esa dueña y perdonadme
Mis mundanas opiniones.
Si vos de vuestra virtud
Me respondeis, yo me fundo
En que conozco del mundo
La insensata juventud.

Abad. Se hará como lo exigis.
Hermana tornera, id pues
A buscar á Doña Inés
Y á su dueña. *(Vase la tornera.)*

Gonz. ¿Qué decis,
Señora ? ó traicion me ha hecho
Mi memoria, ó yo sé bien
Que esta es hora de que estén
Ambas á dos en su lecho.

Abad. Há un punto sentí á las dos
Salir de aquí, no sé á qué.

Gonz. ¡Ay ! porqué tiemblo no sé.
¡Mas qué veo, santo Dios !
Un papel... me lo decia
A voces mi mismo afan.
(Leyendo.) « Doña Inés del alma mia... »
Y la firma de Don Juan.
Ved... ved... esa prueba escrita.
Leed ahí... ¡Oh ! mientras que vos
Por ella rogais á Dios,
Viene el diablo y os la quita.

ESCENA IX.

LA ABADESA, DON GONZALO,
LA TORNERA.

Torn. Señora...

Abad. ¿Qué es ?

Torn. Vengo muerta.

Gonz. Concluid.

Torn. No acierto á hablar...

He visto á un hombre saltar
Por las tapias de la huerta.

Gonz. ¿Veis ? corramos : ¡ay de mí !

Abad. ¿Dónde vais, comendador ?

Gonz. ¡Imbécil ! tras de mi honor,
Que os roban á vos de aquí.

ACTO CUARTO.

EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL
CIELO.

Quinta de Don Juan Tenorio cerca de Sevilla y
sobre el Guadalquivir. Balcon en el fondo. Dos
puertas á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

BRIGIDA, CIUTTI.

Brig. ¡Qué noche, válgame Dios !
A poderlo calcular
No me meto yo á servir
A tan fogoso galan.
¡Ay, Ciutti ! molida estoy ;
No me puedo menear.

Ciut. ¿Pues qué os duele ?

Brig. Todo el cuerpo
Y toda el alma ademas.

Ciut. ¡Ya ! no estais acostumbrada
Al caballo, es natural.

Brig. Mil veces pensé caer :
¡Uf ! ¡qué mareo ! ¡qué afan !
Vela yo unos tras otros

Ante mis ojos pasar
Los árboles como en alas
Llevados de un huracan,
Tan aprieta y produciéndome
Ilusion tan infernal
Que perdiera los sentidos
Si tardamos en parar.

Ciut. Pues de estas cosas vereis
Si en esta casa os quedais
Lo menos seis por semana.

Brig. ¡Jesus !

Ciut. ¿Y esa niña está
Reposando todavia ?

Brig. ¿Y á qué se ha de despertar ?

Ciut. Sí, es mejor que abra los ojos
En los brazos de Don Juan.

Brig. Preciso es que tu amo tenga
Algun diablo familiar.

Ciut. Yo creo que sea el mismo
Un diablo en carne mortal,
Porque á lo que él, solamente
Se arrojava Satanás.

Brig. ¡ Oh! ¡ el lance ha sido estremado!
Ciut. Pero al fin logrado está.
Brig. ¡ Salir así de un convento
 En medio de una ciudad
 Como Sevilla!
Ciut. Es empresa
 Tan solo para hombre tal.
 Mas ¡ qué diablos! si á su lado
 La fortuna siempre va,
 Y encadenado á sus piés
 Duermo sumiso el azar.
Brig. Sí, decís bien.
Ciut. No he visto hombre
 De corazon mas audaz;
 Ni halla riesgo que le espante,
 Ni encuentra dificultad
 Que al empeñarse en vencer
 Le haga un punto vacilar.
 A todo osando se arroja,
 De todo se ve capaz,
 Ni mira dónde se mete,
 Ni lo pregunta jamás.
 Allí hay un lance, le dicen:
 Y él dice: « Allá va Don Juan. »
 ¡ Mas ya tarda, vive Dios!
Brig. Las doce en la catedral
 Han dado há tiempo.
Ciut. Y de vuelta
 Debía á las doce estar.
Brig. ¿ Pero porqué no se vino
 Con nosotros?
Ciut. Tiene allá
 En la ciudad todavía
 Cuatro cosas que arreglar.
Brig. ¿ Para el viaje?
Ciut. Por supuesto;
 Aunque muy fácil será
 Que esta noche á los infiernos
 Le hagan á él mismo viajar.
Brig. ¡ Jesus, qué ideas!
Ciut. Pues digo,
 ¿ Son obras de caridad
 En las que nos empleamos
 Para mejor esperar?
 Aunque seguros estamos
 Como vuelva por acá.
Brig. ¿ De veras, Ciutti?
Ciut. Venid
 A este balcon y mirad
 ¿ Qué veis?
Brig. Veo un bergantin
 Que anclado en el río está.
Ciut. Pues su patron solo aguarda
 Las órdenes de Don Juan,
 Y salves en todo caso
 A Italia nos llevará.
Brig. ¿ Cierto?
Ciut. Y nada receleis

Por nuestra seguridad;
 Que es el barco más velero
 Que boga sobre la mar.
Brig. ¡ Chist! ya siento á Doña Inés
Ciut. Pues yo me voy, que Don Juan
 Encargó que sola vos
 Debíais con ella hablar.
Brig. Y encargó bien, que yo entiendo
 De esto.
Ciut. A Dios pues.
Brig. Vete en paz.

ESCENA II.

DOÑA INÉS, BRIGIDA.

Inés. Dios mio, ¡ cuánto he soñado!
 Loca estoy: ¿ qué hora será?
 ¿ Pero qué es esto, ay de mí?
 No recuerdo que jamás
 Haya visto este aposento.
 ¿ Quién me trajo aquí?
Brig. Don Juan.
Inés. Siempre Don Juan... ¿ mas conmigo
 Aquí tú tambien estás,
 Brigida?
Brig. Sí, Doña Inés.
Inés. Pero dime en caridad,
 ¿ Dónde estamos? ¿ Este cuarto.
 Es del convento?
Brig. No tal:
 Aquello era un cuchitril
 En donde no habia mas
 Que miseria.
Inés. Pero en fin,
 ¿ En dónde estamos?
Brig. Mirad,
 Mirad por este balcon,
 Y alcanzareis lo que va
 Desde un convento de monjas
 A una quinta de Don Juan.
Inés. ¿ Es de Don Juan esta quinta?
Brig. Y creo que vuestra ya.
Inés. Pero no comprendo, Brigida,
 Lo que hablas.
Brig. Escuchad.
 Estábais en el convento
 Leyendo con mucho afan
 Una carta de Don Juan,
 Cuando estalló en un momento
 Un incendio formidable.
Inés. ¡ Jesus!
Brig. Espantoso, inmenso;
 El humo era ya tan denso
 Que el aire se hizo palpable.
Inés. Pues no recuerdo...
Brig. Las dos
 Con la carta entretenidas,

Olvidamos nuestras vidas,
 Yo oyendo, y leyendo vos.
 Y estaba en verdad tan tierna,
 Que entrambas á su lectura
 Achacamos la tortura
 Que sentíamos interna.
 Apenas ya respirar
 Podíamos, y las llamas
 Prendían ya en nuestras camas :
 Nos íbamos á asfixiar,
 Cuando Don Juan, que os adora,
 Y que rondaba el convento,
 Al ver crecer con el viento
 La llama devastadora,
 Con inaudito valor,
 Viendo que íbais á abrasaros,
 Se metió para salvaros
 Por donde pudo mejor.
 Vos al verle así saltar
 La celda tan de improviso
 Os desmayásteis... preciso,
 La cosa era de esperar.
 Y él cuando os vió caer así
 En sus brazos os tomó.
 Y echó á huir; yo le seguí,
 Y del fuego nos sacó.
 ¿Dónde íbamos á esta hora?
 Vos seguiais desmayada,
 Yo estaba ya casi ahogada.
 Dijo pues : « Hasta la aurora
 En mi casa las tendré. »
 Y hénos, Doña Inés, aquí.

Inés. ¿Con que esta es su casa?

Brig. Sí.

Inés. Pues nada recuerdo á fé.

Pero... ¡en su casa...! Oh, al punto
 Salgamos de ella... yo tengo
 La de mi padre.

Brig. Convengo
 Con vos; pero es el asunto...

Inés. ¿Qué?

Brig. Que no podemos ir.

Inés. Oír tal me maravilla.

Brig. Nos aparta de Sevilla...

Inés. ¿Quién?

Brig. Vedlo, el Guadalquivir.

Inés. ¿No estamos en la ciudad?

Brig. A una legua nos hallamos
 De sus murallas.

Inés. ¡Oh! ¡estamos
 Perdidas!

Brig. ¡No sé en verdad
 Porque!

Inés. Me estás confundiendo,
 Brígida... y no sé qué redes
 Son las que entre estas paredes
 Temo que me estás tendiendo.
 Nunca el claustro abandoné

Ni sé del mundo exterior
 Los usos : mas tengo honor.
 Noble soy, Brígida, y se
 Que la casa de Don Juan
 No es buen sitio para mí :
 Me lo está diciendo aquí
 No sé qué escondido afán.
 Ven, huyamos.

Brig. Doña Inés,
 La existencia os ha salvado.

Inés. Sí, pero me ha envenenado
 El corazón.

Brig. ¿Le amais pues?

Inés. No sé... mas por compasión

Huyamos pronto de ese hombre,
 Tras de cuyo solo nombre
 Se me escapa el corazón.

¡Ah! tú me diste un papel
 De mano de ese hombre escrito,
 Y algun encanto maldito
 Me diste encerrado en él.

Una sola vez le vi
 Por entre unas celosías,
 Y que estaba me decías
 En aquel sitio por mí.

Tú, Brígida, á todas horas

Me venias de él á hablar,

Haciéndome recordar

Sus gracias fascinadoras.

Tú me dijiste que estaba

Para mio destinado

Por mi padre... y me has jurado

En su nombre que me amaba.

¿Que le amo dices?... pues bien,

Si esto es amar, sí, le amo;

Pero yo sé que me infamo

Con esa pasión también.

Y si el débil corazón

Se me va tras de Don Juan,

Tirándome de él están

Mi honor y mi obligación.

Vamos pues, vamos de aquí

Primero que ese hombre venga;

Pues fuerza acaso no tenga

Si le veo junto á mí.

Vamos, Brígida.

Brig. Esperad.

¿No oís?

Inés. ¿Qué?

Brig. Ruido de remos.

Inés. Si, dices bien; volveremos
 En un bote á la ciudad.

Brig. Mirad, mirad, Doña Inés.

Inés. Acaba... por Dios partamos.

Brig. Ya imposible que salgamos.

Inés. ¿Por qué razón?

Brig. Porque él es
 Quien en ese barquichuelo

Se adelanta por el río.

Inés. ¡Ay! ¡dadme fuerzas, Dios mio!

Brig. Ya llegó, ya está en el suelo.

Sus gentes nos volverán

A casa : mas antes de irnos

Es preciso despedirnos

A lo menos de Don Juan.

Inés. Sea, y vamos al instante.

No quiero volverle á ver.

Brig. (Los ojos te hará volver
El encontrarle delante.)

Vamos.

Inés. Vamos.

Ciutti, dentro. Aquí están.

Juan, idem. Alumbra.

Brig. ; Nos busca!

Inés. El es.

ESCENA III.

DICHOS, DON JUAN.

Juan. ¿Adónde vaig Doña Inés?

Inés. Dejadme salir, Don Juan.

Juan. ¿Que os deje salir?

Brig. Señor,

Sabiendo ya el accidente

Del fuego, estará impaciente

Por su hija el comendador.

Juan. ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado

Por Don Gonzalo, que ya

Dormir tranquilo le hará

El mensage que le he enviado.

Inés. ¿Le habeis dicho...?

Juan. Que os hallábais

Bajo mi amparo segura,

Y el aura del campo pura

Libre por fin respirábais.

¡Cálmate pues, vida mia!

Reposa aquí; y un momento

Olvida de tu convento

La triste cárcel sombría.

¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,

Que en esta apartada orilla

Mas pura la luna brilla

Y se respira mejor?

Esta aura que vaga llena

De los sencillos olores

De las campesinas flores

Que brota esa orilla amena;

Esa agua limpia y serena

Que atraviesa sin temor

La barca del pescador

Que espera cantando al día,

¿No es cierto, paloma mia,

Que están respirando amor?

Esa armonía que el viento

Recoge entre esos millares

De floridos olivares,
Que agita con manso aliento;

Ese dulcísimo acento

Con que trina el ruiseñor

De sus copas morador

Llamando al cercano día,

¿No es verdad, gacela mia,

Que están respirando amor?

Y estas palabras que están

Filtrando insensiblemente

Tu corazón ya pendiente

De los labios de Don Juan,

Y cuyas ideas van

Inflamando en su interior

Un fuego germinador

No encendido todavía,

¿No es verdad, estrella mia,

Que están respirando amor?

Y esas dos líquidas perlas

Que se desprenden tranquilas

De tus radiantes pupilas

Convidándome á beberlas

Evaporarse á no verlas

De sí mismas al calor,

Y ese encendido color

(Que en tu semblante no habia,

¿No es verdad, hermosa mia,

Que están respirando amor?

¡Oh! sí, bellissima Inés,

Espejo y luz de mis ojos;

Escucharne sin enojos,

Como lo haces, amor es:

Mira aquí á tus plantas pues

Todo el altivo rigor

De este corazón traidor

Que rendirse no creia,

Adorando, vida mia,

La esclavitud de tu amor.

Inés. Callad por Dios, ¡oh, Don Juan!

Que no podré resistir

Mucho tiempo sin morir

Tan nunca sentido afán.

¡Ah! callad por compasión,

Que oyéndoos me parece

Que mi cerebro enloquece,

Y se arde mi corazón.

¡Ah! me habeis dado á beber

Un filtro infernal sin duda,

Que á rendiros os ayuda

La virtud de la muger.

Tal vez poseeis, Don Juan,

Un misterioso amuleto

Que á vos me atrae en secreto

Como irresistible iman.

Tal vez Satan puso en vos

Su vista fascinadora,

Su palabra seductora,

Y el amor que negó á Dios.

¿Y qué he de hacer ; ay de mí !
Sino caer en vuestros brazos,
Si el corazon en pedazos
Me vais robando de aquí ?
No, Don Juan, en poder mio
Resistirte no está ya :
Yo voy á tí como va
Sorvido al mar ese río.
Tu presencia me enajena,
Tus palabras me alucinan,
Y tus ojos me fascinan,
Y tu aliento me envenena.
¡Don Juan ! ¡Don Juan ! yo lo imploro
De tu hidalga compasion :
O arráncame el corazon,
O ámame, porque te adoro.

Juan. ¡Alma mía ! esa palabra

Gambia de modo mi sér,
Que alcanzo que puede hacer
Hasta que el Eden se me abra.
No es, Doña Inés, Satanás
Quien pone este amor en mí :
Es Dios, que quiere por tí
Ganarme para él quizás.
No, el amor que hoy se atesora
En mi corazon mortal,
No es un amor terrenal
Como el que senti hasta ahora ;
No es esa chispa fugaz
Que cualquier ráfaga apaga ;
Es incendio que se traga
Cuanto ve, inmenso, voraz.
Desecha pues tu inquietud,
Bellísima Doña Inés,
Porque me siento á tus piés
Capaz aun de la virtud.
Sí, iré mi orgullo á postrar
Ante el buen comendador,
Y ó habrá de darme tu amor,
O me tendrá que matar.

Inés. ¡Don Juan de mi corazon !

Juan. ¡Silencio ! ¿habeis escuchado ?

Inés. ¿Qué ?

Juan. Sí, una barca ha atracado
(*Mira por el balcon.*)

Debajo de ese balcon.

Un hombre embozado de ella
Salta... Brigida, al momento
Pasad á ese otro aposento,
Y perdonad, Inés bella,
Si solo me importa estar.

Inés. ¿Tardarás ?

Juan. Poco ha de ser.

Inés. A mi padre hemos de ver.

Juan. Si, en cuanto empiece á clarear.

A Dios.

ESCENA IV.

DON JUAN, CIUTTI.

Ciut. ¿Señor ?

Juan. ¿Qué sucede,
Ciutti ?

Ciut. Ahí está un embozado
En veros muy empenado.

Juan. ¿Quién es ?

Ciut. Dice que no puede
Descubrirse mas que á vos,
Y que es cosa de tal priesa
Que en ella se os interesa
La vida á entrambos á dos.

Juan. ¿Y en el no has reconocido
Marca ni señal alguna
Que nos oriente ?

Ciut. Ninguna ;
Mas á veros decidido
Viene.

Juan. ¿Trae gente ?

Ciut. No mas
Que los remeros del bote.

Juan. Que entre.

ESCENA V.

DON JUAN ; LUEGO CIUTTI Y DON LUIS,
EMBOZADO.

Juan. ¡Jugamos á escote
La vida... ! mas ¿si es quizás
Un traidor que hasta mi quinta
Me viene siguiendo el paso ?
Hálleme pues por si acaso
Con las armas en la cinta.

(*Se ciñe la espada y suspende al cinto un
par de pistolas que habrá colocado sobre
la mesa á su salida en la escena tercera.
Al momento sale Ciutti conduciendo á
Don Luis, que embozado hasta los ojos
espera á que se queden solos. Don Juan
hace á Ciutti una seña para que se re-
tire. Lo hace.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, DON LUIS.

Juan. (Buen talante.) Bien venido,
Caballero.

Luis. Bien hallado,
Señor mio.

Juan. Sin cuidado
Hablad.

Luis. Jamás lo he tenido.

Juan. Decid pues : ¿ á qué venís

A esta hora y con tal afán?

Luis. Vengo á mataros, Don Juan.

Juan. Según eso sois Don Luis.

Luis. No os engañó el corazón,
Y el tiempo no malgastemos,
Don Juan : los dos no cabemos
Ya en la tierra.

Juan. En conclusion,
Señor Mejía, ¿es decir
Que porque os gané la apuesta
Quereis que acabe la fiesta
Con salirnos á batir?

Luis. Estais puesto en la razon :
La vida apostado habemos,
Y es fuerza que nos paguemos.

Juan. Soy de la misma opinion.
Mas ved que os debo advertir
Que sois vos quien la ha perdido.

Luis. Pues por eso os la he traído ;
Mas no creo que morir
Deba nunca un caballero,
Que lleva en el cinto espada,
Como una res destinada
Por su dueño al matadero.

Juan. Ni yo creo que resquicio
Habreis jamás encontrado
Por donde me hayais tomado
Por un cortador de oficio.

Luis. De ningún modo ; y ya veis
Que pues os vengo á buscar
Mucho en vos debo fiar.

Juan. No mas de lo que podeis.
Y por mostraros mejor
Mi generosa hidalguía,
Decid si aun puedo, Mejía,
Satisfacer vuestro honor.
Leal la apuesta os gané ;
Mas si tanto os ha escocido,
Mirad si hallais conocido
Remedio, y le aplicaré.

Luis. No hay mas que el que os he pro-
puesto,

Don Juan. Me habeis maniatado,
Y habeis la casa asaltado
Usurpándome mi puesto,
Y pues el mio tomásteis
Para triunfar de Doña Ana,
No sois vos, Don Juan, quien gana,
Porque por otro jugásteis.

Juan. Ardides del juego son.

Luis. Pues no os los quiero pasar,
Y por ellos á jugar
Vamos ahora el corazón.

Juan. ¿Le arriesgais pues en revancha
De Doña Ana de Pantoja?

Luis. Si, y lo que tardo me enoja
En lavar tan fea mancha.
Don Juan, yo la amaba, si ;

Mas con lo que habeis osado
Imposible la hais dejado
Para vos y para mí.

Juan. ¿Porqué la apostásteis pues?

Luis. Porque no pude pensar
Que lo pudierais lograr.

Y... vamos, por san Andrés,
A reñir, que me impaciento.

Juan. Bajemos á la ribera.

Luis. Aquí mismo.

Juan. Necio fuera :
¿No veis que en este aposento
Prenderian al vencedor?

Vos traeis una barquilla.

Luis. Si.

Juan. Pues que lleve á Sevilla
Al que quede.

Luis. Eso es mejor ;
Salgamos pues.

Juan. Esperad.

Luis. ¿Qué sucede?

Juan. Ruido siento.

Luis. Pues no perdamos momento.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON LUIS, CIUTTI.

Ciut. Señor, la vida salvad

Juan. ¿Qué hay pues?

Ciut. El comendador,
Que llega con gente armada.

Juan. Déjale franca la entrada,
Péro á él solo.

Ciut. Mas, señor...

Juan. Obedéceme. *(Vase Ciutti.)*

ESCENA VIII.

DON JUAN, DON LUIS.

Juan. Don Luis,

Pues de mí os habeis fiado
Cuanto dejais demostrado
Cuando á mi casa venis,
No dudaré en suplicaros,
Pues mi valor conocéis,
Que un instante me aguardeis.

Luis. Yo nunca puse reparos
En valor que es tan notorio,
Mas no me fio de vos.

Juan. Ved que las partes son dos
De la apuesta con Tenorio,
Y que ganadas están.

Luis. ¿Lográsteis á un tiempo...

Juan.

La del convento está aquí :
Y pues viene de Don Juan

Si :

A reclamarla quien puede,
 Cuando me podeis matar
 No debo asunto dejar
 Tras mí que pendiente quede.

Luis. Pero mirad que meter
 Quien puede el lance impedir
 Entre los dos puede ser...

Juan. ¿Qué?

Luis. Escusaros de reñir.

Juan. ¡Miserable...! de Don Juan
 Podeis dudar solo vos:
 Mas aquí entrad ¡vive Dios!
 Y no tengais tanto afan
 Por vengaros, que este asunto
 Arreglado con ese hombre,
 Don Luis, yo os juro á mi nombre
 Que nos batimos al punto.

Luis. Pero...

Juan. ¡Con una legion
 De diablos! entrad aquí;
 Que harta nobleza es en mí
 Aun daros satisfaccion.
 Desde ahí ved y escuchad;
 Franca teneis esa puerta.
 Si veis mi conducta incierta
 Como os acomode obrad.

Luis. Me avengo, si muy reacto
 No andais.

Juan. Calculadlo vos
 A placer: mas ¡vive Dios!
 Que para todo hay espacio.

(*Entra Don Luis en el cuarto que Don Juan
 le señala.*)

Ya suben. (*Don Juan escucha.*)

Gonz., dentro. ¿Dónde está?

Juan. Él es.

ESCENA IX.

DON JUAN, DON GONZALO.

Gonz. ¿Adónde está ese traidor?

Juan. Aquí está, comendader.

Gonz. ¿De rodillas?

Juan. Y á tus piés.

Gonz. Vil eres hasta en tus crímenes.

Juan. Anciano, la lengua ten,
 Y escúchame un solo instante.

Gonz. ¿Qué puede en tu lengua haber
 Que borre lo que tu mano
 Escribió en este papel?
 ¡Ir á sorprender ¡infame!
 La cándida sencillez
 De quien no pudo el veneno
 De esas letras precaver!
 ¡Derramar en su alma virgen
 Traidoramente la hiel
 En que rebosa la tuya

Seca de virtud y fé!

¡Proponerse así enlodar
 De mis timbres la alta prez,
 Como si fuera un harapo
 Que desecha un mercader!

¿Ese es el valor, Tenorio,
 De que blasonas? ¿Esa es
 La proverbial osadía
 Que te da al vulgo á temer?
 ¡Con viejos y con doncellas
 La muestras...? y ¿para qué?
 ¡Vive Dios! para venir
 Sus plantas así á lamer
 Mostrándote á un tiempo ajeno
 De valor y de honradez.

Juan. ¡Comendador!

Gonz. Miserable,

Tú has robado á mi hija Inés
 De su convento, y yo vengo
 Por tu vida, ó por mi bien.

Juan. Jamás delante de un hombre
 Mi alta cerviz incliné,
 Ni he suplicado jamás
 Ni á mi padre ni á mi rey.
 Y pues conservo á tus plantas
 La postura en que me ves,
 Considera, Don Gonzalo,
 Qué razon debo tener.

Gonz. Lo que tienes, es pavor
 De mi justicia.

Juan. ¡Pardiez!

Oyeme, comendador,
 O tenerme no sabré,
 Y seré quien siempre he sido
 No queriéndolo ahora ser.

Gonz. ¡Vive Dios!

Juan. Comendador,

Yo idolatro á Doña Inés,
 Persuadido de que el cielo
 Nos la quiso conceder
 Para enderezar mis pasos
 Por el sendero del bien.

No amé la hermosura en ella
 Ni sus gracias adoré;
 Lo que adoro es la virtud,
 Don Gonzalo, en Doña Inés.
 Lo que justicias ni obispos
 No pudieron de mí hacer
 Con cárceles y sermones,
 Lo pudo su candidez.
 Su amor me torna en otro hombre
 Regenerando mi sér,
 Y ella puede hacer un ángel
 De quien un demonio fué.
 Escucha, pues, Don Gonzalo,
 Lo que te puede ofrecer
 El audaz Don Juan Tenorio
 De rodillas á tus piés.

Yo seré esclavo de tu hija,
 En tu casa viviré,
 Tú gobernarás mi hacienda
 Diciéndome *esto ha de ser*.
 El tiempo que señalares
 En reclusion estaré;
 Cuantas pruebas exiges
 De mi audacia ó mi altivez,
 Del modo que me ordenares
 Con sumision te daré :
 Y cuando estime tu juicio
 Que la puedo merecer,
 Yo la daré un buen esposo
 Y ella me dará el Eden.

Gonz. Basta, Don Juan; no sé cómo
 Me he podido contener
 Oyendo tan torpes pruebas
 De tu infame avilantez.
 Don Juan, tú eres un cobarde
 Cuando en la ocasion te ves,
 Y no hay bajeza á que no oses
 Como te saque con bien.

Juan. ¡Don Gonzalo!

Gonz. Y me avergüenzo

De mirarte así á mis piés,
 Lo que apostabas por fuerza
 Suplicando por merced.

Juan. Todo así se satisface,
 Don Gonzalo, de una vez.

Gonz. ¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo?
 Primero la mataré.
 ¡Ea! entrégamela al punto,
 O sin poderme valer
 En esa postura vil
 El pecho te cruzaré.

Juan. Miralo bien, Don Gonzalo;
 Que vas á hacerme perder
 Con ella hasta la esperanza
 De mi salvacion tal vez.

Gonz. ¿Y qué tengo yo, Don Juan,
 Con tu salvacion que ver?

Juan. ¡Comendador, que me pierdes!

Gonz. Mi hija.

Juan. Considera bien
 Que por cuantos medios pude
 Te quise satisfacer;
 Y que con armas al cinto
 Tus denuestos toleré
 Proponiéndote la paz
 De rodillas á tus piés.

ESCENA X.

DICHOS; DON LUIS, SOLTANDO UNA CARCA-
 JADA DE BURLA.

Luis. Muy bien, Don Juan.

Juan. ¡Vive Dios!

Gonz. ¿Quién es ese hombre?

Luis. Un testigo

De su miedo, y un amigo,
 Comendador, para vos.

Juan. ¡Don Luis!

Luis. Ya he visto bastante,

Don Juan, para conocer
 Cuál uso puedes hacer
 De tu valor arrogante;
 Y quien hiere por detrás
 Y se humilla en la ocasion,
 Es tan vil como el ladron
 Que roba y huye.

Juan. ¿Esto mas?

Luis. Y pues la ira soberana
 De Dios, junta como ves
 Al padre de Doña Inés
 Y al vengador de Doña Ana,
 Mira el fin que aquí te espera
 Cuando á igual tiempo te alcanza,
 Aquí dentro su venganza
 Y la justicia allá fuera.

Gonz. ¡Oh! ahora comprendo... ¿sois vos
 El que...?

Luis. Soy Don Luis Mejía,
 A quien á tiempo os envia
 Por vuestra venganza Dios.

Juan. ¡Basta pues de tal suplicio!

Si con hacienda y honor
 Ni os nuestro ni doy valor
 A mi franco sacrificio :
 Y la leal solicitud
 Con que ofrezco cuanto puedo
 Tomais, ¡vive Dios! por miedo
 Y os mofais de mi virtud,
 Os acepto el que me dais
 Plazo breve y perentorio
 Para mostrarme el Tenorio
 De cuyo valor dudais.

Luis. Sea; y cae á nuestros piés
 Digno al menos de esa fama
 Que por tan bravo te aclama.

Juan. Y venza el infierno pues.
 Ulloa, pues mi alma así
 Vuelves á hundir en el vicio,
 Cuando Dios me llame á juicio
 Tú responderás por mí.

(*Le da un pistoletazo.*)

Gonz. ¡Asesino! (Cae.)

Juan. Y tú, insensato,
 Que me llamas vil ladron,
 Di en prueba de tu razon
 Que cara á cara te mato.

(*Riñen, y le da una estocada.*)
Luis. ¡Jesus! (Cae.)

Juan. Tarde tu fé ciega
 Acude al cielo, Mejía,
 Y no fué por culpa mía.

Pero la justicia llega.

Y á fé que ha de ver quién soy.

Ciut., dentro. ¿Don Juan?

Juan, asomando al balcon. ¿Quién es?

Ciut., dentro. Por aquí;

Salvaos.

Juan. ¿Hay paso?

Ciut. Sí;

Arrojaos.

Juan. Allá voy.

Llamé al cielo y no me oyó;

Y pues sus puertas me cierra

De mis pasos en la tierra

Responda el cielo, y no yo.

(Se arroja por el balcon, y se le oye caer en el agua del rio, al mismo tiempo que el ruido de los remos muestra la rapidez del barco en que parte; se oyen golpes en las puertas de la habitacion; poco despues entra la justicia, soldados, etc.)

ESCENA XI.

ALGUACILES, SOLDADOS; LUEGO DOÑA INÉS
Y BRIGIDA.

Alg. 1º. El tiro ha sonado aquí.

Alg. 2º. Aun hay humo.

Alg. 1º. ¡Santo Dios!

Aquí hay un cadáver.

Alg. 2º. Dos.

Alg. 1º. ¿Y el matador?

Alg. 2º. Por allí.

(Abren el cuarto en que están Doña Inés y Brigida, y las sacan á la escena, Doña Inés reconoce el cadáver de su padre.)

Alg. 2º. ¡Dos mugeres!

Inés. ¡Ah, qué horror,

Padre mio!

Alg. 1º. ¡Es su hija!

Brig. Sí.

Inés. ¡Ay! ¿dó estás, Don Juan, que aquí me olvidas en tal dolor?

Alg. 1º. Él le asesinó.

Inés. ¡Dios mio!

¿Me guardabas esto mas?

Alg. 2º. Por aquí ese Satanás

Se arrojó sin duda al rio.

Alg. 1º. Miradlos... á bordo están

Del bergantín calabrés.

Todos. ¡Justicia por Doña Inés!

Inés. Pero no contra Don Juan.

(Cayendo de rodillas.)

PARTE SEGUNDA.

ACTO PRIMERO.

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

Panteon de la familia Tenorio. — El teatro representa un magnifico cementerio, hermoseado á manera de jardin. En primer término, aislados y de bulto, los sepuleros de Don Gonzalo de Ulloa, de Doña Inés y de Don Luis Mejía, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra. El sepulcro de Don Gonzalo á la derecha y su estatua de rodillas: el de Don Luis á la izquierda, y su estatua tambien de rodillas: el de Doña Inés en el centro, y su estatua de pié. En segundo término otros dos sepuleros en la forma que convenga; y en el tercer término y en puesto elevado el sepulcro y estatua del fundador Don Diego Tenorio, en cuya figura remata la perspectiva de los sepuleros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos llorones á cada lado de la tumba de Doña Inés dispuestos á servir de la manera que á su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoracion, que no debe tener nada de horrible. La accion se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarisima luna.

ESCENA PRIMERA.

EL ESCULTOR, DISPONIÉNDOSE A MARCHAR.

Pues, señor, es cosa hecha :

El alma del buen Don Diego

Puede á mi ver con sosiego

Reposar muy satisfecha.

La obra está rematada

Con cuanta suntuosidad

Su postrera voluntad

Dejó al mundo encomendada.

Y ya quisieran ¡pardiez!

Todos los ricos que mueren

Que su voluntad cumplieren

Los vivos, como esta vez.

Mas ya de marcharme es hora :

Todo corriente lo dejo,

Y de Sevilla me alejo

Al despuntar de la aurora.

¡Ah! mármoles que mis manos

Pulieron con tanto afán,

Mañana os contemplarán

Los absortos sevillanos;

Y al mirar de este panteon

Las gigantes proporciones

Tendrán las generaciones

La nuestra en veneracion.

Mas yendo y viniendo dias

Se hundirán unas tras otras,

Mientras en pié estareis vosotras

Póstumas memorias mias.

¡Oh! frutos de mis desvelos.

Peñas á quien yo animé
Y por quienes arrostré
La intemperie de los cielos;
El que forma y sér os dió
Va ya á perderos de vista;
¡Velad mi gloria de artista,
Pues vivireis mas que yo!
Mas ¿quién llega?

ESCENA II.

EL ESCULTOR; DON JUAN, QUE ENTRA
EMBOZADO.

Esc. Caballero...
Juan. Dios le guarde.
Esc. Perdonad,
Mas ya es tarde y...
Juan. Aguardad
Un instante, porque quiero
Que me espliqueis...
Esc. ¿Por acaso
Sois forastero?
Juan. Años há
Que faltó de España ya,
Y me chocó el ver al paso
Cuando á esas verjas llegué
Que encontraba este recinto
Enteramente distinto
De cuando yo le dejé.
Esc. Yo lo creo; como que esto
Era entonces un palacio,
Y hoy es panteon el espacio,
Donde aquel estuvo puesto.
Juan. ¡El palacio hecho panteon!
Esc. Tal fué de su antiguo dueño
La voluntad, y fué empeño
Que dió al mundo admiracion.
Juan. ¡Y por Dios que es de admirar!
Esc. Es una famosa historia,
A la cual debo mi gloria.
Juan. ¿Me la podreis relatar?
Esc. Sí; aunque muy sucintamente,
Pues me aguardan.
Juan. Sea.
Esc. Old
La verdad pura.
Juan. Decid,
Que me teneis impaciente.
Esc. Pues habitó esta ciudad
Y este palacio heredado
Un varon muy estimado
Por su noble calidad.
Juan. Don Diego Tenorio.
Esc. El mismo.
Tuvo un hijo este Don Diego
Peor mil veces que el fuego,
Un aborto del abismo.

Un mozo sangriento y cruel,
Que con tierra y cielo en guerra
Dicen que nada en la tierra
Fué respetado por él.
Quimerista, seductor
Y jugador con ventura,
No hubo para él segura
Vida, ni hacienda, ni honor.
Así le pinta la historia,
Y si tal era, por cierto
Que obró cuerdamente el muerto
Para ganarse la gloria.
Juan. Pues ¿cómo obró?
Esc. Dejó entera
Su hacienda al que la empleara
En un panteon que asombrara
A la gente venidera.
Mas con condicion que dijo
Que se enterraran en él
Los que á la mano cruel
Sucumbieron de su hijo
Y mirad en derredor
Los sepulcros de los mas
De ellos.
Juan. ¿Y vos sois quizás
El conserge?
Esc. El escultor
De estas obras encargado.
Juan. ¡Ah! ¿Y las habeis concluido?
Esc. Há un mes; mas me he detenido
Hasta ver ese enverjado
Colocado en su lugar;
Pues he querido impedir
Que pueda el vulgo venir
Este sitio á profanar.
Juan, mirando. ¡Bien empleó sus ri
quezas
El difunto!
Esc. ¡Yo lo creo!
Miradle allí.
Juan. Ya le veo.
Esc. ¿Le conocisteis?
Juan. Sí.
Esc. Piezas
Son todas muy parecidas
Y á conciencia trabajadas.
Juan. ¡Cierto que son estremadas!
Esc. ¿Os han sido conocidas
Las personas?
Juan. Todas ellas.
Esc. ¿Y os parecen bien?
Juan. Sin duda,
Segun lo que á ver me ayuda
El fulgor de las estrellas.
Esc. ¡Oh! se ven como de dia
Con esta luna tan clara.
Esta es mármol de Carrara.
(Señalando á la de Don Luis.)

Juan. ¡Buen busto es el de Mejía!
(*Contempla las estatuas unas tras otras.*)
¡Hola! aquí el comen!ador
Se representa muy bien.

Esc. Yo quise poner tambien
La estatua del matador
Entre sus victimas, pero
No pude á manos haber
Su retrato... Un Lucifer
Dicen que era el caballero
Don Juan Tenorio.

Juan. ¡Muy malo!
Mas como pudiera hablar
Le habia algo de abonar
La estatua de Don Gonzalo.

Esc. ¿Tambien habeis conocido
A Don Juan?

Juan. Mucho.
Esc. Don Diego
Le abandonó desde luego
Desheredándole.

Juan. Ha sido
Para Don Juan poco daño
Ese, porque la fortuna
Va tras él desde la cuna.

Esc. Dicen que ha muerto.
Juan. Es engaño:
Vive.

Esc. ¿Y dónde?
Juan. Aquí, en Sevilla.
Esc. ¿Y no teme que el furor
Popular...?

Juan. En su valor
No ha echado el miedo semilla.
Esc. Mas cuando vea el lugar
En que está ya convertido
El solar que suyo ha sido,
No osará en Sevilla estar.

Juan. Antes ver tendrá á fortuna
En su casa reunidas
Personas de él conocidas,
Puesto que no odia á ninguna.

Esc. ¿Creeis que ose aquí venir?
Juan. ¿Porqué no? pienso á mi ver
Que donde vino á nacer
Justo es que venga á morir.
Y pues le quitan su herencia
Para enterrar á estos bien,
A él es muy justo tambien
Que le entierren con decencia.

Esc. Solo á él le está prohibida
En este panteon la entrada.

Juan. Trae Don Juan muy buena espada,
Y no sé quién se la impida.

Esc. ¡Jesus! ¡tal profanacion!

Juan. Hombre es Don Juan que, á querer,
Volverá el palacio á hacer
Encima del panteon.

Esc. ¿Tan audaz ese hombre es
Que aun á los muertos se atreve?

Juan. ¿Qué respetos gastar debe
Con los que tendió á sus piés?

Esc. ¿Pero no tiene conciencia
Ni alma ese hombre?

Juan. Tal vez no,
Que al cielo una vez llamó
Con voces de penitencia,
Y el cielo en trance tan fuerte
Allí mismo le metió
Que á dos inocentes dió
Para salvarse la muerte.

Esc. ¡Qué mónstruo, supremo Dios!

Juan. Podeis estar convencido
De que Dios no le ha querido.

Esc. Tal será.

Juan. Mejor que vos.
Esc. (¿Y quién será el que á Don Juan
Abona con tanto brio?)

Caballero, á pesar mio,
Como aguardándome están...

Juan. Idos pues en hora buena.

Esc. He de cerrar.

Juan. No cerreis,
Y marchaos.

Esc. ¿Mas no veis...?

Juan. Veo una noche serena
Y un lugar que me acomoda
Para gozar su frescura,
Y aquí he de estar á mi holgura
Si pesa á Sevilla toda.

Esc. (¿Si acaso padecerá
De locura, desvarios?)

Juan, dirigiéndose á las estatuas. Ya
estoy aquí, amigos míos.

Esc. ¿No lo dije? loco está.

Juan. Mas ¡cielos, qué es lo que veo!
O es ilusion de mi vista,
O á Doña Inés el artista
Aquí representa creo.

Esc. Sin duda.

Juan. ¿Tambien murió?

Esc. Dicen que de sentimiento
Cuando de nuevo al convento
Abandonada volvió
Por Don Juan.

Juan. ¿Y yace aquí?

Esc. Sí.

Juan. ¿La visteis muerta vos?

Esc. Sí.

Juan. ¿Cómo estaba?

Esc. ¡Por Dios

Que dormida la creí!
La muerte fué tan piadosa
Con su cándida hermosura,
Que la envió con la frescura
Y las tintas de la rosa.

Juan. ¡Ah! mal la muerte podría
Deshacer con torpe mano
El semblante soberano
Que un ángel envidiaría.
¡Cuán bella y cuán parecida
Su efigie en el mármol es!
¡Quién pudiera, Doña Inés,
Volver á darte la vida!
¿Es obra del cincel vuestro?

Esc. Como todas las demas.

Juan. Pues bien merece algo mas
Un retrato tan maestro.
Tomad.

Esc. ¿Qué me dais aquí?

Juan. ¿No lo veis?

Esc. Mas... caballero...
¿Por qué razon...?

Juan. Porque quiero
Yo que os acordeis de mí.

Esc. Mirad que están bien pagadas.

Juan. Así lo estarán mejor.

Esc. Mas vamos de aquí, señor,
Que aun las llaves entregadas
No están, y al salir la aurora
Tengo que partir de aquí.

Juan. Entregádmelas á mí,
Y marchaos desde ahora.

Esc. ¿A vos?

Juan. A mí : ¿qué dudais?

Esc. Como no tengo el honor...

Juan. Ea, acabad, escultor.

Esc. Si el nombre al menos que usais
Supiera...

Juan. ¡Viven los cielos!
Dejad á Don Juan Tenorio
Velar el lecho mortuario
En que duermen sus abuelos.

Esc. ¡Don Juan Tenorio!

Juan. Yo soy.

Y si no me satisfaces,
Compañía juro que haces
A tus estatuas desde hoy.

Esc., alargándole las llaves. Tomad. (No
quiero la piel

Dejar aquí entre sus manos.
Ahora que los sevillanos
Se las compongan con él.)

(Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN.

Mi buen padre empleó en esto
Entera la hacienda mía :
Hizo bien : yo al otro día
La hubiera á una carta puesto.
No os podeis quejar de mí,
Vosotros á quien maté;

Si buena vida os quité,
Buena sepultura os di.
¡Magnífica es en verdad
La idea del tal panteon!
Y... siento que el corazon
Me halaga esta soledad.
¡Hermosa noche...! ¡ay de mí!
¡Cuántas como esta tan puras
En infames aventuras
Desatinado perdí!

¡Cuántas al mismo fulgor
De esa luna trasparente
Arranqué á algun inocente
La existencia ó el honor!
Sí, despues de tantos años
Cuyos recuerdos me espantan
Siento que en mí se levantan
Pensamientos en mí estraños.
¡Oh! acaso me los inspira
Desde el cielo en donde mora
Esa sombra protectora
Que por mi mal no respira.

(Se dirige á la estátua de Doña Inés ha-
blándola con respeto.)

Mármol en quien Doña Inés
En cuerpo sin alma existe,
Deja que el alma de un triste
Llore un momento á tus piés.
De azares mil á través
Conservé tu imágen pura,
Y pues la mala ventura
Te asesinó de Don Juan,
Contempla con cuánto afan
Vendrá hoy á tu sepultura.

En tí nada mas pensó
Desde que se fué de tí;
Y desde que huyó de aquí
Solo en volver meditó.
Don Juan tan solo esperó
De Doña Inés su ventura,
Y hoy que en pos de su hermosura
Vuelve el infeliz Don Juan,
Mira cuál será su afan
Al dar con tu sepultura.

Inocente Doña Inés,
Cuya hermosa juventud
Encerró en el ataud
Quien llorando está á tus piés;
Si de esa piedra á través
Puedes mirar la amargura
Del alma que tu hermosura
Adoró con tanto afan,
Prepara un lado á Don Juan
En tu misma sepultura.

Dios te crió por mi bien,
Por tí pensé en la virtud,
Adoré su escelsitud,
Y anhelé su santo Eden.

Sí, aun hoy mismo en tí también

**Mi esperanza se asegura,
Que oigo una voz que murmura
En derredor de Don Juan
Palabras con que su afán
Se calma en tu sepultura.**

¡Oh Doña Inés de mi vida!

**Si esa voz con quien deliro
Es el postrimer suspiro
De tu eterna despedida;
Si es que de tí desprendida
Llega esa voz á la altura
Y hay un Dios tras esa anchura
Por donde los astros van,
Dile que mire á Don Juan
Llorando en tu sepultura.**

(Se apoya en el sepulcro ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura, un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estátua de Doña Inés. Cuando el vapor se desvanece, la estátua ha desaparecido. Don Juan sale de su enagenamiento.)

Este mármol sepulcral

**Adormece mi vigor,
Y sentir creo en redor
Un sér sobrenatural.
Mas... ¡Cielos! ¡el pedestal
No mantiene su escultura!
¿Qué es esto? ¿aquella figura
Fué creación de mi afán?**

ESCENA IV.

(El lloron y las flores de la izquierda del sepulcro de Doña Inés se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de Doña Inés.)

DON JUAN, LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

**Sombra. No; mi espíritu, Don Juan,
Te aguardó en mi sepultura.**

**Juan, de rodillas. ¡Doña Inés! Sombra
querida,**

**Alma de mi corazón,
¡No me quites la razón
Si me has de dejar la vida!
Si eres imagen fingida,
Solo hija de mi locura,
No aumentes mi desventura
Burlando mi loco afán.**

**Sombra. Yo soy Doña Inés, Don Juan,
Que te oyó en su sepultura.**

Juan. ¿Con que vives?

Sombra. Para tí;

Mas tengo mi purgatorio

**En ese mármol mortuorio
Que labraron para mí.
Yo á Dios mi alma ofrecí
En precio de tu alma impura,
Y Dios, al ver la ternura
Con que te amaba mi afán,
Me dijo: — « Espera á Don Juan
« En tu misma sepultura.**

**« Y pues quieres ser tan fiel
« A un amor de Satanás,
« Con Don Juan te salvarás,
« O te perderás con él.
« Por él vela: mas si cruel
« Te desprecia tu ternura,
« Y en su torpeza y locura
« Sigue con bárbaro afán,
« Llévete tu alma Don Juan
« De tu misma sepultura. »
**Juan, fascinado. ¡Yo estoy soñando quizás
Con las sombras de un Eden!****

**Sombra. No: y ve que si piensas bien
A tu lado me tendrás;
Mas si obras mal causarás
Nuestra eterna desventura.
Y medita con cordura
Que es esta noche, Don Juan,
El espacio que nos dan
Para buscar sepultura.**

**A Dios pues; y en la árdua lucha
En que va á entrar tu existencia,
De tu dormida conciencia
La voz que va alzarse escucha;
Porque es de importancia mucha
Meditar con sumo tiento
La eleccion de aquel momento
Que sin poder evadirnos
Al mal ó al bien ha de abrirnos
La losa del monumento.**

(Ciérrase la apariencia; desaparece Doña Inés, y todo queda como al principio del acto, menos la estátua de Doña Inés, que no vuelve á su lugar. Don Juan queda atónito.)

ESCENA V.

DON JUAN.

**¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?
¡Hasta los muertos así
Dejan sus tumbas por mí!
Mas sombra, delirio fué.
Yo en mi mente le forjé;
La imaginacion le dió
La forma en que se mostró,
Y ciego vine á creer
En la realidad de un sér
Que mi mente fabricó.**

Mas nunca de modo tal
Fanatizó mi razon
Mi loca imaginacion
Con su poder ideal.
Si, algo sobrenatural
Vi en aquella Doña Inés
Tan vaporosa á través
Aun de esa enramada espesa;
Mas... ¡ bah! circunstancia es esa
Que propia de sombras es.

¿Qué mas diáfano y sutil
Que las quimeras de un sueño?
¿Dónde hay nada mas risueño,
Mas flexible y mas gentil?
¿Y no pasa veces mil
Que en febril exaltacion
Ve nuestra imaginacion
Como sér y realidad
La vacia vanidad
De una anhelada ilusion?

¡ Si por Dios, delirio fué!
Mas su estatua estaba aquí.
Si, yo la vi y la toqué,
Y aun en albricias le di
Al escultor no sé qué.
¡Y ahora solo el pedestal
Veo en la urna funeral!
¡Cielos! la mente me falta,
O de improviso me asalta
Algun vértigo infernal.

¿Qué dijo aquella vision?
¡Oh! yo la oi claramente,
Y su voz triste y doliente
Resonó en mi corazon.
¡Ah! ¡y breves las horas son
Del plazo que nos augura!
No, no : ¡de mi calentura
Delirio insensato es!
Mi fiebre fué á Doña Inés
Quien abrió la sepultura.

¡Pasad y desvaneced,
Pasad, siniestros vapores
De mis perdidos amores
Y mis fallidos deseos!
¡Pasad, vanos devaneos
De un amor muerto al nacer,
No me volvais á traer
Entre vuestro torbellino
Ese fantasma divino
Que recuerda una muger!
¡Ah! ¡estos sueños me aniquilan,
Mi cerebro se enloquece...
Y esos mármoles parece
Que estremecidos vacilan!

(*Las estatuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza hácia él.*)

Si, si : ¡sus bustos oscilan,
Su vago contorno medra...!

Pero Don Juan no se arredra :
¡Alzaos, fantasmas vanos,
Y os volveré con mis manos
A vuestros lechos de piedra!
No, no me causan pavor
Vuestros semblantes esquivos;
Jamás ni muertos ni vivos
Humillareis mi valor.
Yo soy vuestro matador
Como al mundo es bien notorio;
Si en vuestro alcázar mortuorio
Me aprestais venganza fiera,
Daos prisa, aqui os espera
Otra vez Don Juan Tenorio.

ESCENA VI.

DON JUAN, EL CAPITAN CENTELLAS,
AVELLANEDA.

Cent., dentro. ¿Don Juan Tenorio?
Juan, volviendo en sí. ¿Qué es eso?

¿Quién me repite mi nombre?

Avell., saliendo. ¿Veis á alguien?

(*A Centellas.*)

Cent., idem. Sí, allí hay un hombre.

Juan. ¿Quién va?

Avell. El es.

Cent., yéndose á Don Juan. Yo pierdo
el seso

Con la alegría. ¡Don Juan!

Avell. ¡Señor Tenorio!

Juan. ¡Apartaos,

Vanas sombras!

Cent. Reportaos,
Señor Don Juan... los que están
En vuestra presencia ahora
No son sombras, hombres son,
Y hombres cuyo corazon
Vuestra amistad atesora.
A la luz de las estrellas
Os hemos reconocido,
Y un abrazo hemos venido
A daros.

Juan. Gracias, Centellas.

Cent. Mas ¿qué teneis? ¡por mi vida
Que os tiembla el brazo, y está
Vuestra faz descolorida!

Juan, recobrando su aplomo. La luna
tal vez lo hará.

Avell. Mas, Don Juan, ¿qué haceis aqui?

¿Este sitio conocéis?

Juan. ¿No es un panteon?

Cent. ¿Y sabéis

A quien pertenece?

Juan. A mí :

Mirad á mi alrededor,
Y no vereis mas que amigos

De mi niñez, ó testigos
De mi audacia y mi valor.

Cent. Pero os oímos hablar :
¿Con quién estábais?

Juan. Con ellos.

Cent. ¿Venís aun á escarnecellos?

Juan. No, los vengo á visitar.
Mas un vértigo insensato
Que la mente me asaltó
Un momento me turbó;
Y á fé que me dió mal rato.
Esos fantasmas de piedra
Me amenazaban tan fieros,
Que á mí acercado á no haberos
Pronto...

Cent. ¡Já! ¡já! ¡já! ¿Os arredra,
Don Juan, como á los villanos
El temor de los difuntos?

Juan. No á fé; contra todos juntos
Tengo aliento y tengo manos.
Si volvieran á salir
De las tumbas en que están,
A las manos de Don Juan
Volverían á morir.
Y desde aquí en adelante
Sabed, señor capitán,
Que yo soy siempre Don Juan,
Y no hay cosa que me espante.
Un vapor calenturiento
Un punto me fascinó,
Centellas, mas ya pasó :
Cualquiera duda un momento.

Avell. y Cent. Es verdad.

Juan. Vámonos de aquí.

Cent. Vamos, y nos contareis
Cómo á Sevilla volveis
Tercera vez.

Juan. Lo haré así,
Si mi historia os interesa :
Y á fé que oirse merece,
Aunque mejor me parece
Que la oigais de sobremesa.
¿No opináis...?

Avell. y Cent. Como gustéis.

Juan. Pues bien : cenareis conmigo
Y en mi casa.

Cent. Pero digo,
¿Es cosa de que dejéis
Algun huésped por nosotros?
¿No teneis gato encerrado?

Juan. ¡Bah! si apenas he llegado :
No habrá allí mas que vosotros
Esta noche.

Cent. ¿Y no hay tapada
A quien algun planton demos?

Juan. Los tres solos cenaremos

Digo, si de esta jornada
No quiere igualmente ser
Alguno de estos.

(Señalando á las estatuas de los sepulcr

Cent. Don Juan,
Dejad tranquilos yacer
A los que con Dios están.

Juan. ¡Hola! ¿Parece que vos
Sois ahora el que temeis,
Y mala cara poneis
A los muertos? Mas ¡por Dios
Que ya que de mí os burlásteis
Cuando me visteis así,
En lo que penda de mí
Os mostraré cuánto errásteis!
Por mí pues no ha de quedar :
Y á poder ser, estad ciertos
Que cenareis con los muertos,
Y os los voy á convidar.

Avell. Dejaos de esas quimeras.

Juan. ¿Duda en mi valor ponerme,
Cuando hombre soy para hacerme
Platos de sus calaveras?
Yo á nada tengo pavor.

(Dirigiéndose á la estatua de Don Gonzalo, que es la que tiene mas cerca.)

Tú eres el mas ofendido ;
Mas si quieréis, te convido
A cenar, comendador.
Que no lo puedas hacer
Creo, y es lo que me pesa ;
Mas por mi parte en la mesa
Te haré un cubierto poner.
Y á fé que favor me harás,
Pues podré saber de tí
Si hay mas mundo que el de aquí,
Y otra vida, en que jamás
A decir verdad creí.

Cent. Don Juan, eso no es valor ;
Locura, delirio es.

Juan. Como lo juzgueis mejor :
Yo cumplo así. Vamos pues.
Lo dicho, comendador.

ACTO SEGUNDO.

LA ESTATUA DE DON GONZALO.

Aposento de Don Juan Tenorio. — Dos puertas en el fondo á derecha é izquierda preparadas para el juego escénico del acto. Otra puerta en el bastidor que cierra la decoracion por la izquierda. Ventana en el de la derecha. — Al alzarse el telon están sentados á la mesa Don Juan, Centellas y Avellaneda. La mesa ricamente servida, el mantel cogido con guirnaldas de flores, etc. En frente del espectador Don Juan, y á su izquierda Avellaneda ; en el lado izquierdo de la mesa Centellas, y en el de en frente de este una silla y un cubierto desocupados.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EL CAPITAN CENTELLAS,
AVELLANEDA, CIUTTI, UN PAGE.

Juan. Tal es mi historia, señores :
Pagado de mi valor,

Quiso el mismo emperador
Dispensarme sus favores.

Y aunque oyó mi historia entera,

Dijo : « Hombre de tanto brio

Merece el amparo mio ;

Vuelva á España cuando quiera. »

Y héme aquí en Sevilla ya.

Cent. ¡ Y con qué lujo y riqueza !

Juan. Siempre vive con grandeza

Quien hecho á grandeza está.

Cent. A vuestra vuelta.

Juan. Behamos.

Cent. Lo que no acierto á creer

Es cómo, llegando ayer,

Ya establecido os hallamos.

Juan. Fué el adquirirme, señores,

Tal casa con tal boato,

Porque se vendió á barato

Para pago de acreedores.

Y como al llegar aquí

Desheredado me hallé,

Tal como está la compré.

Cent. ¿ Amueblada y todo ?

Juan. Sí.

Un necio que se arruinó

Por una muger, vendióla.

Cent. ¿ Y vendió la hacienda sola ?

Juan. Y el alma al diablo.

Cent. ¿ Murió ?

Juan. De repente : y la justicia,

Que iba á hacer de cualquier modo

Pronto despacho de todo,

Viendo que yo su codicia

Saciaba, pues los dineros

Ofrecia dar al punto,

Cedióme el caudal por junto

Y estafó á los usureros.

Cent. Y la muger ¿ qué fué de ella ?

Juan. Un escribano la pista

La siguió, pero fué lista

Y escapó.

Cent. ¿ Moza ?

Juan. Y muy bella.

Cent. Entrar hubiera debido

En los muebles de la casa.

Juan. Don Juan Tenorio no pasa

Moneda que se ha perdido.

Casa y bodega he comprado,

Dos cosas que, no os asombre,

Pueden bien hacer á un hombre

Vivir siempre acompañado ;

Como lo puede mostrar

Vuestra agradable presencia,

Que espero que con frecuencia

Me hagais ambos disfrutar.

Cent. Y nos hareis honra inmensa.

Juan. Y á mí vos. ¡ Ciutti !

Ciut.

¿ Señor ?

Juan. Pon vino al comendador.

(Señalando el vaso del puesto vacto.)

Avell. Don Juan, ¿ aun en eso piensa

Vuestra locura ?

Juan. ¡ Si á fé !

Que si él no puede venir,

De mi no podreis decir

Que en ausencia no le honré.

Cent. ¡ Já, já, já ! Señor Tenorio,

Creo que vuestra cabeza

Va menguando en fortaleza.

Juan. Fuera en mi contradictorio,

Y ajeno de mi hidalguía

A un amigo convidar

Y no guardarle el lugar

Mientras que llegar podría.

Tal ha sido mi costumbre

Siempre, y siempre ha de ser esa ;

Y el mirar sin él la mesa

Me da en verdad pesadumbre.

Porque si el comendador

Es, difunto, tan tenaz

Como vivo, es muy capaz

De seguirnos el humor.

Cent. Brindemos á su memoria,

Y mas en él no pensemos.

Juan. Sea.

Cent. Brindemos.

Avell. y Juan. Brindemos.

Cent. A que Dios le dé su gloria.

Juan. Mas yo que no creo que haya

Mas gloria que esta mortal,

No hago mucho en brindis tal,

Mas por complaceros, ¡ vaya !

Y briado á que Dios te dé

La gloria, comendador.

(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado en la puerta de la calle.)

Mas ¿ llamaron ?

Ciut. Sí, señor.

Juan. Ve quién.

Ciut., asomando por la ventana. A nadie se ve.

¿ Quién va allá ? Nadie responde.

Cent. Algun chusco.

Avell. Algun menguado

Que al pasar habrá llamado

Sin mirar siquiera dónde.

Juan, á Ciutti. Pues cierra y sirve licor.

(Llaman otra vez mas recio.)

Mas ¿llamaron otra vez?

Ciut. Sí.

Juan. Vuelve á mirar.

Ciut. ¡Pardiez!

A nadie veo, señor.

Juan. ¡Pues por Dios que del bromazo

Quién es no se ha de alabar!

Ciutti, si vuelve á llamar

Suéltale un pistoletazo.

(Llaman otra vez, y se oye un poco mas cerca.)

¿Otra vez?

Ciut. ¡Cielos!

Avell. y Cent. ¿Qué pasa?

Ciut. Que esa aldabada postrera

Ha sonado en la escalera,

No en la puerta de la casa.

Avell. y Cent. ¿Qué dices?

(Levantándose asombrados.)

Ciut. Lo cierto digo,

Nada mas : dentro han llamado

De la casa.

Juan. ¿Qué os ha dado?

¿Pensais ya que sea el muerto?

Mis armas cargué con bala :

Ciutti, sal á ver quién es.

(Vuelven á llamar mas cerca.)

Avell. ¿Oísteis?

Ciut. ¡Por san Ginés,

Que eso ha sido en la antesala!

Juan. ¡Ah! ya lo entiendo; me habeis

Vosotros mismos dispuesto

Esta comedia, supuesto

Que lo del muerto sabeis.

Avell. Yo os juro, Don Juan...

Cent. Y yo.

Juan. ¡Bah! Diera en ello el mas topo :

Y apuesto á que ese galopo

Los medios para ello os dió.

Avell. Señor Don Juan, escondido

Algún misterio hay aquí.

(Vuelven á llamar mas cerca.)

Cent. ¡Llamaron otra vez!

Ciut. Sí;

Y ya en el salon ha sido.

Juan. ¡Ya! mis llaves en manojo

Habreis dado á la fantasma,

Y que entre así no me pasma;

Mas no saldrá á vuestro antojo,

Ni me han de impedir cenar

Vuestras farsas desdichadas.

(Se levanta, y corre los cerrojos de las puertas del fondo, volviendo á su lugar.)

Ya están las puertas cerradas :

Ahora el coco para entrar

Tendrá que echarlas al suelo,

Y en el punto que lo intente

Que con los muertos se cuenta,

Y apele despues al cielo.

Cent. ¡Qué diablos! teneis razon.

Juan. ¿Pues no temblábais?

Cent. Confieso

Que en tanto que no dí en eso

Tuve un poco de aprension.

Juan. ¿Declarais pues vuestro enredo?

Avell. Por mi parte nada sé.

Cent. Ni yo.

Juan. Pues yo volveré

Contra el inventor el miedo.

Mas sigamos con la cena ;

Vuelva cada uno á su puesto,

Que luego sabremos de esto.

Avell. Teneis razon.

Juan, sirviendo á Centellas. Cariñena :

Sé que os gusta, capitan.

Cent. Como que somos paisanos.

Juan, á Avellaneda, sirviéndole de otra botella. Jerez á los sevillanos,

Don Rafael.

Avell. Habeis, Don Juan,

Dado á entrambos por el gusto ;

¿Mas con cuál brindareis vos?

Juan. Yo haré justicia á los dos.

Cent. Vos siempre estais en lo justo.

Juan. Sí, á fé; bebamos.

Avell. y Cent. Bebamos.

(Llaman á la misma puerta de la escena, fondo, derecha.)

Juan. Pesada me es ya la broma,

Mas veremos quién asoma

Mientras en la mesa estamos.

(A Ciutti; que se manifiesta asombrado.)

¿Y qué haces tú ahí, bergante?

¡Listo! Trae otro manjar : *(Vase Ciutti.)*

Mas me ocurre en este instante

Que nos podemos mofar

De los de afuera invitádoles

A probar su sutileza,

Entrándose hasta esta pieza

Y sus puertas no franqueádoles.

Avell. Bien dicho.

Cent. Idea brillante.

(Llaman fuerte, fondo, derecha.)

Juan. ¡Señores! ¿á qué llamar?

Los muertos se han de filtrar

Por la pared; adelante.

(La estatua de Don Gonzalo pasa por la puerta sin abrirla, y sin hacer ruido.)

ESCENA II.

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA,
LA ESTATUA DE DON GONZALO.

Cent. ¡Jesus!

Avell. ¡Dios mío!

ACTO SEGUNDO.

Juan. ¡Qué es esto!

Avell. Yo desfallezco. *(Cae desvanecido.)*

Cent. Yo espiro. *(Cae lo mismo.)*

Juan. ¡Es realidad, ó delirio!

Es su figura... su gesto.

Estátua. ¿Porqué te causa pavor
Quien convidado á tu mesa
Viene por tí?

Juan. ¡Dios! ¿no es esa
La voz del comendador?

Estátua. Siempre supuse que aquí
No me habías de esperar.

Juan. Mientes, porque hice arrimar
Esa silla para tí.

Llega pues para que veas
Que aunque dude en un extremo
De sorpresa, no te temo,
Aunque el mismo Ulloa seas.

Estátua. ¿Aun lo dudas?

Juan. No lo sé.

Estátua. Pon, si quieres, hombre impio,
Tu mano en el mármol frio
De mi estátua.

Juan. ¿Para qué?

Me basta oírlo de tí:
Cenemos pues; mas te advierto...

Estátua. ¿Qué?

Juan. Que, si no eres el muerto,
Lo vas á salir de aquí.

¡Eh! alzado. *(A Centellas y Avellaneda.)*

Estátua. No pienses, no,
Que se levanten, Don Juan;
Porque en sí no volverán
Hasta que me ausente yo.
Que la divina clemencia
Del Señor para contigo,
No requiere mas testigo
Que tu juicio y tu conciencia.
Al sacrilego convite
Que me has hecho en el panteon,
Para alumbrar tu razon
Dios asistir me permite.
Y héme que vengo en su nombre
A enseñarte la verdad;
Y es: que hay una eternidad
Tras de la vida del hombre.
Que numerados están
Los días que ha de vivir,
Y que tienes que morir
Mañana mismo, Don Juan.
Mas como esto que á tus ojos
Está pasando supones
Ser de alma aberraciones
Y de la aprension antojos,
Dios en su santa clemencia
Te concede todavía,
Don Juan, hasta el nuevo dia
Para ordenar tu conciencia.

Y su justicia infinita
Porque conozcas mejor,
Espero de tu valor
Que me pagues la visita.
¿Irás, Don Juan?

Juan. Iré, sí;
Mas me quiero convencer
De lo vago de tu sér
Antes que salgas de aquí.

(Coge una pistola.)

Estátua. Tu necio orgullo delira,
Don Juan: los hierros mas gruesos
Y los muros mas espesos
Se abren á mi paso: mira.
(Desaparece la estátua sumiéndose por la pared.)

ESCENA III.

DON JUAN, AVELLANEDA, CENTELLAS.

Juan. ¡Cielos! ¡su esencia se trueca
El muro hasta penetrar
Cual mancha de agua que seca
El ardor canicular!
¿No me dijo: « El mármol toca
De mi estátua? » ¿Cómo pues
Se desvanece una roca?
¡Imposible! ilusión es.
Acaso su antiguo dueño
Mis cubas envenené,
Y el licor tan vano ensueño
En mi mente levantó.
¿Mas si estas que sombras creo
Espiritus reales son,
Que por celestial empleo
Llaman á mi corazon!
Entonces para que iguale
Su penitencia Don Juan
Con sus delitos, ¿qué vale
El plazo ruin que le dan?
¡Dios me da tan solo un dia...!
Si fuese Dios en verdad,
A mas distancia pondria
Su aviso y mi eternidad.
« Piensa bien que al lado tuyo
Me tendrás... » Dijo de Inés
La sombra, y si bien arguyo,
Pues no la veo, sueño es.
(Trasparentase en la pared la sombra de Doña Inés.)

ESCENA IV.

DON JUAN, LA SOMBRA DE DOÑA INES;
CENTELLAS Y AVELLANEDA, DORMIDOS.

Sombra. Aquí estoy.

porque tienen mis alientos
Su mejor prueba en ser míos.

Avell. y Cent. Veamos.

(Ponen mano á las espadas.)

Juan. Poned á tasa

Vuestra furia, y vamos fuera,
No piense despues cualquiera
Que os asesiné en mi casa.

Avell. Decis bien... mas somos dos.

Cent. Reñiremos, si os fiáis,

El uno del otro en pos.

Juan. O los dos, como queráis.

Cent. ¡Villano fuera por Dios!

Elegid uno, Don Juan,

Por primero.

Juan. Sedlo vos.

Cent. Vamos.

Juan. Vamos, capitán.

ACTO TERCERO.

MISERICORDIA DE DIOS, Y APOTEOSIS DEL AMOR.

Panteon de la familia Tenorio.—Como estaba en el acto primero de la segunda parte, menos las estatuas de Doña Inés y de Don Gonzalo, que no están en su lugar.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EMBOZADO Y DISTRAIDO, ENTRA
EN LA ESCENA LENTAMENTE.

Culpa mía no fué : delirio insano
Me enajenó la mente acalorada.
Necesitaba víctimas mi mano
Que inmolar á mi fé desesperada,
Y al verlos en mitad de mi camino
Presas les hice allí de mi locura.
¡No fui yo, vive Dios! ¡fué su destino!
Sabían mi destreza y mi ventura.
¡Oh! arrebatado el corazón me siento
Por vértigo infernal... mi alma perdida
Va cruzando el desierto de la vida
Cual hoja seca que arrebatada el viento.
Dudo... temo... vacilo... en mi cabeza
Siento arder un volcan... muevo la planta
Sin voluntad, y humilla mi grandeza
Un no sé qué de grande que me espanta.

(Un momento de pausa.)

¡Jamás mi orgullo concibió que hubiese
Nada mas que el valor...! Que se aniquila
El alma con el cuerpo cuando muere
Creí... mas hoy mi corazón vacila.
¡Jamás creí en fantasmas...! ¡desvaríos!
Mas del fantasma aquel, pese á mi aliento,
Los plés de piedra caminando siento

Por dó quiera que voy tras de los míos.
¡Oh! y me trae á este sitio irresistible
Misterioso poder...

(Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal la estátua de Don Gonzalo.)

¡Pero qué veo!

¡Falta de allí su estátua...! sueño horrible,
Déjame de una vez... no, no te creo.

Sal, huye de mi mente fascinada,
Fatídica ilusion... estás en vano

Con pueriles asombros empeñada
En agotar mi aliento sobrehumano.

Si todo es ilusion, mentido sueño,
Nadie me ha de aterrar con trampantojos:

Si es realidad, querer es necio empeño

Aplacar de los cielos los enojos.

No : sueño ó realidad, del todo anhelo

Vencerle ó que me venza ; y si piadoso

Busca tal vez mi corazón el cielo,

Que le busque mas franco y generoso.

La esfige de esa tumba me ha invitado

A venir á buscar prueba mas cierta

De la verdad en que dudé obstinado...

Héme aquí pues : comendador, despierta.

(Llama al sepulcro del comendador.—Este sepulcro se cambia en una mesa que parodia horriblemente la mesa en que cenaron en el acto anterior Don Juan, Centellas y Avellaneda.—En vez de las guirnaldas que cogian en pabellones sus manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego, etc. (A gusto del pintor.) Encima de esta mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un rollo de arena.—Al cambiarse este sepulcro, todos los demas se abren y dejan paso á las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios.—Sombras, espectros y espíritus pueblan el fondo de la escena.—La tumba de Doña Inés permanece.)

ESCENA II.

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO,
LAS SOMBRAS.

Estátua. Aquí me tienes, Don Juan,
Y hé aquí que vienen conmigo
Los que tu eterno castigo
De Dios reclamando están.

Juan. ¡Jesus!

Estátua. ¿Y de qué te alteras
Si nada hay que á tí te asombre,
Y para hacerte eres hombre
Platos con sus calaveras?

Juan.

Estátua. Qué, ¿el corazón
Te desmaya?

Juan. No lo sé;
Concibo que me engañé;
No son sueños... ¡ellos son!
(*Mirando á los espectros.*)

Pavor jamás conocido
El alma fiera me asalta,
Y aunque el valor no me falta,
Me va faltando el sentido.

Estátua. Eso es, Don Juan, que se va
Concluyendo tu existencia,
Y el plazo de tu sentencia
Está cumpliéndose ya.

Juan. ¡Qué dices!

Estátua. Lo que hace poco
Que Doña Inés te avisó,
Lo que te he avisado yo,
Y lo que olvidaste loco.

Mas el festín que me has dado
Debo volverte, y así

Llega, Don Juan, que yo aquí
Cubierto te he preparado.

Juan. ¿Y qué es lo que ahí me das?

Estátua. Aquí fuego, allí ceniza.

Juan. El cabello se me eriza.

Estátua. Te doy lo que tú serás.

Juan. ¡Fuego y ceniza he de ser!

Estátua. Cual los que ves en redor :
En eso pára el valor,
La juventud y el poder.

Juan. Ceniza bien, ¡pero fuego!

Estátua. El de la ira omnipotente,
Dó arderás eternamente
Por tu desenfreno ciego.

Juan. ¿Con que hay otra vida mas

Y otro mundo que el de aquí?

¿Con que es verdad ¡ay de mí!

Lo que no creí jamás?

¡Fatal verdad que me hiela

La sangre en el corazón!

Verdad que mi perdición

Solamente me revela.

¿Y ese reló?

Estátua. Es la medida
De tu tiempo.

Juan. ¡Espira ya!

Estátua. Sí : en cada grano se va
Un instante de tu vida.

Juan. ¿Y esos me quedan no mas?

Estátua. Sí.

Juan. ¡Injusto Dios! tu poder
Me haces ahora conocer
Cuando tiempo no me da
De arrepentirme.

Estátua. Don Juan,
Un punto de contrición
Da á un alma la salvación,

Y ese punto aun te le dan.

Juan. ¡Imposible! ¡en un momento
Borrar treinta años malditos
De crímenes y delitos!

Estátua. Aprovéchale con tiento,
(*Tocan á muerto.*)

Porque el plazo va á espirar
Y las campanas doblando
Por ti están, y están cavando
La fosa en que te han de echar.

(*Se oye á lo lejos el oficio de difuntos.*)

Juan. ¿Con que por mí doblan?

Estátua. Sí.

Juan. ¿Y esos cantos funerales?

Estátua. Los salmos penitenciales,
Que están cantando por ti.

(*Se ve pasar por la izquierda luz de
hachones, y rezan dentro.*)

Juan. ¿Y aquel entiero que pasa?

Estátua. Es el tuyo.

Juan. ¡Muerto yo!

Estátua. El capitán te mató
A la puerta de tu casa.

Juan. Tarde la luz de la fé

Penetra en mi corazón,

Pues crímenes mi razón

A su luz tan solo ve.

Los ve... y con horrible afán:

Porque al ver su multitud

Ve á Dios en la plenitud

De su ira contra Don Juan.

¡Ah! por dó quiera que fui

La razón atropellé,

La virtud escarnecí

Y á la justicia burlé,

Y emponzoñé cuanto ví.

Yo á las cabañas bajé,

Y á los palacios subí,

Y los claustros escalé;

Y pues tal mi vida fué,

No, no hay perdón para mí.

¡Mas ahí estáis todavía (*A los fantasmas.*)

Con quietud tan pertinaz!

Dejadme morir en paz

A solas con mi agonía.

Mas con esa horrenda calma

¿Qué me augurais, sombras fieras? —

¿Qué esperan de mí?

(*A la estatua de don Gonzalo.*)

Estátua. Que mueras

Para llevarse tu alma.

Y á Dios, Don Juan; ya tu vida

Toca á su fin, y pues vano

Todo fué, dame la mano

En señal de despedida.

Juan. ¿Muéstrame ahora amistad?

Estátua. Sí : que injusto fui contigo,
Dios me manda tu amigo

Volver á la eternidad.

Juan. Toma pues.

Estátua. Ahora, Don Juan,

Pues desperdicias también

El momento que te dan,

Conmigo al infierno ven.

Juan. ¡Aparta, piedra fingida!

Suelta, suéltame esa mano,

Que aun queda el último grano

En el reloj de mi vida.

Suéltala, que si es verdad

Que un punto de contrición

Da á un alma la salvación

De toda una eternidad,

Yo, santo Dios, creo en tí:

Si es mi maldad inaudita,

Tu piedad es infinita...

¡Señor, ten piedad de mí!

Estátua. Ya es tarde.

(Don Juan se hincó de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van á abalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de Doña Inés y aparece esta. Doña Inés toma la mano que Don Juan tiende al cielo.)

ESCENA III.

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO,
DOÑA INÉS, SOMBRAS, ETC.

Inés. ¡No! héme ya aquí,

Don Juan; mi mano asegura

Esta mano que á la altura

Tendió tu contrito afán,

Y Dios perdona á Don Juan

Al pié de mi sepultura.

Juan. ¡Dios clemente! ¡Doña Inés!

Inés. Fantasmas, desvaneceros:

Su fé nos salva... volveos

A vuestros sepulcros pues.

La voluntad de Dios es:

De mi alma con la amargura

Purifiqué su alma impura,

Y Dios concedió á mi afán

La salvación de Don Juan

Al pié de la sepultura.

Juan. ¡Inés de mi corazón!

Inés. Yo mi alma he dado por tí,

Y Dios te otorga por mí

Tu dudosa salvación.

Misterio es que en comprensión

No cabe de criatura:

Y solo en vida más pura

Los justos comprenderán

Que el amor salvó á Don Juan

Al pié de la sepultura.

Cesad, cantos funerales:

(Cesa la música y salmodia.)

Callad, mortuorias campanas:

(Dejan de tocar á muerto.)

Ocupad, sombras livianas,

Vuestras urnas sepulcrales:

(Vuelven los esqueletos á sus tumbas, que se cierran.)

Volved á los pedestales,

Animadas esculturas

(Vuelven las estatuas á sus lugares.)

Y las celestes venturas

En que los justos están

Empiecen para Don Juan

En las mismas sepulturas.

(Las flores se abren y dan paso á varios angelitos que rodean á Doña Inés y á Don Juan, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al són de una música dulce y lejana se ilumina el teatro con luz de aurora. Doña Inés cae sobre un lecho de flores, que quedará á la vista, en lugar de su tumba, que desaparece.)

ESCENA ULTIMA.

DOÑA INÉS, DON JUAN, LOS ANGELES.

Juan. ¡Clemente Dios, gloria á tí!

Mañana á los sevillanos

Aterrará el creer que á manos

De mis víctimas caí.

Mas es justo: quede aquí

Al universo notorio

Que, pues me abre el purgatorio

Un punto de penitencia,

Es el Dios de la clemencia

El Dios de DON JUAN TENORIO.

(Cae Don Juan á los piés de Doña Inés y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al són de la música. Cae el telón.)

EL PUNAL DEL GODO,

DRAMA EN UN ACTO.

A MI BUEN AMIGO

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

A tí, que sabes la historia y origen de este juguete, y el escaso tiempo que se me dió para escribirle, te le dedico ahora que le doy á luz; porque escuchado con tu nombre serán acaso mejor disimulados los muchos defectos inherentes á una obra escrita por apuesta en determinado número de horas.

No atiendas pues á su poco valor, sino al buen recuerdo que con ella te consagra tu amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 20 de diciembre de 1842.

PERSONAS.

DON RODRIGO.

EL CONDE DON JULIAN.

TEUDIA, noble godo.

ROMANO, monge eremita.

La escena pasa en la soledad de Pederneira, monte de San Miguel, cerca de la ciudad de Viseo en Portugal, la noche del día 9 de setiembre de 719.

ACTO UNICO.

Interior de la cabaña ó ermita del monge Romano, sostenida en su centro por un pilar de madera ó tronco de árbol, á cuyo pié hay dos asientos. A la derecha una pequeña hoguera colocada bajo un respiradero que da salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta á la izquierda que da á otra habitacion que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá monte, al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telón se ve su claridad por las junturas, y se oye tronar á lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA.

EL MONGE ROMANO, A LA LUMBRE.

¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!
Y esta lumbre se me apaga...
¡Si está lloviznando hielo!
¡Cuán grande á Dios se concibe

En aquesta soledad!
¿De quién sino de *él* recibo
Su aliento la tempestad?
¿Cuyo es el terrible acento
Y el fulgor que centellea
Cuando zumba airado el viento
Y el zénit relampaguea?
¿Quién peñas y árboles hiende
Con la centella veloz
Como segador que tiende
Las espigas con su hoz?
¿Quién sino Dios, que se asienta
Sobre las nubes sereno.
Cuando en las nubes revienta
El fragor del ronco trueno?
Señor, que de las alturas
De tu omnipotencia ves
A tus pobres criaturas
Que se arrastran á tus piés
Deten, Dios bueno, tus iras,
Deten tu justo furor

Si justa saña respiras
 Contra la obra de tu amor.
 Pudiste en un punto hacerla,
 Y tu inmensa potestad
 Puede en otro deshacerla,
 Si tal es su voluntad;
 Mas considera, Dios mio,
 Que vas á igualar asi
 Al que te se aparta impío,
 Y al que se postra ante tí.

(Un momento de pausa.)

Mas tanto tardar me estraña,
 Y estoy temiendo por él...
 ¿Porqué deja la cabaña
 En una tarde tan cruel?
 ¡Válgame la Virgen Santa!
 Si á espesar la lluvia empieza,
 ¿Cómo con segura planta
 Podrá subir la aspereza
 De esa desigual garganta
 Por dó la senda endereza?
 ¡Infeliz! ¡cuánto en el mundo
 Lleva sin duda sufrido!
 ¡Cuánto es su dolor profundo,
 Y cuánto está arrepentido!
 Mas siento pasos... parece

(Abre y dice afuera.)

Que llega ya... entrad ligero,
 Que la tempestad acrece.

ESCENA II.

ROMANO; TEUDIA, EMBOZADO.

Teud. Gracias.

Rom. ¿Mas quién se guarece
 De esta choza?

Teud. Un caballero.
(Entra Teudia y se desemboza. Quedan mirándose un momento.)

Sorprendido os háis quedado.
 ¿Qué es lo que teneis, buen hombre?

Rom. ¿Y no quereis que me asombre
 De que hayais aquí llegado?

Teud. En verdad, que es aprension
 Tener, como una cigüeña,
 En la punta de esta peña
 Un hombre su habitacion.

Rom. Mis votos me retrajeron
 A esta triste soledad.

Teud. ¡Monge sois! Oh, perdonad
 Mis palabras si os pudieron
 Ofender.

Rom. No, en modo alguno.
 Acógime á esta montaña
 Sin creer que gente estraña
 Me hallara en tiempo ninguno.

Teud. Si os estorbo...

Rom., interrumpiéndole. ¡Aparte Dios
 Tal pensamiento de mí!
 Contento os tendré yo aquí
 Como esteis contento vos.

Teud. Yo estaré siempre contento,
 Que mil noches he pasado
 Peor acondicionado
 En mitad del campamento.

Rom. ¿Soldado sois?

Teud. Hélo sido;
 Porque salí de mi tierra.

Rom. ¿Os cansaba ya la guerra?

Teud. No, pero nos han vencido,
 Merced á infames traidores,
 Y evito la suerte huyendo
 De vivir esclavo siendo
 De mis fieros vencedores.

Rom. Mas huir...

Teud. Téngase, anciano:
 Contra ellos se alzó bandera

Y yo voy adonde quiera
 Que la defienda un cristiano.

Pero fatigado estoy:
 ¿Teneis algo que cenar?

Rom. Fruta seca os puedo dar:
 No es regalo.

Teud. Sóbrio soy.

*(Romano le pone delante algunas frutas
 y una vasija con agua. Teudia come
 y bebe.)*

Rom. Ea pues, tomad, sentaos.

Dadme la capa, os la cuelgo.

Teud. Que asi me tratéis me huelgo;
 Mas yo...

Rom. No, vos calentaos,

Que bien lo necesitais.

Teud. Buen viejo, por Dios que sí.

*(Romano mira á la parte de afuera,
 teniendo abierta la puerta.)*

Pero, ¿qué haceis ¡pese á mí!

Que esa puerta no cerrais?

¿No veis que empieza á llover
 Y el aire no hay quien resista?

Rom. Eso es lo que me contrista.

Teud. ¿Pues qué nos da que temer?

Rom. Nada: por un compañero
 Siento en verdad pesadumbre.

Teud. ¿Fuera está?

Rom. Sí.

Teud. Ya costumbre

Tendrá en ese ruin sendero.

Rom. ¡Ay infeliz! no lo sé.

Dios en sus piés ponga tino.

Teud. ¿Pues no conoce el camino?

Rom. No siempre.

Teud. Torpe es á fé.

Rom. Hablad de él con mas respeto,
 Que aunque es hoy bien desdichado

Hombre es que no fué criado
De invectivas para objeto.

Teud. Perdonad.

Rom. De ello no hablemos;
Sabedlo, que no es de mas.

Teud. Si es que me juzgais quizás

Util, descender podemos
A ayudarle.

Rom. No es preciso,
Que todo el auxilio humano
Le fuera ofrecido en vano;
Mas estemos sobre aviso.

(*Va á la puerta otra vez.*)

Teud. (¡ Si equivocado me habré
Y á caer habré venido
En la cueva de un bandido!
Veamos.) ¿ Buen viejo?

Rom., *volviendo á la escena.* ¿ Qué?

Teud. Yo, como soldado, soy
Algo hablador y curioso.
Decidme pues, si enojoso
Con mis preguntas no estoy :
Puesto que es un compañero
Ese hombre á quien aguardais,
¿ Porqué recelando estais
Que no dé con el sendero?

Rom. Porque es capaz por sí mismo,
Si su demencia le apura,
De abrirse la sepultura
En el fondo de ese abismo.

Teud. ¡ Jesus! ¿ la mente le falta?

Rom. De lo pasado el recuerdo
Le pone tan sin acuerdo,
Que algunas veces le asalta
Una fiebre tan cruel,
Un delirio tan insano,
Que no hallo remedio humano
Que pueda acabar con él.
Y aunque ó engañado estoy
O ningun acceso extraño
Le ha acometido hace un año,
Me temo que le dé hoy.

Teud. ¿ Y sabe de él la razon?

Rom. Guarda un silencio profundo
De lo que le hizo en el mundo
Tan íntima sensacion.

Teud. Picais mi curiosidad ;
De historia debe ser hombre.

Rom. Me ha callado hasta su nombre.

Teud. Padre, ¿ os burlais?

Rom. No en verdad :
Cinco años hace que vino
A demandarme asistencia
En una grave dolencia,
Y estuvo á morir vecino.
Mas sanó al fin, y tornar
No quiso al mundo otra vez,
Viviendo en esta estrechez

Con una vida ejemplar.

¡ Oh! si él su perdon no alcanza
Con vida tan penitente,
No sé quién sea el viviente
Que de ello tenga esperanza.

Teud. ¿ Mas no decís que está loco?

Rom. Dejóle su enfermedad
Estrema debilidad

Que hirió su cerebro un poco.
Y cuando en algun acceso
El desdichado no entra,
Es un hombre en quien se encuentra
Mucho valor, mucho seso ;
Mas cuando el mal le acomete,
¡ Oh! entonces es estremado.

Teud. ¿ Pero nunca os ha contado...?

Rom. Jamás; y si se le mete
Conversacion de su historia,
Segun que tiembla y se espanta,
Parece que se levanta
Un espectro en su memoria.

Teud. ¡ Es bravo caso á fé mia
Y que atencion me merece!

¿ Y en qué da cuando enloquece?

Rom. En una horrible mania.
Tiene consigo una daga
Que jamás del cinto quita,
Y dice que está maldita,
Y que á su existencia amaga;
Y en su demencia al entrar
Esclama con gran pavor :
« Con ese puñal traidor,
Con ese me ha de matar

Teud. ¡ Raro es por Dios! ¿ Y conviene
Con periodo ó dia alguno
Fijo su mal?

Rom. Hoy es uno ;
El mas terrible que tiene.

Teud. ¡ Hoy!

Rom. Por eso es mi recelo
Mayor.

Teud. ¿ Sabeis si ese hombre es
De esta tierra?

Rom. ¿ Portugués
Creo que no.

Teud. ¡ Por el cielo
Que á ser español podría
Su demencia comprender!

Rom. Pero ¿ qué tiene que ver
Ese mal con este dia?

Teud. ¡ Hoy es un dia de hiel,
De luto y baldon y saña
Para la infeliz España!
Y ¡ ay de quien fué causa de él!
Mas hablemos de otra cosa.
¿ Vos sois portugués?

Rom. Sí soy ;
Mas once años há que estoy

Morando aquí.

Teud. ¿Y no os acosa

El deseo de saber

Lo que por el mundo pasa?

Rom. Dióme el dolor tan sin tasa

Y con tal tasa el placer

Ese mundo que mentais,

Que los días de mis años

Conté en él por desengaños

Y huyo de él.

Teud. Y lo acertais.

Rom. Mas callad... oigo rumor

En la maleza. ¿Quién va?

Rod., dentro. Yo, hermano.

Teud. ¿Es él?

Rom. Aquí está.

ESCENA III.

ROMANO, TEUDIA; DON RODRIGO,
ENVUELTO EN UNA ESPECIE DE CLAMIDE
LARGA Y ENTRANDO DISTRAIDO COMO MEDI-
TANDO.

Rom. Me habiais puesto en temor.

(*A Don Rodrigo.*)

Rod. Gracias.

Rom. ¿Os perdisteis?

Rod. No.

Rom. ¿Visteis el nublado?

Rod. Sí.

Rom. ¿Y dónde ibais?

Rod. ¡Qué se yo!

Rom. Traeréis frío.

Rod. Así, así.

Rom. Calentaos pues.

Rod. Si haré.

(*Al acercarse al fuego ve á Teudia que escucha vuelto de espaldas á ellos.*)

Rod., aparte á Rom. ¿Pero quién con vos está?

Rom. Un viajero, que poco há

Llegó aquí.

Rod. ¿Quién es?

Rom. No sé.

Rod. No os fieis de ningún hombre.

La doblez y la traicion

Abriga en el corazon

El de mas prez y mas nombre.

Rom. Mas ved...

Rod. Yo sé lo que digo;

Preguntadle el suyo á ese,

Y verá, mal que le pese,

Si es amigo ó enemigo.

Rom. De nosotros ¿y porqué?

¿A quién jamás offendimos?

Rod. Todos, padre, delinquimos:

Ved de hablarle.

Rom. Sí qué haré.

Teud. (No me gusta ese misterio
Con que platican los dos.

Estaré alerta, por Dios,
Que puede ser lance serio)

(*Don Rodrigo va hácia el fuego, y aparta á Teudia para poner su banquillo.*)

Rod., á Teudia. Hacedos, buen hombre,
allá.

Teud. (Pues gasta gran cortesía.)

Rom., aparte á Teudia. Quiere ese sitio,
es manía.

Teu. I. Bien hace; en su casa está.

(Mas ahora que bien le miro,

No es esta la vez primera

Que he visto esa faz severa...

¡Gran Dios! ¡qué idea...! ¡eh! deliro.)

(*Un espacio de silencio.*)

Rom., á Teudia. Callado estais.

Teud. ¿Qué

quereis!

¿De qué os tengo yo de hablar?

Rom. ¿Una historia no sabeis
Que podernos relatar?

Teud. Sé tantas, que duraria

Mi relato un año entero:

Mas hoy mentarlas no quiero,

Que es para mi aciago día.

Rod., con viveza y aire sombrío. Tam-
bien para mi lo es.

Teud. (Id.) Y para todo español

Lo será mientras el sol

Alumbre.

Rod., agitado. Decidme, pues.

¿Con que es hoy un día aciago

Para España?

Teud. ¿Si por Dios!

Qué, ¿no ha llegado hasta vos

La noticia de ese estrago?

Rom., queriendo interrumpirle. En este
desierto hundidos...

Rod., interrumpiéndole. Dejadle, ¡pese á
mi estrella! (*A Romano.*)

Dejadle que me hable de ella

Aunque hiera mis oidos.

¿Habeis en España estado? (*A Teudia.*)

Teud. Bajo su cielo he nacido.

Rod. ¡Ay! nacer os ha cabido

En pais bien desdichado.

¿Qué pasa hoy en él?

Teud. ¿Qué pasa?

Presas es de gente salvaje

A quien rinde vasallage

Y que la asuela y la arrasa.

Por dar entrada en su pecho

A una venganza de amor,

Ha abierto un conde traidor

A los moros el estrecho.

Rod. Obró bien villanamente,
Sí; ¡tómele Dios en cuenta
A su rey tan torpe afrenta,
Tan gran traicion á su gente!

Teud. Dicen que audaz le ultrajó
En su hija el rey Don Rodrigo.

Rod. Mas si era el rey su enemigo
No lo era su reino, no.

Teud. Con moros hizo su flete,
Y hoy hace años que en Jerez
Se ahogó España de una vez
En el turbio Guadalete.

Rod. Sí, allí lo perdimos todo;
Debajo de su corriente
Yace vergonzosamente
La gloria del reino godo.
¡Maldito quien fué concordia
Con los árabes á hacer,
Y maldita la muger
Ocasión de la discordia!

Teud. ¡Sabeis esa historia!
Rod. Sí. *(Creciendo el interés en ambos.)*
Y me prensa el corazón.
Teud. También á mí.
Rod. Y con razón.
Teud. Sí, que su víctima fui.

Rod. Yo también.
Teud. ¿Sois vos de España?
Rod. Reservándose de repente y con sequedad. No lo sé.

Teud. Afanoso. Vos...
Rod. Basta ya.
Teud. No, que atenazando está

Mi memoria idea estraña...
Yo en Guadalete me hallé.

Rod. ¿Conmigo?
Teud. ¿Con vos? ¡Dios mío!

Hundirse le vi en el río
Y á ayudarle me arrojé,
Pero ya no le vi mas.

Rod. ¡Teudia!
Teud. ¿Señor? *(Queriendo arrodillarse.)*
Rod. ¡Alza, necio!

Del mundo soy ya desprecio.

Teud. Pero de Teudia jamás.
Rod. Padre, un escaso momento
Dejadnos solos.

Rom. á Teudia. Por Dios,
No le esciteis mucho vos.
Teud. Descuidad: de su contento

No son escesos estraños,
Que somos amigos viejos
Y de nuestra patria lejos
Nos vemos, tras largos años.
(Romano entra en el interior de la cabaña por la izquierda.)

ESCENA IV.

DON RODRIGO, TEUDIA. *(Lleve.)*

Rod. Háblame de mi España, Teudia
amigo,

Háblame de ella tú, que fuiste el solo
En quien traicion tan fea no halló abrigo,
En quien tu pobre rey no encontró dolo.
Dime, ¿conserva aun el pueblo hispano
Recuerdo alguno de la antigua gloria?
¿Qué piensa del vencido soberano?

Teudia. ¿qué sitio ocupa en su memoria?
Teud. No me lo preguntéis.

Rod. ¡Ah! te comprendo:
Me culpa solo á mí.

Teud. Sois el vencido.

Rod. Desengaño es á un rey duro y tremendo.

¿Con que solo me dan...?

Teud. Mengua ú olvido
Mas basta ya, que vuestro afán entiendo.
¿Y cómo os hallo aquí?

Rod. Triste es mi historia,
Teudia.

Teud. Y la mía.

Rod. Y yo ¿cómo te hallo

Teud. Huyendo de los moros.

Rod. ¿La victoria
Llevan?

Teud. Ya es nuestro pueblo su vasallo.

Rod. ¡Tierra infeliz!

Teud. Sí, á fé. Toda la ocupan
Esos infieles ya.

Rod. ¿Ya nada resta?

Teud. Un rincon en Asturias dó se agrupan

Los que escaparon de la lid funesta.

Rod. ¿Pero podrán allí...?

Teud. No pueden nada,
Por mas que de ira y de venganza rayo

Levantó su pendon con alma osada
Vuestro valiente primo Don Pelayo.

Rod. ¿Y mis nobles con él?

Teud. No, no hay ninguno
Rod. ¿Ninguno dices?

Teud. Perecieron todos
A manos de los moros uno á uno.

Rod. ¿Qué resta pues de los ilustres godos?

Teud. Vos y yo nada mas; porque no
cuento

Al que con vil traicion nos ha vendido.

Rod. ¿Aun vive Don Julian?

Teud. Para escarmiento

De los que á sus contrarios han servido.

Rod. ¡Vive! ¿y que es ora de él?

Teud. En una torre

Estuvo largo tiempo, mas con maña
Huyó de allí... Su estrella le socorre.

Rod. Sí, sí; mi estrella tan fatal á España.

¡Ay! bien mi corazón me lo decía :

¡Su estrella marcha con la estrella mía!

Teud. ¿Qué es lo que hablais, señor?

Rod. Es mi secreto.

No para tí, de mi amistad objeto.
Es agüero fatal que á fin terrible
De mi existencia el término ha sujeto.

Teud. ¡Y en agüeros creéis! es imposible.

Rod. Teudía, son los destinos celestiales
Inmutables, y es justo su castigo
Para los que han causado tantos males
En la tierra cual yo.

Teud. Soñais, os digo.

El noble osado que su suerte afronta
Hace cejar á su enemiga suerte
O halla tranquilidad segura y pronta
En el reposo de gloriosa muerte.
Eso es superstición.

Rod. Ya yo sabia

Que el necio mundo así lo llamaria.

¡Mas ¡ay! que es la verdad!

Teud. Y á ese villano...

Rod. El cielo, de los godos enemigo,
Para que acabe al fin, guarda su mano
Con todos de una vez dando conmigo.

Teud. ¡Ay si yo doy con él! En la frontera
Le perdí.

Rod. ¿Le seguías?

Teud. Desde el día

Que vi frente á las vuestras su bandera,
Vengar de ello juré á la patria mía.
Y de soldado suyo disfrazado,
De aventurero ya, ya de mendigo,
Fuí su sombra dó quier, dó quier he estado
De él en acecho y la traición conmigo.
Mas un poder oculto le defiende;
Jamás en ocasión hallarme pude.

Rod. En vano, sí, tu lealtad pretende
Que el cielo en ello vengador te ayude.

Teud. ¡Ay si me vuelvo á ver sobre su
huella!

¡Ay si algun día mi furor le alcanza!
No ha de valerle contra mí su estrella.
Será como él traidora mi venganza.

Rod. No, Teudía, es imposible... inútil
brio.

Oye, y esta conserva en tu memoria
Página triste de mi triste historia.
Al salir de las aguas de aquel río
Dó me vistes caer sin la victoria,
Y en cuya agua se hundió cuanto fué mio,
Abandoné el caballo y la armadura,
Cambié con un pastor mi vestidura,
Y con todo el pesar del vencimiento

Despechado me entré para la espesura
Cual de esperanzas ya, falto de aliento.
¡Cuánto, Teudía, sufrí! Triste, perdido,
De mi reino crucé por las llanuras
En hambre y soledad, como un bandido
Que huyendo de la ley camina á oscuras.

Era la hora en que la luz se hundia
Tras las montañas y la niebla densa
Por todo el ancho de la selva umbría
Iba tendiendo su cortina inmensa.

Con el cansancio y el temor y el duelo
Fiebre traidora me abrasaba ardiente,
Sin ver dónde acudir en aquel suelo
En que nunca tal vez habitó gente.
Cuanto con mas esfuerzos avanzaba,
Viendo si al llano por dó quier salia,
Mas la selva á mis pasos se cerraba,
Mas en la negra soledad me hundia.

Un vértigo infernal apoderóse
De mi alma... y sin luz, y sin camino,
A mi exaltada mente presentóse
Toda la realidad de mi destino.

Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
En mi raza estinguído el reino godo,
Sin esperanza, sin honor, sin nombre,
Perdido, Teudía, para siempre todo.

¡Cuán odioso me vi! Despavorido
A pedir empecé con grandes voces
Auxilio en el desierto, mas perdido
Fué mi acento en las ráfagas veloces
A espirar en los senos del espacio...
Y á impulso entonces del furor interno,
Maldiciendo mi estirpe y mi palacio,
Con sacrilega voz llamé al infierno.

Teud. ¡Cielos!

Rod. Y él me acudió : sulfúrea
lumbre

Rauda encendió relámpago brillante,
Y en mi pecho siniestra incertidumbre.
Sentí algo junto á mí, miré un instante,
Y á la sulfúrea luz, monge sombrío
A mi lado pasó, y á su presencia
Tembló mi corazón, cedió mi brio.
Pedile amparo, mas fatal sentencia
Me fulminó diciendo : « ¡Vaga, impío,
Que él, á quien deshonró tu incontinencia,
Vendrá de crimen y vergüenza lleno
Con tu mismo puñal á hendir tu seno! »
Dijo : y por entre la niebla arrebatado
Huyó el fantasma y me dejó aterrado.

Teud. Sueño vuestro, fantasma peregrino
Fué de la calentura abrasadora.

Rod. No, Teudía, voz de mi fatal destino.
Mientras ese hombre esté sobre la tierra,
Teudía, no hay para mí paz ni reposo,
Dó quiera el paso sin piedad me cierra
Ese espectro á mi raza peligroso.
Ves el puñal que cuelga en mi cintura,

Con él me ha de matar, es mi destino;
Teudia, no hay tierra para mí segura,
Ese hombre ha de bajar por mi camino.

Teud. ¡Y eso creéis...! Calládselo á la gente,

Y toleradme en paz esta franqueza.
Mas vuestra vida austera y penitente
Amenguó de vuestra alma la grandeza
Y amenguó la razon de vuestra mente.

Rod. Tiene en mi corazon sacro prestigio,
Teudia, te lo confieso, y me amedrenta
Aquella prediccion y aquel prodigio.

Teud. ¡Prodigio lo llamais! ¡Y no os afrenta

Tan vil supersticion?

Rod. Sea en buen hora,

Mas creo en ella; á ser fascinadora
De la mente aprension desapareciera
Con el tiempo; el ayuno y el cilicio
Arrancado á la mente se la hubiera.

Teud. La arrancara mejor trompa guerrera

Y de la lid revuelta el ejercicio.
Eso cumple mejor á vuestra raza,
En vez de esta cabaña y ese sayo,
La blanca tienda y la ferrada maza
Y el bruto cordobés hijo del rayo.
Sí, mientras viva Teudia y por amigo
Queráis tenerle, con bizarro alarde
Os dirá, de la paz siempre enemigo,
Que el noble que no lidia es un cobarde.

Rod. ¡Traidor!

Teud. ¡Hola! vuestra alma se despierta

A la voz del honor; así os queria:
Veo que aun vuestra sangre no está muerta
Y alienta el corazon con hidalgua.
Escuchadme, señor, y ved despacio
El peso y la razon de lo que os digo,
Que es mengua, sí, que quien nació en palacio

Aguarde con pavor á su enemigo.
Perdido estais, sin esperanza alguna,
No hay para vos ni fuerza ni derecho,
No hay para vos ni gente ni fortuna:
El moro vuestro ejército ha deshecho
Y atropelló á la cruz la media luna:
Mas hay un corazon en vuestro pecho
Que á vuestro antiguo honor cuentas de-

mande,

Y un corazon de rey debe ser grande.
Si á las manos morir es vuestro sino
De ese conde traidor que nos vendiera,
La mitad evitadle del camino
Tras él saliendo con audacia fiera.
Provocad con valor vuestro destino,
Con el traobaos en la lid postrera,
Y arrostrad ese sino que os espanta

Vuestro puñal hundiendo en su garganta.
Ya no tenéis ni ejércitos ni enseñas;
Mas os resta un amigo y un vasallo,
Y las lunas del mundo no son dueñas,
Ni es de la suerte irrevocable el fallo.
Dejad pues el misterio de estas breñas,
Asíos de una lanza y un caballo,
Y con caballo y lanza y yo escudero,
Si no podeis ser rey, sed caballero.

Rod. Basta, Teudia; ese bélico language
Cumple á los corazones bien nacidos,
Y en el mio despiertan el coraje
De tus fieras palabras los sonidos.
Sangre me pide mi sangriento ultraje,
Sangre mis tercios en Jerez vencidos.
Teudia, tienes razon, de cualquier modo
Morir me cumple cual monarca godo.
Sí, ya á mi olfato y mis oidos siento
Que trae el aura que las tiendas mece
El militar olor del campamento
Y el clamor de la lid que se embravece,
Y del clarin agudo el limpio acento
Que á los nobles caballos estremece;
Y esa guerrera y bárbara armonia
La prez me torna de la estirpe mia.
Indigna es de un monarca y de un guerrero
Esta debilidad que me avergüenza;
De mi supersticion reirme quiero,
No quiero, Teudia, que el pavor me venza.

Teud. Dos sendas hay, y por cualquiera os sigo;

Buscar al conde y perecer vengado,
O guareceros del pendon amigo
Y acabar con honor como soldado.

Rod. Cumple eso mas al corazon que abrigo:

Teudia, olvidémonos de lo pasado,
Y en la desgracia, de rencor ajenos,
Bajemos á la tumba de los buenos.
Esta arma vil que á mi existencia amaga
Quédese aquí despues de mi partida,

(Clava el puñal en el poste que sostiene la choza.)

Y quede en este tronco con mi daga
Enclavado el misterio de mi vida.
¿Dices que ha levantado en la montaña
Pendon un noble, de venganza rayo?
Pues bien, ¿qué hacemos en la tierra es-

traña?

¡Lejos de mí mi penitente sayo!
Vamos, Teudia, á lidiar por nuestra España
Y á triunfar ó caer con Don Pelayo:
No diga nunca el mundo venidero
Que ni supe ser rey, ni caballero,

Teud. ¡Ahora os conozco, vive Dios!

Rod. Mañana
Partiremos á Asturias.

Teud. Franco paso
Nos dará el Portugal que nos dió asilo.

Rod. Hasta mañana pues; duermo tranquilo.

Duerme, Teudia.

Teud. ¡Señor, velando acaso
Vais á quedar mi sueño!

Rod. Desde ahora
No hay de los dos segundo ni primero.

Teud. Señor...

Rod. Déjame solo hasta la aurora;
Pues no soy mas que un pobre aventurero,
Scré en vez de tu rey tu compañero.

(Vase Teudia al aposento contiguo de la izquierda.)

ESCENA V.

DON RODRIGO.

Bien dice ese leal. Mas vale al cabo
Caer en una lid por causa estraña,
Que de servil supersticion esclavo
Llorar imbécil la perdida España.
Saldré otra vez al agitado mundo
Con mi contraria suerte por herencia,
Velando en el misterio mas profundo
El secreto fatal de mi existencia.
Nada soy, nada tengo, nada espero;
Encerrado desde hoy en mi armadura,
Seré en mi propia causa aventurero
Sin esperar jamás prez ni ventura.
Mas al caer lidiando en la campaña
Al pueblo diga mi sangrienta huella:
« Ved, si no supo defender á España,
Supo á lo menos sucumbir por ella. »
Mas ¡ay triste de mí! mi pueblo mismo
Que me tiene en horror, con frío encono
Me verá descender hácia el abismo
Como me ha visto descender del trono.
Sí, aplaudiendo tal vez mi sino adverso...
Y todo es obra tuya ¡conde infame!
Por tí desprecio soy del universo:
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.
(Viendo el puñal.)

¡Mas, Dios santo, ahí estás! hújeme, aparta,
Sueño fascinador, que esquivo en vano.
Nunca de sangre de los godos harta
Esta daga fatal busca una mano.
La de uno de ambos... tigre vengativo,
Sér exterminador de mi familia,
Uno solo de entrambos quede vivo,
Veamos el infierno á quién auxilia.
Mi razon, mi creencia lo repele;
Mas nunca echar de mí puedo esta idea;
Ese dia fatal ¡oh infierno! impele,
Traénosle de una vez y pronto sea.
Vértigo horrible el corazon me acosa,

Sed de su sangre el corazon me irrita..

¡O huye por siempre, pesadilla odiosa,
O ante mis ojos ven, sombra precita!
*(Abrese la puerta con ímpetu, y al par
que ilumina el fondo un relámpago
entra en la escena el conde Don Ju-
lian.)*

ESCENA VI.

DON RODRIGO, EL CONDE.

Conde. Gracias al diablo que llegué á la
cumbre.

Rod. ¿Quién es? ¿dó va? ¿qué busca?
¿quién le traé?

Conde. ¡Rápido preguntar! mas si es
costumbre

Oíd. Un hombre, á Portugal, y lumbre
Para secarme del turbion que caé.

¿Hay mas que preguntar?

Rod. Mal humor gasta

Conde. Lo mismo que pregunta le re-
pondo.

¿Tiene algo que cenar?

Rod. Nada.

Conde. Pues basta.

La cuestion por mi parte ha dado fondo.

(Se sienta con calma á la lumbre.)

Rod. Desatento venís donde os alojan.

Conde. Pues sin brindarme vos yo me
aparezco,

Y esos nublados hasta aquí me arrojan,
Ni vos me la ofrecéis ni os la agradezco.

Rod. ¡Me obliga por mi fé la cortesía
Mas no soy hombre que á sufrir me avengo
Razones de tamaña altanería.

Conde. Tampoco yo, que despedido vengo
Y harto estoy de la vida.

Rod. Y yo lo mismo.

Conde. Yo tras la muerte con deseo insano
Debo partir mañana muy temprano.

Rod. Y yo tambien.

Conde. ¿Y adónde?

Rod. A España.

Conde. De ella

Vengo.

Rod. ¿Sois de ella?

Conde. Por desdicha mia.

Rod. Cúpome á mi tambien tan mala es-
trela.

Conde. Que la mia peor nunca seria.

Rod. Puede que sí.

Conde. Lo dudo.

Rod. Allí he perdido

Cuanto amé.

Conde. Yo tambien.

Rod. Padres, hermanos...

Conde. Yo tambien.

Rod. Mis amigos me han vendido.

Conde. También á mí.

Rod. Fui mofa á los villanos.

Conde. También yo

Rod. Y el honor de mis blasones

Ultrajó un hombre vil.

Conde. Y otro los míos.

Rod. Yo he tenido que huir.

Conde. Como ladrones

Nos desbandamos sin poder ni bríos

Mis soldados y yo. Todos ingratos

Me han sido á mí.

Rod. Y á mí todos traidores.

Conde. Nada espero.

Rod. Ni yo. Mas pienso á ratos

En venganzas horribles.

Conde. No mayores

Que las mías serán.

Rod. ¡Oh! Sí. Son tales

Que vértigos terribles me producen.

Conde. Los míos á la rabia son iguales.

Rod. Y los míos á España me conducen

Nada mas que á morir.

Conde. Y á mí lo mismo :

Voy á buscar un hombre á quien detesto,

Y ante uno de los dos se abre el abismo.

Rod. Yo busco á otro hombre para mi

funesto,

Y guardo ese puñal de mi familia

Que del uno es el fin de todos modos.

(*El conde lo mira y lo reconoce. Esto depende de los actores.*)

Conde. ¿Es tuyo ese puñal?

Rod. Sí.

Conde. ¡Dios me auxilia!

Ese hierro es la muerte de los godos.

Rod. Godo soy.

Conde. Yo tambien, mas su enemigo.

Rod. ¿Quién hará de ello ante mi vista alarde?

Conde. ¡Tú eres el torpe rey...!

Rod. ¡Tú el vil cobarde...!

Conde. Yo el conde Don Julian.

Rod. Yo Don Rodrigo.

(*Quedan un momento contemplándose.*)

Conde. Nos hallamos al fin.

Rod. Sí, nos hallamos.

Y ambos á dos, execración del mundo,

La última vez mirándonos estamos.

Conde. Eso apetece mi rencor profundo.

Mírame bien : sobre esta faz, Rodrigo,

Echaron un baldon tus liviandades,

Y el universo de él será testigo,

Y tu torpeza horror de las edades.

Rod. Culpa fué de mi amor la culpa mia,

De Florinda me abona la hermosura;

Mas ¿quién te abonará tu villanía?

Conde. De mi misma traicion la desventura.

Deshonrado por tí, perdílo todo :

Mas no saciaba mi venganza fiera

Tu afrenta nada mas, menester era

Toda la afrenta del imperio godo.

Rod. ¡De un traidor como tú fué digna hazaña!

Cumplieras con tus viles intenciones

Yendo á matarme con silencio y maña,

O contra mí sacaras tus pendones

Y bebieras mi sangre en la campaña,

Mi corazón echando á tus legiones;

Mas no lograras con tan necio encono

Vender á España, por hollar mi trono.

Conde. Todo lo ansiaba mi tremenda saña;

No hartaba mis sangrientas intenciones

Beber tu sangre con silencio y maña,

O en contra tuya levantar pendones;

Dar quise tu lugar á estirpe estraña

Y tu raza borrar de las naciones :

Eso queria mi sangriento encono,

Vender tu reino y derribar tu trono.

Rod. ¡Y lo lograste!

Conde. Sí, logré que al cabo

El mundo á ambos á dos nos aborrezca,

Y á ti de torpes vicios por esclavo,

Y á mí por mi traicion nos escarnezca.

Rod. ¡Tanta maldad de comprender no acabo!

Conde. Hice mas.

Rod. Imposible es ya que crezca Tu infamia.

Conde. Escucha pues ¡oh rey Rodrigo!

A cuánto llega mi rencor contigo.

Yo solo quedo de mi raza : presa

Los demas de los moros, á pedradas

Fué muerta ante mis ojos la condesa,

Y á la mar arrojados á lanzadas

Mis hijos de Tarifa en la sorpresa :

Mas te traigo una nueva que pagadas

Todas me deja las desdichas mías;

Supe tiempo há que en Portugal vivias.

Rod. ¡Dios!

Conde. Por un monge que te halló en la selva.

Rod. ¡Un monge! (*Con temor.*)

Conde. Sí, mi hermano, cuyos votos

Le impiden hoy que contra tí se vuelva,

Mas cuya astucia para siempre rotos

Los anillos dejó de mis cadenas

Para seguir tus pasos noche y dia,

Y para que la sangre de tus venas

La mancha lave de la afrenta mia.

Rod. ¿Y es cierto? ¿y ese monge era tu hermano?

¿Era un hombre no mas? ¡no era un fantasma!

¿Nada habia en su sér de sobrehumano?

Conde. ¡Que tal preguntes en verdad me pasma!

Él me salvó y me dijo : « Vé á buscarle, Mas, hermano mio, antes de matarle

Dile que su castisima Egilona Con su amor ha comprado otra corona. »

Rod. ¡Mi esposa!

Conde. Si, Abdalasis te la quita, O por mejor decir vendiósele ella, Y bien la raza en que nació acredita, Y de su esposo bien sigue la huella.

(*Con mofa.*)

Una reina cristiana favorita

De un árabe... ¡oh, nació con brava estrella!

No penes pues por tan leal matrona,

Que esposo no la falta ni corona.

Rod. Basta, basta, traidor : la estirpe goda

Deshonrada por tí, por tí vendida,

Clama sedienta por tu sangre toda.

(*Don Rodrigo va á coger el puñal que está clavado en el poste, pero el conde Don Julian se adelanta y lo toma. Don Rodrigo retrocede dos pasos con supersticioso temor.*)

Conde. Con la tuya á la par sea vertida.

El mismo cieno nuestro timbre enloda,

La misma tumba nos dará cabida.

(*El conde se arroja sobre Don Rodrigo, mas Teudia se presenta de repente entre los dos con la hacha de armas empuñada.*)

ESCENA ULTIMA.

DON RODRIGO, EL CONDE DON JULIAN, TEUDIA, ROMANO.

Teud. ¡Mientes! aun queda quien su honor repare

Y del traidor al infeliz separe.

(*Da al conde un golpe mortal, y cae.*)

Rod. ¡Teudia!

Teud. Señor, cumplí conmigo mismo, Que al vengaros á vos vengué á la España.

Rod. ¡Gracias, Teudia! hoy me arranca tu heroismo

Mi ruin supersticion á un noble estraña.

Sí, mi pavor con él baje al abismo :

Partamos con Pelayo á la montaña,

Y logremos ¡oh Teudia! por lo menos

Morir en nuestra pátria como buenos.

(*A Romano.*)

Padre, dad á ese tronco sepultura

Donde repose en paz : mi justo encono

No pasa, no, de su mansion oscura,

Aunque el honor de España esté en mi abono.

Yo vuelvo al campo á la pelea dura,

Y aunque muera sin huestes y sin trono,

Siempre ha de ser para quien muere honrado

Tumba de rey la fosa del soldado.

(*Vase con Teudia, y cae el telon (1).*)

(1) En el tomo tercero de esta edicion, se hallará una continuacion del *Puñal del Godo*, titulada *la Calentura*.

SOFRONIA,

TRAGEDIA EN UN ACTO

A LUIS PIZARRO,

CONDE DE LAS NAVAS,

EN PRUEBA DE AMISTAD Y COROIAL APRECIO,

DEDICA ESTE TRABAJO SU BUEN AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 8 de febrero de 1843.

NOTAS DEL AUTOR.

Hablando del emperador Majencio dice el magnífico caballero Don Pedro Mejía en su Historia imperial y cesárea : « Porque él era cruel matador y perseguidor de la gente noble « y principal de Roma, vicioso, lujurioso, adúltero, deshonesto y avariento, y sobre todo « perseguidor y disipador de la Iglesia. Finalmente, en todos sus hechos tirano, etc. »

Lorenzo Echard, en su historia de Roma desde su fundacion hasta la traslacion del imperio por Constantino, dice hablando del mismo emperador Majencio :

« Robaba las mugeres de los senadores y los primeros caballeros de Roma, y despues « de haberlas gozado las volvía á enviar á sus maridos. Habiendo querido usar de la misma « violencia con Sofronia, muger del prefecto de Roma, la cual era cristiana, pidió aquella « muger unos momentos para adornarse, y encerrándose en su cuarto se mató : accion « animosa por cierto, mas reprehensible, aunque muy alabada de Eusebio y de Rufino. « Majencio permitía á sus soldados todo género de delitos, y cuando los arengaba, en « vez de exhortarlos á observar una exacta disciplina, les decía que se alegrasen y no « se privaran de nada que apeteciesen. Saqueaba los templos; mataba á los ricos para « tomar sus bienes; oprimía al pueblo con impuestos; y en fin, redujo la ciudad de « Roma á tal miseria, que faltaban en ella las cosas mas necesarias, porque el emperador « lo disipaba todo con sus desórdenes y prodigalidad. »

Sobre estos datos históricos he querido escribir una tragedia ; ignoro si lo he conseguido, pero confieso que tal ha sido mi intento. En cuanto al carácter del emperador, me he atenido estrictamente á la historia, como creo que está á la vista. No en los de Sofronia y Publio, que han sufrido alguna alteracion por motivos que espondré.

Publio era (segun las historias) un hombre debil que tembló delante del emperador y casi consintió en su liviandad : Sofronia era cristiana y se suicidó, accion criminal segun nuestra fé, cualesquiera que fuesen las razones que para ella encontrara : era pues necesario al interés trágico borrar esta mancha del carácter de la protagonista para que su inocencia y su virtud inspirasen clásica compasion; é hice por tanto de Sofronia una mártir, y del amor de su marido su verdugo. Con lo cual si no he dado gusto á los críticos, no podrán negarme estos señores que Publio y Sofronia me deben la bienaventuranza celestial que yo les franqueo en mi obra, y esto siempre es algo.

He reducido la accion á un solo acto por no entorpecer la sencillez del hecho histórico en que está fundada, y por no hacer dormir á los espectadores con eternos diálogos que no están dispuestos á escuchar en nuestros actuales teatros. Y finalmente, he escrito

mi tragedia en versos aconsonantados y no en romance endecasílabo por tres razones. La primera porque todo un acto en un mismo asonante es mas monótono é insufrible que el ruido de los mazos de un batán. La segunda porque, siendo tan fácil en nuestra lengua armoniosa el uso de los consonantes, creo á cualquier mediano versificador con facultad de usarlos. Y la tercera por mi propia voluntad y capricho, que es la que mas me satisfizo, en lo cual me parece que soy franco.

PERSONAS.

SOFRONIA
EL EMPERADOR MAJENCIO.
PUBLIO, prefecto de Roma.

SILANO, esclavo del emperador.
SIRO, esclavo de Publio (que no habla).

Roma año de 310 de J. C.

ACTO UNICO.

Pórtico interior en el piso bajo del palacio del emperador Majencio, que da paso á las habitaciones de Publio, prefecto de Roma, y á los jardines. Puerta á la derecha que da al interior del palacio. Puerta á la izquierda que da á los aposentos de Publio y Sofronia. En el fondo una balaustrada de piedra por cuyo centro se sale á los jardines del emperador, que se estienen detrás de ella, iluminados por la luna, decorados con estatuas, fuentes, arcos, jarrones, etc., etc. A lo lejos y cerrando el cuadro la loma del monte Aventino, frente al cual estuvo construido el palacio de los Césares, en donde se supone la escena.

ESCENA PRIMERA.

AL LEVANTARSE EL TELON SOFRONIA APARECERA ASOMADA A LA BALAUSTRADA, Y MIRANDO A LOS JARDINES CON ATENCION. SILANO APARECE AL QUINTO VERSO POR EL FONDO.

Sof. Vuelve: no hay medio ya; todo es inútil.

Acaben de una vez vanas excusas,
Y repela sus bárbaros antojos
De la noble virtud la fuerza ruda.
¿Quiere guerra? La habrá, desesperada.
Yo caeré acaso en tan horrenda lucha;
Mas no me da pavor, yo la provocho:
Muerta caeré, pero rendida nunca.

ESCENA II.

SOFRONIA, SILANO.

Sof. Pronto vuelves.

Sil. Da pronto y fácil paso

Puerta en esa ala del palacio oculta.

Sof. ¿Qué dice tu señor?

Sil., dándole una carta ó papiro. Lee lo que dice.

Sof., despues de leer. ¿Por fuerza ó voluntad he de ser suya?

Sil. El mismo quiere de tu misma boca Tu asentimiento oír ó tu repulsa.

Y á ti vendrá dentro de poco: piénsalo:

Su voluntad con tu interés consulta;

Pero si aprecias un consejo, cede.

Sof. ¿Quién tu opinion, esclavo, te pregunta?

Silencio, y agradece si á sus plantas

Con lengua vuelves en la boca inmunda.

Sil. ¿Esa respuesta le daré?

Sof. La misma.

Sil. Es el emperador.

Sof. ¿Lo pongo en duda?

Sil. Vas su furia á escitar.

Sof. Despeja, esclavo; Yo desprecio su amor como su furia.

Sil. Dueño es de sus vasallos absoluto

Sof. No llega su poder mas que á la tumba.

Sil. Te la abre ante los piés tu resistencia.

Sof. Sabré en ella caer libre de culpa.

Sil. ¿Eso dices?

Sof. No mas.

Sil. Quieran los dioses

Valerte.

Sof. Vé.

Sil. Tu esclavo te saluda.

ESCENA III.

SOFRONIA.

Primero de una vez el pecho mio
Desgarren sus verdugos, y una á una

Las gotas de mi sangre derramadas
 El alma arranquen de la carne impura.
 No me conoce aún, si espera necio
 Que á sus halagos mi virtud sucumba,
 Ni el imperio, que se huye de sus manos,
 Compre mi corazon, ni le seduzca.
 Si las damas romanas hoy olvidan
 La alta nobleza que su sangre ilustra,
 Y de su emperador se hacen esclavas
 Ofreciéndole viles su hermosura,
 Que alguna queda de su antigua raza
 Verán al menos para mengua suya;
 Y alguna queda que por alto ejemplo
 Sin vida caiga, mas sin honra nunca.
 Mas Publio.

ESCENA IV.

SOFRONIA, PUBLIO.

Pub. ¡Aun aquí tú, Sofronia mía!
 ¿Mas qué pesar te asalta? Ese encendido
 Color del rostro... de tu mano fria
 El temblor...

Sof. ¡Tu ilusion!

Pub. No, yo he sentido
 Minar mi corazon lenta y traidora
 Una sospecha ruin, y harto há que veo
 Que tu pecho secretos atesora
 Que en vano espío y comprender deseo.

Sof. Publio, y has visto bien : honda
 tristeza

Me prensa el corazon.

Pub. ¿Quién, dulce amiga,
 Te la pudo causar?

Sof. Esta grandeza,
 Este fausto de Roma me fatiga.
 Ansio soledad, reposo anhelo;
 Pluguiérame un lugar de aqui lejano
 Donde mas puro se gozara el cielo,
 Mas libre el aire, y el placer mas llano.
 Será un capricho mugeril si quieres,
 Mas á mí que te amo, esposo mio,
 Tú me bastas, y el lujo y los placeres
 De contento en lugar, me dan hastío.
 Si tú me amas asi, la pompa deja
 De esta corte imperial, y los honores;
 De esta continua bacanal me aleja,
 Donde parecen mal castos amores.
 Salgamos de esta Roma corrompida,
 Y uno para otro amor, mútuo consuelo,
 Dulce llevemos y envidiable vida
 En mas tranquilo y retirado suelo.

Pub. No sé, Sofronia mia, qué adivino
 De siniestro y fatal en tus palabras :
 Me estraña ese capricho repentino;
 Todo tu corazon fuerza es que me abras.
 ¿Qué temes, di? ¿qué dudas? ¿qué recelas?
 ¿Qué secreta razon ó qué mania

A Roma te hace odiar? ¿Porqué me velas
 Tu recóndito mal, Sofronia mia?

Sof. Siempre, Publio, te amé.

Pub.

Lo sé.

Sof.

Por eso

Constante siempre, y respetada esposa,
 Guardar supe tu honor puro é ileso
 En medio de esta Roma escandalosa.
 Nunca temí que el viento corrompido
 Que en su recinto infame se respira
 Llegara á un corazon bien defendido;
 Mas esta débil esperanza espira.

Pub. Sofronia, si hasta á tí llegar osado
 Pudo algun miserable libertino,
 Muy mal con su razon lo ha consultado.
 Nómbrale.

Sof. Es mas fatal nuestro destino,
 Publio. El suelo de Roma es una sima
 Que si con pronta fuga no evitamos
 Nos sorberá por fin : mi aviso estima,
 Y cree á mi corazon, Publio, partamos.

Pub. ¿Todo un glorioso porvenir es fuerza
 Que abandonemos? Mi fortuna crece,
 Nada hay que mi favor derroque ó tuerza,
 Porque el emperador me favorece.
 Mio es su imperio, la pesada carga
 Del gobierno en mis hombros deposita,
 Y á mucho acaso mi ambicion se alarga,
 Mucho Roma tal vez me necesita.

Te confieso en verdad que algunas veces
 La licencia imperial me escandaliza :
 Mas hombre soy, y mi ambicion atiza
 El quererte ofrecer cuanto mereces.

Sof. No pienses, Publio, en mí : yo nada
 quiero :

Tú eres mi único bien : mas odio á Roma,
 Y de ella pronto que me alejes quiero.

Pub. Sofronia, ahora dejarla es imposible.
 ¿Mi cargo renunciar cuando á sus puertas
 Se acerca con ejército terrible
 Constantino? Sospechas daré ciertas
 De traicion á Majencio, y será acaso
 Mi sentencia de muerte mi renuncia.

Sof. Nuestra vida se encierra en frágil
 vaso,

Publio, y cercana tempestad se anuncia.
 Esta ciudad de crimen, que se aduerme
 Arrullando el placer de sus señores,
 Tal vez anhela en su reposo inerme
 Otra stirpe mejor de emperadores.

Pub. ¡Sofronia!

Sof. Sí, la sangre y la vergüenza
 El manto son en que se envuelve Roma :
 ¿Qué mucho pues que Constantino venza
 A quien el yugo de la infamia doma?
 ¿Qué hace tu emperador? Pisa y viola
 Cuantas leyes al pueblo dan amparo :
 Su imperio airado, y sin razon, asola,

Y celebra sus vicios con descaro.
 Contribuciones sin poder impuestas
 En festines opiparos destruye,
 Embriaga al vulgo con inmundas fiestas
 Y las damas romanas prostituye.
 Despierta, Publio; nada está seguro;
 Un capricho imperial lo puede todo,
 Y penetra el recinto mas oscuro
 Su malicia infernal de cualquier modo.

Pub. Basta, Sofronia, basta; te comprendo.

Sof. Mira.

(Dándole la carta del emperador.)

Pub. ¡Y así me pagas mis servicios!
 ¡Y mientras yo tu imperio te defiendo
 Víctima soy de tus horrendos vicios!
 Claro lo veo al fin; ¡tanta privanza,
 Tanto imperial favor, tanta ventura
 Mi fé y mi lealtad no me la alcanza!
 ¡Es el precio no mas de su hermosura!
 Basta, tirano, tu vileza entiendo.

Sof. Salgamos pues de Roma.

Pub. Si, salgamos,
 Mas en las sombras de la noche, huyendo,
 Antes que en su poder ambos caigamos.
 Tengo ¡oh Sofronia mia! felizmente
 Regio poder, y una órden de mi mano
 Nos franqueará las puertas libremente,
 Y el furor burlaremos del tirano.
 ¡Oh, bien mi corazon me lo decia!
 No en vano fermentaban mis recelos.
 Tienes razon, huyamos, alma mia,
 Y amparen pios nuestro amor los cielos.

Sof. Publio, y que pronto sea, porque acaso

Ya la astuta serpiente se introduce
 Bajo el lecho nupcial, y un solo paso
 A la infamia ó la muerte nos conduce

Pub. ¿Tienes valor?

Sof. Sí, Publio, para todo;
 Todo lo renuncié por amor tuyo,
 Y á cuanto me ordenares me acomodo:
 «Quédate;» — y permanezco: «húyle;» —
 y huyo.

Pub. Pues apréstate á huir; oro recoge
 Que nos compre otra vida en otra tierra,
 Y que halle el gavilan cuando se arroje
 Que ya la red al colorin no encierra.

ESCENA V.

PUBLICO.

Inútil fué mi esfuerzo: inútil, vano
 Mi afan en ocultarla de sus ojos;
 Todo lo mina su poder tirano,
 Y no tienen ya freno sus antojos.
 Unico amigo en quien fiar podia,

Solo leal que por su bien velaba,
 Cuanto me honraba mas, mas me vendia
 Y en contra de mi honor mas conspiraba.
 Siga su suerte pues, sígala solo:
 No en él la sed de sangre se despierte,
 Y al fin concluyan el amor y el dolo
 En vil sentencia de venganza y muerte.
 ¿Siro?

ESCENA VI.

PUBLICO; SIRO, ESCLAVO.

Su curso al concluir la luna
 Debajo de los pórticos de Vesta,
 Sin que lleguen á dar sospecha alguna,
 Tres caballos veloces nos apresta.
 Si nos sacas de Roma serás libre:
 Mis jardines te doy de Lucretia.
 Y al otro lado en viéndonos del Tibre
 Cuantos caballos deje en pos, mutila.
 Parte.

ESCENA VII.

PUBLICO.

A Dios para siempre, áureo palacio,
 Morada de los Césares augusta,
 Alcázar imperial de cuyo espacio
 Se aleja la virtud triste y adusta.
 Yo riqueza y poder, gloria, esperanza
 Renuncio sin pesar; y noblemente
 Sin intentar sacrilega venganza
 Delante del honor doblo la frente.
 Eres mi emperador, yo no repelo
 Tu ley augusta: mas si torpe mano
 Pones en nuestro honor, huyo al tirano
 Y juzgue de ambos la razon el cielo.
(El emperador Majencio se acerca por el fondo de los jardines.)

Mas él se acerca; rondador taimado
 Del ajeno tesoro, astuto emboza
 Con velo de amistad el preparado
 Dardo traidor que en aprestar se goza.

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR, PUBLICO.

Emp. Publio.

Pub. Salud, emperador Augusto.
 Tan escelso favor mi orgullo colma.

¡Vos mismo descender á mi morada!

Emp. Sin duda, Publio, que descienda
 importa.

Graves cuidados sin cesar me abruman,
 Graves temores sin cesar me acosan:
 Y echar sobre tus hombros necesito
 Este peso molesto que me enoja.

Pub. Mandad, señor.

Emp. ¿Qué, Publio, me valiera
Del grande imperio la soberbia pompa,
Si yo mismo tuviera que ocuparme
En cuidar de mi imperio y mi corona?
Las dignidades vuestras, si eso hiciere,
Inútiles al fin me fueran todas,
Y en lugar del señor, fuera el esclavo
Quien el sacro laurel ceñirse logra.
Yo lo entiendo mejor; lidien mis Césares,
Defiendan mis pretores las remotas
Fronteras del imperio, mas en tanto
Dulce tranquilidad disfrute Roma.
De las fiestas de Flora y Baco quiero
Renovar las antiguas ceremonias;
Quiero que el vulgo se divierta y goce,
Y el árbol del placer nos preste sombra.
Francos los almacenes imperiales
Para el pueblo romano desde ahora,
De Italia y Grecia los antiguos vinos
Para la alegre muchedumbre corran.
Salgan audaces las bacantes, salgan
De sus templos las vírgenes hermosas,
Y dancen en las fiestas Lupercales
Las esclavas á par con las matronas.
Mi imperio es de deleites y de dichas,
El tiempo es breve y la existencia corta:
Quiero que el pueblo por placeres solo
Cuenta no mas de mi reinar las horas.
Pub. Señor, estando en rebelion dó quiera
Las provincias lejanas...

Emp. ¡Me acongoja
Que me hablen de provincias y de pueblos
Que se rebelan! Publio, ¿qué me importa
Que vayan mis provincias á otras manos
De las mias pasando unas tras otras?
Capaz de mil imperios es la tierra;
Lógrelos pues quien mas los ambiciona.
Cámbiese al fin cada provincia en uno
Como el imperio mio sea Roma.
Me canso de escuchar reconvenciones,
Prefecto; mi paciencia se desborda,
Y hacer un escarmiento determino
Que muestre mi justicia vengadora.

Pub. Hablad.
Emp. Sabes que en Roma hay una raza
Que de severa rectitud blasona,
Y que á todo se atreve y falta á todo
Culpando á nuestra edad de impía y loca.

Pub. Los cristianos, señor...
Emp. Sí, los cristianos,
Que inculcan su creencia mentirosa
En las pueriles almas de los crédulos
Y al cielo ofenden y á la ley provocan.
Ante las mismas puertas del palacio
Con estraña osadía escandalosa
Han fijado pasquines esta noche
Muerte á mi estirpe amenazando pronta.
Bárbaro llaman al romano pueblo,

Y de sus dioses de metal se moñan,
Y con el signo de la cruz infame
Sus pasquines sacrilegos coronan.
Pues bien, quiero mostrarles lo que puede
Mi raza noble aun á extinguirse próxima,
Quiero que sacrifiquen ó que mueran:
Perjurios han de ser, ó muertos. Toma,
(*Dale pliegos.*)

Publio; á cumplir disponte mis decretos:
De ellos no ha de quedar rastro ni sombra;
Ocho veces han sido esterminados,
En mi reinado pues será la nona.
Sus cabezas pondré por los caminos,
Con sus pieles haré curtir alfombras,
Y espondré sus mugeres en los circos
Por diversion y escándalo de Roma.

Pub. Mirad...

Emp. No miro nada; al punto, Publio,
Mi voluntad publica; todos oigan
Su dicha ó su sentencia, y que comiencen
Su esterminio y mis fiestas con la aurora.

Pub. Señor...

Emp. Silencio: sin cumplir mis órdenes
¡Ay de tu vida si á palacio tornas!

Pub. (Tirano astuto, tu intencion comprendo;

Lejos me quieres, mis estancias solas
Porque el triunfo mas fácil te figuras;
Mas ¡ay de entrambos si mi saña enconas!)

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, SILANO.

Emp. ¿Silano? (*Sale Silano.*)

A ese hombre por dó quier se espie:
Lleva en su corazon sospecha sorda,
Y de todo es capaz su ánimo osado
A impulso de los zelos que le ahogan.

Sil. Bien espíado está: ni una palabra,
Ni una accion, ni la idea mas recóndita
Se escapará á los linceos que le cercan.

Emp. Intentará tal vez...

Sil. Su esclavo ahora
Dispone sus caballos mas veloces,
Y á favor de la noche protectora
Partiendo de los pórticos de Vesta
Saldrán de la ciudad él y Sofronia.

Emp. ¿Es pues, Silano, el disimulo inútil?
¿Inútil mi templanza generosa?
¿Fuerza será que de una vez anuncie
Mi imperial voluntad?

Sil. Su misma boca
Le reveló el secreto, y ella misma
Le entregó vuestra carta; nada ignora.

Emp. Tórnese pues en ley este capricho:
Todas las vallas de amor se rompan,
Y aprendan de una vez que á los esclavos

postrarse ante el señor les toca.
ese Publio me cansa la justicia,
rectitud estúpida me enoja,
no quiero escucharle los consejos
on que el placer me amengua ó me le es-
torba.

Juez le nombro de hoy mas de los cristianos,
Procónsul va de mis provincias todas
A esterminar en todas á esa raza
Que de un suplicio vil el signo adora.
Así le mantendré de Roma lejos,
Y de mí mismo así gozaré en Roma.
Mis antojos son ley: todos la acaten:
Derecho es este que mi sangre goza.
Cuida de que se cumplan mis mandatos,
Que arda mi imperio en fiestas ostentosas,
Y esa fiera beldad aquí condúceme,
Silano, y estas salas abandona.

Sil. Halagadla, señor, que es muy altiva,
Y á los amagos su cerviz no dobla.

Emp. La amo como jamás amé á nin-
guna,

Pero si nada mi cariño logra,
Soy el emperador, y á fuerza ó ruego
Todo ante el sacro emperador se postra.

ESCENA X.

EL EMPERADOR.

Lejos de mí la máscara: parezca
Tal cual es la pasión que me devora,
Y caiga de una vez en poder mio
De esa beldad la apetecida joya.

ESCENA XI.

EL EMPERADOR, SOFRONIA.

(Silano, que la conduce, se aleja por el
fondo dejándola en escena.)

Emp. (Héla aquí: su beldad admiro
mudo.)

Salve, ¡oh Sofronia!

Sof. Augusto, yo os saludo.

Emp. Deja, deja la grave ceremonia
Y humilde tono para el vulgo rudo.
Tu esclavo soy no mas: manda, ¡oh Sofronia!

Sof. Escusadme, señor, frases molestas
De galanteos para mí perdidos,
Que ni en mis labios hallarán respuestas,
Ni hallarán atención en mis oídos.

Emp. Ya sé que mis ofertas rehusando
Mis amorosas cartas no leiste;
Y ya sé que mi enojo despreciando
A mi esclavo tenaz «nunca» dijiste.
Mas tu obstinada resistencia entiendo:
Conoces lo que vale tu hermosura

Y á mis ojos la estás encareciendo.
Bien haces, ¡oh celeste criatura!
Mas baste ya de tu rigor injusto,
Bañe tu faz, bellissima sirena,
En vez del ceño que la entolda adusto,
Sonrisa de placer dulce y serena.
¿De qué te sirve ¡oh ninfa encantadora!
Tu ardiente corazón y tu hermosura,
Si te se va la vida hora tras hora
En calma triste y soledad oscura?
Otra existencia de placer te brinda
Mi poder y mi amor: deja que al cabo
El tuyo, hermosa, á mi pasión se rinda;
Déjame que á tus pies espere esclavo.

Sof. Señor, mi corazón mentir no sabe:
No os amó nunca; y vuestro impuro halago
Imposible ha de ser que de él recabe
Un solo impulso del amor mas vago.
Vos lo veis: encerrada eternamente
De mi cámara oculta en el retiro,
Se desliza mi vida dulcemente
Sin que el placer de esta ciudad demente
Me arranque al corazón solo un suspiro.
Noble, rica, envidiada y bien querida,
Podría yo llevar si me pluguiera
Inquieta, alegre y disipada vida,
Como vos la lleváis y Roma entera,
Y así dejando vuestra ley cumplida
Atachármela nadie se atreviera:
Mas yo sé bien lo que á mi honor le debo
Y vida tal porque me importa llevo.

Emp. La llevas, pobre tórtola enjaulada,
La llevas porque nunca has sospechado
Que tras los muros de que estás cercada
Otra vida hay mejor que no has gozado.
¿Sabes tal vez cuán plácidas las horas
Se van fuera de este ámbito sombrío?
¿Sabes tú cuántas fiestas seductoras,
Cuánto en delicias hierve encantadoras
Esa ancha Roma del imperio mio?
Un imperio de dicha y bienandanza
Donde el único fin es la ventura,
Un imperio de amor donde no lanza
Su rayo el duelo, y el pesar no alcanza,
Y donde reina libre la hermosura.
Pues bien, del universo soberano
No hay nada que á mi antojo se resista;
Ese imperio feliz está en mi mano,
Yo le pongo á tus pies, es tu conquista.

Sof. Apartaos, señor, ved que me ofende
De vuestra loca audacia la grandeza:
Si la hermosura ó el amor se vende,
No se ha vendido nunca la nobleza.

Emp. Oyeme y ve la asoladora llama
Que tú en mi corazón has encendido,
Fuego que mas tu resistencia inflama
Y á odiar me arrastra cuanto tú no ha
Una sola muger no hubo en mi im

A quien yo no llamara esclava mía,
 Nunca embozó mi amor vano misterio,
 Y mandaba mi amor, no se rendía.
 Mas no así al tuyo el corazón se atreve,
 Que cuanto te ama mas, mas se recela,
 Y mas conoce que arrastrarse debe
 Ante los sacros piés del bien que anhela.
 Rendido está : mas tiéndele una mano,
 Y tu planta en pos dél tiende á mi trono.
 Reina, y si sirve de mi fé en abono
 O halaga tu capricho soberano,
 Mándalo, y á tu voz polvo liviano
 Será esa Roma que escitó tu encono :
 El orbe entero se hundirá conmigo
 Si una sonrisa de tu amor consigo.

Sof. Basta, señor, que me afrentais.

Emp. ; Sofronia !

Sof. Ya sé que vuestro imperio abominable

Avergüenza á la misma Babilonia
 Por vuestro ejemplo torpe y execrable.
 Ya sé que en Roma sin pudor, ni freno,
 No hay mas Dios que el placer, mas ley que
 el gusto ;

Cuanto os halaga á vos se da por bueno,
 Cuanto lleva al placer se da por justo.
 Ya sé que al pueblo manteneis esclavo
 Con la embriaguez del vino y la licencia
 Sin que haya un corazón que sepa bravo
 Acotar vuestra bárbara impudencia :
 Sé que fiestas infames se instituyen ;
 Leyes que la hermosura os esclavizan
 Y á las nobles matronas prostituyen,
 Y los vicios y el crimen divinizan.
 Mas no llega hasta mí su aliento impuro ;
 En mí se estrella vuestra ley tirana,
 Que aquí en mi pecho tras de noble muro
 Entera vive la virtud romana.

¿ A mis plantas poneis vuestra corona,
 Emperador Augusto ? Yo la piso ;
 Sepa Roma que aun guarda una matrona
 Que la tuvo á sus piés y no la quiso.

Emp. En fiera saña tu soberbia loca
 Encendiera mi pecho, si pudieran
 Palabras que han salido de tu boca
 Producir mas que amor. En mí no alteran
 El que yo te consagro, que esta llama
 Que un ánima vulgar sofocaria
 Con tu frío desden crece en la mía.
 Viento es tu voz que su volcan inflama :
 Yo te adoro, Sofronia : mas escucha,
 Que aunque este amor no atajarán tus brios
 De él me cercenan indulgencia mucha,
 Y van al fin á despertar los míos.

Mi capricho es mi ley ; de hierro ó de oro
 Bajo mi cetro estás : de ambos elige.

Sof. Estoy en vuestras manos, no lo ignoro ;

Mas prefiero la muerte, ya os lo dije.

Emp. ¡ Muerte! veamos pues. ¿ Fé ni ternura
 No bastan á rendirte á mis anhelos ?

Derroque pues la fuerza tu bravura :
 Todo ceda á mi amor.

Sof. ; Valedme, cielos !
 (El emperador se lanza hácia Sofronia.
 Esta la huye ; y en tal punto se presenta
 Silano por la derecha.)

ESCENA XII.

EL EMPERADOR, SOFRONIA ; SILANO,
 APRESURADO Y DE REPENTE.

Sil. Señor...

Emp. ¿ Quién osa sin licencia mia
 Hasta aquí penetrar ?

Sil. Perdon, Augusto,
 Pero así mi deber lo requería.

Emp. ¿ Qué pasa, pues ?

Sil. De vuestro edicto justo
 Al oír la sentencia los cristianos,
 En tumultuosa sedicion, rompieron
 Vuestras estátuas con airadas manos.

Emp. Y mis guardias ¡ por Hércules ! ¿ qué
 hicieron ?

Sil. Dieron, señor, sobre ellos ; pero Roma
 Arde en nocturna lid, y este tumulto
 Por todas partes incremento toma.

Emp. Su sangre toda lavará este insulto.

Al punto salga, sin piedad, Silano,
 Numerosa cohorte pretoriana :
 No quede de esa turba ni un villano.
 Te sigo : y oye tú, fiera romana.
 Concluye para todos mi indulgencia :
 Mi imperial voluntad manda, no pide.
 Publio parte de Roma, es tu sentencia :
 Un día os doy, que de los dos decide.

Mas cómo ha de acabar pesa y entiende :
 Mañana mismo al espirar el día
 Si aun tu arrogancia resistir pretende,
 El cadáver será, tú esclava mía.

Sof. ¡ Esclava tuya quien en Roma nace,
 Tirano usurpador !

Emp. Así me place :
 De Baco y Flora en el alegre templo
 Tú la primera libacion mañana
 Conmigo harás y servirás de ejemplo
 A la alegría y bacanal romana.
 Salvas á Publio así, y eso te abona :
 Escoge pues, la infamia ó la corona.

Sof. Antes morir mil veces, vil tirano.
Emp. Medítalo mejor : vamos, Silano.

ESCENA XIII.

SOFRONIA.

Se turba mi razon : convulsa, ardiente
Al corazon la sangre se me agolpa,
Y la altivez, la indignacion y el miedo
Mi fé estravian, mi valor agotan.
« El cadáver será, tú esclava mia : »
Dijo... ¡ Sentencia bárbara y diabólica,
Que con la infamia de la esposa amante
La infame vida del esposo compra !
¡ Publio ! ¡ mi bien... ! ¿ te salvaré vendien-
dote ?

¿ Yo vida te he de dar á tanta costa ?
Jamás. Llama, tirano, á tus verdugos,
Nuestra sangre leal mezclada corra :
Con indeleble mancha al derramarse
Salpicará tu rostro cada gota.
Muramos, sí... ¡ Mas ay ! sueño, deliro,
¡ Que antes del vulgo vil nos hará mofa !
Porque ¿ qué de virtud ni gloria entiende
Esta generacion torpe é hipócrita,
Ni esta ciudad envilecida y ébria
Con el placer de sus inmundas orgias ?
¡ Evohé ! gritarán : nuevo espectáculo
Será para ellos la virtud heroica,
Y al tigre azuzarán con sus aullidos
A consumir su crimen. ¡ Espantosa
Perspectiva, mas cierta ! Si, lo veo,
Esos romanos nobles que ambicionan
El poder, hechos perros de sus príncipes,
Mañana en una fiesta escandalosa
Le cercarán, y de su boca misma
Escucharán mi desdichada historia ;
Y le dirán : « Teneis razon, Augusto,
Es vuestra esclava, vuestro amor la honra ;
Rendida caiga y de escarmiento sirva... »
Y ébrio él me hará llevar, y allí angustiada
Yo lloraré á sus plantas arrastrándome
Del solio hollado en la manchada alfombra,
Mientras cantan su triunfo y mi ignominia
Al són alegre de las anchas copas.
Ese es el porvenir que me preparan :
Sí, que á todo los Césares se arrojan,
Todo su cetro lo atropella, todo
A su absoluta autoridad se postra,
Y á par con ellos la embriaguez del crimen
En su vaso imperial apura Roma.
¡ Miserable de mí ! de fuerza ó grado
En sus brazos caeré, sin que me acorran,
Porque en un pueblo que su honor olvida
Fé y virtud y valor están de sobra.
Caeré... y el triste Publio deshonrado,
Blanco inocente de su injusta cólera,
Errante, perseguido, esclavo, muerto...
¡ Déjame, aparta, pesadilla odiosa !
Tentacion infernal, ¡ hújeme, déjame !

Que á vacilar mi fé slento muy próxima.
Para tan grande prueba ¡ oh cielo santo !
Virtud me distes en verdad muy poca,
Pues aun vacila el corazon de tierra
Y el alma imbécil su deber ignora.
(Pausa : transicion repentina : completo
trastorno de ideas.)

No cederé jamás : muerta primero.
Mas si él se salva cederé gustosa :
La fé... el amor... su muerte... mi igno-
minia...

No puedo mas... deliro : me acongoja
Este tropel de ideas... mi cerebro,
Mi corazon, mis ojos... todo es sombra.
¡ Paso, verdugos, paso ! ¡ Publio, sálvate !
Ya estoy aqui... sacrificadme... sola.
(Caee desfallecida.)

ESCENA XIV.

SOFRONIA, PUBLIO.

Pub. Llego al fin : allí está : ¡ Sofronia,
esposa !

Pero ¡ ay de mí ! ¿ qué es esto ? ¿ qué afren-
tosa

Sospecha infunde en mí tanto silencio ?
¡ Sofronia !

Sof. ¡ Atrás, verdugos de Majencio,
Atrás !

Pub. Sueña tal vez. ¡ Sofronia !

Sof. ¡ Cielos !

¿ Quién me nombra ? Esa voz...

Pub. ¡ Sofronia mía !

Sof. ¡ Publio !

Pub. Yo soy.

Sof. ¡ Tú colmas mis anhelos,
Cielo santo ! Perdido te creia.

Pub. Y perdidos los dos sin duda estamos.

Sof. No, pues unidos otra vez nos vemos,
Y sin mancilla aún nos conservamos.

Pub. ¿ Qué, el César... ?

Sof. Juntos ya, no le tememos.

Mas pasa el tiempo, Publio : los instantes
Preciosos son. ¿ Y Siro, el fiel esclavo ?

Pub. ¿ Siro ? De entre sus labios espí-
rantes

El ay postrero de escucharle acabo.

Sof. ¡ Cómo !

Pub. Es un caso horrendo.

Sof. Habla.

Pub. Escucha.

Hoy el emperador con nuevo edicto
De Roma los cristianos ha proscripto

Sof. ¡ A los cristianos !

Pub. Sí ; mas gente mucha
Cuenta esa raza, que aunque ayer nacida,
Y ocho veces en Roma esterminada,

Cada día se ve mas estendida

Y germina dó quier bajo la espada.

Sof. La mantiene su fé.

Pub. Su fé me asombra.

Yo sujeto al tiránico dominio

Iba con mis liectores en la sombra

Pregonando su bárbaro esterminio.

A par mio el prefecto pretoriano

Pregonaba tambien de Baco y Flora

Las fiestas. Inundó el pueblo romano

Las calles y las plazas á deshora ;

Y la alegría en unos, la pavora

En otros, lo distinto de los cultos

En la turba produjo prematura

La delacion, la lid y los tumultos.

El pueblo y los soldados se metieron

En repentina lucha : los romanos

Sobre la raza condenada dieron

Y se cubrió la tierra de cristianos.

Sof. ¿De su señor en contra se volvieron?

Pub. No : libres y sin armas en las manos,
De indignacion y miedo sin asomos

Dijeron á una voz : « *Cristianos somos.* »

Sof. ¡Oh!

Pub. ¡Me espantó su heróica osadía!

Cerró el pueblo con ellos : bajó Augusto

Con cuantas haces en palacio habia.

Y yo solo por ti sintiendo susto,

Solo pensando en su pasion funesta,

Entre el tumulto huí : corri exhalado,

Busqué á Siro en los pórticos de Vesta,

Mas le hallé á puñaladas traspasado,

Nuestra fuga á Majencio manifiesta,

Y yo tambien á muerte condenado

Supe que fui con él. Sofronia mia,

Huyamos, si aun es tiempo todavia.

Sof. Es tarde, Publio : la imperial sentencia

Por dó quier nos ataja : las salidas

Tomadas nos tendrán : no hay resistencia.

Demos ¡oh Publio! al César nuestras vidas,

Pues suyas son ; al cielo soberano

lleso demos el honor romano.

Pub. ¿Nuestras vidas al César? ¿Yo á la muerte

Te he de entregar á ti, sin que el aliento

Me falte defendiéndote? ¿Yo verte

Resignado caer? No : ¡el firmamento

Antes sobre mi frente se desplome!

Sigueme, pronto, ven : que no halle presa

El leon imperial cuando se asome.

Partamos pues.

Sof. De atormentarte cesa,

Publio infeliz, que su decreto ignoras.

Viendo él mismo que nada me rendia,

De nuestras vidas aplazó las horas.

« Mañana, dijo, al espirar el día

Si rendida á mi ley, mi ley no adoras,
Él cadáver será, tú esclava mia. »

Pub. ¡Villano! ¿con que al fin desesperrados

Moriremos los dos ó deshonrados?

Sof. No, sino en calma, y como á noble toca...

Pub. Tienes razon, Sofronia, te comprendo.

Sálvenos este acero (*Su puñal.*), y su ira loca

Muertos nos halle aquí.

Sof. ¿Qué estás diciendo?

Pub. Noblemente es morir...

Sof. ¿Eso es nobleza?

Pub. Me confundes, Sofronia, no te entiendo :

¿Cómo salvar sino nuestra cabeza?

Sof. ¿No me has dicho que has visto á los cristianos

Con su humildad burlar su impia saña

Entregándose inermes en sus manos?

Pub. En su fé, esa humildad es una hazaña :

Mas en la nuestra quien su honor aprecia

Muere como Caton, como Lucrecia.

Sof. Publio, para burlar su ley tirana

¿No alcanza mas tu corazon pagano?

Pub. No : ¿qué poder atajará al tirano?

Sof. El poder de mi fé : *yo soy cristiana.*

Pub. ¡Dioses, cristiana tú!

Sof. Mi madre lo era,

Su fé es la mia : mas la fuerza adora

De esta fé de los flacos protectora,

Que tu honra salva y mi virtud entera.

Pub. ¡Cristiana...! ¡Oh nueva y doble desventura!

¡Por tu proscripta fé blanco de su ira,

Codicia de su amor por tu hermosa

El mundo entero contra tí conspira!

Sof. Mi fé del mundo entero me asegura.

Ve, Publio, de mi Dios la omnipotencia,

Pues nos alienta su creencia santa

A ofrecer con tan noble indiferencia

Al hierro y al dogal nuestra garganta.

Ve el poder de este Dios que á la inocencia

Y á la debilidad da fuerza tanta,

Que nos hace morir dando á la vida

Deseada y alegre despedida.

Pub. Que á los verdugos sin piedad te arroja,

Que de los brazos de mi amor te arranca.

¡Injusto Dios por quien de sangre roja

Teñirse veo tu garganta blanca,

Y á quien no impide mi mortal congoja,

Ni el llanto que en mis párpados se estanca,

Que cuanto en tí esperé no me destruya

Solo porque mi fé no es la fé tuya!

Sof. No, Publio: ¡Dios, que nuestro amor ampara,

Que guarda nuestro honor ileso y puro;
Dios, cuya gloria mi baldon repara;
Dios, que me arranca del tirano impuro;
Dios, que en pos de la muerte me prepara
Reino mas duradero y mas seguro;
Dios, en quien busco en la afliccion asilo
Con fé sincera y corazon tranquilo!
Ese es mi Dios, ¡oh Publio! no esa impia
Creencia terrenal de oro y placeres
Que de nada nos vale en este dia.

Pub. Grande es el Dios por quien tan grande mueres,

Muy grande ese Dios, Sofronia mia,
Que á los niños inspira y las mugeres
Ese valor insigne que me espanta.

Sof. Publio, el cielo es alfombra de su planta.

No hay á sus ojos sombras ni misterios,
Nada pueden contra el nuestros tiranos;
Su soplo pulveriza los imperios.
Publio, ese es Dios: el Dios de los cristianos.

Pub. Pues bien, Sofronia, acato su grandeza,

Su majestad conozco y fortaleza:
Mas no querrá ese Dios, es imposible
Que quiera que te espongas vanamente
Del tirano á la cólera terrible.

Ven; justo es que antes libertarte intente
Por cuantos medios procurarme pueda:
Ven; si á tu salvacion no hallo camino,
El muro santo de tu fé te queda,
Cumple, Sofronia mia, tu destino.

Sof. Pronto se cumplirá: mira.

(*Sofronia señala al fondo, hácia donde Publio se vuelve retrocediendo espantado.*)

ESCENA ULTIMA.

EL EMPERADOR APARECE ACERCANDOSE POR EL FONDO DE LOS JARDINES, PRECEDIDO DE LOS LICTORES, ACOMPAÑADO DE SILANO, Y SEGUIDO DE ESCLAVOS CON HACHONES Y SOLDADOS PRETORIANOS QUE SE COLOCAN DETRAS DE LA BALAUSTRADA DE PIEDRA QUE DIVIDE EL PÓRTICO DE LOS JARDINES, Y REPARTIDOS EN VISTOSO GRUPO. EL EMPERADOR VIENE CON SU VESTIDURA IMPERIAL Y CON TODAS LAS INSIGNIAS DE SU PODER, Y AVANZA SOLO HASTA EL PRIMER TÉRMINO DEL ESCENARIO, QUEDANDO SILANO EN EL FONDO DELANTE DE LA BALAUSTRADA.

Pub., viéndole cuando Sofronia le señala. ¡Majencio!

Emp., á Silano. Helos allí á los dos: razon tenias.

Pub. Hémos, tigre feroz.

Sof. ¡Publio, silencio!
No provoques audaz sus tiranías.

Emp., bajándose ya á la escena. Tú entre tanto, Silano, en Roma entera Desploma sin piedad mi saña fiera. Perezcan de una vez esos villanos: Honda sed de su sangre me devora. ¡Me provocan! pues bien, desde la aurora Que espongan en el circo á los cristianos, Abra sus fiestas con su sangre Flora, Y espectáculo den á los romanos.

(*A Publio con ira.*)

¿Aquí estás tú, prefecto? ¿Es este acaso El lugar que te di?

Sof. Perdon, Augusto.

Emp. Para nadie le habrá: un solo paso Os resta nada mas, cumplir mi gusto. Rinde tu orgullo, ó al lucir el dia Víctimas de mi ley, justa ó tirana, El cadáver será, tú esclava mia.

Sof. No, emperador: tu misma tiranía Me arranca á tu poder. Yo soy cristiana.

Emp. ¡Tú cristiana tambien!

Pub., á los piés del emperador. Perdon, Augusto;

¡Miente. No mas porque tu amor rehusa, Del falso crimen de impiedad se acusa. Miente, miente, señor.

Sof. Pavor ni susto La muerte no me da: mi audacia escusa. Publio: cristiana soy: que muera es justo.

Pub. Por los años, señor, que os he servido

Y lides que por vos he peleado,
Su falsa acusacion dad al olvido:
No es cristiana, señor, os ha engañado.
Vuestra es, señor, salvadla, y vuestra ira Cébese solo en mí, no en su mentira.

Emp. Me atosiga la cólera.

Sof., al pueblo y soldados. Romanos, Noble soy: y, de Roma ciudadana, No puedo esclava ser: mas soy cristiana, Y me cumple morir con mis hermanos. Esa es la ley.

El pueblo y los soldados. ¡ Si, si, mueral
Emp. En buen

hora,

Muera: gusto os daré: mas oye cómo
(*A Publio.*)

Yo la espondré en mitad del hipodromo,
Y escarnio de la turba mofadora
Su desnudez será: su vista impura
Hozará su nobleza y su hermosura.

Pub. ¡Deshonor tan infame!
Emp. Sí; y tú atado,
 En medio de la arena bajo un yugo
 Su vergüenza verás.

Pub. Antes, malvado,
 Sea mi propio brazo su verdugo.
 (*La hiera con su puñal.*)

Emp. ¡Villano!

Sof., cayendo. Publio, bien.
 (*Al emperador.*)

Nada tu encono
 Puede ya contra mí : con honra muero.
 (*A Publio.*)

Publio, recibe tú mi á Dios postrero.

(*Al emperador, y haciendo el último
 esfuerzo.*)

Augusto emperador, yo te perdono.

Emp. ¡Qué has hecho, miserable! me
 horrorizas.

¡Quitádmelo de aquí! Llévadle al fuego,
 Y esparcid por el viento sus cenizas.

Pub. Yo me espanto también; llevádmelo
 luego.

Impulso fué del corazón pagano,
 Mas fué el impulso de su misma estrella
 Que me arrastra á mi bien. Pueblo romano
 Quiero partir mi eternidad con ella.

Yo á las fieras también... *Yo soy cristiano*



LA OLIVA Y EL LAUREL,

ALEGORIA

ESCRITA PARA LAS FIESTAS

DE LA

PROCLAMACION DE S. M.

LA REINA DOÑA ISABEL II.



PERSONAS.

EL GENIO DE LA GUERRA, gallardo manco armado.

EL GENIO DE LA PAZ, noble matrona, vestida de blanco, coronada de oliva.

LA BUENA FE, representada en un rústico y honrado labrador.

EL TIEMPO, viejo.

EGO, ninfa juguetona y parlera, vestida al capricho.

GENIOS SUBDITOS DE LA GUERRA, COMO LA PESTE, LA AMBICION, EL HAMBRE, ETC., ETC.

ATRIBUTOS Y GENIOS DE LA PAZ, COMO EL AMOR, LA AMISTAD, LAS ARTES, ETC., ETC.



ACTO UNICO.

Mansion horrible en el alcázar del genio de la Guerra, representada por una gruta ó antro en el centro de una montaña, con toda la agreste belleza de que es susceptible semejante cuadro. En medio un robusto y frondoso laurel. En el fondo, á cierta elevación, un lecho rústico en que se ve dormido al Tiempo, con sus mitológicos atributos. Trofeos de armas de todas clases, antiguas y modernas, se verán esparcidos por la escena, con cuantos muebles quieran ponerse alegóricos de la guerra.

ESCENA PRIMERA.

OYESE RUIDO DENTRO DE ARMAS Y VOCES, Y SALEN VARIOS GENIOS SUBDITOS DEL DE LA GUERRA, ARRASTRANDO A LA PAZ AL LAUREL EN QUE LA MANIATAN.

El genio de la Paz. ¡Mónstruos! ¿así se ultraja á una matrona?

¿Así me trata vuestro rey?

Los genios de la Guerra. Así.

El genio de la Paz. ¿Nadie mi causa compasivo abona?

Los genios de la Guerra. Nadie.

El genio de la Paz. ¿Y cautiva seré siempre?

Los genios de la Guerra. Sí.

(*La dejan atada, y se apartan al fondo del escenario.*)

El genio de la Paz. ¡Miserá tierra! de ominoso luto

Tu faz envuelve en funerales tocas,

Y de jugo vital tu suelo enjuto,

En grietas hiende, cuyas anchas bocas

La sangre chupen de las lides fruto.

Fuentes de sangre manarán tus rocas,

Y tus verdes encinas corpulentas,

Hojas y ramas brotarán sangrientas.

Las brisas que otro tiempo perfumadas

Sonaron por tus bosques y jardines,

De sangriento vapor vendrán preñadas,

Arrastrando el clamor de los clarines:

Y en vez de tus silvestres enramadas

De espesas madre selvas y jazmines,

Verás pudrirse entre tus secos guijos

Los desgarrados miembros de tus hijos.

¡Miserá tierra! la guerrera trompa

Atronará tus ámbitos sangrientos;

Y despojada de tu fértil pompa,
Que hoja por hoja arrancarán los vientos,
Serás solo un pedrusco en que se rompa
La furia de los locos elementos ;
Desierto de arenales y peñones,
Madriguera de sierpes y leones.

ESCENA II.

EL GENIO DE LA PAZ, EL DE LA GUERRA,
SUS GENIOS.

El genio de la Guerra, saliendo de repente. Será, muger imbécil, mi palacio :

Y el campo despojado de verdura,
Circo será de suficiente espacio
Donde ensayarme en la pelea dura.

Y si el suelo á brotar está reacio
De sus olmos y robles la espesura,
Al riego del sudor de mis corceles
Le poblaré de bosques de laureles.

¿Qué falta nos hará tu vil descanso?
¿Qué valen tus pacíficos primores,
Ni qué importa la orilla de un remanso
Cercar de huesos ó de breves flores?
¿Qué mas da que repita el aire manso
Tus himnos ó el doblar de mis tambores?
¿Porqué han mas de valer tus torpes vicios
Que mis nobles y ardientes ejercicios?

¿Tú, qué has creado? Imbéciles varones
Que consumen su vida en dictar leyes,
Que hacen desesperar á las naciones,
Y acudir á las armas á los reyes :
Y al fin de sus discursos baladrones,
Cuando han uncido para arar los bueyes,
Que es fuerza ven para guardar su tierra
Uncirlos en el carro de la guerra.

Para venir á tales resultados,
No sé porqué la tierra dividida
Entrambos ha de estar : pues tus estados
Por mí te tienen siempre defendida,
Y tu prez y valor son mis soldados,
Y mis bravos ejércitos tu vida
Protegida es igual que encarcelada :
Quédate, pues, á mi laurel atada.

El genio de la Paz. Genio de sangre y mortandad sediento,
Si guarda aún tu corazón de roca
De compasión un solo sentimiento,
Una súplica atiende de mi boca.

El genio de la Guerra. Templo es mi pecho del altivo aliento
Que mantener al vencedor le toca :
Habla, y si ves que con orgullo escucho,
Ve que en oírte solo aun hago mucho.

El genio de la Paz. Oye un instante,
pues : En una punta

De esa altanera tierra de la Europa,
Una noble nación hay que se junta
Contra sí misma en iracunda tropa.
Diez años dormí allí casi difunta,
Del regio manto en la rasgada ropa,
Y diez años guardé con pobres leyes
El combatido solio de sus reyes.

Diez años son de llanto y amargura,
En abandono y soledad pasados,
Mas diez años que llevo por ventura
En mi memoria y corazón grabados :
Y con tan honda y maternal ternura,
Me aduerto en sus recuerdos encantados,
Que me holgara en yacer en aquel suelo
Que con tan puro azul cobija el cielo.

Pon mi cárcel allí, será mi trono :
Señálame en su centro en breve espacio
Mansion, y el universo te abandono,
Por si te ves al fin de sangre sacio.
No mas entre los dos lucha ni encono :
En pocos piés de tierra mi palacio
Tendré, y bajo tus leyes de esterminio
Tendrás al universo en tu dominio.

Esto conviene mas á tu bravura
Y al excelso esplendor de tu corona,
Que dar en tal mansion cárcel oscura
A una pobre y pacífica matrona.

El genio de la Guerra. Bien merece
un rincón por sepultura
Quien todo el universo me abandona :
Mas veamos, ¿cuál es la tierra estraña
Dó ese rincón anhelas?

El genio de la Paz. Es España.

El genio de la Guerra. ¡España!

El genio de la Paz. Sí ; que en su feraz terreno

Revientan las espigas entre flores,
Y de sus valles el sombrío ameno
Orea con purísimos olores,
En amarillas chozas lechos de heno
Que acunaron del mundo á los señores
España, sí, donde á la par se anida
El germen del honor y de la vida.

Allí es sufrida la briosa gente ;
Allí el pueblo es leal, sóbrio y sencillo ;
Allí segura la amistad no miente,
No ciega allí del oro el falso brillo ;
Allí se escucha á la vejez prudente ;
Allí ase el mozo á par espada ó trillo,
Y allí según que la ocasión requiere,
Se vive labrador y héroe se muere.

Hartos siglos en guerras desastrosas
Allí siguieron tu sangriento carro,
Y tuvieron sedientos sus sabrosas
Aguas que serenan en rojo barro.
Déjame, pues, que las marchitas rosas
Fecundice otra vez del fresco Darro,
Y el són alegre de tranquila zambra

Vuelva á encantar los patios de la Alhambra.

El genio de la Guerra. Ten esa lengua, y que jamás me pida

Lo que jamás me comprarán tesoros.
Pidiérasme la Italia corrompida,
Que alza á su esclavitud himnos sonoros;
Pidiérasme la Grecia empobrecida,
Las tostadas arenas de los moros
Y cuanto el mar sobre la Europa baña,
Antes que un pié de la atrevida España.

Allí nace el varon constante y fiero;
Allí nace el soldado vigoroso;
Allí se forja irresistible acero,
Y allí se cria el bruto poderoso
Que saca del combate al caballero,
O da con él su aliento generoso:
Y allí mueren invictos capitanes
Los que nacieron rústicos jayanes.

¿Darte la España yo? Nunca, sería
Cederte imbécil el mejor pedazo
De mi solio imperial; preferiria
Sentir sin fuerzas mi potente brazo,
Y sin fé el corazon: mejor querria
Trocar por una rueca ó un cedazo
La ponderosa lanza, y entre flores
Presa yacer de estúpidos amores.

No; mi esclava serás. Yace aquí sola,
Mientras yo con mis fieros españoles
Conquistaré la mar ola tras ola,
La tierra ganará soles á soles.

El genio de la Paz. ¿Y qué esa raza lo-
grará española,

Cuando con ella el universo asoles?

El genio de la Guerra. Sus huesos forma-
rán una montaña

Donde clavemos el pendon de España.

Allí roto giron, mas siempre honrado,

Cuando la noche con sus velos ciña

Los ámbitos del mundo desolado,

Derramará la luz por la campiña:

Y abrirse el oriente purpurado

Espantará las aves de rapiña

Que á guarecerse de él habrán venido

Con corvo vuelo y gutural graznido.

¡Sús, pues, oh genios de la Guerra her-
manos!

Nuestro alcázar oscuro abandonemos:

¡Sús! y en los corazones castellanos

De las lides el vértigo soplemos.

Sangre goteen nuestras rojas manos:

Y pues cautiva ya la Paz tenemos,

Libres volad, ¡oh genios de la Guerra!

Y en España caed: nuestra es la tierra.

*(Vase el genio de la Guerra seguido de los
que han atado al de la Paz y de los que
han salido con él, al ruido de música
marcial que se pierde en lo lejos.)*

ESCENA III.

EL TIEMPO, EL GENIO DE LA PAZ.

El genio de la Paz. ¡Miserá España! Eden
voluptuoso,

Templo de la molicie y del amor,
¿Qué van á hacer de tu recinto hermoso
Las iras de ese genio asolador?

Los rizos de espesísimos cabellos
A tus lindas morenas cortarán,
Algun cañon para arrastrar con ellos,
Del cáñamo en lugar, que no hallarán.

En vez de los dulcísimos cantares,
De su amoroso afan tierna espresion,
Atronará tus viejos encinares
El estruendo del cóncavo cañon.

No bordarán tus campos gayas flores,
Las golondrinas ¡ay! te olvidarán,
Y acaso tus canoros ruiseñores
Con ellas á la par emigrarán.

¡Miserá España! el cetro sanguinoso
No admitas de ese mónstruo de furor;
No des camino en tu recinto hermoso
Al carro de ese genio asolador.

¡Inútil anhelar!... mas pasos siento:
¿Quién en esta prision penetrará?

La Buena Fé, dentro. ¡Hola! ¿no hay na-
die por aquí?

El genio de la Paz. ¿Qué acento!
Y no parece hostil: ¿de quién será?

ESCENA IV.

EL TIEMPO, EN SU LECHO, COMO EN LA AN-
TERIOR; EL GENIO DE LA PAZ, LA BUENA
FÉ.

El genio de la Paz. ¿Quién va?

La Buena Fé. ¿Y quién habla?

El genio de la Paz. La Paz.

La Buena Fé. ¿Porqué no tomas la puerta?

Yo abierta me la encontré;

Y lo mismo la dejé.

El genio de la Paz. Confuso mi alma no
acierta

Quién se atreva á hablar aquí

De manera tan estraña.

La Buena Fé. Soy la BUENA FÉ de España.

El genio de la Paz. Reconocerte debi.

La Buena Fé. ¿En qué?

El genio de la Paz. En la franca espresion
Con que tu labio se esplica.

La Buena Fé. Sus sentimientos me aplica
A la lengua el corazon;

Que como yo campesino

Soy, y criado en llaneza,

Siempre llamé con franqueza

Al pan pan, y al vino vino.

El genio de la Paz. ¿Mas cómo te encuentro aquí?

La Buena Fé. Pié á pié me han desposeído De la tierra en que he nacido, Y de la tierra me hui; Y ese desierto quizás Travesando á la ventura, Dí con una puerta oscura, Y entréme sin mas ni mas.

El genio de la Paz. ¿Cuál es tu tierra?

La Buena Fé. Castilla.

El genio de la Paz. Mas por su honradez descuella.

La Buena Fé. Mas fermenta en toda ella De la doblez la semilla.

Ello es que hay duelos á miles Sobre el Hispálico suelo Y á España cubren de duelo Fieras contiendas civiles.

Contra sí mismos, insanos Revuelven sus propios hierros, Y se muerden como perros Los leones castellanos.

¡Qué diablo! y no han de poder Lo que pretenden lograr, Pues todos son á mandar, Y ninguno á obedecer.

Ya no hay lazos que les atén, No hay leyes que les contengan; Estos de aquellos se vengán, Los otros y estos se baten.

Yo les grité: «Sois hermanos, Bajo un mismo sol nacidos;» Mas no me dieron oídos, Y vinieron á las manos.

Me afané por su concordia; Mas sobre mí dieron luego Guerreándome á sangre y fuego La cólerica Discordia,

Y el Hambre descolorida, Y la Ambicion de oro hinchada, La Traicion enmascarada, Y la Envidia carcomida.

Y por dó quier me asaltaban, Por dó quier me perseguían, Y alguna vez me adulaban, Y traidoras me vendían.

Yo sostener no pudiendo Contra tantos tan vil guerra, Abandoné al fin la tierra, Y hasta aquí me vine huyendo.

El genio de la Paz. ¡Ay infeliz campesino!

Y hasta tus piés te vendieron Cuando hoy emprender te hicieron De este lugar el camino.

De la guerra huyendo vas

La doblez y la malicia,

Y por tu propia impericia

Dentro de su alcázar das.

La Buena Fé. ¿Esto es su alcázar?

El genio de la Paz. Esto es.

Y aquí es fuerza, desdichado,

Que te encadene á mi lado

Si no te salvan los piés.

La Buena Fé. Huye conmigo.

El genio de la Paz. No puedo,

Que me atan estas cadenas.

La Buena Fé. En ese caso tus penas

Contigo á llorar me quedo.

El genio de la Paz. Y te asirán.

La Buena Fé. ¿Qué remedio?

Los hombres me llaman tonto,

Y á todo me encuentro pronto

Si no por virtud, por tedio.

El genio de la Paz. Huye, por Dios, y yo sola

Llore la desdicha mía.

La Buena Fé. ¿Sin tí? no; renegaría

De mi buena fé española.

Contigo me he de salvar,

O me he de quedar contigo.

El genio de la Paz. Huye, labrador, te digo.

La Buena Fé. Es inútil porflar.

El genio de la Paz. ¡En todo con poco tino

Ha de obrar la Buena Fé!

La Buena Fé. Pues de ambos á dos no sé

Quién tomó peor camino.

Que si con sana intencion

Dó quier hallarte deseo,

A fé que ahora que te veo

Te hallo en buena situacion.

El genio de la Paz. Tórnate á España.

La Buena Fé. No haré:

De donde la Paz emigra,

O muchísimo peligra,

O estorba la Buena Fé.

El Tiempo, levantándose del lecho. Errado vas, buen villano,

Y tu ruda terquedad

Muestra bien claro en verdad

Tu honradez de castellano.

La Buena Fé. ¡Hola! ¿el viejo nos oía,

Y creí que reposaba?

El Tiempo. Todo en el Tiempo se graba,

Todo lo escucha y lo espía.

Nada á mis ojos se esconde;

Nadie hay que en mi contra arguya,

Ni hay nada que no concluya

Allí dó le corresponde.

Y así como mi guadaña

Calmó lides mas impías,

Yo haré que en muy breves dias
Calme las lides de España.

La Buena Fé. El remedio es como tuyo;
Sin duda, ¡viejo feroz!
Tú dices : meto mi hoz
A ciegas, siego, y concluyo.

Y siempre que haces alarde
De tu poder, he advertido,
Que al mal á que has acudido,
Acudiste siempre tarde.

El Tiempo. Un poder mas soberano
Guía mi mano, labriego,
Y yo le consagro ciego
Todo el poder de mi mano.
Y este jamás se equivoca
Ni se distrae, ni alucina,
Que es quien los astros calcina
Con el soplo de su boca.

La Buena Fé. ¡Bah! ¡quieres salvar á
España

Y con tal calma te estás!
¿Mas tú? ¡pues la dejarás
Soberbia con tu guadaña!

El Tiempo. Como quien eres replicas.

La Buena Fé. Lo que sentí siempre hablé.

El Tiempo. Pues oye bien, Buena Fé,
Con quién es con quien platicas.

Yo antes que el cielo y que la luz naci;
La negra eternidad mi madre fué:
Heso lo pasado vive en mí,
Y penetrar en lo futuro sé.
Yo las generaciones nacer ví;
Yo las generaciones enterré:
Y todo cuanto ha sido, es, y será
Puesto al alcance de mi mano está.

Yo consumo las fuerzas del leon;
Yo carcomo los bordes de la mar;
Yo mino el pié del colosal peñon:
Yo desplomo la encina secular:
Yo marco á las edades division:
Yo puedo las arenas numerar:
Yo doy á cuanto á luz puede salir
Lugar en que nacer y en que morir.

Yo el giro de los astros señalé:
Yo vida débil á las flores dí:
Yo arraigo el árbol que morir las ve:
Yo inspiro al ave que se anide allí.
Yo hago al gusano que le roa el pié,
Y yo que la existencia les medí
De ave y gusano y flor y árbol al par
Siento el soplo y la savia circular.

Yo cuento las escamas al reptil
Para saber los años que vivió:
Cuento á la tierra sus grietas mil
Para saber el jugo que perdió;
Y las plumas al pájaro gentil
Y á la araña los hilos que tejó,
Y sus conchas le cuento al mar azul

Y sus hojas al cárdeno abedul.

Yo juego con el mundo universal
Trastornando á placer cuanto hay en él:
Yo hago jardin el árido arenal,
Y torno en lago fétido el vergel.
Yo arrasé el paraiso terrenal:
Yo desmonté las piedras de Babel,
Y amontoné nacion sobre nacion
Para esparcir en polvo su monton.

Ya sabes lo que puedo y lo que soy:
Escucha, pues, lo que escondido está
(*Señalando al reló de arena.*)

Bajo esos granos que contando voy
Y un vaso en otro trasegando va.
Cuando la vuelta á ese arenero doy
Con él la vuelta la centuria da;
Y cuando en él la arena entre al revés
Será España feliz.

La Buena Fé. con oportunidad. Vuélvele
pues.

El Tiempo. No; faltan granos que pasar
aun:

Faltan dias aun de division;
Mas pronto formará masa comun
La arena en solo un vaso y un monton,
Y vuestras horas cambiarán segun
Los granos cambiarán de situacion,
Hasta que radie bajo el *real dosel*
La coronada frente de *Isabel*.

El genio de la Paz. Y entre tanto los
pueblos arderán
En lid sangrienta sin honor ni prez.

La Buena Fé. Y al incauto español su
presa harán

La pérdida ambicion y la doblez.

El Tiempo. Su nobleza y su fé les salva-
rán,

Y os abrirán los brazos otra vez,
Y tranquilo otra vez se alzaré el sol
Por cuanto abarca el ámbito español.

La Buena Fé. Buena esperanza, mas ¡á
buena hora!

El Tiempo. Ten confianza en mí.

La Buena Fé. Despacio va.

La ninfa Eco, dentro. ¡Ah!

La Buena Fé. ¿Eh? ¿qué hace aquí esa
voz remedadora?

Eco, dentro. Llora.

La Buena Fé. ¡Calla! ¿y quién llora entre
el peñasco hueco?

Eco, dentro. Eco.

El genio de la Paz. ¿Eco? ¡tambien tal
vez huyendo va!

Eco, dentro. Va.

El Tiempo. Es Eco, esa ninfa loca,

Que gime de roca en roca.

El genio de la Paz. Bien llegada hasta
aqui sea

Aunque pese á su pié audaz.

El Tiempo. Solo en repetir se emplea
Lo que es de aprender capaz.

La ninfa Eco. Paz. (*Saliendo.*)

El Tiempo. Esa es quien verte desea.

Eco. Sea.

ESCENA V.

EL TIEMPO, QUE MIRA INDIFERENTE CAER
LA ARENA DE SU RELÓ; EL GENIO DE LA
PAZ, LA BUENA FÉ; LA NINFA ECO.

El genio de la Paz. ¿Cómo en lugar tan
horrendo

Penetrar osaste?

Eco. Huyendo.

El genio de la Paz. ¿Y sobre qué tierra
estraña

Dejas tu albergue?

Eco. En España.

El genio de la Paz. ¡Todos la huyen!
¡ay de mí!

Eco. ¡Ay de mí!

El Genio de la paz. ¡Todos la dejan así!

Eco. Sí.

La Buena Fé. Bizarramente contesta :

Mas á mí, si no te ofende

¿Me darás una respuesta?

Eco. Presta.

La Buena Fé. Saber, pues, mi afán pre-
tende

Lo que pasa en nuestra tierra.

Eco. Aterra.

La Buena Fé. Habla pues, mas dilo todo

En el lenguaje y el modo

En que Castilla lo entiende.

Eco. Pues atiende.

Yo el Eco soy que domina
De España á todos los ecos,
Que habitan entre los huecos
De su tierra desigual :
Y ninfa jóven, y libre,
Y juguetona y risueña,
Repito de peña en peña
Cuanto escucho bien y mal.

Yo en la soledad del monte
Al resplandor de la luna
Las notas una por una
Remedo de su rumor ;
El murmullo de las hojas,
El gotear de la fuente,
Y el susurro impertinente
Del insecto zumbador.

Y en remedar me divierto
Por los valles á deshora
De la bella labradora
Los suspirillos de amor ;

Y en imitar me complazco

Entre los ásperos cerros

El ladrido de los perros

Y el silbar del cazador.

Así la vida me paso

Embebecida y contenta

Escuchando siempre atenta

Cuanto suena en derredor,

Y me halagan igualmente

De la noche entre el misterio

De los monges el salterio

Y la gaita del pastor.

Así he vagado tranquila

Desde una á otra montaña

De la deliciosa España

Por el suelo encantador ;

Hasta que el aire aromado

De su fructifera tierra

Llenó el genio de la guerra

Con su salvaje clamor.

De entonces fué mi destino,

Cambiándose de repente,

Volver incesantemente

El redoble del tambor,

Y el gemir del moribundo,

Y el crujir de la batalla,

Y el silbar de la metralla

Y el clarín del vencedor.

Poco á poco el estampido

De los cóncavos cañones

Que hundian los murallones

Con temeroso fragor

Ensoberdecíó á mis hermanas,

Que con tan ciega fortuna

En sus grutas una á una

Espiraron de temor.

Yo solo quedé, y errante

Busqué en las chozas asilo

Y bajo el hogar tranquilo

Del sencillo labrador :

Mas palmo á palmo la tierra

Me hicieron perder huyendo

Mis guaridas invadiendo

En tropel devastador.

De Cataluña en los riscos

Creí que me salvaria,

Mas cercados los tenia

Somaten atronador ;

Huí donde orla de rosas

Guadalquivir su ancha orilla ;

Mas ¡ay! tambien en Sevilla

Combatian con furor.

Entonces tendí los ojos

Por la sangrienta campiña

Y solo aves de rapiña

Sobre ella cerperse vi :

Y hallándome sin un hueco

Donde murmurar en calma

Llena de pesar el alma
Dejó el suelo en que nació.

El genio de la Paz. ¿No queda, pues,
un pedazo

De ese misero terreno
De desolacion ajeno?

Eco. Todas son lides allí.

La Buena Fé. ¿Qué tal? ¡y ese viejo estúpido

Nos auguraba venturas!

El genio de la Paz. Todo el campo en sepulturas

Se habrá tornado ¡ay de mí!

Eco. ¡Ay de mí!

La Buena Fé, al Tiempo. ¿Lo ves? ya todo la guerra

Lo atropella y lo trastorna :

¡Y tú aquí con tanta sorna

Sin acudirnos te estás!

¿No decías que el remedio

Tenías ahí en la mano?

El Tiempo. Esperé el último grano.

La Buena Fé. ¡Que caerá tarde quizás!

El Tiempo. Caerá cuando tiempo sea.

La Buena Fé. ¡Pardiez! y en tiempo oportuno.

Cuando no quede hombre alguno

(*Ruido dentro y lejano.*)

De la ventura capaz.

El genio de la Paz. Silencio. ¿No oís?...
El genio de la Guerra, dentro. ¡Victoria!

Eco, como volviendo el sonido. ¡Victoria!

La Buena Fé. ¿A qué alzas tú el grito?

Eco. Es que cuanto oigo repito.

La Buena Fé. Tu costumbre montaraz.

Eco. Tal es mi naturaleza :

Mas el rumor se aproxima.

(*La Paz, Eco y Buena Fé, escuchan con ansiedad, y muestran cada vez mas pavor.*)

La Buena Fé. Ruego al cielo que reprima

Lo sonoro de tu voz.

El genio de la Paz. ¡Es el genio de la Guerra!

La Buena Fé. ¡Es el Averno que se abre!
(*Con miedo.*)

El genio de la Paz. Fuerza es que tumba nos labre

En su victoria feroz.

El genio de la Guerra, dentro. ¡Victoria!

El genio de la Paz. El trance postrero

Para nosotros llegó.

El Tiempo, volviendo al lecho. Yo aquí indiferente espero.

La Buena Fé. ¡Y yo tiemblo!

El genio de la Paz. Y yo.

Eco. Y yo.

(*El genio de la Paz, inclinando la cabeza sobre el pecho, manifiesta el mas profundo abatimiento. La ninfa Eco se guarece de una gruta, nicho ú otra cualquiera abertura proyectada á la izquierda. La Buena Fé se acoge junto al lecho del Tiempo.*)

ESCENA VI.

EL GENIO DE LA PAZ, EL TIEMPO, LA BUENA FÉ; ECO, OCULTA; EL GENIO DE LA GUERRA, SEGUIDO DE LOS OTROS GENIOS SECUACES SUYOS.

El genio de la Guerra. Así : que vuestros gritos de victoria

La cavidad de mi recinto atruenen,

Y las hojas del árbol de mi gloria

A vuestra voz estremecidas suenen.

Tejedme de laurel doble corona,

Cuya sacra verdura inmarcesible

Hasta el rayo de Júpiter perdona

Prestándonos valor irresistible.

Lejos de aquí las de aromosos ramos

Del arrayan de Venus, que cautiva

De amor el corazon; nunca cifiamos

Encina verde ni jugosa oliva.

El laurel nada mas, que es lo que toca

A quien con su valor domó la tierra;

Laurel que arraiga en la escarpada roca

Al dintel del alcázar de la guerra.

Y tú de serenatas y festines

Genio entre la mollicie envilecido,

Yace ahí, mientras tienen mis clarines

El aire de tu España ensordecido.

Yace mientras agita la discordia

Su fiera poblacion : llorando queda,

Mientras caen tus olivas de concordia

De mi carro triunfal bajo la rueda.

Eco. Rueda.

El genio de la Guerra. ¿Quién remeda mi voz bajo ese hueco?

Eco. Eco.

El genio de la Guerra. Esa audacia ¡por Hércules! me admira.

Eco. Mira.

El genio de la Guerra. Arrastrad á mis plantas á quien sea.

Eco. Sea.

(*Los genios sacan á la ninfa Eco.*)

El genio de la Guerra. ¿Quién eres tú?

Eco. De hoy mas soy tu cautiva.

El eco soy de la infeliz España

A quien traen tus combates fugitiva

De montaña en montaña.

El genio de la Guerra. ¿Y quién te trajo aquí?

Eco.

Mi pié estraviado.

El genio de la Guerra. Reconozco la mano del destino

Que me quiere dejar de ti vengado.

Yo por los campos con afán corría

De España; á lid sus pueblos convocaba,

Y tan solo mi voz se obedecía

En el círculo escaso en que sonaba.

¿Y eras tú quien mi voz entorpecía

Porque mi ronca voz te amedrentaba,

Porque tu eco mi voz no repetía

Y en tus mudas cavernas espiraba?

Pues bien; de tu traición y tu malicia

El vengarme á mi vez será justicia.

Atadla allí tambien con nudo recio,

Y que mueran las dos.

La Buena Fé. Son dos mugeres,

Señor.

El genio de la Guerra. ¿Otro extranjero? ¿y tú quién eres?

La Buena Fé. Yo... soy... la Buena Fé.

El genio de la Guerra. Por eso, necio,

Perdon para los otros solicitas

Cuando al par para tí lo necesitas,

Pues que las tiende tu amistad la mano.

La Buena Fé. Es cierto; yo jamás mentí, villano.

El genio de la Guerra. Bien: pagareis los tres al mismo precio:

Mueran sin compasion.

El Tiempo. Tente, tirano.

El genio de la Guerra. Fuera, estúpido viejo, aparta ahora

Y cuenta sus instantes postrimeros.

El Tiempo. ¿Ni aun tu ira calma la muger que llora?

¿Qué te harán esos pobres prisioneros?

¿Rendidos no los ves bajo tu planta?

¿Qué podrán estorbarte, si les dejas

Con el dogal atado en la garganta?

El genio de la Guerra. Escusa, anciano impertinente, quejas:

Mis enemigos son, y si que vivan

Dejo, y te imitan en tu porte ambiguo,

Tal vez mañana libertad reciban

Y vuelvan otra vez al daño antiguo.

El Tiempo. Escucha, pues.

El genio de la Guerra. Aparta, nada escucho.

El Tiempo. Repara que es el Tiempo poderoso.

El genio de la Guerra. ¿Quién mas que yo?

El Tiempo. Quien menos orgulloso

Blasona poco, pero alcanza mucho.

El genio de la Guerra. Inútil bravéar.

Yo solo quiero

El orbe dominar: y á España toda

De mi parte tener, que al orbe entero
Prefiero el gérmen de su sangre goda;
Sí, este sol de la Paz es el postrero.

El Tiempo. Piénsalo bien y al Tiempo te acomoda.

El genio de la Guerra. Quiero ser solo,
y morirá sin duda

Por mas que el Tiempo á su socorro acuda.

El Tiempo. Mira que avanza de su triunfo el día.

El genio de la Guerra. Su triunfo á detener hasta mi mano.

El Tiempo. Puede esa arena acelerar la mia.

El genio de la Guerra. No, caer debe hasta el postrero grano;

Y quedan los de un año todavia.

El Tiempo. Tal vez no.

El genio de la Guerra. ¿Me provocas?

El Tiempo. La cabeza

Respeto de la Paz.

El genio de la Guerra. Ruegas en vano.

El Tiempo. No puedo con tan torpe villanía:

Ríndeme, vil, tu bárbara fiera:

Suprimo ese año en que tu rabia fia;

Mira, EL REINADO DE ISABEL EMPIEZA.

(*El Tiempo vuelve su reló de arena.*)

ESCENA ULTIMA.

Cambia la decoracion en deliciosos jardines en el alcázar de la Paz. El laurel á que esta se halla atada se cambia en una oliva. y abriéndose en el fondo un vistoso grupo de vapores, aparece el retrato de S. M. Doña Isabel II con cetro y corona.

El genio de la Paz. Genio de sangre y lides nunca sacio,

Dobla á mis plantas la cerviz altiva.

El genio de la Guerra. ¿Qué es esto? ¿donde estoy?

El genio de la Paz. En mi palacio.

El genio de la Guerra. ¿Qué árbol es este?

El genio de la Paz. De la Paz la oliva.

El genio de la Guerra. ¡Cielos!

El genio de la Paz. Pasó de un puntc en el espacio

A ser señora la que fué cautiva.

El genio de la Guerra. ¿Y ese esplendor que tu palacio inunda?

El genio de la Paz. Es la sonrisa de Isabel Segunda.

El Tiempo. Es Isabel, quien tu furor confunde;

Quien tu brazo rindió jamás vencido:

Quien las delicias de la paz difunde

Desde el agosto solio á que ha subido.

Esa es por quien mi mano un año hunde

En la lóbrega sima del olvido,
 Librando así de tu sangrienta saña
 La dulce Paz de la turbada España.

El genio de la Paz. Sí, me rinde la luz
 de su semblante :

Su tierna edad y su inocencia pura
 Esclavizan mi espíritu arrogante,
 Que esclavo es el valor de la hermosura.
 Ruede á sus piés mi escudo rutilante,
 Caiga rota á sus piés mi lanza dura :
 Sépase al fin que en la española tierra
 Sabe ceder á la razon la Guerra.

El Tiempo. Y yo el Tiempo á los dos sabré
 marcar,

Y entre los dos igual le partiré.
 Yo sabré tu laurel inmarchitar,
 Yo tu oliva feraz fecundaré.
 Yo sabré tu valor utilizar ;
 Yo tus frutos dó quier propagaré,
 Y ambos á dos unidos, su cerviz

Podrá España elevar libre y feliz.

(La Paz y la Guerra se dan la mano.)

El genio de la Paz. Yo llenaré sus
 campos de verdor ;

Yo cubriré de naves su ancho mar :
 Yo inspiraré á los vicios noble horror :
 Yo haré la ciencia y el trabajo amar :
 Yo á la ley y á las artes daré honor :
 Yo haré la religion con fé mirar ;
 Yo haré de España con el tiempo, en fin,
 De gloria y de placer, templo y jardin.

El genio de la Guerra. Yo guardaré su
 campo al labrador,

Yo haré sus leyes santas respetar :
 Yo daré á sus ejércitos valor :
 Yo les haré vencer en tierra y mar :
 Yo con mi escudo guardaré su honor :
 Yo haré el nombre español reverenciar,
 Y su rojo pendon llevaré en fin,
 De uno en otro recóndito confin.



LA COPA DE MARFIL,

ESPECTÁCULO TRAGICO EN TRES PARTES.



PERSONAS.

ROSMUNDA.
ALBOINO.
BRENILDA.

RODIMIRO.
BUCILIO.
SOLDADOS. ESCALVOS.

La escena en Verona. — Año 573 de N. S. J. C.



PARTE PRIMERA.

Antecámara real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y á los lados. En medio un pequeño aparador con copas que sirve en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

BRENILDA.

(Aparece mirando con circunspeccion por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festin, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin que pueda interrumpir la representacion.)

Aun dura su festin. ¡Cuán fácilmente Olvidan sus peligros y desastres Esos guerreros que lo mismo se hartan De generosos vinos, que de sangre! ¡Cuán fácilmente su garganta trueca Sus aullidos de guerra formidables Y sus lamentos bárbaros de muerte En alegres y báquicos cantares! Hé allí al rey Alboino... ¡oh! bien querrian Otro nombre mejor mis labios darle, Mas sonar debe solo en sus oídos Tan delicioso título... en las reales Cámaras nada mas, en las tranquilas Nocturnas horas, cuando todo yace Sepultado en el sueño y el silencio, Y oírnos nombre tal no pueda nadie. Ciegos en derredor todos los ojos

Tienen que estar para esto; los pilares De esta estancia no mas tal nombre escuchan Cuando en murmullo de mis labios parte, Y de su labio real otro tan dulce Como el que yo le doy en pago sale... Mas seguros que el eco de ambos nombres De la cámara real se ahoga en el aire... Y mientras ¡ay de mí! solo me es dado Vagar en torno de él; pasar, mirarle, con su acento, contemplar su rostro, servir su copa y á sus pies sentarme, Cual blanca sombra del amor perdido, Casto recuerdo de adorada imagen, Sin que ese nombre dulce en mis oídos Suene jamás en público... ¡quién sabe? Tal vez un dia por la vez primera Sonará, y para siempre mi linaje, Mis derechos, mi amor, mis sufrimientos Al universo todo haré palpables. Tal vez... mas él tambien á la derecha Del rey está. ¡Cuán bello! en sus brillantes Pupilas, en su rostro todo entero Se revela el placer que halla en mirarme. (Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda, y al percibir á Brenilda se detiene á escucharla, acercándose poco á poco hasta colocarse detrás de ella.) Y sus ojos no mas me ven ahora; Nadie mas que él me ha apercibido... ¡oh! vale Para mí esta mirada hurtada á todos La mitad de mi vida... idolatrarle Puede no mas mi corazon. Le adoro; Sí, le amo, y me estasio contemplándole. (Mira con precaucion levantando el tapiz.)

ESCENA II.

BRENILDA, ROSMUNDA.

Ros. (¿Qué dice? ¿le ama? ¿á quién?
¿dónde sus ojos

Se fijan? ¿Quién es él...? ¡Si mas sagaces
Que los suyos los míos el objeto

De su amoroso arrobamiento hallasen!

(Mira por detrás de Brenilda.)

¡Cielos, es él! es Rodimiro... el vaso
Alza al rostro... si, sí; para ocultarme
Su clara turbacion, porque tras ella
Aparecer ha visto mi semblante.)

Bren. Mas ha palidificado de repente :
No me quiere mirar!

Ros. Niña, ¿qué haces?

Bren. ¡Ay!

Ros. ¡Silencio! que otro ¡ay! involuntario
No llame su atencion...

Bren. Señora...

Ros. Apártate
Del círculo á que alcanzan sus miradas,
Y respóndeme : ¿qué es lo que te hace
Tan arrobada estar ante esa puerta?
¿Qué hay en la mesa del festin que llame
Tan fuertemente tu atencion? ¿no has visto
Nunca en palacio fiesta semejante?

¿Nunca vistas al rey sus nuevos triunfos
Celebrar en la mesa con sus grandes
Y sus guerreros, di? ¿ó es que hay entre
ellos

Quién tu liviano corazon ablande
Con el osado fuego de sus ojos?

Bren. ¡Qué! á ser eso verdad, ¿tan mal
lo hallarais

Que así lo preguntéis, airado el gesto,
Trémula...?

Ros. ¿A ser verdad? ¿vas á negarme
Lo que escuché yo misma de tu boca,
« Le amo, le adoro? »

Bren. ¡Dios! ¿eso escuchásteis?

Ros. Sí, y las miradas de sus ojos fijas
Sobre los tuyos sorprendí. ¿Turbarse
No le vistas? ¿llevar el vaso al rostro
Tras su áureo metal para ocultártele?
Pues fué porque detrás de tu cabeza
Vió la mia en la sombra dibujarse.

Bren. Sí, todo ahora lo entiendo.

Ros. ¿Ahora lo entiendes?
Y el vil secreto que pasar dejaste
De tu pecho á mi pecho, ¿has comprendido
Hasta dónde ¡infeliz! puede llevarte?
¡Si el rey lo comprendiere!

Bren. Siempre... siempre
En mi mayor tormento se complace
Vuestro vil corazon...! ¡Siempre, dó quiera

Persiguiéndome vais, vais espiándome,
Contándome los pasos que camino,
Interpretando de mi voz las frases,
Esprimiendo los mismos pensamientos
Que aun á palabras no reduje : echándome
Al rostro sin piedad mi desventura,
De mi misma virtud haciendo ultraje,
De mi pobre esperanza una por una
Sin compasion las flores deshojándome!
¿Hasta cuándo, señora, este suplicio
Ha de durar? Sin nombre me dejásteis,
Sin mil derechos que al nacer obtuve,
Cuando á la luz me dió mi régia madre;
Cuanto era mio, vuestro fué : nacida
Bajo de real dosel, de reyes traje
Noble y justa altivez, sin recordaros
Los vasallos, los bosques, las ciudades
Que pasaron á vos... y con todo ello
Ofrenda os hice y os rendí homenaje.
Él os amó y me dijo : « Me interesa
Que el trono rindas, que tu nombre calles,
Que no entienda tu sér hombre nacido,
Y olvidada de ti por otra pases. »
Y olvidada de mí pasé por otra;
Mi nombre ni mi sér no entendí nadie,
Y naciendo señora me hice esclava
De quien necio adoró mi ciego...

Ros. ¡Infame!

¡Que no salga jamás de tu garganta
Ese nombre fatal, y al reclamarle
Si te atreves un dia, ve, contempla
El abismo que cava inmensurable
Entre tí y Rodimiro : porque es ese
El soplo que mantiene el fuego que arde
En tu pecho, Brenilda : ese es el ídolo
A que elevó tu corazon altares.

Bren. ¡Por compasion, callad!

Ros. ¡Oh, te amedrenta

Que le conozca...! pero qué, ¿mas grave
Será por ello tu torpeza? al cabo
Es bizarro, galan, cortés, afable,
El escudo y sosten de Lombardia,
El trono con el rey divide casi.
¡Oh! ¡has elegido bien! no habrá en Italia
Quien descontento tu eleccion te tache.
Luego, es jóven, y hermoso; en rubios rizos
Larga madeja de cabellos cae
Sobre sus anchos hombros; sus pupilas
Radian cual radia en la serena tarde
Entre purpúreo pabellon de nubes
El sol, tras la montaña al ocultarse :
Su sonrisa es mas grata que el aroma
De la flor que en abril temprana nace,
Y es mas grata su voz que el són tranquilo
Con que murmura el aura entre los árboles.
¡Oh! ¡has elegido bien! ¡cuántas matronas
Mas espertas que tú, sus gracias traen
Esculpidas en su alma! ¡cuántas dieran

Muchas horas de amor, muchos galanes
 Tiernos, enamorados, generosos
 De su amorosa fé por un instante!
 Y tú casi en la infancia, al linde apenas
 Del campo de la vida, la red frágil
 Le tiendes de tu amor... tal vez á solas
 Con falsas esperanzas le persuades,
 Le ofreces...

Bren. Basta ya : tened la lengua,
 Que me avergüenza oír palabras tales
 En vuestra boca real; y una sospecha
 Siento al oiros en mi pecho alzarse
 Que os hace tan odiosa ante mis ojos
 Cuanto si al rey...

Ros. ¡Silencio! ¡miserable!
 ¿Qué es lo que osas pensar?

Bren. Lo que no osara
 Si vuestra misma voz no me obligase
 A concebir desde hoy.

Ros. Tus zelos solo
 Inspirártelo pueden.

Bren. Tal vez márgen
 Para ellos me han dado otros.

Ros. ¡Insensata!
 Calla, y tu crimen á ninguno achaques.
 ¿Tu te atreves á amar? ¿Sabes quién eres?
 ¿Ignoras que á morir puede llevarle
 Vuestro amoroso y criminal secreto?

Bren. ¿Nuestro? mio no mas: él no lo sabe.

Ros. ¿No lo sabe?

Bren. Jamás osó mi labio
 Ni aun dirigirse á él.

Ros. ¡Ah! no me engaños,
 Brenilda, ¿de ese amor...?

Bren. Vive el misterio
 Solo dentro de mí.

Ros. ¿Cómo probarme
 Lo que dices podrás, si yo te he visto
 Una vez y otra vez fija mirarle,
 Y á él por encima del dorado vaso
 Sus ojos elevar para mirarte?

Bren. Errado habrán mis ojos, mas mi
 lengua,

Mi corazon son puros; ni faltarme
 Jamás á mi decoro tanto pude
 Por mas que mi cariño me estraviase;
 Que yo jamás olvidaré, señora,
 Lo que me debo á mí, y aunque se rasgue
 Mi corazon de mi dolor al impetu,
 Devoraré en silencio mis afanes,
 Y sabré descender á mi sepulcro
 Víctima del dolor, mas no culpable.

Ros. ¿Tan severa virtud en tu alma jóven
 Con tan firme pasion á un tiempo cabe?

Bren. Cabe, si; y pues que vos la com-
 prendistéis,

Si él la entiende á su vez, que acaso es fácil,

Al mismo rey declararé sin miedo
 Mi pasion...

Ros. ¡Ay de tí! si tal osares,
 Brenilda : ese secreto es tu sentencia,
 Y solo vivirás mientras le guardes.

Bren. ¿Quién es esta muger, sagrados
 cielos,

Que por dó quiera á detenerme sale,
 Que á todas pertes con furor me sigue,
 Doblando mi dolor en todas partes?
 ¿Con que no hay para mi paz ni reposo?
 ¿No hay piedad para mí? ¿fuerza es que cave
 Mi tumba gota á gota con mis lágrimas,
 Y paso á paso hasta mi tumba baje,
 Empujándome vos paso tras paso,
 Cuanto ame y cuanto espere arrebatándome?

Ros. Te ciega tu pasion : yo solo quiero
 Por el camino de tu bien guiarte,
 Purgándote de necias ilusiones,
 Harto indignas de ti... pero ya salen
 Del banquete... esas lágrimas enjuga,
 Y á servir á tu rey pronto prepárate
 La última copa del festin : es honra
 Que te dispensa siempre, ya lo sabes.

Bren. ¿Qué me valdrá ¡ay de mí! secar
 los ojos,

Mientras el corazon lágrimas mane?

Ros. ¡Hola, esclavos! las lámparas difun-
 dan

La necesaria luz.

Bren. (¡Oh cielo, ampárame!)

Ros. Le ama... ¡y cuánto! ¡oh furor! ¡y
 torpe acaso

En mí alma la dejé que penetrase
 Dándola un arma contra mí...! no importa.
 Yo sabré para siempre separarles,
 Yo haré que entre los dos un muro inmenso,
 Inaccesible á entrambos se levante.

ESCENA III.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA,
 BRENILDA, BUCILIO.

Alb. ¡Bien lo hemos hecho por quien
 soy! y espero

Que no se quejarán de nuestro trato
 Esos romanos viles que nos tienen
 Por salvages estúpidos y bárbaros.

Buc. Lobos son nada mas que ahullan co-
 barden

Al verse en nuestras redes entrampados.

Alb. ¡Lobos! ¡Tienes razon!

Buc. ¿Qué ojos pusieron
 Sobre las mesas al mirar rodando
 Los vasos de oro de sus templos!

Alb. Era

Convidar al banquete necesario
A esos altivos ricos, cuyo miedo
Puede á Italia tranquila conservarnos.
Y aunque acaso completo no hallarian
El servicio á que están acostumbrados,
Tuvieron que comer, tuvieron vino,
Y se fueron con vida.

Buc. Ya las manos
Me hormigueaban á mí viendo sus gestos
Y melindres.

Alb. ; Pardiez! ya se marcharon,
Y cumplimos con ellos bravamente.

Buc. Eso sí, cual quien somos nos portamos.

Alb. Harto hacemos dejándoles la vida,
Puesto que, ya vencidos, son esclavos.
En fin, ahora nosotros lejos de ellos,
Sin ceremonias necias concluyamos
Nuestro festin como acabarlo deben
Húngaros valerosos y lombardos.

(*A Rosmunda y Brenilda.*)

;Hola! ¿aquí estais vosotras?

Ros. Tus costumbres
Sabiedo todo aqui te lo aprestamos.

Alb. Muy bien: esos imbéciles me han hecho

Tragar sin reflexion vaso tras vaso
Con sus rondas y brindis... y esos vinos
De Italia al paladar me son tan gratos
Que á no ser yo quien soy fuera de tino
Me pusiera tal vez. — ;Ea! sentaos,
Capitanes, aqui; todos en torno
Mío, y como partimos en el campo
Las lanzadas y golpes, la alegría
Con mano franca por igual partamos.
Rosmunda, tú tambien: y tú, Brenilda,
Sírvenme á mí; á vosotros mis esclavos,
Que estas manos son haces de azucenas
Y á un rey sirven no mas. ;Ea! bebamos.

Buc. Mas por los cielos, Rodimiro, creo
Que tu copa no apuras.

Alb., con desden. Estasiado
En amoroso arrobamiento há dias
Anda.

Rod. Alboino...

Alb. De tu mismo labio
Lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora
Que lo miro mejor, ;oh desdichados
(*Mirando á Brenilda y Rodimiro.*)
De vosotros si es cierto! esa memoria
Me recuerda... Brenilda, tú has llorado.
Rodimiro, ¡ay de tí si me has mentido!

Rod. ¡Yo mentir, Alboin!

Alb. Silencio. Cuando
Su mano á demandar te has atrevido,
Que ella estaba ignorante me has jurado
De tu insensato amor.

Rod. Sí, y estoy pronto

A volverlo á jurar; nunca llegaron
A sus oidos mis palabras.

Alb. ;Cómo
La he visto, pues, el rostro adelantando
Detrás de ese tapiz mientras comíamos,
Y cómo la volvías al soslayo
Sus furtivas miradas?

Bren. y Rod. ;Cielos!
Alb. Todo

Lo penetran mis ojos, insensatos.
Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo
A perdonarte amor tan temerario,
Mientras es sentimiento que escondido
Hierva en tu corazon; pero si osado
Redujiste á palabra el pensamiento
Para ponerle en sus oidos castos,
Te juro por el cielo que nos cubre
Que mueres esta noche.

Bren. ;Cielos santos,
Hay mas duelos aún! Señor, yo os juro
Por cuanto respeteis por mas sagrado
Que no me habló jamás.

Rod. Rey Alboino,
Tú me conoces bien; yo he peleado
Largo tiempo por tí; sabes mi esfuerzo,
Sabes que mis consejos y mi brazo
Te han servido con honra, y há bien poco
La Italia á conquistar te han ayudado:
Pues bien, yo me he creído con derecho
Para aspirar á galardón tamaño.
La he visto, la he amado: he acudido
A aquel que la guardaba, imaginando
Que quien era el segundo de su reino
Merecerla podria.

Alb. Te ha engañado
Tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora
Que tu lombardo brio amancillando,
Has aprendido á hacer largos discursos
En la lengua servil de los romanos.
En Hungría pidieron siempre tierras,
Castillos ó riquezas los soldados
En premio del valor, mas no mugeres.
Y si pensaste alucinarme acaso
Con largas peroratas en la lengua
De la vencida Italia, esfuerzos vanos
Para lucir tu ciencia de hoy escúsame;
Porque á mí esos discursos estudiados
Y esas floridas frases ni me mueven
Jamás ni me convencen: al contrario,
Me provocan á risa, porque creo
Que donde hay mucha lengua hay pocas
manos:

Y porque tengo oidos para húngaros,
Mas para perros de la Italia, látigos.

Rod. Castiga, pues, con ellos á tus perros,
Mas no amagues con ellos á lombardos
Como yo.

Alb. ;Como tú? me inspiras lástima

Y desprecio no mas. ¿Méritos altos
 Recuerdas de valor? ya lo has perdido.
 Si en otros tiempos junto á mi has lidiado,
 Hoy bajo el cielo de la torpe Italia
 Envilecido te has : lo están mostrando
 Los perfumados rizos de tu crencha,
 Tu esmerado vestir, tu afinado
 Porte, en fin, tu afición á los placeres
 Y el amor de quien cedés al halago.
 Mas la muger sobre la cual tus ojos
 Te atreviste á poner, á mas bizarro
 Y fuerte corazón está ofrecida :
 Porque tal cual la ves, es noble tallo
 De una rama arraigada en régio tronco
 Y con sangre real fecundizado.

Rod. Yo nunca pregunté para adorarla
 Qué sangre la dió el sér, ni cuáles trajo
 Títulos á tu casa : la vi en ella,
 Y me bastó encontrarla en tu palacio
 Para tenerla en mucho : ni es justicia
 Que por vivir su origen ignorando
 En tu casa me insultes.

Alb. Rodimiro,
 Basta de arengas ya : tú has provocado
 Mi lengua, y la solté : si te ha ofendido
 Súfrelo ; tu rey soy, tú mi vasallo :
 Y en cuanto á ella, que comprendas basta
 Que para tuya no nació. Bebamos.

Rod. Entonces, dame de tornar á Hungría
 Licencia.

Alb. No haces falta en mis estados :
 Cuando te plazca vuélvete.

Ros. Alboino,
 Considera, señor, que largos años
 Te sirvió con honor; que fué tu amigo,
 Y si osó contrariarte, sabrá manso
 Olvidar ese amor.

Rod. Nunca.

Alb. Rosmunda,
 ¿Tú tambien, lo sospecho, te has pagado
 De su hermosura juvenil? ¿que parta
 Por no volverle á ver sientes acaso?

Ros. ¡Alboino!

Alb. Rosmunda, te conozco;
 Mas con ventajas tus traiciones pago,
 Y por muchas que me hagas, ya te llevo
 Una bien estremada de adelante.
 Mas, ¿qué digo? perdona las bravatas
 De unos zelos imbéciles. Bebamos.
 Toma, Bucilio : Rodimiro, toma,
 Y necias disensiones apartando,
 Tú aquí en mi copa de márfil, Rosmunda,
 Conmigo beberás. Ya sabes que hago
 De esta copa alta estima, y que con ella
 Concluyo siempre mi festín diario,
 Y en la corte, en la caza, en la campaña
 Siempre me sirvo de ella.

Ros. Lo he notado.

Alb. Hondo misterio en su labrada taza
 Consigné mi poder, y há tiempo largo
 Que mis labios no mas llegan á ella.
 De mi injusto rigor en desagravio
 Hoy te la ofrezco; *bebe pues, Rosmunda,*
Que con tu padre bebas.

Ros. ¿Eh? no alcanzo
 Lo que me dices. ¿Con mi padre bebo?

Alb. Con su memoria, sí. De un sorbo
 acábalo.

Ros. Sea.

Alb. Así trato á los que en mucho estimo.

Ros. Gracias.

Alb. ¡Ja, ja, ja, ja! Señores, vámonos.
 (Alboino vase, llevando por delante á
 Brenilda, y siguiéndole Bucilio. Ros-
 munda y Rodimiro quedan cada uno á
 un lado de la escena.)

ESCENA IV.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Esa risa feroz... me ha estremecido...
 Si, ¡alguno encierra pavoroso arcano
 Que no comprendo bien! siempre la suelta
 Al complacerse en algun mal.

Rod. Salgamos
 De ese palacio, en que el vapor se aspira
 Del crimen.

Ros. ¿Mas quién osa?...

Rod. Ya me aparto,
 Perdonad.

Ros. Rodimiro... ¿aquí qué esperas?

Rod. No espero; parto; ¡á Dios!

Ros. Tente. ¿Los pasos
 Del rey no sigues?

Rod. No. Para mis plantas
 Se abre el camino por opuesto lado.
 No haces falta, me ha dicho : con que nada
 Me resta ya que hacer en su palacio.

Ros. Palabras que á un amigo se le dicen
 Tal vez en un colérico arrebato,
 Mas que se olvidan luego.

Rod. En mi memoria
 Quedarán indelebles, y en el campo
 Volvérselas espero en algun día
 Con la misma arrogancia.

Ros. ¿Con que tanto
 Amas á esa muger, que por negártela
 Le aborreces así?

Rod. Sí, la idolatro.
 Por la esperanza de lograrla un día
 Me uní á Alboino, combatí á su lado,
 Le ayudé en sus tiránicas conquistas,
 Testigo de sus crímenes infandos;
 Mas hoy que me la niega, hoy que se apaga
 Mi esperanza, el ambiente emponzoñado

No quiero respirar con que él respira,
Y en verme su enemigo me complazco.
Voy de la suya á dividir mi gente
Y á partir de Verona: pero aguardo
Volver dentro de poco á su presencia
A pedir con las armas en la mano
Lo que tal vez á mis servicios debe.
Y ¡ay de él entonces!

Ros. Cálmate, ¡oh gallardo
Capitan!

Rod. ¡Ah! ¿calmarme cuando pierdo
En solo un punto cuanto espero y amo?

Ros. Pues esperas en balde: esa doncella,
Nacida en régia cuna, y al cuidado
De Alboino encargada por su padre,
Solo se debe unir en puro lazo
Con quien ciña corona y cetro empuñe
Cual conviene á su origen soberano.

Rod. Pues bien, hablad; ¿cuál es? ¿quién
es su padre?

¿Dónde tiene su imperio? ¿en qué apartado
Rincon del mundo reina? Iré á buscarle,
Y ambas rodillas á sus piés doblando,
Le pediré á Brenilda.

Ros. Y rey no siendo,
¿Con qué derecho pedirás?

Rod. Soldados
Tengo y tierras, soy noble, y atrevido,
Y avezado á la guerra: el mundo es ancho,
Y nunca un sitio en donde alzar un trono
Me ha de faltar si con el trono pago.

Ros. ¡Oh, y lo mereces!

Rod. ¡Ah! vos de mi parte...

Ros. No, por mi vida no: te has enga-
ñado.

¿Yo de tu parte en tu amor ciego? nunca:
Primero el corazon me harán pedazos.

Rod. No acierto á comprender...

Ros. Pues... ¿no lo oíste?

«Y tú tambien, Rosmunda, te has pagado
De su hermosura juvenil? ¿que parta
Por no volverle á ver sientes acaso?»

El mismo te lo dijo, él, Alboino...

Pues bien, dijeron la verdad sus labios.

No partirás; delante de mis ojos

Quiero tenerte siempre, porque te...

Rod. Harto

Habeis dicho, señora; y si la mente

Con pensamiento tal habeis manchado,

Y el torpe corazon con tal deseo,

La lengua no manchais ciega explicándolo.

Ea, partir dejadme; me avergüenza...

Ros. ¡Qué, infeliz!

Rod. El haberos escuchado.

Ros. ¿Y el haberme entendido?

Rod. Sí, Rosmunda.

Ros. Pues es secreto que vender no trato

Sino á precio subido: y pues lo sabes,

Piensa que fuerza te será pagármelo,
Porque al pasar de pensamiento á dicho
Fuerza es cumplirle ó sepultura darlo.

Rod. Las amenazas y el amor desprecio
De quien no sea Brenilda.

Ros. ¡Mentecato!

Brenilda, como tú victima mia,
En mi poder está... mas concluyamos.
Yo el desamor á perdonar me avengo,
Pero el desprecio no; y pues ocultarlo
No supe de Alboino, desde hoy á todo
Por tí me atrevo, y por tu amor lo abarco,
Y en punto tal el mundo pondrá inútil s

A mi venganza ó á mi amor obstáculos.
Mujeres como yo no se desprecian
En vano, Rodimiro; y si yo cambio
Los nombres de los dos cuando esta escena
Revele, y este amor en que me abraso
Te lo atribuyo á tí, burla, desprecio
De Brenilda serás, del vulgo escarnio,
Objeto de la saña de Alboino,
Y su victima luego en el cadalso.

Todo de un solo golpe te lo quito.

Toda de un soplo tu esperanza apago.

Rod. ¡Basta, infernal muger! digna te
miro

De tu real esposo; á un amor casto,
¿Cómo puede ayudar quien parte el lecho
Con un monstruo como él?

Ros. Mas de sus manos
Puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas
Para morir, y piénsalo despacio,
Que yo te necesito amante ó muerto,
Y si no cedes al amor te mato.

Rod. Moriremos los dos.

Ros. ¿Tú me amenazas?

Rod. Si; fias en tí misma demasiado,

Y esperas de Alboino lo que juzgo

Que ya no lograrás.

Ros. Piensas acaso

Que quien me debe la corona...

Rod. Pienso

Que hay dos hombres en él, distintos ambos,

El marido y el rey: y este del trono

Que le usurpó á tu padre asegurado,

Cuando pueda saldrá de tí el marido

Que bebe en esa copa.

Ros. Habla mas claro.

¿Qué me quieres decir? ¿tú en esa copa

Conoces el misterio consignado?

Rod. Sí; y no esperé arrojarle de mi pecho

En tu cámara misma revelándolo;

Pero ya que me dices «ama ó muere,»

Oye, Rosmunda, y tiembla contemplando

Qué es lo que puedes esperar del hombre

Con quien casada estás... mas ve si acaso

Pueden de sus oídos al alcance

Mis palabras salir.

Ros., cerrando las puertas. Di confiado ;
Pero sé breve.

Rod. Escucha, pues : tú sabes
Que el casarse Alboin contigo, solo
Fué por asegurar con tal enlace
La usurpacion tirana de este reino
Que á tu padre quitó.

Ros. Sí ; ¿mas no sabes
Que yo para mi amor ganarle supe,
Y que me amó despues ?

Rod. Sí ; mas es fácil
Que ignores tú que amaba á Clotosinda
Tambien, y al meditar que desposándote
Tu trono aseguraba, en unas yerbas
La dió la muerte.

Ros. Sí ; pero no sabes
Que hasta el amor que profesó á los hijos
De Clotosinda, al mio en homenaje
Rindió, y al buen Comundo á ruegos míos
Perdonó, y aun logró que le amparase
En vez de perseguirle, y á la sombra
De su amparo vivió.

Rod. Sí ; mas no sabes
La muerte de tu padre el rey Comundo.

Ros. Sí, la supe despues ; el miserable,
No pudiendo sufrir verse vencido,
Espiró en Lombardia... mas ; ¿cuál trae
Todo eso relacion con el misterio ?

Rod. ¡Ah, me das compasion ! inmenso
te abre

Un abismo á los piés ese Alboino
De quien esperas que te atienda en balde,
Y en vano juzgas conocer, en vano
Fias en tu poder un solo instante.

Ros. La corona me debe, y todavía
Como en esos balcones me asomase
Gritando : ¡guerra ! como tigres vieras
Levantarse en mi nombre mil parciales.

Rod. Llámalos, pues, y si saldrán vere-
mos

De las sangrientas urnas en que yacen.

Ros. Te lo juro en verdad ; ¡pobre man-
cebo !

Me haces reir queriendo amedrentarme.
Siempre ha de ver en mi la que amó un dia.

Rod. La que victima fué de sus maldades.

Ros. ¿Victima... ? tú deliras.

Rod. Tú, Rosmunda,

Si que deliras, tú : siempre callarte
Quise por compasion este misterio,
Mas pues tú misma le provocas, sábele :
No tienes un amigo, sus cabezas
Rodaron una á una ; y execrable
Venganza de tu padre al fin tomando,
El mismo le mató.

Ros. ¡Mientes !

Rod. Su sangre
¡ó á sus caballos á beber, y mira :

¿Ves esa copa que precioso engarce
De oro circunda ?

Ros. Sí.

Rod. De ella se sirve
Desde tu misma boda ; á todas partes
La lleva.

Ros. Sí ; concluye.

Rod. ¿Y no has oido,
Rosmunda, las palabras infernales
Con que te la brindó : « Bebe, Rosmunda,
Que con tu padre bebes ? » Pues bien, sabe
Lo que aquellas palabras significan,
Y tu esperanza de una vez acabe :
Esa ancha copa que márfil parece
No es mas que el hueco cráneo de un cadáver.

Ros. ¡Qué horror !

Rod. ¿No has comprendido todavía
Cuyo es, Rosmunda ?

Ros. No.

Rod. Fué de tu padre...

Ros. ¡Ah ! (Un momento de pausa.)

Rod. Piensa qué esperar debes ahora

Ros. Una cosa no mas.

Rod. ¿Cuál es ?

Ros. Vengarme.

Rod. Es tarde ya.

Ros. No, no ; déjame sola,

Déjamelo pensar ; y si salvarte
Quieres, y quieres á Brenilda, aparta
A ese aposento hasta que yo te llame.

Rod. Vana ilusion ; es tarde.

Ros. Rodimiro,
Mientras vive Rosmunda, nunca es tarde.

PARTE SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA.

¡A mirarla ¡ay de mí ! me atrevo apenas !
¿Con que es verdad ? ¡burlada, escarnecida
De tan horrible modo... ? ¡y yo, insensata,
Que en esa copa sin pavor bebía
Mientras sus labios sonriendo... ! ¡bárbaro !
¡Venganza solo de salvages digna
Ha sido tu venganza ! ¡Ni aun sepulcro
Le diste... ! ¡ay, que esta idea me horroriza !
¡Miser padre mio ! ¡y yo pensaba
Ir á verter sobre su tumba un dia
La última gota de sincero llanto
Que mis enjutos párpados abrigan !
¡Yo, que anhelaba del sepulcro al menos
En el borde fatal, ya que no en vida,
El postrimero ¡á Dios ! dar á sus restos
Porque durmiera el ánima tranquila !

¡Ynohaytierra ¡qué horror! que los cobije,
 No hayurna que los guarde, mientras su hija
 Parte el lecho nupcial con el verdugo
 Y con su seca calavera brinda!
 Sombra insepulta de Comundo... ¡acaso
 Vagas en torno de la mesa misma
 En que tu cráneo sirve demandando
 Represalia de mofa tan sacrilega!
 ¡Venganza, sí, venganza! ¡oh padre mio!
 Yo te la debo, y la tendrás: cumplida
 En él y en cuantos tengan de su raza
 Un átomo no mas: ¡oh! y la tendrias
 Aunque fuera preciso para dártela
 Tornar mis propios reinos en ceniza,
 Y sorber gota á gota en ese cóncavo
 Toda la sangre de su vil familia.
 ¿La ira que te animó contra mi padre
 Has hecho caer en mí...? tú legítimas
 Mi venganza, Alboino: ¡oh! por ventura
 Hijos tienes tambien de Clotosinda,
 De la que tanto amaste... ¡me estremece
 La barbarie sondar de nuestras iras!
 Pero al pensar en mi insepulto padre
 Mi saña mas atroz será justicia.

ESCENA II.

ROSMUNDA, ALBOINO.

Alb. ¿Aquí Rosmunda aún?
Ros. El es: mi sangre
 Se agolpa hirviendo al corazón.
Alb. ¿Qué ideas
 Tan absorta la traen?
Ros. Siento sus ojos
 Clavados en mí faz, y puedo apenas
 Impedir que al calor de sus miradas
 El carmin de la rabia me enrojezca.
 ¿Alboino?
Alb. ¿Rosmunda? ¿Aquí tan sola
 Por las cámaras reales? ¿en qué piensas?
Ros. Pensamientos bien tristes me acom-
 pañan,
 Alboino, y me alegro de que vengas.
Alb. Jamás supe con labio compasivo
 Consuelo dar á mugeriles penas,
 Ya lo sabes, Rosmunda; y sí es que ahora
 Sobre tu corazón alguna pesa,
 No la intentes partir con Alboino,
 Que solo sabe dominar.
Ros. No temas,
 No, que al pesar que el corazón me agobie
 Consuelo demandar al tuyo quiera.
Alb. Ni tampoco á mi voz.
Ros. Tampoco: solo
 Quiero que tú mis pensamientos sepas,
 Por si quieres cumplirme en algun día
 El deseo que en mí tales los crea.

Alb. Di pues.
Ros. Pienso en mi padre, el rey
 Comundo.
Alb. ¿Séale leve la mortuoria piedra!
Ros. ¿Mas dónde está?
Alb. ¿Y porqué me lo preguntas?
Ros. Porque algun día visitar quisiera
 Su solitaria tumba, algunas flores
 Dejando y una lágrima sobre ella.
Alb. Muchas veces, Rosmunda, me lo
 has dicho,
 Y has oido otras tantas mi respuesta;
 Nunca, yo vivo, la verás; las tumbas
 Inspiran melancólicas ideas,
 Y no quiero que nunca al lado mio
 Sus sombrías memorias te entristezcan.
Ros. ¿Con que al fin tu furor es impla-
 cable,
 Y ni aun al borde de las tumbas cesa?
Alb. No; mas fué mi enemigo; la for-
 tuna
 Me puso enfrente de él, y si á ver llegas
 Su sepultura, al recordar su muerte
 La causa recordar te será fuerza.
Ros. Tal vez no tiene sepultura honrada,
 Y te causa rubor que yo la vea.
Alb. Tiene un palacio por sepulcro... y
 gentes
 Que continuo le cuidan y le cercan.
 Y basta de ello ya.
Ros. Solo, Alboino,
 Quisiera confesarte... una flaqueza
 Tal vez, un infantil remordimiento,
 Pero que roe sordo mi existencia.
 Dicen que en paz el alma no reposa
 Del triste padre que en el mundo deja
 Hijos que en su sepulcro no colocan
 Con pia mano funeraria ofrenda.
Alb. Delirios.
Ros. Aseguran que su sombra
 Vaga invisible en su redor, y lenta,
 Triste y desnuda de su lecho en torno,
 En la callada noche se pasea.
 ¿No la has sentido tú?
Alb. ¿Yo? desvarías.
Ros. Mas, ¿ni aun tu sueño alguna vez
 altera
 Su memoria?
Alb. Jamás; mis enemigos
 Si mueren una vez no se presentan
 Ante mis ojos mas, ni mi memoria
 En sueño ni en vigilia los recuerda.
Ros. Tienes un corazón...
Alb. Lo sé, de bronce;
 Un corazón audaz en que se estrellan
 Todos esos menguados sentimientos
 Que al guerrero envilecen. Los que reinan,
 Los que mandan ejércitos que arrastran

Detrás de su corcel á la pelea,
 Los que el imperio donde nacen miran
 Cual jaula vil que su valor encierra,
 Y de algo mas sintiéndose capaces
 Los hierros viles de su jaula quiebran
 Para buscar espacio á sus alientos,
 Y para dar ensanche á su grandeza,
 Un corazon de bronce como el mio
 Deben tener, Rosmunda; una alma entera
 Incapaz de temor y un pié tan firme
 Que haga á su paso estremecer la tierra.

Ros. Un corazon de tigré como el tuyo,
 Que ni á los hombres ni á los cielos tema.

Alb. Tú lo dices, Rosmunda; y pues lo
 sabes,

Fuerza será que tu destino veas
 En mí, que soy tu dueño, porque nada
 Mi corazon contrasta ni doblega,
 Y cuanto encuentre á su camino opuesto
 Es fuerza que se humille ó que perezca.
 Y óyeme bien, porque te estoy notando
 Un no sé qué de lúgubre y siniestra
 Que no comprendo, y para que obres cauta
 Lo que pienso de ti quiero que sepas.
 Yo aborrecí á tu padre; contra él solo
 Salté feroz las húngaras fronteras,
 Y me lancé sobre él como un torrente,
 Resuelto á esclavizar toda su tierra.
 Peleamos, venci; volvió los suyos
 A juntar, y otra vez á la refriega
 Torné á vencerle yo; quedó mi esclavo,
 Y cautiva con él su raza entera.
 Entonces me llamó contra el romano
 Injuriado Narsetes, y revuelta
 No queriendo dejar á mis espaldas
 Tu nacion humillada, con destreza
 Acerté á mantener lo conquistado,
 Cuando, mi esposa Clotosinda muerta,
 Legitimé casándome contigo
 El derecho que obtuve por la fuerza.

Ros. ¿Y mi padre?

Alb. No mas me le recuerdes :
 Aun vive en mí su enemistad ilesa,
 Y un poco que te amé por tu hermosa
 Se me puede olvidar si me impacientas.

Ros. ¡Alboino!

Alb. ¡Rosmunda!

Ros. El pueblo mio
 Puede acordarse de que soy su reina.

Alb. Yo haré que al punto mismo se le
 olvide

Para siempre.

Ros. ¿Con qué?

Alb. Con tu cabeza.

Ros. ¡Mónstruo! ¿serás capaz?

Alb. De todo : ahora

Mas que nunca, Rosmunda, y porque en-
 tiendas

Cuánto te importa ser prudente, sabe
 Que deben los romanos á las puertas
 De Verona llegar en esta noche,
 Y yo salir á recibirlos fuera :
 Mas recoge, Rosmunda, esa sonrisa
 Que á tu labio asomó, porque penetran
 Mis ojos en tu pecho y tus ocultos
 Intentos leen.

Ros. ¡Oh cielos!

Alb. La sospecha
 Roe mi corazon : esos lombardos
 Que á Rodimiro siguen, si se quedan
 Dentro de la ciudad pueden venderme ;
 Les saco, pues, conmigo á la pelea ;
 Mas sin su capitán... aun no respire...
 Escucha cómo en la ciudad se queda.
 Gobernador contigo en nombre mio
 El pueblo todo lo creará en mi ausencia :
 Sus lombardos así saldrán seguros
 Y lidiarán leales : mas en estas
 Salas presos los dos ni á los balcones
 Os debéis acercar hasta mi vuelta.
 Ni una señal, ni una palabra debe
 Revelar vuestro estado. Y la primera
 Hará saltar la espada de Bucilio,
 Que velará sobre vosotros. Prenda
 De salvacion, tal vez de represalias
 Brenilda ser para los dos pudiera
 Si en vuestras manos la dejara, pero
 Todo lo calculé, y en las tinieblas
 Del alcázar saldrá, y en mas seguras
 Manos la dejaré. Si fuere adversa
 Mi suerte y me vencieren los romanos,
 De ninguno de entrambos será presa,
 Que no quiero de mí que os vengueis nunca
 En el único sér que amo en la tierra.
 Mas si vuelvo triunfante... para entonces,
 Rosmunda, ajustaremos nuestras cuentas.
 ¡Silencio! Yo os conozco. Rodimiro
 Ama á Brenilda, acaso le ama ella ;
 Mas tú le amas á él, y por vengarte
 De todo eres capaz; los zelos ciegan.
 El, capitán valiente, hombre gallardo
 Y enamorado azaz, por obtenerla
 Todo lo emprenderá, y estoy resuelto
 De fuerza ó grado á que jamás la obtenga.
 Es un árbol fatal que me hace sombra,
 Es una fama á mi renombre opuesta,
 Es un hombre que marcha al lado mio
 Y casi igual á mí crece y se eleva,
 Y estoy zeloso de él, y necesito
 Hundir bajo mi planta su soberbia.

Ros. ¿Con que es decir...?

Alb. Que morirá.

Ros. ¡Malvado!

Alb. El amor de Brenilda es su sentencia.

Ros. Di que es su gloria, su valor tus
 zelos.

Alb. Su gloria y su valor se la aceleran ;
 Donde Alboino está quiere estar solo,
 Donde reina Alboino nadie reina,
 Y el que á sus piés no doble la rodilla
 Doblará ante su espada la cabeza.
 Hé aquí mi historia, pues : hé aquí mis
 leyes :
 Hé aquí mi corazon : lo que haces piensa.
 ¿Bucilio ?

ESCENA III.

ALBOINO, ROSMUNDA, BUCILIO.

Buc. Aquí me tienes.
Alb. ¿Está todo ?
Buc. Todo.
Alb. A ordenar voy, pues, mis
 haces : presta
 Vuelta daré; tu obligacion no olvides.
Buc. Fia.
Alb. Aquí están los tres, guarda las
 puertas.

ESCENA IV.

ROSMUNDA, BUCILIO.

Ros. ¿Qué es lo que aguardas tú ?
Buc. ¿No habeis oído
 Las órdenes del rey ?
Ros. Desde allí fuera
 puedes tambien guardarlas : en mi cámara
 Sola quiero quedar : ¿lo oyes ? despeja.
Buc. Yo sé lo que el rey quiere.
Ros. ¡Ira del cielo !
 ¿Y no sabes tambien que soy la reina ?
 ¡Atrás !
Buc. Señora...
Ros. ¡Atrás !
Buc. Ved que velando
 Junto al dintel estoy.
Ros. Donde tú quieras,
 Como no sea ante mis ojos. Bueno.
 (Cierra la puerta.)
 Estos breves instantes que me restan
 Aprovechar sabré. « Hé aquí mis leyes :
 Hé aquí mi corazon : lo que haces piensa. »
 Dijo. Ya lo pensé : todo por todo
 Voy á arriesgarlo, sí : ¡vengada ó muerte !
 Implacable como él, bárbara, impia
 Seré á mi turno ; pero pronta, diestra,
 Ni aun tiempo le daré... ¡ necio ! ¡ insensato !
 Que el alma me descubres y me dejas
 Vivir un punto mas... ¡ rey Alboino,
 Verás tu imprevisión lo que te cuesta !
 ¿Rodimiro ?

ESCENA V.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Rod. ¡Traidor !
Ros. ¿Oiste ?
Rod. Todo.
 ¡Tirano vil !
Ros. Mas bajo ; nos acechan.
Rod. ¡Encerrados aquí !
Ros. Y con tus lombardos
 Victorioso quedar aguarda mientras.
Rod. No, todos á mi voz en un instante
 Acudirán á mi.
Ros. Tente ; ¿qué intentas ?
Rod. Desde cualquier ventana...
Ros. Serás muerto
 Antes que á alguna aproximarte puedas.
 La espada de Bucilio al dar un paso
 Mas allá de esta cámara te espera.
Rod. ¿No tengo yo la mía ?
Ros. Él tiene muchas
 En torno suyo contra tí dispuestas.
Rod. El coraje me ahoga.
Ros. Razon tienes,
 Grande, sobrada, poderosa, inmensa ;
 Mas un momento cálmate.
Rod. ¿Calmarme,
 Cuando toda la sangre se aglomera
 Sobre mi corazon, que aquí en mi pecho
 No cabe de furor ? ¿ calma ? ¿ paciencia ?
 ¿ Cuando acabo de oírle que me mata
 Por la gloria que he dado á sus banderas ?
 ¿ Porque junté mis armas con las suyas
 Para doblar sus triunfos con mis fuerzas ?
 ¿ Calmarme, cuando veo en un instante
 Que en vez de una anhelada recompensa,
 Mis hazañas, que á un trono le llevaron.
 Solo á una muerte sin honor me llevan ?
 ¡ Calmarme ! tú podrás, que tambien tienes,
 Lo mismo que él, el corazon de piedra.
 Yo no, que tengo sus injurias todas
 En mi afrentado corazon impresas.
Ros. ¿Y no las tiene el mio, Rodimiro ?
 ¿ No tiene injurias que vengar ? ¿ afrentas
 Que están clamando por venganza como
 Ellas son de satánicas y horrendas ?
 ¿ No pide, di, venganza esa vil mofa
 Tantos años seguida... ver espuesta
 La cabeza del padre asesinado
 Ante mi vista y en mi propia mesa ?
 ¿ Crees acaso que un punto en mis oídos
 Las palabras horribles no resuenan
 Que nunca comprendí ? « Bebe, Rosmunda,
 Que con tu padre bebas. »
Rod. Cesa, cesa,
 Que me espanta, Rosmunda, el torvo brillo
 Que tus sangrientos ojos reverberan.

Ros. Eso es que transparentes mis pupilas
Te dejan ver del corazón la hoguera.

Rod. Sí, sí; tienes razón.

Ros. ¿Crees aun mi calma
Hija de un alma á las injurias muerta?

Rod. No, te creo capaz...

Ros. De todo ahora :

Mas á no errar el golpe bien resuelta,
Busco yo mi venganza como debo,
No con el corazón, con la cabeza.

¿Quieres unir tu suerte con mi suerte?

Rod. No te comprendo bien.

Ros. Su pronta vuelta
Al partir anuncié; de un solo golpe
Lograr podremos la venganza nuestra.

Rod. Habla, el valor me sobra.

Ros. No hará falta
Mucho valor.

Rod. ¿Qué, pues?

Ros. Mucha destreza,
Mucho silencio, sobre todo : escucha.

Rod. Habla y sé breve, porque el tiempo
vuela.

Ros. Tú mandas cierta tropa...

Rod. Ya lo sabes.

Ros. ¿De su fidelidad tienes completa
Confianza?

Rod. Vasallos de mis padres
Son, y nacidos en mi patria mesma.

Ros. ¿Y están á tu servicio...?

Rod. Voluntarios :
A mí en el mundo nada mas respetan;
Aliados, no vasallos de Alboino.

Ros. Pues yo sé por dó se abre una poterna
Que sale de este alcázar á las ruinas
De ese templo romano. Una vez fuera
De aquí uno de los dos, á tus lombardos
Meter puede á esta cámara por ella.

Rod. Guía; como una vez me vea libre,
Caeré sobre él con mi legion entera.

Ros. No, puede descubrir tus movimien-
tos,

Y á los suyos llamar en su defensa.

Rod. Tarde será.

Ros. Se encerrará en palacio.
Rod. Y yo le sitiaré dentro su régia
Mansion : es mi venganza mas segura.

Ros. No, Rodimiro, no : de esa manera
Tu venganza es segura : pero en cambio
A mí me hará colgar en las almenas
Por haberte salvado. No, yo sola
Del alcázar saldré, y á las casernas
Llegaré de los tuyos á anunciarles
El peligro mortal que te rodea.

Rod. ¿Mas si llega Alboino antes que
tornes...?

Ros. Respetar necesita tu existencia
Mientras pueda esperar que tus soldados

Le ayuden á vencer : ¡oh! nada temas.

Rod. Pero ¿cuál es tu plan?

Ros. El devolverle
Venganza por venganza; y cuando vuelva
A saciar la que aguarda de nosotros,
Dé en la que en cambio prevenida tenga.

Rod. Dices bien.

Ros. Por si acaso desconfian
Tus lombardos de mí, dame una prenda
Que crédito me dé.

Rod. Mi anillo.

Ros. Tráele;

¿Es señal convenida?

Rod. Sí; cualquiera
De ellos bien le conoce, y al mostrárselo
Todos resueltos seguirán tus huellas.

Ros. Tú, aguardame entre tanto.

Rod. Aquí te espero.

Ros. Cuida bien que tu rostro no nos venda
La inquietud de su pecho revelando
En la turbada faz.

Rod. Está serena.

Ros. Ni mirada, ni voz, ni ¡ay! ni suspiro
Te haga traicion.

Rod. Vé en paz.

Ros. El su anatema
Sobre ambos fulminó : púsonos á ambos
Juntos para morir en su sentencia;
Y pues nos junta el cielo á la venganza,
Yo juro quedar hoy vengada ó muerta.
A Dios.

Rod. Aguarda.

Ros. ¿Qué?

Rod. ¿Si te descubren?
Ros. No ha de ser antes que los tuyos
sepan

Tu situación, y á tu socorro lleguen.

Rod. ¿Mas si acaso morir te aconteciera?
Ros. Entonces pon mi muerte en el platillo
De la balanza fiel de tus afrentas.

Rod. ¿Y si me toca á mí?

Ros. Lo que yo haría
Haz.

Rod. ¿Qué?

Ros. Arrostrar tu suerte con fiereza,
Y bajar en silencio á tu sepulcro
Sin estorbar á la venganza ajena.

Rod. Te comprendo muy bien.

Ros. Si me comprendes,
Cuanto á ambos nos importa considera
Que el que caiga no estorbe al compañero,
Siguiendo ambos á dos la misma senda.

Rod. Caeré sin estorbarte tu camino :
Fia en mí.

Ros. Y en mí tú.

Rod. Vé, pues.

Ros. Pues vela.

ESCENA VI.

RODIMIRO.

Tiene razon esa muger. Oculta,
Sorda y en las tinieblas preparada,
Como ese vil tirano nos la apresta,
Así debe de ser nuestra venganza.
Ha discurrido bien : todo por todo ;
Mas esa fria reflexion me espanta
Con que todo lo mira y lo calcula
Y el tiempo mide, y la ocasion señala.
¡Tal es la ofensa empero ! ¡un dia y otro
Con escarnio tan bárbaro mofada
En su amor y en su estirpe escarnecida !
Sangre, aliento de hiena en sus entrañas
Tienen ambos á dos ; y me parece
Que el aire que se aspira en este alcázar
Es un vapor de crimen que emponzoña
Con honda sed de crímenes el alma.
¿De dónde, de qué padres, de qué tierra
Maldita viene tan maldita raza,
Que así cuanto hay entre los hombres sacro
Con tan frio furor vende y ultraja ?
¡A quién leal les sirve, le escarnecen !
¡Sentencian á morir á quien les ama... !
¿Quién me juntó con ellos ? ¿Quién me trajo
A Verona... ? mas... oigo en esa estancia
Pasos... se acercan, sí. ¿Si esa Rosmunda
Me venderá tal vez... ? ¡Oh ! acompañarla
Debí, seguirla por dó quier... ¿qué digo ?
¡Dejarla aquí á Alboino abandonada !
No ; su afrenta es mayor : yo soy un hombre,
Y saber debo sucumbir salvándola.
A esa puerta llamaron...

Bren., dentro. ¿Alboino ?

Rod. Ese acento... ¿quién va ?

Bren., dentro. Brenilda.

Rod. Mi alma

Reconocióla al punto.

(*Abre la puerta adonde Brenilda llama.*)

ESCENA VII.

RODIMIRO, BRENILDA.

Bren. ¡Ah... ! Rodimiro.

Rod. Sí, yo soy.

Bren. ¡Ay de mí ! (*En accion de retirarse.*)

Rod., deteniéndola. Deten la planta

Un momento no mas : la vez primera
Es esta en que logré fortuna tanta,
Y por si es á la par la postrimera
Perder no quiero esta ocasion.

Bren. Levanta.

Déjame.

Rod. No, Brenilda ; ya lo oíste
De boca de Alboino, te amo.

Bren. *Calla.*

Rod. En vano el labio á la pasion resiste ;
Del respeto el amor rompe la valla,
Sábelo al fin : si me ligué á Alboino,
Fué nada mas que por seguirte y verte :
Si he sembrado de glorias mi camino,
Ha sido nada mas por merecerte.
Permanecer en tu palacio ahora
Es no tener valor de abandonarte,
Y callar la pasion que me devora
Recelo nada mas fué de enojarte.
Mas hoy que ajeno labio en tus oídos
Resonar de mi amor hizo el secreto,
Los míos se resuelven atrevidos
A llegar de mi amor al santo objeto.
Sabe, pues, de una vez, Brenilda, sabe
Lo que en mi solo corazon no cabe.
Yo te amo, sí, te adoro.

Bren. ¡Rodimiro,

Déjame por piedad !

Rod. ¡Brenilda mía !

Tú eres el aire con que yo respiro,
Tú eres la estrella que mis pasos guia,
Tú la felicidad por quien deliro :
Tu vista es para mí la luz del dia ;
Será tu nombre mi postrer suspiro,
Mi anhelo amarte, mi temor perderte,
Tu amor mi sér, tu desamor mi muerte.

Bren. Calla, que tus palabras me fascinan,
Y en mis oídos resonar no deben.

Rod. Son la verdad no mas.

Bren. ¡Ah ! me asesinan
Esas verdades que á escuchar me inclinan.

Rod. ¿A escuchar ? ¿es decir que si se
atreven

Mis ansias á esperar... ?

Bren. No, te alucinan ;
Apártate de mí.

Rod. ¿Me huyes ? ¡ingrata !

Yo creí ver en tus radiantes ojos
Siquiera compasion... mas con enojos
Me apartas : ¡ay ! que tu traicion me mata,
Yo creí que tus ojos me seguían
Con cariñoso afan, que penetraban
Mi corazon, y el fuego comprendían
Que ardía dentro de él... mas me engañaban
Cuando á los míos responder fingían
Y con falsa espresion me contemplaban.
¡Tal es el fin de mi pasion sincera !
Cumpló, pues, mi destino : ¡á Dios !

Bren. Espera.

Rod. ¿Espera, dices, y la hermosa mano
Me tiendes... ? ¿y una lágrima perdida
Resbala por tu rostro soberano
En el momento de partir verda ?
¿Al corazon arrancas un suspiro ?
Acaba de una vez : ¿cuál en tu lloro
Misterio se me esconde ?

Bren. ¡Rodimiro!

Rod. Habla.

Bren. No puedo mas; ¡sí, yo te adoro!

Rod. ¡Oh instante puro de placer supremo!

¿Me amas, Brenilda mia?

Bren. Sí, te amo.

¿Cómo ocultar la llama en que me quemó,
 Cuando ves que estas lágrimas derramo
 Al estrecharte entre mis brazos? Mira,
 Tú eres solo la luz de mi existencia,
 El aire tú que el corazón respira,
 Tú vital parte de su propia esencia,
 Tú la felicidad por quien suspira.
 Tu presencia es mi bien, mi mal tu ausencia,
 Mi anhelo amarte, mi temor perderte,
 Tu amor mi sér, tu desamor mi muerte.

Rod. ¡Alma mia!

Bren. Mis ojos no mentían
 Cuando tus bellos ojos acechaban
 Y tus tiernas miradas te volvían;
 Mas ¡ay de mí! los ojos nos perdían,
 Que otros ojos también velando estaban.

Rod. ¿Qué importa, si á este punto nos trajeron?

Bren. No, que un abismo á nuestros plés abrieron.

Oye, Rodimiro, el rey Alboino
 Tal vez eterno manantial de pena...

Rod. ¡Ese tirano vil...!

Bren. La lengua enfrena,
 Porque á su voluntad me ató el destino.

Rod. Todo lo puedo con tu amor ahora;
 Soldados tengo, esfuerzo generoso.
 ¿Quién no osa á todo por el bien que adora?
 Huyamos de ese tigre rencoroso.

Bren. Rodimiro, jamás: juzgas en vano
 Que la razón en mí pierda su imperio.

Rod. Condena nuestro amor.

Bren. Sí.

Rod. ¿Y su tirano imperio no huirás?

Bren. No... es un misterio...

Rod. Sepa yo al menos su fatal arcano.

Bren. Es inútil.

Rod. ¿Porqué?

Bren. Porque sería
 Convencerte no mas del muro inmenso
 Que nos divide.

Rod. Sí, su tiranía

Nada mas.

Bren. Su poder.

Rod. Que ignoras pienso
 Sus leyes.

Bren. No.

Rod. ¿Luego mi muerte sabes?

Bren. ¡Cielos! ¡tu muerte!

Rod. Con crúel sentencia

Me condenó á morir.

Bren. ¿Mas por qué graves delitos?

Rod. Por tu amor.

Bren. ¿Mas en presencia
 (Aparece Rosmunda por donde salió de la escena, y al verlos se detiene y escucha.)

De quién? ¿quién, Rodimiro, lo ha escuchado?

Rod. Yo mismo, yo, Brenilda.

Bren. ¿Tú?

Rod. Y Rosmunda.

Bren. ¡Oh! ¡siempre esa muger! emponzoñado

Cuanto ella toca está... siempre fecunda
 En daños su alma vil, por donde quiera
 Que va derrama el mal.

Rod. Hoy en mi suerte,
 Brenilda, es á la par mi compañera.

Bren. ¡Ah! desconfía de ella, que á la muerte

Te conduce: los zelos la devoran.
 Te ama.

Rod. Y yo la detesto. Mas escucha,
 Salvar mi vida la interesa ahora;
 Sin mí es perdida, con mi fuerza lucha.

Bren. ¿Lucha? y ¿con quién?

Rod. Con Alboino.

Bren. ¡Cielos,

Una traicion!
Rod. Una justicia.

Bren. Espera:
 Esplicamelo bien.

Rod. Es larga historia.
 Yo debo aquí morir dentro de poco
 Quizás, pero mi fin comprarán caro.

Bren. ¡Oh! no, ¡no por piedad! tu intento loco

Desecha.
Rod. Su sentencia en mi memoria
 Grabada está.

Bren. Desistirá.

Rod. No: avaro
 De mi sangre le he visto, y sus atroces
 Intentos comprendí... no le conoces.

Bren. Mejor que tú... yo puedo darte amor.
Rod. ¿Tú? [paro.

Bren. Yo. Si yo no cambio tu destino
 Nadie le cambiará: no hay en la tierra
 Mas que una sola voz que oiga Alboino
 Su alma, un afecto nada mas encierra.
 Solo hay una muger que su ira calma,
 Que en sus labios benéfica provoca
 Sonrisa de placer, y agota en su alma
 La fuente de furor: á esta le toca
 Valerte, y te valdrá.

Rod. ¿Mas quién alcanza
 Tanto poder con él, así revoca

Sus leyes de esterminio y de venganza?

Bren. Yo, Rodimiro.

Rod. ¿Tú?

Bren. Yo, que te adoro,

Y en pago de mi prez y mi decoro,
Que renuncié por él, y en honra suya,
Le exigiré, aunque sea en mi desdoro
Por cuanto soy y fui la vida tuya;
Sabrá que imposible es que en mi destruya
El grande amor que para tí atesoro.
Y esa muger por quien me holló Alboino...

Ros. Héla aquí.

Bren. ¡Siempre vos!

Ros. Es tu destino.

ESCENA VIII.

BRENILDA, RODIMIRO, ROSMUNDA.

Rod. ¡Rosmunda ya!

Ros. ¡Silencio! miserable,
Nos ibas á perder si no te tengo

La lengua. Tú, despeja. (*A Brenilda.*)

Bren. Reina...

Ros. Al punto,

¡Rayo de Dios!

Rod. ¡Rosmunda!

Ros. ¡Rodimiro!

Rod. Es nuestra salvacion.

Ros. Lo necio admiro
De tu fé: créela y eres difunto.

Rod. ¡Cielo!

Ros. ¿Ahí estás aun?

Bren. Al rey espero.

Ros. Su cámara real es tu retiro,

Y allí cual sueles que le aguardes quero,
O aquí te cuesta el postrimer suspiro.

Bren. ¡Vil muger!

Ros. Obedéceme.

Bren. Yo muero.

ESCENA IX.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Rod. Rosmunda, esa muger...

Ros. Te asesinaba :
¿No oiste sus palabras?

Rod. ¿Tú has oído...?

Ros. Sí, todo desde allí, cuando llegaba
Por dicha mía.

Rod. Y bien, si has comprendido...

Ros. Todo, sí; y mas que nunca decidida
Camino, Rodimiro, á mi venganza,
Con nuevo y doble afan embravecida.

Rod. Mas me hizo concebir una esperanza
Rosmunda.

Ros. Ya lo sé: ¿mas no comprendes

Ese misterio tú? Puede salvarte.

Rod. Me lo dijo.

Ros. Mas ¿cómo? ¿aun no lo entiendes?

¡Fatal amor con que logró cegarte,
Miserable de tí! De ese Alboino
Una muger no mas puede arrancarte.
Solo escucha su voz sobre la tierra;
Su alma ese afecto nada mas encierra,
Y por él solo cambia tu destino,
Nada mas que por él sus leyes huella
Y de su furia el impetu revoca;
Y ese afecto el suyo es.

Rod. ¡Sella la boca!

Ros. Sí, Rodimiro, y la muger es ella,
Ella, á quien tú tu corazon destinás.

Rod. ¡Basta, Rosmunda, basta! me
asesinas.

¿Qué raza es esta de traidores? ¿Todos
Son viles por igual? ¿Todos serenos
Al crimen van por diferentes modos?
¡Oh! ¿qué me resta ya?

Ros. Vengarte al menos.

Rod. Mas no, tú mientes: inocente, pura,
Calumniada por tí Brenilda ahora

Fué torpemente.

Ros. No.

Rod. ¿Quién me asegura...?

Ros. ¿No lo dijo ella misma?

Rod. Tú, traidora,

Lo interpretas así.

Ros. ¿Y cómo interpreto
Que en la cámara misma de Alboino
Por las noches le aguarde? ¿Qué secreto
Es ese con que espera tu destino
Cambiar? ¿Porqué con ella es piadoso
Quien con todos es cruel y formidable?
¿Porqué de tu cariño tan zeloso
Se muestra y te castiga inexorable?
¿No te ha dicho: « Aunque sea en mi des-
doro

Yo puedo exigir de él la vida tuya
En pago de mi prez y mi decoro? »
Nada mas claro contra tí que arguya.

Rod. Sí, sí, lo veo bien: toda en mi
mente

La funesta verdad se patentiza,
É impresa en mi memoria, horriblemente
El pobre corazon me martiriza.

Ros. Piénsalo, Rodimiro, y si camino
Hay que esta idea en tu favor concluya,
Fia en ellos, serás víctima suya;
Yo no, que lucharé con mi destino.

Rod. Yo tambien lucharé: no por la vida:
¿Qué me resta ya en ella? ¿qué esperanza
Halagármela puede? ¿No se anida
Ya en mi mas ambicion que de venganza!
Mi fé burlada, mi amistad vendida...
La muerte el premio que mi gloria alcanza,

¡Y tan villana muerte...! ¡Esto me espera!
Venganza, pues; pero venganza fiera.

Ros. Muera Alboino.

Rod. ¡Morirá!

Ros. A mí entero

Vuelva otra vez el cetro de Comundo.

Rod. Volverá.

Ros. Te lo ofrezco.

Rod. No lo quiero.

Ros. Rey de Italia serás.

Rod. Ni rey del mundo

Sin ella quiero ser: todo lo pierdo

Con su amor.

Ros. ¿Qué harás, pues?

Rod. Volver á Hungría;

Mas vengado volver, y su recuerdo

Guardar eterno en la memoria mía.

Ros. Considerálo bien, que es grande el
precio,

Libertador de Italia, mi corona

Y mi amor reunir en tu persona.

Rod. Ya te he dicho una vez que los des-
precio.

Ros. A la venganza, pues.

Rod. Sí, mis soldados...

Ros. Franco para ellos ya tengo un pos-
tigo.

Rod. Ténlos, Rosmunda, cerca apostados,
Y á una voz mía mételos conmigo.

Ros. Asegúrate bien; la astucia emplea,
No arriesgues neciamente una pelea.

(*Mientras dice Rosmunda este último verso
cierra la puerta de la izquierda, por la
que entró Brenilda. Rodimiro la pre-
gunta dudoso:*)

Rod. ¿Qué haces?

Ros. ¡Si se presenta y nos delata!

Rod. Tienes razon.

Ros. (No quiero que la vea:

Todo podría revelársele.) Ea,

No hay miedo ya: ó le matas, ó nos mata.

Rod. Su sangre sobre mí.

Ros. Sobre tí sea.

(*Rodimiro se sienta: Rosmunda al mar-
charse por la puerta de la derecha se
detiene en el dintel.*)

Ros. (¿Tú lo quieres? Pues bien, llegó
mi hora;

Hoy para todos por igual funesta

Mi venganza será. Ve, pues, ahora

Lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.)

PARTE TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

RODIMIRO.

Rápido el tiempo corre: todo calla
En derredor de mí. Tras de esas puertas
Vela sin duda el capitán Bucilló,
Porque siento sus pasos detrás de ellas
Compasados sonar... ¡Cuánto esta calma
Sobre el inquieto corazón me pesa!
¡Cuánto esta soledad me martiriza
Con las memorias tristes que me acuerda!

Ayer guerrero triunfador partía
El poder con un rey... ¡hoy en su régia
Cámara misma con traición taimada
Sediento de mi sangre me encarcela!

Ayer en dulces y amorosos sueños
Embebecido mi dichosa estrella
Bendecía esperando; ¡hoy ni esperanza,
Ni gloria, ni poder, ni amor me resta!

Cuanto amé insensato, me han vendido:
Con quien he odiado mas me junta adversa
Mi menguada fortuna... ¡oh, sí! aborrezco
Con toda el alma á esa muger. Quisiera

No haberla visto nunca... es un fantasma
Que va siguiendo por dó quier mis huellas,
Y cuyo alito impuro en mi alma infunde
Un vértigo infernal que me marca.

¿Y me ama? ¡infando amor! partir me
ofrece

Conmigo el trono... ¡Abominable oferta,
Que me abrasa en furor, y en las entrañas
Toda mi sangre paraliza y hiela!

¿Yo á la par de tal monstruo? Nunca, nunca:
Mas ¡ay de mí! la aguardo, y de mí espera
La venganza tambien... ambos de un crimen
Nos vamos á lanzar sobre la senda.

¿Y á mí de qué me vale una venganza
Que ni dicha ni amor me recupera?

¡Oh, no! de calma el compasivo cielo
Estos instantes por mí bien me deja
Para mejor pensarlo... un alma noble
Cuanto olvida mejor, mejor se vengá.

No mas sangre, no mas... renuncio á todo.
Dice que tiene franca una poterna
Por dó salir de esta mansion horrible,
Y que la guardan mis lombardos... Ea,

Voy á dejar la Italia en medio de ellos;
Voy esta raza á abandonar de hienas.
Alboino, traidor, yo te perdono.

Yo te desprecio al par, ¡Brenilda pérfida,
A Dios! En mí desde hoy vuestra memoria
Sombra es no mas de pesadilla horrenda.
Mas esta puerta se resiste... ¡Cielos!

¡Rosmunda! no responde... ¡oh qué sospecha!

Rosmunda... El eco solamente herido

Por la bóveda cóncava resuena.

Rosmunda... ¡oh! la traidora me ha vendido

Para dejarme de Alboino presa

En su lugar... Si por allí lograra...

Miserable de mí, que fié en ella

Y la dejé salir.

Alb., dentro. ¡Bucilio!

Rod. Es tarde

Ya. Alboino está aquí. Su voz es esa.

ESCENA II.

ALBOINO, RODIMIRO, BUCILIO.

Alb. ¿Dónde está, dónde?

Buc. ¿Quién?

Alb. A mi coraje

Poca es su sangre toda.

Buc. Tu ira enfrena,

Señor.

Alb. Bucilio, aparta, ó con las tuyas

Caerá á la par tu criminal cabeza.

¿Qué has hecho, miserable?

Buc. A esos dinteles

Incesante velar.

Alb. ¡Maldito seas!

Te han burlado.

Buc. Alboino...

Alb. ¿Quién ha abierto

Las puertas de mi alcázar á la reina?

Buc. No hay mas que esa, señor, que de tus cámaras

Salga, y no me aparté ni un punto de ella.

Alb. Pasaron sobre tí.

Buc. Sobre mi vida

Pasaran antes, ó á mis piés cayeran.

Alb. Pues pasaron, Bucilio, porque ahora

Rosmunda á los lombardos me subleva,

Y enfrente de las torres de Verona

Las águilas de Roma se presentan.

Sí, sí, perdidos somós: entre tanto

Que el enemigo en la ciudad nos cerca,

Las tropas que acaudilla Rodimiro

Dentro nos mueven infernal contienda.

Y toda su legion en voces altas

Ahora á su capitan pidiendo queda

Por las plazas y calles, y Rosmunda

Les encamina aquí... ¡La ira me ciega!

¿Qué has hecho, pues, de ese hombre?

¡desdichado!

¿Dónde está ese traidor?

Rod. En tu presencia.

Alb. ¡Oh, al fin das en mis manos! Vé, Bucilio,

Pronto, mete en palacio toda entera

Mi húngara guardia, y si se pierde todo
Haremos de mi alcázar fortaleza,
Y á lo menos debajo de sus ruinas
Nos sabremos abrir tumba sangrienta.

ESCENA III.

RODIMIRO, ALBOINO.

Alb. Y oye tú; los romanos se preparan

A asaltar la ciudad: fácil defensa

Tiene aún si recoges á los tuyos

Y á la batalla los conduces: ea,

Elige, pues, ó nos batimos ambos

Por ambos como siempre, ó de las rejas

De mis ventanas te suspendo, al punto

Que tus lombardos á buscarte vengan.

Rod. ¿Me amenazas á un tiempo y me suplicas?

Alb. Súplicas ó amenazas, como quieras;

Pero responde pronto, porque siento

Menguar rápidamente mi paciencia.

Rod. Y tambien tu fortuna.

Alb. ¡Rodimiro!

Rod. Alboino, tus impetus modera:

La fortuna es voluble para todos,

Y hoy la fortuna para tí se trueca:

Por dó quier de enemigos circundado

Debajo de tus piés se abre la tierra.

Alb. No me hundiré yo solo, Rodimiro,

Por la ancha sima ante mis piés abierta:

Yo me desplomaré, mas como un monte

Que arrebata en pos suyo cuanto encuentra.

Puedo caer, mas como cae el rayo

Que humo detrás de sí tan solo deja.

Rod. Como una chispa que al brotar es pira

Al estrellarse el rayo en la alta peña;

Cual carcomido tronco que arrebatá

Torrente asolador que el bosque anega;

Cual vieja torre que en cenizas torna

El incendio voraz que la rodea.

Porque ya nada tienes, Alboino;

La muerte en torno por dó quier te acecha,

En las lanzas aquí de mis lombardos,

Y en las romanas lanzas allá fuera.

Alb. Mientes si juzgas que la muerte es cosa

Que el alma de un rey húngaro amedrenta,

Que no es la muerte pavorosa imágen

Para el valiente acostumbrado á verla,

Ni es gran golpe caer en una tumba

De enemigos cadáveres repleta.

Pero estamos aquí perdiendo el tiempo

Cual mugeres imbéciles que llenan

De alaridos estúpidos el aire

En tanto que el peligro se acrecienta.

De una vez concluyamos, Rodimiro;

Unidas hasta aquí las armas nuestras
Solo tenemos una causa, como
Hemos tenido siempre una bandera.
Enemiga de entrambos igualmente
Roma á la par contra los dos se apresta;
Si ambos con Roma no lidiamos, á ambos
Nos asesina una venganza necia.
Yo te ofendí, es verdad : tú me aborreces :
Nuestras almas tal vez están sedientas
De nuestra sangre al par; mas todavía
Bálsamo habrá con que calmarse puedan.
Obremos, pues, como hombres; depongamos
Nuestras iras un punto; y con fiereza
Demostramos sobre el romano ambos unidos
Sin partir la fortuna ni la fuerza.⁵
Venozamos hoy como vencimos siempre,
Y mañana, si aun cólera nos queda,
Caigamos cuerpo á cuerpo combatiendo,
Mas sin dejar á Roma que nos venza.

Rod. Noble he nacido y generoso, y grande
Animo el noble corazón me alienta,
Y nadie en vano reclamó mi esfuerzo
En penosa ocasión y en causa buena.
Mas há muy poco de tu misma boca
Mi destino escuché, y aun me resuenan
Dentro de los oídos tus palabras,
Dentro del corazón tu ruin vileza.
Yo te conozco ya, rey Alboino;
Hoy abatimos las romanas tiendas,
Y mañana, traidor, á tus verdugos
Con victoriosa enemistad me entregas.

Alb. Pues bien, pactemos cual contrarios.

Rod. Habla.

Alb. Yo de seguridad te daré prenda.

Rod. No la hay entre los dos.

Alb. Tú la has hallado :

Con ella puede hacerse duradera
La paz entre nosotros; con Brenilda
Puedo tus sienas coronar.

Rod. ¿Y es esa
De nuestra paz la oliva? ¿es ese el precio
A que te he de salvar? Tamaña afrenta,
En lugar de extinguir mi sed de sangre,
Me la dobla, doblándome la ofensa.

Alb. ¡Rodimiro!

Rod. Pues qué, ¿piensas que ignora
Que un afecto no mas hay que entenezca
Tu fiero corazón, que hay, Alboino,
Una muger no mas sobre la tierra
Por quien vaga en tus labios la sonrisa,
Que en tu alma del furor la fuente seca,
Y que tus leyes bárbaras revoca...
Y esa muger, rey Alboino, es ella?

Alb. ¡Cielos! ¿y quién del libro de mi
pecho

Te ha mostrado esa página secreta?

Rod. Otro labio real.

Alb. ¡El de Rosmunda!

Rod. El de Rosmunda, sí.

Alb. Pues bien; si entero

La historia sabes, con razon mas sólida
La paz te ofrezco con Brenilda; acéptala.

Rod. ¡Semejante baldon! Tirano imbécil,

Si las infames manos tienes hechas
A que los perros de tu esclava Italia
Se arrodiven humildes á lamértelas,
No esperes, no, que los lombardos tigres
A recoger tus desperdicios vengan.
Yo amé á Brenilda mientras fué á mis ojos
Pura, lejana y rutilante estrella;
Cuanto lejana mas, mas admirable,
Mas digna de anhelarse su belleza.
Mas hoy que como tuya la conozco,
Mi amante corazón cambia para ella,
Y si odio engendró en él tu negativa,
Desprecio en él tu ofrecimiento engendra.

Alb. ¿Qué es lo que dices, insensato?

Rod. Digo,

Que á quién tú se la das te la desprecia;
Que no hay-entre los dos desde este punto
Ni lazos, ni amistad, ni fé, ni treguas.

Alb. ¡Basta, rayos del cielo! tú lo dices,
No hay treguas, ni amistad; tu infame lengua
En la mitad del corazón me ha herido
Con el desprecio de Brenilda, y esta
Es una injuria que jamás sabría
Mi rabia perdonar... ¡Oh! ¿y ofrecétole
Pude yo en un momento de locura?
¿Cuándo pudiste acaso merecerla?

¿Quién eres tú para que á amor tan alto
Las torpes alas á tender te atrevas?

Arrodíllate, esclavo : de rodillas
Debes oír su nombre : el labio en tierra
Le debes pronunciar, el polvo solo
Para besar en que sus piés asienta :
Tienes razon, no hay paz entre nosotros,
Ni treguas, ni amistad : y en las estremas
Horas que á un tiempo de peligros tantos
Circundan y amenazan mi existencia,
No por mi salvacion te envia el cielo,
Sino porque de ti vengado muera.

¡Oh! y morirás : el término aplazaço
De mi aliento vital siento que llega,
Porque veo que el mundo se desploma
Sobre mí; pero ve lo que te resta :
Este alcázar va á ser nuestro sepulcro;
Yo le defenderé mientras que tenga
Solo un soplo de vida : hasta esta hora
Tú conmigo estarás, y cuando sienta
Que el alma me abandona, haré implacable
Arrancarte la tuya en mi presencia.

Rod. Yo la daré tranquilo, porque nada
Mi ánima ya del universo espera,
Y porque si tú vences, todavía
Para vengarme á mí Rosmunda queda.

Alb. ¿Rosmunda? Desvarías con el miedo.

Si ella con tus lombardos se presenta
Delante del palacio, á sus balcones
Haré colgar tu livida cabeza;
Y tus mismos lombardos al mirarla
Antes que en mí te vengarán en ella.

Rod. No; la sombra inseputa de Comundo
Con ella va y en su favor pelea.

Alb. ¿Qué estás diciendo?

Rod. Que el misterio sabe
Que en esa copa tu furor encierra,
Y que esta noche cerrará Rosmunda
Del padre rey la profanada huesa.

Alb. ¿Tú se lo descubriste?

Rod. La he pagado
Secreto con secreto, deber era.

No hay esperanza; contra tí, Alboino,
Hasta los muertos sus sepulcros dejan;
Y no reposarán en sus sepulcros
Hasta que al tuyo descender te vean.

Alb. Tantos descenderán de mí delante
Que les haré tal vez perder la cuenta,
Y te juro que no has de ser el último
De mi mortuoria comitiva.

Rod. Llega,
Todavía en mi brazo está mi espada,
Y en tanto, rey, que levantarla pueda
Ni moriré como cobarde esclavo,
Ni seguro estarás delante de ella.

Alb. Y hombre soy yo que obligará á tu
espada

Con el brazo á caer que la sostenga,
Si antes que de la vaina la desnudes
Aquí á mi voz mis húngaros no llegan.
¡Hola! Bucilio.

ESCENA IV.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA.

Ros. ¿Qué queréis?

Rod. ¡Rosmunda!

Alb. ¡Oh! ¡me los junta mi feliz estrella!
Bucilio, pronto á mí.

Ros. No será fácil
Que ya á tu voz á presentarse vuelva.

Alb. ¿Porqué?

Ros. Porque está lejos. Alboino,
Tu voz á la honda eternidad no llega.
Mira.

(Abre las puertas del fondo, y ve una
guardia romana y á Bucilio tendido á
un lado.)

Alb. ¡Traición tamaña!

Ros. Es obra mía.

Yo metí con silencio y con destreza
En tu palacio á los lombardos antes
Que Bucilio á tus húngaros metiera.
Y he vendido á Verona á los romanos

Al caro precio de tu sangre régia.
¡Ea, pues, á morir como quien eres
Disponte ya! tu comitiva es esa.
Esos romanos que Longino envía
Para llevarle la ofrecida prenda,
Tu tronco real conducirán al campo
Y ante el emperador tu real cabeza.

Alb. El coraje me ahoga.

Ros. Ahora, Alboino,

Si es que en señal de despedida eterna
Quieres vaciar el postrimero vaso,
Tu copa de márfil te daré atenta,
Diciéndote á mi vez: « Bebe, Alboino,
Que con mi padre bebes; » mas contempla
Que si me has dado en muchas tu venganza
Yo te he dado la muerte en la primera.

Alb. ¡Oh, te sabes vengar!

Ros. Tú me enseñaste:

Y lo bien que aprendí para que veas,
Sabe que el cetro de Comundo vuelve
A mi mano otra vez, é Italia entera
Amparada mirándome de Roma,
Me aclama al par libertadora y reina.

Alb. ¡Tú amparada por Roma!

Ros. Si, Alboino,

Y en tu lugar sobre tu solio puesta.

Alb. Ahora comprendo el bárbaro des-
precio

Con que á Brenilda ajó... ¡reinar esperas
Con Rosmunda también!

Rod. Tente, Alboino;

Yo no tengo cual tú sangre de fiera,
Y ni lecho, ni trono, ni sepulcro
Sabría nunca dividir con ella.

Ros. Mas partirás con él mi cruel ven-
ganza,

Que sabré sobre tí lograr entera.

Alb. ¡Oh, respiro...! Os odiais; gracias,
¡oh Averno!

Rosmunda, ya lo ves, su odio me venga:
Todo por él lo has hecho, pero todo,
Porque viene de tí, te lo desprecia.

Ros. Pues mas caro que tú mis iras pagas
Va á pagar el desprecio que me muestra:
Y siento por quien soy que mi venganza
Ver, Alboino, hasta su fin no puedas:
Porque tal es, que la creyeras tuya
Viéndola tan medida y tan completa.

Alb. También la mía lo es, puesto que os
dejo

Aborreciéndos siempre, y me consuela
Morir sabiendo que en ausencia mía
Vivireis en discordia sempiterna.

Ros. ¡Oh! te lo creo; mas te aguardan
parte:

Rey Alboino, mi justicia es recta.

Tu sepulcro está allí, mas no vacío;
La sombra de mi padre en él te espera.

Alb. Yo al lado suyo dormiré tranquilo,
Y en su tumba entraré con faz serena,
Porque no piense que al morir su espíritu
El corazón con que le odié amedrenta.
Goza, pues, de tu suerte y tu venganza
Como gozarla supe yo : y no temas
De mis labios oír súplica inútil
En favor de otra víctima que deja
Mi torpe imprevisión entre tus manos,
Y á quien no salvará ni su inocencia.
Y no quiero gastar mi aliento en balde,
Y desmentir la heroica grandeza
Con que debe arrostrar esta venganza
Quien de esa copa se sirvió en la mesa.
Sí, yo sabré morir como he vivido,
Mi suerte afrontaré tal como sea,
Y espirará Alboino sin que exhale
Un ¡ay! su corazón, ni un ¡ay! su lengua.

Ros. Vé, pues; sabéis mis órdenes; cumplidlas.

Rod. Venganza es harto justa, pero horrenda

Tu venganza es también.

ESCENA V.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Deten la planta;
Cumplir me resta la mitad segunda :
De Comundo vengué la causa santa,
Mas falta aun la causa de Rosmunda.

Rod. Véngala tú : yo parto en el momento
De Italia para siempre, que me aterra
Que á la par nos cobije el firmamento
Y al par nos sufra sobre sí la tierra.

Ros. ¿Tanto, pues, me aborreces?

Rod. Cuanto cabe
En ofendido corazón humano,
Cuanto tu mente concebir no sabe
Y mi lengua explicar querría en vano.
Y á mi sincero corazón perdona,
Rosmunda, esta verdad : tu faz sombría
Me espanta aun á través de esa corona
Que te ciñe la sien de pedrería,
Mas que no la ennoblece ni la abona.
Esos altivos y radiantes ojos
Por quien barones mil tal vez deliran,
Corazones rindiendo á sus antojos,
Dan al mío pavor cuando me miran.
Y esa romana y clásica hermosura
Que hace admirar tu forma majestuosa
No sé qué tiene para mí de oscura
Que hace á mis ojos tu beldad odiosa.
Un dios, ó un mal espíritu en tu pecho
Encendió una pasión que te esclaviza,
Y no puedo vivir bajo de un techo

Que cubre esa pasión que me horroriza.
Tal vez dirás que tus hechizos dejo
Por los de otra muger... ¡muger perjura!
Mas si amé á otra muger que imagen pura
De los cielos creí, cuando reflejo
La concebí de tu maldad impura
La odí también, y de las dos me alejo
Despechado á llorar mi desventura.
A Dios, pues : ¡oh Rosmunda! ya vengada
Quedas y reina; y al romano unida
Los lombardos de tí no esperan nada,
Ni quieren de tu tierra ensangrentada
Mas que el sol que señala su partida.
A Dios.

Ros. Espera.

Rod. ¿Qué?

Ros. Pues te he escuchado
Esa que acabas relación funesta,
Justo es que de mi labio apasionado
Escuches tú también una respuesta.
Tus bárbaras palabras una á una
Aquí, en mi corazón cayendo han ido,
Ahogando en él sin compasión alguna
Cuanta esperanza en él se ha mantenido.
Tú me has abierto el tuyo : es, pues, forzoso
Que el mío te abra yo, y de cerca al verle
Penetres en su centro misterioso
Y aprendas de una vez á conocerle.
¡Tú me has aborrecido y yo te amaba!
Con insolente mofa, tu desprecio
De sí apartó cuanto mi amor te daba,
Y aun retó á mi furor tu orgullo necio.
Por tí ultrajado, y de tu amor testigo,
Cambióse al fin mi corazón contigo.
Oye, pues; la pasión que te horroriza
No existe ya en Rosmunda : el odio insano
Que implacable hacia mí te fanatiza
Reina en mi pecho con poder tirano.
No soy ya la Rosmunda que te adora,
Soy la Rosmunda que ultrajada y fiera
Del inmenso furor que en sí atesora,
Viento va á dar á la gigante hoguera.
Rosmunda solo sabe, Rodimiro,
O amar ó aborrecer, mas nunca olvida :
Ama de amor hasta exhalar su vida,
Y aborrece hasta el último suspiro.
Tan poderosa, pues, tal en grandeza
Mi amor concluye, y mi venganza empieza.
¡Oh! y aun no afrontes con mi faz sombría
Tu desdénoso continente fiero,
Y escucha con paciencia todavía,
Pues mi venganza que comprendas quiero.
Piensas dejar la Italia prontamente;
¿Mas cómo?

Rod. En paz con Roma, estorbos vanos
Me opondrás á que parta con mi gente.

Ros. ¿Les quitarán los hierros de las
manos?

Rod. ¿Qué es lo que dices?

Ros. Tu legion valiente
Dejó esclava también de los romanos.

Rod. ¡Miserable de mí!

Ros. Ya te lo dije,
Solo sé amar ó aborrecer; si necio
Mi odio fatal tu corazón elige,
Mi odio y mi amor le costarán gran precio.
Escoge; aun puedes: mi piedad es tanta:
Con los tuyos esclavo, ó rey conmigo.

Rod. El cielo mismo junto á ti me espanta:
No, antes morir que respirar contigo.

Ros. Está bien, morirás: mas antes quiero
A esa que tanto amaste en algun día
Que des al menos el á Dios postrero.

Rod. No, no la quiero ver.

Ros. ¡Oh, es cosa mía!

Rod. ¡Ah! me hiela de horror tu aspecto
fiero.

Ros. Así el desprecio de mi amor se expía
Y el caliz del rencor se apura entero.

(Va á la puerta de la izquierda, y abriéndola llama á Brenilda en alta voz.)

¿Brenilda?

Rod. ¡Ah! ¡Yo no sé qué vaticino
De horrible aquí!

Ros. Quimérico recelo.

¿Brenilda?

Rod. ¡Oh! ¡no la llames!

ESCENA ULTIMA.

ROSMUNDA, RODIMIRO, BRENILDA.

(Brenilda al salir se detiene á la puerta,
junto á la cual está Rosmunda cruzada
de brazos, sombría é inmóvil. Rodimiro
permanece en el centro de la escena sin
mirar á Brenilda.)

Bren., al salir, deteniéndose. ¡Santo cielo,
Aquí aun...! ¿A qué lúgubre destino
Vuestra calma fatal sirve de velo?

Oh! hablad por compasión... ¿Qué es de
Alboino?

Ros., á Rodimiro. Su primera palabra.

Bren. Habla; ¿qué es esto,

Rodimiro? ¿qué es de él?

Rod. ¡Déjame, ingrata!
¡Apártate de mí! yo te detesto!

Ros., á Brenilda. Ya lo oyes.

Bren. ¡Ay de mí! ¡Su voz me mata!
Mas no hablo ahora de mi amor... mi oído
Percebíó aquí su voz... confuso estruendo
De gentes escuché... ¿dó está? ¿qué ha sido
De Alboino? Acabad.

Ros., á Rodimiro. Ya la estás viendo.

Bren. ¡Oh, acabad de una vez! Hablad,
señora,

Vos que sabeis cuánto le amé... de hinojos
Os lo ruego á los dos.

Ros. Sea en buen hora.

Bren. ¿Dónde está? ¿dónde?

Ros. (Abriendo la puerta del fondo, por
delante de la cual se ve pasar el
caddver de Alboino, llevado en
hombros de los romanos.)

Aquí; vuelve los ojos.

Bren. ¡Padre mio!

Rod., horrorizado. ¡Ah! ¿Su padre...?

Ros. Es Alboino;

Y tú, que á mi furor le has entregado
Dentro de este aposento, su asesino.

Rod. Miente, Brenilda, miente: ¡oh!
nunca creas

Que en su sangre real teñí mis manos.

Bren. Apártate de mí... ¡oh! ¡maldito
seas!

Rod. ¡Ah! entiendo toda tu maldad.

(A Rosmunda, dirigiéndose á ella en
actitud amenazadora.)

Ros. Romanos,

Vuestro esclavo tomad.

(Los romanos le sujetan.)

Rod. ¡Yo esclavo!

Ros. Ahora

Mide hasta dónde mi rencor alcanza.

Rod. ¡Toda su sangre sobre tí, traidora!

Ros. Toda la necesita mi venganza

Gota á gota sorber. Vé, pues, implora

Al cielo si en él crees; y cuando presta

Tu alma á partir del corazón se exhale,

Dile á ese corazón que me detesta

Lo que el cariño de Rosmunda vale,

Lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.



EL ALCALDE RONQUILLO,

6

EL DIABLO EN VALLADOLID,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PERSONAS.

DON RODRIGO DEL RONQUILLO,
alcalde de casa y corte.
VAN-DERKEN.
UN ESPÍA DE FELIPE II.
ROBERTO.
EL DOCTOR ROBLES.
DON LUIS DE VALDÉS.
GIL.

EL HERMANO JUAN.
EMBOZADO 1º.
EMBOZADO 2º.
EMBOZADO 3º.
CAPO DE LAS RONDAS DEL ALCALDE.
SOLDADOS, MUSICOS, RONDAS, EN-
MASCARADOS Y ALGUACILES.

La escena en Valladolid, setiembre de 1559.

ACTO PRIMERO.

Plazuela en Valladolid formada por los tres edificios siguientes: 1º A la derecha: una casa de buena apariencia con puerta y balcón practicables. 2º A la izquierda: una casa de mezquina apariencia con puerta y ventana baja practicables; sobre la puerta un rótulo que dice: «*Taberna y Hostería*». 3º En el fondo, una casa en estado casi ruinoso, cuyas ventanas bajas están tapiadas, y las altas y puerta cerradas y clavadas con travesaños de madera, y selladas todas con la cruz de la inquisición. Sobre la puerta un rótulo que dice (en letras de no muy grandes dimensiones) «*Casa del Diablo*». — Esta casa forma dos calles que se pierden por el fondo, con las paredes de otras dos casas inmediatas, en una de las cuales (en la de la derecha) hay una puertecilla, y las paredes que la forman son tapias de un jardín. — Las casas de la derecha y de la izquierda forman también, con estas últimamente citadas, otras dos calles laterales por donde se sirve la escena. — Al levantarse el telón en este primer acto, se ve salir al alcalde Ronquillo de su casa, que es la de la derecha, é ir á llamar á Roberto á la suya, que es la taberna.

ESCENA PRIMERA.

RONQUILLO, ROBERTO.

Ronq. ¿Roberto?

Rob. Señor.

Ronq. ¿Tan presto

Tienes cerrada tu tienda?

Rob. ¿Y qué queréis ya que venda,

Si es un sitio tan funesto

En el que la tengo abierta,

Que en diciendo que anochece

Alma humana no parece

Por delante de mi puerta?

Ronq. ¿Con que tanta voga cobra

Lo que se habla de esta casa?

Rob. Juzgadlo por lo que pasa.

Ronq. ¿Pero es seguro?

Rob.

Señor: sin recelo alguno

Podeis las puertas dejar

Abiertas de par en par,

Que no os robará ninguno

Por no pasar por aquí

De noche, hay hombre que acaso

Se queda á dormir al raso.

Ronq. ¿De veras?

Rob. A fé que sí.

Porque son tan espantosas,

Y de tal modo se aumentan

Las historias que se cuentan

De esa casa...

Ronq. ¿Con que cosas

Pasan aquí tan terribles?

Rob. Tremendas.

Ronq. ¡Vaya por Dios!

Rob. Cada noche un hombre ó dos
Muere á manos invisibles
En estos alrededores.

Ronq. ¿Mas de tal manera espiran...?

Rob. De tal, que por mas que miran
No ven á sus matadores.
Nadie lo duda, señor :
En esa casa maldita
Por fuerza algun diablo habita
Del hombre exterminador.

Ronq. Ya ves, cuando el santo oficio
Condenarla me mandó
Y sus entradas selló,
Claro es que habrá maleficio.

Rob. Hombre que atento se pare
A contemplar esta casa,
Si dos ó tres veces pasa
Por la noche, Dios le ampare.
Y en fin, mejor lo sabeis
Vos, que los mas de los dias
Causas de muertos teneis
En aquestas cercanias.

Ronq. Bien, bien. Mas oye : mi gente
Reunida en el juzgado
Está : mientras que firmado
Dejo un vale al intendente,
Aviso á mis rondas pasa
De que la hora difiero
De la ronda, y les espero
A las nueve, ahí en mi casa.

Rob. Voy, señor.

Ronq. Corre.

(*Vanse, Roberto por el fondo y Ronquillo
por la izquierda.*)

ESCENA II.

VAN-DERKEN, EMBOZADO; LUEGO DON
LUIS, LO MISMO.

Derk. Los dos
Salieron : bien calculé ;
La hora que señalé
Es ya ; mas gracias á Dios
Ya veo ahí detenido
Un embozado.

Luis. ¡Hola ! ya
Me espera. ¡Hidalgo !

Derk. ¿Quién va ?

Luis. El diablo.

Derk. Muy bien venido.

Luis. ¿Vos...?

Derk. Diablo tambien.

Luis. Dios guarde

A Satanás ; y perdone
Si esperó.

Derk. No os ocasione

Pesar eso, que no es tarde.

Con que ¿qué hay ?

Luis. Grandes noticias.

Derk. ¿Y nuevas ?

Luis. De ellas infiero

Que anda todo el pueblo entero
Festejando las albricias.

Derk. Sepámoslas pues.

Luis. Oid :

Pasado mañana está
El rey aquí, y á ser va
La corte Valladolid.

Derk. Traerla aquí es ya proyecto
Concebido muy de atrás
Por el rey.

Luis. Y ahora á efecto
Lo lleva.

Derk. Bueno. ¿Y qué mas ?

Luis. La paz está ya firmada
Con Francia, y con tanta priesa,
Que nos manda una princesa
Por poderes desposada
Con nuestro rey Don Felipe ;
Y este, como el tiempo apura,
La vuelta hácia aquí apresura
Porque no se le anticipe.
Con que la guerra acabó.

Derk. Todo eso muy cierto es.

Luis. ¿Sabiais...?

Derk. Que el veinte y tres

De julio se efectuó
La ceremonia en París,
Firmó el de Alba por el rey,
Y quedó conforme á ley
La boda.

Luis. Hizo con san Luis
La paz Santiago.

Derk. Y sin miedo
De que otra traición la estinga,
El rey se embarcó en Flesinga
Y el siete arribó á Laredo.
Pero el tiempo no perdamos
En relatos de politica,
Que en situacion hartó crítica
En este lugar estamos.

Luis. Cuando os le ví señalar
Para nuestra cita, á fé
Que un tanto estraña me fué
La eleccion de tal lugar.

Derk. Pues es natural que así
Sea : el demonio habita
Esa casa ; y pues os cita
El diablo, ser debe aquí.

Luis. Teneis razon.

Derk. ¿Con que vos
Estais de veras resuelto ?

Luis. Yo nunca la cara he vuelto,
Dada una vez, ¡vive Dios !

Os dije que mi razon
 Me impelia á no aprobar
 Ciertos fueros que arrogar
 Se quiere la inquisicion.
 De mi sospecha por ello.
 Y en mi empleo y en quien soy
 Sé que si un paso atrás doy,
 Arriesgo tal vez el cuello;
 Solo á raya les mantiene
 Contra mí, el darme favor
 Mi tío el inquisidor.

Derk. Que de secretario os tiene.

Luis. Eso me vale; mas pronto
 Saltar contra mí le harán.
 Y no quiero ¡por san Juan!
 Resignarme como un tonto.
 Consérvome todavía
 Con la inmensa facultad
 De mi empleo y dignidad;
 Mas tal vez me dure un día,
 Y estoy de una vez dispuesto
 A echar mano á mi poder
 Contra ellos, y á poner
 Mi cabeza en mejor puesto.
 Si así mi oferta admitís,
 Hecha limpia y francamente,
 Valgámonos mutuamente,
 Que valdrá mucho.

Derk. Don Luis,
 Jamás dudé en vuestro honor,
 Mas no debí en compromiso
 Tal ponerlos, sin aviso
 Del riesgo que hay.

Luis. Con valor
 Entro en la empresa; con él
 Sus consecuencias admito,
 Y ¡os juro al cielo bendito!
 Que seré muerto, mas fiel.

Derk. No hablemos mas del asunto.

Luis. ¿Queda hecho pues nuestro pacto?

Derk. Satanás es siempre exacto.

Luis. Pues pasemos á otro punto.

¿Una carta...?

Derk. La leí.

Luis. ¿Supongo que...?

Derk. Se quemó.

Luis. ¿Disteis con la dama?

Derk. Aun no.

Luis. Pero ¿estais en rastro?

Derk. Sí.

¿Y los papeles?

Luis. Aquí.

Derk. ¿La inquisicion pues?

Luis. La erró.

Derk. ¿Podrá sorprenderos?

Luis. No.

Derk. ¿Cuestion concluida?

Luis. Sí.

Derk. Esta noche ha de tener
 Fin todo: ¡alerta por Dios!

Luis. Ya sabéis que os toca á vos
 Mandar, y á mí obedecer.

Derk. ¿Es decir que os hallaré
 Allí siempre?

Luis. Siempre allí.

Derk. ¿Con cuanto haga al caso?

Luis.

Sí.

Derk. Pues allí os avisaré.

Luis. Con que me deis media hora
 Nada hará falta.

Derk. Me avengo.

Luis. A todo el mundo hecho tengo
 Juguete mio hasta ahora.

Derk. ¿Tan decidido, eh?

Luis. Os doy

Con pleno conocimiento,
 Y con fé y convencimiento,
 Alma y vida y cuanto soy.

Derk. Cuanto se añada es demas.

Luis. Con el corazon os hablo:
 Entero me doy al diablo.

Derk. Contad pues con Satanás.

Y en todo caso, Don Luis,

Acogeos sin dilacion

Al austriaco pabellon.

Luis. Lo haré como lo decis

Derk. Y no os pesará jamás.

Luis. Con que hasta luego.

Derk.

Idos pues.

Luis. A Dios, señor Satanás.

Derk. A Dios, Don Luis de Valdés.

(Vase Don Luis.)

ESCENA III.

VAN-DERKEN, LUEGO EL DOCTOR ROBLES.

Derk. ¿Quién podrá en esta ocasion
 Competir con Lucifer,
 Teniendo á par el poder
 Del diablo y la inquisicion?
 Mas el otro está ya aquí. (Asoma el doctor.)

Doct. ¿El diablo?

Derk. Y Austria.

Doct. Señor...

Derk. Muy buenas noches, doctor;
 Mas cumplidos remitid,
 Que es tarde. ¿Qué hay?

Doct. Todo está.

Derk. ¿El lego?

Doct. Corre por mí.

Derk. ¿El escultor habló?

Doct.

Sí.

Derk. ¿Y lo otro?

Doct. Os lo traigo ya.

Derk. ¿A ver?

Doct. En esta cajita
a, metido en un frasquillo.

Derk. ¿Pero es remedio...?

Doct. Sencillo

por demas.

Derk. ¿Y necesita
Precauciones?

Doct. Simplemente
En un líquido cualquiera
Beberlo.

Derk. ¿Si en vino fuera?

Doct. No hay ningun inconveniente.

Derk. ¿Respondéis de su virtud?

Doct. Sobre mi honor. El doliente
Que use de él, del accidente
Queda en completa salud.

Derk. Si no se pone mejor,
Yo se le haré administrar.

Doct. ¿Teneísme mas que mandar?

Derk. ¿Dónde os hallaré, doctor,
Si os necesito?

Doct. En mi casa,
Como siempre; ni un momento
Saldré de ella, solo atento
A vos.

Derk. Recompensa escasa
No tendrá tal adhesion.

Doct. Ya conocéis por demas
Que me entrego á Satanás
Con todo mi corazon.

Derk. Contad pues con su poder.

Doct. Cuento ya con su favor.

Derk. Pues buenas noches, doctor.

Doct. Buenas, señor Lucifer.

ESCENA IV.

VAN-DERKEN, LUEGO ROBERTO.

Derk. Adelante: en tal empresa
Cooperacion bien estraña
Es la que el diablo interesa:
Mas ya está el diablo en campaña,
Y no es el diablo un aliado
Digno en verdad de desprecio;
Que tiene el brazo muy recio
Y el juicio muy despejado.
Mas por alli venir veo
A alguno ya.

Rob. (O veo mal,
O de mi puerta al umbral
Que hay un embozado creo.)

(*Tocan á las ánimas.*)

¡Eh, buen hombre! ¿qué hace ahí?

Derk. Por el tono en que está hecha
La pregunta, entro en sospecha
De que os busco á vos.

Rob. ¿A mí?

Derk. Sí por cierto, ¿no sois vos
El bribon del hostelero
De esta tienda?

Rob. Caballero...

Derk. Vaya, abre, y entre los dos
Vacando un par de botellas
En buena paz, te perdono
La incivildad del tono,
Y el tiempo que á las estrellas
Me has hecho que aqui te espere.

Rob. Es mala ocasion, hidalgo,
Y si el alma tiene en algo,
Despeje.

Derk. Segun se inflere
De tus corteses modales,
No te trae con gran cuidado
Hacer bueno ó mal mercado.

Rob. No á fé.

Derk. ¿Así de tus umbrales
Despachas á un forastero
Que fatigado se llega
Hasta tu mala bodega
A dejar su buen dinero?

Rob. En tal caso, no os asombre,
Buen hidalgo, y perdonad
Que os advierta que dejéis
El lugar, porque ya veis...
Las leyes de la ciudad
No permiten que mi tienda
A esta hora...

Derk. Ya.

Rob. Además,
Vos ignorareis quizás
Que la noche aquí... es tremenda.

Derk. ¿Porqué?

Rob. Porque es esa casa,
Segun se dice, guarida
De algun sér de la otra vida...
Y en fin... porque... pues... si pasa
La ronda... y nos ve...

Derk. Par diez,
Cada vez te va turbando
Mas tu cuento, y me va dando
Mas sospechas cada vez
De que eres un embustero.

Rob. De cualquier modo que fuere,
Pues la justicia no quiere
Que venda mas, caballero,
Idos, ó por Barrabás
Que invocaré contra vos
La ley.

Derk. Vaya, entre los dos
Tres palabritas no mas.

Rob. Ni media, á la queda tocan;
Y en fin, claro, no me quedo
Con vos porque tengo miedo:
Que esas campanas evocan

Los diablos que en esa oscura
Casa habitan.

Derk. Poco afan
Te den : traigo un talisman
Que de sombras me asegura.

Rob. Vaya, camorra no quiera,
Lárguese y téngalo á suerte.

Derk. Bien : mas antes voy á hacerte
Una pregunta ligera.

Rob. Diga.

Derk. ¿Has estado en Amberes?

Rob. ¿Qué os importa á vos?

Derk. ¿Conoces

La calle de las Tres Voces?

Rob. No.

Derk. Pues haz lo que pudieres
Por traer á tu memoria
Esta calle, y vente en pos
De mí á su número dos.

Rob. (¡ Cielo !)

Derk. Y sabrás una historia
Que allí pasó, y que te debe
Gustar... ¡ Oh ! es cosa gentil.
Pues, señor, era esto en mil

Quinientos cuarenta y nueve.

Era una hora avanzada

De una noche oscura y fria

Cuando la puerta se abría

De la casa precitada.

Salió de ella un embozado ;

Hizo una seña ; acudieron

Otros tres : cuando se hubieron

Los cuatro identificado

Se colocaron por fuera

De la puerta, por la cual

Salió á poco, ó vió muy mal

El que lo vió, una litera.

Rob. (¡ Dios !)

Derk. Creo que ya he logrado

Tu atencion. ¡ Oh ! ya verás.

Pues, señor, salió detrás

De esta litera (embozado

Tambien) otro personaje,

Que apartando un poco al guía

Le dió .. pues, lo que debía,

Instrucciones para el viaje.

Rob. Pero...

Derk. Un momento y se acaba.

Salieron con gran sigilo

De la ciudad, y tranquilo

El que á viajar los enviaba

Volvió á su casa juzgando

Seguro su porvenir.

Y aquí conviene seguir

A los que van caminando.

Atiende bien : pues, señor,

Yendo camino adelante,

Dejaron atrás á Gante

Y á Brujas, y hasta Nieuport
No pararon ; desde allí
Siempre con mucha cautela
Para España dieron vela,
Y cátaelos aquí.

Bajo el Cabo de Tordera
Fueron de noche á fondear,
Y vuelta á desembarcar
Los cuatro con su litera.
De Castilla así la via

Tomaron : cuatro, ten cuenta,
Porque de Hoyos en la venta
Se menguó la compañía.

Tomó unos hongos por setas
Uno, y dos que los comieron
A las seis horas murieron :

Cargaron con sus maletas

Los otros dos, y metiendo

La litera en los pinares,

Llegaron sin mas azares

A Simancas : mas queriendo

En Valladolid entrar

Sin ser vistos, por las breñas

Del Pisuerga á las haceñas

Llegaron de noche á dar. —

De unas barcas molineras

Asiendo una, río arriba

Llegaron á fuerza viva

A tocar en las moreras.

Entonces dando uno de ellos

Sobre el otro de repente,

Le mató, y á la corriente

Le arrojó por los cabellos.

Saltó, ató la barca, abrió

La litera, y una dama

Sacando en brazos... es fama

Que en la sombra se perdió. —

¿ Qué tal ? ¿ es bueno el relato ?

Roberto, ¿ qué te parece ?

Rob. Que pagátese merece.

(*Le tira una puñalada.*)

Derk. Te vendiste, mentecato.

Rob. ¡ Se ha despuntado sobre él
El puñal !

Derk. Gracias al cielo,

Me has rasgado el terciopelo,

Mas es de acero mi piel.

Bien sabia de qué modo

Concluirias de oírme,

Mas no has de poder huírme

Sin que te lo diga todo.

¿ Sabes el hombre quién era ?

Tú.

Rob. ¡ Yo !

Derk. Tú : ¡ oh ! lo sé de cierto.

¿ Pero dónde está, Roberto,

La dama de la litera ?

Rob. No lo sé.

Derk. Luchas en vano
 Conmigo, estás bien sujeto.
Rob. ¡Oh! soltad.
Derk. Estate quieto,
 O te hago polvo la mano.
 ¿Dónde está? lo sabes.
Rob. Sí;
 Pero nunca os lo diré.
Derk. Pues yo te lo arrancaré.
 (Abrese la puerta de la derecha.)
Rob. ¡A mi, Don Rodrigo, á mi!

ESCENA V.

ROBERTO, VAN-DERKEN, RONQUILLO,
 RONDA.

Ronq. ¡Hola! ¿Qué es eso? ¿pendencia?
Rob. Quitadme este hombre, señor.
Ronq. Sujetadle.
Rob. Es un traidor.
Derk. No, que soy vuestra conciencia.
Ronq. Maniatadle.
Derk. Atrás, canalla.
Ronq. ¿Resiste?
Derk. ¿Para qué? No,
 Entre vosotros y yo
 Hay una invisible valla
 Que nunca podreis romper
Ronq. ¿Cómo que no? á verlo vas:
 ¡Ea, á él...! ¡Oh! preso estás.
Derk. Ronquillo, no puede ser;
 Tú me puedes sepultar
 En la cárcel mas sombría,
 Pero una palabra mia
 A mis piés te ha de postrar.
Ronq. Imbécil, me haces reír
 No doblara mi justicia
 La fuerza ni la malicia.
 ¡Necio! ¿qué me has de decir
 Que el pavor en mi alma siembre?
 Veremos á quién apelas
 En mi prision.
Derk. A Bruselas,
 Y al veinte y dos de noviembre.
Ronq. (¡ Santos cielos!)
Derk. Don Rodrigo,
 Que os guarde Dios. Vamos.
Ronq. No,
 Tened.
Derk. Bien sabia yo
 Que no podiais conmigo.
Ronq. Apartad.
Rob. Ved lo que haceis,
 Señor: ese hombre maldito
 Tiene un poder infinito.
Ronq. Déjanos. — Ya me teneis
 Solo con vos: caballero,

Ese recuerdo invocado
 Tan á tiempo, ha coartado
 Mi justicia: ¿ qué quereis?
 ¿ Qué haceis aquí? ¿ con quién hablo?
 ¿ Quién os puso de ese abismo
 Sobre la boca...
Derk. Yo mismo.
Ronq. ¡ Vos! ¿ pues quién sois vos?
Derk. El diablo.
Ronq. ¿ Os burlais?
Derk. Vais á juzgar
 Por lo que os voy yo decir.
 Tened pues á bien de oír
 Lo que os tengo que contar.
 Bruselas y veinte y dos
 De noviembre... estoy fijando
 La escena: años van pasando
 Del nacimiento de Dios
 Mil y quinientos cuarenta
 Y ocho; mas tal vez el caso
 Sepais, estábais de paso
 En Bruselas, segun cuenta,
 Pues, señor, allí vivia
 Un noble de aquel país;
 Baron recto, Don Dionis
 Van-Derken; el cual tenia
 Una hija hermosa y doncella,
 A quien un juez que llegó
 Del estrangero, pidió
 Para casarse con ella.
 Era hombre de gran favor
 Este juez; depositario
 Del afecto y secretario
 Del difunto emperador;
 Mas fugado de su tierra
 Porque su conducta cruel
 Habia puesto con él
 A todo su pueblo en guerra.
 Don Dionis, que protestante
 Era, y que ademas sabia
 Que su hija le aborrecia,
 Se la negó. En este instante
 Allí el principe llegó
 Recorriendo sus estados;
 Y á poco á los obstinados
 Galanteos se rindió
 La doncella de un galan
 Castellano, seductor
 Que le embriagó con su amor
 Y se decia un Don Juan.
 Mas una noche al dejar
 La casa por un postigo
 Oculto, aquel enemigo
 De juez sobre él vino á dar.
 Tiré de la manta yo,
 Desembozóse el amante,
 Y el juez al ver su semblante
 De hinojos ante él cayó.

Debió de ver Doña Inés
 Desde el balcon tal escena,
 Porque de lágrimas llena
 Y de su padre á los piés
 Nombró al infiel seductor,
 Y el padre, brotando fuego,
 Juró ir á quejarse luego
 Ante el mismo emperador.
 Emprendió pues la jornada
 En su busca hácia Bredá,
 Elevando con él allá
 Su Doña Inés infamada.
 Para probar del galan
 La traición, ya veis, tenia
 Las cartas que la escribia
 Bajo el nombre de Don Juan.
 Y como el mozo imprudente,
 Creyendo que su poder
 A hija y padre enmudecer
 Lograria de repente,
 La escribió por despedida
 Una carta que firmaba
 Con su nombre, y que probaba
 Qué padres le dieron vida.

Ronq. Pero...

Derk. Escuchad, que concluye :

Aquel maldito billete,
 De letra igual á otros siete
 De Don Juan, daba por suyo
 Claramente lance tal,
 Cuyo final divulgado
 Le iba á traer de contado
 El desprecio universal.
 Llamó entonces á aquel juez
 Conociendo bien quién era,
 Y le dijo : que pusiera
 Fin á aquello, de una vez. —
 A los tres dias, volviendo
 Don Dionis á su hospedage,
 En Amberes dió á su viaje
 Temprano fin, concluyendo
 A puñaladas la vida.
 Y unas tres horas despues
 Salió de allí Doña Inés
 Para España, conducida
 Cerrada en una litera.
 Y ahora os falta solamente
 Saber quién era la gente
 De esta historia verdadera.

Ronq. Callad, callad.

Derk. No, por Dios,

Fuerza es que os lo participe
 Del todo : el rey Don Felipe
 Era el galan, el juez vos.
 El que á puñaladas muerto
 Dejó á Don Dionis, y á Inés
 Trajo á Castilla despues
 Por órden vuestra, es Roberto.

Ronq. ¡ Todo lo sabe!

Derk. Si, todo.

Las ocho cartas cogidas
 A Doña Inés, reunidas
 Conservais, y de este modo,
 Si el rey os quiere perder,
 Con remitirlas al papa
 Tendrá el rey que haceros capa
 Su honor para mantener.
 El juego es como perverso
 Seguro; pues de los dos
 Solo él juega contra vos,
 Y en su contra el universo.
 Pero no se os advirtió
 Que tras vuestro juego á vueltas,
 Tomando las cartas sueltas
 Os conozco el juego yo.

Ronq. ¡ Ira de Dios! ¿ que hombre es este
 Ante mis pasos opuesto?

Mas es fuerza salir de esto
 Pronto... y cueste lo que cueste.)

La historia sabeis de coro,
 Y aunque acaso mia no es
 Cual decis, veamos pues
 Qué quereis con ello. ¿ Es oro?

Derk. Tengo mas del que deseo.

Ronq. ¿ Es nobleza?

Derk. Soy tan noble

Como un rey.

Ronq. ¿ Es poder?

Derk. Doble

Que vos, como veis, poseo.
 Ronq. Con poder, oro y nobleza,
 No sé qué quereis de mí
 Cuando me venis así
 A entregar vuestra cabeza.

Derk. Ya os dije que entre nosotros
 Hay una valla imposible
 De saltar.

Ronq. Todo es posible
 Tal vez...

Derk. Será para otros.
 ¿ Pero no os inspira Dios,
 Noble, rico y con poder,
 Qué es lo que puedo querer,
 Señor Ronquillo, de vos?
 ¿ Y en lo que puedo querer
 Teneis aun algun reparo?
 Lo que quiero está bien claro :
 Las cartas y la muger.

Ronq. ¡ Voto á...!

Derk. Nada; es muy sencillo;

Vos de pillo nos la dais,
 Y juego como jugais :
 Va á lo mas de pillo á pillo.

Ronq. Mil veces no : antes al rey
 Me entregaré.

Derk. Mas sin fruto.

Yo sé que os pondreis astuto
A cubierto de su ley
Si le decís con tesson:
« O por las cartas que os doy
Libre á otros reinos me voy,
O entrego á la inquisicion
La mitad de ellas y envío
A Roma la otra mitad; »
Y pensáis bien en verdad
Si al rey veis... mas no lo fio.

Rong. ¿Qué es lo que queréis decir?

Derk. Que el rey vendrá.

Rong. Y pronto á fé.

Derk. Para vos tarde.

Rong. ¿Porqué?

Derk. Acabareis de morir.

Rong. ¡Oh! ya apurais mi paciencia.

Derk. Mirad que va en la partida

La vida contra la vida.

Rong. Fuerza es ganar la existencia

A cualquier coste; y pues ya

El juego está conocido,

Dad el vuestro por perdido.

¡Hola! (Llama á su gente.)

Derk. Un momento: otro está

En el secreto en union

Conmigo, y si un dia falto,

Se planta al punto de un salto

En la santa inquisicion;

De todo ello la previene,

Y el rey... es rey... con que vos

Ireis á dar cuenta á Dios

Por ambos... ved si os conviene.

Rong. ¡Nudo infernal!

Derk. Y apretado:

Un nudo gordiano, alcalde;

Querer romperle es en balde,

Y aflojarle es arriesgado.

Con que os tengo que perder

O la tengo que salvar:

Ved pues si me queréis dar

Las cartas y la muger.

Rong. Nunca.

Derk. Ved que osaré á todo;

Que os espío sin cesar,

Y que tengo de lograr

Mi intencion de cualquier modo.

Rong. Nunca.

Derk. En tres dias con hoy

Llega aquí el rey; sed prudente;

Pensadlo maduramente:

Veinte y cuatro horas os doy. (Vase.)

ESCENA VI.

RONQUILLO, EL CABO DE LA RONDA.

Cabo. Señor, ¿le hemos de prender?

Rong. No, no. Id sin mi á rondar.

Cabo. ¿Os volvemos á buscar?

Rong. Tarde; ahora tengo que hacer.

(Vanse todos. — Roberto queda tras la puerta de su taberna, que estará entornada.)

ESCENA VII.

RONQUILLO, ROBERTO.

Rong. Se ha desatado el infierno

Esta noche contra mí.

¡Oh! ¿quién trajo ese hombre aquí?

¿Quién es... quién es...? ¡Dios eterno!

¡Todos, todos en un dia

Mis planes desbarató:

Todo me lo sorprendió.

¿Sueño? no... ¡horrible agonía!

Es por desdicha muy cierto

Todo... ¿y un medio no habrá

Que de él me libre...? Quizá...

Mas pronto ha de ser. ¿Roberto?

Rob. ¿Señor?

Rong. ¿A ese hombre lo conoces?

Rob. No, señor.

Rong. ¡Qué imbécil eres!

Rob. Señor, conoce en Amberes

La calle de las Tres Voces.

Rong. Y algo mas.

Rob. ¿Mas?

Rong. ¿Todo, todo!

Rob. Lo temí.

Rong. ¡Y aquí, Roberto,

Le has tenido y no le has muerto!

Rob. ¡Guardóle Dios!

Rong. ¿De qué modo?

Rob. Cuando esa historia fatal

Vi que sabia, derecho

Mi golpe le asesté al pecho.

Rong. ¿Le erraste?

Rob. Saltó el puñal.

Rong. ¡Oh! á todo está prevenido.

Rob. Mas de él es fuerza salir.

Rong. Si de esta casa ha podido

El misterio descubrir...

Rob. ¿Habló de ello?

Rong. No.

Rob. En tal caso

No sabe nada, y claro es,

Preguntó por Doña Inés,

Y ahorrar semejante paso

Debió, porque es evidente

Que por ella preguntar

Era venir á mostrar
Que ignora completamente
Dónde está.

Ronq. Cierto.

Rob. ¡Oh! muy cierto;

Dió un paso en falso.

Ronq. Es verdad.

Sacarla de la ciudad
Es necesario, Roberto.
La misma superstición
Con que habemos esta casa
Cercado, será ya escasa
Valla á nuestra salvación.

Rob. El vulgo está persuadido

Ronq. Y era ya fé universal;

Hasta el santo tribunal
Está de ello convencido.
¡Oh! mientras en ese asilo
Se la pudo hacer vivir,
Bien podíamos dormir
Con el corazón tranquilo.
Nadie á sospechar llegó
Jamás que yo le guardaba.

Rob. Ni que al infierno mandaba

A los imprudentes yo.

Ronq. Sí, pero desde este instante

Todo esto pende de un pelo:

No sé qué hacer, ¡vive el cielo!

Rob. Señor, lo mas importante

Es alejarla de aquí

Si os habeis de asegurar,

Y si quereis conservar

Pruebas que os salven.

Ronq. ¡Oh, sí!

Mas alguien llega.

Rob. Embozado

Se acerca un hombre.

ESCENA VIII.

ROBERTO, RONQUILLO, Espía.

Ronq. ¿Quién va?

Esp. ¿Alguno razon me da

De la casa ó del juzgado

De Don Rodrigo Ronquillo?

Ronq. Yo mismo soy.

Esp. Pues tomad. *(Le da un pliego.)*

Ronq. ¿De quién?

Esp. De su majestad.

Ronq. ¡Del rey!

Esp. Y debeis abrillo

Al instante.

Ronq. ¿Es tan urgente?

Esp. Abridlo y ved.

Ronq. Ya está abierto:

Acerca esa luz, Roberto.

(Roberto acercando la luz se dispone á ver

*el pliego: el espía se la quita de la man
y alumbra.)*

Esp. Trae.

Ronq. ¿Qué haceis?

Esp. No es conveniente

Que los ojos de un villano

Se posen en los renglones

Donde régias instrucciones

Os envía el soberano.

Ronq. Largo escribe.

« Don Rodrigo: dentro de dos dias llegaré
« á Valladolid, mi nueva corte, y vos sois el
« primero á quien quiero ver en mi palacio.
« El portador de este pliego debe ser recibido
« á vuestro servicio desde el punto en que os
« lo entregue. Jefe de vuestras rondas, secre-
« tario de vuestro juzgado y mayordomo de
« vuestra casa, no se separará de vos hasta
« que nos veamos. He oido decir que hay una
« casa contigua á la vuestra, conocida por la
« Casa del Diablo, y esto me ha hecho pensar
« en que para alejar de él importunas curio-
« sidades, conviene á mis intenciones que
« conserve cierto prestigio sobrenatural, á lo
« que ayudará como vereis su trage y fiso-
« nomia. Por lo demas, mi confianza tiene,
« y en él ha de ser la vuestra depositada.
« Mas no por eso os coartará en nada la vo-
« luntad. Cuando le habeis escuchará; cuan-
« do le mandeis obedecerá. Su señor sois, y
« vuestro esclavo es; ni debe vivir sino al
« lado vuestro, ni os debe ocurrir un daño
« de que él no participe. Y si (de lo que os
« guarde el Señor) en el ejercicio de vuestras
« funciones os ocurriera sucumbir en defen-
« sa nuestra, caer deberá él delante de vos.
« Tal es la voluntad de vuestro rey

« FELIPE SEGUNDO. »

Ronq. Mucho en vos

Se fia el rey.

Esp. Ya lo veis.

Ronq. Yo espero que cumplireis
Bien.

Esp. Y yo, mediante Dios.

Ronq. En casa os daré aposento
Y cuanto hayais menester,

Y empezareis á ejercer

Vuestro cargo en el momento.

Esp. Tal es la real voluntad.

Ronq. Que entera se ha de cumplir.

Esp. Mandad, ya empiezo á servir.

Ronq. No, esta noche descansad.

Esp. Mandó el rey que ni un instante

Nos apartemos.

Ronq. Yo os mando

Que descanséis.

Esp. ¿Hasta cuándo?

Rong. Hasta la cena. — Id delante.

¿Gil?

Gil. ¿Señor?

Rong. Alumbra y guía

A mi aposento á este hidalgo,

Y de cuanto tengo y valgo

Es dueño en ausencia mia.

Esp. Señor... (Saludando.)

Rong. Remitid cumplidos,

Y subid.

ESCENA IX.

RONQUILLO, ROBERTO.

Rong. ¡Viven los cielos

que el rey viene con recelos

de que he de dejar fallidos

Sus afanes! Sí por Dios,

Es un testigo, un espía

Eterno lo que me envía;

Mas nos veremos los dos.

Rob. ¿Qué hay, señor?

Rong. Llueven azares

En esta noche maldita:

Otro diablo.

Rob. ¡Cruz bendita!

Rong. Los echa el infierno á pares.

Rob. Pero ¿quién es?

Rong. Un espía

que del diablo bajo el nombre

me envía el rey en ese hombre:

(El balcon se entreabre.)

Mas tenemos todavía

Algunas horas delante,

Y no me harán desmayar

Mientras pueda aprovechar

La ventaja de un instante.

Roberto, vas á partir

Con la muger que se encierra

En esa casa: pon tierra

Por medio.

Rob. ¿Dónde he de ir?

Rong. No lejos: á mi castillo

de Fuensaldaña, que importa

que estén á distancia corta

Las venganzas de Ronquillo.

Guárdala en una mazmorra,

Y vuélvete en la noche alta,

que un siervo fiel me hará falta

que á par mis peligros corra.

Desde tu vuelta, jamás

te me apartes, y si muero

A traicion, como lo espero,

Sobre mi pecho hallarás

Un relicario de plata

que llevo al cuello colgado:

Rómpele pues sin cuidado:

Verás unas cartas que ata

Un delicado cordon:

Hay ocho; cuenta las siete,

Y al punto á entregarlas vete.

Rob. ¿A quién?

Rong. A la inquisicion.

Rob. ¿Y la que queda?

Rong. Al vicario

Apostólico, y al punto

Huye, ó cuéntate difunto.

A mas, un breve sumario

De mi mismo puño escrito

Te haré, que te ilustrará:

Voy á escribirle: mas ¡ah

Con ese espía maldito

En mi cuarto no podré.

Rob. En el mio.

Rong. Vamos, sí:

Lo dispondré todo allí

Y por la cava entraré

que á mis aposentos pasa

sin ser visto. Vamos presto.

(Entran. — Se asoman el espía y Van-Der-ken, uno á la ventana y otro á la esquina.)

ESCENA X.

EL ESPÍA, VAN-DERKEN.

Esp. ¡Por la hostería!

Derk. ¿Qué es esto?

¿Entra por allí á su casa?

Esp. Llegan.

(Cierra la ventana, pero cuando ya Van-Derken le ha visto.)

Derk. Diligencia vana

Fué cerrar; le vi... ¡hola! ¡hola!

¿A quién se hará creer que sola

se abre y cierra una ventana?

Reflexionemos. — Aquí

la hostería; frente á frente

su casa, que claramente

tiene entrada por allí:

La Casa del Diablo en medio

de la plaza, y un espía

desde allí... ¡por vida mia!

Ya son míos sin remedio.

Todo al fin lo comprendí.

Mios son. Mas ¿quién va allá

Esp., saliendo por la puerta de la acera. Quien cuenta á pediros va

qué es lo que esperais aquí.

Derk. Llegaos.

Esp. Y vos.

Derk. Bien.

Esp. Bien.

Derk. ¿Con quién estoy?

Esp. Con el diablo.

Derk. ¡Jesus!

Esp. ¿Y yo con quién hablo?

Derk. ¿Vos? con el diablo tambien.

Mas tened en cuenta vos
Que no somos de igual grey;
Vos sois el diablo del rey,
Yo soy el diablo de Dios.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.—Es de noche.—Abierta la escena, el teatro permanece solo un momento. Despues se oyen dar las once y media de un reloj de torre, y al dar la última campanada de los cuartos se presentan en la escena Don Luis, que sale embozado por la derecha, y Van-Derken, que sale por la puerta de la taberna.—Debe verse claramente que es una cita.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, VAN-DERKEN.

Luis, mirando. Aun no está, y la hora es.

Derk. Allí está.

Luis. ¡Cómo! ¿Salís

De ahí?

Derk. Silencio, Don Luis;

Todo es nuestro.

Luis. ¿Cómo pues?

Derk. Dentro de su casa ya

El infierno les metí,

Y al volver su dueño allí,

Don Luis, con los diablos da.

¿Me comprendéis?

Luis. Sí, muy bien.

El puesto han abandonado...

Derk. Y el diablo les ha ganado

Las vueltas.

Luis. ¿Teneis tambien

La dama?

Derk. Está asegurada:

Y ahora sí que con razon

Pueden de esa habitacion

Decir que está endemoniada.

¿Y vos?

Luis. Todo está. (*Enseñándole un papel.*)

Derk. Rumor

Oigo: apartémonos ya.

Volved al puesto que os dí,

Y aguardad tranquilo allí

Mis órdenes.

Luis. Bien está.

Derk. Yo lo he dispuesto de modo,

Que sin peligro ni ruido

Podrá quedar sorprendido

En breves instantes todo.

Luis. A Dios pues.

Derk. A Dios.

(*Vanse: por la izquierda Van-Derken, y Don Luis por la calle del fondo.*)

ESCENA II.

RONQUILLO Y ROBERTO, POR LA DERECHA

Ronq. Estamos

A salvo. Toma el papel,
Roberto: tendrás con él
Francas las puertas.

Rob. Pues vamos,
Señor; manos á la obra.

Ronq. Ten mucha cuenta: oirás

Una serenata: ¿estás?

Entonces habrá de sobra

Tiempo y ocasion. Mi gente

Haré que aquí cerca se halle:

Con que ganas esa calle,

Y á Fuensaldaña.

Rob. Corriente.

Ronq. En cuanto al maldito espía,

Ordené que entre el tumulto

Le busquen tantos el bulto,

Que en paz nos deje á fé mia.

Con que entra, y mucha atencion.

Rob. Descuidad.

(*Éntrase Roberto en la taberna, cuya puerta se cierra al momento y de golpe.*)

ESCENA III.

RONQUILLO.

Tenga yo suerte

Esta noche, y soy mas fuerte

Que el rey y la inquisicion.

¿Creiste al mirarte loco

De medio universo dueño

Que era un hombre muy pequeño

Y una afrenta era bien poco?

Enseñarte quiero pues

Que no hay quien tanto levante

Que decir pueda arrogante:

Todo el mundo está á mis piés.

¡Oh! por Dios, que has de enviar,

Si mi vuelo has de seguir,

Mi viento para subir,

Mis alas para volar.

¡Hola! vuelven mis lebreles

Por mí.

ESCENA IV.

RONQUILLO, UNA RONDA.

Cabo. Señor, Dios os guarde.

Ronq. ¿Qué hay?

Cabo. Se recogen tal de

Los vecinos hoy.

Ronq. Son fieles

A su rey, y corao saben

Que aquí con su corte viene,
Lo celebran. Mas conviene
Que sus festejos acaben.
Id pues el barrio á limpiar,
Y haced que nadie transite
Por él. — Tal vez necesite
De vos : oid. Al sonar
Las doce, traed la gente
Por esa calle, en la cual
Hasta que oigais mi señal
Estareis ocultamente :
Oireis una serenata
De esa otra calle al emboque ;
Quietos, y dejad que toque :
Tendreis música barata.
De esa esquina por la reja
Una muger sacarán
Con disimulo, y se irán.
Cuando veais que se aleja
La serenata de aquí,
Os poneis sobre su pista,
Y sin perderla de vista
Vais donde vaya : si así
Se llegan de la ciudad
A algun extremo y la puerta
Les niegan, haced que abierta
Les sea, y vayan en paz.
Mas si antes de que concluya
Del todo la serenata
Oís mi pito de plata,
Salid, y que nadie huya.
¿Entendisteis?

Cabo. Sí señor.

Ronq. Id pues, y alerta.

(*Vase el cabo con su ronda.*)

ESCENA V.

RONQUILLO. DESPUES GIL.

Ronq. Veamos
Ahora en casa como estamos
Con mi régio embajador.
¿Gil?

Gil, dentro. ¿Señor?
(*Mientras llama y habla con Gil, se abre una ventana del piso bajo de la taberna, por la que sacan una mano que hace una seña con un pañuelo blanco, ocultándose inmediatamente. En seguida Van-Derken, embozado y de puntillas, se acerca con mucha precaucion á la reja, por la cual le dan un papel, que guarda, alejándose del mismo modo.*)

Ronq. ¿Y el forastero?

Gil. En vuestro aposento.

Ronq. ¿No
Salió de él?

Gil. Sí que salió,
Y sospecho que primero
Abrió el balcon para ver
A alguno que fuera estaba.

Ronq. ¿Y ha tardado mucho?

Gil. Acaba

Casi ahora de volver.

Ronq. ¿Habló en casa con alguno?

Gil. Con nadie; y segun parece,
Le aconteció ó le acontece
Contratiempo inoportuno.

Ronq. ¿Porqué?

Gil. Porque ha vuelto inquieto,
Confuso y descolorido.

Ronq. (Habrá mi rastro perdido,
Y duda lograr su objeto.)

Gil, dile que aquí le aguardo.

(*Gil entra en la casa : un momento despues sale el espía de ella.*)

ESCENA VI.

RONQUILLO, ESPIA.

Ronq. (¿Espía del rey...? ¡por Dios
Que se han de llevar los dos
Solemnísimo petardo!)
¿Descansásteis?

Esp. Nunca sientó
Cansancio para el servicio
Del rey.

Ronq. Pues en ejercicio
Vais á entrar desde el momento.

Esp. Mandad.

Ronq. Antes es preciso
Aclarar entre los dos
Qué soy yo aquí, y qué sois vos,
Para ir ambos sobre aviso.

Esp. Señor, ¿no os lo escribe el rey
« Hablad y os escuchará :
Mandad y obedecerá. »
Oír y obrar es mi ley.

Ronq. Sí ; mas en vos me señala
Secretario y mayordomo,
Tutor creo. ¿V esto cómo
Con obedecer se iguala?
Si mi casa gobernais,
Mi correspondencia veis,
De mis rondas desponéis,
¿Obedeceis ó mandais?
¿Bajo qué aspecto desde hoy
Os mostrareis á mi lado?

Esp. Su majestad os ha dado
A entender bien lo que soy.

Ronq. Su majestad hizo mal

En no explicarse mejor.
 ¿Qué es decir que os dé el valor
 De un sér sobrenatural?
 ¿Piensa el rey que su justicia
 Necesita ese misterio?
 ¿O cree que en mi ministerio
 Me hallo falto de pericia?
 El rey discurre que os deis
 De Satanás la apariencia;
 Si lo podeis en conciencia
 Efectuar, vos lo sabreis.
 Yo ni reto á Satanás,
 Ni ultrajo la religion,
 Y temo á la inquisicion
 Para osar á ello jamás.
 Y en fin, arguye malicia,
 Y es un falso testimonio
 A la verdad, que el demonio
 Acompañe á la justicia.

Esp. Yo no traigo facultad
 Para discutir con vos.
 Servir al rey manda Dios,
 Serviros su autoridad.
 Yo os debo de obedecer,
 Y os debo de acompañar :
 Debo oír, ver y callar,
 Pero á él solo responder.

Ronq. ¿Es decir que vais, amigo,
 A hacer el doble papel
 De espía para con él,
 De traidor para conmigo?
 Esto es : que están mis secretos,
 Mis actos, mis pareceres,
 Y hasta mis mismos deberes
 A vuestra inspeccion sujetos.
 ¿No es así? pues escuchad :
 Si á esto habeis aquí venido,
 Volveos, y que os despidio
 Decid á su majestad.

Esp. ¡Cómo!

Ronq. Si no me separa
 De la dignidad que tengo,
 Ni aun al mismo rey me avengo
 A dar á torcer mi vara.

Esp. Nada alcanza mi impericia
 Antes que su augusta ley.

Ronq. Lo primero no es el rey,
 Señor mio, es la justicia.
 Y si el rey mismo á pecar
 Contra ella osado se atreve,
 Mientras yo esta vara lleve
 Ni el rey se me ha de escapar.
 Harto os he dicho : entendedme,
 Y arreglaos á ello en tanto
 Que aquí estais.

Esp. Sabe el rey cuánto
 Os ueo, señor, creedme.

Ronq. Bueno está; entendedme os digo;

Y pues vamos compañeros,
 Ya sabeis á qué ateneros
 Para caminar conmigo;
 Mas ved que si en falso os pillo,
 Mas que pese á su real ley,
 Os las habreis vos y el rey
 Con el alcalde Ronquillo.

Esp. (Decidido es el alcalde.)

Ronq. (Taimado es el tal espía.)

Esp. (Será en balde su osadia.)

Ronq. (Su astucia ha de ser en balde.)

Ahora empezad á jugar
 Vuestro endiablado papel;
 Sabio sois, pues sois Luzbel :
 Mirad cómo vais á obrar.
 Podeis esa órden leer
 Del santo oficio, en la cual
 A un hombre muy principal
 Manda esta noche prender.
 Y pues sois mi secretario,
 Leed alto.

(Linterna.)

Esp. Dice así :

« Un noble mancebo, atrevido y enamorado, se ha propuesto robar de la casa de sus padres á la engañada doncella que es el objeto de su pasion. Fiado en el pavor que inspira al vulgo la Casa del Diablo, y seguro de que por ello no han de osar los crédulos vecinos que á su alrededor habitan ni aun asomarse á las ventanas, la sacará esta noche por una cancela que su jardin tiene durante una serenata, que es para ella la señal convenida. En consideracion al decoro de su familia, y á la elevada nobleza del mancebo, es la voluntad de su eminencia el inquisidor general que sean tan hábilmente sorprendidos, que ni haya en la calle escandaloso estruendo, ni los padres de la dama se aperciban de su deshonra. Para conseguirlo pues, es preciso que dejándoles al parecer consumir su fuga, quede la doncella dentro de su casa antes de amanecer, y asegurado el mancebo hasta el dia siguiente, que será presentado á su eminencia el inquisidor general Don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla; quien recomienda el desempeño de esta comision delicada á la actividad y discrecion del alcalde de casa y corte Don Rodrigo del Ronquillo. »

Ronq. Para coger pues aquí
 A ese mozo temerario,
 Oíd lo que habeis de hacer,
 Que pues os he de fiar
 Lo que por mí ha de pasar,
 Ahora os he menester.
 Con oro ó miedo he ganaa.

A todos sus confidentes,
De manera que sus gentes
Son vuestras por decontado.
¿Conoceis las calles?

Esp. Sí.

Ronq. ¿Sois de la ciudad?

Esp. No á fé;

Mas há tiempo que habité
Mas de seis años aquí.

Ronq. Bien : en la Plazuela Vieja

Y número diez y seis,
Junto á su puerta vereis
Con celosía una reja.
Llamad á ella : saldrán
Seis hombres enmascarados.
Son los músicos buscados
Por el mancebo galán,
Que traerán sobre su huella
Una litera cerrada,
Por el mozo destinada
A llevar á la doncella.
Tienen órden de seguirlos.
Calle adelante echareis,
Y aquí con ellos vendreis;
Y porque pueda sentirlos
Yo, que entonen la canción
Que ha compuesto contra mí
Cristóval Benamejí.
Es la mejor precaucion
Para que nadie se asome
A mirar lo que aquí pasa,
Sabiendo que esta es mi casa,
Y que es muy fácil que tome
Venganza de insulto tal.
En esa calle postrera
Haced quedar la litera;
Cuando llegueis, otra igual
Habrá aquí por gente fiel
Conducida : en ella irá
Otra muger que está ya
Instruida en su papel :
Se alejará entre mi gente,
Y el mozo que cerca espera,
Viendo dama en la litera
La seguirá erradamente.
Mi ronda hará lo demas;
Vos en tanto os quedareis
A esa puerta, que oireis
Abrir por dentro : sin mas
Esperar, hablar, ni oír,
Dareis á quien se presente
Esta carta, y prontamente
Cerrais, sin dejar salir
A nadie : y con tal prudencia
Quedaré ella con honor,
Y á dar vendrá el seductor
A manos de su eminencia.
¿Habeis comprendido?

Esp. Todo.

Ronq. Pues andad, que darán presto
Las doce, y es fuerza que esto
Se concluya y de este modo.

ESCENA VII

RONQUILLO.

Bien, todo va bien. En vano
Luchas conmigo y mi muerte
Deseas porque tu suerte
Tengo yo ¡oh rey! en mi mano.
En tu gracia he de morir,
Y en vida me has de temer,
O funesto te ha de ser
El amar y el escribir.
Tu padre el emperador
Secretos fió á mi fé
Con los que á fuerza obtendré
De tí mismo igual favor.
Por ellos partí á la par
Con él su imperial poder.
Mi rival quisiste ser,
Y por mí no ha de quedar.
Tú atropellaste mi amor
Con tu poder soberano,
Mas hoy pende de mi mano
La balanza de tu honor.
Otros cortesanos viles
Con honores se contenten,
Y por dichosos se cuenten
Con adularte serviles.
En una mirada tuya
Funden su dicha menguada,
Sin pensar que otra mirada
Es fácil que les destruya.
Ese oropel esterior
A los necios abandono,
Yo, aunque te pese, ambicione
Mas positivo favor.
De tí á mí será la lucha;
Mas será con armas tales,
Que de no quedar iguales,
Sacarte he ventaja mucha.
Partirá el cetro, aunque á oílo
No llegue jamás el mundo,
El rey Felipe Segundo
Con el alcalde Ronquillo.

¿Gil?

Gil, dentro. ¿Señor?

ESCENA VIII.

RONQUILLO, GIL.

Ronq. Baja mi espada :
Mantener quiero á la vez,

Como hidalgo y como juez,
El honor de esta jornada.

Gil. Tomad.

Ronq. Las ventanas cierra,
Gil. y cuenta cómo sales
Ni siquiera á los cristales,
Aunque sientas que la tierra
Se hunde.

Gil. Señor, si de mí
Necesitais...

Ronq. No por cierto;
Ciérrate bien, y te advierto
Que á nadie abras.

Gil. Lo haré así.
Pero si dado me fuera

Decir lo que pienso...

Ronq. ¿Qué?

Gil. Si me da vuesa mercé
Permiso...

Ronq. Di.

Gil. Una quimera
Será acaso de mi oscura
Ignorancia.

Ronq. Circunloquios
Deja, que para coloquios
No estoy ahora, y se me apura
La paciencia.

Gil. Pues, señor,
Con franqueza y de una vez:
Solo y de noche ¡par diez!

Tengo en casa...

Ronq. ¿Qué?

Gil. Pavor.

Ronq. ¿Pavor tú, que tienes fama
De hombre de tal corazón,
Que hay quien apuesta por tí
Para reñir contra dos?
Te burlas.

Gil. No son los hombres
A los que temo, señor.
En lances bien apretados
Me habeis metido, y por Dios
Que os dejé bien, ya lo visteis.

Ronq. ¿De quién es pues tu temor?

Gil. No lo sé.

Ronq. ¡Gil!

Gil. Perdonadme

Si asaz importuno estoy;
Mas permitid que os recuerde
La noche en que vos y yo
Entramos en esa casa.

Ronq. Mandóme la inquisición
Registrarla.

Gil. Y así fué,
Que una pieza no quedó
Por mirar.

Ronq. Bien; y en seguida
Dejamos el interior

Abandonado; cerráronse
Las entradas; se tapió
Su piso bajo, y sellóse
Con discreta precaución
Cada nueva cerradura
Que el santo oficio mandó
Poner; dieron escribanos
Fé de ello; y en conclusion,
Quedó á un abandono eterno
Condenada, Gil, en pro
Del bien público, y por dar
Fin á la maligna voz
De que era casa de hechizos,
Y del diablo habitacion.
Mas nada hallamos en ella,
Y desde esto aconteció,
No hay tampoco mas que el miedo
Con que la superstición
Por las pasadas consejas
Sus cavidades pobló.

Gil. Tal creí yo, mas sospecho
Que estamos en un error.

Ronq. ¿Porqué?

Gil. Porque, la verdad,
Señor juez, mientras que yo
Aguardando vuestra vuelta
Tras los vidrios del balcon
Velo por las noches, noto...

Ronq. ¿Qué notas?

Gil. Que mientras vos

Con el espía Roberto
Estais en conversacion
En su casa, dentro esotra
Pasa algo que no sé yo
Explicar, pero que prueba
Que hay quien mora esa mansion.

Ronq. ¿Y de qué lo infieres tú?

Gil. De que yo he visto, señor,
Pasar luces á través
De las maderas, y són
Oí de voces humanas,
Y lamentos de dolor
Dentro de aqueso recinto.

Ronq. ¿Y has oído alguna voz
Conocida?

Gil. Aunque la hubiera,
Me lo estorbara el temor:
Que á cada paso he temido
Ver abrirse algun balcon
O ventana, y asomarse
Algun vestiglo feroz
Del infierno.

Ronq. Vaya, Gil,
Solo tu imaginacion
Pudo fingir tales sueños.
Entra y vive sin temor
De que las ventanas se abran
De esa desierta mansion.

Gil. ¿Y si nos equivocáramos
Y hubiera en ella...

Ronq. Sé yo
Que no hay quien pueda salir
Ni asomarse al exterior.

Gil. ¿Mas si se asomaran...?

Ronq. Gil,
Basta de conversacion.
Si esas ventanas se abrieran
Cual tu miedo imaginó,
Y sér humano por ellas
Se asomara, sabe Dios
Que quien mas se asombraría
De caso tal fuera yo.

Gil. ¿Vos?

Ronq. Es claro. ¿No fué á mí
A quien se dió comision
De penetrar sus misterios,
Y despejar su interior
De cuantos seres nacidos
En ella hicieren mansion?
La iglesia si habia diablos
Los diablos exorcizó;
Los hombres si los hubiera
En mis manos dieran.

Gil. ¡Oh!
Eso sí; y no lo pasaran
Muy bien.

Ronq. Gil, á fé que no.
Entra pues, y cierra bien:
Y no pongas atención
En ruidos ni en resplandores
De luces, que del pavor
Son fantásticas ficciones.
Y pues garantizo yo
La soledad de esa casa,
Quimeras y no mas son.

Gil. Muchos años lealmente
Os he servido, señor;
Y aunque sueños míos, de ellos
Fué ley el daros razon.

Ronq. Te conozco, y lo agradezco:
Mas yo te he dicho que yo
Respondo de todo al vulgo,
Al rey y á la inquisicion.
Entra.

ESCENA IX.

RONQUILLO.

Criado leal
Que vive sin inquietud
Conservando su virtud
En el templo de Belial.
¡Oh quién tuviera la calma
Que tiene en su corazon,
Atento á su obligacion,
Y la quietud de su alma!

¡Cuánto envidio su ventura!

Trocara por su baja
Esta vida de grandeza,
Tormentosa é insegura.

¿Qué digo? ¡cuán necio soy!
Ya no es tiempo de cejar.

(*Música á lo lejos, que se acerca mas
cada vez.*)

Mas siento gente llegar:
Me aparto... temblando estoy.

(*Ronquillo se aparta á la izquierda. Poco
despues bajan á la escena seis músi-
cos, que vienen cantando la 1ª estrofa
de la cancion, y guiados por un embo-
zado.*)

ESCENA X.

EL EMBOZADO Y LOS MUSICOS SE LLEGAN A
LA ESQUINA DE LA CASA DE LA DERECHA
CANTANDO, Y EN ELLA SE PARAN. AL MISMO
TIEMPO SALE DE CASA DE ROBERTO OTRO
EMBOZADO Y UNA LITERA CONDUCCIDA POR
DOS ENMASCARADOS Y SE COLOCAN ENTRE
LOS MUSICOS, QUE EN CUANTO TIENEN EN
MEDIO DE ELLOS LA LITERA SE ALEJAN CAN-
TANDO LA 2ª ESTROFA. EL ALCALDE RON-
QUILLO, QUE PRESENCIA TODO ESTO CON
MUESTRAS DE SATISFACCION, SE ACERCA AL
EMBOZADO QUE SALE DE CASA DE RO-
BERTO, EL CUAL LE CONTESTA SEGAMENTE,
Y SIGUE SU CAMINO.

Ronq. (Ellos son... ¿Si estará listo
Mi buen Roberto?)

CANCION.

Estrofa 1ª. Niñas vallesolitanas,
Si os desvela amor quizá,
No abrais hoy vuestras ventanas
Que de ronda el diablo está.

¡Ja, ja, ja!

Diablo que anda por Castilla
Con vuelillos y golilla,

¿Quién será?

¡Jesucristo qué fracaso!

¡Ya está aquí! dejadle paso.

Allá va.

¡Ja, ja, ja!

Ronq. Ya aquí
Salen: ¿está todo?

(*Al embozado de la litera.*)

Emb., de la litera. Sí.

Ronq. Pues apriesa, vive Cristo.

(*Vanse los músicos despacio cantando la
segunda estrofa. Ronquillo los contem-
pla tranquilamente. Poco detrás de los
músicos va la ronda conducida por el*

cabo d quien Ronquillo encargó semejante maniobra, y que ha salido por la derecha.)

Estrofa 2ª. Niñas vallesolitanas,

Si os desvela amor quizá,
Abrid ya vuestras ventanas,
Porque el diablo pasó ya.

¡Ja, ja, ja!

Ya la gente de golilla
Sobre su rastro en la villa
Puesta está,
Y ha de ser diablo muy pillo
Si al buen alcalde Ronquillo

Se le va.

¡Ja, ja, ja!

Rong. Perfectamente: en media hora

Los tengo ya en Fuensaldaña,
Y á Roberto en mi compañía
Aquí al despuntar la aurora.
Ya no se oyen... con el paso
Que tomaron ciertamente
Ya estarán pasando el puente:
¡Guárdeles Dios de un fracaso!
Sí; guardada esa muger,
Tus cartas aseguradas,
Tus espías engañadas,
¡Oh! aun estás en mi poder.
Dijo bien Benamejí;
Que ha de ser diablo muy pille
Quien del alcalde Ronquillo
Escape...

(La misma música de la anterior escena se oye por el mismo sitio que se oyó la otra, y en la misma forma sale á la escena conducida por el espía á su tiempo.)

Mas ¡ay de mí!

¿Sueño, ó vuelven á bajar
Mis músicos? Sí, ellos son,
Es mi seña, es la cancion.
Pero ¿cómo... porqué dar
Vuelta á esa calle otra vez?
¡Atravesar la ciudad
Con esa publicidad!
Mas ya están aquí...

(Sale el espía y los músicos como los otros.)

ESCENA XI.

RONQUILLO, ESPÍA.

Rong., al espía. Par diez,
¿De esta manera cumplís
Las órdenes que os he dado?
¿Porqué volveis, desdichado?

Esp. Ved, señor, lo que decís;
Yo no vuelvo, llego ahora,

Rong. ¡Vive Dios! pues! ¿quiénes fueron
Los que antes que vos vinieron?

Esp. No os comprendo... oid... la hora
(Dan las doce.)

Justa.

Rong. No; finges en vano:

¿Me vendes? (Morirás pues.)

(Van-Derken, que se ha colocado entre los músicos embozado, sale al paso á Ronquillo, que amaga al espía.)

Derk. Ved, señor Ronquillo, que es
Enviado del soberano.

Rong. ¡Mil rayos! ¿y quién sois vos?

Derk. Lo que el rey le manda á él ser.

Rong. No entiendo...

Derk. Vais á entender

Al momento.

(Se desemboza junto á Ronquillo.)

Rong. ¡Santo Dios!

Derk. Veinte y cuatro horas os di:

Mas como os habeis resuelto

Antes, yo tambien he vuelto

Mas pronto que prometí.

Rong. ¡Jesus me valga! Aquí hay algo
Que no comprendo.

Derk. Un error

Vuestro, y cuyo gran valor

A apreciar solo yo valgo.

Conmigo, el diablo, van ya

Dos veces que os encontráis:

Mas pues vos y el rey vais

De mi nombre, ley será

Que yo salga por mi honor

Con vuestras culpas cargado,

Y en vez de ser él burlado

Pase el diablo á burlador.

¿Qué os dije? os he de perder,

O la tengo de salvar.

No me la quisisteis dar,

Y yo os quité la muger.

Rong. Pero... ¿cómo?

Derk. Como ahora

Esa gente que traeis

Puedo hacer mia.

(A una seña de Van-Derken los músicos y embozados que están al lado del alcalde Ronquillo se pasan al lado de Van-Derken.)

¿Lo veis?

Rong. ¡Esto es un sueño!

Derk. Vos mismo

De allí la visteis salir

Y la dejásteis partir.

Rong. ¡Oh! confúndate el abismo;

Mas esa infernal desreza

Con que por ocultos modos

Coges mis secretos todos

Te va á costar la cabeza.

Derk. Reflexionad que si aqui
Partimos campo los dos,
Reñirán hombres por vos,
Pero demonios por mí.

Ronq. En vano con tu malicia
Amedrentarme querrás :
¡Favor aquí á la justicia!

Derk. ¡Favor aquí á Satanás!
(*A la voz del alcalde acuden varias ron-
das y gentes de justicia. A la voz de
Van-Derken la puerta de la Casa del
Diablo se abre de repente, y salen por
ella varios embozados, que se ponen de
parte de Van-Derken. Los músicos tiran
los instrumentos y echan mano á las
espadas, quedando en cuerpo todos los
de Van-Derken, y vestidos de negro
como él. Las ventanas altas de la casa
se abren tambien repentinamente, y
asoman por ellas varios otros partida-
rios de Van-Derken, que iluminan la
escena con hachones, y dan grandes
voces y carcajadas. La justicia y los de
Ronquillo huyen amedrentados.*)

ESCENA XII.

RONQUILLO, VAN-DERKEN, ESPIA,
JUSTICIA, ENMASCARADOS.

Uno de Ronq. ¡Jesucristo!

Otro id. ¡Los demonios

Evoca ese hombre! (Vase.)

Otros id. ¡Qué horror! (Vanse.)

Derk. Ese.

(*Señalando al espía, á quien los de Van-
Derken se llevan por delante.*)

Esp. ¡Valme, Virgen Santa!

(*Vanse todos, quedando en la escena Ron-
quillo y Van-Derken.*)

Derk. Supongo, alcalde, que vos
No tragais lo de los diablos.

Mas ved la supersticion

Del vulgo : vos le enseñásteis

Que esa casa era mansion

De Satanás, y vos mismo

Me dais armas contra vos.

Oid pues : veis lo que puedo :

Hasta que amanezca os doy

De término, meditado.

Esos billetes que son

Vuestra esperanza, á mis manos

Pasarán como pasó

Esta noche Doña Inés :

Mas ved con qué distincion :

Si me les dais, yo me encargo

De salvaros ; mas de no,

Perdereis cartas y vida

Antes que despunte el sol.

Ronq. Pero esplicadme á lo menos...

Derk. Os dará la explicacion
Despues que me deis las cartas.

Ronq. Nunca : me sobra valor
Para arrostrar mi fortuna,
Y aun fio en mi corazon
Y en mi astucia para hacer
Que se vuelva contra vos.

Derk. Doña Inés es mia ya.

Ronq. Podré recobrarla yo.

Derk. Va viajando, y muy de priesa.

Ronq. Mi poder va mas veloz,
Y la alcanzará.

Derk. La guarda
Gente muy buena.

Ronq. Mejor

Será la que irá en su alcance.

Derk. Nada logrará.

Ronq. ¡Pues no!

Derk. Camina del santo oficio
Bajo la alta proteccion,
Y con licencia espedida
Por el mismo inquisidor
General.

Ronq. ¡Santos del cielo!
¿Quién pudo hacer tanto?

Derk. Yo,

Señor alcalde : yo solo,

Que logré alejar de vos

Vuestras gentes para haceros

La postrer proposicion.

¿Me dais las cartas?

Ronq. Jamás;

Si me niega su favor

La suerte, al rey Don Felipe

Sus siete cartas le doy,

Y la octava al santo oficio;

Y hará al menos mi furor

Lo que con los Filisteos

Hizo en el templo Sanson.

Derk. En ese caso podeis

Encomendaros á Dios,

Porque moriréis sin ver

Otra vez ni al rey ni al sol.

Ronq. ¿Pensais...?

Derk. Dejaros morir

Sin daros ni aun confesor,

Y venir luego á llevaros

Adonde es mi obligacion.

(Vase.)

ESCENA XIII.

RONQUILLO.

¿Quién es ese hombre, Dios mio?
Confuso, aterrado estoy ;
Todo el edificio hermoso

De mi futuro esplendor,
 Mis afanes de diez años
 De un soplo desvaneció.
 Pero no para rendirme
 A la duda ni al temor
 Me afané con tal empeño :
 Y en tanto que el corazon
 Tenga un instante de vida,
 Pondré á prueba su vigor.
 ¡Y antes muerto que rendido!
 Mas llegan... ¡pluguiera á Dios
 Que fuera la gente mia!
 ¡Oh, no me engañé...!

ESCENA XIV.

RONQUILLO, EL CABO DE LA RONDA
 DE LA ESCENA CUARTA.

Cabo. Señor...

Ronq. ¡Hablad, hablad con mil rayos!
 ¿Qué habeis hecho?

Cabo. Lo que vos
 Mandásteis. Les fui siguiendo
 Hasta bajo el malecon
 Del puente.

Ronq. ¿Y qué?

Cabo. Allí la guarda
 Franco paso les dejó,
 Y como los vi salir
 Me volví.

Ronq. ¡Condenacion!
 ¡Todo se ha perdido!

Cabo. ¡Cómo!
 ¿No me dijisteis, señor...?

Ronq. Dejadme en paz.
 (Se pasea agitado.)

Cabo. Yo...

Ronq. Silencio

Digo. ¿Tambien me vendió
 Roberto? No, es imposible :
 Sin duda alguna traicion
 De ese maldito... ¡ah! lo entiendo
 Todo, ahí dentro le esperó,
 Y en su lugar salió luego
 Como mi escrita intencion
 Lo prevenia... ¿mas él,
 Roberto, dónde quedó?
 ¿Aquí...? tal vez encerrado,
 Maniatado... eso es : mas ¡oh!
 Aun puede salvarse todo
 Si nos juntamos los dos.
 (Ronquillo toma una de las luces de su
 ronda, y va á entrar en casa de Ro-
 berto.)

¿Roberto?... una luz... Roberto,
 Respóndeme, alza tu voz
 De donde quiera que estés;

Soy yo, Don Rodrigo soy.
 Seguidme.

(Va á entrar y retrocede espantado.)

Mas ¡Jesucristo,

Él es, él, muerto!

Varios. ¡Qué horror!

Ronq. Corred, seguidle al momento,
 Por ahí va quien le mató ;
 No puede estar todavia
 Lejos ; id, y ; vive Dios
 Que le traigais muerto ó vivo,

(Vanse corriendo los de la ronda.)

U os hago empalar sinó!

La ciudad registraré
 Pié á pié, rincon á rincon,
 Hasta topar con el diablo
 Que al hostelero mató ;
 Y antes que de mis secretos
 Él se aproveche traidor,
 Por asesino de ese hombre
 Le cuelgo en la horca yo

(Vase por la derecha.)

ESCENA XV.

VAN-DERKEN.

¡Oh, los ojos de tu astuci
 Tu coraje te cegó!
 El hombre diestro no huye,
 Burla á su perseguidor ;
 Y vas mas lejos de mí
 Cuanto vayas mas veloz.
 Corre pues : vé tras el diablo,
 Que él la mano te ganó,
 Y va á esperar á que vuelvas
 En tu misma habitacion.
 (Entra por la casa de Roberto.)

ACTO TERCERO.

Habitacion del alcalde Ronquillo.— Despacho rodeado de estantes con libros, entre los que se abre á su tiempo una puertecilla secreta. Puerta á la derecha ; balcón á la izquierda : mesa, sillón y demas útiles propios del lugar. Al levantarse el telon la escena permanece un momento sola, y se oye correr un pasador, en tanto que Gil hace ruido con la llave en la puerta de la izquierda, por donde sale. Un velador preparado para cenar el alcalde.

ESCENA PRIMERA.

GIL.

Dios me valga : creí que andaba alguno
 Dentro de este aposento : juraria
 Que oí pasos y ruido de una llave
 Desde ese otro salon cuando venia.

Aprensiones del miedo :

Mas confieso ¡por Dios! que acostumbrarme

A semejante vecindad no puedo.

En la calle hace poco que he sentido

De voces y de gente extraño ruido,

Y lo que es esta vez no me he engañado,

En esa casa endemniada ha sido.

Mas ¡Dios mio! ¿qué es esto?

¿Quién trastornó los chismes de esta mesa?

¿Quién estos vasos apartó del puesto

En que yo los dejé? ¡Santa Teresa!

Ese vino se mueve todavía

Dentro de la botella... no, no hay duda,

Alguien ha estado aquí en ausencia mia.

Yo no dejé el sillón así apartado

De la mesa. ¡Par diez que no es ahora

Vana aprensión! y estoy determinado :

Salga por donde quiera,

Me despido esta noche del alcalde,

Y cuanto riña y gruña será en balde.

Yo he nacido del vulgo, me he criado

Entre el pueblo : ni sé, ni he aprendido

Mas que aquello que al vulgo han enseñado,

Y creo cuanto cree; temo y respeto

Cuanto respeta y teme;

Y no creo, aunque pese á mi fortuna,

Que estoy ni estaré á ser por ley alguna

Mas sabio que mis padres obligado.

Apechar con los duelos y disgustos

A que estamos espuestos los mortales,

Pase; pero vivir con tantos sustos

Entre duendes y trasgos infernales,

Eso no.

Rong. dentro. ¿Gil?

Gil. Señor, gracias al cielo.

¡Jesucristo, qué humor trae esta noche!

Allá voy, allá voy.

(Vase, y vuelve alumbrando á Ronquillo.)

ESCENA II.

RONQUILLO, GIL.

*Rong. Todo fué en vano :
Cual sombra que en el aire se deshace
Ese hombre se me escapa de la mano.*

Gil. Señor...

*Rong. En balde espero
De mis agentes nada.*

¡Ira de Dios! la rabia concentrada

Dentro mi corazón me abrasa. Fiero

Late; pero impotente,

Le encuentro por dó quier para atajarme,

Y no le hallo jamás para vengarme.

Gil. Señor...

Rong. ¡Eh!

Gil. Ya teneis la mesa puesta,

Y creo que ya es hora

De que...

*Rong. Bien, está bien : lo que tú quieras.
(Se sienta distraído. Gil sale y vuelve.)*

Vendrán, sí que vendrán, mas los men-
guados

Con las manos vacías.

¡Oh! en esos desdichados

Me vengaré de las angustias mías.

*Gil. Ea, aquí está, señor. En horas tales
Ya es justo que tomeis algo caliente.*

Rong. ¿Qué es esto?

*Gil. Vuestro caldo : os lo tenía
Como siempre dispuesto.*

*Rong. ¡Caldo! Sangre
Es lo que ahora con gusto bebería.*

Gil. ¡Qué es lo que habla!

*Rong. ¿Qué digo?
¡Necio de mí! me vende mi coraje.*

Gil. Trémulo estais, señor, descolorido.

¿Qué teneis? ¿os han hecho algun ultraje?

Rong. Silencio, Gil.

Gil. Señor...

Rong. ¿Ha parecido

El forastero?

Gil. No, señor.

Rong. Al punto

Que llegue que entre aquí.

Gil. Señor, ¿su vuelta

Vais á esperar velando?

Rong. Gil, muy suelta

Tienes tu lengua.

*Gil. Es que... me da cuidado
La inquietud en que veo á useñoria.*

Rong. Llena ese vaso.

Gil. ¿Lleno?

Rong. ¿Pues no lo oyes?

Gil. Lleno te he dicho; ello.

Gil. Como nunca...

Rong. Alguna vez sería

La primera. (Bebe.)

Gil. ¡Buen trago!

Con eso su infernal melancolía

Disipará, y al fin menos adusto

Me oirá, que desde hoy mas á su gusto

Busque otro page por ausencia mia.

Pecho al agua. — Señor...

Rong. Basta, importuno.

Gil. Es que tengo, señor...

Rong. Silencio digo.

Gil. Perdonad.

Rong. Perdonado.

Esa mesa levanta y vete fuera :

Si viene el forastero, aquí al instante

Le mandarás entrar. ¡Oh! estoy resuelto;

Fuerza es que acabe de cualquier manera

Esta duda fatal. Sí, la agonía

Es demasiado larga, y arrostrarla

Y en vez entonces de segar mi cuello,
Tu real poder dividirás conmigo.

Derk. ¡Ja! ¡ja!

Ronq. ¿Quién está aquí? ¡Dios soberano!

Derk. Por dó quiera que vas, tus passosigo.

Ronq. ¡Él!

Derk. Tu conciencia soy; me huyes en vano;

Donde quiera que estás, estoy contigo.

Ronq. ¿Por dónde...?

Derk. Por allí.

Ronq. ¿Conoces...?

Derk. Todo.

Ronq. ¡Cielos!

Derk. Todo. Ya visteis que cumplidas

Vuestras órdenes fueron:

Se falsearon las señas convenidas:

Los músicos vinieron:

Y los que dentro estaban prevenidos,

Con la litera á la señal salieron,
Quedando otros cual visteis escondidos,

Los que diablos al vulgo parecieron,
En la casa del Diablo reunidos.

Mas no fué culpa mia si así huyeron;

Vos los teníais de ello convencidos,

Y culpa vuestra fué si lo creyeron.

Ya veis, nada hay aquí maravilloso;

Todo esto es natural, fácil, sencillo;

Y mas diestro que vos, mas vigoroso,

Os tengo en mi poder, señor Ronquillo.

Ronq. Todo lo entiendo ya: continuo espia

De mi casa, la casa de Roberto

Hoy asaltásteis en su ausencia y mia.

Derk. Pues, y en ella introduje

Mis diablos con silencio en vuestra ausencia.

Ronq. ¡Oh! y Roberto al entrar...

Derk. Cayó al momento

En sus manos.

Ronq. ¡Par diez! mas la existencia

Perdió: luego leal rindió la vida

Sin vender sus secretos.

Derk. La partida

Con él perdisteis. Se le dió tormento.

Ronq. ¡Traicion infame!

Derk. Y con la oculta entrada

Que estos tres edificios comunica,

Con la muger dos años há encerrada

En la casa por vos endemiada,

Con todo dí, y os lo deshice todo;

Y es por allí venir el mejor modo

De esplicárosló al fin.

Ronq. Bien me lo explica:

Mas en vano fiais, porque seguro

Os tengo yo tambien, mancebo insano,

Y por el cielo os juro....

Derk. ¡Eh! no jureis, señor alcalde, en vano.

Ya sé que vuestra gente á una uora dada
A buscaros vendrá; que á este aposento
Debe en silencio entrar: sé que el momento
De semejante cita está cercano:

Mas cierto estad que de cualquiera modo,

Los dos tendremos tiempo para todo.

Hablemos pues, señor Ronquillo, en calma,

Que la vida del hombre está medida,

Y yo deseo que salveis el alma,

Antes, señor, de concluir la vida.

Ronq. Hacedis mal de fiaros en la vuestra,

Porque no os valdrá ya la astucia diestra

Para volver á dar con la salida.

Derk. La que debisteis vos tener guardado

Mi salida no fué, sino mi entrada.

Ronq. Mas dentro ya, os advierto que cordura

Es que penseis en si os tendrá labrada

Vuestra noble familia sepultura.

Derk. Esa ventaja me llevais tan solo,

Pues el rey os ha dado una capilla

Donde os labró suntuoso mausoleo

A costa de sus rentas de Castilla:

Mas ved que no será gran maravilla

Que el que os labró la estátua que corona

Vuestro ataud marmóreo, en su conciencia

Crea que estais mejor que en apariencia

Dentro del ataud vos en persona.

Ronq. ¡Dios santo! esas palabras...

Derk. Os esplican,

Juez, mi presencia aquí, y en frase breve

Os diré lo que en suma significan

Y lo que en realidad cumplirse debe.

Que no podríais ver al rey, os dije:

No le vereis, perded toda esperanza.

Hombre, demonio ú angel, soy quien rige

Vuestro destino; Dios quien me dirige,

Y el honor quien me alienta;

Encomendadme pues vuestra venganza,

Y yo en vuestro lugar daré á Dios cuenta.

Ronq. ¡Insensato! ¡cederos y en tal hora

El fruto entero, el término inseguro

De mi afanosa vida! ¡y cuando toco

Al anhelado fin...! sería un loco.

Derk. Consideradlo bien: porque yo os juro

Que el justiciero Dios vuestro destino

Puso en mi mano, y su poder divino

Me otorgó sobre vos poder seguro,

Y mediré á mi antojo vuestro sino.

Ronq. ¡Villano!

Derk. Vuestra débil existencia

Apoyada no mas está en mi aliento;

Animar ó extinguir puedo su esencia

Con un soplo no mas; y en un momento

Puedo franquearos con el brazo mismo

La oscura trampa del eterno abismo,

O el pabellon azul del firmamento,

Creedme, irrecusable testimonio
 Daros podré de mi infernal prestigio,
 Y puedo sin obrar ningún prodigio,
 Ser para vos un ángel ó un demonio.
 Dadme pues esas cartas, y abro nuevo
 Camino á vuestra vida : al rey no abono :
 Me ultrajó mas que á vos, y soy quien debo
 Vengar la injuria con mayor encono.

Ronq. Me inspiras compasion, pobre man-
 cebo.

¡Piensas alucinarme con patrañas
 Estúpidas, y me abres todo entero
 Tu necio corazon! Tú necesitas
 Mi secreto, y robármele meditas
 Atrevido y astuto; mas te engañas,
 A mí solo no mas que sirva espero,
 Y antes que en manos confiarle estrañas
 Bajar con él á mi ataud prefiero.

Derk. Pues mandáosle abrir, porque á fé
 mía

Que estais, señor Ronquillo, en la agonía.
 Si; ángel, hombre ó demonio, yo he cruzado
 Tierras y mares tras de vos : he sido
 Vuestra sombra dó quier : os he velado
 Vuestro angustioso sueño : he sorprendido
 Vuestros hondos secretos : he hacinado
 Mil pruebas contra vos; y conseguido
 A fuerza de destreza, oro y afanes,
 El hilo asir de vuestros viles planes.
 La historia sé de vuestra infame vida;
 Llevo de vuestros crímenes la cuenta :
 Toda la sangre que teneis vertida
 Gota á gota conté : toda la renta
 Que la justicia os dió, por vos vendida ;
 Si, y los ayes, las lágrimas, la afrenta
 De cien familias contra ley juzgadas,
 Y al cadalso inocentes arrastradas,
 Aquí en mi corazon hierven ocultas,
 Recogidas en él como en un vaso,
 Y todas sus fantasmas insepultas
 De su verdugo en pos siguen mi paso.
 Velas de venganza de maldad tan obvia
 Pidiendo cada cual te se avecina :
 Cuentalas... la de Derken, al que agobia
 De inés la afrenta, que tras él camina ;
 Las de tus empalados en Segovia ;
 Las de tus abrasados en Medina.

Ronq. ¡Ay!

Derk. Y á ese grito de pavor que ar-
 rancas,

La de Acuña tambien se alza en Simancas.

Ronq. ¡Basta...! el miedo, la rabia me
 sofoca :

En la lengua infernal que en torno mio
 Esa sangrienta muchedumbre evoca.

Derk. No, no : tú has hecho con su sangre
 un rio,

Tras del que ciega tu ambicion coloca

Del trono de Castilla el poderío ;
 Y por manchar el trono de Castilla,
 Saltar esperas á la opuesta orilla.

Pero sueñas. ¡Del rey que á la alta esfe
 Donde te ves te alzó desde tu nada,
 Imaginaste en tu arrogancia fiera
 Dejar la gloria y majestad hollada!

¡Miserable reptil! ni tan siquiera
 Podrás ver otra vez su faz sagrada
 Para pedirle compasion de hinojos,
 Arrastrándote vil ante sus ojos.

Yo te gané esa entrada : á tu aposento
 Vine á esperarte : me senté á tu mesa ;
 Y tuve en mis manos tu alimento :

¿Y cuentas con tu vida? ¿y la promesa
 Que te hice olvidas de agotar tu aliento
 Antes del nuevo sol? mira, la espesa

(*A la ventana.*)

Noche disipa; mas en este punto

La descarnada muerte te está junto.

Ronq. ¡Mientes! ¡mientes...! ¡te burlas!

Derk. Viejo insano,

Escucha, y cesa en tu dudar prolijo :
 Tú hiciste asesinar á un noble anciano
 Su hija por deshonrar; mas ¿quién te dijo
 Que ese padre infeliz no tiene un hijo,
 Y esa doncella misera un hermano?

Ronq. ¡Su hijo! ¡su hermano!

Derk. Si; comprende ahora

El móvil de mi astucia vengadora.

Ronq. ¡Hijo...! ¡hermano...! ¡ay de mí!
 todas ¡oh infierno!

Tus iras contra mí desencadenas.

No miente, no, ese vil... hervir interno

Su veneno voraz siento en mis venas.

Derk. Pues no desprecies mi postrer aviso;

Te juro que á tu vida y á tu muerte

Puedo aun marcar un término preciso.

Ronquillo, elige pues tu propia suerte.

Cede.

Ronq. Jamás.

Derk. Pues á tu fin te advierto

Que aguardaré : mio eres : vivo ó muerto

No te libras de mí : porque te juro

Que aunque el secreto pongas á cubierto

De tu sepulcro, por mi mano abierto,

Ni aun en tu corazon está seguro.

Ronq. ¡Mas qué ruido...! ellos son... ahora
 veremos

Quién te libra de mí.

Derk. Llegan. (*Se oculta.*)

Ronq. Guardada

Está ya la salida... ¡oh! moriremos

A lo menos los dos... ya está apostada

Mi gente abajo... ¡pero Dios! ¡qué miro!

¡Guardias del rey...! y siento que la vida

Ya me abandona... suben... ¡ah! yo espairo.

(*Cae en el sillón con el sopor.*)

ESCENA IV.

RONQUILLO, EL ESPIA.

Esp. Gracias á Dios que le hallo al fin.*Ronq.* ¿Quién llega?*Esp.* El rey á la ciudad.*Ronq.* ¡El rey!*Esp.* Él mismo.*Ronq.* Pronto, llévame ante él.*Esp.* No, hacedme entrega

De unos billetes que os fió.

Ronq. El abismo

Te confunda : ¿tú sabes...?

Esp. Mucho, y cierto;

Parte me dijo el rey; parte yo mismo

En esta misma noche he descubierto.

El diablo de esta casa sois, alcalde,

Vos : en ella á favor de esa conseja

Guardábais no sé qué, mas bien en balde;

Un diablo mas audaz sin ello os deja.

Ronq. ¡Tú acaso!*Esp.* No : escuchad si sois servido.

Nos han burlado á todos; os han muerto

Vuestro único leal; han sorprendido

Nuestras señales y horas, y han huido

Con el pase que disteis á Roberto.

La misma inquisicion vendida ha sido.

Don Luis Valdés, sobrino y secretario

Del santo oficio usando temerario,

Autorizó su voluntad con ellos,

Y huyó tambien.

Ronq. En ese caso, amigo,

Por piedad al rey llévame : un momento

No pierdas... ¡muero! ¡ah! llévame te digo,

Y si eres pobre cuántate opulento,

Si eres villano alcanzarás nobleza,

Si tienes ambicion favor sin cuento.

Ya lo viste, tú mismo de su alteza

Me trajiste una carta en que decia

Que en la cámara real á su llegada

Yo era el primero á quien hallar queria.

¡Oh! llévame ante el rey, y todavía

Puede esa gente vil ser atajada.

Esp. ¡No puede, ira de Dios! Europa entera

En su favor está : todo es ya en vano.

Del mismo emperador Maximiliano

Sombra les hace la Imperial bandera;

Y un maldecido embajador que envia

Con apariencia por demas guerrera

En su trama infernal les protegía.

Ronq. ¡Oh! cae el mundo sobre mí sin

Pero ese embajador... duda...

Esp. El diablo ayuda

Le da, nadie le ha visto todavía.

Ronq. Pronto, vamos al rey.*Esp.* Es imposible :
Vuestra tumba va á ser este aposento.*Ronq.* Ya lo sé... ya lo sé... la hora terribleLlega. (*Desesperados esfuerzos.*)*Esp.* Pues no perdamos un momento,

Orad á Dios si en él creéis.

Ronq. Aparta.

Déjame en paz morir.

Esp. A eso es tan solo

A lo que aquí su majestad me envia.

Ronq. ¡Cielos!*Esp.* Sabedlo al fin : con fuerza ó dolo,

Mandóme de unas cartas que os dió un dia

Dar con el paradero; y descubierto

Que fuera : « Vé (me dijo el rey) sus huellas

Dó quier siguiendo, sin reparo alguno

Hazle morir; y en el panteon que ha dado

A su familia, entiérrale con ellas

Sin que al cadáver llegue hombre ninguno.»

Ronq. ¡Gran Dios!*Esp.* Tal es su ley.*Ronq.* ¡Desventurado

De mí!

Esp. Y yo, que á Roberto os he oído

Decir que las encierra bajo un sello

Un relicario que llevais al cuello,

Mi deber cumpliré, y vuestro destino.

Ronq. ¡Miserable traidor! ya llegas tarde.*Esp.* ¡Tarde!!*Ronq.* Sí, antes que tú la muerte vino.*Esp.* ¡Cómo!*Ronq.* ¡El veneno que en mis venas arde

Me liberta de tí, vil asesino!

Esp. ¡Dios! ¡la muerte vos mismo os

habeis dado!

Mas... con las manos que apretais al pecho...

Las cartas defendeis... ¡bah! todo está hecho.

*(Va á quitarle el relicario. Ronquillo se defiende.)**Ronq.* ¡Ah!... ¡qué intenta...! ¡favor!*(Cae sin fuerzas.)*

ESCENA V.

RONQUILLO, EL ESPIA, VAN-DERKEN.

Derk. Tente, malvado.*Esp.* ¡Rayo de Dios! este hombre aquí.*Derk.* Presente

Dó quier que estás estoy.

Esp. Ahora lo entiendo :

¡Por sus cartas venis!

Derk. Precisamente.*Esp.* Por el rey de Castilla las defiendo.*Derk.* Atrás.*Esp.* ¡Favor al rey! (*Entran esbirros.*)

Hé aquí mi gente.

Os cogí, ¡vive Dios! señor tremendo.

(A los esbirros.)

Meted en la litera ese cadáver

(Cubre á Ronquillo con su capa, y los esbirros le rodean dispuestos á llevarsele.)

Con esa capa como está cubierto,

Y nadie ose mirarle solamente :

La justicia del rey va en ese muerto :

(A otros, por Van-Derken.)

Vosotros maniatad á ese asesino.

Derk. ¡Ay del que llegue á mí!

Esp. ¿Quién de nosotros

Cejará á defender las armas reales?

(Muestra las armas de Castilla bajo el jubon.)

Obedeced.

(Los esbirros van á acometer á Van-Derken : este, abriendo á su vez su jubon, muestra en el pecho las armas de Austria bordadas de oro.)

Derk. Atrás. ¿Quién de vosotros

Se atreverá á las armas imperiales?

Esp. ¡Las armas de Austria!

Derk. Sí : si no te ciega

Su esplendor míralas.

Esp. ¡Otro misterio!

Derk. Señor diablo del rey, su ley no llega
Dó se hace oír la del austriaco imperio.

Esp. Señor diablo imperial, cumplí la mía
Hasta donde llegó, y esta jornada
Ya es del diablo del rey.

Derk. No todavía.

Esp. ¡Oh! van con él sus cartas : gente
armada

Le guardará conmigo hasta que el día
Muera, y entonces de una vez cerrada
Y sellada su tumba, en su sagrado
De entrambos quedará muy bien guardada.
Mas me esperan : á mas ver,
Amigo diablo imperial.

Derk. Un momento, diablo real :

Solo va vuestro poder

De su tumba hasta el umbral.

Esp. La muerte á todos la ley.

Derk. Mas no siendo de igual grey,

La tumba dirá á los dos :

« Hasta aquí el diablo del rey ;

Desde aquí el diablo de Dios. »

ACTO CUARTO.

Plaza en Valladolid ; á la derecha una boca-calle. A la izquierda el palacio de Felipe II, con una reja practicable, pero tan baja que cuando quede abierta no haya mas que un escalon que bajar. El convento de San Francisco en el fondo. Entre este y el palacio, y formada por ambos edificios, una calle que se pierde en el fondo. — Noche.

ESCENA PRIMERA.

VAN-DERKEN, LUEGO EL DOCTOR ROBLES.

Derk. Aunque mucho se detiene,

Flo en Robles, que es leal :

Me debe cuanto es y tiene,

Y no ha de dejarme mal.

Mas pasos oigo ; allí viene.

Doct. ¿El diablo?

Derk. De Austria.

Doct. Señor,

Dispensadme si tardé.

Derk. Há un momento que llegué :

Mas ¿qué tenemos, doctor?

Doct. Todo lo que os indiqué.

Derk. ¿Consiente el lego?

Doct. Ganado

En parte, en parte engañado,

Se presta fácil á todo.

Derk. ¿Le hablasteis?

Doct. Lo que he juzgado

Preciso no mas.

Derk. De modo

Que el secreto...

Doct. No saldrá

De nosotros dos si importa.

Derk. Si puede ser, mas valdrá,

Doctor.

Doct. Pues vóime hácia allá,

Que el tiempo da tregua corta.

Mas para ir á cosa cierta

Yo iré delante : escuchad.

Tengo llave de una puerta

Escusada de la huerta

De ese convento. Esperad

Pues á que yo con sigilo

Entre, le avise, y os abra,

Y no quebrems el hilo,

Que es delgado.

Derk. Os doy palabra

De permanecer tranquilo

Hasta que vos me llameis.

Doct. Cuando oigals los cuartos dar

Para las doce echareis

Por esa calle, dareis

Vuelta al convento, y á dar

Ireis á una puertezuela

Del huerto : estará entornada,

Y yo dentro en centinela :

Colaos sin decir nada,

Y en tanto andad con cautela.

Derk. Id descuidado, doctor ;

En esas calles de ahí junto

Me ocultaré.

Doct. Es lo mejor,

Y á los tres cuartos...

Derk. En punto.
 Id.
Doct. Hasta luego, señor. (Vase.)
Derk. Todo va perfectamente,
 Con que manos á la obra;
 Mas me oculto por si gente
 Pasa, que al hombre prudente
 Jamás precaucion le sobra.
 (Ocúltase por la izquierda.)

ESCENA II.

EL ESPIA, EMBOZADO 1°.

Emb. 1°. Aquí en lo oscuro aguardad.
 Se han quitado de palacio
 Las guardas un breve espacio
 Para mas seguridad.
Esp. Bien.
Emb. 1°. ¿La reja conocéis
 Que se abrió para sacar
 Al rey, niño, á bautizar?
Esp. Sí.
Emb. 1°. Pues por ella veréis
 A quien os llama salir;
 Mas cuenta que con respeto
 Grande le habéis, que es sugeto
 Que nos lo puede exigir. (Vase.)

ESCENA III.

ESPIA.

¡Par diez! ya me lo supongo,
 Y así por mi propio bien
 Lo haré. En acecho me pongo
 Hasta que los cuartos den.
 (Se pasea por delante de la portada de la iglesia.)
 ¡Diablo! empieza á lloviznar,
 Y anda por esta plazuela
 Un airecillo que pela.
 En fin, no puede durar
 Mucho tiempo mi planton,
 Que mas de la media es.
 (Dan los tres cuartos.)
 ¡Hola! el reló: una, dos, tres...
 Cabal; los tres cuartos son
 Para las doce... mas siento
 Pasos. Por aquella esquina
 Dobla alguno y se avvicina...
 Cierto; recojo el aliento,
 ¡Par diez! y me pego al muro.
 (Van-Derken cruza la escena embozado
 hasta los ojos, y como quien pasa con
 miedo muy aprisa y talareando la can-
 cion del acto 2°.)
 Pasa, y segun lo confiesa

Con el cauto y con la priesa
 Lleva miedo de seguro.
 Vaya, algun estudiantillo
 Que vendrá del galanteo.
 Y cantaba á lo que creo
 La cancion contra Ronquillo.
 Parece que el tal conoce
 Que ya no le ha de encontrar.
 Mas sale.
 (La reja del palacio se abre, y por ella
 salen el embozado de la escena anterior
 con linterna, y otro embozado, que lle-
 gando cerca del espta dice en voz alta :)
Emb. 2°. Acaban de dar
 Los cuartos para las doce.
Esp. Los oí, señor.
Emb. 1°. al espia. Llegaos.
Emb. 2°. Dadme esa luz: descubrios.
Esp. Yo soy, señor.
Emb. 2°. Bien: cubrios.
 Tapad la luz y apartaos. (Al 1°, que lo hace.)
 ¿Qué has hecho?
Esp. Todo, señor.
Emb. 2°. ¿Y el juez?
Esp. Enterrado.
Emb. 2°. Bueno.
 ¿Tú mismo le...?
Esp. No.
Emb. 2°. ¡Traidor!
Esp. Él fué.
Emb. 2°. ¿Cómo?
Esp. Con veneno.
Emb. 2°. ¿Mas tú le viste?
Esp. Espirar.
Emb. 2°. ¿Y las cartas?
Esp. Sobre sí
 Las tiene.
Emb. 2°. ¡Cómo!
Esp. De allí
 No se las pude quitar.
Emb. 2°. ¿Quién te lo pudo impedir?
Esp. El Austria.
Emb. 2°. ¡Dios!
Esp. Mas, señor,
 No temais; su embajador
 Nada pudo conseguir.
Emb. 2°. ¿Ese enviado, á quien no he
 visto
 Todavía, ha sido acaso...?
Esp. Él; y á no atajarle el paso...
Emb. 2°. ¡Ampárenos Jesucristo!
 (Todo se debe temer
 Del Austria en esta ocasion,
 Y la misma inquisicion
 Nos diera menos que hacer.)
 Mas ¿cómo no has recogido
 Despues las cartas?
Esp. Señor

De su féretro en redor
 Hoy todo el pueblo ha acudido,
 Y como habíais mandado
 Que con tal solemnidad
 Se enterrara, fué en verdad
 Imposible; mas tocado
 No ha nadie su cuerpo, y yo
 Fío, señor, con mi cuello
 Que el relicario, aun con sello,
 Sobre su pecho quedó.
 Juan Robles, doctor muy grave...

Emb. 2º. Le conozco.

Esp. Ha dado fé

De su muerte, y yo cerré
 La tumba : aquí está la llave. (*Se la da.*)

Emb. 2º. ¿Acudió la inquisicion?

Esp. Sí, señor; y escrupulosa
 Selló y barreó la losa;
 Con que á mi ver es cuestion
 Concluida.

Emb. 2º. No por cierto,
 Aun falta mas.

Esp. ¡ Por san Pablo !

¿Qué falta, señor?

Emb. 2º. Que el diablo

Se lleve esta noche al muerto.

Esp. (Esta es otra.)

Emb. Me aseguran

Que eres hombre tan valiente
 Que nada hay que te amedrente.

Esp. Señor, si es que no me apuran
 Enemigos imposibles
 De resistir...

Emb. 2º. Los que vas

A atacar, si el golpe das
 Bien, serán poco temibles.

Esp. Ley es vuestra voluntad,
 Señor : y yo mi deber
 Haré, muerto hasta caer.

Emb. 2º. Cuestion es de habilidad,
 No de fuerza : mas valor
 Requiere y serenidad.

Esp. En ese caso, mandad.

Emb. 2º. Pues escucha.

Esp. Hablad, señor.

Emb. 2º. Seguirás representando

Tu papel de Satanás;
 Y á media noche estarás
 En ese porton llamando
 Con aldabadas bien recias.
 La espalda tendrás segura;
 Tú llamas con mas premura
 Hasta que abran : y pues precias
 De valiente y de sereno,
 Cuando pregunten ¿quién es?
 Responde con voz de trueno :
 Satanás.

Esp. No abrirán.

Emb. 2º. Pues

Vuelve otra vez á llamar,
 Y pide de Dios en nombre
 Con el superior hablar.
 Es varon santo, y no es hombre
 A quien el diablo amedrente :
 Invoca en alto la ley
 De Dios, y secretamente
 Dale este papel del rey.
 Al comprender el misterio,
 Sus monges retrará,
 Y á rezar les mandará
 Al fondo del monasterio.
 Si él no se va, le harás ver
 Que el rey ordena que solo
 Te deje en el mauseolo
 Del alcalde, y lo ha de hacer.
 Entonces tú, de Ronquillo
 Llegando á la sepultura,
 Con mano diestra y segura
 Darás la vuelta al tornillo
 Que hace de punto final
 De su epitafio : al instante
 La cubierta sepulcral
 Saltará : que no te espante.
 Quita entonces al difunto
 El relicario que puesto
 Mantiene al cuello, y tras esto
 Con el cadáver al punto
 En el algibe darás.
 Yo mandaré que lo cieguen
 Mañana : y antes que lleguen,
 El sepulcro volverás
 A cerrar del modo mismo
 Que le abriste, pues para esto
 En su fábrica dispuesto
 Tiene oculto mecanismo.
 La losa se alza y se baja
 Sin ruido : vé sin afan,
 Que ni lince hallarán
 La señal por donde encaja.
 En seguida á aquella reja
 Vé á llamar : yo saldré allí
 Por el relicario, y deja
 Lo demas fiado en mí.

Esp. Entiendo : pero ¿ y si acaso
 Mañana...?

Emb. 2º. Yo haré contar
 Como mas convenga el caso,
 Y obligaré de ello á dar
 A los monges testimonio.
 Con lo cual ¿qué podrá ser?
 ¿Que venga el vulgo á creer
 Que se le llevó el demonio?
 ¡Bah! ¿Qué le dará al alcalde
 De que lo crean ó no?
 Si el Señor le perdonó,
 Cuanto digan será en bade.

Esp. Señor, perdone su alteza :

Pero ¿si yo me negara

A serviros...?

Emb. 2º. Lo arreglara

Todo al fin...

Esp. ¿Quién?

Emb. 2º. Tu cabeza.

Esp. A las doce y cuarto en punto

Salid por el relicario.

Emb. 2º. Recibirás tu salario,

Y se concluyó el asunto.

(*Va hácia el palacio, y antes de entrar se pára un momento.*)

(*Diestro y bravo... ¡por supuesto!*)

Mas tengo yo para mí

Que estos bravos mueren presto.)

(*El espta saluda al embozado respetuosamente, y al retirarse por el lado opuesto se pára tambien un momento.*)

Esp. Si sé yo que pára en esto,

¿Cuándo me pescan aquí?

ACTO QUINTO.

Vestíbulo de la capilla concedida á Ronquillo para panteon. En el fondo una puerta que se supone dar á la capilla, que es una de las laterales de la iglesia. A la derecha puerta que da á un claustro, al fin del cual está la puerta principal exterior del monasterio. A la izquierda puerta que da á los claustros interiores del convento. En el centro el sepulcro de Ronquillo (cuya efigie de mármol descansa en su parte superior), y preparado para el juego necesario en este acto, y su altura lo mas de tres pies. En la cara inferior frente al público escrita en bronce la palabra *Ronquillo*.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR ROBLES, VAN - DERKEN,
EL HERMANO JUAN, CON LUZ POR LA
IZQUIERDA.

H. Juan. Ya estamos, doctor, al cabo
De la expedicion. Entrad.

Doct. Vuestra eficacia en verdad
Os agradezco y alabo.

H. Juan. No hay mucho que agradecer

Ni que alabar : la salud

Os debo, no es pues virtud

Serviros, sino deber.

Solo siento que no sea

Cosa de interés mayor

Mi servicio; mas, doctor,

Basta que vuesaarcé vea

En ello mi voluntad.

Doct. Hermano Juan, os repito

Que os agradezco infinito

Vuestro servicio.

H. Juan. Mandad.

Doct. Gracias, y lo mismo os digo :

Si os hace en árdua ocasion

Mi bolsa ó mi profesion,

Hermano, contad conmigo.

Pero tiempo no perdamos,

Fray Juan, que no se recobra.

H. Juan. Manos, doctor, á la obra,

Que en la ocasion nos hallamos

Ahi teneis la sepultura

Del alcalde. ¡Brava pieza!

Segun los que la belleza

Conocen de la escultura.

Doct. Si á fé.

H. Juan. Cuando el escultor

De orden del rey la labraba,

A nadie entrar se dejaba

A presenciar su labor.

Aquí se encerraba él solo;

Y él solo aquí se las hubo

Hasta que acabado estuvo

El busto y el mauseolo.

Y se hizo con tal misterio,

Que hasta que él nos la mostró,

Ver tal obra no logró

Ni el abad del monasterio.

Pero el rey vino durante

Su trabajo, y se encerró

Con él aquí : él fué quien dió

Al alcalde semejante

Lugar para enterramiento,

Para lo cual á mi ver

Mucho le debió querer

Su alteza.

Doct. Yo asi lo siento;

Pero pasa el tiempo, hermano;

Y os recuerdo la promesa

Que me hicisteis...

H. Juan. ¡Buena es esa!

¡Le voy yo en algo á la mano?

Bien puede orar y llorar

Sin empacho, que á fé mia

Que yo tambien lloraria

Si me viera en su lugar.

Doct. Sin duda; pero os aviso

Que me rogó formalmente

Que nadie habria presente

Mas que yo, y en compromiso

Le poneis, si el hondo esceso

Le haceis mostrar de su pena.

H. Juan. ¿Tanto el pesar le enagena?

Doct. Le enloquece.

H. Juan. Vean eso.

Y decian que era tal

El alcalde Don Rodrigo,

Que ni pariente ni amigo...

Doct. Pues ya veis que dicen mal.

H. Juan. ¡Lo que es el mundo, doctor

Y nos le habian pintado
Como el hombre mas malvado
Del orbe. ¡Pobre señor!
Siempre se meten los mas
En camisa de once varas.
¿Eh, doctor?

Doct. Pues.

Derk. (¡Si te ahogaras,
Hablador de Barrabás!)

Doct. ¿Con que en fin...?

H. Juan. Teneis razon :

Mas dispensad : los que estamos

En el claustro, no acabamos

En pescando una ocasion

Para echar un parrafillo :

Mas ya os dejo ; y á fé mia

No es la mejor compañía

El cadáver de Ronquillo.

¡Ea! en el claustro os espero,

Con que tranquilos estad.

Doct. ¡Ah! me olvidaba : escuchad

Aun, hermano portero.

H. Juan. Decid.

Doct. Si oyerais acaso

Voces, ó rumor cualquiera

Que os estrañara ó pudiera

Daros pavor, no hagais caso.

H. Juan. ¿Pues qué, doctor...?

Doct. No os estrañe,

Juan hermano, esta advertencia,

Que es deber de mi conciencia

Que os prevenga y no os engañe.

Ya os he dicho que era tal

De ese buen jóven la pena,

Que á las veces le enagena

Tal desórden cerebral

Que en aquel delirio insano

Se pone fuera de sí.

H. Juan. Si necesitais de mí,

Llamadme.

Doct. Gracias, hermano.

Como yo en cura le he puesto,

Yo solo le sé tratar,

Y basto para calmar

Sus accesos.

H. Juan. Por supuesto.

¿Quién lo hará mejor que vos,

Que sois de la facultad?

Doct. Idos pues.

H. Juan. A Dios quedad.

(Vase por la izquierda.)

(Robles cierra y mira un momento por la cerradura. Van-Derken espera embozado é inmóvil hasta que Robles se aparta de la puerta.)

Derk. ¿Se fué?

Doct. Sí.

Derk. ¡Gracias á Dios!

ESCENA II.

VAN-DERKEN, EL DOCTOR ROBLES.

Derk. ¡Plática tenia ya hecha
Con vos hasta el alba!

Doct. Sí

A fé ; pero le sufrí

Porque no entrara en sospecha.

Por pariente del alcalde

Os tiene.

Derk. No es mala idea.

Mas despachemos, no sea

Que se vaya el tiempo en balde.

Doct. Pues el resorte buscad.

(Van-Derken se acerca al sepulcro, y se detiene.)

Vaya, ¿en qué os parais?

Derk. No sé...

Pero...

Doct. ¿Dudais?

Derk. Sí.

Doct. ¿Porqué?

Derk. Si alguna fatalidad

Hizo...

Doct. Fíad en mi honor.

Derk. Es que por Dios que sintiera

Que su muerte recayera

Sobre nosotros, doctor.

Doct. Si no teneis otra cosa

Que os haga inquieto vivir,

Tranquilo podeis dormir.

Ea, el resorte á la losa

Apretad por el tornillo

Que sirve de punto al nombre ;

Y mirad sin que os asombre

Resucitar á Ronquillo.

(Van-Derken aprieta el tornillo en cuestion, y levantándose todo el cuerpo superior del sepulcro aparece el alcalde tendido sobre su base. El doctor se acerca á él, le quita el relicario, que tendrá al cuello, y se le da á Van-Derken. Este rompe inmediatamente el sello, abre, saca, y cuenta las cartas en el relicario encerradas, y entre tanto Robles vierte en la boca del alcalde un licor que lleva en un frasquillo. Luego se apartan del sepulcro.)

Tomad.

(Dando á Van-Derken el relicario.)

Derk. Intacto y sellado

Está aun. Dos... tres... si alguna

Falta... seis... ocho... ninguna.

¿Qué tenemos?

(A Robles.)

Doct. No hay cuidado.

Derk. ¿Vuelve á la vida?

Doct. ¡Pues no!

Derk. ¡Ah, y yo tambien!

Doct. Tened fé;

Que cuando á ello me arriesgué

Bien seguro estaba yo;

Mas que nos vea: aguardad

Que el sopor eche de sí.

Derk. Gracias, doctor.

(*Dándole la mano.*)

Doct. Yo cumplí.

Derk. Teneis razon, despejad,

Que yo empiezo desde aqui.

(*El doctor Robles entra en la capilla del fondo. Van-Derken queda en el fondo de la escena. Ronquillo vuelve en sí. Sus primeras palabras las dirá tendido aun; y en el momento de incorporarse, reconociendo instantáneamente el lugar, se arroja espantado del sepulcro, desvaneciéndose con la destreza de la ejecucion la mala impresion que puede causar situacion semejante. El efecto depende del actor. Desde que Ronquillo se pone en pié, Van-Derken se va acercando al sepulcro guarecido de su levantada cubierta, quedando pronto á presentarse á Ronquillo.*)

ESCENA III.

VAN-DERKEN, RONQUILLO.

Rong. ¿Dónde estoy? ¡Ay de mí! Larga y penosa

Mi pesadilla fué. Mas ¡Dios, qué veo!

(*Se arroja del sepulcro.*)

No, no es ensueño que tenaz me acosa...

¡Esto es ¡qué horror! mi propio mausoleo!

¿Mas vivo á este lugar, quién me ha traído?

¡Oh! ¡vago miedo el corazon me asalta!

Si de mi pecho el relicario falta...

(*Lo busca sobre sí, y halla el cordon roto.*)

¡Ah! cortado el cordon... estoy vendido.

Derk. Con tiempo os lo advertí.

Rong. ¡Dios soberano!

¡Siempre vos!

Derk. Siempre yo.

Rong. ¿No hay pues manera

De librarme de vos?

Derk. Me huís en vano.

Roja fantasma del vapor formada

De la sangre de Derken derramada,

Y del honor del hijo y del hermano,

Con voluntad inexorable y fiera

Camino tras de vos, y por dó quiera

Tras vos estiendo la sangrienta mano.

Rong. ¡Ah, mi mente se pierde en el abismo

De una angustiosa incertidumbre oscura!
Siempre en mi mal con voluntad de hierro,
¿No es dije para vos la sepultura,
Que aun mas allá de mi sepulcro mismo
Llega vuestro poder... ó mi locura?

Derk. Ya lo veis.

Rong. No hay dudar.

Derk. Seria yerro.

Mi poder contra vos es infinito.

De vuestra misma tumba en el encierro

De mi venganza os estremece el grito;

Y á esta voz con que os alzo ú os aterro

Pareéis como á punto os necesito:

Cuando os quiero cadáver, os entierro;

Cuando inútil me sois, os resucito;

Ved.

(*Mostrándole el relicario y las cartas.*)

Rong. ¡Me ahoga el furor!

Derk. No os impacientes

Verlas en mi poder, y vil recelo

No os atribule ya; sabio y prudente

Sed, y los fallos acatad del cielo.

¿No me entendeis? ¡Ya yo me lo temia!

Pero voy á esplicarme, porque quiero

Que sepais, señor juez, desde este dia

Lo que hay de la vileza á la hidalguía,

Y de un vil asesino á un caballero.

Ese piadoso rey de santa fama

Que de la iglesia defensor se llama,

Y á los herejes quema, fué el amante

De una infeliz doncella protestante,

Y holló la fé por conseguir la dama.

Estas cartas escritas por su mano

En estilo amoroso, audaz, liviano,

Cuando principe y mozo, vengarian

Mi afrenta y vuestra injuria; mas podrian

El nombre mancillar del soberano.

Porque tales están, que á lo que inflero,

A las razas del mundo venidero

Legadas en el libro de la historia

Echaran un borron sobre la gloria

De un católico rey, justo y severo.

De semejante testimonio el peso

Bien comprendisteis vos: de ellas por eso

Un escudo os forjasteis... ¡vil gusano

Que de torpe ambicion en el esceso

Quereis del que os crió morder la mano,

Antes que el labio levanteis á ella

El polvo os ahogará de su real huella!

Yo comprendí cual vos tal pensamiento,

Y en vos temiendo el temerario intento

Tras vos y ellas corri; y tenaz, taimado,

Lo veis, por obtenerlas no he parado,

Hasta el fondo del mismo monumento.

Mas de vos con distintas intenciones;

Porque sagradas del honor las leyes

Enseñan á los nobles corazones

Que mancillar la honra de sus reyes

Es manchar el honor de las naciones.
 Y hé aquí de mi conducta el noble arcano.
 Del rey y de vos víctima, en mi mano
 Tengo el vengarme de ambos justiciero,
 Mas ved del noble lo que va al villano,
 Y del vil asesino al caballero.
 Si ambos en el honor me habeis herido,
 Si ambos á dos mi sangre habeis vertido,
 Caballero y cristiano yo os perdono;
 Caballero y cristiano yo he cumplido
 Guardando ileso el esplendor del trono.
 Mirad pues el honor á lo que alcanza:
 (Toma la luz, y colocándola sobre el sepulcro abierto de Ronquillo, quema las cartas, dejando allí las cenizas.)

Estas letras, que son nuestra esperanza,
 En esa llama sin dudar consumo.
 Dios maldijo la ira y la venganza;
 Las nuestras, señor juez, solo son humo.

Rong. ¡Ah!

Derk. Si mi acción magnánima os humilla,

No olvideis la lección. Noble ó pechero,
 El que nace vasallo de Castilla
 Cuando alcanza á su pueblo su mancilla,
 De su honra le hace sacrificio entero.

Rong. ¡Miserable de mí!

Derk. No todavía

Por tan misero os deis. Que ser podía
 Para vos, dije, ó ángel ó demonio:
 Prefiero ser vuestro ángel, y á fé mía
 Que de ello os voy á dar buen testimonio.
 Tuvisteis gran poder, lo habeis perdido;
 Teniais esperanza, os la he quitado;
 Osásteis hasta el rey, le he defendido;
 Mi honor ensangrentásteis, le he vengado.
 Fuisteis, no sois; en el sepulcro hundido,
 Del libro de la vida os he borrado;
 Mas no he sabido meditar en calma
 Por recobrar mi honor perder vuestra alma.
 Dos iras provocó vuestro delito:
 La mía acaba, la del rey empieza:
 Vuestro nombre de hoy mas está proscrito:
 Decirle es entregar vuestra cabeza.

Os temian, teméis: era infinito
 Vuestro tesoro, os hundo en la pobreza:
 Solo y sin medios de ofender os dejo.
 Mas oid de vuestro ángel un consejo.
 Olvidaos de vos. Sumid prudente
 Vuestro sér en el caos del misterio.
 De la tumba salid, nuevo viviente,
 Y marchad á ser otro en otro imperio.
 Fuisteis impío y vil, sed penitente;
 El palacio trocad en monasterio;
 Y comprad, pues os dan tiempo y aviso,
 Con la prez mundanal el paraíso.

Rong. ¡Basta...! no así á mis ojos lentamente

Desenvolvais el porvenir horrendo.
 ¿Yo, como impío fui, ser penitente?
 ¡Vuestra venganza colosal comprendo!
 Será mi corazón eternamente
 Rebelde á la virtud forzada siendo;
 É impotente, infeliz, pobre, proscrito,
 Será en mí la virtud otro delito.

Derk. Como quereis: mas ved de qué manera

Vuestro sepulcro al rey labrar le plugo,
 Y no os ciegue esperanza lisonjera:
 Si resistís de mi venganza al yugo,
 La inquisición os dispondrá una hoguera,
 Y el rey Felipe os nombrará un verdugo.
 Yo no paso de aquí con mi venganza;
 Mas temblad la del rey si aquí os alcanza.

Rong. Comprendo, sí, mi inmensa desventura:

Mañana el rey y el pueblo castellano
 Vacía encontrarán mi sepultura;
 Y el castigo creyendo sobrehumano,
 Mi nombre execrará la edad futura,
 Con mi fantasma soñará el villano,
 Y de mí fin la tenebrosa historia
 Guardará con horror en la memoria.
 Pero sea. Del féretro nacido,
 Vagabunda vision sin compañero,
 Para toda región desconocido,
 Para todas las razas extranjero,
 Por la vida y la muerte repelido,
 Objeto de pavor al mundo entero,
 El sitio de mi lúgubre memoria
 Con un negro borron marque la historia.

Derk. Que el cielo tal dolor os retribuya
 Y á mi venganza de él cuenta no pida.

Sangre pedía por la sangre suya
 Mi asesinado padre, y vais con vida.
 (Abre la puerta del fondo, por donde sale el doctor Robles.)

Robles, para salir me sustituya;
 Al alba disponed nuestra partida
 Y acogeos del Austria la bandera.

Doct. ¿Vos...?

Derk. De mí no os cureis: el monge espera.

(Toma la capa de Ronquillo, que habra dejado este sobre el sepulcro al echarse fuera de él, se la echa apresuradamente sobre los hombros, y embozándose Ronquillo y guiando Robles, vanse por la izquierda.)

ESCENA IV.

VAN DERKEN.

(Quita la lámpara en que quemó las cartas, y dejando dentro la ceniza de ellas, cierra el sepulcro diciendo :)

Cuanto puede acusarles aniquilo :
Yazga enterrado en su lugar mi encono
Y su tumba del rey guarde el sigilo.
Noble respeta mi venganza el trono,
Y bien puedes ¡oh rey! dormir tranquilo.
(Dan las doce.)

Cumplida mi mision, llegó la hora
De abandonar la España, y al olvido
Dar el tiempo que fué. A buscar ahora
Una salida voy.

(Suenan dos veces aldabonadas en la puerta exterior del convento.)

Pero ¿ qué ruido
El eco de estas bóvedas despierta
En su sombría cavidad dormido?

(Llaman otra vez.)

¡ Otra vez...! ese claustro da á la puerta
Exterior del convento, y es por ella
Por donde llaman... el llavero acude
Por el claustro interior; siento su huella...
¡ Oh! este sagrado en tal azar me escude.

(Se oculta en la capilla del fondo, y sale inmediatamente el hermano Juan por la izquierda.)

ESCENA V.

EL HERMANO JUAN, VAN-DERKEN.

H. Juan. Fuera apenas del postigo
Pudieron poner los piés.
¿ Quién vendrá ahora? *(Llaman otra vez.)*
¡ Pues digo

Que no traen priesa!
(Entreabriendo la puerta de la derecha con muy mal humor.)

¿ Quién es?

Esp., dentro. Satanás.

H. Juan. ¡ Dios sea conmigo!

Derk., entreabriendo su puerta. (¡ Qué
oi, cielos! ¡ Satanás!)

H. Juan. ¡ Ay de mí! ¡ si de esos dos
Vendrá el demonio detrás!

Derk. (¡ Todo lo entiendo quizás!)

Esp., dentro. Abrid en nombre de Dios.

H. Juan. No seré yo el temerario:

¿ Abrir? Lo que voy á hacer
Es apretar á correr
Y echar todo el campanari
A vuelo.

Derk. (¡ No has de poder
Tal, vive Dios!)

(El lego va á volverse atrás y se encuentra con Van-Derken, que saliendo de la capilla del fondo le impide el paso por la puerta de la izquierda.)

¿ Dónde vas?

H. Juan. ¡ Jesus!

Derk. ¿ De portero estás
Para eso? Abre, te digo.

H. Juan. ¡ Perdon!

Derk. Abre á Satanás.

H. Juan. ¡ Para que cargue conmigo!

Derk. Siempre ha de ser para ti

Lo mismo: abre, ó ¡ vive Dios

Que te haga llegar yo allí

Pronto!

H. Juan. ¡ Qué va á ser de mí,
Cielo santo, entre los dos!

Derk. ¡ Ea, aprisa!

H. Juan. Voy allá.

(¡ Muerto voy!)

Derk. El juego está
Visto... ya abre... Un embozado
Se entra... ¡ oh! él, por de contado:

¿ Mas adónde el lego va?

¡ Jesucristo! de la cuerda

Se cuelga del esquilon; *(Se oye tocar.)*

El convento en conmocion

Va á poner... mais no se pierda

Por mi precipitacion

Todo.

(Se vuelve a ocultar en la capilla del fondo.)

ESCENA ULTIMA.

VAN-DERKEN, OCULTO; EL ESPIA.

Esp. Ese imbécil va á echar
Todo el claustro sobre mí,
Pero tarde han de llegar,
(Cierra la puerta de la izquierda.)

Y ya habré acabado aquí
Yo, cuando logren entrar.
No hay tiempo pues que perder;
Lo que me importa es coger
Cuanto antes el relicario,
Pues ó del rey va á poder,
O me ahorca de lo contrario.
Cuanto vacile es en balde;
Por Dios que no me hace gracia
Remover la momia lacia
Del emponzoñado alcalde.
Pero ¿ qué remedio? embisto:
Del mecanismo el secreto
En este tornillo está

Segun me dijo; le aprieto,
Y adelante.

(Abrese la sepultura. El espía, que ha estado atento á usar el resorte, levanta la cabeza para mirar al cadáver, y retrocede espantado encontrándola vacía. Van-Derken, que, mientras él ha estado ocupado en esto, ha venido á colocarse al lado opuesto del sepulcro, suelta una carcajada.)

Esp. ¡Jesucristo!

¿Y el cadáver?

Derk. ¡Ja, ja, ja!

Esp. ¡ Santos del cielo! ¿ aquí vos?

Derk. De tus pasos siempre en pos.

Esp. ¿ Y qué va á hacer de mí el rey?

Derk. Te ahorcará: tal es su ley:

Con que encomiéndate á Dios.

(El espía va á hablar. Van-Derken le interrumpe.)

Silencio. Lleva al rey el relicario
Que ansió tanto adquirir; está vacío.
Dile que de su lecho funerario
Se alzó el cadáver al mandato mío;
Mas que encierra en su centro solitario
Su secreto fatal su mármol frío,
Donde bajo el misterio mas profundo
Quedará impenetrable para el mundo.
Dile que aquesta historia transmitida
Será mañana al pueblo: mas velada
En misteriosas nieblas, referida

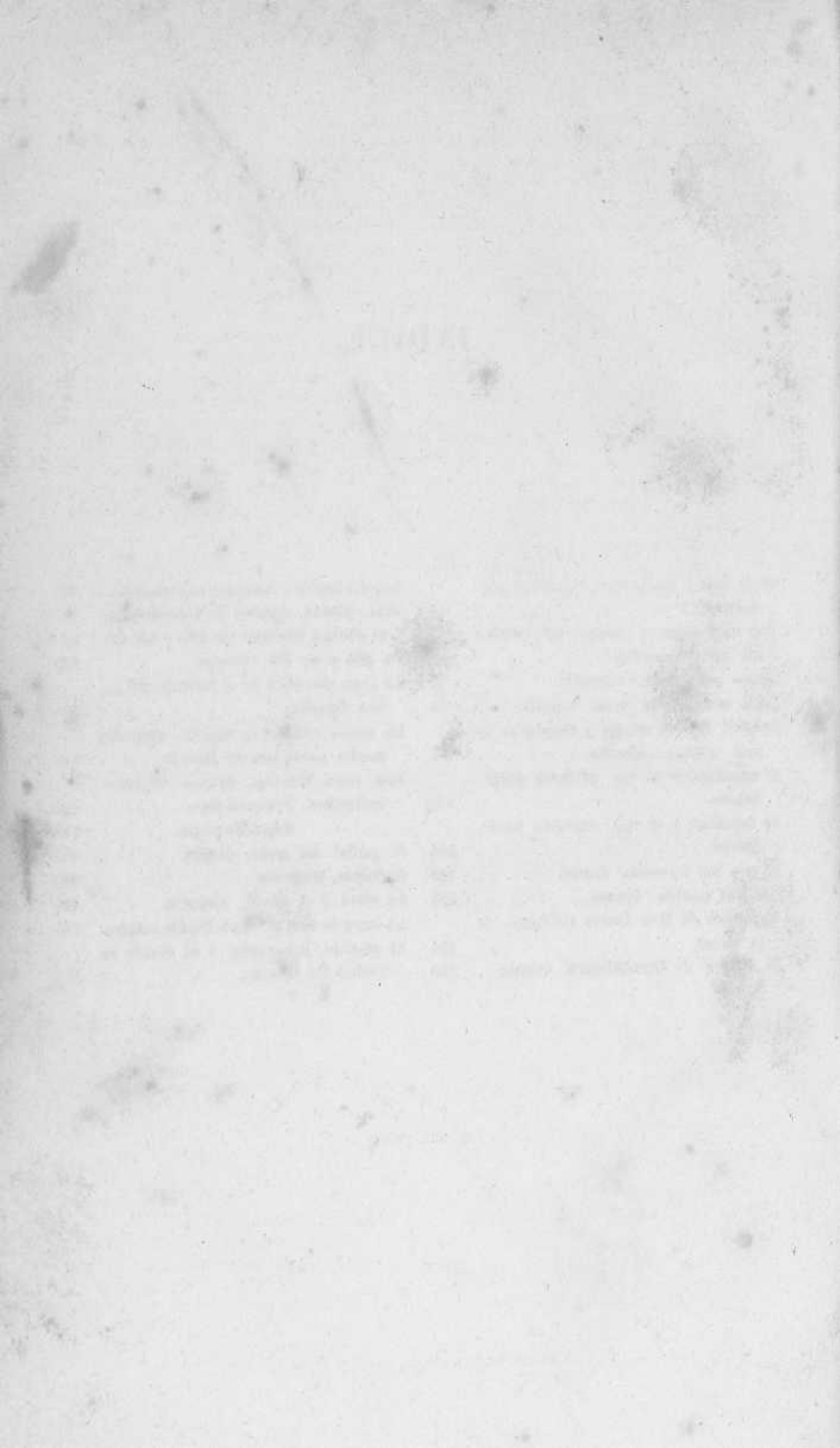
Por la lengua del púlpito sagrada,
Por la presente edad no comprendida,
Por la futura edad no interpretada,
Muro será de tradicion tremenda
Que su gloria real guarde y defienda.
Dile que caballero y ofendido
La fuerza y la razon tuve en mi abono:
Mas satisfecho con haber podido,
El armíño manchar no osé del trono.
Dile que el deshonor que en mí ha vertido
No le devuelve en deshonor mi encono,
Porque en la fé del noble verdadero
El honor de su rey es lo primero.
Eso dirás al rey: él solamente
Lo entenderá: tras tí de este edificio
Saldrá esta historia: el clero fácilmente
Del diablo la dará por maleficio:
Cundirá como tal entre la gente,
Llegará como tal al santo oficio,
Que en esa tumba encontrará espantado
El prodigio infernal testificado.
Mas crea de esa historia incomprendible
La verdadera gente lo que quiera.
¿ Que obra del diablo fué? no era imposible:
¿ Que fué supersticion? tambien pudiera.
Santa verdad ó fábula increíble,
No tendrá nunca esplicacion entera.
Llegan. Vamos de aquí.
(Descorre el cerrojo de la puerta de la izquierda.)
¡ Vulgo sencillo,
Crée tú que el diablo se llevó á Ronquillo!

FIN

ÍNDICE.

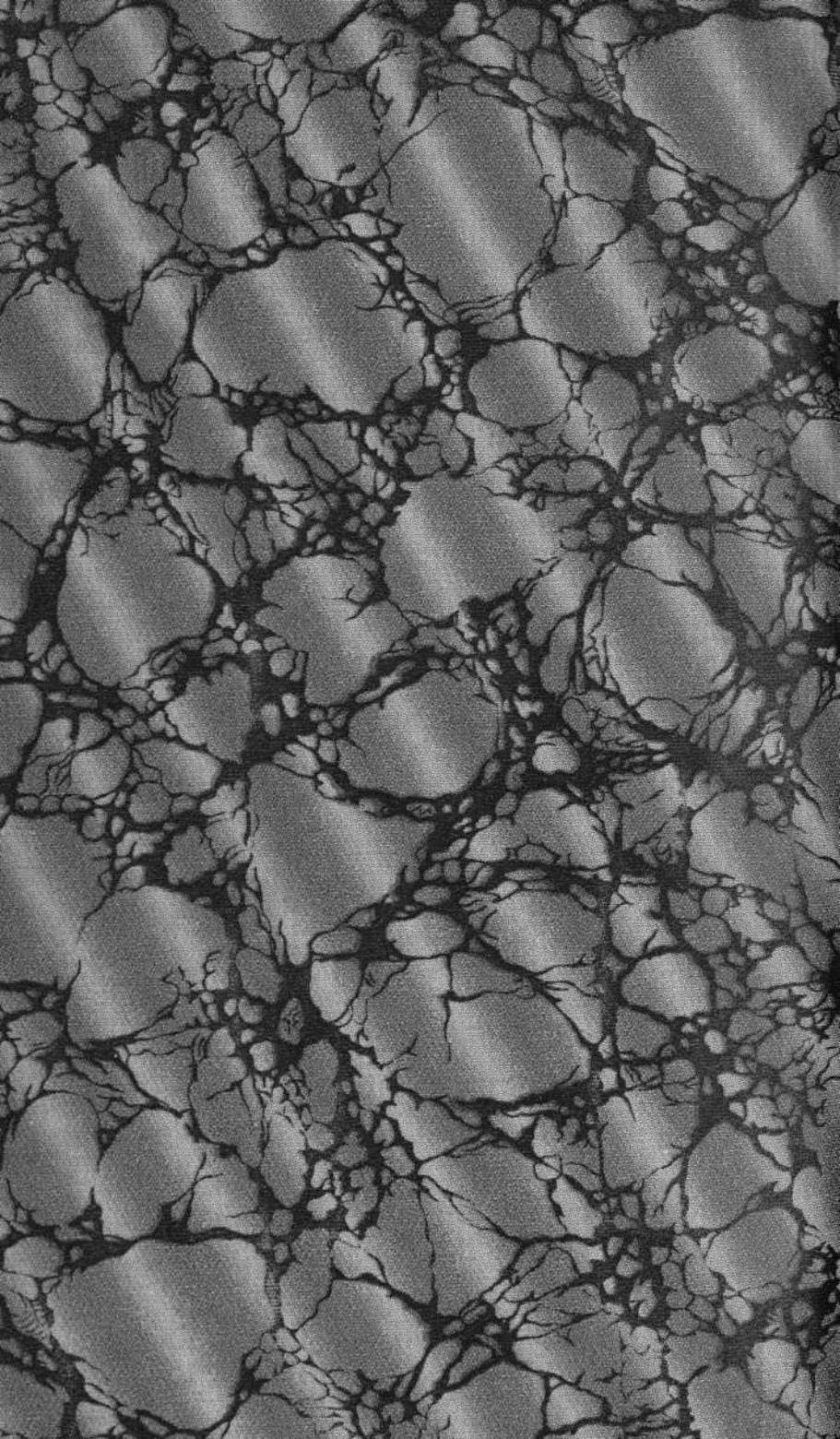
	Pag.		Pag.
Vivir loco y morir mas, capricho dramático.	1	Sancho García, composicion trágica. .	301
Mas vale llegar á tiempo que rondar un año, comedia.	18	Cain, pirata, cuadro de introduccion al drama titulado un año y un día.	331
Ganar perdiendo, comedia.	42	Un año y un día, drama.	344
Cada cual con su razon, comedia. . .	69	La gran comedia de el caballo del rey Don Sancho.	370
Lealtad de una muger y aventuras de una noche, comedia.	95	La mejor razon, la espada, comedia escrita sobre una de Moreto.	405
El zapatero y el rey, primera parte, drama.	125	Don Juan Tenorio, drama religioso-fantástico. Primera parte.	428
El zapatero y el rey, segunda parte, drama.	165	— Segunda parte.	458
El eco del torrente, drama.	198	El puñal del godo, drama.	472
Los dos vireyes, drama.	228	Sofronia, tragedia.	482
Apoteósis de Don Pedro Calderon de la Barca.	254	La oliva y el laurel, alegoria.	493
El molino de Guadalajara, drama. .	260	La copa de márfil, espectáculo trágico. .	502
		El alcalde Ronquillo, ó el diablo en Valladolid, drama.	522

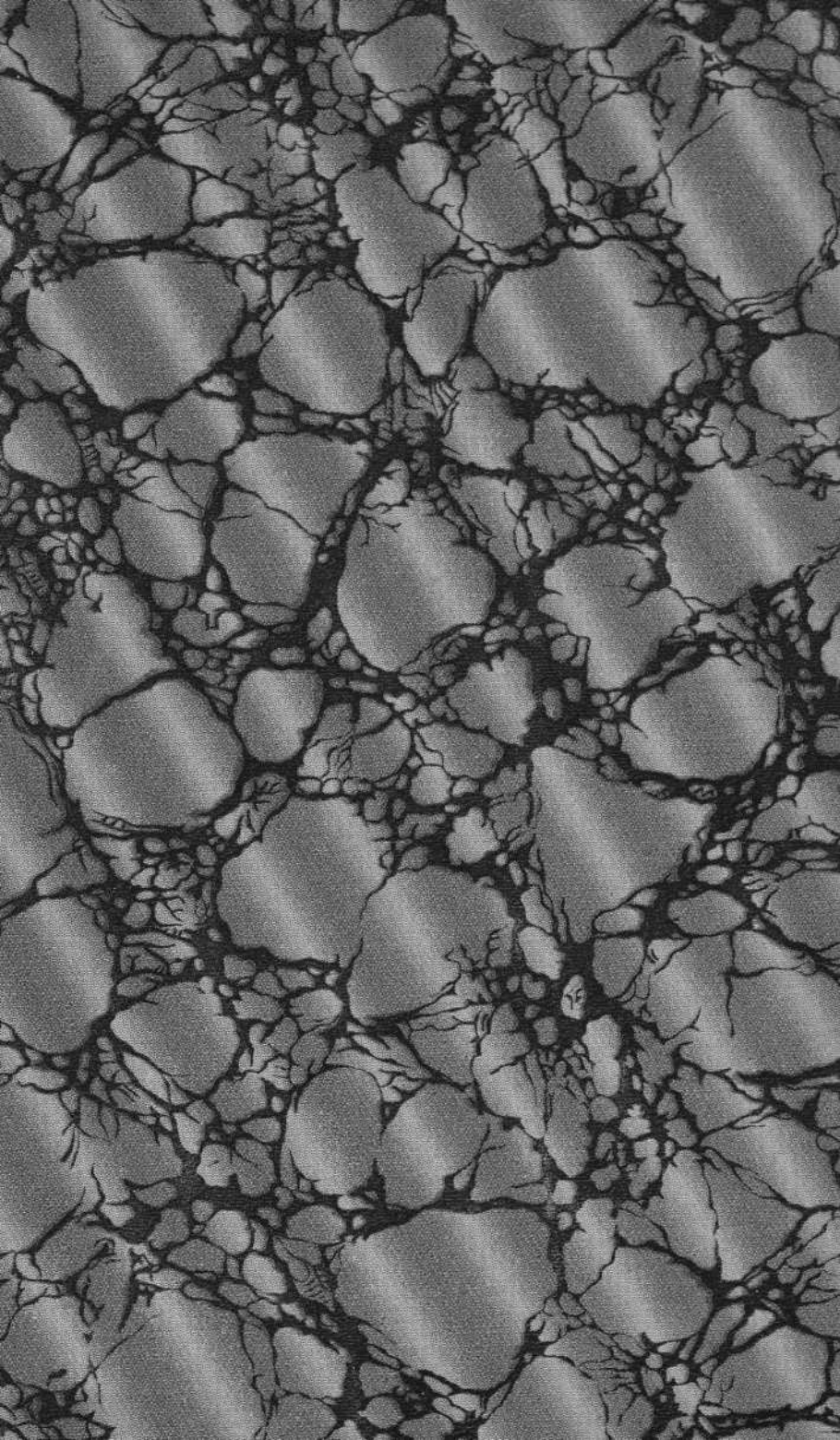
FIN DEL ÍNDICE.

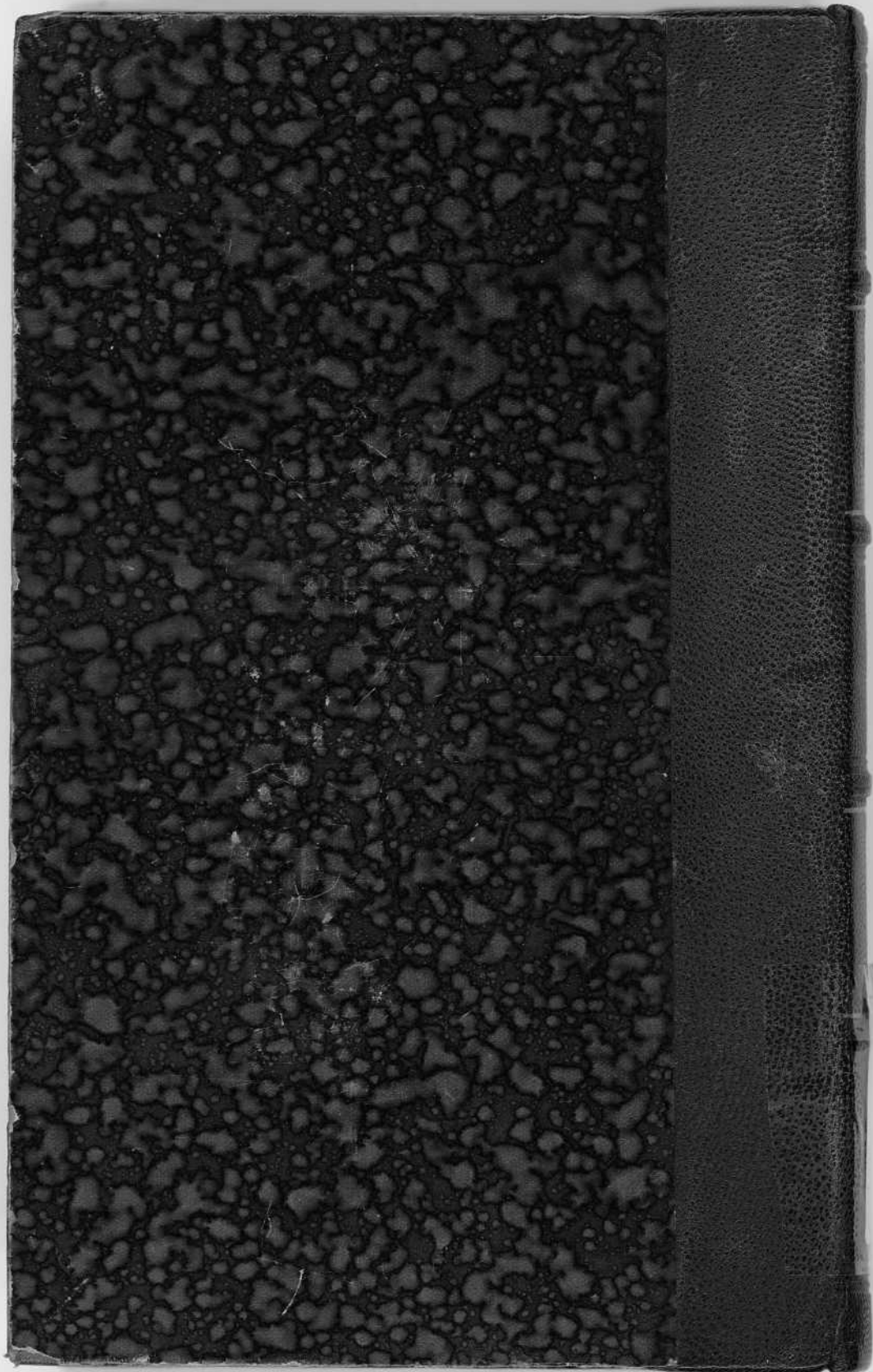












J. ZORRILLA

OBRAS

2

G-10810